JOSE PACIFICO OTERO



HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

HISTORIA

DEL LIBERTADOR

Don JOSE DE SAN MARTIN

HISTORIA

DEL LIBERTADOR

DON JOSE DE SAN MARTIN

POR

JOSE PACIFICO OTERO

TOMO SEGUNDO

EL LIBERTADOR DE CHILE

1817 - 1820

«En veinticuatro días hemos hecho la campaña: pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile.» SAN MARTÍN EN SU PARTE DE LA BATALLA DE CHACABUCO. SANTIAGO DE CHILE 28 DE FEBRERO 1817.



BUENOS AIRES
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116

Derechos reservados
Copyright 1949 by Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11723

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINA
IMPRIMÉ ET PUBLIÉ EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO NELL'ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITADO NA ARGENTINA

PRIMERA EDICION
MARZO DE 1945

SEGUNDA EDICION
OCTUBRE DE 1949

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

CAPITULO I

San Martín y el Ejército Libertador pasan los Andes

SUMARIO: San Martín y la alianza argentino-chilena. — Una expresión de Sarmiento inspirada por la obra de San Martín en Mendoza. — Entrada de los realistas en Santiago después de Rancagua. — Un plan auxiliar convertido en un plan libertador. — Los montes que a San Martín no lo dejan dormir. — El reino de Chile. — La cordillera de los Andes. — Los pasos elegidos por San Martín. — Reconocimiento ocular del teatro de sus futuras operaciones. — El itinerario que debe seguir el ejército libertador, por el camino de Uspallata y de Los Patos. — Un ejército de cuatro mil hombres de combate volcado sobre un desierto de piedra. — Beltrán y la conducción del parque. — Plan de operaciones trazado de antemano por San Martín. — Dos avances parciales para sorprender al enemigo. — Cabot invade Coquimbo por Calingasta. — Freire se dirige a Talca por el Planchón. — Guerrillas destinadas a alarmar a Marcó. — La división de Las Heras abandona el Plumerillo y emprende la marcha por el camino de Los Patos. — Instrucciones dadas por San Martín. — La división de vanguardia al mando de Soler. — Instrucciones dadas por San Martín a Soler. — «Si no puedo reunir las mulas que necesito, me voy a pie», declara San Martín. — Proclama de San Martín a sus compatriotas. — «El ejército de mi mando, dice en otra proclama a los chilenos, viene a libraros de los tiranos que oprimen vuestro precioso suelo». — Se despide de su esposa y la envía a Buenos Aires. — Mendoza y la partida de San Martín. — «Es preciso que Dios sea godo, le escribe a Pueyrredón, para que no ayude nuestra empresa». — El combate de Potrerillos y el de Guardia Vieja. — Entrada de Las Heras en Santa Rosa. — Rivalidad entre O'Higgins y Soler. — Informaciones que Soler le transmite a San Martín. — El mayor Arcos y el combate de Achupallas. — Triunfo de los patriotas en Coimas. — Concentración del ejército en el lugar y día señalado por San Martín. — San Martín bajo un temporal de granizo. — El himno argentino. — Día en que San Martín pasó la cumbre. — Cómo el capitán Cabot desempeñó su cometido. — El capitán Nicolás Dávila en su marcha hacia Copiapó. — Freire y San Martín. — Informado del avance de San Martín, Marcó prepara su defensa. — Desde Copiapó a Talca toda la Cordillera insurreccionada. — «El tránsito solo de la Sierra, dice en su parte San Martín, ha sido un triunfo». — Marcó y su artificio verbal. — Al decir de éste los libertadores «son bandidos y sectarios de la esclavitud y del vicio». — El paso de los Andes, página luminosa en la historia de América. — Las dificultades que San Martín tuvo que vencer. — El ejército libertador según el propio San Martín. — El paso de los Andes según Mitre. — Repercusión que tuvo esta proeza en el ejército del Norte. — El paso de los Andes, juzgado por Guillermo Arroyo, jefe chileno. — Lo que opina sobre él un jefe alemán. — Instrucciones de San Martín para esta campaña comentadas por el general Boonen Rivera. — El paso de los Andes a la orden del día. — La escuela de guerra argentina y San Martín.

Es un hecho histórico ya expuesto y comprobado debidamente, que la revolución argentina y la revolución chilena se solidarizaron desde su génesis, con impulso instintivo; pero esto sin fusionarse

en una alianza general y completa. La idea de llegar a este resultado le pertenece a San Martín, y fué con tal propósito que en 1814 decidió abandonar el comando general del ejército del Norte atrincherado en Tucumán, y trasladarse a Mendoza, después que el directorio argentino lo hubo designado para el puesto de gobernador intendente de Cuyo.

Llegado a Mendoza, San Martín encontróse, por así decirlo, en la plenitud de su atmósfera. Imitando al Hermes Trimegista de los antiguos, según la expresión de Sarmiento, llegó a abarcar en el radio de su acción lo político, lo guerrero y lo diplomático.

Sus deseos en ese entonces eran los de unificar en todos sus aspectos la revolución argentina; pero lo eran igualmente los de buscarle el camino definitivo de su victoria, fusionando en una sola la beligerancia del Plata con la del Mapocho.

Tal era su plan y tales eran sus esperanzas cuando el 4 de octubre de 1814, los realistas, comandados por Osorio, entraron triunfalmente en Santiago, y restauraron allí aquel régimen oprobioso y despótico, que había provocado la insurrección chilena, y contra el cual O'Higgins y sus bravos acababan de luchar denodadamente en Rancagua.

Un tal contraste — contraste que trajo consigo el éxodo de un gran número de patriotas de ultracordillera — vino a trastornar en absoluto los planes de San Martín. Aun cuando sabía él que el sofocamiento de la libertad no es su muerte, comprendió que la primer alianza excogitada por él para ayudar a Chile y llegar por aquel camino a las puertas de Lima, quedaba frustrada, y forzoso le fué cambiar de plan y substituir el que originariamente lo era auxiliar, en plan libertador. Chile era en su concepto la ciudadela de América. Abandonarlo significaba el fracaso de la revolución en la amplitud de un Continente, y significaba además el descrédito de esos pueblos del Plata, que desde el 25 de Mayo de 1810 luchaban con denodado coraje por la libertad americana.

Pero si este nuevo estado de cosas obligólo a San Martín a cambiar de plan, no provocó en él mayor inquietud ni zozobra. La lucha contra lo humano no lo acobardaba. Lo que lo acobardaba era la lucha contra lo geográfico y es por esto que en carta a un amigo, que como ya se ha visto lo era don Tomás Guido, dícele que lo que no le deja dormir, no es la oposición que puede ofrecerle el enemigo, sino «los inmensos montes» que tiene que atravesar.

Esta es la realidad de las cosas; pero es oportuno observar que más poderoso que el conjunto de tales obstáculos es su genio dinámico y propulsor, y que así como supo vencerlos con el cálculo y con la previsión cuando ellos llenaban su mente, los supo vencer con el comando y con lo heroico de sus jornadas, cuando esos obstáculos se levantaron a su paso, francamente imprevisto y osado.

Pero antes de historiar esas jornadas y de decir cómo y con qué elementos pudo San Martín dominar lo geográfico al tiempo que

dominaba lo humano, hagamos un paréntesis y fijemos nuestra atención sobre lo que en aquel entonces se conocía con el nombre de reino de Chile.

Con nombre de tal figuraba en la carta geográfica del nuevo mundo una parte de la América Meridional, de más de 400 leguas de longitud y de 80 de latitud. Eran sus límites: por el norte, el virreinato del Perú, en donde se encontraba enclavada la provincia de los Charcas, y por el sur, las tierras magallánicas. Por el este, la separaba de las provincias de Cuyo o del antiguo virreinato del Río de la Plata, la cordillera de los Andes, y al oeste bañaba toda su costa el mar Pacífico.

Entre el mar y aquella cordillera se encontraban además cuatro cadenas de montañas, todas ellas salpicadas, por decirlo así, de lagos, de valles más o menos fértiles y de conos, muchos de ellos de naturaleza volcánica.

En esa larga y estrecha faja de tierra, se habían establecido los españoles desde la época de la conquista, y formado la parte política y administrativa de ese reino con las provincias de Copiapó, de Coquimbo, de Quillota, del Maule, de Itata, de Chillán, de Puchacay, de Huilquilemu y de Valdivia. El país ocupado por los indios comprendía todas las tierras existentes entre Bío-Bío y el archipiélago de Chiloé. Entre estos, sobresalían los araucanos, los cunchos y los huillichíes.

Al decir de un geógrafo de la época, el reino de Chile pasaba por ser uno de los mejores de la América, y esto no sólo por sus bellezas naturales, sino también por su riqueza minera, por su riqueza forestal y sobre todo «por la constante benignidad de su clima». «Desde que empieza la primavera, escribe el abate Molina, hasta la mitad del otoño, conserva el cielo de todo el reino una perpetua serenidad, singularmente entre los grados 24 y 36 de latitud, siendo raro el año en que cae por este tiempo alguna ligera lluvia, bien que los bosques inmensos que cubren las islas de Chiloé son causa de que aun en la estación de verano, llueva allí con demasiada frecuencia» [1].

Por lo que se refiere a su parte política y administrativa, el reino en cuestión estaba regido por un funcionario nombrado directamente por la Corona, y que reunía los títulos de presidente, gobernador y capitán general de ese reino. Su residencia era la ciudad de Santiago. Dependía directamente de la Corona, pero en algunos casos — y eran los relacionados con la guerra — estaba subordinado al virrey del Perú. Del capitán general dependían los distintos comisarios del reino, que tenían su sede en Chiloé, en Valdivia y en Juan Fernández, cuando ese reino no había roto aún las ligaduras que lo vinculaban con la madre patria.

La administración de justicia era ejercida por el tribunal de la

(1) Juan Ignacio Molina. — *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*, t. I°, pág. 51.

Real Audiencia. Este tribunal estaba dividido en dos salas, la una para lo civil y la otra para lo criminal. Sus jueces se llamaban «Oidores» y junto a éstos figuraba un regente, un fiscal, un procurador real y un protector de los indios. Existía además un tribunal de hacienda, y un tribunal de comercio. Las provincias estaban gobernadas por prefectos y al frente del régimen municipal se encontraban los Cabildos.

Los habitantes de la campaña estaban repartidos en regimientos. y formaban las milicias regladas. Desde el Maule al norte de Chile, existían, distribuídos en los puntos más estratégicos de ese reino, más de 10.000 hombres de tropa. Esta pasaba de 5.000 hombres en la parte sud, que comprendía desde Concepción hasta las fronteras de Arauco. En la ciudad de Concepción tenía su cuartel militar el jefe de estas fuerzas, que por mucho tiempo, antes de estallar la guerra de la independencia, lo fué el brigadier general don Ambrosio O'Higgins, padre del héroe de este nombre, y más tarde virrey del Perú.

El gobierno eclesiástico de Chile estaba dividido en dos diócesis. Era la una la de Santiago y la otra la de Concepción. Ambas eran sufragáneas del arzobispado de Lima. La primera extendía su jurisdicción desde el Maule hasta el sur del Perú, y la segunda desde aquella línea divisoria y fluvial hasta el sur del reino e islas adyacentes.

En la ciudad de Santiago, que en el último período de la dominación española alcanzaba a tener una población de 46.000 habitantes, existían muchas casas religiosas, para personas de uno como de otro sexo. La estadística de la época nos señala siete monasterios de monjas, una casa de corrección para mujeres, otra de huérfanos, varias capillas particulares, un seminario y los conventos de frailes dominicos, franciscanos, mercedarios y agustinos. Los hospitales del reino estaban regentados por los Hermanos de San Juan de Dios. Los jesuítas poseían tres colegios, y una casa de ejercicios espirituales. En Santiago había además una universidad, una casa de moneda y un cuartel de dragones, encargado de la custodia del presidente del reino. La población de Chile estaba compuesta de europeos, predominando entre ellos los españoles. Los criollos les superaban en número y aun, como lo dice Molina, por su despejo e ingenio. Este mismo escritor nos pondera lo intrépido de su carácter, y nos los señala como hombres capaces de distinguirse con acciones brillantes en la guerra. «No habría mejores soldados, escribe él, haciendo alusión a los nativos de Chile, si ellos fuesen capaces de disciplina. Una imaginación ardiente que no puede sufrir alguna violencia, los hace independientes e inconstantes en sus gustos» (1).

Tal era en síntesis, geográfica y políticamente hablando, ese reino

(1) *Correo del Comercio*, t. II, pág. 11.

de Chile, cuando el grito de la insurrección lo puso en armas contra la España, y tal cuando San Martín, después de haberlo convertido en objeto de sus desvelos, se presentó en sus linderos con las provincias de Cuyo, llevando la victoria en la punta de su espada.

Para penetrar en él, y batir a los españoles que nuevamente habían vuelto a someterlo al yugo de su dominación, después de Rancagua, sólo tenía un obstáculo que vencer, y era éste el determinado por la barrera geográfica llamada la Cordillera de los Andes.

La Cordillera de los Andes constituye una de las cadenas más elevadas del globo, y se extiende desde el estrecho de Magallanes hasta la América septentrional, en donde se pierde entre las ramificaciones orográficas del Continente.

En la parte que sirve para fijar ella el límite natural entre Chile y las Provincias Argentinas de Cuyo, esa cordillera afecta la forma de un triángulo gigantesco y alargado. Su base encuéntrase en las latitudes del trópico. Su vértice viene a asomar, por así decirlo, en las tierras volcánicas al sur del Continente, y sus lados están formados por los macizos que miran al oriente y al poniente en esta complicada cadena de montañas.

La parte elegida por San Martín para trasladarse a Chile al frente del ejército libertador, era precisamente la más imponente y la más abrupta. Un macizo central, el de Aconcagua, se alza allí, llegando en su pico más alto hasta cerca de siete mil metros de elevación. Al frente de éste asoma el Tupungato, su rival en altura, y más al sur, el Maipo, volcán apagado.

En esa zona se encuentran precisamente ciertos portezuelos o boquetes, frecuentados por los arrieros desde la época más remota de la conquista, y son éstos los conocidos con el nombre del paso de Uspallata y de los Patos, fronterizos ambos a las provincias de San Juan y de Mendoza. El primero de estos pasos conduce directamente a la cumbre, que se alza a cuatro mil metros de altura y cruza el valle de Uspallata, que es de donde le viene su nombre. El otro, o sea el de los Patos, arranca en este mismo valle; pero forma luego una línea de circunvalación en torno del macizo central del Aconcagua y va a terminar, como el primero, en el valle de Putaendo, ya en tierras de Chile.

Los otros pasos — aludimos aquí a los pasos considerados por San Martín para su fin estratégico — son el de la Ramada y el de Come-Caballos. Tanto uno como otro se encuentran al norte de la Cordillera y sirven para poner en comunicación a la provincia de la Rioja con la de Coquimbo y de Copiapó. Por el sud se encuentran los pasos del Planchón y del Portillo. El primero conduce al valle de Talca y el segundo al de Mapocho, en donde se encuentra Santiago.

Pero volviendo a San Martín y colocándonos en el momento en que la idea de vencer a la naturaleza lo llena por entero, digamos que antes de presentarse en Chile como vengador de una libertad

oprimida quiso conocer personalmente la Cordillera, lo que realizó internándose en ella por los puntos que estimó más indicados y estratégicos (1).

En estas visitas San Martín estudió las condiciones topográficas del terreno, y con su lápiz como con el de sus ingenieros, entre los cuales se destacaba el mayor Condarco, trazó los croquis y planos que exigían para su perfecto desenvolvimiento, sus futuras operaciones de guerra. Una vez en Mendoza, y con estos antecedentes, pasó a trazar igualmente sus itinerarios. Estos itinerarios son dos, y en ellos, con la prolijidad meticulosa que es nota característica de San Martín, anotó todo lo que necesita saber por anticipado un ejército, que por vez primera va a ponerse en contacto con lo desconocido y con lo abrupto de la naturaleza. Es así como San Martín se ocupa de señalar los potreros y las aguadas, se ocupa de puntualizar igualmente los páramos, los terrenos llanos o quebrados y la distancia que media entre jornada y jornada.

Según sus cálculos, el espacio que es necesario recorrer por el camino de Uspallata se compone de setenta y una leguas, y de ciento cinco el de los Patos. Las jornadas que comprende el primero, son: Jagüel, Villavicencio, Minas, Uspallata, Picheuta, Río de las Vacas, Paramillo de las Cuevas, Ojo del Agua, Punta de los Quillaes y Villa de Santa Rosa. Con esta misma prolijidad, anota San Martín las jornadas correspondientes al paso de los Patos, que tiene su punto de arranque en Jagüel, como el de Uspallata. He aquí las jornadas sucesivas a partir de este punto: las Higueras, Las Cuevas, Yaguarás, cerro del Tigre, arroyo de Uretilla, Río San Juan, los Manantiales, los Patillos, los Patos, el Mercenario, los Pinquenes, el Portillo, el Cuzco, los Maitenes, Achupallas y San Antonio de Putaendo.

(1) San Martín inició ya estos reconocimientos apenas se hubo hecho cargo de la intendencia de Cuyo. Es el día 6 de julio de 1815 cuando se dirige al cabildo de Mendoza y le dice: «La necesidad de tomar un conocimiento exacto de los lugares por donde puede ser invadida esta provincia por los enemigos y la indefensión del pueblo de San Juan, me obligan a ponerme en marcha para este destino con ambos objetos».

El 27 de ese mismo mes, encontramos a San Martín de regreso a Mendoza, pero dispuesto a proseguir sus exploraciones. En esa fecha se dirige igualmente al cabildo, y en su nota se expresa así: «Concluída ya la imposición del derecho voluntario sobre los caldos productivos de la ciudad de San Juan, y reconocida la parte del norte de la Cordillera, objetos de mi separación de esta capital, a más del restablecimiento de mi salud, he regresado felizmente. Pero debiendo tomar igual conocimiento de los campos del sur, salgo hoy con este destino a la fortaleza de San Carlos, y puesto que me permiten acercarme las nieves, dejando el mando político y militar encargado al cabildo y al teniente coronel don Manuel Corvalán como anteriormente».

Hacia principios del año 1816, San Martín reanudó estas exploraciones. Era el 13 de enero del año referido, cuando volvió nuevamente a confiar al cabildo el mando militar y político que ejercía, y esto con el propósito expresado. Textualmente declara en este oficio San Martín: «Es de urgente necesidad dedicarme por algún tiempo a inspeccionar por mí mismo las inmediatas campañas adyacentes a esta capital». — *Archivo de San Martín*, t. II, pág. 480.

Gracias a estas y a otras previsiones propias de su genio metódico y calculador, que no es del caso reproducir aquí, San Martín pudo volcarse sobre un desierto de piedra, cual lo era la gigantesca cordillera de los Andes, con un ejército de cuatro mil hombres, ejército que si no era grande por su número, lo era por su temple, por su espíritu, por su finalidad y por su disciplina.

Junto con esa masa de combate, San Martín se presentó en aquellas alturas, que no habían conocido guerrero similar, arrastrando además dos mil milicianos en calidad de tropa auxiliar, un equipo de arrieros, otro de camineros, el parque, la maestranza, diez mil mulas, seiscientos caballos, seiscientos bueyes, los víveres para un mes de marcha y todo el forraje que reclamaba el ganado.

El parque y la maestranza conducido, parte en zorras, parte en mulas, completaba ese tren libertador cuyas marchas las reguló San Martín haciendo intervenir en sus cálculos el espacio y el tiempo. Según una relación escrita por el propio Beltrán, que marchaba a retaguardia del ejército libertador, este ejército al salir de Mendoza llevaba consigo dos obuses de seis pulgadas, siete cañones de batalla de a cuatro, nueve cañones de montaña de a cuatro igualmente y dos cañones de hierro, de un calibre, y dos de diez onzas con sus respectivas cureñas y armones. La carga en municiones constituíanla trescientas granadas, doscientos carros de metralla, para obús, dos mil cien tiros de bala, mil cuatrocientos tiros de metralla, dos mil setecientos tiros de bala para los cañones de montaña, treinta y un mil estopines, cuatro mil seiscientos cincuenta lanzafuegos, un millón de cartuchos de fusil a bala, quinientos mil cartuchos de fusil para fogueo, cuatro mil cartuchos de cañón, pero vacíos, trescientos morriones, trescientas teas y doce docenas de cohetes para señales. En el juego de armas entraban diferentes artículos. Comenzaban éstos con cinco mil fusiles con bayonetas completas, cinco mil fornituras de otro género, setecientas cuarenta y una tercerolas, mil ciento veintinueve sables con sus respectivos cinturones, setecientas cuarenta y una cananas completas, doce zorras, como otros artículos, entre los cuales merecen señalarse catorce mil pares de herraduras para las mulas, seis mil pares de lo mismo para caballo, trescientas carpas, sesenta mil piedras de chispa, veinte quintales de fierro, cuatro quintales de acero, seis mil quinientos sacos de tierra, siete mil agujetillas de fusil, cuatro mil polvorines, mil cinturones para la caballería, veinticinco cajas de guerra, dos puentes de maroma completos, de sesenta y cinco varas de largo, cuatro cargas de jarcias, cuatro mil chifles, novecientas monturas completas para artillería y caballería, dos mil ochocientas para infantería, dos quintales de azufre y dos de salitre.

Observa Beltrán en su relación que además de estos artículos y otros que no enumeramos aquí, por medio de la fragata de guerra *Lord Lindoch,* habían sido remitidos al puerto de Valparaíso para ser entregados al teniente de artillería de Chile don Bartolo Icarte,

dos morteros de nueve pulgadas, un obús de a ocho, cuatro cañones de a veinticuatro, cuatro de a ocho, dos obuses de a seis, cuatrocientas bombas de a nueve, doscientas granadas de a ocho, doscientas de a seis, mil balas de a veinticuatro, trescientas de a ocho, seis carros de municiones, diez cureñas, tres ajustes para mortero y una imprenta [1].

Como se ve, el ejército libertador había sido debidamente munido de los elementos destructores que exigía la guerra, no faltando entre ellos aquel otro, el de una imprenta, que le serviría para propagar en el reino reconquistado su pensamiento.

Era ésta una máquina pronta para entrar en acción, y cuando San Martín creyó que había llegado la hora para hacerlo convocó en su residencia particular de Mendoza a los jefes de los cuerpos, dióles a conocer el plan de sus operaciones, la ruta que seguiría en la marcha a través de la Cordillera y el punto en que se produciría la concentración una vez pasada la cumbre. De acuerdo con el plan que se había trazado distribuyó sus fuerzas en dos divisiones. A una, a la comandada por Las Heras, fijóle el camino de Uspallata, y a la otra, que sería la división de vanguardia y la presidiría Soler, el de Los Patos.

Pero antes de asistir a la partida del ejército libertador y de internarnos con él y San Martín en las fragosidades cordilleranas, recordemos que con el propósito de desconcertar al enemigo y de preparar el Estado de Chile a una insurrección general, excogitó dos avances parciales, pero simultáneos y paralelos, por el norte y por el sur de la línea central por donde él llevaría su ofensiva. Para esto eligió los hombres que le parecían los más adecuados para hacer ejecutiva esta misión, y el día 9 de enero despachó rumbo a San Juan al teniente coronel Cabot para que entrando por Calingasta invadiese la provincia de Coquimbo. Las tropas con que salió de Mendoza el comandante Cabot se componían de veinte hombres del batallón nº 8, de veinte del nº 1 de cazadores y de veinte igualmente del regimiento de Granaderos a caballo. Al llegar éste a San Juan encontróse con un refuerzo de ochenta milicianos montados que puso a sus órdenes el gobernador de aquella provincia, y con estas fuerzas reunidas Cabot inició la ofensiva prefijada por San Martín, invadiendo la provincia de Coquimbo por el paso de Olivares. Simultáneamente que Cabot realizaba esta marcha, llegaban a la Rioja cincuenta soldados de línea enviados por Belgrano al mando del coronel Francisco Celada, bravo y meritorio oficial que había hecho las campañas libertadoras en el Alto Perú, agregándose a este contingente ochenta hombres más de milicia pertenecientes a esta provincia y que tenían como jefe a don Nicolás Dávila. Reunidas todas estas fuerzas, Celada internóse en la Cordillera por el paso de Vinchina y dirigióse resueltamente a insurreccionar las ciudades de

[1] *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 348.

Copiapó y del Huasco, después de recibir del gobernador de aquella provincia el pliego de instrucciones que para tal empresa le había remitido San Martín ([1]).

Al frente de un destacamento de ochenta soldados de infantería y veinte de caballería, el teniente coronel don Ramón Freire, chileno, salió de Mendoza para dirigirse por la línea de San Carlos y de San Rafael al paso del Planchón que enfrentaba a las ciudades de Talca y de Curicó. Las instrucciones que le transmitió San Martín tenían por objeto provocar la alarma en el sur de Chile — por allí lo esperaban Manuel Rodríguez y José Neira, agentes secretos que respondían a San Martín —, levantar guerrillas y distraer así la atención de Marcó hasta hacerle creer que el grueso de la invasión se produciría por ese lado y no por el macizo central de Aconcagua como San Martín lo iba a realizar.

Mientras que estas divisiones volantes a distancia de casi dos mil kilómetros una de otra cumplían su cometido — a su hora veremos cómo —, San Martín daba las órdenes de partir al grueso del ejército, y éste lo hacía abandonando el campamento del Plumerillo fraccionado en dos divisiones, escalando los primeros contrafuertes andinos frente a Mendoza y dirigiéndose una de ellas sobre Uspallata y la otra sobre los Patos.

El primero en partir fué el coronel Las Heras. Las fuerzas de éste se componían del batallón nº 11, de treinta granaderos a caballo, de veinte artilleros y de dos piezas de montaña. Esta división llevaba consigo un equipaje de puente y algunos trabajadores con los útiles necesarios para fortificarse en caso de ataque. Simultáneamente otro equipo semejante fué despachado por San Martín rumbo a los Manantiales en auxilio de la división que emprendería el camino de los Patos. El día 19 salió de Mendoza para Uspallata la retaguardia de la división de Las Heras y con ella un tren de artillería de batalla, de calibre de a cuatro. Antes de abandonar el campamento del Plumerillo, San Martín puso en las manos de Las Heras

([1]) Este episodio permaneció por mucho tiempo ignorado y fué el general don Jerónimo Espejo quien lo sacó de la obscuridad. El éxito con que se coronó esta operación y sus pormenores recogiólos el ilustre cronista del Paso de los Andes de labios mismos del oficial riojano Javier Medina, quien en calidad de ayudante del coronel Celada hizo toda esta campaña. Don Guillermo Avila, hijo del comandante don Nicolás Avila, publicó en la *Revista de Buenos Aires* en el mes de septiembre de 1870 una interesante exposición en que da a conocer los pormenores de esta campaña. Dícenos que gobernaba en aquel entonces la provincia de la Rioja el coronel Martínez, elegido por la influencia del general San Martín, y que después de haber preparado éste con aquél, en forma muy sigilosa, la expedición, mandóle varios oficiales de línea para organizarla y dirigirla. Fué Martínez quien dió orden al comandante de Famatina, que era su padre, de tener preparados y listos dos escuadrones de milicias para el 15 de enero, que estos escuadrones llegaron a formar un total de ciento veinte hombres y que en ellos iba la flor de la juventud riojana. «Allí se encontraba, escribe textualmente, el capitán don Miguel Dávila, hermano del comandante don Nicolás, el capitán don José Benito Villafañe, después general, y el teniente Macospico de Quiroga, el capitán don Manuel Gordillo, los oficiales Larrahona y Noroña y muchos otros cuyos nombres sería largo referir».

el pliego de instrucciones según el cual éste y su división debían encontrarse al otro lado de los Andes (en Santa Rosa) el 8 de febrero. Para esto debía graduar sus marchas a fin de llegar a aquel punto con oportunidad.

«El primer objeto que debe proponerse, le dice San Martín, es el de sorprender la guardia enemiga en términos tales que si es posible nada pueda sospechar el enemigo. Si lo consigue, y con los informes que adquiera de las fuerzas del enemigo en el valle y crea oportuno el atacarlo, lo verificará. En caso de batirlo, tomará y fortificará el punto de Chacabuco, adelantando sus partidas de caballería lo más que le sea posible sobre la capital».

Recomiéndale que sepa escoger un punto a sus espaldas a donde pueda retirarse en caso de ataque, pero que en cuanto esté a su alcance, trate de sostenerse, ya sea sobre el río Colorado o sobre el río Juncalillo, o el punto que estime conveniente, construyendo al efecto una fortificación.

Previénele que como la vanguardia del ejército que marcha por el camino de los Patos debe caer al valle de Putaendo, «procurará por la derecha del río Aconcagua o por donde sea practicable ponerse en comunicación con el jefe de la vanguardia, bien sea por baqueanos de confianza o bien por oficiales sueltos y disfrazados, a cuyo efecto pasará repetidos partes de sus ocurrencias.

Si llega a posesionarse de la villa de Santa Rosa antes de que hubiese llegado el grueso del ejército, dícele San Martín que nombre los comisionados que crea necesario para recolectar setecientos caballos, lo mismo que los víveres que el ejército necesite, pero todo bajo recibo, «haciendo entender que lo que se tome será pagado fielmente, luego que llegue la comisaría del ejército. San Martín establece una excepción y es sólo con los enemigos de la causa.

En distintas cláusulas le recomienda resolución y madurez. Dícele que posesionado de Chacabuco procurará introducir en la capital el mayor número de espías para informarse de los movimientos que hace el enemigo, y que no comprometa antes de que el ejército desemboque en el valle de Putaendo ninguna acción, «a menos de no tener mucha seguridad en ganarla». «Si por desgracia fuese batido el ejército, y tuviese su división que retirarse, le dice en otro lugar, lo verificará a Picheuta, cuya posición es inexpugnable con la fortificación que se ha construído» [1].

El día 19 de enero inició su marcha la división de vanguardia, compuesta del escuadrón nº 4 del regimiento de Granaderos a caballo, y cuatro compañías de granaderos y volteadores, a las órdenes del comandante Melián. Estas fuerzas de vanguardia se dirigieron al camino de Los Patos, y al día siguiente tras de ellas otra división compuesta del batallón de Cazadores nº 1, comandado por Alvarado, del escuadrón nº 3 de granaderos y cincuenta artilleros con cinco

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 230.

piezas de artillería. A estas fuerzas, uniéronse el día 21 cuatro compañías del batallón nº 7 comandado por Pedro Conde, veinte artilleros, dos piezas de a uno y todo este contingente comandado por el brigadier don Bernardo O'Higgins. Veinticuatro horas después partía igualmente del campo de instrucción con igual rumbo el comandante Gregorio Crámer al frente de cuatro compañías del batallón nº 8 y el capitán don Mariano Necochea, jefe de la escolta de San Martín, al frente de cien granaderos. El general Soler, que era el jefe del Estado Mayor, no partió entonces por retenerlo en Mendoza la salida del ejército, pero lo hizo dos días más tarde. El día 23 salieron de Mendoza para completar las fuerzas que avanzaban por el camino de Los Patos los escuadrones nº 1 y nº 2 del regimiento de Granaderos bajo las órdenes del comandante Zapiola, y el día 24 cien artilleros comandados por Plaza y el capitán Beltrán conduciendo el resto de la artillería y los elementos que integraban la maestranza. Advierte el general Espejo que toda la infantería iba montada, que la jornada debía hacerse en estas condiciones hasta la primera noche de vivac en el descenso de la Cordillera y que esto era una medida adoptada para precaver o disminuir la fatiga que el soroche podía producir en la tropa.

Lo mismo que había hecho con Las Heras hizo San Martín con Soler, y en sus instrucciones datadas, como la primera, en su cuartel general, díjole que debía marchar por el camino de Los Patos y desembocar en el valle de Putaendo el día 8 de febrero, apoderándose de la villa de San Felipe después de fortificar el puente que cruza el río Aconcagua. Por la derecha de este río, Soler debía ponerse en comunicación con la división del coronel Las Heras que marchaba por Uspallata. Dícele que si la situación y la fuerza del enemigo le permiten atacarlo en Santa Rosa, que lo verifique, y que marchando rectamente a Chacabuco interponga alguna división entre la capital y Villanueva. Si antes de reunirse el ejército ha podido obligar al enemigo a abandonar todo el valle, su primer objeto será de apoderarse de la cuesta de Chacabuco, remitiendo las partidas necesarias para interceptar los caminos que conducen a la capital. Recomiéndale que desde el valle de Los Patos forme puestos de dos o tres hombres para que corran los avisos que él remita, que todo su empeño sea el de sorprender las guardias enemigas de la Cordillera, insurreccionar todo el valle, y conseguido esto reúna el regimiento de milicias del mismo y lo ponga bajo el mando del coronel don José María Portus, del cual se valdrá en todo caso.

San Martín lo facultaba ampliamente y decíale que si la capital de Santiago se revolucionase y pasasen a sus filas tropas enemigas, podía adelantar con su vanguardia sin esperar la llegada de todo el ejército (1).

Cuando el ejército libertador ya había abandonado Mendoza, pro-

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 234.

cedió a hacer otro tanto San Martín. ¿Cuáles eran sus emociones en ese instante? ¿Qué presentimientos lo asaltaron, qué dudas, o qué esperanzas pusieron fin a sus cavilaciones? ¿Terminaron éstas en realidad de verdad o principiaron otras nuevas al ponerse en contacto con ese elemento ciclópeo que lo había mantenido en una especie de insomnio perenne? El no nos lo ha dicho, pero lo sorprendemos en las rápidas líneas con que escribía sus misivas y no en cualquier momento, sino en ése en que había llegado para él la hora decisiva y suprema. Por de pronto, sabemos que su resolución era inquebrantable. De un modo o de otro, Chile tenía que caer entre sus manos, y pensando en esta decisión, le había dicho a un amigo días antes: «Si no puedo reunir las mulas que necesito me voy a pie». Las mulas vinieron felizmente. Ellas brotaron como por encanto en las provincias de Cuyo y el héroe típico y sus legionarios las cabalgaron serenamente. «Trabajo como un macho para salir de ésta el 15 del entrante», le decía en lenguaje soldadesco a su amigo Guido. Ya para ese entonces había despachado mil doscientos caballos para situarlos en los Manantiales y para que los montasen la división de Soler, el Estado Mayor y los granaderos al pasar por ahí, rumbo a los Patos. «Para el 21 ya estará todo fuera de ésta, le dice al mismo amigo, en otra oportunidad, y el 15 de febrero decidida la suerte de Chile». En nada de esto, como se ve, hay apresuramiento ni timidez. Guarda San Martín la calma propia de los héroes en un momento homérico, y así como falta la hinchazón en sus ideas, brilla por su ausencia en su estilo. «Mi amigo muy querido, le dice a don Tomás Godoy Cruz el 24 de enero de 1817, el 18 empezó a salir el ejército y hoy concluye el todo de verificarlo. Para el 6 estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15 ya Chile es de vida o muerte». Y luego: «Esta tarde salgo a alcanzar las primeras divisiones del ejército. Todos han salido bien y hasta ahora no ha ocurrido novedad de consideración. Dios nos dé acierto, mi amigo, para salir bien de tamaña empresa» (1).

Ello es que el 24 de enero todo el ejército de los Andes, tanto en

(1) Sabemos sin embargo que en momentos de ponerse en marcha el ejército sufrió algunas bajas, las que llegaron al número de cuatrocientos hombres entre enfermos, algunos desertores y los estropeados por las mulas. «Confieso a usted, mi buen amigo, le dice Pueyrredón al enterarse de estos percances, que esto me ha puesto en un grave temor de una resulta desgraciada. Sabemos que el enemigo tiene una cuarta parte más de fuerza y que debe tenerla más disciplinada que la nuestra porque ha tenido más tiempo de prepararse». Haciéndose eco de las esperanzas alentadoras que ya le había transmitido San Martín exclama: «¡Ojalá sea usted oído por Nuestra Madre y Señora de las Mercedes!» Anúnciale que salen para ésa varios oficiales franceses al anunciarle que sale igualmente el general Bellina. «Van locos de contento, escribe, y yo quisiera que llegasen a tiempo para acreditarse, porque los veo empeñadísimos en ganar opinión. El coronel me parece a propósito para mandar un trozo de caballería; habla bien el castellano». Calcula Pueyrredón en ese instante que San Martín ya debe estar bien avanzado en la Cordillera y concluye su carta con un «Adiós, *mon frère*», que dentro de pocos días se vería substituído por aquel otro saludo que resonó en Buenos Aires como un clarín: «Gloria al restaurador de Chile».

sus cuerpos como en lo que era su parque y su maestranza, había abandonado por completo el campo de instrucción. San Martín no quiso hacerlo sin dejar un testimonio documental de los sentimientos que lo embargaban, y dirigiéndose al gobernador intendente de la provincia puso en sus manos estas proclamas dirigidas al cabildo, autoridades y pueblos de la provincia:

«Compatriotas, dice San Martín, sería insensible al atractivo eficaz de la virtud, si al separarme del honrado y benemérito pueblo de Cuyo no probara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo. Cerca de tres años he tenido el honor de presidirle y la prosperidad común de la nación puede enumerarse con los minutos de la duración de mi gobierno. A ellos y a las particulares distinciones con que me ha honrado, protesto mi gratitud eterna y conservar indeleble en mi memoria sus ilustres virtudes».

Con la misma pluma con que redactó esta despedida escribió dos días antes una proclama. Era ella destinada a los pueblos ultracordilleranos y magistralmente sintetizó en sus líneas el móvil y el objeto con que él y sus soldados iban a lanzarse en una empresa libertadora. «El ejército de mi mando, dice San Martín a los chilenos, a quienes trata de compatriotas y de amigos, viene a libraros de los tiranos que oprimen ese precioso suelo. Yo me estremezco cuando medito las ansias recíprocas de abrazarse tantas familias privadas de la sociedad de su patria o por un destierro violento o por una emigración necesaria. La tranquila posesión de sus hogares es para mí un objeto el más interesante. Vosotros podéis acelerar ese dulce momento, preparándoos a cooperar con vuestros libertadores que recibirán con la mayor cordialidad a cuantos quisieran reunírseles para tan grande empresa. La tropa está prevenida de una disciplina vigorosa y del respeto que debe a la religión, a las propiedades y al honor de todo ciudadano. No es de nuestro juicio entrar en el examen de las opiniones: conocemos que el temor y la seguridad arrancan muchas veces las más extraviadas contra los sentimientos del corazón. Yo os protesto por mi honor y por la independencia de nuestra cara patria que nadie será repulsado al presentarse de buena fe. El soldado se incorporará en nuestras filas con la misma distinción de las que las componen y con un premio especial el que trajere sus armas. El paisano hospitalario y auxiliador del ejército será recompensado por su mérito y tendrá la gratitud de sus hermanos. Se castigará con severidad el menor insulto. Me prometo que no se cometerá alguno bajo las banderas americanas, y que se arrepentirá tarde y sin recurso el que las ofenda. Estos son los sentimientos del gobierno supremo de las Provincias Unidas en Sud-América que me manda, desprendiéndose de una parte principal de sus fuerzas, para romper las cadenas ensangrentadas que os ligan al carro infame de los tiranos. Son los míos y los de mis compañeros en la campaña. Ella se emprende para salvaros. ¡Chi-

lenos generosos! corresponded a los designios de los que arrostran la muerte por la libertad de la patria» (1).

Cuando estas proclamas y despedidas salían de la pluma de San Martín, había tomado él una resolución dictada por sus deberes domésticos y era ésta el envío de su esposa y de su hija a Buenos Aires. La hija de San Martín contaba en ese entonces escasamente seis meses de edad, y por lo que se refiere a su esposa, su salud no era la más indicada para soportar una travesía como era la de los Andes y en las condiciones impuestas por la guerra.

Carecemos de los documentos necesarios para decir en qué fecha doña Remedios Escalada de San Martín, en compañía de su hijita, abandonó la ciudad de Mendoza. El general Espejo nos la hace presente en aquella ciudad en el momento en que San Martín se despide de la capital de Cuyo, dándole su último adiós y conocemos una carta de Pueyrredón fechada en Buenos Aires el 24 de enero de ese mismo año, en que le dice a San Martín que se prepara para recibir a su esposa. He aquí los términos en que el director del Estado argentino hace alusión a esta circunstancia: «Me dice usted que me remite a Madame Remedios sin avisarme si ha salido ya o no, ni cómo, ni con quién viene. Esté usted seguro de que no le faltarán mensualmente los ochenta pesos que usted le asigna como tampoco todo lo demás que sea graciable y dependa de mi arbitrio» (2).

Llenados estos requisitos, San Martín decidió ponerse en marcha. Era el 24 de enero de 1817 cuando dirigiéndose a su amigo, don Tomás Godoy Cruz, le escribe: «El 18 empezó a salir el ejército y hoy concluye el todo de verificarlo. Para el 6 estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante y para el 15 ya Chile es de vida o muerte.

«Esta tarde salgo a alcanzar las primeras divisiones del ejército. Todos han salido bien y hasta ahora no ha ocurrido novedad de consideración.

«Dios nos dé acierto para salir de tamaña empresa» (3).

Al decir de este documento, San Martín debió iniciar la marcha abandonando su cuartel el 24 de enero por la tarde; pero es el caso que el cronista del Paso de los Andes nos dice que lo hizo el día 25, después de despachar el resto que quedaba del batallón de artillería, el parque y la maestranza. Este mismo cronista nos dice que acto continuo pasó a la ciudad para dar allí el último adiós a su esposa, y que prosiguió luego a incorporarse a sus compañeros de fatiga. La noticia de que San Martín se alejaba de la capital que durante tres años había servido de plataforma a los prolegómenos de la campaña libertadora, cundió en ella con la celeridad de un

(1) *Archivo de la Nación Argentina, in folio.*
(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 560.
(3) *Ibídem*, t. V, pág. 558.

rayo. El gobernador intendente, el cabildo, los más respetables vecinos de la ciudad y el pueblo en masa, quisieron tributarle el homenaje que reclamaba su partida, y lo acompañaron aclamándolo en un largo trecho. Mientras esto sucedía, las campanas de los templos eran echadas a vuelo y las almas fervorosas se congregaban al pie del altar para poner su empresa bajo los auspicios de la Divinidad. «Es preciso que Dios sea godo para que no ayude a nuestra empresa», le dijo en una de sus cartas en ese mismo día San Martín a Pueyrredón [1].

En pocas horas de marcha salvó aquél la distancia que lo separaba de una ciudad toda ella patrióticamente emocionada, y en pocas horas igualmente traspuso los primeros contrafuertes andinos para internarse luego en la masa ciclópea, y con sus ojos clavados en el valle de Aconcagua, seguir a retaguardia del ejército libertador, enfilando el camino de los Patos.

Pero apartémonos aquí de San Martín y veamos cómo las diferentes divisiones del ejército libertador se enseñorean de la masa ciclópea, vencen sus obstáculos y empeñadas allí castigan al enemigo.

Como ya se sabe, la división de Las Heras se puso en marcha el 18 de enero y al llegar a Picheuta, las avanzadas de esta división se encontraron con algunas fuerzas enemigas que le obligaron a replegarse sobre los Potrerillos. En ese entonces, dispuso Las Heras que Francisco Aldao y treinta granaderos marchasen en avanzada, y habiéndose encontrado esta fuerza patriótica con la enemiga al aclarar del día 25, cargaron sobre el enemigo. Los españoles ocupaban una posición estratégica y eran superiores en número. Los patriotas no se acobardaron por eso, y después de dos horas y media de combate aquéllos emprendían la retirada repasando la Cordillera precipitadamente. Dícese en el documento que nos ilustra que los patriotas no pudieron emprender su persecución «por lo flacas y fatigadas que estaban las mulas en razón de la marcha forzada que habían hecho la noche anterior», y que las pérdidas de nuestras fuerzas sólo fueron diez heridos del batallón nº 11 y dos soldados del escuadrón de Granaderos a caballo. Es éste el combate conocido

[1] El 31 de diciembre, el gobernador don Toribio Luzuriaga lanzó un bando en acuerdo con el cabildo para que durante nueve días en la iglesia matriz se celebrasen misas votivas con la exposición del Santísimó para el éxito de la expedición. «Desde mañana, 2 de enero, dice él en su bando, se empezará el novenario a la hora acostumbrada. Es un deber de los buenos patriotas en señalarse en estos actos de piedad. La causa de Dios y de la patria tienen un vínculo indisoluble inspirado por el Supremo Hacedor». «A fin de que el gran Dios de la Batallas, agrega luego, arroje sobre nuestras armas libertadoras su bendición» dispone que durante la misa se suspendan las obras públicas, se cierren las tiendas, talleres y pulperías y esto bajo la multa de veinte pesos a los que violasen tales disposiciones. «Yo y la muy ilustre municipalidad nos adelantaremos a dar el ejemplo. Las demás corporaciones asistirán cada vez que lo permitan las atenciones de sus respectivas oficinas. El ayudante de semana pasará recado urbano a los devotos prelados locales para que den rogativas diariamente al mismo tiempo que se haga sonar la campana de la iglesia matriz para las suyas». *Archivo de Mendoza.* — Copia comunicada al autor por don Conrado Céspedes.

con el nombre de los Potrerillos, y en este encuentro, además de las fuerzas mencionadas, intervinieron ochenta y tres granaderos del nº 11 y otros treinta granaderos a caballo, comandados por el mayor don Enrique Martínez. Las fuerzas españolas, que en un principio se creyeron de sólo cincuenta a sesenta hombres, pasaban de doscientos cincuenta, y las comandaba el mayor Miguel Marquelli. El contraste sufrido hízole ver que se encontraba en presencia de un ejército invasor, y puesto en retirada lanzó la voz de alarma al otro lado de la Cordillera.

El día 29 de enero, el grueso de la división de Las Heras se puso en marcha desde Uspallata, rumbo a Picheuta. Allí llegó antes del atardecer de ese día y súpose el combate librado en Potrerillos por las avanzadas.

El 1º de febrero la división acampaba al pie del Paramillo de las Cuevas, y después de haberse hecho una exploración en las alturas de la Cordillera, Las Heras dió la orden de marcha para pasar la cumbre, lo que se efectuó el día 2 de enero, siendo las doce y media de la noche. Todo este movimiento «se ejecutó con el mayor silencio y orden». A las tres y cuarto de la mañana de ese día toda la división de Las Heras se encontraba en la meseta andina. Detúvose allí por algunas horas para reparar su cansancio y en seguida marchó hasta el Juncalillo. Estando acampada esta división en el Juncalillo, el día 3 de febrero llególe a Las Heras un oficio de San Martín datado el día 1º de ese mes a las seis de la mañana, en los Manantiales, ordenándole que demorase su marcha dos días. Las Heras así lo hizo y mientras tanto despachó una guerrilla compuesta de treinta granaderos a caballo y veinte fusileros del nº 11 para efectuar una exploración. Súpose entonces que los realistas estaban atrincherados en Guardia Vieja, y reforzando Las Heras esta fuerza con una compañía del batallón de Cazadores y otra de fusileros dió el comando al mayor don Enrique Martínez y le ordenó atacar aquella posición. Martínez así lo hizo. Su ataque prodújose el día 4 de febrero al ponerse el sol, y por el parte que transmitió a Las Heras súpose que la fuerza enemiga se componía de noventa y cuatro hombres, de los cuales después del combate quedaron en poder de los patriotas cuarenta y tres soldados y dos oficiales. Estos y veinticinco hombres muertos fueron las pérdidas del enemigo, tomándosele además cincuenta y siete fusiles, diez tercerolas, correajes, bayonetas, cuatro mil cartuchos y muchas cargas de víveres. Los patriotas sólo tuvieron cinco heridos leves después de una hora y media de fuego.

Los prisioneros fueron remitidos a Mendoza el día 5, y Las Heras dispuso que los vencedores de Guardia Vieja regresasen de nuevo al Juncalillo en donde se encontraba el grueso de su división. Con esto, este jefe perseguía un propósito y era el de hacer creer a los realistas que se ponían en retirada —, para dar más apariencia de verdad a su falso intento despachó a uno de los prisioneros tomados

en Picheuta con un oficio para el comandante de la fuerza enemiga — y poder batirlo así con más facilidad, apenas se presentase aquél resueltamente ante su posición. Pero los realistas desconfiaron a tiempo y no cayeron en la celada. Por otra parte, Las Heras recibía el pliego a que acabamos de hacer alusión y esto lo obligaba a no comprometerse en un nuevo combate.

La orden de San Martín, a nuestro entender, no significaba, como por muchos se ha creído, una modificación al plan trazado en la travesía de la Cordillera; aun cuando en el primer encuentro con los realistas las armas libertadoras habían sufrido un ligero contraste, fué éste tan insignificante que en el acto lo reparó la vanguardia de Las Heras y obtúvose así aquel triunfo que se conoce con el nombre de Potrerillos. El retardo de dos días que le significaba San Martín a Las Heras, obedecía más que todo a una razón de prudencia y a combinar con sincronismo táctico la marcha de Las Heras con la de Soler y de O'Higgins, que lo hacían por el camino de Los Patos, mientras aquel otro lo hacía por el de Uspallata que era mucho más corto. Entraba pues en sus cálculos el que ninguna división comprometiese la suerte de otra, ya por acelerar demasiado sus marchas o ya por comprometerlas con una operación de vanguardia en esta o en aquella otra parte de la travesía. Las instrucciones transmitidas por San Martín a Las Heras eran las de encontrarse en Santa Rosa el día 8 de febrero y no antes. La misma consigna tenía Soler, y de ahí la razón de esa orden que Las Heras recibió en Juncalillo y que San Martín le transmitió desde los Manantiales.

Las Heras, por otra parte, reguló debidamente sus marchas, y el día 8 de febrero a las once de la mañana entraba en Santa Rosa, así como San Martín se lo había prescrito. «A nuestra llegada, escribe Las Heras, vino aviso que una guerrilla enemiga saqueaba parte de la población de los arrabales; fué perseguida por mi segundo hasta la cuesta de Chacabuco y se le quitaron sesenta caballos, seis mil tiros de fusil de bala y se le mataron algunos hombres. La división a la entrada de la villa se apoderó de un almacén de víveres de los enemigos, de doscientos líos de charqui y de otros tantos de galletas; un repuesto de veinte mil tiros de fusil, cuarenta fusiles y muchas municiones de cañón; cuatro cureñas con sus correspondientes cargas de montaña, una carpa y medicinas y aprestos de esta clase» [1].

Las Heras completó esta jornada avanzando al día siguiente sobre la cuesta de Chacabuco como San Martín se lo había ordenado y a las nueve de la noche de ese día acampaba allí todo su ejército.

Al entrar con su división en Santa Rosa o en Villanueva, como él lo dice en sus documentos, Las Heras supo por pliego remitido por San Martín que en el valle de Putaendo cuatrocientos realistas habían atacado a cien granaderos a caballo y que cargando éstos

[1] *Archivo de San Martín*, t. III, pág 259.

con sus sables habían dado muerte a diez y siete realistas y hecho algunos prisioneros. Como lo veremos, este combate no era otro que el de Achupallas; pero para relatarlo, forzoso nos es el alejarnos de Uspallata, entrar por el camino de Los Patos y ver cómo las divisiones de O'Higgins y de Soler ejecutan a la letra el itinerario que San Martín les había prefijado. Era el 1º de febrero cuando O'Higgins, desde el campamento en Los Patillos, le escribía a San Martín: «Me hallo situado legua y media poco más o menos de la vanguardia del ejército, al pie de un alto cerro cuyo valle se comprende con el nombre general de Patillos. No pude llegar al campo de vanguardia porque las cargas de esta división, obstruyendo los desfiladeros por donde debían pasar los cuerpos de mi mando, me hicieron perder muchas horas de marcha, de manera que, entrada la noche, me vi en riesgo de que la tropa, por el frío intensísimo que experimentamos en el día de ayer, sufriese algún contraste sensible e importante». Dice luego que la marcha ha sido penosa y que la hizo más penosa «la desobediencia del comandante de la escolta, el cual, separándose a largas distancias del cuerpo de la división, dejó de prestar el auxilio que pudo haber sido muy útil, de caballos para conducir a los demás soldados que de ellos carecían» (1).

Somos de opinión que no hubo aquí por parte de Mariano Necochea, que era el jefe de la división-escolta a quien O'Higgins recrimina, ningún acto de desobediencia, y que lo apresurado de su marcha obedeció precisamente a las nuevas instrucciones dadas por San Martín cuando al llegar éste a los Manantiales supo el avance rápido de Las Heras. Por otra parte, entre O'Higgins y Soler existía ya un sentimiento de rivalidad, y prevenido como estaba O'Higgins contra el jefe de la vanguardia, atribuyó a malquerencia lo que no obedecía sino a razones de táctica. Esta presunción agravóse en él con la lectura de una carta que Soler le escribía a San Martín. Este había autorizado a O'Higgins para abrir y leer la correspondencia que le transmitía el jefe de la división de vanguardia o sea Soler, y al leer uno de sus partes encontróse con que Soler le decía a San Martín que ignoraba si O'Higgins había tenido los mismos atrasos que él había tenido. Esto lo consideró O'Higgins, no ofensivo porque no podía serlo, sino como una nota de desconfianza en su capacidad, y le escribió a San Martín: «No puede ser así, cuando sus mismos oficiales y ayudantes — hace alusión a los oficiales y ayudantes de Soler — han visto marchar esta división en el mayor orden y unión, y el mismo Soler que lo sabe me escribió ayer para que no me moviese hoy hasta las dos de la tarde, sin duda para que no lo alcanzase, como sucedió ayer a las cuatro de la tarde, que alcancé a divisar su retaguardia desde este punto». Si lo dice por la escolta, agrega, no tengo la menor duda que su comandante al intento, contra mi orden, se adelantó para quedar en la división de vanguardia,

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 287.

pues desde que llegó allí, ni me avisó de ello, ni hasta hoy me ha escrito una letra, bien que tuvo orden del general Soler de marchar con él». Haya habido o no de por medio un sentimiento de rivalidad entre jefe y jefe, es el hecho que el escuadrón-escolta dejó de figurar en la división de O'Higgins y pasó a hacerlo en la división de vanguardia o sea la de Soler, y que gracias a su nuevo destino, obtuvo en Coimas el triunfo que pronto historiaremos.

Desde Mercedario, lugar donde se encontraba acampado con sus tropas, y con fecha 2 de febrero, Soler hizo saber a San Martín que dos soldados del regimiento de Granaderos habían aprehendido durante una excursión exploradora a dos paisanos munidos de pasaportes y que por informes del coronel Portus sabía que uno de ellos, el llamado Fermín Porras, era patriota y hombre de bien. «Sin embargo, escribe él a San Martín, tengo yo tomadas todas las medidas de precaución. Dicen que el objeto de su viaje era rastrear unas vacas hasta el valle de Los Patos. Las declaraciones contestes de uno y otro son de que en Santiago no hay tropas porque marcharon para el Sur; que no se sabía en Petorca cosa alguna de la marcha de este ejército por este punto; que no hay guardia alguna en Leyba, ni saben que las haya en los demás puntos hasta la Ramadilla, a excepción de una de seis hombres en el cajón de Chincolco y otra en las Lagunas de igual fuerza, la cual mando sorprender ahora mismo». «En consecuencia de estas informaciones, agrega Soler, he creído oportuno apresurar mis marchas con la mayor rapidez para caer sobre el valle cuanto antes, llevando conmigo a estos dos hombres para que me sirvan de guía y respondan de sus informaciones. Con este fin también aviso al brigadier O'Higgins para que con igual proporción fuerce sus marchas y creo que sería conveniente que V. E. hiciese lo mismo. Voy a ver si en cuatro jornadas o cinco, cuando más, puedo posesionarme de San Antonio de Putaendo» [1].

En ese ínterin San Martín dispuso que el mayor Antonio Arcos, al frente de una patrulla de granaderos, adelantase su marcha y se dirigiese a tomar una posición de vanguardia y al mismo tiempo por su intermedio dió a conocer a Soler sus nuevas instrucciones. Este las obedeció a la letra, e incorporando a las fuerzas de Arcos dos compañías del batallón de Cazadores y el destacamento que había apostado sobre Leyba, el día 4 de febrero pudo anunciar a San Martín que sus fuerzas emprendían la marcha teniendo por objetivo aquel punto y que lo era el de Achupallas. En ese momento los realistas acababan de ser vigorosamente atacados por las avanzadas de Las Heras en Guardia Vieja, y el jefe que comandaba a los realistas, el coronel Atero, queriendo cortar el camino al ejército que avanzaba por Los Patos como avanzaba igualmente por Uspallata, recostó sus fuerzas hacia aquel lado y después de cruzar el río Putaendo con su fuerza de infantería y de caballería buscó

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 64.

una situación defensiva en el cerro de las Coimas. La maniobra esta pudo ser y fué efectivamente acertada, pero llegaba tarde y sólo sirvió para poner a prueba el impulso ofensivo de los patriotas. Cumpliendo con las órdenes recibidas, Arcos dirigióse hacia Achupallas. Sus marchas las hizo, como el mismo lo declara, por un camino «fragoso y desconocido»; pero a pesar de todo no le fué posible substraerse a la vigilancia enemiga, y a las cinco de la tarde del día 4 de febrero se presentaba abiertamente en ese valle que iba a servir de teatro a las cargas heroicas y brillantes de los granaderos. El mayor Arcos dióse cuenta en el acto que las fuerzas realistas que tenía delante de sí eran superiores a las suyas y que si permanecía en ese sitio corría el peligro de verse envuelto por el enemigo; entonces decidió retroceder hasta la casa de Achupallas con el propósito evidente de que el enemigo avanzase creyéndolo débil y poder luego contraatacar con mejor éxito.

El enemigo creyó efectivamente que el triunfo podía y debía ser suyo y pocos momentos después de haber realizado Arcos esta maniobra, los realistas se presentaron en franca resolución de batirlo y en ese entonces Arcos decidió atacar al frente de veinticinco granaderos, entre los cuales se destacaba como oficial Juan Lavalle, a quien el dicho jefe lo clasifica ya de «valiente». La carga llevada por los patriotas fué heroica en sumo grado. A pesar de contar con caballos fatigados por la jornada anterior, los granaderos no se dieron reposo y al mismo tiempo que algunos soldados realistas caían bajo el filo de su sable otros se ponían en fuga buscando el amparo de los cerros. «Presentaban una escena ciertamente admirable, dice Arcos en su parte dirigido a Soler, ver tres o cuatro hombres corriendo tras de grupos de veinticinco a treinta. Un granadero llegó hasta el punto de echar pie a tierra y cargar sable en mano sobre otro que se le escapaba en una cuesta arriba. En fin, hemos tomado también algunos caballos con que se pudieron montar los granaderos y los hemos perseguido cerca de dos leguas más abajo de este punto». Declara Arcos que a pesar de todo su situación es crítica, y que espera no dejar sacar partido de este primer suceso alucinando al enemigo con movimientos. Concluye pidiendo un refuerzo de tropas para asegurar más y más los sucesos de nuestras armas.

El día 4 de febrero, y siendo las doce de la noche, Arcos podía decir a Soler al exponer esta acción heroica en Achupallas: «En este momento tengo la satisfacción de anunciar a V. E. que somos ya dueños de las gargantas del valle de Putaendo, y que la división de mi mando ha hecho honor esta tarde a las armas de la patria comportándose de un modo bravo y distinguido» [1].

Informado Soler del resultado que había tenido este encuentro y deseoso de asegurar una nueva victoria al punto conquistado, dispuso que el comandante Necochea al frente de sus granaderos hi-

[1] *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 67.

ciese un exploración. Para esto, y sabiéndose en presencia de un enemigo poderoso y audaz — el coronel Atero ocupaba la posición de las Coimas con lo mejor de su tropa compuesta de carabineros y de húsares —, reforzó a aquel jefe con dos escuadrones más de granaderos y con dos compañías de infantería. Antes de atacar Necochea dividió sus fuerzas en tres secciones. La del centro quedó bajo su mando, la de la derecha confióla al capitán Manuel Soler, hermano éste de Miguel Soler, general en jefe de la división de vanguardia, y la de la izquierda púsola bajo las órdenes del ayudante Angel Pacheco. Al principio simuló Necochea una ofensiva, pero en el acto retrocedió y volvió a su punto de partida, «aguardando, como dice Soler, que estos vándalos soberbios le cargasen como lo hicieron». Necochea dejó que los españoles avanzasen — para su protección habían colocado éstos en las Coimas dos piezas de artillería —, pero apenas estuvieron a media cuadra de distancia, sable en mano él y todos sus granaderos cargaron sobre el enemigo. El entrevero sólo duró una media hora, pero la bizarría de las tropas libertadoras fué tal, que los realistas se vieron obligados a retroceder, abandonando la posición que creían inexpugnable y dejando en el campo de combate treinta muertos, cuatro prisioneros, varios heridos, sin contar los que se llevaron consigo, y gran cantidad de armamento (1).

El triunfo del combate de Coimas fué decisivo, como lo fuera el de Guardia Vieja en la división de Las Heras. El general Soler y los otros cuerpos que le seguían pudieron avanzar sobre el valle de Putaendo y entrar así en la ciudad de San Felipe el día 8 de febrero, cuando Las Heras lo hacía en Santa Rosa, después de haber dejado a sus espaldas la cumbre y tras de ésta el valle de Uspallata por donde ejecutó su itinerario.

La concentración del ejército libertador se hacía así en el lugar y en el día en que San Martín lo había prefijado a cada jefe al transmitirle sus instrucciones. Los montes, aquellos altos montes, causa para el héroe invicto de tantos insomnios y desvelos, se aplanaban, por así decirlo, al paso de sus legiones; lo inteligente vencía a lo inerte, lo mismo que a lo abrupto, y con precisión matemática

(1) El parte relativo al combate de Coimas publicólo el jefe realista el 9 de febrero en la Gaceta de Chile. En el sentir de él fué aquel combate una victoria de las armas del Rey; pero semejante pretensión queda desautorizada por la fuga a que se entregó él y su tropa. Un historiador chileno, don Diego Barros Arana, opina que este parte fué apócrifo o al menos combinado para dar un falso aspecto a los sucesos. En su parte dice textualmente: «Mi primer intento había sido perseguirlos, pero considerando la tropa fatigada y sin rancho y que a más de esto me era riesgoso y difícil conservar aquella posición, determiné retirarme a la Villa Vieja. Lo verifiqué, pero luego que entramos en aquella plaza y llamé a los jefes para resolver con ellos lo que convenía al mejor servicio del Rey y seguridad de la división, todos fueron de parecer que debíamos pasarnos a esta banda del río —hace alusión al río Aconcagua— como lo practicamos con el mayor orden restituyéndonos al punto de que salimos». *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 69.

y prevista de antemano San Martín y sus huestes acercábanse a Chacabuco en cuya cuesta aquél había calculado librar su batalla libertadora.

Cuando los granaderos de Necochea obtenían este triunfo en Coimas, San Martín ya había pasado la cumbre y su mirada libertadora extendíase con soberanía absoluta sobre la falda occidental de la Cordillera. Sólo le quedaba por realizar una última etapa y lo era la de llegar a Chacabuco y quebrar allí definitivamente la resistencia realista.

La travesía cordillerana la había llevado a cabo San Martín siguiendo puntualmente el itinerario que se había trazado y al frente de la división que formaba la reserva. Cuenta la historia — esta versión la recogió Mitre de los labios de Arcos, de Alvarez Condarco, de Olazábal, de Plaza y de Díaz, jefes todos que tomaron parte en esta epopeya — que la travesía de la alta y solitaria meseta la realizó San Martín montado en una mula enjaezada a la chilena, con sus estribos de madera y dejando que la apacible bestia salvase los obstáculos y se gobernase a sí misma. A fin de precaverse del frío había forrado su chaqueta militar con pieles de nutria. Envolvíalo un capote de montaña guarnecido con vivos encarnados y con botones dorados. Calzaba botas granaderas con espuelas de bronce; ceñía al cinto el sable corvo o morisco que tenía igual temple que el de sus granaderos; un sombrero falucho o de dos picos, forrado en hule, protegía su cabeza y su rostro de la intemperie, y aunque lo tenía sujeto con un barbijo, para mayor seguridad, dado que los vientos cordilleranos eran impetuosos, atólo con un pañuelo anudándolo debajo de la barba. Según esa misma versión, mientras ascendía la cuesta del valle Hermoso y conversaba con sus guías por los caminos de atajo y transmitía sus órdenes a Las Heras, una fuerte tempestad de granizo se descolgó sobre la montaña y obligólo a detenerse a él y a la división de reserva que le seguía en aquel punto. Obligado por esta circunstancia, San Martín se apeó de su mula, arrojó sobre el suelo las pieles de carnero con que acaso había formado los pellones de su cabalgadura, y a pesar del frío intenso que llegó a marcar seis grados bajo cero, durmióse algunos instantes teniendo por almohada un pedazo de piedra. Cuando se recordó pidió a uno de sus asistentes — lo era en ese momento el coronel don Hilarión de la Quintana — que le alcanzase su chifle. Bebió entonces una dosis prudencial de alcohol. Dió así nueva vida a los miembros entumecidos por el frío y después de encender un cigarrillo de papel ordenó que la charanga de sus batallones tocase el himno argentino. Fué éste para él y sus bravos el más épico y eficaz de los estimulantes, y apenas las vibraciones metálicas con que había resonado aquel himno se hubieron perdido en las concavidades serranas, montó de nuevo en su cabalgadura y emprendió la ascensión de la cumbre. Horas después ésta quedaba a sus espaldas y todo un horizonte de cerros y de nuevos valles — estaban

allí los de Aconcagua y el de Putaendo que a fuerza de cavilar ya conocía de memoria — surgía en la línea visual del horizonte.

La historia no está en posesión de documento alguno que nos señale el día exacto en que San Martín pasó la cumbre. Presumimos que esto sucedió el 5 de febrero, dado que el paso se hizo en medio de una fuerte granizada, y que ésta, según Las Heras, se produjo en aquella fecha.

El 8 de febrero San Martín ya había establecido su cuartel en Villa Vieja, o sea en San Felipe, en el valle de Putaendo. Allí hicieron su etapa las huestes que lo acompañaban, y allí se prepararon ellas para la batalla cercana, que según el ojo estratégico de San Martín debía librarse en la cuesta de Chacabuco.

Pero no nos adelantemos en la exposición de los sucesos, y antes de recapitular el esfuerzo sobrehumano que encierra esta proeza, sin salir del teatro andino en el cual el genio de San Martín planea con soberano dominio, veamos cómo en sus extremos y en confines lejanos y opuestos otras fuerzas subalternas a las que formaban el grueso del ejército, coadyuvan a la realización de sus propósitos.

La expedición del Norte, como ya se ha visto, estaba confiada al capitán Cabot y debía partir de San Juan rumbo a Coquimbo. Antes de ponerse en marcha — lo fué el 9 de enero de 1817 — dispuso San Martín que esta expedición arreglase sus jornadas según la calidad del terreno y puntos más o menos aptos para entrar en Chile, ordenando al mismo tiempo que fuese portadora de proclamas explicativas de la causa que se defendía y que la tropa se mantuviese en la más estricta disciplina. Dióle instrucciones además a Cabot para que en el momento de pisar el territorio chileno estableciera allí nuevas autoridades, y si la expedición que debía partir de la Rioja a su llegada a Coquimbo se hubiese ya posesionado del Huasco o de Copiapó, se comunicara con aquellas fuerzas poniéndolas bajo su dependencia.

Cabot desempeñó con tanto acierto su cometido, que después de cruzar distintas cuchillas de cordilleras y hacer catorce jornadas, el 9 de febrero llegó a la cañada de los Patos. Allí se detuvo para reparar su caballada y municionándose convenientemente atacó horas después a una guardia enemiga. El día 9 de febrero su división, precedida de una fuerza exploradora al mando del capitán Patricio Cevallos, llegaba con todo su bagaje a la población de Valdivia. Cuando se supo esto los realistas se apresuraron a comunicar a Marcó lo sucedido; pero por más que se tomaron providencias para cerrarle el paso, Cabot no sólo no se intimidó por esto, sino que despachó partidas volantes y colocólas en los puntos más estratégicos para que el enemigo no pudiese en modo alguno replegarse sobre la capital. El pánico y la confusión de los realistas fué tal, que el representante de Marcó en la ciudad de la Serena abandonó su puesto y entregóse a la fuga. Dada esta acefalía, los vecinos principales de la ciudad se reunieron en cabildo y eligieron como go-

bernador político y militar al capitán de artillería don Manuel Antonio de Iribarren, en reemplazo de Manuel Santamaría que era el gobernante en fuga. En ese momento Cabot acampaba en el valle de Sotaqui. Parte de sus fuerzas, al mando de Cevallos, se batía con el enemigo y a falta de otras armas los naturales que se habían plegado a los libertadores cargaron con lanzas. Pronto cayeron en poder de Cabot dos piezas de artillería, muchos fusiles, varias espadas, diez y seis cajas de municiones, dos barriles de pólvora, treinta cajas de equipajes y después de hacerse con tan importante botín alzaba su campamento y entraba triunfador en Coquimbo. Esto sucedía el 12 de febrero en momentos en que el ejército libertador ya había cruzado los Andes, y desplegando sus tiendas en el valle de Curimón preparábase para la batalla final. Dos días más tarde, 15 de febrero, toda la provincia de Coquimbo estaría insurreccionada y Cabot entraría en la ciudad de la Serena, plegada como todo el resto de aquel territorio a la revolución.

Simultáneamente a este avance sobre Coquimbo, una parte de la división, que había partido de la Rioja al mando del capitán Francisco Zelada, lo hacía en Copiapó. Esta especie de vanguardia formábanla cincuenta hombres al mando del capitán don Nicolás Dávila, segundo jefe en la división de Zelada. A pesar de que su marcha había sido muy penosa, él y sus soldados lograron atravesar con toda felicidad la quebrada de Carrizalillo, y el día 12 de febrero, domingo de carnaval, nos dice Dávila, él y ese grupo de bravos acampaban en los suburbios de Copiapó. En el acto Dávila formó una partida de veinte hombres, la puso al mando del teniente Mateo Larrahona, hizo que esta fuerza desfilase por la vereda del noroeste y que aprovechando la sombra crepuscular entrase resueltamente en aquella plaza tomando a la bayoneta la guardia del cuartel. «El bravo Larrahona, escribe él, ejecutó fielmente sin trepidar la orden, y al tiempo que el centinela disparaba su fusil al oír el grito de ¡Viva la patria! dado con tonante voz por aquel oficial, yo entraba con el resto de la fuerza por otra bocacalle, los infantes desplegados en guerrilla a paso de trote y protegidos por la caballería» (1).

Logrado su objeto, Dávila procedió a nombrar un gobernador provisorio — lo fué don Miguel Gallo, gran patriota — y de acuerdo con él tomó razón de la Hacienda, de la administración de la casa de pólvora y de otras dependencias. Días más tarde, 16 de febrero, llegaría el comandante Zelada con el resto de su división y esto en medio de los vítores y de las aclamaciones del pueblo. En ese entonces, San Martín ya había triunfado en Chacabuco; pero el acierto con que se habían realizados estas expediciones había contribuído a generalizar la insurrección así como San Martín la había concebido.

Por el sur de Chile la suerte de las armas libertadoras no era

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. XXIII, pág. 254.

diferente. En las instrucciones transmitidas por San Martín al comandante Ramón Freire, se le decía que el 1º de febrero debía pasar los Andes por el camino del Sur que él estimase más practicable. Debía acompañarse de baqueanos y hacer creer al enemigo que su pequeña división era la vanguardia del ejército libertador. «Las noticias contestes que tengo de la disposición de la gente del Sur, decíale San Martín, es la mejor en favor de la causa, por esta razón no será extraño que con su presencia se subleve toda la provincia de Cochagua. En este caso se mantendrá todo el tiempo que pueda, pero sin comprometer su división, la que reforzará cuanto le sea posible» (1).

Freire se puso en marcha el 14 de enero, y el 4 de febrero oficiaba desde la vega de Cumpeo a doce leguas de Talca, diciendo cómo había procedido en el ataque a la guarnición que defendía a dicha plaza. «He distribuído, dice él, varios espías a diversos puntos, con el objeto de averiguar las disposiciones del enemigo siempre en agitación». Para esto ubicóse en un lugar altamente estratégico, ya por lo montañoso como por lo boscoso del mismo y estando allí, el 8 de febrero supo que dejando a Talca, a Quechereguas y a Curicó, las tropas realistas caminaban unas por las faldas de las cordilleras y otras por los llanos con dirección a San Fernando. Dispuso entonces que cincuenta hombres, bajo las órdenes del capitán Molina, saliesen a incomodarles en el paso del río quitándoles la retaguardia y arrebatándoles, si esto era posible, la caballada. El día 9 Molina se encontraba situado en Quechereguas, y Freire, en el deseo de unirse a él, apresuró sus marchas. Con todo, no pudo llegar a la hora por él calculada, pero consiguió que se dispersase un gran número de reclutas, que tirasen al río cinco cargas de municiones y que luego se desparramasen por los caminos haciendo correr la voz que su retirada anterior era para esperar a O'Higgins que estaba al caer. «De este modo, escribe Freire, logré espantar a los enemigos y atraerme a los amigos que me aguardaban» (2).

La noche del día 10 de febrero pasóla Freire con sus tropas en Quechereguas y el día 11 en una jornada se trasladó a Pilarco. De allí regresó de nuevo a la hacienda de Cumpeo, y el 12 de febrero, en momentos en que San Martín triunfaba en Chacabuco, Freire le escribía desde allí diciéndole: «Todas estas gentes nos son fieles y me traen avisos continuos de los que me aprovecharé según fuere conviniendo. Tengo pasados oficios a los cabildos de Curicó y Talca. El primero ofrece auxilios de caballos que espero luego y el segundo, por votación, ha nombrado de gobernador a don Pedro Donoso y Arcaya, quien me remite en contestación la acta celebrada de su elección fecha de ayer» (3).

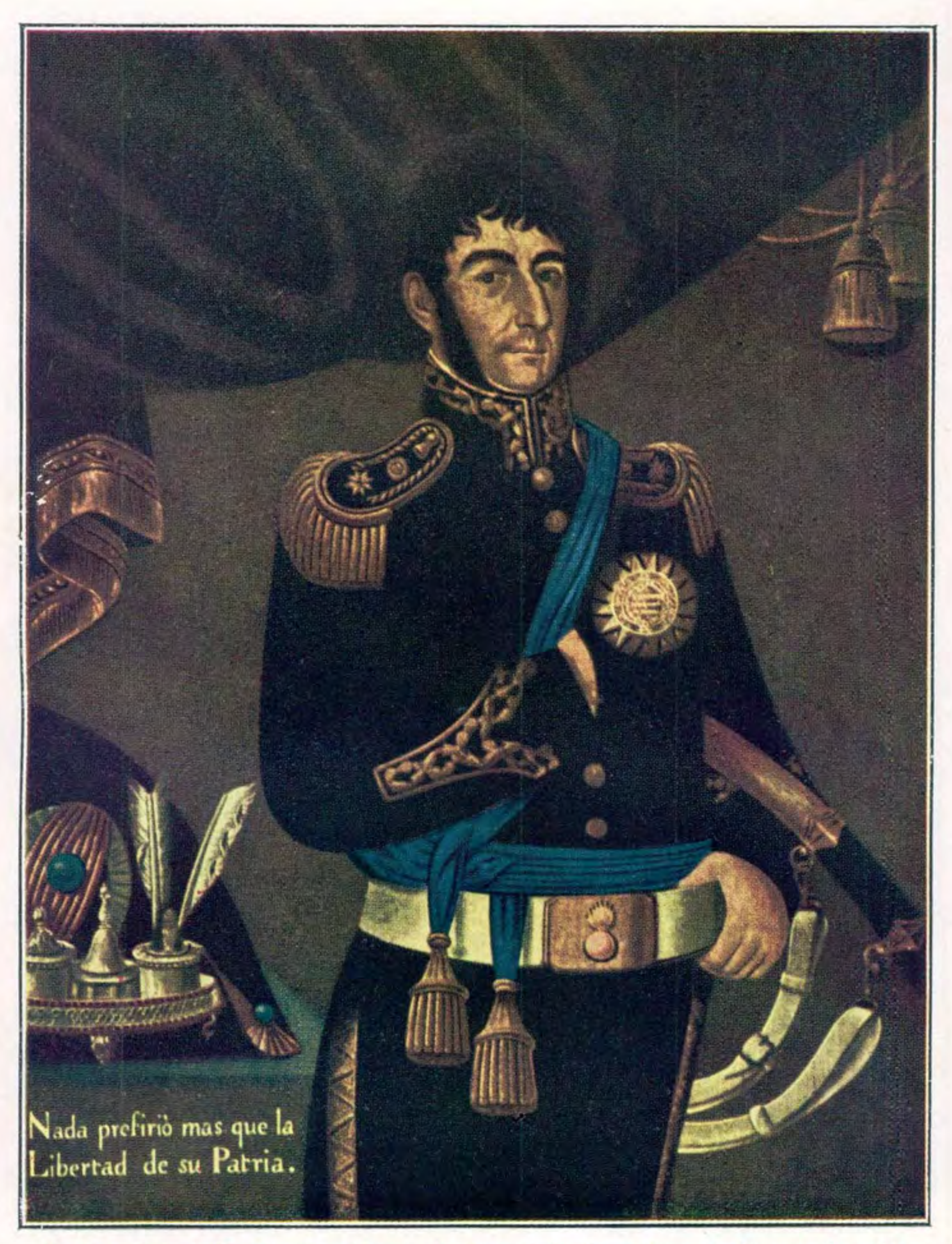
(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 250.
(2) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 74.
(3) *Ibídem*.

Freire transmite a San Martín la correspondencia interceptada al enemigo, dícele que no le fué posible abreviar ese chasque por falta de tiempo para firmar la correspondencia y separar de ella lo necesario, que le envía un juego de gacetas y que ha quemado algunas para que no corran en esas provincias. «Este tiro, dice textualmente, no ha sido malo, porque ignoran en Concepción, Valdivia y Chiloé, los sucesos del Norte».

De este modo, pues, en una línea frontal de casi dos mil kilómetros de longitud encendía San Martín el fuego de la insurrección, y mientras él se acercaba a Chacabuco, el presidente Marcó, desesperado, preparaba malamente su defensa y queriendo guardar con simultaneidad muchos puntos no defendía ninguno. Con todo, al saberse con un enemigo dueño ya de sus linderos presidenciales intentó hacer algo de eficaz, y desguarneciendo a Concepción dispuso que el comandante Elorriaga pasara de allí a situarse sobre el Maule. Esto motivó una reclamación por parte del gobernador intendente de aquella provincia, y el 4 de febrero, cuando el ejército libertador ya había triunfado con sus avanzadas en Guardia Vieja y en Achupallas, observaba él a aquel gobernador que cuando se retiró a ese jefe aun quedaban en aquellas provincias los coroneles Sánchez y Lantaño, «únicos jefes que hay disponibles para divisiones y mandos territoriales en ese ejército». Observábale igualmente que la defensa de la provincia de Concepción era mucho más fácil que la de Santiago. Aquélla tenía una zona cordillerana menos larga, se encontraba a cien leguas del enemigo e interceptada además por países infieles. En cambio, la suya lo era de más de treinta leguas, desde el Maule a Copiapó. Toda ella era limítrofe con las poblaciones de la otra banda beligerante y por tal razón se veía obligado a tener desamparadas las extremidades para cubrir el centro de la capital y sus proximidades, «como punto que encierra toda la riqueza y la fuerza moral del reino y único que ocupa las verdaderas miras del enemigo, siendo conocido su ardid de hacer esas llamadas falsas con pequeños destacamentos de emigrados revolucionarios y tropas inferiores para distraer las mías e invadir aquí con seguridad».

Concluye Marcó diciendo al gobernador intendente de Concepción: «Mis planes están reducidos a continuos movimientos y variaciones según las ocurrencias y noticias del enemigo, cuyo jefe de Mendoza es astuto para observar mi situación, teniendo innumerables espías, y comunicaciones infieles alrededor de mí y trata de sorprenderme».

A pesar de sus precauciones, tardías por cierto, la sorpresa de este eximio jugador de ajedrez en un tablero geográfico y continental se produjo, y esto en tal forma que el día 8 de febrero de 1817, desde Copiapó a Talca toda la falda occidental de la Cordillera estaba insurreccionada y acampado frente a Chacabuco, San Martín podía decir a su gobierno: «El tránsito sólo de la Sierra ha sido



Retrato de San Martín en uniforme de Coronel de Granaderos, hecho por José Gil.
(Santiago de Chile, 1818).

un triunfo. Dígnese V. E. figurarse la mole de un ejército moviéndose con el embarazoso bagaje de subsistencias para casi un mes, armamentos, municiones y demás adherentes por un camino de cien leguas cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, travesías, profundas angosturas, cortado por cuatro cordilleras; en fin, donde lo fragoso del piso se disputa con la rigidez del temperamento. Tal es el camino de Los Patos que hemos traído; pero si vencerle ha sido una victoria, no lo es menos haber principiado a escarmentar al enemigo».

Así, sin petulancia, sin énfasis alguno, San Martín da parte de su proeza, no haciéndola en modo alguno personal, sino colectiva y exponiendo a continuación los distintos episodios que le dan realce y relieve.

«Apenas el sargento mayor de ingenieros, dice él, don Antonio Arcos, comandante de avanzada, se presentó con su partida el 4 del corriente en las gargantas de Achupallas, cuando fué puesto el enemigo en fuga vergonzosa, como anuncia el parte del mismo Arcos que tengo el honor de acompañar a V. E. recomendando el mérito de este buen oficial. Dominada con este suceso la embocadura del valle de Putaendo, e introducida en él la división de vanguardia, se presentó el enemigo el día 7 en número de trescientos y más hombres, en acción de atacar nuestra partida descubridora compuesta de noventa granaderos a caballo al mando del comandante del 4º escuadrón don Mariano Necochea; pero este intrépido oficial — cuyo mérito especialmente recomiendo a V. E. — cargó sable en mano con tanta bizarría, que desordenó al enemigo e hizo poner en precipitada fuga, consiguiendo sobre él las demás ventajas que detalla el parte que también adjunto a V. E.

«De sus resultas he entrado hoy con el grueso del ejército en esta villa de San Felipe, capital del partido de Aconcagua. A la actividad infatigable, conocimientos y acertadas disposiciones del jefe del Estado Mayor y de vanguardia, brigadier don Miguel Estanislao Soler, son debidas especialmente estas ventajas, a las que ha coadyuvado de un modo distinguido el brigadier don Bernardo O'Higgins, jefe del centro. El sobresaliente mérito de ambos, es muy acreedor a las consideraciones de V. E.

«La división del coronel don Juan Gregorio Las Heras, que como ya tengo comunicado a V. E. se dirigía por el camino de Uspallata, ocupó también hoy mismo la villa de Santa Rosa de los Andes, después de haber derrotado a su paso una guardia enemiga de cien mbres de que escaparon sólo catorce según demuestran los par-es. Es igualmente muy recomendable el mérito de este jefe y el su segundo, sargento mayor don Enrique Martínez.

«En fin, el enemigo ha abandonado absolutamente toda la proincia, replegándose a Santiago. A mi pesar no puedo allí seguirle hasta dentro de seis días, término que creo suficiente para recolectar cabalgaduras en que movernos y poder operar. Sin este auxi-

lio, nada puede practicarse en grande. El ejército ha descendido a pie. Mil doscientos caballos que traía con el fin de maniobrar con ellos, no obstante de las herraduras, y otras mil precauciones, han llegado inútiles. Tan áspero es el paso de la Sierra; pero ya Chile se apresura a ser libre. La cooperación de sus buenos hijos recrece por instantes». San Martín concluye este parte lleno de precisión y de magnífica sobriedad: «Mañana salgo a cubrir la sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santiago. En lo demás descanse V. E., que mi conducta se ajustará en todo a las instrucciones de esa suprema autoridad» (1).

Con estas declaraciones desprovistas de petulancia y de orgullo contrastan las que en estilo cursi y fanfarrón hacía Marcó a los chilenos. «¿Qué ha aprovechado a los bandidos, se pregunta éste, el temerario arrojo de traspasar los Andes para invadir los valles de Putaendo y de Curimón?» «¡Insensatos!, se responde él mismo. Creyeron atolondrar a los soldados demasiado acostumbrados a hacer morder el polvo a los rebeldes. Ellos se presentan arrogantes; pero apenas ven que se acercan mis valientes ansiosos de precipitar sus negras almas en el Tártaro, cuando no pudiendo sostener aun su presencia, fugan y se acogen a los bosques, en donde formados en grupos y repartidos por diversos puntos esperaban herir aleves a su salvo al animoso soldado que a pecho descubierto perseguía sus huellas detestables» (2).

Marcó quería ocultar la verdad de lo sucedido en Coimas y acudió al artificio verbal para no reconocer, como así debía de haberlo hecho, la derrota que en ese encuentro sufrieron las tropas de su mando.

Pero Marcó no se contentó con desfigurar la verdad. Abrió su corazón a un sentimiento innoble de represalia, y en otra proclama, dirigida el 10 de febrero, no ya a los habitantes de Chile, sino a los soldados en los cuales creía él, o simulaba creer, que la Corona tenía sus garantes y sólidos defensores, fomentó los bajos instintos estimulando el delito con el incentivo del peculio. Para él los libertadores eran bandidos «sectarios de la esclavitud y del vicio» y triunfando ellos el reino de Chile ya no volvería a conocer sus días alegres. Era necesario por lo tanto desenvainar de nuevo la espada ya embotada y «derramar la sangre vil que tantas veces holló». «Ocho pesos ofrezco por cada muerto, doce por cada prisio-

(1) *Archivo de la Nación Argentina,* infolio, vol. II, pág. 67.
Con esta misma fecha San Martín se dirigió al gobernador Luzuriaga para anunciarle que ya había pasado la Sierra. «Ya ocupan felizmente nuestras fuerzas, le dice, los pueblos de Aconcagua y los Andes. Nuestra marcha ha sido una serie de sucesos prósperos. Contrastando casi la naturaleza, vencimos sin novedad alguna la altísima y fragosa sierra de los Andes. Poseemos en fin una dilatada y fértil porción del estado de Chile. Yo me apresuro a participar a V. S. tan feliz noticia para satisfacción de ese gobierno y de los beneméritos habitantes de esa provincia, principalísimas causas de tan buenos efectos».

(2) *Archivo de la Nación Argentina,* infolio, vol. II, pág. 69.

nero y, a justa tasación, el valor de las armas que presentéis por despojos». «Yo respondo de esta oferta, agrega, y garantiréis los empeños de esta noble capital que servirá de ejemplo a los viles que poseídos de un temor servil a sus ideas o de un amor al horror se han sometido a sus decretos». «Si mi presencia, concluye, es necesaria, no la excusaré y con mi persona substituiré la falta del guerrero que gloriosamente acabe. Conservad la obediencia y disciplina militar y arrastraréis a los bandidos en el carro de vuestras glorias» (1).

Pronto y con los hechos el propio Marcó nos diría que estas palabras no tenían valor ni sentido. Las inspiraba la infatuación y el miedo, y mientras dominado por éste y por el más grande de los atolondramientos intentaba organizar una defensa desesperada, su servidumbre le preparaba la fuga y parte de su equipaje ya lo ponía en salvo dirigiéndolo a los barcos anclados en Valparaíso.

Pero volviendo a lo que constituye el punto capital del presente capítulo podemos repetir con San Martín «que el tránsito sólo de la Sierra ha sido un triunfo».

El paso de los Andes es una de las páginas más luminosas en la historia de América y representa el esfuerzo más genial y dinámico en la lucha por la libertad en la parte austral del Continente.

Es San Martín el primero de los criollos que se asocia con la naturaleza para llevar a cabo una empresa, pero buscando en ella, no sus ventajas, sino sus obstáculos, preparado como está él para vencerlos con la meditación y el cálculo. «Las dificultades que tuvieron que vencerse, nos dice él mismo, para el paso de las cordilleras, sólo pueden ser calculadas por el que las haya pasado: las principales eran la despoblación, la construcción de caminos, la falta de leña y sobre todo de pastos; el ejército arrastraba 10.600 mulas de silla y carga, 1,600 caballos y setecientas reses, y a pesar de un cuidado indecible, sólo llegaron a Chile 4.300 mulas y quinientos once caballos en muy mal estado, habiendo quedado el resto muerto o inutilizado en las cordilleras; dos obuses de a seis, y diez piezas de batalla de a cuatro, que marchaban por el camino de Uspallata, eran conducidas por quinientos milicianos con zorras, y mucha parte del camino a brazo y con el auxilio de cabrestantes para las grandes eminencias; los víveres para veinte días, que debía durar la marcha, eran conducidos a mula, pues desde Mendoza hasta Chile, por el camino de Los Patos no se encuentra ninguna casa ni población y tiene que pasarse cinco cordilleras. La puna o el soroche había atacado a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados, como igualmente por el intenso frío: en fin, todos estaban bien convencidos que los obstáculos que se habían vencido no dejaban la menor esperanza de retirada; pero, en cambio, rei-

(1) ESPEJO: *El Paso de los Andes*, pág. 518.

naba en el ejército una gran confianza, sufrimiento heroico en los trabajos, y unión y emulación en los cuerpos» ([1]).

La historia ha colocado ya al paso de los Andes, como dice Mitre, a la altura de los cuatro más célebres pasos de montaña que recuerda el mundo». «Fué, escribe éste, la renovación de la campaña de Aníbal con las mismas proyecciones continentales al través de las montañas de tres naciones, surcando además mares, como Alejandro, y venciendo mayores dificultades en su largo trayecto. Fué, más metódicamente y con mayor seguridad, la renovación del famoso paso del Saint-Jean, por Bonaparte; sin pretender comparar el genio inspirado y enciclopédico del primer capitán del siglo con el genio concreto del primer capitán americano, debe decirse en verdad que teniendo San Martín todas sus previsiones, sus aciertos y su completo éxito final, no cometió ninguno de los errores técnicos, estratégicos o tácticos, del gran maestro, ni en los medios de conducción de su material, ni en el paso de la montaña, ni en la distribución o concentración de sus tropas, errores que en el admirable plan de campaña del primero son meros lunares que su genio corregía en el campo de la acción.

«Si el paso de los Andes se compara como la historia humana con los de Aníbal y Napoleón, movido el uno por la venganza y la codicia, y el otro por la ambición, se verá que la empresa de San Martín, grande militarmente en sí, aun poniéndola más abajo como modelo clásico, es más trascendental por el orden de los destinos humanos, porque tenía por objeto y por móvil la independencia y la libertad de un mundo republicano cuya gloria ha sido y será más fecunda en los tiempos que las estériles jornadas de Trebia y de Marengo» ([2]).

La noticia de tamaña proeza provocó en las provincias argentinas un sentimiento reconfortante y de júbilo. Ella llegó al ejército del Norte, acantonado en Tucumán, el 20 de febrero y fué dada a conocer en la orden del día. El general Cruz lo hizo además publicando el parte dirigido por San Martín a Luzuriaga y con tal motivo dijo al ejército allí reunido: «Estas noticias vienen acompañadas de las más prudentes esperanzas de que a tales ensayos corresponderán los demás resultados de la campaña ([3]).

En el orden de la enseñanza militar, el Paso de los Andes ha servido y sirve aún de punto de consideración a los técnicos de la guerra.

En el sentido de Guillermo Arroyo, jefe chileno, «San Martín es sin disputa el estratégico más grande de su tiempo en la América y acaso hasta hoy no tiene rival». «La ejecución del Paso de los Andes, escribe éste, con su ejército, propiamente suyo, es una obra maestra, según todos los que la han estudiado. No obstante nos aven-

([1]) San Martín: *Su Correspondencia*, pág. 101.
([2]) *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, t. I, pág. 631.
([3]) *Archivo de Belgrano*, t. VI, pág. 174.

turamos a creer que es superior al modelo que imitó. El paso de los Alpes, pigmeos ante los Andes, no podía presentar mayores dificultades que las que hubo que vencer en presencia de la gigantesca cordillera, una de las más altas, fragosas y agrestes del mundo; hubo también un vuelo estratégico de mayores resultados, porque no encontró los accidentes tácticos que se le presentaron a Bonaparte, en razón de que San Martín los había eliminado de antemano desde su gabinete de trabajo» [1].

Un jefe alemán, traducido por Francisco Manrique, militar español éste en el arma de artillería, estudió el paso de los Andes hace ya tres cuartos de siglo y al hacerlo lo señaló como una de las más grandes proezas que recuerda la historia en la guerra de montaña. «La poca atención, escribe aquel jefe, que en general se ha prestado al estudio de la guerra en la América del Sur, hace más interesante la marcha admirable que el general San Martín efectuó a través de la cordillera de los Andes, tanto por la clase del terreno en que la verificó, como por las circunstancias particulares que la motivaron.

«En esta marcha, así como en las de Napoleón y Suvarof por los Alpes y la de Perosylki por los desiertos de la Turania se ratifica más la idea de que un ejército puede arrostrar toda clase de penalidades si está arraigada en sus filas como debe la sólida y verdadera disciplina militar. No es posible llevar a cabo las grandes empresas, sin orden, gran amor al servicio y una ciega confianza en quien las guía. Otras consecuencias se desprenden también de estos atrevidos movimientos, que los caudillos que las intentan deben tener presentes.

«En medio de tanta dificultad, dice más adelante, como el clima y el terreno presentaban, San Martín se mostró digno de estar a la cabeza de tan temeraria empresa. Su ejemplo y su constancia brillaban ante la tropa, con la que compartía toda penalidad como el último de sus súbditos. Conservó gran orden en toda la marcha, procuraba el descanso y los remedios para los cansados y enfermos. Alentaba a los débiles, con alegres y agasajadoras palabras, por lo que la adhesión de la tropa a su jefe fué ilimitada y la resolución de morir o vencer, fué general en todos» [2].

«Las instrucciones de San Martín son un modelo, escribe otro jefe, el general Boonen Rivera, al hacer un estudio comparativo sobre el paso de los Alpes por Napoleón y el de los Andes por San Martín. Todo está previsto, el largo de las etapas, la relación que debe guardar la marcha de las dos columnas para asegurar el éxito de la operación, los senderos por los cuales se le deben enviar noticias, la manera de asegurar la conservación del material y la salud de los hombres en la región desierta que hay que atravesar.

(1) CARLOS A. SALAS. *Bibliografía del general San Martín*, t. I, pág. 207.
(2) *Ibídem*, Vol. III, pág. 14.

Todo deja ver que había estudiado largamente los obstáculos que debía vencer para llegar en buenas condiciones al valle de Aconcagua y sorprender a los españoles antes de que pudiesen concentrar sus fuerzas.

En las instrucciones para el transporte del material de artillería, hay detalles que absolutamente recuerdan las órdenes de Napoleón para hacer pasar su artillería bajo el fuego del fuerte de Bard y que San Martín obtuvo sin duda de los oficiales de la *Grande Armée*, a quienes había conocido durante su servicio en las filas españolas, en la guerra de la Península» (1).

La campaña de los Andes está hoy, se puede decir, a la orden del día y la última guerra sufrida por la civilización ha hecho que se vuelvan a ella los ojos en busca de las enseñanzas tácticas y estratégicas que de esta campaña se desprenden.

La escuela de guera argentina tiene en San Martín el prototipo de su enseñanza y buscando la similitud que puede existir entre el avance estratégico de San Martín y el de los alemanes en la guerra mundial un capitán argentino declara: «El avance estratégico del ejército de los Andes se llevó a cabo en dos agrupaciones, de las cuales la mayor, en el ala derecha del dispositivo, constituía el centro de gravedad mientras la menor, en el ala izquierda, servía de eje a la conversión general, al mismo tiempo que tenía por misión el cerrar las fuerzas enemigas para facilitar la acción envolvente.

Este mismo escritor militar declara que San Martín no cometió el error de Moltke de reducir la proporción entre el núcleo principal y el secundario y que mantuvo la relación de 1 : 7 «tal como un siglo más tarde lo preconizaría Schlieffen, el mago de la estrategia moderna. Tampoco falló San Martín en el empleo de su caballería, como lo hicieran los alemanes en la guerra mundial. No quiso sacrificar su intervención en la batalla decisiva por un previo empleo en la exploración lejana operativa, sino que la mantuvo reunida en el ala principal para emplearla al desembarcar en el territorio chileno como cortina ofensiva del centro de gravedad, y luego como arma de decisión. Si el ejército realista se substrajo al movimiento resultante de la primera maniobra estratégica; se debió únicamente al hecho de su tardía concentración».

Estos y otros pormenores técnicos que no es el caso reproducir aquí, le permiten llegar al autor citado a esta conclusión: «Todo lo que la guerra mundial nos aportó en calidad de *novedades*, en el campo estratégico, táctico, social y económico, lo hemos encontrado también aquí. La formación estructural de la *nación en armas*, los conceptos orgánicos, exigidos por las características de nuestros teatros de operaciones, el secreto del funcionamiento de un buen servicio de espionaje, el empleo operativo y táctico de la fuerza, etc , todo eso nos lo había enseñado ya el gran capitán» (2).

(1) CARLOS A. SALAS. *Bibliografía del general San Martín*, vol. 1, pág. 334.

(2) LEOPOLDO R. ORNSTEIN. — *La Campaña de los Andes a la luz de las doctrinas de guerra modernas*, pág. 363.

CAPITULO II

San Martín y la batalla de Chacabuco

SUMARIO: San Martín en Curimón. — «Mi ejército, le dice al subdelegado realista de San Felipe, viene decidido a morir o a ser libre». — Exige que en el término de seis días se le entreguen cuatrocientos caballos escogidos. — Instancia para que se cumpla su orden. — Ordena que se instale un hospital en los Andes. — Infórmase del número de mulas disponibles y ordena a Beltrán que avance con la artillería. — La cadena de montañas que le cierra el paso para llegar a Santiago. — Los ingenieros Arcos y Alvarez Condarco proceden al reconocimiento de las sierras de Chacabuco. — Conocida la invasión, Marcó acude al brigadier Maroto. — Quién era Maroto. — El 10 de febrero llega éste a la hacienda de Chacabuco. — San Martín pasa revista a su ejército en Curimón y en la noche del 11 de febrero se dirige a Chacabuco. — La división de Soler y la división de O'Higgins. — Sin esperar la llegada de Soler, O'Higgins avanza sobre el enemigo. — La imprudencia de O'Higgins comprometió la suerte de la batalla. — San Martín interviene y restablece su equilibrio. — Un entrevero con las mejores tropas realistas. — En momentos en que los realistas forman cuadro aparece la división de Soler. — El ataque de Necochea y de Zapiola determina el triunfo. — Maroto explica en oficio a Marcó la razón de la derrota. — Victoria calculada por anticipado por San Martín. — El general Quintanilla y la batalla de Chacabuco. — Primer parte lacónico de la victoria dado por San Martín. — Parte completo remitido desde Santiago. — Incidente callado en este parte por San Martín. — Un episodio histórico rigurosamente documentado. — El canónigo Albano y la batalla de Chacabuco. — Notas marginales y rectificativas salidas de la pluma de San Martín. — El general Soler y el parte de San Martín. — Los granaderos y la batalla de Chacabuco. — Una batalla modelo. — Consecuencias políticas que de ella se desprenden. — Informe sobre esta batalla remitido a la Corte por Andrés Villalba. — Alarma en Lima. — Juicio que Chacabuco le merece a García Camba. — Lafond de Lurcy en el campo de batalla.

En la mente de San Martín el paso de los Andes no constituía un fin sino un medio. Vencer a la naturaleza como la venció él desafiándola en lo que ella tiene de accidentado y de abrupto era ya un esfuerzo, pero le quedaba por cumplir otro mayor batiendo al enemigo y reconquistando en una batalla la libertad que Chile había perdido en Rancagua.

Es por esto que apenas se sintió dueño del terreno que le servía de teatro a sus operaciones preliminares de guerra, San Martín se acuarteló en Curimón y anunció desde allí a su gobierno — sucedía esto el 7 de febrero — que pronto se pondría en marcha para

cubrir la sierra de Chacabuco, punto éste elegido previamente por él para librar la batalla. Pero antes de proceder a ella trató de documentarse debidamente sobre la situación que ocupaba el enemigo, dictó diferentes medidas relacionadas con el aprovisionamiento de su ejército y dispuso que se procediese a la recolección de una caballada a fin de montar debidamente la tropa. Con tal motivo, se dirigió al subdelegado realista que se encontraba al frente de la villa de San Felipe y le pidió su amplio e ilimitado concurso. «O la América es libre, escribe en esa ocasión San Martín, a costa de sus propios esfuerzos, o desciende encorvada al cadalso que le preparan los tiranos. No hay medio. Mi ejército viene decidido a morir o a ser libre, pero los pueblos deben auxiliarme de grado o de fuerza. En su virtud, junte usted hoy mismo a todo ese vecindario e intímele que en el término de seis días deben entregar cuatrocientos caballos escogidos, y que no haciéndolo a las veinticuatro horas, pondrán en comisaría treinta mil pesos o quedan confiscados los bienes de todos los pudientes declarados tales. Prevengo por último que los caballos serán pagados en comisaría en el acto de entregarse por su precio corriente y que ellos deberán ponerse a disposición del individuo que usted comisionase, dándome de todo cuenta en los plazos fijos». «Habiéndose practicado las más exquisitas diligencias, — le contestó más tarde el personaje en cuestión —, que caben en lo posible para colectar el número de cien caballos, que por el día de ayer se debían haber entregado, según V. E. me ordenó, sólo se han juntado el número de veinte. De ellos se apartaron diez y ocho servibles, cuyos recibos incluyo a V. E. Es increíble el estado tan miserable en que ha quedado el valle, de cabalgaduras. Con la seca continua de seis años a esta parte, y mayormente de dos o tres meses que se han empeñado los realistas con especial cuidado». Sotomayor utiliza esa oportunidad para decirle a San Martín que el coronel Portus, desde que pisó ese valle, ha repartido órdenes muy estrechas para colectar cuanto caballo le sea posible; que el comandante político y militar, don Mariano Palacios, «anda con mucho esfuerzo haciendo las mismas diligencias», y que en este caso comprenderá San Martín la dificultad en que él se encuentra para juntar trescientos caballos «en el preciso término de tres días». «Es moralmente imposible», le dice Sotomayor, al terminar su parte (1).

«He considerado, le contesta luego San Martín, las razones que usted aduce en su nota de ayer; pero ellas no pueden compararse a las urgentísimas que para la salvación del país insta el recojo de caballos; mas ya que usted protesta hacer los más grandes y extraordinarios esfuerzos para la recolección de caballos, espero verlos y el tanto que resulte de su empeño. De aquí deduciré pruebas ciertas de su opinión favorable o adversa a nuestra justa

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 340.

causa. Pero advierto a usted que las diligencias se practiquen y concluyan dentro de tres o cuatro días» [1].

En otro oficio dirigido al mismo personaje exige San Martín que se le remitan todas las camas existentes en ese hospital «consultando la posible comodidad de los pacientes», y al cirujano mayor del ejército le hace saber que ha dado orden para que el hospital existente en San Felipe se establezca en los Andes, donde tiene él establecido su cuartel general, y le significa al mismo tiempo que designe los facultativos que deben cuidar de su existencia. En otro oficio dirigido al representante realista en San Felipe hácele saber que los milicianos Félix Díaz y Facundo Moya conducen por el camino de Uspallata con dirección a Mendoza al reo José Félix Carmona. «Va allí, declara San Martín, consignado por irreconciliable enemigo de nuestra justa causa y espía favorito de los usurpadores. Auxílielos usted con víveres, cabalgaduras, y demás que sea preciso para la marcha».

«Es plan sostenido de los españoles, escribe desde su cuartel general de Chacabuco el 10 de febrero en nota dirigida al subdelegado interino de la villa de los Andes, no confiar aun los menores cargos públicos a individuos que no sean decididamente sus secuaces. Así es que los diputados, jueces territoriales, comisionados y demás personas autorizadas por ellos en los campos de esta jurisdicción deben ser de contado nuestros enemigos». Convencido de esto y para remover de aquellos puestos todas las personas que puedan en alguna forma obstaculizar sus planes, dícele que en el acto proceda «a despojar de todo cargo a los hombres que en su jurisdicción los han tenido durante el gobierno peninsular y que acto continuo nombre a otros patriotas declarados que los subroguen en aquellos destinos».

Ese mismo día, 10 de febrero, le pide al jefe del Estado Mayor que le haga saber el número de mulas de carga que necesita el ejército para moverse llevando consigo el armamento, las municiones y demás útiles, sin contar los otros equipajes que quedarían en aquella localidad a cargo de sus vecinos. Al capitán Luis Beltrán le envía un mensaje y en forma perentoria le dice: «En el momento de ver usted esta orden se moverá a marchas muy forzadas. Cuando no pueda con toda la artillería, a lo menos con los dos obuses e igual número de cañones de batalla. La precisión no puede ser más urgente. Véngase usted a mata mulas [2].

Pero otro punto, acaso el más capital de todos los que en esos días llenábanlo de preocupaciones, era el de salvar la última barrera que le cerraba el paso para llegar a Santiago, meta final de esta gran jornada. El obstáculo este formábalo una cadena transversal de gruesas y empinadas montañas que arrancando del macizo de

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 340.
(2) *Ibídem*, pág. 329.

Aconcagua se prolongaban hasta la cordillera de la costa, cerrando por así decirlo el acceso al valle central de Chile, en donde se encontraba la capital que el ejército libertador iba pronto a reconquistar. Para cruzar esa serranía —su cuchilla central elévase a unos mil trescientos metros de altura— sólo existían dos caminos. El uno, y que era el más frecuentado, era el camino de la izquierda y llamábase el de la Cuesta Vieja. El otro, más largo que éste, estaba situado más al oeste y se le conocía con el nombre del camino de la Cuesta Nueva. Uno y otro venían a desembocar en el valle central, y lo primero que se encontraba al paso, una vez descendidas las cuestas, era una hacienda conocida con el nombre de hacienda de Chacabuco. Para llegar, pues, a Santiago, era de necesidad pasar estas últimas serranías, y vencidas éstas, dominar el valle para dominar luego la puerta de entrada a Santiago y que era la conocida con el nombre de Portezuelo del Cordón de la Colina.

Aun cuando San Martín conocía ya por anticipado estas sierras de Chacabuco y sus valles —fué en Chacabuco en donde desde Mendoza prescribió la concentración de su ejército—, quiso que se procediese, con anticipación a la batalla ya inminente, a un reconocimiento de estas serranías y ordenó que los ingenieros Antonio Arcos y Alvarez Condarco se adelantasen para hacer práctico este cometido. Uno y otro procedieron a la exploración que le interesaba a San Martín y pronto pudieron regresar al cuartel general con el croquis topográfico de aquellos lugares.

Los propósitos de San Martín, como ya se ha visto, eran los de librar la batalla el día 14 de febrero; pero cuando supo por los informes que le llegaban de Santiago que los realistas se preparaban para la defensa y que habían comenzado a salir de la capital rumbo a la hacienda de Chacabuco nuevas fuerzas, bajo el comando del brigadier Rafael Maroto, convocó a una reunión a sus jefes, y consultados sus pareceres decidió adelantar la batalla y librarla el día 12 en lugar del 14 como lo tenía resuelto [1].

[1] El 11 de febrero a eso de las tres de la tarde llegó al campamento de San Martín, después de haber estado oculto en Santiago, el baqueano Justo Stay, el más fiel y el más inteligente de los exploradores con que contaba San Martín. «Había permanecido en la capital, escribe Barros Arana, dos días enteros y después de haberse instruído de cuanto había en ella regresaba a Curimón por caminos extraviados y casi desconocidos, seguro de haber desempeñado cumplidamente su misión. Stay daba noticias prolijas de la alarma que reinaba en Santiago. Refería que todo el territorio del Sur entre Cachapoal y el Maule se había sublevado; que los revolucionarios eran dueños absolutos de esa comarca y que el gobierno se había visto obligado a retirar sus fuerzas hacia la capital para hacerlas marchar a Aconcagua. En confirmación de esas noticias, Stay agregaba que habiéndose colocado entre los curiosos apiñados en el puente del Mapocho cuando salían las tropas que marchaban a Chacabuco, él mismo las había visto y las había contado con bastante exactitud, así como la noche de ese propio día había visto salir de la ciudad al brigadier Maroto acompañado por sus ayudantes. Según los datos precisos y seguros que este astuto y diligente observador había recogido, las tropas que se estaban reuniendo ese mismo día en Chacabuco no alcanzaban ni con mucho a dos mil hombres; pero añadía que

Efectivamente, después del combate de Coimas, el presidente de Chile, brigadier Marcó del Pont, no pudo menos que convencerse de la realidad de la invasión. Los insurgentes y rebeldes, como entonces se decía al hablar de los patriotas, habían salvado ya el mayor obstáculo que era el de la Cordillera y para lanzarse sobre Santiago sólo les quedaba el accidente serrano que ya hemos descrito, pero que para un genio como el de San Martín no era un obstáculo que hiciese vacilar. Desgraciadamente para Marcó, el héroe y sus legionarios se presentaban a las puertas de Chile cuando las fuerzas encargadas de defender este reino se encontraban dispersas y en acecho en diferentes latitudes del mismo. Unas andaban por el Norte, otras por el Sur, y sólo intentó reunirlas cuando cercioróse que el grueso de la invasión caía sobre Chile por Aconcagua. «El insurgente San Martín, escribe Maroto, con falsas llamadas, cartas estudiosas, que acaso dejaría interceptarse, y otros semejantes artefactos, logró divertir al señor capitán general, figurando que su acometimiento era por tres puntos diversos y el principal por el camino que llaman del Planchón, fronterizo a la villa de Curicó y ciudad de Talca» (1).

Impotente como él lo era para enfrentarse con San Martín y disputarle el triunfo, acudió al brigadier Maroto, jefe del regimiento de Talavera. Era éste un bravo e inteligente militar y trató de responder a este voto de confianza lo mejor que pudo. Maroto tomó parte en las juntas que se celebraron con participación del obispo de Santiago y de los miembros de la Real Audiencia, y en estas juntas, como en una junta de guerra en que tomaron parte el brigadier Manuel Olaguer Feliú, el coronel Ramón Bernedo, subinspector, don Francisco Cacho, comandante de artillería, don José Piquero, del batallón de Valdivia, y don Francisco Arenas, del de Chiloé, opinó por que se abandonase la capital y las fuerzas defensivas se replegasen sobre el Maule. «Es de advertir, escribe Maroto, que yo adoptaba la retirada a las provincias de Concepción, considerando por una parte la dispersión de nuestra tropa, su situación en puntos tan distantes y diversos, la dificultad de reunirla a tiempo oportuno,

en Santiago quedaban juntándose los destacamentos que iban llegando del Sur y que éstos marcharían inmediatamente con el mismo destino, de manera que antes de dos días, el ejército realista establecido en aquel lugar podría poner en línea de batalla más de tres mil soldados».

Recuerda este historiador chileno que cuando San Martín, viviendo ya en su retiro, hacía alusiones a estos incidentes de sus campañas, ponderaba los rasgos de astucia del incomparable Justo Stay y decía que a este modesto campesino «le tocaba una buena parte de la gloria de Chacabuco». Agrega Barros Arana que estas noticias recibiólas él de boca «de dos respetables caballeros, don Miguel de la Barra y don José Joaquín Pérez, que teniendo representación diplomática de Chile en París, trataron con mucha intimidad al general San Martín; esos informes nos fueron además confirmados con muchos pormenores por el general don Juan Gregorio de Las Heras que asistió a la junta de guerra en que se dió el ataque». *Historia General de Chile*, t. X, pág. 594.

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, pág. 126.

lo fatigado de ella y sus caballerías, los prontos e inminentes amagos del enemigo; y sobre todo, que estando ellos situados a la parte del Norte y nuestras tropas dispersas a la del Sur, las iríamos recogiendo y uniendo a nuestro trozo principal contando a más de su número con el mucho paisanaje, que por su decidido amor al Rey y grandes comprometimientos había de seguirnos necesariamente, y sobre todo con ochocientos hombres de la fuerza de Concepción y otra multitud de proporciones que nos presentaban aquellos puntos para sostenernos y volver en orden contra ellos».

Muchos de los jefes fueron del parecer de Maroto y entre éstos el mismo Marcó; pero pronto volvió éste sobre sus pasos, y después de haber aprobado la retirada se opuso a ella e invocando una razón de honor decidió que no se abandonase la capital.

Fué así como Maroto se hizo cargo de una situación militar desesperada, y cómo desde Santiago se dirigió a la hacienda de Chacabuco en la noche del lunes 10 de febrero, llevando consigo más de cuatrocientos hombres del regimiento de Talavera y el batallón de Chiloé para reunirse a los ochocientos ochenta y tres hombres que estaban bajo las órdenes del comandante Marquelli, y entre los cuales figuraban doscientos cazadores y granaderos del regimiento de Talavera, doscientos del de Chiloé, doscientos veinte del de Valdivia y doscientos sesenta y tres carabineros, una parte de los cuales se encontraban destacados en la cima de la cuesta de Chacabuco al mando del capitán Juan Mijares. Al salir de Santiago prometiósele un inmediato refuerzo. Consistía éste en ocho cañones de artillería con sus artilleros respectivos y el regimiento de húsares de caballería que al mando de su coronel el bravo Barañao acababa de llegar con la puesta del sol de las partes del Sur. Todas estas fuerzas reunidas hacían un total de más de dos mil hombres, veteranos todos ellos. Maroto, después de distribuírlas, según el plan defensivo que se había trazado, comenzó por hacer un reconocimiento de la sierra de Chacabuco. Al amanecer del día 12 avanzó él hasta las faldas de la sierra, e impuesto de las asomadas y correrías que hacía el enemigo, dió orden al capitán Mijares para que «a toda costa sostuviese aquel punto en caso de una invasión, que él ni ningún soldado pudiese desampararlo bajo pena de la vida y que sólo pudiese verificar su retirada al verse con el tercio de la gente». Terminada esta exploración y dada esta orden, regresó a su campamento, pasó revista general a sus tropas y preparóse así para la batalla.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Volvamos de nuevo al cuartel general de Curimón en donde San Martín organiza su tropa y veamos de qué manera y con qué providencia se prepara él para la batalla. Convencido de que ésta no podía retardarse y que era inminente, el día 11 de febrero pasó revista general al ejército. Destacó sus primeras avanzadas y dispuso que a las doce de la noche de ese día el resto de la tropa suficientemente municionada se encontrase en pie y pronta para entrar en combate.

Así como él lo había dispuesto, a las doce de la noche de ese día el ejército estaba pronto a partir y se ponía en marcha hacia las sierras de Chacabuco. La tropa desprendióse de sus mochilas a fin de aligerarse de un peso que podía ciertamente molestarle, y los jinetes, a fin de no fatigar a sus caballos y tenerlos prontos para las cargas, resolvieron hacer el trayecto que mediaba entre el campamento y el punto de concentración al pie de la sierra, montados en mula.

Así como lo había hecho en el Plumerillo antes de cruzar los Andes, San Martín distribuyó en esta ocasión a su ejército en dos divisiones. Al frente de la una, es decir, al frente de la división de la derecha colocó al brigadier don Estanislao Soler, y al frente de la otra, o sea la de la izquierda, al brigadier don Bernardo O'Higgins. Las fuerzas de la división de Soler alcanzaban a unos 2.000 hombres y la componían los batallones números 1 y 11 de infantería, dos compañías de granaderos y de cazadores de los regimientos 7 y 8, el escuadrón escolta, comandado por Necochea, y el escuadrón nº 4 de granaderos al mando del comandante Manuel Escalada, llevando además siete piezas de montaña. Las fuerzas de infantería comandábanlas el comandante Anacleto Martínez y el mayor Lucio Mansilla.

La división de O'Higgins componíase de mil quinientos hombres y organizóla San Martín con los batallones de infantería nº 7 y nº 8, comandado el primero por Conde, y el segundo por Crámer. La caballería integrábanla los escuadrones nº 1, nº 2 y nº 3 y a su frente encontrábase el coronel Zapiola. La artillería de esta división se componía de dos cañones de montaña de a cuatro. La división de Soler debía dirigirse a las sierras de Chacabuco buscando el camino de la Cuesta Nueva que era el más largo y el menos frecuentado, y la división de O'Higgins el de la Cuesta Vieja, que era el más corto para llegar a la cumbre y que enfrentaba el camino real a Santiago. Al amanecer del día 12 ambas divisiones se encontraban en marcha, y mientras la de O'Higgins principiaba la ascensión de la cuesta, la de Soler describía un gran rodeo y se dirigía a atacar al enemigo ya por la retaguardia o ya por el flanco, como lo había prescrito San Martín.

La división de O'Higgins avanzó sin dificultad y al llegar a un recodo del camino descubrió una avanzada enemiga. Esta no quiso comprometer acción y resolvió descender precipitadamente la cuesta. Al llegar a lo alto de la Sierra, auxiliado por sus anteojos descubrió O'Higgins que Maroto procedía a la concentración de las fuerzas. Su deber hubiera sido el de esperar que la división de Soler completase su marcha y que el ataque convergente prescrito por San Martín se realizase con el concurso simultáneo de estas dos alas. O'Higgins olvidó la consigna, y obedeciendo ya a su impulso, ya a un puntillo de honor —sabemos que él estaba quejoso de Soler porque éste lo creía lento en sus marchas—, o ya también

a los consejos de Crámer, que al decir de un historiador chileno era tenido por el primer oficial de la compañía patriótica, resolvió atacar la posición que ocupaba el enemigo, convencido de que nada ni nadie podría resistir a su empuje. En consecuencia mandó tocar a carga por sus tambores y poniéndose él mismo a la cabeza de su infantería, avanzó en columna cerrada resuelto a romper la línea que le cerraba el camino del llano. Por más impetuosa que ella fué, la carga no dió el resultado que O'Higgins buscaba. Su caballería vióse embarazada por lo escabroso del faldeo. No pudo acercarse al flanco izquierdo del enemigo, defendido con gran empeño desde la falda del cerro donde se apoyaba y en donde había emplazado su artillería. La infantería vióse a su vez seriamente embarazada. Un barranco de poca profundidad le cruzaba el camino que aunque estaba decidido a salvarlo no lo podía hacer en masa sino por grupos. El arrojo o imprudencia de O'Higgins, como se ve, en pocos minutos comprometió la suerte de la batalla. Felizmente en ese momento San Martín venía bajando la cuesta, y advertido por el estampido del cañón enemigo de que la batalla se había empeñado antes de tiempo, apresuró su marcha e impartió las órdenes perentorias para que el general Soler apresurase la de su división. El mismo lo hizo a su vez y al frente de la guardia que lo acompañaba corrió al sitio del combate, vigorizó así la resistencia de una división que se veía expuesta a un desastre y cambió de golpe un estado de cosas que no debió alterarse si se hubiesen cumplido sus órdenes. Con San Martín a su lado O'Higgins recobró nuevos bríos, los granaderos de Zapiola desenvainaron sus sables y denodadamente cargaron sobre el enemigo. Los soldados del 7 y del 8 de infantería, negros todos ellos, empuñaron sus bayonetas y las enfilaron sobre el centro de la línea enemiga. Prodújose entonces un choque y un entrevero terribles. Estaban allí las mejores tropas realistas. Los batallones de Talavera y de Chiloé organizaban la resistencia, pero pronto ésta se quebró cuando, despreciando la muerte y no haciendo caso del tiroteo cerrado con que los realistas se oponían a su avance, salieron al galope los granaderos y salvando el barranco con que la naturaleza quería cerrarles el camino de la victoria, descargaron sus sables sobre los realistas.

Pero si con esta carga la batalla estaba decidida, no estaba aún terminada. Las tropas realistas realizaron un último esfuerzo, y formando cuadro la infantería ensayó de oponer a los patriotas, ya vencedores, una última resistencia. En ese momento la división de Soler hacía su aparición por el flanco izquierdo del enemigo, y al ver éste que la batalla había principiado aceleró su marcha y tras de los cazadores de Alvarado, comandados en pelotón por los oficiales Salvadores y Zorrilla, se desprendió de la cuesta el comandante Mariano Necochea con los granaderos que estaban impacientes por batirse. Los sables de éstos fueron esgrimidos sin compasión, y ante este ataque convergente de los granaderos de Zapiola por un

lado y de los de Necochea por otro el enemigo se dió por vencido y desbandándose buscó su salvación en la fuga. Mientras los unos emprendían el camino de Santiago, otros se encondían entre los tapiales y los viñedos del valle, y herido levemente el brigadier Maroto retornaba a la hacienda de Chacabuco para cambiar de cabalgadura y seguir la huella que dejaban en su fuga los dispersos. «El buen pensador, el hombre sensato, el que anhele más por la investigación de la verdad que por las influencias del capricho, escribe Maroto para buscar justificación a esta derrota, sabrá medir los casos y discernir con juicio las circunstancias. Verá que fuí llamado al mando de la división en los últimos apurados momentos de su ruina; cuando ya había sido derrotada; cuando se ve ya impuesta por el enemigo; cuando apenas acababa de llegar al punto de Chacabuco, después de una larga y fatigosa retirada; cuando tenía perdida mucha parte de su armamento y fuerza, y cuando, como último arbitrio, vino a echarse mano de mi persona». «Verá Marcó, agrega Maroto, que apenas llegué, como asaltaron los enemigos en grueso y con doble número, no tuve tiempo para reconocer como habría querido aquellos puntos; que de la capital me faltaron los recursos que se me habían prometido, así de buena artillería, como de los escuadrones de caballería que comandaban los coroneles Barañao y Morgado, siendo indudable que el señor presidente apuraba por su salida y que el primero había llegado, si no padezco engaño, la noche del sábado 8 de aquel mes y el segundo el día mismo que partí yo a la división; verá que no pudiendo lograr el arbitrio de una competente retirada puse de mi parte cuantos medios me fueron excogitables para repulsar a los enemigos, salvándome del campo en medio de apurados peligros; verá que en las consultas a que fuí llamado por el señor presidente le expliqué mi sentir, que ojalá se hubiese adoptado en todos los planes de su extensión, para no verme rendido a tanta pena, por no decir a los últimos contrastes del dolor; verá que no he tenido ni he podido tener culpa en la dispersión de las tropas; que en los últimos sucesos de la comisión verbal del señor presidente, al tiempo de partirse y tomar el caballo, hice cuanto pude a pesar de mis anteriores continuadas fatigas y de verme casi sin poder hacer uso de mis miembros» [1].

Acaso sin quererlo, al justificar la derrota Maroto justifica así una victoria que por anticipado el genio de San Martín había calculado como segura. El día 12 de febrero fué, como dice Maroto, día desgraciado, para los realistas, pero para los chilenos fué del todo venturoso.

La descripción que acabamos de hacer de la batalla de Chacabuco no es arbitraria. Está basada en los documentos pertenecientes a uno como a otro sector, y para que se vea que ella no disiente con

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 130.

la doctrina realista, veamos cómo el general Antonio de Quintanilla, que peleó en ella, nos la describe. «El día 12 en la mañana pasó el señor Maroto a reconocer nuestras avanzadas y las del enemigo y a las diez del día ya estaba de regreso en el campamento. A las once le llegó el parte de que el enemigo venía subiendo la cuesta en tres columnas, por derecha, izquierda y centro de dicha cuesta y que cada una constaría como de cuatrocientos hombres. La contestación de este jefe fué ordenar al jefe de la avanzada que sostuviese la altura a toda costa, marchando al mismo tiempo la división a ella. El coronel Elorriaga ocupaba la vanguardia con ciento treinta infantes, en seguida yo, con la caballería y los dos cuerpos de Talavera y Chiloé que con la artillería cubrían la retaguardia. Llegamos a doce cuadras de la altura y en esa situación vimos bajar dos compañías avanzadas que sin tirar un solo tiro venían huyendo al mismo tiempo que el enemigo asomó en ella.

«Este, sin parar, siguió su bajada, y sosteniendo la retirada con mi caballería, seguí a Elorriaga que retrocedió hasta incorporarse con nuestro grueso que estaba como a tres cuartos de legua de las casas de Chacabuco. Allí se hizo alto y se dió principio a la acción en estos términos: El regimiento de Talavera en columna cerrada estaba a la derecha apoyando este costado a una altura; el de Chiloé, en la misma formación, más a la izquierda y a la retaguardia como cien varas. Los carabineros, en el centro; cubrían el camino real con la formación de columnas por compañía, que no daba más el terreno; la tropa de Valdivia con el coronel Elorriaga pasó, por la izquierda, a posesionarse de una altura; las dos piezas de artillería avanzadas descubrían perfectamente el enemigo; las compañías de cazadores de Talavera y Chiloé se avanzaron por el costado derecho en guerrillas al mismo tiempo que una de carabineros, por el frente de éstos, salió en tiradores.

«El enemigo formó su infantería en columna cerrada y la caballería en dos columnas, guardando los flancos, con igual número de tropas en guerrillas, en los mismos términos que las nuestras. El fuego siguió en estos términos hasta que el batallón de Chiloé se precipitó desordenadamente haciendo fuego en pelotones y ocupando la posición de nuestras guerrillas de infantería. Las dos piezas de artillería hicieron muy poco fuego, pero acertado, y lograron desordenar la infantería enemiga; pero con la mayor prontitud volvió a su formación en tres columnas».

«Nuestra posición, continúa el exponente, era más ventajosa que la del enemigo. Teníamos la mayor extensión para la caballería, y en este estado el resultado fué que la caballería enemiga en dos columnas como de trescientos cincuenta hombres cada una, pasaron la una por el costado derecho de Talavera, al parecer imposible por el declive del cerro, y la otra por el costado izquierdo de carabineros. La primera recibió un fuego graneado a quemarropa, pero no detuvo su carrera; la segunda fué detenida por la compañía de

lanceros de mi cuerpo que la atacó de frente, causando bastante daño al enemigo; pero su infantería, que en el momento marchó de frente sobre el batallón de Chiloé, ya desornado, puso a éste en fuga, del mismo modo a Talavera y últimamente la caballería nuestra pasó a retaguardia y se enredó con la enemiga». Luego escribe: «Toda la división envuelta y en la mayor confusión, no se veía otra cosa que porciones dispersas de nuestra tropa que corrían abandonando las armas, no bastando todos los esfuerzos del jefe de nuestra división, el señor Maroto, teniente coronel Calvo, los míos y otros oficiales, a contenerlos para la reunión; de modo que, del todo, sólo se salvaron como ochenta carabineros y cincuenta infantes que se hallaban a retaguardia, quedando los demás prisioneros o muertos, pues aunque pudieron habérseles reunido en aquella noche algunos dispersos, nuestra precipitada fuga, en la misma, desde la capital, no les dió lugar a incorporarse» (1).

La batalla había comenzado a eso de las once de la mañana y antes de las dos de la tarde el campo de combate estaba en poder de San Martín y de sus tropas. Este no se apresuró a abandonarlo, y allí mismo y sin jactancia de ninguna especie, dirigió a su gobierno este parte que se caracteriza por su laconismo: «Excmo. señor: una división de 1.800 hombres del ejército de Chile, acaba de ser destrozada en los llanos de Chacabuco por el ejército de mi mando, en la tarde de hoy. Seiscientos prisioneros, entre ellos treinta oficiales, cuatrocientos cincuenta muertos y una bandera, que tengo el honor de dirigir, es el resultado de una jornada feliz, con más de mil fusiles y dos cañones. La premura del tiempo no me permite extenderme en detalles que terminaré lo más breve que me sea posible; en el entretanto debo decir a V. E., que no hay expresiones como ponderar la bravura de estas tropas; nuestra pérdida no alcanza a cien hombres. Estoy sumamente reconocido a la brillante conducta, valor y conocimientos de los señores brigadieres don Miguel Soler y don Bernardo O'Higgins. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general de Chacabuco, en el campo de batalla y febrero 12 de 1817» (2).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 120.

(2) Es oportuno recordar aquí la opinión que sobre la batalla de Chacabuco emitió al regresar a España, en 1826, el general Quintanilla, uno de los jefes realistas en aquella acción. «El escuadrón patriota, dice éste en su informe, lo mandaba un tal Necochea. No se puede negar su pericia y valor, bien que sus caballos eran superiores a los de los realistas que, cansados por la precipitada marcha de Santiago y movimientos anteriores, se hallaban bastante mal. Por otra parte, los sables y tercerolas que tenía la caballería realista eran malísimos, pues por el prurito o sea aversión de no comprar sables ingleses así como armas de fuego extranjeras, se fabricaban en el parque de artillería de Santiago, y eran tan inútiles y de tan mal temple que los más fueron hechos pedazos en la carga anterior así como las tercerolas que se descomponían con la mayor facilidad. Esta ventaja de la caballería patriota hacía innumerable su superioridad sobre la realista. — *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 458.

A propósito de los sables patriotas, digamos aquí que una gran parte de ellos quedaron inutilizados en la batalla. «Más de la mitad de los sables, escribe San Martín en una nota que pasó a su gobierno el 25 de febrero, que en el ejército

Al margen de este documento, cuyo original existente en el Archivo de la Nación tenemos delante, escribió Terrada, en nombre de su gobierno: «Acúsese recibo y espérese el parte circunstanciado». De acuerdo con esta disposición el mismo Terrada con fecha 1º de marzo dirigió al general vencedor el siguiente oficio: «El gobierno queda impuesto del parte de V. E. en el campo de batalla de Chacabuco, en 12 de febrero último, relativo a la acción ganada en dicho día sobre el enemigo y mérito que en ella contrajeron los brigadieres que recomienda V. E.; ha tenido la mayor satisfacción por tan plausibles noticias y esperando el detalle como se ofrece, para las providencias ulteriores, me ordena lo avise como tengo el honor de hacerlo en contestación».

San Martín no tardó en cumplir con lo prometido y con fecha 22 de febrero, no ya del campo de batalla, sino desde Santiago en donde un pueblo lo saludaba clamoroso como a su libertador, remitió el parte completo agregando a él un plano — por desgracia perdido — para que su gobierno pudiese darse cuenta exacta de lo que fué la batalla. «La serie de sucesos que instantáneamente han ido sucediéndose, escribe San Martín, desde el momento que abrimos la campaña, no me han permitido hasta ahora dar a V. E. un pormenor circunstanciado de los acontecimientos más notables de estos últimos días.

«En el parte histórico pasado por el Estado Mayor el 20 del anterior y que elevé al conocimiento de V. E., se detallaba ya el orden con que las tropas marchaban y las medidas tomadas para facilitar

traía el regimiento de Granaderos a caballo se han quebrado en las acciones de Chacabuco y demás anteriores, efecto sin duda de su mala calidad. Para reemplazar esta falta es de urgentísima necesidad que V. E. se sirva remitirme por lo menos cuatrocientos por la posta con la mayor posible brevedad».

El gobierno de Buenos Aires accedió en el acto al pedido de San Martín, y el 14 de marzo pasó una nota al comandante de la sala de armas para que pusiese a la disposición de aquél una remesa de cuatrocientos sables, «en la inteligencia, dice el documento que tenemos delante, que si no pudiesen completarse los cuatrocientos, deberá usted prevenir los cajones que fuesen necesarios para el acomodo de los que por este defecto han de remitirse sucesivamente, pasando la respectiva noticia a este ministerio de los que quedaran listos por ahora». *Archivo de la Nación Argentina*, t. I, pág. 477.

A propósito del punto que aquí tratamos, creemos de oportunidad transcribir la referencia anecdótica que nos cuenta Espejo: «En el año de 1848 conocimos en Lima un negro viejo, africano, que vendía velas por la calle a quien los muchachos habían puesto de sobrenombre: *Ya murió* y lo habían medio enloquecido mofándole con este apodo alusivo a la persona de San Martín. Examinándolo un día con este motivo, nos refirió en ese lenguaje chapurrado que usan, «que en Buenos Aires fué uno de esos libertos que se determinaron al servicio militar; que había sido soldado del nº 8; que en el ejército de los Andes había hecho las campañas de Chile y del Perú; que cuando la capitulación del Callao él se encontraba muy enfermo en el hospital; que se había hallado en varias acciones y guerrillas y en especial en la batalla de Chacabuco. Para comprobarlo sacó del bolsillo un papel en que conservaba envueltos *los bigotes de un Talavera*, que después de haberlo volteado de un bayonetazo y muerto de un balazo le había cortado el bigote con labio y todo, diciéndole: «*No queré azuca, pues tomá azuca*», aludiendo a las conversaciones que el general San Martín les hacía en el campamento de Mendoza para entusiasmarlos». — *El Paso de los Andes*, pág. 563.

nuestra empresa. Con efecto, se consiguió que el ejército se reuniese el 28 y llegase en el mejor pie a los Manantiales sobre el camino de Los Patos, desde cuyo punto traté ya de dirigir y combinar los movimientos de modo que pudiesen asegurarme el paso de las cuatro cordilleras y romper los obstáculos que el enemigo podría oponerme en los desfiladeros que presentan los cajones por donde trataba de penetrar: se formaron desde luego dos divisiones; la primera, que debía marchar a vanguardia, la puse a cargo del señor brigadier don Miguel Soler; la componían el batallón núm. 1 de cazadores, las compañías de granaderos y cazadores del 7 y 8, mi escolta, los escuadrones 3 y 4 de Granaderos a caballo, y 5 piezas de artillería de montaña; la segunda, formada de los batallones 7 y 8 y dos piezas, bajo la conducta del señor brigadier don Bernardo O'Higgins: el coronel Zapiola con los escuadrones 1 y 2 y el comandante de artillería con algunos artilleros y los trabajadores de maestranza, seguían inmediatamente después. Al mismo tiempo dispuse que el mayor de ingenieros, don Antonio Arcos, se dirigiese con doscientos hombres por nuestra izquierda, penetrara por el boquete del Valle Hermoso, cayese sobre el Ciénego donde había una guardia enemiga, y finalmente que repechando sobre la cumbre del Cuzco y dejando a su retaguardia las cordilleras de Pinquenes y Portillo, franquease estos pasos, marchase en seguida sobre las Achupallas, procurase tomar este punto que es la garganta del valle y ponerlo en estado de defensa para poder con seguridad reunir el ejército y desembocar en Putaendo.

«El 5 tuve aviso del general de la vanguardia, que este oficial había entrado a las Achupallas el 4 por la tarde; que el comandante militar de San Felipe con ciento y más hombres y la milicia que pudo reunir vino a atacarle, pero que fueron rechazados y perseguidos por veinticinco granaderos a caballo al mando del bravo teniente Lavalle, a punto que en la misma noche y mañana siguiente abandonaron todo Putaendo y la villa de San Felipe, dejando equipajes, caballadas y cuanto tenían.

«El señor general Soler se adelantó rápidamente con mi escolta y los escuadrones 3º y 4º; hace forzar la marcha de la infantería y el 6 consigue montar la artillería y reunir todos los cuerpos de su vanguardia sobre Putaendo; dispone que el comandante Necochea se sitúe con ochenta hombres de mi escolta y treinta de su escuadrón sobre las Coimas; ordena al comandante Melián de ocupar con dos compañías de infantería y el resto de los escuadrones 3º y 4º el pueblito de San Antonio: en el mismo día forma un campo de Marte y establece su cuartel general con las demás tropas de su división en San Andrés del Tártaro.

«El enemigo recibió refuerzos considerables el 6 por la tarde; en la misma noche pasó el río Aconcagua y al romper el alba del día 7, se presentó al frente del comandante Necochea con cuatrocientos caballos, y sobre trescientos infantes y dos piezas a su retaguardia;

este valiente oficial no vaciló un instante; mandó retirar sus avanzadas; hasta ver al enemigo media cuadra no disparó un solo tiro; encarga la derecha al capitán don Manuel Soler y la izquierda al ayudante don Angel Pacheco; manda poner sable en mano, los cargan con la mayor bizarría, los baten completamente, dejan sobre treinta muertos en el campo, toman cuatro prisioneros heridos, y los persiguen acuchillándolos hasta el cerro de las Coimas, donde les protege su infantería. En la misma mañana antes de las 9, abandonan precipitadamente su posición y San Felipe, y repasan al otro lado del río.

«Entretanto, el coronel Las Heras, que con su batallón número 11, 30 granaderos a caballo y dos piezas de montaña debía caer sobre Santa Rosa por el camino de Uspallata, obtenía sucesos igualmente brillantes e igualmente ventajosos que los que había conseguido la vanguardia del ejército. El 4 por la tarde atacó su segundo, el mayor don Enrique Martínez, la guardia de los Andes compuesta de cien hombres; después de hora y media de combate se apoderó del puesto a bayonetazos, tomando cuarenta y siete prisioneros, su armamento, municiones y algunos útiles.

«Consecuente a mis órdenes, esta división debía entrar el 8 en Santa Rosa y ponerse en comunicación con la vanguardia del ejército que en el mismo día debía caer sobre San Felipe, lo que se ejecutó sin una hora de diferencia. La noche del 7 los enemigos abandonaron sus posiciones en el Aconcagua y Curimón dejando municiones, armas y varios pertrechos y recostándose sobre Chacabuco; en su consecuencia me resolví marchar sobre ellos y la capital con toda la rapidez posible y atacarlos en cualquier punto donde los encontrase, no obstante no haberme llegado aún la artillería de batalla.

«En la madrugada del 9 hice restablecer el puente del río Aconcagua: mandé al comandante Melián marchase con su escuadrón sobre la cuesta de Chacabuco y observase al enemigo; el ejército caminó en seguida y fué a acampar en la boca de la quebrada con la división del coronel Las Heras que recibió órdenes de concurrir a este punto.

«Desde este momento las intenciones del enemigo se manifestaron más claras; la posición que tomó sobre la cumbre y la resolución con que parecía dispuesto a defenderla hacían ver estaba decidido a sostenerse. Nuestras avanzadas se situaron a tiro de fusil de las del enemigo, y durante los días 10 y 11 se hicieron los reconocimientos necesarios, se levantó un croquis de la posición y en su consecuencia establecí el dispositivo de ataque para la madrugada del siguiente día.

«V. E. hallará junto el plano topográfico del terreno donde se manifiestan los movimientos que ejecutó el ejército en esta jornada y la posición que tomó el enemigo [1].

[1] El croquis de la batalla de Chacabuco a que alude en este parte San Martín ha desaparecido del ministerio de la Guerra, en donde lo buscó con empeño don Jerónimo Espejo cuando escribió su obra *El Paso de los Andes*.

«Al señor brigadier Soler dí el mando de la derecha que con el nº 1 de cazadores, compañías de granaderos y volteadores, del 7 y 8 al cargo del teniente coronel don Anacleto Martínez, nº 11, siete piezas, mi escolta y el 4º escuadrón de Granaderos a caballo debía atacarlos en el flanco y envolverlos mientras el señor brigadier O'Higgins, que encargué de la izquierda, los batía de frente con los batallones núms. 7 y 8, los escuadrones 1º, 2º y 3º y dos piezas. El resultado de nuestro primer movimiento fué, como debió serlo, el abandono que los enemigos hicieron de su posición sobre la cumbre: la rapidez de nuestra marcha no les dió tiempo de hacer venir las fuerzas que tenían en las casas de Chacabuco para disputarnos la subida. Este primer suceso era posible contemplarlo; su infantería caminaba a pie, tenía que atravesar en su retirada un llano de más de cuatro leguas y aunque estaba sostenida por una buena columna de caballería, la experiencia nos había enseñado que un solo escuadrón de Granaderos a caballo bastaría para arrollarla y hacerlas pedazos: nuestra posición era de las más ventajosas. El general O'Higgins podía continuar su ataque de frente, mientras que el brigadier Soler quedaba siempre en actitud de envolverlos, si querían sostenerse antes de salir al llano; al efecto hice marchar al coronel Zapiola con los escuadrones 1, 2 y 3 para que cargasen o entretuviesen al menos, ínterin llegaban los batallones números 7 y 8, lo que sucedió exactamente, y el enemigo se vió obligado a tomar la posición que manifiesta el plano. El señor general Soler continuó su movimiento por la derecha que dirigió con tal acierto, combinación y conocimiento, que a pesar de descolgarse por una cumbre la más áspera e impracticable, el enemigo no llegó a advertirlo hasta verlo dominando su propia posición y amagándolo en flanco.

«La resistencia que aquí nos opuso fué vigorosa y tenaz. Se empeñó desde luego un fuego horroroso y nos disputaron por más de una hora la victoria con el mayor tesón: verdad es que en este punto se hallaban sobre mil quinientos infantes escogidos que era la flor de su ejército y se veían sostenidos por un cuerpo de caballería respetable: sin embargo el momento decisivo se presentaba ya. El bravo brigadier O'Higgins reúne los batallones 7 y 8 al mando de sus comandantes Crámer y Conde, forma columna cerrada de ataque y con el 7 a la cabeza carga a la bayoneta sobre la izquierda enemiga. El coronel Zapiola, frente de los escuadrones 1º, 2º y 3º con sus comandantes Melián y Molina, rompen su derecha; todo fué un esfuerzo instantáneo.

«El general Soler cayó al mismo tiempo sobre la altura que apoyaba su posición: ésta formaba un mamelón en su extremo: el enemigo había destacado doscientos hombres para defenderlo; mas el comandante Alvarado llega con sus cazadores; destaca dos compañías al mando del capitán Salvadores, y atacar la altura, arrojar a los enemigos y pasarlos a bayonetazos fué obra de un instante.

El teniente Zorrilla de cazadores se distinguió en esta acción. Entretanto los escuadrones mandados por sus intrépidos comandantes y oficiales cargaban del modo más bravo y distinguido. Toda la infanteria enemiga quedó rota y deshecha, la carnicería fué terrible y la victoria completa y decisiva.

«Los esfuerzos posteriores se dirigieron sólo a perseguir al enemigo que en una horrorosa dispersión corría por todas partes sin saber dónde guarecerse. El comandante Necochea, que con su cuarto escuadrón y mi escolta cayó por la derecha, como lo denota el plan, les hizo un estrago terrible. Nuestra caballería llegó aquella tarde hasta el Portezuelo de Colina. Toda su infantería pereció, sobre seiscientos prisioneros con treinta y dos oficiales, entre ellos muchos de graduación, igual o mayor número de muertos, su artillería, su parque, almacenes considerables, la bandera del regimiento de Chiloé fueron el primer fruto de esta gloriosa jornada.

«Sus consecuencias han sido aún más importantes. El presidente Marcó, en medio del terror y confusión que produjo la derrota, abandona la misma noche del 12 la capital, se dirige con un resto miserable de tropa sobre Valparaíso, deja en la cuesta de Prado toda su artillería, teme no llegar a tiempo de embarcarse, corre por la costa hacia San Antonio y es tomado con sus principales satélites por una partida de granaderos a caballo al mando del arrojado capitán Aldeo y el patriota Ramírez. Mañana se espera en esta capital.

«Todos estos sucesos prósperos son debidos a la disciplina y constancia que han manifestado los jefes, oficiales y tropa, dignos todos del aprecio de sus conciudadanos y de la consideración de V. E.

«Sin el auxilio que me han prestado los brigadieres Soler y O'Higgins la expedición no hubiera tenido resultados tan decisivos: les estoy sumamente reconocido, asimismo a los individuos del Estado Mayor cuyo segundo jefe, el coronel Beruti, me acompañó en la acción y comunicó mis órdenes, así como lo ejecutaron a satisfacción mía mis ayudantes de campo, el coronel don Hilarión de la Quintana, don José Antonio Alvarez, don Antonio Arcos, don Manuel Escalada y don Juan O'Brien.

«La premura del tiempo no me permite expresar a V. E. los oficiales que más se han distinguido, pero lo verificaré luego que sus jefes me pasen los informes que les tengo pedidos, para que sus nombres no queden en olvido.

«Finalmente, el comandante Cabot sobre Coquimbo, Rodríguez sobre San Fernando, y el teniente coronel Freire sobre Talca, tienen iguales sucesos; en una palabra, el eco del patriotismo resuena por todas partes a un tiempo mismo, y al ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: *«En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluímos con los tiranos y dimos la libertad a Chile»* [1].

[1] *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol II, pág. 98.

Dos meses más tarde, y deseoso San Martín de poner en relieve el mérito de otros oficiales que no figuraban en su parte y que habían actuado brillantemente en Chacabuco, volvió a tomar la pluma y se expresó así ante su gobierno: «La premura del tiempo, la prontitud con que quise instruir a V. E. con el detalle de la victoria de Chacabuco, me ha causado el olvido de algunos oficiales de que no se hace mención en el parte del 22 de febrero, siendo a la verdad dignos de la alta consideración de V. E.

«Con este motivo, recomiendo ahora al comandante general de artillería don Pedro Regalado Plaza, que como jefe ha llenado su deber del modo más satisfactorio. El capitán del mismo cuerpo, don Luis Beltrán, se ha distinguido en la organización, aumento y conservación del parque. A su conocimiento y esfuerzos extraordinarios, auxiliados del benemérito emigrado de Chile, don N. Barroeta, se debe el trasmonte de la artillería con el mejor suceso por las escarpadas y fragosas cordilleras de los Andes, y nada se ha resistido al tesón infatigable de aquel honrado oficial.

«No es menos apreciable la eficacia, humanidad y constancia del médico mayor del ejército, teniente coronel don Diego Paroissien. A sus luces, humanidad y acierto ha correspondido el restablecimiento de la mayor parte de los heridos, y el orden, aseo y comodidad de los hospitales. Yo espero que V. E. se sirva enumerarlos entre los buenos oficiales del ejército de los Andes recomendados en mi parte principal».

Como se ve por el contenido de este documento, San Martín se concreta a una exposición general de la batalla y aun cuando apunta en ella las cargas que definieron la victoria, no hace alusión alguna ni a su carga personal, ni tampoco a la carga de O'Higgins, que la comprometió. ¿Por qué este proceder? A nuestro entender, se debe él a la modestia que caracterizaba a San Martín —sabemos que en el propio parte del combate de San Lorenzo no hizo alusión alguna a la herida recibida en él— y además porque apuntando ese pormenor, se habría visto en la necesidad de poner en evidencia la insubordinación que trajo consigo la conducta de O'Higgins. Estaba, pues, en los intereses de la causa, dado que la batalla había terminado con la victoria que San Martín perseguía, el callar ese incidente, que aun cuando afectó a la batalla en su iniciación, no la afectó en su desenlace.

Se trata sin embargo de un episodio rigurosamente histórico y sobre el cual queremos llamar la atención del lector en obsequio del esclarecimiento que exige la verdad.

He aquí lo que a este propósito escribe don Jerónimo Espejo, testigo y actor en la batalla. «San Martín, dice éste, se presentaba en el campo del combate, cuando O'Higgins, dominado por un entusiasta ardimiento, con dos batallones de su división en columna cerrada, emprendía una carga a la bayoneta sobre la línea enemiga, esfuerzo que por desgracia no logró el feliz resultado que se propuso.

El general Maroto, con una previsión propia de los veteranos del arte, había formado sus tropas con frente al norte, colocando su infantería al perfil del barranco de un arroyito que descendía de la alta sierra, que por ser apenas de cuatro o seis pies de elevación, era poco perceptible a la distancia. Pues contra ese poderoso obstáculo no previsto por O'Higgins, se estrelló el esfuerzo del nº 7 y 8 que, no pudiendo vencerlo, tuvieron que retroceder en confusión a rehacerse lejos del alcance de los fuegos del enemigo. Mas el general San Martín que vió en tan inminente riesgo el éxito de la batalla, en persona se puso a la cabeza de los granaderos y atropelló la caballería enemiga que apoyaba su ala izquierda, y no sólo la derrotó y acuchilló por un gran trecho, sino que introdujo la confusión en la infantería enemiga, que se libró de ser envuelta porque sus jefes atinaron a plegarla en cuadro» (1). Y en otra oportunidad: «Se trabó un horroroso fuego de infantería entre ambas líneas por cerca de una hora, en cuyo período los cañones enemigos hacían un fuerte estrago en nuestra caballería, y con tal motivo, el comandante Zapiola mandó al ayudante entonces don Rufino Guido, hoy general, que afortunadamente vive todavía en Buenos Aires, hiciese presente al general San Martín, que venía bajando la cuesta, la situación del regimiento, el estado del combate y la inútil pérdida de soldados que estaban sufriendo en el sitio que se le había señalado. Al oír el general aquel relato, extendiendo el brazo derecho hacia el camino viejo, gritó: *«Condarco: corra usted a decir al general Soler que cruzando la sierra caiga sobre el flanco enemigo con toda la celeridad que le sea posible»*.

El general Rufino Guido, a quien se hace referencia en este documento, consultado con oportunidad por el general Mitre para esclarecer debidamente este punto, declaró: «El que esto escribe era entonces teniente ayudante mayor del regimiento de Granaderos a caballo, cuyo regimiento viniendo de la vanguardia de la división en que venía el general en jefe, al concluir la bajada de la cuesta formó a su falda en batalla por escuadrones, encontrando al enemigo a su frente formado detrás de unos tapiales y cercos de espino, quien desde el momento de vernos empezó a hacernos algunos tiros con su artillería y aunque era rara la bala que de rebote alcanzara, recibí la orden siguiente del señor coronel Zapiola que la mandaba: «Vaya usted a alcanzar al general en jefe y dígale lo que usted ve y que voy a cambiar de posición para evitar alguna desgracia inútil».

«Marché inmediatamente a gran galope y encontré a mi general como a cuatro o cinco cuadras del pie o base de la cuesta, y dándole cuenta de lo que sucedía, ordenó a uno de sus ayudantes que retrocediese y ordenase a los jefes de infantería que bajasen al trote y dirigiéndose a mí, me dijo: «Aunque lleguen las balas de cañón, y

(1) *El Paso de los Andes*, pág. 539.

antes de un cuarto de hora estaré allí con la infantería». Según esto, volvimos a ocupar la primera posición y el enemigo empezó su cañoneo sin hacernos daño alguno».

Luego concluye: «Según lo había anunciado el general, no habían pasado, creo, los quince minutos, cuando vimos llegar a nuestro general con la bandera de los Andes en la mano y la infantería que formaba en columnas de ataque, los que, como el regimiento, recibimos la orden de cargar al enemigo. Todos la cumplimos, inflamados de valor y entusiasmo — tal era la confianza que teníamos en quien la ordenaba —, y a pesar de la resistencia del enemigo por sus fuegos al emprender nuestra carga, fué completamente derrotado, no pudiendo resistir sino muy poco tiempo a la carga por su frente y al ataque simultáneo que recibía por su flanco izquierdo, dado por el valiente Necochea de la división del general Soler» (1).

Pero a pesar de ser ésta la verdad de lo sucedido en Chacabuco, no entró nunca en el ánimo de San Martín el provocar controversias, y sólo tomó la pluma para ocuparse de su persona y explicar su verdadero papel en esa batalla, cuando en 1844 un canónigo de la metropolitana de Santiago dió a luz una Memoria de O'Higgins, en la cual, con gran descaro, se adulteraba la verdad. En esa época San Martín se encontraba en Francia, y al abrir el ejemplar de la referida Memoria caído en sus manos, no pudo contenerse y tomando la pluma escribió al margen de esas páginas las rectificaciones inspiradas por su lectura. «La división destinada para empeñar con igualdad el combate, dice Albano, encuentra obstáculos en su marcha, que no pudieron preverse, el fuego por momentos crece haciéndose progresivamente más vivo y mortífero. En esta situación el general O'Higgins avisa al general en jefe que no es posible aguardar más a la división Soler y que está resuelto a atacar a la bayoneta. Todo fué instantáneo, la contestación del general a hacer pedazos de línea enemiga que nos dió por resultado hacernos dueños de Chile». He aquí lo que San Martín escribió al margen: «No ha habido tal aviso. El general O'Higgins era bravo hasta el extremo, pero sus conocimientos militares eran nulos. Desde la cima de la cuesta de Chacabuco lo destiné a perseguir al enemigo con el batallón nº 8, con la orden expresa de no comprometer ninguna acción con el enemigo hasta que la caballería que yo llevaba pasase el desfiladero de más de una legua. Al poco tiempo oí que el fuego había comenzado; a la media hora llegué con dos escuadrones de granaderos y vi con sorpresa que O'Higgins marchaba en columna sobre los españoles y que éstos lo habían rechazado dispersándole el batallón 8. Todo mi plan estaba trastornado por la precipitación de este ataque que no daba tiempo a la división Soler de llegar a tiempo de atacar por la espalda. En tan críticas circunstancias no me quedó otro partido que el de atacar con la caballería la izquierda

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 471.

de la línea enemiga, la que fué destrozada coincidiendo a este resultado el comandante Necochea, que al mismo tiempo atacó la retaguardia» (1).

El papel que San Martín señaló al general Soler en su parte, no dejó de provocar algunas críticas, y *El Censor* del 17 de abril de 1817 que se publicaba en Buenos Aires, dió cabida en sus columnas a una carta remitida desde Chile, censurando a San Martín por este proceder, como igualmente por haber singularizado la conducta de otros jefes y oficiales del ejército de su mando. Conocido este documento, Soler se decidió por escribir un manifiesto y al hacerlo expresóse así: «Soy yo uno de los comprendidos, dice él, en la favorecedora expresión del general, y aunque tengo la franqueza de decir que no hubo ocasión de distinguirme en ella — hace alusión a la batalla —, sin embargo no me considero indigno del aprecio de mis conciudadanos cuando todos saben que en otras ocasiones la fortuna me ha favorecido y personalmente hice cuanto puede hacer un constante defensor de los derechos del país.

«Respecto a la acción de Chacabuco, baste decir que de la vanguardia entraron dos compañías al mando del capitán Salvadores y ochenta hombres más del teniente Zorrilla, ambos piquetes del batallón nº 1 de cazadores. Este fué el primero en perseguir a los enemigos desde la cuesta de Chacabuco hasta el lugar de la acción;

(1) GREGORIO F. RODRÍGUEZ: *La Acción de O'Higgins en Chacabuco*. — He aquí por orden respectivo las afirmaciones de Albano y las notas marginales suscritas por San Martín.

Albano: «El general San Martín destinó desde luego al valiente O'Higgins al mando de la vanguardia, posición a que le llamaba su opinión uniforme de los bravos, pero el gabinete del Plata no le juzgó conveniente en su política. Pudo traer fatales consecuencias esta competencia a no ser que la heroica virtud de nuestro héroe no lo hubiera resuelto». — San Martín: «*Todo este párrafo es una mentira absurda*».

Albano: «Sería un empeño tan inútil como contrario que pretendiese mi pobre pluma imitar las producciones de estos grandes ingenios, pero sí diré lo que vi y ellos no vieron; referiré lo que ellos han omitido y lo que aun en los partes de esta campaña no se encuentra». — San Martín: «*Este cura no ha visto la acción de Chacabuco y es una calumnia suponerme he omitido dar detalles que pudieran honrar a mi amigo el general O'Higgins*».

Albano: «Ya habéis oído lo que hubo sobre el mando de la vanguardia; resta ahora que sepáis que la víspera de la batalla el jefe de la división de vanguardia y mayor general Soler hizo pasar a la de su mando la artillería y las compañías de preferencia pertenecientes a la división O'Higgins». — San Martín: «*Mentira. La división Soler no llevaba artillería y sólo dos cañoncitos de a uno, estaban en la que yo mandaba pues el resto no había podido llegar a tiempo a pesar de los esfuerzos más que humanos de Beltrán que la conducía*».

Albano: «En este momento por una de aquellas inspiraciones tan frecuentes en este guerrero, le propone al general San Martín la empresa de tomar 500 hombres y dirigirse a Valparaíso». — San Martín: «*La empresa con 500 caballos que cita este cura es una mentira de su invención. Yo envié enseguida de la acción la caballería mejor montada al mando de O'Brien y Aldao, los que fueron hasta Valparaíso y tomaron posesión de este puerto*».

Albano: «Sabe que su primera intención fué pagar religiosamente los caudales anticipados del ejército que él mismo bajo su crédito personal se había procurado en Mendoza para la caja militar». — San Martín: «*Miente; jamás O'Higgins levantó en Mendoza un solo peso por su crédito personal*».

un piquete de Granaderos a caballo al mando del teniente Olazábal, que después se reunió con el capitán Soler, aumentado con otro que el mismo general le dió, y el escuadrón del comandante Necochea. Esta fuerza desalojó al enemigo, que apoyando su izquierda sobre un cerro, flanqueaba la división del general O'Higgins. Ella llegó tan a tiempo, que gritando los enemigos «¡viva el Rey!» porque habían rechazado al batallón nº 8 y por segunda ocasión a uno de los escuadrones, fué lo bastante, pues a su presencia la caballería enemiga, volviendo grupa, abandonó su línea. En este momento toqué a degüello con mi trompeta de órdenes; mandé gritar «¡viva la Patria!» y que cargase el escuadrón de Necochea que de antemano se había puesto oculto a la derecha de los cazadores y flanqueando al enemigo, repetí el toque a degüello y mandé, con mi ayudante don Manuel Mariño, que se reuniese la compañía del capitán Lavalle y que después siguiese la retaguardia de su comandante; lo que ejecutó así dicho oficial persiguiendo a la caballería que fugó intacta».

«En este momento, continúa diciendo Soler, mi principal cuidado fué evitar que la caballería enemiga pudiese rehacerse y sobre la dispersión nuestra, cargase. Así es que dando mis órdenes a los cuerpos de Las Heras, de Martínez y Alvarado para que siguiesen formados hasta la casa de Chacabuco, me adelanté a elegir un terreno donde campar el ejército con seguridad y comodidad, y evitar el fuego que se hacía en direcciones encontradas. A mi vuelta encontré al general en jefe como a una cuadra de dicha casa. Allí le presentó su ayudante, O'Brien, una bandera enemiga y un granadero un sable que el mismo general me regaló, y repugnando tomarlo, me dijo: «Recíbalo que en usted está bien». Con lo que tomé dicho sable» [1].

El manifiesto de Soler a su vez provocó una rectificación y la firmaron ésta varios oficiales del regimiento de Granaderos.

«Podemos lisonjearnos, dicen los firmantes de este documento, de la opinión que han merecido los Granaderos a caballo en todos los puntos a que ha llegado la noticia de su valor y disciplina. Ellos han sabido siempre distinguirse y nadie ignora que en la feliz jornada del 12 de febrero tuvo gran parte el sable para decidir la suerte de Chile. Una relación compendiosa de nuestras operaciones en nuestra campaña desvanecerá la equivocación que el general Soler asienta en su carta con que uno de los escuadrones fué rechazado dos veces».

«Los enemigos formados en batalla, continúa, a la falda de un cerro sobre la izquierda del camino, destacaron una guerrilla a la cima de otro de nuestra derecha. Reorganizamos línea a su frente, como en distancia de cuatrocientos pasos, sin ser sostenidos por alguna infantería, porque la división del general O'Higgins aun se

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 35.

hallaba a media cuesta. Entonces, el coronel Zapiola mandó al teniente coronel Melián, que con los escuadrones segundo y tercero entretuviese al enemigo, llamando la atención por los puntos que le dictase la prudencia, y al efecto, ordenó este jefe se dispersasen tiradores de la segunda compañía del tercer escuadrón y que el comandante Medina, con el segundo, marchase en dirección oblicua a ocupar el espacio entre el cerro de nuestra izquierda y el otro en que apoyaba su derecha el enemigo, posición tan superior que si la hubieran tomado los godos se habría visto en trabajos nuestra infantería. El se dirigió por el frente con la primera del tercero hasta cien pasos que un zanjón profundo le impidió avanzar; el movimiento fué bastante para que el destacamento citado desalojase el lugar y replegando sobre su línea, formase toda ella en columnas cerradas particulares, jugando con actividad dos piezas de artillería que hasta entonces no habían tirado un solo cañonazo.

«En estas circunstancias se presentó el subteniente del nº 1 de cazadores, don Francisco Corro, con diez y seis hombres. Al poco rato el teniente Zorrilla, del mismo cuerpo, con igual número y el subteniente Ricavarri, del nº 7, con 20. Ya era preciso que obrasen nuestros cazadores, y dió la voz el teniente coronel para volver caras despejando el campo e incorporarnos al primer escuadrón y un piquete de la escolta que cubrían la retaguardia con el coronel Zapiola. A esta maniobra se refiere el general Soler cuando dice que fué rechazado. Nosotros nos abandonamos al juicio imparcial de todo militar, mientras él padece un engaño notable, sin duda porque cuando así nos movíamos, aún estaba su vanguardia metida entre los cerros y éstos le privaban vernos, como lo confiesa.

«Los enemigos, creyendo que con tan corto número de infantería no podíamos mantenernos en aquel punto, procuraron nuevamente ocupar el cerrito, que habían desamparado, con doble fuerza. El general O'Higgins llegó con su columna y en el instante se rompió un vivo fuego y sostenido; los enemigos, en columna mal formada o pelotones, quisieron avanzar por nuestra izquierda, pero el señor general en jefe conoció la ocasión de acabarlos: vino precipitadamente y puesto a la cabeza de los escuadrones, nos mandó cargar; siendo los resultados tan felices como se ha visto». Después de esta declaración que nos presenta a San Martín presidiendo una carga heroica, que sin duda alguna fué la carga decididora de la batalla, José Melián, Nicasio Ramallo, Gregorio Urbano Millán, Carlos Bauness e Isidoro Suárez, que la firman, concluyen: «El regimiento de Granaderos a caballo tiene el honor de que nunca ha sido rechazado y de haber cubierto de laureles a la patria en cuantas ocasiones ha podido cortárselos con el sable, es decir, siempre que ha peleado» (1).

Pero volviendo sobre Chacabuco, digamos que esta batalla com-

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 454.

pletó la proeza épica del paso de los Andes y que a partir de esa hora el reino de Chile encontró la independencia que había perdido en Rancagua. Considerada ella como operación de guerra y como desenlace feliz de un plan que San Martín se había trazado en horas de intuición y de calma, la batalla de Chacabuco es una batalla modelo y con criterio unánime los maestros en el arte de la guerra la consideran como la primera batalla continental y en la cual nada se libró al acaso (1).

San Martín la había calculado para ganarla con poca efusión de sangre y con sola una carga. El impulso ardoroso de O'Higgins la comprometió; pero esto fué reparado a tiempo, y las órdenes dadas por San Martín como su intervención personal en el entrevero la restablecieron en su equilibrio primitivo y la finalizaron causando al enemigo una derrota completa.

Pero si éstas son las características que se desprenden de Chacabuco considerada esta acción bajo su aspecto militar, las consecuencias políticas que de ella se desprenden son incalculables. Por de pronto, gracias a esta victoria dos pueblos se fusionaron en intereses solidarios y armónicos, y el reino de Chile, como las Provincias Argentinas que le brindaban en tal ocasión sus armas libertadoras, sellaron la primera alianza que dió la señal de ofensiva contra los ejércitos de la Península, poderosos todavía en toda la extensión del Continente. Además, y aquí radica su influencia externa y trascendente, después de Chacabuco la diplomacia española vióse obligada a redoblar su vigilancia y a considerar que si la insurrección de Venezuela y de Nueva Granada era un peligro para ese poder peninsular que muchos creían inconmovible, lo era mayor esa beligerancia ofensiva que bajo el comando de San Martín se hacía sentir en forma tan vigorosa y valiente dominando los Andes, arrancando a Chile del estado de servidumbre en que se encontraba y amagando al Perú con una expedición libertadora.

En los momentos en que San Martín sorprendía la América con tamaña victoria, se encontraba en Río de Janeiro como representante de la Corona el señor don Andrés Villalba. Conocida ella, apresuróse a ponerse en comunicación con su gobierno, y el día

(1) «El hecho de batir a una fuerza menor con otra mayor —que es el primer resultado que se busca en la guerra para triunfar con seguridad—, fué la consecuencia necesaria de los ardides y movimientos calculados que la precedieron, dando a ciencia cierta al enemigo un golpe de muerte y apoderándose en un solo día del territorio invadido, y esto con la mayor economía de tiempo, de medios, de sangre y de esfuerzos. Con más precisión y táctica que la batalla de Honhenlinden, que en algo se le parece, tiene la originalidad de un plan que se adapta a un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, a la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución.

«Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio». BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana,* t. II, pág. 20.

23 de marzo dió parte de la victoria de Chacabuco en la siguiente forma: «Cuando estaba cerrando este pliego para entregarlo a una persona de confianza que va en un buque portugués que todos los días va a salir para Lisboa y no lo verifica aún porque este Gobierno lo detiene, vi entrar la fragata de guerra inglesa la *Amphion* que está estacionada en las balizas de Buenos Aires adonde debe restituírse; y suponiendo que podría traer algunas noticias importantes, traté de averiguarlas inmediatamente para comunicar a V. E. todo lo que hubiese con la puntualidad y exactitud que lo he hecho hasta aquí.

«Las infaustas noticias que trae y que sirviéndose V. E. recorrer mis números anteriores verá que yo las tenía tiempo hace, son las de haber verificado los rebeldes su invasión en el reino de Chile, después de haber atravesado las muy descensibles cordilleras de los Andes sin que se les haya opuesto ninguna resistencia de parte de nuestro ejército a las órdenes del nuevo capitán general don Francisco Marcó del Pont.

«El cabecilla San Martín, que mandaba las fuerzas rebeldes en número de cuatro mil hombres, atacó un cuerpo de las nuestras que según dicen se componía de dos mil en Chacabuco, el 12 del mes próximo pasado, habiéndolas batido completamente como también dice la adjunta Gaceta extraordinaria de Buenos Aires y habiendo después ocupado la capital de Santiago el 14 del mismo.

«Según cartas particulares a que puedo dar algún crédito, casi todo aquel reino, excepto la provincia de Concepción, estaba ya otra vez en completa rebelión.

«El capitán general huyó a Valparaíso, y no hallando allí ningún buque para embarcarse para Lima, siguió adelante y aseguran lo verificó en uno de los puntos de la costa, en un pequeño buque que hacía el contrabando. Se critican mucho las disposiciones y conducta de este capitán general, y aunque no tengo aun todos los fundamentos necesarios para hablar contra ella, no queriendo perjudicarle en su opinión antes de tiempo, no puedo sin embargo dejar de conocer la fuerte oposición que podía y debía haber hecho a los rebeldes al paso de aquellas altas y escarpadas cordilleras.

«Si hubiese ya llegado una expedición nuestra a estos puertos del Río de la Plata — por lo que estoy clamando, pero desgraciadamente para los intereses de S. M., sin fruto — *o si este Gabinete tuviese otra conducta habiendo hecho con sus tropas y con su marina lo que tanto convenía a los intereses de ambas naciones, no hubiera tenido lugar este suceso desgraciado cuyas consecuencias podrán ser muy fatales a la causa del Rey nuestro señor y de toda esta América del Sur*. Una de ellas es por de pronto la de deber enviar más fuerzas de las que antes de este suceso se necesitaban» [1].

Días más tarde, Villalba se pone de nuevo en comunicación con

(1) *Archivo de Indias. Papeles de Estado*, leg. 99, doc. 52.

su gobierno, y al dirigirse a don José García León y Pizarro, ministro del reino, anota estos pormenores: «La adjunta Gaceta enterará a V. E. de la nueva invasión de los rebeldes en el reino de Chile, de haber sido batido uno de nuestros cuerpos de ejército el 12 de febrero en Chacabuco cerca de los Andes; de que ya ocupan aquéllos la capital de Santiago y casi todo aquel reino; y que el capitán general don Francisco Marcó del Pont había huído a Lima, según se asegura por cartas particulares».

Villalba finaliza el primero de estos documentos diciendo: «Acabo de saber con bastante fundamento que los rebeldes de Buenos Aires han adquirido algunos más buques de bastante fuerza que parece han comprado en los Estados Unidos, y que se proponen hacer inmediatamente una expedición al mar Pacífico. No puedo dejar de repetir a V. E., para que se sirva hacerlo presente al Rey nuestro señor que en el estado en que se hallan actualmente las cosas, si no llega luego una fuerte expedición, está expuesta la España a dar un eterno adiós a toda esta América del Sur».

Pero si la alarma que provocó Chacabuco fué grande en Río de Janeiro, no lo fué menos en Lima, metrópoli ésta de las colonias. Con semejante triunfo y con la posesión de Chile por parte de los insurgentes comprendió Pezuela que cambiaba en absoluto el teatro de la guerra y que el reino que creía intangible exponíase a ser el blanco, más tarde o más temprano, de una nueva campaña por parte de estos libertadores. En ese coro de desilusionados y descontentos no se alzó una voz para defender a Marcó. Comprendióse que éste era víctima de sus errores y de su incapacidad, pero comprendióse igualmente que era San Martín un genio superior y que de un modo o de otro el reino de Chile estaba destinado a escapar de las garras con que lo subyugaba el despotismo. «En efecto, dice un historiador realista, la fácil pérdida del interesante reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia, fatal para las armas españolas. Sabíase que hacía tiempo organizaba el general San Martín un ejército con este objeto en Mendoza, a la Banda Oriental de la cordillera de los Andes. Las tropas realistas componían entonces una fuerza de siete mil hombres; pero el astuto enemigo supo distraer de tal modo la atención del general Marcó del Pont, que lo hizo incidir en el gravísimo error de pretender cubrir una línea de muchas leguas de extensión quedando por consiguiente débil en todos sus puntos. Obtenido este deseado resultado, se puso San Martín en marcha el 17 de enero con cuatro mil doscientos hombres de tropa de línea, doce piezas de artillería, mil doscientos milicianos; atravesó la Cordillera por Santa Rosa, alcanzó y batió el 12 de febrero, en Chacabuco, la división del brigadier don Rafael Maroto. Fué tal la sensación que esta desgracia produjo en el resto de las esparcidas tropas reales, que al día siguiente se abandonó la capital sin más pensamiento que el de acudir a Valparaíso, cada uno como podía, para embarcarse para Lima, aumentando el desorden y el

espanto las familias que se precipitaban a ganar un buque porque se creían comprometidas». «La imparcialidad exige confesar, concluye este historiador, que la pronta organización de un ejército en Mendoza, con las dificultades que ofrece el país, el plan de la invasión de Chile y su entendida ejecución recomiendan el ejército de San Martín» (1).

Ocho años más tarde, vale decir en 1825, Lafond de Lurcy, marino francés que había conocido a San Martín en el Perú, llegó a Chile, y atraído por la magnitud de la proeza que realizara aquél para dar la libertad a este reino, decidió visitar el campo de la batalla de Chacabuco. En su presencia, y después de reconocer que el paso de los Andes era diez veces más difícil que el paso de los Alpes, movido por el sentimiento admirativo que se desprendía de lo histórico como de lo geográfico, tomó su lápiz, y en sus apuntes de viaje estampó esta declaración, que años más tarde entregaría a la publicidad: «Ce fait d'armes du général San Martin suffirait à établir la réputation d'un homme de guerre. Le général réssuit à tromper complètement l'ennemi et sur la route qu'il devait suivre et sur ses ressources. L'armée avait été organisée a Mendoza du produit de la vente de terres qu'il avait rendues productives par un canal d'irrigation. Ces terres valent aujourd'hui deux cents fois le prix qu'il en obtint alors. La défaite de l'armée espagnole, la prise de Santiago et pour couronner l'œuvre la bataille de Maipo; voilà qui vaut bien les faits militaires des temps passés».

Y más adelante: «Dans cette campagne le général San Martin fit preuve d'une grande énergie, et se montra fort habile technicien; il sut profiter de la position des ennemis qu'il avait trompés, et livrer bataille en temps opportun. Un jour de plus, peut-être, et c'en était fait de l'armée patriote, car de grands renforts arrivaient du sud au secours des espagnols, et n'étaient plus qu'à quelques heures de marche de Chacabuco.

«L'armée libératrice entrait le lendemain de la bataille dans la capitale, et le peuple chilien nomma le général en chef, don José de San Martin, suprême directeur de la République; le général refusa cet honneur en faveur du patriote désinteressé, le brigadier don Bernardo O'Higgins qui fut élu à sa place le 15 février» (2).

(1) García Camba: *Memorias*, t. I, pág. 360.
(2) *Voyages autour du monde*, t. III, pág. 254.

CAPITULO III.

San Martín y su entrada en Santiago

SUMARIO: San Martín en la hacienda de Chacabuco. — En parte al gobierno anuncia que pasa a ocupar Santiago. — Junta celebrada por Marcó en Palacio al saber su derrota. — Movimiento tumultuario en la capital. — Llegada del ejército libertador al Portezuelo de la Colina. — Entrada de San Martín en Santiago. — «Gloríese el admirable Cuyo», exclama desde allí al dirigirse a Luzuriaga. — «Todo Chile se halla en nuestras manos», le dice en un parte a Belgrano. — Bando del gobernador interino de Santiago. — Por unanimidad San Martín es designado para ocupar el mando supremo del Estado. — Renuncia este honor y exige que se proceda a una segunda convocación. — Bernardo Vera expone las razones que impiden a San Martín aceptar el mando. — La elección de O'Higgins. — Proclama de éste a los chilenos expresando su reconocimiento a los libertadores. — La elección de O'Higgins, convenida ya por San Martín antes de llegar a Chile. — San Martín y O'Higgins, objeto de demostraciones populares. — Aldao en persecución de Marcó. — Oficio de San Martín al coronel Ordóñez, gobernador político de Concepción. — Las Heras destinado a la persecución de los realistas en el sur de Chile. — Captura de Marcó anunciada por San Martín y O'Higgins. — Importancia de esta captura. — Cómo cayó Marcó en manos de los patriotas. — Su llegada a Santiago y su encuentro con San Martín. — Un desquite de San Martín digno de un héroe. — Marcó solicita del gobierno de Buenos Aires que se le permita su regreso a la Península. — El y los prisioneros internados en San Luis. — Por qué Pueyrredón se decidió por esta medida. — La captura de Marcó comunicada a la Corte por el encargado de Su Majestad en Río de Janeiro. — Júbilo que provoca en Mendoza la noticia de la victoria de Chacabuco. — La llegada del capitán Escalada a Mendoza. — «Ayer ha sido un día de locura», le dice Pueyrredón a San Martín al recibir el parte de la victoria remitido por Luzuriaga. — Llegada de Escalada a Buenos Aires con el parte. — Llegada de Pacheco con el segundo parte escrito igualmente por San Martín. — Mendoza y la bandera tomada en Chacabuco al enemigo. — El directorio dispone que sea depositada en uno de sus templos. — Honor acordado por el directorio a las provincias de San Juan y de San Luis. — El cabildo de Buenos Aires regala a San Martín un sable y manda acuñar una medalla. — Despachos de brigadier acordados por el directorio y regalo de un sable y un par de pistolas. — Rechazo de aquellos despachos hecho por San Martín. — Instancia formulada por el directorio. — San Martín se dirige al congreso y pide que no tenga efecto dicha gracia. — Su pedido es objeto de un sostenido debate en el congreso. — Resolución tomada por Pueyrredón. — Desde Chile, San Martín devuelve su despacho. — Moción del diputado Acevedo para que el congreso le acuerde a San Martín una demostración honorífica. — Escudo que le acuerda el directorio a él y a los vencedores de Chacabuco. — Chile lo nombra brigadier general, pero San Martín rechaza este honor. — La Legión del Mérito de Chile. — Felicitaciones que le envían lord Fiffe, Irizarri y Alvarez Condarco desde Londres. — El coro de las musas. — La elocuencia sagrada le rinde su tributo.

La batalla de Chacabuco concluyó, como se acaba de ver, con el ejército de Maroto, y los soldados que no quedaron muertos o heridos en el campo de batalla se entregaron a la fuga temerosos de

caer bajo el sable vengador de los granaderos. San Martín se contentó con una persecución parcial de los fugitivos, y a fin de dar al ejército el descanso que justamente se merecía, dispuso que pernoctase en el campo mismo de batalla, haciéndolo él en la hacienda de Chacabuco. Sin embargo, informado a tiempo de que el presidente Marcó había resuelto abandonar la capital y dirigirse a Valparaíso, llamó al capitán don José Aldao y ordenóle que al frente de treinta granaderos se dirigiese hacia Santiago y tratase de perseguir, no sólo a Marcó, sino a todos los prófugos, cualquiera que fuese la dirección tomada por éstos.

El día 13 de febrero, al amanecer, tanto San Martín como todo su ejército estaban listos para romper la marcha; pero antes de iniciarla y con el pie en el estribo, tomó la pluma y dirigiéndose al supremo director del Estado argentino le transmitió este parte: «Son las seis de la mañana y repiten tanto las noticias por diversos conductos de que Marcó ha fugado para Valparaíso, que ya no es posible dudarlo. Mañana mismo ocupo la ciudad de Santiago.

«Igualmente se me avisa que la división que hice entrar por el camino del Planchón al mando de un oficial de granaderos, don Ramón Freire, ha triunfado completamente del enemigo. Esta noticia se me da en globo; aun no puedo formar concepto de ella». Pero, no nos adelantemos en la exposición de estos acontecimientos. Entremos por un momento en Santiago y veamos cómo repercutió allí la noticia de la derrota y cuál fué la actitud adoptada por el gobierno realista cuando se enteró que el ejército libertador se acercaba a Santiago. La noticia del desastre sufrido por el ejército de Maroto en Chacabuco, principió a circular en la capital del reino de Chile al atardecer del día 12 de febrero y ese mismo día por la noche dispuso Marcó que en palacio se reuniese una junta a la cual fueron invitados los jefes militares, altos funcionarios civiles y los comerciantes.

«En esa junta, escribe Barros Arana, reinó una variedad de dictámenes y la mayor confusión. Ya se opinaba por la retirada al otro lado del Maule, ya a Valparaíso. Unas veces se pensaba en desprenderse de la capital y otras verificarlo en el castillo o fuerte de Santa Lucía, y aun se trató de atacar al día siguiente al enemigo. Cada uno de estos arbitrios ofrecía dificultades más o menos serias. La retirada al Sur parecía impracticable, no sólo por la fatiga de una larga marcha, sino porque era necesario atravesar el territorio sublevado de Colchagua y de Talca en que debía experimentar todo orden de hostilidades. La defensa dentro de la ciudad parecía imposible desde que estando ésta abierta por todos lados, ofrecía fácil entrada al enemigo. El plan de encerrarse en la fortaleza de Santa Lucía, sin víveres, y sin base alguna de operaciones en el resto del país, era buscarse una ruina completa e inevitable. La mayoría de los jefes militares, impuestos de lo que había ocurrido en Chacabuco y de la calidad, número y condiciones del ejército enemigo,

creía que las tropas que les quedaban intactas, pero fatigadas por las marchas anteriores, y amedrentadas además por el pánico que comunican los grandes desastres, no se hallaban en estado de empeñar una segunda batalla. Al momento se dictaron las medidas conducentes a efectuar la retirada. Era la una de la mañana. Las municiones, los bagajes y parte del ejército que desde días atrás estaba listo para salir a campaña, debía ponerse en marcha inmediatamente. En las tesorerías realistas existían cerca de doscientos mil reales en dinero, en tejos de oro y en plata labrada, en su mayor parte producto del impuesto forzoso, impuesto por Marcó. Esos caudales habían sido encajonados con anticipación para poder transportarlos en caso de un contraste. El intendente del ejército, don Ignacio Arangua, recibió orden de hacerlo transportar bajo su inmediata inspección, custodiados por una compañía de dragones que mandaba el capitán don Joaquín Madallar. Los más caracterizados representantes y servidores del régimen que se desplomaba, los miembros de la audiencia, los secretarios y asesores del gobierno, y los españoles más comprometidos en sostener aquella situación hicieron apresuradamente sus aprestos de viaje, y montando los caballos que la alarma de los días anteriores les había hecho tener listos, se pusieron en fuga. Muchos de ellos iban acompañados de sus mujeres y de sus hijos, sin llevar consigo más que la ropa que llevaban sobre sus cuerpos y el poco dinero que tenían a la mano. Algunos dejaban enterrados en sus casas los objetos de valor, el dinero y la plata labrada que no podían llevar consigo, para substraerlo a la rapacidad de los vencedores. Los fugitivos atravesaban las calles desiertas y sombrías de la ciudad en pequeñas partidas, de tal suerte que muy pocas personas, y éstas en señalados barrios, pudieron percibir el movimiento inusitado de gentes y de caballos que se ponían en marcha. Antes de venir el día los fugitivos se hallaban ya en el campo; pero allí mismo y a esas mismas horas comenzaron los desórdenes que hicieron desaparecer toda obediencia y que habrían podido producir una dispersión absoluta y definitiva de esas fuerzas» [1].

Efectivamente, conocida por el pueblo la derrota sufrida por las armas realistas en Chacabuco, entregóse éste a un movimiento tumultuario en el cual, junto con los vivas a la patria y a la libertad se unieron otros que acusaban sus instintos y sus desmanes. Nos cuenta la crónica que un grupo de patriotas subió al cerro de Santa Lucía y procedió a poner en libertad a más de doscientos ciudadanos encarcelados allí por su patriotismo y obligados a trabajar en la construcción de esa fortaleza por Marcó y sus seides. Acto continuo el populacho invadió las casas de los comerciantes y de los funcionarios adictos al gobierno caído; invadió al mismo tiempo el palacio de los gobernadores, saqueó allí el guardarropa de Marcó,

(1) *Historia General de Chile*, t. X, pág. 610.

destruyó sus muebles y los cortinajes que éste había traído de Europa y que, como lo dice Barros Arana, «le servían para hacer alarde entre sus cortesanos». Los desmanes populacheros fueron más allá y no respetando el arte destruyó una galería de retratos en que figuraban todos los gobernantes de Chile, desde Pedro de Valdivia hasta el mismo Marcó. Esos retratos fueron descolgados de las paredes y después incendiados.

Cuando estos desmanes se producían en Santiago, San Martín ya había abandonado la hacienda de Chacabuco y se encontraba en marcha. El grueso de sus fuerzas iba precedido por una patrulla exploradora al mando del capitán don Manuel Soler; informado aquél de lo que sucedía en la capital del reino — al producirse la fuga de Marcó asumió el gobierno interino el concejal don Francisco Ruiz Tagle —, dispuso que el comandante Necochea al frente de doscientos granaderos apresurase su marcha y entrando en Santiago restableciese el orden y se pusiese allí al servicio de la autoridad.

Al anochecer del día 13 de febrero el ejército libertador llegaba al Portezuelo de la Colina y se detenía allí para pernoctar. Junto con el ejército venían los prisioneros, figurando entre éstos los capitanes San Bruno y Villalobos, famosos en Chile por el odio y violencia con que reprimían toda demostración de patriotismo. La columna de prisioneros marchaba a la cola de la segunda división del ejército y estaban custodiados por una compañía del batallón nº 8 de infantería. Tanto San Bruno como Villalobos hacían la marcha engrillados y montados cada cual en su mula.

En la mañana del 14 de febrero dispuso San Martín entrar en Santiago, pero al poco tiempo de ponerse en marcha, como dice un cronista, «empezaron a llegar muchas personas de toda clase y rango a conocer a los vencedores, dando noticia algunas de ellas del alborozo y confusión en que se hallaba la ciudad».

San Martín, que podía haberse rodeado de todo el fausto que justamente le correspondía como vencedor, se negó a todo lo que era aparatoso y modestamente se dirigió desde allí al alojamiento que se le había preparado mientras el ejército llegaba a la plaza Mayor, acampaba allí y quedaba a la espera de los locales en que sería acuartelada la tropa. Según Barros Arana, tanto a San Martín como a O'Higgins se les reservó para alojamiento la casa perteneciente al conde de la Conquista, abandonada por éste para seguir a los españoles fugitivos y que tanto por su situación como por su tren era una de las mejores de Santiago (1).

(1) Esta residencia sólo fué provisoria, pues sabemos que San Martín pasó luego a ocupar la casa que pertenecía a don Francisco Ruiz Tagle, gobernador interino de Santiago. Más tarde, San Martín eligió como residencia el palacio de los Obispos, que se encontraba al lado de la catedral. Según un documento que tenemos delante, los jefes y oficiales del ejército de los Andes fueron alojados en la siguiente forma: El señor brigadier don Miguel Estanislao Soler, en casa de don Francisco Manuel Cruz,

Una de las primeras medidas de San Martín al llegar a la capital del reino por él reconquistado, fué la de dirigirse al señor intendente de la provincia de Cuyo. «Gloríese el admirable Cuyo, exclama en ese entonces San Martín, de haber conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile ya es nuestro. El 12 del corriente, sobre el llano de Chacabuco, nos batimos con una división enemiga, fuerte de más de dos mil hombres. Al cabo de cuatro horas de un fuego vivísimo, la victoria coronó nuestras armas. Dejó el enemigo en el campo más de seiscientos muertos; quinientos y tantos prisioneros y más de mil fusiles; dos piezas de artillería y municiones de toda arma en número crecido; el resto se dispersó completamente, como ha sucedido con las demás tropas que no fueron a la acción. El presidente Marcó fugó en la noche de ese mismo día a Valparaíso, pero no hallando buques camina para el Sur sin ninguna fuerza, adonde ya le persiguen mis partidas. Hoy entró nuestro ejército en esta capital. Un inmenso parque de artillería de todo calibre se ha encontrado en ella. La premura del tiempo no me permite comunicar a V. S. un detalle de las repetidas e inesperadas ocurrencias. Me anticipo a darlas en globo para satisfacción de ese gobierno y pueblo benemérito» (1).

Al mismo tiempo que daba este desahogo a su júbilo y evidenciaba así su voto de gratitud a la provincia que había servido de punto de apoyo a su proeza, se dirigía a Belgrano, jefe y capitán general del ejército auxiliar del Perú, y le decía: «Después de una marcha de diez y ocho días por la asperísima sierra de los Andes, asomó a Chile la cabeza de mi ejército el 4 del corriente, dispersando la guardia enemiga en Achupallas, camino de Los Patos. Descendimos al valle de Putaendo, y una avanzada nuestra de ochenta y cinco hombres batió e hizo fugar a cerca de cuatrocientos que le acometieron. Dominamos entonces los pueblos de Aconcagua y los Andes. El 12 tuvimos encuentro general en las llanuras de Chacabuco; el enemigo con más de dos mil hombres sostuvo un vivo fuego de fusil y cañón; pero él fué absolutamente derrotado. Dejó en el campo de batalla más de seiscientos muertos, quinientos y

calle del Rey; el coronel Antonio Beruti, en casa del marqués Azúa; el coronel don Hilarión Quintana, en casa de don Manuel Undurraga, calle de la Merced; don Bernardo O'Higgins, en casa de don Pedro Nicolás Chopitea, calle de la Catedral; el coronel don Juan Gregorio de las Heras, en casa de don Felipe del Solar, calle de la Compañía; el coronel don Matías Zapiola, en casa del marqués de Villa Palma, calle de San Agustín; el comandante don Rudecindo Alvarado, en casa de don Joaquín Aguirre, calle de la Moneda Vieja; el comandante don Pedro Plaza, en casa de don Tomás Urmeneta, calle de Santo Domingo; el cirujano mayor del ejército, don Gregorio Paroissien, en casa de doña Dolores Gres, en la Cañada; el comisario de guerra con sus caudales, en casa del finado don Francisco Cisterna, calle de la Moneda Vieja; el comandante don Pedro Conde, en casa de don Pedro Prado, calle de la Compañía; el comandante don Ambrosio Crámer, en casa de doña Mercedes Aldunate, calle de la Moneda Vieja; el proveedor general, don Casimiro Albano, en casa de don Ignacio Carrera, calle de San Agustín. — *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 439.

(1) *Ibídem*, pág. 435.

tantos prisioneros, entre ellos treinta y más oficiales, mil y más fusiles, dos piezas de artillería, cantidad inmensa de municiones. Los que murieron de los nuestros no alcanzan a cincuenta». San Martín concluye este parte diciendo: «La campaña ha concluído casi antes de empezar. Todo Chile se halla en nuestras manos; lo vemos y aún no cesa la admiración. Anúnciolo a V. E. para su satisfacción, la de este ejército y pueblos de mi mando». Días más tarde Belgrano contestaba este mensaje y desde Tucumán le escribía a San Martín: «Los pueblos y ejército de mi mando, llenos de júbilo y contento, ven en V. E. el Libertador de Chile, y le dan las gracias por el beneficio que deben a sus nobles esfuerzos, felicitándolo conmigo, igualmente que a sus compañeros de armas, que han sabido seguir las huellas que V. E. les trazó para cubrir de glorias las armas de la nación, sacar de la opresión a nuestros hermanos y afianzar para siempre la independencia de la América del Sur» (1).

Desde su llegada a Santiago San Martín confirmó en el mando provisorio de gobernador político del municipio a don Francisco Ruiz Tagle, y procedió luego a la publicación de un bando para convocar al vecindario a un cabildo abierto, a fin de que este cabildo en asamblea popular procediese a nombrar tres electores en representación de las tres provincias del reino — lo eran Santiago, Concepción y Coquimbo —, y para que, finalmente, verificado el escrutinio y proclamados los electores, éstos, en la misma sesión pública, eligiesen la persona que ejerciese la suprema magistratura. A las doce de ese día se encontraban reunidos en la casa consistorial unos cien vecinos, y después de explicar a los asistentes don Francisco Ruiz Tagle, el objeto de la reunión, todos a una voz y por aclamación general dijeron que no había necesidad de nombrar electores y que la persona que debía ocupar el mando supremo del Estado era el general don José de San Martín. Este acuerdo le fué comunicado a San Martín en el acto, quien declinó el honor que se le dispensaba significando que su misión era la de mandar al ejército y en modo alguno la de ingerirse en el gobierno interior del país. Agregó además que los negocios de la guerra eran bastante absorbentes para atraer su atención y que teniendo que combinar con el gobierno de Buenos Aires los planes ulteriores a fin de consolidar la nueva situación y de sacar de ella todo el provecho posible, tendría forzosamente que ausentarse de Chile por algunos meses. «En consecuencia, dice un historiador, pidió que el vecindario formulase una nueva reunión y que imponiéndose allí de las razones que él tenía para no aceptar el gobierno que se le ofrecía, se procediese a hacer en la forma indicada la designación del supremo mandatario. El domingo 16 de febrero, a las doce del día, se celebró esta segunda asamblea con asistencia de doscientas diez personas. Entre ellas se contaban, además de los vecinos más carac-

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 435.

terizados de la ciudad, los patriotas emigrados que habían vuelto de Mendoza en el séquito del ejército, prestando sus servicios como empleados civiles o como simples auxiliares para el desempeño de las comisiones que se les confiase llevar a Chile. Al darse cuenta de la negativa de San Martín, la concurrencia insistió con el mismo entusiasmo que en su anterior determinación. El doctor don Bernardo Vera, que había hecho la última campaña con el carácter de auditor de guerra y que concurría a la asamblea en representación de San Martín, se levantó de su asiento, y en un discurso perfectamente adaptado a las circunstancias, expuso las razones que éste tenía para no aceptar el mando político y su firme resolución de cumplir este propósito, convencido como estaba de que así servía mejor a los intereses de la revolución y de la patria. Fué entonces que la asamblea, reconociendo que la voluntad de San Martín de no aceptar ese cargo era irrevocable, proclamó por unanimidad al brigadier don Bernardo O'Higgins. Conocida esta designación, San Martín se trasladó a la casa consistorial, agradeció al pueblo su deferencia y congratulóse de viva voz por la elección que acababa de hacer. «En seguida el cabildo, nos dice Espejo, despachó una comisión de miembros de su seno, que noticiara al electo el voto del pueblo y anunciase que el general en jefe y el pueblo lo esperaban para presenciar su investidura. O'Higgins no tardó en llenar este requisito, y en presencia de San Martín y de la asamblea prestó el juramento de fidelidad comprometiendo su palabra de honor, usar bien y fielmente del cargo de director supremo interino del pueblo libre chileno, defendiéndole y amparándole en su libertad. Inmediatamente le fué dada la posesión del mando, y al dirigirse a sus compatriotas subscribió la siguiente proclama: «¡Ciudadanos! Elevado por vuestra generosidad al mando supremo — de que jamás pude considerarme digno —, es una de mis primeras obligaciones recordaros la más sagrada que debe fijarse en vuestro corazón. Nuestros amigos, los hijos de las Provincias del Río de la Plata, de esa nación que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos. Estos han desaparecido cargados de su vergüenza al ímpetu primero de un ejército virtuoso y dirigido por la mano maestra de un general valiente, experto y decidido a la muerte o a la extinción de los usurpadores. La condición de Chile ha cambiado de semblante por la grande obra de un momento en que se disputan la preferencia, el desinterés, el mérito de los libertadores y la admiración del triunfo.

«¿Cuál deberá ser nuestra gratitud a este sacrificio imponderable y preparado con los últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla depositando vuestra dirección en el Héroe. ¡Oh! si las circunstancias que le impedían aceptar hubiesen podido conciliarse con vuestros deseos, yo me atrevería a jurar la felicidad permanente de Chile. Pero me cubro de rubor cuando

habéis substituído mi debilidad a la mano fuerte que os ha salvado».

O'Higgins concluye esta proclama diciendo a los chilenos que no deben perder los laureles adquiridos con tanto sacrificio y que el amor a la patria «y un reconocimiento eterno a sus libertadores» debe ser el distintivo de todo americano (1).

Conviene recordar aquí, porque tal es la historia, que antes de pasar los Andes San Martín había designado, en acuerdo con Pueyrredón, a don Bernardo O'Higgins para el mando directivo de Chile. Era precisamente el 17 de enero cuando desde Buenos Aires, y en contestación a la propuesta que en este sentido había formulado a San Martín el señor Terrada con carácter de *reservadísimo*, le dice a San Martín: «Las reflexiones que V. E. ha expuesto al director supremo en apoyo de la necesidad de nombrar al brigadier don Bernardo O'Higgins en clase de presidente o director provisional del Estado de Chile, luego que sea desocupada por el enemigo la capital de Santiago, han persuadido a S. E. de la utilidad de este paso, así por recaer en una persona de méritos distinguidos como por remover con su elección toda sospecha de opresión por parte de las armas de estas provincias, cuya idea han pretendido hacer valer algunos malvados con notoria injuria de la liberalidad de S. E. con cuya última resolución queda sin efecto el artículo de las instrucciones reservadas en cuanto dejaba al arbitrio del ayuntamiento de aquella capital, la elección de la autoridad suprema provisoria» (2).

La entrada de San Martín en Santiago de Chile y la elección de O'Higgins para director supremo del nuevo Estado, coincidió con las fiestas del carnaval. La ciudad se mantuvo con tal motivo en una alegría indescriptible. Se procedió a su iluminación general,

(1) Esta proclama de O'Higgins fué publicada en la *Gaceta* de Buenos Aires el 1º de marzo de 1817, y el 3 de ese mismo mes Pueyrredón le escribe a San Martín: «Supongo que por olvido no ha dado parte O'Higgins de su colocación en la dirección suprema de ese Estado. Dígale usted que no omita este paso si no lo ha hecho ya, porque ya han extrañado aquí los que todo lo glosan».

Pocas horas más tarde debió llegarle esta notificación de O'Higgins, pues el 6 de marzo, o sea tres días más tarde, Pueyrredón se dirige a O'Higgins en esta forma: «Mi muy apreciable amigo mío: Usted debe graduar mi satisfacción por la importancia de los sucesos felices de ese país, pero puedo asegurar a usted, que el que ha completado mi regocijo es la colocación de su persona en la dirección de ese Estado. Hubo un tiempo en que por identidad de principios fuí apasionado de usted: hoy es un deber mío ser su íntimo amigo. Como tal admito los ofrecimientos que usted me hace en su estimable confidencial del próximo pasado que recibí anoche y como tal también, usted debe recibir la fe de un buen *hermano* y los sentimientos de un afecto particular».

Y antes de concluir: «Cuídeme usted mucho a nuestro San Martín, para que restablecido cuanto antes nos ayude a completar la obra. Vamos a echar el resto para salvar todo el país y aprovechemos los momentos de una fortuna que hoy se presenta favorable. Me ha gustado mucho la proclama de usted por los sentimientos que inspira; haya para siempre una amistad tan estrecha entre ese y este Estado como es íntima la unión de los jefes que los dirigen. Persiga usted a los viciosos, aumente el número de los virtuosos y mande con toda franqueza a su afectísimo q. b. s. m. *Juan Martín de Pueyrredón*». VICUÑA MACKENNA: *Vida del capitán general de Chile don Bernardo O'Higgins*, pág. 373.

(2) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 417.

se organizaron bailes y reuniones y las bandas del ejército libertador contribuyeron con sus ritmos marciales a realzar los festejos (1).

«Tanto San Martín como O'Higgins, escribe Barros Arana, fueron esos días objeto de las más ardorosas manifestaciones de adhesión y de entusiasmo, de parte de los vecinos notables de la ciudad y de parte de las clases populares. Por la tarde, en los ratos que les dejaba libre el despacho urgente de los negocios públicos, salían a pie o a caballo a recorrer distintos puntos de la ciudad, solos, sin guardia, con el traje modesto que les había servido en la campaña y que era el único que tenían. En el momento se juntaban numerosos grupos de gente de todas condiciones, que los seguían vitoreándolos estrepitosamente, y por todas partes se hacían sentir estas demostraciones del contento público con que era saludada la nueva situación».

Pero ni estas ni otras demostraciones tan espontáneas como justificadas apartaron a San Martín del pensamiento capital que lo dominaba y que era el de concluir con los españoles en Chile, volver luego a Buenos Aires y financiar allí la empresa que daría la libertad al Perú.

Para cumplir con el primero de estos propósitos, es decir para concluir con los realistas en Chile, apenas se enteró, como ya se ha visto, que el presidente Marcó se había entregado a la fuga, despachó en su persecución al capitán Aldao, quien no tardó en capturarlo y en traerlo, como pronto lo veremos, a Santiago. Pero además de esta medida y deseoso de impedir toda concentración reaccionaria en la provincia de Concepción, despachó al sur de Chile una fuerte división de las armas al mando del coronel Las Heras, con encargo de unir sus fuerzas con las del comandante Freire, que habiendo pasado la Cordillera por el paso del Planchón marchaba sobre Talca. Al mismo tiempo, y apenas hubo hecho su entrada en Santiago, se dirigió al gobernador político de Concepción que lo era su antiguo camarada de causa en la Península, el coronel don José Ordóñez, y en un oficio que merece recordarse lo invitó a entrar en negociaciones pacíficas: «El triunfo de mis armas, le dice San Martín, conseguido sobre las del expulso presidente don Francisco Marcó, la dispersión absoluta de sus tropas, y ocupación de esta ciudad con las de mi mando, exigen la fraternal unión de esa provincia a la nueva suerte de su capital. Yo intimo sobre ello a ese gobierno. Mis intenciones son pacíficas. Ahórrese la sangre de nues-

(1) Cuando llegaron los argentinos a Chile, según un publicista chileno citado por Espejo, no se conocían allí todavía las bandas militares y las primeras que alegraron el ambiente de la capital del Mapocho fueron las que llevó consigo el ejército de los Andes. «Ese ejército, escribe Espejo, trajo dos bandas regularmente organizadas, sobresaliendo la del nº 8, compuesta en su totalidad de negros criollos de Buenos Aires, uniformados a la turca. Cuando tres días después de la batalla de Chacabuco se proclamó el bando que aclamaba a don Bernardo O'Higgins supremo director de Chile, el pueblo al oír aquellas músicas creía estar en la gloria». — *El Paso de los Andes*, pág. 578.

tros semejantes y respétese el voto unánime de Chile, decidido por su libertad. Penetrado V. S. de esta verdad, espero su más pronto reconocimiento y conformidad al nuevo orden político del Estado.

«La primera y segunda división de mi ejército sale hoy con destino a esa provincia, al mando del coronel don Juan Gregorio de Las Heras. Su objeto es proteger la libertad del país y sus análogas instituciones. La propiedad y seguridad individual quedan garantidas bajo mi palabra. No aguardo de V. S. la más leve contradicción, sino una prontísima respuesta de conformidad» (1).

No es el caso de decir aquí el resultado feliz que hubiese tenido el plan de San Martín si las disposiciones tomadas por él en ese entonces hubiesen sido ejecutadas con celeridad. Por razones diversas, Las Heras retardó su marcha y este retardo facilitó a los realistas de Concepción la ejecución de un plan defensivo cuyo punto de resistencia sería, como lo veremos a su hora, Talcahuano.

Con evidente injusticia se ha hecho responsable a San Martín de este estado de cosas, y se dice por algunos que inmediatamente después de Chacabuco, el ejército allí vencedor debió iniciar una persecución vigorosa antes de que los realistas tuviesen tiempo de reorganizarse en el sur de Chile. Como acabamos de verlo, para esa persecución San Martín no necesitaba movilizar todo su ejército. Movilizó las fuerzas que esa persecución exigía y confió su mando no sólo a un bravo y perito militar, sino a un soldado que, como Las Heras, ya conocía perfectamente el teatro de sus nuevas operaciones. Si éste retardó su marcha y si el retardo provocó los inconvenientes ya apuntados, esto no fué por culpa de San Martín, ya que como es sabido su pensamiento no estaba en Santiago sino en Buenos Aires, de donde esperaba sacar recursos en hombres y dinero para iniciar sin tardanza la expedición al Perú (2).

Aclarado, pues, este punto, volvamos a Marcó y digamos que era el 22 de febrero, cuando San Martín escribía desde Santiago a su gobierno: «Una partida de granaderos a caballo, que al mando del capitán Aldao destiné a perseguir a esos fugitivos, desempeñó tan brillantemente su comisión que consiguió aprehenderlos en la costa de San Antonio. Asimismo se han tomado en Valparaíso a otros

(1) *Archivo de San Martín*, t. II, pág. 437.

(2) He aquí cómo aclarando este punto años más tarde San Martín se expresó en algunas de sus anotaciones: «Al primer día de entrar el ejército en la capital de Chile fué destacada una fuerte división al mando del coronel Las Heras; a los pocos días salió para Buenos Aires el general San Martín para pedir auxilio a fin de continuar la campaña sobre el Perú, y al mismo tiempo representar al gobierno la impolítica e imposibilidad de realizar en Chile la contribución de un millón de pesos que se le había mandado imponer; en este intermedio, el general O'Higgins que había quedado con el comando del ejército, dió cuenta al gobierno de Buenos Aires y al general San Martín sobre la conducta del coronel Las Heras cuya incomprensible detención en Talca había perjudicado infinito las operaciones, y avisando al propio tiempo se ponía en marcha para el Sur a fin de remediar si era posible la inexplicable morosidad del jefe de aquella división». SAN MARTÍN: *Su Correspondencia*, pág. 102.

muchos que no tuvieron tiempo de ganar sus buques. Marcó y su comitiva llegaron aquí esta noche» [1].

Al mismo tiempo que San Martín despachaba este comunicado, O'Higgins por su parte hacía otro tanto y hablando de esta captura decía al director argentino: «Después de las inesperadas prosperidades que fueron sucesivamente proporcionando al valiente ejército de los Andes la posesión de este precioso suelo y de cuyas circunstancias pongo a V. E. oficialmente instruído por el Excmo. señor general en jefe. Ni el impotente Marcó ha podido esconder con su fuga, su vergüenza e ignominia. Cuando ya lo suponíamos surcando precipitadamente los mares recibimos parte de que lo han sorprendido por las costas en dirección a Concepción. Es consiguiente que caigan en nuestras manos muchos intereses de los que debía llevar consigo, bienes que sobre este particular nada se ha comunicado oficialmente. Espero que muchos de la comitiva del ex presidente corran igual suerte, porque el pavor fué tan aterrante para ellos que aun les negó el acierto de la huída».

La captura de Marcó tenía, como se ve, gran importancia tanto desde el punto de vista militar como moral y político. Para esto conviene tener presente que el ex presidente de Chile había puesto vivísimo empeño en substraerse a esta captura y que al alejarse de Santiago llamó al general Maroto y le dijo: «Tomará usted el mando, que yo marcho a la costa de San Antonio». Al mismo tiempo de formular esta declaración dispuso Marcó que se pusiesen a salvo los caudales, que se clavase la artillería y que cerca de la costa se le tuviesen preparadas algunas barcas. El general Maroto que nos anota estos pormenores nos dice que antes de separarse de él le declaró: «Interesa la conservación de mi persona y no puedo abandonar el reino» [2].

Como se ve, los propósitos de Marcó no eran en ese momento los de trasladarse a Lima o a otro punto del Pacífico. Creía él que una viva y vigorosa reacción lo colocaría de nuevo en el mando y que huyendo hacia el sur de Chile huía al punto estratégico en el cual podía organizarse la reacción. Consecuente pues con estas esperanzas, Marcó montó a caballo, se despidió de sus colaboradores y huyó escoltado con las fuerzas de caballería que lo esperaban.

Sin embargo, si éstas eran sus esperanzas y aun propósitos, otra era la suerte que le tenía reservada el destino, pues a los pocos días de sus andanzas por la parte costera de San Antonio vino a caer en manos de la partida patriótica que lo buscaba.

Esto sucedió en la noche del 15 de febrero, y cuando por denuncia de un anciano supo Aldao cuál era el punto en que aquél y su comitiva se habían refugiado, rodeó el monte e intimó rendición a los escondidos. En ese momento se encontraba con Marcó el coro-

(1) *Archivo de la Nación Argentina.*
(2) *Archivo de la Nación Argentina,* vol. II, pág. 128.

nel Cacho, comandante general del arma de artillería, y fué éste el primero en darse a conocer a los patriotas. Todos entregaron sus armas excepto Marcó, con quien Aldao quiso hacer acto de deferencia.

Así cayó en manos de los libertadores el ex presidente de Chile, ese presidente que pocos días antes y en una proclama belicosa había dicho que en dondequiera que se presentase una parte de las tropas del Rey iba con ellas el valor, el denuedo, la constancia y el entusiasmo precursores de la gloria. Los libertadores eran para él en ese entonces — 8 de febrero de 1817 — «unos simples bandidos, que habían tenido el temerario arrojo de traspasar los Andes para invadir los valles de Putaendo y de Curimón».

Una vez capturado Marcó y con él su séquito, Aldao se puso en camino para Santiago, donde la presencia de estos prisioneros despertó vivísima curiosidad. «No bien la partida de granaderos que lo escoltaba, nos cuenta un cronista, hubo llegado a la calle de San Pablo, camino de Valparaíso, cuando ya se supo qué persona conducía una calesa que traía en medio, y a manera de una chispa eléctrica se propagó la voz por todas las calles y el gentío se agolpaba a la plaza». «Llegado el carruaje al pórtico del palacio — el cronista en cuestión alude al palacio episcopal en que se alojaba San Martín —, Aldao condujo a su prisionero al salón, y el edecán de servicio, dándole asiento al costado derecho como a seis u ocho pasos de la puerta, entró a anunciar al general la llegada del huésped. El general San Martín, que por el traje bien se conocía que estaba escribiendo en su gabinete, se presentó por la puerta del testero, seguido del secretario del ejército don José Ignacio Zenteno y del comisario don Juan Gregorio Lemos; pero al encontrar de pie la concurrencia, se sacó su gorra de cuartel y saludó en general con una cortesía, y así que por el traje de camino, distinguió al prisionero al lado de Aldao se dirigió hacia él extendiendo la mano derecha y diciéndole con semblante risueño y jovial: «¡Oh! señor general, *venga esa mano blanca!*» Y estrechándosela afectuosamente lo condujo de la mano al aposento inmediato y cerró la puerta, sin duda para entablar alguna conversación privada que ninguno del salón pudo escuchar». «Bastantes minutos pasaron, agrega Espejo, sin muestra de que volviera a abrirse la puerta, por cuyo motivo el concurso empezó a retirarse hasta quedar sólo el edecán de servicio con el capitán Aldao. Esta fué la parte ostensible de la conferencia que tuvieron los generales vencedor y vencido en el primer momento de encontrarse frente a frente. Dos horas más o menos se invirtieron en esta entrevista o quizás en preparar las habitaciones para el prisionero y establecer la guardia que debía custodiarlo, a cuyo efecto fué elegida la casa del Consulado que está situada en la plazuela de la Compañía, a una cuadra de la plaza principal» (1).

(1) *El Paso de los Andes*, pág. 580.

Conviene recordar aquí que la frase con que San Martín saludó a Marcó estaba inspirada en una traviesa intención. Acordóse el vencedor de Chacabuco lo que un año antes y desde Santiago le había dicho Marcó: «*Yo firmo con la mano blanca y no como la de usted que es negra.* El desquite que tomaba San Martín era digno de un héroe.

Como se ve por la crónica que acabamos de exponer y que está basada en el testimonio ocular de Espejo — Espejo figuraba en ese momento entre los oficiales de secretaría de San Martín —, San Martín no usó para con Marcó ninguna política de represalias y lo trató como podía tratarlo un vencedor caballeresco y noble. A los pocos días de encontrarse prisionero en Santiago, Marcó se dirigió al gobierno de Buenos Aires, y protestando bajo su palabra de honor que no volvería a tomar las armas en ningún evento contra la América, pedía que se le permitiese regresar a la Península. Por razones de orden militar y político el gobierno argentino se opuso a esta gracia y determinó en oficio dirigido a San Martín con fecha 18 de marzo que tanto Marcó como su séquito, bajo la seguridad respectiva, fuesen trasladados a la ciudad de San Luis, en calidad de prisioneros. Esta orden llegó a Santiago cuando San Martín se encontraba en viaje para Buenos Aires, pero ejecutóla O'Higgins. Era el 24 de marzo cuando éste escribía a Pueyrredón al hablarle de los prisioneros: «La gratitud y el reconocimiento hacia los auxilios y buenos oficios de ese gobierno, me había obligado antes de recibir el de V. E. fecha 5 del presente a empezar a librar todas las providencias conducentes para remitir a Mendoza el número de prisioneros existentes en esta capital, de los cuales han marchado ya cuatrocientos cincuenta a disposición del intendente de Cuyo, y puede V. E. descansar en la satisfacción de que antes de cerrarse la Cordillera haré todos los esfuerzos que estén a mi alcance a fin de completar el número que V. E. pide en su citado oficio y que los costos de su transporte hasta aquella ciudad serán de cuenta de este Estado, sin que Chile haga en este caso otra cosa que cumplir con los deberes de la más justa correspondencia, protestando a V. E. que son muy eficaces y sinceros los sentimientos de unión y amistad que estrechan a éste con ese gobierno y que en todo evento coadyuvaré gustoso al sostén y defensa de esas provincias» (1).

Por lo que se refiere a Marcó conviene recordar que Pueyrredón se decidió por internarlo en la provincia de San Luis por la sencilla razón de que no ignoraba él la suprema habilidad que lo distinguía para substraerse a todo régimen carcelario. «Marcó se fugó varias veces, le decía a San Martín, siendo prisionero de los franceses, y si está cerca de la costa del mar será muy fácil que lo repita» (2).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, pág. 136.

(2) El informe que tenía Pueyrredón sobre la posible fuga de Marcó era bien exacto, pues la foja de servicios que de él conocemos nos dice que supo evadirse hábilmente de la cárcel cuando en la guerra de la reconquista española cayó prisio-

La llegada de Marcó y demás prisioneros a Mendoza despertó allí la más viva curiosidad. Según un testigo que lo vió llegar, don Damián Hudson, Marcó vestía en ese momento un calzón de casimir blanco, medias del mismo color pero de seda, zapatos con hebillas de oro, chaqueta azul, con solapas, cuello y bocamangas encarnadas, ostentando en el pecho las cintas de distintas condecoraciones» [1]. Cuando la noticia de esta captura llegó a Río de Janeiro,

nero de los franceses. Era el año 1808 cuando por propia iniciativa Marcó se lanzó a una exploración militar en el campo enemigo entre Pamplona y Zaragoza. Caído prisionero fué condenado a la pena capital, pero conmutada ésta se le internó en la cárcel de la capital aragonesa. Celebrada la capitulación de la plaza de Zaragoza, Marcó pudo evadirse de allí llevando consigo las tres banderas de su regimiento. Por estos méritos se le hizo mariscal de campo con el mando de comandante general de la división de Valencia y posteriormente comandante general del ejército y reino de Aragón. Este papel de general en jefe interino lo desempeñó Marcó hasta que se le nombró inspector general de Infantería del segundo ejército que constaba de 30.000 hombres. El 25 de octubre de 1811, hallóse él en el ataque llevado por los españoles contra el ejército francés que sitiaba Sagunto y más tarde en el sito de Valencia. Cuando se trató de la capitulación de esta plaza, se opuso fuertemente, siendo de parecer que debía pelearse hasta agotarse los víveres y, últimamente, abrirse paso a la bayoneta salvando por este medio a la guarnición. Verificada la citada capitulación, quedó prisionero de guerra y fué conducido a Francia y luego consignado a un calabozo en La Rochela. Habiendo sido juzgado por orden de Napoleón y hallándose ya sentenciado a muerte, le propusieron la libertad de la vida y admitirle al servicio del rey intruso si abjuraba. A pesar de hallarse en capilla, y ya próximo a ser conducido al cadalso, se negó en un todo a tan deshonrosa propuesta, y noticioso el emperador de su firmeza y de la conmoción del pueblo en su favor, le conmutó la pena de muerte por la de encierro perpetuo en el castillo de Pinchatel. Allí estuvo por espacio de dos años y cuatro meses hasta que, hecha la paz, pudo regresar a España.

La misma foja de servicios señala otro de sus méritos y nos lo presenta luego nombrado capitán general del reino de Chile y presidente de la Real Audiencia el 15 de septiembre de 1814.

Marcó del Pont era natural de Vigo y según el documento que citamos, de calidad noble y de salud robusta. Trasladado de Mendoza a San Luis, el ex presidente de Chile permaneció allí hasta el 8 de febrero de 1819 en que se produjo la trágica sublevación de la cual nos ocuparemos en su lugar. De allí fué trasladado a la «Estanzuela», finca que pertenecía a don Pedro Ignacio de Mujica y que estaba situada en la falda occidental de la Sierra de Comechingones, al este de Renca, y como a seis leguas de distancia de esta población. Fué allí donde lo sorprendió la muerte el 11 de mayo de 1821, y en su testamento nombró por albacea a don José Narciso Domínguez, capitán de las milicias auxiliares del ejército de los Andes, vecino muy respetable y dueño de la estancia la «Punilla», situada en aquella comarca. En esa parroquia «casi ignorada y perdida en las soledades puntanas vino a encontrar su sepultura este servidor del Rey, obstinado defensor del despotismo en Chile y mezquino rival para un genio superior como lo era San Martín».

(1) Al recordar estas circunstancias Damián Hudson nos dice: «Este desgraciado hombre permaneció hasta su muerte muchos años en San Luis, llevando una vida obscura y prescindente absolutamente de la cosa pública. Los prisioneros de la clase de tropa que quedaron en Mendoza y San Juan fueron destinados por lo pronto, una parte a la apertura de canales de irrigación, obra de utilidad pública costeada por el Estado, con el objeto de habilitar terrenos de grande extensión para labranza, y el resto, que era lo más, a ser empleado por dueños de quintas de agricultura, bajo un reglamento que les garantía el buen trato y la compensación de su trabajo. El patrón estaba obligado a darles buen alimento, a depositar en la tesorería pública cierta cantidad para atender a su vestido y otras necesidades, acumulando también así un fondo para cada uno con que podía contar más tarde, y últimamente, debía aquél socorrer al prisionero semanalmente con dos reales plata para vicios.

«Esta medida fué de grande conveniencia para aquellas provincias, personalmente para los propietarios y al mismo tiempo para los prisioneros. Probáronlo poco des-

el encargado de negocios de S. M. en aquella Corte, don Andrés Villalba, se apresuró a ponerla en conocimiento de su gobierno, y con fecha 9 de abril escribió: «A cuanto he tenido ya la honra de decir a V. E. acerca de este desgraciadísimo suceso — alude a la pérdida del reino de Chile —, debo ahora añadir que el presidente y capitán general de dicho reino, que se suponía embarcado para Lima, fué hecho prisionero juntamente con otros de graduación que le acompañaban por una partida enemiga de granaderos a caballo al mando de un tal Aldao que se dice capitán.

«En la noche del 12 de febrero así que supo la derrota de la división en quien más confiaba, y que se batió con el mayor heroísmo, habiendo ya tenido la acción ganada por dos veces, se dirigió sobre Valparaíso con un corto número de tropas; pero habiendo sabido que aquel puerto estaba ya en poder de los rebeldes, corrió la costa hacia San Antonio y habiendo sido engañado por un paisano, se halló sorprendido por dicha partida. El 23 de febrero debía llegar a Santiago.

«He leído también en la *Gaceta* del gobierno de Buenos Aires del 11 de marzo, que aquellos rebeldes se apoderaron de toda la correspondencia reservada de aquella capitanía general, la que hallaron en su misma secretaría; siendo bien extraño que no se tratase de ocultar estos papeles antes de abandonar la capital, o que si aquel capitán general confiaba en poder salvar su persona y alguna parte de sus intereses, no hubiese tratado también de llevar consigo los papeles importantes del Estado.

«Entre ellos, hallaron toda la interesante correspondencia que en el mes de agosto del año pasado le dirigió esta Legación, en la que tanto a él como al virrey del Perú se les comunicaba todo lo que era muy conveniente al real servicio que supiesen para su gobierno: siendo lo principal, los movimientos de las tropas portuguesas; la sospechosa conducta de este gabinete que obraba con ellos contra la voluntad de S. M.; los planes que tenía, y disposiciones que tomaba el gobierno rebelde para invadir aquel reino, y los pasos que esta Legación había dado con el diputado de Buenos Aires en esta Corte para tratar de poner un término a esta rebelión haciendo que se reconociese la legítima autoridad.

«Sin embargo, como todo fué escrito con la política y moderación que aconsejaban las circunstancias, no creo que sea de gran perjuicio a los intereses del Rey y del Estado el que se hayan visto por ellos estos documentos. Ya han publicado algunas cosas, y entre

pués sus provechosos resultados. Por una parte se aumentaron los brazos útiles y morales en la principal industria de Mendoza y de San Juan — la agricultura — en la que los españoles son tan inteligentes y fuertes en esta clase de tarea. Con ellos se introdujeron allí muchos productos nuevos en este ramo y se mejoraron otros. Por otro lado, la conducta juiciosa, la honradez y dedicación al trabajo con que se comportaron siempre los prisioneros, gozando en la casa en que estaban de la estimación de sus patrones, les dió más tarde a la generalidad de ellos buena posición social y a muchos una regular fortuna». *Revista de Buenos Aires*, t. VII, pág. 189.

ellas una carta del virrey don Joaquín de La Pezuela en que entre otras cosas dice que yo temía que los portugueses fuesen de mala fe.

«Los rebeldes que ahora dominan aquel reino, toman las providencias más enérgicas y más violentas para comprometer a todo el mundo y para evitar que aquellas provincias vuelvan a la legítima autoridad.

«Ya nombraron supremo director de ella a un tal Bernardo O'Higgins, que como dije ya a V. E. fué uno de los primeros caudillos que dirigieron la acción que se dió en Chacabuco, pues el cabecilla San Martín que se dice general en jefe, y quien la ganó, no quiso serlo. Hicieron también secretario de Estado a un tal Miguel Zañartú.

«Una carta de dicho San Martín, escrita a un amigo suyo de Buenos Aires, dice que nuestras tropas se batieron con un valor y resolución extraordinaria y que la victoria y el feliz suceso de esta expedición lo debía a la ineptitud del capitán general que mandaba aquel reino. En otra carta se dice, que si éste general hubiese estado a la retaguardia con los cuatrocientos hombres que dice tenía en Santiago, que la acción se hubiera decidido a su favor» (1).

Por una razón de simple modestia pudo San Martín haberse ex-

(1) *Archivo de Indias. Papeles de Estado.* Legajo 99, doc. 60.

En este documento Villalba dice al gobierno de Madrid que el ejército del Rey en el Alto Perú, al mando del general La Serna, permanece en Jujuy, y que aunque por los papeles públicos se infiere «que su fuerza impone bastante a los rebeldes por aquella parte, han tenido sin embargo las armas del Rey algunos contratiempos, pues en un punto llamado San Pedrito, poco distante de Jujuy, fué destruído últimamente un escuadrón del regimiento de Extremadura que se componía de ciento cuarenta hombres, habiendo muerto noventa y los restantes que fueron mal heridos los hicieron casi todos prisioneros». «Se dice, continúa, que hay alguna deserción en aquel ejército y que los pueblos del interior están en alguna fermentación, con lo cual se multiplican las atenciones de aquel general. El 16 de febrero permanecía aún en Jujuy, y el principal cuerpo de los rebeldes al mando del cabecilla Belgrano se hallaba con unos dos mil hombres en Tucumán; pero dudo mucho que nuestro ejército pueda permanecer donde se halla, luego que el general tenga noticia de la ocupación de Chile por los rebeldes.

«Llegaron a Buenos Aires en un mismo día tres banderas, de las cuales dos nos tomaron en las costas de Valparaíso y en la villa de Rancagua y la otra en Llamparaes en el Perú.

«Ya participé a V. E. que se preparaba una expedición marítima en Buenos Aires para ir al mar Pacífico, lo cual se confirma más por las noticias que acaban de recibirse.

«Todos estos sucesos han contribuído a exaltar más las cabezas de los revolucionarios y a hacer decidir por su partido a algunos que no lo eran, obligándoles a hacer mayores sacrificios; y no puedo dejar de repetir —pues veo estas cosas más de cerca— que si cuando lleguen estas noticias a la Corte no estuviese ya en el mar una fuerte expedición y los portugueses no se pusiesen enteramente y de buena fe acordes con la España, veo en el mayor riesgo toda esta América del Sur.

«Temo mucho que luego que sepan en Buenos Aires la rebelión de Pernambuco no sea ésta la señal de verdadera guerra entre aquellos rebeldes y este gobierno, el cual está muy expuesto a experimentar aún más de cerca las tristes consecuencias de su antiguo y fatal sistema, habiéndose arruinado con él los intereses de ambas potencias». Pasa luego Villalba a declarar que Artigas «vuelve a reunir fuerzas, y dará que hacer aún a los portugueses», y que los otros cabecillas Otorgués y Fructuoso, que mandan otros dos cuerpos de gauchos, están ya subordinados a Buenos Aires, «de donde se les auxilia con cuanto pueden».

presado en una carta en los términos que le atribuye Villalba, pero lo que es inequívoco es que con la aptitud o ineptitud de Marcó el reino de Chile estaba destinado a caer en sus manos, si no con una batalla, con muchas.

Volviendo pues a San Martín, y con él al júbilo que tamaña victoria despertó en uno como en otro lado de la Cordillera, digamos que la noticia del triunfo llegó a Mendoza el 16 de febrero a las once de la mañana y esto en momentos en que la feligresía mendocina se congregaba bajo las bóvedas de la iglesia matriz para oír allí una misa de rogativa. El portador de la noticia lo era el capitán de granaderos don Manuel Escalada, quien además del parte de la victoria llevaba consigo una bandera tomada al enemigo. «Dejo a tu consideración, escribe el autor de un documento anónimo relacionado con estos sucesos, las emociones de alegría y de júbilo que había en un pueblo que por sus sacrificios extraordinarios se juzga primer móvil de esta gloria. Yo no presencié más que los primeros vivas, y al momento que me enteré de las noticias, de boca del mismo conductor, me retiré a San Francisco, donde estaba expuesto el Señor de los Ejércitos, a darle gracias por habernos dispensado esta victoria.

«No podía detener las lágrimas, y más por vergüenza que por devoción permanecí hasta cerca de la una porque no me viesen llorando, y al salir de esta iglesia llegaba otro correo que paró en la Estafeta y yo me dirigí a mi casa sin poder averiguar más a causa de mi ternura. Luego que fué hora de la procesión, salí de mi casa y me dirigí al correo, donde encontré la carta que te incluyo que es del capellán de granaderos a caballo. De ahí entré en San Francisco, donde hallé la bandera puesta al pie de las andas de la virgen, con ella de trofeo se paseó por las calles la patrona de este ejército y se concluyó la función con un *Te Deum;* luego se tomó la bandera y se le entregó al oficial Escalada con el pasaporte y pliego para que la condujese a Buenos Aires».

Luzuriaga, que era gobernador intendente de Cuyo, todo alborozado por el triunfo tomó la pluma y expresóse así al dirigirse a Pueyrredón: «Hoy a las doce llegó el capitán de granaderos a caballo don Manuel Escalada, con la grata noticia de que el jueves 13 fué derrotado completamente el enemigo, en número de dos mil hombres, en la cuesta de Chacabuco, quedando seiscientos prisioneros, treinta oficiales y cuatrocientos muertos. El triunfo de tan gloriosa acción se ha debido al valor impertérrito de nuestro ínclito general el Excmo. señor don José de San Martín, que a la cabeza de dos escuadrones derrotó y desbarató al fiero tirano de Chile.

«Por algunas comunicaciones del mismo ejército se asegura haberse tomado al enemigo dos cañones y mil doscientos fusiles, muchos cartuchos, vestuarios, la botica, caballada y otros innumerables artículos. Doy a V. E. este aviso anticipado por posta para el caso de que por algunos accidentes de enfermedad u otros im-

previstos llegue a retardarse el arribo del capitán antes que este parte» (1).

Pero si grande fué el júbilo que se posesionó de Mendoza, no lo fué menos el de Buenos Aires cuando llegó allí la noticia de la victoria del ejército libertador en Chacabuco, transmitida, como se ve, por este mensaje de Luzuriaga.

Pueyrredón no pudo contener su júbilo, y en carta dirigida a San Martín con fecha 25 de febrero, exclamó: «¡Gloria al restaurador de Chile!» «Sí, mi amigo querido, agrega luego, la fortuna ha favorecido los heroicos esfuerzos de usted y la América nunca olvidará la valiente empresa de usted sobre Chile, venciendo a la naturaleza en sus mayores dificultades. Usted venció y yo me glorío con usted y lo abrazo con toda ternura de mi alma reconocida a sus servicios». Y luego: «Ayer ha sido un día de locura para este gran pueblo. No tengo tiempo para expresar a usted los términos con que se ha explicado el sentimiento de regocijo público por la victoria de Chacabuco, cuya noticia llegó a las nueve de la mañana por pliego despachado con Luzuriaga. Eran las once de la noche y aun se oía un ruido sordo de vivas en toda la ciudad. La fortaleza y seis buques de nuestra marina hicieron salva triple. Escalada que conduce los pliegos no ha llegado y me tiene su demora impaciente porque quiero imponerme de algunos pormenores de la acción. Lo que sé por Luzuriaga es que usted con dos escuadrones de granaderos tuvo que meterse entre las líneas enemigas. De esto infiero, o que la cosa estuvo apurada, o que no tuvo usted un jefe de caballería de confianza, porque en todo otro caso yo acusaría a usted del riesgo en que se puso. Dígame usted con la franqueza que debe lo que hubo en esto; mientras yo quedo en el más grave cuidado con la noticia que también me da Luzuriaga, de que en resultas de la fatiga personal que usted tomó en la acción quedaba muy afligido de su pecho. Por Dios, cuídese usted, porque su vida y su salud interesan extraordinariamente al país y a sus amigos» (2).

(1) *Archivo de la Nación Argentina,* vol. II, pág. 89.

(2) *Archivo de San Martín,* t. IV, pág. 563.

Este rumor sobre la enfermedad de San Martín no era, como lo verá el lector, infundado. A los pocos días de llegar a Santiago, y con fecha 26 de febrero, dirigió a su gobierno un oficio en el cual textualmente decía: «El honor y deseos de la prosperidad de mi país me resolvieron a mandar la expedición que V. E. me confió sobre este reino, no obstante que el estado de mi salud no me lo permitía sin un riesgo conocido de mi vida, ésta cada día peligra más y mi presencia en ésta no es de necesidad en el día. Si mis cortos servicios han merecido la aprobación de V. E., sólo le pido por recompensa de ellos me conceda mi retiro para cuidar los cortos días que me quedan de existencia».

Una demanda de semejante naturaleza, de haber sido aceptada, como San Martín lo pedía, hubiera hecho fracasar una obra de redención política que había sido todo el objeto de sus desvelos. El gobierno hizo primar lo político sobre lo humanitario y con fecha 15 de marzo, se le contestó, por el ministerio respectivo, en la forma que imponían las circunstancias: «Sin embargo del especial interés, se le dice en documento de aquella fecha, con que el gobierno supremo de la Nación mira la salud de V. E. considerándola como un objeto de la mayor importancia a la causa general de la América y que por su parte coadyuvará con todos los arbitrios del

Dos días después de escritas estas líneas Escalada llegaba a Buenos Aires y entregaba a Pueyrredón, no sólo el primer parte de San Martín, sino la bandera tomada al enemigo en Chacabuco y ya honrada por la pública admiración en Mendoza. En cuarenta y ocho horas había cruzado la Cordillera y en catorce días salvado a todo galope la distancia que separaba a Santiago de Chile de Buenos Aires.

Después de haber despachado a Escalada con este parte y con esta bandera, San Martín despachó días más tarde al capitán Angel Pacheco con el segundo parte — que es el parte completo — y al mismo tiempo otros trofeos tomados al enemigo.

«Tengo la satisfacción, le dice a Pueyrredón el 22 de febrero, de poner a la disposición de V. E. la bandera del regimiento de Talavera y el estandarte de los dragones de Chile, tomados a nuestros enemigos. El capitán de granaderos a caballo, don Angel Pacheco, los conduce y tendrá el honor de presentarlos a V. E.»

En los primeros días de marzo, Pacheco entraba en Buenos Aires y daba ejecución a su cometido. «El capitán de granaderos a caballo, le dice en oficio el gobierno a San Martín, don Angel Pacheco, puso ayer en manos del director supremo la bandera del regimiento de Talavera y el guión del regimiento de dragones de Chile con los pliegos que V. E. le confió en que se compendia el detalle de la gloriosa acción de Chacabuco, y el plano topográfico del campo. S. E. dispuso se presentasen al público esos trofeos del valor y de la constancia para que renovasen el regocijo de los ciudadanos y que sucesivamente fuesen destinados a las ciudades de San Juan y San Luis en los términos del decreto comunicado a V. E. con esta fecha por el ministerio de mi cargo».

El gobierno de Mendoza, que había tomado una parte tan activa en los preparativos de la campaña de Chile, no podía conformarse con verse privado de un trofeo cual lo era el que el día 16 de febrero había sido expuesto a la curiosidad del público en los balcones de su cabildo, y los miembros que componían esta corporación se

Estado para conseguir su restablecimiento, se ha servido ordenarme — es don Matías Irigoyen quien subscribe este oficio — diga a V. E., que el gobierno no puede acceder a la solicitud que ha dirigido a su suprema deliberación, ni menos a la propuesta hecha en favor del coronel don Matías Zapiola, sin comprometer la suerte de ese recomendable ejército, cuyas victorias adquiridas bajo la conducta virtuosa de V. E. hacen hoy exclusivamente necesarios sus servicios en este destino para la felicidad de sus habitantes y sostén de la libertad americana». *Archivo de la Nación Argentina.* Legajo: Ejército de los Andes.

Estos desalientos o desmayos de ánimo eran más aparentes que reales en el ánimo de San Martín. La reacción seguía de inmediato al desaliento y sin salir de sí mismo, recobraba con sólo la voluntad, la salud que no le daban los medicamentos. El mismo día en que se dirigía al directorio, impulsado por su quebranto físico, se dirigía al gobernador intendente de Cuyo tomando providencias sobre los prisioneros de Chacabuco que de Chile pasaban para ser internados en las Provincias argentinas. «Dispondrá, dícele a éste, sean tratados con decoro y auxiliados con transportes». Pídele que forme relación de todos los gastos que se ocasionen y le da su palabra de que tales gastos serán satisfechos por la tesorería del Estado de Chile.

dirigieron al directorio para que a Mendoza se le confiase la custodia de aquella bandera. «Desde el momento que se puso a la expectación del público el 16 de este mes anterior, la bandera que se tomó al enemigo en la memorable y señalada acción de Chacabuco, escriben estos cabildantes, se leyó en los rostros de estos virtuosos ciudadanos la noble ambición de poseerla. El numeroso concurso que se reunió en la plaza desde las doce del día hasta la media noche, que se descolgó; las aclamaciones que salían de los labios de los circunstantes y el gozo inexplicable con que celebraron sus ojos la presencia de un trofeo que, aunque del enemigo, era un testimonio inequívoco del glorioso triunfo de nuestras armas, dieron a conocer el interés de conservarla como monumento de la fidelidad, constancia, desvelos y sacrificios que ha hecho la provincia de Cuyo para la organización del ejército de los Andes».

«La capital de Buenos Aires, agregan después — haciendo alusión a la otra bandera y al estandarte que San Martín remitió por medio de Pacheco días más tarde —, no las necesita todas para el apoteosis de sus hazañas. Tiene otras que perpetuarán su memoria hasta la consumación de los siglos. Cuyo, esta provincia que vió la augusta y sagrada ceremonia de la bendición de la bandera nacional, que se ha enarbolado a presencia de los victimarios de nuestra libertad, aspira a la posesión de uno de los blasones enemigos para inmortalizar su heroísmo» (1).

Cuando este documento o petitorio llegó a manos del gobierno éste ya tenía tomadas, al respecto, sus providencias. El día 3 de marzo, y por propio impulso, el directorio había ya refrendado esta decisión: «Para dar un testimonio público de los heroicos esfuerzos con que los valientes defensores de la libertad en el ejército de los Andes, al mando del capitán general don José de San Martín, se han hecho merecedores de la gratitud eterna de los pueblos de la Unión, y de la especial consideración de este gobierno en la memorable jornada del 12 de febrero último en la cuesta de Chacabuco, derribando con asombroso ejemplo de valor y patriotismo el pendón ominoso de la tiranía que tremolaba en el continente chileno; teniendo al mismo tiempo presente el aprecio y distinción a que se ha hecho acreedora la benemérita provincia de Cuyo, por los constantes sacrificios con que ha concurrido al feliz éxito de nuestras armas en la referida acción, he venido, por lo tanto, en resolver que la bandera española tomada en ella al enemigo y remitida a este gobierno por dicho capitán general, sea depositada y consagrada al Dios de las Batallas en uno de los templos de la ciudad de Mendoza, a elección de aquel ilustre ayuntamiento, con todo el aparato y magnificencia digna de un monumento que hará indeleble la memoria de los héroes de la libertad y escarmentará la osadía y esfuerzos tiránicos del enemigo».

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 103.

Siete días más tarde, merecían igual honor las ciudades de San Juan y de San Luis, y con fecha 10 de marzo, el director supremo del Estado refrendaba este decreto: «Entre los despojos que se deben a la bizarría de las legiones de la patria en Chile, se hallan una bandera del regimiento de Talavera y un estandarte del de dragones de aquel reino, remitidos últimamente por el benemérito capitán general don José de San Martín; y siendo justo que los dignos hijos de la provincia de Cuyo, como tan interesados en el buen suceso de las demostraciones que empeñaron para la organización y sostén de aquélla, tengan la satisfacción de recibir los inequívocos trofeos de sus heroicos esfuerzos por la libertad, he venido en acordar sea remitida dicha bandera a la ciudad de San Juan y el estandarte a la de San Luis, previniéndose a ambos cabildos que después de exponerlas al público en sus casas consistoriales, dispongan su colocación en uno de los templos principales como un tributo al Ser Supremo; como un monumento de las virtudes patrias con que se han distinguido los hijos beneméritos de uno y otro pueblo, y como una prueba de la gratitud con que les considera el gobierno supremo» ([1]).

Sin que San Martín lo buscara, los homenajes comenzaron a exteriorizarse por todas partes. El cabildo de Buenos Aires acordó regalarle un sable y una medalla con las alusiones y temas correspondientes a aquel triunfo. El gobierno directorial le regaló igualmente un sable y un par de pistolas cuya fabricación fué confiada a la fábrica de armas que tenía el Estado, y acordó además que a su hija Mercedes se le pasase una pensión anual de seiscientos pesos. En caso de fallecer ésta, la pensión recaería en su madre doña María Remedios Escalada de San Martín, debiendo pasar, por fallecimiento de ambas, a los demás hijos por el orden natural.

El gobierno creyó además que el Libertador era digno de una recompensa mayor, y con fecha 3 de marzo, envióle los despachos de brigadier general. San Martín aceptó el sable y las pistolas porque se trataba de prendas que respondían a su carácter de soldado; pero negóse rotundamente a recibir los despachos de brigadier general con que lo honraba su gobierno por la reconquista de Chile. «Yo me considero sobradamente recompensado, dice San Martín en esa circunstancia, con haber merecido la aprobación de este servicio: es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre que no aspira a otra cosa. Antes de ahora tengo empeñada solemnemente mi palabra de no admitir grado ni empleo alguno, militar ni político. Por lo mismo, espero que V. E. no comprometerá mi honor para con los pueblos y que no atribuirá a amor propio la devolución del despacho, cierto de que, contento con el empleo a que me ha elevado V. S., sacrificaré gustoso mi existencia en obsequio de la patria y servicio de V. E.»

([1]) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 104.

Pero el gobierno no se contentó con esta negativa e instó para que San Martín la reconsiderase: «La aceptación, dícele éste, a que por oficio del 17 del que expira se niega V. E., del despacho de brigadier de los ejércitos de la Patria que el Excmo. supremo director del Estado tuvo a bien conferirle, después de la gloriosa restauración de Chile, jamás podrá dejar comprometido el honor acrisolado de V. E., a cuyo mérito y apreciables virtudes debe considerarse desproporcional aquella distinción». «Por este principio, continúa el despacho, cree el gobierno que se haría acreedor a una justa censura si, a la vez que se encarga de cubrir a V. E. de la que sólo su extremada delicadeza puede inducirle a temer, no le estrechase a admitir la indicada graduación, como lo verifica, ordenándome, en su virtud, devuelva a S. E. el referido despacho que tengo el honor de adjuntar en la respuesta a la citada comunicación».

Esto fué escrito el 31 de marzo, estando ya San Martín en Buenos Aires, y allí mismo, y con fecha 18 de abril, dirigióse, no ya al directorio, sino al congreso, instando sobre sus declaraciones precedentes. «Comprometida solemnemente mi palabra, dice San Martín, de no admitir jamás empleo público ni de mayor graduación que el que tengo, como lo manifiesta el adjunto ejemplar del *Censor* que tengo el honor de incluir a Vuestra Soberanía, se me ha librado por el Excmo. supremo director el de brigadier. He reclamado y devuelto el despacho con que me distinguía y favorecía, pero se ha negado absolutamente a mi súplica como lo comprueba la copia de su oficio. Por esto es que ocurro a Vuestra Soberanía para que se sirva mandar no tenga efecto dicha gracia en la inteligencia de que Vuestra Soberanía, ni mi modo de pensar no me permitirá exista en sus ejércitos un oficial que no sabe cumplir con lo que promete» (1).

En noviembre de 1816, San Martín había escrito: *«Protesto a nombre de la independencia de mi patria no admitir jamás mayor graduación que la que tengo, ni obtener empleo público, y el militar que poseo renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan enemigos»*.

No era, pues, San Martín quien borrase con el codo lo que había escrito con la mano. El congreso recibió su solicitud y en dos sesiones ocupóse de ella. En la sesión del 4 de junio, su instancia fué objeto de un sostenido debate por la diputación de Buenos Aires. «Muchos señores diputados, dice el acta, estuvieron de acuerdo en esta parte — en la de que el asunto en cuestión era del resorte del directorio y no del congreso —, y después de oírse abundantes elogios de un desprendimiento tan virtuoso y digno de ser imitado, se resolvió a pluralidad que se pasase al director del Estado la representación del general de los Andes, recomendándosela, mas sin

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 106.

determinar cosa alguna: sobre lo que salvó su voto, el señor Zudáñez, que había sostenido deberse acceder a la solicitud de un modo que hiciese honor a los sentimientos que la habían impulsado» (1). A propuesta del diputado Acevedo se dispuso que lo acordado se le comunicase a San Martín por secretaría.

La resolución del congreso fué notificada a Pueyrredón con fecha 6 de junio, y el 9 del mismo mes y al margen de este oficio, escribió Pueyrredón: «Obligado el gobierno a considerar las reiteradas súplicas del general San Martín para no admitir la graduación de brigadier de los ejércitos de la Nación con que, en desproporción, se premió sus esfuerzos en la restauración de Chile, por ser obsecuente a su protesta de perpetuarse en su graduación de coronel mayor, ha venido esta superioridad en acceder a su solicitud sin que, de modo alguno, en adelante el mismo compromiso de dicho general baste a dejar sin premio sus singulares servicios» (2).

Un mes más tarde, y desde su cuartel general de Santiago de Chile, el general San Martín hacía llegar al secretario de Estado en el departamento de la Guerra este comunicado: «Tengo el honor de devolver a V. E. el título del empleo de brigadier, cuya renuncia me ha sido admitida según me noticia en su apreciable comunicación de 9 de junio. Es inexplicable el placer que he recibido con esta aceptación, que por un principio de sistema especial, me era tal vez tan importante que decidía mi suerte» (3).

En la misma sesión del 4 de junio, el presidente del congreso sometió a la deliberación de la sala una moción del diputado Acevedo para que el congreso hiciese una demostración honorífica al general del ejército de los Andes, «tal como dedicarle una medalla u otro premio de igual naturaleza».

«El señor vicepresidente, dice el acta, manifestó los elevados fines que le habían conducido a este pensamiento. Animar a las grandes virtudes por medio de la estimación pública consagrada a los beneméritos que las han ejercido era, en su opinión, un acto de que no podía prescindir la representación nacional. Todas las corporaciones del Estado, dijo, han manifestado su reconocimiento al vencedor ilustre de Chacabuco. No sea el congreso el que se eche menos en este impulso general de entusiasmo, excitado por una empresa que ha mudado el semblante de la patria». A estas declaraciones del vicepresidente siguió un debate para aclarar un punto cual lo era si la facultad de premiar era una facultad de la cual ya se había desprendido el congreso o si era inherente al supremo poder ejecutivo. «Convino la sala en la propuesta que hizo uno de sus miembros para que en virtud de haber una comisión nombrada para revisar las actas de la asamblea pasada y haberse

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 107.
(2) *Ibídem.*
(3) *Ibídem.*

deslindado en una de éstas los premios nacionales, que eran del resorte de la representación soberana de los pueblos, se exigiese a la comisión que presentase con la brevedad posible su dictamen sobre dicho deslinde, de modo que con un conocimiento y deliberación más segura, pudiese el congreso resolver en el asunto presente».

Pero si el congreso terminó esta sesión sin resolver aún la forma de homenaje que se le debía tributar a San Martín, el supremo director de Estado se adelantó a estas deliberaciones y el 15 de abril de 1817, refrendó este decreto: «Por cuanto es propio de la liberalidad y deber del gobierno supremo de las Provincias Unidas de Sudamérica premiar el mérito de los guerreros que en la memorable jornada del 12 de febrero último desplegaron sus virtudes militares aumentando nuevas glorias a su patria en la cuesta de Chacabuco, por tanto y considerando digno de una particular distinción al capitán general en jefe del ejército de los Andes don José de San Martín, a cuyo infatigable celo y conocimientos militares debe la patria la parte principal de tan gloriosa jornada, he venido en acordar use en lo sucesivo sobre el costado izquierdo de la casaca un escudo bordado de realce, conforme al diseño que se le remitirá por el ministerio de la Guerra, llevando en su orla la siguiente inscripción: «*La Patria en Chacabuco*». Y en su centro: «*Al vencedor de los Andes y libertador de Chile*». Que desde la clase de brigadieres hasta la de sargentos mayores graduados, inclusive, lleven pendiente del pecho con una cinta tricolor, blanca, celeste y amarilla, una medalla de oro con la siguiente inscripción: «*La Patria a los vencedores de los Andes*». Y en la orla: «*Chile restaurado por el valor en Chacabuco*»; que igual distinción gocen desde capitanes hasta la clase de alféreces inclusive, con sola la diferencia de ser la medalla de plata, y no deberse variar su calidad en los respectivos ascensos que les correspondan en el progreso de su carrera. Que los sargentos, cabos y soldados, usen en el brazo izquierdo un escudo de paño blanco con dicha inscripción de color celeste, y que estas distinciones sean distribuídas por el jefe del Estado Mayor a los del ejército el día 25 de Mayo próximo, después del *Te Deum* en acción de gracias al Ser Supremo y celebridad del aniversario de la regeneración política de estas provincias: que por conducto de los jefes lo sean a los capitanes de compañías, por el de éstos a los oficiales subalternos, y por los ayudantes a la tropa, cuidándose de dar a este acto toda la majestad y circunspección que exige el plausible motivo que lo impulsa. Llévese a debido efecto; y, a este fin, transcríbase al jefe del Estado Mayor general, e imprímase» (1).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 109.
Por decreto del 5 de marzo de 1817, dispuso el directorio argentino que en recompensa de los señalados servicios rendidos a la patria por la victoria de Chacabuco le fuese otorgada a la hija de San Martín una pensión de seiscientos pesos anuales y que en caso de fallecimiento recayese esta pensión en su madre, doña María de los

Chile, a su vez, quiso honrar al héroe que le había restituido su libertad, y su director, como pocos meses antes lo hiciera el de Buenos Aires, lo nombró brigadier general de su ejército. Consecuente con su línea de conducta, San Martín declinó este nombramiento y para que su negativa «no se interpretase a desaire» — son éstas sus palabras —, contestó que se honraría con el grado de coronel del ejército de Chile; pero aun esto no lo hizo sin consultar previamente a su gobierno y sin que éste lo facultase para recibir ese despacho. El gobierno, contestando su consulta, lo facultó para aceptar el grado de coronel de los ejércitos de Chile «a que se había limitado su modestia y noble desinterés», dice este oficio.

La victoria de Chacabuco quiso coronarla el Estado de Chile con la creación de una institución honorífica destinada a premiar a los heroicos defensores de la libertad y mantener siempre viva la llama del patriotismo. Con este motivo se dispuso la creación de la Legión del Mérito de Chile y el decreto relativo a su fundación fué refrendado en Santiago el 1º de junio de 1817. «La brillante jornada del 12 de febrero en Chacabuco, se lee en los considerandos de su reglamentación, dió la libertad a Chile». Se declara allí que el gobierno quiere evidenciar su gratitud hacia los héroes que en esa jornada se distinguieron y se procede a nombrar como grandes oficiales de la legión al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a San Martín y a los demás oficiales generales que tomaron parte en aquella acción.

La insignia corespondiente a los legionarios era una medalla que debía usarse prendida al ojal de la casaca, con cinta blanca y encarnada y con dos filetes azules al canto. Para los grandes oficiales reservóse una placa bordada de realce, que debía usarse en el costado izquierdo con una banda blanca y encarnada. La insignia correspodiente a los otros legionarios la constituía un pequeño escudo esmaltado de azul sobre el cual debía destacarse una columna con el globo portador de las armas del Estado, y con esta leyenda:

Remedios Escalada, y por fallecimiento de ambas en los demás hijos por orden natural. Esta resolución fué llevada a conocimiento de la esposa del héroe por oficio firmado el 8 de marzo, y el 11 de ese mismo mes lo contestó la esposa de San Martín en estos términos: «Después de los públicos y privados aplausos tributados a mi esposo por la reconquista del Estado de Chile que bajo su mando han conseguido las armas vencedoras de la patria, y del honorífico decreto del 5 del corriente que con fecha 8 me ha comunicado en oficio el secretario de Estado del departamento de la Guerra, por el que V. E. concediendo a nuestra hija una pensión hereditaria de seiscientos pesos anuales premia de un modo digno de sí mismo y de la suprema magistratura que reviste, los esfuerzos de mi esposo que ha coronado un feliz suceso; nada tendría que desear si me hallara en estado de rendir a V. E. personalmente mi reconocimiento; mas ya que el grave notorio quebranto de mi salud me priva de este gusto, que sería el colmo de mis satisfacciones, doy a V. E. las más expresivas gracias por medio de este oficio que dirijo a sus manos por las tiernecitas de la agraciada, inmediatamente. Recíbalo V. E. y supla esta demostración por el defecto de la palabra de que ella aun carece — la hija de San Martín no había cumplido todavía un año — y de que yo no puedo usar ante V. E. y recíbalo al mismo tiempo con la más sincera expresión de mi tierna gratitud». — *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 121.

«*Legión del Mérito de Chile*». Del centro del escudo debía partir una porción de rayos, atravesando una orla de laurel y coronando la estrella que completaba estos atributos este mote: «*Vencedor en Chacabuco*», cambiándose por la sola palabra: «*Libertad*», para los otros agraciados con este honor que no hubiesen tomado parte en esta acción.

La noticia de la batalla de Chacabuco salvó los límites del Continente y fué a repercutir en el viejo mundo despertando allí vivos comentarios entre los apasionados defensores de la libertad americana. «No puede, mi amigo, le dice desde Edimburgo lord Fiffe, con fecha 3 de junio, figurarse cómo las noticias de su buena conducta me han llenado de satisfacción. He tenido siempre una gran amistad con usted y desde mi llegada a España he estado siempre diciendo a mis compatriotas: Paciencia, un hombre por allá sorprenderá a todos». «Estaba yo seguro, le agrega, que un golpe sería dado por su brazo».

Otro americano ilustre, el guatemalteco don Antonio José Irizarri, apenas se enteró de esta victoria tomó la pluma y envióle a San Martín sus votos congratulatorios. «Aun cuando no tuviera yo el honor de conocer a usted, le dice desde Londres, y aun cuando no hubiese presenciado en Mendoza el generoso acogimiento que recibió aquella multitud de patriotas emigrados de Chile, entre quienes había muchos parientes míos, me bastaba para dirigir mi reconocimiento y mis respetos al vencedor de Chacabuco la sola razón de ser yo uno de los infinitos que logran hoy tener patria en consecuencia de aquella victoria».

«Conozco muy bien, agrega luego, la moderación de usted, para atreverme a darle los elogios que le son justamente debidos; aunque en verdad, que de ningún modo podía ser esta empresa para mi capacidad; pero también haría un agravio a mis sentimientos, si cuando son más dignos de un alma generosa, los sofocase en mi seno».

«Reciba usted por mi conducto, concluye Irizarri, las enhorabuenas de sus antiguos conocidos el marqués del Apartado de México, don Luis Lopéz Méndez y don Andrés Bello de Caracas, quienes han tomado en las glorias de usted la parte que debe tomar todo buen americano. Mr. Walton, a quien conoció usted aquí con el encargo de defender en el *Morning Chronicle* la causa de América, me encarga diga a usted que le ha entregado a Jonte una carta de lord Fiffe para que la dirija en primera oportunidad» (1).

Alvarez Jonte, por su parte, incorporó sus parabienes a los precedentes y no en el idioma de Cervantes que era el suyo, sino en el de Molière le dijo igualmente con fecha 26 de mayo: «Quelque inmense que soit la distance qu'est entre vous et moi, je ne puis m'empêcher de joindre ma voix, toute faible qu'elle est, aux acclamations de tout ce qu'il y a de gens équitables, et qui se font un plaisir de savoir l'exploit glorieux avec lequel vous avez donné

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 450.

la liberté au Chili. Ce n'est pas d'à présent que vous avez instruit les citoyens de la République de la Plata de ce que vous valez: vous vous êtes signalé par une suite de belles actions qui ont été des preuves continuelles de votre mérite, mais vous avez fait voir dans le Chili que le passé n'était qu'un prélude de l'avenir; que ce que nous appelons grandeur de courage à San Lorenzo et talent militaire à Tucuman n'était que des prémises; et qu'enfin, que votre première gloire ne devait passer à nos yeux que par un faible essai de ce coup étonnant que vous venez de faire à Chacabuco» (2).

Pero tanto la victoria de Chacabuco como el Paso de los Andes que le había precedido como jornada épica rompieron el silencio en que se mantenía la lira argentina y al unísono los poetas del Plata cantaron uno y otro triunfo.

La elocuencia rindióle igualmente su tributo admirativo y el doctor don Felipe de Iriarte, párroco del arzobispado de Charcas, conspicuo orador sagrado, desde el púlpito de la iglesia matriz de Tucumán lo señaló como un hijo esclarecido de la patria. «Piense como quiera la rivalidad envidiosa, declaró éste, la América produce almas nobles, generosas, heroicas. Sólo existen para Dios, para la patria, para sus semejantes. El general San Martín es dueño de la confianza universal. Reúne las calidades que se necesitan para el feliz manejo de grandes empresas. Patriotismo inimitable, pericia militar, conocimientos políticos, vigilancia, valor, constancia, éstos son los dotes singulares de su espíritu.

«Se encarga de la expedición interesantísima. Aproximándose a los Andes, se fija en Mendoza; su presencia inflama a los dignos patriotas de Cuyo. Trata de perfeccionar la disciplina de su tropa, le infunde contra el enemigo aquel furor que exige la necesidad y permite al soldado el Evangelio. Se impone del general desagrado de los oprimidos, de las fuerzas y medidas del opresor. Toma con viveza las más activas para perturbarlo y penetrar los Andes. Dos guerrillas del mejor suceso le pronostican el triunfo. En fin, el 12 del corriente le ataca intrépido en la ventajosa posición que él mismo había elegido.

«¡Ah, ciudadanos! Seiscientos cadáveres tendidos en el campo de batalla, más de cuatrocientos rendidos a la dignidad de nuestras armas triunfadoras, la ignominiosa dispersión de los que pudieron escapar y la precipitada fuga del despavorido Marcó, son los sucesos venturosos del que pelea por su libertad. No hay quien impida su marcha. El 14 hace su entrada en Santiago más gloriosa que la de Octavio en Roma, se apodera de los grandes despojos del cobarde enemigo. La aclamación festiva de los pueblos indica su gratitud y la rápida combinación de circunstancias publicará eternamente que el inmortal San Martín *fué, vió y venció»* (1).

(1) *Archivo de San Martín,* t. XI, pág. 176.
(2) *El clero argentino de 1818 a 1830,* t. I, pág. 264.

CAPITULO IV

San Martín se traslada de Santiago a Buenos Aires

SUMARIO: «Mañana al amanecer, le dice San Martín a O'Brien, marchamos para Buenos Aires». — De Santiago O'Brien se dirige a la hacienda de Huechuraba. — Llegada a ésta de San Martín. — «Pobres negros», exclama San Martín al cruzar el campo de Chacabuco. — Pasa la cuesta y descansa la noche del 11 de febrero en Curimón. — El 17 de marzo llega a Uspallata y le escribe a O'Higgins. — Mendoza lo sorprende a su llegada y le tributa una ovación. — Mendoza en el concepto de un publicista chileno. — Al llegar al Retamo se detiene y escribe desde allí nuevamente a O'Higgins. — Una carta de Pueyrredón a San Martín. — «Qué bella ocasión para irnos sobre Lima», le dice en otra el director argentino. — Al llegar a la cañada de Lucas, San Martín le escribe a O'Higgins. — Carta que se creía dirigida a Balcarce y que no lo era. — San Martín se detiene en San Luis. — Llega a Buenos Aires y frustra la ovación que se le preparaba. — José Miguel Carrera y la corbeta *Clifton*. — Carrera en el cuartel del Retiro. — Visita que le hace San Martín. — Protesta de O'Higgins por la magnanimidad del gobierno argentino. — Su carta es toda una catilinaria. — Cómo concluyó este episodio. — «Todo va completamente bien», le escribe San Martín a O'Higgins. — La cosa de Lima. — San Martín y Aguirre. — Ampliación de facultades que éste solicita para el cumplimiento de su misión. — Carta que a San Martín le dirige Irigoyen. — El 30 de julio Aguirre se dirige desde Baltimore al director de Chile. — En carta a Belgrano declara San Martín que nada puede emprender si no cuenta con una fuerza marítima. — Fracaso de la misión de Aguirre comunicada a San Martín. — Aguirre y el ministro Adams. — Cómo San Martín aprovechó su tiempo en Buenos Aires. — Un viaje que no fué un viaje, sino un galope. — Entrada triunfal de San Martín en Santiago. — Obsequio que encontró a su llegada. — Esta coincidió con la victoria de Las Heras en Gavilán. — Las Heras y el triunfo de Curapaligüé. — Entusiasmo de O'Higgins al informarse de la victoria de Gavilán. — Reconciliación de Las Heras con O'Higgins. — Las quejas del comandante Freire. — San Martín acuerda a Las Heras su protección. — Hilarión de la Quintana director interino de Chile. — Insistencia de O'Higgins para que San Martín asuma el interinato. — Renuncia Quintana y lo reemplaza por designación de la junta don Luis Cruz. — Chile ruta militar para San Martín. — El 25 de Mayo de 1817 solemnizado por él en Santiago. — El pabellón argentino y el pabellón chileno. — Carrera inventor de la bandera chilena.

Cuenta la crónica que uno de los días de la primera quincena del mes de marzo inmediatamente después de Chacabuco, se encontraba San Martín en la cocina de su palacio y que interrumpiendo de golpe la conversación que allí mantenía con alguno de sus jefes, se dirigió a O'Brien y le dijo: «O'Brien, mañana al amanecer marchamos para Buenos Aires». Pero O'Brien, que al decir de un

historiador tenía ya más de un requiebro a cuenta y más de una conquista comenzada entre el cauce del Mapocho y el zanjón de la Aguada, sorprendido por esta orden, preguntóle a San Martín: «¿A Buenos Aires?»

«Sí, a Buenos Aires, contestóle San Martín. Por Mendoza, y mañana al aclarar del día».

La respuesta de San Martín desvaneció en el brillante oficial toda duda, pero deseoso de saber si el viaje este se haría con preparativos o sin ellos, preguntóle: «¿Y llevaremos carga, señor general? — ¡Carga!... replicó San Martín, entre riendo y enfadado. ¿Se ha figurado usted que voy a meterme a fraile para viajar con petacas?... Vaya. Déjese usted de *santiaguinadas*. ¡En lo montado! ¡En lo montado!» Agregando después: «Mande un ordenanza a don José Miguel Serrano a los Pasos de Huechuraba, para que me haga aprontar mi mula barrosa de cordillera, y vaya corriendo a la secretaría a decir a Alvarez Jonte que ponga dos letras al viejo Alcázar para que me tenga en los Andes un poco de charqui, cebolla picada, harina tostada y... a caballo. ¡En lo montado! ¡En lo montado! ¿Me ha entendido usted?»

Una orden tan contundente concluyó con las vacilaciones del bravo celta que San Martín había elegido para compañero de su jornada, y comprendiendo que ya no le quedaba otro remedio que obedecer y ponerse en marcha, se retiró de la presencia de San Martín, se fué a ensillar su cabalgadura y a preparar sus alforjas. Una de las mayores preocupaciones de O'Brien — preocupaciones de hombre elegante y amante de buenas prendas — eran las camisas. Lo perentorio del plazo dado por San Martín no le permitía adquirir las que él necesitaba para llenar sus gustos; pero al verlo San Martín tan desazonado e inquieto, le dijo: «En Buenos Aires se mudará camisas, allá son más baratas y no le faltará con qué comprarlas». Renunciando pues a esta coquetería y siendo ya las cuatro de la tarde del día 10 de marzo, O'Brien abandonaba la ciudad del Mapocho y a galope tendido se dirigía a la hacienda de Huechuraba para cumplir allí su cometido. Al llegar allí O'Brien y enterado Serrano que de un momento a otro debía llegar igualmente San Martín, mandó llamar en el acto a Otarela, un guía favorito del vencedor de los Andes, para que éste a su vez tuviese prontos los arrieros. Mientras estos y otros preparativos se efectuaban en Huechuraba para recibirlo, San Martín se ponía en viaje por el mismo camino que había seguido su emisario. Al alejarse de Santiago lo hizo en una carroza y aclamado por una gran parte del público que lo acompañó hasta «la Esquina del Fraile», y cubierto por las tintas del crepúsculo vespertino llegó al fundo del señor Serrano, en donde fué recibido con toda solicitud y respeto. Nos cuenta la misma crónica que nos pone al corriente de estos pormenores, que taciturno como era San Martín, aquella noche se acostó silencioso en los corredores de la casa, que no probó bocado

alguno, y que sólo previno que se le despertase antes de aclarar para aprovechar la fresca (1).

Apenas despuntaron las primeras luces del alba del día once de febrero, San Martín se encontraba en pie y listo ya para proseguir el viaje. Acompañábanlo O'Brien y sus arrieros, y momentos más tarde cruzaba con su caballo el campo de batalla enfilando la cuesta de Chacabuco. A distancia, y en una quebrada, alcanzó a distinguir un montón de tierra y hacinados allí los restos del batallón nº 8 que bajo las órdenes del comandante Enrique Martínez y peleando como leones habían rendido sus vidas en homenaje a la patria. San Martín detúvose respetuoso y meditativo, y en homenaje a esos muertos abrió sus labios y exclamó: «¡Pobres negros!»

Momentos después, y habiendo comenzado ya a caer la tarde, trepaba la cuesta y antes de anochecer llegaba a la villa de los Andes

(1) Esta parte episódica relacionada con la partida de San Martín al trasladarse de Santiago a Buenos Aires, está documentada en el relato que nos hace don Benjamín Vicuña Mackenna. Lo consignado por el ilustre publicista se basa a su vez en dos importantes testimonios y lo es el uno el del señor Serrano, con quien se trató en su mocedad este publicista, y el otro el propio capitán O'Brien, quien lo informó de estos y de otros pormenores cuando lo trató igualmente. O'Brien falleció en Lisboa, y antes de morir le legó a Vicuña Mackenna un anillo que éste conservó con religioso respeto durante su vida. «O'Brien, nos dice éste, era hermoso y corpulento como un titán. Valiente como el más afilado sable de su regimiento. Jinete como un centauro y más que todo esto callado como una piedra, o más bien como un enigma, porque a fuer de irlandés había olvidado el inglés y no había aprendido el español. Fuera de esto, O'Brien era un soldado cumplido, porque en la vida no le gustaron con pasión sino dos cosas: las batallas y las buenas mozas, que a decir verdad todo es guerra».

A propósito de esta partida de San Martín, diremos que antes de efectuarla dejó fundada en Santiago, según así lo dice la tradición, la logia Lautaro, que ya en Buenos Aires había fundado él en 1812. Presumimos que los documentos originales que el señor Vicuña Mackenna encontró en el archivo de O'Higgins se relacionan, no con la logia lautariana de ese tiempo, sino con otra que se fundó en Santiago años más tarde. Nuestra presunción está fundada en el contexto preliminar del documento mismo, pues en él y a modo de considerando escribe O'Higgins: «Llegó por fin el momento favorable en que disuelto el gobierno español por la prisión de su monarca; por sus observaciones repetidas; por la ocupación de la España y por otras innumerables causas, la justicia, la razón y la necesidad demandaban imperiosamente el sacudimiento de este yugo. Las Provincias del Río de la Plata dieron la señal de libertad: se revolucionaron y han sostenido por diez años su empresa con heroica constancia. Pero desgraciadamente sin sistema, sin combinación y casi sin otro designio que el que indicaban las circunstancias, los sucesos y los accidentes.

«El resultado ha sido haber dado lugar a las querellas de los pueblos, al extravío de la opinión, al furor de los partidos y a los intereses de la ambición, sin que los verdaderos amigos de la patria pudiesen oponer a estos gravísimos males otro remedio que su dolor y confusión». *Vida de O'Higgins*, pág. 342.

Como se ve por este documento, las declaraciones formuladas en él presumen diez años de una empresa heroica, lo que quiere decir que, habiéndose iniciado la revolución en las Provincias del Plata en 1810, lógicamente el momento en que esta declaración se formulaba debía serlo el año 1820. Esto explica perfectamente su contenido y hace desfilar delante de nuestros ojos esa serie de perturbaciones políticas que perturbaron la marcha de la revolución argentina y aun de la chilena por ambiciones desmedidas e inoportunas de hombres como Alvear y los Carrera.

El documento en cuestión es el estatuto de la Logia lautariana que se compone de veintitrés artículos en su primera parte, y de cinco en la destinada a las leyes penales. Según el publicista citado, está escrito todo él de puño y letra de O'Higgins.

protegido por la frondosa arboleda de Curimón. La noche del 11 de febrero pasóla San Martín en casa de don Pedro Alcázar, quien durante tres años, como lo dice Vicuña Mackenna, «estaba haciendo el oficio de portero de Chile»; y el día inmediato después del almuerzo, montado en su mula, reanudó la jornada y vino a perderse entre los fragosos senderos de la Cordillera. Esto sucedía el mismo día 12 de marzo, al mes justo de haber triunfado en Chacabuco. San Martín, aparentemente, nos dice el escritor citado, iba a Buenos Aires, «pero en realidad iba a Lima por la vía de las pampas». Ignoramos cómo cruzó la Cordillera ni qué fué de él ni de su comitiva entre los días 12 y 17 de marzo, en que lo encontramos en Uspallata, descansando allí y poniéndose en comunicación con O'Higgins. Lo que sabemos es que había salido de Santiago seriamente enfermo, pero que deseoso de complacer más a su espíritu que a su cuerpo, todo lo había desafiado, aun hasta las fatigas. La esquela que en ese entonces salió de su pluma no fué para abordar ningún tema militar o político, sino únicamente para saludar a su amigo O'Higgins, y al hacerlo escribióle estas líneas: «Mi amado amigo: Remito a usted una silla de montar que me remitieron de Inglaterra; disfrútela con salud que es cuanto deseo.

«No tuve el gusto de ver a su familia. Deles usted un millón de memorias así como a los amigos.

«Pienso detenerme en ésta un par de días, pues la fatiga al pecho no me permite marchar».

Esta carta, que la tuvo original entre sus manos don Benjamín Vicuña Mackenna, nos dice él que está escrita «con la mano temblorosa de un octogenario».

«¿Por qué?, se pregunta él, ¿era la enfermedad, el cansancio, la *puna*, el hielo, lo que hacía estremecer el pulso del viajero? No lo sabemos; pero se nota que la mano ha tiritado como sólo se tirita en la Cordillera: los renglones se dan letra con letra». Cuando sus amigos y admiradores de Mendoza se enteraron que había repasado la Cordillera y que estaba en los umbrales de Cuyo, se prepararon para recibirlo y para tributarle una ovación. «Por más que quiso evitarla, escribe Hudson, variando la hora que había anunciado para su entrada, el pueblo en masa, que no se había movido del punto preciso de introducción a la ciudad de los que vienen de Chile, ya muy entrada la noche sorprendió al afortunado triunfador, corriendo a encontrarlo en otra calle que había tomado, esquivando estos honores. Allí fué cercado, alzado en brazos desde el caballo que montaba y conducido así, vitoreado con el más ardoroso entusiasmo, arrojándole a su paso coronas y flores por un largo trayecto hasta la casa habitación que se le había preparado. Ese pueblo que tanto amó al general San Martín llevó esa vez la expansión de su júbilo, recibiéndole en su seno, después de la gloriosa victoria de Chacabuco, hasta rayar en locura. La ciudad estaba de gala. Sus calles todas colgadas de vistosas tapicerías de los colores

patrios, con numerosas banderas y gallardetes, arcos triunfales improvisados, presentando en cada frente trofeos militares e inscripciones en verso alusivas al vencedor, al ejército de los Andes y al hecho de armas que había coronado sus esfuerzos. Todo estaba profusamente iluminado, en su mayor parte de colores. Al día siguiente, víspera de su salida para Buenos Aires, continuaron las fiestas de banquetes, bailes y fuegos artificiales» (1).

Recordando este momento tan histórico en la vida de San Martín, Vicuña Mackenna nos dice: «Mendoza era una ciudad querida para San Martín. Los hombres públicos nacen dos veces: una para la vida natural, otra para la gloria, que no es sino lo sobrenatural de la vida. Mendoza era la cuna de esa gloria y por eso San Martín la prefería a Santiago, a Buenos Aires, a Lima, a todas las ciudades del mundo, excepto a Bruselas que fué su Mendoza europea.

«Además, en esa ocasión fué recibido, no con entusiasmo, sino con delirio por el pueblo libertado y libertador. Por esto mismo, huyendo de fiestas pasó delante, y el 19 de marzo estaba en el Retamo, en las cercanías de Mendoza».

En el Retamo fué precisamente en donde San Martín volvió por segunda vez a pensar en su amigo O'Higgins, y desde donde, tomando la pluma, le escribió esta nueva carta: «Mi amado amigo: Va lo que ha venido de oficio. Voy a ver si puedo llegar antes que salgan los buques que trajo Carrera y si son buenos los tendrá usted en ésa dentro de dos meses.

«Voy regularmente de salud y lo mismo el compañero O'Brien. Según me escriben de Buenos Aires, están empeñados en *la cosa de Lima:* desde la noticia de la toma de Chile hacia el primero habían dado siete patentes de corso.

«Pueyrredón me escribe sobre la venida de Marcó a San Luis. Si usted no tiene inconveniente puede usted remitirlo a Luzuriaga con los que a usted le parezca y sería de opinión de canjearlo y que fuese este bestia al diablo: Yo trataré sobre esto con Pueyrredón.

«Creo será inevitable la guerra con los portugueses: veré si a mi llegada puedo hacer algo sobre esto.

«Miles de cosas a los hermanos, con particularidad a Zenteno y a Alvarez, a los que no les escribo porque voy a marchar» (2).

Esta carta la había escrito San Martín bajo la impresión de lo que Pueyrredón le transmitía desde Buenos Aires. El 3 de marzo, éste le había dicho: «Los portugueses han manifestado ya su mala fe; su objeto y sus miras, tan ponderadas, de beneficencia a estas provincias, están ya descubiertas y no son otras que agregar a la corona del Brasil la Banda Oriental, y si nosotros proclamamos por emperador al rey don Juan, admitirlo como por gracia, bajo su

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. VII, pág. 184.
(2) *Relaciones Históricas*, pág. 14.

soberano dominio». «Bárbaros miserables, exclama Pueyrredón, tenemos más poder y dignidad que ellos y jamás las Provincias de Sudamérica tendrán un monarca tan subalterno. Vea usted mi manifiesto de ayer y gradúe por él mis sentimientos. El nombre americano y nuestro noble amor propio debe sentirse humillado y ofendido. Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder a la honra que recibirá en mandarlo: es decir, quiero alguno que sea más grande que don Juan y lo quiero para sólo nosotros. Es, pues, necesario aumentar este ejército para hacerle sentir la locura de sus pretensiones, y de oficio digo a usted que me mande mil soldados de nuestra fuerza y mil de los chilenos presentados o prisioneros, pero no godos».

Como hacía poco que San Martín se había dirigido al directorio exponiendo los quebrantos de su salud, Pueyrredón le dice: «Salga usted al campo, serénese, descargue todo lo prolijo del cargo militar en quien usted quiera; cuídese usted, por fin, mucho; pero no me vuelva, por Jesucristo, a hablar de separarse del mando de ese ejército. ¿Qué operación, qué empresa quiere usted que yo confíe a otras manos? Ya sea para sostener ese ejército y ese país en respeto, ya para llevarlo a nuevas glorias que se presentan tan indicadas, no hay otro que usted, San Martín mío. Así pues, cuídese usted, restablézcase y sacrifiquémonos hasta que no haya que hacer en la libertad de nuestro país. La suerte nos ha colocado en actitud de salvarlo y todo promete que lo hemos de conseguir. Aliento, amigo mío, y aprovechemos a la fortuna en su hora feliz. Mi corazón me dice que usted no ha de ser víctima de sus males y que tiene que dar más gloria al país.» Pasa luego a decirle que dentro de pocos días estarán en Buenos Aires cinco buques armados que vienen con Carrera y que éstos no sólo quedarán a su disposición, sino que saldrán para Valparaíso para recibir sus órdenes. Y asegura que Carrera no se moverá de ahí; que sabe él que los habitantes de Chile «son fríos y débiles», pero que esto no es un mal sino una ventaja, dado que se puede hacer de ellos «soldados subordinados». Celebra que Alvarado haya correspondido al concepto que se había formado de él; dícele que esa noche se tratará sobre Guido y que aun cuando el dinero de la casa de moneda existente en Chile pertenece a ese Estado, el tomado al ejército enemigo «es privativo despojo de nuestras armas». «Mándeme usted la mitad, le dice, para equipar a Belgrano, que me saca los ojos por la desnudez y miseria de su ejército que ha estado privado de auxilios necesarios para atender a Chile». La carta concluye con esta declaración: «Es preciso indemnizarlos y sobre todo, atender a la nueva guerra que veo indispensable y muy próxima con los portugueses» (1).

En viaje de Chile para Buenos Aires recibió San Martín otra larga carta de Pueyrredón. Es en ella en la que le habla de la lle-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 565.

gada de los trofeos de Chacabuco traídos por el capitán Pacheco, y en la cual le dice igualmente que Marcó y sus jefes se han traído como prisioneros a San Luis. Insiste en decirle que no le parece conveniente que se separe del ejército de los Andes, pero que es muy importante que se coloquen en él «personas que estén siempre en nuestros intereses — habla de la formación del ejército de Chile — para que sostengan en todo tiempo a O'Higgins contra cualquier intento de su paisano». Al pedido de San Martín para retirarse a Mendoza, le dice: «¿Cómo quiere usted, amigo mío, volver a Mendoza para restablecerse? ¿Cree usted que mejoraría de temperamento? Retírese usted al campo, en hora buena, por los días que necesite, pero aunque usted no haga nada, la sola presencia de usted me basta para que yo esté en confianza y hasta también para que haya orden en ese país. Si usted se separa de ese país, aunque sea por poco tiempo, tal vez pueda relajarse la disciplina de nuestras tropas y, tal vez también, padezca el respeto en que debe estar O'Higgins». Pueyrredón concluye con este voto jubiloso: «¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima, ahora que el señor Pezuela está en calzones blancos! Pero desgraciadamente no hay marina que proteja la empresa. Sin embargo, creo que antes de mucho saldrán de aquí los cinco buques americanos, de los que están dos en estas balizas».

El 25 de marzo, encontramos a San Martín en la Cañada de Lucas. Como pocos días antes en el Retamo, empuña nuevamente la pluma y le dice a O'Higgins: «Mi amado amigo: Va la orden para la salida de Soler. No le afloje usted y haga que en el momento se ponga en marcha y previniendo a los jefes estén ya alerta. En Mendoza he sabido con certeza sus grandes relaciones con los Carrera y sus partidarios, pues me constaba estaba en comunicación con Manzano y Rodríguez, cuyas cartas iban por conducto de su mujer». Luego agrega: «Va la de Pueyrredón; por ella se impondrá usted de todo, como de lo útil que será mi presencia para tranzar todos estos puntos. Diga usted a Zenteno me remita la carta que le dí de Alvear y si es posible, por el primer extraordinario que venga. Ayer pasé mal día, pero hoy me encuentro muy aliviado. Al filósofo Zenteno y hermanicos, miles de cosas» (1).

La carta en cuestión encierra una frase sobre la cual no puede pasar desapercibida nuestra curiosidad, y lo es la que comienza así: «Va la de Pueyrredón». ¿Cuál es esta carta y por qué, según ella, la presencia de San Martín en Buenos Aires será utilísima para resolver los puntos que en ella le señala Pueyrredón? La carta esta no es otra sino aquella que por mucho tiempo, y por historiadores como Vicuña Mackenna y el general Mitre, se creyó que era carta de San Martín al general Antonio González Balcarce. La luz ha sido hecha y según lo declara don Diego Barros Arana — y su propio contenido, como lo verá el lector, comprueba la verdad del aserto —,

(1) *Relaciones Históricas. El general San Martín después de Chacabuco*, pág. 16.

la carta esta le fué escrita por Pueyrredón a San Martín, quien en lugar de recibirla en Santiago, la recibió en viaje y pocos días antes de llegar a Buenos Aires. El error de atribuirla a San Martín proviene de que Vicuña Mackenna encontró este manuscrito entre los papeles de O'Higgins. Como no tenía ni el nombre del expedidor ni el del destinatario y estaba escrita con letra de San Martín no investigó su origen y se la atribuyó a éste sin más escrúpulo, y al darla a luz en 1876, agregó esta nota: «Esta carta no tiene dirección porque hasta esto descuidaba San Martín, pero de su contexto resulta con toda evidencia que era dirigida al general Balcarce». El general Mitre la aceptó como tal y en su entender constituye ella un documento que permite llenar esa «página obscura», cual lo es la de su corta estadía en Buenos Aires (1).

Como lo verá el lector, su contenido no evidencia, como lo dice Vicuña Mackenna, el que la carta fuese dirigida por San Martín a Balcarce. Por el contrario, transparenta a Pueyrredón en todas sus líneas y vese que el que la escribe no es el jefe del ejército de los Andes, sino el director de las Provincias argentinas. La propia fecha que le asigna Vicuña Mackenna está errada. San Martín la recibió estando en la Cañada de Lucas a fines de marzo, y al copiarla para quedarse él con el original y remitir a O'Higgins la copia, puso 22 de abril en lugar de poner 22 de marzo que era la fecha con que se la había remitido Pueyrredón. El original de esta carta no se conoce y sólo se conoce esta copia que O'Higgins guardó en su archivo y que salió de allí gracias a la solicitud de Vicuña Mackenna, como queda dicho.

La carta en cuestión es sumamente interesante. En ella demuestra Pueyrredón hasta qué grado lo preocupan los problemas de la guerra y sintetiza una serie de cuestiones provocadas por diferentes consultas que desde Chile le hiciera San Martín.

«Amigo muy querido, escribe Pueyrredón, dije a usted que el próximo correo despacharía este extraordinario, porque no podía entonces contestar a todos los puntos de su última del 26 próximo pasado y a las comunicaciones oficiales de usted y a O'Higgins. Creo que ya dije a usted que encontraba peligroso mantener a Marcó y demás prisioneros a las inmediaciones de la mar y que remitiese al primero con los principales jefes a San Luis y a los demás oficiales y subalternos, de capitán inclusive abajo, o bien al mismo destino o a San Juan y Mendoza, pasándome una relación de sus nombres, clases y destinos. Se ha tenido por imposible que Irigoyen salga de aquí; está con la secretaría de la Guerra en propiedad; Ferrada, a

(1) *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, t. II, pág. 86. En este mismo error ha incurrido don Carlos Guido y Spano cuando publicó el archivo de su padre don Tomás Guido, en el volumen intitulado: *Vindicación histórica. Papeles del brigadier general Guido. Buenos Aires*, 1882. Con tal motivo reproduce allí el párrafo pertinente a su progenitor y en el cual se dice por Pueyrredón que la ida de Guido a Chile ya ha quedado resuelta.

la cabeza del regimiento de Granaderos de infantería, que con los reclutas que vienen de ésa deben completarse, y es preciso que esté con jefe de entera confianza. Usted bien ve que aquí no tenemos hombres de provecho y seguridad y que no me puedo desprender de lo poco que hay, porque este punto es el alma de todas las relaciones, el más peligroso y por consiguiente el que exige más atención. Cualquier desorden o alteración sería un trastorno mortal y no puede precaverse sino teniendo la fuerza y el poder en nuestras manos. Tampoco puedo mandar a usted un jefe que no sea de igual confianza, porque sería del mismo modo peligroso exponer esa fuerza en manos inseguras; pero ello es preciso que vaya alguno, y es cabalmente lo que nos devana los sesos sin poder atinar. Supuesto que ya va la orden para el regreso de Soler, haga usted que no se detenga un momento y no me admita excusas, pretexto ni motivo para su permanencia en ésa, escudándose usted en que es forzoso dar cumplimiento a mi orden.

«No hay el menor recelo de portugueses porque lejos de darme cuidado, los tienen ellos de la mayor gravedad y en mi juicio, no pueden subsistir seis meses en la Banda Oriental; porque he tomado ese pretexto para dorarle la píldora que le mando. Sé que él aseguró aquí que no volvería jamás a Buenos Aires; sé que era y es íntimo amigo de los Carrera; sé que es nuestro mortal enemigo, y sé que es capaz de cuanta maldad pueda conducirlo a sus ideas de vengarse y a su ambición de mandarlo todo. Con tales virtudes es preciso que no se quede ahí, pues aquí es muy conocido, no tiene séquito ni amigos y le estaremos siempre a los alcances (1).

«Por fin está dispuesto que vaya Guido, y aunque es imponde-

(1) Este lenguaje enconoso de Pueyrredón para con Soler estaba basado en los resultados que le había dado su pesquisa. El 2 de diciembre de 1816 Pueyrredón le escribía a San Martín: «Estoy siguiendo aquí una hebra que he tomado a los señores Carrera. Avisaré a Ud. de todo oportunamente; entretanto, cuidado con Soler y con todos los chilenos». *Archivo de San Martín,* t. IV pág. 546.

El 2 de enero de 1817, escribe: «Celebro que Soler ayude a usted; para mantenerlo en sus deberes, consérvelo usted en respeto y miedo; ninguna confianza con él y no perder de vista sus pasos». El saberlo pues amigo de los Carrera y por lo tanto, militando en el partido hostil a la política que seguía el directorio, puso a Pueyrredón sobre aviso y lo obligó a tomar contra él todo género de providencias. «Mucho cuidado con Soler, le escribe en otra oportunidad, y no deje usted pasar ninguna. Es orgulloso y fatuo, pero con un bufido que usted le dé lo pondrá como un cordero. El no es temible porque no tiene opinión, porque no es capaz de hacerse amar y porque le faltan bríos para emprender; pero es insolente a las espaldas y perturbador. He sabido aquí, por los amigos, que estaba muy unido a Luis Carrera y esto debe empeñar más la vigilancia de usted a su conducta. También me han dicho que él ha asegurado que no volvería más a Buenos Aires y esto sólo puede apoyarse en proyectos que lleve sobre Chile, de acuerdo con el mismo Carrera. Si le descubre usted la menor maula, que venga para San Luis y sobre todo, que no vaya Carrera con usted en la expedición por los justos antecedentes que usted me ha indicado». *Archivo de San Martín.*

Conviene recordar que fué Pueyrredón quien designó a Soler para el empleo de cuartel maestre y mayor general del ejército de los Andes, y esto «en atención a la acreditada aptitud, honor y demás relevantes cualidades que le caracterizan» según el decreto. *Archivo de la Nación Argentina,* vol. II, pág. 434.

rable la falta que me hará, saldrá muy pronto en diligencia. El impondrá a usted de cuanto interesa a la firmeza de nuestras relaciones políticas; está en todas mis ideas y va instruído de cuanto conviene. Yo bien veo que sería importantísimo que tuviésemos una entrevista; pero ¿cómo me separo yo de aquí, ni cómo se aparta usted de ahí sin causar peligros en los dos puntos? Es preciso que renunciemos a esta idea cuyas ventajas pueden conciliarse de algún modo con la ida de Guido.

«Nada debemos reparar que se ha hecho: sino adelantar ese ejército sus empresas y usted su gloria; el destino está indicado y las circunstancias favorecen; el país lo exige para su libertad y la fortuna está en su buen cuarto de hora; es preciso pues aprovecharlo *llevando nuestras armas al corazón del Alto Perú;* esto supuesto, se hace necesario combinar los términos y preparar los medios para no aventurar el éxito de la empresa. Lo primero es mover el éxito con seguridad, y no puede hacerse *sin una fuerza naval que domine el mar Pacífico.* Quiero saber si será posible formarla en ésa y de lo contrario no hay otro remedio que armarla aquí. Considero suficiente el número de cinco corbetas y nada menos, bien equipadas y artilladas. Aquí se podrá proporcionar el armamento y buques, pero falta la plata. Vea usted, pues, si de ese Estado o de esos maturrangos —hace alusión a los españoles— se pueden sacar trescientos mil pesos que deberán venir en oro y en diligencia antes que cierre la Cordillera. Hemos graduado que esto será suficiente para el armamento y tripulaciones. La expedición deberá estar en esos puertos para octubre o noviembre y no hay tiempo que perder. Contésteme usted sobre esto sin dilación y si es posible, por un pliego en posta, porque, en caso de no tener efecto este proyecto, yo no pondré nunca a ese ejército a ser desbaratado por dos o tres buques de guerra que pondrá a Lima en precaución de este mal, que es el mayor que puede venirle a su existencia. Veo la urgente necesidad de que nos veamos y tal vez me resolveré a ir hasta San Luis, pero la estación no me permite ya que usted venga y pueda regresar; dígame usted sobre eso también algo. Aquí hay muchos fusiles en venta; yo no los quiero tomar porque tengo muchos y no tengo con qué pagarlos; vea usted si ese gobierno necesita y que me avise en qué número en el concepto de que no pasará su costo de diez a doce pesos cada uno de aquí. Como usted me dijo que O'Higgins le había pedido oficiales, me he resuelto a mandarle un cuadro de lo mejor que había aquí, escogido entre todo el Estado Mayor, en los de mejor cuna y cualidades: van 36, incluso algunos extranjeros últimamente llegados de Norteamérica. A propósito de éstos: me parece que el tal Bellina es un charlatán; obsérvelo usted y si no vale lo que él dice, dele usted bien «le bonsoir». Me he levantado una hora antes del día para poder escribir a usted con algún sosiego y ya no me dejan resollar; yo no sé si habré olvidado algo, pero lo diré por el correo. Entretanto, debe usted saber que yo me

veo con principios de afecto al hígado y que el médico me dice que es preciso que salga al campo y esto no puede ser: tal vez el viaje a San Luis, separándome de este incesante y tormentoso bufete, pondría mi sangre en mejor temple y me aliviaría, pero aun esto lo resiste la conveniencia pública. Yo no sé qué hacer y no encuentro más remedio que sufrir y sacrificarme a la salvación del país. Adiós, mi amado compañero. Seamos víctimas nobles de nuestro virtuoso y digno intento hasta el sepulcro» (1).

En este viaje de Chile a Buenos Aires San Martín resolvió hacer en San Luis una pequeña etapa, y enterada su municipalidad de su próximo arribo, dispuso por decreto del 26 de abril que se le hospedase de un modo digno, que se le diese un baile y una cena y todo esto «con arreglo a los escasos fondos de *propios*, de donde deberá sacarse lo necesario a ese objeto» (2).

Cuando se supo en Buenos Aires que San Martín se encontraba en viaje y que se aproximaba su arribo a esa capital, el director Pueyrredón interesóse por que el vencedor de Chacabuco se detuviese en Flores, para que se dirigiese de allí hacia la ciudad en modo triunfal. San Martín negóse a este género de ovaciones y con las primeras luces del alba y en los primeros días de abril de 1818 hizo su entrada en Buenos Aires sin ruido y en momentos en que sus habitantes se habían entregado al reposo. Cuando se supo que el héroe de los Andes y el vencedor de Chacabuco se encontraba allí, comenzaron las demostraciones de júbilo a las cuales San Martín no pudo substraerse.

Pero ni estas demostraciones de júbilo, ni las odas y artículos laudatorios que le dedicaron las gacetas lo separaron de su ruta, y San Martín encontró el medio de substraerse a los festejos sociales para consagrarse por entero a la razón primordial de su viaje. Como lo verá el lector, en los pocos días que allí permaneció —su estada se prolongó hasta el 20 de abril— convino con Pueyrredón diferentes providencias, y al mismo tiempo que encaró el problema que ofrecía la creación de la escuadra, compró armas, hizo adquisición de cañones, despachó nuevos oficiales a Chile y contribuyó con Pueyrredón a desconcertar aquel plan que meditaba Carrera y que al haberlo practicado éste, hubiera comprometido nuevamente, como comprometió con su conducta en Rancagua, la suerte de Chile.

En ese momento, efectivamente, encontrábase en Buenos Aires

(1) *Relaciones Históricas. El general San Martín después de Chacabuco*, pág. 27.

(2) *Revista de Buenos Aires*, t. VII, pág. 185. — Es conveniente observar aquí que con motivo de los recientes triunfos de San Martín, el cabildo de San Luis con fecha 26 de febrero había firmado el siguiente acuerdo: «Que para perpetuar. la memoria de la inmortal batalla de Chacabuco que abrió las puertas de Chile al ejército vencedor de los Andes, para transmitir a la posteridad el nombre glorioso del héroe que condujo a la victoria a esos bravos, general don José de San Martín; ordena que todos los años se celebre en el día 12 de febrero una misa de gracias solemne y se festeje también en ese aniversario por tres días tan memorable hecho con fiestas y regocijos públicos».

el general don José Miguel Carrera, de vuelta de su viaje a los Estados Unidos. Este, en noviembre de 1815 había abandonado el Río de la Plata y con fondos que había podido procurarse, dirigídose a Wáshington, en donde conferenció con el presidente de aquellos Estados y después se marchó a Nueva York para hacer efectivos sus proyectos. Los deseos de Carrera eran los de interesar a la política norteamericana en la empresa que a él lo preocupaba, y que consistía en preparar una expedición que le permitiese surcar el Atlántico, atravesar el Cabo de Hornos y después de haber embarcado en sus naves los chilenos que secundaban su empresa y que residían en Buenos Aires, caer sobre Chile y apoderarse por sorpresa de este reino. La *Clifton*, que era la corbeta en la cual él se había embarcado en Baltimore para Buenos Aires, había llegado a este puerto el 9 de febrero; pero pocos días más tarde se supo en la capital argentina que el ejército libertador había triunfado en Chacabuco, y que como consecuencia de semejante victoria, Chile había sido reconquistado. La empresa, pues, de Carrera quedaba de hecho desvirtuada y sólo una cabeza insensata podía creer que había llegado el caso de secundarla y de llevarla a la práctica. Como lo dice muy bien un historiador, el plan de Carrera era teatral al par que tentador; pero, además de ser una aventura mal concebida y sin consistencia, este plan llegaba tarde, pues Chile se encontraba ya libertado por las armas argentinas. Carrera careció en ese momento de aquella inspiración que no le hubiera faltado si sus móviles hubieran sido en realidad puramente patrióticos y desinteresados. No pasó así, y obstinado en su orgullo, y aprovechando la llegada del bergantín *Sauvage*, intentó darse a la vela escapando así al control y a la vigilancia del gobierno argentino.

El directorio, que estaba ya al habla con el capitán de la *Clifton* para negociar su compra —es de advertir que Carrera carecía de fondos para hacer frente a sus compromisos y a este negociado—, lo supo a tiempo, y el día 19 de marzo y cuando aun San Martín no había llegado a Buenos Aires, dió orden para que se le apresase y se le recluyese en el cuartel del Retiro. Ni Pueyrredón, ni ninguno de los políticos argentinos que en ese caso intervinieron, tuvieron la menor idea de hostilizar al famoso caudillo chileno. La reconquista de Chile ya era un hecho. La expedición libertadora había sido larga y costosa y no era, pues, medida de sabia política lanzarse nuevamente en una empresa descabellada, fuera de lugar y con más carácter de aventura que de expedición. Como Carrera se obstinaba en ello, resultó forzoso tomar aquella medida que en modo alguno significaba castigo sino un llamado a la reflexión. La cuestión estaba planteada en estos términos cuando llegó San Martín, precisamente para organizar la flota que debía ir al Perú. Por más imparcial que San Martín hubiera querido ser en aquella emergencia, no podía, sin comprometer los sagrados intereses que le estaban confiados, permitir que Miguel Carrera asomase por las

costas chilenas. El hombre sería todo lo patriota que se quiera, pero su naturaleza era la misma, y estando al frente de Chile los hombres que él había traicionado, era absurdo pensar en incorporarlo a la política militar y dirigente de aquel país. Quiso San Martín, con todo, demostrarle la nobleza de sus sentimientos, y sabiéndolo en el cuartel de granaderos, fué allí un día para entrevistarlo. Como primer acto de urbanidad extendióle la mano, pero Carrera respondió a este gesto escondiendo la suya. San Martín se hizo el desentendido a este desaire y entrando en materia, le significó que él podía ser útil aún a su patria, y que para esto aceptase el ofrecimiento que le había hecho Pueyrredón y que consistía nada menos que en salir para los Estados Unidos llevando la representación diplomática de las provincias argentinas. La arrogancia de Carrera creyó la oferta inferior a sus méritos y obligó a San Martín a subir de diapasón cuando el caudillo infortunado descubrió la verdadera intención que lo animaba. Lo único que quería era regresar a Chile y allí maniobrar a su arbitrio. San Martín le contestó que podía hacerlo, pero que tanto él como O'Higgins estaban firmemente dispuestos a reprimir toda tentativa contra el orden que allí reinaba; insistió nuevamente para que Carrera meditase sobre las conveniencias de aceptar el ofrecimiento que se le acababa de hacer y se retiró.

Peca, pues, contra la verdad de la historia don Benjamín Vicuña Mackenna, cuando al recordar este episodio, nos dice que la visita de San Martín al proscrito Carrera «comenzó por una falsa magnanimidad y concluyó con una amarga ironía» [1].

San Martín entró y salió de la conferencia sin cambiar de ánimo y dispuesto a mejorar la suerte de Carrera. La magnanimidad para el ex jefe en desgracia era mayor que la que le acordaban sus propios compatriotas. Cuando O'Higgins se enteró de los ofrecimientos que le hiciera Pueyrredón a Carrera, no pudo contener su disgusto y dirigiéndose a San Martín escribióle fundamentando sus quejas. «La sagaz ambición de los Carrera, le dice, ha llegado a abrirse un patrocinio en el supremo gobierno de estas provincias; sus benéficas intenciones han sido sorprendidas por la astucia y tramoya de unos hombres que deben de ser proscriptos de estas regiones, si se ha de obrar su libertad. ¿Qué contraste no causaría a los beneméritos restauradores de Chile y a los buenos hijos del país si antes de premiar a los unos y de resarcir, en parte, sus ruinas a los otros, vieran prodigar el caudal público en dotar a los agentes de sus males, a los perversos que ocupados de la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron a Chile a la rabia felina de los españoles? El directorio supremo de la Plata, al interponer por los Carrera su mediación respetable en el oficio que en copia doy a V. E., no previno acaso aquellos antecedentes e ignoraba que estos habitantes les detestan

(1) *Relaciones Históricas.*

y que blasfemarían su suerte y la conducta del gobierno, si presintieran que había disposición a protegerles. Mírense las cosas en su verdadero punto. ¿Merecen los Carrera ser premiados? Y en el concurso de varios meritorios, ¿será política preferir a unos con abandono de otros, o que obre igualdad en todos ellos? He aquí dos únicos problemas que deben resolverse. Los Carrera el año de 1812, premunidos de la parcialidad ciega y criminosa del soldado cuya subordinación y disciplina corrompieron, destronaron las autoridades contituídas por el voto libre y espontáneo del pueblo, ocupando ellos su lugar. Desde entonces cesó el auxilio de la ley y entronizada la arbitrariedad y tiranía, empezó la fuerza a contrastar la opinión pública: Se abrieron un partido entre los europeos y antipatriotas americanos, a quienes se dieron los empleos más interesantes. El patriotismo aislado vacilaba en los medios de restituir la libertad y en esta confusa indecisión, se hizo un delito no ser un faccionista de la familia dominante, y las cárceles, los destierros y presidios fueron poblados por los mejores ciudadanos a virtud de repetidas proscripciones». O'Higgins no se detiene ahí y con su pluma nos traza el estado caótico y anárquico que provocó en Chile la dominación carrerista. Leámosle: «Prendió, dice él, el fuego de la guerra civil; hubieron legiones de bandidos, que sostenidos por los mismos mandones, reiteraban impunemente asesinatos y saqueos. Se autorizó el pillaje y desenfreno de la tropa; se fomentaron celos y desconfianzas entre ese y este Estado; los pueblos se gravaron de impuestos insufribles y el tesoro nacional se hizo objeto de las depredaciones y pródigo desgarro de los Carrera, sus deudos y prosélitos, convirtiéndose por último la Nación en feudo vergonzoso de una casa que se creyó autorizada para cometer toda clase de insultos y delitos. En estos tiempos apareció en Chile la guerra con las tropas de Lima; al absurdo, extemporáneo e irracional sitio de Chillán siguió la absoluta pérdida de la provincia de Concepción, la deposición de los Carrera y con ella, el mejoramiento de las cosas. En aquella época la autoridad que regía el Estado les seguía causa criminal, cuyo proceso existe en mi poder y dirigiré a V. E. oportunamente. Pero ellos, haciendo alarde de sus intrigas y maquinaciones cuando eran llamados con edictos a comparecer en juicio, movían de nuevo las tropas con impudente sordidez, y de un día para otro, aparecen reentronizados y en la silla del gobierno, abatiendo la voluntad general de todo un pueblo que se declaró contra ellos en pública sesión. Principian de nuevo las proscripciones, encárganse de los negocios de la guerra y, bajo su bandera, sucede la derrota de Rancagua y total pérdida de Chile».

La carta, como se ve, es toda una catilinaria, pero O'Higgins no se detiene ahí y le puntualiza las consecuencias de esta política desastrosa. Hace alusión a los caudales y municiones de que se incautó el enemigo y le recuerda a San Martín lo mucho que dieron a hacer a su gobierno, con su emigración a Mendoza, Carrera y sus

secuaces. «He aquí en compendio, dice textualmente, la conducta y mérito de los Carrera; he aquí los servicios que han hecho a la Nación. ¿Y aun se les juzga acreedores a la consideración y premios públicos? Tienen contra sí el odio común y es incompatible entre nosotros su existencia». «Con todo, concluye O'Higgins, en obsequio de la honorable y muy apreciable mediación del supremo gobierno de la Plata, yo estoy pronto a que se les asigne aquello que V. E., de acuerdo con esa suprema autoridad, crea conveniente, conviniendo en que tampoco es justo ni político, que separándoseles a países extraños, se les abandone a la total indigencia; jamás han sido éstas mis intenciones y creo que el pueblo que tengo el honor de mandar hará justicia en esta parte a mis procedimientos. En fin, V. E. queda especial y generalmente facultado —sin perjuicio de los altos poderes de que está revestido— para tranzar y concluir este negocio, seguro que la terminación que se le diere será por mí religiosamente observada y mandada ejecutar en toda su extensión» (1).

Parece ser que el gobierno de Pueyrredón estaba decidido, no sólo a proteger a los Carrera, sino que ya había fijado una suma en remuneración a sus servicios, pues O'Higgins se formula esta interrogante: «¿Se dota con tres mil pesos anuales a don José Miguel Carrera y a proporción a sus hermanos en el momento de extraerlos del país? Pues entonces se autoriza el crimen, en tanto que se premia al delincuente. En efecto, nada más podría apetecer el mejor ciudadano que una asignación semejante para ser feliz en cualquier parte de la tierra». «Yo no tengo poder, agrega, para desangrar a la Nación en favor de sus enemigos y sin que refluya en su felicidad. Los pueblos herirían con justicia mi conducta y sería un motivo de fermentos. Si son delincuentes, castígueseles, y ya que se acordó el destierro, dóteseles con una pensión módica conforme a las circunstancias a que ellos mismos se han hecho acreedores» (2).

El episodio este concluyó como debía concluir; Carrera no fué a Chile, pero logró substraerse a la vigilancia, de forma que abandonando el cuartel de granaderos, cruzó el Río de la Plata y fué a buscar un refugio en Montevideo. Por despecho o por venganza continuó allí, al amparo de la bandera portuguesa, su campaña demagógica y tomó como blanco de sus tiros las provincias argentinas y a Chile que era su patria.

Los planes de San Martín no sufrieron por esto mayor trastorno, y los pocos días que permaneció en Buenos Aires —una semana, según Vicuña Mackenna, unos quince días según Mitre—, fundamentó el acuerdo aquel que puede considerarse como el preliminar en la formación de la escuadra que hizo posible la campaña del

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 573.
(2) *Ibídem*, pág. 574.

Pacífico. De acuerdo con los documentos que tenemos delante, podemos afirmar que el directorio intervino, en este caso, en forma franca y decisiva. Era el 8 de abril, cuando al dirigirse a O'Higgins, San Martín le dice: «Infinitos quehaceres, combinaciones, etc., me han impedido escribir a usted, pero todo va *completamente* (San Martín quiso decir sin duda, «completamente bien» o «perfectamente»). La gran dificultad es la del armamento de los buques, no por la imposibilidad de hacerlo en los Estados Unidos, y sí por no fiar los grandes intereses que se necesitan para ello, en manos poco seguras; pero hoy quedará este punto principal acordado del modo más firme.

«Ya han marchado varios oficiales para ésa; de la mayor parte tengo los mejores informes y mañana salen otros franceses y americanos del Norte, sujetos apreciables. El general Brayer lo verificará igualmente y estoy seguro le tiene a usted de gustar infinito. Saque usted con mil diablos al tal barón de Bellina antes que se cierre la Cordillera. Han marchado para ésa barcos, buques, algunos llevan armamentos. He concluído un tratado de tres mil fusiles y otros artículos muy necesarios para el ejército. A nuestra vista le pasaré a usted un conocimiento. Dentro de cuatro días me pongo en marcha para ver si puedo encontrar cordillera. Lè escribo a Alvarez venga a encontrarme, por ser necesaria su presencia en ésta. Recibí el conocimiento del dinero que trae Sosa. Todo lo dejo arreglado, como diré a usted a nuestra vista. Hágame el gusto de decir a Zenteno que no le escribo por falta de lugar. Bellísima providencia la de Anacleto Martínez. Es éste un malvado que no correspondía estar en el ejército. Aun no se me ha destinado jefe del Estado Mayor; veremos quién va. Pueyrredón está corriente en todo y no dude usted que daremos *el golpe a Lima*. Adiós, mi eterno amigo, hasta que lo abrace su San Martín».

Rara y original misiva, se podrá decir al leerla; pero San Martín no estaba en ese momento para hacer literatura y los informes que le venían en tropel, en tropel y con descuido absoluto de la ortografía —en el caso actual y para claridad de las ideas no hemos respetado su alfabeto—, los estampaba al correr de su pluma, pero como es fácil constatar, su mente está llena de dos preocupaciones: los buques por un lado y la *cosa de Lima* por el otro. La formación de una flota es un problema capital y se resolverá cuando se encuentre la persona en la cual él y el Estado argentino puedan depositar su confianza. La persona surgió y ésta lo fué el respetable ciudadano don Manuel Hermenegildo Aguirre, quien munido de cartas de crédito y con doscientos mil pesos que le facilitó el Estado de Chile se trasladó a los Estados Unidos para negociar allí los barcos que la expedición reclamaba. Según la tradición, las reuniones preliminares de este acuerdo se celebraron en casa de este señor Aguirre y en ellas intervino el general San Martín como representante del Estado de Chile. El acuerdo que se firmó entonces no

se conoce por haber desaparecido su texto original de los archivos secretos del gobierno, pero existen otros documentos que nos permiten conocer lo substancial de este convenio. Después de firmado el acuerdo y estando ya San Martín de regreso en Chile, Aguirre presentó algunas observaciones que el gobierno de Pueyrredón creyó atendibles. Significaba, por ejemplo, que en su opinión «era más seguro que la casa de Deforest abriese crédito al Estado argentino o al de Chile en los Estados Unidos por la cantidad o cantidades que se necesitasen en aquel destino». Pedía además ser facultado para llevar consigo «un sujeto de confianza pública para el caso imprevisto de su fallecimiento». Y finalmente, parecíale que para el caso probable de tener que tratar en nombre del gobierno de Buenos Aires y de Chile con el de los Estados Unidos, «sería conveniente darle algún carácter o consideración invistiéndole con alguna dignidad». El ministro Irigoyen hizo conocer a San Martín estas propuestas y al hacerlo le escribe textualmente: «Con el fin de no aventurar mis resoluciones en la materia, acordé que en la noche del 26 se celebrase un consejo privado con asistencia del mismo Aguirre, y consideradas en él detenidamente las razones que expuso, tuve a bien de decidirme a nombrar, como en efecto nombré, para segundo en la comisión de su referencia, al vista de la aduana de esta capital don Gregorio Gómez, a quien ordeno que como tal, marche a Norteamérica en compañía del expresado don Manuel Aguirre en la inteligencia que a más de la retención de su actual empleo y sueldo, se le abonarán en todo caso de los fondos de la citada comisión los gastos de viaje de ida y vuelta y los de su subsistencia en todo el tiempo que al indicado objeto exista en aquel destino, sin perjuicio de la suma de diez mil pesos que por las tesorerías de esa nación y ésta, se le suministrarán por sólo una vez en remuneración de sus servicios en caso de que al influjo del armamento naval de que van encargados, sea destrozada la tiranía en Lima.

«En consecuencia de las reflexiones que se adujeron en dicho Consejo dispuse también se condecorase con los honores de comisario de Guerra y Marina al principal comisionado don Manuel Aguirre, a quien previne oficialmente, en precaución de la inteligencia que pudiera darse al artículo primero del convenio celebrado, que en el caso de no ser asequible el apresto de las fragatas designadas en el artículo primero y en consideración a la necesidad de dominar el mar Pacífico para las operaciones ulteriores con una fuerza que no pueda ser contrariada por el enemigo, proceda al armamento de seis corbetas de veinticinco a treinta cañones o carronadas, cuidando muy especialmente al revistar los buques ya predispuestos a aparejar para su destino, especialmente los armados por contrata, que todos estén en buen pendiente, con repuesto excedente, con doble de velamen, por lo escasos que de ordinario son los efectos navales en la mar del Sur, y cada buque lleve un

juego de señales y alguna lanilla de repuesto. Se le han franqueado veinticinco patentes de corso, setenta y cinco de cabos de presa y veinticinco de ordenanzas de dicho, con las instrucciones a que es referente el artículo once del citado convenio» (1).

La carta de Irigoyen está fechada el 30 de abril, y el 30 de junio San Martín le contesta que aunque las observaciones de este ciudadano le son bien extrañas por la extensión y complicación que ha querido dar a este negocio, aun con gravamen del erario de ambos Estados, y por encontrarse «empeñada la dignidad de la suprema autoridad en el cumplimiento de los artículos adicionados al convenio», cree él que el gobierno de Chile «asentirá en un todo admitiendo el compromiso a que queda ligado». El 30 de julio, Aguirre encuéntrase en Baltimore y desde allí se dirige al director supremo de Chile en estos términos: «Habiendo llegado a este puerto después de cincuenta y nueve días de navegación, inmediatamente he procedido a poner en ejecución las órdenes de V. E. con arreglo a las instrucciones que obran en mi poder, y aunque me he hallado embarazado en la ejecución del plan, parte por la falta de los quinientos mil pesos que el gobierno de Buenos Aires creyó tener prontos a mi orden en estos Estados, y parte por lo que ha sufrido el crédito de esos gobiernos con el éxito de la expedición del señor Carrera. Sin embargo yo puedo prometer a V. E., que serán infatigables mis esfuerzos hasta conseguir el objeto de sus deseos, de modo que se hallen listos a las órdenes de V. E. en sus puertos dos buques de guerra de la mejor condición a principios de abril próximo, todo bajo la seguridad del religioso cumplimiento de mis promesas por parte de V. E.» (2).

El 20 de agosto, San Martín le escribe a Belgrano esperanzado en el éxito de esta misión: «Nada puede emprenderse con esta fuerza, le dice, sin tener una marítima que nos asegure: al efecto están en Estados Unidos dos comisionados, los que han llevado doscientos mil pesos en dinero y letras abiertas para la compra de cuatro fragatas de treinta cañones para arriba. A más, se han celebrado otras dos contratas de las que esperamos seis fragatas más de igual porte. Dominado el Pacífico, hacer salir la expedición de seis mil hombres y desembarcar en Lima; mi objeto es atacar el foco de sus recursos, y si la capital cae, el resto tendrá igual suerte. Yo espero que en todo marzo venidero estemos prontos» (3).

Pocos días más tarde llególe un comunicado de Irigoyen, pero no para hacerle saber el éxito de la misión de Aguirre, sino su fracaso. En el comunicado, el ministro de Guerra del directorio argentino le dice a San Martín: «Por un buque de Baltimore que ancló el 13 en este puerto con viaje de 60 días ha recibido el Excmo.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 186.
(2) *Ibídem*, pág. 188.
(3) *Ibídem*, t. V, pág. 585.

señor director supremo una comunicación oficial del comisionado don Manuel Hermenegildo de Aguirre, sin fecha, relativamente al asunto de que fué encargado: la copia adjunta instruirá a V. E. del resultado de sus esfuerzos y de las causas que han frustrado el buen suceso de ellas. He leído con disgusto esta desagradable noticia y no puedo dejarla de comunicar a V. E. para su conocimiento y medidas que en tal circunstancia estime conveniente» (1).

La carta de Aguirre a Pueyrredón es un documento histórico sumamente interesante. Expone en él sus gestiones y da a conocer las trabas que las obstaculizaron: «Tuve el honor de comunicar a V. E., dice él, por conducto del señor don Gregorio Gómez, el estado de la comisión relativa al gobierno de Chile y daba satisfacción entonces de los motivos que causaban la suspensión en la terminación de los buques de aquel gobierno. Me es muy sensible ahora informar a V. E. sobre los entorpecimientos y embarazos en que me hallo para despachar aquellos barcos a su destino. Había comunicado a V. E. en mis primeras comunicaciones, que en la entrevista con el señor secretario de Estado interino tratándose sobre la comisión del señor director de Chile, me aseguró verbalmente que buques, cañones, armas y municiones eran artículos de comercio permitidos por las leyes de este país, y que sería proveído por este gobierno en las ejecuciones de aquella comisión, siempre que apareciera como una especulación mercantil en buque y bandera neutral; hallándose ahora en disposición de hacerse a la vela las dos fragatas del Estado de Chile en este puerto de Nueva York, he pasado a Wáshington a consultar con el señor secretario propietario, el señor don James Quincy Adams, y como su contestación se refiere a los abogados del país, después de un maduro examen me informan estos señores de lo siguiente: El acto de preparar y despachar buques armados en guerra, agrupados y tripulados en puerto neutral, es un acto de hostilidad que viola la neutralidad y quebranta las leyes de este país, el administrador de esta aduana se halla facultado por éstas para detenerlos y confiscarle su valor, dividirlo entre el delator y el Estado, y su propietario o la persona que aparece serlo, debe ser encarcelada por diez años y multado en diez mil pesos, como se instruirá V. E. por la ley de estos Estados de 3 de marzo de 1817.

«No obstante que la ley abre camino a su relajación sujetando a fianzas de mucha consideración, puede V. E. estar persuadido que arriesgaré mi seguridad personal hasta el caso de comprometerla, si es preciso, por cumplir las promesas que ofrecí a V. E., aunque arrancadas como de sorpresa a nombre de la patria. No dude V. E., que en cualquier evento no pueden salir los buques de este puerto tan provistos y completos como los nacionales de estos Estados; primero, por ser una violación directa a las leyes de este país; segundo, porque los fondos no son ni pueden ser bastantes para

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 204.

equipar buques armados de la descripción que se pide por aquel gobierno, y tercero porque últimamente, no contando para esta expedición con más fondos que los remitidos hasta aquí por el gobierno de Chile, será imposible (después de satisfecho el valor principal de los barcos) cubrir las fianzas que es preciso dar en este país y que suben a un valor de mucha consideración» (1).

Volviendo, pues, al tópico principal de este capítulo, podemos decir que San Martín no malogró su tiempo y que así como en la conferencia de Córdoba con Pueyrredón planeó la campaña libertadora de Chile, en la que tuvo con él en Buenos Aires hizo otro tanto con la que daría la libertad al Perú. En carta a O'Higgins, y a raíz de estas conferencias, el director argentino podía decir: «Queda dispuesto —la carta tiene fecha 17 de abril— para que pongamos en el Pacífico una escuadra que lo domine. Con esta arma será sin duda aniquilado el último poder de nuestros enemigos. Necesitamos un año más para la ejecución de nuestros intentos, que tendrá su efecto infalible si conservamos el orden interior. A usted le será más fácil que a mí conseguirlo porque manda en pueblos dóciles que no están viciados por las turbulencias; pero yo aseguro que por mi parte velaré sin cesar ayudado de los buenos para perseguir a los díscolos» (2).

Por desgracia, la expedición sobre Lima no se efectuaría en el plazo de tiempo que un director tan entusiasta y ponderado como Pueyrredón se lo imaginaba. Antes de saberla una realidad pasarían tres años en vez de uno, y privado San Martín del apoyo pueyrredoniano, por los trastornos civiles que historiaremos a su hora, no le quedó otro recurso, en primer término, que su genio propio, y el poco oro que bajo el apremio de su propia salvación le proporcionaron los chilenos.

Concluída la tarea que le había traído a Buenos Aires, San Martín pensó en su retorno y así lo hizo, transmitiendo previamente a su ayudante O'Brien las órdenes del caso para ponerse con él en viaje. Recordando esta partida nos dice Mackenna que aquello no fué un viaje sino un galope. Salió San Martín a media rienda de Buenos Aires en los últimos días de abril para encontrar cordillera, como entonces se decía; hizo una etapa en Mendoza y desafiando la Cordillera en momentos en que sus crestas se preparan para recibir el beso helado de los ventisqueros, la cruzó de un salto, y el 11 de mayo, entre los repiques de las campanas y el vocerío de la multitud que lo ovacionaba, llegó a Santiago. «El galope, escribe textualmente el historiador citado, lo había curado de todas sus dolencias y sentía su cuerpo lleno de vigor y su alma nutrida de fe, esta savia del espíritu».

Recordando esta entrada triunfal de San Martín en Santiago, nos

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 206.
(2) VICUÑA MACKENNA: *El General San Martín*, pág. 29.

dice Barros Arana que esta capital ocupó tres días en sus preparativos para recibirlo. Las casas y las iglesias ostentaban la bandera argentina que flameaba a todos los vientos. En los arcos de triunfo se habían escrito inscripciones alegóricas, honrosas para el Libertador, y distintas partidas de ciudadanos montados a caballo y con la bandera azul y blanca en la mano cruzaban los caminos, esperando que por el de la colina asomase San Martín. Cuando éste apareció escoltado por diferentes magnates de Santiago, el pueblo lo recibió con aplausos calurosos. El coche que lo conducía entró en la ciudad bajo los arcos triunfales, y mientras las bandas militares dejaban oír sus tambores y clarines, las damas chilenas arrojaban sobre él sus mejores flores. La ciudad fué iluminada profusamente y se celebraron además otros festejos.

San Martín fué a hospedarse en la casa de los Obispos y al llegar a su habitación encontróse con una rica vajilla de plata, obsequio que le hacía el gobierno de Chile. San Martín se negó a aceptarlo por razones de austeridad, pero aceptó una chacra que, en nombre del pueblo, le pasó en propiedad el cabildo de Santiago. Quiso, con todo, demostrar que aun en la aceptación de este bien no lo guiaba el interés y dispuso que una parte de la renta de esta finca quedase destinada al sostenimiento de un hospital (1).

Cuando San Martín era objeto en Santiago de ese género de demostraciones, la fibra patriótica se sentía exaltada por una grata noticia. En medio de este entusiasmo jubiloso había llegado un parte transmitido por Las Heras en el cual se anunciaba la victoria que las armas patrióticas acababan de tener en frente de Concepción librando la batalla que luego pasaría a la historia con el nombre de «batalla de Gavilán». El día 5 de mayo las fuerzas de Las Heras habían batido brillantemente a los realistas comandados en aquella emergencia por Ordóñez y por Morgado.

Esta victoria tenía lugar después de aquella otra obtenida por el mismo Las Heras en Curapaligüé un mes antes, y si con ella no quedaban desalojados aún los realistas de Talcahuano, se obtenía, por lo menos, la ventaja de sitiarlos en aquella plaza y de cerrarles para siempre el camino de Santiago que afanosamente buscaban.

Antes de principiar la batalla de Gavilán, que lo fué a las seis de la mañana, Las Heras y su pequeño ejército, compuesto de mil doscientos hombres, incluso la columna comandada por Freire, se encontraba acampado en las alturas del Cerro de Gavilán, enfrente de Concepción. Ordóñez, que se había atrincherado en Talcahuano

(1) O'Higgins, que ya se encontraba en campaña, escribióle a San Martín con fecha 7 de mayo: «Escribo a usted con la suposición que haya llegado a ésa. Ojalá así fuera y con completa salud».

El 19 del mismo mes está ya notificado por el mismo San Martín de su llegada a Santiago y entonces le dice: «El feliz arribo de usted en cumplida salud a esa capital, como me lo anuncia en su apreciable de 11 del presente, me ha llenado de regocijo y mucho más grande hubiera sido el haber estado en lo posible que lo acompañase mi señora Remedios». — *Archivo de San Martín*, t. V. pág. 364.

y que contaba, además, con los fuegos de la escuadra, creyó que le sería fácil, no sólo desalojar de allí a los patriotas, sino vencerlos, y dividiendo sus fuerzas entre él y el comandante Morgado lanzóse al ataque haciendo maniobrar al mismo tiempo sus fuerzas de artillería.

La forma ardorosa con que Ordóñez inició su ofensiva le permitió, después de distintas incidencias, ocupar las alturas del cerro de Chepe. Comenzó desde allí un fuego sostenido sobre su enemigo; pero viendo Las Heras que por esta circunstancia su flanco izquierdo quedaba comprometido, cambió de dirección a su tropa y dispuso inmediatamente que los granaderos cargaran con sus sables sobre los cazadores realistas. «La carga, dice él, fué ejecutada con el mayor acierto y bizarría, obligando al enemigo a refugiarse en el cerro Chepe; mas, insistiendo después en su proyecto, volvieron los granaderos a cargarlo y unidos con la cuarta compañía del nº 11, los hicieron retroceder hasta el faldío del mismo cerro, de donde no los dejaban descender. Mientras los patriotas rechazaban de este modo la carga de Ordóñez, Morgado, con su división, se dirigía sobre el flanco derecho de Las Heras. Dice éste que el bravo teniente coronel don Ramón Freire, con cien hombres del 7 y 8 de infantería, salió a recibir a los enemigos y que, reforzado con algunas compañías de granaderos, los atacó a la bayoneta, les quitó dos piezas y los derrotó completamente, una hora antes que la otra división.

La acción terminó a las diez de la mañana, dice Las Heras en su parte, y los enemigos que huyeron vergonzosamente fueron perseguidos por los intrépidos granaderos a caballo, comandados por el sargento mayor don Enrique Martínez y por una división del batallón nº 7 a cargo del sargento mayor don Cirilo Correa.

Esta batalla de Gavilán llevóse a cabo sin que O'Higgins interviniese en ella personalmente en modo alguno. Sábese que el director de Chile, molestado por la aparente lentitud con que Las Heras había procedido en la persecución de los enemigos, habíase puesto él mismo al frente de aquellas fuerzas y que el 9 de abril alejóse de Santiago convencido de que con sola su presencia cambiaría radicalmente este estado de cosas. Por una ironía del destino su marcha caracterizóse por la misma lentitud que la de Las Heras, y después de veinte días de haberla iniciado, no había llegado aún a Concepción en donde Las Heras lo esperaba ansiosamente.

Es de justicia recordar que en ese ínterin Las Heras había obtenido ya el triunfo de Curapaligüé; que bajo estos auspicios de victoria había podido acercarse a Concepción y que acampado allí, en la loma aquella cuyo nombre pronto pasaría a la inmortalidad, tenía en jaque a los realistas ya fuertemente atrincherados en Talcahuano. A O'Higgins, pues, sólo le tocó la suerte de ser un testigo ocular de la victoria; llegó al campo de batalla cuando la derrota realista ya se había pronunciado y sólo tuvo tiempo de ordenar que dos compañías del batallón nº 7, mandadas por el mayor Cirilo Correa,

y que formaban parte de su vanguardia, acelerasen su marcha y se incorporasen a las fuerzas de Enrique Martínez para caer sobre un enemigo ya derrotado y en fuga.

El entusiasmo de O'Higgins por esta victoria fué tal, que ese mismo día, y desde Concepción, dirigióse al director de las Provincias argentinas, congratulándose por tamaño suceso, en esta forma: «La bravura, el honor, la disciplina del denodado ejército de los Andes presenta a la América un triunfo en cada una de sus operaciones. Congratulo a V. E. y a esa capital por el que acaban de adquirir las divisiones al mando del coronel don Juan Gregorio de Las Heras que anuncia en globo la inclusa comunicación confidencial que anticipo a V. E. por no retardar una noticia que debe hacer más célebre el mes de América y aumentar el júbilo de esos habitantes» (1).

En el orden de las relaciones personales, la victoria que en síntesis acabamos de exponer, tuvo la virtud de reconciliar al director chileno en campaña con el jefe argentino. O'Higgins estaba quejoso de Las Heras, como ya lo sabe el lector, pero sin razón fundamental y sólo aparente. Creyendo que la lentitud con que avanzaba Las Heras por el Sur era intencionada, O'Higgins habíase dirigido en queja al gobierno argentino, y como consecuencia de esta queja o denuncia, el directorio de Buenos Aires había dispuesto que la conducta de Las Heras fuese juzgada por una comisión del ejército de los Andes. Esta orden salió de Buenos Aires el 19 de abril, y el 1º de junio San Martín dirigió un oficio a su gobierno para que se suspendiese la ejecución del juicio intentado. O'Higgins, a no dudarlo, había sido víctima de influencias contrarias a Las Heras y principalmente de las quejas que contra este jefe le había hecho llegar el comandante Freire. Era Freire un bravo y benemérito militar; pero acaso por puntillos de amor propio se resistía a militar bajo las órdenes de este jefe argentino. El 30 de marzo y desde Huechuquin, le había escrito a O'Higgins: «Hasta aquí me he desvelado por hacer lo posible en obsequio de la restauración del reino y tengo la satisfacción que no se podía hacer más. He participado con auxilio a la división del teniente coronel Melián, y también con dinero; y de los recursos que tras de mí había dejado para que viniesen en alcance, he oficiado últimamente para que se remitan al coronel Las Heras. Mas ahora quiero que usted, bajo algún pretexto, me llame y quedo en el seguro que así lo ha de hacer. Hablándole con la confianza que siempre me ha franqueado, este jefe no hará de mí aprecio alguno, según diviso, y yo no quiero exponerme a que se llegue el caso de servir bajo las órdenes de quien a él le dé la gana». Dice luego que los entretenimientos en bailes tienen la culpa de que no se haya concluído la obra y que ya era tiempo de haber estado en Concepción. Esto ha dado lugar para que

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 141.

el enemigo «se fortifique en Talcahuano y espere auxilio de Lima». «Han trabajado tan despacio, agrega, que han tenido tiempo hasta para traer a su cueva los cañones de las fronteras y no dejar cosa alguna de provecho desde el Itata. Están cobardísimos y cualquier fuerza hubiera bastado a cumplirlo, pero ahora cuesta trabajo; así me lo temo».

Freire no se contentó con presentar estas quejas, y un día después las acentúa diciéndole a O'Higgins que después de haberse reunido allí con el coronel Las Heras insiste nuevamente para que se le aparte del servicio de esa campaña. «Quisiera tener a la vista a usted para referirle un pormenor de cosas que le habían de obligar a concederme mi solicitud».

El primero de abril lo encontramos en Florida, y desde allí escribe a O'Higgins para informarle del progreso que habían hecho en las marchas. «Estas hasta aquí, le declara, han sido felices y llenas de prosperidad, aunque con alguna incomodidad por defecto de las caballerías, pues el enemigo arrasó con todas ellas luego que tuvo noticia de la desgracia de sus armas en esta capital».

Esta declaración no es óbice para que cuatro días más tarde diga lo contrario. «Repito a usted, escribe desde el mismo campamento de Florida, el 4 de abril, por mi licencia y luego la espero, que no veo providencias que me satisfagan, sí sólo pantomimas y pinturas. Tenga usted por cierto que si estos restos dan que hacer, como me lo temo, es por causa de demora del ejército en sus marchas. Todavía quería Las Heras pasar en el Membrillar hasta que llegase el número 7. Tuve que hablarle con mucha claridad, nada menos que llegarle a decir que de nada servía el haberle yo amolado en demoler trincheras en Chillán, supuesto que se les daba lugar a formar otras en Talcahuano. En fin, cada día vivo yo más disgustado, que nada me ha faltado para dejar la división y decir que echen mano de otro. Sobre todo bastante he servido; bueno será que descanse» (1).

(1) Los testimonios del propio Las Heras nos demuestran que desde que abandonó Santiago encontróse con no pocas dificultades que obstaculizaban su misión. «Yo había pensado, le escribe a O'Higgins desde Talca, no tener que mezclarme en éste ni en los demás pueblos del tránsito en nada que no fuera puramente militar, pero cuando todo lo he hallado enteramente descabellado y de consiguiente sin tener a quien recurrir por auxilios, uniendo V. E. a esto que esta provincia es la más asolada por los enemigos, me he visto en la necesidad de tener que dar la cara con la firmeza necesaria al cumplimiento de algunas providencias, anteladas por Freire y que ni el gobierno ni el comandante militar ponían en ejecución». Es cierto que Las Heras cuando aceptó este comando lo había hecho con cierta repugnancia. Se encontraba en mal estado de salud y el 2 de marzo había solicitado licencia para ir a los baños de Cauquenes. Pero ante todo y sobre todo era él un militar y decidió sacrificarse, esperando que luego que las armas de su mando ocupasen a Concepción, se le otorgaría la licencia solicitada. El 13 de abril dirígese nuevamente a O'Higgins y le dice: «Estoy ansioso hasta recibir órdenes terminantes de usted, porque a la verdad, mi amigo, usted que debe conocer mi genio se persuadiría que yo no soy para obrar pasivamente, que por mi responsabilidad trato de cubrirme». Después le agrega: «Ahora mismo le escribo a Ordóñez particularmente y le incluyo

Fué a raíz de estas lamentaciones que O'Higgins salió de su pasividad y se dirigió a San Martín, que aun se encontraba en Buenos Aires, haciéndose eco de las quejas que insistentemente le llegaban. «Cuando ya no debía haber, dícele en su oficio del 9 de abril de 1817, ni sombra de enemigo, se halla éste rehecho y atrincherado en Talcahuano con fuerza de más de mil hombres, según la mejor noticia. He aquí el resultado de la criminal indolencia del jefe de nuestras divisiones del Sur. Pero hay más: el batallón nº 11 ha sufrido una espantosa deserción, su baja excede a la mitad de su fuerza; su insubordinación escandaliza; la anarquía y desolación tala los pueblos de más allá del Maule; los grupos de bandidos formados de los mismos desertores todo lo saquean y destruyen. Lea V. E. la copia que le incluyo de la junta de Guerra tenida por los nuestros a catorce leguas de Concepción. Esta capital ya la habrán ocupado, pero la guerra se dilata a un tiempo indefinido. En estos apuros he acordado salir yo mismo a darle movimiento con el batallón nº 7 y un escuadrón de Granaderos a caballo que mañana van a romper marcha y a quienes seguiré dentro de dos días».

Dícele luego que es la única providencia que en ese conflicto ha podido tomar; que la capital queda en quietud y que el coronel don Hilarión de la Quintana al mando de las armas, y don Manuel Recabarren al frente de lo político, en calidad éste de intendente, «ase-

la de Marcó que me remitió el general San Martín. Le hablo de un modo decente y decoroso sin convidarlo a nada; veremos qué resulta y avisaré a usted».

«Ordóñez me ha contestado muy políticamente, escribe Las Heras el 17 de abril, y aunque dice que la carta que le incluí de Marcó es de ningún valor, por haber sido arrancada a la fuerza, ha retractado sus providencias con respecto a los víveres que antes había negado a los prisioneros de la Isla». Dice luego que los enemigos no han hecho ningún movimiento que indique algo, pero que a pesar de esto, se mantiene él en la posición y que estaba «dispuesto a recibir un ataque cuando querían venir». Concluye esta carta diciéndole a O'Higgins: «Venga el nº 7, que sin él, crea usted, no se concluye la campaña en este invierno».

Como se ve, Las Heras nos habla de una carta a Ordóñez y nos dice, además, que esta carta es de Marcó y que a él le fué remitida por San Martín. ¿Qué decía en ella el prisionero realista? El punto este se presta a mil conjeturas como es evidente. Tomado prisionero por el capitán Aldao, Marcó fué transportado a Santiago y allí fué presentado a San Martín. Como lo hemos visto, la entrevista del vencedor y del vencido se prolongó por un espacio de dos horas, pero ni uno ni otro dejó traslucir lo que allí se había conversado. ¿Pidióle algo San Martín? ¿Significóle a Marcó la conveniencia de que él se dirigiese a los otros jefes fugitivos para que abandonasen la causa del Rey y aceptasen una honrosa capitulación? La conferencia tuvo lugar en la mañana del 22 de febrero, y cuando San Martín se alejó de Santiago para Buenos Aires, 10 de marzo, Marcó quedaba prisionero en la capital. Conjeturamos, pues, que la carta en cuestión debió haberla escrito Marcó por esos días y que la dirigida a Ordóñez estaba relacionada con alguno de los puntos que insinuamos; pero cualquiera que haya sido el objeto de esta misiva, consta que Marcó le escribió a Ordóñez empeñándose por la causa patriótica, pero que Ordóñez cerróse a la solicitud o porque esperaba triunfar o porque así se lo dictaba su convicción.

Para San Martín, Ordóñez no era además un personaje desconocido. Había sido su conmilitón en sus campañas peninsulares contra Napoleón y fué en Cádiz donde entablaron amistad. Fué por esto, según un propio sobrino de Ordóñez, que el brigadier español, una vez hecho prisionero después de Maipú, al encontrarse con San Martín, se acercó a él con un abrazo.

guran el orden y tranquilidad interior». «Si no yerran mis cálculos, escribe, aunque las aguas ya inundan aquel país, todo va a ser concluído en veinte días y mi pronto regreso es una consecuencia» (1).

Al recibir este oficio, el general San Martín lo transmitió a su gobierno, quien con fecha 25 de abril y cuando ya éste había abandonado a Buenos Aires, contestóle que aunque las medidas adoptadas por él — es decir por San Martín —, para terminar con brevedad las operaciones emprendidas con los realistas, lisonjeaban la esperanza de aquella superioridad, se prometían de los conocimientos, prudencia y celo que lo distinguían las providencias más oportunas al intento. Recomendábale al mismo tiempo «el más inflexible rigorismo en la exactitud de la disciplina militar».

Pero una vez en Chile, San Martín conoció la verdad de lo sucedido, y convencido de que Las Heras no era susceptible de penalidad alguna, lo amparó con su protección. O'Higgins mismo, como ya se ha visto, no insistió en la supuesta «criminal indolencia» que fundamentaba su oficio-queja al directorio, y la ausencia de veinte días, que él calculaba como suficiente para arreglar aquellos entuertos, se prolongó por un año y sólo terminó en realidad cuando San Martín reforzó la reconquista con su segunda victoria en los llanos de Maipú.

A su regreso a Santiago encontróse San Martín con otras novedades. O'Higgins había partido para dirigir en persona las operaciones militares en el Sur, y en su lugar había dejado con el carácter de director interino al pariente político del Libertador, el coronel don Hilarión de la Quintana.

Desde que asumió el poder, chocó éste con el carácter de los chilenos y convencido de que para permanecer en el mando le sería necesario extremar en algún sentido la disciplina, optó por dimitir y envió a O'Higgins su renuncia. Este la recibió estando en Concepción, pero la guardó, y no quiso ni aceptarla ni rechazarla esperando que San Martín llegase de un momento a otro. «Antes de recibir la apreciable de usted del 18 del pasado a que contesto, le dice el 5 de junio desde Concepción, había llegado a mí la renuncia de Quintana, y como aun ignoraba la determinación de usted acerca del particular, no se ha contestado ni pienso contestarla, hasta que usted me anuncie el giro que haya dado al decreto y oficios que acerca del particular le tengo dirigidos». Y luego le agrega: «Yo me conformo con todo lo que usted resuelva; mas estoy cierto que usted daría al gobierno todo el vigor y fuerzas que las presentes circunstancias piden, no obstante que Quintana es bastante vivo y activo» (2).

En la carta del 18 de mayo a que alude O'Higgins, San Martín le decía a éste que no se fijase en él para con el directorio: «Sé

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, t. II, pág. 139.
(2) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 370.

que Quintana ha hecho su renuncia, le escribe en ese entonces. Si usted la admite, no se le pase por la imaginación el delegar en mí en la inteligencia que no lo admito».

Pero O'Higgins, que ya lo había hecho de oficio, dejaba pasar los días esperanzado en que San Martín cambiase de parecer y aceptase el ejercicio de su mando, convencido de que estando en sus manos las cosas marcharían con mejor acierto. Por rara coincidencia, que nos complacemos en señalar, el día y mes en que O'Higgins insistía en su ofrecimiento desde Concepción, San Martín insistía en su renuncia desde Santiago. «Me es imposible, le dice a O'Higgins en esa fecha, poder admitir la dirección que la bondad y amistad de usted me había confiado sobre lo que contesto de oficio. Usted sabe mis compromisos públicos y la imposibilidad de faltar a ellos, y por lo tanto ruego a usted que por el bien del país y por la opinión pública, nombre a otro que a Quintana; éste es un caballero, pero el país se resiente que no sea un chileno el que lo mande. Interin usted viene, podía nombrarse un hombre de bien y amable, pero con carácter, que desempeñase este empleo» [1].

La renuncia de Quintana fué aceptada y el interinato que San Martín había rechazado fué confiado a una junta compuesta toda ella de chilenos. La junta se instaló solemnemente el 8 de septiembre y quedó en función hasta el momento en que la defensa del país obligó a concentrar el poder en una sola mano y el general don Luis Cruz fué designado como director interino.

«Es una calumnia hecha a la historia, escribe don Benjamín Vicuña Mackenna rememorando estos acontecimientos, la del *vasallaje argentino* que se imputa a nuestra patria en los años en que San Martín fué nuestro primer inspirador, mas no nuestro amo». Recuerda éste que San Martín pudo haber sido el supremo mandatario de Chile y, sin que nadie se lo impusiera, renunció a este honor contentándose solamente con ser el generalísimo de su ejército. En su sentir esta especie tiene un solo origen y «es sólo una herencia de los celos de nuestros abuelos, que si es cierto tenían puntos de un honroso pundonor, también eran dados a piques y susceptibilidades de pequeño bulto.

«San Martín, escribe textualmente, no tenía otro pensamiento, otro anhelo, otro trabajo que el de organizar una expedición a Lima, sin cuya caída él juzgaba, y a fe que era un alto y acertado juicio, que jamás la América española podría conquistar su independencia. Chile no era pues para él ni un desenlace ni una conquista. Era simplemente una ruta militar que le era preciso seguir hasta golpear con sus cañones las puertas del poderoso virreinato que tenía en jaque a los independientes de la América por todas sus fronteras. Mendoza había sido su primer campamento, Santiago era el segundo y Chacabuco no fué para él sino una maniobra feliz por

(1) *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins*, pág. 371.

la que había conseguido trasladar sus reales de una falda a otra de la gran cordillera. Vencida la valla de las montañas, quedábale ahora por hacer la indispensable y más ardua jornada del Pacífico, y así, todo lo que él pedía a Chile, a quien llamaba entonces la ciudadela de la América, eran soldados, armas y buques, sin querer por nada en el mundo apartar sus ojos a otra parte, fijos en las almenas de la Ciudad de los Reyes en cuyo recinto él trazaba ya con su vista de águila la inmensa sepultura del coloniaje».

«San Martín, concluye éste, no fué pues un hombre, ni un político, ni un conquistador: fué una misión. Alta, incontrastable, terrible a veces, sublime otras, él la llenó; y es sólo visto bajo ese aspecto providencial y casi divino como la historia deberá hacerse cargo de su grande nombre y de su gran carrera, llena de una unidad tan admirable en el decenio cabal que duró su papel histórico de libertador» (1).

Por una rara casualidad la llegada de San Martín a Santiago coincidió, como ya lo ha podido comprobar el lector, con la victoria de las armas patrióticas en Gavilán. Eran éstos para Chile dos acontecimientos de la más alta importancia, y siendo el mes de Mayo el mes de América, la oficialidad del ejército de los Andes resolvió solemnizar el día patrio de los argentinos, que lo era el 25 de dicho mes, con una fiesta militar y religiosa en la cual la bandera del Estado libertador y del Estado libertado se entrelazasen en símbolo de radical simpatía.

Para esto, el jefe del Estado Mayor, general don Miguel Brayer, lanzó un decreto disponiendo que el día 25 de Mayo, a las nueve de la mañana, una compañía de granaderos del batallón nº 8 se encontrase reunida delante del palacio que ocupaba el general San Martín, con su música, y municionada a tres cartuchos sin bala por cada hombre (2).

Otra compañía de veinticinco hombres, pero del regimiento de Cazadores, debía encontrarse igualmente allí reunida con cuatro piezas de artillería. «Se nombrarán dos oficiales portaestandartes, dice textualmente este decreto, en la clase de capitanes, uno del ejército de Chile y otro de los Andes, para conducir los pabellones nacionales, entendiendo que el del ejército de Chile llevará el de las Provincias Unidas y viceversa. A la salida del general con su

(1) *Vida del General de Chile don Bernardo O'Higgins*, pág. 369.

(2) Por esos días el delegado argentino, don Tomás Guido, presentó al gobierno de Chile sus credenciales. En nota oficial del 14 de mayo éste lo comunica así a su gobierno y declara que: «la majestad y aparato con que se ha distinguido la investidura política que V. E. tuvo la bondad de confiarme, manifiesta la sinceridad de los sentimientos de este gobierno por la unión perpetua de ambos Estados y aquella favorable disposición que produce la gratitud». «Yo he creído de mi deber, agrega, felicitar a V. E., el director supremo, por la libertad del reino y significarle las nobles aspiraciones de V. E. en los términos de la copia adjunta. Su honrosa contestación descubre la sinceridad de sus deseos y cuanto es de esperarse en obsequio de las relaciones recíprocas de ambos países». *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 21.

comitiva, cuatro hombres y un cabo de cazadores de la escolta se colocarán a vanguardia abriendo el paso. Seguirá la comitiva, y a su retaguardia la compañía de Granaderos de infantería llevando en su centro al porta con el pabellón de las Provincias Unidas y detrás las piezas de artillería, dirigiéndose al palacio del director supremo don Bernardo O'Higgins y cerrando la marcha el resto de Cazadores de la escolta.

«Al llegar a palacio se formarán en batalla, y batiendo marcha con las armas presentadas, recibirán el pabellón de Chile que se colocará a la derecha del de las Provincias Unidas, quedando las tropas con las armas al hombro hasta la incorporación del director supremo a la comitiva, que volverá a su formación en columna, siguiendo la marcha regular hasta el templo de San Francisco.

«Los pabellones se colocarán en el presbiterio en dos pedestales, llevando siempre el de la derecha el de Chile; al evangelio tomarán los portas los pabellones y dirigiéndose así al diácono que lo canta, los dejarán en medio. En este acto, la oficialidad mantendrá las espadas desnudas hasta concluírse el evangelio. Entonces, los pabellones serán colocados en sus pedestales y las espadas en la vaina. Al alzar, los portas tomarán otra vez sus pabellones y con una rodilla en tierra los mantendrán inclinados sobre su frente hasta que baje el cáliz. Finalizada la función, volverán los portas a tomar los pabellones y bajando a tomar el centro de la compañía que estará formada en el atrio del templo, regresarán a la posada del general, acompañándole con la comitiva».

Concluye el decreto diciendo que la infantería y la artillería harán tres salvas: una al comenzar la misa, otra al alzar, y otra a su conclusión. Dice que el día 25 al salir el sol se hará una salva en el fuerte de Santa Lucía, que los oficiales francos a las ocho de ese día deben asistir a la casa del jefe del Estado Mayor y que el cuerpo de artillería de Chile designará al capitán que lleve la bandera de Buenos Aires y el batallón nº 8 al que haga otro tanto con la bandera de Chile.

Como se ve, la bandera chilena hizo su pública aparición después de Chacabuco, bajo la sombra auspiciosa de San Martín y custodiada ritualmente por el ejército de los Andes. Componíase esta bandera de tres fajas horizontales, azul la de arriba, blanca la del medio y amarilla la tercera. Esta última fué reemplazada por una colorada, pero esto sólo a partir del 18 de octubre de 1817. Barros Arana nos dice que no existe, o no se ha podido descubrir, el decreto que sancionó esta innovación — el decreto había sido firmado por el ministro Ignacio Zenteno en aquella fecha —, pero todas las banderas que comenzaron a usarse después, incluso la que se enarboló al jurarse la independencia de Chile, reemplazaron el amarillo por el rojo.

El inventor de esta bandera lo había sido el general Carrera. Cuando éste se posesionó del Estado de Chile, comenzó a menos-

preciar, como lo dice Amunátegui, los usos establecidos, y eligiendo aquellos tres colores, azul, blanco y amarillo, formó con ellos la primera escarapela chilena, y aun la bandera que el 9 de julio de 1812 fué enarbolada al lado del pabellón de los Estados Unidos cuando en Santiago se festejó por la primera vez la independencia de aquella república americana.

Cuando por orden de Carrera, esta bandera fué izada en la casa de moneda de Santiago el 18 de septiembre de 1812, segundo aniversario de la instalación del gobierno nacional en Chile, en la portada principal de este edificio extendióse un lienzo ostentando en su centro el escudo de la nueva nacionalidad. Según documento que tenemos delante, los atributos que lo componían tenían la siguiente significación: La estrella radiante sobre el mundo, era la luz que disipaba las tinieblas de América oprimida durante tres siglos por el despotismo de ignorancia y la barbarie política; el globo, al cual le servía de sostén una columna, era la figura del terreno que comprendía la América meridional, desde el cabo de Hornos hasta Panamá; la palma y el sable que lo coronaban simbolizaban los amigos del nuevo sistema político y la voluntad de todos ellos para combatir contra los opresores y tiranos; la columna era el reino de Chile dispuesto a sostener el gran sistema político y continental, mancomunando para esto las demás provincias que entran en la confederación meridional de América.

Este escudo ostentaba dos estatuas y era la una Minerva, la diosa de la sabiduría, extendiendo su mano protectora sobre la gran columna, y la otra, el dios Marte, dios de la guerra, para que se viese que la libertad pedía conjuntamente la ilustración y la disciplina del soldado. Con el primero de sus motes: *Post tenebras lux,* quería significarse que la felicidad iba a suceder a la servidumbre, y con el otro: *Aut conciliis, aut ense,* la firme voluntad de imponer sus derechos por medio de la razón o por la fuerza (1).

(1) *Archivo de la Nación Argentina,* vol. II, pág. 247.

CAPITULO V

San Martín en Santiago de Chile

SUMARIO: La edad en la vida del hombre. — Retrato físico de San Martín. — El uniforme de granaderos era por él el preferido. — Su vestido familiar. — Su tenor de vida militar en Santiago. — Lo que comía y a qué hora comía. — San Martín gran conocedor de vinos. — Sus paseos a pie y a caballo. — Lo que era Santiago cuando llegó allí San Martín. — Las tertulias organizadas por él en Palacio. — Estas tertulias tenían un carácter culto, patriótico y significativo. — Familias que asistían a ellas. — San Martín en todas partes. — Anécdota en que interviene San Martín y la señora del Solar. — Fiesta dada por San Martín en honor del comodoro Bowles. — Recuerdos dejados por él y por *la corte porteña en Santiago*. — Piezas que ocupaba él en Palacio. — El inventario de su dormitorio. — Obsequio de diez mil pesos que le hace el cabildo de Santiago. — San Martín lo agradece pero lo destina para la fundación de la Biblioteca nacional. — Oficio que con tal motivo le dirigen los cabildantes. — A su regreso de Buenos Aires se le obsequia con una vajilla de plata. — La rehusa y pide que se le suspendan sus sueldos. — Hilarión de la Quintana y Luis de la Cruz le ponen reparo a esta decisión. — El cabildo de Santiago le obsequia una chacra. — La acepta San Martín, pero destina parte de su renta para un hospital de mujeres. — El padre Bauzá, su ecónomo y su capellán. — Una nota con que éste cierra su primer balance. — Bauzá y el arriendo de la chacra de San Martín. — Contento de Bauzá al encontrarse el catre de San Martín perdido en Chacabuco. — «Ni aquí ni en Buenos Aires, le dice en una carta, hay un alma que lo aborrezca». — «Por el amor a la patria, no se incomode», le dice un día al saberlo blanco de la calumnia. — El padre Bauzá nombrado provincial. — Una amistad más simbólica que la del padre Bauzá con San Martín.

Una razón de lógica y de oportunidad obligános a interrumpir el relato relacionado con la reconquista de Chile y a detenernos ante San Martín para evocarlo tal cual se destaca en el escenario de América, en ese momento épico de su trayectoria.

Por de pronto, no deja de sorprendernos una coincidencia y la constituye ésta el hermanarse su victoria de Chacabuco con el aniversario de su natalicio. San Martín no nació el 12 de febrero, sino el 25 de ese mismo mes, y habiendo venido a la vida en el año de 1777 según lo establece nuestra cronología, el día en que su sable venció a los españoles a las puertas de Chile entraba él en la cuarentena.

La edad juega un papel decisivo en la vida del hombre. No es ella el todo en el secreto del éxito, pero a veces lo explica, como

a veces también lo malogra o lo entorpece. Esto no se puede decir de San Martín, pues siendo la suya una vida disciplinada y rectilínea, al llegar a la época de la madurez llegó armonizando con admirable equilibrio el juicio y los instintos.

Las personas que en ese entonces lo conocieron están contestes al hacernos el retrato de su físico, en presentarnos al héroe de los Andes como un hombre de fuerte musculatura, bien proporcionado en sus formas, de garbo marcial, alto, y de vivo y cautivante despejo. Su cabeza no era grande ni chica. Distinguíase por lo ajustado de sus proporciones y al caminar la llevaba serena y erguida. Su rostro — óvalo casi perfecto — se veía bañado por el color de su tez, acentuadamente morena. En él sobresalía una frente espaciosa y si se quiere enigmática, lo mismo que una barba cuya recia anatomía servía para transparentar una voluntad tenaz y sin apetitos sensuales. Sus orejas no desentonaban en este conjunto de relieves fisionómicos. Sus proporciones eran discretas, y se mantenían erguidas como recogiendo las órdenes de una voluntad superior y vigilante. Sus labios eran naturalmente acarminados y expresivos, y por entre una boca cuyos ángulos se abrían con discreta mesura dejaba asomar una dentatura blanca y pareja. Su nariz era larga, aguileña y bien perfilada, y la cabeza que coronaba este todo cubríase de una cabellera abundante, lacia y renegrida.

Los más pronunciado de su rostro eran sus cejas arqueadas, renegridas y bien pobladas, como lo eran igualmente sus pestañas. Antes de la reconquista de Chile usaba bigote, pero a partir de ese momento lo suprimió, y amoldándose a la usanza impuesta por la moda masculina, conservó sólo sus patillas que las usaba cortas y recortadas. Lo que más impresionó a Samuel Haigh, cuando lo conoció en Santiago de Chile por aquellos días de la epopeya de Chacabuco, fueron sus ojos, que eran grandes y negros, y de los cuales se desprendía, como lo dice él, «el fuego y la animación». Al decir de Espejo, que tan bien lo conoció, su mirada era vivísima. Sus ojos no estaban quietos ni un momento. «Era una vibración continua, escribe, la de aquella vista de águila; recorría cuanto le rodeaba con la velocidad del rayo, y hacía un rápido examen de las personas sin que se le escaparan aun los pormenores más menudos».

La naturaleza quiso completar, por así decirlo, este conjunto de atributos, y porque ya lo tenía predestinado para hacer un conductor de multitudes y lanzar órdenes, dotólo de una voz naturalmente entonada, de timbre claro y varonil, voz que al mismo tiempo era rítmica, suave y penetrante. «Su bella figura, su aire de superioridad y esa suavidad de modales a que debe principalmente la autoridad que durante tanto tiempo ha ejercido, escribe Mary Graham, le procuran muy positivas ventajas». Esta misma escritora, que trató a San Martín a su vuelta de Chile, pondera sus modales que los encuentra finos y elegantes, para concluir diciendo: «No tengo inconveniente para creer lo que he oído: de que en un salón de

baile pocos hay que le aventajen». Otro contemporáneo, y que por razón de figurar en el cuerpo de sus íntimos puede darnos sobre él un testimonio exacto, el coronel don Alejandro Pueyrredón, nos dice que cuando hablaba «era siempre con atractiva afabilidad, aun en los casos en que tuviera que revestirse de autoridad. Su trato era fácil, franco y sin afectación, pero siempre dejándose percibir su espíritu de superioridad que ha guiado todas las acciones de su vida. Tanto en sus conversaciones familiares, cuanto en los casos de corrección, cargo o reconvención a cualquier subalterno suyo, jamás se le escapaba una palabra descomedida o que pudiese hollar al amor propio individual. Elegía siempre el estilo persuasivo, aunque con frases enérgicas, de lo que resultaba que el oficial salía de su presencia convencido y satisfecho, y con un grado más de afección hacia su persona. Jamás prometía alguna cosa que no cumpliera con exactitud y religiosidad. Su palabra era sagrada. Así todos, jefes, oficiales y tropa, teníamos una fe ciega en sus promesas».

En el vestir no era San Martín menos republicano que en sus actos. Su uniforme habitual era el de Granaderos a caballo y consistía éste en una casaca y en un pantalón de paño azul, no teniendo la primera de estas prendas más adorno que las charreteras y dos granadas bordadas en oro en el remate de cada faldón. El pantalón lo usaba bastante ajustado y esto para calzar las botas granaderas cuya caña subía hasta la rodilla.

A veces no usaba las botas, y en ese caso reemplazaba el pantalón ajustado por otro de mayor amplitud que lo cerraba en el empeine del pie con una guarnición de charol en su extremo. Su sombrero era el sombrero apuntado o falucho con forro interno de hule, y que por todo adorno tenía la escarapela nacional y unas borlas de canelón de oro en cada pico. El sable era su arma habitual. Lo llevaba pendiente del cinturón de cuero cuyo atributo decorativo era una granada y lo mantenía siempre perfectamente bruñido.

Sólo en las grandes ceremonias usaba un uniforme más lujoso, y entonces se presentaba en público luciendo los entorchados y cruzando su pecho con la banda azul con que lo ha inmortalizado sobre el lienzo el pintor Gil. Este retrato fué pintado precisamente después de Chacabuco y el autor hase esmerado en reflejar con su pincel, más que lo fisionómico del personaje, lo marcial. La expresión del héroe tradúcese aquí por una extrema dureza que no era la de San Martín, pero en cambio destácase en este lienzo una postura rígida y soldadesca.

En la vida íntima o de cuartel, reemplazaba San Martín este uniforme con una simple chaqueta azul igualmente, pero larga y holgada, guarnecida con ribetes de piel y que la cerraba con cuatro muletillas de seda negra puestas a cada lado de la casaca. En invierno se vestía además con un levitón que le llegaba hasta el tobillo, con bolsillos a cada lado y con botones dorados para abrocharlo.

En lugar del elástico usaba un gorro en piel de marta de Rusia con un galón dorado en su visera. Ese mismo levitón o sobretodo servíale para sus paseos; pero en ese caso ceñía el sable y reemplazaba el gorro por el sombrero elástico.

«San Martín, nos dice Vicuña Mackenna, no era un hombre de mañana, ni de siesta, ni de cena», como eran casi sin excepción los hombres nacidos en la colonia, antes que los despertara la diana de la revolución. Invariablemente se levantaba a las cinco de la mañana, escribía entonces sus minutas y recibía a su secretario, que lo era desde Mendoza don José Ignacio Zenteno. A las diez de la mañana daba audiencia a los jefes de los diversos servicios: ministros, jefes del ejército, comisarios, tesoreros, y aun hasta los simples soldados para los cuales era muy afectuoso. A la una del día hacía su almuerzo que era en rigor su única comida, pero para esto, según el escritor citado, no escogía «ni el boato ni el deleite de su corte militar, sino que se refugiaba invariablemente en la cocina y allí sobre una tosca mesa se hacía servir, como en el campamento, lo que más apetecía su débil estómago o probablemente lo que estaba más pronto para su parco apetito de soldado. Eran éstos los momentos de expansión y de confianza que elegía San Martín para los suyos: era ése el cuarto de hora de los favoritos y frecuentemente le hacían compañía uno o dos de sus íntimos: Necochea o Lavalle, Alvarado o Paroissien, Quintana o el general Blanco Encalada, a la sazón simple comandante. Su compañero de habitación, el coronel Guido, presidía la mesa de Estado que se servía con profusión a las cuatro de la tarde por el famoso Truche, de gastronómica memoria.

«Lo más que hacía el general en obsequio del buen humor y del apetito de su robusto Estado Mayor y de sus diarios convidados era acompañarlos a beber el café de sobremesa, entregándose en esas ocasiones, con el chiste de un criollo y la afabilidad de un compañero de armas, a las alegres anécdotas que siguen al festín» (1).

Otro personaje, don Alejandro Pueyrredón, que fué su ayudante, nos dice que en su sistema alimenticio era parco en extremo, aunque su casa y su mesa estuviesen montadas, como lo estaban, a la altura correspondiente a su rango. «Siempre asistía a la mesa, nos dice él, pero a presidirla de ceremonia o de tertulia. El comía solo en su cuarto a las doce del día un puchero sencillo, un asado con vino de Burdeos y un poco de dulce. Se le servía en una pequeña mesa, se sentaba en una silla baja y no usaba sino sólo un cubierto: y concluída su frugal comida, se recostaba en su cama y dormía un par de horas. Luego se levantaba y se vestía como para asistir a la mesa. A las tres de la tarde, cuando la mesa estaba servida y presentes el secretario, sus edecanes, el oficial de guardia y alguna otra persona, él se presentaba y tomaba su asiento. Como asistía

(1) *Relaciones Históricas*, pág. 36.

sólo de tertulia, después de servir la sopa, entablaba conversación de cosas indiferentes, de noticias locales o de otros asuntos, pero jamás hablaba de política». Nos dice este mismo personaje que San Martín era gran conocedor de vinos y que se complacía en hacer comparaciones entre los diferentes vinos de Europa que nombraba uno por uno describiendo sus diferencias, los lugares en que se producían y la calidad de los terrenos en que se cultivaban las viñas. «Estas conversaciones las promovía, escribe textualmente, cuando había algún vecino de Mendoza o de San Juan y sospecho que lo hacía como por una lección a la industria vinariega a que por lo general se dedican esos pueblos. Otras veces hablaba de las guerras de Europa y en particular de la Península, en cuyas ocasiones refería con gracia y jocosidad diversos pasajes y episodios muy interesantes». Por la tarde, después de la mesa, volvía al trabajo de su escritorio en el cual, como todos lo reconocen, era incansable, y por la noche, después de tertuliar con algunas visitas, tomaba una pequeña colación y se recogía a su cuarto a descansar.

Vicuña Mackenna nos cuenta, recogiendo en esto los informes de Guido y de otros personajes del séquito de San Martín, que por la tarde hacía un prolongado paseo envuelto en su capa militar por los tajamares y por la Alameda, que era entonces el paseo en boga. «A las ocho de la noche, declara éste, volvía al trabajo, especialmente para imponerse de la correspondencia del día, y a las diez se echaba, fatigado, en su duro catre-cofre. En el palacio de los opíparos obispos de Chile, que tenían por tributarios siete conventos de monjas, San Martín comía en la cocina y dormía en el mismo colchón que le había servido en los páramos de la Cordillera».

Recuerda este mismo escritor que esta vida austera, sobria, dura, casi cruel por su labor y por sus privaciones, «estaba agravada por profundas dolencias físicas que realzaban su energía». San Martín, aunque dotado de una constitución generalmente robusta, sufría una profunda irritabilidad de estómago. San Martín experimentaba igualmente frecuentes ataques de reumatismo y de una manera especial sus dolores se localizaban en la muñeca del brazo derecho. Su médico, que lo era el doctor Zapata, lo atendía con singular solicitud y para calmar sus dolores aconsejóle el uso del opio, droga que sólo tomaba San Martín en los accesos de su fatiga.

En sus paseos a caballo lo acompañaba habitualmente un ordenanza. Algunas tardes salía en un alazán tostado y otras en un zaino obscuro de cola larga y muy abundante. «Su montura era una silla de picos, escribe Espejo, con pistoleras y cubierta de un chabrac o caparazón de paño azul, sin más adorno que dos borlas del mismo paño en el remate de los picos traseros. Pero era tan gallardo y bien plantado a caballo como a pie, muy semejante a la estatua ecuestre con que Buenos Aires ha adornado el paseo del Retiro, que parece que el artífice lo hubiera visto en su época para exhibirlo con tanta perfección».

Cuando San Martín pisó los umbrales de la ciudad del Mapocho, ésta contaba con unos cuarenta mil habitantes. Su construcción era casi toda de adobe y sólo lo eran de piedra y ladrillo sus iglesias. Samuel Haigh, que la visitó por aquel entonces, nos dice que si no era una ciudad igual en tamaño a Buenos Aires era mucho más agradable a la vista. «Las calles, escribe él, son de buen ancho, bien pavimentadas, con pequeños cantos rodados y acera de baldosa. Las casas son generalmente de un piso a causa de los terremotos; las paredes son de cuatro pies de espesor y construídas por grandes adobes, pero todas bien blanqueadas, lo que les da un aspecto agradable. Las ventanas que dan a la calle, tienen ornamentadas rejas de hierro bien pintadas, y algunas veces doradas, y todas las casas su gran portón que es la entrada única. Algunas de las habitaciones del frente se alquilan para tiendas, pero éstas tienen una puerta pequeña enfrente y no se comunican con las residencias de las familias. La ciudad en conjunto está regularmente construída, y todas las calles dibújanse en ángulos rectos a estilo de la mayor parte de las ciudades españolas».

«La plaza principal, continúa el mismo escritor, contiene al norte la catedral y el palacio episcopal, al este el palacio de gobierno y la cárcel, pero los del lado sur y oeste son de tiendas con portales que proporcionan recursos muy frescos durante las horas del calor diurno. Los principales edificios de Santiago eran en ese entonces la moneda, el cabildo, la aduana, los palacios del gobierno y el obispado, la catedral y los templos de Santo Domingo, de la Merced y de San Francisco». Los habitantes de Santiago, nos dice Haigh, «son en extremo amables y suaves en sus afecciones y atentos con los extranjeros». Las damas chilenas nos las presenta él como mujeres de cautivante belleza. «Muchas, escribe, tienen ojos azules y cabello castaño; son de muy buen carácter y afables. Sus diversiones no difieren mucho de las de Buenos Aires, pero apenas han alcanzado tan cercana semejanza con las maneras europeas. Danzan y tocan la guitarra, muchas el piano, y son muy vivas en sus réplicas y conversación». Declara, sin embargo, que en la educación literaria no están a la altura de su belleza. Son poco lectoras, pero de una penetración sumamente rápida. «No obstante, escribe, he conocido algunas damas sudamericanas muy al corriente de la literatura inglesa y francesa y que hablan y escriben ambas lenguas con mucha fluidez».

Volviendo nuevamente a San Martín, digamos que aun cuando era él un general lacedemonio por lo severo de sus costumbres y ajeno en absoluto al deleite de pasiones misteriosas, «gustaba, como dice Vicuña Mackenna, de las alegrías ajenas y comprendía a fuer de hombre de mundo que el fausto y la cordialidad social de los banquetes y de los saraos son medios sencillos de gobernar a los hombres y aun más honestos que los sacrificios de la intriga». Este publicista recuerda con tal motivo que San Martín mantenía per-

manentemente la mesa de Estado a sus expensas, y que una vez por semana, cuando llegaban a Santiago las noticias felices de las victorias de la patria, en el palacio de los Obispos, que era la residencia de San Martín, se organizaban grandes tertulias y bailes tan brillantes como los celebrados en tiempos de «la patria vieja».

Estas tertulias se improvisaban a su vez en casa de los patricios de la ciudad. En esas ocasiones, la alegría tomaba el carácter de una manifestación patriótica, lo que sucedía de un modo especial cuando se aproximaba el mes de setiembre, uno de cuyos días recordaba a los chilenos la efémerides de la patria.

«El 18 — escribía el cuentista don Hipólito Villegas a su amigo el director supremo, a Talcahuano —, celebramos la gran función de nuestro aniversario político, y el domingo 21 dió el general con el diputado Guido un gran baile con ramillete y cena que duró hasta el amaneecr, viniendo después a rematar el baile a las ocho y media de hoy, en la plaza Mayor, siguiendo después el almuerzo». «Pero las tertulias de San Martín, continúa el mismo escritor, que es el nombre con que han pasado a la crónica social de Santiago, tenían un carácter más culto, patriótico y significativo, era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, en los tiernos homenajes al heroísmo. Invariablemente, antes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en un gran círculo, cogidos de las manos los caballeros y las damas, y al son de la música de los cuerpos militares se cantaba en coro la canción argentina, como un homenaje a la patria y a la bandera bajo la cual Chile había sido redimido. En seguida, presidido casi siempre por San Martín, se rompía el primer minué de honor y la tertulia se prolongaba en grata y festiva confianza hasta las altas horas de la noche». Otro testigo de los acontecimientos sociales del lugar y de la época que evocamos, don Ignacio Zenteno, hijo de aquel Zenteno que era el secretario de San Martín, al rememorar estas tertulias nos dice de ellas y de San Martín: «Franco, desenvuelto y elegante en sus maneras, San Martín reinaba en los salones y era la figura más visible y presente en todas partes como lo era en los campamentos. Inspirando generalmente a todos respeto, confianza y cariño, tenía muchas amistades íntimas en los varios círculos de Santiago.

«Las familias que generalmente asistían a estas tertulias formaron en aquellos días el centro social más progresista y de mejor gusto: allí se encontraban la familia de don Martín Larrain, la de don Juan Enrique Rosales, la familia Valdés Lecaros, la de don Jorge Godoy, las de Gana, etc., etc. Brillaban también allí las señoras argentinas María Soler, María Quintana, esposa de don Hilarión, y la señora de Conde, doña Eugenia Balbastro.

«En esas reuniones de San Martín se leían y comentaban los partes del ejército del Sur, las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se mantenia y alentaba el entusiasmo patriótico. El general estaba

en todas partes, pasando con su vivacidad proverbial de una sala a otra, conversando con los oficiales, tratando de agradar a las señoras y manteniendo a todos contentos y en constante animación. Alguna vez, se le vió desprenderse de repente de un grupo de hombres con quienes sostenía una discusión animada y dirigiéndose a otro de señoras, referirles punto por punto la conversación que entre ellas habían tenido y que él había escuchado, sin que ellas lo hubieran advertido. «Hola, solía decir entonces a las señoras, oh qué buena tijerita tienen ustedes. ¡Pobre fulano! Lo han dejado ustedes bueno para nada».

«En el período que media entre Chacabuco y Maipú, nos dice este mismo escritor, fueron llegando a Santiago, por la vía de la Cordillera, muchos oficiales y hombres de letras: la mayor parte de ellos hicieron su debut en los salones de San Martín. Allí los presentaba el general a sus amigos y amigas chilenas. Cuéntase que habiendo San Martín presentado a Monteagudo a una de las señoras y preguntándola cuando éste se retiró la opinión que se había formado del recién venido, aquélla contestó al general: «Parece un hombre de talento, y hasta cierto punto interesante, pero tiene una mirada de salteador».

«El general, enemigo del lujo y siguiendo su tendencia de disciplinarlo todo, suplicaba con frecuencia a las personas que honraban sus salones se presentasen con la mayor sencillez. A este respecto se refiere que habiendo en cierta ocasión asistido doña Mercedes Rosales del Solar a una de las tertulias con un traje más lujoso del que prescribía la ordenanza, San Martín, sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia y siguiendo el buen humor del dueño de casa: «Señor San Martín, le replicó, usted se admira del lujo con que me presento, porque ya usted se había acostumbrado demasiado a la pobreza de las mendocinas» (1).

(1) Estas reminiscencias fueron publicadas por su autor en *El Ferrocarril* de Santiago de Chile en los meses de julio y agosto de 1875. Comentándolas, Vicuña Mackenna nos dice: «Ignacio Zenteno debió obtener de su respetable madre, la señora Josefa Gana, asidua concurrente a esas reuniones, como esposa del general Zenteno, las curiosas anécdotas que dejamos consignadas y que tan oportunamente completan los datos de otros géneros suministrados por el general Guido. El incidente de la canción nacional cantada en todas las tertulias lo debemos a nuestra propia madre, que como hija del difunto general Mackenna, era en su niñez gran favorita de San Martín y especialmente de O'Higgins. Naturalmente, esas escenas de gran efecto se gravaban fácilmente en la memoria de una niña que entonces no tenía sino cinco años».

La amistad de San Martín con don José Ignacio Zenteno, diremos nosotros, había precedido a Chacabuco y se había incubado en Mendoza después de Rancagua. Cuéntase que una tarde de verano de 1814 se paseaba San Martín por las afueras de la ciudad y que notando que un hombre enjuto y casi macilento estaba techando un rancho a la orilla del camino, se le acercó San Martín, y al preguntarle su nombre y su nacionalidad, éste le contestó que se llamaba José Ignacio Zenteno y que era chileno. Comprendió San Martín que se encontraba en presencia de un emigrado, y descubriendo con su mirada de águila lo genial que ocultaba aquel hombre, lo llamó, y después de haberlo conversado, descubrió que el

Samuel Haigh, el viajero inglés que ya conocemos y que llegó a Santiago después de Chacabuco, tuvo la ocasión de asistir a una fiesta dada por San Martín en honor del comodoro Guillermo Bowles que a bordo de la fragata *Amphion* había llegado en ese entonces a Valparaíso. «Se había arreglado para la fiesta, escribe éste, el espacioso patio cuadrado del cabildo y techado con un toldo adornado con banderas enlazadas de Argentina, Chile y otras naciones amigas. Todo se hallaba iluminado con farolillos pintados y algunas ricas arañas de cristal colgaban en diferentes partes del techado. El gran salón y las habitaciones que encuadraban el patio se habían destinado para cena y refrescos y los otros cuartos se habían dispuesto para las autoridades superiores civiles y militares. Esa noche fuí presentado al general San Martín por Mr. Ricardo Price y me impresionó mucho el aspecto de este Aníbal de los Andes. Es de elevada estatura y bien formado y todo su aspecto sumamente militar. Su semblante es muy expresivo, color aceitunado obscuro, cabello negro y grandes patillas, sin bigote. Sus ojos grandes y negros tienen un fuego y animación que se harían notables en cualquier circunstancia. Es muy caballero en su porte, y cuando le vi, conversaba con la mayor soltura y afabilidad con los que le rodeaban. Me recibió con mucha cordialidad, pues es muy partidario de la nación inglesa. La reunión era brillantísima, compuesta por todos los habitantes de primer rango en Santiago, así como por todos los oficiales superiores del ejército. Cientos se entregaban al laberinto del vals y el contento general era visible en los rostros de todos».

En la tradición chilena vive con perenne recuerdo la fiesta dada en Santiago de Chile por la familia de Solar y de Rosales para festejar la libertad de ese reino por las armas de San Martín y la proclamación de O'Higgins como director supremo del nuevo Estado. La fiesta principió por un opíparo banquete, seguida luego de un sarao. Según el memorialista que nos cuenta sus pormenores, dió principio él con la canción nacional argentina entonada por todos los concurrentes a un mismo tiempo y seguida después de una salva de veintiún cañonazos. San Martín se vió rodeado, no sólo de toda su oficialidad, sino de todo lo más selecto que en belleza, renombre

apodo de *Filósofo* con que se le designaba era fundado, y lo hizo en el acto su secretario.

Es oportuno recordar aquí que después de Chacabuco y queriendo don Bernardo O'Higgins obsequiar a Pueyrredón con un uniforme, se dirigió a Zenteno y le encargó su confección. Zenteno quiso expedirse con rapidez, pero encontróse con que las tiendas de Santiago carecían de paño y que el que allí existía era de mala calidad. Embarazado, pues, para salir airoso de su cometido, tomó la pluma y le escribió a O'Higgins: «No he encontrado hasta ahora una vara de paño digno del uniforme para el director de Buenos Aires. Por eso no se ha hecho, pero ya la banda está al concluir y Guido me promete el paño.

«Verdad es, agrega Vicuña Mackenna, que el general Balcarce escribió por esa época lo que sigue: «Para asistir a la misa de gracias por la victoria de Maipú, un amigo me ha prestado una camisa». ¡Y el general Balcarce había sido el segundo de San Martín en esa victoria!

y juventud tenía Santiago. A todos los que se le acercaban San Martín estrechaba efusivamente la mano, y llegado el momento de los brindis, San Martín se puso de pie para dirigir la palabra a los presentes. Su discurso fué lacónico, pero enérgico y patriótico, y una vez que lo hubo terminado, dirigióse al señor Solar y le preguntó si le era permitido romper la copa en que acababa de beber. La respuesta afirmativa se pronunció en el acto, y rota la copa en que San Martín había brindado, ya no se pronunció un solo brindis, y esto para que nadie pudiese profanarla, al decir del memorialista citado, con otro pensamiento en contrario.

Terminado el banquete, por dos veces se volvió a cantar la canción nacional argentina y la última vez lo hizo el mismo San Martín. «Todos se pusieron de pie, escribe Pérez Rosales, asistente al acto. Hízose introducir en el comedor dos negros con sus trompas, y al son viril y majestuoso de estos instrumentos, hízose oír la voz de bajo, áspera, pero afinada y entera, del héroe que desde el paso de los Andes no había dejado de ser un solo instante el objeto de general veneración».

«Terminado el sarao, continúa el mismo, y vuelto cada cual a la tarea de consolidar la obra con tanta dicha iniciada en Chacabuco, lo primero en que se pensó fué en repatriar cuanto antes a los patriotas que la crueldad española tenía confinados en Juan Fernández» (1).

Como se ve por estos y otros pormenores que han dejado un recuerdo perdurable en la sociabilidad de Santiago, San Martín y los oficiales que lo rodeaban llegaron a conquistarse las mejores simpatías de las familias chilenas y a estrechar más y más los vínculos ya existentes entre la tierra de Arauco y la del Plata. «Mientras el director de Chile y sus heroicos camaradas vivían a la intemperie de los campamentos y en medio de los fuegos de cotidianos combates, escribe una pluma, la capital resplandecía a su turno con aquella corte porteña que inundó nuestros salones de deslumbrantes casacas, cuyos gallardos dueños, mientras asustaban el oído de los clérigos y encogían el corazón de las mansas beatas santiaguinas, prendían en sus pechos, junto con los escudos de Chacabuco, algún lánguido suspiro, premio de la gloria de un día, esperanza de otra gloria más prolongada y más apetecida, para los días en que la patria no fuera ya una exigente y adusta rival».

Aun cuando San Martín vivía en el palacio episcopal de Santiago, al aceptar esta residencia se desprendió de toda ostentación o de todo aspecto de lujo. Ocupaba él las habitaciones que daban sobre la calle de la Compañía e hizo que se instalasen allí igualmente O'Brien, Alvarez Condarco, Guido y el padre Bauzá que era su capellán. Según el inventario levantado por éste, el mobiliario que componía su dormitorio era el siguiente: «Tres sillas de

(1) VICENTE PÉREZ ROSALES: *Recuerdos del pasado*. Chile, 1882.

brazo forradas de damasco carmesí, cinco sin brazo, con el mismo tapizado, dos taburetes, uno de los cuales era el que usaba San Martín, tapizado de terciopelo del mismo color, una cómoda con cuatro cajones, sin llave, una pantalla de lata, una alfombra de pelo, una esquinera, dos tiras de alfombra ordinaria y una tarima de madera. Su cama no era otra que su catre de campaña».

Pero si tal era San Martín como caballero y como hombre de mundo, veamos cómo acreditó su fama de soldado ejemplar y de libertador desinteresado en aquel ambiente social.

Cuando se supo en Santiago después de Chacabuco que San Martín se proponía trasladarse a Buenos Aires, las autoridades comunales de Santiago no ocultaron su pena, y se la significaron enviándole este oficio: «Se mitiga un tanto la amargura del cabildo, se le dice por los firmantes, cuando oyen de boca de V. E. que su regreso será en el término de dos meses y que la mejor suerte de este suelo y el consultar su mayor utilidad son los objetos que han obligado la salida».

Pero no contentos los cabildantes chilenos con un voto platónico, quisieron demostrarle su gratitud y le hicieron envío de diez mil pesos a fin de que con ellos tuviese los fondos necesarios para su viaje. «Es éste un obsequio, le dice O'Higgins con fecha 11 de marzo, víspera de su partida, con que el ayuntamiento ha acordado demostrarle por ahora su reconocimiento y gratitud al Libertador de Chile» (1).

Tanto el oficio de O'Higgins como la dádiva de los cabildantes llegaron a conocimiento de San Martín cuando ya se encontraba en viaje, próximo a escalar, de retorno a Buenos Aires, la cuesta de Chacabuco, y siendo el 12 de marzo, aniversario de esta batalla, se dirigió al cabildo de Santiago, significándole que por la premura del tiempo — el oficio del cabildo lo recibió en momentos de montar a caballo — no le había sido posible agradecer las distinciones de que se le hacía objeto. «En el entretanto lo verifico desde Mendoza, dice San Martín, me tomo la libertad de hacer a V. S. el depositario de esta cantidad, de la que dispondré inmediatamente» (2).

Como así lo prometía, San Martín lo cumplió, y al llegar a Mendoza dirigió un oficio al cabildo de Santiago disponiendo de la suma acordada y destinándola en su totalidad para la fundación de una biblioteca.

«Desde Chacabuco dije a V. S., escribe San Martín, en nota a 12, que a mi arribo a este pueblo dispondría de la cantidad con que la generosidad de V. S. se ha empeñado en cooperar a los gastos de mi viaje hacia la capital de Buenos Aires. Esta demostración tan liberal quedaría grabada para siempre en mi corazón,

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 438.
(2) *Ibídem*, pág. 439.

demasiado sensible a las expresiones que como ésta tienen todo el sello de la sinceridad.

«Satisfecho V. S. de la pureza de mis sentimientos, espero que aprobará usted que por ahora no haga uso de ese numerario; cierto es que apelaré en toda ocasión a los generosos comedimientos con que V. S. obliga sobremanera mi reconocimiento; no se dé pues por ofendido de esta acusación, pues no soy capaz de desairar los respetos y consideraciones que me debe esa honorable y benemérita corporación. Y para que no se malogren del todo sus deseos, permítame que destine últimamente ese fondo a un establecimiento que haga honor a ese benemérito reino: la creación de una Biblioteca nacional perpetuará para siempre la memoria de esa municipalidad: la ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos; ése que ha sido la cuna de la ciencia ha sufrido el ominoso destino que le decretaron los tiranos para tener en cadenas los brillantes ingenios de ese país; yo deseo que todos se ilustren en los sagrados libros que forman la esencia de los hombres libres; así pues, espero que V. S. aprobará mis loables designios y la aplicación de este numerario por la importancia de su objeto y que tendrá la bondad de nombrar un diputado que en consorcio de los señores secretarios de guerra, don José Ignacio Zenteno, y auditor general doctor don Bernardo de Vera, a quienes elijo por mi parte, procedan de acuerdo a la ejecución de mi idea que pongo bajo la protección de V. S. como tal interesado en la felicidad de todo ese reino» [1].

«Ha visto el cabildo el oficio de V. E., se le contestó desde Santiago con fecha 22 de marzo, del 17 del que rige, y como tan interesante la salud de V. E., ha celebrado que su llegada a Mendoza fuese feliz y espera de un cielo que se ha decidido protector de este país, haya concedido igual beneficio en su llegada al inmortal Buenos Aires, para que aun antes que lo que Chile espera, tenga el placer de verle para continuar dándole las más sinceras pruebas de gratitud. Cuando este Cuerpo puso a la disposición de V. E. el pequeño obsequio que le han permitido sus escasos fondos, sólo pensó en que V. E. le diese la aplicación que fuese de su superior agrado; y si por más que tiene sobradas pruebas del desinterés y de la virtud de V. E., se propuso remitir aquel auxilio para los costos de su transporte, no intentó más que llenar exactamente sus acertadas disposiciones. Por lo mismo, si llevando adelante la idea de hacer más feliz al Estado de Chile, se interesa sólo en que este suelo se aproveche de los rasgos de su generosidad, el cabildo no hará otra cosa que cumplir prontamente con coadyuvar a la erección de la Biblioteca nacional para la que destina V. E. la cantidad que está depositada a su disposición, y sin pérdida de tiempo incitará a los comisionados diputados Bernardo Vera y don Ignacio

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 440.

Zenteno, para que de acuerdo con el individuo que V. E. le permita elegir, procedan a la ejecución de un proyecto que hará inmortal la memoria de V. E.»

«Que Chile deba a su Libertador, agregan los cabildantes, la restauración de sus derechos y hoy deba que la ofrenda que ha tributado su representante se destine para mayor gloria y exaltación, sólo cabe en el alma grande de V. E., que separada enteramente de particulares intereses, sólo se lisonjea en distribuirlos pródigamente en favor de sus semejantes. El cabildo quisiera, Excmo. señor, tener las más expresivas voces para significar a V. E. los sentimientos de que se ha penetrado, observando una deliberación que sólo puede venir de V. E. Pero si no puede hacerlo, se empleará siquiera en dar en todo caso y en todo trance las mejores demostraciones del afecto que le profesa, rogando por esto al Ser Supremo que la vuelta se abrevie para estrecharle con los brazos del agradecimiento» (1).

Cuando San Martín regresó de Buenos Aires a Chile encontróse con que el gobierno lo había obsequiado con una vajilla de plata. Estimando que el momento ese no era el más oportuno para aceptar tamaño regalo, lo devolvió diciendo en un oficio: «No estamos en tiempo de tanto lujo. El Estado se halla en necesidad y es necesario que todos contribuyamos a remediarla. Por lo tanto doy orden para que se ponga a la disposición de V. E. dicha vajilla, como asimismo el sueldo que se me tiene señalado por este Estado, con advertencia de que del que he tomado daré a V. E. una noticia reservada de los fines en que ha sido empleado» (2).

Pero San Martín no se contentó con este acto de desprendimiento. Tomó la pluma y dirigiéndose al comisario del ejército de Chile le dijo: «Desde el 1º del presente año quedan suspendidos los sueldos que me pertenecen como general en jefe de este Estado, lo que comunico a usted para su inteligencia y cumplimiento». «No está en mis facultades, le contesta don Hilarión de la Quintana, en ese momento director delegado de Chile, admitir la virtuosa abdicación que V. E. hace del sueldo que se le ha acordado como general en jefe del ejército de Chile. La orden, como he insinuado a V. E., emana del director supremo, que previniendo este caso me empeña en vencer toda la resistencia que V. E. pudiese poner a una aceptación que si es egresiva a las medidas personales y decoro del empleo, siempre tendrá la más justa aplicación distribuída por la mano premiadora de V. E.» (3).

Pero meses más tarde — diciembre de 1817 —, don Hilarión de

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 442. Firman este documento Fernando Errázuriz, Domingo de Izaguirre, Francisco Fontecilla, José Manuel de Astorga, José Antonio del Campino, Manuel Ovalle, Manuel Echevarría, Juan Francisco León de La Barra, Antonio José de Aranguiz y Juan Laviña.

(2) *Ibídem*, t. IX, pág. 93.

(3) *Ibídem*, pág. 94.

la Quintana abandonó el gobierno interino de Chile, y en igual carácter entró a sustituirle el coronel don Luis de la Cruz. Era éste un administrador probo y laborioso. En el manejo de las finanzas públicas fijábase hasta en el detalle, y fué a él a quien se dirigió por segunda vez San Martín para que se le aceptase la renuncia que hacía de su sueldo. Cruz, como Quintana, no se dió por vencido y dirigióse al Libertador de Chile diciéndole: «El pequeño sueldo que la patria consagra al empleo de V. E. ni es una remuneración de sus altos servicios ni tampoco erogación que se destina al lujo, como índice solamente de gratitud. El gobierno sabe demasiado cuáles son las aplicaciones de esta pequeña cantidad que cercenada, produciría necesariamente la minoración de aquella exterioridad decorosa que debe acompañar al rango y al empleo». «La mesa de un general, agrega Cruz, aunque no sea suntuosa debe ser abundante, y los extranjeros que concurran con frecuencia a ella, acaso no verían en esa frugalidad las virtudes de Esparta cuanto su verdadera pobreza. Aun no hemos llegado a ese estado, y el gobierno, que cuenta ya con ésta tres abdicaciones, sabrá admitirla a V. E. cuando nuestra escasez lo dicte. Pero entretanto se prohibe a V. E. expresamente, el cuidado de indagar si ha llegado o no este caso. Así es que no debemos hablar más de sueldo ni vajilla» (1).

Raro ejemplo de desprendimiento, diremos nosotros, pero lógico y sólo posible en un hombre de las cualidades de San Martín, en el cual el desinterés era la virtud dinámica que fundamentaba su genio. El desasimiento de las cosas era en él un atributo congénito, y así como el avaro se siente feliz atesorando o el pródigo multiplicando el derroche, San Martín se sentía feliz rehusando la fortuna o aceptándola en dosis, vale decir en aquella cantidad suficiente para hacer posible su obra de epopeya.

El cabildo de Santiago creyó un día que lo menos que podía hacer en honor de su Libertador era obsequiarlo con una chacra. El que libertó todo un reino bien podía convertirse en terrateniente de una parcela de este reino por él reconquistado. En vista de tales razones aquel cabildo pasóle en propiedad la chacra que había pertenecido al señor Beltrán, realista éste que a la llegada de los libertadores de Chile se puso en fuga, abandonando su finca. Esta vez San Martín aceptó el don, pero fué porque pensó que el fundo ese podía servirle para hacer el bien, como puede uno cerciorarse leyendo el siguiente escrito que dirigió al cabildo: «Agraciado por este cabildo con una finca en recompensa de mis pequeñas y debidas fatigas por la libertad de Chile, he creído que debía aliviar las de ese heroico pueblo asignando la tercera parte de sus productos para el fomento del hospital de mujeres en esa capital, dotación de un vacunador que recorriendo la provincia la liberte de los estragos

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 95.

de la viruela. Aun no se sabe a qué cantidad ascienden sus frutos; tendré la satisfacción de avisarle a V. E. oportunamente como ahora me lisonjeo de anticiparle los sentimientos de mi gratitud por su eficaz concurso y nobles sacrificios para la expulsión de los tiranos de la América» (1).

Pero si con estos y otros actos de naturaleza similar demostraba San Martín que el oro no ejercía sobre su corazón influencia seductora, en el escrúpulo con que manejó los caudales puestos por la victoria a su alcance dió la prueba más concluyente de su moral espartana.

Para esto, debemos recordar aquí que entre las personas que formaban el séquito de San Martín figuraba un religioso franciscano a quien conoció él al poco tiempo de llegar a Mendoza. Era éste el padre fray Juan Antonio Bauzá, que estaba al frente de un curato mendocino y que a estas funciones lo había llevado el propio San Martín cuando lo descubrió en el pueblo del Retamo. No sabemos si al salir el ejército de Mendoza para Chile lo nombró San Martín su capellán o si sólo le acordó este título y le asignó estas funciones al entrar en Santiago. Lo que sabemos es que estando allí y sabiendo que el sayal mendicante ocultaba un verdadero dispensador de la economía doméstica, San Martín le confió la guardia de sus intereses y lo nombró su ecónomo. El libro de cuentas que de él conocemos se abre el 14 de febrero de 1817 y se ciera el 13 de agosto del mismo año. ¡Cuántos pormenores interesantes se anotan en él, y con qué mano prolija y escrupulosa el capellán en cuestión anota allí las partidas de gastos en las cuentas del héroe! No son ciertamente los caudales manejados por el mendicante los de Creso. Chile era rico en savia y en energía patriótica, pero era pobre en oro amonedado. Sin embargo, las pocas sumas de dinero que pasaron por las manos de Bauzá fueron consideradas como sagradas, y administradas con celo y con escrupulosidad. Estas sumas las forman los modestísimos fondos del peculio propio de San Martín, los que le entrega con fines diversos el comisario del ejército de los Andes don Juan Gregorio Lemos o los que llegan a palacio por otros conductos. Las entradas registradas por el padre Bauzá en los meses de febrero a agosto de 1817 alcanzan a la suma de 2.027 pesos con cuatro reales y las salidas alcanzan a 1.310 pesos y un real y medio. Y éstas son, sin embargo, las cuentas del vencedor de Chacabuco, del hombre que consciente y deliberadamente renunció, por no tener ambiciones, al gobierno de Chile y a quien años más tarde Cochrane, por odio y por despecho, trataría de sindicarlo ante la opinión de América como un libertador que siente las ansias de llegar al Perú atraído por su oro.

Es interesante recordar aquí la nota puesta por el padre Bauzá al pie de su balance: «Todos los gastos que van expuestos deben

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 115.

entenderse desde la llegada del señor general por primera vez a esta capital que lo fué el 14 de febrero de 1817 hasta el 31 de mayo, en cuyo tiempo no se llevó la cuenta por meses, por las urgencias y peripecias en que me vi para atender a un sinnúmero de cosas que cargaban sobre la casa desprovista de todo; y yo, sin mayordomo, sin criados de confianza y con una montaña de gentes inconsideradas que no dejaban ni aun lugar para lo más preciso». «Hasta aquí suben los gastos, agrega luego en otra nota, a 1.186 pesos, tres reales; y siendo la entrega de 2.127 pesos cuatro y medio reales, resulta a favor de la casa 841 pesos y uno y medio reales cuya cantidad queda en mi poder para los gastos de los meses siguientes» (1).

La amistad del padre Juan Antonio Bauzá con San Martín constituye una página digna de ser rememorada, ya que ella nos demuestra cómo se afianza y se aquilata una amistad. Desgraciadamente, nos faltan muchas de sus cartas y nos faltan, lo que es acaso más sensible, las que le escribió San Martín. Con todo, las que existen del capellán ilustre demuéstrannos con cuánta solicitud se ocupaba de San Martín y con qué empeño y tacto administraba sus intereses.

Como se verá a su hora, San Martín se dirigió desde Maipú a Buenos Aires, y por razones que explicaremos con oportunidad, se vió igualmente obligado a detenerse en Mendoza. Este viaje y esta ausencia puso a prueba, por así decirlo, la amistad del padre Bauzá, quien principió entonces a dirigirle al Libertador de Chile una serie de cartas, ya para expresarle sus sentimientos, ya para decirle cómo marchaban sus cosas: «Mañana voy a principiar la vendimia, le escribe en los primeros días de mayo de 1818, que presumo compensará no pequeña parte de los crecidos gastos de la chacra. Estoy sagazmente preparando los medios para el arriendo, pues no se puede apurar mucho, a fin de que no quieran estrecharnos. Mis paisanos son muy salomones — así llaman aquí a los retorcidos para tratar. — Sé lo que V. E. quiere y no ignoro las gollerías que ellos querrán». Días más tarde, 23 de mayo, le vuelve a escribir sobre ese tópico y le dice: «Antes de proceder al arriendo de la chacra hice que dos sujetos inteligentes la reconociesen

(1) En este estado de cuentas hecho por el padre Bauzá encontramos anotaciones o asientos como éste: Al que trajo el perrito de Chacabuco, un peso; doce pesos para componer las botas de Zenteno; un peso al granadero que vino del Cajón de Maipú; un peso y catorce reales por la compostura de un catre y una llave para el mayor Escalada; diez pesos de limosna dados por San Martín a la abadesa de las capuchinas; un peso entregado a un pobre por orden del edecán O'Brien; dos pesos en la compostura de la puerta para encerrar al muchacho ladrón que trajo el comisario Vera; ocho pesos en dos hormas para las botas del señor general; diez pesos a un inglés por otras dos hormas que hizo iguales a las del mayor general, y que «no se dió por bien pagado»; trece pesos al herrero que hizo una pieza para el coche grande; tres pesos al bombero Guzmán; dos pesos en gratificación al que tocó la guitarra en una noche «que se bailó alegre»; catorce pesos al arriero que condujo las dos cargas de algarrobas de Mendoza, y, admírese el lector... ciento cuarenta pesos por el diario de veinte días que San Martín estuvo en Santiago de Chile antes de su partida para Buenos Aires.

así en sus potreros como en sus viñas, y demás obrajes, a fin que me dijesen qué se podía pedir en arriendo bajo el concepto que su dueño no tenía otro interés que su adelantamiento para llenar los piadosos destinos que se había propuesto cuando la admitió. Ambos —sin saber quién era el arrendatario— convinieron en que se podía pedir dos mil pesos; mas es de advertir que no contaron con el pastaje de doce caballos para V. E. y las condiciones que ya expresé» (1).

A pesar del estado deplorable en que se encontraba ese fundo, el padre Bauzá logró proceder a su arrendamiento y se lo hace saber a San Martín diciéndole que el sujeto elegido para esto se distingue por su honradez y prolijidad. «Yo sé que él pondrá la chacra como un vergel y también sé que tiene que entrar gastando un puñado de pesos y que cumpliendo como lo hará, poco bueno le ha de quedar, máxime el primer año. La chacra en nuestro poder nada ha de dar, pues las consideraciones cada día se aumentan. Y si he de hablar a V. E. lo que debo con repetida experiencia, mejor era entregarla para que la adelantaran sin el menor interés que estar gastando y costeando para atrasarla».

La entrega de esta finca al arrendatario la hizo el padre Bauzá en el mes de junio, lamentándose en carta que en ese entonces le dirige a San Martín de no haberlo podido verificar precedentemente. «Cada día echo más de menos a mi general, le escribe en ese entonces. No es lo menos la orfandad en que me veo. V. E. dirá que soy un fraile quejumbroso. ¿Y por qué no ser sensible y un patriota celoso del orden?»

El 30 de junio y contestando una carta que acaba de recibir de San Martín, le significa igual pena por la ausencia «de su padre y de su jefe». «Sesenta veces en cada hora, le dice, quisiera escribir a V. E. y me privo de este consuelo para no recargarlo con mis borrones». Pasa luego a decirle que ya lo supone instruído en el arriendo de la chacra por don Luis Mata, como en sus condiciones; le hace saber que la cosecha se ha vendido toda a un precio muy equitativo y que el comprador de ella, un tal Hoevel, es un hombre pobre pero muy patriota y muy acreedor, por su lealtad a San Martín, a cualquiera consideración.

En esa misma circunstancia le informa a San Martín de que los emigrados de Concepción no han tenido otro asilo que la chacra; que al día siguiente deben entregarle el catre que el comandante Zapiola ha remitido de Talca — era éste el catre de campaña de San Martín extraviado en Chacabuco —, y que el gobierno acababa de expedir un decreto para que los clérigos y frailes realistas, menos los sexagenarios, saliesen para la Península. «Qué lástima de compasión, escribe, son los peores, por más respetables. ¿Y acá tendremos el amargo sentimiento de conservarlos metidos en el seno?

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 68.

Pues los peores han sido repuestos en sus curatos y capellanías. Sólo el desastre de morir lentamente entre enemigos puede exceder a este sentimiento. Yo no quiero reventar con él y por esto lo expongo a V. E.»

«No me dejan vivir los patriotas, dice al finalizar esa carta, preguntándome por su general y su llegada. Salte V. E. alguna de las muchas funciones con que se le aguarda en el incomparable Mendoza, y adelantaremos el consuelo de su tan inspirada pretensión» (1).

En esas mismas circunstancias el padre Bauzá celebra vivísimamente el hallazgo del catre de San Martín y esto «no por lo que importa, sino porque se revolcasen en él los empecinados». El 28 de julio le escribe un lacónico mensaje para significarle que no hay novedad en su casa, para decirle que todo está listo para su llegada y que los patriotas «descansan con sus héroes libertadores de Chacabuco y de Maipú».

Por las cartas de Bauzá a San Martín podemos deducir que la comunicación de ambos en esos meses fué continua y estrecha. La enfermedad que San Martín sufrió en Mendoza preocupó sobremanera a su capellán y grande fué su pena cuando enteróse, por rumores circulantes, que San Martín no retornaría a Santiago. «¿No vendrá? le pregunta, ¿está enfermo? de rodillas lo fuera yo a traer. Si V. E. llegara a desampararnos, sería responsable a Dios, a este pueblo casi y sin casi de uno a otro extremo y a todo el mundo. Nada, nada, será capaz de cubrirlo. ¿Piensa acaso V. E. que pasan de veinte los que no lo desean y que llegan a cien los que no le aman? Pues se engaña. Oigame V. E. más, y crea que es proposición de eterna verdad: *que ni aquí ni en Buenos Aires hay un alma que lo aborrezca.* Los mismos enemigos, aquellos a quienes V. E. ha sabido justamente castigar, no llegan sino a temerlo».

«Nada será capaz de apartar de mi memoria, le escribe el 21 de septiembre, el que V. E. me mató el hambre y cubrió mi desnudez, sacándome de mi Tebaida del Retamo para colocarme con honor y con alivio de cura de San Vicente. Mas estos mismos beneficios y otros infinitos que sello con el silencio son los que más me obligan a implorar el favor de V. E. para que me exima de la generosa confianza que V. E. se dignó hacer de mí. Cuando tenga el gusto y consuelo de volver a ver a V. E., me hallará razón para mi solicitud. Yo estoy persuadido que no ofendo mi carácter al decir a V. E. que de rodillas le serviré. La gratitud y el reconocimiento es una virtud que no degrada ningún estado de cualquier modo que se manifieste. Repito que soy y lo seré aun más allá del vivir, un eterno reconocido y obligado de V. E.»

A principios de 1819, el padre Bauzá entregó la administración de la chacra de San Martín al señor Peña y se retiró a su claustro.

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 74.

Desde allí siguió comunicándose con San Martín, interesándose por su suerte y por la salud ya seriamente comprometida de la esposa del Libertador. Por esa época San Martín convirtióse en el blanco de la maledicencia y del anónimo. Esto afectó hondamente su moral, y al enterarse de su estado de ánimo escribióle Bauzá: «V. E. tenga la satisfacción que la insolencia con que se le trata de mortificar no es más que por ver si consiguen el que les deje el campo libre para soltar sus hurones y sorprender a los incautos. Por el amor a la patria, no se incomode V. E., que la malignidad conseguirá un triunfo en sólo eso. ¿Quién ignora que el general San Martín no ha manejado un solo peso y que toda su casa jamás ha sabido salir a petardear a nadie? Tal vez el autor del anónimo será alguno que habrá llenado la barriga a costa del sudor de V. E., y lo que no tiene duda que es un vil, que si tiene movimiento en esos dedos con que sabe tomar la pluma para ofender se lo debe a ese mismo a quien ahora trata de insultar». Al recordar la esposa del héroe, le dice: «Parece que los facultativos no saldrán con su pronóstico sobre mi generala. Dios a fuerza de nuestros gritos se la ha de poner buena y nos ha de dar a todos este júbilo».

Retirado a su claustro y asistiendo a todos los oficios de comunidad, como así lo hacen los frailes, dice él, cuando quieren ser provinciales, en un capítulo celebrado en Chile fué elegido precisamente provincial. «Aunque el padre Bauzá ciñera la tiara, le escribe a San Martín, le sobrarían títulos para recordar la tierna memoria de su amigo, de su general, de su padre, de su libertador y de su todo».

El 22 de marzo, el padre Bauzá, que ya había entrado en el ejercicio de su autoridad provincialicia, creyó de su deber el comunicar semejante nueva a San Martín: «Sólo le faltaba a V. E., le dice con tal motivo en carta del 22 de marzo de 1819, ser provincial de San Francisco, elegido con todos los votos y júbilos de los claustros y de todo este pueblo que lo ha manifestado plausiblemente. Pues ya lo es V. E. siéndolo su capellán, electo el 20 del que rige en los términos que expreso. El señor director me ha favorecido hasta la fineza de mandarme su coche para el paseo de costumbre. Lo propio todos los amigos de V. E. y mis compañeros. En una palabra, no ha habido ningún individuo que no mire mi elección como un rasgo de su reconocimiento a los respetos de V. E. Así lo digo, porque así lo tengo penetrado. Yo rindo a Dios las gracias y a V. E. todo cuanto soy como a mi padre, como a mi protector y como a todo mi consuelo» [1].

Pero si ésta era una amistad ejemplar, lo fué mucho más la que vinculó con cariño perdurable y simbólico a San Martín con O'Higgins. Es ésta una de las páginas más interesantes del momento histórico y social que estamos evocando, pero dada su importancia la estudiaremos aparte realizándola a la luz de los documentos.

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 90.

CAPITULO VI

San Martín y O'Higgins

SUMARIO: Don Ambrosio O'Higgins en el reino de Chile. — De sus amores con Isabel Riquelme, nace su hijo Bernardo. — El amparo tutelar de este niño. — Don Ambrosio O'Higgins, nombrado capitán general de Chile, envía su hijo a Lima. — Su ingreso en el colegio del Príncipe. — Pasa a Cádiz y de aquí a Inglaterra. — Su entrada en el colegio de Richmond, junto al Támesis. — Su primer amorío. — Se opone a entrar en una pensión protestante, como lo querían sus tutores, y regresa a Cádiz. — Carta que le escribe al señor de la Cruz y carta que le envía a su padre. — No pudiendo alistarse como cadete decide retornar a América. — Carta que le escribe a su madre. — La fragata que lo conduce es atacada por un corsario y O'Higgins desembarca en Algeciras. — Retorna a Cádiz y desde allí se dirige a su padre. — Carta de éste en que lo desconoce como hijo. — «Lo cito ante la presencia de Dios», le dice O'Higgins, para pedirle la satisfacción requerida. — Duro golpe que recibe su padre. — Un desfile militar en Cádiz que lo exalta y en el cual figuraba San Martín. — O'Higgins y Miranda. — Debiendo elegir a un amigo eligió a San Martín. — Llega a la patria y se instala en su pueblo natal. — Pasa a Lima por la testamentaría de su progenitor. — Retorna a Chile y se despiertan en él los sentimientos del patriotismo. — Las invasiones inglesas y la batalla de Ocaña. — Un núcleo de americanos por la guerra de zapa. — El levantamiento del 25 de Mayo de 1810 y la revolución del 18 de septiembre del mismo año. — Conducta de O'Higgins al saber la deposición de Carrasco. —Desde la isla de la Laja ofrece la junta revolucionaria la formación de dos regimientos. — Su colaboración con Juan Martínez de Rozas. — Don José Miguel Carrera llega a Chile. — Fórmase una nueva junta y Carrera asume el mando supremo de las armas. — La dictadura de Carrera y el poderío de Rozas sobre Arauco. — O'Higgins mediador entre Santiago y Concepción. — O'Higgins presenta un ultimátum y se coloca al frente de cuatro mil hombres. — Martínez de Rozas cae en desgracia y se refugia en Mendoza. — O'Higgins, desencantado y enfermo, intenta trasladarse a Buenos Aires. — O'Higgins olvida su resentimiento con Carrera y se pone bajo sus órdenes para resistir a la invasión de Pareja. — Espadas que secundaron a O'Higgins. — Elorriaga y el sitio de Chillán. — Elorriaga ataca a Carrera y lo derrota. — Carga victoriosa de O'Higgins. — O'Higgins, nombrado general en jefe del ejército. — Derrota de los realistas en Cucha-Cucha. — La victoria del Membrillar. — O'Higgins y Mackenna repasan el Maule. — Tratado de pacificación firmado en Lircay. — Desembarco de Osorio en Talcahuano. — Los Carrera se proclaman salvadores de la patria y el cabildo llama a O'Higgins. — Reconciliación de O'Higgins y Carrera. — O'Higgins y la defensa de Rancagua. — Antes de llegar a Rancagua los soldados de Carrera vuelven las espaldas a la ciudad asediada. — Círculo protector en torno de O'Higgins formado por Freire. — O'Higgins en la cuesta de Chacabuco. — De Mendoza en compañía de su madre y de su hermana pasa a la capital porteña. — Su vida en Buenos Aires. — O'Higgins interesado en la reconquista de su patria. — En compañía de su madre y de su hermana se traslada de Buenos Aires a Mendoza. — Por qué se fusionaron en amistad San Martín y O'Higgins. — En el Plumerillo éste hace la vida, no sólo de jefe, sino de soldado. — Dos polos en que se apoya el eje de la guerra en Chile.

En la segunda mitad del siglo XVIII llegó al reino de Chile, enviado por el gobierno de la Península y con el carácter de capitán delineador, un ingeniero cuyo nombre estaba destinado a perpetuar en la historia la vida y los hechos gloriosos de un criollo nacido en la extremidad meridional del nuevo mundo.

El ingeniero en cuestión era don Ambrosio O'Higgins, irlandés por su nacionalidad, pero que habiendo abandonado el solar nativo siendo un niño, había hecho y completado su educación en España bajo la tutela de un tío, eclesiástico que al decir de la crónica gozaba de un gran predicamento en la corte de Carlos III.

El señor O'Higgins contaba en ese entonces cincuenta y tres años de edad. Esto no fué óbice a sus actividades, y consagrado por entero a la misión que en España se le había confiado, comenzó por trazar el primer camino cordillerano que puso en comunicación directa a Santiago de Chile con Mendoza.

Habiéndose producido por aquel entonces una sublevación en las familias indígenas que poblaban el sur de Chile, don Ambrosio O'Higgins fué llamado a Concepción y estando allí procedió a la formación de un cuerpo debidamente militarizado y que denominó *Dragones de la Frontera*. Revelóse en esto un hombre de condiciones guerreras, acaso insospechadas, y gracias a su iniciativa se pudo contener una invasión indígena que ya había salvado la línea de Bío-Bío y amenazaba la del Maule. Más tarde, recibió instrucciones para pasar la Cordillera y batir igualmente a los indios pehuenches. En esta campaña se reveló tan buen soldado como en la de Bío-Bío y al abandonar aquellos valles pasó a Mendoza, dejando construído al sur de ésta el fuerte de San Carlos.

Por aquella época y estando en Concepción, el capitán O'Higgins, ya elevado al grado de coronel, conoció a una hermosa criolla que despuntaba a los encantos de la juventud. Era ésta doña Isabel Riquelme, hija de don Simón Riquelme y de doña Manuela Mesa, pero lo corto de su edad no fué óbice para acordar su corazón al guerrero y esto a pesar de la diferencia enorme de años que los separaban. De esta unión, que no santificó ninguna ley ni ningún sacramento, nació en 1780 un solo vástago y lo fué éste don Bernardo O'Higgins, el futuro héroe de Chile. Nos cuenta su biógrafo que al poco tiempo de nacer, su padre se trasladó a Talca y lo entregó allí a las solicitudes de la familia Albano, mientras él se entregaba de nuevo a la guerra contra los indios de la frontera. Tres años más tarde, el coronel de dragones era nombrado general y luego intendente político de Concepción, el puesto más importante, después del de Santiago, en el reino de Chile.

Estas circunstancias, como la de haber elegido por esposo en esos años doña Isabel Riquelme a don Félix Rodríguez, hizo que el tierno párvulo nacido de su amor con don Ambrosio O'Higgins creciese sin las solicitudes inmediatas de sus progenitores. El niño O'Higgins no tuvo pues al lado de su cuna, se puede decir, otro

amparo tutelar que el de la familia Albano y más tarde — para modelar su inteligencia — que la del padre Francisco Ramírez, que se encargó de su educación con solicitud ejemplar.

En 1788, el intendente de Concepción fué designado por la Corona para el cargo de capitán general de Chile. En ese entonces, su hijo Bernardo iba a cumplir nueve años de edad, y deseoso de darle una educación más completa y esmerada decidióse por enviarlo a Lima, haciéndolo ingresar en el colegio del Príncipe, pero no con el nombre de O'Higgins, sino con el de Riquelme. Hechos sus primeros estudios, su progenitor pensó en Europa y resolvióse por enviarlo allí, confiándolo a la solicitud del señor Nicolás de la Cruz, que habitaba Cádiz y que además de ser un opulento comerciante en aquella plaza, era un decidido y fervoroso cultor de las letras. La permanencia del joven O'Higgins en la ciudad gaditana fué de corto plazo. El señor de la Cruz, ya por propia iniciativa, o por obedecer a instrucciones transmitidas desde Santiago por el presidente de Chile, optó por enviar al hijo de éste a Inglaterra y las personas a las cuales se confió para entregarles su pupilo se decidieron a su vez por colocarlo en un colegio de Richmond, a las orillas del Támesis. Esto sucedía en 1795 cuando O'Higgins contaba quince años de edad, y un año más tarde, es decir, en 1796, el capitán general de Chile era honrado por la Corona con el título de virrey del Perú. Estas circunstancias, en lugar de mejorar la situación del joven O'Higgins en su pupilaje, la agravó. O'Higgins recibía efectivamente una pensión anual de mil quinientos pesos acordada por su padre, pero jamás una carta de él.

Concluído su pensionado, O'Higgins abandonó el colegio, pero no Richmond, y se instaló en la pensión de Mr. Fels cuya hija Carlota despertó en este joven chileno una ardorosa pasión. Por razones que ignoramos, O'Higgins no perseveró en este primer amorío y alejóse de aquellas orillas del Támesis conservando tan sólo el recuerdo de la bella inglesa que había clavado en su corazón el primer dardo de Cupido.

A fines de 1798 comenzaron a escasear sus fondos y dirigióse a sus tutores londinenses para que le remitiesen el dinero que de Lima les llegaba con abundancia. Estos no cerraron el oído a su demanda, pero le exigieron que viniese a instalarse en una pensión protestante dirigida por un judío. O'Higgins se indignó por semejante exigencia — los tutores en cuestión le prometían darle tres libras más por mes si O'Higgins entraba en dicha pensión — y en el acto escribióles una carta con los reproches del caso. En vista de que su permanencia en Londres ofrecía dificultades que él no podía salvar, pensó en Cádiz y decidió trasladarse allí. El 19 de marzo de 1899 escribióle a don Nicolás de la Cruz una larga carta y después de historiarle todo lo que le había sucedido terminaba con esta especie de ruego: «Espero que para vuelta de correo me haga usted el favor de determinar alguna cosa de mí y si me lo

permite su consentimiento mi intención es irme de aquí en derechura a la América, pues tengo algunos amigos comerciantes quienes me prometen darme pasaje gratis de aquí a la isla Trinidad, o Filadelfia, y de allí puedo pasar a buscar mi vida en la América española, donde, por muy mal que lo pase, nunca puede ser peor que aquí».

Un mes antes otra había salido de su pluma, pero ésta no dirigida a Cádiz sino a Lima, siendo su destinatario nada menos que el virrey del Perú, su padre. Después de saludarlo con el dictado de amantísimo padre, pídele las excusas del caso por la libertad que él se toma, y obedeciendo a la voz de la naturaleza que era para él su «única maestra», le dice: «Aunque he escrito a V. E. en diferentes ocasiones jamás la fortuna me ha favorecido con una respuesta, como que ella siempre se muestra contraria mía en ese particular; pero al fin espero ella se cansará y dará oídos a mis súplicas. No piense V. E. que con esto pienso quejarme, porque en primer lugar sería en mí tomarme demasiada libertad sin derecho alguno, y en segundo, sé que V. E. ha dado hasta aquí todos los requisitos para mi educación. Me considero a lo menos de veintiún años y aun todavía no he emprendido carrera alguna, ni veo semejanza de ello. Me voy a incorporar a una academia militar de navegación si puedo conseguirlo para aprender esta carrera como a la que más inclino, por lo cual y mediante lo que he comunicado a V. E. en mis anteriores, que confío habrá V. E. recibido, espero que decidirá lo que encuentre más propio y conveniente, en la inteligencia que me hallo apto para ello».

Concluye O'Higgins haciéndole a su padre una relación de sus progresos y dícele que sabe inglés, francés, geografía, historia antigua y moderna, música, dibujo, el manejo de las armas, «cuyas dos últimas cosas, sin lisonja, las poseo con particularidad».

A raíz de esta carta, que quedó como las anteriores sin contestación, O'Higgins se trasladó a Cádiz. Lo esperaba allí don Nicolás de la Cruz y de su llegada interesóse por hacerlo entrar en calidad de cadete en el ejército español. La falta de fe de bautismo obstaculizó su propósito y, en vista de esto, desistió de darle la carrera de las armas y lo incorporó a su escritorio, a la espera de un momento propicio para embarcarlo para América. Durante esta nueva permanencia en Cádiz, O'Higgins conoció muchos americanos que allí residían y entre éstos al chileno José Cortés Malariaga y al paraguayo Juan Pablo Fretes, ambos sacerdotes. Estos frecuentaban la casa de Cruz y, como O'Higgins, estaban a la espera del momento oportuno para embarcarse. En el ínterin tertuliaban en la casa de la referencia y allí se cambiaban ideas, subversivas por cierto, dado que el tema que los apasionaba a todos era el de la posible emancipación de América. En febrero de 1800 creyó O'Higgins que se acercaba el momento de la partida, y pensando en su madre, de la cual tampoco tenía noticia alguna, escribióle con fecha 1º de febrero

para informarla de sus propósitos. «Cuán grandes tristezas, señora mía, le dice O'Higgins, no he pasado yo por usted, sin tener una sola cartita de usted para mi consuelo, yo que tanto me he esmerado en escribirle, no solamente a usted, sino también a mi maestro el reverendo padre fray Francisco Ramírez, procurando saber de usted de todos modos. Pues ahora le pido por el amor de madre debido a un hijo, por mis trabajos, por mi amor, y en fin por el padre que me dió vida, que no me deje usted de escribir a Buenos Aires, donde espero recibir carta de usted, dirigida a casa de don Juan Ignacio Escurra, a quien iré recomendado.

«Le pido me encomiende a Dios como yo le encomiendo a usted en todas mis oraciones, pues los peligros que tengo que pasar son bien grandes pues los mares están llenos de corsarios y buques de guerra ingleses. No obstante, nuestra embarcación va bien armada».

El 3 de abril de dicho año, y así como O'Higgins lo deseaba, la fragata *Confianza* se hacía a la vela, pero el 7 de ese mismo mes el convoy español que había salido de Cádiz — además de esta fragata habían salido de allí para Lima, para Veracruz y para Canarias y con simultaneidad, otros buques — se veía atacado por la flota inglesa, y por más que la fragata *Confianza* hizo lo posible para substraerse al corsario, después de resistir valientemente al enemigo tuvo que rendirse. O'Higgins, como todos sus compañeros de a bordo, fué despojado de todo lo que tenía y desembarcado en Gibraltar, de donde «medio desmayado de hambre, de calor y de cansancio», como dice él, se dirigió a pie a Algeciras. Aquí pudo embarcarse a bordo de un barco que iba para Cádiz. Escapó éste por lo velero que era a la caza que querían darle los ingleses, y, O'Higgins, desembarcando en Cádiz, fué a hospedarse por tercera vez en casa de don Nicolás Cruz. De allí se dirigió nuevamente a su padre exponiéndole toda su odisea y diciéndole que se encuentra sin saber qué hacer. Textualmente escribe: «Me han abandonado todas las esperanzas de ver a mi padre, madre y patria, frustradas en los mayores peligros. Mis angustias eran si moriría sin ver lo que tanto estimo, mas aún no pierdo la esperanza. Dios me lo consiga y dé a V. E. bastante salud y le cumpla todos sus deseos».

Un destino adverso, como se ve, se interpuso en su camino. O'Higgins vino a encontrarse, por fuerza de las circunstancias apuntadas, sin plata, sin carrera, y si no repudiado, olvidado por sus progenitores. La fiebre amarilla que se posesionó de Cádiz y de toda su comarca en 1800 lo colocó además al borde del sepulcro; pero cuando ya veía cercana la muerte, por propia inspiración acudió a la quinina y salvóse de ella como por milagro.

Pero si la falta de dinero podía angustiarlo y la de saberse cercano al fin de sus días determinar en él un estado de abatimiento, nada lo desconcertó más que la resolución tomada por su padre y notificada a él por intermedio de don Nicolás Cruz. Este lo llamó un día a su presencia — lo era a principios de 1801 — y le dijo que acababa

de recibir una carta de su padre en la que el virrey del Perú lo desconocía por hijo y le pedía a él que lo despidiese de su casa. Agraviado por semejante repulsa, O'Higgins tomó su propia defensa y escribióle a su padre una larga carta sincerándose de su proceder. Ante su progenitor pasa él por ser un hijo incapaz de conseguir ninguna carrera y además como persona ingrata para todos sus benefactores. O'Higgins trató de desvirtuar los díceres con que lo perseguía la calumnia y escribió estas líneas, síntesis de un elocuente y vibrante alegato: «Una puñalada, le dice a su padre, no me fuera tan dolorosa. No sé cómo no me caí muerto de vergüenza al oír semejantes razones. Jamás he temido, ni a la muerte ni a la pobreza; pero en este instante he quedado acobardado considerándome el último de los hombres y el más desgraciado. No sé quién haya sido el que tuvo tan mal corazón para tirar a arruinarme en la opinión de V. E., mi padre y protector. Lo cito para ante la presencia de Dios, ya que en este mundo no le conozco para pedirle la satisfacción requerida» (1).

Cuando O'Higgins se expresaba así ignoraba que su padre era víctima, a su vez, de las calumnias de los españoles de Lima y que por creérsele en complicidad con los ingleses — las denuncias de aquéllos lo presentaban dispuesto a facilitar a Inglaterra un punto de apoyo naval en las cercanías de Valdivia — la Corona lo había declarado cesante en el virreinato. Esto fué para el activo virrey un duro golpe, y antes de poder ponerse en viaje para sincerarse ante la Corona de la honestidad de sus servicios, lo sorprendió la muerte en Lima el 18 de marzo de 1801. En ese ínterin su hijo Bernardo continuaba todavía en Cádiz, y tocóle un día ver desfilar por sus calles a las tropas del general Solano, que se dirigían a Portugal para empeñarse en esa guerra que a España le produjo tan poca gloria y ningún provecho. Lo aparatoso de este desfile hirió fuertemente su imaginación juvenil, y al escribirle a su padre aún con vida, aun cuando ya lo sabía destituído del cargo supremo de virrey, estampó, al correr de la pluma, esta confesión: «Me hierve la sangre en las venas de envidia al ver tanto joven marchar para la Raya, destinados a una carrera pronta, de la que puede dimanar, o bien empleo fructuoso, sirviendo a la patria, o una muerte gloriosa. Parece que la desgracia me ha destinado a vivir en un rincón desconocido, lleno de necesidades y de todas las infelicidades imaginables, sin encontrar por dónde comenzar, ni cómo hacer carrera, desconocido a todo el mundo, sin empeño, y ningún arte en la adulación, una de las primeras ciencias de estos países».

Entre el grupo de los jóvenes militares que hacían palpitar tan intensamente el corazón de este chileno «hasta serle apetecible un

(1) VICUÑA MACKENNA. *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins*, pág. 97.

puesto de cadete en que morir con gloria», se encontraba don José de San Martín, teniente del regimiento de Murcia, que ya tenía en su haber, como el lector lo podrá comprobar hojeando las primeras páginas de este libro, sus laureles de Africa y del Rosellón. Ignoran sus biógrafos cómo ni cuándo abandonó Cádiz para trasladarse a Chile, su patria. Sábese que después de verse expuesto a perder la vida cuando el barco que lo conducía fué sorprendido por un temporal en el cabo de Hornos, a principios de 1802 puso pie en tierra en el continente desembarcando en el puerto de Valparaíso.

Conviene recordar aquí que estando en Londres tuvo don Bernardo O'Higgins la ocasión de entrar en relación con Miranda, y que entre el caraqueño y el chileno surgió entonces una corriente de simpatía tan honda, que aquel precursor de la emancipación americana trasladó al papel, para que O'Higgins los leyese como un decálogo, sus mejores consejos. «Al dejar la Inglaterra, dícele en uno de ellos, no olvidéis por un solo instante que fuera de este país no hay en toda la tierra sino otra nación en que se pueda hablar una palabra de política fuera del corazón probado de un amigo y que esa nación son los Estados Unidos. Elegid, pues, un amigo, pero elegidle con el mayor cuidado, porque si os equivocáis, sois perdido. Varias veces os he indicado los nombres de varios ciudadanos en quienes podríais reposar vuestra confianza si llegarais a encontrarlos en vuestro camino, lo que dudo, porque habitáis una zona diferente».

O'Higgins —así lo demostró su conducta— no echó en saco roto los consejos del maestro, y cuando tuvo que elegir un amigo para pensar, más que en su felicidad personal, en la de su patria, eligió a San Martín, que aun no había llegado a la plenitud de la gloria, pero que por su genio militar y su corrección caballeresca presagiaba ya a un futuro héroe de América. La zona en que habían nacido no era la misma —la profecía de Miranda en este detalle parecía sibilítica—, puesto que el uno era de Misiones y el otro de Arauco; sin embargo uniólos, como lo veremos, un paralelismo de vistas absolutamente integral y pudieron ambos, gracias a esta recíproca confianza, hacer de Chile la segunda etapa continental para llegar al Perú.

Desde su llegada a la patria, O'Higgins, huérfano ya de su progenitor, instalóse en su pueblo natal y comenzó a dedicar sus actividades a la administración de la finca conocida con el nombre de *San José de las Canteras*, que le había legado su padre, y que éste había negociado a su vez con los araucanos en su famoso parlamento de Negrete; pero el usufructo de un bien no significa su posesión, y para lograrla como eran sus deseos, O'Higgins, después de más de un año de residencia en Chillán en donde vivía al lado de su señora madre, se trasladó a Lima, lugar en que se tramitaba la testamentaría de su progenitor. A fines de 1803 regresó nuevamente a Chile y principió entonces a ponerse en contacto con la naturaleza,

al mismo tiempo que lo hacía con el paisanaje que poblaba aquellos campos. Este doble contacto, el de una tierra fértil y hermosa y el de una clase social desheredada de las ventajas que importa la civilización, despertaron en él o más bien avivaron los sentimientos del patriotismo. A reforzar este estado de espíritu contribuyeron las noticias que le llegaron de Buenos Aires sobre el rechazo que allí habían sufrido las tropas británicas al pretender posesionarse de la capital del Plata. Súpolo esto por sus amigos Terrada y Fretes que allí residían, y sabiendo que existía en Concepción un asesor de su intendente —lo era don Juan Martínez de Rozas, argentino de nacionalidad, que como él comulgaba en los mismas propósitos—, buscó su amistad y ambos se pusieron de acuerdo para hacer posible un día la independencia chilena.

Este deseo, por otra parte, fijóse de un modo firme y decidido en otros criollos que ya se destacaban por sus luces y por su acendrado amor a la patria en el reino de Chile; y cuando se supo aquí que el 29 de marzo de 1809, con la batalla de Ocaña los franceses quedaban dueños de los peninsulares, creyóse por ellos que había llegado el momento de darse su gobierno, como lo hacían los españoles al formar juntas gubernativas en los principales centros de la Península.

Un núcleo de americanos, entre los cuales figuraba el guatemalteco Irizarri, el peruano don Juan Egaña, el mendocino Oro y los argentinos Vera y Villegas, se unieron con Rojas, con Infante, con Argomenda, con Larrain, que era fraile mercedario, y principiaron así los trabajos de zapa para dar por tierra con el edificio colonial amenazado de derrumbe en toda la América. Don Juan Mackenna fué designado jefe militar de este movimiento, y deseosos los conspiradores de que este levantamiento fuese sincrónico en uno como en otro lado de los Andes, acordaron enviar a Buenos Aires a don José Alvarez Jonte, que había venido de allí a Chile, en 1807, con el fin de completar en las aulas de San Felipe sus estudios universitarios y que en ese momento principiaba a ejercer allí su magisterio. Pero antes de que Alvarez llegase a Buenos Aires, súpose en Santiago que los argentinos, «más fogosos que los chilenos», como dice un historiador, se habían anticipado al levantamiento que se premeditaba en Chile y que un día —el 25 de Mayo de 1810— habían proclamado ellos su libertad y depuesto al virrey, supremo mandatario colonial. Esta noticia —su portador lo había sido don Gregorio Gómez, que para infundirla en Chile atravesó especialmente la Cordillera— no hizo otra cosa que avivar en los chilenos el patriotismo que ya vivía alarmado, y en una reunión secreta, que la presidió, según cuenta la tradición, con un puñal dentro de la manga de su hábito el fraile Larrain, el nuevo Bruto de este grupo de conjurados, se solidarizaron de nuevo con juramento solemne para que cuanto antes se hiciese en Santiago lo que se acababa de hacer en Buenos Aires. El voto no tardó en cumplirse, y el 18

de septiembre de 1810 los principales personajes de Santiago se reunieron en el cabildo y procedieron a la formación de una junta de gobierno bajo la influencia doctrinal de don Juan Martínez de Rozas, el asesor de Concepción. Las tendencias francamente radicales de éste le merecieron en el acto la hostilidad de los reaccionarios, y substituída la junta por un congreso general en julio de dicho año, encontróse Martínez de Rozas que en apoyo de sus teorías, que eran verdaderamente las patrióticas, sólo tenía trece diputados de los cuarenta que componían esta asamblea. Su voz resonó, con todo, clara y fogosa, delante de los congresales; pero convencido de la inutilidad de su esfuerzo, se alejó de Santiago y se recluyó de nuevo en Concepción para mantener desde allí vigoroso y latente el movimiento revolucionario.

Pero volvamos al encuentro de nuestro personaje y digamos cómo y en qué circunstancias O'Higgins principió su acción eficiente en este período inicial y embrionario de la Independencia chilena. «La revolución de septiembre de 1810, dice él mismo, me encontró de subdelegado de la isla de Laja, en cuyo empleo me habían colocado sus habitantes, porque jamás ni solicité, ni acepté ningún empleo de los españoles. Al momento que supe la disposición de Carrasco me consulté con don Pedro Benavente, comandante militar de Los Angeles en aquella época, sobre la necesidad de tomar aquellas medidas que asegurasen nuestra libertad en su cuna levantando las fuerzas necesarias y comprometiéndome yo por mi parte a ejecutar aquéllas respecto de la isla de la Laja. Aprobada mi sugestión por don Pedro, procedí a mis operaciones y como base de ésta levanté un censo aproximativo de los habitantes de la isla, que me dió por resultado el número de treinta y cuatro mil pobladores. De aquí deduje que podían levantarse dos buenos regimientos de caballería, dejando las milicias del pueblo de Los Angeles para formar un batallón de infantería. Habiendo dispuesto lo necesario para organizar aquellas fuerzas de caballería, lo comuniqué al gobierno, ofreciendo al mismo tiempo mis servicios, pero sin solicitar ninguna graduación, pues estaba convencido que mi antiguo amigo, don Juan Rozas, procedería en justicia y me nombraría coronel del regimiento nº 2 de la Laja que era compuesto de inquilinos y vecinos».

Al llegar aquí, declara O'Higgins que sufrió un engaño, pues en lugar de nombrarlo a él, «no pudiendo resistir a la influencia doméstica nombró de coronel a su cuñado, don Antonio Mendiburu, que no tenía una cuadra de propiedad en la Laja», haciéndole a él solamente teniente coronel del regimiento.

Esto no obstó para que O'Higgins siguiese interesándose en los acontecimientos posteriores al 18 de septiembre de 1810. Colaboró con vivo empeño en los trabajos iniciales de Rozas, en la junta que se formó ese día, y antes de que Rozas se alejara de Concepción para Santiago tuvo con él una larga conferencia para asegurar la marcha de la revolución y promover, como él lo dice, la felicidad

del país. En su entender, lo que urgía por el momento era la convocación de un congreso y la libertad del comercio. La convocatoria de esta primera asamblea chilena sacó a O'Higgins de su retiro campestre y llevólo a Santiago con la representación de la provincia de Concepción. Una vez allí se volcó por entero en el partido revolucionario y combatió ardorosamente la política reaccionaria de los peninsulares. Desgraciadamente, vino después el fracaso de Martínez de Rozas ante el congreso y como consecuencia el retiro de éste a Concepción. Esta circunstancia y la de encontrarse enfermo obligó a O'Higgins a una abstención forzada en sus actividades políticas y a retirarse al campo por varios meses. Esto sucedía en agosto de 1811, y desde julio de ese mismo año se encontraba en Chile, de regreso del viejo mundo, un oficial de húsares, el joven don José Miguel Carrera, a quien su ardor juvenil, sus galones, su audacia y su patriotismo, sin duda sincero pero poco ponderado, le dieron en el acto un relieve preponderante. Carrera comprendía que no había revolución si los valores políticos que eran los acariciados por la ideología revolucionaria no se convertían en fuerzas dirigentes del nuevo orden de cosas. Para esto acudió a la propaganda secreta y subversiva, y después de complotar a su favor las fuerzas armadas que existían en la capital, se presentó un día ante el congreso y en forma tribunicia reprochóle a éste su conducta y significóle que la revolución americana tenía en su apoyo la justicia y que Chile debía por lo tanto emanciparse radicalmente de la metrópoli. El hecho este tenía lugar el 4 de septiembre de 1811, y como resultado de este gesto revolucionario, sin disolverse el congreso formóse una nueva junta que le permitió a Carrera asumir el mando supremo de las armas. O'Higgins regocijóse grandemente por el aspecto que tomaban los acontecimientos y reconoció que el día 4 de septiembre era un día señalado para fijar el destino de Chile. Tuvo con todo sus escrúpulos y antes de aceptar el nombramiento de miembro de la junta — en ésta además de O'Higgins figuraban don José Miguel Carrera, su verdadero promotor, y don Gaspar Marín — se dirigió por vía de consulta al propio congreso. La respuesta de éste le sirvió para fijar su línea de conducta, y para evitar, como él lo dice, los males de la anarquía, aceptó el figurar en esa junta «bajo la condición precisa de consultar sobre el particular a la provincia de Concepción».

La provincia de Concepción se encontraba separada de la de Santiago por el río Maule. Sus autoridades ejercían un poderío absoluto sobre todo Arauco y podían por lo tanto hacer frente a la capital del reino, que era a su vez la capital de la revolución. Rozas, estando allí, procedió a la formación de otra junta, y acentuado el divorcio político entre él y Carrera, O'Higgins optó por presentar su renuncia y separarse así de la junta que funcionaba en Santiago. La noticia de su renuncia despertó una viva alarma en el campo carrerista, y el día 13 de diciembre don José Miguel Carrera en persona, acompa-

ñado de su secretario Manuel Rodríguez, se presentó en casa de O'Higgins para hacerlo desistir de su intento. No obtenido este resultado, logró Carrera que O'Higgins aceptase la misión de intervenir como mediador entre Santiago y Concepción. Por amor a la patria éste aceptó una tal misión, y el 4 de diciembre terminaba el oficio en que daba cuenta de su cometido en esta forma: «Estoy firmemente persuadido de que esta junta está muy lejos de pensar hostilmente contra esa provincia, mientras nuestro sagrado sistema se conserve inviolable en ella, y sólo sí se trata del mejor modo de su conservación por medios puros y legales».

Pocos días más tarde, con fecha 20 de febrero y con motivo del cisma que comenzaba a dividir a los patriotas, O'Higgins le escribe a su amigo don Antonio Alvarez Jonte: «Las desavenencias suscitadas entre la provincia de Santiago y Concepción, felizmente se han apagado de algún modo y se ha celebrado una convención que ha sido ratificada por esta junta y se espera por momentos igual ratificación por la del reino».

Santiago, por su parte, no respondió con la celeridad que los acontecimientos exigían a lo pactado con Concepción, y la junta que aquí actuaba creyó que era llegado el momento de finalizar con las incertidumbres y despachó un emisario a Santiago munido de un ultimatum y encargó a O'Higgins para que se preparase a la guerra organizando sus milicias. Muy pronto O'Higgins se encontraba al frente de más de cuatro mil hombres y otros tantos salían de Santiago bajo las órdenes de don Ignacio Carrera, padre de los tres caudillos que en ese momento tenían en su mando las riendas de Chile. Felizmente, tanto aparato militar redújose a un simple despliegue de fuerzas, y bajo la inspiración del mismo Rozas, en una isla del Maule y en una tienda de campaña que albergó al dictador de Santiago y al ex asesor de Concepción, vale decir a José Miguel Carrera y a don Juan Martínez de Rozas, pactóse la paz, sin haber llegado a lo trágico ni uno ni otro beligerante, conviniendo antes, entre otras cosas, en la creación de un senado que representase a las tres provincias del reino, es decir, a Santiago, Concepción y Coquimbo.

Como consecuencia de este acuerdo, Carrera, joven apenas de veinticinco años, quedó dueño de la situación. Esto determinó un descontento en los partidarios de Martínez de Rozas, quien caído en desgracia pasó a Santiago y como desterrado por Carrera cruzó luego la Cordillera y refugióse en Mendoza, en donde falleció el 3 de marzo de 1813.

O'Higgins, por su parte, enfermo y descorazonado por el curso que tomaban los acontecimientos, retiróse a su hacienda de las Canteras. Después de hacer una cura — sufría entonces, como sufrió igualmente en el resto de su vida, de reumatismo — en los baños de Pesquilauquen, volvió de nuevo a su finca y pensó entonces en

trasladarse con su familia a Buenos Aires ([1]). Una noticia inesperada —el arribo de una expedición española a San Vicente, comandada por Pareja— le hizo cambiar de propósito, y aun cuando ya había vendido una parte de su ganado con fines de trasladarse al Plata, a sus intereses personales antepuso los de su país y quedóse en Chile para hacer frente a Pareja y convertirse así en soldado de la revolución.

El primer impulso de O'Higgins al enterarse de este desembarco, fué el de dirigirse a Concepción y preparar allí la defensa de la Laja. Desgraciadamente, la traición había comprometido la suerte de dicha provincia, y sin más séquito que dos ayudantes, optó por abandonarla y trasladarse a Talca, adonde llegó después de cruzar el Maule. Por su parte, Carrera había ya abandonado Santiago, y cambiando la dictadura por el generalato, se había puesto en viaje para establecer su cuartel general en dicha villa. O'Higgins olvidó el resentimiento que ya lo separaba de Carrera y se puso bajo sus órdenes para oponer ambos una viva resistencia al enemigo. A partir de esa hora, y disponiendo de un ejército que aunque improvisado se distinguía por su valor, inició O'Higgins una campaña que le dió la victoria de Hierbasbuenas y de San Carlos y que obligó al enemigo a atrincherarse en Chillán, adonde llegaron los patriotas después de haberse posesionado valientemente de Los Angeles.

Dos jóvenes jinetes, nos dice un historiador, don José María Benavente y don Ramón Freire, «alto, bizarro y de rostro tostado el uno; rubio, imberbe y de apacible rostro el otro», fueron las espadas que secundaron a O'Higgins en esa campaña. Comenzado el asedio de Chillán en el mes de julio, O'Higgins lo abandonó en el mes de agosto, y apenas se puso en marcha para ir a buscar a su señora madre y a su hermana, que se encontraban asiladas en el fuerte de Nacimiento, fué informado que el coronel don José Antonio Elorriaga, al frente de una división de las tres armas, salía para Chillán por el camino de Rere. El 2 de septiembre O'Higgins y Elorriaga tenían su primer encuentro; pero ante el número y la superioridad combativa del enemigo, O'Higgins vióse obligado a retroceder hasta apoyar su resistencia en el alto de Gomero. Al querer descender de allí, rompiósele la cincha de su caballo y O'Higgins rodó por el suelo. Felizmente, uno de sus soldados vino en su auxilio y alcanzándole otra cabalgadura y reforzado a tiempo con tropas que le mandara Carrera, pudo resistir a Elorriaga, hasta obligarlo a retroceder.

([1]) La familia de O'Higgins la formaba su madre y su hermana. Aquélla, después de haberlo tenido en su unión con don Ambrosio O'Higgins, casóse con don Félix Rodríguez, hijo de don Marco Rodríguez y de doña Agustina Rojas. De este casamiento nacióle a la madre de O'Higgins una hija que se llamó doña Rosa Rodríguez Riquelme, más conocida con el nombre de Rosa O'Higgins, y que don Bernardo honró y presentó siempre como su hermana.

La madre de O'Higgins era hija de don Simón Riquelme de la Barra y de doña Manuela Mesa. Murió en Lima el 21 de abril de 1839.

Después de estos ataques y correrías, que difundieron por todas partes su fama de valiente, O'Higgins unió sus fuerzas con las de Carrera y ambos establecieron su campamento en la margen izquierda de Itata. Fué allí en donde Elorriaga se presentó el 17 de octubre, y después de desbaratar con su ataque el campamento de Carrera, intentó hacer otro tanto con el de O'Higgins. Este, que no se esperaba tamaña sorpresa, saltó de su cama, cogió el fusil que encontró a mano y levantándole en alto para enardecer los pechos de los soldados que debían secundarlo, les dijo: «¡A mí, muchachos! Vivir con honor o morir con gloria. El que sea valiente que me siga».

Momentos después el entrevero se había producido y caía por tierra herido de muerte su caballo. Otra bala lo hirió a O'Higgins en el muslo, pero después de vendarse con el pañuelo que le alcanzara uno de sus oficiales — lo fué José María de la Cruz — continuó la carga hasta que los enemigos quedaron en derrota. Con este hecho de armas, O'Higgins vino a eclipsar el nombre de Carrera, y conquistándose con tanto mérito tamaño laurel, la junta de Santiago lo designó como general en jefe de ese ejército al cual se había impuesto por su moral y por su bravura.

Esta designación traía en sí aparejada la renuncia de Carrera — renuncia que el general Mackenna se había encargado de obtener —; pero obedeciendo más a sus intereses personales que a los de su patria, Carrera no renunció y la serie de intrigas que de allí emanaron hicieron que O'Higgins retardase su aceptación. Felizmente, en enero de 1813 Carrera optó por dejar el mando y retiróse a Concepción, y O'Higgins se colocó como jefe supremo al frente del ejército.

El ejército chileno se componía en ese entonces de unos tres mil hombres, y además de verse minado por la deserción estaba fraccionado en una vasta zona de ese territorio. El 31 de enero desembarcó además en el puerto de Arauco una división realista de ochocientos hombres al mando del general Gabino Gainza, a quien el virrey del Perú encargaba del castigo que merecían en su concepto los insurgentes chilenos. Gainza avanzó en el interior del país sin dificultad alguna y se dió pronto la mano con Ordóñez, quien se encontraba en Chillán. En tal emergencia O'Higgins tomó las providencias del caso y el general Mackenna, que era su colaborador, situóse en el Membrillar, punto que le permitía dominar los valles de Itata. A los pocos días de estar allí encontróse sitiado por partidas volantes enemigas, y a fin de ensanchar sus zonas de actividad y proveerse de víveres, Mackenna practicó varias avanzadas, llegando en una de ellas a las alturas de Cucha-Cucha sobre el Ñuble y a pocos kilómetros de Membrillar. En el momento en que se retiraba con sus presas vióse atacado por una fuerza realista de seiscientos hombres; pero el mayor Las Heras, jefe de los auxiliares argentinos que acababan de incorporarse al ejército de Chile, acudió en su defensa

y batiendo al enemigo a la bayoneta concluyó por desalojarlo de sus posiciones.

Mientras las fuerzas de Mackenna ensayaban de este modo de contener al enemigo, O'Higgins permanecía en Concepción y sólo el 19 de marzo se alejaba de allí para acudir con sus fuerzas en auxilio de Mackenna. En este ínterin, Gainza había tenido tiempo para interponerse entre las dos divisiones patrióticas, y cuando O'Higgins se presentó al pie de las alturas de Renquil, frente al Membrillar y al sur del Itata, encontróse con una división realista que defendiendo las lomas de Quilo le cerraba el paso. O'Higgins se decidió a atacarle y posesionóse de ellas, desbaratando así el plan de Gainza que era el de atacar, ya la división de O'Higgins o ya la de Mackenna. Sin embargo, como inteligente que era, quiso reparar a tiempo el error que le había traído el retardo en sus operaciones y reforzado con tropas que le llegaron de Chillán, decidióse a cargar sobre Mackenna. A las tres de la tarde se presentó en Membrillar, en donde una partida de auxiliares argentinos se ocupaba en la recogida de ganados. Esta se puso en salvo, y al ver Mackenna que Barañao, jefe realista, cargaba sobre los patriotas, ordenó que Balcarce con los auxiliares argentinos y tres piquetes chilenos atacasen sin tardanza. Balcarce cumplió la orden y su carga a la bayoneta puso en fuga precipitada a los realistas. Con todo, Barañao reaccionó nuevamente y protegido por la artillería volvió a ponerse en contacto con las avanzadas de Mackenna. Fué en ese entonces que intervino Las Heras con cincuenta auxiliares argentinos bajo su mando, y su carga heroica puso fin al asalto.

Después de Membrillar, las divisiones de Mackenna y de O'Higgins se reunieron, y el 24 de marzo, convencidos los dos jefes de que era necesario avanzar para defender la capital, resolvieron pasar el Maule al mismo tiempo que Gainza, el jefe realista, hacía otro tanto con sus tropas. Los dos ejércitos se siguieron en línea paralela, buscando el mismo fin y con un mismo objetivo, es decir, con sus ojos clavados en Santiago.

Por la noche y a la misma hora, ambos ejércitos pasaban el Maule y hacían alto en Quechereguas, a tres jornadas de Santiago.

Cuando la lucha armada por la independencia de Chile llegaba a este resultado, se encontraba en Santiago el comodoro Hillyar, jefe de las fuerzas británicas en el Pacífico. Por ser inglés y por lo tanto hijo de una nación que en ese momento militaba en Europa al lado de España, habíase ofrecido él como mediador para la pacificación de Chile, a Abascal, virrey del Perú. El gobierno de Chile, alarmado por el rumbo favorable que presentaban los acontecimientos, aceptó esta mediación y designó a Mackenna y a O'Higgins para que con el general Gainza negociasen la paz. Como base de ella estipulóse que el gobierno de Chile volvería al estado en que se encontraba antes de 1811, que su gobierno sería compuesto por una junta, simplemente provisional y sujeta a la aprobación de la regencia de

España. Los realistas, por su parte, evacuarían el territorio en el plazo de un mes, y Chile enviaría diputados a la Península para arreglar allí sus diferencias, ayudando además a España con todos los medios a su alcance. Este tratado conócese en la historia de Chile con el nombre de Tratado de Lircay, y según don Benjamín Vicuña Mackenna, nieto de uno de sus firmantes, los que le autorizaron con su firma «reasumen sobre sus nombres de caudillos representantes de un pueblo libre, la nota de una mengua nacional al poner su firma en aquel pacto que tenía por base el reconocimiento de la legitimidad del coloniaje». Lima con todo no aprobó el dicho tratado y confió la pacificación del país, no a la diplomacia, sino a la fuerza de las armas. El 13 de agosto de 1813 había desembarcado en Talcahuano el general don Mariano Osorio, trayendo entre sus tropas el famoso batallón de Talavera, y cuando hubo formado un ejército de cinco mil hombres se puso en marcha hacia la capital para concluir con los rebeldes por la fuerza.

Enterados los hermanos Carrera del curso que tomaban los acontecimientos, se desentendieron de sus operaciones sobre Chillán y se precipitaron sobre Santiago, adonde llegaron después de una noche de marcha. En el acto se proclamaron ellos los salvadores de la patria, dieron por terminado el directorio que desde meses antes lo ejercía el coronel don Francisco Lastra, y ofreciendo al pueblo por medio de una proclama la convocación de un congreso —esto mediante un voto absolutamente tumultuario—, nombraron una junta provisional de la cual José Miguel Carrera quedó hecho presidente.

Por su parte, el cabildo protestó de esta usurpación de poderes y llamó a O'Higgins en su auxilio. El ejército de O'Higgins y el de Carrera chocaron con sus armas casi a las puertas de Santiago y sólo la presencia de un emisario español que se adelantó a Osorio para intimar a los insurgentes la sumisión en nombre de Su Majestad tuvo la virtud de reconciliar a estos beligerantes. Efectuada esta reconciliación, Carrera y O'Higgins se consagraron con el mayor empeño a la defensa de Santiago exponiendo cada uno de ellos sus planes. O'Higgins creía que debía considerarse como línea estratégica para la defensa la línea del Cachapoal y a Carrera parecíale que esta línea defensiva se encontraba en Paine, cuya garganta era el desfiladero que debía franquear el enemigo para entrar en el valle central de Chile. Acertado o no su plan, Carrera concluyó por subordinar su idea a la de O'Higgins, pero no dejó por eso de fortificar previamente aquella garganta, y dividido el ejército en tres cuerpos, O'Higgins se puso al frente de la vanguardia, el segundo fué confiado a Juan José Carrera, y José Miguel, es decir, el presidente de la junta o el dictador, asumió la dirección del tercero. El enemigo, muy superior en número como en la artillería y en otras armas, franqueó los obstáculos que O'Higgins y Carrera creían infranqueables. Este ataque fué llevado con tanto vigor, que

O'Higgins se vió obligado a retroceder y replegándose sobre Rancagua fortificóse ahí con los mil setecientos hombres que formaban su división.

Principió así el 1º de octubre de 1814, después de otras ocupaciones preliminares de orden defensivo, una serie de ataques y de contraataques que puso a prueba el valor de los sitiados como de los sitiadores. O'Higgins hizo de Rancagua una plaza fuerte. Levantó trincheras por todas partes; desde las torres de la Merced seguía las maniobras que practicaba el enemigo, y después de parapetar sus cañones y de desplegar compañías de fusileros por tejados y puntos que estimaba estratégicos, rompió el fuego sobre las columnas que los jefes realistas lanzaban al asalto. Según la crónica, en ese momento O'Higgins seguido de sus ayudantes galopaba de un punto a otro. Su palabra y sus hechos estimulaban el ardor de los que con él ponían a raya al enemigo y llegó un momento en que el filo de sus bayonetas obligó a retroceder a los bravos soldados del regimiento de Talavera.

Así terminaron sus operaciones de ataque y defensa el día 1º de octubre, y como al caer la noche ignoraba él en qué punto se encontraban las divisiones de los Carrera — las creía en el desfiladero del Paine —, para salir de la duda y pedirle su auxilio por medio de un emisario, soldado del regimiento de dragones, envióle a José Miguel este mensaje: «Si carga esa división, todo es hecho». A la mañana siguiente su emisario volvía a Rancagua y traía como respuesta este otro lacónico comunicado: «Al amanecer hará sacrificios esta división».

El día 2 de octubre desde el amanecer y desde lo alto de su mirador, que lo era la torre del templo mercedario, O'Higgins paseaba su mirada sobre el campo enemigo a la espera de la aparición de las fuerzas de Carrera. Pronto descubrió entre una nube de polvo una columna de dragones a cuyo frente galopaba un jefe revestido con un poncho blanco. Cercioróse en el acto que el jefe en cuestión era el general don Mariano Osorio, y creyendo que se trataba de una fuga por parte del adversario y no viendo venir todavía en su auxilio la división de Carrera, descendió precipitadamente a la plaza de Rancagua y dió la orden de atacar al enemigo avanzando por las trincheras del sur y del oeste. En ese preciso momento, y cuando las líneas enemigas se veían rotas ya en distintos puntos, oyó unos gritos sobre los tejados del cabildo que decían: «¡Ya corren!». O'Higgins creyó que se trataba de los realistas; pero supo en el acto que los que corrían no eran éstos, sino los soldados de Carrera que antes de llegar a Rancagua habían vuelto espaldas a la ciudad asediada, abandonando a sus defensores y buscando su salvación en la fuga después de haber ensayado en vano el resistir a las cargas de Elorriaga. O'Higgins no se desanimó por eso, y montando sobre su caballo principió a recorrer las baterías diciendo a sus soldados: «Mientras haya quien muera, la patria no está en peligro».

Eran ya las cuatro de la tarde y los sitiados carecían de agua y de municiones; tenían diezmadas sus filas e inutilizadas sus piezas de artillería. En ese entonces, el capitán Freire reúne a los dragones que habían quedado en condiciones de batirse y se decide a formar con ellos un círculo protector en torno de O'Higgins. «No, le dice éste, usted es un valiente; pero no puedo aceptar el puesto que me preparan», y en el acto desenvaina su sable y después de clavar las espuelas en su caballo se lanza sobre el enemigo acompañado de sus ayudantes Urrutia y Flores y de sus ordenanzas Jiménez y Soto, y al cargar por la calle que conduce a la alameda encuéntranse detenidos por una barricada. En el acto O'Higgins y sus ayudantes echan pie a tierra, y cuando un dragón enemigo se adelanta para matarlo de una puñalada, su ordenanza Jiménez le para el golpe y lo derriba en el acto con su carabina. O'Higgins y los otros dispersos se dirigieron precipitadamente a Santiago. Pensar en una nueva resistencia era un absurdo, y privados los chilenos de los recursos necesarios aun para intentarla, se dirigieron a la Cordillera y buscaron allí el camino que los pondría a salvo de la restauración despótica que trajo fatalmente Rancagua.

Después de un ligero descanso en la capital y en compañía de los dragones con los cuales acababa de cargar con tanto denuedo sobre el enemigo, O'Higgins abandonó a Santiago y fué a pernoctar el día 4 de octubre en la cuesta de Chacabuco. Del 5 al 8 de octubre quedóse en Santa Rosa adonde ya habían llegado su madre y su hermana, y desafiando la cerrazón con que la nieve cubría ya la Cordillera, el día 9 reanudó la marcha y el 12 encimaba la cumbre para hacer luego su etapa en las Cuevas. La casucha que allí existía le sirvió de abrigo, y el día 15 al llegar a Tambillo encontróse con una provisión de víveres que le remitía desde Mendoza su amigo el general Mackenna, desterrado allí por Carrera, y un mensaje escrito en que le hacía saber que don José de San Martín le ponía a él, como a todos los chilenos que formaban la columna de fugitivos, bajo su protección y asilo. El 16 detúvose nuevamente en Villavicencio y veinte horas más tarde O'Higgins hacía su entrada en Mendoza. No nos corresponde repetir aquí lo que ya queda dicho sobre la llegada de los emigrados chilenos a Mendoza después de Rancagua y que encontrará el lector en el capítulo respectivo. Para el objeto que nos guía bástanos recordar que debiendo elegir San Martín entre don José Miguel Carrera y don Bernardo O'Higgins, inclinóse por este último, acaso presintiendo que era el hombre a quien la Providencia destinaba para ser su brazo derecho en la reconquista de ese reino que subyugaban de nuevo las armas victoriosas de la Península.

A mediados de diciembre, y al enterarse que el general Mackenna acababa de ser muerto en duelo en Buenos Aires por don Luis Carrera — este suceso tuvo lugar en la noche del 21 de noviembre —, se puso en viaje acompañado de su señora madre y de su hermana

y al llegar a la capital porteña mereció por parte del director Posadas la más calurosa acogida. O'Higgins pasó todo el año de 1815 en Buenos Aires y tocóle así vivir y compenetrarse de la vida argentina en ese lapso de tiempo. Ninguno de los acontecimientos que se desarrollaron entonces le pudo ser indiferente, dado que entre Chile y las Provincias Argentinas existía ya una corriente estrecha y solidaria que hacía comunes los éxitos o los fracasos revolucionarios.

Los documentos no lo dicen, pero es lógico presumir que más de una vez fué consultada su opinión, ya en los consejos de la logia, ya en los del directorio. El contraste sufrido por las armas argentinas en Sipe-Sipe, avivó en los políticos que en ese entonces se encontraban en el gobierno la convicción de que la suerte militar de la revolución del Plata no se encontraba por la ruta del Norte, sino por la del Oeste. San Martín ya lo había dicho y presentido, y O'Higgins, interesado como estaba en la reconquista de su patria, no hay duda aportó sus luces para que el plan que ya había comenzado a ejecutar San Martín en Mendoza se completase en todas sus partes.

Por muchas razones —ya que San Martín preparaba en ese entonces al pie de los Andes el ejército que le daría a Chile su reconquista— comprendióse que O'Higgins tenía que ser para él un precioso colaborador, y el director Alvarez Thomas decidió que marchase a su lado para que se incorporase así a la Plana Mayor de ese ejército. Munido de quinientos pesos que recibió como viático, O'Higgins en compañía de su madre y de su hermana dejó a Buenos Aires el 1º de febrero de 1816 y el 21 de dicho mes llegaba a Mendoza. San Martín dispensóle en ese instante el mismo afecto y las mismas consideraciones calurosas que cuando notificado del desastre sufrido por los chilenos en Rancagua se adelantó al valle de Uspallata para recibir allí a los dispersos, y desde ese día quedó sellada para siempre aquella estrecha y honda amistad que supo sobrevivir a la envidia, a los descontentos del éxito y aun a la intriga.

Por sus dotes personales, en las que sobresalían la hombría y el valor, era O'Higgins el hombre de confianza que necesitaba el futuro libertador. Las amistades se sellan y se ahondan por las afinidades que las complementan. En el caso presente, San Martín y O'Higgins pudieron fusionarse así, porque además de ser dos rectitudes, el desinterés de ambos era paralelo y porque si en lo épico era el uno el genio, el otro era el valor. Por lo mismo que era menos cabeza que brazo, O'Higgins se subordinó al pensamiento directivo de aquél, y si a veces cometió imprudencias como en Chacabuco, obra fué ésta, no de su malicia, sino de su coraje y de su impulso valeroso. O'Higgins era además un soldado de ocasión, mientras que San Martín lo era por genio y por escuela. Es por esto que apenas llegó a Mendoza, después de aquella corta estada en Buenos Aires ya apuntada, se puso a aprender y en el campo de instrucciones del Plumerillo hizo la vida no sólo del jefe, sino del soldado. Esto nada tiene de extraño si se considera que la soberanía

militar de San Martín era absoluta y que generales como el propio Belgrano se subordinaron a él y aun le pidieron sus lecciones. Sabía además O'Higgins que no era él un general en el sentido estricto de la palabra, y esto lo reconoció, nos dice uno de sus biógrafos, «no sólo antes de probarse en su carrera, sino en sus últimos años cuando a solas consigo mismo repasaba la cuenta de sus gloriosos hechos». Estos hechos, en el sentir de este mismo biógrafo, «nunca brillaron al frente de columnas desplegadas en campal batalla, sino en el torbellino de los sables y caballos, peleando cual cumple a los bravos de la tierra, sin más coraza que el poncho, sin más escudo que el robusto brazo que empuña el acero» (1).

Como lo ve el lector, estas páginas no constituyen, propiamente hablando, una digresión. Son ellas dictadas por el drama histórico que estamos exponiendo y nos dan la luz necesaria para conocer a fondo al hombre que antes como después de Chacabuco fué para San Martín el más desinteresado de sus colaboradores.

San Martín en Santiago y O'Higgins en Talcahuano —es el tópico que en el capítulo inmediato estudiaremos— constituyen los polos en que se apoya el eje de la guerra. Ni uno ni otro se encontrarán antes de Maipú, pero una asidua y minuciosa correspondencia hará que ambos se compenetren en la intención como en el pensamiento.

(1) VICUÑA MACKENNA: *Vida del Capitán don Bernardo O'Higgins*, pág. 233.

CAPITULO VII

Correspondencia entre San Martín y O'Higgins durante Talcahuano

SUMARIO: Los realistas y el asedio de Talcahuano. — San Martín, testigo lejano de esos acontecimientos. — Paréntesis determinado por la misión confiada a Alvarez Condarco. — Punto negro señalado por Mitre, que no lo es. — Alvarez Condarco informa a San Martín desde Londres sobre su misión. — Barros Arana nos dice que Condarco no llevó a Londres mayor cantidad que la señalada. — O'Higgins consulta a San Martín sobre la conveniencia de atacar a Talcahuano. — Operación que le parece la más practicable. — San Martín rehusa el honor que le acuerdan las credenciales de O'Higgins. — El 18 de mayo le habla San Martín a O'Higgins del «refregón» sufrido por los realistas en Gavilán. — El caudillo Manuel Rodríguez da que hacer a O'Higgins y a San Martín. — San Martín no omite pormenores en sus cartas y lo tiene a O'Higgins al corriente de todo. — «Yo me conformo con todo lo que usted resuelva», le contesta O'Higgins en carta del 5 de junio. — Aborda el tema de Rodríguez y el del ejército. — «Hubiera sido degradante, le dice O'Higgins, asignar pensión alguna a los Carrera». — La llegada de Guido. — O'Higgins a la espera de las consultas formuladas ante San Martín. — El plano de Talcahuano levantado por Arcos. — Dificultades en que se encuentra San Martín para opinar sobre un plano. — Le dice a O'Higgins que está autorizado para obrar como mejor le parezca. — Ruégale que en lugar de Quintana nombre para director interino uno que sea chileno. — El batallón de Alvarado. — Una alusión al incidente con Las Heras. — Salvas y repiques por las victorias del Alto Perú. — La falta que a San Martín le hace Zenteno. — Carta de O'Higgins con interesantes pormenores sobre Talcahuano. — El tema relacionado con el interinato directorial. — Las Heras se conduce muy bien. — Después que tome Talcahuano, le dice O'Higgins, «volará Zenteno». — Momento en que la victoria para O'Higgins es una cosa segura. — San Martín con la pluma en la mano. — Carta de éste a O'Higgins que traduce su exaltación. — «Si O'Higgins delega el interinato en Zenteno, dice San Martín, todo tomará el nervio que corresponde». — Posdata con que termina esta carta. — Un pueblo que requiere «palo de ciego». — O'Higgins con toda la fuerza sobre Talcahuano. — Intimación comunicada al enemigo. — Por segunda vez O'Higgins devuelve a Ordóñez el pliego que éste le remitió con un parlamentario. — Las Heras incapaz de desobedecer las órdenes superiores. — El capitán Druet y el capitán Escalada.— La carta principiada el 27 de julio la cierra O'Higgins el 1º de agosto. — El 16 de agosto contesta San Martín la que el 11 de ese mes le escribe O'Higgins. — La comunicación de ideas y de sentimientos entre San Martín y O'Higgins. — Lo que Talcahuano fué para San Martín. — Explicación de su aparente inmovilidad en Santiago.

Como ya queda dicho en páginas precedentes, el retorno de San Martín a Santiago coincidió con el triunfo de Gavilán y con las primeras operaciones de guerra para obtener la capitulación de los

LAM. II



BATALLA DE CHACABUCO

Grabado hecho por Géricault. *(Biblioteca Nacional de París, sección Estampas y Grabados).*

realistas en Talcahuano. En el sentir de O'Higgins tratábase de una operación que duraría un corto lapso de tiempo y con el fin de acelerarla había dejado el gobierno en manos de Quintana y trasladádose al campamento de Concepción en que estaban las tropas. Por razones que no es del caso apuntar aquí, la guerra no terminó en el plazo de tiempo calculado y los realistas, ya fuese porque les favoreciesen los accidentes topográficos de aquella península o porque comenzaron a contar con recursos que en parte les venían de Lima y en parte de las regiones australes del mismo Chile, esta guerra se prolongó y por consiguiente los patriotas se vieron forzados a prolongar el asedio.

San Martín, que tenía un plan de guerra muy diferente de aquel a que querían obligarlo los realistas, no se preocupó mayormente de Talcahuano y concretóse a ser un testigo lejano de los acontecimientos, no tomando en ellos otra intervención que aquella que podía emanar de sus consejos y de sus luces.

Esta actitud creó todo un vínculo estrechamente solidario entre él y O'Higgins y determinó de uno como de otro lado un cambio de cartas en cuyo contenido se refleja con viva exactitud aquel vivir heroico del pueblo chileno en el período que siguió a Chacabuco y tuvo su epílogo con la batalla de Maipú.

Pero antes de abrir ese epistolario y de glosarlo en la forma que nos dicta el carácter mismo de los acontecimientos, hagamos un paréntesis y veamos qué hay o qué puede haber de verdad en la misión aquella que por aquel entonces San Martín, de acuerdo con O'Higgins, confióle al amigo de ambos: Alvarez Condarco.

Sábese que apenas hubo regresado de Buenos Aires, San Martín se dirigió a O'Higgins para saludarle y que entre otras cosas le dijo: «En el ínterin nuestro Alvarez ha marchado a Buenos Aires para desde allí seguir a Londres con la misión que acordamos. Todo va perfectamente y estoy seguro la desempeñará con la honradez que le es propia» [1].

Días más tarde — 19 de mayo —, O'Higgins apresuróse a congratularlo por su feliz llegada, que al decir del propio San Martín «había sido en cumplida salud», y al referirse al viaje de Alvarez le dice: «El viaje de Alvarez a Londres es más acertado como usted lo ha dispuesto. De estos mares no hubiera sido fácil efectuarlo mientras los dominen las fuerzas navales enemigas».

El historiador que dió a conocer la primera de estas cartas fué don Benjamín Vicuña Mackenna. La misión confiada a Alvarez Condarco le suscitó sospechas, y después de señalarla como «un punto negro en la vida de los caudillos de la revolución de Chile», declaró que no había llegado todavía la época de su ventilación pública, afirmando luego con un aplomo de severidad absoluta que la

(1) Benjamín Vicuña Mackenna: *Relaciones Históricas. El General San Martín antes de Maipo*, pág. 9.

historia «no tiene ni puede tener quitas para sus grandes hombres».

Esto, como se ve, no era ni un fallo ni una condenación. Pero era un principio de dudas que a su tiempo quiso esclarecer otro biógrafo de San Martín, el general Mitre. «En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, escribe éste, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la liga del oro se alió al bronce heroico del Libertador. El mismo día de la ovación despachaba a Londres a su ingeniero y ayudante de campo Alvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos a fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Alvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión a la que está ligada un misterio que se ha señalado como un punto negro en la vida de San Martín y de O'Higgins, y que sin disminuir la grandeza americana del primero, como guerrero y libertador, deprimiría su elevación moral como hombre». Pasa luego este historiador a decirnos que Alvarez Condarco era portador de una suma destinada a ser colocada en una casa bancaria de Londres por cuenta de O'Higgins y de San Martín y que, «según algunas referencias, sería de 25.000 pesos y según interpretación a que se presta, podría alcanzar a 100.000 pesos».

«Los documentos que con este punto se relacionan, continúa el mismo, escritos en cifra, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Sólo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia que los descifró personalmente, quien consultado por el depositario sobre si debían destruírse o no, opinó que debían conservarse, porque la historia, en presencia de los documentos que la forman, no debe a los grandes hombres, por lo mismo que son grandes, sino la verdad, para que se presenten en la posteridad tales como fueron, dejando a ella pronunciar el fallo definitivo». Mitre concluye: «Pero antes de ser conocido el hecho y pronunciado el fallo, el destino se encargó de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo».

Mitre no lo dice, pero presumimos que el documento acusador descifrado por él es la carta que Alvarez Condarco dirigió a San Martín desde Londes el 22 de noviembre de 1817. Es éste el único documento que el referido historiador aduce en testimonio de sus considerandos; pero leído él, verá el lector, como vemos nosotros, que la sospecha es excesiva y que no hay derecho de señalar como punto negro el punto que a lo sumo puede serlo dudoso si no equívoco. «Me será preciso quebrantar uno de los artículos de su instrucción, le dice Alvarez Condarco a San Martín, para darle una idea de los medios de que me he valido para aumentar nominalmente el monto de los fondos que se me confiaron o a lo menos hacerlos servir como dobles o triples de lo que ellos eran realmente. Usted sabe bien que se me entregaron *veinticinco mil pesos* perte-

necientes al gobierno de Chile, que con *tres mil* de usted y *mil quinientos* más hacían *veintinueve mil quinientos.* Ahora pues, mis operaciones han sido del modo siguiente: Yo eché la voz de que eran más de *cien mil,* con ánimo de mover la codicia de los comerciantes. Efectivamente, empezaron a presentarse casas de comercio a querer tratar conmigo. Convencido al fin que no había otra mejor que la de Mr. Ellice, celebró con ella el primer contrato por el navío *Cumberland,* garantizándole por mi parte su cumplimiento por el gobierno de Chile, pasando a dicha casa mis fondos, sin dar a entender que no quedaban más. Como luego de cumplido o ratificado este contrato por el gobierno debían volver los fondos a mi poder, no me fué difícil negociar con Mr. Neile, quien estaba persuadido que sería aprobado dicho contrato, al adelantarme dicha cantidad» (1).

De lo dicho en este documento dedúcese que Alvarez Condarco salió de Santiago de Chile para Londres llevando veintinueve mil quinientos pesos; que de estos veintinueve mil quinientos pesos, veinticinco mil eran destinados a la adquisición de un navío; que tres mil pertenecían a San Martín y que además figuraban otros mil quinientos a los cuales el documento en cuestión no les señala procedencia, y que Alvarez Condarco con el propósito de despertar la codicia de los armadores hizo sonar como si fueran cien mil. En realidad de verdad, nada de lo apuntado nos sugiere sospechas. Ni San Martín ni O'Higgins eran pobres de solemnidad, y si ambos dispusieron de cuatro mil quinientos pesos para que Alvarez Condarco los depositase en una casa bancaria de Londres, no era esto un delito y estaban en perfecto derecho de hacerlo.

Don Diego Barros Arana, otro historiador de San Martín, interesóse a su tiempo por el esclarecimiento de este punto. Para esto estudió los archivos, y aun le fué posible el consultar el archivo privado de San Martín. Esto realizado, pudo llegar a una conclusión y la sintetizó diciendo que nada había encontrado que demostrase el que Alvarez Condarco hubiese llevado a Londres una cantidad superior a la prefijada. Textualmente escribe: «Si en los documentos que se habla misteriosamente se descubre que llevó secretamente caudales enviados por San Martín, y si en ellos se descubre también cómo desaparecieron esos caudales, nosotros no podemos ni certificarlo, ni negarlo, porque la seriedad de la historia cuando no tiene documentos claros y precisos no permite aventurar juicios» (2). Barros Arana opina además que Alvarez Condarco, en cumplimiento de su misión, no pudo llevar a Inglaterra más de treinta mil pesos, de los cuales veinticinco mil pertenecían al gobierno de Chile y el resto a San Martín (3).

(1) *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana,* t. II, pág. 99.
(2) *Historia General de Chile,* t. XI, pág. 118.
(3) Hablando de esta misión confiada por San Martín y O'Higgins a Alvarez Condarco, otro historiador chileno, don Gonzalo Bulnes, nos dice: «San Martín

Volviendo, pues, al punto capital que determina este capítulo, diremos que O'Higgins en la misma carta en que se regocijaba por el arribo de San Martín a Santiago, le hacía saber que ya le había escrito consultándole si convendría o no atacar a Talcahuano. Con tal motivo dícele que el virrey Pezuela tiene a bordo de sus buques «todos los caudales, alhajas de los templos e intereses extraídos de esta provincia», es decir, de Concepción, y que mientras no le llega una contestación a sus consultas, se ha resuelto arrojar al enemigo a la otra banda del Bío-Bío. Dícele que Arauco está aún en poder de éste, pero que en el primer día de buen tiempo saldrá Freire con trescientos hombres. «Ellos están tercos, escribe, y decididos a defender a palmos el territorio que poseen. Con el refuerzo de Lima —calculado en unos seiscientos hombres— se han reanimado a pesar de los golpes que han sufrido». Reconoce O'Higgins que las tropas que aun le quedan al enemigo forman un grupo considerable que puede alcanzar a más de mil quinientos hombres y que la ventaja de la posición que ocupa es ciertamente fuerte, como lo podrá ver San Martín por el plano que le adjunta, hecho por el ingeniero Arcos. En el sentir de éste, el modo más adecuado para forzar la posición sería el de preparar lanchas o balsas capaces de transportar trescientos hombres. Estos desembarcarían en la playa de San Vicente, ganarían la loma y atacarían en seguida el reducto del Centinela, mientras que por otro lado se empeñaría un ataque de frente en toda la extensión de la línea y se amenazaría así la entrada principal por entre el morro nº 1 y la batería nº 2. «Esta operación, le dice O'Higgins a San Martín, en medio de presentar dificultades parece ser la más practicable, pues el resto de la línea, a más de ser un gran entrante, sus defensas están muy multiplicadas y se flanquean perfectamente». La carta esta termina diciendo que entre las divisiones del ejército sitiador reina la mayor armonía y contento; que el objeto de su venida a Concepción había sido «para conciliar este orden» y que con la llegada de San Martín «se hará más estable esta bella unión».

quedó descontento del modo como se desempeñó Alvarez Condarco, sin que en los documentos públicos que he consultado encuentre la razón de su disgusto. Más que descontento quedó profundamente herido con él, según se deja ver por su correspondencia inédita con el general O'Higgins. Su irritación cundió a un punto que parece inverosímil en la ordinaria circunspección de San Martín. ¿Llevó Alvarez Condarco algún encargo secreto de San Martín extraño a su misión oficial? Así nos inclinamos a creerlo y así lo creyó el señor Vicuña Mackenna cuando dijo que Alvarez Condarco llevó encargos que no serán jamás conocidos». GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, t. I, pág. 78.

Entendemos que lo afirmado por Vicuña Mackenna difiere de lo que este historiador le atribuye, y si él no pudo hacer la luz o no se atrevió a hacerla sobre lo que llamó un «punto negro», declaró que la historia no tiene quitas para sus grandes hombres y dejó al tiempo la ventilación pública de lo que le sugería sospechas. La ventilación se hizo, como lo decimos en el curso de este capítulo, por el historiador argentino que descifró los documentos sospechosos, pero es el caso que esta ventilación no presenta un mayor enigma y sí por el contrario que reduce a proporciones lógicas y naturales lo que sin malicia ciertamente, pero por un prurito histórico exagerado, presentóse con cierto aspecto de escándalo.

«Nuestra eterna amistad y fraternidad, agrega, nos da campo para que tratemos nuestros asuntos confidencialmente como más nos convenga y a nuestra justa causa. Es por esta razón que remito a usted el nombramiento de supremo director delegado a fin de que le dé el curso que creyera más conveniente. Quintana es un bello sujeto, muy digno del empleo que ha desempeñado con honor y entera satisfacción de los buenos; pero está en el mejor orden que mientras resida usted en ésa dirija el timón para su mejor acierto; todo le va a usted abierto para que lo selle y le dé el giro que más convenga. En el honor y gloria de usted consiste la mía. Lo que determine tendrá siempre toda mi aprobación».

Con credenciales tan amplias San Martín pudo convertirse en el amo de Chile; pero ya sabe el lector que no lo quiso y rehusó ese honor, como rehusó tantos otros, porque su misión no era la de gobernar y menos la de entronizar su política en un pueblo reconquistado por él para la vida de la libertad, sino la de guerrear con los españoles que en ese entonces eran sus solos enemigos (1).

A partir de ese momento, la correspondencia entre San Martín y O'Higgins comenzó a intensificarse. Uno y otro todo se lo comunican y sin reticencias abordan, ya lo relativo a la amistad como lo relativo a la guerra.

«Precisamente estábamos en los fuegos artificiales, le dice San Martín a O'Higgins el 18 de mayo, que se hacían en la plaza, cuando recibí la del 7. No ha estado mal el refregón —el refregón es el triunfo de Gavilán— y cada día me convenzo más y más de la utilidad de su marcha a ésa, sin la cual la división del Sur se hubiera deshecho enteramente. Sé que Quintana ha hecho su renuncia. Si la admite, no le pase a usted por la imaginación el delegar en mí en la inteligencia de que no admito» (2).

«El siguiente día de mi llegada, continúa San Martín, se me presentó Manuel Rodríguez. No me pareció decoroso ponerlo en arresto y más cuando consecuente a la que me escribió le aseguré su per-

(1) Cuando O'Higgins insistía por que San Martín asumiese las funciones del directorio, don Ignacio Zenteno se encontraba a su lado, y al enterarse de la negativa de San Martín para asumir el mando, le dice: «Por la que usted escribe al director veo su repugnancia a admitir la delegación. Puede ser ello bueno, y también que jamás entre usted al directorio. Usted habrá calculado las resultas. La campaña acaso se demorará más de lo que creemos por ser imposible hacer nada de provecho en medio de tanta agua». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 540.

(2) La carta del 7 de mayo a que alude San Martín recibióla O'Higgins a los dos días de su llegada a Concepción. Principia en ella declarando que su presencia allí con las tropas de su mando ha sido una medida oportuna y que al no haberlas auxiliado tan a tiempo las divisiones del Sur — eran éstas las de Las Heras y las de Freire — «hubieran estado en grandes riesgos». Dícele que el enemigo recibió auxilios de Lima y que entre los quinientos a seiscientos hombres que han desembarcado encuéntrase Morgado, de quien se dice que en la acción de antes de ayer, es decir, en la batalla de Gavilán, salió con un balazo en el brazo, y además Lantaño Quintanilla y todos los que fugaron después de Chacabuco, a excepción de Maroto y Barañao. «Ha pensado Pezuela, dice O'Higgins, entretenernos por este punto, pero se equivoca. Talcahuano debe ser nuestro en breve; es necesario asaltarlo, algo costará, pero paciencia». — *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 363.

sona hasta tanto usted resolviese. El me ha hecho las mayores protestas de su sinceridad y deseos de demostrar a usted su buena comportación. Yo no salgo garante de sus palabras, pero soy de opinión que hagamos de él el ladrón fiel. Si usted es de la misma, yo estaré muy a la mira de sus operaciones y a la primera que haga le damos el golpe en términos que no lo sienta. Contésteme usted sobre este particular, pues en el ínterin le he mandado salga afuera de ésta, y se mantenga oculto hasta su resolución».

El famoso caudillo chileno Manuel Rodríguez ya venía dando que hacer a O'Higgins lo mismo que a San Martín. Este sin embargo no usó para con él ningún rigor, y como lo deja ver la referencia que transcribimos, si algún propósito lo animaba era el de alejarlo de Chile para que no se perjudicase a sí mismo ni perjudicase tampoco a la causa. «La máxima de hacer al ladrón fiel, le dice Zenteno, comentando lo que San Martín le dice en la suya a O'Higgins, es muy buena; pero acuérdese usted de Sarobe y de no pocos otros: acaso fuera del país, recomendándolo mucho el gobierno de Buenos Aires, supongo, si va él de diputado, sería más conveniente» [1].

En esa carta infórmale San Martín de que trata de aumentar el ejército con mil hombres, reclutas todos ellos, y que dedica especial atención al batallón de Cazadores y al 1º de Chile. «Este se me asegura estar en muy mal pie por el abandono de Viel, lo que me hace resolver a traerlo a ésta para que se organice». «Sería muy conveniente, continúa, formar un batallón de cazadores en Coquimbo. Si es de la aprobación de usted, dígame a quién ponemos de comandante, y con el cuadro de oficiales y sargentos marcharán para que en la primavera esté formado y corriente. He tomado providencias sobre el vestuario. Hoy me presentará Pérez la muestra de la bayetilla del país ya abatanada. También se han comprado los paños que han venido de Buenos Aires y en breve todo estará hecho. Las postas están en malísimo pie y al efecto he hablado con Prats. Los Carrera no han llevado un solo cuartillo ni menos asignación alguna por cuenta del Estado. Han llegado de Buenos Aires los cuatrocientos sables para caballería y espero que en el bergantín *Salvaje*, que salió de aquella capital, vengan setecientos, así como otros muchos artículos de guerra que nos son muy necesarios».

San Martín no omite pormenores. Quiere tener a O'Higgins al corriente de todo lo que sabe como de todo lo que sucede, y así le dice: «No tenemos pólvora para nada y se pide a Buenos Aires trescientos quintales. Si la necesidad es urgente, los haremos pasar a cordillera cerrada. Nada me dice usted de nuestro Freire, ni de Merino. Al primero dele usted muchos recuerdos de mi parte. Dígame usted lo que necesite de artículos de guerra para que marchen en el momento. Hoy se recibe Guido. Este joven apreciable nos ayudará con sus luces y buenos deseos en favor del país. Me

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 540.

encarga infinitas cosas para usted y Zenteno, al que tiene los mayores deseos de conocer. La mamá y hermana están completamente buenas, pero llenas de cuidados por usted».

Esta carta termina con esta despedida: «Adiós, mi eterno amigo: el próximo correo impondré a usted de mis ocupaciones y trabajos hechos en Buenos Aires, los que creo serán de su aprobación» [1].

La respuesta de O'Higgins no se hace esperar, y el 5 de junio escríbele desde Concepción: «Antes de recibir la apreciable de usted, 18 del pasado, a que contesto, había llegado a mí la renuncia de Quintana, y como aun ignoraba la determinación de usted acerca del particular, no se ha contestado, ni pienso contestarle hasta que usted me anuncie el giro que haya dado al decreto y oficios que acerca del particular le tengo dirigidos. Yo me conformo con todo lo que usted resuelva, mas estoy cierto que usted daría al gobierno todo el vigor y fuerza que las presentes circunstancias piden, no obstante que Quintana es bastante vivo y activo».

Aclarado este punto, aborda luego el tema relativo a Rodríguez y dícele: «Manuel Rodríguez es bicho de mucha cuenta; él ha despreciado tres mil pesos de contado y mil anualmente en países extranjeros, porque está en sus cálculos que puede importarle mucho más el quedarse. Convengo con usted que haga la última prueba, pero en negocios que su importancia no sea de demasiada consideración. Haciéndolo usted salir a luz, luego descubrirá sus proyectos y si son perjudiciales se les aplicará el remedio.

«Me parece muy bien el aumento de mil hombres más repartidos en el batallón de Cazadores y el 1º de Chile. Ojalá aumentara usted trescientos más a los Granaderos a caballo, pues los dos escuadrones que están aquí se hallan muy bajos, como verá usted por el estado general. También me parece bien se dé principio cuanto antes a la creación de un batallón de cazadores en Coquimbo. Usted puede elegir el comandante que mejor le parezca. Cáceres es, de los que yo conozco, el más apto y lo tenía pensado para el segundo batallón de Chile que se crease. La providencia que usted ha tomado sobre los vestuarios es muy oportuna. La estación en este temperamento es muy cruda, y mucha la desnudez. Las prendas de vestuario que se me han reducido no alcanzan ni para la tercera parte del ejército. Conforme se vayan concluyendo, algunas camisas y otras prendas más pueden remitírseme.

«Hubiera sido paso degradante haberles asignado a los Carrera pensión alguna, después del manejo tan negro con que han manchado nuestra revolución. Vienen muy bien los sables. Ya se han quebrado y perdido algunos de los que traían los granaderos. La pólvora vendrá también muy bien. La que no se gaste en el enemigo deberá desvirtuarse mucho por la humedad a pesar de cui-

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas. El General San Martín antes de Maipo*, pág. 17.

darse en lo posible. Continúan las lluvias sin cesar, por cuya razón Freire aun se conserva en Arauco. Hoy han llegado treinta granaderos de Arauco, conduciendo sesenta y un prisioneros.

«He celebrado muchísimo la llegada de Guido. No dudo nos ayudará con sus buenas luces en nuestra grande obra. Hágame usted el gusto de decirle infinitas cosas, como igualmente de Zenteno que está deseoso también de conocerle.

«Los enemigos se conservan aun tercos a pesar del estricto bloqueo que sufren y de los muchos que se les pasan a este ejército. Por momentos espero contestación a las consultas que he hecho a usted sobre si le parece conveniente ataquemos de una vez en sus fortificaciones a los de Talcahuano, o convendría más sitiarlos y obligarlos por el hambre a que abandonen el punto; esto último tiene sus inconvenientes, porque pudieran recibir refuerzos de Lima y víveres de Chiloé. Yo me decido en que conviene atacarlos; pero debe hacerse con dos tercios más de tropa de las que guarnecen los puntos fortificados enemigos y a pesar de que no la tenemos, siempre confiaría en la victoria. Por otra parte, la estación lluviosa no nos permite amagar para observar los movimientos que intenten. Se están trabajando balsas capaces de conducir setenta hombres cada una para en caso de asalto hacer un desembarco de trescientos hombres en la playa de San Vicente y facilitar la toma del castillo Centinela, que es como debe comenzar el ataque a la línea de fortificaciones» [1].

San Martín no tardó en contestar esta carta y escribióle el 5 de junio aprobando las razones de O'Higgins para destruir al enemigo. «Por lo que manifiesta el plano levantado por Arcos, dícele en esa circunstancia, la posición es formidable. Ella demuestra que la llave de toda ella es el reducto Centinela; pero el ataque de éste por trescientos hombres es sumamente aventurado, bien sea anticipándose, o bien si es rechazado, del que debe ejecutarse de frente sobre la línea. En todo caso, más bien preferiría el ataque por el reducto nº 1, y en caso de suceso marchar sobre el pueblo, pues de este modo quedaba su línea flaqueada y sin tener cómo subsistir. Pero mi amigo, usted conoce cuánta diferencia hay de calcular sobre un plano, por exacto que sea, a observar sobre el terreno; en esta inteligencia usted está suficientemente autorizado y tiene toda mi voluntad para obrar como mejor le parezca».

Aclarado este punto, toma San Martín en consideración otros pormenores. «Sería muy conveniente, le dice, levantar otro batallón de infantería, y para esto es de necesidad — salvo el parecer de usted — el que nuestro Freire lo mande, al efecto que venga, y en el caso de no poderlo hacer por ahora, mándeme usted el despacho de tal comandante del 2º de infantería de Chile para no perder tiempo en su organización y que la primavera nos encuentre

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 370.

con fuerzas ya organizadas. Si usted tiene sargento mayor para este cuerpo, que venga, y si no, aquí se buscará.

«Me es imposible poder admitir la dirección que la bondad y amistad de usted me había confiado sobre lo que contesto de oficio. Usted sabe mis compromisos públicos y la imposibilidad de faltar a ellos. Por lo tanto ruego a usted que por el bien del país y por la opinión pública, nombre a otro que a Quintana. Este es un caballero, pero el país se resiente que no sea un chileno el que los mande. Interín usted viene, podría nombrarse un hombre de bien y amable pero con carácter, que desempeñase este empleo. Pasado mañana, salen para ésa treinta y tres granaderos a caballo y dos oficiales; igualmente noventa y dos negritos del 7.

«Si a usted le es muy urgente la fuerza que me pide, marchará Alvarado con todo su batallón, no obstante lo terrible del tiempo por las aguas, pues si sacamos los trescientos hombres del 1º de Chile, este cuerpo no se formará jamás. Por otra parte, está desnudo y sé que no solamente no tiene la menor disciplina ni instrucción, sino que jefes y oficiales están en horrendo cisma. Estas consideraciones me han resuelto a que dicho cuerpo venga a ésta para metodizarlo, ordenarlo y vestirlo». Y a continuación: «Se le comunica a usted la resolución de Pueyrredón sobre Las Heras y mi contestación; sin embargo si usted cree conveniente el remitirlo hágalo».

¿Cuál era esta resolución, nos preguntamos nosotros? En realidad de verdad estamos imposibilitados para darla a conocer al lector. El propio don Benjamín Vicuña Mackenna, que poseyó estas cartas y comentándolas las dió a conocer a su hora, nos dice textualmente: «Nunca hemos tenido cabal conocimiento de este incidente. Pero Las Heras tenía un carácter fuerte y no consentía en avasallarse. De ahí probablemente algún choque con O'Higgins en Concepción, como el que más tarde tuvo con San Martín en Lima».

Continuando San Martín con su comunicado epistolar, dícele a O'Higgins que José Miguel Carrera ha fugado a Montevideo y que por lo que le escribe Pueyrredón, «se aseguraba en aquella plaza que su ánimo era el de venir a formar montoneras a Chile: y lo dificulto, pues para esta especie de guerra se necesita de más coraje que el de José Miguel». «Por la extraordinaria de hoy, continúa, se impondrá usted de los felices sucesos del Perú. En ésta los hemos celebrado con salvas, repiques, etc. La Inglaterra amenaza una explosión general. Al príncipe regente le tiraron dos tiros dentro de su coche: la España, próxima a un rompimiento con el Brasil por la ocupación de la Banda Oriental, cuya guerra se creía inevitable. Lo de Pernambuco lo sabrá usted por los papeles públicos. El capitán Bowles llegó a Buenos Aires a la salida del correo, pero no había desembarcado. Avisaré a usted lo que me escriba.

«Escribo a Alvarez que si el aspecto que toma la Inglaterra no es favorable, que no se mueva hasta que lo consulte a usted. No

puede usted figurarse la falta que me hace Zenteno en ésta. Usted haría un bien si lo enviase, y tomando a Arcos por su secretario; crea usted, mi amigo, que el ramo de guerra necesita un hombre de la actividad y trabajo de nuestro amigo».

La carta esta fué contestada por O'Higgins el 4 de julio. Contiene su respuesta pormenores muy interesantes para que los hagamos de lado y, como verá el lector, es un reflejo exacto de todas las incidencias que la guerra y la política ponían a la orden del día. «Su apreciable del 5 de junio, dícele O'Higgins, está en mi poder. En ella opina usted que tal vez sería mejor el ataque a la línea enemiga para flanquearla por el reducto nº 1, y entonces advierto que en el plano no va designada una laguna que la forma el mar y un brazo del río Andalien, la que internándose más de dos cuadras al istmo defiende el paso de tropas al Morro. Ayer he observado muy de cerca las baterías enemigas. Deseando aumentar el temor al enemigo con un golpe sobre sus avanzadas, ordené que los escuadrones de granaderos y algunos dragones de la división de Frontera partiesen a las dos de la mañana a sorprender los puestos avanzados enemigos, conforme al plano que para ello instruí al jefe de día don Juan Gregorio de Las Heras». Dícele que todo fué bien ejecutado, «no escapando más que tres de veinte individuos que estaban en la avanzada y uno que me trajeron prisionero; los restantes fueron sableados, sin haber habido por nuestra parte ni la menor desgracia».

O'Higgins le escribe a continuación que en compañía de Arcos y al frente de cuarenta granaderos a caballo se acercó hasta el tiro de fusil de las baterías, las que en el acto rompieron sus fuegos de cañón, que era lo que él deseaba para descubrir sus fuegos y el calibre de la artillería. Están tan mal servidas, dice O'Higgins, «que después de un largo fuego no nos hirieron ni un solo caballo. Creo que por cualquier parte que asaltemos tendremos buen suceso; pero siempre estoy que es más practicable por San Vicente. El enemigo lo conoce, teme y allí pone su mayor consideración».

Detiénese en seguida en otros pormenores que le obligan a decirle a San Martín «que ha cesado de algún modo la pasada de soldados enemigos a nosotros, debido al mucho cuidado con que los vigilan»; que un teniente de infantería de Valdivia que mandaba la batería del Peral, «después de haber clavado algunas piezas de cañón y en momentos de venirse a pasar con ochenta hombres, fué descubierto por su ordenanza y un sargento de Chiloé. Lo prendieron, lo encausaron y sentenciaron a muerte», y que cada día a los enemigos se les aumentan los apuros por falta de víveres. Dícele que se están construyendo setenta escaleras; que están prontos setecientos sacos de lana para llenar pozos; que se ha establecido una pequeña maestranza; que tiene próximas a concluírse ocho lanchas «para los efectos que antes le he indicado y para resistir sus botes armados y cañoneras y tal vez para sorprender la fragata *Venganza*,

en cuyo caso toda la escuadrilla caería en nuestras manos». Después de informarle sobre todos estos puntos relacionados con sus operaciones de guerra, le dice que le parece muy bien que se forme el batallón de infantería nº 2 de Chile; que Freire prefiere el servicio de la caballería, y que por ese momento no puede ir a Santiago porque parte para Arauco «con su división y sesenta granaderos». «El sargento mayor que usted me pide, agrega después, no lo hay aquí, puede usted hacerlo en ésa. El capitán don Lino de Arellano es uno de los oficiales más dignos y de juicio. Lo considero acreedor a que sea elevado a jefe; también veo que siendo de caballería, su colocación deberá ser en esa arma».

La ida de Freire para Arauco está motivada porque el capitán Cienfuegos ha sido derrotado «por un refuerzo que se dice haber venido por tierra a los indios araucanos; unidos con treinta fusileros de los soldados prófugos del enemigo, aun se sostenían en lo interior de Arauco». Es de toda necesidad, escríbele O'Higgins a San Martín, «deshacer en aquel punto a los enemigos, para que si son batidos en Talcahuano no se retiren allí por mar y nos eternicen la guerra».

Pasa luego al tema del interinato directorial y le dice: «Le aseguro a usted con todas veras que no conozco a un solo hombre a quien confiar la delegación directriz. Me temo que al nombrar uno de Santiago juegue la intriga y entorpezca lo principal de los negocios. Es por esta razón que me parece más conveniente continúe Quintana. Ya están hechos con él y lo hace cumplidamente».

Aprueba luego algunas medidas tomadas por San Martín. Dícele que en el estado actual de cosas es más conveniente dejar el asunto de Las Heras, «pues él se conduce actualmente muy bien»; que lo tiene con bastante cuidado la llegada del *Salvaje* a Coquimbo, y que lo de Pernambuco y del Perú lo saben ya los matuchos, es decir, los españoles «por la salva que aquí se hizo y las gacetas que envió a Ordóñez por el parlamentario Eguía que condujo aquí la madre de Freire».

Concluye diciéndole que acerca de Alvarez determine San Martín lo que crea más conveniente, «que todo será de su aprobación» que Zenteno marcharía en ese mismo instante, «pero que estando ya en vista de atacar a Talcahuano y teniendo todos los negocios enteramente entregados a él, le tomaría mucho tiempo el entrar de nuevo a instruir a un nuevo secretario en medio de atenciones tan vastas» (1).

En los epistolarios que tenemos delante, falta una carta de San Martín dirigida a O'Higgins el 23 de junio y que éste contesta el 13 de julio. En ella dícele O'Higgins que ha llegado Freire después de haber vengado la muerte del capitán Cienfuegos; que don Andrés Alcázar marcha a hacerse cargo de la plaza de Arauco, y que

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 378.

el bergantín *Pezuela* con trescientos hombres acaba de efectuar una misteriosa salida.

Esta carta apunta otros pormenores que no dejan de ser interesantes. «Mucho cuidado, le dice a San Martín, con Manuel Rodríguez. Bueno es que los vestuarios vengan luego que se concluyan. La división de fronteras que manda Freire ha trabajado muchísimo. Ha hecho usted muy bien en quitar los dos jefes del nº 1. Pasado mañana deben atacar a Talcahuano. Creo tomarlo, y entonces volará Zenteno».

Recomiéndale mucho cuidado con los batallones cívicos, que ponga al frente de ellos jefes muy seguros y reconocidos, y que a todos ha indignado Soler, con su pedante y falso manifiesto.

El 15 de julio le vuelve a escribir y le dice que no se ha verificado el ataque a Talcahuano porque se lo ha impedido una fuerte lluvia. Espera para esto que «el tiempo se componga y se seque un poco el suelo». Por un espía que acaba de llegar de Talcahuano sabe que la fragata *Venganza* dió la vela después de recibir un chasque llegado de Valparaíso y que en las inmediaciones de Pingueral fueron tomados tres soldados enemigos pertenecientes a dos botes que habían ido allí en busca de víveres.

El 21 de julio es, según otra carta de O'Higgins, el primer día de buen tiempo. «He determinado, dice él, salga el ejército y al ponerse el sol camparé al frente de Talcahuano». En ese entonces la victoria es para O'Higgins una cosa segura. «Dentro de dos días concluirá el ataque al enemigo y él, es decir Zenteno, correrá con el resultado». La guerra va resultando ya, según su expresión, «tediosa y costosa».

El 28 de julio encontramos de nuevo a San Martín con la pluma en la mano. «Recibí la de usted del 5, le dice a O'Higgins. Queda Manuel Rodríguez agregado al Estado Mayor del ejército con su grado. Yo vigilaré su conducta, que creo no tardará mucho en descubrirse; pero tiemble, porque hago con él una completa alcaldada si me da el menor motivo.

«Cáceres se pondrá a la cabeza del 2º de Chile que se va a formar. Indíqueme usted otro para el batallón de cazadores de Coquimbo. La elección de usted en Cáceres me parece muy bien, porque tiene instrucción, carácter y honradez. Si me remite usted a Freire, se podrá levantar en el momento el 1º de caballería de Chile, para que se ponga a su cabeza. Dentro de un mes estarán concluídos los vestuarios para el 7 y el 11, los que marcharán sin perder un momento; para cada uno de estos cuerpos se ha mandado construir ochocientos; para los dos escuadrones de granaderos y artillería ya han sacado lo que les pertenece y yo cuidaré de que se remita. Ha llegado el 1º de Chile con seiscientas cuarenta plazas, pero no puede usted figurarse su estado de atraso y desorden. El coronel Vial y el teniente coronel Campino han sido suspensos por mí y pasados a la comisión militar para ser juzgados. El primero por ser acusado

por Campino, y el segundo por complotación con los mismos oficiales para representar contra el coronel y haber dado de bofetones a un capitán al frente del batallón formado. Créame usted que da más que hacer este cuerpo que todo el ejército; en fin, debemos ponerlo en orden lo mejor posible».

«Sin Zenteno, le confiesa San Martín a O'Higgins, no serán muy rápidos los progresos del ejército. Ya tengo a usted dicho en correo anterior mi opinión sobre su venida. Pasan de cuatro mil seiscientos los hombres alistados en el batallón cívico de ésta. Antes de ayer consulté con Quintana la formación de cuatro batallones dividiéndolos en cuatro cuarteles, cada cuerpo con un comandante, un mayor y dos ayudantes, igualmente que la formación de otro cuerpo cívico de los Antiguos Infantes de la Patria, que según me aseguran sirvieron a las órdenes de usted muy a satisfacción».

Concluye diciéndole: «Remito a usted el manifiesto de Soler. Es necesaria toda su desfachatez para ponerse a mentir a la faz del ejército. ¡Qué pícaro tan malvado! Hase ido haciendo de usted y de mí las ausencias más indignas que son imaginables. Hoy le escribo como se merece».

El 21 de julio se comunica de nuevo con O'Higgins. Como las anteriores, su pluma se encarga de decirlo todo y esto desatendiendo en absoluto la perfección ortográfica de su texto. Su espíritu vive una hora de exaltación y lo vibrante de sus emociones tradúcese con celeridad absoluta en lo entrecortado y aun en lo desaliñado de su estilo. «Veo lo que usted me dice de su disposición para atacar a Talcahuano. Creo que los resultados serán felices, y si no lo son, tendremos paciencia. Al cabo jamás puede pasar la tentativa de una pequeña pérdida y nunca una derrota que era lo que podía desopinarnos, pues con nuestra caballería estamos en actitud de replegarnos tranquilamente, en caso de revés, a nuestra posición sin ser incomodados. En fin, usted es dueño absoluto de hacer lo que quiera». «Va la propuesta para Bueras; este sujeto ama a usted, y en el día está en la academia militar, muy contraído; lo han querido ganar, pero no han podido».

«No ha estado malo, agrega luego, el pequeño refregón de la avanzada, pero mucho mejor haberle a usted proporcionado reconozca con calma la posición enemiga.

«Usted me dice que no conoce un solo hombre en quien dejar la delegación; hágalo usted en Zenteno y verá usted si todo toma nervio como corresponde. De lo contrario nada se hace y todo se lo lleva el diablo. Recabarren, de quien yo tenía formada una opinión ventajosa, es una vieja débil y nada más. Venga Zenteno y verá usted si todo marcha bien. Si es usted feliz en Talcahuano, vuele usted a ésta: su presencia es necesaria. Los díscolos siguen minando, pero usted verá el golpe que se les da. Mañana me voy a la chacra de Tagle, el estado de mi salud lo exige imperiosamente».

Le dice después que la *Venganza* y un bergantín se presentaron en Valparaíso, pero que el día 16 desaparecieron de allí. Que han salido de Buenos Aires dos fragatas en corso para las costas de Lima, armadas de treinta y dos cañones; que nada sabe de Europa; que el capitán Bowles estará por esos mares en el mes de octubre; que se han pedido otros mil reclutas, y, en fin, «que se hará lo que se pueda». Esta carta termina con una posdata en la cual le dice textualmente: «¿Qué le parece a usted Manuel Rodríguez? No le ha acomodado la diputación de Buenos Aires, pero le acomodará otro destino en la India, si es que sale pronto un buque para aquel destino en breves días, como se me acaba de asegurar. Es bicho malo y mañana se le dará el golpe de gracia». Finaliza la posdata avisándole que le manda «una caja de instrumentos de cirujía para el doctor Green, que un apasionado suyo se la remite» (1).

El 7 del mismo mes de julio debió San Martín haberle escrito una carta que fué destruída o que se extravió. Presumimos que el tópico que la motivó lo fué el del director delegado, pues en la contestación a ella dada por O'Higgins, éste le dice a San Martín: «Me es muy sensible que los díscolos hayan podido exasperar al amigo Quintana. Ese pueblo requiere *palo de ciego*. Es muy revolucionario, pero luego que suena el chicote no hay quien chiste. Confieso a usted que no hallo quien pueda substituir la delegación. Usted está inmediato, nombre usted el sujeto y se aprobará inmediatamente su determinación. Zenteno estuviera ya en marcha a no haberlo estorbado los continuos aguaceros que son los más repetidos que he presenciado jamás en estas provincias. Pasa luego O'Higgins a informarle sobre sus operaciones contra Talcahuano. «El día martes, 22 del actual, le escribe, marché con todas estas fuerzas sobre Talcahuano y acampé al tiro de cañón de las baterías enemigas para observarlas con reflexión y hacer el dispositivo de ataque. Para ello esperaba las lanchas, que no pudieron llegar a mis inmediaciones hasta el día siguiente por la tarde, momento en que nos sobrevino un fuerte temporal de agua y viento que me obligó a retirarme a mis cuarteles de Concepción; el corto número de sesenta tiendas no era suficiente para cubrir dos mil y más hombres, armamento, parque y municiones. El miércoles a las doce del día, para descubrir el pozo y baterías del Morro, ordené que la compañía de cazadores del nº 11, sostenida por una de granaderos a caballo, todo a las órdenes del comandante Manuel Escalada, y también con el objeto de poseer una partida de caballería enemiga en dispersión, los cazadores se avanzasen hasta la inmediación del tiro de metralla. Los cazadores casi subieron al cerro del Morro y estuvieron a tiro de fusil de la batería nº 1, en cuyo estado mandé se retirasen, lo que ejecutaron con la mayor bravura, sin más pérdida

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas. El General San Martín antes de Maipo*, pág. 29.

que dos soldados muertos y tres heridos, habiendo sufrido un fuego de más de treinta piezas de cañón que jugaban regularmente y mucho mejor de lo que antes habíamos observado».

Al decir de O'Higgins, luego que esta división hubo acampado frente al enemigo, le intimó rendición a la plaza. Este le respondió por medio de un mensaje verbal, y al hacerlo le declaró el jefe de las fuerzas patrióticas que podía atacar cuando quisiese, dado que estaba dispuesto a defender su posición hasta la muerte. «Todo este día, escribe O'Higgins, nos cañonearon sin cesar, sin daño alguno nuestro. En la noche, después de las doce, hice aproximar los dos obuses y principié a tirar granadas al pueblo y batería del Cura, tocando la canción de la patria la música del nº 11, después de cada tiro. Hubiéramos incomodado al enemigo mucho más al no haber sufrido los obuses más de veintiséis tiros. Estaban montados en muy malas cureñas y aquí no era practicable hacerlas de nuevo».

Concluye esta carta diciéndole que el viernes recibió un oficial parlamentario con un pliego de Ordóñez y que se le contestó por Zenteno al oficial que el pliego no sería abierto por no venir rotulado en la forma debida. Ordóñez insistió en remitir este pliego una segunda vez y por segunda vez lo devolvió O'Higgins, previniéndole al portador que si volvía a venir otro mensaje en aquellos términos, sería fusilado.

El día 30 de julio le escribe diciéndole que «sigue el agua y el temporal y que si no se hubiera retirado la división de Talcahuano habría más de un tercio en los hospitales». Aun así pasan de doscientos los que han enfermado.

«He suspendido de su empleo, le cuenta a San Martín, al capitán francés Druet, que regresa a esa capital por insubordinado e incapaz de servir entre nosotros. Cuando me retiré de Talcahuano, supongo estaría ebrio, se presentó al coronel Las Heras, diciéndole que la retirada no debía ser, que se debía regresar a atacar al enemigo y que si Las Heras apoyaba su deteminación sería aclamado general. Le contestó Las Heras que de dónde se imaginaba que él jamás fuera capaz de desobedecer las órdenes superiores, que se tenía por el oficial más subordinado del mundo y que tenía el mayor placer en obedecer; que se retirase inmediatamente de allí porque le haría sentir el peso de su proposición».

«A esta contestación, escribe O'Higgins, Druet dió vuelta a su caballo y gritó a los soldados: «¡A Talcahuano, soldados, y no a Concepción!» Entonces Las Heras lo cargó para envasarlo en su espada, y el tal borrachón soltó las riendas a su caballo y desapareció en la obscuridad de la noche; de cuyo suceso me dió parte en el momento Las Heras».

Declara el mismo O'Higgins que con el mayor Guerrero ya había tenido casi igual gestión y que lo mismo había hecho con el comandante Conde. «A Druet, escribe, de ningún modo lo creo oficial de valor; la prueba es que habiendo ido a observar al enemigo con

una partida de ochenta granaderos a caballo, le hizo frente el enemigo con cuarenta caballos e inmediatamente se retiró con precipitación y vino a suponerme que cien hombres a caballo y cien a pie habían querido atacarlo. En la orden del día he dado a saber al ejército su separación, sin uso de uniforme, por insubordinado y que atendiendo a ser un oficial extranjero recién admitido, por esta consideración lo dispensaba de la pena capital a que se había hecho acreedor».

O'Higgins le habla luego de Escalada y le dice que goza éste de mejor salud que nunca. «Llegó aquí muy flaco, pero ahora está más gordo y de mejor semblante que en Mendoza. Es todo un oficial, tan valiente como el que más. Hace honor al ejército por su moderación, subordinación y amor al servicio. Sin lisonja, y sin agraviar a los demás compañeros de armas, es lo mejor que hay aquí».

La carta esta, que comenzóla O'Higgins el 27 de julio y cerróla el 1º de agosto, está destinada para informarle a San Martín de todos los acontecimientos mayores y menores vinculados con aquel asedio. Al llegar a su fin y como recapitulando lo manifestado, le dice: «Ya no hay paciencia para tanta agua, mucho me temo que el enemigo reciba refuerzos antes que el tiempo nos permita atacarlo». Explícale por qué no se ha dado curso a varias recomendaciones enviadas por San Martín — dos rayas debajo de la firma parece ser que era el signo convencional para que las recomendaciones fuesen tomadas en consideración o no — y concluye con votos para el restablecimiento de su salud.

El 11 de agosto, y después de decirle: «Ojalá que en la salida a la chacra de Tagle se haya restablecido», le escribe: «No he podido reducir a Zenteno a que admita la delegación. Me ha hecho reflexiones fuertes y propuéstome el plan de depositarle en una junta. El saldrá pasado mañana para ésa; a fin de acordar esto mismo y lo que se resuelva vendrá por extraordinario. Ya estaría en ésa al no habérselo impedido lluvias incesantes y ahora lo crecido de los ríos. Pero el tiempo demuestra bondad, los ríos comienzan a bajar y no podrá gastar más de diez días en su viaje a ésa». Y luego: «Hace usted muy bien en separar a Manuel Rodríguez. Es imposible sacar el menor partido de él en parte alguna. Acabe usted de un golpe con los díscolos, la menor contemplación la atribuirán a debilidad. Me parece muy bien haya usted pedido mil hombres y se aumente la fuerza en lo posible. La caja de Green, las medallas y escudos con el barrilito que me relaciona el padre Bauzá, de que doy a usted muchas gracias, se han detenido en Cauquenes a fin de evitar caiga en manos de los bandidos y montoneros, de los que deben haberse ahorcado diez y ocho en Chillán, diez en Cauquenes y tres en Villa de San Carlos. Sucesivamente cuantos caigan seguirán igual suerte».

El 16 de agosto San Martín vuelve a dirigirse a O'Higgins y abordando de lleno el asalto a Talcahuano, le dice: «Veo por su relación

que la línea enemiga presenta inconvenientes respetables y que su ataque nos puede costar mucha sangre. Si usted calculase que el éxito no sea feliz, no hay más arbitrio que esperar a que nos lleguen los buques y en el ínterin engrosar esa división lo que usted pueda. En fin, usted que está a la vista dispondrá lo que quiera y le parezca».

«Años se me hace, continúa, la tardanza de Zenteno, tal es la falta que hace». Infórmale de la salida para Talca de cincuenta hombres del 1º de Chile y de treinta granaderos al mando del teniente Rea, dícele que está esperando el armamento del *Salvaje*, que por no exponerlo viene por tierra, y que los díscolos no quieren otra cosa que la ruina del país. Previénele que se le ha avisado de una expedición española encontrada más al sur de la línea, que según los papeles ingleses su destino es Puertos Intermedios y que se ha dado orden para que si algún buque disperso llega a Valparaíso se le dé buena acogida.

«Por el estado general que remito a usted, dícele, notará que nuestra fuerza progresa. Va a darse principio, luego que las aguas cesen, al campo de instrucción».

«Siento en el alma no haya usted pasado por las armas, continúa él mismo, al capitán francés Druet, pero marchará con la recomendación que usted me encarga. Cruz será nombrado para mandar el batallón de Coquimbo. Veré si encuentro un buen Mayor que darle. El comodoro Bowles me escribe que estará en Valparaíso en todo septiembre. Su venida puede ser muy interesante». Antes de terminar esta carta, dícele que han quedado a la vista de Valparaíso el *Pezuela* y el *Potrillo* y que para batirlos saldrá el *Aguila* y el *Rambler*. Dice además que las gacetas inglesas y las cartas particulares de Londres manifiestan el interés que las Cámaras han tomado en la suerte de la América; que salió la pólvora, que le manda las balas, los cartuchos y el papel pedido; pero que le es imposible por ese momento mandarle caballo alguno, porque es tal su flacura, «que aun los mantenidos a pesebre no pueden caminar cuatro leguas. He encargado a Luzuriaga compre por cuenta de este Estado tres mil caballos y los remita al abrirse la Cordillera, pues por ésta están sumamente escasos» ([1]).

Como se ve por estas transcripciones, el paralelismo de miras entre San Martín y O'Higgins es integral y absoluto. Uno y otro se comunican a diario sus ideas, sus planes y sus propósitos. La opinión del uno, se puede decir, sirve como de puntal a la opinión del otro, y ambos se vuelcan por entero en las contingencias adversas o favorables del drama. Mientras O'Higgins se ocupa de bloquear a los españoles en Talcahuano, San Martín se prepara para una nueva batalla. Con tal motivo, hace de general y de administrador,

([1]) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas. El General San Martín antes de Maipo*, pág. 32.

y al tiempo que se consagra a la compra de vestuarios, a la organización de nuevos batallones y a otros detalles de técnica relacionados con la guerra, con sus consejos y con sus luces contribuye a mantener en perenne vibración el heroísmo de O'Higgins.

Talcahuano no fué para San Martín ni un objetivo ni una pesadilla. «Creo, le dice a O'Higgins, que los resultados serán felices, y si no lo son, tendremos paciencia». «Al cabo, le agrega después, jamás puede pasar la tentativa de una pequeña pérdida y nunca de una derrota». Estas reflexiones no venían a la pluma de San Martín porque sí. En esa hora, como en todos los momentos en que su genio intuitivo preparábase para desatar un nudo gordiano, su pensamiento estaba muy lejos de la península asediada y Talcahuano no representaba en su plan de guerra sino un simple episodio. Su voluntad es librar la batalla definitiva y liquidadora en otro punto, y por eso le dice a O'Higgins, como lo verá el lector cuando complete la lectura de tan interesante correspondencia: «Si los sacamos a los llanos, el golpe debe ser decisivo».

Esto nos explica su inmovilidad aparente en Santiago y por qué ningún conjuro, ni aun los del mismo Pueyrredón, que en carta le decía: «si usted ve que se demora con exceso el término de aquella empresa, creo que debe usted hacer un esfuerzo yendo a conducirla personalmente», no lo sacaron de ahí ni lo distrajeron del pensamiento capital que entonces lo dominaba. La capital era ya una cosa reconquistada y Talcahuano una partícula geográfica a reconquistar; pero sobre todo eso y sobre todo otro interés, puramente local, había aquel otro que era el de llevar la guerra al Perú y el de reemplazar el asedio de Talcahuano por el asedio de Lima.

CAPITULO VIII

San Martín y la retirada del Ejército de Talcahuano a Talca

SUMARIO: Carta desalentadora de San Martín a Godoy Cruz. — Otra a Narciso Laprida. — Lo que le contesta Godoy Cruz. — «La presencia de usted en ese Estado, le dice Belgrano, la miro como la cosa más interesante para la independencia de América». — Diagnóstico sobre la salud de San Martín formulado por el doctor Zapata en carta a Guido. — Este lo comunica al directorio y evidencia su pena. — Guido interésase para que el gobierno designe un jefe que reemplace a San Martín. — O'Higgins empéñase para que San Martín tome un descanso. — Solicitud de Pueyrredón al respecto. — El general González Balcarce, designado para substituir interinamente a San Martín en el ejército de los Andes. — Carta que Pueyrredón le escribe a San Martín desde San Isidro. — Balcarce opónese a que San Martín dé a conocer su nombramiento en la orden del día. — Su designación es sólo para subtituirlo en caso de no poder mandar San Martín. — El gobierno, le contesta Balcarce, es difícil entre en el deslinde de facultades. — San Martín desiste de pasar a Mendoza y toma su descanso en la chacra de Tagle cerca de Santiago. — Incorporación de Brayer al ejército en Talcahuano. — Su presencia desagrada a la generalidad de los oficiales. — Distintos modos de encarar el asalto — Es aceptado el plan de Brayer, contrario al de O'Higgins y de Las Heras. — Para evitar un desastre O'Higgins tuvo que ordenar la retirada. — Carta que en esa ocasión O'Higgins le dirige a San Martín. — Al decir de O'Higgins, Brayer estaba muy incomodado con Las Heras. — Pormenores sobre el asalto apuntados por O'Higgins en su parte al gobierno argentino. — El contraste de Talcahuano no destempló a San Martín y le remitió a O'Higgins nuevas instrucciones. — «Desde que tengo noticias de la venida de los *matuchos*, le dice, todos mis males y lacras se me han quitado». — En otra oportunidad le declara que éstos son incidentes de la guerra que podrán remediarse. — En un sólo día se podrá decidir, le dice a O'Higgins, la suerte de Lima. — Aconséjale a O'Higgins que apresure su retirada para no verse picado por el enemigo. — O'Higgins contéstale que está dando las órdenes para evacuar Concepción. — Por qué retardó la partida. — El 29 de diciembre O'Higgins transmite al ejército la orden de marcha. — Orden en que marchó el ejército desde Itata hasta las orillas del Maule. — Con la retirada de Talcahuano a Talca concluyó la guerra en el Sur. — Según un historiador chileno aquello no fué sólo un movimiento militar, sino el éxodo bíblico de un pueblo entero. — San Martín preparándose para dar un golpe de gracia al enemigo.

Hacia mediados de 1817 y cuando las operaciones del sitio de Talcahuano se intensificaban en la forma que el lector ya conoce, San Martín, que residía en Santiago consagrado por entero a la organización de la guerra, sintió recrudecer sus viejos males, y a pesar de su energía aparente, posesionóse de él una gran postración moral

y fisiológica. «Mi salud, le decía por entonces a su amigo don Tomás Godoy Cruz, sigue en un estado bien miserable. Conozco que el remedio es la tranquilidad por cuatro o seis meses, pero mi extraordinaria situación me hace ser víctima desgraciada de las circunstancias».

«Crea usted, le agrega después dominado por el más negro de los pesimismos, que no hay filosofía para verse caminar al sepulcro y con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo. Por otra parte, usted puede calcular la violencia que me hago, en habitar este país en medio de sus bellezas encantadoras. Todo me repugna en él: los hombres en especial son de un carácter que no confronta con mis principios, y aquí tiene usted un disgusto continuado que corroe mi triste existencia; dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darían la vida.

A otro amigo — Narciso de Laprida — le diría un mes más tarde: «Se sigue lidiando con díscolos, apáticos, sarracenos. Lo sensible es que la salud no ayuda para tamaña faena; yo creo que pronto darán conmigo en tierra, pero trabajemos hasta el extremo» (1).

Como se ve por estas referencias transcritas, San Martín nos describe, y con gran realismo, su situación de enfermo y de político decepcionado. Los males que lo afligen son de un doble orden, y así como sufre por razón de sus nervios, sufre igualmente por el carácter de las personas que lo rodean.

Esto sin embargo no lo lleva hasta desconocer que si en torno de él pululan los díscolos, los altaneros y los revoltosos, que son sus enemigos, surgen igualmente aquellos que se pueden clasificar como hombres virtuosos. Es por esto que en carta a Godoy Cruz, a quien le comunica sus cuitas, le declara con la franqueza que le es característica: «Usted sabe que estos diablos hubieran arruinado la causa — o por mejor decir la suerte de la América — si felizmente no hubiese hombres al frente de sus negocios, cuya buena comportación la libertase de las garras de estos malvados. Esta es una de las razones que he tenido y usted sabe, para exigir con tanto empeño una forma de gobierno pronta, segura y bajo bases permanentes de modo que contenga las pasiones violentas y no pueda haber las oscilaciones que son tan comunes en tiempo de revolución» (2).

Dados estos antecedentes, nada tiene de extraño que sus amigos de Chile, como fuera de Chile, lanzasen un grito de alarma y se interesasen por que San Martín recobrase la salud que exigía la carga enorme que gravitaba sobre él. «Si hubiera una máquina galvánica en ésa, le escribía Belgrano desde Tucumán, póngase usted a que le administren el galvanismo con que creo se libertará usted del temblor de su mano que siento infinito. Yo quisiera saber que

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 559.
(2) *Ibídem*, t. V, pág. 561.

usted logra la buena salud y que, por consiguiente, no necesita de variar de temperamento». «La presencia de usted en ese Estado, le agrega Belgrano, la miro como la cosa más interesante para la independencia de América. Usted se halla en el caso del Cid, de que aunque muerto, basta con presentar su efigie a los enemigos para vencerlos. Esto es decir a usted lo que pienso con toda la franqueza de la amistad» (1).

El doctor Zapata, que era su médico, interesóse de una manera principal y directa en este estado de depresión en que se encontraba San Martín, y con fecha 16 de julio escribióle a don Tomás Guido en estos términos: «La patria, el honor y la gratitud me obligan a dar a Vuestra Señoría la pesadumbre que yo siento. Preveo muy pronto el término de la vida apreciable de nuestro general, si no se le distrae de las atenciones que diariamente le agitan, a lo menos por el tiempo necesario de reparar su salud atacada ya en el sistema nervioso. El cerebro, viciado con las continuas imaginaciones y trabajos, comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tecla vertebral, de donde resulta la *hematoe* o sangre por la boca, que si antes fué traumática o por causa externa, hoy es por lo que he dicho».

«El mismo origen tienen sus dispepsias y vómitos, continúa Zapata al redactar su diagnóstico, sus desvelos e insomnios y la consunción a que va reduciéndose su máquina. Empeñe V. S. toda su amistad para que este hombre, todo del público, se acuerde alguna vez de sí mismo, que dejando de existir no servirá ya a esa patria para quien debía vivir y por quien se hace inaccesible al consejo» (2).

Como era de su deber, Guido elevó el diagnóstico de Zapata al directorio y al mismo tiempo le hizo presente a éste las consideraciones que el caso le sugería. «Me es sumamente doloroso dar a V. E., dice Guido en su oficio, el disgusto de leer la adjunta carta original que he recibido del cirujano mayor del ejército. Pero ella manifiesta el peligroso estado de salud del general don José de San Martín, y no puedo prescindir de avisar a V. E. para que con tiempo tome las medidas que sirvan en caso de su pérdida. La complicación de negocios que han cargado sobre este digno jefe es inexplicable en un país donde todos los vicios de la depravada administración española conspiran contra el que manda. La principal parte de los ciudadanos más distinguidos por su rango, lejos de auxiliar embarazan por su timidez y apego a los resabios coloniales. Estas circunstancias redoblan los trabajos del general y aniquiladas casi las fuerzas corporales por ataques violentos, se agrava por instantes el peligro de una vida tan apreciable. Es necesario por lo mismo separarlo de toda intervención pública y que entregado a repararse

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 14.
(2) *Papeles del general brigadier Guido*, pág. 25.

en el campo, deje por un mes o dos cuanto tiene sobre sí, hasta probar si el descanso y la medicina le restablecen para seguir en las empresas que tiene a su cargo».

Guido no se contenta con esta solicitud en pro del Libertador y al tratar el punto relativo a la persona que interinamente deba substituirle, declara que una de las cosas que más le atormentan «es la falta absoluta de un hombre de conocimiento, de opinión y confianza, que se reciba del ejército de los Andes». «Su fuerza, declara él, pasa ya de cuatro mil quinientos hombres, y sea que el general San Martín recobre su salud o que la desgracia nos lo arrebate, la patria, el orden y la seguridad de las armas exigen que V. E. se digne mandar a la ligera uno o dos jefes por cuyas manos se dirija la fuerza que tantos sacrificios cuesta a las Provincias Unidas y que tanto importa conservar». El enemigo, concluye, ocupa todavía un punto fuerte en este territorio, la organización del ejército se activa. Puede ser necesario emprender en la primavera algunas operaciones militares, y en todo caso, V. E. no ignora cuán grave es la necesidad de que existan al lado del general San Martín, jefes activos y empeñosos que le ayuden con fidelidad y mucho más cuando sus males pueden ofrecer compromisos de trascendencia incalculable».

Fué entonces que tanto O'Higgins como Pueyrredón, el primero desde Concepción y el segundo desde Buenos Aires, comenzaron a escribirle a San Martín para que hiciera un paréntesis a sus tareas y obedeciese a la solicitud de sus amigos. «Me es muy sensible, le dice el primero, la indisposición de la salud de usted. En ella estriba la de la nación y la nuestra. Espero que con la salida al campo, que me dice va a practicar, se halle recuperado» [1].

«Cúidese usted, amigo mío, le escribe Pueyrredón el 25 de agosto. Restablezca su importante salud y no dude que hemos salvado el país, pues los bienes se aumentan progresivamente, y los males se hacen conocer de sí propios para presentarnos la ocasión favorable de extirparlos. Aquí no hay el menor temor de inquietudes. Cada día se afirma más la confianza pública y se hace sistema la opinión de alejar para siempre las turbulencias y los genios tumultuarios».

Por las circunstancias apuntadas fué designado como director argentino, para substituírle interinamente en el comando del ejército de los Andes, el general de brigada don Antonio González Balcarce, quien el 21 de noviembre entró en el ejercicio de sus funciones. San Martín extremó a tal punto su delicadeza, que al delegar el mando

(1) A partir de ese momento, julio de 1817, son raras las cartas de O'Higgins a San Martín en que no se encuentra un voto solícito por su salud. El 11 de agosto le dice: «Siento en el alma que su salud no ande acorde. Ojalá que en la salida a la chacra de Tagle se haya restablecido». «No ha llegado aún el correo, escribe el 14 de ese mes, y deseo con ansias saber de su salud, lo que ruego a Dios la restablezca y conserve». Y el 1º de septiembre: «La mejoría de su salud me es lo más satisfactorio. Tal vez con una segunda salida al campo se recupere enteramente lo que tanto nos interesa». *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 396 y sig.

dispuso que se le suspendiera el tratamiento de Excelencia que era anexo a su empleo y que sólo fuese considerado como coronel mayor del ejército. «Al efecto, dice él, pásense las órdenes correspondientes para que desde el 1º del que entra se me suspendan los sueldos que como tal general gozaba. Mis escasas luces y buenos deseos en beneficio de la América, serán empleados en ayudar a nuestro digno general y no me separaré del ejército, para reponer mi salud hasta que no destruyamos al enemigo en la primera acción» ([1]).

«A esta fecha, escribíale Pueyrredón desde su chacra de San Isidro el 22 de octubre, está ya Balcarce en Santiago y usted se ha desahogado de la suma de atenciones que lo afligía; pues bien, compañero querido; váyase usted sin dilación a su anterior u otra casa de campo, no llevando más que la servidumbre y los amigos precisos para su asistencia y compañía y deje todos los cuidados a su retaguardia; pero no piense usted, por Jesucristo, en venir a Mendoza. No hay un amigo de usted, no hay un hombre de los que aman el orden, no hay uno de los de mi consejo privado que no se interese eficazmente en el restablecimiento de usted; pero tampoco hay uno de éstos que no haya temblado con la noticia que se vulgarizó de que usted dejaba Chile. Mil especies ridículas se suscitaron con tal ocasión, todas malignas y que afligían a los hombres de bien. El mismo Chile y ese ejército sin la inmediación de usted estaría expuesto, y ahora que se va afirmando el imperio del orden, es que más necesita de nuestra asistencia» ([2]).

Cuando Balcarce se hizo cargo del interinato directivo del ejército, quiso San Martín que el documento, por medio del cual él hacía la trasmisión de este mando, fuese insertado en la orden del día. Balcarce se opuso a ello por lo grave y comprometedor que en aquellas circunstancias podía resultar una tal medida, fundamentando su actitud en esta nota: «La dimisión del mando de general en jefe que se sirve V. E. comunicarme por oficio de esta fecha, si se anuncia en las actuales circunstancias al ejército se expone sin duda alguna a que su entusiasmo decaiga y a que se fomente justamente un general sentimiento. Tiene V. E. la opinión y la confianza de los jefes, oficiales, tropa y además se distinguen por los mismos en V. E. los conocimientos del país que son tan esenciales para dirigir con el mayor acierto las operaciones de un ejército que de un día a otro espera hacer oposición a una fuerte expedición enemiga. Si se lleva a efecto la variación del mando que me previene V. E., se conocería inmediatamente que a mí no me será posible servirlo con las ventajas que aseguran aquellos antecedentes. Esto precisamente influirá en los ánimos para desalentar aún al soldado menos reflexivo, y no puede ocultarse a la penetración de V. E.

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 168.
(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 584.

cuán perjudicial sería en la actualidad que concibiesen una idea semejante».

Dícele Balcarce además, «que las órdenes de su gobierno son expresas para que su mando de general en jefe lo sea sólo provisional y en los accidentes en que la salud de V. E. no le permite absolutamente atenderlo», debiendo siempre servirlo bajo su dependencia y sus órdenes. «En estos términos, concluye, se efectuó mi venida a este ejército, con el agregado de que si llega el caso de que V. E. tuviese necesidad de separarse enteramente del mando, debía de remitirse el jefe que había de desempeñarlo. En este concepto, ruego a V. E. me permita suspender la comunicación al ejército de la referida orden de esta fecha hasta que puesta en el conocimiento del Excmo. señor supremo director, resuelva lo que estime más conveniente».

El gobierno contestó al comunicado de Balcarce diciéndole que era sumamente difícil entrar en el deslinde de las facultades con que estaba revestido «fuera de los casos de enfermedad o ausencia del general propietario de ese ejército, así por la originalidad de las circunstancias como por la situación política de ese Estado y otras diferentes causas», y dejó librado a las acreditadas virtudes, prudencia, conocimiento y armonía que existían entre San Martín y Balcarce las medidas a tomar, en caso de así exigirlo la felicidad común.

Eran los propósitos de San Martín tomar su descanso en Mendoza; pero en vista de los conjuros que le llegaban de uno como del otro lado de los Andes, desistió de su idea y tomó el reposo que necesitaba en la chacra de Tagle, cerca de Santiago. Quiso la Providencia que esto significara para él el restablecimiento de su salud y antes de finalizar el año, con fecha 10 de diciembre había asumido de nuevo la dirección del ejército, y en respuesta a las noticias que le llegaban de Talcahuano le decía a O'Higgins: «Desde que tengo la noticia de la venida de los *matuchos* — quiere decir de los españoles —, todos mis males y lacras se me han quitado. Este es buen pronóstico» (1).

Pero no nos adelantemos al desenlace de los acontecimientos y reanudando el relato de la guerra en el Sur, entremos en el campamento de O'Higgins y veamos cómo se comunican de nuevo sus impresiones el director y el Libertador.

Desde el 24 de noviembre encontrábase al lado de O'Higgins el teniente coronel don Miguel Brayer. Esta personalidad, a quien conoceremos a su hora, había llegado al Río de la Plata en febrero de 1817, y después de incorporarse al ejército de los Andes, confiado en sus luces y en el prestigio que le daba su actuación en las batallas napoleónicas, lo destinó al ejército sitiador de Talcahuano. La incorporación de Brayer a aquel ejército, en lugar de provocar

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 421.

un sentimiento de contento provocó un estado de recelo en los oficiales criollos que acompañaban a O'Higgins, y el 1º de octubre, éste se vió precisado a decirle a San Martín: «Brayer está aquí. He observado que él viene con los que usted me dice. Su presencia no ha sido muy agradable a la generalidad de los oficiales por su clase de extranjero, pero él sabe disimular y ello al fin calmará».

Por lo que se supo después, y por lo que declaró el mismo O'Higgins, este disimulo no pudo prolongarse por mucho tiempo, y su carácter altanero y pedante agravó el espíritu de desconfianza con que había sido recibido. El desacuerdo o discordia, como lo verá el lector, lo determinó el asedio o asalto de Talcahuano. El asalto a esta plaza era en ese entonces el tema capital en el ejército sitiador, y después de haber sido consultado a su tiempo, San Martín le había dicho a O'Higgins que la llave del asalto la constituía el reducto Centinela y que en caso de atacar preferiría él que se atacase por el reducto nº 1. Pero comprendiendo él mismo que una cosa es efectuar un asalto sobre un plano a hacerlo sobre el terreno en que actúan los beligerantes, le dice: «Está usted suficientemente autorizado y tiene toda mi voluntad para obrar como mejor le parezca».

O'Higgins procedió así; pero como las opiniones entre los jefes que lo secundaban no eran concordantes, resolvió someter el punto en discordia a una junta de guerra. Allí se discutió él larga y calurosamente y concluyóse por aceptar el plan de Brayer, contrario al de O'Higgins y al de Las Heras. No nos corresponde relatar aquí los pormenores de este asalto ni las dificultades tácticas y topográficas que el plan de Brayer ofrecía sobre el de los patriotas. Para la comprensión de los acontecimientos, nos basta saber que Las Heras no pudo mantenerse en las posiciones conquistadas por él con el sacrificio de muchas vidas y que para ponerse a salvo de un desastre mayor O'Higgins tuvo que ordenarle la retirada clavando antes los cañones enemigos de que ya se había posesionado. Como O'Higgins, muchos otros oficiales patriotas se distinguieron en este asalto que se llevó a cabo hacia las tres de la mañana del día 6 de diciembre; pero O'Higgins convencióse de que con él se había cometido un error, y en carta a San Martín declaró: «Si como he opinado, desde el principio se hubiera dirigido el ataque, no hubiera fallado, pero para otra ocasión que será seguro, me dirigiré por lo que la sana razón dicta con conocimiento de nuestras tropas y de las enemigas y no atenderé a persuasiones en contrario». Infórmale a San Martín de otros pormenores. Dícele que el ataque le cuesta al ejército sitiador la pérdida de ciento cincuenta muertos y doscientos ochenta heridos incluso los oficiales, y que han desertado noventa soldados, «merma considerable para este pequeño ejército». Reconoce que la línea de Talcahuano está fuertemente fortalecida; que hay allí más de sesenta piezas de grueso calibre, servidas por cuatrocientos marinos, desembarcados de los buques allí anclados, y que sin un gran sacrificio la línea «no puede ser penetrada». «Resta

pues saber, le dice a San Martín, si sería o no una victoria para el enemigo el que sacrificásemos la mitad de nuestra fuerza aunque adquiriéramos el puerto. Calculando lo que más convenga con semejante estado, dígame usted lo que le parezca más conducente a nuestras operaciones y le aseguro por mi honor que cualquiera empresa a que se decida usted se dejará de cumplir sólo con la falta de nuestra existencia».

En esa misma carta aborda otros pormenores y al hacer alusión a Brayer, le dice: «Brayer se halla muy incomodado con Las Heras, porque según me relaciona el primero, sabía por un oficial que el segundo — el segundo aquí es Las Heras — había dicho que el día del ataque a Talcahuano debió el mayor general haberse aproximado a la columna de ataque. Igual crítica, me dice, ha sufrido de algunos otros. Yo he procurado calmar estas hablillas que sólo conducen a la división» (1).

En el parte oficial dirigido al gobierno argentino, O'Higgins puntualiza una serie de pormenores heroicos que es de nuestro deber anotar: «El coronel Las Heras, dice él, destinado en primer lugar a posesionarse del Morro, lo verificó con la mayor celeridad, intrepidez y arrojo, salvando el foso y estacada. Se apoderó de dos baterías e impuso mucho terror al enemigo. Toda la guarnición, compuesta de doscientos diez hombres, según declaración de diez y seis prisioneros que se tomaron en este punto, pereció a la bayoneta, teniendo igual suerte los que desde las alturas se arrojaron al mar.

«Al mismo tiempo, la brigada del comandante Conde atacó con vigor por la izquierda. Nuestras lanchas, por San Vicente, lograron mejor éxito, pues se apoderaron de un lanchón que montaba un cañón de 18 y pasaron a cuchillo cerca de cuarenta hombres, obligando a fugar a los cerros la guarnición de dos baterías. El enemigo cargó toda su fuerza contra la cortadura del Morro. Nuestras tropas empeñaron más de tres horas en vencerla y bajaron la quebrada que miraba a la población, donde hicieron algunos progresos; pero las lanchas enemigas y los fuegos de la fragata *Venganza* impidieron continuarlos por razón de no haberse logrado abrir el rastrillo. Ya habían sido heridos gravemente los valientes sargentos mayores don Cirilo Correa y don Jorge Beauchef y muerto el capitán de cazadores don Bernardo Videla; luego tuvo esta desgraciada suerte el comandante don Ramón Boedo cuya pérdida es irreparable. No obstante, se continuó la acción con el mayor ardor, entusiasmo y valor, despreciando el continuado fuego de la metralla».

«Además de los referidos oficiales, continúa O'Higgins, hemos tenido la desgracia de ver muerto al capitán de mi escolta de Cazadores a caballo don Luis Flores, que se hallaba a mi inmediación al pie de la Puntilla y poco más distante el alférez don Juan de la Cruz Molina. El teniente primero de granaderos don Leandro Gar-

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 425.

cía murió en el Morro. Heridos gravemente allí mismo el capitán don Félix Villota, tenientes don Ramón Allende, don Manuel Laprida, don Francisco Borcosque, don Ramón Listas y don Benito Suso. Subtenientes don José Alemparte y don Dionisio Villarreal. Levemente el sargento mayor don Ramón Guerrero, los tenientes don Manuel Castro y don Daniel Cazón y los subtenientes don Vicente Zañartú, don Santiago Flores y don Domingo Correa».

«El mayor general coronel mayor don Miguel Brayer, escribe O'Higgins, desde el principio de la campaña y en esta brillante acción ha dado evidentes pruebas de su actividad y pericia militar. El sargento mayor de ingenieros don Alberto d'Albe en la misma forma en su facultad; fué uno de los jefes que ocuparon la posición del Morro. Los jefes de brigadas y divisiones han llenado completamente su deber; del mismo modo, todos los demás oficiales y tropas. El sargento mayor don Manuel Borgoño, comandante interino de artillería, y oficiales de esta arma mantienen en continuo cuidado y fatiga al enemigo, arrojando con acierto las granadas y obligando a alejar los tiros de la cañonera de San Vicente y lancha del Morro. Chile debe gloriarse de tener al frente del enemigo un ejército que si en este ensayo primero no lo ha exterminado, al menos lo tiene reducido a un estrecho recinto sin que se atreva a dar un paso fuera de la línea donde muy en breve, cuente V. E. firmemente, que experimentará toda la fuerza del brazo argentino y araucano y concluirá la guerra» (1).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 189.

En el parte que acabamos de transcribir, la referencia de O'Higgins sobre Brayer es honrosa. Pero a nuestro entender es más política que sincera. Al tener que ocuparse de él un año más tarde, 16 de febrero de 1819, O'Higgins opinaría de Brayer en modo muy distinto. «Las divisiones que yo mandaba en el sur cuando el señor Brayer llegó a Concepción, eran en mucha parte de aquellas mismas que acababan de dar libertad a Chile en esa brillante jornada de Chacabuco, concluída en un espacio de tiempo que excediendo a toda la celeridad de las marchas de César en las Galias, apenas bastaba para hacer el camino desde Mendoza, aunque no se hubiese interrumpido con varios combates parciales ni con el tránsito de la gran Cordillera por la ruta menos frecuentada y sin duda la más fragosa de ese muro terrible. Ellas habían consolidado en esa campaña la rigurosa disciplina de su educación y adquirido aquella destreza experimental, aquel feliz orgullo y aquel amor al orden que inspira una victoria ganada por tan buenos principios. Unas tropas semejantes nada necesitaban aprender del señor Brayer, sino aquellos conocimientos tan nuevos como sublimes que nos hacía esperar la ruidosa fama de un general francés, aguardando con ansia el momento en que los desplegase. Tardó poco en mostrar que su táctica consonaba a su espíritu. Disputas pueriles, fué todo el precioso invento que introdujo en el ejército; al menos que él crea un servicio de grande importancia haber asistido una sola vez a revista general y negarse a mandar evoluciones al ejército, a pretexto de *ser indecoroso a un general hacerlo a la voz;* pero al fin no lo hizo de modo alguno».

«Se había decidido el ataque de Talcahuano, continúa O'Higgins, y el día se acercaba. Los antecedentes de que nos había prevenido el señor Brayer, aun no eran bastantes a penetrarnos de la ineptitud de un militar antiguo que había comandado bajo las órdenes del Genio de la guerra. Fué encargado de trazar el plan a vista de otro, que jefes más expertos que él me habían presentado, y en oposición a éste, formó el suyo tan desgraciado, que ni aun esta calidad le ha embarazado para jactarse de haber sido su autor. Se da el aire de haber suministrado buenas disposiciones para el ataque, pero infelizmente no pudo hacerlas practicar por las dis-

Este contraste no destempló en modo alguno a San Martín quien comenzó a transmitirle a O'Higgins nuevas instrucciones. «Parece que los matuchos quieren tentarnos la ropa, como verá usted por las comunicaciones del gobierno, le escribe el 10 de diciembre. Dios lo haga, pues de este modo tendremos más asegurada la expedición a Lima.

«Como creo que lo que más necesita usted es caballería, sale mañana el 2º escuadrón de granaderos al mando de Melián. En este concepto puede usted impartirle las órdenes que tenga por conveniente, bien sea que permanezca en Talca, o bien que se sitúe en el punto que usted le indica. Yo creo que si lo sacamos a los llanos, el golpe debe ser decisivo, pues ellos carecen de caballería. En fin, mi amigo, usted obrará como a usted le parezca, pero soy de opinión no aventurar y sí estar prontos para reunirnos y caer sobre ellos con todo el poder para destruírlos. Los escalones de víveres hasta Talca — siempre que sean seguros — los creo convenientes. Usted que está sobre el terreno podrá disponer de esto como le parezca. Todas las tropas de la capital saldrán de aquí a tres días sobre Valparaíso por si tratan de hacer alguna tentativa sobre aquel punto y de este modo estamos también prontos a auxiliar a usted si es necesario» (1).

El 11 del mismo mes, vuelve a tomar la pluma y al mismo tiempo que por intermedio de ella habla el amigo, habla igualmente el maestro y el general que se prepara para la victoria. «Nada me sorprende el contraste de Talcahuano, le dice con su serenidad a O'Higgins. Estos son incidentes de la guerra que podrán remediarse con nuestros recursos y constancias.

«Todos los Hs:: (alude a los hermanos logistas) hemos acordado que la posición de Concepción es cerrada y sumamente expuesta en atención a que la mayor parte de esa provincia no nos es muy adicta. Por otra parte, pudiéndonos dar la mano ese y este ejército, seremos siempre, no solamente superiores, sino que podremos caer sobre el enemigo y *decidir en un solo día la suerte de Lima.*

«Con esto damos tiempo a que llegue lo que esperamos de Norteamérica. Como me escribe Aguirre, estarán en Chile lo más tardar para marzo. Nada nos importa abandonar una provincia pobre, sin recursos de subsistencia, y que pronto la volveremos a tomar. Tenga

tancias que guardó siempre de las batallas. Yo le disimularía la pesadez con que salió de su tienda, cuando todos los jefes y tropa estaban ya formados en los puestos que se les había designado y los cuerpos de asalto bayoneteaban a los enemigos dentro de sus atrincheramientos, agazapándose este viejo militar en momentos tan apurados a la espalda de un parapeto, de donde no pudo moverlo mi presencia airada ni menos el ejemplo». *Archivo de San Martín*, t. XI, pág 235.

La pintura que aquí nos hace O'Higgins de Brayer no es la del valiente, sino la del cobarde. Acusaciones tan graves no eran caprichosas sino fundadas, y Brayer no las levantó, como no levantó tampoco las que le dirigió San Martín al desmentir su manifiesto.

(1) BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas. El General San Martín antes de Maipo.* pág. 46.

usted presente que si por una de aquellas casualidades de la guerra ese ejército fuere batido, todo se lo lleva el diablo. Por otra parte, me es imposible, hasta saber el punto en que toca la expedición, mandarle a usted un solo hombre, pues yo no tengo más que tres batallones y dos escuadrones con los que marcho a poner a cubierto a Valparaíso el 16 de éste.

«Melián hace tres días salió de ésta para incorporarse con usted con todo el segundo escuadrón. Va armado completamente. Zenteno impondrá a usted de mis ideas. Baste decir a usted que su retirada la habíamos decidido antes de saber la noticia del contraste de Talcahuano. En fin, mi amigo, divididos seremos débiles. Unidos, los batimos sin duda alguna».

Va Bueras, agrega San Martín. Su marcha no tiene otro objeto que el de separarlo del mando. El es valiente y activo, pero no tiene la política que necesita para mandar un cuerpo. Bustamante lo reemplaza. Se ha mandado venir el batallón de Coquimbo. Luego que estemos todos reunidos pasan de nueve mil hombres, con lo que podemos dar un buen día».

San Martín termina esta carta con una recomendación: «La resolución que usted tome que sea pronta para no hacer una retirada, picado por el enemigo. Con anticipación creo que puede usted quitarle todos los recursos de la provinica, como son granos, caballadas y ganados, y retirando todo malvado enemigo y sospechoso. Repito a usted que Zenteno hablará a usted largo sobre todo» (1).

El 23 de diciembre O'Higgins ya estaba en posesión de esta carta y contestóla con el más vivo de los regocijos. «También celebro infinito, le dice a San Martín, que los matuchos ignorantes quieran decidir la suerte de Lima en Chile. La Providencia visiblemente protege nuestra causa, confundiendo y cegando a los enemigos de ella».

«Estoy dando las órdenes más ejecutivas, continúa, a la evacuación de Concepción. Me dice el administrador de aduana que el comercio tiene más de ochocientos mil pesos en efectos que han introducido los comerciantes últimamente y que no tienen una sola mula ni un caballo en qué moverse. He pedido a los partidos los que haya para no dejar atrás cosa alguna que sirva de auxilio a los enemigos y que encuentren desiertos y ruina. Todo demanda un término de más de diez días. Si en él no se presenta la expedición de Lima, todo se conseguirá. Ayer salieron cincuenta enfermos en carretones y parihuelas quedando en el hospital ciento ochenta, pero todos se pueden mover a caballo cuando se ordene» (2).

O'Higgins felicítase de la llegada de Melián a Talca, dice que el ingeniero d'Albe saldrá al día siguiente para construir en las bal-

(1) Benjamín Vicuña Mackenna: *Relaciones Históricas. El General San Martín antes de Maipo*, pág. 49.

(2) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 428.

sas de Soto una cabeza de puente y le acompaña a San Martín el croquís del asalto librado sobre Talcahuano el día seis.

Después de tomadas estas medidas O'Higgins decidió levantar su campamento, pero le sobrevino una indisposición y retardó la partida por algunos días. No desatendió por eso su comunicación epistolar con San Martín y lo tuvo al corriente de sus medidas y de sus observaciones. Comunícale el 28 de diciembre que se halla absolutamente sin mulas para poder moverse, que sólo dispone de trescientas, suma que no alcanza ni a la mitad de lo que en rigor necesita, pero que con todo comienzan a moverse los batallones «por escalones para que las mulas de unos sirvan a los otros». Dícele además que no cree que el enemigo tiene el número de tropas que él anuncia; que el desembarco de él debe ser en esa provincia y no en la costa de San Antonio, por donde no podrá encontrar ni un solo caballo. «Es verdad, agrega, que los españoles son muy bárbaros en sus proyectos militares y la ignorancia pudiera cegarlos». «Ello es, concluye, que sea como fuese, nos debemos dar los parabienes al arribo de la expedición a estas costas; la libertad de Sudamérica debe ser el resultado de tan descabellado proyecto» (1).

El 29 de diciembre, O'Higgins transmitió al ejército la orden de ponerse en marcha y las instrucciones dadas por San Martín al respecto fueron fielmente cumplidas. El 8 de enero se encuentra en Florida, en donde acampó para continuar luego su marcha hasta el otro lado de Itata. En oficio dirigido al general en jefe del ejército unido, declara O'Higgins que campó allí con el objeto de facilitar la remisión de todo el parque, municiones y enfermos, detenidos en esa localidad por falta de mulas, pero que todo ha sido allanado y que tanto el batallón nº 2, el 3 de infantería de Arauco, los hospitales, la comisaría y la mayor parte de la maestranza, han podido avanzar sin ser hostilizados por movimiento alguno del enemigo, «a excepción de una u otra correría que han intentado los bandidos y ladrones sublevados; pero con tan mal suceso, que han sido escarmentados por nuestras guerrillas, como lo verá V. E. por el parte que le incluyo».

«Mi marcha no ha sufrido el menor contraste, declara en su parte oficial el general O'Higgins, ni lo han recibido los particulares, sino uno que otro que extraviándose neciamente de nuestro sendero, ha sido presa de algunos grupos de bandidos que en la conmoción general de las provincias se levantaron y aparecían lejos de nosotros». Según el mismo, el orden en que marchó el ejército desde Itata hasta las orillas del Maule fué el siguiente: Dividido en tres divisiones, el ejército tomó el camino del medio, separada cada división por una sola jornada. La vanguardia estaba compuesta de los batallones nos. 7 y 3, y llevaba a su frente los hospitales, la comisaría, equipajes y el parque. El centro lo formaban los cuerpos

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 429.

n$^{os.}$ 11 y 12 y resguardaba el grueso de caballos de repuesto y gran masa de ganado arriado en la provincia. El batallón nº 1 y los escuadrones de Granaderos y Cazadores a caballo, con tres piezas montadas cerraban la retaguardia. El resto de la artillería, por ser embarazante su conducción en cureñas, venía transportado a lomo de mula. «La división de Frontera, escribe él, compuesta de cerca de doscientos hombres, al mando del coronel don Andrés Alcázar, flanqueaba mi derecha por el camino de Chillán, San Carlos y pueblos subsiguientes. Una partida enemiga le atacó por su retaguardia el 15 del corriente, luego que pasó el Ñuble, pero volviendo intrépidamente sobre ellos, el teniente coronel don Pedro Arriagada les desordenó y puso en precipitada fuga, haciéndoles repasar el río con pérdida de veinticuatro a treinta hombres; por nuestra parte tuvimos ocho muertos».

Declara O'Higgins que su izquierda era protegida por una fuerte guerrilla de ciento y más hombres al mando del capitán Javier Molina y marchaba por el camino de Cauquenes y la costa. Durante la marcha, dicha guerrilla sufrió un ataque, pero lo rechazó con toda felicidad, matándole al enemigo ocho soldados y quitándole veinte caballos.

Concluye O'Higgins diciendo «que el grueso del ejército como las divisiones de derecha e izquierda, que se movían paralelamente a él, ocupando toda la extensión del país, de mar a cordillera, han arrastrado cuantas personas y ganado de toda especie hallaban a su paso, arrasando toda clase de sementeras».

Según él mismo, la emigración voluntaria pasa de cincuenta mil individuos; dice que las dilatadas montañas y las quebradas del terreno protegen a los fugitivos y que aun cuando no puede calcular el número de ganados que han arrasado en la marcha, lo estima grandísimo, especialmente en el ganado lanar que hace doce días está pasando a esta parte del Maule. «Todo ello convencerá a V. S., escribe, que son muy limitados los recursos que la provincia de Concepción puede presentar al enemigo; a lo menos los granos no se conocerán en ella hasta el año 20» [1].

Con esta retirada de Talcahuano a Talca concluyó la guerra en el Sur y se puso término a aquel asedio que si no pudo darles a los patriotas la victoria que perseguían, impidió por lo menos que los realistas tomasen en el acto la revancha que fué el sueño dorado de ellos después de Chacabuco.

Recordando aquella hora heroica y sublime en la historia de Chile, un escritor nos dice que aquello no fué un movimiento militar «sino el éxodo bíblico de un pueblo entero». Según sus expresiones, los patriotas se arrancaron como de sus cimientos y los campos del sur fueron descuajados de raíz. Las madres por otra parte, y aun las más aristrocráticas, se vieron obligadas a llevar

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 207.

sus hijos suspendidos al regazo, marchando en tardas carretas, y los padres a llevar sus hijas, tiernas doncellas, a la grupa de sus caballos.

En ese ínterin, diremos nosotros, San Martín movilizaba sus fuerzas y se preparaba con su estoicismo habitual a dar el golpe de gracia al enemigo. Con fuerza fascinante atraía hacia los llanos de Chile a los godos o a los matuchos, como él decía, y de este modo el ejército de Talcahuano y el que San Martín tenía disciplinando en las Tablas se acercaban al punto estratégico que San Martín buscaba empeñosamente para librar la batalla.



BATALLA DE MAIPÚ

Grabado hecho por Géricault. *(Biblioteca Nacional de París, sección Estampas y Grabados).*

CAPITULO IX

Chile jura su Independencia bajo la Egida de San Martín

SUMARIO: San Martín y el canje de prisioneros. — El sargento Domingo Torres designado para ir a Lima. — Instrucciones dadas a éste por San Martín. — A bordo de la fragata *Amphion* Torres llega al Callao el 13 de noviembre. — Se le confina en un cuartel de Lima y allí recibe informes de los patriotas. — Papel que desempeñó en esas circunstancias doña Brígida Silva. — Torres logra una copia de las instrucciones enviadas por Pezuela a Osorio. — A su regreso a Valparaíso se dirige a Santiago e informa de su misión a San Martín. — Todo lo que por conducto de Torres supo San Martín. — La proclama lanzada por Osorio al llegar a Talcahuano. — Al conocerla, O'Higgins le dice a San Martín: «No son los españoles los que han de volver a dominarnos». — Las frases declamatorias de Osorio sin valor doctrinal. — Chile se decide a declarar su independencia y se abren registros. — Crónica de este acto escrita por Monteagudo. — El retrato de San Martín en un tablado de la plaza principal de Santiago. — Alocución pronunciada en ese acto por el fiscal de la cámara de apelaciones. — Don Miguel Zañartú procede a la lectura del acta. — Contenido de ésta y juramento prestado por el director. — Juramento del gobernador del Obispado y de San Martín. — Juramento de las corporaciones y funcionarios públicos. — Al llegar a su casa San Martín renueva sus protestas de sostener la libertad de Chile. — La misma ceremonia repetida en la plaza de la Merced. — *Te Deum* y oración patriótica en la catedral. — Discurso pronunciado por don Tomás Guido con motivo de esta jura, en el banquete del 15 de febrero. — Cómo le contestó el director de Chile. — Monteagudo y la crónica final de estos acontecimientos. — Oficio de Guido al gobierno argentino sobre la soberanía e independencia de Chile. — Cómo repercutió este acontecimiento en Buenos Aires. — El congreso reconoce solemnemente el Estado de Chile. — El director argentino dispone que se haga la competente publicación de aquella sanción. — El 12 de febrero, segundo aniversario de la batalla de Chacabuco, designado por el directorio para solemnizar el reconocimiento de esta independencia.

Desde fines de marzo de 1817, estaban en poder de San Martín órdenes de su gobierno para que enviase a Lima a un oficial experto a fin de negociar con Pezuela el canje de prisioneros. La suerte de estos desgraciados, se le decía a San Martín, afecta sensiblemente a este gobierno y en caso de ser aceptada su proposición se hará el canje por rango extendiéndolo a sargentos, cabos y soldados. «Con este motivo, se le decía además, debe el oficial comisionado examinar diestramente los nombres, fortuna y ocupación de los vecinos de Lima distinguidos por su patriotismo, averiguar la fuerza de línea en toda arma existente de guarnición en aquella

plaza, el número de embarcaciones ancladas en el puerto del Callao, su calidad y las que fueren de guerra, los cuerpos de milicias que estén sobre las armas, el nombre de los jefes veteranos, milicianos y de la marina, el estado de la revolución de Quito y toda la costa de Guayaquil, si se esperan o no refuerzos de la Península y cuanto conduzca a formar idea fiel del estado político y militar de aquella plaza» (1).

La ejecución de esta orden retardóla San Martín hasta el momento que creyó oportuno. En noviembre debía de salir de Valparaíso para el Callao la fragata inglesa *Amphion*, y aprovechando esa oportunidad — el comodoro Bowles, su comandante era su gran amigo —, designó al sargento Domingo Torres para que llenase ese cometido. Entrególe a Torres la suma de seis mil pesos, para que a su llegada al Callao la distribuyese entre los prisioneros allí existentes — lo eran los de Chacabuco y los que habían caído en poder de los realistas en las campañas del Alto Perú — y al mismo tiempo puso en sus manos el pliego de las instrucciones a que debía subordinar su conducta.

«Procurará, decía San Martín, tomar cautelosamente razón de los diversos cuerpos de línea que guarnecen la capital. Indagará el número de buques de guerra y corsarios en servicio; las embarcaciones mercantes ancladas en el puerto del Callao, las que pueden ser armadas en corso, averiguando el número de marinos disponibles, número y calidad de los oficiales de la marina real.

«Tomará además, dícele, idea de los sujetos más distinguidos por su patriotismo. Averiguará cuál es la opinión que a ese pueblo le merecen las armas de las Provincias Unidas y a qué grado ha subido la diferencia de opiniones entre los constitucionales y siervos de Fernando.

«No dispensará medio de ponerse en comunicación con algunos patriotas decididos y establecerá relaciones permanentes con ellos, ya sea por Talcahuano o por otros puntos de fácil acceso.»

Recomiéndale San Martín a su emisario que presente como imponente el estado político y militar de Chile, como de las Provincias Argentinas, el mucho interés que le despierta a la Europa la emancipación de las Américas y que trate de halagar con grandes esperanzas a los que colaborasen con la libertad de Lima.

«Derramará por segunda o tercera mano, escribe San Martín, las proclamas y gacetas que llevará al intento y cuidará en sus conversaciones privadas de establecer una diferencia entre la administración de Fernando y la Nación». Concluye recomendándole que «averigue cuidadosamente el estado de Quito, Santa Fe, Caracas y Provincias Bajas de Lima» (2).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 190.

(2) La persona elegida por San Martín para desempeñar este cometido, no era un soldado obscuro como supone Mitre, sino un soldado de mucho mérito y dotado

La fragata *Amphion* llegó al puerto del Callao el 13 de noviembre. Bowles y Torres se dirigieron a Lima; pero si para el comodoro británico tuvo Pezuela las deferencias del caso, observó una conducta muy distinta para el emisario de San Martín. Este fué hospedado, no en casa particular alguna, sino en un cuartel — el de Santa Catalina —, y cuando se trató del reparto de los seis mil pesos que San Martín le había confiado para ponerlos en manos de los prisioneros, Pezuela se interpuso y ordenó que esta comisión la llenase uno de sus subordinados.

Pero si confinado en un cuartel y vigilado en tal forma Torres no podía dar fin a su cometido, es decir, de examinar, como San Martín se lo decía, el estado político y militar del Perú, no faltaron patriotas decididos que se ingeniaron para burlar esta vigilancia, y gracias a ellos Torres pudo emprender la vuelta a Valparaíso, trayendo consigo los datos e informes que a San Martín le convenían. Entre otros muchos, se señalaron como colaboradores de Torres en tal emergencia, don Francisco de Paula Quirós, el teniente coronel José Bernals Polledo, un tal Méndez, y don José Santos Figueros, empleado para todo lo relativo a las copias de documentos oficiales en la secretaría del virrey. Para poder comunicarse con Torres, los referidos patriotas valiéronse de la intervención de una dama limeña, doña Brígida Silva, que tenía un hijo suyo preso en el mismo cuartel en que residía Torres. Por su intermedio le hicieron llegar a él, como lo haría más tarde por intermedio de la esposa del doctor Quirós cuando Torres se encontraría en la *Amphion*,

de las cualidades de astucia, de inteligencia penetrante y de tacto que su propia misión requería.

Según unos, era natural de Montevideo, pero según otros, de Buenos Aires. Había nacido en 28 de octubre de 1786, y su padre, que era un coronel español — don Cayetano de Torres — y hombre de posición holgada, decidió enviar a su hijo a España para que hiciese allí sus estudios. Muy joven, Torres se incorporó al regimiento de caballería y años más tarde fué enviado a los Estados Unidos como agregado a la Legación española en aquella República.

Cuando estalló la guerra de España contra Napoleón, Torres regresó a la Península y en 1808 fué destinado a América, adonde pasó con el grado de capitán en el cuerpo de Dragones de Buenos Aires. En 1810 se incorporó al movimiento revolucionario e hizo toda la campaña de la Banda Oriental, tomando parte en el primero y en el segundo sitio de Montevideo. El 16 de febrero de 1815 fué nombrado capitán de caballería, el 11 de julio de 1817 sargento mayor, y el 13 de mayo de 1881 teniente coronel. Tomó parte en la sorpresa de Cancha-Rayada, en la batalla de Maipú y en otras acciones de menor importancia. Cuando con fecha 3 de septiembre de 1817 fué designado para pasar a Chile como ayudante del general don Antonio González Balcarce, Torres ocupaba un puesto en el Estado Mayor de la plaza de Buenos Aires.

Aparte de esta comisión que le confió San Martín ante el virrey del Perú, en febrero de 1820 ocupóle San Martín en la provincia de Cuyo, cuando en la ciudad de San Juan prodújose la sublevación del batallón de cazadores de los Andes. En ésta como en otras comisiones fué Torres un precioso colaborador de San Martín, y cuando éste desapareció de la escena americana, Torres había ya fijado su residencia en Chile. Una sedición que se produjo en el regimiento de su mando — dragones de la Libertad — el 15 de junio de 1826, fué causa de su deposición. A raíz de este acontecimiento Torres consagróse por entero a la vida privada y falleció en Santiago el 14 de agosto de 1854.

todos los papeles, planos, mapas y copias de documentos que respondían en un todo a la curiosidad y conocimiento que preocupaba a San Martín. Fué así como Torres pudo recibir, junto con estos documentos, la copia de las instrucciones recientemente transmitidas a Osorio, y esto para que estas instrucciones le sirviesen de pauta en la expedición que pronto iba a zarpar del Callao para desembarcar en las costas de Chile.

La *Amphion* levantó anclas el 18 de diciembre, y el 8 de enero fondeaba en la bahía de Valparaíso. Pocas horas más tarde, Bowles y Torres llegaban a Santiago y este último entregaba a San Martín el legajo de documentos que gracias a su espionaje habilísimo le permitirían conocer a San Martín en forma cabal la capacidad ofensiva o defensiva del enemigo. Por los informes de Torres vino a saber el Libertador, no sólo que la expedición de Osorio era un hecho, sino el número de sus soldados, puntos en que debían desembarcar, jefes y calidad del regimiento que la componían. Supo así que el regimiento de Burgos hacía tres meses que había llegado de España, «que era el apoyo y el sostén del enemigo»; que el batallón de infantería de Don Carlos se componía de doscientos cincuenta y seis soldados españoles y quinientos veintiséis americanos, éstos reclutas forzados, y de ciento ochenta prisioneros, criollos todos ellos, que habían preferido engancharse a continuar padeciendo en las prisiones de Casas Matas; que el regimiento de Arequipa era nuevo y bien disciplinado, compuesto en su mayoría de indios, mulatos y negros; que el escuadrón de lanceros era de tropa excelente, toda ella española, pero que antes de embarcarse se habían amotinado, y que el escuadrón de dragones de Arequipa se componía de hombres forzados y principalmente de prisioneros caídos en manos de los realistas en la batalla de Ayohuma.

Supo además San Martín que la compañía de artillería era excelente; que Osorio traía dos licornes, piezas de artillería que estaban en uso en ese momento en Rusia, y otros muchos detalles relativos a pólvora, municiones y otros recursos que necesita un ejército.

Además de las instrucciones que había recibido Osorio, Pezuela le había fijado el plan de operaciones que debía seguir en la campaña a iniciarse para la reconquista de Chile. «Al aproximarse la expedición a las costas de Valdivia, decíale, se destacará un buque con dirección a dicho puerto, a fin de ponerse en contacto con los indios araucanos. Al efecto conducirá a su bordo noventa y dos fardos de fajas de seda, botones, espejos, medallas de oro y plata, bastones con puños dorados y otras fruslerías. Verificado este proyecto, regalará a los mencionados a nombre del Rey, y extraerá de ellos todos los caballos que sea posible para conducir al ejército, dejando combinado el plan de operaciones ulteriores. Entretanto que se realiza aquel objeto, la expedición entrará y desembarcará en Talcahuano; en el acto de verificarlo marchará y batirá al general O'Higgins tomando posesión de Concepción. Mientras se eje-

cuta esta maniobra se embarcarán en los transportes doscientos o trescientos caballos que hay en Talcahuano, para cuyo efecto van dispuestos los buques para recibir veinticinco cada uno, y luego que el ejército esté posesionado de Concepción y embarcados los caballos, dejará en aquella ciudad una respetable guarnición para *atraer al enemigo* y sin pérdida de instantes se reembarcará, hará vela y desembarcará de nuevo en la costa de San Antonio, de donde marchará con rapidez sobre Santiago, que probablemente estará abandonada y en cuyo camino será engrosado por centenares de descontentos» (1).

Pero San Martín no era héroe a dejarse dormir sobre los laureles, y cuando en Lima se planeaban tales sorpresas, Santiago de Chile no sólo no se encontraba desamparado, sino que, en previsión de un posible desembarco por las costas de Valparaíso, San Martín, con una parte de la guarnición que defendía la capital, montaba la guardia en aquel puerto desde mediados de diciembre. En los primeros días de enero, Osorio llegaba con su flota a las aguas de Talcahuano y apenas puso pie en tierra, creyendo que la opinión del país podía todavía responder a los votos realistas, lanzó una

(1) Además de este plan, en varios artículos sintetizó Pezuela las instrucciones a que debía subordinarse Osorio. Comienza por declarar que «la desgraciada acción de Chacabuco, ocurrida el 12 de febrero de este año, puso en mano de los rebeldes todo aquel país, excepto la reducida península de Talcahuano, adonde el coronel Ordóñez, gobernador de la provincia de Concepción, con anuncios de la derrota del ejército real y evacuación de la capital, ignorante de la suerte del general y presidente Marcó, y estrechado por una división que destacó el enemigo sobre él, se retiró con el pequeño número de tropas que tenía a sus órdenes». Dice Pezuela que Ordóñez le ofició desde allí manifestándose empeñado en hacer una porfiada resistencia y que auxiliado con continuas remesas de tropas, armas, plata, víveres y municiones que él empezó a enviarle, «ha sabido defenderlo efectivamente hasta el día contra fuerza muy desigual con un valor, constancia y decisión sobremanera recomendables».

Declara en estas instrucciones que hasta el 9 de octubre las fuerzas existentes en Talcahuano llegan a 1.700 hombres, incluso yendo ciento cincuenta enfermos; que tienen trigo para tres meses; que diariamente reciben socorros de harina, papas, frejoles, cerdos y vacas muertas; que la línea realista, o lo que él llama «garganta de la península», está defendida por ocho baterías y con setenta cañones, hallándose en el puerto las corbetas *Veloz* y *Sebastiana*, además de cuatro cañoneras.

Dícele a Osorio que los buques que conducen la expedición «van fletados de cuenta del Rey por el término fijo de sesenta días, de suerte que, fuere cual fuere la dilación del viaje, dentro de ese plazo se ha de pagar el mismo precio a sus propietarios». Que si acaso por una desgracia posible encontrase el general Osorio perdido el puerto de Talcahuano, regrese con sus tropas al puerto de Arica. «Pero si como es de esperar, escribe textualmente, le hallase ocupado por las armas del Rey, verificado el desembarco con el orden posible, dando a las tropas el preciso descanso y arregladas todas las cosas, buscará al enemigo en sus atrincheramientos de Concepción y procurará batirlo de un modo que no alcance a rehacerse en la misma provincia, persiguiendo con empeño sus reliquias hasta que repasasen el Maule y no quede al lado de acá de este río un soldado armado». Se le recomienda la mayor atención y confianza al coronel Ordóñez para que aleje de Talcahuano a los oficiales chismosos y cobardes, y que una vez batidos los rebeldes en la provincia de Concepción, se reembarquen nuevamente dejando allí al gobernador Ordóñez y dirigiéndose sobre Valparaíso desembarque allí con su gente y a marcha forzada se dirija sobre Santiago «para apoderarse de esta capital sin dejar al descuidado caudillo enemigo, tiempo para prevenirse a la defensa.

Archivo de la Nación Argentina, vol. II, pág. 285.

proclama llena de hinchazón idiomática y de lugares comunes. «Otra vez arribo a vuestras costas, les dice a los chilenos, al frente de un poderoso ejército, a romper las cadenas con que una desmoralizada turba de facciosos, enemiga de vuestra felicidad, logró aprisionaros». «Año y medio que consagré mis tareas a labrar la fortuna de este suelo, agrega después, fué bastante para penetrar vuestro genio y virtudes; y al mismo tiempo que mi conciencia me rinde la satisfacción de no haber mancillado con injusticias la elevación de tan augusto ministerio, estoy persuadido que los chilenos pueden muy bien ser arrastrados por el torrente de la sedición o fascinados con ideas halagüeñas, pero jamás se logrará arrancarles el germen precioso de su amor y adhesión al soberano». Entra luego a hablar de la desolación introducida en las familias, del desprecio que debe merecerles la mano déspota que los avasalla, y condena severamente a los que, sin consultar su albedrío y confundiendo las jerarquías consagradas por una respetable antigüedad, «han proscripto los timbres y jeroglíficos con que se premiaban los méritos y las virtudes». Dice que se han introducido atrevidamente en el santuario y que privándolos de un pastor legítimo han dejado a sus conciencias «sin autoridad que las dirija, consuele y desengañe».

«En cambio de esta funesta perspectiva, escribe Osorio, yo os presento la paz, ventura e inalterable tranquilidad. No hay fuerza que resista el poder invencible de las armas que mando. No temáis veros ultrajados por la inmoralidad o el pillaje. Quien os salvó antes de ahora y supo excitar hacia vosotros toda la ternura de su monarca, posee títulos bastantes para merecer vuestra confianza. Huyan, si hay algunos chilenos que abriguen pertinazmente en su corazón la semilla de la iniquidad, y vayan con sus corifeos a ocultar su vergüenza al otro lado de los Andes. Nadie abandone sus hogares y familias. Las triunfantes banderas del Rey no vienen a destruir, sino a cubrir con sus alas protectoras a vasallos desgraciados. La gran sociedad española os aguarda con los brazos abiertos para estrecharos en su seno, y las lágrimas de la desventura y pesadumbre serán enjugadas con todo el amor y buen trato propio del corazón paternal del Rey, y de su representante en Lima» (1).

La proclama en cuestión fué lanzada en Talcahuano el 18 de enero, y el 29 de ese mismo mes O'Higgins, al remitírsela a San Martín, hacía esta declaración: «No son los españoles los que han de volver a dominarnos. Su petulancia y falta de combinación se ve auténticamente demostrada en la proclama del general Osorio que tengo el honor de acompañar a V. E.; su contexto mismo está manifestando que ella es obra de la necia arrogancia española, abortada cientos de leguas antes de que su Ancón llegase a Talcahuano. El sueña en su favor los acontecimientos y sin sondear la

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 139.

fuerza con que debe medirse, ya da nuestra derrota como un hecho. Ese orgullo ridículo sólo es digno de una nación que hace el desprecio de los pueblos cultos de la Europa. V. E. le dará el valor que se merece» (1).

Tanto para O'Higgins como para San Martín, y para los chilenos que ponían todo su empeño en la defensa de una causa que era para la América de vida o muerte, las frases estudiadas y declamatorias de Osorio no tenían valor doctrinal alguno. Así lo quisieron demostrar por medio de un acto colectivo y solemne y que constituyó la mejor respuesta que se podía dar al virrey Pezuela y al general que al presentarse nuevamente en Chile cumplía sus órdenes.

Ni antes ni después de Rancagua se había presentado una oportunidad propicia para que Chile declarase su independencia como ya lo habían hecho México, Venezuela y las Provincias Argentinas. Dada la normalidad del país, creyó O'Higgins, y con él los que estaban encargados del ejercicio interino de la autoridad, que la declaración de la independencia no debía retardarse y que al hacerlo en circunstancias en que un invasor imprudente y engreído soñaba aún con su reconquista, era demostrarle que Chile *por la razón o por la fuerza,* como lo decía su heráldica, se mantendría independiente de sus antiguos amos.

Para esto, y como en Chile se dificultaba grandemente la convocación de su congreso, resolvióse que en registros públicos abiertos con dicho objeto, los ciudadanos sufragasen sobre si querían que la independencia fuese declarada de inmediato, retardada su declaración, o si era la voluntad de ellos volver al viejo régimen de servidumbre. Cuando por el voto de todos, consultado en esta forma, se supo que la voluntad de Chile era porque se declarase de inmediato la independencia radical y absoluta, se resolvió hacerlo así y para jurarla solemnemente, señalóse el día 12 de febrero, fecha gloriosa para Chile, ya que con la batalla ganada en aquel día había recobrado la libertad perdida en Rancagua.

Gracias a la pluma de un publicista argentino que en ese momento se encontraba en Chile, don Bernardo de Monteagudo, tenemos la crónica minuciosa de aquel acontecimiento. Según él, el 9 de febrero se anunció por un bando nacional el orden que se observaría en las fiestas cívicas. «Desde aquel momento, escribe, el pueblo esperaba con impaciencia la noche del 11 para desplegar el entusiasmo de que estaba poseído. Apenas llegó la hora deseada, un grito de alegría universal acompañó al estruendo del cañón que tantas veces ha hecho palpitar el corazón de la patria, anunciando la llegada de un nuevo opresor, o el nacimiento de un príncipe que aumentaría los eslabones de la cadena que arrastraba la América. A pesar del regocijo con que todos pasaron esta noche, ella pareció demasiado

(1) *Archivo de San Martín,* t. IV, pág. 139.

larga por la impaciencia con que todos deseaban saludar la aurora del 12».

Pasa luego Monteagudo a relatarnos la forma en que las festividades patrióticas se desenvolvieron en ese día, y con tal motivo nos dice: «Al toque de diana se formaron en la plaza mayor las tropas de línea y las guardias cívicas de infantería y caballería. Entretanto, el concurso se aumentaba de tal modo que ya excedía la capacidad de este vasto espacio. Poco después de las seis apareció sobre el horizonte el precursor de la libertad de Chile. En este momento se enarboló la bandera nacional, se hizo una salva triple de artillería, y el pueblo con la tropa saludaron llenos de ternura al sol más brillante y benéfico que han visto los Andes, desde que su elevada cima sirve de asiento a la nieve que eternamente la cubre. Luego se acercaron por su orden los alumnos de todas las escuelas públicas, y puestos alrededor de la bandera, cantaron a la patria himnos de alegría, que excitaban un doble interés por su objeto y por la suerte venturosa que debe esperar la generación naciente, destinada a recoger los primeros frutos de nuestras fatigas. Los padres y madres que veían a sus inocentes hijos levantar las manos al cielo e invocar el dulce nombre de la patria, han gozado sin duda un placer capaz de indemnizarles la cruel necesidad en que antes han vivido de suspirar por ser estériles. A las nueve de la mañana concurrieron al palacio directorial todos los tribunales, corporaciones, funcionarios públicos y comunidades. Luego entró el Excmo. señor capitán general don José de San Martín acompañado del señor diputado del gobierno argentino don Tomás Guido y la Plana Mayor. A las nueve y media salió el Excmo. señor director, precedido de esta respetable comitiva y se dirigió al tablado de la plaza principal. Las decoraciones de este lugar correspondían a la dignidad de su objeto, y en el centro de su frente, se distinguía el retrato del general San Martín».

Fué entonces cuando, al decir de este cronista, el fiscal de la cámara de apelaciones tomó la palabra y, dirigiéndose al público, declaró que Chile iba a jurar su independencia y que con este decreto rompería las cadenas atroces que lo habían oprimido durante trescientos años.

Esta alocución está inflamada con el más ardiente de los patriotismos. Se les dice en ella a los chilenos, que después de esta declaración ellos van a poder dar todo su valor al país más favorecido por la Providencia; que sus mares quedarán abiertos a todas las naciones del mundo; que el comercio traerá la abundancia, la comodidad y la cultura, y que Chile se colocará en el punto «donde adquirió Roma toda su grandeza, Holanda su prosperidad, los Estados Unidos del Norte aquel inmenso comercio, que los hace dueños de todas las producciones de mar y tierra».

Terminada esta peroración, el señor don Miguel Zañartú, ministro de Estado, tomó el acta de la Independencia, y la leyó en alta voz.

«La revolución del 8 de septiembre de 1810, dice esta acta, fué el primer esfuerzo que hizo Chile para cumplir esos altos destinos a que lo llamaba el tiempo y la naturaleza. Sus habitantes han probado desde entonces la energía y firmeza de su voluntad, arrostrando las vicisitudes de una guerra en que el gobierno español ha querido hacer ver que su política con respecto a la América sobrevivirá al trastorno de todos los abusos. Este último desengaño les ha inspirado naturalmente la resolución de separarse para siempre de la monarquía española y proclamar su independencia a la faz del mundo. Mas, no permitiendo las actuales circunstancias de la guerra la convocación de un congreso nacional que sancione el voto público, hemos mandado abrir un gran registro en que todos los ciudadanos del Estado sufraguen por sí mismos libre y espontáneamente por la necesidad urgente de que el gobierno declare en el día la independencia, o por la dilación o negativa, y habiendo resultado que la universalidad de los ciudadanos está irrevocablemente decidida por la afirmativa de aquella proposición, hemos tenido a bien, en ejercicio del poder extraordinario con que para este caso particular nos han autorizado los pueblos, declarar solemnemente a nombre de ellos en presencia del Altísimo, y hacer saber a la gran confederación del género humano que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses, y para que esta declaración tenga toda la fuerza y solidez que debe caracterizar la primera acta de un pueblo libre, la afianzamos con el honor, la vida, las fortunas, y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado. Comprometemos nuestra palabra, la dignidad de nuestro empleo y el decoro de las armas de la patria, y mandamos que con los libros del gran registro se deposite el acta en el archivo de la municipalidad de Santiago y se circule a todos los pueblos, ejércitos y corporaciones para que inmediatamente se jure y quede sellada para siempre la emancipación de Chile».

Concluída la lectura de esta acta, nos dice el cronista ya citado que se postró el Excmo. señor director y poniendo las manos sobre los Santos Evangelios juró en nombre de Dios y de la patria, bajo las garantías de su honor, de su vida y de su fortuna, «sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado chileno, de Fernando VII, sus sucesores, y de cualquiera otra nación extraña» (1).

(1) A propósito de este documento, Barros Arana nos dice que si el acta aparece firmada en Concepción el 1º de enero de 1818, en realidad de verdad no lo fué sino en Talca el 2 de febrero. Esta suplantación de fecha obedece, según este historiador, a que O'Higgins quiso dejar establecido que el nacimiento de un nuevo Estado coincidía con el principio de un nuevo año. Por otra parte, el texto impreso difiere un tanto del texto que transmitió O'Higgins después de haberlo leído y re-

Igual juramento prestó el gobernador eclesiástico del obispado, quien a la fórmula anterior agregó en los transportes de su seno esta cláusula: «Y así lo juro, porque creo en mi conciencia que ésta es la voluntad del Eterno». Presentóse luego San Martín, y como coronel mayor de los ejército de Chile y general en jefe del Ejército Unido pronunció ante el coronel don Luis Cruz, director interino del Estado, el mismo juramento. «Entonces, el señor ministro de Estado en el departamento de Gobierno, escribe Monteagudo, lo tomó simultáneamente a todas las corporaciones y funcionarios públicos, y después el señor presidente del cabildo, batiendo el pa-

leído detenidamente. El acta original de la Independencia había sido copiada en Santiago con bastante esmero, escribe Barros Arana, en una hoja grande de papel fuerte y en esa forma fué enviada a O'Higgins. Este, que creía aún que no se le había dado la redacción concisa y vigorosa que había recomendado, la firmó sin embargo agregando con su propia mano, entre líneas, «y de cualquier otro Estado» a la frase que copiamos en el texto en que se dice que Chile quedaba separado de la monarquía de España. Cuando el manuscrito volvió a Santiago ya se había hecho la impresión de ese documento en la forma anterior y no se creyó necesario reimprimirlo para intercalarle esa pequeña agregación. «Las circunstancias de haber quedado ese manuscrito, agrega, con aquella enmendadura, fué causa de que se le relegara a los archivos, donde lo vimos en los años pasados. Más tarde, bajo la presidencia del general Prieto, en 1832, según creemos, se quiso restablecer el documento original, se sacó una copia esmerada de él, se la envió al Perú para que la firmara O'Higgins, y luego la firmaron sus tres ministros, don Miguel Zañartú, don Hipólito Villegas y don José Ignacio Zenteno que vivían en Chile. Este documento así reconstruído es el que se conserva ahora en una de las salas del palacio del gobierno». *Historia general de Chile,* t. XI, pág. 349.

Como lo verá el lector, el texto que nosotros reproducimos, que es el publicado por Monteagudo en su folleto *Relación de la Gran Fiesta Cívica,* carece del agregado que de su puño y letra hiciera O'Higgins al texto mencionado por Barros Arana. Lleva al pie las mismas firmas que se registran en el documento original de 1832 y a éstas le precede el siguiente rubro: «Dado en el palacio directorial de Concepción a 1º de enero de 1818. Firmada de nuestra mano, signada con el de la nación y refrendada por nuestros ministros y secretarios de Estado en los departamentos de Gobierno, Hacienda y Guerra».

Antes de llegar a su redacción definitiva, el acta en cuestión sufrió no pocas e interesantes modificaciones. Era ésta en su principio, al decir del autor ya citado, «una pieza larga y difusa» en la que queriéndose señalar los motivos que justificaban la independencia se enumeraban los agravios sufridos por Chile, por culpa de la metrópoli, y se enumeraban además las atrocidades cometidas por los realistas durante el primer período de la revolución bajo los gobiernos de Osorio y de Marcó. En el sentir de O'Higgins, todo esto estaba de más en un documento que sólo debía ser la expresión sintética pero elocuente de una voluntad soberana, y para esto devolvió el borrador y dispuso que una comisión compuesta del ministro Zañartú, del doctor Juan Egaña y del doctor Vera y Pintado lo revisaran y dieran al acta la forma que a ésta convenía.

Al parecer, en el primer texto figuraba una protesta de fe, según la cual la voluntad del pueblo chileno era la de vivir y morir defendiendo las creencias en que había nacido. «La protesta de fe que observo en el borrador, dice O'Higgins, cuando habla de nuestro invariable deseo de vivir y morir libres defendiendo la fe en que nacimos, me parece suprimible, por cuanto no hay de ella una necesidad absoluta y que acaso pueda chocar algún día con nuestros principios políticos». Era una declaración de liberalismo y de tolerancia que en modo alguno era fruto de la incredulidad, sino de su hondo criterio político. Según él, el proclamar en Chile una religión excluyente era prohibir la emigración y prohibir por lo tanto la «de multitud de talentos y de brazos útiles de que abunda el otro Continente». «Yo, a lo menos, no descubro el motivo que nos obligue a protestar la defensa de la fe en la declaración de nuestra independencia», le dice a don Luis de la Cruz, director interino de Chile, desde Talca, el 22 de enero de 1818.

bellón nacional por los cuatro ángulos del tablado, recibió del pueblo el juramento en la forma que sigue: «¿Juráis a Dios y prometéis a la patria bajo la garantía de vuestro honor, vida y fortuna, sostener la presente independencia absoluta del Estado chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra nación extraña?» Aun no había acabado el puedo de oír estas últimas palabras cuando el cielo escuchó el primer juramento digno del pueblo chileno. En este acto se arrojaron medallas de la jura y se hizo otra descarga triple de artillería. Luego bajó el acompañamiento, se dirigió a la plaza de San Francisco, donde el presidente del cabildo, acompañado de dos regidores, subió a un tablado a exigir del pueblo el mismo juramento, y de allí regresó a la casa del general San Martín, quien después de felicitar a la comitiva por el gran acontecimiento de este día y felicitarse asimismo de haberlo presenciado, renovó las protestas que tantas veces tiene hechas de sostener la libertad de Chile empleando todo su celo y consagrando hasta su propia existencia. Su lenguaje retrataba el fondo de su sinceridad, no menos que la firmeza de sus intenciones, y nadie pudo escucharle sin conmoverse y presagiar victorias a la patria» [1].

Pero el regocijo de Chile por tamaño acontecimiento no terminó ahí. El día 13, a las nueve de la mañana, el supremo director acompañado de la comitiva protocolar se dirigió a la plaza de la Merced, en donde el presidente del cabildo repitió la ceremonia del día anterior, y concluída ésta, los asistentes dirigiéronse a la plaza de la Universidad con el mismo objeto. De allí regresó a las once de la mañana a la catedral, en donde se cantó un *Te Deum*, y el doctor don Julián Navarro, capellán del ejército de los Andes, pronunció una vibrante y patriótica alocución. Concluída esta función, las autoridades, presidentes de tribunales y corporaciones pasaron a felicitar al gobierno y se renovaron allí los votos que determinaban esta exaltación jubilosa y los dictados del patriotismo. En esas circunstancias, el representante de las Provincias Argentinas, don Tomás Guido, tomó la palabra y comenzó por declarar que había llegado el momento suspirado de publicar ante el género humano que Chile es libre y que se ha desprendido para siempre del dominio de los reyes de España. «Los ardientes votos de las Provincias Unidas del Sur, dijo Guido en esa circunstancia, se han cumplido ya, y sus esfuerzos, la sangre de sus hijos, derramada en este dichoso suelo por la destrucción de los tiranos y cuantos sacrificios le sean necesarios renovar en auxilio de los hijos de Chile, serán de hoy en adelante indemnizados con el placer de verlo libre, feliz e independiente». «El gobierno de Chile, contestóle el supremo director de ese país, acepta por conducto de Vuestra Señoría, con la mayor gratitud, los sinceros votos de las Provincias Unidas y mirando siempre al Estado argentino como al libertador del reino, consagrará lleno de

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 52.

placer sus esfuerzos, para que la unión entre ambas naciones sea eterna e indisoluble y procederá inmediatamente al reconocimiento de su independencia que no había verificado hasta ahora por carecer del rango a que es elevado Chile en este día».

El día 15 de febrero el representante de las Provincias Argentinas, el director supremo y los funcionarios públicos del Estado como los vecinos de mayor distinción se reunieron en un banquete y como lo dice el cronista ya citado, sirvió él para que rivalizasen allí la abundancia, la alegría y la sinceridad de los invitados.

«Es imposible formar idea del interesante espectáculo, continúa luego, que ha ofrecido Chile desde el 11 hasta el 16 por la noche, la variedad y brillantez de los fuegos de artificio, las iluminaciones públicas, las músicas y coros patrióticos que se encontraban por todas partes, las danzas y pantomimas que formaban los quince gremios de la ciudad y la maestranza, compuesta de quinientos ochenta hombres, vestidos con variedad en las formas, pero con uniformidad en los colores para guardar consonancia con los del pabellón; los carros triunfales que éstos conducían llevando cada uno de ellos diferentes símbolos que representaban la fama, el árbol de la libertad, la América y otros objetos análogos a estos días; la bandera tricolor que puesta en la fachada de todas las casas al lado del pabellón argentino, ofrecían un golpe de vista tanto más agradable a los ojos cuanto era más interesante a los espectadores el contemplar la eterna alianza que existirá entre ambos Estados y la sinceridad con que están resueltos a sostenerse recíprocamente en cualquier peligro; todo este conjunto de ideas y representaciones excitaba un entusiasmo capaz de enajenar a la apatía misma.

«Las antiguas y opulentas ciudades de la culta Europa, dice Monteagudo, pueden muy bien desplegar escenas en que el refinamiento de las artes haga que se confunda la ilusión con la naturaleza, y que desconozca el genio los efectos de su propia invención: el espíritu no se cansará quizás de admirarlos, pero el corazón jamás encontrará en ellos el resorte que lo mueve. Sólo un pueblo que acaba de romper las cadenas de la esclavitud, que anuncia al mundo y a la posteridad su nuevo destino y que por la primera vez descubre un porvenir que puede ya contemplar sin estremecerse, es capaz de gozar los transportes que causa el espectáculo más sencillo cuando la naturaleza y la razón inflaman al sentimiento». Concluye diciendo: «Ninguno que haya observado de cerca el espíritu público en estos días vacilará sobre el concepto que debe formar de la situación política de Chile. Tanto en las conversaciones de los hombres que piensan, como en los mismos gritos de la multitud exaltada, se han visto prevalecer exclusivamente tres grandes sentimientos: Unión con el Estado argentino, energía contra los agresores de la Independencia de Chile y moderación en los principios que el voto nacional proclama como bases de su futura constitución».

Señala después como nota distintiva de aquellos festejos el cere-

monial con que se llevaban en el paseo cívico las banderas de ambos Estados. «El diputado del gobierno argentino, dice él, llevaba la de Chile, y el presidente de la municipalidad de Santiago la de las Provincias Unidas. Ocho años ha que está en marcha la Revolución. Chile es y será libre, porque al derecho une la fuerza y a la fuerza la moderación y uniformidad de sentimientos» (1).

El delegado argentino por su parte apresuróse a comunicar a su gobierno tan fausta nueva, y el 16 de febrero, no acallados aún los ecos de tanto regocijo, envió un oficio en el cual, después de recordar las solemnidades a que dió motivo esta jura, decía: «El pabellón de las Provincias Unidas, en manos del señor gobernador intendente de Santiago y el de la Nación chilena en las mías, autorizaron este acto, sin duda el más suntuoso e imponente de cuantos nos presenta la historia del nuevo mundo desde su ominosa conquista. Mi corazón se transporta de gozo al comunicar a V. E. este grande acontecimiento a que tanto ha influído el celo de su actual administración y me honro en participar a V. E. que el día de las felicitaciones públicas al gobierno de esta nación he anticipado de palabra a nombre de V. E., en virtud de la representación que invisto, el reconocimiento de la soberanía de Chile y su absoluta independencia. Cualquiera que haya observado el espíritu de este pueblo en el acto de abjurar el dominio de los reyes de España, el entusiasmo y gozo de cada ciudadano por el nuevo rango de su patria y las demostraciones expresivas de amor y gratitud al Estado argentino, habrá de convenir que ni la ley ni el tiempo prevalecen contra los impulsos de la naturaleza y de la justicia, que la elevación de un carácter firme ha subrogado al abatimiento de una colonia y que Chile no será ya el patrimonio de la dinastía tiránica y arbitraria de España, sino el asilo de la libertad y el país para todos los hombres del globo (1).

En Buenos Aires, la jura de la independencia chilena, solemnizada en Santiago bajo la égida de San Martín, repercutió con la fuerza solidaria que unía ya a los pueblos de éste como del otro lado de los Andes, y antes de finalizar el año en que se efectuó esa jura el congreso argentino la reconocía en los términos más entusiastas y calurosos. «El ilustre pueblo de Chile, leemos en su acta del 12 de diciembre de 1818, disolviendo para siempre los vínculos que lo ligaban al trono del Rey de España nuestro común opresor, justificando este acto noble y heroico con los mismos convencimientos y principios de eterna verdad y justicia que presidieron a la mudanza política de estas provincias, y sosteniendo con su sangre en los campos de batalla y con todo género de sacrificios su nuevo puesto de

(1) *Relación de la gran fiesta cívica, celebrada en Chile el 12 de febrero de 1818.* Este folleto fué publicado anónimo en Santiago de Chile. Regístrase en el *Archivo de San Martín*, vol. XI, pág. 44.

(2) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 420.

dignidad, no ha podido dejar de presentar a estas provincias un espectáculo cuyo interés sólo es comparable a la identidad de las situaciones, y al mundo todo un comprobante decisivo de que por su población, por sus riquezas, y por todos los elementos de un sólido poder, es muy capaz de afianzar de un modo inalterable el rango de nación libre que dignamente ha ocupado. Sin otro móvil para los felices esfuerzos que realizaron la libertad de aquel Estado, que la felicidad y seguridad común de los pueblos hermanos y limítrofes, el pueblo de las Provincias Unidas reposa en la satisfacción de haber llenado estos santos deberes, cooperando a la formación de aquel nuevo antemural de la libertad americana. Así al congreso, órgano fiel de estos nobles sentimientos del buen pueblo que representa, le es tanto más fácil y satisfactorio verificar el reconocimiento solemne de la independencia del Estado de Chile, cuanto que a la presencia de los hechos y relaciones continuadas con aquel Estado desde la memorable jornada de Chacabuco, este acto no puede calificarse sino por una mayor formalidad del reconocimiento ya ejecutado.

«Por tanto, el congreso, a nombre y por autoridad de las Provincias Unidas, reconoce en la forma más solemne al expresado Estado de Chile por un Estado libre, soberano e independiente, con todas las atribuciones y plenitud de poderes que son inherentes a este grande y elevado carácter; queda en consecuencia expedito el supremo poder ejecutivo para ajustar con dicho Estado en la misma forma que cualquiera de los otros poderes reconocidos, todos los pactos y tratados que fueren necesarios para consolidar la seguridad y mutuos intereses de ambos países» (1).

El poder ejecutivo de las Provincias Argentinas, o sea el directorio, no permaneció indiferente a esta manifestación jubilosa y evidenciólo así en la nota que adjuntando copia del acta transcrita, remitió con fecha 17 de diciembre al director supremo de Chile. En su sentir, es éste «uno de los actos más memorables y que formará época en la historia política del nuevo mundo», y dispone que el 20 de diciembre se haga en la capital argentina «la competente publicación de aquella sanción soberana con todo el aparato, magnificencia y regocijo público que corresponde y que a su turno se verifiquen iguales demostraciones en los demás pueblos de su mando». «Todo es debido, escribe Rondeau, a la memoria y respetabilidad de ese gran día en que el heroísmo de Chile quebrantó para siempre las pesadas cadenas con que lo arrastraba a su carro el despotismo español, y cualquiera homenaje de sus hermanas las Provincias del Sur no será sino un tributo justo a la inmortalidad de su emancipación política (2).

Al año justo de haber sido declarada y jurada esta independencia,

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 225.
(2) *Ibídem*, pág. 229.

el Estado de Buenos Aires y al mismo tiempo el de todas las otras Provincias Argentinas —el decreto reconociendo la independencia de Chile fué transmitido por orden del director, el 6 de diciembre de 1818, a los gobernadores intendentes de Cuyo, de Córdoba, de Tucumán y de Salta—, la solemnizaban con regocijos públicos en que tomó una parte principal el Ejecutivo. Para esto señalóse el día 12 de febrero, segundo aniversario de la batalla de Chacabuco, y junto con la publicación del decreto por el cual el congreso argentino reconocía esta independencia, se desarrolló un programa de festejos en el cual no faltaron ni los repiques de campanas ni los estruendos de artillería. Dispúsose oportunamente que el jefe del Estado Mayor, acompañado de los jefes militares, pasase a la casa del señor diputado de Chile para cumplimentarlo en nombre del director supremo, que en la noche se hiciese iluminación general y que el pueblo dejase sentir su adhesión con las demostraciones correspondientes de júbilo. Conviene recordar que al tiempo que en Buenos Aires se solemnizaba en esta forma la jura de la Independencia chilena, Chile ya había concluído con el despotismo español y los laureles de Maipú se entrelazaban con los de Chacabuco.

CAPITULO X

San Martín y la sorpresa de Cancha-Rayada

SUMARIO: El desembarco de Osorio no desalentó a San Martín. — El ejecutivo chileno en una sola mano. — El ejército unido en las Tablas. — Lo que era la vida de este campamento según Miller. — Por razones de disciplina San Martín separa del ejército a Crámer y a Rodríguez. — La vigilancia de San Martín sobre el enemigo. — Instrucciones dadas por él a Balcarce. — Proclama de Balcarce. — O'Higgins y San Martín. — Proclama del ejecutivo chileno. — Por medio de la prensa se exalta el patriotismo. — El pueblo de Chile se desprende de sus alhajas. — Función en la iglesia matriz. — El enemigo marcha con aceleración, declara San Martín, pero «voy a ahorrarle la mitad de la distancia». — Primer encuentro en Quechereguas. — Freire, por orden de San Martín, ataca a Primo de Rivera. — La retirada de Osorio. — En Cancha-Rayada se enfrentan los dos ejércitos. — Colocación del ejército de San Martín. — Para modificar un defecto de formación ordena un cambio a la primera y segunda división. — O'Higgins no pudo moverse con la soltura que lo hizo Quintana. — Carga con que lo sorprende el enemigo amparado por la obscuridad de la noche. — Cómo se portaron en la sorpresa las fuerzas de O'Higgins. — La división de reserva y la de Quintana. — Las Heras en lugar de comprometer un combate emprende la retirada. — Descanso de sus fuerzas en Camarico. — San Martín le envía una carga de tabaco y le ordena que acelere la marcha. — Llega a San Fernando y se encuentra allí con San Martín. — San Martín abandona el cuartel general de Cancha-Rayada en compañía de O'Higgins y llega con él a Quechereguas. — Cura que allí le hace el doctor Paroissien a O'Higgins, que estaba herido. — En San Fernando, San Martín pasa revista a las tropas. — Parte que de allí dirige al gobierno. — Al saber éste que parte de las fuerzas estaban intactas, le envía a San Martín sus congratulaciones. — «Sólo su nombre, le escribe el director Cruz, asegura la victoria y la libertad». — Un voto de súplica y de conjuro. — Llegada de O'Higgins a Santiago. — En compañía de O'Brien y de Paroissien, el 23 de marzo hace su entrada San Martín. — Es asaltado por el pueblo y declara que la patria existe y triunfará. — Abrazo que le pide un roto. — Días de pánico y de confusión. — Lo que al respecto nos escribe don Tomás Guido. — Contestación dada por éste a las apreciaciones formuladas por Brayer. — Según Guido, al encontrarse con San Martín éste le dijo con voz conmovida: «Mis amigos me han abandonado». — Palabras proféticas pronunciadas por San Martín. — Un punto de difícil esclarecimiento. — Lo que Barros Arana nos dice sobre Monteagudo y sobre Arcos, al comentar esta sorpresa. — Arcos en busca de seguridad para su persona. — El gobernador de Valparaíso lo declara desertor. — Rumores sobre este tópico desmentidos por San Martín. — Cancha-Rayada no fué una victoria para San Martín, pero tampoco lo fué para Osorio. — Nada de lo sucedido, le escribe Pueyrredón, vale un bledo si nos apretamos los puños. — Bajo la égida de San Martín, Santiago recobra su calma. — Parte de don Tomás Guido a su gobierno. — Encuentro de Zañartú con O'Higgins. — Ansía encontrarse con San Martín y darle un abrazo. — Cómo concluye el informe que dirigió al gobierno. — En Cancha-Rayada las pérdidas realistas fueron superiores a las patriotas. — El propio Osorio reconoce que otra hubiera sido su suerte si los patriotas no son atacados por sorpresa.

En cambio de desalentar a San Martín el desembarco de Osorio en Talcahuano — desembarco que éste llevó a cabo entre el estruendo de la artillería y con gran aparato — lo reanimó y provocó en él aquel regocijo interior de quien presiente el momento cercano a una victoria. «Nada nos importa, le decía él a O'Higgins el 20 de enero, perder algunas leguas de terreno como luego tengamos seguridad de ocuparlo de un modo sólido. Reconcentración de fuerzas y somos invencibles. Al efecto, espero me diga usted si las tropas de su mando podrán o no establecerse en San Fernando, dejando sobre el Maule un pequeño cuerpo volante de infantería y toda nuestra caballería bien montada para que pueda poner a cubierto de cualquier tentativa la margen derecha de dicho río» (1).

Cuando estas líneas salían de la pluma de San Martín, éste ya había tomado las providencias del caso para conjurar a tiempo el peligro de la invasión, y si en lo político lo era la concentración del poder ejecutivo en una sola mano — el coronel don Luis de la Cruz reemplazó en carácter de director interino a la junta —, en lo militar había logrado la formación de un nuevo ejército, que unido al de O'Higgins, tanto por su número, su disciplina y por otras causales más, era una garantía de éxito en las futuras operaciones.

Ya en ese entonces no se hablaba sólo del ejército de los Andes. Hablábase, y así comenzó a denominarse esta masa de combatientes, del ejército Unido, y constituían este ejército no sólo las fuerzas que habían triunfado en Chacabuco, una parte de las cuales acababa de hacer la guerra del Sur peleando en Talcahuano, sino los nuevos cuerpos a cuya formación San Martín se había consagrado con empeño y desvelo.

Al principio, estos cuerpos fueron acuartelados en Santiago y en sus alrededores; pero cuando San Martín se cercioró de que de un momento a otro los realistas invadirían de nuevo el reino de Chile, dudando si el desembarco lo harían por Talcahuano o por Valparaíso, resolvió acercarse a este puerto y acampó con parte de su ejército en el paraje denominado las Tablas. El general Miller que lo visitó — San Martín, según él, no recibía en ese entonces en las Tablas, sino en la hacienda de Dorrego, distante de este campamento sólo tres o cuatro leguas —, nos dice que el campamento se extendía por más de una legua y que se encontraba interceptado por barrancos que formaban las aguas al caer de las montañas. Los cuerpos se habían colocado a lo largo del río, a la distancia de una milla uno de otro, y que cada cuerpo disponía de seis u ocho tiendas de campaña en que se albergaban las guardias y que estaban destinadas para servir de almacenes durante las marchas.

Al contrario de lo que podía creerse, no era aquél un simple campo de instrucción, cerrado al regocijo o a la algazara soldadesca. Miller

(1) Benjamín Vicuña Mackenna: *El General don José de San Martín*, pág. 29.

nos dice que su oficialidad se componía principalmente de jóvenes, que la mayor parte de ellos tocaban la guitarra y que con cantos y otros entretenimientos pasaban las horas libres que les dejaba la instrucción. «La clase de vida que hacían, escribe él, era simple, pero provechosa. La benignidad del clima permitía dormir y vivir al raso, excepto las horas de gran calor del día. El mate, servido por un inválido, cojo, que tenían con este objeto, lo llevaban de barraca en barraca antes de levantarse y un almuerzo fuerte se servía a las nueve. La hora de comer era entre dos y tres y la comida ordinaria se componía de una excelente sopa, carne asada, que la servían en el asador, aves, verduras y frutas en abundancia. El mate se servía a la tarde en rueda al ponerse el sol y después la cena a los que la querían». Al recordar la vida de este campamento, Miller nos apunta otros pormenores que no dejan de ser interesantes, y nos dice, por ejemplo, que no ha visto en ningún otro país ponerse el sol con más pompa y hermosura que como se ponía en las Tablas. «Mucho tiempo después de cubierto el ocaso, escribe, lanza aún sus rayos sobre las cumbres del muro poderoso de la Cordillera y matiza graciosa y majestuosamente las nubes que ha dividido, las cuales realzan la perspectiva a un grado de esplendor absolutamente inconcebible». Al hablarnos del arma de artillería, pondera su material como su disciplina. «Todos los movimientos, dice, los ejecutan con una prontitud y precisión maravillosas y el ejercicio de cañón no se diferencia del sistema que se sigue en Europa. La artillería de la América del Sur puede hacer diariamente cincuenta o sesenta millas sucesivamente por espacio de muchos días. En un apuro podría marchar desde Mendoza hasta Buenos Aires, atravesando el llano de las Pampas, a razón de noventa millas al día, suponiendo siempre un número suficiente de caballos de repuesto para remudar cada dos o tres leguas de llevar las piezas a galope». Dice que un oficial europeo podrá reírse al oír a un oficial criollo comparar su caballería con la mejor de Europa; «pero que cuando se ha acostumbrado a ver el poncho y la apariencia desaliñada de los soldados, y los ha visto batirse, conoce pronto que no hay caballería en Europa que pueda llevar una campaña contra los lanceros gauchos». Declara finalmente que el ejército de los Andes estaba en buen pie, «y aunque el vestuario de la tropa no era vistoso, estaba bien armada, tenía bastante buena disciplina y mucho entusiasmo» (1).

Tal era el ejército que San Martín iba a fusionar con el de O'Higgins y que además de comprender cuatro mil hombres aptos para la pelea, contaba con una excelente artillería, con grandes reservas de municiones y pólvora, y con sables y fusiles suficientes para armar otro ejército de reserva en caso necesario. Pero para llegar a este resultado tuvo San Martín que extremar, si así quiere decirse, el rigor de la disciplina, y es por esto que cuando le fué necesario

(1) *Memorias del general Miller*, vol I.

separar de esos cuerpos los oficiales que creía peligrosos, lo hizo sin ningún género de complacencias. Entre éstos figuraban dos oficiales que ya se habían distinguido por su actuación. El uno era don Ambrosio Crámer, jefe del batallón nº 7 que ya había peleado en Chacabuco, y el otro don Manuel Rodríguez, que además de ser un excelente jefe de batallón era un gran chileno y por el cual San Martín tenía mucha estima. Con todo, uno y otro fueron separados del ejército y alejándolos de sus filas afianzó en ellas la disciplina (1).

Por éstas como por muchas más razones que no es del caso exponer, San Martín podía encarar con su serenidad habitual la nueva situación que le creaba la presencia de Osorio en el sur de Chile, y hacia mediados de febrero y después de haber solemnizado la jura de la Independencia, comenzó a movilizar esas fuerzas en la forma que estimó la más conveniente. La vigilancia que él ejercía sobre

(1) La separación del comandante Crámer fué clasificada por Barros Arana «como algo misterioso» y creyó descubrir su verdadera causa en lo que el mayor Beauchef apunta en sus Memorias, que aun inéditas tuvo aquél en sus manos. «Crámer, dice éste, que había sido muy útil al ejército por sus conocimientos militares y por su valor, se tomaba con el general en jefe libertades que no eran convenientes. Era joven y tenía toda la alegría de un oficial de cazadores; pero nada de la dignidad de un jefe de cuerpo, lo que formaba un gran contraste con la gravedad de los otros. Yo se lo previne así, pero él se burló de mí y de mis observaciones. Me limité a esto y no volví a ocuparme de este asunto».

El ilustre historiador chileno no conoció acaso el documento en que el propio San Martín esclarece este punto. El documento lo constituye un oficio que San Martín dirigió desde Mendoza con fecha 28 de agosto de 1818 al ministerio de la Guerra y en el cual el Libertador se expresa así: «Los motivos de la separación de don Ambrosio Crámer del ejército de mi mando (sobre que V. S. de orden suprema me pide informe reservadamente en su nota del 5) debe constar en la causa que se formó en Chile, y sentenciada por el tribunal militar fué remitida a ésa para su última sanción, según me he cerciorado por el auditor doctor don Bernardo Vera existente en ésa. Entre otros incidentes de aquel proceso, el principal era haber permitido expresamente al capitán Olazábal un desafío con el sargento mayor Nazar. Fué demasiado pública esta licencia, y muy solemne el juicio en que recayó la providencia del señor general, mi substituyente, conformándose con el dictamen del auditor, que se apartó del fallo del Consejo: y antes que esta circunstancia, como por aquél se dirigía contra oficiales, debió esperarse la suprema sanción que sin duda sería enviada a dicho señor general. Prescindo de otras causales que exigían la remoción del comandante Crámer, como son la de no tener la menor disciplina en su cuerpo, tolerar sin castigar los excesos de algunos de sus oficiales, no ser exacto en el cumplimiento de las órdenes que se daban en el ejército y por último, juntándose más sospechas de colisión con el revoltoso don Manuel Rodríguez, como se comprobó por una carta interceptada por el intendente de la provincia de Cuyo, escrita por Rodríguez a Crámer, después del desgraciado suceso de Cancha-Rayada. Por último, este oficial no es seguro y no me quedan dudas que no tiene el menor interés en favor de estas provincias y que prestaría sus servicios a cualquiera otra nación siempre que le resultasen más ventajas. Con lo que tengo el honor de haber contestado al reservado de V. S. el 5 del que acaba». *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 342.

El comandante Crámer — era él francés de nacionalidad y había servido en el ejército de Napoleón, mas abandonó la Francia una vez producida la derrota de Waterloo — regresó a Buenos Aires después que San Martín lo separó del ejército de los Andes y estando allí entró a prestar servicios como edecán del general Rodríguez en la guerra de Buenos Aires contra los caudillos. Habiendo obtenido el título de agrimensor, ejerció poco tiempo esta profesión y concluyó por establecerse como estanciero en el partido de Chascomús. En 1829, cuando estalló en el pueblo de Dolores la insurrección contra Rosas, Crámer salió a campaña y fué muerto combatiendo contra la tiranía el 7 de noviembre de dicho año.

el enemigo era absoluta, y con el propósito de desbaratar sus planes y de batirlo en el sitio que su estrategia le indicaba, dispuso el 28 de febrero que se pusiese en marcha el ejército acampado en Las Tablas. «El enemigo nos busca por el Maule, decía a Balcarce. Ya esto no es un problema. En tal concepto vuelvo a prevenir a V. S. que a marcha forzada se mueva directamente a alojarse con todas sus fuerzas en Rancagua. Repito a V. S. que el batallón de infantes de la Patria debe quedar guarneciendo las fortificaciones de Valparaíso que aun no están concluídas. Pero ya sufren baterías que se colocarán inmediatamente y la tropa puede alojarse en ellas bajo de tiendas ínterin se terminan los cuarteles» (1).

Balcarce respondió en el acto a las instrucciones de San Martín, y en su proclama a las tropas, les dijo: «Soldados, ha llegado el momento que con tanta ansia deseamos. Por la parte del Maule los enemigos vienen a buscarnos y nuestro ínclito capitán general nos llama para recibirlos. Es un preciso deber no perder un instante en ir a acompañarlo. ¡Soldados! la gloria de Chacabuco debe repetirse. Vosotros sois los destinados para verificarlo y llenar con ella de opinión y honor a la patria. Yo no tengo para esto que animar vuestro valor cuando lo tenéis tan completamente acreditado. Sólo os encargo el orden, la obediencia a vuestros jefes y la constancia hasta presentaros al frente del enemigo y poner con su exterminio término a la campaña».

El 6 de marzo el ejército de O'Higgins y el de San Martín se encontraban en San Fernando y reuníase así una masa de combatientes suficiente para avasallar con su número al enemigo. La vanguardia de ese ejército estaba al mando del general O'Higgins y componíanla los escuadrones de su escolta y los batallones nº 1 y nº 3. «Por las noticias que se han recibido últimamente de los puestos avanzados, decía desde San Fernando al director argentino el general González Balcarce, sabemos que el enemigo en número de cuatro mil quinientos hombres de línea se halla a catorce leguas al norte de Talca y por consiguiente, sólo dista de este cuartel general de veinte a veintitrés leguas». «Antes de tres días, agrega, nos pondremos en marcha hacia el Sur, y ha sido indispensable dar algún descanso a las tropas, después de las marchas forzadas que han hecho desde Las Tablas, distantes más de sesenta leguas de esta posición. Según toda probabilidad, no pasarán diez días desde esta fecha sin que se decida la suerte de nuestras armas y quizás el destino de América. El buen orden y el entusiasmo que animan al ejército Unido prometen a la patria un día de gloria. Yo me lisonjeo de esperar que todos llenarán sus deberes y que el resultado igualará nuestros esfuerzos» (1).

Por su parte O'Higgins tenía al corriente al general San Martín de las operaciones que realizaba su vanguardia, y el 5 de marzo le

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 210.
(2) *Ibídem.*

hacía saber que el enemigo había llegado a Talca, que sus fuerzas se componían de cuatro mil hombres de línea, que su caballería la formaban quinientos jinetes armados de tercerola y lanza, vestidos de pantalón de dril, bota fuerte con espuela, chaqueta colorada de paño y que cada uno de estos jinetes tenía una cuchilla metida entre la bota y la pierna. Decíale que la artillería era numerosa, que las piezas venían a lomo de mula y que la gruesa artillería era traída en carretas. «Tratan de salir sobre nuestro ejército, decíale en este parte, a la mayor brevedad: han hecho un movimiento sobre la costa con una guerrilla de veinticinco veteranos y cincuenta milicianos al mando de Picheira antes de ayer, y otro ayer hacia esta parte del norte. Ignoro su fuerza y si sea o no con destino de atacarme o robar ganados. A las diez de esta noche pienso moverme sobre Quechereguas y según lo que ocurra, acaso pase el Lontué» (1).

Pero antes de proseguir esta narración retrocedamos a Santiago y veamos cómo la capital, que ha quedado a la expectativa de los acontecimientos, secunda a San Martín y a sus libertadores.

Una de las primeras medidas tomadas por el ejecutivo chileno cuando San Martín se decidió a lanzarse al encuentro con Osorio fué el de publicar una proclama: «Ciudadanos, se decía en ella, los partes oficiales aseguran que una división del enemigo ha transbordado ya el Maule para atacarle. Cuanto mayor sea la celeridad con que se acerca a nosotros, tanto más se aproxima el día de su muerte y de nuestra gloria; el principio de vuestra quietud, de vuestro descanso y la cesación de vuestros sacrificios. Debemos prepararnos para este momento con una generosidad proporcionada al interés que nos ocupa. Este día va a fijar los destinos de la patria; si nos es favorable, nadaremos en la abundancia. Qué importan, pues, unas privaciones efímeras. Sacrifiquémoslo todo a la grande causa y allanemos a la posteridad el camino que conduce a su exaltación y a su opulencia».

Simultáneamente, por medio de la prensa, o de los papeles públicos, como entonces se decía, se daba la voz de alarma y en páginas llenas de vibración y de acusaciones para los invasores que pretendían someter a Chile a un nuevo vasallaje se pedía la unión de todos al par que se acentuaba en forma elocuente e inequívoca la fe en el triunfo. «Ellos avanzan, se decía en la *Gaceta* de Chile, porque no les queda más arbitrio que aventurarse. Vienen los vencidos de Chacabuco; los que en la impenetrable fortaleza de Talcahuano aprendieron que a la bravura de los hombres libres, ni el fuego ni las barreras más bien trazadas presentan obstáculos. Serán recibidos por los vencedores del 12 de febrero y que ansían por vengar la sangre del 6 de diciembre. Los agresores invaden con el remordimiento del ladrón que se aterra al grito de una mujer débil. Nosotros les encontraremos con la valentía del propietario que defiende su vida y

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 210.

su fortuna. La mayor parte de sus tropas carece de la disciplina en que están bien ejercitadas las nuestras. Las excedemos en el número y la elección está en manos de nuestros diestros generales. El sable de nuestra abundante caballería es para el enemigo un rayo puesto por el Dios de las batallas en el brazo fuerte de los independientes. Juzgad, ciudadanos, de este paralelo y ved si habrá sacrificio a que no corramos gustosos para sellar la gloria del país y afianzarle una paz dichosa y duradera que nos reponga de todas las privaciones».

Pero el patriotismo chileno no se contentó con programas y con alegatos bélicos y vibrantes. Agregó a la palabra el hecho, y obedeciendo a un movimiento espontáneo de solidaridad y de interés común, todas las clases sociales se desprendieron de sus alhajas y sufragaron así los gastos que la nueva guerra imponía. El clero no quiso faltar en esta ofrenda tan patriótica como salvadora y respetando — el mismo pueblo chileno así lo quería — las alhajas destinadas al culto, se desprendió de las que eran de su uso particular o de las que, según los propios firmantes de este donativo, no entraban en el decoro litúrgico.

El gobierno, no hallando expresiones proporcionadas a la gratitud que merecía esta oblación, dispuso «que en las pirámides que existen en los puntos de oriente y poniente, en las entradas de mar y tierra de esta capital», se grabase la siguiente inscripción: *«El 5 de marzo de 1818 se despojó voluntariamente el pueblo de Santiago de todas sus alhajas y útiles de plata, protestando no adquirir otras ínterin la patria se halla en peligro.*

«Naciones del universo, extranjeros que entráis en Chile: decidid si tal pueblo podrá ser esclavo».

Por el mismo decreto dispuso el director delegado que desde ese día suspendiese y cesase en Santiago toda contribución mensual y que las alhajas ofrendadas se mantuviesen en depósito «para que sirviesen de prenda y seguro para los socorros extraños que pueda solicitar el gobierno, a fin de que si la guerra concluye pronto, como lo esperamos de la protección del Altísimo, sean rescatadas con los ingresos ordinarios del fisco».

El 14 de marzo celebróse además en la iglesia catedral una función religiosa con asistencia de las autoridades y gran concurso de pueblo para poner las armas de la patria bajo los auspicios de la divinidad. Al decir de un historiador chileno — don Diego Barros Arana—, el gobierno anunció ese mismo día su resolución de erigir un templo a la virgen del Carmen, patrona jurada del ejército de los Andes, en el sitio mismo en que se diese la batalla que debía consolidar la independencia de Chile (1).

Moralmente hablando, como se ve, San Martín tenía bien resguardadas sus espaldas. Podía, pues, salir al encuentro de un enemigo tan confiado como temerario y el 10 de marzo, desde su cuartel ge-

(1) *Historia General de Chile*, t. XI, pág. 399.

neral de San Fernando, ya podía él decir a su gobierno: «Por el último parte que he recibido acerca de los movimientos del enemigo, que tengo el honor de incluir a V. E., se impondrá esa autoridad suprema de la proximidad en que nos hallamos. El marcha con aceleración, pero yo voy a ahorrarle la mitad de la distancia aproximándome al estero del Chimbarongo, para donde hoy mismo van a salir los cuerpos que aun quedaban en ésta descansando de las fatigosas jornadas que han hecho desde Las Tablas. Antes de seis días creo decidida la contienda muy favorablemente, como es de esperar según toda probabilidad, a pesar de la multitud de enfermos que contamos de resultas de la aceleración de las marchas y poco benigno de la estación» (1).

Los realistas, efectivamente, venían al encuentro de San Martín, y el día 14 de marzo el grueso del ejército, comandado por Osorio, acampó en Camarico, y cuatro días más tarde su avanzada y la del ejército patriota tuvieron su primer encuentro en Quechereguas. Al frente de las tropas realistas en esa circunstancia se encontraba el jefe del Estado Mayor realista, don Joaquín Primo de Rivera. El día 15 el comandante Freire, que practicaba a su vez otro reconocimiento, recibió orden de San Martín de cargar sobre el enemigo, protegido por el grueso de la caballería y por dos baterías que debían funcionar bajo las órdenes del general Brayer. Freire, que no buscaba sino la ocasión de entrar en contacto con el adversario, se lanzó al ataque y fué tal el brío de su carga que Primo de Rivera, creyendo que se trataba de una carga de toda la caballería, retrocedió y fué a refugiarse en los callejones de la hacienda de Quechereguas mientras pedía socorro a Osorio y a Morgado para que éstos defendiesen su retaguardia. En ese instante y creyendo Freire que Brayer cumpliría con las órdenes dadas por San Martín, avanzó sobre Primo de Rivera para intimarle rendición. Pero como Morgado ya había llegado con su refuerzo, Freire, viéndose ante un enemigo superior en fuerzas y desamparado de un concurso que debió ser simultáneo a su carga, retrocedió y tras de él avanzó a galope la caballería enemiga. Cuando Freire llegó a las márgenes del Lontué perseguido por los realistas, un escuadrón de cazadores de Chile avanzó en su socorro, y Osorio ordenó en el acto la retirada.

En ese momento San Martín ya había ordenado el avance de su ejército. Eligió para esto el camino alto o sea el de la Cordillera, conocido con el nombre de Tres Montes. Osorio a su vez retrocedió por el camino real o sea el de la costa, y después de efectuar ambos ejércitos una marcha casi paralela, simultáneamente pasaron el río Lircay, teniendo uno y otro ejército como objetivo la ciudad de Talca. Como el camino elegido por Osorio era más corto que el elegido por San Martín, que lo era el camino de circunvalación, pudo escapar a las cargas con que la caballería patriótica picaba su retaguardia,

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 215.

llegar a Talca antes que San Martín terminase su jornada oblicua y apoyado en la ciudad, prepararse para la resistencia. Por virtud de esta doble maniobra, los realistas y los patriotas vinieron a encontrarse frente a frente, teniendo de por medio un terreno accidentado, lleno de barrancos y de pantanos, y que era conocido con el nombre de Cancha-Rayada. El general Balcarce, más atento a su coraje que a las condiciones topográficas que lo rodeaban, comenzó por desplegar sus fuerzas de caballería en líneas de batalla y ordenó cargar sobre los realistas antes de que la infantería y la artillería hubiesen terminado su marcha. Osorio supo aprovechar de la ventaja que le proporcionaba la ausencia de aquellas fuerzas, y poniendo en juego sus cañones, cargó sobre Balcarce, que hubiera quedado seriamente comprometido al no llegar la división de O'Higgins, quien en el acto y para rechazar a los realistas hizo funcionar su artillería. Cuando este encuentro tenía lugar — era el día 19 de marzo — el sol principiaba ya a ocultarse en el horizonte; en vista de estas circunstancias decidió San Martín retardar hasta la aurora del 20 la batalla. Para esto distribuyó sus fuerzas de acuerdo con las condiciones topográficas que le rodeaban. A su flanco izquierdo y apoyadas en el cerro de Baeza, colocó la primera división comandada por el coronel de la Quintana y que la componían los batallones nº 11 de los Andes, los cazadores de Coquimbo y la artillería chilena. Seguía a éste y en segunda línea, la división de la izquierda, comandada por O'Higgins, e integrada por los batallones cazadores de los Andes, nº 7 de los Andes y el nº 1 de Chile. A retaguardia de esta división y sobre su flanco izquierdo colocó San Martín la artillería argentina y los Granaderos a caballo.

La reserva formábanla el batallón nº 8 de los Andes, doce piezas de artillería colocadas a retaguardia y los Cazadores a caballo de Chile y de los Andes, a retaguardia también, pero avanzando sobre el ala derecha del ejército. Entre estos cuerpos y la artillería de reserva colocó San Martín su cuartel general y a retaguardia de éste, el hospital. Esta formación, si estaba bien calculada para poder amagar el flanco derecho del ejército realista, adolecía de un grave defecto y era que dejaba en descubierto toda el ala izquierda del ejército patriota y sobre la cual fácilmente y en poco tiempo podía caer el enemigo tomándola por su retaguardia. La división de la derecha del ejército patriota no podía tampoco prestar un auxilio eficaz a su ala opuesta, pues entre una y otra división interponíanse diferentes barrancos que dificultaban seriamente los movimientos. Apercibido San Martín a tiempo de esta dificultad y deseoso de dar a su ejército una ubicación más en armonía con la táctica que quería desarrollar, ordenó, siendo ya las ocho de la noche, al ingeniero Arcos que se dirigiese adonde se encontraban la primera y la segunda división para que abandonasen el sitio que ocupaban y viniesen a ocupar su puesto en la nueva posición señalada por él y que lo era entre Talca y el río Lircay. En el nuevo plan de San Martín, la infantería debía pre-

sentarse formada en tres cuerpos y en el orden de columnas cerradas. A su derecha debían tomar su posición los Granaderos a caballo, y la artillería de Chile, como la de los Andes, flanquearía los cuerpos de ataque.

La primera división, es decir, la comandada por Quintana, respondió en el acto a las instrucciones de San Martín y avanzó para tomar la posición que él le había prefijado; pero la segunda división, o sea la comandada por O'Higgins, a causa de la estrechez del terreno no pudo moverse con tanta soltura ni con la misma celeridad que la primera, y en momentos que se preparaba para hacerlo cargaron sobre ella las fuerzas enemigas. Por más que O'Higgins quiso reaccionar contra la sorpresa de este ataque que tenía en su amparo la obscuridad de la noche y el desplazamiento de los regimientos, vióse dificultado para realizar su intento, y el resto del ejército, que ignoraba lo que pasaba, sorprendido por el tiroteo y por el alarido de los que en medio de la confusión buscaban el modo de combatir o de ponerse en salvo, posesionóse del pánico. El general O'Higgins pudo, sin embargo, conservar la entereza que le era habitual y alentando a los suyos con la palabra y con el ejemplo consiguió formar una línea que le permitió castigar con sus fusiles al enemigo. «Esas primeras descargas, dice un historiador chileno, costaron a los realistas dolorosas pérdidas y entre ellas la de un comandante de batallón y la de algunos oficiales. Por un momento se sintió vacilar la columna agresora; pero repuesta luego del estupor y alentada por Ordóñez y por los otros jefes, acortó la distancia y empeñó el combate con mayor empuje. La resistencia de los patriotas, que por la fuerza de la desproporción numérica habría sido muy difícil sostener en pleno día, era imposible en medio de la confusión y de la obscuridad de la noche. La división de O'Higgins, formada por tres batallones de infantería, se vió luego reducida a uno solo, el nº 3 de Chile, que parecía destinado a un sacrificio seguro. En efecto, el batallón de Cazadores de los Andes que ocupaba la izquierda de la línea atacada y el nº 2 de Chile que estaba a la derecha, llegaron a persuadirse que todo estaba perdido y por movimientos bien ejecutados, a pesar de la confusión y de la obscuridad, fueron a reunirse a la división del coronel Quintana, el primero dando un rodeo a espaldas del enemigo y el segundo haciendo una conversión por su flanco. Esta operación, dirigida respectivamente por el teniente coronel don Rudecindo Alvarado, comandante del primero de esos cuerpos, y por don José Rodinzoni, sargento mayor del segundo, salvó a esas tropas de ser disueltas en la confusión».

Observa este mismo autor que el batallón nº 3 de Chile, que ocupaba el centro de la división de O'Higgins y cuyo comandante lo era don Agustín López, se mantuvo firme en su puesto cuanto le fué posible. «Antes de mucho rato, escribe él, había sufrido la pérdida de cerca de un tercio de su tropa, entre muertos y heridos, y luego se halló envuelto por otros lados y roto en varios puntos de su línea.

«El general O'Higgins, cuyo caballo había sido muerto por un balazo en las primeras descargas del combate, acababa de montar otro que le presentaba uno de sus ayudantes, cuando recibió una herida de bala que le fracturó el brazo derecho. Hubo un instante en que, empeñado todavía en medio de la confusión en contener a los dispersos para hacerlos volver a la pelea, se halló rodeado de enemigos y se creyó que había caído prisionero; pero socorrido por el comandante Bueras y por el mayor Viel, fué arrancado del sitio del desastre y llevado en medio de los pelotones de soldados al sitio que ocupaba el cuartel general al pie del cerro Baeza».

Las fuerzas que componían la reserva estaban aún intactas — componíanse estas fuerzas del batallón nº 8 de los Andes y doce piezas de artillería a cargo del mayor don José Manuel Borgoño —, pero eran insuficientes para contener el ataque y aun para restablecer el orden en medio de una obscuridad en la cual, por el entrevero mismo que se había producido, era difícil distinguir a los patriotas de los realistas. San Martín no perdió por esto su entereza. Pronto vió caer a su lado a uno de sus ayudantes, al joven Juan Dios Larrain, atravesado por una bala enemiga, y cuando conoció que la dispersión era general, que el querer resistir hubiera sido agravar la derrota, dispuso la retirada de las pocas tropas que lo acompañaban y salvando lo que era posible salvar, tomó el camino que el ejército había traído aquella tarde.

Felizmente una división había logrado escapar a este desastre y era la que, como ya se dijo, estaba bajo el comando del coronel de la Quintana. Quintana había cumplido a la letra las órdenes de San Martín, y después de dejar colocadas sus tropas en la posición que éste le había indicado habíase trasladado al cuartel general. Fué en ese preciso momento en que se produjo el ataque realista sobre el ala izquierda del ejército patriota, y por no encontrarse Quintana al frente de su división para salvarla del peligro que la amenazaba, sus jefes designaron al coronel Las Heras para que interinamente la comandase. Las Heras así lo hizo, y en lugar de comprometer esas fuerzas en un combate temerario formó una columna en masa y se alejó de Cancha-Rayada cruzando el río Lircay y tomando el camino de Santiago. Hablando de esta retirada nos dice Las Heras que al ponerse en marcha dió orden para que en la línea se guardase un profundo silencio y que poniendo a su cabeza la artillería comandada por Blanco Encalada, colocó a su retaguardia al batallón de Cazadores de los Andes. Con estas fuerzas, que sumaban un total de tres mil quinientos hombres, cruzó pasada ya la media noche el río Lircay y despachó en el acto a un práctico para tener noticias de San Martín e informarle del orden en que se efectuaba esta retirada. Al aclarar del día 20, Las Heras había llegado a Pelarco y a las nueve de la mañana hacía alto en Camarico. «Aquí la columna, dice él, descansó una hora, y en ese intervalo se me presentó un capitán de milicias que estaba encargado del equipaje de San Martín». Aquí re-

cibió Las Heras distintas informaciones y al ponerse en marcha a eso de las diez, a poco de andar, encontró algunas mulas cargadas de pertrechos que andaban errantes. «Las hice recoger, escribe él, y reconocidos los cajones, hallé ser municiones de cañón del calibre que necesitaba (la artillería patriótica había perdido todas sus municiones en Rancagua) y aun en mayor número. Con este auxilio mandé formar un cuadro de columnas, fortifiqué los flancos y retaguardia con la artillería y a más la hice cubrir por una línea de tiradores del batallón de Cazadores. Así continué mi retirada, hasta que a las cinco de la tarde llegué a Quechereguas donde acampé. Yo me había lisonjeado de hallar en este punto víveres suficientes para mi tropa que hacía dos días que no comía y que, sin considerar la marcha del día anterior, en diez y seis horas había andado diez y ocho leguas, que es lo que dista Quechereguas de Talca; pero me desengañé, no habiendo hallado más que tres vacas, de edad de dos años, las que hice distribuir en pedacitos como de dos onzas de carne que comieron asada por no haber otro medio. Luego hice cubrir las avenidas de la casa con artillería e infantería y ocupar las alturas con el batallón nº 11 dando la orden de estar prontos a las doce de la noche para pasar el Lontué».

Declara Las Heras que la luz del día 21 vino a alumbrarlo a él y a los suyos a la orilla derecha de dicho río y que después de un corto descanso emprendió la marcha derechura a San Fernando, dejando a la izquierda la villa de Curicó. «A poco que hubimos andado se descubrió una partida de bueyes que arreaba un paisano. Se le hizo venir; me dijo que correspondían al gobierno, y que en Curicó había en la plaza mucho armamento botado por los soldados dispersos. Yo quise desde luego destinar los bueyes al mantenimiento de la tropa; pero como el comandante Blanco me hiciese presente que ya los caballos de su tren no podían conducirlo, tuve a bien el cedérselos con este objeto, persuadido de que muy luego hallaríamos otros recursos. Di orden al capitán Deheza para que con una partida pasase a Curicó y salvase del modo que le fuese posible el armamento citado, inutilizándolo en caso de que no encontrase bagaje. El capitán cumplió con mi orden y salvó el armamento. A poco más que anduvo la columna se encontró una partida de ganado lanar en número de tres a cuatro mil ovejas; fueron tomadas y conducidas durante toda mi retirada, reinando desde entonces la abundancia de esta especie de alimento». Declara Las Heras que a mediodía su columna pasó el arroyo de Chimbarongo y que sus fuerzas descansaron en las casas en esta localidad. Encontrándose allí se le presentó el teniente coronel de ingenieros don Alberto d'Albe y supo por él que el general San Martín se hallaba en San Fernando dispuesto a dirigirse a Santiago. San Martín se había informado ya de la retirada que dirigía Las Heras, y por medio de Albe le enviaba una carga de tabaco y papel para la tropa, le encargaba que acelerase sus marchas en lo posible y que procurase evitar toda acción con el enemigo. En vista

de esta noticia, Las Heras confió el mando de su columna al comandante del batallón nº 7, don Pedro Conde, con órdenes de acampar la noche en la Cerrilla de Gálvez y se puso él en marcha para alcanzar al general en San Fernando. Luego que hubo pasado el río Tinguiririca, encontróse con un destacamento de granaderos comandados por el coronel Bueras y por el mayor Medina. Le declararon éstos a Las Heras que estaban allí en observación por orden del general en jefe; pero por indicación de Las Heras dejaron ese puesto y se adelantaron para reforzar la división que se encontraba en marcha y de la cual se había alejado este jefe. Al llegar a San Fernando, Las Heras se encontró allí con el general San Martín y le hizo conocer las disposiciones que había tomado, y como San Martín estaba en vísperas de marchar a Santiago con objeto de preparar allí los elementos necesarios para la nueva organización del ejército, dice Las Heras que le suplicó que antes de alejarse de allí se presentase a su columna, «que tenía algunos temores respecto a su persona». «El señor general, escribe Las Heras, condescendió y fué recibido con los honores de su clase y con muchos vivas y aclamaciones. Entonces, mandó tocar a la orden general, dió las gracias por su comportación a los jefes y me entregó el mando — hasta ese momento Las Heras ejercía el mando de esa columna por simple facultad que le otorgaran los jefes de la división de Quintana —, encargándome el retirarme lo más pronto posible y procurando no comprometer acción. Después de esto, el señor general se retiró y la columna se puso en marcha, acampando el 22 en la plaza de San Fernando, menos la artillería de Blanco que por disposición del general tomó el camino en derecha y a marchas forzadas hasta Santiago» ([1]).

Conocida ya la retirada de la división, retrocedamos al campo del desastre y digamos cómo San Martín y O'Higgins se retiraron de allí para llegar luego a San Fernando, en donde el primero estableció interinamente su cuartel general.

Al parecer, San Martín y O'Higgins se encontraron en la noche misma de la sorpresa, o en el cuartel general que aquél había establecido, como ya queda dicho, al pie del cerrillo de Baeza, entre la artillería que formaba la reserva y los cazadores de Chile y de los Andes, o a orillas del río Lircay, adonde se dirigió O'Higgins la noche misma del 19 de marzo en busca del camino que debía conducirlo a Santiago.

Lo que es históricamente cierto, es que el 20 de marzo San Martín se encontraba en compañía de O'Higgins — así lo declara él en su manifiesto contra Brayer — y que como por lo agudo de sus dolores O'Higgins debía marchar a un paso lento, San Martín se hizo un deber de acompañar al amigo, como él lo dice, y aun al jefe de Chile. En mutua compañía hicieron, pues, el camino que debía conducirlos a Quechereguas y al llegar a esta localidad se detuvieron y allí San

([1]) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 20

Martín dictó sus primeras providencias. O'Higgins deseaba al parecer que San Martín estableciese allí su cuartel general y se preparase para la defensa. El Libertador fué contrario a esta opinión y concluyó por convencer a O'Higgins que con un ejército en dispersión, sin municiones y dominado por el pánico no era prudente pensar en una batalla. En consecuencia, volvieron a continuar la marcha y al llegar a Chimbarongo, el cirujano en jefe del ejército, el doctor Diego Paroissien, procedió a hacerle a O'Higgins la primera cura (1). Supo éste entonces que se trataba de una simple fractura que no comprometía seriamente su brazo, pero que para recobrar su uso cabal necesitaba algún tiempo de tratamiento. De Chimbarongo dirigiéronse sobre San Fernando y, al llegar allí, encontráronse con el comandante Freire y con el general González Balcarce. Ambos jefes habían logrado reunir más de mil hombres, y mientras San Martín despachaba a Zapiola para que contuviese a los dispersos en camino a Santiago, pasó revista a esas tropas el 21 de marzo y pudo comprobar así que eran menores de lo que se creía las proporciones del desastre.

Llenado este requisito, tomó la pluma, y sin buscar ni atenuantes ni causal alguna al contraste sufrido, con su laconismo habitual escribió al gobierno el parte siguiente: «Acampado el ejército de mi mando en las inmediaciones de Talca, fué batido por el enemigo y sufrió una dispersión casi general que me obligó a retirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues cuento ya cuatro mil hombres desde Curicó a Palequen. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de los Andes, pero conservamos la de Chile».

Dirigió el mismo parte al gobierno de Chile, quien a su vez, sabedor que San Martín y una gran parte de sus fuerzas estaban próximas a Santiago, principió a hacerle llegar sus congratulaciones. «No puedo significar a usted, le escribe a San Martín el 22 de marzo el coronel Luis de la Cruz, director interino de Chile, el gusto que he tenido con su apreciable comunicación. Me ha hecho llorar el ver su letra. Tiene mucho imperio en el corazón humano la amistad. El pueblo se ha manifestado tan gustoso por la existencia de usted y reunión de tropas que es indecible. Yo he hecho repicar las campanas, hacer salvas de artillería y que la música corriera por las calles. Se animó tanto la gente, que la plaza se ha llenado de pueblo».

(1) En un fragmento del Diario de este cirujano, según Barros Arana, se dice que el general O'Higgins por la fatiga consiguiente a una marcha de veinte horas y por la pérdida de sangre tenía un aspecto cadavérico y que su rostro, ordinariamente rosado, mostraba una alarmante palidez. Paroissien, que conocía el vigor físico de O'Higgins, llegó a creer que la preocupación del desastre le había puesto en ese estado y trató de confortarlo diciéndole que no todo estaba perdido y que aun en caso de un nuevo descalabro era fácil retirarse a Mendoza para crear otro ejército. «Eso no, le contestó O'Higgins; mientras yo viva y haya un solo chileno que quiera seguirme, haré la guerra en Chile al enemigo. Basta con una emigración». *Historia General de Chile*, t. XI, pág. 389.

Dícele luego que son indecibles las providencias que ha librado para el efecto de reunir tropas; que ha hecho venir quinientas reses a la orilla del Maipú para su manutención y que anda a la busca de mulas que no se encuentran. «Es preciso que haga usted traer todas las que se puedan de esos contornos, le escribe. A don Pedro Aguirre le he hecho caminar a lo de usted para que pueda usar oportunamente de los caballos del Estado. Aquí no quedó un herrador ni herradura». «No puedo más, amigo, concluye Cruz, no duermo ni como desde el 20 a la noche».

En otra carta dícele que con su parte ha dado vida a ese pueblo; que la desgracia de Cancha-Rayada la supo por comunicación que desde San Fernando le transmitió el conductor de caudales don Pedro Barrenechea, y que apenas se informó de esta desgracia ordenó la concentración de los regimientos de caballería que estaban en Quillota, en Melipilla y en Aconcagua, y que de Valparaíso viniesen a Santiago los Infantes de la Patria y toda la artillería volante existente en ese punto. Dícele además que entre Legionarios y Nacionales tiene más de mil plazas y que «el entusiasmo del pueblo es imponderable desde que salió de la profunda incertidumbre» que tenía respecto de su suerte, y que «sólo su nombre le asegura la victoria y la libertad. La grande alma de Vuestra Excelencia debe recibir esta gloria como un presente íntimo y gratitud de los verdaderos patriotas que esperan con ansia sus ulteriores órdenes». «Entretanto, concluye Cruz, cumpliré exactamente las que me participa con relación a los oficiales que se van reuniendo en gran número. También hay algunos soldados que se acuartelan en la academia militar y acaba de publicarse un bando para que los que no se me presenten en el día, pierdan su empleo con infamia y cualquiera de éstos que no se personase en el cuartel mencionado se pase por las armas».

El día 23, ya no son ni congratulaciones ni informes lo que el director interino le escribe a San Martín. Es un voto de súplica, un conjuro, y así le dice: «La solicitud que hago a V. E. es el incesante y único clamor del pueblo de Chile, es el resultado de las más serias meditaciones mías y del cabildo, y es últimamente la sólida esperanza de la salvación de la patria. A saber, que V. E. marche inmediatamente a esta capital a organizar y disponer todas las cosas que se necesitan para la defensa del Estado, en inteligencia que la presencia de V. E. aumentará cien grados de felicidad y de orden a cualquier objeto que se emprenda» (1).

San Martín no desoyó estas súplicas pero detúvose en su cuartel general tomando distintas providencias, y de acuerdo con O'Higgins convino en que éste le precediese en la marcha. La llegada de O'Higgins a Santiago tuvo lugar el 23 de marzo por la noche y lo acompañaban los jefes argentinos Quintana, Necochea, Zapiola, Melián y Martínez. Horas más tarde, O'Higgins se ponía al frente del direc-

(1) *Archivo de San Martín*, vol. IV, pág. 47.

torio, y de su puño y letra refrendaba este documento dirigido al que hasta ese entonces había ejercido esas mismas funciones como director delegado: «A consecuencia de las noticias verbales que adquirí anoche por conducto de mi delegado sobre que en la mañana de ayer una parte del pueblo, agitada con el celo justo de salvar su patria, había propuesto entre otras medidas de seguridad pública, la de asociar al gobierno la persona del teniente coronel don Manuel Rodríguez, para poner en movimiento todos los recursos en auxilio del ejército y protección de la causa de América, he dado el correspondiente aviso al Excmo. señor capitán general don José de San Martín, no obstante que estoy persuadido que Vuestra Señoría, por su parte, lo habrá ejecutado para que cuente con la favorable disposición de esta capital en el progreso de sus operaciones ulteriores contra el enemigo común» (1).

Poco tiempo más tarde, es decir el jueves 25 de marzo por la mañana, acompañado de sus ayudantes O'Brien y Paroissien, entre repiques de campanas y descargas de artillería San Martín hacía su entrada en Santiago. Según el testimonio de personas que lo vieron llegar, vestía su uniforme favorito de coronel de Granaderos a caballo, pantalón y casaca ceñida de paño azul, con vivos encarnados, botas granaderas y sombrero apuntado, forrado de hule. El complemento de su indumentaria lo constituía un sobretodo azul con botonadura amarilla, orlado con una franja de piel de nutria y realzado, por así decirlo, con las armas del Plata.

Un testigo inglés que lo vió llegar, Samuel Haigh, nos dice que estaba cubierto de polvo y que presentaba aire de fatigado. No se había quitado la ropa ni siquiera las botas por imposibilidad material para hacerlo a causa de la marcha, y al llegar al palacio de los Obispos, en donde tenía su residencia, se vió asaltado por la multitud. Muchos se contentaron con aplaudirlo, pero otros lo acosaron a preguntas, y a todos, según este testigo, contestaba San Martín: «No desesperen; la patria todavía existe y triunfará». Estas palabras dieron mucho ánimo y retemplaron el patriotismo abatido de los chilenos.

La primera visita de San Martín fué para O'Higgins. Terminada esta entrevista, montó de nuevo a caballo y al llegar a un ángulo de la plaza apeóse de su cabalgadura para dirigirse a su habitación. En ese preciso momento desprendióse del inmenso público que lo

(1) Benjamín Vicuña Mackenna: *Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins*, página 386. Como se sabe, Manuel Rodríguez había sido separado del ejército por San Martín antes de Cancha-Rayada. Se le sabía en maniobras políticas con los Carrera y hostil por lo tanto a la política que seguía O'Higgins en el directorio. Como se trataba en el fondo de un buen patriota, el contraste sufrido por las armas libertadoras frente a Talca avivó en él el amor a la patria y se consagró a su defensa con un vivo celo. Apenas supo la noticia, se puso al servicio del gobierno y comenzó a recorrer la ciudad arengando al pueblo y tomando distintas providencias. «Manuel Rodríguez, dice Vicuña Mackenna, fué en Santiago, antes de Maipo, lo que había sido en Chile antes de Chacabuco: un inmortal precursor».

rodeaba un hombre del pueblo, un roto, como dicen los chilenos, y pidióle un abrazo. O'Brien, que era su ayudante y que en ese momento lo acompañaba, hizo ademán de alejarlo, pero San Martín se opuso y dejó que el intruso diese desahogo a sus sentimientos. «Sabía, escribe un historiador chileno al recordar este episodio, que aquel abrazo le daría muchos soldados, y necesitaba, como Pompeyo, hacer brotar legiones de la tierra apretándola con su bota de caudillo».

Y a fe que las hizo brotar; pero más afortunado que el romano, no sería él vencido por César, es decir, por el despotismo español simbolizado en sus generales, sino que, por el contrario, al defender a Santiago suya sería la victoria.

Los días que siguieron al desastre de Cancha-Rayada fueron para Santiago, como ya lo debe suponer el lector, días de pánico y de absoluta confusión. Los godos allí existentes se imaginaban o así lo hacían creer, que la causa de la Independencia ya estaba perdida. En el paroxismo de la ilusión se imaginaron que la restauración peninsular estaba *ad portas* y no faltó un prematuro adulador que pretendiese enjaezar un caballo y mandarlo a Osorio para que hiciera en Santiago su entrada triunfal. Leamos lo que nos dice de esta hora trágica un testigo que la vivió con su corazón puesto en la patria y veamos el partido que contra San Martín quisieron sacar de este caos los envidiosos, los mediocres y los descontentos. «Me hallaba yo en Santiago, escribe don Tomás Guido, en ejecución de las órdenes de nuestro general y próximo a trasladarme a Valparaíso, plenamente autorizado por el gobierno para organizar fuerzas marítimas con qué destruir o alejar sin tardanza la escuadra bloqueadora, cuando empezaron a llegar en tropel los primeros dispersos de los que se salvaron de la sorpresa en la funesta noche del 19 de marzo. Es fácil comprender la confusión y sobresalto propagado en una población donde en lugar de un tremendo revés, se aguardaba confiadamente una victoria espléndida, haciéndose preparativos costosos para festejarla con suntuosidad.

«La crisis, en verdad, presentábase con síntomas aterradores. El peligro de caer de nuevo bajo el absolutismo de un enemigo engreído con su triunfo, inquietaba vivamente aun a los más firmes patriotas. Fué entonces que el supremo director del Estado, penetrado de la grandeza de su deber, se lanzó a emplear todo medio eficaz para levantar los ánimos consternados y prepararse a la defensa. Por mi parte, colocado en una posición excepcional, ya como representante de las Provincias Unidas y confidente de los designios del general San Martín, ya como americano ardorosamente empeñado en la empresa que acometíamos, creí llegado el momento de redoblar mis esfuerzos. Me apresuré desde luego a pedir al gobierno medidas instantáneas con que restablecernos del quebranto sufrido con cuanto material y tropa pudiese reunirse para reforzar el ejército.

«Por fortuna para la causa de América, continúa diciendo Guido, el general Cruz, dotado de cualidades eminentes y de la fortaleza

necesaria para hacer frente a las más graves circunstancias, desplegó la actividad reclamada por las exigencias del momento; exaltó con su ejemplo y palabra el entusiasmo nacional y secundado eficazmente y con extraordinaria actividad por el animoso coronel don Manuel Rodríguez, adoptó sin vacilación resoluciones vigorosas.

«Muy pronto empezaron a reunirse en mi alojamiento jefes notables de diferentes armas, que extremados de fatiga en el empeño de volver a la disciplina a la tropa dispersa, se restituían a sus cuarteles a la espera de las órdenes del general en jefe, cuyo paradero ignoraban; no sabiendo tampoco la dirección que hubiese tomado la fuerte columna mandada por el valeroso coronel Las Heras, que salió intacta de la sorpresa por la posición que ocupaba al caer el enemigo en nuestro campo.

«Para definir y aclarar esta crítica situación, pedí también al supremo director convocase instantáneamente a una junta popular todos los jefes reunidos en la capital, entre los que sobresalía el general Brayer, veterano del Imperio francés, que viniendo del campo de batalla, fué también mensajero del terrible fracaso.

«El general Cruz no vaciló un momento en acceder a mis instancias. Convocó y reunió en Palacio a ciudadanos distinguidos que residían en la capital y exponiendo en plena sala desembozadamente los peligros que amenazaban la patria, les pidió parecer, con la indeclinable protesta de poner en juego todos los recursos de la república hasta exterminar al enemigo que se juzgaba vencedor. Esta enérgica promesa contribuyó eficazmente a reanimar aun a los más desalentados que le prometieron su cooperación».

«Y aquí es, continúa Guido, la ocasión de mencionar un incidente grave ocurrido en esa reunión por la trascendencia que pudo tener en medio de la agitación pública. Sobresalía, como he dicho, entre los concurrentes, el general Brayer, quien acababa de desempeñar en nuestro ejército las funciones de jefe del Estado Mayor y que había presenciado el contraste de la noche del 19. Considerándolo el director Cruz de los más competentes por su experiencia militar y gloriosa carrera en el Imperio, se dirigió a él de los primeros para que como actor en el teatro de la guerra, expusiera francamente si le parecía remediable nuestra desgracia, adelantándose el enemigo a marchas forzadas hacia la capital, en persecución de nuestra tropa desbandada.

«El general no titubeó en responder a esta interpelación con la autoridad de un militar experto: «Que dudaba mucho pudiésemos rehacernos de la derrota sufrida y que, por el contrario, la completa desmoralización del ejército y el estrago causado en sus filas disipaban, según él, toda esperanza de reparar el golpe».

«Fácil es imaginarse la impresión que en aquellos momentos dejaría en la asamblea la opinión emitida por un jefe tan competente; y era menester combatirla en precaución del desaliento que debía producir. En mi situación especial por las razones expuestas, y pug-

nando contra mis opiniones las emitidas por el general Brayer, creí en mi deber contestarle de manera a desvanecer apreciaciones desanimadoras, precisamente en el trance en que era necesario apercibirnos para una resistencia obstinada. — «Vuestra Señoría no puede, le dije, juzgar del estado del ejército en retirada, después de la sorpresa que lo fraccionó, por haber dejado el campo bajo la impresión de un irreparable desastre. ¿Ignora Vuestra Señoría que aun existe nuestro impertérrito jefe? Pues bien, yo puedo asegurar a esta asamblea, con irrefragables testimonios que poseo, que el general San Martín, aunque obligado a replegarse a San Fernando desde Cancha-Rayada, dicta las más premiosas órdenes para la reconcentración de las tropas y reunión de las milicias. Además, viene también en marcha una división del ejército que quedó entera en el asalto de las tropas realistas, tomándose al mismo tiempo, con partidas distribuídas por el directorio, todas las avenidas de cordillera por donde pudieran evadirse los soldados dispersos. No hay pues, señor general, razón para temer que no veamos pronto nuestro ejército en estado de combatir y de conquistar la victoria con el apoyo y energía del país, decidido a todo sacrificio, por mantenerse independiente».

«No bien había concluído mi contestación al general, agrega Guido, cuando vinieron en mi auxilio calurosos acentos que fortificaron la confianza en los ánimos, y todavía rebosa en mí el contento al recordar la fe patriótica con que fué combatido el inesperado dictamen del general Brayer y desvanecida la zozobra del pueblo».

Antes de terminar este relato, nos dice Guido que cuando lo supo a San Martín en marcha hacia la capital decidió salir a su encuentro y que al atravesar el extenso llano de Maipú logró juntarse con él a eso de las ocho de la noche. «Apenas recibió mi saludo, escribe, acercó su caballo al mío, me echó sus brazos y dominado de un pesar profundo me dijo con voz conmovida: «¡Mis amigos me han abandonado, correspondiendo así a mis afanes!» — No, general, le respondí interrumpiéndole, bajo la penosísima impresión de que me sentí poseído al escucharlo; rechace usted con su genial coraje todo pensamiento que lo apesadumbre. Sé bien lo que ha pasado; y si algunos hay que sobrecogidos después de la sorpresa le hubiesen vuelto la espalda, muy pronto estarán a su lado. A usted se le aguarda en Santiago como a su anhelado salvador. Rebosa en el pueblo la alegría y el entusiasmo al saber la aproximación de usted. El general Cruz excita con celo infatigable el espíritu nacional. Rodríguez no sosiega; por mi honor, que no exagero. Los jefes reunidos le esperan como a su Mesías y será usted recibido con palmas. He venido exprofeso a avisárselo a usted y a pedirle sus órdenes».

«El general, concluye el exponente, me escuchó con bondad y dándomelas muy decisivas me previno partiese en el acto a ejecutarlas y le esperase en su alojamiento en Santiago. Pero al separarme, me dijo serenado: «Vaya usted satisfecho, mi amigo, y le prometo recobraremos lo perdido y arrojaremos del país a los chapetones».

«¡Palabras proféticas, agrega este interlocutor, pronunciadas ante las estrellas en el mismo campo donde días después se rompió para siempre el yugo secular que pesaba sobre el bello Chile!» ·(1).

No se puede dudar — y la historia sirve de apoyo a nuestra conjetura — que la queja formulada por San Martín a Guido la noche del encuentro que acabamos de exponer, tenía sus fundamentos. Desgraciadamente, San Martín amaba más el silencio que el escándalo y acaso por esta razón pronunció la palabra abandono, debiendo pronunciar más bien la palabra traición.

Pero si en Cancha-Rayada hubo traición, ¿quién o quiénes fueron los traidores? Es éste a no dudarlo un punto de difícil esclarecimiento, y si algo ya se ha dicho con el propósito de descorrer el velo que cubre este misterio, el misterio subsiste y se abre un vasto campo en pro o en contra a la controversia. Nuestro deber de historiador oblíganos a recoger las versiones que se presentan más o menos fundadas; por tanto, y sin solidarizarnos con ellas, recogemos las que el historiador chileno don Diego Barros Arana nos dice al respecto al hablarnos de la fuga de Monteagudo y de Arcos después de la sorpresa. «El 21 llegaba al Conventillo — era ésta una chacra situada en las afueras de la calle de Santa Rosa cercana a Santiago — un pequeño grupo de fugitivos en que se encontraba el sargento mayor de ingenieros don Antonio Arcos y el auditor de Guerra don Bernardo Monteagudo. Según la relación de ellos, el descalabro sufrido por el ejército era completo e irreparable, a punto de considerar ambos que era insensata temeridad el pretender reorganizar las tropas patriotas para oponer a los vencedores una resistencia que había llegado a hacerse imposible. Uno y otro no hablaban más que de abandonar el país, y en efecto, ellos dieron en la misma mañana el ejemplo que debía estimular la emigración». Barros Arana nos dice que Monteagudo se puso apresuradamente en marcha a Mendoza, y que el mayor Arcos, «afrancesado en la Península durante la guerra contra Napoleón y enrolado en América en el ejército insurgente, temió también por su vida y sólo pensó en trasladarse a Valparaíso para buscar asilo en un buque extranjero».

«El mayor Arcos, continúa después, fué casi inmediatamente objeto de las más tremendas acusaciones, atribuyéndosele una responsabilidad en la desorganización y desbandada de una parte del ejército patriota y después en la propagación de las noticias que sembraron el espanto en Santiago y en seguida en Valparaíso. Encargado, como dijimos, de dirigir el cambio de posición de la segunda división, él había abandonado las tropas cuando se iniciaba el movimiento, precisamente en el instante mismo en que su presencia era más necesaria para atender la línea y organizar la resistencia contra el ataque de los realistas. El hecho de haber sido uno de los primeros fugitivos que llegaron a Santiago, las noticias que aquí divulgó y luego su

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. III, pág. 329.

marcha a Valparaíso, donde comunicó noticias análogas, empeoraban su causa. En una de sus primeras comunicaciones, San Martín encargaba al gobierno de Santiago hiciese buscar a Arcos, donde se hallase, para someterlo a un consejo de guerra».

«Efectivamente, Arcos no había querido detenerse en Santiago y buscando una mayor seguridad para su persona, se dirigió a Valparaíso en donde lo encontramos el 24 de marzo» (1).

«Anoche se me ha presentado el sargento mayor de ingenieros, escribe don Francisco Calderón al director delegado de Chile, diciéndome que venía a evacuar una comisión que tenía V. E. En seguida me hizo varias reflexiones sobre nuestro actual estado y de la suerte que corrió el ejército nuestro. En la mañana de hoy, me ha dado parte el comandante Biddle, de la corbeta de guerra norteamericana *Ontario*, que el mencionado sargento mayor le había noticiado que todo estaba perdido y que imploraba su auxilio para que le ocultase a su bordo siquiera por cuatro días. El comandante se resistió terriblemente diciéndole que no podía hacerlo, a lo que él reprodujo que siquiera le consiguiese un pasaje en el bergantín *Albión*, a que igualmente se negó. Estos hechos han puesto en peor concepto a dicho Arcos; y me dice el citado comandante que si en el día no le mando a la capital para que V. E. disponga, se dará a la vela con todos los buques de su nación. Estos antecedentes y el de que con su venida se ha puesto en gran movimiento este pueblo, me ha hecho resolverme a remitirlo con el teniente de artillería don Pedro Niño y cuatro soldados de la misma arma. Adjunto a V. E. la carta oficial del comandante de dicha corbeta para que, más orientado, resuelva lo conveniente, en la inteligencia de que me ha parecido la medida más paliativa en las críticas circunstancias y en que el comandante dice que de lo contrario se larga, porque hemos de tenerlo por sospechoso».

El gobernador del puerto de Valparaíso concluye su carta diciendo: «Cree que es un desertor del ejército y que por el terror que con sus conversaciones ha infundido en los pueblos no hay ánimo para defenderse y que el Estado se pierde por un hombre de esos. No presuma V. E. que por la melancolía con que dicho Arcos se ha producido conmigo ha desmayado ni desmayará mi infatigable celo en conservar este puerto a toda costa, porque me siento con bastante ánimo y mucha más resolución para ello».

Reconoce el historiador citado que este documento no dice exactamente lo que ocurrió en el particular. Lo que se desprende es que Arcos a poco de haber llegado a Valparaíso comenzó a decir que era

(1) En una carta del director Cruz a San Martín, a la cual ya hemos hecho referencia en este capítulo y que tiene fecha 22 de marzo, aquél escribe: «Anteanoche se me presentó Arcos y lo destiné que fuese al Maipo a recorrer la línea desde la Cordillera al mar para saber de los vados, ver los que se pueden cegar y tome las demás providencias conducentes a nuestra seguridad». — *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 46.

imposible una resistencia regular al ejército español, que estaba perdida la causa de la patria y que pidió al capitán Biddle que le hospedase en su corbeta. Fué entonces que el gobernador Calderón lo declaró como desertor del ejército patriota, y habiendo accedido a su demanda el dicho marino, Calderón puso preso a Arcos en un castillo, tratándolo con suma dureza. «Temiendo el capitán Biddle, escribe Barros Arana, que Arcos fuese víctima de una ejecución militar o de cualquier otro procedimiento vejatorio, reclamó enérgicamente que se le dejara en libertad o que se le enviase a Santiago a disposición del general en jefe o del supremo director del Estado; y fué esto último que se hizo».

«San Martín, continúa éste, recibió a Arcos con grande aspereza; pero sea que de algún modo justificara éste su conducta o que le valieran sus relaciones de amistad con el general y con casi todos los jefes, fué tratado con mucho menos dureza de lo que se había anunciado. En vez de someterlo a un consejo de guerra, San Martín aplicóle una pena burlesca, obligándolo a asistir a la batalla de Maipú en rango de soldado del regimiento de Granaderos a caballo. Hubo en el ejército patriota algunos oficiales que acusaron a Arcos de traición, suponiendo que como español de nacimiento estaba en inteligencia con los jefes realistas, a quienes indicó la hora en que debían emprender el ataque a cuyo éxito había contribuído él por su parte, abandonando el campo en los momentos en que su presencia era más necesaria y en seguida, esparciendo la turbación y el pavor.

«San Martín, impuesto de estos rumores, los desmintió en una carta que hizo publicar en la *Gaceta* de Buenos Aires el 3 de junio de 1818, en que sin justificar la conducta de Arcos declaraba que esa acusación era falsa e infundada». Concluye Barros Arana diciendo que poco después de la batalla de Maipú, Arcos dejó el servicio militar y se hizo comerciante, y que como contratista de vestuarios y fornituras para el ejército, adquirió la base de una fortuna considerable (1).

Volviendo a nuestro punto de partida, y recapitulando lo dicho, podemos afirmar que si Cancha-Rayada no fué una victoria para San Martín, tampoco lo fué para Osorio ni para los realistas.

Táctica y estratégicamente hablando, San Martín tenía ya ganada la partida y sólo una fatalidad pudo trastornarle su plan.

De no haberse producido la sorpresa que se produjo, Talca habría sido el sepulcro de la tiranía española en Chile y la victoria de San Martín habría ahorrado a las armas aliadas el esfuerzo que fué necesario repetir más tarde.

Los propios realistas estaban tan convencidos de su inferioridad, que no quedándoles otro recurso — esto sucedía cuando San Martín había resuelto fijar una nueva posición a su ejército — que volver a Talcahuano o salvar el honor de las armas con un golpe de auda-

(1) *Historia General de Chile*, t. XI, pág. 399.

cia, antes que optar por lo primero, siguióse el consejo de Ordóñez y así se hizo. En la reunión que con dicho objeto celebró el jefe realista en el convento de los dominicos de Talca, se examinó el pro y el contra de una tal medida. Al principio Osorio se opuso a ella; pero comprendiendo que la batalla la tenía perdida, antes que entregarse a una fuga que se vería obstaculizada por las corrientes del Maule y por las cargas de la caballería patriótica, jugó el todo por el todo y confió a Ordóñez, a Primo de Rivera y a Latorre esa carga que trastornó por entero el magnífico plan de San Martín.

Su propósito, por otra parte, reducíalo Osorio a una satisfacción concreta y pasajera. No meditó un plan, como se ve, sino un golpe, y realizado éste, sus ejecutantes, temerosos de comprometerse en una hazaña mayor, a pocas horas de haber cargado retrocedieron y buscaron el refugio de su escondite.

Si el pánico que hubo en las líneas patrióticas hubiera sido menor, San Martín habría tenido tiempo de reaccionar y por lo tanto de contraatacar. Artillería no le faltaba; su infantería amaba las cargas y sabía empuñar denodadamente las bayonetas y por lo que se refiere a sus granaderos, es decir, al arma de caballería que era para él el arma preferida, no podía ésta traicionarle al saberse frente a frente con los realistas. Tenía pues San Martín la convicción — así lo declaró al rebatir a Brayer —, que las operaciones de esta campaña las había organizado con todo acierto; pero si no triunfó, no por eso dominólo la desazón, ni dióse tampoco por vencido.

Pueyrredón, que lo conocía como hombre y como soldado, no se amilanó por el contraste sufrido y pudo así transmitirle este mensaje alentador que llegó a sus manos cuando la victoria de Maipú ya lo había resarcido ampliamente del desastre sufrido frente a Talca: «Nada de lo sucedido, le dice, en la poco afortunada noche del 19 vale un bledo, si apretamos los puños para reparar los quebrantos padecidos. Nunca es el hombre público más digno de admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior a la desgracia, conservar en ella su serenidad y sacar todo el partido que queda al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es suceso muy común; y la que hemos padecido cerca de Talca será reparada en muy poco tiempo» [1].

Por lo que se refiere a la capital, ésta pocos días después del desastre había recobrado su calma y con febril ardor sus habitantes más conspicuos se agrupaban en torno de San Martín y convencidos de que su égida sería la protectora, encararon con serenidad los nuevos acontecimientos.

El 27 de marzo don Tomás Guido apresuróse a hacer saber a su gobierno que el general San Martín y el director O'Higgins habían ya llegado a Santiago y que herido éste en un brazo había reasumido la dirección suprema del Estado. «Después de los avisos que he dado a Vuestra Excelencia, con fecha 21 y 23 del corriente, escribe Guido,

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 591.

sobre la jornada del 19 en los campos de Talca, se ha reparado en gran parte el quebranto del ejército combinado y la patria siempre cuenta con una fuerza respetable para sostener la defensa de Chile. Más de tres mil quinientos veteranos vienen en retirada desde el campo de batalla al mando del coronel don Juan Gregorio de Las Heras y pasan de dos mil quinientos los de igual clase que existen ya reunidos en esta capital, dispuestos a marchar inmediatamente a unirse a aquella división. No falta un solo jefe del ejército y hasta ahora sólo se tiene noticias de muy pocos subalternos heridos y escaso número de soldados muertos.

«El enemigo, según noticia de los espías, ha sufrido una pérdida considerable por el choque de los cuerpos del ejército entre sí, en medio de la confusión de la noche. No ha perseguido ni las tropas dispersas, ni las que se retiran en orden y es de esperar que hallándose en el seno de un país cuyos habitantes abominan el nombre español, haga muy lentos progresos, por las dificultades que ofrece un camino desolado de auxilios y sólo sembrado de guerrillas que les afligirán constantemente».

Concluye este parte diciendo que en la tarde de ese día el general San Martín ha regresado al campo de instrucción «después de haber dejado todo dispuesto para la concentración de las fuerzas y operaciones sucesivas». Antes de rubricar este parte, Guido escribe: «Es digno de los mayores elogios el entusiasmo de la capital de Santiago y demás pueblos en medio de la contradicción de noticias melancólicas y de la consternación que inspiraba el pavor de algunos dispersos. Esto no dejó de influir en pequeñas convulsiones populares que han existido en Santiago por la incertidumbre de los sucesos, pero la tranquilidad está restablecida y se consagran nuevos esfuerzos para vengar el honor nacional y escarmentar a los tiranos» (1).

Don Miguel Zañartú, ministro de Estado, no fué menos alentador y exacto en sus partes. Apenas se hubo enterado de lo sucedido en Talca, abandonó Santiago y dirigióse a Rancagua, para cerciorarse de las proporciones que había tenido la sorpresa, y el 23 de marzo, cuatro días después de sucedida ésta, se expresaba en estos términos al dirigirse al director delegado: «Aunque mi razón estaba perfectamente convencida de que todo el aparato de nuestra desgracia era fruto del pavor, quise tocar el desengaño por mis propios sentidos para confirmar más la evidencia de mi persuasión. Anoche he encontrado cerca de este punto a nuestro director propietario y he regresado con él en el coche, hasta las casas del ciudadano Abarca. En el camino me he infomado de los pormenores de esta acción en que el enemigo ha triunfado de los suyos y solamente de la opinión de los nuestros. Digo de la opinión, porque nada más ha ganado sobre los hombres que no aplican crítica. Prueba es que los comandantes Las Heras, Alvarado, Rivera y un cuerpo de caballería de

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 239.

ciento cincuenta hombres mandados por Bueras han impuesto tal respeto al enemigo que los persiguió a una corta distancia, que tuvieron que huir precipitadametne abandonando dos cañones. Hoy llegan estos bravos jefes cubiertos de gloria a San Fernando, con catorce piezas de artillería y más de tres mil hombres que caminan con el mayor orden».

«El enemigo, agrega luego, ha vuelto a su asiento de Talca que iba a desamparar en la misma noche que tiró esa suerte aventurada de dados y que le salió bien por uno de aquellos accidentes que no puede remediar la perspicacia más acendrada de los jefes. El general Balcarce, en quien no se conoce la fanfarronada, me ha dicho una hora ha, que con quinientos caballos y la fuerza sola que está en San Fernando hará ver a los hombres espantadizos la impotencia del enemigo. Nuestro San Martín debe llegar esta noche a este pueblo y ha retardado sus marchas por la falta de auxilios; pero la vigilancia del teniente gobernador de este pueblo se los ha proporcionado muy oportunamente, y así es que se salvarán los pertrechos más importantes y aun nada quedaría, o sería condenado a las llamas, si el pavor extendido a estas gentes del campo no les hubiese hecho retirar las mulas, artículo de que hay bastante escasez y a cuya facilitación había remitido el general en jefe al brigadier Balcarce».

«Yo me desespero, escribe Zañartú, por ver a nuestro amado San Martín, y si no llega en la noche, antes de amanecer le voy a encontrar y a darle un fuerte abrazo».

Concluye éste su informe, diciendo que en esa mañana llegó el coronel Las Heras a San Fernando a recibir instrucciones del jefe sobre sus marchas; que aun cuando él no es militar, la razón le dice que las ventajas están del lado de los patriotas y que los juramentos formulados por éstos no pueden quedar burlados. «No a tres mil hombres, escribe, están reducidos los vándalos; de manera que reunidas nuestras fuerzas, ni a bocado nos toca en el caso que quisiésemos tomarlo por tósigo» (1).

Osorio, por su parte, hinchó como era de esperarse el éxito de sus armas y presentó esta acción, que era limitada y parcial y que después de haber comenzado por una carga concluyó por un loco entrevero, como una gran proeza. Cierto es que a causa del desorden que se produjo en el campo patriótico, pudieron sus fuerzas apoderarse de veinticuatro piezas de artillería — algunas, dice el parte, fabricadas en Buenos Aires —, tres obuses, trescientos mil cartuchos de fusil, cuatro banderas, varias cajas de municiones, no pocos papeles y la correspondencia del general; pero es cierto que sus pérdidas fueron superiores a las de los patriotas, como es cierto también que sus fuerzas de ataque fueron superiores, por más que en su parte diga lo contrario, a las de los atacados.

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 239.

Sábese, y el mismo general Osorio lo apunta así, que las fuerzas destinadas a la sorpresa y comandadas por el brigadier Ordóñez, el jefe del Estado Mayor, don Joaquín Primo de Rivera, y por el mayor Bernardo Latorre se componían de varios batallones y que entre éstos figuraba el de Burgos, el de Concepción y distintas compañías pertenecientes al batallón Infante, al de Arequipa, al de los granaderos y de zapadores. Todo esto estaba flanqueado por fuerzas de caballería y de artillería, y cuando se presentaron ante el enemigo con el propósito de batirlo y de posesionarse de las alturas de Baeza en las cuales San Martín al llegar al campo de batalla había colocado el flanco izquierdo de su ejército, la primera división que componía este flanco ya se había alejado de allí, y la segunda, que era la comandada por O'Higgins, se encontraba en plena evolución.

Una masa, pues, uniforme y compacta cayó sobre los batallones que dejaban un sitio por otro y esto en momentos en que aun la propia reserva del ejército de San Martín se desplazaba buscando las nuevas posiciones. Esto explica que el enemigo se encontrase con una enorme brecha abierta en el flanco patriótico y que amparado por la artillería y por la obscuridad que ya cubría el paisaje desenvainase con éxito relativo sus sables y sus bayonetas.

La sangre que costó a uno y a otro beligerante esta sorpresa, demuestra que a los realistas les tocó la peor parte. Mientras los patriotas sólo tuvieron unos ciento veinte muertos y heridos — entre ellos ningún jefe, y sólo sí el joven Larraín que figuraba como ayudante al lado de San Martín —, aquéllos dejaron sobre el campo de Cancha-Rayada más de doscientas bajas entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el teniente coronel don José Campillo, comandante del batallón de Concepción; don Andrés Rabaud, primer ayudante del regimiento de Burgos; don Francisco María Fusuto, capitán del regimiento de Cazadores; don Agustín Somonte, teniente del batallón de Concepción; don Simón Aragonés, del de Lanceros, y don Fernando Marticorena, cadete del de Zapadores.

El propio Osorio no pudo dejar de reconocer que otro hubiera sido el resultado de ese encuentro si el enemigo no hubiera sido atacado por sorpresa. «El aparato y movimiento con que se presentó y maniobró el enemigo, dice él en su parte, manifestaba bien claramente no haber perdido tiempo desde que entró en el reino para sostenerlo a toda costa. La organización e instrucción de sus cuerpos y el buen manejo de su artillería ratificaban esto mismo, y a no mediar una determinación tan pronto meditada como bien ejecutada, sin duda hubiéramos sido víctimas de la muchedumbre, pues fué necesario pelear contra triplicadas fuerzas llenas de orgullo y que creían la victoria en la mano, según las noticias de los pocos que escondidos en la Cordillera, pudieron escapar de su ferocidad».

Osorio concluye presentando al Rey la lista de los oficiales que estima dignos de ser premiados y antes señala a su consideración «la gloria de que se han cubierto las armas del Rey en ese memorable día».

En el éxito, la ilusión es el peor de los consejeros. Unos días más y la batalla que San Martín no pudo librar frente a Talca la libraría frente a Santiago, y en lugar de sepultar al ejército español en Cancha-Rayada, lo sepultaría en los llanos de Maipú.

CAPITULO XI

San Martín y la Batalla de Maipú

SUMARIO: Un contraste que sirve de acicate a la voluntad de San Martín. — Proclama dirigida por él a la población de Santiago después de Cancha-Rayada. — San Martín abandona la ciudad y sale al encuentro de Las Heras. — Retirada que puede considerarse como una de las más gloriosas victorias de la Independencia. — Dos soldados de la división de Las Heras fusilados por haber robado una gallina. — «Tendré la felicidad de dar un día de gloria a la América del Sur», declara San Martín en una proclama. — El ejército Unido entra en el campo de Maipú. — Instrucciones dadas por San Martín antes de la batalla. — Sitio elegido por él para librarla. — Colocación del ejército de San Martín y del de Osorio en la mañana del 5 de abril. — Reconocimiento efectuado por el propio San Martín. — Diez mil hombres listos para disputarse una victoria. — Osorio transmite a Ordóñez órdenes para la defensiva. — San Martín tenía a su favor la formación oblicua, pero los realistas en cambio una posición eminente. — Avance de Las Heras al frente del batallón nº 11. — Intervención de los granaderos de Zapiola, de Escalada y de Medina. — Por el flanco izquierdo los patriotas inician el ataque con poca suerte. — Fuego mortífero de Osorio. — San Martín abandona el cuartel general y se coloca en un punto más estratégico. — Orden importante transmitida a Quintana. — El flanco derecho de los realistas desbordado por fuerzas superiores en número como en coraje. — Una batalla ganada pero no concluída. — La carga de los Cazadores de los Andes y de los Lanceros de Chile. — Jamás se vió una resistencia más vigorosa, pero tampoco un ataque más bravo, más rápido y más sostenido. — Lo que San Martín le contestó en la mañana el 5 de abril a un emisario del directorio. — O'Higgins en compañía de varios jóvenes se dirige al campo de batalla. — Al enfrentarse con San Martín abrázalo y exclama: «Gloria al salvador de Chile». — Un lacónico parte de la victoria escrito por San Martín. — La victoria de Maipú, dice Barros Arana, es una de las más absolutas y decisivas que recuerda la historia. — Desde Talcahuano, Osorio comunica a Pezuela la derrota. — Pérdida que tuvieron los patriotas. — En su nuevo parte al gobierno de Chile, declara San Martín que con esta batalla queda afianzada la libertad de América. — Parte completo de la victoria de Maipú escrito por San Martín en Santiago. — Cómo se produjo, según él, la sorpresa de Cancha-Rayada. — Un ejército disperso reorganizado en tres días. — Sus movimientos y los del enemigo. — Las cargas y la victoria final. — Lo que fué la victoria de Maipú bajo el punto militar y político. — Junta convocada por Pezuela en Lima al enterarse de la derrota de Osorio. — San Martín, declara él, intenta hacer sucumbir esta capital. — Ordenes que le transmite a La Serna y lamentos que formula por la pobreza del erario. — Un documento inédito dirigido por Pezuela al conde de Casa Flores después de Maipú. — Con la victoria de Maipú la revolución dejó de ser una cosa pacífica y se hizo vigorosa y dinámica. — La idea de Lima en la mente de San Martín. — Acto de magnanimidad que precedió a esta victoria. — Efecto que produjo la noticia de Maipú en el Continente. — Monumento mandado erigir por O'Higgins en el campo de batalla. — El congreso argentino manda que se abra una lámina con el retrato de San Martín y que su reproducción sea colocada en todas las salas capitulares del Estado. — Otros honores acordados por el directorio. — El

nombre de San Martín en triunfo. — Felicitación que le envían Belgrano y Güemes. — El cabildo de San Juan y el colegio nacional de Loreto. — Júbilo que despertó en Mendoza la noticia de la victoria de Maipú. — Cómo fué festejada según un cronista. — La espada de San Martín colocada al lado de la espada de David por un orador. — La crónica de los festejos según Hudson. — Los trofeos de la victoria en los templos de Mendoza, San Juan y San Luis. — Las campanas de Santiago y el afianzamiento de la libertad de Chile. — Los bardos y la elocuencia sagrada celebran la victoria. — Una declaración de Pezuela. — Bolívar y la batalla de Maipú.

Queda ya debidamente demostrado que la sorpresa de Cancha-Rayada trastornó los planes libertadores de San Martín, pero que en modo alguno lo hizo desistir de su empresa ni renunciar tampoco a las esperanzas trascendentales que lo habían llevado a ultrapasar la cordillera, y enseñorearse, en bien de una causa común, del reino de Chile. Muy por el contrario, el contraste allí sufrido sirvió de acicate a la voluntad y apenas hubo llegado a Santiago, suscribió una proclama y en tono alentador y vibrante se dirigió a la población de aquella capital en estos términos: «Ya estaréis persuadidos que el contraste del ejército de la patria en la noche del 19, es una sombra del horrible aparato con que algunos cobardes consternaron los pueblos. Es verdad que por un accidente imposible de prevenir, el resultado no fué afortunado; pero la dispersión de las tropas, principal desgracia de aquella jornada, está en gran parte remediada. Cerca de cuatro mil hombres se repliegan a la margen derecha del Maipú y otros cuerpos de línea y milicias se preparan para incorporárseles. La capital de Santiago será fortificada para hacer la última resistencia; pero el ejército de mi mando dará otra batalla antes de volver a sus líneas. Yo os veo interesados en vuestra suerte y no hay peligro para la patria, si os consagráis de buena fe a defenderla. Corramos a las armas, que yo os aseguro de la resolución de mis soldados. Escarmentemos a los tiranos y la vida sea sacrificada, si fuere necesario, por la libertad de la patria».

Al mismo tiempo, sus ojos se clavaban en la división aquella que él había dejado a su retaguardia y a cuyo frente venía impasible y sereno el coronel Las Heras. Quiso San Martín que este puñado de bravos — célula del futuro ejército que salvaría a la patria en Maipú — recibiese los honores que se merecía y despachó a su edecán para que le dijese a Las Heras que tanto él como su división se detuviese en las afueras de la capital y esperasen allí su llegada. El día 28 de marzo San Martín dejó Santiago y salió al encuentro de estos tres mil hombres, cuya vanguardia la componía la artillería comandada por Blanco Encalada y al frente de cuyos regimientos, mitad argentinos y mitad chilenos, venían Alvarado, Conde, Rivera, Rondissoni y Thompson.

San Martín había ordenado ya que esta división fuese recibida al entrar en la capital con los mismos honores con que había sido recibida su persona; así es que apenas su vanguardia comenzó a

asomar por las afueras de Santiago, las campanas de todos los templos y las baterías del cerro de Santa Lucía, aquéllas con sus repiques y éstas con sus descargas, rindieron el homenaje que San Martín había decretado.

Las Heras nos dice en su relación sobre esta retirada famosa, que al desfilar por frente de los cuarteles los esperaban allí en formación militar para presentarles armas, los jefes y oficiales que precipitadamente se habían alejado de Cancha-Rayada en la noche del 19 de marzo para ponerse a salvo del enemigo buscando en la capital un refugio. San Martín sabía humillar en forma digna y castigó así a los que, debiendo sobreponerse al pánico, se dejaron arrastrar de él en momentos en que la mayoría de sus conmilitones contraatacaban y frustraban así la tímida y aun cobarde persecución del enemigo.

Recordando esta retirada, dice Vicuña Mackenna que en cierto sentido puede considerarse como «una de las más gloriosas victorias de la independencia». En pocos días esta fracción de ejército, salvando barrancos y cauces profundos había recorrido sesenta leguas desde el Maule al Cachapoal. Este mismo autor nos dice que entrevistóse una vez con el general Las Heras y le formuló esta pregunta: «¿Es cierto, señor general, que usted hizo fusilar una mañana a dos pobres soldados de la columna de Cancha-Rayada porque habían robado una gallina? — Sí, señor, nos contestó el fiero anciano con aquella voz vibrante, seca, sonora, cortante como el acero, que en la conversación familiar parecía mandar todavía en la parada y en el fuego; sí, señor, y toda la columna pasó a tambor batiente sobre sus cadáveres en el camino real...»

Y luego prosiguió su terrible relato de la siguiente manera: «Había intimado a la columna para evitar su desbande que el soldado que se apartase diez pasos de los franqueadores sería en el acto fusilado. Dos infelices, acosados por el hambre y prevalidos de la niebla de una mañana, desvalijaron un rancho a orillas del camino; fueron denunciados, cogidos infraganti y traídos a mi presencia. La columna hizo alto. Llamé al capellán, los dos reos se hincaron en el centro del camino. Rezaron un acto de contrición. La primera mitad de la compañía de granaderos de Coquimbo que venía a la cabeza, hizo fuego; los cuerpos de los dos ajusticiados azotaron el polvo con sus convulsiones y al toque de *marcha* la columna pasó impasible sobre ellos».

Terribles secretos de la guerra, diremos nosotros con el autor que nos da a conocer esta anécdota, si se quiere un tanto macabra. Aquellos dos cadáveres, escarmiento de un delito casi imaginario, contribuirían a salvar un ejército perdido en las llanuras, como el abrazo fraternal de San Martín en la plaza de Santiago había contribuído al enganche de otro ejército (1).

(1) VICUÑA MACKENNA: *La Batalla de Maipo*, pág. 22.

Al mismo tiempo y mientras las tropas se retiraban a su alojamiento, San Martín se dirigió de nuevo al pueblo chileno y con su laconismo habitual volvió a transmitirle un soplo de esperanza. «Una de aquellas casualidades, dijo en ese entonces, que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir a nuestro ejército un contraste. Era natural que un golpe que jamás esperabais y la incertidumbre os hiciera vacilar. Pero ya es tiempo que volváis sobre vosotros mismos y observéis que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo.

«Al mismo tiempo que los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos, yo dejo en mi cuartel general una fuerza de más de cuatro mil hombres, sin contar con las milicias. Me presento a aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte; y regresando muy en breve a nuestro cuartel general, tendré la felicidad de concurrir a dar un día de gloria a la América del Sur».

Por medio de su delegado en Santiago, el gobierno argentino fué informado a tiempo de las medidas que San Martín tomaba para dar a la América el día de gloria a que se refiere su proclama. En oficio de 29 de marzo, don Tomás Guido decía al director de las Provincias Argentinas que a las cinco de la tarde de ese día había entrado en el campamento de Maipú, distante una legua de la capital, la división del ejército combinado y que en ese campamento había estado ya el capitán general don José de San Martín conduciendo varios batallones de línea, el de Infantes de la Patria y piquetes de todos los cuerpos. «La reunión de las tropas fué anunciada, escribe él, por una gran salva de artillería y repique general de campanas, manifestando al pueblo la satisfacción de ver un ejército poderoso, dispuesto a abrir de nuevo la campaña, inmediatamente que descanse de las dilatadas marchas que ha sostenido y se rehaga de algunas partidas». Informa que la retaguardia de la caballería quedó estacionada en Rancagua, a la que se incorporarán en el día siguiente quinientos hombres de granaderos y cazadores a caballo y que el entusiasmo de las tropas «se ha manifestado en el orden y subordinación que han observado hasta su acantonamiento». «Las medidas del gobierno supremo, agrega, y generales del ejército, dan lugar a esperar felices resultados si el enemigo se interna hacia esta provincia. Descanse V. E. en la seguridad que a excepción de un corto número de alucinados por un temor imprudente, la oficialidad y tropa del ejército de las Provincias Unidas, no menos que las de Chile, siguen firmes en la resolución de vengar el honor de la patria» [1].

Nada de lo dicho en las líneas precitadas puede condiderarse como fruto o de la ilusión o de la petulancia. Esta vez, San Martín

[1] *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 240.

había tomado otras providencias que no había tomado antes de Cancha-Rayada y esto en vista, más que de una táctica militar, de la táctica moral con la cual quería conjurar a tiempo el pánico y la dispersión que desmoronaron un plan magnífico en una triste noche. Para esto, redactó una serie de instrucciones que podemos considerar como el decálogo del valor y transmitiólas a los jefes de todos los cuerpos para que éstos y sus subordinados las respetasen como una suprema consigna. He aquí cuáles eran estas instrucciones:

1º «Cada soldado, para batirse, llevará cien tiros y seis piedras, la mitad consigo, y la otra mitad detrás de su respectivo cuerpo.

2º «Antes de entrar en batalla, se les dará una ración de vino o aguardiente, prefiriendo lo primero. Los jefes perorarán con denuedo a la tropa antes de entrar en batalla, imponiendo pena de la vida al que se separase de su fila, sea al avanzar, sea al retirarse.

3º «Se dirá a los soldados de un modo claro y terminante por sus jefes, que si algún cuerpo se retira es porque el general en jefe lo ha mandado así por astucia.

4º «Si algún cuerpo de infantería o caballería fuere cargado con arma blanca, no será esperado a pie firme, sino que le saldrá cincuenta pasos al encuentro con bayoneta calada o con sable.

5º «Los heridos que no pueden andar con sus pies no serán salvados mientras dure la batalla, porque necesitando cuatro para cada uno, se debilitaría la línea en un momento.

6º «En el lugar donde estará el general en jefe habrá una bandera tricolor, y donde el parque de reserva una encarnada.

7º «Cuando se levanten, en donde se halle el general, tres banderas a un mismo tiempo, a saber: la tricolor de Chile, la bicolor de Buenos Aires y una encarnada, gritarán todas las tropas: «*¡Viva la Patria!*», y en seguida cada cuerpo cargará al arma blanca al enemigo que tenga al frente.

8º «Se perseguirá con calor, y luego que esté rota la línea enemiga, y al toque de llamada, todos estarán en línea. Los señores jefes del Estado deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda la América y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército, a los que encargo tengan presentes estas observaciones».

Concluye San Martín estas ocho cláusulas dictadas por su disciplina espartana, diciendo: «Recomiendo a los jefes de caballería llevar a su retaguardia un pelotón de veinticinco a treinta hombres para sablear a los soldados que vuelvan cara, así como para perseguir al enemigo mientras se reúne el resto del escuadrón. Siendo el carácter de nuestros soldados más propios para la ofensa que

para la defensa, los jefes no olvidarán que en caso apurado deberán tomar la primera» (1).

El sitio elegido por San Martín para librar la batalla era una extensa llanura, a sólo tres leguas de Santiago, limitada al este por el río Mapocho, al norte por una serranía que la separaba del valle de Aconcagua y al sur por el Maipú, de donde le venía su nombre. En esta llanura levantábase una serie de lomas y de montículos cuya línea ondulatoria venía a prolongarse de oriente a poniente. La más baja de estas lomas era la conocida con el nombre de Lomas Blancas— dicho nombre les venía del color calizo de la tierra —, y las más altas se agrupaban en contrafuertes formando un perfecto triángulo cuyo vértice venía a rematar en el paraje conocido en aquel entonces con el nombre de hacienda de Espejo.

San Martín colocó su ejército en los días que precedieron a la batalla en la extremidad este de Lomas Blancas. De allí a Santiago sólo había unos diez kilómetros de distancia, y al mismo tiempo que dominaba desde allí los caminos que se dirigían a esta capital, estaba en condiciones de cubrir la ciudad y de cortarle al enemigo la retirada en caso que quisiera buscar su salvación corriéndose sobre Valparaíso.

Osorio, por su parte, había llegado a las islas de Espejo el 4 de abril al anochecer, y el día 5 muy de mañana ordenó que las distintas divisiones de su ejército ocupasen altura, eligiendo para esto los sitios más adecuados en las lomas que los circundaban.

Como resultado de estas maniobras casi simultáneas de una como de otra parte, los ejércitos beligerantes vinieron a encontrarse en descubierto en la mañana del cinco de abril, cada uno firme en la cuchilla que le servía de plataforma, teniendo de por medio un valle estrecho pero perfectamente adecuado, como así lo buscaba San Martín, para que maniobrase con sus cargas la caballería.

Antes de abandonar la primera posición que había fijado a su ejército, cuando éste abandonó su campamento en los alrededores de Santiago, San Martín ya había procedido a una exploración ocular del terreno ocupado por el enemigo. Cubierto con un poncho y remplazando su falucho por el chambergo, en compañía del ingeniero d'Albe y de su ayudante O'Brien había subido a lo alto de las Lomas Blancas y con ayuda de sus anteojos dádose cuenta de las maniobras con que para la batalla inmediata se preparaba el enemigo. Cuando se dió cuenta de la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban los realistas a tambor batiente y a banderas desplegadas, cuéntase que exclamó: «¡Qué brutos son esos godos!» Agregando luego: «Osorio es más torpe de lo que yo pensaba. El triunfo de este día es nuestro. El sol por testigo».

Cuando San Martín hubo terminado este reconocimiento, ordenó que el ejército se pusiese en marcha, acto que comenzó a reali-

(1) VICUÑA MACKENNA: *El General don José de San Martín*, pág. 30.

zarse a las once de la mañana. Según Las Heras, para llegar al punto que se le había indicado, el ejército tenía que cruzar por distintos potreros y para realizarlo fácilmente destruyó los cercos y los tapiales que le cerraban el paso. A las doce del día, las fuerzas que iban a entrar en combate habían salvado ya la cuchilla formada por las Lomas Blancas y desplegadas en columnas paralelas en el costado más amplio del triángulo, esperaron allí las órdenes para cargar sobre el enemigo.

En ese momento, más de diez mil hombres se encontraron frente a frente para disputarse una victoria. San Martín había dividido su ejército en tres divisiones y confiado el comando de la división de la derecha al coronel Las Heras, el de la izquierda al coronel Alvarado y el de la reserva al coronel don Hilarión de la Quintana. Las fuerzas de caballería las distribuyó en dos alas, a la derecha colocó a los granaderos, bajo las órdenes de Zapiola, y a la izquierda los escuadrones de la escolta directorial de Chile y los Cazadores a caballo bajo el mando de Freire. El general en jefe de la infantería lo era el general González Balcarce, y la artillería, compuesta de veinticinco piezas, fué confiada a la pericia de Borgoño, de Blanco Encalada y de Plaza.

Conociendo Osorio que el enemigo estaba resuelto a atacarlo de frente, trató de tomar las medidas defensivas del caso y dispuso que el coronel Ordóñez, con los batallones Infante, Concepción y una compañía de zapadores, defendiese el flanco derecho, y que otra columna compuesta del batallón de Burgos y de Arequipa, junto con los dragones de la Frontera, comandada por Lorenzo Morla, defendiesen su izquierda. Como cuerpos de reserva designó a los granaderos, a los cazadores y a la caballería de su escolta. En la extrema derecha y protegiendo este flanco, colocó a los lanceros del Rey y a los dragones de Concepción. Cuando estas fuerzas se acechaban eran ya las doce del día. Los patriotas tenían a su favor la formación oblicua que le había dado a sus líneas de ataque San Martín; pero en cambio los realistas ocupaban en su flanco derecho una posición eminente que para tomarla obligaba al ejército libertador a atacar en descubierto.

Al decir de Las Heras, la batalla se empezó con las descargas de artillería de las cuatro piezas emplazadas en el centro de la línea patriótica. En ese preciso momento, las columnas de ataque se descolgaron, según término empleado por el propio San Martín, del borde de la pequeña colina en que se apoyaban — lo eran las Lomas Blancas — y la división de Las Heras principió su ataque contra el flanco izquierdo del enemigo. Las Heras avanzó resueltamente al frente de su batallón nº 11, y en momentos en que con la bayoneta cargaban sus soldados para exterminar al enemigo, éste reaccionó valerosamente y puso en juego sus piezas de artillería. Además del batallón nº 11 tenía Las Heras bajo sus órdenes al batallón de Coquimbo y al de los infantes de Chile, flanqueadas todas estas

fuerzas por escuadrones de granaderos; pero la resistencia opuesta por el enemigo era tan poderosa, que tuvo que retroceder. En el acto vino en su auxilio el comandante Zapiola, y desenvainando sus sables, los granaderos de Escalada y de Medina entraron en juego; reforzado así, Las Heras se lanzó a un nuevo ataque y el vigor de éste como el fuego incesante de la artillería de Blanco Encalada puso en dispersión al enemigo.

Simultáneamente, por el flanco izquierdo patriota las operaciones se desarrollaban con alternativas diversas. En el primer encuentro y gracias a la posición que ocupaban los realistas, los patriotas iniciaron el combate con poca suerte. Los realistas habían reservado para defender su ala derecha a sus mejores tropas y tres mil bayonetas protegidas por la artillería rechazaron el ataque que con gran denuedo le llevaron los batallones nº 8 de los Andes y el 2 de Chile. Viendo Alvarado que el primero de estos cuerpos — lo comandaba Enrique Martínez y lo componían los libertos de Cuyo — flaqueaba en su carga y que lo mismo le sucedía al segundo, desplegó sus fuerzas en batalla creyendo que los cazadores de los Andes, fuerza ésta que formaba su batallón, conjuraría aquel peligro. Por desgracia no fué así, y envalentonado por este primer triunfo Osorio volvió a la carga y sobre las líneas atacantes cayó un fuego mortífero. Fué entonces que San Martín, atento a todas las peripecias, abandonó el cuartel general que tenía establecido al pie de las Lomas Blancas y avanzado sobre el campo mismo de batalla, colocóse en el punto estratégico que creyó el más indicado para la inmediata e inflexible ejecución de sus órdenes. La primera y la más importante fué la de ordenar a Quintana que cargase con toda su reserva — la coponían ésta el batallón nº 3 de Chile, mandado por López; el batallón nº 1 de Chile, mandado por Rivera, y el batallón nº 7 de los Andes, argentino, mandado por Conde — y describiendo aquélla una marcha oblicua sobre su izquierda llegó al ángulo este de la posición enemiga en momentos en que las columnas realistas se replegaban barridas por el certero fuego de la artillería de Borgoño. Con la presencia de estas fuerzas, el nº 8 de los Andes y el nº 2 de Chile reaccionaron prontamente. El flanco derecho realista vióse desbordado por fuerzas superiores en número como en coraje, y comprendiendo que por este ataque oblicuo ambas alas del ejército quedaban separadas, las fuerzas que comandaba Ordóñez retrocedieron, mientras que las que comandaba Primo de Rivera no pudieron escapar a la persecución de los cazadores de Coquimbo y de los Infantes de la Patria.

La batalla ya estaba ganada, pero no concluída. San Martín había realizado dos movimientos tácticos de admirable precisión. Sólo le quedaba por realizar un tercero; y poniendo en juego toda su caballería concentra su ataque en la meseta triangular formada por la Loma de Espejo, y decide allí la victoria. Los comandantes Bueras y Freire cumplen bizarramente las órdenes dadas por San Martín

y al frente de los cazadores de los Andes y de los lanceros de Chile cargan sobre los lanceros del Rey y sobre los dragones de Concepción. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo; pero Freire toma el mando de todos los escuadrones, cae sobre el flanco derecho de Ordóñez y produce así ese entrevero en el cual participan por igual la infantería patriótica y realista. En menos de quince minutos, dice Las Heras, se hace pedazos el cuadro de los enemigos y puestos éstos en dispersión se refugian en las Casas de Espejo «adonde son asaltados por el nº 11 que entra pasando a la bayoneta todo lo que se le presenta».

La batalla de Maipú había comenzado a las doce del día y concluyó, como dice San Martín, al toque de las oraciones. «No es posible, dice éste en su parte, dar una idea de las acciones brillantes y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros como de jefes e individuos en particular; pero sí se puede decir que con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido. También puede asegurarse que jamás se vió una resistencia más vigorosa, más firme ni más tenaz. La constancia de nuestros soldados y sus heroicos esfuerzos vencieron al fin y la posición fué tomada, regándola en sangre y arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos».

Cuéntase que en la mañana del 5 de abril y muy de madrugada O'Higgins envió una estafeta a San Martín para preguntarle a qué hora y en qué lugar se libraría la batalla. San Martín recibió al emisario del director en su tienda de campaña y sacando de su bolsillo el reloj, contestóle con aplomo espartano: «En las Casas de Espejo y a mediodía».

O'Higgins podía conformarse con ser un simple espectador lejano de la batalla — su herida en el brazo lo había imposibilitado materialmente para actuar en ella —, y cuando lo creyó oportuno rodeóse de una serie de jóvenes ardorosos y de soldados que por estar heridos no habían podido incorporarse a los combatientes y abandonando su residencia de Santiago se dirigió al campo de batalla en que se libraba la suerte de Chile. Cuando llegó a él, la refriega había ya comenzado; cruzó la zona que había servido de campamento a los batallones patriotas y aun cuando alguien le informó que la izquierda del ejército había sufrido un rechazo en su asalto, O'Higgins no se inmutó y prosiguió su camino. Aun cuando la llegada de O'Higgins prodújose al finalizar la batalla, tuvo tiempo de vivirla en alguna forma. La última carga, por así decirlo, la carga decisiva, la carga victoriosa, no se había producido aún y San Martín enarbolaba todavía la bandera tricolor de Chile en lo alto de su tienda. O'Higgins la divisó de lejos y apresurando su galope se acercó a ella; cuando se encontró frente a frente con San Martín, echóle su brazo izquierdo al cuello y lleno de emoción exclamó: *«¡Gloria al salvador de Chile!»* San Martín no puso reparos a este voto espontáneo y congratulatorio, y como respuesta a tan alen-

tadora confesión que puesta en los labios de O'Higgins lo era la de todo Chile, contestóle: «General, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que en el día de hoy se presenta en el campo de batalla».

Dícese que terminado este saludo, ambos clavaron las espuelas en sus caballos y se dirigieron a las cercanías de las Casas de Espejo en donde San Martín sellaría la victoria con la derrota y capitulación del enemigo.

En esa misma hacienda de Espejo y antes que la noche se extendiese como un sudario sobre ese campo en que yacían miles de cadáveres, San Martín tomó la pluma y escribió este parte: «*Acabamos de ganar completamente la acción. Nuestra caballería los persigue hasta concluírlos. La patria es libre. Cuartel general en el campo de batalla, lo de Espejo, 5 de abril de 1818. — San Martín*».

Estamos, como se ve, en presencia de un parte que por su razón de ser y por su laconismo, raya el orden de lo sublime. Un escritor chileno, don Benjamín Vicuña Mackenna, nos dice al recordarlo que San Martín nos trae a la memoria el recuerdo de los héroes de Esparta. «Los chismosos de la historia, escribe éste, han dicho que San Martín al escribir ese parte de la victoria más grande y decisiva del nuevo mundo estaba borracho». «¡Imbéciles!, replica el eminente escritor, estaba borracho de gloria, pero no de vino» [1].

«La victoria de Maipú, dice Barros Arana, es una de las más

(1) El general Mitre nos dice que este parte no lo escribió de su puño y letra San Martín, sino que se lo dictó desde su caballo el doctor Paroissien, quien lo escribió con sus manos teñidas en la sangre de los heridos que estaba amputando. Creemos que el ilustre historiador sufre un error, pues según un testigo presencial del acontecimiento, el inglés Samuel Haigh, lo que Paroissien escribió con sus manos teñidas en sangre no fué aquel parte de la victoria, sino un despacho para O'Higgins, y no de San Martín, sino del mismo Paroissien. En ese parte o despacho, Paroissien le pedía a O'Higgins carros y carretas para poder transportar los heridos a la ciudad. Textualmente escribe: «El pedazo de papel en que se escribió el despacho, fué recogido del suelo y estaba manchado de sangre». Dice después que él dejó el Molino —era el lugar en que se había establecido el hospital de sangre durante la batalla — y a galope se trasladó a la ciudad. Casi todos sus habitantes se habían situado en los suburbios, a la espera de las noticias que debían de llegar del campo de batalla; y cuando él lanzó la voz: «¡Viva la patria!» y mostró el papel ensangrentado que llevaba para el director, «se alzó una gritería de la multitud que hizo retumbar el firmamento entero, y el tropel de la gente me envolvió para obtener más detalles, casi ahogándome con el calor y el polvo. Un señor anciano a caballo, en los raptos de su patriotismo me echó los brazos y casi me ahogó por el fervor de su abrazo». Declara que después de desprenderse de ese grupo pasó por la cañada y que mientras las campanas repicaban, resonaban en el aire las aclamaciones de: ¡Viva la patria! ¡Viva San Martín! ¡Viva la libertad! A medida que se aproximaba a la ciudad, la multitud se hacía más densa, y para escapar a ella se precipitó por una calle a cruzada y a galope dirigióse al palacio directorial. Supo allí con gran sorpresa que O'Higgins se había dirigido al campo de batalla y llenó su cometido entregando el despacho del doctor Paroissien al coronel Pontecilla que estaba en el despacho de O'Higgins y que hacía sus veces.

Como se ve, el parte ensangrentado no es el de la batalla, sino el que el cirujano mayor del ejército dirigió, antes que ésta terminase, pidiendo elementos de transporte al supremo director de Chile.

absolutas y decisivas que recuerda la historia militar. Los realistas dejaron en el campo de combate mil quinientos cadáveres, toda su artillería, cerca de cuatro mil fusiles, mil doscientas tercerolas, muchas banderas, un gran repuesto de municiones, el hospital militar y la caja del ejército, con todos los equipajes que se encontraban almacenados en la Casa de Espejo».

El número de prisioneros, según San Martín, llegó a tres mil hombres, entre los cuales contábanse ciento noventa oficiales, destacándose entre éstos el brigadier Ordóñez, el capitán Manuel Laprida, los coroneles Morgado, Deheza y Primo de Rivera, los comandantes Latorre, Morla, Rodríguez, Benavides y Bayona, el auditor de guerra del ejército don Francisco Valdivieso, peruano de nacimiento, los ayudantes del general en jefe García del Postigo y Alaix, el contador don José Ignacio de Aragua, el proveedor don Joaquín Medina, los capellanes del ejército y los cirujanos del mismo. Osorio hubiera sufrido igual suerte a no haber tomado las medidas del caso para ponerse a salvo cuando comenzó la segunda y decisiva faz de la batalla. «Visto el desorden, dice él — su caballo había sido muerto por una bala enemiga —, no me quedó más arbitrio que emprender la retirada hacia las montañas, dirigiéndome a la boca de Maule». Dice en su parte que le acompañaban en esta retirada como unos mil hombres, y que llegó a Talcahuano el 14 de abril. Se salvaron con él y llegaron en dicha fecha a ese destino el coronel José María Beza, el comandante Manuel Bayona, el jefe del batallón de Arequipa don José Rodil, el ayudante de campo José Valdés y el capitán de dragones de Arequipa don Manuel Hornas, quien a pesar de estar gravemente herido en un brazo — la bala no le había sido extraída —, se encargó de reunir la poca tropa dispersa y de acompañarlo a Osorio hasta su punto de embarque. Fué allí, es decir en Talcahuano, desde donde Osorio se dirigió a Pezuela, virrey del Perú, y le comunicó la derrota sufrida. Como todos los vencidos, no quiso asumir la responsabilidad del desastre y pretendió aminorarlo diciendo que otra hubiera sido la suerte de sus armas si los coroneles Primo de Rivera y Antonio Morgado hubiesen ejecutado fielmente sus órdenes. «Contribuyó no menos a esta desgracia, escribe, el no haber cargado los lanceros y dragones de Arequipa a las ya batidas columnas enemigas que habían puesto en huída las nuestras». Se olvida Osorio que cuando ese rechazo tenía lugar, San Martín no había volcado aún en la batalla las fuerzas que formaban su reserva y que fué este golpe y no el retardo de sus jefes en ejecutar tal o cual orden, el factor inmediato que a San Martín le mereció la victoria (1).

(1) Apenas se informó San Martín de la fuga de Osorio, ordenó que saliesen fuerzas en su persecución. Esta captura le fué confiada al capitán O'Brien, y el bravo ayudante de San Martín le escribió a su jefe en el mes de abril desde Melipilla, diciéndole que después de ponerse al frente de treinta y cuatro granaderos, había hecho prisioneros a cuatro oficiales y a veinticuatro soldados. Supo allí, a las once

Por lo que se refiere a los patriotas, las pérdidas que éstos tuvieron en la batalla apenas llegaron a unos mil hombres entre muertos y heridos, habiendo perecido la mayor parte de los soldados negros o libertos de Cuyo que integraban algunos batallones de infantería. San Martín dispuso en el acto que los cadáveres fuesen retirados del campo de batalla y recibiesen sepultura. El 7 de abril, el encargado de ejecutar este piadoso cometido, le escribe: «He quitado los cadáveres de las casas y se están enterrando en una zanja del campo; lo mismo se seguirá en los demás puntos donde se encuentren los enemigos. Los de los nuestros se van a sepultar en el calvario de Rebeca». Además del parte que ya hemos transcrito, San Martín redactó otros. En ese mismo día y siendo las seis de la tarde, dícele al gobierno de Chile: «Acabamos de triunfar completamente del audaz Osorio y sus secuaces en el llano de Maipú: desde la una hasta las seis de la tarde se ha dado la batalla, que sin aventurar, podemos decir afianza la libertad de América. El general de infantería don Antonio González Balcarce, los jefes de división de la derecha, don Juan Gregorio Las Heras, de la izquierda don Rudecindo Alvarado, de la reserva, don Hilarión de la Quintana, y en fin todos los comandantes de los cuerpos se han portado con un denuedo y bizarría inimitables.

«El enemigo quedó destrozado enteramente; toda su artillería y parque están en nuestro poder. Pasan de mil quinientos los prisioneros; entre ellos más de cincuenta oficiales, el general Ordóñez y el jefe de su Estado Mayor, Primo de Rivera. Los muertos no pueden calcularse; sus dispersos aun siguen acuchillándose por nuestra valiente caballería. Nuestra pérdida ha sido muy escasa.

de la noche del día 5 de abril, que Osorio había pasado por la cuesta del Prado. En el acto púsose en su seguimiento; pero por lo malo de las cabalgaduras, según él nos dice, no lo pudo alcanzar. Sin embargo logró capturar ciento once prisioneros que con cuatro oficiales más remitió a la capital.

«Son las seis de la tarde, escribe O'Brien, y he recibido noticias que el general Osorio ha pasado a las nueve de la mañana con doscientos hombres, tomando la dirección de la costa. Inmediatamente pasó el coronel de Burgos con otra partida de veinte lanceros. A la madrugada, pienso ponerme en marcha a unirme con el capitán don Juan Apóstol Martínez, con la intención de seguir al enemigo y prometo a V. E. dentro de dos días tener el gusto de darle noticias más favorables».

El 7 de abril le vuelve a escribir y dícele: «Tengo el honor de comunicar a V. E. que en este momento he recibido la noticia que Osorio ha pasado el río Cachapoal con veinte o veinticinco hombres, abandonando toda la tropa que lo escoltaba. Pero el capitán don Juan Apóstol Martínez, con su guerrilla de quinientos hombres, al momento lo siguió; creo se halla ya sobre ellos. Yo paso para esa capital conduciendo quince oficiales prisioneros del enemigo, quedando en esta de Melipilla, trescientos y más prisioneros, los que a la brevedad se conducirán a ésa. Mañana en la tarde pienso ponerme a la disposición de V. E. —*Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 288.

Osorio prolongó por algunos meses, sin gloria ni provecho, su estada en Talcahuano, y el 8 de agosto reunió una junta de oficiales y dimitió el mando. Este pasó el 5 de septiembre al coronel Francisco Sánchez, y el 8 de ese mes se embarcó Osorio para el Callao, al frente de unos seiscientos hombres, única reliquia que le quedó de aquel ejército que al principio de 1818 desembarcara en ese puerto, esperanzado en la reconquista de Chile.

Todo corona la victoria de este gran día». En el parte dirigido al director de las Provincias Argentinas, San Martín escribe: «Los contrastes de las armas de la América son precursores de la libertad. Ya sabe V. E. que una incalculable sorpresa y no el valor del enemigo ni la timidez de nuestras tropas, les dió sobre Lircay una victoria momentánea, dispersándose con la obscuridad de la noche una parte de nuestro ejército; pero el honor y constancia de los defensores de la patria han triunfado hoy completamente.

«El enemigo, que adquirió confianza y un orgullo propio de su ridícula altivez, tuvo la arrogancia de acercarse, hasta las inmediaciones de Santiago, donde se habían replegado nuestras fuerzas.

«Tres días ha que había pasado el Maipú. Sus movimientos tortuosos indicaban que quería, favorecido de las sombras, repetir la escena del 19 anterior; pero nuestros valientes que le conocían, se han ido hoy sobre él a la bayoneta, a la una de la tarde, a pesar que resistía el ataque y que ocupaba sobre alturas una posición dominante. El ha sido completamente derrotado: más de mil quinientos prisioneros hay en nuestro poder con toda su artillería y parque. Los muertos aun no pueden calcularse. Su dispersión ha sido completa, aun se le persigue con nuestra caballería».

Concluye San Martín estas comunicaciones agregando a ellas un nuevo comunicado, en el cual escribe como desbordante de júbilo: «Nada existe del ejército enemigo; el que no ha sido muerto es prisionero. La artillería, ciento sesenta oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están en nuestro poder. Yo espero que este último me lo traigan hoy. La acción del 19 ha sido reemplazada con usura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile» (1).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 267.

En momentos en que se produjo el desastre de Cancha-Rayada encontrábase en Buenos Aires desempeñando las funciones de agente consular de Francia el señor Antonio Francisco Leloir. El 6 de abril, ignorante aún del triunfo de San Martín sobre Osorio, dirigió a S. E. el duque de Richelieu, el siguiente comunicado: «Nous attendons d'un moment à l'autre la nouvelle de la bataille qu'annoncent les journaux que doit se livrer au Chili entre l'armée du roi d'Espagne composée de quatre à quatre mille et cinq cents hommes et celle des indépendants, d'environ huit mille hommes d'infanterie et deux mille de cavalerie. Le général des indépendants se retire pour attirer l'ennemi sur des plaines pour faire jouer avantageusement la cavalerie et on ne doute pas généralement du résultat en sa faveur». Pocos días más tarde y ya en posesión de los boletines de la victoria y en otro despacho, escribe Leloir: «Les espagnols qui obtinrent de grandes avantages le 19 mars n'existent aujourd'hui, qu'ils ne soient faits prisonniers. Après cette affaire ils firent un mouvement rétrograde vers la Maule et ensuite revinrent sur leurs pas en poursuite des indépendants qui se dirigeaient vers Santiago.

«Ceux-ci ayant pu remettre leurs forces en ordre et composant un nombre égal à celui des espagnols, se placérent à deux lieux de distance de Santiago et le cinq du courant la bataille fut livrée à Maipú en faveur des indepéndants. Les lettres particulières confirment les nouvelles que contiennent les bulletins que je soumets à Votre Excellence. Le général Ossorio put s'èchapper avec vingt-cinq hommes et on ne doute pas que quelques détachements de cavalerie ne l'attrapent. Le Gouvernement de Chili sera sous peu dans le cas d'entreprendre des expéditions pour Lima et le Pérou. Cette victoire commence déjà à se faire sentir par le développement du commerce». — *Archivo de Negocios Extranjeros de Francia.*

Este parte salía de la pluma de San Martín el 5 de abril; pero repuesto ya de las fatigas de la jornada y con datos precisos para poder apreciar la magnitud del triunfo días más tarde, el 9 de ese mismo mes tomó nuevamente la pluma y redactó este parte que llegó a Buenos Aires el 24 de abril: «El inesperado acaso de la noche del 19 del pasado, en Cancha-Rayada, hizo vacilar la libertad de Chile y la suerte de Sudamérica. Presentaba una escena a la verdad espantosa al ver disperso sin ser batido a un ejército compuesto de valientes y lleno de disciplina e instrucción.

«Yo, desde que abrí la campaña, estaba tan satisfecho que contaba cierta la victoria; todos mis movimientos fueron siempre dirigidos a que fuese completa y decisiva, y el enemigo desde el momento que abandonó a Curicó no halló posición en que nuestras fuerzas no le amenazasen en flanco, amenazando envolverlo: así fué que ambos ejércitos caímos a un tiempo mismo el 19 sobre Talca, siéndole de consiguiente imposible al enemigo emprender su retirada ni repasar el Maule.

«Esta situación, la más desesperada, vino a serle, por un acaso, la más dichosa: nuestras columnas de infantería no alcanzaron a llegar sino a caídas del sol y en esa hora me era imposible emprender un ataque al pueblo. El ejército entonces formó provisionalmente en dos líneas, ínterin se reconocía la posición más ventajosa que convenía darle: examinando el terreno, me decidí por la de AB que manifiesta el plano nº 1; en su consecuencia di las órdenes para que se corriese toda nuestra ala derecha a ocuparla; mas apenas este movimiento se hubo ejecutado e iba a emprenderse en la izquierda, cuando un ataque, el más brusco, y el más desesperado de parte de los enemigos, puso en una total confusión nuestro bagaje y nuestra artillería que estaba en movimiento. Eran las nueve de la noche y a esta confusión no tardó en seguirse la dispersión de nuestra izquierda después de un vivo fuego que duró cerca de media hora, en que el enemigo sufrió una pérdida grande y nosotros la más sensible e irreparable de ver herido al valiente general O'Higgins.

«Yo hice cuantos esfuerzos fueron imaginables, así como los demás jefes y oficiales, para practicar la reunión sobre el cerro C, lo que por el pronto se verificó bajo la protección de la reserva: aquí volvió a empeñarse uno de los combates más obstinados; pero la noche entorpecía cualquier medida y al fin no hubo más recurso que ceder.

«Nuestra derecha no había sido incomodada suficientemente y el coronel Las Heras tuvo la gloria de conducir y retirar en buen orden los cuerpos de infantería y de artillería que la componían. Este era el solo apoyo que nos quedaba a mi llegada a Chimbarongo: entonces tomé todas las medidas posibles para practicar la reunión, especialmente sobre la angostura de Regulemú. El cuartel general se situó en San Fernando.

Aquí permanecí dos días, y aseguro a V. E. que nuestra posición

era la más embarazosa. Todo el bagaje y todo el material del ejército lo habíamos perdido; desprovistos de todo, de todo necesitábamos para poder hacer frente a un enemigo superior y engreído con la victoria. En este caso no hallé otro partido que tomar, que el de replegarme rápidamente sobre Santiago, poner todos los resortes en movimiento y procurarme cuantos auxilios estaban a mi alcance para salvar al país.

«Es increíble, Excmo. señor, si se asegura que en el término de tres días el ejército se reorganizó en el campo de instrucción, distante una legua de esta ciudad: el espíritu se reanimó y a los trece días de la derrota, con una retirada de ochenta leguas, estuvimos ya en el caso de poder volver a encontrar al enemigo. El interés, la energía y firmeza con que los jefes y oficiales todos del ejército cooperaron al restablecimiento del orden y disciplina les hará un honor eterno. Verdad es que nuestras fuerzas eran ya muy inferiores a las suyas: muchos de nuestros cuerpos estaban en esqueleto y teníamos batallones que no formaban doscientos hombres.

«Entretanto, el enemigo se avanzaba con rapidez, y el 1º del corriente tuve avisos positivos de haber pasado todo el grueso el Maipú por los vados de Lonquen y que marchaba en la dirección de las gargantas de la Calera.

«La posición del campamento no era segura ni militar. El 2 marchamos a campar sobre las Acequias de Espejo: este día, el 3 y el 4 hubo fuertes tiroteos entre las guerrillas, y el ejército pasó todas estas noches sobre las armas. El enemigo se nos acercó al fin el día 5: todos sus movimientos parecían dirigidos a doblar en distancia nuestra derecha, amenazar la capital, poder cortarnos las comunicaciones de Aconcagua y asegurarse la de Valparaíso.

«Cuando vi trataba de practicar este movimiento, creí era el momento preciso de atacarlo sobre su marcha y ponerme a su frente por medio de un cambio de dirección sobre la derecha. V. E. lo verá marcado en el plano nº 2, y fué el preparativo de las operaciones posteriores.

«Bajo la conducta del benemérito brigadier Balcarce, puse desde luego toda la infantería: la derecha mandada por el coronel Las Heras, la izquierda por el teniente coronel Alvarado y la reserva por el coronel don Hilarión de la Quintana. La caballería de la derecha al coronel don Matías Zapiola con sus escuadrones de granaderos y la de la izquierda a la del coronel don Ramón Freire con los escuadrones de la escolta del Excmo. director de Chile y los Cazadores a caballo de los Andes.

«Notado por el enemigo nuestro primer movimiento, tomó la fuerte posición AB destacando al pequeño cerro aislado C, un batallón de cazadores para sostener una batería de cuatro piezas que colocó en este punto a media falda: esta disposición era muy bien entendida, pues aseguraba completamente su izquierda y sus fuerzas flanqueaban y barrían todo el frente de la posición.

«Nuestra línea, formada en columnas cerradas y paralelas, se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un ataque oblicuo sobre este flanco que, a la verdad, tenía descubierto. La reserva, cargada también a retaguardia sobre el mismo, estaba en actitud de envolverlo y sostener nuestra derecha. Una batería de ocho piezas de Chile, mandada por el comandante Blanco Cicerón, se situó en la puntilla D, y otra de cuatro, por el comandante Plaza, en E, desde donde principiaron a jugar con suceso y a cañonear la posición enemiga.

«En esta disposición se descolgaron nuestras columnas del borde de la pequeña colina que formaba nuestra posición para marchar a la carga y armas al brazo sobre la línea enemiga. Esta rompió entonces un fuego horrendo, pero esto no detenía la marcha: su batería de flanco en el cerro C nos hacía mucho daño. En el mismo instante un grueso trozo de caballería enemiga situado en el intervalo CB se vino a la carga sobre los granaderos a caballo que formados en columna por escuadrones avanzaban siempre de frente. El escuadrón de la cabeza lo mandaba el comandante Escalada, que verse amenazado del enemigo, e irse sobre él sable en mano fué obra de un instante: el comandante Medina sigue este mismo movimiento, los enemigos vuelven caras a veinte pasos y fueron perseguidos hasta el cerrito, de donde a su vez fueron rechazados los nuestros por el fuego horrible de la infantería y metralla enemiga. Los escuadrones se rehacen con prontitud y dejando a su derecha el cerro pasan persiguiendo la caballería enemiga que se replegaba sobre la colina B: aquí fué reforzada considerablemente y rechazó a los escuadrones que vinieron a rehacerse sobre el coronel Zapiola que sostenía con firmeza estos movimientos: todos vuelven nuevamente a la carga hasta que el enemigo fué por último deshecho en esta parte y perseguido.

«Entretanto, el fuego se empeñaba del modo más activo y sangriento entre nuestra izquierda y la derecha enemiga: ésta la formaban sus mejores tropas, y no tardaron en venirnos igualmente a la carga formados en columna cerrada y marchando sobre su derecha a la misma altura otra columna de caballería. El comandante Borgoño había remontado ya la loma con ocho piezas de la artillería de Chile que mandaba y que destiné a nuestra izquierda con el objeto de enfilar la línea enemiga: él supo aprovechar este momento e hizo un fuego a metralla tan rápido sobre sus columnas, que consiguió desordenar su caballería: a pesar de esto y de los esfuerzos de los comandantes Alvarado y Martínez que mostraron más que nunca su bravura, nuestra línea trepidó y vaciló un momento: los Infantes de la Patria no pudieron menos que retroceder también; mas al mismo instante, di orden al coronel Quintana para que con su reserva cargase al enemigo, lo que ejecutó del modo más brillante. Esta se componía de los batallones nº 1 de Chile, tres de id. y siete de los Andes al mando de sus comandantes Rivera, López y Conde:

esta carga y la del comandante Thompson, del 1º de Coquimbo, dió un nuevo impulso a nuestra línea y toda volvió sobre los enemigos con más decisión que nunca.

«Los escuadrones de la escolta y cazadores a caballo, al mando del bravo coronel Freire, cargaron igualmente y a su turno fueron cargados en ataques sucesivos. No es posible, señor Excmo., dar una idea de las acciones brillantes y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros como de jefes e individuos en particular; pero se puede decir que con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido: también puede asegurarse que jamás se vió una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz. La constancia de nuestros soldados y sus heroicos esfuerzos vencieron al fin, y la posición fué tomada regándola en sangre y arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos.

«Este primer suceso parecía debía darnos por sí solo la victoria: mas no fué posible desordenar enteramente las columnas enemigas: nuestra caballería acuchillaba a su antojo los flancos y retaguardia de ellas; pero siempre marchando en masas llegaron hasta los callejones de Espejo, donde, posesionados del cerro F, se empeñó un nuevo combate que duró más de una hora sostenido éste por el nº 3 de Arauco, infantes de la Patria y compañías de otros cuerpos que iban entrando sucesivamente. Por último, los bravos batallones nº 1 de Coquimbo y 11, que habían sostenido nuestra derecha, los atacan del modo más decidido, cuyo arrojo puso a los enemigos en total dispersión. Los portezuelos y todas las principales salidas estaban ocupadas por nuestra caballería.

«Sólo el general en jefe Osorio escapó con unos doscientos hombres de caballería y es probable no salve de los escuadrones y demás partidas que le persiguen: todos sus generales se hallan prisioneros en nuestro poder; de este número contamos a la fecha más de tres mil hombres y ciento noventa oficiales con la mayor parte de los jefes de los cuerpos. El campo de batalla está cubierto de dos mil cadáveres. Su artillería toda, sus parques, sus hospitales con facultativos, su casa militar con todas sus dependencias, en una palabra, todo, todo cuanto componía el ejército real, es nuestro prisionero, o está en nuestro poder.

«Nuestra pérdida la regulo en mil hombres entre muertos y heridos. Luego que el Estado Mayor pueda completar la relación positiva de ellos, tendré el honor de dirigirla a V. E., así como la de los oficiales que más se hayan distinguido.

«Estoy lleno de reconocimiento de los infatigables servicios del señor general Balcarce. El ha llevado el peso del ejército desde el principio de la campaña, así como el ayudante general del Estado Mayor Aguirre y demás individuos que lo componen, y cirujano mayor don Diego Paroissien.

«También estoy satisfecho de la comportación del ingeniero d'Albe, como igualmente de mis ayudantes O'Brien, Guzmán y Escalada,

y la del secretario de la Guerra Zenteno y el particular mío Marzan.

«Me queda sólo el sentimiento de no hallar cómo recomendar suficientemente a todos los bravos a cuyo esfuerzo y valor ha debido la patria una jornada tan brillante.

«Ruego a V. E. que a continuación de este parte haga insertar la relación de los jefes que han tenido la gloria de seguir esta campaña tan penosa como brillante.

«Sé que ofendo la moderación del valiente Excmo. señor supremo director de este Estado, don Bernardo O'Higgins; pero debo manifestar a V. E., que hallándose gravemente herido, montó a caballo y llegó al campo de batalla a su conclusión, teniendo el sentimiento que de estas resultas se ha agravado de su herida».

San Martín agrega a este parte estas dos notas marginales:

«La acción principió a las doce del día y concluyó a las oraciones.

«La fuerza del ejército enemigo se componía de cinco mil trescientos hombres de todas armas: la del nuestro, de cuatro mil novecientos» (1).

Por su parte, el director O'Higgins se dirigió igualmente al director supremo de las Provincias Argentinas y dió a conocer esta victoria transcribiendo en su comunicado el parte que a él le dirigiera, el mismo día 5 de abril, el propio San Martín.

Con la victoria de Maipú, San Martín afianzó la independencia de Chile y al mismo tiempo la de las Provincias Argentinas que miraban en él a su primer capitán. Con ella abrió a las armas unidas de Sudamérica un camino más amplio que el que les había abierto con la victoria de Chacabuco para llegar al Perú, y concluyó finalmente por desbaratar el soñado plan de reconquista que perseguía Pezuela y con él los agentes del despotismo enviados a Chile.

Desde el punto de vista político y militar, fué la batalla de Maipú muy superior a la batalla de Boyacá, que libertó a Nueva Granada, y a la de Carabobo, que afianzó la independencia de Venezuela. La misma batalla de Ayacucho no la superó en trascendencia, pues si con ésta se puso fin a una dominación que ya era agónica y vacilante, con Maipú desquicióse todo el poder virreinal en América, y el flanco que parecía invulnerable, el del Perú, que tenía a su favor las hondas y tormentosas aguas del Pacífico, quedó abierto a los libertadores que venían del Plata.

Tiene además de particular esta batalla que ella fué dada por un ejército que a las orillas del Lircay había sufrido una desastrosa dispersión, perdiendo gran parte de su artillería, todas sus municiones, gran parte de su caballada, y que después de un largo y penoso viaje que había tenido todos los relieves de un éxodo, se rehizo en un corto lapso de tiempo para presentarse con garbo y convicción de superioridad al enemigo. Pero San Martín lo había dicho muy bien: «Los contrastes de las armas de América son los precursores

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 255.

de la libertad». Cancha-Rayada había sido un contraste, pero con él se presagió un triunfo que lo fué Maipú, sin limitaciones y absoluto en toda su escala.

La noticia del triunfo de Maipú llegó al Perú, no transmitida por los partes de Osorio, sino por los boletines de San Martín. En el acto el virrey Pezuela convocó a una junta o reunión a las principales corporaciones de Lima y en una alocución informóles de lo sucedido. «El objeto de la extraordinaria convocación, les dice, es comunicarles las noticias que ha tenido este gobierno de los recientes sucesos de la expedición de Chile y conferenciar sobre las medidas conducentes a precaver cualquier perniciosa consecuencia que pudiera producir». «Lo más auténtico que se tiene, agrega después, tocante a ellos, se funda en el parte impreso de aquel gobierno insurgente que refiere que las armas de S. M., vencedoras en Lircay el 19 de marzo anterior, fueron completamente derrotadas en 5 del próximo pasado en el llano de Maipú, cerca de Santiago». Pasa luego a decir que aun cuando no haya sido tan absoluta la desgracia realista «cual la pintan y confirman las noticias que corren en Valparaíso, ella basta para convencernos que ha sido tal, que la parte de nuestras tropas que se haya salvado no podrá llevar a cabo su empresa, sea cual fuere la pérdida del enemigo, porque éste puede repararlas y aquéllas no, al menos con la presteza que su situación habría menester». Reconoce Pezuela que no puede contar con un solo hombre de los que formaban la expedición de Osorio y que los enemigos, «siempre activos, atrevidos y emprendedores», preparan un plan agresivo a cuyo éxito contribuye este triunfo. El plan que proyecta en el sentir de Pezuela, es el de introducir en el Perú el desorden y la revolución, propagarla «hasta lograr hacer sucumbir a esta misma capital», y que éstas han sido las aspiraciones de los enemigos en todo tiempo. «Para prometerse un próspero suceso en sus tentativas, dice él, sé que cuentan con algunos adictos a sus ideas que ocultos existen en los pueblos más fieles y los lisonjean con facilidades engañosas, y cuentan con mayor fundamento con la pronta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay desde Moquegua hasta aquí, deseosa de la libertad y del desorden con que la brindan. Sé también por los mismos indudables conductos, que para realizar lo proyectado han comprado a la compañía inglesa de la India Oriental dos navíos susceptibles de más de cincuenta cañones, de los cuales estaba ya el uno en Valparaíso; que su intención era batir los de nuestra escuadrilla que cruza delante de Valparaíso y en seguida, hechos dueños de la mar, mandar con mayor desahogo sus expediciones de desembarco a los puntos de la costa y hacer a todo salvo la piratería por los mares».

Declara Pezuela a los asambleístas cuáles son las providencias defensivas tomadas por él. Dice que aumentará la fuerza marítima, «ella sola bastará realmente para frustrar la doble intención de los enemigos»; pero que como no basta buscar la defensa por aquel

lado, ha pasado órdenes ejecutivas al general La Serna para que a marchas forzadas despache por Arequipa algunos cuerpos de infantería y de caballería, de los aguerridos que tiene bajo su mando. «Estas tropas, escribe, a las órdenes de un general experimentado y de energía, que asimismo he nombrado, asegurará cuanto cabe la parte de costa de Arequipa; otras medidas se han tomado para cubrir la restante de ella hasta esta capital y la costa abajo». Se lamenta Pezuela de la escasez de entradas en la real hacienda y dice que éstas no alcanzan ni con mucho para cubrir los gastos que exigen estas medidas defensivas». Vese, pues, en la necesidad de imponer al pueblo de Lima nuevos gravámenes y espera él que este pueblo concurrirá a auxiliarlo «para acudir a los presentes conflictos que amenazan hasta las personas y propiedades» (1).

En otro documento, hasta ahora inédito, Pezuela no oculta la sorpresa que le ha causado esta victoria, y después de decirle al marqués de Casa Flores, ministro español en la corte de Río de Janeiro, que el 19 de marzo el ejército insurrecto había sido derrotado y disperso en Cancha-Rayada —un triunfo parcial su malicia o su ignorancia lo convertía en triunfo total—, a inmediaciones de Talca, con pérdida por parte de los rebeldes de su parque, equipajes y artículos de guerra, le dice: «Habrá visto realizado el raro accidente de un ejército que puesto en absoluta derrota y fuga y por otro de menos de la mitad de fuerzas, vuelve a reunirse en menos de quince días a ochenta y tres leguas a su espalda, y logra batir al vencedor del modo desastroso que se advierte». Después agrega: «Sé que los enemigos en más aptitud, de resultas de la acción de Maipú, piensan llevar a cabo su antiguo proyecto de invadir por mar estos dominios, librando principalmente el favorable éxito de su expedición a las convulsiones que puedan suscitar en los habitantes infieles al Rey y encubiertos partidarios de su sistema. Aunque el huído ejército que despaché a Chile y pereció en los llanos de Maipú, se absorbió mis principales recursos de gente de confianza, armamento y numerario, me estoy disponiendo a recibirlos con suceso, a cuyo fin, y para el caso de que lo verifiquen por los puntos intermedios de la costa de Arequipa, con el designio de conmover las provincias de arriba y tomar la espalda al ejército real del Alto Perú, he mandado organizar desde algunos meses ha, su cuerpo de reserva de tres mil hombres que deberá situarse a las inmediaciones de aquella ciudad para acudir donde convenga. Esta obra llena de obstáculos y dificultades está muy adelantada, y por si acaso, como es de recelar, se dirigen al Callao o sus inmediaciones, porque se hallan justamente persuadidos de que la pérdida de la capital del virreinato ha de arrastrar la de todo éste, son mis mayores cuidados y atenciones poner en pie una fuerza capaz de resistirles, fortificar los

(1) *Archivo de San Martín*, vol. IV, pág. 69.

puntos cercanos de desembarco, sujetar a sistema e instrucción posible los cuerpos de milicias del interior y situarme al fin en toda la aptitud militar que sea susceptible del estado de mis arbitrios, de la extensión y proporciones del territorio y de otro cúmulo de circunstancias particulares» [1].

Estos pormenores demuestran a las claras que más que el paso de los Andes y que la batalla de Chacabuco, fué la victoria de Maipú la que infligió su golpe de muerte al poderío virreinal de España en América. Con ella la revolución dejó de ser una cosa pasiva, aunque dinámica y vigorosa a la vez, e inicióse la más seria de las ofensivas, ya que ésta se hizo posible el día en que la lucha común unificó dos ejércitos y bajo los auspicios de esa nueva victoria pudo San Martín adueñarse del Pacífico y por este camino marítimo llegar al Perú.

Tamaña victoria fué festejada en Chile por el más cálido de los entusiasmos. El pánico que había sucedido al desastre de Cancha-Rayada trocóse en desborde jubiloso y la capital del Mapocho recobró la animación que traen consigo los grandes acontecimientos [2]. Pero San Martín no era héroe de vivir tales entusiasmos y mucho menos de dejarse arrastrar por homenajes que en el fondo sólo son mezquinos oropeles. El campo de batalla no era para él un fin. Maipú, como Chacabuco, sólo le significaba una etapa, y apenas la diosa victoriosa hubo colocado sobre su frente estos nuevos laureles, la idea de Lima volvió a vitalizar, por así decirlo, sus células cerebrales y substrayéndose al regocijo que desbordaba en

(1) *Archivo general de Indias. Papeles de Estado.* Legajo 102, documento nº 180.

(2) Un viajero inglés, Samuel Haigh, que se encontraba en Santiago en momentos en que las armas patrióticas derrotaban a Osorio en Maipú, nos cuenta la forma jubilosa con que el pueblo de la capital festejó la victoria: «Recuerdo, dice él, haber asistido a la comida y baile dado por don Felipe Solar, que superó a todo que por el estilo se había visto antes en Chile. Su magnífica casa y espaciosos jardines estaban completamente abiertos y bellamente iluminados. El efecto de los faroles de colores en los jardines, entre granados, naranjos y limoneros, era completamente badaico. El director y los oficiales principales se hallaban presentes, así como todas las familias distinguidas. Una gran banda de música militar tocaba aires marciales en los intervalos de la danza; había profusión de refrescos y cena. Al venir el día, los concurrentes se dirigieron a la plaza de armas y bailaron una contradanza española para terminar.

«Había luminarias y fuegos artificiales, dos veces en la plaza, fuera de los domingos. Los fuegos artificiales eran superiores a los nuestros y su efecto, en la noche chilena, es en extremo brillante. No hay iluminación más linda que la de una ciudad española en Sudamérica, pues las calles son regulares y cada casa tiene una bandera de seda, además de colgaduras de seda, que cruzan la calle desde lo alto de los edificios. Estos, con profusión de faroles de preciosos dibujos y figuras sobre los muros blanqueados, dan a las calles el aspecto de una galería bien iluminada». Advierte el autor de estas líneas que los festejos principiaron la noche misma del día en que se supo el triunfo y que cinco días después de la batalla de Maipú, «el victorioso general San Martín salió de Santiago para Buenos Aires, donde fué recibido como libertador con arcos triunfales y todas las demostraciones de felicitación efusivas». Declara que los comerciantes británicos allí existentes festejaron la batalla de Maipú con convites y fiestas y que lo hecho por ellos sobrepasó a todo lo que habían hecho hasta entonces, clasificando de «magníficos» la cena y baile dados con tal motivo.

Santiago llamóse a una pauta de silencio y clavó sus ojos de nuevo en la Cordillera.

Antes, con todo, hizo sellar esta victoria con un acto de suprema magnanimidad, y consistió nada menos que en entregar a las llamas la correspondencia de personajes chilenos que poseía Osorio y que había caído en manos del capitán O'Brien cuando éste lo perseguía por los desfiladeros de Prado.

Según la tradición, la escena tuvo lugar a dos leguas de Santiago y en el paraje conocido con el nombre del Salto. San Martín sentóse al pie de un árbol, leyó una por una las cartas que formaban ese legajo documental y, cuando hubo terminado esta tarea — las cartas en cuestión eran testimonios fehacientes de la deslealtad para con él de muchos prohombres de Santiago — pensando, no en la venganza, sino en el perdón, las entregó a las llamas.

Sólo una naturaleza como la suya era capaz de gesto semejante, y el hombre que acababa de vencer al enemigo en el campo de batalla se venció a sí propio «destruyendo, como lo dice un historiador chileno, los testimonios acusadores de la pusilanimidad y del egoísmo de la capital que dos veces había libertado» [1].

La historia podrá reprocharle este acto, ya que destruyendo tales documentos impidió que el fallo de la posteridad recayese sobre los culpables; pero su corazón era magnánimo y prefirió que las piezas del delito las devorasen las llamas, ya que conocidas del público mermarían la reputación de sus autores y la causa de la libertad habría sufrido un serio detrimento con esta nota de escándalo.

La noticia de la victoria de Maipú propagóse con la celeridad que las circunstancias lo permitían en el Continente. De Chile pasó al Perú. Buenos Aires encargóse de difundirla en el Brasil así como de transmitirla a Europa, y pocos meses después la victoria esta era conocida en Venezuela y en Nueva Granada. A las colonias insurrectas del Continente y en las cuales el genio de Bolívar se encargaba de imponer la libertad como en el sur del mismo lo hacía San Martín, llevaron esta noticia los miembros de la comisión americana que acababa de recorrer el territorio insurrecto de Chile y de las Provincias Argentinas. La noticia de la batalla de Maipú, nos dice el secretario de esta comisión, Mr. Brackenridge, produjo un gran regocijo y tuvo un efecto importante en la confederación de

(1) En el mismo sitio en que se llevó a cabo esta escena, O'Brien se hizo construir una cabaña para su recreo y guardó allí la silla en que se había sentado San Martín cuando entregó las cartas a una hoguera.

En el respaldo de esta silla, y usando una jerga mitad céltica mitad hispánica, grabó esta leyenda: *«San Martín's chair». En este mismo lugar San Martín quemaba toda la correspondencia que ha tenido general Osorio con los de Santiago y tomada después de la batalla de Maipú.*

Hacia mediados del siglo XIX esta cabaña existía aún. Vicuña Mackenna, que la visitó, nos dice que vió en aquel entonces la silla histórica en que se sentara San Martín.

Venezuela como en el Virreinato de Nueva Granada. «Se sentirá, dice él usando una metáfora geológica, como el choque de un tremendo terremoto» (1).

Tanto Chile como las Provincias Argentinas se apresuraron a perpetuar en forma honorífica este triunfo, y el 10 de mayo don Bernardo O'Higgins, director del reino americano en el cual la victoria de Maipú había hecho sentir de inmediato su influencia, dispuso que en lo más descubierto de la Loma, teatro principal de la batalla, se erigiese una pirámide cuadrangular de treinta pies de elevación, cuyo pedestal sería revestido de cuatro láminas de bronce, puestas a cada uno de sus lados.

(1) A este viajero tocóle presenciar las fiestas que se celebraron en Buenos Aires después de Chacabuco como después de Maipú. Comienza por decirnos que el teatro estaba lleno de gente respetable; que las damas estaban vestidas con gusto y elegancia, y que cuando se alzó el telón cantóse el himno nacional por toda la compañía teatral, con acompañamiento de la orquesta. Dice que en honor de la victoria de Chacabuco representóse una producción dramática de algún mérito, titulada *La batalla de Maratón*, cuyo incidente algo se asemeja. «La misma pieza, agrega luego, se representó después de la victoria de Maipú. El retrato de San Matín se exhibió en el proscenio y tuve oportunidad de presenciar el entusiasmo popular en favor del héroe, como generalmente se le llama».

Es oportuno recordar aquí que el personaje en cuestión llevó su prolijidad informativa a anotar pormenores que hoy tienen un valor documental ante la historia. El nos dice, por ejemplo, que «las virtudes privadas y discretas en la familia de San Martín, le dieron una opinión muy favorable del hombre».

«Mientras estuve en Buenos Aires, escribe, he oído precisamente citar a San Martín y a su esposa como un ejemplo de matrimonio feliz».

Nos dice, además, que estando allí pudo constatar el odio mortal de los partidarios de los Carrera a San Martín y a O'Higgins. Dice que este odio supera aún al de los viejos españoles, que consideran a San Martín «como el enemigo más serio que su causa ha tenido en América». Para los carreristas, la dispersión del ejército de San Martín en Talca fué causa de engreimiento. Los españoles se regocijaban porque había para ellos una esperanza en la ruina de San Martín, y el partido carrerino veía en ello una perspectiva de ser llamado otra vez al poder.

En un informe presentado al presidente Monroe, el autor del informe, que lo es el mismo Brackenridge, nos habla del Libertador de Chile, hombre virtuoso según él y primer hombre de la república, en estos términos: «Lo que se me ha referido de este hombre me lleva casi a creer que la América del Sur tiene también su Wáshington. Cuando San Martín restauró en Chile la libertad e independencia se le ofreció el directorio supremo por el cabildo; pero lo rehusó magnánimamente declarando que su tarea estaba terminada, que estaba al punto de dejarlos formar gobierno por sí mismos. Para evitar los honores que estaban preparándole en Santiago, se escabulló para Buenos Aires, pero fué alcanzado por una diputación, requiriéndole al menos que aceptara la suma de veinte mil duros con el objeto de satisfacer sus gastos. Rehusó esto positivamente. A su aproximación a Buenos Aires, todo preparativo se hizo por los habitantes para recibirle de la manera más distiguida; veinte mil personas esperaban en el camino por donde iba a entrar. Los chilenos, en uno de los primeros actos de su gobierno, votaron una suma de dinero para recompensar a la república de la Plata el gasto de la expedición y luego con consentimiento de la última tomaron el ejército a su servicio: San Martín volvió a asumir el mando, y la manera en que fué recibido por los habitantes de Santiago ha sido detallada en nuestros papeles públicos. No fué desemejante al recibimiento otorgado a nuestro Wáshington en Filadelfia. Solamente en los gobiernos populares puede siempre tener lugar un triunfo verdadero; es solamente aquí que esta genuina y la más alta de las recompensas terrenales puede esperar al virtuoso y al valiente. La república independiente de la Plata y Chile, mediante San Martín, con toda probabilidad, por este tiempo, ha dado libertad e independencia a sus hermanos del Perú». *La Independencia Argentina*, por E. M. Brackenridge, t. II, pág. 240. Traducción de Carlos A. Aldao. Buenos Aires.

«En la lámina que mira al oriente, dispone el decreto, se leerán entre laureles los nombres del Excmo. general en jefe José de San Martín y el de los oficiales generales que mandaron la acción. Una Fama coronará el todo y su clarín publicará este rasgo: *Gloria inmortal a los héroes de Maipú, vencedores de los vencedores de Bailén*». Dispúsose que en la lámina del sur se escribiesen los nombres de los jefes que comandaban las divisiones tanto de la derecha como de la izquierda, de la reserva y de la caballería. La del norte estaba destinada a la de todos los comandantes efectivos o accidentales que habían tomado parte en la batalla comandando sus cuerpos, y en la del oeste debía grabarse la siguiente inscripción: *«Precipitándose la nación por las vicisitudes de la guerra en su infame antigua servidumbre, la firmeza, el valor de los ejércitos unidos de Chile y de los Andes solidaron su independencia exterminando con fuerzas inferiores al ejército invasor del rey de España, fuerte de cinco mil quinientos hombres, en la batalla memorable dada en estas llanuras el 5 de abril de 1818. Año 9º de la Libertad».*

En la parte inferior de esta lámina debía destacarse el pabellón nacional enarbolado y a su pie, en actitud de rendición, las seis banderas y los tres estandartes tomados al enemigo.

«Queriendo asimismo que individualmente reciba el ejército una insignia de su heroicidad, dice O'Higgins, y del justo reconocimento de la patria, he acordado se distribuya a todos los jefes y oficiales que precisamente se hallaron en la acción una medalla de oro para los primeros y de plata para los segundos, en cuyo anverso resalte la estrella de las armas del Estado, orlada de una corona de laurel y a su contorno esta inscripción: *«Chile reconocido al valor y constancia. Abril 5 de 1818»*, ceñido de la misma orla. El todo, pendiente de un lazo que tomará una cinta encarnada prendida del ojal de la casaca.

«Los sargentos, cabos y soldados llevarán sobre el brazo izquierdo un escudo que exprese: *«La patria a los vencedores de Maipú. Abril 5 de 1818»*. Con la diferencia que para la primera clase será de paño encarnado con letras bordadas de plata, y para la segunda y tercera de paño azul con letras bordadas de seda color de oro; ambas insignias orladas de ramas de laurel».

El gobierno argentino, por su parte, contribuyó a esta glorificación con una disposición que tomó el congreso en sesión del 8 de mayo — dos días antes que O'Higgins decretase la erección de la pirámide — y con el decreto que el 11 de julio firmó el director Pueyrredón para recompensar los méritos de los vencedores. «El congreso de las Provincias Unidas en Sud América, dice el decreto, penetrado altamente de las ventajas que ha reportado la nación en las célebres victorias de Chacabuco y Maipú obtenidas en el territorio de Chile, en los años pasado y presente, por el ejército Unido de los Andes a las órdenes del general en jefe don José de San Martín sobre los ejércitos españoles destinados inmediatamente a la subyu-

gación de aquel Estado y a ulteriores planes de hostilidad sobre éste, y deseando manifestar a nombre de la nación que representa el futuro reconocimiento que es debido al genio y a la virtud, ha venido en decretar y decreta lo siguiente:

«Art. I: Con el objeto de establecer un monumento que perpetúe la gloria nacional adquirida en las expresadas victorias, se abrirá una lámina, en cuyo centro resaltará el retrato del general San Martín teniendo a cada lado un genio. El de la libertad ocupará el lado derecho, y el de la victoria el del izquierdo, ambos con sus respectivos atributos en una de las manos, y sosteniendo con la otra una corona de laurel algo levantada sobre el retrato. Al pie de éste se pondrán los trofeos militares correspondientes, dominados por las banderas nacionales de Chile y de este Estado: a su contorno se pondrá la inscripción siguiente: *La gratitud nacional al general en jefe y ejército vencedor de Chacabuco y Maipú*. La vista de estas batallas y la de los Andes ocuparán la parte más visible y restante de la lámina.

«Art. II: Se distribuirá un cuadro de esta clase a cada una de las capitales y ciudades subalternas del Estado, que deberán colocarse solemnemente en sus respectivas salas capitulares.

«Art. III: La brillante conducta militar del ejército de los Andes ha excitado en el ánimo del congreso los sentimientos más vivos de gratitud y complacencia: por tanto, declara a sus jefes, oficialidad y tropa, *heroicos defensores de la nación;* ordenando que sus nombres se inscriban en un registro cívico de honor que se conservará en el archivo público del cuerpo representativo y en el de cada una de las municipalidades del territorio del Estado. Se comisiona al diputado de este gobierno residente en Chile para que a nombre de la nación les dé las gracias más expresivas; siendo del resorte del supremo poder ejecutivo distribuir a los de este Estado los premios militares a que se hayan hecho acreedores» ([1]).

El directorio no pudo faltar en este coro de homenajes, y el 11 de julio, Pueyrredón dispuso que además de los premios y distinciones que ya disfrutan por sus méritos anteriores a la jornada del 5 de abril los generales, jefes, oficialidad y tropa del ejército de los Andes, se les acordase nuevos premios y distinciones. A los primeros les fué acordado un cordón de oro con cabetes del mismo metal y que pendiendo del hombro izquierdo debía enlazarse en el ojal de la casaca al costado derecho. A los jefes que no eran generales se les acordó la misma distinción, pero en lugar de ser de oro los cabetes eran de plata.

Para el resto de la oficialidad y tropa acordóse igualmente un cordón de seda blanca y celeste con cabetes de metal para los sargentos y cabos y con cabetes de lana del mismo color que el cordón a los soldados.

([1]) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 311.

La batalla de Maipú tuvo la virtud de llevar en triunfo el nombre de San Martín por toda la América y de hacer que el continente insurreccionado contra el despotismo peninsular le acordase la soberanía del Estado. «Nunca se manifiesta el sol con más brillantez y alegría, le escribía Belgrano desde Tucumán el 20 de abril, que después de una tempestad furiosa. El azaroso acontecimiento del 19 de marzo en los campos de Talca le dió palpablemente el último grado de importancia e inmortalidad al venturoso del 5 del corriente en los de Maipú. Al enemigo, fascinado con aquél, no se le ocurrió por lo visto que aun existía el general San Martín y que capaz de transmitir su heroísmo al último de sus subalternos, haría prodigios aun con la espada al cuello: él sin duda contó con que V. E. sería el primero que arrastrase su carro triunfal, auxiliado de los jefes que lo secundaban, pero la copa de la felicidad jamás se concedió a un orgullo presuntuoso; encontró su ruina y su vergüenza donde creyó dar con su gloria y exaltación. Circunscribo los plácemes que doy a V. E. a la extensión de mi característica sinceridad, ya que no se me ofrecen expresiones que lo signifiquen del modo más adecuado, complaciéndome la infalibilidad de que la nación en masa, entrando yo en parte, elevará en el centro de su corazón el monumento de su eterna gratitud que inmortalice al héroe de los Andes» (1).

«No es ésta la primera vez, le dice desde Salta el general Martín Güemes, que dirijo mis justos respetos a V. E., aunque con el desconsuelo de que la pluma y no la lengua sea el intérprete, cuando aquello no es bastante a explicar los conceptos de un alma agradecida. Las armas de la nueva nación, manejadas por la diestra mano de V. E., repiten sus triunfos dando mayor timbre al valor americano y sirviendo de terror y espanto al orgulloso peninsular. Muy pronto verá éste que el estandarte de la libertad flamea aún en sus mismos muros que supone impenetrables. Ya pues que la suerte no ha querido que al lado de V. E. tenga mi espada una pequeña parte en la venturosa gloria del 5 del actual, quiera al menos dar acogida al amor y respeto con que tengo el honor de felicitar a V. E. y acompañarle desde aquí en el objeto de sus complacencias».

Así como lo felicitaban a San Martín los más esclarecidos jefes del ejército argentino, lo hicieron igualmente los cabildos y las distintas instituciones culturales del Plata. «Después que el soberano congreso, le decían los cabildantes de San Juan, a nombre de la nación entera, ha felicitado a V. E. por las últimas glorias que su brazo dió en Maipú a los hombres libres y cuando la fama veloz ha llevado más allá de nuestro continente las hazañas del héroe del Sur, apenas hoy logra el cabildo de San Juan ocasión de expresar a V. E. los sentimientos de gratitud que le animan hacia el Libertador de América. Esa modestia sublime con que V. E., puesto

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 114.

en la línea de los primeros mortales, huye los aplausos, contento con la satisfacción filosófica de haber obrado bien, hizo a esta municipalidad incierta hasta ahora su residencia y le privó el placer que ya experimenta. ¡Pero en qué circunstancias! En las que, apuradas las palabras más dulces en elogio de V. E., les es preciso contentarse con asegurar que un ara indestructible erigida en el corazón de nuestros compatriotas a las virtudes insignes del vencedor de Chacabuco y Maipú transmitirá de edad en edad la memoria de un hombre cuyos hechos casi persuaden serle dado fijar para nuestra felicidad en el voluble eje de la fortuna» (1).

«Este colegio seminario, le escribe desde Córdoba el doctor José Vicente Agüero, vicerrector del colegio nacional de Loreto, transportado por el placer consiguiente a la victoria que habéis obtenido el 5 del corriente contra los tiranos, no puede prescindir de saludaros en tan buena hora haciendo presente su sincera gratitud. Es necesario, señor, que por esta vez bajéis de la altura en que os han colocado los grandes intereses de la patria por vuestras relevantes prendas, para dar oídos a la juventud que con superioridad a todas las clases es protegida por vuestros triunfos. La más cruel de las tiranías sería excitar con tal vehemencia la gratitud y negarle el desahogo. Una sola circunstancia de las que han rodeado a nuestros hermanos los naturales de Chile no le ha escapado a nuestra consideración, todos sus peligros, su consternación y su amargura han sido pesados en la balanza de nuestro juicio, y el luto de sus corazones, al mirar al terrible Osorio a cinco leguas de Santiago, se extendió a los nuestros. Tales eran los pesares e ideas con que nos veíamos oprimidos, cuando las señales públicas de regocijo nos anuncian que el gran Milcíades americano ha vuelto en nada a los tiranos, que su piadosa mano ha enjugado las lágrimas de su madre patria y convertido su pesar en transportes de alegría» (2).

El jefe del Estado Mayor, el general don Eustaquio Díaz Vélez, quiso incorporar sus plácemes a este coro unánime de vivas congratulaciones, y el 24 de abril escribióle a San Martín: «El triunfo de las armas de la patria sobre las llanuras del Maipú que coronó al ejército combinado, bajo la dirección de V. E., ha afianzado para siempre la independencia de ambos Estados y dado el mayor grado de respetabilidad ante las naciones a las regiones del Sur que produjeron tan ilustres guerreros. El 5 de abril hará época memorable en los anales de América, y los enemigos de la libertad confesarán a su pesar que es invencible el que pelea para sostener su país, sus prerrogativas y sus derechos. Reciba, pues, V. E. la más expresiva, la más cordial enhorabuena que le tributa este Estado Mayor general por el órgano de su jefe. Abrase a una emoción tan halagüeña y entre las efusiones de júbilo que inunda a las Provincias Unidas

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 116.
(2) *Ibídem*, pág. 119.

del Sur, oiga el eco salido de una corporación que le consagra los plácemes más puros al par del ejército de esta capital y haciendo justicia a su mérito heroico y el de sus ínclitos compañeros de armas, se goza ya en la tranquilidad y porvenir venturoso a que ha contribuído tanto el genio tutelar de V. E.» (1).

Seríamos interminables si fuésemos a reproducir aquí todos los votos que se formularon en torno de San Martín después de tamaño triunfo. Recordemos sin embargo que la noticia de esta victoria repercutió de un modo singular en la capital de Cuyo, cuna de la gloria del héroe y por lo tanto interesada más que nunca en sus triunfos. Esta noticia llegó a Mendoza el día 9 de abril y fué su portador el capitán don Mariano Escalada. Mendoza, como lo dice un cronista, se alzó entusiasmada y comenzó a dar vivas a la patria, al ínclito San Martín, al vencedor de Chacabuco y Maipú, a todos los valientes del ejército unido que en esta última gran jornada «habían ilustrado sus nombres por su valor denodado, por su pericia y disciplina, venciendo en buena ley y de la manera más completa a los vencedores de los vencedores de Austerlitz y Marengo».

«Los habitantes de la capital de Cuyo y de sus extensos y poblados arrabales, continúa Hudson, hombres, mujeres, viejos, niños y aun enfermos, todos apresuradamente y en tumulto, se agolpaban a la plaza principal, a las calles de más tránsito, vivando como acabamos de decir a los héroes de esta espléndida victoria y para oír los detalles de ella, para tener un ejemplar del parte dado por el triunfador, para contemplar los trofeos en banderas, estandartes y otros objetos tomados al enemigo. Tres días duraron las solemnes y fastuosas fiestas con que Mendoza celebró la victoria de Maipú: iluminaciones de colores, magníficos fuegos de artificio, salvas de artillería, espléndidos bailes y servicios de ambigú, repetidos banquetes, funciones de teatros de aficionados, era verdaderamente un exceso de lujo, de ardor patriótico, el que desplegó esta ciudad, cuna del ejército de los Andes, manifestándose orgullosa de los laureles que ese su hijo querido acababa de conquistar de nuevo, más frondosos, más brillantes y abundantes que los arrancados con tanto arrojo y valentía en Chacabuco» (2).

Nos recuerda este mismo cronista que los pueblos de San Juan y de San Luis festejaron con igual regocijo esta victoria; que Mendoza tuvo dos banderas de las tomadas al enemigo, que se repartieron iguales trofeos entre San Juan y San Luis y que todos ellos fueron colocados bajo las bóvedas de sus principales templos.

Como el 5 de abril coincidió con un domingo de Pascuas, la capital del reino de Chile tuvo la oportunidad de realzar la victoria de Maipú uniendo a lo épico lo litúrgico. Las campanas de Santiago se echaron a vuelo, y al mismo tiempo que ellas conmemoraban la

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 118.
(2) *Revista de Buenos Aires*, t. IX, pág. 58.

resurrección del «hombre Dios» en la Judea, conmemoraron igualmente el afianzamiento de su libertad por la espada vencedora de un héroe.

Como un año antes y después de Chacabuco, esta victoria arrancó de su silencio a los bardos. Los del Plata empuñaron sus liras y cantaron a San Martín en la plenitud de sus triunfos.

El orador más ilustre que en ese momento conocía el pueblo argentino, fray Pantaleón García, la conmemoró también con rara elocuencia. Subió para esto al púlpito de la catedral de Córdoba, y colocando en su vuelo oratorio la espada de San Martín junto con la espada de David, declaró: «Espada sin semejante; espada que no da un falso golpe; espada que no ha deseado al orgulloso Osorio más que la vergüenza de la derrota. Séame lícito tributar gloria inmortal a los héroes de los Andes y de llenar de bendiciones a los Las Heras, Balcarce, Alvarado y Quintana, como del linaje de aquellos por quienes Israel recibe la salud». Y luego: «Las aclamaciones de los pueblos anuncian el tránsito de los héroes, y la fama del inmortal San Martín se extiende por las mil leguas de los Andes y retrocediendo al Sur, atraviesa el Maule, Bío-Bío y se interna hasta la tierra lejana de Arauco donde la descendencia de Colocolo, Tucapel y Lemolemo se sorprende de admiración» (1).

Fué así, con una victoria semejante, como se decidió para siempre de la suerte de Chile y aún de América.

En los llanos de Maipú encontró su tumba el poder y el desafío realista y esto en modo tan absoluto y completo que al referirse a esta batalla, meses más tarde, y en un informe que en su lugar oportuno encontrará el lector, el virrey Pezuela se vió obligado a declarar: «Se perdió la batalla y se perdió todo».

El camino de Lima que San Martín venía buscando con vivo empeño, encontrólo a raíz de este acontecimiento más amplio y más seguro que después de Chacabuco. Una jornada más y al que ahora saludamos como Libertador de Chile, lo saludaremos como el Libertador del Perú.

La noticia de la victoria de Maipú recibióla Bolívar encontrándose en Angostura. Era precisamente el 18 de agosto de 1818, cuando al escribirle al general Pedro Zaraza, detiene su pluma y esto para dedicarle este lacónico, pero expresivo comentario a tamaño suceso: «Las gacetas inglesas contienen los partes de la brillante y decisiva jornada del 5 de abril de este año en que el general San Martín ha derrotado y destrozado completamente, en las inmediaciones de Santiago, el ejército español del Perú compuesto de 7.000 españoles últimos restos de los opresores de aquel reino» (2).

(1) *El clero argentino de 1810 a 1830*, vol. I. pág. 283.
(2) VICENTE LECUNA: *Cartas del Libertador*, vol. II, pág. 51

CAPITULO XII

San Martín, la Reconquista de Chile y los realistas

SUMARIO: San Martín señala un momento culminante en la guerra de América. — Comunicaciones que llegaban a España por vía de Londres y del Janeiro. — El general Vigodet solicitado para presentar un plan de pacificación. — Sus proposiciones o enunciados. — Dificultades señaladas por él para que la expedición se dirija al Plata. — Cómo puede ser sitiado en Buenos Aires el ejércitor invasor. — En Buenos Aires el ejército español no sería más feliz que el portugués en Montevideo. — Ventajas que hay para que la expedición se dirija al Perú y no al Plata. — Existen los medios, declara él, pero hay que impedir que el convoy caiga en manos de los insurgentes. — La expedición en las Malvinas. — Para que no fracase conviene que el virrey del Perú sea informado puntualmente. — Noventa mil duros mal gastados. — Parte de las fuerzas expedicionarias caerían sobre Buenos Aires por Mendoza y parte por Salta. — Una expedición al Perú de cinco a seis mil hombres, aconsejada por él. — Cómo se conoció en Madrid la victoria de San Martín en Maipú. — Al comunicarla desde Londres, el embajador español declara que se va verificando lo que tenía enunciado. — Pezuela y el conde de Casaflores, embajador español en la Corte de Río. — Supongo a V. E. instruído, le dice desde Lima, de la completa derrota que sufrieron las armas del Rey en los llanos de Maipú. — En su sentir, la invasión de Osorio habría podido bastar para concluir con los rebeldes en Chile. — Las órdenes de Osorio escandalosa y tenazmente desobedecidas. — Los vencedores de Maipú cuentan con fuerzas bastantes para emprender un ataque combinado por mar y tierra y amenazar la suerte de las armas del Rey. — Cruceros marítimos sobre los puertos de Chile. — Según Pezuela, y como resultas de la acción de Maipú, los enemigos se preparan para invadir sus virreinatos. — «Me estoy disponiendo a recibirlos con suceso», declara él. — Las provincias del Alto y Bajo Perú. — A la espera de una división de dos mil hombres y de una fragata. — El comandante de la fragata de guerra inglesa *Andrómaca*. — Conducta observada por el comodoro Bowles a su llegada a Lima. — Cómo fué admitido el canje de prisioneros propuesto por el enemigo. — El delegado de Pezuela llega a Chile estando ausente San Martín. — Las ventajas que se obtendrían si en Montevideo Artigas adoptase el partido del Rey. — Auxilio remitido por el general Morillo. — El doctor Antonio Garfias nativo de Chile. — Sus funciones informativas en el ministerio de Estado. — Minuta escrita por él el 10 de octubre de 1818. — Despacho que el 14 de noviembre presentó al marqués de Casa Irujo. — Embarcaciones que según su informe tienen los insurgentes de Buenos Aires y de Chile. — Otro despacho del 5 de diciembre de 1818. — Oficio que por orden de Palacio se transmite al ministerio de la Guerra, que acusa el estado de alarma en que está Su Majestad. — Importancia que después de Maipú tuvieron ante la corona los intereses de América. — San Martín temido por España como Aníbal por Roma.

La campaña libertadora de Chile iniciada por San Martín en la forma y con la finalidad que le dió la victoria de Maipú, vino a señalar un momento decisivo y culminante en la guerra de América.

Los prohombres de la Península, vale decir aquellos que entronizados en el poder se creían los árbitros del Continente, salieron de su pasividad y comprendiendo que había llegado para España la hora de la reconciliación o la de un supremo esfuerzo en bien de los intereses del trono, se decidieron por este segundo partido y se armaron para contrarrestar la obra libertadora de San Martín con empeño y con empuje mayor. Aun cuando la distancia que separaba a la Península del teatro de los sucesos constituía por sí un fuerte obstáculo para que España ejecutase todos sus planes con la rapidez que las circunstancias lo exigían, esto no impedía el estar al corriente de los sucesos, ya que para informarse de las cosas del nuevo mundo tenían el conducto de Lima en el Pacífico y el de la corte de Río de Janeiro en el Atlántico. El virrey del Perú acostumbraba a comunicarse, ya por vía de Panamá o ya por vía del Janeiro. Las comunicaciones que partían por aquel conducto llegaban a Londres y desde allí eran transmitidas a Madrid. Las que partían de Río de Janeiro iban directamente a la Corte, pero se retardaban muchas veces sobre las primeras por el largo viaje que sufría el correo marítimo al verse obligado a seguir la ruta que le marcaba el cabo de Hornos.

Conocidos los sucesos de Chile por comunicaciones que le llegaron por uno como por otro conducto, el gobierno de la Península excogitó, una vez que supo al reino de Chile en poder de las armas libertadoras de Buenos Aires, armar una expedición, dirigirla al Plata y atacando a la capital argentina, obligar al vencedor de Chacabuco a desistir de su trayectoria sobre Lima y a replegarse, repasando la Cordillera, sobre el territorio cuyano, amenazado a su vez por la expedición sobre el Plata.

Cuando este pensamiento comenzó a agitar la mente de los tácticos españoles, se encontraba en Madrid don Gaspar de Vigodet, gobernador militar que había sido de Montevideo y que por lo tanto estaba naturalmente capacitado para opinar sobre las ventajas o desventajas de este plan. Teniendo en cuenta, pues, estas circunstancias, el plan en cuestión fué confiado a su examen, y el 8 de mayo de 1818, al mes de haber triunfado San Martín en Maipú, ignorando Vigodet, todavía tamaña victoria, formuló su dictamen y declaró en él las razones que lo declaraban opositor a esta expedición.

«Las bases o supuestos a que he debido contraerme para presentar mi opinión en orden a la expedición pacificadora de Buenos Aires, escribe Vigodet, producen reflexiones tan importantes que me es imposible dejar de presentarlas con la extensión necesaria. Sin embargo procuraré ceñirme a cuanto lo permita la gravedad de la materia, seguro de que la ilustración de la junta suplirá todo lo que falte a mis explicaciones». Establecido este preámbulo, pasa Vigodet a encarar el fondo de la cuestión, y establece como premisas, primero, que no puede contarse con el país que ocupan los portugueses en la Banda Oriental, y segundo, que no se debe contar

con éstos como amigos, ni mirarlos como enemigos, no ocupando dicho país. «He unido estos dos supuestos, agrega, porque en mi concepto tienen tan íntimo enlace, que es imposible dejar de considerar los puntos. De ellos deduzco las dos proposiciones siguientes: 1º La Banda Oriental debe considerarse como no existente para nuestra expedición. 2º Si quisiéramos ocupar la Banda Oriental, seríamos considerados como enemigos por los portugueses que hay en ella.

«Fijada la cuestión de este modo, es claro que no nos queda en el Río de la Plata más medio que dirigirnos contra Buenos Aires en derechura con una fuerza competente; es decir, con un ejército de doce a catorce mil hombres. Esa idea envuelve en sí misma la de sesenta o setenta transportes, un crecido número de barcos menores para efectuar el desembarco y el competente de buques de guerra, destinados al convoy y a proteger las operaciones.

«Supongo que esta expedición habrá llegado a Buenos Aires; pero, ¿en qué estado? Dedúzcalo la junta considerando las molestias de tan larga navegación, y sabiendo que en el año de 1813 fueron enviados al auxilio de Montevideo dos mil hombres, de los cuales llegaron más de novecientos enfermos y los restantes en tal situación que apenas podían andar. Entonces no había esa multitud de corsarios que en el día persiguen al pabellón español en todos los mares; ni las tropas sufrieron más molestias que las comunes; y sin embargo los efectos fueron los que quedan indicados».

«Pero quiero suponer, agrega luego, que la fortuna nos prodiga sus dones y que nuestros soldados llegan en estado de batirse al momento de avistar a Buenos Aires. ¿Dónde han de desembarcar sin encontrar una resistencia insuperable? ¿En la ensenada de Barragán? ¿En los Quilmes? Pero ¿quién no sabe ya que aquellos puntos son poco accesibles, no sólo por la fuerza que los defiende, auxiliada del arte, sino por los obstáculos que opone la naturaleza? Verdad es que todo puede vencerse y verificarse el desembarco en puntos algo más distantes de la capital; pero al aproximarse a ella habría que superar otras dificultades que son bien fáciles de conocer. Mas demos por hecho que todo se ha vencido felizmente; que haya general que quiera encargarse de la empresa sabiendo que no tiene un solo punto de apoyo, y contando con que la suerte no le abandone en ningún trance, esperemos encontrar oficiales de mar que miren con indiferencia el no tener un puerto donde guarecerse, ni otro asilo para el caso de un contratiempo que el que tengan que buscar pasando el cabo de Hornos o volviendo al norte del Ecuador. Finalmente, suponemos a nuestro ejército posesionado de Buenos Aires, sin haber sufrido pérdida alguna. Bien pronto la privación de subsistencias y caballadas, fácil de ejecutarse por sólo dos mil hombres, reduciría a nuestra expedición al duro extremo de tener que reembarcarse y dirigirse no sé a dónde; porque efectivamente no alcanzo qué punto de asilo podría encontrar para re-

poner los víveres consumidos durante su efímera permanencia en Buenos Aires. Pues es demasiado conocida la astucia de los caudillos rebeldes para dudar que promoverían la entrada de algunos víveres en la capital para entretener la esperanza de nuestro ejército hasta conseguir que consumiese los repuestos llevados de la Península».

«No faltará quien cuente con la cooperación de los muchos leales que hay allí, observa Vigodet, y crea que facilitarían todo lo necesario a nuestras tropas, al momento en que estuviesen desembarcadas. Esto sería lo mismo que fiar el éxito de nuestros costosos sacrificios a ilusiones que al disiparse nos dejarían envueltos en males irremediables. Nadie me excede en la ventajosa idea que tengo formada de aquellos habitantes, ni nadie ha combatido con más fuerzas la vulgar opinión de que la mayor parte de ellos son rebeldes. Aun cuando me faltaran tantas pruebas personales de su lealtad, y aun cuando quisiera persuadirme que la generalidad de los americanos es adicta a la independencia, ¿cómo podré olvidar que han sido americanas solamente las valientes tropas que durante cinco años se han opuesto con tanta decisión y bizarría a todos los esfuerzos de los rebeldes? Entonces, el poder de éstos era incomparablemente mayor que en el día. Tenían a su favor el atractivo de la novedad que tan fácilmente arrastra la voluble condición de todos los pueblos; manejaban con fruto el medio terrible de la impostura, difundiéndola profusamente en sus papeles; y sobre todo, a un erario provisto y un ejército formado se añadía el estar intactos todos los recursos del país. A pesar de tales ventajas, la gratitud recuerda a todo buen español los prodigiosos esfuerzos con que los americanos de que se componía el ejército del Perú y el de la guarnición de Montevideo, defendían por sí solos los derechos del Rey nuestro señor hasta tanto que fueron algunos cortos recursos peninsulares.

«En vista de esto, ¿quién habrá que ponga duda en los muchos partidarios que allí tiene nuestra causa? ¿Quién desconocerá, tampoco, que muchos de los que al principio fueron adictos a la independencia se hallan ya fatigados y suspirando por un estado de orden que les asegure la tranquilidad personal y el pacífico goce de sus propiedades? Nadie sin duda. Mas esto no disminuye el poder real de los caudillos rebeldes, ni la opresión con que tienen agobiados a aquellos pueblos. Esto es lo que hace que a pesar de los deseos de los leales oprimidos, puedan los rebeldes tomar fácilmente medidas para conseguir que nuestro ejército quede como sitiado en Buenos Aires».

«Si todavía hubiere quien dudase de esta verdad, apunta el autor de este informe, observe en lo que sucede actualmente a los portugueses que ocupan Montevideo: bloqueados se hallan trescientos gauchos, sin poder salir del recinto de la plaza y manteniéndose con víveres que se llevan del Brasil, y esto a pesar que las tropas por-

tuguesas ocupan también a Maldonado, colonia del Sacramento, y otros puntos de la Banda Oriental, en la cual tienen además una caballería mucho mejor que la de los insurgentes. Este es el estado en que después de dos años, se encuentra un ejército de más de diez mil hombres de buenas tropas, habiendo empezado por ocupar tranquilamente la importante plaza de Montevideo; teniendo, como he dicho, una excelente y numerosa caballería; dominando el Río de la Plata; estando en amistad con el gobierno de Buenos Aires y recibiendo toda especie de auxilios de los vecinos puertos del Brasil. Y siendo ésta la suerte que ha cabido a un ejército guarecido de tantas favorables circunstancias, ¿quién podrá lisonjearse con que el nuestro será más feliz, privado de todo lo que es absolutamente necesario para asegurar el éxito de empresa tan decisiva; sin encontrar más que riesgos en la permanencia dentro del peligroso Río de la Plata; sin tener un puerto donde puedan guarecerse sus naves y sin mirar en ambas orillas otra cosa que enemigos dispuestos a destrozarnos, en el momento que quiera ocupar algún punto de ellas?

«La junta conocerá hasta dónde se acrecerían los inconvenientes si, además de los expuestos, tuviésemos que considerar a los portugueses como enemigos, porque al tiempo de salir la expedición de nuestros puertos no hubiésemos recibido todas las seguridades que son necesarias para no continuar considerándolos bajo un aspecto tan pacífico como el que les hemos supuesto.

«Con lo dicho me parece suficientemente pronunciada mi opinión en orden a que nuestras tropas no deben dirigirse al Río de la Plata. Réstame ahora probar las ventajas que produciría el conducirlas al Sur».

«Dificultades habrá sin duda, declara Vigodet, en llevar a las costas del Perú una expedición de cinco a seis mil hombres que son los que se consideran necesarios, además de los dos mil que tengo entendido van a salir de Cádiz; pero, ¿cuál es el medio que carezca de inconveniente? No alcanzo que haya alguno; y por consiguiente, lo único que a mi entender debe tratarse es de encontrar el que los ofrezca menores». Declara Vigodet que es ahí donde tiene lugar esta base o supuesto, que es la tercera por él apuntada la que anuncia diciendo: «Que hay los medios necesarios para realizar una expedición con objeto de sujetar a Buenos Aires».

«Por lo tanto, escribe a continuación, y debiendo costar más una expedición de doce a catorce mil hombres con víveres de repuesto para el Río de la Plata que otra de cinco a seis mil para ser llevada al puerto de Arica, claro es que hay los medios necesarios para ello. Así que ya toda la dificultad consiste en conducir el convoy unido a fin de que los corsarios insurgentes no nos hagan alguna presa. Siendo éste un objeto meramente facultativo, no puedo hablar de él con la propiedad necesaria y así me abstendré de hacerlo. No obstante, séame permitido recordar, por si fuere conducente,

que al abandonar las islas Malvinas en el año de 1810, quedó en ellas un gran número de ganado vacuno y que también lo hay en abundancia en la península de San José de la costa patagónica. Los indios pasaron a cuchillo la guarnición que allí teníamos por desavenencias con su comandante; pero están muy acostumbrados al comercio con los españoles y probablemente darían ganado en cambio de las bujerías a que son tan aficionados. Ni sería tampoco de extrañar que por medio de ellos adquiriese la expedición noticias del estado de aquellos países; porque su vida errante les facilita el medio de adquirirlas por la frecuencia con que acuden a nuestras fronteras para verificar los cambios de las especies en que consiste su comercio.

«Llegada la expedición a Arica, se hallaría en un temperamento benigno y abundante de mantenimiento: allí se repondría de las fatigas de la navegación y muy en breve se hallaría en estado de ejecutar las órdenes que tuviese anticipadas el virrey del Perú en virtud de las prevenciones que ya se habían hecho. Pero es preciso que estas prevenciones sean sumamente exactas: quiero decir que no deje de cumplirse puntualmente lo que se promete al virrey en orden al tiempo en que haya de salir de España la expedición y fuerza de que debe constar. Son incalculables los perjuicios que ha producido el no haber habido en esto toda la exactitud conveniente; y no hace mucho tiempo que se gastaron más de noventa mil duros en enviar desde Lima a Panamá buques destinados a recibir una división de dos mil hombres que se dijo estar allí pronta y al fin quedó en la Costa Firme. Por esta falta vió el virrey gastado un dinero muy precioso en las actuales circunstancias y vió al mismo tiempo destruído el plan que había formado para la reconquista del importante reino de Chile. Estos y otros graves daños se experimentarán siempre que no haya toda la circunspección que debe acompañar a las deliberaciones de esta especie; mayormente cuando es preciso no olvidar que la falta de recursos es ya uno de los mayores enemigos que tenemos en aquellos países.

«El virrey dará la dirección más conveniente a las fuerzas de la expedición y verificará con ellas la pacificación de aquel Continente. No es fácil fijar desde ahora los medios que empleará para ello, porque es imposible saber el estado en que se hallarán las cosas al arribo de nuestras tropas. Pero bien sea que destine parte de ellas a la pacificación de Chile, pasando después la Cordillera y ocupando a Mendoza y toda la provincia de Cuyo mientras la otra parte baje desde Salta hasta Córdoba del Tucumán donde deben reunirse ambas divisiones, o bien que todo el ejército marche reunido a Buenos Aires, la pacificación total es segura en ambos casos. El país será completamente dominado; los enemigos todos se irán replegando a la capital: nuestro ejército se engrosará sucesivamente; y tal vez Buenos Aires recibirá a sus libertadores sin oponerles la menor resistencia.

«Puede que haya quien presuma que estrechados por nuestras tropas, los caudillos rebeldes podrán hallar protección en los portugueses mediante las condiciones que les ofrezcan; mas aun en tan extremo evento, ¿no serían más funestos para nosotros los resultados de esta unión si nos dirigiésemos en derechura al Río de la Plata? Lo que serían sin duda; porque en este caso no tendríamos medios de resistencia, al paso que dueños de las provincias nos sobrarían arbitrios para triunfar de todos los enemigos. También habría quien diga que reducidos los rebeldes al recinto de Buenos Aires y desesperanzados de poder resistir, saquearán la ciudad y se embarcarán en los muchos buques ingleses que hay de continuo en aquel puerto. La junta conoce cuán difícil es que los habitantes consientan en que unos pocos facciosos logren tan desesperada empresa a la vista de nuestro ejército; pero aun concediendo que esto sea posible, ¿no sería más efectivo y menos sujeto a resistencia este mismo saqueo si el ejército desembarcase en las inmediaciones de Buenos Aires? ¿El pretexto de la defensa y la esperanza del triunfo no justificarían cualquier medida de los jefes rebeldes?»

«No debo fatigar la atención de la junta, concluye Vigodet, con otras reflexiones que su sabiduría hacen innecesarias, y por lo mismo me contraeré a repetir que considero poco menos que imposible la pacificación, dirigiéndonos contra Buenos Aires en derechura, al paso que me parece sumamente probable enviando a las costas del Perú una expedición de cinco a seis mil hombres con el armamento de repuesto que hace tiempo pidió el virrey» ([1]).

Apenas había terminado Vigodet de redactar este informe, cuando el gobierno de la Península se informó de la segunda victoria obtenida por San Martín en el reino de Chile. Esta noticia recibióla por vía de Londres, y el embajador allí existente, con fecha 12 de julio de 1818, comunicóla a su gobierno en esta forma: «Tengo el sentimiento de apresurarme a dar a V. E. una de las noticias más tristes por sus consecuencias que ha habido desde que empezó la revolución de nuestras Américas, la que sorprenderá a V. E., tanto más cuanto que pocos días hace tuve la satisfacción de anunciarle una de las acciones más brillantes que habían tenido las armas de S. M. en uno de los puntos revolucionados de ella.

«Las valientes tropas del Rey, que al mando del general Osorio fueron enviadas desde Lima al reino de Chile para su reconquista y que tantos prodigios de valor hicieron en Cancha-Rayada, o sea en Lircay, el día 19 de marzo, contra fuerzas tan superiores; habiendo perseguido a los rebeldes hasta cerca de Santiago, fueron atacadas en Maipú por éstos y destruídas completamente el día 5 de abril, según verá V. E. por el adjunto papel impreso en Buenos Aires, cuyas noticias me han sido confirmadas por otro conducto.

«Es bien lamentable a la verdad la suerte de todos aquellos bene-

([1]) *Archivo general de Indias. Papeles de Estado,* leg. 102, doc. nº 6.

méritos militares, unos muertos, otros heridos, y otros hechos prisioneros en día tan aciago; pero los resultados de tan desgraciado acontecimiento podrán ser aún más funestos a los intereses de S. M., pues jamás ha estado toda aquella América más expuesta que ahora a una absoluta emancipación.

«Creo inútil detallarlos a la penetración de V. E. y así lo expreso dejando de aumentar la amargura que me ha causado tan infausto suceso.

«Sírvase V. E., al tiempo de participarlo a S. M., llamar su alta atención sobre cuanto tuve la honra de exponerle y anunciarle en mi carta y en la adjunta Memoria que dirigí a S. M. por medio del secretario de esta Embajada, pues veo con harto dolor irse verificando con demasiada prontitud cuanto dije en ella.

«Hablando de esta expedición llegada de Lima a Talcahuano — como no ignoraba su fuerza y la superior de los rebeldes —, dije que no empeñaría probablemente ninguna acción decisiva, pues que si hubiese un suceso desgraciado quedaría expuesto todo el reino del Perú: la valentía de nuestras tropas y la situación en que se pusieron comprometieron desde luego la seguridad de toda aquella América; pero felizmente fueron vencedoras en los primeros encuentros haciendo prodigios de valor: el resultado de éstos las llenó de más entusiasmo, y avanzando temerariamente hasta cerca de la capital de aquel reino, fueron todas víctimas de él y de consiguiente sucedió lo que predije.

«Como veo la importancia de estas noticias y la de las medidas prontas y eficaces que es indispensable adopte el gobierno de S. M., por si fuese aún posible el evitar mayores males, he enviado al instante un extraordinario a París, encargando al embajador de S. M. en aquella Corte que sin pérdida de tiempo dirija por otro a V. E. este pliego» (1).

Pero al mismo tiempo que por conducto del duque de San Carlos — era éste el embajador español en Londres — llegaban a España las noticias más desconsoladoras y alarmantes, el embajador español en la Corte de Río de Janeiro, el conde de Casa Flores, se ponía en contacto igualmente con el gobierno de S. M. y le transmitía los informes que directa o indirectamente le llegaban del Perú. Pezuela se mantenía en contacto con este embajador, y es así como después de la batalla de Maipú se decidió a escribirle un informe de lo sucedido en Chile, informe que el conde de Casa Flores transmitió en el acto a la Cancillería española.

«Desde el 31 de marzo, escribe Pezuela, en que contestando la duplicada de V. E. de 30 de noviembre del año próximo pasado le relacioné en extracto las últimas ocurrencias de la guerra que mantienen estos dominios contra los disidentes de Buenos Aires, ha variado considerablemente, y de un modo adverso a la causa del

(1) *Archivo de Indias. Papeles de Estado*, leg. 101, doc. 76.

Rey, su situación militar y política. Estábamos entonces pendientes del suceso de la respetable expedición que a costa de mil trabajos, fatigas y sacrificios pude organizar para emprender la reconquista del reino de Chile, y V. E. habrá advertido por el contexto de aquella mi correspondencia que mis inquietudes eran iguales a la gran influencia que debía tener un éxito desgraciado sobre la suerte del territorio que administro.

«Supongo a V. E. instruído ya por la vía de Buenos Aires de la completa derrota que sufrieron las armas del Rey en los llanos del Maipú, a tres leguas de la capital, el 5 de abril, y si se halla impuesto también de que en la noche del 19 de marzo anterior el enemigo en número de más de diez mil hombres con un hermoso tren de artillería, una caballería numerosa perfectamente montada y la provisión más abundante, fué completamente derrotado y disperso en Cancha-Rayada, a las inmediaciones de Talca, con pérdida de todo su parque, equipajes y artículos de guerra, habrá visto realizado el raro accidente de un ejército que puesto en absoluta derrota y fuga por otro de menos de la mitad de fuerzas, vuelve a reunirse en menos de quince días y a ochenta y tres leguas a su espalda, y logra batir al vencedor del modo desastroso que se advierte. Sin embargo, como los rebeldes desde el principio de sus innovaciones han tenido el prurito de desfigurar en sus periódicos los hechos desfavorables y desgraciados, para sostener su sistema con el desvío de la opinión, yo deseo que se ilustre V. E. más pura y radicalmente leyendo el número 35 con su suplemento del adjunto juego de gacetas que contienen originales los partes del general en jefe del ejército real sobre aquellos dos grandes acontecimientos. En un orden regular, debía haber bastado al primero para acabar con la dominación intrusa de aquel país y restituído a la legítima obediencia, si a la prontitud de las marchas sobre el enemigo, a la precisa desconfianza en su ulterior resistencia, a la confusión y desorden en que se puso la capital en todos sus ramos y partidos, y a una combinación dichosa de otras circunstancias se hubieran juntado la conspiración unánime y valiente de todas las armas en el ataque del 5 de abril y una subordinación y más honor de parte de algunos jefes de división y cuerpos en los momentos precisos en que un decisivo triunfo iba a coronar la empresa. V. E. conocerá el exclusivo influjo de estas causas por la misma exposición del general rebelde cuando describe los oportunos movimientos de su caballería y reserva, cabalmente por los puntos que había mandado cubrir el brigadier Osorio, cuyas órdenes repetidas veces comunicadas, fueron escandalosa y tenazmente desobedecidas. No es posible que estén estos accidentes al alcance del general más acreditado; y los mismos enemigos, en el orgullo que les ha inspirado la victoria, confiesan los bien dirigidos esfuerzos del que mandaba nuestro ejército, así como el brillante comportamiento de nuestros infantes europeos y americanos.

«El sacrificio ha sido de mayor extensión que la que en otra clase de guerra debía resultar de nuestra efectiva pérdida en la batalla, porque la numerosa caballería enemiga, la distancia de los puntos fortificados de retaguardia, y la general conmoción de todos los habitantes del país hacían impracticable un repliegue sostenido, y así es que, desordenadas enteramente y confundidas sobre el mismo campo las reliquias del ejército, el señor Osorio, que emprendió su fuga por senderos extraviados, sólo pudo llegar a marchas precipitadas con catorce hombres a Talcahuano, y hasta el 12 de mayo únicamente había conseguido reunir quinientos que sucesivamente fueron llegando. Con esta fuerza, la de algunas guarniciones y la poca recluta del país, cuya suma total ascendía en aquella fecha a mil doscientos hombres escasos, sin más que seiscientos y tantos fusiles, quedaba en la resolución de defender aquella plaza y la provincia de Concepción, libre hasta entonces de enemigos, mientras recibía mis órdenes sobre su futuro destino.

«Conozco muy bien su apurada situación, y que aunque los enemigos sufrieron también mucho en la jornada del Maipú, cuentan con bastantes fuerzas para emprender un ataque combinado por mar y tierra que aminorará mucho la suerte de nuestras armas; pero sin embargo, y aunque mis recursos han quedado sobremanera limitados, y la distancia debe hacer muy lentos los auxilios que pueda enviar, el interés de conservar aquel punto para la atención de los enemigos y distraerlos en algún modo de sus miras sobre este virreinato, y la esperanza de poder emprender desde él en circunstancias más felices la reconquista de todo el reino, me inclinan a que se sostenga hasta el último esfuerzo y caso en que la resistencia sea desesperada, e inevitable si no se abandona, la pérdida de todo. Con tal intento he mandado allí sucesivamente dos fragatas armadas de treinta y dos y veinte cañones con mil doscientos fusiles para habilitar la recluta que pudiera hacerse y quedaba efectivamente practicándose, con otros artículos de guerra y varios oficiales y cuatro meses de víveres para toda la escuadrilla que existía en aquella bahía. Esta se componía de dos bergantines y la fragata de guerra *Esmeralda,* que verificó su arribada después del extraño suceso que tuvo con un *Ynchiman* enemigo el 27 de abril y detalla el nº 36 de las adjuntas gacetas. Es el objeto de estas fuerzas marítimas, ya mantener cruceros sobre los puertos de Chile, ya el coadyuvar a la defensa de la plaza contra las que los enemigos pudieran enviar sobre ella por mar.

«Estos tenían en Valparaíso en el mes de junio el referido *Ynchiman,* que compraron a la compañía inglesa de la India, con cincuenta y dos cañones, una fragata mercante armada, un bergantín, una balandra y dos lanchas cañoneras, y estaba fondeado también en el mismo puerto desde el mes de mayo el navío *Cumberland,* remitido de Inglaterra, con dos baterías capaces de sesenta y cuatro piezas, aguardando, enarbolada aún la bandera de su nación, a que

aquel gobierno, muy pobre y apurado de numerario, le pagase los 175 mil pesos en que fué estipulada su compra por un tal Alvarez. La falta sin embargo de marinería y oficiales era un obstáculo que les retardaba la organización de estas fuerzas, y esta circunstancia acaso dará tiempo a que se acaben de habilitar antes en el Callao las fragatas y corbetas de guerra *Venganza* y *Sebastiana* y a que reúna aquí también la corbeta *Veloz* y un pailebot que espero pronto de Panamá, adonde fueron desde el mes de abril para proteger la ida y venida de un convoy mercante. Con este armamento, otra fragata particular, y un bergantín que pocos días ha navegaron de aquí a estas cercanías para amparar el tráfico y la recalada de los buques de la Península, y el existente en Talcahuano, pretendo igualar o exceder el de los insurgentes, defender las costas de este virreinato y conservar en lo posible algún imperio en el mar, si las operaciones son oportunamente dirigidas y cumplen con su deber nuestros marinos.

«Sé que los enemigos, en más aptitud de resultas de la acción del Maipú, piensan llevar a cabo su antiguo proyecto de invadir por mar estos dominios, librando principalmente el favorable éxito de su expedición a las convulsiones que puedan suscitar en los habitantes infieles al Rey y encubiertos partidarios de su sistema. Aunque el huído ejército que despaché a Chile y pereció en los llanos del Maipú absorbió mis principales recursos de gente de confianza, armamento y numerario, me estoy disponiendo a recibirlos con suceso, a cuyo fin y para el caso de que lo verifiquen por los puntos intermedios de la costa de Arequipa, con el designio de conmover las provincias de arriba y tomar la espalda al ejército real del Alto Perú, he mandado organizar desde algunos meses ha un cuerpo de reserva de tres mil hombres que deberá situarse a las inmediaciones de aquella ciudad para acudir donde convenga. Esta obra llena de obstáculos y dificultades está ya muy adelantada, y por si acaso, como es de recelar, se dirigen al Callao o sus inmediaciones porque se hallan justamente persuadidos de que la pérdida de la capital del virreinato ha de arrastrar la de todo éste, son mis mayores cuidados y atenciones poner en pie una fuerza capaz de resistirles, fortificar los puntos cercanos de desembarco, sujetar a sistema e instrucción posible los cuerpos de milicias del interior, y situarme al fin en toda la aptitud militar que sea susceptible del estado de mis arbitrios, de la extensión y proporciones del territorio y de otro cúmulo de circunstancias particulares.

«Las Provincias del Alto y Bajo Perú en lo general permanecen tranquilas: el ejército, con su cuartel general en Tupiza y la vanguardia en Mojo, no ofrece por ahora cuidados mayores. Belgrano, situado en el Tucumán, no hace movimientos de importancia, y sólo aproxima gruesas partidas de gauchos e indiada que son perseguidas y escarmentadas en varios encuentros con nuestras tropas. Pudieran sin embargo, favorecidos por las ventajas de Chile,

adelantar sus operaciones; y vagan por las de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y la Paz, una porción de cabecillas, que aunque no son capaces de comprometer la seguridad del territorio, tienen con todo en continuo movimiento las guarniciones, y aunque van cayendo muchos de ellos, se reproducen en otros que continúan con más empeño esta guerra ratera, matando y pillando cuanto pueden haber a las manos.

«Aguardo con ansia una división de dos mil hombres de infantería, caballería y artillería que quedaba preparándose en Cádiz en el mes de febrero, y convoyada con una fragata de guerra, y según cartas particulares por un navío y una fragata rusos de los que estaban ya fondeados en aquella bahía, debía salir en todo el mes de marzo o principios de abril. Con estas fuerzas de mar y tierra y el armamento que pedido por mí tiempo ha a nuestra Corte, se había mandado embarcar ya en la misma expedición, si llegan oportunamente y antes de que los rebeldes verifiquen su premeditada invasión por las costas de este virreinato, tomará otro tono la defensa de la causa del Rey y se asegurará probablemente la conservación de estas posiciones, hasta que el ejército grande contra el Río de la Plata, anunciado para los meses de septiembre y octubre, verifique su arribo, y sofocando la rebelión en su misma cuna, ayudado por la mediación general de las potencias de Europa, acabe con el escándalo político de vasallos sublevados contra su legítimo soberano.

«Con esta relación, cuyos detalles suplirán en algún modo los periódicos que la acompañan, creo quedará satisfecho V. E. de mi disposición a llenar los deseos de noticias que me manifiesta en su favorecida carta del 1º de abril, que me ha entregado el muy recomendable comandante de la fragata de guerra inglesa *Andrómaca* que arribó pocos días ha al Callao; y me parece que soy acreedor a que V. E. me corresponda instruyéndome en cuantas ocasiones se le presenten del estado de nuestros negocios en la Europa, de las disposiciones de esa Corte y de cuanto pueda tener relación con la guerra de América, porque todos estos datos servirán mucho a expedir la complicada administración del día y a dar el rumbo más conveniente a las operaciones.

«Ha sido muy distinta la conducta observada por el citado comandante inglés en su arribo y estancia en esta capital de la que tuvo el comodoro Bowles, y sin faltar en nada a la perfecta neutralidad declarada por su gobierno en la contienda de estos disidentes, ha correspondido con los suyos a mi urbanidad y agasajos, y le he encontrado dispuesto a servirme en cuanto fuere compatible con su obediencia a aquella determinación. Si ha llegado a manos de V. E. mi referida carta de 31 de marzo, se habrá impuesto de que si el citado Bowles se le ha manifestado resentido de las comunicaciones que tuvo aquí conmigo, yo encontré en su conducta más motivos de quedar poco satisfecho de sus ideas y comisión de que

fué encargado, asegurando a V. E. que en lo particular e indiferente a los deberes de nuestra representación pública, mi comportamiento con él fué el de un hombre que pretende conciliarse la estimación de otro vasallo de una nación aliada.

«El canje propuesto entonces por los insurgentes, fué admitido con la adición de las condiciones más regulares y propias para consultar el alivio de la humanidad. Despaché posteriormente un parlamentario encargado de concluir la negociación con cuatro oficiales prisioneros suyos para anticiparme yo a empezarla por éstos, y tuve fletado ya y dispuesto un buque que los condujese a todos a Valparaíso; pero lejos de haber sido correspondidos mis deseos, generosidad y buena fe, el jefe que por ausencia de San Martín a Buenos Aires quedó mandando en Chile, no quiso abrir comunicaciones sobre la materia con mi comisionado, por considerarle bajo los más frívolos pretextos sin carácter bastante; dos jefes del ejército del Rey que habían quedado en Chile fueron obligados a pasar al otro lado de la Cordillera en la estación más peligrosa y en el mayor desamparo en cuanto se supo la llegada a Valparaíso del citado parlamentario, y fué éste despedido sin contestación después de haber oído en su encierro repetidas amenazas de ser pasado por las armas. Agregue V. E. a esto el trato bárbaro e ignominioso que dan a nuestros infelices prisioneros, y juzgue de la sinceridad con que se produjo a V. E. aquel jefe extranjero. Si tiempo ha que Artigas está en guerra abierta con los de Buenos Aires, y que muchas veces los ha derrotado, pero sin declararse por la causa del Rey, no son tantas las ventajas que nos resultan de aquella distracción y sus empresas, como los beneficios que podría hacernos si adoptase este partido.

«Las últimas noticias de México dan a entender efectivamente que la guerra no ofrece por ahora allí sucesos ni cuidados de importancia, y gracias, en mi concepto, más que al indulto a las muchas fuerzas que se han reunido en España.

«El general Morillo derrotó completamente a Bolívar y volvió a ocupar la Guayana, y espero que algo más desahogado con estas ventajas, me envíe el refuerzo de tropas que le pedí últimamente por la desgracia de Chile, ya que me detuvo un batallón de Burgos y escuadrón de lanceros que debían haberse empleado en la reconquista de este reino.

«No han parecido hasta ahora los oficiales Elumbrancón y Díaz y sé que el teniente coronel Cacho había llegado ya a Chuquisaca, cuyo arribo a esta capital espero, para saber lo que contiene el papel adjunto a la predicha comunicación de V. E. de 1º de abril con la cifra que me dice haberle entregado.

«Sírvase V. E. dar curso en primera oportunidad al adjunto pliego, contestación al que me acompañó V. E. del Excmo. señor embajador de S. M. en la Corte de Londres, así como al rotulado al señor ministro de la Guerra, dirigiendo éste bajo la cubierta de aquél en el

caso de no ofrecerse proporción segura y pronta de encaminarlo en derechura a la Península» [1].

En momentos en que las cosas de América tomaban este aspecto, se puede decir catastrófico, para los intereses de la Península, se encontraba en Madrid el doctor don Antonio Garfias ocupando un puesto de asesor en el ministerio de Estado. Garfias era nativo de Chile y asesor de gobierno cuando estalló allí la revolución. Era abogado de profesión, y cuéntase que durante la administración de don Luis Muñoz de Guzmán, logró ejercer una influencia ilimitada, hasta el extremo de ser considerado en la última época de su gobierno más que como un consejero como el jefe efectivo de la administración. Al entrar en el gobierno don Francisco García Carrasco, Garfias fué puesto de lado. Se trasladó a España y regresó de nuevo a América en compañía del general Elío. Durante las negociaciones entabladas por éste con el gobierno de Buenos Aires, Garfias desempeñó un papel importante. Durante el segundo sitio de Montevideo en 1814, cayó como prisionero en manos de los patriotas y fué conducido a Buenos Aires, de donde se fugó en 1816, refugiándose en un buque inglés hasta el mes de marzo de ese mismo año en que pudo trasladarse al Janeiro y de allí a España. Estando en la Península, Garfias entró en el ministerio de Estado y fué allí en donde tomó a su cargo la parte informativa relacionada con los acontecimientos de América [2].

El personaje en cuestión no se contentaba con recibir las comunicaciones diplomáticas del nuevo mundo. Recibía y extractaba a

(1) *Archivo general de Indias. Papeles de Estado.* Legajo 102, doc. 180.

(2) Para emprender la huída, Garfias se fugó, con la complicidad del comandante Mr. Fabián, en la fragata de guerra inglesa *Orpheus.* Cuando el gobierno argentino se informó de ello, se dirigió a San Martín recomendándole su captura: «Hace hoy ocho días, se le escribe a San Martín desde Buenos Aires, que desapareció de esta capital el doctor don Antonio Garfias, donde se hallaba con fianza en clase de prisionero de guerra en la plaza de Montevideo. Por las investigaciones que se han practicado se deduce que se ha fugado a Chile en un bergantín inglés que despachó de este puerto el comerciante Maknille con ánimo tal vez de continuar sus servicios al rey de España, a la inmediación de Marcó. El conocimiento que ha adquirido Garfias del estado de nuestros negocios con las noticias que puede sugerir, deben perjudicar en gran manera los intereses del país, tanto más cuanto que sus relaciones en Chile, de donde es hijo, le dan doble ascendiente sobre la opinión pública de que de antemano ha gozado, como se califica por la comisión que llevó a España de los conventos y monasterios antes de la revolución. Estos datos deben servir a V. E. para minarle con tiempo en la opinión y alarmar el celo del presidente Marcó contra la persona de Garfias. Haga V. S. esparcir la voz por medio de sus agentes en Chile de que este individuo lleva comisión reservada de este gobierno y oportunamente remita V. S. al mismo Garfias algunas cartas con instrucciones aparentes a fin de que caigan en manos de Marcó. Garfias tiene contra sí la presunción de americano».

San Martín no echó en saco roto esta recomendación de su gobierno y, obedeciendo a sus propios impulsos como a las ideas que se le sugerían desde Buenos Aires, se puso en movimiento y dirigió al reino de ultracordillera las comunicaciones relacionadas con la ejecución de este plan. Era el 2 de abril de 1816 cuando con carácter «reservadísimo» decía él a su gobierno: «Persuadido de la importancia de mantener nuestras relaciones secretas por todo el reino de Chile mientras subsista ocupado por los tiranos, aunque sea esfuerzo de los mayores sacrificios,

la vez los periódicos que sostenían la causa de la independencia, y con estas bases de la información y cartas más o menos ciertas o contenciosas redactaba los informes que presentaba al primer secretario de Estado.

En una minuta del 10 de octubre de 1818 hace saber que algunas partidas del ejército de Chile se preparaban a pasar el río Maule con el objeto de ocupar la provincia de Concepción; que el brigadier don Mariano Sollo se hallaba en Talcahuano; que acababa de llegar al puerto de Valparaíso una fragata de treinta y seis cañones comprada por los rebeldes en Inglaterra, y que éstos acababan de armar con veinte cañones la fragata española *Perla* apresada por dichos insurgentes. «San Martín, dice, entró de incógnito en Buenos Aires el 11 de mayo aparentando que le eran indiferentes los laureles y demostraciones públicas que se le tenían preparadas. El congreso acordó que se abriera una lámina en cuyo centro resaltara el retrato de aquel cabecilla, teniendo al lado derecho el genio de la Libertad y a la izquierda el de la Victoria, y decretó también se diese a los sucesores y descendientes del expresado San Martín una finca de consideración de las de la propiedad de aquel gobierno que correspondiese a los deseos del congreso. Al propio tiempo, el director Pueyrredón concedió a San Martín el grado de brigadier y un grado a los individuos del ejército de su mando. Aquel general debía regresar a Chile llevándose un regimiento el 10 de junio; pero su salida la dilató hasta el 12 con motivo de un solemne baile que le dieron los ingleses».

En esa misma minuta declara Garfias que después de retirado San Martín a Buenos Aires, inmediatamente después de Maipú, «hubo conmociones populares en la capital de Chile al pretexto de los asesinatos ejecutados en dos de los Carrera en la ciudad de Mendoza por disposición del referido San Martín». Nada más contrario a la verdad, como se ve; pero escribiendo Garfias a tanta distancia del teatro de los sucesos, no son de extrañar errores de este calibre. «El último de los hermanos Carrera, agrega, que logró escapar a Montevideo, dirigió desde aquel punto a Chile una proclama impresa incitando a los patriotas de su facción a la venganza

he dispuesto se haga por los respectivos ministerios la más prolija inquisición reservada de los sujetos que pudieran librar letras de cambio para aquel país en los términos y con la brevedad que V. S. propone, de cuyo resultado instruiré oportunamente cubriendo las cantidades que se puedan proporcionar.

«No es de perder un momento en multiplicar los conductos para adquirir conocimientos sobre la situación de los enemigos, y supuesto que con las medidas adoptadas ha principiado V. S. a mirar con buen suceso la opinión del prófugo Garfias, conviene continúe V. S. también en el mismo plan, procurando llevar la ilusión al último grado: la credulidad del español Chopitea puede hacerse servir a tan interesante objeto». *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, pág. 308.

Pero en los momentos en que San Martín se entregaba a esta vigilancia o pesquisa, Garfias había abandonado las playas del nuevo mundo y, desembarcando en España, el gobierno peninsular le acordó su confianza y comenzó a ejercer las funciones informativas que ya hemos apuntado.

contra las personas de San Martín, Pueyrredón y O'Higgins, cuya proclama, que según la opinión común fué impresa con tácito permiso del general Lecor, se ha prohibido en Buenos Aires hasta con pena de muerte» [1].

El 14 de noviembre de 1818 Garfias presentó otro despacho al marqués de Casa Irujo, diciéndole: «El ejército insurgente de Chile estaba, por el mes de julio, en posesión de todo el territorio de Concepción, y las pocas tropas realistas que había en él se replegaron al puerto de Talcahuano, único punto libre de todos los puertos de Chile. El gobierno que reside en aquella capital ha desterrado nuevamente otra multitud de europeos y americanos opuestos a su sistema y confiscádoles todos sus bienes. Ha extinguido varios empleos, moderado los sueldos y destruído los reglamentos antiguos para su pago de derechos, estableciendo otros en su lugar. Ha nombrado dos diputados con destino al gobierno de los Estados Unidos en solicitud de armas y otros auxilios; y por último, ha dado disposiciones para levantar y organizar nuevos cuerpos de infantería. En dicha capital de Santiago corría la noticia que pasaban a bloquear a Talcahuano las embarcaciones de guerra que se hallaban reunidas en el puerto de Valparaíso.

«En Buenos Aires se ha publicado nuevo bando para que todos tomen las armas con el pretexto de que recelan expedición; pero sus miras principales en la publicación de dicho bando, son sacar otra contribución de quinientos mil duros. Se preparaban en aquella capital tropas para Entre-Ríos, a cuyo punto había dirigido proclamas el general portugués Lecor para estimular a aquellos habitantes a tomar las armas contra Artigas. Este se hallaba en agosto con cerca de dos mil hombres en las puntas del Queguay. Continúa las estrechas relaciones entre los rebeldes de Buenos Aires y el gobierno portugués. Este, bajo el pretexto de la escasez de recursos con que se hallaban en Montevideo los eclesiásticos europeos expatriados de Buenos Aires, tomó la resolución de mandarlos a la corte del Brasil. La orden parece iba a hacerse extensiva a algunos oficiales españoles a quienes no quedaba otro recurso que obedecer bajo las debidas protestas» [2].

En marzo de 1819, Garfias presentó al gobierno español una razón de las embarcaciones de guerra que tenían en el mar del Sur los rebeldes de Buenos Aires y de Chile, y esto, dice él en su oficio, «por si su conocimiento puede influir en el mejor acierto de las providencias que S. M. tuviese a bien dar sobre el aumento de nuestras fuerzas marítimas destinadas al mar Pacífico». «Es verdad, escribe, que los insurgentes no tenían en principios de diciembre toda la marinería necesaria para poner en estado de hacerse a la vela dichas embarcaciones; pero V. E. conoce mejor que nadie la

(1) *Archivo general de Indias*. Legajo 102, doc. 38.
(2) *Ibídem*, Leg. 102, doc. 39.

extraordinaria actividad de aquellos malvados y la decidida protección y constantes auxilios que reciben de los extranjeros.

«Cartas de personas fidedignas de aquellos países aseguran la llegada al puerto de Arica de las fragatas *San Fernando* y *La Javiera,* parte del convoy desgraciado, y se cree con bastante fundamento habrán salvado igualmente los cuatro transportes restantes del poder de los enemigos». He aquí cómo Garfias enumera las embarcaciones de guerra a que se alude en el texto:

Navío	*General San Martín,*	de	64	cañones.
—	*Cumberland,*	»	60	»
Fragata	*Lautaro,*	»	30	»
—	*Rosa,*	»	44	»
—	*Curacio,*	»	36	»
—	*Horacio,*	»	32	»
—	*Lord Cochrane,*	»	32	»
—	*Coquimbo*	»	24	»
—	*Perla,*	»	20	»
Corbeta	*Chacabuco,*	»	20	»
—	*Columbus,*	»	20	»
—	*Maipo,*	»	16	»
—	*Galvarino,*	»	20	»
Bergantín	*Arauco,*	»	18	»
—	*Pueyrredón,*	»	16	»
—	*Intrépido,*	»	20	»
—	*Patria,*	»	16	»
Goleta	*Aguila,*	»	14	»
—	*Fortuna,*	»	10	»
—	*Duende,*	»	10	»

Garfias concluye este informe diciendo que a la lista enunciada debe agregarse la fragata de guerra *María Isabel,* de cincuenta cañones, y las fragatas mercantes *Dolores, Elena* y *Magdalena,* apresadas últimamente por los insurgentes en Talcahuano y en la isla de Santa María» (1).

Con fecha 5 de diciembre escribe Garfias otro despacho y recoge en él los informes que le han llegado por carta de Chile hasta el 4 de agosto. Según él todas esas cartas están contestes en declarar que el brigadier Osorio se sostenía en el puerto de Talcahuano con el resto del ejército que se salvó en la acción del 5 de abril y de alguna gente más que se le agregó de los naturales de aquel país. «Los indios araucanos, declara, se conservan siempre fieles a Su Majestad, pero claman porque tomase el mando de las armas el coronel Sánchez y se despojase de él al brigadier Osorio porque había perdido para ellos todo el amor y confianza que tenían antes

(1) *Archivo general de Indias.* Legajo 103, doc. 9.

de la expresada acción». «Sabiendo el gobierno subversivo de Chile, escribe Garfias, que eran muy pequeños los refuerzos que había en los puertos del interior de las costas de Arica, Quique y Arequipa, trataba con ardor de llevar adelante sus planes, acordados por el gobierno de Buenos Aires, de remitir tropas que hiciesen su desembarco por dichos puntos creyendo tomarlos sin mayor resistencia».

Había también nombrado dicho gobierno de Chile dos comisiones, la una con el fin de presentar un estatuto provisorio que debería regir hasta la celebración del congreso que iba a formarse a semejanza del de Buenos Aires, y la otra con el de preparar un proyecto de constitución para establecer la división de los poderes según la voluntad del pueblo y conforme al plan que indicaban sus actuales relaciones con los Estados Unidos y los porteños.

Estaba aún sin efecto el canje de prisioneros propuestos por el virrey de Lima al general San Martín en carta del 24 de abril. Muchos de aquellos desgraciados fueron remitidos para reunirlos con los prisioneros de Montevideo al lugar nombrado Las Bruscas, espantoso por su fuerte clima y falto de todo recurso. Los repetidos clamores de dichos infelices para que se les cubriese su desnudez de cualquier manera y suministrase algún escaso alimento estimuló al congreso de Buenos Aires a resolver que los españoles pudientes de la provincia sufragasen proporcionalmente el gasto diario que causaran dichos prisioneros, respecto de que su multitud imposibilitaba a dicho Estado para soportar los gastos que demandaba su subsistencia. En estas circunstancias anuncia Garfias que los insurgentes se posesionaron de otras embarcaciones españolas de la flota mercante, figurando entre éstas la *Dolores,* en la cual encontraron aquéllos la correspondencia oficial de todos los ministros dirigida al virrey del Perú y entre ella la real orden del 30 de julio de 1817 en que se le dan instrucciones al dicho virrey «para conseguir la pacificación de aquellos dominios».

Dice Garfias igualmente que los insurgentes se posesionaron de la instrucción dada al comandante de la fragata *Esmeralda* por el brigadier de la gran armada don Antonio Vacaro y de la cual el virrey de Lima había remitido copia a Osorio. Dice que en la provincia de Tucumán se aumentaba el descontento con Belgrano, general del ejército rebelde, de resultas de las frecuentes exacciones con que se gravaba a sus habitantes. «El mencionado general, escribe textualmente, con este motivo dirigió al congreso una enérgica representación y en ella llama la atención sobre el cúmulo de necesidades que aflige al ejército de su mando, el cual asegura terminará en su disolución si no se le deja en actitud de ocurrir a los remedios que crea más convenientes o a que se vea estrechado».

«Ha sido removido de la intendencia de Buenos Aires, dice más adelante, don Manuel Oliden y en su lugar entró don José Rondeau. La primera providencia que tomó fué obligar a que se alistase

en los cuerpos militares cívicos todo individuo nacido en América, todo extranjero que gozase de sufragio activo con arreglo al estatuto, todo español europeo con carta de ciudadano y todo pardo y africano libres desde la edad de quince a sesenta años». «En el mes de agosto, agrega después, formaron algunos porteños el proyecto de asesinar al director Pueyrredón, como un medio de trasladar el gobierno a otras manos; pero los promovedores fueron sorprendidos en vísperas de ejecutar sus ideas y se mandó formar a los cómplices el correspondiente juicio por un decreto de dicho Pueyrredón del 25 citado agosto.

«Se ha establecido en Buenos Aires un nuevo colegio, titulado la *Unión del Sur,* en que deben enseñarse entre otras cosas los idiomas inglés, francés e italiano; para dotación de maestros y otros gastos se ha aplicado el derecho de las herencias transversales y el uno por ciento anual sobre los sueldos de todos los empleados eclesiásticos, militares y de real hacienda. El director Pueyrredón ha cedido para este objeto todo su sueldo mientras permanezca en el gobierno» ([1]).

Por otro conducto y con carácter de reservado fué dirigido un oficio al ministerio de la Guerra en septiembre de 1818 por orden de Palacio. «El Rey nuestro señor, se dice en él, ha recibido por diferentes vías de Europa y América las noticias conformes y contestes de que los agentes de los gobiernos revolucionarios de Buenos Aires y de Chile estaban reuniendo una fuerza marítima en Valparaíso comprada en Inglaterra y los Estados Unidos en los términos que manifiesta la adjunta nota.

«En realidad, se sabe ya por las últimas gacetas inglesas la llegada a los puertos de Chile del navío que fué de la India Oriental inglesa, llamado *Windham,* a quien han dado allí el nombre de *Lautaro,* y que ha tenido un combate, según unos, con la fragata del Rey la *Esmeralda,* según otros con la *Venganza,* del que el *Lautaro* se retiró a Valparaíso bastante maltratado, con la pérdida de su capitán y un buen número de muertos y heridos. Los mismos avisos concuerdan en que esta reunión de fuerzas marítimas en Chile es con el objeto de hacer con ellas una expedición a los puertos intermedios de Arica o Mollendo con el fin de sublevar Arequipa, el Cuzco y provincias, marchar sobre el Desaguadero, cortar así la retirada al ejército de S. M. en el Alto Perú y atacar a su sabor a Lima indefensa. Confirmados además por algunas circunstancias colaterales, han llamado justamente la atención de S. M., y aunque se inclina a esperar que el socorro oportuno de los dos mil hombres y de la fragata *María Isabel* que partieron en mayo último podrá contrarrestar los citados designios de los insurgentes, deseoso no obstante de dar a sus preciosas e importantes posesiones del Perú y Océano Pacífico una protección capaz de asegurarlas de

(1) *Archivo general de Indias.* Legajo 102, doc. 40.

todo insulto, me ha mandado informar a V. E., es su real voluntad comunique a Cádiz a la mayor brevedad posible las órdenes correspondientes para que se habilite y parta inmediatamente para Lima uno de los navíos de línea de más porte y mejor estado de los que se hallan en dicha bahía de Cádiz, sin que este àpresto, extraordinario con las citadas circunstancias, entibie en lo más mínimo las demás disposiciones y preparativos para la completa expedición, en cuya pronta habilitación y salida toma el Rey el mayor interés» (1).

Estos y otros documentos que no es del caso reproducir aquí, nos evidencian cuál fué la victoria de San Martín en Maipú y qué importancia en virtud de ella vinieron a tener ante la Corona los intereses de América en su parte austral.

La preocupación de las preocupaciones fué el Perú. A partir de esa hora, España convencióse que había finalizado para él su aislamiento continental y que si los insurgentes del norte no podían ser sus libertadores o estaban lejos de serlo, no sucedía así con los del sur, ya dueños de Chile y prontos a serlo igualmente del mar Pacífico. Todos los ojos se concentraron sobre San Martín, y el caudillo rebelde, como entonces se le llamaba por parte de los realistas, comenzó a ser temible para España, como para Roma lo había sido Aníbal, el hijo de Cartago.

(1) *Archivo general de Indias. Papeles de Estado.* Legajo 101, doc. 115.

CAPITULO XIII

San Martín, el Emprestito Libertador y la conjuración carrerina

SUMARIO: San Martín y su viaje a Buenos Aires. — Recepción que le acuerda Mendoza. — Buenos Aires se prepara para recibirlo. — El directorio y un empréstito forzoso de quinientos mil pesos. — El congreso y el Libertador. — San Martín nombrado brigadier general por el directorio. — Entrada triunfal de San Martín en Buenos Aires. — Recibimiento que le acuerda el congreso. — Alocución pronunciada por San Martín. — Objeto primordial de su viaje. — Nada puede emprenderse, dice él, sin una fuerza marítima. — San Martín y Pueyrredón en San Isidro. — El empréstito de quinientos mil pesos está realizado, le escribe San Martín a Guido. — San Martín abandona Buenos Aires y se dirige a Mendoza. — En Buenos Aires se da a conocer el empréstito libertador. — Dos meses después Pueyrredón se lamenta de su falta de éxito. — Carta que le dirige a San Martín. — Situación tirante entre Guido y O'Higgins. — San Martín interviene y los reconcilia. — Pueyrredón transparenta su desaliento por el empréstito. — Lo que le contesta San Martín. — Renuncia que éste presentó pretextando su salud. — «Yo no quiero ser el juguete de nadie», le dice a Guido. — Sorpresa que causa en Buenos Aires su renuncia. — Esta noticia recibióla O'Higgins como un flechazo. — Pueyrredón cambia el rumbo de los acontecimientos. — «El dinero se juntará, le dice San Martín, aunque se lo lleve todo el demonio». — Guido le informa a San Martín de los pormenores de su reconciliación con O'Higgins. — Suma a que llega el empréstito. — Comunicación que el ministro de la Guerra le dirige a San Martín. — Libranzas acordadas por el ministro de Hacienda. — Carta de San Martín a Guido a este propósito. — «El horizonte se nos despeja por todas partes», le dice un mes más tarde. — Retorno de San Martín a Chile. — Carta que San Martín le dirige a O'Higgins. — San Martín en Santiago. — Estado en que encontró al ejército cuando retornó a Chile. — La insinuación de alejar de Chile al ejército de los Andes era por parte de San Martín una maniobra. — Proclama que San Martín dirige a los peruanos. — Una descabellada aventura. — Complot de los Carrera para posesionarse de Chile. — El 10 de julio Luis Carrera, vestido de peón, abandona Buenos Aires y se pone en viaje. — Su llegada a San Juan y a Mendoza, donde es capturado. — En Barranquita, provincia de San Luis, es capturado su hermano Juan José Carrera. — Luzuriaga informa a San Martín de lo sucedido. — San Martín no tuvo ingerencia alguna en esta causa. — Contestación de San Martín al gobierno de Chile al abrirse allí la acusación fiscal. — El gobierno de Chile acepta sus excusas. — El exhorto chileno y la hermana de los Carrera. — Dictamen del fiscal y del asesor del directorio argentino. — Nueva conjuración urdida por los Carrera en la cárcel. — El gobierno de Mendoza se aboca a su juicio. — La pena de muerte y su ejecución. — Manifiesto lanzado por Luzuriaga para explicar su actitud. — San Martín interpone su valimiento ante O'Higgins en pro de los Carrera. — O'Higgins accede a su pedido y le escribe a Luzuriaga. — Un perdón llegado tardíamente. — La muerte de los Carrera y la victoria de Maipú. — Proclama de José Miguel Carrera contra Pueyrredón, San Martín y O'Higgins. — El caudillo chileno esclavo de su orgullo. — Desautorizaciones formuladas por San Martín. — Estando en Buenos Aires, O'Higgins y Guido

comunican a San Martín la muerte de Rodríguez. — Rodríguez y la revolución chilena. — Su papel después de la batalla de Chacabuco. — Al descubrirse el complot carrerino se le pone en prisión. — Se fuga de Valparaíso y se presenta a San Martín. — Carta de San Martín a O'Higgins. — Su figura tribunicia en Santiago después de Cancha-Rayada. — El drama de su muerte. — Quién era Rodríguez, según San Martín.

Como después de Chacabuco, San Martín después de Maipú se decidió por hacer un viaje a Buenos Aires, y esto no con el propósito de que lo ovacionasen los pueblos, sino con sólo el intento de arbitrar los recursos a fin de poder llevar adelante su empresa.

La historia no conoce los pormenores relacionados con esta decisión. Lo único que se sabe, es que a los cinco días de vencer a Osorio abandonó su residencia y por el mismo camino que había llegado a la capital se dirigió a la Cordillera y la atravesó desafiando sus primeras nieves.

Cuando la noticia de su próximo arribo llegó a Mendoza, ésta se preparó para recibir al héroe vencedor. El recibimiento que la capital de Cuyo acordó en ese entonces a San Martín fué, como lo dice Hudson, «una fiesta de triunfo» y esto no obstante el haber hecho San Martín todo lo posible para substraerse a ello. «Mendoza, escribe este cronista, estaba de gala desde un día antes. Un inmenso pueblo se apostó desde muy temprano en la larga calle, entrada principal de Chile. Los árboles que la enfilaban a los costados, los edificios todos estaban adornados con banderas, gallardetes y hermosas colgaduras azul y blanco; arcos triunfales, vistosamente decorados, de trecho en trecho, cubriendo sus ángulos escudos alusivos y magníficos trofeos militares. El estampido de cañón anunció la aproximación del ilustre triunfador, y las salvas de artillería, los repiques de campana de diez templos, los vivas de ocho a diez mil personas que se arremolinaban al paso como un torbellino, atronaban el aire. Al parecer el general en presencia de este su bien amado pueblo, fué tomado en brazos desde su caballo y transportado así en un largo trayecto hasta la casa de su amigo el ciudadano don Manuel Ignacio Molina en la plaza principal. Algunos de sus edecanes y ayudantes de campo y una pequeña escolta le acompañaban. Aquella noche, y el día siguiente particularmente, se veía enloquecido de entusiasmo al pueblo mendocino, rodeando por largas horas los ciudadanos, unos después de otros para darse lugar, la casa del general vencedor en Maipú. Querían verlo, tocarlo, hablarle, dejar impresa en su mente de una manera indeleble aquella elevada figura, aquel bello tipo de héroe antiguo, para dibujarlo con sus recuerdos, narrándoles las glorias de la patria, conquistadas por él y sus valientes soldados, a sus hijos y a sus nietos.

«El general San Martín no pudiendo detenerse sino tres días en Mendoza, sólo admitió un banquete y uno o dos bailes, en los que se ostentó el mayor lujo en los salones, preparados en un gran

patio de una casa particular. Aceptó de la municipalidad las fiestas públicas que ésta quería dar en celebración del gran triunfo del 5 de abril de 1818 en las llanuras de Maipú y como una manifestación de adhesión al triunfador por parte del pueblo mendocino. Aceptólas para el tiempo en que regresase de Buenos Aires. Accedió a la solicitud que se le hizo por la misma municipalidad para que el sargento mayor Beltrán viniese de Chile a prepararla desde luego, con esa especial inteligencia que poseía al respecto» (1).

En Buenos Aires el entusiasmo no era menor y tanto el cabildo como el directorio rivalizaron a porfía cuando se enteraron de que el vencedor de Osorio había repasado la Cordillera, detenídose en Mendoza y que de un momento a otro haría su entrada en la capital porteña. Deseoso Pueyrredón de depararle una entrada triunfal, escribióle el 1º de mayo: «Con fecha del 9 del próximo pasado me dice usted que venía para descansar un tanto de sus fatigas en el seno de su familia, y para que acordásemos lo necesario a dar el último golpe a los enemigos. Desde entonces no he tenido la menor noticia de usted y aun no ha salido usted de Chile. Sin embargo usted me dice que no quiere bullas ni fandangos, es preciso que se conforme a recibir de este pueblo agradecido las demostraciones de amistad y ternura con que está preparado. Si yo quisiera evitarlas haría un insulto al más noble sentimiento, ni usted puede tampoco resistirse sin ofender la delicadeza de toda esta ciudad que prepara la carrera de su entrada con arcos y adornos al héroe de Maipú. Es pues de absoluta, de indispensable necesidad que usted mida su jornada para entrar de día y que desde la última parada me anticipe usted un aviso de la hora a que gradúe que debe llegar para que el Estado Mayor, etc., etc., salgan a recibirlo a San José de Flores, donde está situada ya una división de artillería. Una comisión de tres amigos debe también salir a felicitar a usted. Por último, hay ciertos sacrificios que es de necesidad sufrir en favor de la sociedad en que se vive y del puesto que se ocupa» (2).

El cabildo por su parte había tomado las providencias del caso y además de un abanderamiento general había dispuesto levantarle un arco de triunfo en la desembocadura, dice el acta oficial, de la calle de las Torres a la plaza de la Victoria. Decretóse además que se hicieran tres noches de iluminación, contadas éstas desde el día de su entrada, y para la ejecución de todos los ornatos y festejos fué designada una comisión compuesta de los regidores Aldao, Mármol y Sáenz.

Pero en este coro de aplausos, en el cual las Musas supieron intervenir arrancando odas y canciones a los poetas en boga, cúpole al congreso el dar la nota expresiva por excelencia. Este comenzó

(1) DAMIÁN HUDSON: *Revista de Buenos Aires*, t. IX, pág. 59.
(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 593.

por unirse en sesión extraordinaria el día 18 de abril y declaróse en ella que el día anterior había llegado a Buenos Aires el teniente coronel don Manuel Escalada, siendo portador de dos estandartes tomados al enemigo y trayendo además el primer parte anunciador de la victoria. En esa sesión, el director y el congreso se cumplimentaron recíprocamente, desfilaron luego las congregaciones civiles, eclesiásticas y militares haciendo otro tanto, y terminado este acto protocolar, a proposición del diputado Serrano resolvióse designar a don Tomás Guido, representante argentino en Chile, para que en nombre del congreso se personase a San Martín y le transmitiese sus felicitaciones.

En la sesión del viernes 24 de abril se leyó una nota del supremo director pidiendo al congreso la facultad de imponer al comercio un empréstito forzoso de quinientos mil pesos. El director decía en su nota que era necesario obrar así en orden a la seguridad del país y para desarrollar una actividad contra la cual viniesen a estrellarse «las nuevas empresas que tentarán sin duda los enemigos sobre el Estado».

Enterado más tarde el congreso de que San Martín pisaría de un momento a otro los umbrales de la capital, mandó suspender la ejecución de la orden transmitida a Guido y dispuso que estas gracias se le diesen al Libertador a su llegada y en el congreso. El sábado 2 de mayo, y estando aún San Martín en viaje, reunióse nuevamente el congreso y después de elegir sus autoridades pasó a discutir el proyecto de premio a favor del general San Martín y el ejército vencedor de Chacabuco y Maipú que había presentado la comisión respectiva. Esta sesión terminó con la sanción del decreto que en páginas anteriores hemos dado a conocer al lector.

El directorio por su parte pensó que lo menos que podía hacer era elevarlo a San Martín al grado de brigadier general, y el 20 de abril le fueron remitidos los despachos correspondientes. Al hacerlo y en nombre del directorio, el coronel Matías Irigoyen, ministro de la Guerra, le decía al hacer alusión a la victoria obtenida el 5 de abril en las llanuras de Maipú: «Este suceso, al paso que hará eternas en los anales de la América las virtudes de V. E., ha asegurado a los habitantes de ella el destino a que son llamados, y en tal concepto es de esperarse se convenza V. E. de que si por una justa consideración a su generoso desprendimiento de ejemplar moderación, se decidió la superioridad a admitirle la renuncia que en tiempos anteriores hizo V. E. del citado empleo, ha llegado el caso que se preste a aceptar esta condecoración, seguro de que en ello nada menos se interesa el decoro del gobierno y el honor y dignidad de la nación» [1].

El 11 de mayo, San Martín llegaba a Buenos Aires. Sabía que

[1] *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 293.

un pueblo lo esperaba para ovacionarlo; pero más modesto en esto que César, que Napoleón y que otros grandes capitanes de la historia, hacía su entrada en silencio y al amparo de los primeros resplandores con que el alba bañaba en aquel día a la capital argentina. Pero si pudo substraerse a los ritos de una entrada triunfal, no pudo negarse al recibimiento con que quiso congratularlo el congreso. Designóse para eso el domingo 17 de mayo y según el cronista de esta asamblea la ceremonia se desenvolvió en esta forma: «La carrera que media entre la Fortaleza y la Casa Nacional presentaba un espectáculo reunido de tropas e inmenso pueblo. Todos animados de una alegría exaltada. El resonar de las músicas militares y aclamaciones del gentío indicó la aproximación al congreso del lucido acompañamiento de las autoridades que presidía el director supremo. Entrado que hubo Su Excelencia en la sala con dicho general a su lado, expuso que tenía la honra de presentar a la augusta corporación al general victorioso de los Andes en cumplimiento de la orden soberana, y tomados por ambos los asientos respectivos a insinuación del ciudadano presidente y habiendo éste contestado al acto de la presentación del señor director, dirigió la palabra al general en estos términos:

«General: El soberano congreso, penetrado de los más vivos sentimientos de gratitud por la victoria que han obtenido nuestras armas en unión con las del Estado de Chile a vuestro mando en los llanos del Maipú, os da las gracias y os manifiesta el alto aprecio y consideración que le han merecido los servicios que acabáis de hacer con tanto honor del nombre americano. La formación y disciplina del ejército de los Andes bajo vuestra conducta y la serie de sucesos gloriosos en su marcha desde que se abrió la campaña de Chile, hacían esperar una victoria decisiva sobre la fuerte expedición enviada desde el asilo de los tiranos, la capital de Lima, que habían preparado luego que sintieron el golpe con que el ejército de vuestro mando, vencedor en Chacabuco, restituyó a aquel país su libertad: hacían esperar una segunda victoria de importantes resultados para la patria, que juntamente afianzase el crédito de sus armas, vindicándolas de nuevo de la indigna falsa nota, de ninguna instrucción y disciplina que el orgullo falaz de los enemigos difunde para alucinar por todas partes. Nada impidió el que se obtuviese; ni la obstinada resistencia de las tropas enemigas, ni la superioridad de su número, ni la decantada pericia de sus regimientos, ni el contraste anterior y dispersión inesperada de nuestro ejército, que sólo sirvió a engrandecerla uniendo la constancia, la rapidez y tino en la reunión al valor e intrepidez para el vencimiento.

«La batalla de Maipo será distinguida en la historia de nuestros triunfos contra la tiranía. La patria ha visto cumplidos en esa memorable jornada los deseos y la esperanza que se prometió cuando os ciñó la espada. La patria se gloría por la victoria obtenida y sus consecuencias, y no es menor su satisfacción al esperar de vues-

tro valor, de vuestra constancia, iguales y mayores glorias sobre los peligros que restan que arrostrar, riesgos y enemigos que vencer, hasta que convencidos éstos de la nulidad de sus esfuerzos para continuar la usurpación, abandonen su empresa temeraria, confiesen la justicia de nuestra gran causa y reconozcan y respeten para siempre la libertad e independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica».

«Puesto de pie el general al notar que había concluído el ciudadano presidente, contestó lleno de modestia y respeto a la alocución expuesta. Es sensible al redactor no haber podido recoger todas sus expresiones para consignar a la memoria de sus compatriotas el tenor de un discurso que hizo ver a cuantos oyeron que la moderación y posesión de sí mismo en medio de los aplausos no distinguen menos a este general americano, que su sangre fría en los campos de batalla. El no se permitió otro carácter que el de un mero órgano del ejército de los Andes y se empeñó en minorar su influencia en la victoria para realzar los servicios de sus compañeros de armas, concluyendo con protestar ante el congreso «que dicho ejército había jurado perecer o salvar la patria; que en Chacabuco y Maipú había cumplido con este deber sagrado y que estuviese segura la nación de que así lo haría en lo sucesivo» [1].

Pero si San Martín accedió al voto del congreso y en forma solemne aceptó sus plácemes y sus congratulaciones, su espíritu no se dejó envolver por ninguna corriente vanidosa y subtrayéndose a los homenajes concretóse al fin primordial de su viaje. Decimos primordial, porque si sus propósitos eran varios al salvar la distancia que mediaba entre Santiago de Chile y Buenos Aires, el más importante y el que primaba sobre todos era el de financiar, por decirlo así, la expedición al Perú. Como a Catón el Anciano, le obsesionaba una idea. San Martín no pedía como aquel romano que Cartago fuese destruído; pero sí pedía que se marchase sobre Lima, porque el triunfo de la revolución era sólo posible conquistando la metrópoli de los virreyes.

Algunos meses después de Chacabuco, y contestando a una carta de Belgrano, San Martín le escribe a este jefe ínclito dispuesto a colaborar por las mesetas del Norte en su expedición libertadora al Perú: «Me dice usted que está con deseos de saber mis planes ulteriores para poder arreglar los suyos con anticipación. En dos palabras se los diré a usted, pero bajo el supuesto de que me tiene usted que dar su opinión con la franqueza que le caracteriza, pues de este modo me queda tiempo de variarlos.

«Nada puede emprenderse con esta fuerza sin tener una marítima que nos asegure. Al efecto están en Estados Unidos dos comisionados, los que han llevado doscientos mil pesos en dinero y letras abiertas para la compra de cuatro fragatas, de treinta cañones para arriba.

(1) *Redactor del Congreso Nacional*, nº 33, julio 1º de 1818.

A más se han celebrado otras dos contratas de las que esperamos seis fragatas más de igual porte. Dominado el Pacífico, se efectuará la expedición de seis mil hombres y se desembarcará en Lima. Mi objeto es atacar el foco de sus recursos, y si la capital cae, el resto tendrá igual suerte. Yo espero que en todo marzo venidero estemos prontos. Repito que espero el parecer de usted» ([1]).

Estando San Martín en ese orden de ideas, el viaje a Buenos Aires era de necesidad primordial. La guerra no se hace sin oro; y si él era el genio propulsor y dinámico, nada podía planear de eficaz ni definitivo si le faltaba el resorte económico del dinero. Chile y las provincias Argentinas estaban ya empeñadas moralmente para prestarse una ayuda mutua. Lo hacían en el campo de las ideas, como en el de la lucha épica en que se entrelazaban sus armas; pero ahora tenían que hacerlo en el económico poniendo a contribución recíproca el metálico que guardaban sus arcas. Por desgracia, las de Chile no desbordaban en onzas ni en ningún otro metal acuñado. San Martín creyó remediar esta penuria y resolvió bajar a Buenos Aires que era la capital política y económica de la revolución.

Como después de Chacabuco, después de Maipú el sitio elegido para conferenciar fué la quinta que Pueyrredón poseía en San Isidro.

El lugar era del todo propicio para que los conferenciantes se entregasen a su tarea, y allí, sobre esas barrancas argentinas y frente al estuario se planeó el empréstito, fijóse su monto y entre otras medidas estableciéronse las relativas a los emisarios que debían trasladarse a Europa y a Estados Unidos, calidad y tipo de buques a comprar y otras cosas más relacionadas con el ejército y con la escuadra. San Martín revistió en ese momento no sólo su carácter de libertador; desempeñaba, por decirlo así, otra misión, y era la de obrar en esa emergencia como representante del gobierno de

([1]) Belgrano no tardó en contestar a la carta de San Martín, y desde Tucumán con fecha 26 de diciembre escribióle, después de hacer votos por el restablecimiento de su salud: «El pensamiento de atacar directamente a Lima es el más propio, porque subyugada, ciertamente se ha de concluir la obra; pero yo quisiera que la fuerza de usted no bajara de ocho mil hombres, aunque la cuarta parte fuera sólo de bulto. Los medios que usted ha adoptado para verificar su plan no pueden ser más acertados: preciso es dominar el mar y limpiarlo de todo obstáculo.

«Pero tal vez algún evento podría impedir la realización del proyecto y en este caso preciso es poner las miras para desembarcar en las inmediaciones de Arequipa. La provincia de Arequipa es patriota y tiene mucha gente. Tomada ella, el Cuzco es una consecuencia precisa y aunque no tan pronto como con el desembarco sobre el mismo Lima, caería ésta de necesidad, y con el auxilio que lograría usted de la provincia de Guamanga y de todos los alrededores de aquel foco, de donde ya me han enviado algunos recados, a la vez se encontraría usted con todo allanado, con muy poca o tal vez con ninguna pérdida.

«Los enemigos están al cabo del pensamiento, bien que no se les ha ocurrido que el desembarco sea sobre la misma Lima, ni tampoco en los puertos que he indicado a usted. Sus miras están sobre Arica y han procurado aumentar allí sus fuerzas».

Esta carta termina con esta declaración: «También he recibido carta de París del 5 de junio de don Bernardino Rivadavia, referente a la victoria memorable de usted en Chacabuco; ha causado honda impresión como debía. Desengáñese usted, mi amigo amado. Usted salvó la patria y le ha dado el crédito y respeto que ya tenía perdido». *Archivo de San Martín,* t. VI, pág. 13.

Chile. El 30 de junio, y como resultado del acuerdo existente entre él y Pueyrredón, San Martín pudo escribirle a su amigo Guido: «El empréstito de los quinientos mil pesos está realizado. Hágase por ese Estado otro esfuerzo y la cosa es hecha. Sobre todo auméntese la fuerza lo menos hasta nueve mil hombres, pues de lo contrario nada se podrá hacer. Prevengo que en los quinientos mil pesos va inclusa la cantidad del valor de cuatro mil quinientos vestuarios destinados para el ejército de los Andes. Póngase usted en zancos y dé una impulsión a todo para que haya menos que trabajar. De lo contrario yo me tiro a muerto». En esa misma carta y antes de escribir las líneas que preceden y que constituyen su posdata, dícele: «Se ha nombrado una comisión para hacer asequibles quinientos mil pesos. En toda la presente semana quedará esto concluído; dicha cantidad es en auxilio de los gastos que se originen en las expediciones ulteriores del ejército Unido». Por su parte, Pueyrredón le decía a Guido: «Pronto verá usted a San Martín y él le impondrá de lo resuelto sobre la expedición».

En los primeros días de julio y llevando consigo a su esposa, San Martín abandonaba Buenos Aires — en el tiempo que allí estuvo hizo una importante adquisición de armas y de otros pertrechos de guerra — y dirigíase a Mendoza. Eran sus propósitos repasar inmediatamente la Cordillera; pero al llegar a la ciudad de la referencia encontróse con que ella estaba cerrada. Con todo, San Martín no desistió de su intento y el 31 de julio escribióle a Guido: «Pienso pasar ocho o diez días en el campo y después hacer una tentativa a la Cordillera. Para esto estoy esperando a mi Justo Estay, para lo que he escrito al teniente gobernador de Santa Rosa me lo remita». El 2 de agosto le escribía nuevamente: «Para mediados de este mes pasaré la Cordillera y espero en Dios que todo se hará felizmente». «Diga usted al padre Bauzá, le escribe el 7 de ese mes, apronte mi casa para breves días» (1).

Pero si tales eran sus propósitos, un hado fatal se interpuso y vino a trastornar estos planes. San Martín no pudo pasar la Cordillera y tuvo por fuerza que prolongar su estada en Mendoza. En este ínterin la cuestión del empréstito se formalizaba en Buenos Aires y se le hacía conocer por medio de este decreto: «La urgente necesidad de sostener la libertad jurada de las Provincias de la Unión, dar impulso a los ejércitos que la defienden, y poner en respetabilidad nuestra actual constitución, con otros interesantes y graves objetos de la salud pública, me determinaron, contra mis deseos, a solicitar del soberano congreso la facultad de exigir un empréstito forzoso en cantidad de quinientos mil pesos, con que concurrir a las expresadas atenciones; y habiendo sido en efecto facultado por las soberanas deliberaciones de 3 de marzo y 24 de abril del presente año, urgiendo ya demasiado la colectación de aquella

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 140.

suma, he venido en comisionar al gobernador intendente de esta provincia para que exija de los prestamistas la cuota que a cada uno le ha correspondido, según la regulación hecha por el tribunal del consulado, a quien por su instituto y conocimientos y con el mayor deseo del acierto cometí el reparto que ha pasado a mis manos en comunicación del 1º del presente después de haber practicado por su parte todo cuanto ha estado a sus alcances y le ha dictado su celo para adquirir las mejores nociones en tan delicada operación, conciliando en ella como ha conciliado el mejor servicio del Estado, con el menor posible gravamen de los prestamistas.

«En su virtud, y para que la satisfacción del empréstito a que quedan afectados y responsables los fondos del Estado, se verifique con la exactitud y escrupulosa religiosidad que me he propuesto en honor del mismo Estado, he resuelto mandar lo siguiente:

«1º Los prestamistas harán los enteros por tercias partes en la tesorería del consulado; la primera a los cuatro días de recibida la orden que les comunicará el gobernador intendente; la segunda el 1º de agosto, y la tercera el 1º de septiembre, siendo absolutamente improrrogables estos términos.

«2º Luego que haya entregado la primera parte de su cuota, recibirán allí mismo el competente documento firmado por mí y refrendado por mi secretario de Hacienda contra la tesorería de la aduana, en que será admitido luego que se presente, abonando su importancia en cuenta de los derechos de introducciones marítimas y terrestres como dinero efectivo para pago de las dos terceras partes que prescribe el artículo 1º del decreto de 1º de junio último, con más el ½ % de interés mensual que deberá correrle desde la fecha del mismo documento, el que tendrá la calidad de endosable para cualquiera que sea el tenedor.

«3º Los individuos que no quisiesen aceptar documento contra la tesorería de aduana, abonable en la forma que prescribe el artículo anterior, serán satisfechos íntegramente en dinero, con el interés explicado, al año de este decreto. Comuníquese a quien corresponda, tómese razón en el tribunal de cuentas y publíquese en gaceta. Dado en la Fortaleza de Buenos Aires a 4 de julio de 1818». — *Juan Martín de Pueyrredón. — Esteban Agustín Gascón* (1).

(1) He aquí un espécimen de la circular que fué remitida a los ciudadanos afectados por este empréstito: «En el empréstito forzoso de 500.000 pesos que debe exigir el supremo gobierno en virtud de facultad concedida por el soberano congreso para ocurrir con ellos en parte a las actuales emergencias del Estado, han cabido a usted, según el reparto hecho por el tribunal del consulado, 1.200 pesos que deberán entrar en la tesorería de dicho tribunal por terceras partes, la primera a los cuatro días de esta fecha, la segunda el 1º de agosto y la tercera el 1º de septiembre venideros, teniendo entendido que la designación de estos términos es absolutamente improrrogable e inadmisible ningún género de reclamo, sin recurso. Verificados los enteros, recibirá usted en la propia tesorería el documento

Lanzado, como se ve, este empréstito el 4 de julio de 1818, dos meses más tarde Pueyrredón se lamentaba de su falta de éxito. Era el 2 de septiembre cuando le escribía a San Martín: «¡Ay mi amigo! En cuántas amarguras nos hemos metido con el maldito empréstito. Hasta aquí no se han sacado más que 87.000 pesos de los españoles. Los ingleses se han resistido abiertamente y de 141.000 que les cupieron no han entregado más que 6.700. No hay numerario en la plaza, los pesos fuertes ganan hasta un 4 % de premio. En suma, es imposible sacar el medio millón en numerario aunque se llenen las cárceles y cuarteles. Admírese usted al oír que ayer vendí el papel del empréstito a veinticinco por ciento cuando no se ha sacado aún la sexta parte. El resultado de todo esto es que el Estado no se remedia, que el comercio nacional se arruina, que los ingleses, únicos introductores, sufrirán exclusivamente toda la quiebra del papel, que no entra un peso en la aduana; y lo peor y más ruinoso, es que el crédito público se destruye de un modo escandaloso; estoy ahogado; estoy desesperado. Ayer he dicho que se me proporcionen arbitrios o que se me admita mi dimisión en este lugar de disgustos y de amarguras» (1).

Cuando estas noticias nada reconfortantes para San Martín llegaban a su conocimiento, llegaban igualmente las relacionadas con un desacuerdo que asumía los aspectos de un conflicto político entre O'Higgins y Guido. Al parecer, el representante argentino en Santiago, desde su llegada ahí, había asumido un papel dirigente y hacía y deshacía a su antojo. Esto, como era de presumirse, provocó en el acto un coro de protestas, y O'Higgins se vió obligado a decirle a San Martín: «Con el mayor dolor anuncié a usted en mi última comunicación la necesidad de remover a Guido de esta capital; vuelvo a repetir que ya no es conciliable su permanencia de diputado con mi empleo de director. El conoce que tengo carácter suficiente para no permitirle desórdenes en mi gobierno y mucho menos insultos e intrigas que al fin nos pueden conducir a la ruina. Por esta razón mueve los más ocultos resortes de sus maquinaciones a prepararlo todo en mi contra. Este hombre, sin duda atolondrado con la alta representación a que repentinamente se ve elevado, se juzga autorizado a jugar conmigo, conforme a sus caprichos e intereses, incesantemente tantea jefes y no dudo que prevalecido de la honradez y sencillez de nuestro amigo Balcarce, le prevenga el ánimo conforme a sus designios. Aseguro a usted, mi amigo, que los mayores tormentos que he sufrido en la revolución son los que experimento en la presente época» (2).

de pago en los términos que constan del adjunto decreto, lo que de orden suprema tendrá usted entendido para su exacto cumplimiento. — Buenos Aires, 18 de agosto de 1818. *Ramón Balcarce*». Esta circular, que la copiamos de una hoja impresa existente en el *Record Office*, está dirigida al súbdito inglés A. D. N. Ludlam. En este documento hase borrado el mes de julio y escrítose con tinta: Agosto. Admiralty 1/23.

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 598.

(2) *Ibídem*, t. V, pág. 436.

Al mismo tiempo que se dirigía en estos términos a San Martín, se dirigía igualmente a Pueyrredón.

El director argentino no pudo cerrarse a sus quejas y escribióle: «Protesto a usted que me ha llenado de amargura la conducta que usted me refiere de ese joven; y quisiera que volase el conductor de mis órdenes para separar cuanto antes de la inmediación de usted la causa de sus justos sentimientos. Cuento que usted me avisará cuál sea su comportación después que reciba el oficio en que le ordeno su inmediata venida, entregando todos los papeles y documentos de su comisión a nuestro común amigo Balcarce. Sobre la pena que me ha causado la mala comportación de un hombre mandado por mí, y cuyos procederes parece que son trascendentales a mi opinión, me mortifica el desconsuelo de haber sabido también que tomando sin duda origen de las indiscreciones y ligerezas suyas, se advierte una división entre los amigos de Chile y los nuestros. Es ésta, compañero querido, la mayor fatalidad que pudiera sobrevenirnos; y así es preciso a costa de todo sacrificio atajarla, sofocarla, destruírla enteramente, substituyéndole los sentimientos de la más pura amistad y unión. Yo confío que usted, con su prudencia, con su influjo, y con la natural dulzura de su carácter, apagará cualquiera pasión inflamada haciéndoles entender —y a mi nombre si usted lo juzga conveniente — que los desvíos de un individuo jamás deben alterar la armonía de una familia escogida por sus virtudes para hacer la felicidad de nuestra patria» (1).

Consecuente con la actitud asumida, Pueyrredón se dirigió a Guido llamándolo. Pero al mismo tiempo escribióle a San Martín: «Hace tres correos que no he escrito a Guido, suponiéndolo en camino por las órdenes que le fueron por posta. Dígale usted, si aun lo ve, que venga tranquilo. Yo he hecho correr la voz de que hacía tiempo que me instaba por su separación de Chile y que me había visto precisado al fin a concederla».

Al mismo tiempo, y comentando lo sucedido en Chile, se expresa así en esa carta a San Martín: «Ha debido usted graduar cuál ha sido el sentimiento mío y de todos los amigos de la unión desde el día que recibimos las comunicaciones sobre la ocurrencia de Guido. Estoy cierto que si usted hubiera estado presente, todo habría sido terminado de un modo amigable; pero el diablo siempre ha de meter la cola y así es preciso vivir siempre alerta y con la espada desnuda. Por esto es que dije a usted en mi anterior que apresurase su paso de cordillera, pues temí por el tamaño de los primeros pasos que llegase a poner tan agria la cosa que fuese imposible templarla» (2).

Pero aun cuando San Martín no estaba en Chile con su persona, lo estaba con su espíritu, y escribiendo, ya a Guido, ya a O'Higgins,

(1) Vicuña Mackenna: *Vida del Capitán O'Higgins*, pág. 374.
(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 597.

logró salvar las distancias que lo separaban, provocar la reconciliación y colocar las cosas en su punto. Esto explica que el 7 de septiembre y en vísperas de pasar la Cordillera para dirigirse a Santiago, San Martín le escribiese a Guido, contestando varias de sus cartas: «No ha sido poca mi sorpresa al ver el desenlace que ha tenido la incomodidad de O'Higgins; pero al fin, yo estoy lleno de gusto por haberse transado todo amistosamente» (1). Y al mismo tiempo en carta a Pueyrredón: «Qué satisfacción no tendrá usted al ver las comunicaciones de Chile que le incluyo. Todo ha quedado tranzado del modo más sólido. Dios conserve la armonía, que es el modo de que salvemos la nave» (2).

«Mucho, mucho he celebrado la terminación de los disgustos de Chile —le dijo días más tarde Pueyrredón a San Martín en una de sus cartas —; pero me parece que no descubro en la reconciliación toda la sinceridad que debe tener para que sea permanente y creo que la presencia de usted y algunas explicaciones amigables restituirán toda la confianza».

Establecida esta declaración, pasa Pueyrredón a ocuparse de la cuestión latente, o sea del empréstito libertador, y le dice a San Martín: «Aseguro a usted que no sé cómo no me he vuelto loco cuando vi cumplir los tres plazos dados para el empréstito y que no había entrado la sexta parte en caja. Los ingleses se desentendieron absolutamente y a su ejemplo lo hacían todos los demás comerciantes. Mi espíritu tocaba ya al término de la desesperación porque preveía el trastorno que debían padecer nuestras operaciones militares; pero yo encontré el remedio en mi misma desesperación, y hoy puedo asegurar a usted que se hará efectivo el empréstito y que puede comenzar a librar contra este gobierno las cantidades que encuentre en Mendoza o Chile en la seguridad que serán cubiertas. Prevengo así a usted, que no gire sus libranzas a menos de ocho o diez días vista para nuestra mayor comodidad» (3).

Estas comunicaciones de Pueyrredón como las noticias que le llegaban de Chile —según Vicuña Mackenna los chilenos habían caído después de la victoria en el marasmo de la satisfacción y del egoísmo— obligáronle a San Martín a tomar la pluma y a decirle a Pueyrredón: «Es en mi poder el reservado de V. E. en el que me manifiesta la absoluta imposibilidad de realizar los 500.000 pesos decretados por V. E. para auxilio del ejército de los Andes. Creo de mi deber exponer a V. E. que si dicho ejército no es socorrido, no solamente no podrá emprender operación alguna, sino que está muy expuesto a su disolución». Pero San Martín no se contentó con formular esta queja y decidió por presentar su renuncia formulándola el 4 de septiembre. «Resuelto, dice, a hacer el sacrificio de

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 145.
(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 599.
(3) *Ibídem*, pág. 600.

mi vida, marchaba a volverme a encargar del ejército Unido, no obstante que el facultativo don Guillermo Collisberry, que también me asistió en mi enfermedad en el Tucumán, me asegura que mi existencia no alcanzará a seis meses. Sin embargo todo lo arrostraba por el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego a V. E. se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando para de este modo dedicarme a la conservación de mi vida, expuesta a su fin si así no lo hago. Mis débiles servicios en todo tiempo estarán prontos para la patria, en cualquier peligro que se halle. Ruego a V. E. tenga la bondad de admitir en beneficio del Estado los sueldos que me corresponden por mi grado, pues teniendo con qué subsistir cómodamente, me son innecesarios».

Al mismo tiempo que dirigía al directorio esta renuncia, le escribía a Guido y le incluía el oficio que acababa de transmitirle Pueyrredón relacionado con el empréstito. «Juzgue usted, le dice, la impresión que habrá causado en mi corazón su contenido. El, como jefe del Estado y como amigo, y a presencia de sus secretarios sancionó el auxilio de los quinientos mil pesos para el ejército. En esta confianza, yo marchaba a hacer el último sacrificio volviéndome a encargar de un mando que me es odioso; pero habiendo recibido aviso de un amigo de Buenos Aires, en que se me aseguraba este resultado, suspendí mi marcha a ésa». Y a continuación: «Ayer he hecho al director la renuncia del mando del ejército, del que no me volveré a encargar jamás. Yo no quiero ser el juguete de nadie y sobre todo quiero cubrir mi honor».

Pero, lo interesante del caso es observar que al mismo tiempo que San Martín simula desinteresarse del papel directivo que le señala la Providencia, no renuncia a las cosas relacionadas con la guerra y le escribe a Guido para que se activen las operaciones sobre Talcahuano antes de que se proceda a la recolección de la cosecha de granos, «pues si la verifican, le dice, puede demorar mucho la toma de dicha plaza». Evidentemente, el ánimo de San Martín no era el abandonar la empresa libertadora que había iniciado. Lo que quería él era poner en juego todos los resortes y sabía muy bien que su sola renuncia era la fuerza suficiente para hacerlo.

Cuando esta renuncia llegó a Buenos Aires se encontraba allí como representante de Chile don Miguel Zañartú. Fué él testigo del sobresalto que produjo esta renuncia, y al escribirle a O'Higgins comunicándole lo sucedido, le informó que esa renuncia se había leído en la logia y que la había motivado el no haberse podido llenar el empréstito de los quinientos mil pesos ofrecidos para la expedición. « No puede usted figurarse, le dice Zañartú a O'Higgins, la sorpresa que produjo esta comunicación inesperada del gobierno cuando todos estábamos persuadidos que ya el dinero estaba colectado.

«Todos acusaron la fría apatía con que se procedía en negocio

tan interesante. Yo expresé los sacrificios de mi Estado, la actividad violenta, pero necesaria, que mi gobierno aplicaba en semejantes casos, la justicia con que debían nivelarse los gastos en una empresa de utilidad común, las diferentes proporciones de este pueblo al mío, en fin, cuanto podía influir, dar movimiento y vida a este negocio. Y aunque la cosa ha sufrido su retardación, el empréstito se lleva a cabo porque la O.—O. no se detendría por consideración alguna que se oponga a la consecución del fin. San Martín ha dado un golpe maestro; y si fuera conciliable con el honor del director el publicar la renuncia del general y su fundamento, creo que no habría medio mejor para sacar cuanto dinero quisiese, porque aquí saben demasiado cuanto él vale» [1].

Pero si en Buenos Aires la renuncia había provocado esta mutación en los ánimos, en Chile no dejaba de suceder otro tanto. Todo inquieto y alarmado, O'Higgins le escribe desde Santiago: «Compañero y amigo amado: Semejante a un flechazo me ha sido su apreciable del 6 del presente que contesto. ¡Cuando me preparaba a estrecharlo entre mis brazos, recibo la amargura de su resignación! San Martín es el héroe destinado para la salvación de la América del Sur y no puede renunciar la preferencia que la Providencia eterna le señala. Sí, amigo de usted amado, cualquiera que sea la causa que haya motivado la resolución y esté a los alcances de su compañero y de este Estado el remediar, yo le aseguro su allanamiento. Me hago cargo de la falta de su salud, pero este clima benigno puede mejorarlo y proporcionar remedio a toda clase de males. Ruego a usted, por la patria y por nuestra amistad, se venga cuanto antes y me alivie de la amargura que sufro, no pudiendo aliviar otra cosa que la aceptación de mi súplica» [2].

(1) BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA: *El General don José de San Martín*, pág. 33.
(2) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 442.

Esta renuncia fué conocida en España en los primeros días del mes de enero de 1819. Cuando ella llegó a esa Corte, se encontraba allí como empleado oficial de secretaría en el ministerio de Estado don Antonio Garfias, el mismo que comentara, como ya se ha visto, el arribo de San Martín a Buenos Aires después de Maipú. Esta circunstancia le permitió el formular sobre ella los comentarios del caso, y así lo hizo diciendo en un informe del 20 de enero dirigido al marqués de Casa Irujo, lo siguiente: «Motivos muy graves y útiles a mi dictamen a la causa española debieron haber compelido a dicho San Martín a una resolución tan precipitada que no esperaban sus compatriotas y a quienes por lo mismo ha causado la más extraña sorpresa. Algunos creen en Buenos Aires que el motivo de la renuncia fué porque el director Pueyrredón negó a San Martín varios auxilios que había solicitado y otros se persuaden que fué resultado de las grandes desavenencias que aquel general tuvo con el brigadier don Marcos Balcarce quien parece formó en Chile partido contra el mencionado San Martín con el objeto de colocar a Alvear en el mando».

En este mismo informe declara Garfias que según una gaceta de Chile del mes de agosto, había llegado a Talcahuano un refuerzo de 700 hombres remitido por el virrey de Lima al brigadier Osorio, que corría en Santiago como seguro de que al Callao había llegado igualmente gente armada procedente de Panamá y que unida a esta con la que había en Arequipa, se proponía ir en auxilio de Talcahuano. Alude igualmente a un encuentro habido en Chillán entre los insurgentes y los realistas, y pasa luego a decir que apenas hubo llegado a Buenos Aires la fragata

Pero mientras O'Higgins conjuraba así a San Martín, para que no retardase su vuelta a Chile, Pueyrredón proseguía con él sus comunicaciones relacionadas con el empréstito. Es así como después de haberle dicho en carta del 26 de septiembre de 1818 que el remedio a las dificultades lo encontraría en el mismo estado de desesperación en que se encontraba, como ya se ha visto, le dice textualmente al darle a conocer lo firme de su voluntad: «He echado a un lado toda consideración con los que no tienen ninguna con nuestra situación apurada; y mañana se intimará al comercio inglés, el que no hubiere cubierto en los 14 días restantes de este mes la cantidad que le hubiese cabido, será embargado y remarcado en sus efectos hasta cubrirla y además cerrada su casa y expulso del país. Estoy cierto que no darán lugar a ello, y el dinero se juntará aunque se lo lleve todo el demonio. En esta confianza y seguridad, aproveche usted, amigo querido, el primer momento de bonanza para pasar la Cordillera, y vamos a ver si completamos la seguridad del país y la gloria propia de usted. Balcarce me escribe largo sobre el estado de cosas de Chile, pero en todas sus cartas y con repetición me dice: que sólo la presencia de usted le podrá dar el tono y actividad que le falta». Y para terminar: «Por lo demás, dejémonos ahora de renuncias, que si fué disculpable la de usted por las circunstancias, no lo es ya, habiendo variado, y porque también juro a usted por mi vida y por los deberes de nuestra amistad, que si usted llegase a obstinarse en pedirlas, en el acto haré yo lo mismo; y se

Trinidad fué entregada por los insurgentes a aquel gobierno, y que en el acto la noticia fué transmitida a Chile a fin de que sin pérdida de tiempo saliesen de allí fuerzas navales para atacar al convoy. Informa igualmente que el gobierno de Buenos Aires designó al general Juan Ramón Balcarce para que saliese a atacar a los santafecinos, los cuales no reconocían otro jefe que Artigas, y que las fuerzas comandadas por aquél eran de 1400 hombres.

«La situación de Pueyrredón, escribe textualmente, era en aquella fecha peligrosísima, principalmente desde que decretó la prisión del secretario de la Guerra, don Miguel Yrigoyen, de Manuel Sarratea, de Juan Pedro Aguirre y otros a quienes atribuía Pueyrredón complicidad en la última conjuración proyectada contra su persona y la de varios otros de su facción.

«A fines de octubre, prosigue, salió de Buenos Aires con comisión de aquel gobierno y destino a Europa el canónigo don Valentín Gómez, acérrimo partidario de la rebelión y uno de los más temibles por sus luces y más que por ellas, por su sagacidad y maneras seductoras. El objeto de su misión, aunque no se había descubierto en aquella capital, no es difícil inferir cual sea después del manifiesto que dirigió aquel gobierno a las naciones extranjeras queriendo justificar las causas de la declaración de su soñada independencia.

«El insinuado Gómez debía recalar antes en la corte del Río de Janeiro para entregar a S.M.F. los pliegos que llevaba del gobierno de Buenos Aires, quien señaló al comisionado por razón de dietas, 8.000 pesos anuales».

Garfias aborda el punto relacionado con el empréstito libertador y con tal motivo escribe: «Los comerciantes ingleses que hay en Buenos Aires se resistieron fuertemente a satisfacer la parte que les cupo en la última contribución general decretada por aquel gobierno, con el cual por este motivo ha tenido contestaciones muy serias el comodoro Bowles, en términos que declaró éste bloqueadas aquellas balizas para toda embarcación inglesa. El estado de este ruidoso asunto se hallaba aún pendiente el 2 de noviembre». *Archivo general de Indias. Papeles de Estado.* Legajo 103, Documento Nº 9

vendrá por tierra toda nuestra obra. Tenemos aún algo que sacrificar y es preciso hacerlo».

Y como conjuro final: «Si usted viera como estoy. Hace días que estoy pasando las noches más amargas con mis dolores, sin dormir y siempre trabajando sin alivio. Se siente mi máquina muy debilitada y mi espíritu muy abatido. A pesar de todo, sigo el empeño y hemos de salir de él con honra, ayudándonos recíprocamente. Aliento pues, mi amigo: cuente usted con todo los recursos que pueda proporcionarse de aquí y con la eterna amistad de su Juan Martín de Pueyrredón» (1).

Guido, por su parte, lo impone de todos los pormenores relativos a su reconciliación con O'Higgins, y al tocar el punto de su renuncia, dícele: «Me entregó Justo Estay la carta de usted con la copia que me acompaña y ha sido una puñalada para mí la noticia de su renuncia. Usted tiene muchísima razón en quejarse y procurar evadirse de compromisos tan serios, después que se le ha faltado tan bruscamente; pero yo no puedo menos que decirle que renunciar al mando de los ejércitos, y no pasar los Andes, es como conformarse en ver desgraciados a unos pueblos que han costado a usted tantas fatigas; es, en una palabra, como convenir en que el fruto de tanta sangre y de tantas glorias se aniquile por consumación. Usted ha observado este país. Sabe su moral y de lo que es capaz con una mano diestra que lo conduzca. Usted mismo, sobreponiéndose a su amor propio, tiene que confesar que nadie, nadie sino usted lo arregla y lo conserva. Enhorabuena que no se pudiera emprender sobre Lima: el honor de usted quedaría en su brillo si lograba fijar en este reino un baluarte seguro de la libertad. Es preciso convencerse que si Chile queda libre de enemigos y asegurado de sus incursiones, el tiempo sólo basta para conquistar el Perú. Nadie sino usted puede proporcionar este consuelo a su patria y a sus amigos. Tal vez yo me excedo en hacer a usted observaciones que le son odiosas; pero mi amistad se desahoga y las recibirá como insinuaciones del sentimiento que me oprime. No pierdo las esperanzas de que usted no nos desampare» (2).

La renuncia de San Martín había tenido la virtud de sacar a los políticos de la inercia y de hacer que el empréstito que se creía fracasado se hiciese efectivo. El no llegó a la suma de los quinientos mil pesos que fueron los sancionados; pero alcanzó a más de trescientos mil y el resto facilitólo el gobierno argentino en armas, en el envío de barcos y en otros pertrechos de guerra. El ministro de la Guerra, el coronel Matías de Irigoyen, le escribía el 16 de septiembre: «El gobierno supremo ha tenido en consideración cuanto V. E. expone relativamente a los medios de facilitar el buen suceso del plan consabido, y aunque estas provincias se hallan ya muy

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 600.
(2) *Ibídem*, t. VI, pág. 312.

abrumadas de las reiteradas exacciones que ha sido preciso hacerlas sufrir, sin embargo se han acordado muchos sacrificios que llenan la idea meditada. Al efecto se han dictado providencias muy eficaces cuyo feliz resultado se presiente, y en este concepto me ordena el supremo director diga a V. E. que desde luego puede ir librando contra esta tesorería general las cantidades que indispensablemente considere necesarias hasta el lleno de la suma convenida, sin perjuicio de que se tendrá especial cuidado de hacer, sin las dichas libranzas, las remesas que permita la oportunidad, a entregarse a la orden de V. E.» (1).

Por su parte, el ministro de Hacienda le hacía envío de tres libranzas suplicándole a San Martín que le acusase recibo por el valor de once mil doscientos veinticinco pesos, y en comunicado aparte le decía: «Al mismo tiempo, para inteligencia y demás fines que puedan convenir a V. E., le comunico haberse a esta fecha pagado doce mil ciento cincuenta y ocho pesos a los individuos que se han presentado hasta ahora con libramientos girados por V. E., y luego que se presenten los restantes que me anunció serán igualmente satisfechos» (2).

Fué a raíz de este cambio de actitudes en el escenario político y económico del directorio que San Martín escribióle a Guido: «Al fin, consecuente a mi renuncia se ha vuelto a decretar el auxilio de los quinientos mil pesos para el ejército de los Andes. Ya tengo en mi poder algunas libranzas contra individuos de ésa que remitiré a Lemos en el correo entrante. También han salido de Buenos Aires en la fragata inglesa *Lord Lindoch* los vestuarios necesarios para cuatro mil hombres y la artillería de batir que había pedido. Todo eso ha mejorado mi salud y sólo espero un poco de más tiempo para que venga todo el dinero y marcharme a ésa aunque sea muriéndome: ahora tal cual se puede trabajar; de lo contrario sería ir a ser víctima de la necesidad» (3).

Un mes más tarde y todavía desde Mendoza vuelve a decirle: «Al fin llegó el doctor don Julián Alvarez. Su principal objeto ha sido el de venir de parte de los amigos a satisfacernos sobre la suspensión de los quinientos mil pesos y la realización de los nuevamente decretados, así como a otros asuntos que a nuestra vista diré a usted. El horizonte se nos despeja por todas partes y yo creo que debemos aprovechar esta coyuntura de la racha favorable que se nos presenta para dejar tranquilo el país y constituirlo. Bauzá ha llegado felizmente y es regular regrese lo más pronto que sea posible. Alvarez no tiene ninguna comisión para ese gobierno, pues solamente se reducía a mí solo» (4).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 681.
(2) *Ibídem*, pág. 683.
(3) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 153.
(4) *Ibídem*, pág. 157.

Triunfante en su empresa, San Martín se decide por retornar a Chile. La primavera ya había despuntado y los caminos serranos ya no le ofrecían el obstáculo de la nieve para desfilar por ellos con su cabalgadura. O'Higgins lo esperaba ansiosamente, y con fecha 6 de octubre desde Valparaíso le escribía: «Continúa mi inquietud hasta tener contestación conforme deseo a mis anteriores. Ya estará en ésa el Padre Bauzá. Véngase usted con él, que la Cordillera está cada día mejor» (1).

Con fecha 13 de octubre San Martín contestóle: «El Padre Bauzá ha llegado y con él marcharé a ésa. Usted crea que es el último sacrificio que voy a hacer por la amistad y por Chile.

«Por mi oficio verá usted la comisión dada al doctor Gómez para que éste se presente al congreso de Soberanos y demás naciones, a fin de establecer nuestra independencia. Los pliegos que venían para usted sobre este particular se vió precisado Alvarez a quemarlos para que no cayeran en las manos de los montoneros de Santa Fe, quienes le despojaron de todo el dinero y armas que traía. La representación de ambos Estados debía ser una gran fuerza en el citado congreso de Soberanos.

«Remeditos me encarga diga a usted cuán reconocida se halla por sus recuerdos. Esta se halla en cama, consecuente de un aborto que ha tenido ayer. Yo creo escribe a mi señora doña Rosita dándole las gracias por la fineza remitida a Merceditas. Me encuentro mejorado con mi estada en el campo y creo que en breves días me pondré en marcha. De este modo tendrá el placer de abrazar a usted el que es y será hasta la muerte su amigo verdadero *José de San Martín*» (2).

«San Martín, dice un historiador chileno, cumplió la palabra empeñada, y el 26 de octubre de 1818, después de seis meses de ausencia, se apeaba otra vez, desapercibido pero incansable, de su mula de viaje a la puerta del palacio de los Obispos de Santiago, su residencia oficial» (3).

Lo escrito en las páginas precedentes demuestra a las claras que el empréstito libertador fué obra del empeño tesonero de San Martín. El no buscaba con esta operación encumbramientos personales. Buscaba la dicha de América y finalizar gloriosamente la campaña libertadora en que estaba empeñado y comprometido además el honor de Chile y el de las Provincias Argentinas que lo habían hecho ante América su emisario.

La suerte no quiso con todo recompensarlo con las ventajas que

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 443.

(2) La carta que transcribimos tiene una posdata precedida de esta observación: Reservado para Ud. solo. — «Luzuriaga me ha dicho esta mañana le ha asegurado un vecino honrado de ésta haber visto una carta de Monteagudo en que a la verdad nos hace muy poco favor a usted y a mí como igualmente a ese pueblo. Luzuriaga ha quedado en llamarlo al que la tiene y presentármela. Lo que resulte avisaré a usted».

(3) *Relaciones Históricas*, pág. 661.

él se merecía. Apenas hubo pisado los umbrales de Chile encontróse con que el ejército de su mando pasaba por los más serios apuros. Para remediar el mal dirigióse a Pueyrredón y expúsole lo grave de la situación. «Yo me veo en la disgustosa precisión, dícele, de manifestar a V. E. que el ejército de los Andes en Chile está muy próximo a ser disuelto y amenazado por la miseria, de la que siempre son consecuencias seguras la desmoralización, la relajación de la disciplina y la insubordinación. La relación inclusa del intendente del ejército persuadirá a V. E. de que no son vanos mis temores. Por ella se evidencia de que los sueldos que se deben al ejército importan 129.600 pesos y 3|4 siendo los sueldos la porción mantencional precisamente necesaria y debiendo producir la falta de ellos un tedio y desaliento para el servicio. El Estado de Chile, señor Excmo., se halla en una positiva bancarrota, en una destitución absoluta y sin recursos ni en la esperanza. El tiene empeñadas y aun consumidas sus rentas del año entrante. Así, en descargo de toda responsabilidad y en cumplimiento de mi obligación y de mi honor, lo represento a V. E. muy respetuosamente, suplicándole quiera considerar el conflicto de mi espíritu a la vista de la marcha progresiva que hace el ejército a su ruina estando yo hecho cargo de él» (1).

El 31 de diciembre vuelve sobre el mismo tema y esta vez para hacer una pintura sombría de la situación. «Ya ha llegado el caso, dícele a Pueyrredón, de hablar a V. E. con la claridad y respeto debido a un ciudadano que obedece y desea el bien de su patria. El Estado de Chile está en una completa bancarrota. Su actual administración ni es respetada ni amada y sólo se sostiene por las bayonetas del ejército de los Andes; pero este apoyo desaparecerá por la falta de medios para su subsistencia, en razón de que no hay cómo sostenerla».

Pasa luego San Martín a opinar sobre el estado político del momento y dice textualmente: «Mutación alguna en el gobierno de este país no puede hacerse, pues no hay hombres capaces de tomar la rienda del gobierno; sin embargo de lo expuesto, sólo puede mantenerse el orden y seguir los progresos que las favorables coyunturas nos presentan para acabar con el virrey de Lima, siendo protegido este ejército con la cantidad que V. E. tuvo a bien asignar para su auxilio. De lo contrario, soy de opinión de que V. E. lo mande repasar los Andes para poderlo utilizar del modo y forma que tenga por conveniente. La adjunta cuenta que incluyo hará ver a V. E. la deuda total que este Estado debe al ejército y Provincias Unidas. Por él calcule V. E. cuál será su situación. Sólo su ejemplar disciplina puede hacer que se mantenga en orden, pues de los cuatro meses corrientes desde septiembre inclusive no ha sido auxiliado con un solo peso y mucho menos para gastos secretos

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 252.

y extraordinarios de guerra, siendo los primeros tan indispensables como que sin relaciones en Lima nada puede hacerse». San Martín declara que estas relaciones son costosas «y que es necesario echar mano para establecerlas de lo poco que tenemos aún con preferencia a la subsistencia del soldado». Declara luego que los aprestos para la expedición que son «precisos e indispensables» no se fomentan por la falta de numerario y que por lo tanto serán «irrealizables». Concluye con esta declaración: «Creo haber cumplido con mi deber en hacer a V. E. esta exposición, tanto por el deseo que me anima del bien y prosperidad de las Provincias Unidas como en descargo de mi honor» (1).

Dado que los propósitos de San Martín eran encaminados a vencer los obstáculos que tenía por delante, no dudamos que haya exagerado un tanto la gravedad de la situación. Con todo, es una verdad histórica que Chile no se sentía apasionado aún por la expedición al Perú y que esta inercia veníase a agravar por la pobreza de su erario. La sola insinuación de alejar de allí el ejército de los Andes era una maniobra habilísima para que los directores de la política cambiasen de conducta. Todo esto se comprendió a tiempo y reaccionando vigorosamente, el Estado de Chile se lanzó en el platillo de la balanza y pudo así San Martín salir con la suya. Su palabra estaba empeñada y para no dejarla en descrédito se dirigió a su gobierno planteando un dilema. Este se relacionaba con el ejército de los Andes, y en su sentir, a este ejército no le cuadraba otro destino que el de marchar sobre Lima o repasar la Cordillera e incorporarse de lleno a las fuerzas armadas de las Provincias Argentinas.

Recordemos que con fecha 13 de noviembre de 1818 escribió en su cuartel general de Santiago de Chile una proclama dirigida a los peruanos. Ella consagraba los esfuerzos mancomunados de dos gobiernos para afianzar la libertad desde el Continente y ella era al mismo tiempo la síntesis del programa político y militar de este Libertador. «Para dirigiros mi palabra, decía San Martín en esa ocasión a los peruanos, no sólo me hallo autorizado por el derecho con que todo hombre libre puede hablar al oprimido. Los acontecimientos que se han agolpado en el curso de nueve años os han demostrado los solemnes títulos con que ahora los Estados independientes de Chile y de las Provincias Unidos de Sudamérica me mandan entrar en vuestro territorio para defender la causa de vuestra libertad. Ella está identificada con la suya y con la causa del género humano, y los medios que se me han confiado para salvaros son tan eficaces como conformes a objeto tan sagrado».

«Mi anuncio, dícele después, no es el de un conquistador que trata de sistematizar una nueva esclavitud. La fuerza de las cosas han preparado este gran día de vuestra emancipación política y yo no

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 255.

quiero ser sino un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino». Y dirigiéndose a los españoles residentes en ese virreinato: «Mi anuncio tampoco es de vuestra ruina. Yo no voy a entrar en ese territorio para destruir. El objeto de la guerra es el de conservar y facilitar el aumento de la fortuna de todo hombre pacífico y honrado. Vuestra suerte feliz está ligada a la prosperidad e independencia de la América. Vuestra desgracia eterna sólo será obra de vuestra tenacidad».

Pasa luego revista al estado de descomposición en que se encuentra la monarquía española. Anota las deudas que gravitan sobre ese Estado. Señala su pusilanimidad, su terror, su desconfianza y concluye diciendo: «Sólo la libertad del Perú os ofrece una patria segura» [1].

Pero no nos adelantemos a estos acontecimientos. Volvamos de nuevo a las regiones del Plata y veamos cómo al amparo de la libertad que allí disfruta conspiran contra San Martín, contra O'Higgins y contra el nuevo orden de cosas creado en Chile después de esta victoria, los que descontentos con su suerte esperan adueñarse de Chile mediante una descabellada aventura.

Como ya se sabe, la victoria de San Martín en Chacabuco coincidió con la llegada al Plata de una corbeta norteamericana que traía a su bordo al general chileno don José Miguel Carrera, y con él un grupo de oficiales extranjeros contratados por aquel caudillo para abrir la campaña de Chile. Las circunstancias de encontrarse esta nación ultracordillerana en manos de sus nuevos libertadores, desbarató en absoluto el plan de Carrera; pero como persistía en su propósito, el directorio argentino se vió en la necesidad de declararlo en estado de arresto y así lo hizo recluyéndolo en un cuartel de la capital. Aquí estaba Carrera cuando San Martín llegó a Buenos Aires y allí quedó cuando después de llenado su cometido, el vencedor de Chacabuco retornó nuevamente a Chile. Tiempo más tarde, sin embargo, Carrera pudo substraerse de la prisión y cruzando el Río de la Plata se trasladó a Montevideo para seguir conspirando allí bajo el amparo de la bandera portuguesa.

En realidad de verdad el gobierno argentino no tenía para con el caudillo infortunado, ningún sentimiento de encono. Lo único que quería era que no trastornase la obra empezada, y aun antes de haberse fugado de la prisión se le había remitido tanto a él como a sus hermanos Juan José y Luis Carrera los pasaportes necesarios a fin de que pudiesen trasladarse con toda libertad a los Estados Unidos. Esto no lo hizo el primero ni tampoco quisieron hacerlo los segundos, y en lugar de dejar que las cosas siguiesen el curso normal que ya les había prefijado la espada directora de San Martín, urdieron un complot y comenzaron a hacer los preparativos en la casa de doña Javiera Carrera, hermana de estos tres caudillos,

[1] *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 197.

quien por sus condiciones de carácter y de cultura gozaba gran predicamento en la sociedad argentina. A mediados de 1817 los complotados tenían ya trazado su plan y de acuerdo con éste se convino que don Manuel Jordán, don Juan de Dios Martínez, don Manuel Lastra, hijo de doña Javiera, y don José Conde, asistente de don José Miguel Carrera, el refugiado en Montevideo, se pusiesen en marcha para Chile llevando además en compañía de ellos dos o tres oficiales americanos comprometidos en el proyecto. Todos ellos, nos dice la crónica, lograron atravesar la Cordillera sin accidente notable y penetrar así en territorio chileno.

El día 10 de julio, se puso en viaje don Luis Carrera, vistiéndose para esto de peón y tomando por nombre el de Leandro Barra. Llevaba por compañero a don Juan Felipe Cárdenas, que había pertenecido al ejército chileno y que para este viaje o aventura había acordado fingirse comerciante. Después de varios días de marcha llegaron a Córdoba en donde descansaron, y el 20 de julio abandonaron esta ciudad satisfechos de no haber tenido ningún incidente en el camino. A dos días de marcha, se encontraron con el correo que conducía la correspondencia para La Rioja, y la vista de esta valija, al decir de Amunátegui, les inspiró la maldita idea de que tal vez por su medio podrían averiguar si su fuga había sido descubierta en Buenos Aires. Con tal motivo solicitaron de su conductor el permiso para abrirla; pero, como era de suponerse, éste rotundamente se negó. Ellos sin embargo no renunciaron a su intento, y en el primer punto en que se detuvieron para tomar alojamiento y pasar la noche se decidieron por embriagarlo, y mientras éste se entregaba a un profundo sueño, abrieron la valija y extrajeron de allí la correspondencia que les interesaba. Al día siguiente, ellos y el postillón se pusieron en marcha sin darse cuenta aquél de lo sucedido, hasta que llegados a la posta inmediata Carera y Cárdenas se dirigieron hacia San Juan mientras el postillón lo hacía hacia La Rioja. En San Juan, Luis Carrera descansó cuatro días y dejando allí a su amigo Cárdenas, se dirigió a Mendoza, adonde llegó el día 3 de agosto por la noche. Esta circunstancia y la de su disfraz dificultóle el poder encontrar alojamiento. Un chileno, sin embargo, ex capitán del ejército de Chile, que allí residía y que era su amigo, don José Ignacio Fermondoy, lo alojó en su casa; pero comprendiendo que su situación no era segura, optó por cambiar de domicilio y dirigirse a las afueras de la ciudad.

Esto sucedía a las dos de la mañana del día 5 de agosto; pero apenas Carrera se había puesto en marcha acompañado de un sirviente, salióle al paso una patrulla que estaba apostada en aquel sitio y en calidad de detenido se le condujo a Mendoza.

Cuando esto sucedía, Cárdenas era puesto en prisión igualmente por el gobernador de San Luis. Al llegar a su destino el postillón se había dado cuenta de la substracción que había sufrido su correspondencia, y cayendo todas las sospechas sobre las dos personas que

lo habían acompañado en su viaje, sabiéndolas en San Juan, se dió por parte de la autoridad respectiva orden de arresto. De este modo, Cárdenas entraba en prisión en San Juan al mismo tiempo que Carrera lo hacía en Mendoza. Como es de suponerse, éste fué sometido a un interrogatorio severo y trató de justificar su viaje declarando que lo hacía con el propósito de ir a juntarse con su familia y a vivir retirado en el campo. La captura de Carrera, de Cárdenas y del equipaje del primero reveló al gobernador de Mendoza, que era don Toribio Luzuriaga, que se encontraba en presencia de un complot, que en este complot entraba igualmente don Juan José que había quedado en Buenos Aires, pero que debía pasar por San Luis, e inmediatamente le escribió al gobernador Dupuy para que se asegurase de su persona.

Juan José Carrera había retardado su salida de Buenos Aires de un mes, pues partió de allí para su aventura el 8 de agosto. Para no hacerse sospechoso cambió de nombre como su hermano llamándose Narciso Méndez, y se fingió mozo de un impresor chileno que a su vez era su acompañante, que se llamaba Cosme Alvarez y que se presentaba como comerciante de mulas. Después de un viaje muy accidentado y que no es del caso exponer aquí en todos sus pormenores, Carrera y Alvarez llegaron a la posta de Barranquita el 9 de agosto y fueron aprehendidos allí por el piquete que tenía apostado el gobernador Dupuy, en cumplimiento de las instrucciones transmitidas por Luzuriaga. Transportados a San Luis, fueron obligados a prestar declaración. Cosme se negó a decir la verdad, y Juan José dió por objeto de su fuga la firme resolución de buscar en los bosques de Chile «un asilo donde volver a hallar las dulzuras de la vida privada, el retiro y el olvido».

De San Luis estos conspiradores fueron trasladados a Mendoza y colocados en la cárcel de la ciudad, donde fueron custodiados, como lo era Luis Carrera, con la mayor rigidez. La suerte de los otros conjurados que habían partido para Chile no había sido mejor. Todos ellos habían caído en poder de la autoridad y quedado así desvirtuado el complot.

El 9 de agosto de 1817 San Martín fué informado por Luzuriaga de lo sucedido. En el oficio que con este motivo le escribió, le dijo que don Luis Carrera, que había sido aprehendido en la noche del día 5, tenía como plan el ir a Chile, en donde lo esperaban muchos sujetos y un caudal de veintiún mil pesos, y con el influjo de algunos oficiales del ejército, después de reunirse con don José Miguel y con don Juan José Carrera, quitar a San Martín el mando supremo y ejercerlo ellos. «Para lograr esta empresa, escribe Luzuriaga, parece que cuentan con algunos capitanes de los buques de guerra que deben ir de Buenos Aires a los puertos de Chile y una lista de muchos sujetos de condecoración que debe tener don Luis Carrera». «Lo traslado a V. E., agrega después, para su superior inteligencia, con advertencia de haber redoblado la seguridad y prisión de Ca-

rrera, cuya persona he puesto a disposición del Excmo. supremo director del Estado. Satisfecho V. E. de mi vigilancia, puede desde luego reposar sobre las medidas que he tomado para que los agentes de la rebelión no contaminen la firmeza de nuestro sistema en esta provincia. V. E., por su parte, sabrá consultar los medios para prevenir los ataques en ese Estado. Así como doy parte a V. E. por posta, lo doy también en el acto al Excmo. supremo director del Estado y a ambos comunicaré en extraordinario el resultado de las diligencias que aguardo de San Juan, con copia o extracto de las que estoy aquí practicando» [1]. El 10 de septiembre, desde su cuartel general de Santiago, San Martín le escribió a Luzuriaga para significarle que don Juan José Carrera, que estaba preso en San Luis, fuese conducido a Mendoza, en cuyo punto debería permanecer. «La seguridad, le dice, la vigilancia, el cuidado sumo que debe tenerse con este famoso criminal y con su hermano don Luis quedan al eficaz celo de V. E., en tanto que el arresto de sus personas es el garante de la quietud y del actual y futuro engrandecimiento de este país» [2].

El dictado de criminal que San Martín dejaba caer sobre Juan José Carrera no era en él infundado. Así como a su hermano Luis se le acusaba de haber violado la correspondencia, a éste otro se le atribuía el haber muerto a un niño postillón en la pampa. Habla en favor de San Martín el que al mismo tiempo que se muestra tan severo con Juan José Carrera, no lo hace con su hermano Luis por quien se interesa y le escribe a Luzuriaga para que lo trate con consideración.

Aun cuando la causa de los Carrera fué iniciada en Mendoza, intervinieron en ella por el carácter internacional, criminal y político que ella revestía los gobiernos de Chile y de Buenos Aires. San Martín no tuvo en ella ninguna intervención jurídica y concretó su papel a la parte puramente moral que como jefe del ejército argentino-chileno le correspondía en tal emergencia. Nos basta recordar la respuesta que dirigió él al director interino de Chile, el general don Luis de la Cruz, el 17 de enero de 1818 cuando por comunicación de éste se le notificó que el oficial don Juan José Ugarte acababa de llegar de Mendoza para abrirse en Chile la acusación fiscal. «Espero que V. E. me avise, le decía Cruz a San Martín, cuando se forme ésta y el Consejo que debe entender en ella para notificar a don Manuel Araoz, apoderado-encargado de la defensa de los reos, concurra por sí o apoderado a defender o a dar las instrucciones necesarias para la defensa».

«Nadie con más sumisión, contestóle en ese entonces San Martín, obedece a las órdenes de ese gobierno supremo como yo; pero permítame V. E. no les dé el debido cumplimiento sin antes exponer las

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 576.
(2) *Ibídem*, pág. 579.

razones que mi delicadeza no me permite ocultar. Es demasiado público los incidentes y disgustos que mediaron entre los señores Carrera y yo a su llegada a Mendoza con motivo de la pérdida de Chile; estos disgustos crecieron, especialmente con don Juan José. Por otra parte, los jefes que deben juzgarlos, la generalidad, me consta, están prevenidos contra ellos y aunque estoy muy convencido del honor que asiste a todos los jefes del ejército unido y la imparcialidad que guardarían en el juicio, sin embargo la sentencia que recayese no sería mirada en el público como justa y se creería emanada de mi influencia. Yo, como general en jefe, debía intervenir en el Consejo para su aprobación o desaprobación. Estas razones, creo que en la justificación y rectitud de V. E. deberán ser atendidas, para eximirme tanto a mí como a los jefes del Ejército Unido de un compromiso que dejaría su honor a descubierto. Yo interpelo para con V. E. los deseos que siempre me han asistido de sacrificarme en obsequio de Chile accediendo a esta justa reclamación. Devuelvo a V. E. la citada causa, en el seguro de que será atendida mi súplica» (1).

«Si el conocimiento de la significación de V. E., contestóle el director de Chile, fué el que me animó a dirigírsela para la substanciación, el mismo me obliga a aceptar sus excusas que las considero tan justas como que observo en ellas la implicancia que resultaría de que se sentenciase por un Consejo de guerra cuando median los motivos que V. E. representa» (2).

Como se ve, San Martín no pudo observar para con los conspiradores detenidos en Mendoza mayor magnanimidad. Sólo la ignorancia o la malicia ha podido decir lo contrario y presentarnos a San Martín como el sicario de los Carrera.

Sin embargo, existía de por medio el exhorto chileno. El gobierno de ultracordillera quiso abocarse el estudio de la causa y fué entonces que la hermana de estos infortunados conspiradores se presentó ante el gobierno argentino elevando a su consideración una representación contraria a aquel exhorto.

«Sin desviarme del asunto principal, dice en ella doña Francisca Javiera de Carrera, no podrá decirse que los Carrera se han substraído a la protección del gobierno de Buenos Aires. Ellos fueron aprehendidos en el territorio de las Provincias Unidas; y si el haber salido de esta capital sin los correspondientes pasaportes se gradúa por un delito, no lo es ni puede serlo el deseo que podría imputárseles y que, a ser cierto, desde luego quedó sin efecto, correspondiendo a V. E. exclusivamente el conocimiento sobre lo primero. Pero sea muy bien, que realmente tratasen de alejarse del territorio de las Provincias Unidas, ¿sería éste un motivo suficiente para entregarlos a manos de sus mortales enemigos? ¿Podría V. E. permitir

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 588.
(2) *Ibídem*, pág. 589.

que sus émulos triunfasen poniendo por mediadora la suprema autoridad de estas Provincias para sellar sus depravadas intenciones? Lejos de mí semejante pensamiento y lejos de todo hombre que conozca la grandeza con que hace respetable a todo el mundo el gobierno de las Provincias Unidas».

«Estoy firmemente persuadida, continúa, que la traslación de mis hermanos a la capital de Santiago no es una medida que está en conformidad con las miras políticas y el orden de tranquilidad que imperiosamente demandan las circunstancias. Si a mis hermanos por haber estado algún tiempo a la cabeza de las tropas se les cree con algún influjo sobre sus compatriotas, su presencia en aquella capital en calidad de reos y en un estado de depresión y abatimiento podría acaso alarmar los amigos, y cualquiera medida estrepitosa contra su persona no haría más que resignar la hipocresía exterior dejando ocultos en sus corazones el fuego de la venganza que tarde o temprano haría su explosión, sin lograrse otra ventaja que cegar el encono de unos contra otros. La humanidad, señor Excmo., concluye, el bien de la sociedad, la tranquilidad, el buen orden y finalmente la dignidad del mismo gobierno, todo se interesa a favor de unos desgraciados ciudadanos en alivio de sus padecimientos. Por ello espero de la integridad de V. E., que haciendo reseñas de su autoridad, allanará a la mayor posible brevedad su traslación a esta capital para que, oídas sus defensas según corresponde, se les pene como reos o absuelva como inocentes» [1].

Esta representación pasó a estudio de la Suprema Corte de Justicia y su fiscal declaró que por tratarse de un asunto «de mucha gravedad conviene que se ventile en esta capital con presencia per-

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 610.

La hermana de los Carrera elevó a la autoridad suprema del estado argentino, sucesivamente, tres representaciones más, relacionadas con los infortunados conspiradores. En la primera de éstas declara que no se cumplen las instrucciones transmitidas a Mendoza para que se les quiten los grillos y se les traslade a un lugar más decente. «Han trascurrido más de treinta días, escribe, y entiendo que hasta la fecha ni aun siquiera se ha acusado recibo a esta superioridad de la orden citada, bien sea porque puede haberse traspapelado o por algún otro descuido de aquel jefe. El resultado es que la opresión y el mal trato recrecen por momentos, según estoy informada por conducto seguro».

En la segunda, dice que su ánimo es el hacer brillar el poder de la justicia contra unos ciudadanos oprimidos y pide que el intendente de la provincia de Cuyo se abstenga de todo procedimiento y actuación sobre la causa formada a sus hermanos por el gobierno de Chile y que cumpla aquel gobernador intendente, «sin excusa ni pretexto, las reiteradas disposiciones sobre el alivio de los prisioneros y traslación a departamento más decente».

En la última de sus instancias o representaciones solicita que esos presos sean trasladados a la capital con el decoro debido y ofrece como fianza de ese traslado la suma de doce mil pesos. «Podrá V. E., escribe, impartir las órdenes correspondientes sobre su traslación con calidad que el camino lo hagan en carruaje, en atención al estado decadente de su quebrantada salud y a lo difícil que les será realizarlo en cabalgaduras por la posta, ordenando asimismo a las personas diputadas para su custodia, les dejen libertad para dirigir sus jornadas en las horas que tengan por convenientes y les sean más cómodas al estado de su salud». *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 626

sonal de los reos, debiendo por lo tanto ordenarse su traslación con la custodia y seguridad correspondientes» no dando lugar por lo tanto a la toma de las confesiones que solicitaba el gobierno de Chile, «por ser un acto, dice el fiscal, de dependencia y jurisdicción que en modo alguno se le debe permitir la ejerza en el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata» [1].

El asesor del gobierno, el doctor Valle, se solidarizó con el dictamen del fiscal. Sostuvo éste que el recibir la confesión al reo era un acto de la jurisdicción argentina, pues el delito cometido por ellos no lo había sido en el Estado de Chile. «En su virtud, dice él, reproduciendo la antecedente respuesta fiscal es de dictamen que siendo V. E. servido puede mandar que se conteste al supremo gobierno de Chile que no puede deferirse a lo que solicita, que remita lo que haya actuado contra los dichos Carrera y que se expida la orden conveniente para que el señor gobernador intendente de Mendoza disponga el cambio de sus personas a esta capital, presos y con buena guardia y custodia o como se estime más arreglado» [2].

No podemos negar, en verdad, que el gobierno argentino se hubiese hecho sordo a este dictamen. Ya fuese por consideraciones al directorio chileno, o por otras causales relacionadas ellas con la política del momento, es lo cierto que este dictamen no lo hizo ejecutivo y que los reos siguieron detenidos en Mendoza. Con todo, interesóse vivísimamente por el alivio del encarcelamiento y con este motivo partieron de Buenos Aires para Mendoza distintas comunicaciones. Sin embargo, Luzuriaga contestó con fecha 5 de enero de 1818 que esas comunicaciones las había recibido y que para con aquellos reos se había tenido «aún más consideración que la que permite el estado de sus causas». «Al don Juan José, continúa, se han entregado sin leer las cartas que le ha remitido su mujer por mi conducto, lo mismo he ejecutado con sus contestaciones; pero a pesar de estas condescendencias, ha suspendido su correspondencia y le ha prevenido que no le escriba para pretextar que padece opresión, habiéndole franqueado el auxilio de médico y la asistencia diaria de una mujer para todos sus menesteres. Le aviso a usted para que se sirva ponerlo en noticia del supremo director del Estado y que no es dable mantenerlos sin prisión, no pudiendo responder de otra suerte de la seguridad de sus personas y especialmente estando a cargo de las milicias cívicas por no haber tropa suficiente veterana» [3].

La causa, pues, se encontraba en ese estado cuando el gobierno de Mendoza fué informado que los Carrera habían organizado una nueva conspiración y que el día 25 de febrero era el designado para dar el golpe, saliendo ellos de la prisión y poniéndose en seguida al

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 617.
(2) *Ibídem*, pág. 618.
(3) *Ibídem*, pág. 522.

frente del movimiento tumultuario incubado en la cárcel. El autor del atrevido proyecto era Luis Carrera; pero mediante ciertas complicidades había podido complicar en él a su hermano Juan José y esto a pesar de la rigurosa incomunicación en que se encontraban. He aquí cómo un historiador chileno nos sintetiza los móviles de este plan. «Proponíase nada menos, se dice por éste al hablar de Luis Carrera, que usurpar el mando de la provincia de Cuyo; reemplazar las autoridades existentes en Mendoza, San Juan y San Luis por los cabildos, a los cuales exigiría previamente juramento de que le prestarían su activa cooperación; formar una división respetable con los muchos chilenos que habitaban aquella tierra; proponer después de esto una transacción a San Martín; si no admitía, penetrar con su tropa por Arauco, tomar a los españoles por retaguardia y vencerlos. A continuación de su triunfo tenía meditado convidar de nuevo a San Martín a un arreglo amistoso; pagarle los gastos si consentía en regresar con sus soldados a las Provincias Argentinas, auxiliarle si prefería marcharse al Perú, obligarle por la fuerza de las armas, caso que no aceptara buenamente sus ofertas».

Aun cuando se trataba, como se ve, de la repetición de un plan ya abortado, se diferenciaba de él en su principio de ejecución dado que no era Chile, sino la provincia de Cuyo el punto elegido para ejecutarlo. Tan absurda como temeraria tentativa coincidió para la fatalidad de los reos con la derrota de los patriotas en Cancha-Rayada —acción esta en la cual San Martín había ya presentido la mano de la traición— y al mismo tiempo con la llegada a Mendoza de Monteagudo y de otros patriotas que a raíz de aquel contraste habían abandonado Chile y repasado la Cordillera. En un principio, y bajo la influencia del pánico que se posesionó de la población en Mendoza, pensóse por sus autoridades en trasladar a los Carrera a Buenos Aires; pero ya fuese porque opinase lo contrario Monteagudo o por otros motivos, es lo cierto que el gobierno decidió abocarse el juicio a pedido de la municipalidad y designó para esto una junta de letrados compuesta de Bernardo Monteagudo, de don Miguel José Galigniana y de don Juan de la Cruz Vargas. El 7 de abril éstos presentaron su dictamen y quedó sancionada así la pena de muerte. «En esta virtud, dicen los jueces, y después de haber examinado el proceso con los documentos y nota que V. S. se ha servido remitirlos a nuestro dictamen, creemos conforme a las leyes existentes y de absoluta necesidad para mantener el orden público que V. S. proceda a sentenciar y ejecutar sin previa consulta el fallo que recaiga sobre la causa criminal de lesa patria y atentado contra la plaza que V. S. ha iniciado y se halla pendiente contra don Juan José y don Luis Carrera, con sus correos, dando en seguida cuenta de lo obrado en los términos que corresponde a la dirección suprema del Estado» [1].

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 636.

El general Luzuriaga, apoyado en este dictamen y estrechado por los peligros públicos, como él nos lo dice, pasó nuevamente el proceso a dos letrados para que arreglasen la sentencia conforme a su mérito y por el texto expreso de la ley. Llenado este requisito —el abogado de los reos, doctor don Manuel Vásquez y Novoa, ya había sido oído en su defensa—, Luzuriaga mandó que se ejecutase la pena de muerte, la que se hizo efectiva a las cinco de la tarde del día 8 de abril «con todo el aparato público que exigen los crímenes famosos para escarmiento de los malvados». En el manifiesto que Luzuriaga lanzó el 9 de abril trató de justificar y de explicar su conducta. «Ayer habéis visto ejecutar, declara Luzuriaga, una sentencia que al pronunciarla me vi en la alternativa de comprometer mis deberes, o de imponer silencio a mis sentimientos. En este conflicto el corazón pierde todos sus derechos y sólo le queda el de sentir mientras la justicia ejercite los suyos sin restricción alguna. No ignoráis que don Juan José y don Luis Carrera intentaron ejecutar el 29 de febrero último una conspiración contra la quietud pública y autoridades constituídas, con el doble objeto de subvertir el orden en las Provincias Unidas, invadir el Estado de Chile, encender el fuego de la guerra civil y dividir la atención de ambos países. La vigilancia del gobierno y vuestro celo trastornaron el plan de los conjurados; ellos y sus cómplices fueron puestos en seguridad y se abrió sin demora el juicio terrible que habéis visto terminar de un modo extraordinario y con aquella solemne severidad que exigía la trascendencia de esta causa».

Y más adelante: «Este sacrificio ha sido grande para mi corazón; pero yo, que estoy dispuesto al de mi propia vida para asegurar vuestro reposo y mantener el orden, me tranquilizo con la idea de haber llenado los primeres deberes de la magistratura de que estoy investido, poniendo término a vuestras zozobras y cortando de raíz el mal que ha gravitado, tiempo ha, sobre ambos Estados. Con tales intenciones y teniendo por garantía de ellas las fechas que constan del proceso, yo me prosentaré ante la ley, yo provocaré su juicio y escucharé su fallo con la misma tranquilidad con que he oído pronunciar el de mi conciencia» [1].

Ese mismo día Luzuriaga se dirigía al gobierno de Chile y a San Martín, y después de decirles que don Juan José y don Luis Carrera a consecuencia del fallo definitivo acababan de ser pasados por las armas, declara: «La influencia que puede tener este suceso sobre las circunstancias políticas de ese país me mueven a comunicarlo a V. E. con la brevedad posible y espero que el orden de ambos Estados quedará asegurado por el temor que debe imponer a los turbulentos ese ejemplar castigo». Cuando esta comunicación de Luzuriaga salía de Mendoza para Chile, San Martín, a pedido de la esposa de don Juan José Carrera, había interpuesto su valimiento

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 637.

ante el gobierno de Chile para que la causa de los Carrera fuese sobreseída. «Si los cortos servicios que tengo rendidos a Chile, le dice textualmente a O'Higgins, merecen alguna consideración, la interpongo para suplicar a V. E. se sirva mandar se sobresea en la causa que se sigue a los señores Carrera. Estos sujetos podrán ser tal vez algún día útiles a su patria y V. E. tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público» (1).

«La respetable mediación de V. E., contestóle O'Higgins con fecha 10 de abril de 1818, aplicada en favor de los Carrera no puede dejar de producir en toda su extensión los efectos que V. E. se propone, y aun cuando la patria peligrase por la existencia de estos hombres, V. E., en quien descansa la salvación de este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su pretensión» (2).

Al día siguiente O'Higgins volvió a tomar la pluma, y para hacer efectivos los sentimientos expresados en su contestación a San Martín, se dirigió a Luzuriaga y le dijo: «La madama de don Juan José Carrera, interponiendo la mediación del Excmo. capitán general, ha solicitado se sobresea en la causa que se sigue a su esposo por este gobierno, el que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino, ni a las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando el gobierno justo que el placer universal de la victoria no alcance a esta desconsolada esposa. En consecuencia, este gobierno suplica a Usía que en favor del citado individuo por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este Estado, se aplique toda indulgencia, dando así a él como a su hermano aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta» (3).

Estamos, como se ve, en presencia de un perdón que por la fatalidad del destino llegó a conocimiento del intendente de Cuyo tardíamente. Ignoramos por otra parte cómo este perdón lo hubiese acogido Luzuriaga, dado que él se relacionaba no con la segunda, sino con la primera conspiración.

Con todo, son éstos documentos de alta importancia y evidéncian-

(1) AMUNÁTEGUI: *La Dictadura de O'Higgins*, pág. 191.
(2) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 593.
(3) AMUNÁTEGUI: *La Dictadura de O'Higgins*, pág. 191.
Es oportuno recordar aquí que meses antes O'Higgins le había escrito a San Martín dándole a conocer al desnudo la opinión que le merecían los Carrera. «Nada de extraño es lo que usted me dice acerca de los Carrera —le escribe O'Higgins con urgencia el 9 de diciembre de 1817 —, siempre han sido lo mismo y sólo variarán con la muerte; mientras no la reciban fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque es siempre mayor el número de los malos que el de los buenos. Si la suerte ahora nos favorece con descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión se cambie la fortuna y no quede a los alcances del gobierno apagar el fuego ni menos prender a los malvados».
Y a continuación: «Un ejemplar castigo y pronto, es el único remedio que puede cortar tan grave mal; desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América; arrójense a sus secuaces a países que no sean tan dignos como nosotros de ser libres». *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 400.

nos la conducta magnánima de San Martín y su inocencia absoluta en aquel desenlace.

¿Cuándo y cómo fué notificado San Martín de la ejecución de los Carrera? La historia no está en posesión de ningún documento que nos pueda dar una contestación categórica. Lo que se sabe es que la ejecución de los Carrera coincidió con diferencia de horas con la llegada a Mendoza de la noticia de la victoria de Maipú y con la de San Martín que se produjo días más tarde. La llegada del héroe hizo olvidar el drama y concentrar la atención de todo un pueblo en el hombre que por segunda vez había salvado el destino de Chile.

Esto lo ignoró o simuló ignorarlo el general Carrera, hermano de los reos ejecutados por orden de Luzuriaga, y desde Montevideo, en donde se encontraba, lanzó una proclama inculpando de lo sucedido a Pueyrredón, a San Martín y a O'Higgins. «Ved aquí sus bárbaros asesinos, declara. El cobarde y afeminado Luzuriaga no fué más que el verdugo de esos monstruos sanguinarios que vomitó el infierno para oprobio del nombre americano. ¡Aleves! ¿Qué? ¿Habéis pensado asegurar un trono del otro lado de los Andes y sancionar la esclavitud de un millón de republicanos manchando cobardemente los cadalsos de Mendoza con la sangre apreciable de los héroes chilenos, con esa sangre tantas veces derramada por la libertad de sus compatriotas?» «Vosotros, les dice a los chilenos, no besaréis el cetro de hierro de esos bastardos aventureros que piensan intimidarnos por las vías del terrorismo. ¿Los chilenos que acaban de arrollar las filas enemigas, los héroes de Maipú, sucumbirán cobardes al despotismo de tres asesinos? ¡Compatriotas, que mueran los tiranos para que la patria sea libre e independiente!

«Ya no tiene Chile otros enemigos que esos viles opresores. Yo secundaré vuestros esfuerzos gloriosos desde cualquiera distancia adonde me lleve el destino. La sangre de los Carrera pide venganza. ¡Venganza, compatriotas! Odio eterno a los déspotas de Sudamérica».

Nada enceguece tanto como la pasión, y el caudillo chileno que era un esclavo de su orgullo y de su fracaso hinchó a su manera las consecuencias del drama y prosiguió en su política de diatriba, salpicando con manifiestos y anónimos la reputación de San Martín. Estando en Buenos Aires, después de Maipú, San Martín redactó un manifiesto para desmentir las falsas imputaciones del detractor colérico, y contestando a esos epítetos anotados por Carrera en su proclama — lo eran los de asesinos, aleves y opresores del suelo chileno — declaró: «Desde que abandoné el servicio de España por venir a sostener la justa causa que defiende la América del Sur, mi país, me propuse no defenderme jamás de los ataques que en tiempo de convulsiones padecí de todos los hombres que por desgracia obtienen empleos de alguna consideración.

«Firme en los principios de morir o de ver la independencia de la América, he reposado tranquilo, aunque no indiferente, a los tiros

de la maledicencia; pero cuando se trata de la opinión de los gobiernos, de los Estados de Chile y Provincias Unidas, y del general en jefe del ejército Unido, creo un deber mío poner a cubierto imputaciones no de las dos autoridades primeras, pues éstas lo están por la opinión pública, pero sí, la del jefe que tendrá la gloria de haber mandado a los bravos que han sostenido y sostienen la libertad de estos gobiernos». Establecida esta declaración, pasa San Martín a contestar a sus detractores y niega rotundamente que hubiese mandado orden alguna al gobernador de Mendoza para que ejecutase a los Carrera. «No he mandado ejecutar a, sus hermanos, declara. Los documentos números 2, 3 y 4 demuestran mi conducta en esta parte. Ya se ve que a mi acusador le parecerá admirable y aun supuesto un proceder que su corazón no esperaba imaginarse. Yo he sido el árbitro de la vida de sus hermanos, y también le aseguro que si así como era un auxiliar y perteneciente a estas provincias, hubiera nacido en Chile, le habría ahorrado al gobernador de Mendoza el trabajo de haber ejecutado sus hermanos y de que éstos hubieran intentado segunda conjuración, para envolver a la provincia de Cuyo en los horrores que querían verificar en el Estado de Chile».

«Yo creo que el señor Carrera, dice después, y sus hermanos, estaban persuadidos que la justicia los había exceptuado para autorizar delitos. Repito no haber tenido la menor parte en la ejecución de sus hermanos y vuelvo a repetir también que si me hubiera hallado de gobernador de Mendoza, mucho antes lo hubieran sido. Por otra parte, ni yo tenía facultades, ni el carácter firme y honrado del gobernador interino don Toribio de Luzuriaga hubieran dado cumplimiento a órdenes mías en materias tan graves. Don Luis y don Juan José fueron ejecutados en Mendoza, no por la primera conjuración intentada contra Chile, y sí por la segunda proyectada en Mendoza, cuyo juicio se ha seguido y según estoy inteligenciado, el gobierno de las Provincias Unidas lo dará al público».

«Me avergüenzo al contestar sobre los cuatro mil pesos, declara después, que el señor don José Miguel dice percibo de sus fincas o estados. Yo no tengo más finca en Chile que la chacra llamada antiguamente de Beltrán, la que me regaló el gobierno de aquel Estado, como una aprobación de mis cortos servicios y cuyos réditos de dicha finca están empleados de modo que no lo haría mi acusador. El que contribuyó de algún modo a la libertad de Chile pudo a su entrada en él haber formado un capital de doscientos mil pesos, pero mis sentimientos distan de los de mi acusador».

Y recogiendo otra de la más injustas de las acusaciones formuladas contra él por Carrera, o sea de que Chile está oprimido por el ejército de los Andes y el mercenario de aquel Estado: «El general San Martín, escribe éste, si lo hubiera querido verificar cuando entró victorioso en Santiago y proclamado con repetición por el pueblo para su director, con su ejército vencedor de cuatro mil

hombres, lo hubiera efectuado. Pero avergüéncese mi acusador al ver que el que él llama asesino, el supremo director de las Provincias Unidas, me dió las instrucciones que con el nº 6 van copiadas. Repito que estas acciones heroicas no son concebibles en el alma de mi acusador. Chile es libre y lo será ínterin el ejército exista con vida y el que dice que lo oprime no tiene más objeto que defenderlo, sostener sus derechos y libertarlo de la anarquía que quieren introducir en él los díscolos, malvados, perturbadores del orden y peores enemigos que los mismos españoles».

«El señor don José Miguel Carrera, concluye San Martín, me permitirá haga un paralelo entre su conducta y la mía: él perdió por su culpa el Estado de Chile, y yo por dos veces he ganado su libertad. El sólo ambiciona dominar a su país, como si fuese un vínculo de su propiedad, y yo no deseo más que verlo libre e independiente. La conducta de ese señor podía formarse en un catálogo bien extenso de sus hechos, y la mía no ha sido más que de haber merecido la aprobación de los ciudadanos de ambos Estados» ([1]).

Antes de llegar a esta conclusión, San Martín se detuvo en los puntos más culminantes de su alegato, y para confusión de sus detractores declaró al hacer alusión a su entrada en Santiago después de Cancha-Rayada: «Por una contradicción bien singular en el espíritu humano, y tal vez no común en los fastos de la historia, ha sido recibido el general San Martín poco menos que en triunfo en la capital del Estado de Chile después de la dispersión del 19, dispersión en que a sus habitantes no les dejaba la menor vislumbre de su libertad. Esta demostración con otras han empeñado mi reconocimiento hacia aquéllos y han recompensado todos los cortos servicios que pude haber empleado en la libertad de Chile. Nada puedo decir del ejército, pues al no haber tenido una confianza en su general, jefes y oficiales, ni jamás hubiera vencido, ni jamás se hubiera dado la memorable batalla de Maipú» ([2]).

No podemos cerrar este capítulo sin hacer alusión a otra tragedia tanto o más lúgubre que la de los Carrera. Como se sabe, después de Maipú, San Martín se trasladó a Buenos Aires y permaneció allí por unos meses gestionando el empréstito libertador cuyo negociado hemos expuesto al principio de estas páginas. Estando allí recibió una carta de O'Higgins — carta fechada en Santiago el 27 de mayo de 1818 — en la que entre otras cosas le decía: «Por este correo envío a Luzuriaga las diligencias practicadas sobre la carta de Vera y Rodríguez a Crámer. Vera no debe volver a Chile de ningún modo, porque sobre tener la peor opinión de mala conducta, es el enemigo más decidido de usted, de mí, y de todo lo que no sea anarquía. Rodríguez ha muerto en el camino de esta capital a Valparaíso, recibiendo un pistoletazo del oficial que lo conducía,

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 654.
(2) *Ibídem*, t. III, pág. 652.

por haberlo querido asesinar según consta del proceso que me ha remitido el comandante de cazadores de los Andes, Alvarado».

Y por otro conducto, o sea el de don Tomás Guido: «Siento decir a usted que a los tres días de haber salido de esta capital el batallón de cazadores de los Andes para Quillota, conduciendo preso a Manuel Rodríguez, dió cuenta Alvarado que habiéndose separado con el oficial y un cabo que lo conducía con el pretexto de ver no sé a quién, arrancó Rodríguez un cuchillo y tiró una cuchillada al oficial que puesto en defensa usó de una pistola y lo mató de un tiro. Este suceso dió margen a mil interpretaciones que se van serenando; el oficial quedó en prisión y se le sigue un riguroso sumario» (1).

Estamos, como se ve, en presencia de un drama que se produce en Chile en ausencia de San Martín y en el cual la víctima es precisamente uno de aquellos chilenos que se volcaron con su inteligencia y con su ardor en la emancipación de su patria. Cuando estalló la revolución chilena, Rodríguez acababa de abandonar los claustros universitarios de Santiago, y como los jóvenes más entusiastas de su generación, se incorporó a ella y comenzó a militar bajo las órdenes de José Miguel Carrera, cuando de retorno de Europa este caudillo quiso convertirse en fuerza dirigente del movimiento.

Producido el fracaso de la revolución chilena en Rancagua, Manuel Rodríguez pasó la Cordillera y se instaló en Mendoza como lo hicieron la mayoría de los emigrados. San Martín no tardó en descubrir en él un agente maravilloso para su guerra de zapa, y el joven revolucionario se trasladó a Chile y comenzó a transmitirle a San Martín, ocultándose bajo diferentes seudónimos, todos los informes que podían interesarle para su futura campaña. En esas circunstancias se puso él al frente de una fuerza montonera que le había facilitado el mismo San Martín y como duende misterioso multiplicó sus correrías y sus andanzas burlando la vigilancia realista, ya en Santiago como en Concepción o en otros puntos del sur de Chile. Vuelto de nuevo a Mendoza, figuró en el ejército de los Andes y tomó parte igualmente en la batalla de Chacabuco. Después de esta acción volvió a sus correrías; pero su carácter indisciplinado e inquieto lo indispusieron con O'Higgins y con el partido que respondía a la política de éste y de San Martín.

Como se sabe, después de Chacabuco San Martín se trasladó a Buenos Aires, pero antes de hacerlo dió las instrucciones necesarias para que los realistas fuesen perseguidos. En esta tarea se encontraba Rodríguez cuando por orden de O'Higgins fué arrestado y bajo la custodia del capitán Cajaravilla conducido a Santiago. «Introducido a la presencia de O'Higgins, escribe Vicuña Mackenna, rogóle éste se alejase del país donde era ya innecesario, ofrecién-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 292.

dole una misión en Norteamérica y una suma de dinero que entonces casi equivalía a una fortuna. Rodríguez negóse con firmeza. Enviáronle entonces a Valparaíso con avisos a su gobernador don Rudecindo Alvarado para que en el primer buque lo embarcase a la fuerza para aquel país» (1). Estando en Valparaíso, Rodríguez pudo substraerse a la vigilancia de Alvarado, y sabiendo que San Martín acababa de llegar a Santiago, se le presentó para exponerle sus quejas. «Al día siguiente de mi llegada, le escribe San Martín a O'Higgins, que se encontraba en Talcahuano, se me presentó Manuel Rodríguez; no me pareció decoroso ponerlo en arresto y más cuando consecuente a la que me escribió, le aseguré su persona hasta tanto usted resolviese: él me ha hecho las mayores protestas de su sinceridad y deseos de demostrar a usted su buena comportación: yo salgo garante de sus palabras, pero soy de opinión que hagamos lo del ladrón fiel. Si usted es de la misma opinión, estaré muy a la mira de sus operaciones y a la primera que haga le damos el golpe en términos que no lo sienta: contésteme usted sobre este particular, pues en el ínterin le he mandado salga fuera de ésta y se mantenga oculto hasta su resolución» (2).

La carta de San Martín había sido escrita en Santiago el 18 de mayo, y desde Concepción, el 5 de junio, O'Higgins contestóle, como ya se ha visto, diciéndole que Manuel Rodríguez era «bicho de mucha cuenta»; que había despreciado tres mil pesos que se le darían al contado y mil anuales si aceptaba una designación en el extranjero. Al mismo tiempo significóle O'Higgins a San Martín que convenía con él en que hiciese «la última prueba», pero esto «en negocios que por su importancia no sean de demasiada consideración». Era éste, en su entender, el procedimiento para descubrir sus proyectos, y si éstos eran «perjudiciales», entonces, según sus términos, «se les aplicaría el remedio».

Como consecuencia de la actitud de San Martín, Rodríguez fué reintegrado en su empleo de teniente coronel y hasta designado auditor de guerra del ejército argentino-chileno que estaba concentrado en Las Tablas, puesto que luego pasó a desempeñar Monteagudo. Allí se encontraba cuando fué descubierto en Chile el complot carrerino que ya hemos estudiado. Los conspiradores, como se sabe, contaban con agentes en Chile y eran muchos los partidarios de Carrera que habían puesto todas sus esperanzas en este complot. No sabemos qué parte pudo haber tomado en él este caudillo; pero lo que sabemos, es que figuraba entre los partidarios carrerinos y que deseoso San Martín de conjurar a tiempo todo peligro de conspiración en Chile, imitó a O'Higgins y le ofreció un puesto en el extranjero. Al parecer, Rodríguez se resistió nuevamente, y fué a raíz de esta negativa que San Martín le escribió a O'Higgins: «¿Qué

(1) *Vida del Capitán O'Higgins*, pág. 399.
(2) *Ibídem*, pág. 400.

le parece a usted Manuel Rodríguez? No le ha acomodado la diputación de Buenos Aires, pero le acomodará otro destino en la India si es que sale un buque para aquel destino en breves días, como se me acaba de asegurar; es bicho malo y mañana se le dará el golpe de gracia». En vista de esta actitud de San Martín de ponerlo en condiciones negativas para ser en Santiago un agente del complot carrerista, fué destinado nuevamente a Valparaíso con orden expresa a Alvarado de embarcarlo a bordo del navío que debía partir rumbo a la India. Al llegar a su destino hacía ya una hora que el navío se había hecho a la vela y no pudiéndose hacer ejecutiva esta orden quedó en Valparaíso, en donde lo encontró la noticia de la sorpresa de Cancha-Rayada. Ignoramos cómo se alejó de ahí y por qué medios. Lo que sabemos es que después de aquella sorpresa, Rodríguez volvió a destacarse como una figura tribunicia en Santiago y que con sus actos como con sus palabras contribuyó a retemplar el patriotismo chileno. Procedió por su cuenta a la formación de un cuerpo de voluntarios que los intituló *húsares de la Muerte,* los cuales tenían como divisa una calavera. Cuando San Martín y O'Higgins llegaron a Santiago se encontraron con la formación de este cuerpo y con que Rodríguez intentaba convertirse en fuerza directiva de la opinión. El 5 de abril prodújose la batalla de Maipú y el triunfo sobre Osorio. Rodríguez no tomó parte en ella; pero su cuerpo de voluntarios, siendo ya las cinco de la tarde, se presentó en el campo de batalla, y después de obligar al jefe realista don Angel Calvo a rendirse con los pocos restos que le quedaban, a los dos días de sucedido esto los húsares de la Muerte recibieron orden de perseguir a los fugitivos. Pero, como lo dice un historiador, tanto San Martín como O'Higgins miraban a este cuerpo levantado por Rodríguez como «una falange de revolucionarios y como una base de futuros motines». En consecuencia se resolvió su disolución y estando en Linares se le transmitió orden a Rodríguez para que se replegase sobre Talca, donde se encontraba el coronel Zapiola con orden del gobierno para licenciarlos.

Como se sabe, después de Maipú San Martín se trasladó nuevamente a Buenos Aires y fué durante su ausencia que se produjeron los acontecimientos que llevaron al infortunado caudillo al desenlace trágico ya apuntado. ¿Por qué se produjo éste y cómo se produjo? Son muchos los historiadores que han querido penetrar los secretos del drama y explicarlo. No han faltado los que por ignorancia o por sistema han querido ver en esta tragedia una tramoya de San Martín cuando no la mano vengadora de O'Higgins.

Lo primero es absolutamente absurdo por muchas razones. San Martín pudo recelarse de Manuel Rodríguez al saberlo complicado con los proyectos subversivos del partido carrerino; pudo igualmente, y así lo hizo, excogitar distintos procedimientos para alejarlo de Chile y anular sus planes; pero en modo alguno ordenar un asesinato que, de haber existido, podría explicarse invocando otras cau-

sales. San Martín se alejó de Santiago para Buenos Aires el 10 de abril, y el asesinato de Manuel Rodríguez se produjo el 25 de mayo antes de llegar a Quillota.

Por otra parte, recordemos que era el 23 de junio de 1818 cuando desde Buenos Aires e informado de tan triste nueva, San Martín le dice a Guido: «Me ha sido muy sensible la muerte de Manuel Rodríguez. Su carácter anunciaba un fin trágico: sus talentos pudieran haber sido muy útiles a la patria, con un poco de más juicio» (1).

El sumario mandado levantar para esclarecer esta muerte lo fué por orden de Alvarado, jefe del batallón. Según este sumario la muerte se había producido por desacato de Rodríguez contra el oficial encargado de su custodia, que lo era el teniente Navarro y al intentar fugar; pero según otros fué víctima de un asesinato alevoso y encubierto por la autoridad que de un modo o de otro quería desprenderse de un agente peligroso y subversivo del orden. Era el 28 de mayo de 1818 cuando Alvarado desde Quillota le decía a O'Higgins: «Desde la Dormida remití a usted el sumario que seguía al teniente Navarro por la muerte del coronel Rodríguez. Ella bien claro manifiesta la buena conducta del oficial y las intenciones de dicho coronel: su muerte, creo, haya a usted causado la alteración más terrible como también a todo ese pueblo; pero estoy persuadido que todo el mundo que haya conocido a Rodríguez hará justicia y creerá cuanto se expone a favor del oficial. Yo, el primero en desear el esclarecimiento que se quiera, si el que se ha hecho no basta. De este modo quedará bien puesta la opinión de usted, la mía y de mi cuerpo. En otra ocasión escribiré a usted más extenso» (2).

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 119.

(2) VICUÑA MACKENNA: *Vida del Capitán O'Higgins*, pág. 405.

Sobre la muerte de Rodríguez existen distintas versiones, pero la más generalizada es la del asesinato que Alvarado desmiente. Es históricamente cierto que Rodríguez era conducido a Quillota para ser juzgado allí como perturbador del orden. La marcha de Santiago a este punto la hacía con el batallón de cazadores cuyo jefe era Alvarado, y Rodríguez marchaba a retaguardia del batallón, custodiado por una escolta al mando de Zuloaga.

Cuéntase que en un momento dado de la marcha, el capitán Benavente se acercó a Rodríguez y ofrecióle un cigarro de papel en cuya envoltura había escrito: «*Huya usted, que le conviene*». Esta noticia o los presentimientos que lo animaban le inspiraron a Rodríguez la idea de la fuga y así intentó hacerlo sobornando al sargento del destacamento que lo custodiaba. Al parecer, éste no accedió a sus solicitaciones y al llegar a la hacienda de Polpaico, Zuloaga recibió la orden de entregar al preso, y la escolta que lo custodiaba quedó bajo el mando del teniente Navarro. Este con el preso y la escolta se alojó en una pulpería, y apremiado por las solicitaciones de aquél, Rodríguez se alejó de ella montado a caballo en busca de dulces deleites, fáciles de encontrar en aquella vecindad. Esto sucedía al caer la tarde, y cuéntase que al poco rato de encontrarse en camino, Navarro sacó repentinamente de entre la ropa una pistola disparándola sobre Rodríguez y causándole inmediatamente la muerte. Antes de proceder a este atentado alevoso Navarro había cuidado de alejar de allí a todos los hombres que componían el destacamento, y cuando al ruido del pistoletazo acudieron los cabos Gómez y Agüero encontraron a Navarro con un cuchillo en la mano y declarando que había hecho fuego sobre Rodríguez porque había arremetido contra él para fugarse. El sitio en que se



Retrato de San Martín, hecho por Cooper, Londres, 1821.

Pero antes de terminar recordemos aquí que años más tarde, y estando San Martín en Bruselas, al referirse a este luctuoso acontecimiento el Libertador de Chile dictó a su amanuense la siguiente respuesta contestando con ella una de las preguntas que le formulara Miller: «El general San Martín se hallaba en Buenos Aires cuando acaeció la muerte de Rodríguez. A su regreso a Chile encontró que había sido juzgado en Consejo de Guerra y absuelto el oficial de cazadores que le había muerto. Sin embargo, esta sentencia ha dejado una justa duda a los hombres que desean la publicidad en los actos del gobierno. Rodríguez era un revolucionario por principios y su presencia era incompatible con la de un gobierno regular. Conocido esto del general San Martín, él había aconsejado su traslación a los Estados Unidos; el ejemplo del orden podía haber mejorado un carácter cuya ambición no conocía límites y lo arrastraba al patíbulo o a la supremacía» (1).

Haya o no haya un misterio en esta muerte tan lamentable como prematura, es lo cierto que Rodríguez se había lanzado por un camino peligroso, que su prédica revolucionaria y anti-o'higginista trastornaba en absoluto los planes continentales que perseguía la alianza argentino-chilena y que no sabiendo mesurar su ambición, prestó todavía su concurso y su apoyo al partido carrerino, fuerza anárquica y de desorden.

cometió este supuesto crimen era la entrada de la quebrada de Til-Til y al descubrirse su cadáver se le encontró con la herida de bala que le había traspasado el cuello y además con una cuchillada en la cabeza.

El proceso levantado a raíz de esta muerte misteriosa salvó las apariencias jurídicas, pero no descubrió las realidades del drama. Es el hecho que esta muerte provocó una viva protesta en todas las clases sociales y que O'Higgins, con fecha 21 de enero de 1819, le hizo saber a San Martín que la presencia en Chile del teniente Navarro era contraproducente y que debía ser alejado de aquel Estado. «No pudiendo hacerse conciliable, le dice, la existencia en este Estado del teniente don Antonio Navarro, agregado al nº 1 de cazadores de los Andes, con la respetabilidad de una familia de consideración de esta capital, a cuya insinuación no puede desentenderse este gobierno, me veo en la precisión, a pesar del mérito de dicho oficial, de suplicar a V. E. que haciéndolo pasar a la otra banda de los Andes se le destine a continuar sus servicios donde lo considere útil, no debiéndolo perjudicar esta mudanza, pues no resulta de cosa alguna que diga contra su buen nombre y sólo es una medida precautoria que por su propia delicadeza he reservado». *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 169.

(1) SAN MARTÍN. *Su Correspondencia*, 1823-1850, pág. 115.

CAPITULO XIV

San Martín, Pezuela y los prisioneros de Chacabuco y Maipú

SUMARIO: Problema que trajo aparejado la guerra. — Los prisioneros pasan la Cordillera y llegan a Mendoza. — El mayor Torres designado por San Martín para dirigirse a Lima. — Cómo, en nota a Pezuela, lo presenta San Martín. — Instrucciones secretas dadas por él a Torres. — González Balcarce hace saber a su gobierno la llegada a Santiago de un emisario de Pezuela. — Carta de Pezuela a San Martín. — Circunstancia que paralizó este negociado. — Después de Maipú insta San Martín a Pezuela a poner fin a la guerra. — Las bayonetas, le dice, no pueden contener el torrente de la opinión universal. — Invítalo a que convoque al vecindario de Lima y delibere. — Iniciativa tomada por Pezuela respecto al canje de prisioneros. — Oficio que el general Balcarce dirige al delegado de Pezuela a su llegada a Chile. — Convéncese éste que el canje de prisioneros no puede llevarse a cabo. — Al enterarse de su fracaso, Pezuela le escribe a San Martín. — Un documento de San Martín que Pezuela considera como una verdadera intimación nacida de la victoria de Maipú. — La misiva de Pezuela no desazonó a San Martín. — La América, le dijo al contestarle, ha tomado las armas para defenderse. — Cómo fué tratado y hospedado el emisario de Pezuela, según San Martín. — Balcarce, declara éste, cumplió exactamente sus órdenes. — Prisioneros remitidos por él a Pezuela. — Los prisioneros de Maipú en San Luis. — Complot urdido por éstos y su ejecución. — El proceso del alzamiento confiado a Monteagudo. — Dictamen que éste presentó el 14 de febrero. — Los reos condenados a muerte. — El teniente Ordóñez notificado del perdón. — Súplica presentada por éste para obtenerlo. — Dictamen refrendado por Monteagudo. — La participación de San Martín en este acontecimiento está descartada. — Primo de Rivera, como Ordóñez, amigo de San Martín. — Carta que el 24 de septiembre de 1818 le escribió Primo de Rivera. — Carta que igualmente le escribió Ordóñez. — San Martín y el sobrino de Ordóñez, medio siglo después de esta tragedia. — Lo escrito por el sobrino de Ordóñez en carta a Balcarce restablece la verdad. — San Martín era, según Facundo Quiroga, el único a quien dejaría mandar.

La guerra por la independencia en el reino de Chile trajo aparejado un problema tan grave como lo fué el de los prisioneros. Obtenido el primer triunfo patriótico con la batalla de Chacabuco, el gobierno del país libertado se apresuró a desprenderse de los que habían quedado bajo su garantía, y el 24 de mayo de 1817 O'Higgins escribióle al director supremo de las Provincias Argentinas en esta forma: «La gratitud y el reconocimiento hacia los auxilios y buenos oficios de ese gobierno, me habían obligado antes de recibir el de V. E. fecha 5 del presente a empezar a librar todas las provi-

dencias conducentes para remitir a Mendoza el número de prisioneros existente en esta capital, de los cuales han marchado ya cuatrocientos cincuenta a disposición del intendente de Cuyo y puede V. E. descansar en la satisfacción de que antes de cerrarse la Cordillera haré todos los esfuerzos que estén a mi alcance a fin de completar el número que V. E. pide en su citado, y que los costos de su transporte hasta aquella ciudad serán de cuenta de este Estado, sin que Chile haga en este paso otra cosa que cumplir con los deberes de la más justa correspondencia» (1).

En acuerdo con lo convenido entre ambos gobiernos, los prisioneros de Chacabuco pasaron la Cordillera antes de que sobre ella cayesen los primeros fríos. Entre éstos venía el ex presidente Marcó del Pont, y para recibirlos como para vigilarlos convenientemente, el gobernador de Mendoza despachó a su encuentro un jefe con dos escuadrones de caballería. Esta tropa recibiólos en la falda oriental de la Cordillera y después de distribuírles los víveres que habían sido despachados en su socorro, la columna esta siguió su marcha hasta hacer alto en la capital de Cuyo. Una parte de los prisioneros quedóse en la provincia de Mendoza — seiscientos más o menos — y la otra compuesta de oficiales prosiguió hasta San Luis. El 16 de marzo, Luzuriaga notificó al director supremo del Estado el arribo de estos últimos prisioneros a San Luis, y el 3 de junio, por medio del jefe del Estado Mayor, éste le dió orden para que todos, excepto Marcó y el ex inspector que fuera de Santiago de Chile, fuesen trasladados a la Guardia de Luján una parte y la otra a Chascomús. Por su parte, tanto el gobierno argentino como el mismo San Martín se interesaron a su vez por los prisioneros patriotas que los azares de la guerra habían puesto en manos del enemigo. El 6 de marzo San Martín recibió una comunicación oficial de su gobierno para que enviase un oficial experto a fin de proponer a Pezuela un canje de prisioneros. San Martín dió cumplimiento a la orden y el 1º de noviembre dícele al gobierno argentino: «Aprovechando la oportunidad de la salida de la fragata de guerra de S. M. británica, la *Amphion,* con destino al puerto de Callao, he remitido en ella al sargento mayor de caballería don Domingo Torres, autorizado por mí a nombre de V. E. y del supremo gobierno de Chile para proponer al virrey de Lima el canje de los prisioneros de ambos Estados en los términos de la copia inclusa.

«Con esta ocasión he mandado entregar de la comisión del ejército de los Andes seis mil pesos al dicho mayor Torres para auxilio de los prisioneros de las Provincias Unidas, debiendo distribuírlos proporcionalmente a la clase de cada uno de ellos y rendir cuenta instruída de su inversión, lo que tengo el honor de participar a V. E. a los fines que estimare a bien, esperando sea de su suprema aprobación».

(1) *Archivo de la Nación Argentina,* infolio, vol. II, pág. 136.

En su nota a Pezuela comienza San Martín por presentarle a éste su delegado y luego le dice textualmente: «La causa de la humanidad se interesa en favor de unos individuos separados de sus hogares y dignos de la protección de las leyes de la guerra y por lo mismo presumo que V. E. no dificultará acceder a mi propuesta. Pero en el caso que motivos fuera de mi previsión embaracen el avenimiento de V. E., espero se dignará dispensar a los prisioneros de ambos Estados el auxilio y consideraciones conformes a la urbanidad de las costumbres en el presente siglo, seguro que los individuos del ejército real disfrutarán la comodidad y socorro que suavicen su situación. La guerra bajo cualquier aspecto es un mal que se agrava por la rigidez o demasiada austeridad de los que desgraciadamente se ven estrechados a hacerla y si V. E. quiere contribuir, como lo creo, a consolar las familias a que pertenecen aquellos desgraciados, yo tendré un placer de corresponder por mi parte a las disposiciones de V. E.» (1).

San Martín, que tenía sus ojos clavados sobre Lima, no quiso perder esa oportunidad que las circunstancias le proporcionaban para explorar el terreno en el que pronto iba a jugarse la suerte del Continente. Su delegado era un hombre de su entera confianza y pudo así darle por escrito estas instrucciones secretas: «Procurará tomar cautelosamente razón de los diversos cuerpos de Lima que guarnecen la capital, las armas a que pertenecen, sus fuerzas respectivas, su disciplina, salida de los jefes, sus opiniones, cantidad de armamento. Indagará el número de buques de guerra y corsario en actual servicio, las embarcaciones mercantes ancladas en el puerto del Callao, las que puedan ser armadas en corso, las que estén próximas a marchar a su destino, averiguando el número de marineros disponibles por el virrey de Lima y el número y calidad de los oficiales de la marina real.

«Tomará idea de los sujetos más distinguidos por su patriotismo, su influencia sobre el pueblo, la opinión dominante de éste, la que les merezcan las armas de las Provincias Unidas, su disposición a sostener al virrey y el grado a que haya subido la diferencia de opiniones entre los constitucionales y siervos de Fernando». Dícele San Martín que no dispense medio para ponerse en comunicación con algunos patriotas decididos y que establezca relaciones permanentes con ellos, valiéndose para esto del puerto de Talcahuano u otros puntos de más fácil acceso. Estas instrucciones finalizan ordenándole que por sí o por otras manos derrame las proclamas y gacetas que llevará al intento «y cuidará en conversaciones privadas de establecer una diferencia entre la administración de Fernando y la nación. El Estado de Quito, Santa Fe, Caracas y Provincias Bajas de Lima deberán averiguarse cuidadosamente procurando adormecer la vigilancia de los enemigos». En nota dirigida a San

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio vol. II, pág. 191.

Martín con fecha 18 de diciembre, Pezuela dícele que acepta la proposición de canje que aquél le presenta y que para fijar el número y clase de los prisioneros que pueden canjearse acompaña la razón de los únicos que en ese momento existen en Lima. «Si usted tiene bastante confianza en mí, escribe a continuación, no trepidará en enviar los prisioneros que tuviere con la seguridad de recibir en seguida los equivalentes en cambio. El no anticiparme yo a este acto de humanidad me lo aconsejan con harto pesar mío el recuerdo del abuso que se ha hecho en la materia conmigo, mi falta de conocimiento del carácter personal de usted y la duda de si aun siendo franco e ingenuo, cual me inclino a creer, sus estipulaciones fueran ratificadas por los gobiernos que le han autorizado para entablar esa negociación. En cuanto a los vecinos particulares de ese reino remitidos a Lima, las ilimitadas facultades que S. M. ha tenido a bien ampliarme novísimamente me han puesto en el deseado caso de aplicar a favor de ellos las piadosas intenciones del soberano, poniéndolos a todos en absoluta libertad y franqueza para remitirse oportunamente a sus hogares y familias. Hubiera consentido a verificarse en la *Amphion* de S. M. B. si preferentes consideraciones de la guerra hubieran permitido hacer una excepción a la providencia general por la cual he declarado en estado de bloqueo todos los puertos de la mar del Sur».

Planteada así la cuestión, el 11 de junio de 1818 el general Antonio González Balcarce, que reemplazaba a San Martín en el comando del ejército de Chile, le hizo saber al gobierno argentino la llegada a Valparaíso de un comisionado del virrey del Perú para tratar el asunto de los prisioneros. «No ha traído ninguna comunicación oficial, dice González Balcarce, ni más credenciales para el desempeño de su cargo que las cartas confidenciales contenidas en las copias que tengo el honor de acompañar. En este procedimiento, que ya es reiterado, parece estar bien demostrado o que el virrey no nos considera dignos de admitirnos a la negociación, bajo los trámites que rigen entre las naciones constituídas, o, lo que es más verosímil, que se propone ver si consigue hacernos alguna sorpresa para llevarse los prisioneros de su pertenencia y dar después al convenio ajustado el cumplimiento que dispensó a la capitulación de Salta». Y luego agrega: «Yo he creído que no debía contestarle directamente y por consiguiente lo he omitido, aunque consultando el evitar padecimiento a los desgraciados oficiales nuestros que se hallan en su poder, he realizado el canje de los cuatro que condujo el citado comisionado, asegurándole al mismo tiempo que tendrá puntualmente efecto el de los restantes en cualquier tiempo y circunstancias que se trate de concluírlo con las formalidades que son correspondientes. El dinero que el referido comisionado condujo para el auxilio de los prisioneros de su nación, vuelve a llevárselo, sin duda porque ha concebido que no hay a quien hacer aquí la confianza de encargar su distribución. Los pri-

sioneros de su Rey que se le han entregado son dos capitanes del batallón de Concepción y uno del de Arequipa».

El enviado a que se refiere el corresponsal argentino en el documento que citamos era el señor Félix Olaberriague y Blanco, y había hecho el viaje de Callao a Valparaíso a bordo de la *Ontario*, corbeta de guerra americana. En su carta a San Martín, Pezuela decía que su propósito había sido enviarle ochenta oficiales prisioneros, pero que esto no pudo llevarlo a cabo porque el comandante de la referida corbeta observóle de que eran muchos para la corta extensión de su buque. «Mi conducta humana y apacible, dícele textualmente, está bien demostrada por tal oficiosidad a favor de esos y estos prisioneros y continuará en cualquier asunto y ocurrencia que se dirija al bien, a la terminación o minoración de una guerra que asola y destruye estos países dignos de mejor suerte» (1).

Pero mientras entre Lima y Santiago se tramitaba este negociado, por las aguas del Pacífico avanzaba hacia Talcahuano la expedición de Osorio y la presencia de este general en el sur de Chile abría de nuevo la guerra. Tal circunstancia paralizó por entonces el negociado emprendido, y San Martín dedicóse a preparar ese ejército que si pudo ser sorprendido en Cancha-Rayada, obtuvo luego los laureles de la batalla de Maipú. Tres días después de esta victoria el vencedor de Osorio se dirige a Pezuela y lo insta a poner fin a la guerra. «V. E. no ignora, dícele San Martín en su oficio de 11 de abril, que la guerra es un azote desolador, que en el punto a que ha subido en la América la lleva a su aniquilación y que la fortuna de las armas ha inclinado ya la decisión en favor de las pretensiones de la parte meridional del nuevo mundo. V. E. ha podido descubrir también en el período de siete años que las Provincias Unidas y Chile sólo apetecen una constitución liberal y una libertad moderada; y que los habitantes del virreinato de Lima, cuya sangre se ha hecho derramar contra sus hermanos, tengan parte en su destino político y se eleven del abatimiento colonial a la dignidad de las dos naciones colindantes.

«Ninguna de estas aspiraciones está por cierto en oposición con la amistad, con la protección y con las relaciones de la metrópoli española. Ninguna de estas pretensiones es un crimen, y por el contrario, ninguna de ellas deja de ser en el presente siglo el eco uniforme de los ilustrados de la culta Europa. Querer contener con la bayoneta el torrente de la opinión universal de la América, es como intentar la esclavitud de la naturaleza. Examine V. E. con imparcialidad el resultado de los esfuerzos del gobierno español en tantos años y sin detenerse en los triunfos efímeros de las armas del Rey, descubrirá su impotencia contra el espíritu de libertad.

«Por muy rápidamente que se fije la consideración sobre la moral de esa capital y demás provincias sujetas aún a la jurisdicción de

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 198.

V. E., se divisa un campo preparado a convulsiones políticas y porción de elementos que me es más fácil mover para trastornar el orden actual de sus gobiernos, para suscitar conspiraciones simultáneas y conmoverlo todo contra los mandatarios españoles. Los ensayos repetidos desde 1809 en La Paz, Cuzco, Arequipa, costa occidental y las fermentaciones sofocadas en el corazón de ese pueblo, abonan la previsión del menos avisado, pues que la sangre derramada de los innovadores no ha hecho otra cosa que apagar momentáneamente el fuego que se ha renovado en el pecho de todo americano».

«Convóquese a ese ilustrado vecindario, dícele San Martín haciendo alusión al vecindario de Lima, represéntesele de buena fe los deseos candorosos de los gobiernos de Chile y Provincias Unidas; óigasele en la exposición pública de sus derechos; decida el pueblo, bajo los auspicios de V. E., la forma de gobierno que conviene a sus intereses adoptar; escúchese igualmente con verdadera libertad a las demás provincias sujetas por la fuerza, y sus deliberaciones espontáneas serán la suprema ley a que sujetaré mis operaciones ulteriores según me está prevenido por mi gobierno». Y al concluir: «Anhelo sólo el bien de mis semejantes: procuro el término de la guerra, y mis solicitaciones son tan sinceras a este sagrado objeto, como firme mi resolución, si no son admitidas, de no perdonar sacrificio por la libertad, por la seguridad y por la dignidad de la patria» (1).

El lenguaje de San Martín, firme y enérgico, acusa la profundidad de sus convicciones y perfila magistralmente el carácter de su beligerancia. Su espada se había convertido en la espada defensora de los derechos criollos. Planteó, pues, el problema de la libertad en el verdadero terreno en que lo exigía el drama y aun cuando era enemigo de la violencia, acudió a ella cuando la palabra no fué fuerza suficiente para respetar el derecho.

Al mismo tiempo que San Martín ensayaba de tramitar la cesación de las hostilidades, inicióse una nueva correspondencia relativa con los prisioneros. Esta vez es Pezuela quien toma la iniciativa y con fecha 24 de abril le escribe al Libertador: «El 31 de octubre último manifestando V. E. el medio de moderar en lo posible los males de la presente guerra, me propuso un canje de prisioneros, hecho durante ella de una a otra parte y el de los vecinos de ese reino confinados en el Callao con otros de su clase detenidos en las provincias disidentes, enviándome al efecto a don Domingo de Torres en clase de comisionado parlamentario. Coincidiendo en igual objeto mis aspiraciones contesté en 18 de diciembre último por el referido parlamentario explicando mi allanamiento al primer extremo con la adición de que si V. E. tenía confianza en mi acreditada formalidad no trepidase en enviarme los prisioneros bajo el firme

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, t. II, pág. 324.

concepto que serían reemplazados con igual número de los que existen a mi disposición y en cuanto al segundo, que no había ya que tratar de él porque en virtud de un indulto general del Rey y mi nativa propensión a moderar la desgracia de mis semejantes, estaban puestos en libertad todos los vecinos desterrados de Chile, pero que apreciando V. E. el mérito de este procedimiento, consultaría con su corazón la correspondencia a que era acreedor a favor de los vasallos españoles que existen en esos y los dominios de Buenos Aires. Desde aquella fecha hasta el día ignoro el estado de esta negociación, y presentándose la oportunidad del regreso a Valparaíso de la corbeta de guerra anglo-americana *Ontario*, comisiono a don Félix Blanco para que vaya embarcado en ella, se presente a V. E. con esta carta y concluya la benéfica obra del mencionado parlamento» (1).

Cuando el comisionado del virrey del Perú llegó a Chile — por segunda vez éste desempeñaba la nueva misión —, San Martín había emprendido viaje a Buenos Aires. Recibiólo pues don Antonio González Balcarce, quien desde su cuartel general de Santiago y con fecha 6 de junio de 1818 dirigió este comunicado al delegado de Pezuela: «La comisión que ha motivado la traslación de usted a este país en la forma que ha venido preparada no es posible evacuarla por la casualidad de encontrarse ausente el Excmo. señor capitán general don José de San Martín. Estaría en el círculo de las facultades que me han quedado subrogadas el tratar sobre ella en estipulaciones, cuando el señor don Joaquín de la Pezuela hubiera concedido a usted al mismo intento la autorización que correspondía y que ha practicado siempre en semejantes casos. Las comunicaciones que usted ha conducido se hallan reducidas a cartas particulares que aunque alusivas al canje que antes se propuso no me permiten el que yo pueda considerar a usted bastantemente facultado para que lo concluya por su parte con la firmeza que debo asegurarle». Balcarce se extiende luego en otras consideraciones que miran a las formalidades de este negociado, y después de lamentarse de los rigores que en la prisión de Casas Matas sufren los prisioneros patriotas, dícele: «En este concepto no debe quedar la más leve duda que el canje será inmediatamente ajustado para los individuos de todas clases que sean procedentes de los Estados de las Provincias Unidas o Chile, en cualquier tiempo y circunstancias en que se solicite o intente concluir, bajo los términos que están establecidos entre las demás naciones del mundo. Con el fin que haya un testimonio que califique la sinceridad y buena fe de los asertos antecedentes, dejo dadas las órdenes oportunas al gobernador de Valparaíso para que entregue a la disposición de usted, al tiempo de su partida en aquel puerto, tres capitanes de las tropas del Rey en lugar de otros tantos que usted ha conducido de igual clase. El

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 612.

teniente coronel que también ha venido queda asimismo canjeado con el de la propia clase don Pedro Noriega que por vía de Talcahuano se despachó con pliegos a Lima y fué entregado, según consta de documentos que tengo en mi poder, a disposición de un oficial de los de la dependencia de don Mariano Osorio».

El delegado de Pezuela concretóse a darse por enterado de lo que le decía Balcarce. Queda convencido de que el canje de prisioneros no puede llevarse a cabo y prométele al general argentino exponer al virrey del Perú las razones de su fracaso. Dícele que se trasladará al puerto de Valparaíso para recoger de aquel señor gobernador los tres capitanes que han de entregarle y que con ellos se embarcará en la corbeta de los Estados Unidos *Ontario*. Concluye diciendo: «Por lo que hace a la entrega de los cien mil pesos que traía para socorro de los prisioneros del ejército real no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de traerla por no haberse verificado el canje que esperaba; ni menos tengo facultad para pasar a Buenos Aires a tratarlo con el Excelentísimo señor general San Martín o esperar su regreso a ésta» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 619.
A título de curiosidad damos a conocer aquí la nota que el gobernador de Mendoza —el documento lo es inédito— dirigió con fecha 8 de julio a don Tomás Guido, residente en Santiago. Trátase en esta nota de los gastos ocasionados en la tesorería de Mendoza por el traslado de los prisioneros después de Chacabuco y en ella, como se verá, resaltan las providencias tomadas por los patriotas en bien de estos desgraciados. La nota, que lleva fecha 8 de julio, dice así: «He leído con admiración la nota que pasó a V. S. el señor secretario de Hacienda de este Estado el 6 de junio por contestación al reclamo que hice, en la mía del 16 del mes de América, sobre el abono de 7.125 pesos a que ascendieron los fletes de las carretas en que se transportaron a la capital de Buenos Aires los 794 prisioneros que despachó en diferentes partidas ese Excmo. señor supremo director. He dicho que me ha causado asombro la indicación del señor secretario al ver que me supone equivocado en el concepto que motivó esta demanda. Los gobiernos de las Provicias Unidas y señaladamente el de Cuyo jamás se avanzarían a formar un cargo indebido que a más de comprometer el crédito nacional rebajaría la dignidad y decorosa opinión con que se ha señalado desde la época feliz de nuestra gloriosa regeneración. Cuando ese supremo gobierno me dió aviso del envío de los prisioneros en 23 de marzo, constituí en Uspallata caballerías y tropas suficientes para la escolta de los que fuesen viniendo, y arreglado a las órdenes del mío, proseguí el ajuste de las carretas y remisión de todos ellos, librando la totalidad de los fletamientos contra la tesorería general de Buenos Aires, sin embargo de haberme prevenido en nota de 3 del mismo mes que los costos de su transporte hasta la capital debían ser de cuenta de ese Estado. Como el ministro de Hacienda me advirtiese en seguida de orden de mi supremo gobierno que los fletes causados en la conducción debían ser pagados por los fondos de ese Estado como medida tomada por él en seguridad y tranquilidad de su Continente, di el paso de entenderme con él en derechura. Así lo advertirá V. S. en las copias que tengo el honor de acompañarle. Por ellas vendrá en conocimiento ese señor secretario que no me aluciné cuando solicité el reintegro de dicha cuantía, para cuya satisfacción me ha sido preciso tomar un préstamo empeñando mi palabra sobre la seguridad de que ese Estado no se negaría a este abono y cuando menos que enviaría a la mayor brevedad los 13.100 pesos cuya solución prometió verificar en papel de 7 de abril. Jamás me ocurrió el pensamiento de despachar a pie estos individuos para ahorrar gastos al Estado, no porque dejasen de entrar entre mis cálculos y combinaciones los medios de economía que siempre he consultado en toda ocasión. El señor secretario de Hacienda no se ha acercado a formar una cuenta prolija de los muchos desembolsos que forzosamente debían insumirse en la conducción de los prisioneros a pie, porque para su custodia, en

Cuando Pezuela enteróse del fracaso de esta misión, dirigióse de nuevo a San Martín. «Además de haber llevado firmas mías, dice el virrey contestando a los reparos hechos por Balcarce, que acreditaban su misión, bastaba sólo el haber conducido cuatro oficiales de las tropas de Buenos Aires. Ese cambio únicamente podría garantirse por la buena fe que usted tiene proclamada para que no se dudase de la mía y se pagase tan mal mi generosa disposición en anticipar a todos los dichos prisioneros y confinados, sin hallarse en mi poder igual número del Rey de ambas clases. Por esto y por haber hecho pasar la Cordillera a los jefes y oficiales del ejército real tomados en la acción de Maipú, a pie, abundando en ese país las caballerías, y cuando aquélla, por la estación, debía ofrecer un tránsito peligroso, y haber obligado después de cerrada a salir de Santiago con el mismo objeto al coronel Burgos, en iguales términos de molestia y desamparo y en circunstancias de hallarse manco y enfermo de gravedad, así como el jefe del Estado Mayor don Joaquín Primo de Rivera, luego que se tuvo noticia de la llegada del parlamentario Blanco a Valparaíso, que parecen otras tantas contradicciones con el éxito del convenio entablado, he suspendido la marcha de aquéllos que según tengo indicado se hallaba ya en víspera de verificarse. Al menos semejante conducta acredita ciertamente que el canje por usted suscitado no era conforme a la voluntad del que dejó mandando en Chile, puesto que alejó su ejecución, separando los prisioneros del ejército del Rey a distancias que lo hagan casi impracticables, despidiendo a mi parlamentario por suponerlo sin credenciales, a pesar de los datos que le autorizaban, y amenazándole más de una vez que sería acaso pasado por las armas por atribuírsele sin fundamento siniestros objetos en su encargo». Ya en carta del 11 de junio Pezuela le había dicho a San Martín: «Mucho he celebrado la prudente previsión que ha tenido usted de haberse valido de Noriega para su comunicación última con preferencia a todo general de su ejército, pues así se evita la falsedad e ingratitud de Torres, que sobre las quejas más injustas del trato que recibió ha abusado de mi urbanidad obsequiosa y de la franqueza que le permití para adquirir y trasladar a usted el pormenor más prolijo de mis aprestos militares, formar un plan de desembarco

la dilatada circunvalación de 300 leguas, debía emplearse a lo menos otros tantos soldados por ser tan despoblados los caminos; a pesar de que la Cordillera presenta fragosidades y estrechuras y que por lo mismo no podían proporcionar la fuga tan fácilmente, vinieron todos ellos con igual escolta de milicias, cuya medida tomó ese supremo gobierno consultando la seguridad y aun así se experimentaron algunas deserciones. Tírese la cuenta de la gratificación que debía impenderse en la tropa y se verá que fué mucho más conveniente el envío en carretas y no de la manera que se ha figurado el señor secretario de Hacienda».

Correspondencia del gobernador intendente de la provincia de Cuyo, coronel mayor don Toribio de Luzuriaga, dirigida al señor diputado de las Provincias Unidas del Río de la Plata don Tomás Guido. En Chile el año de 1817. — Archivo de don Conrado Céspedes. Mendoza.

en el puerto de Huarmey con señales de inteligencia para verificarlo y otras maquinaciones que al mismo tiempo comprueban el desahogo que gozó aquí y su disposición diametralmente opuesta al objeto de su misión en todo sentido; lo cual, unido al empeño del comodoro Bowles para volverse a Valparaíso a los cinco días de su llegada al Callao y de que Torres tratase de este abordo, deja poca duda de la verdadera idea del viaje del *Amphion* en las circunstancias en que le hizo» (1).

Ese mismo día sale de la pluma de Pezuela otro documento dirigido a San Martín. El que éste le dirigiera el 11 de abril pidiéndole que se pusiesen de acuerdo y que ambos beligerantes dieran fin a la guerra ya había llegado a su conocimiento y el tono con que le hablaba el criollo rebelde suscitó en él todo el orgullo del español peninsular. Veamos cómo Pezuela se desahoga: «El papel de usted de 11 de abril último, le dice a San Martín, trae todo el carácter de una verdadera intimación nacida del envanecimiento con que lo acalora la victoria en el Maipú. Ningún misterio envuelve el deplorable origen de la guerra civil que aflige a la América del Sur desde 1810, o por mejor decir, desde el momento en que invadida la España por el tirano de la Europa con escándalo de todas las naciones, ha sido abandonada por la capital de Buenos Aires, cuando esperaba más el auxilio y socorro de sus hijos para defender la independencia que ya volvió a adquirir con tanta gloria. Las aspiraciones de un corto número de fascinados, colocaron las armas en manos de una muchedumbre de españoles americanos con el fin de formar en su suelo un Estado diverso sobre las ruinas de la metrópoli y su mismo país. No puede caber opinión problemática sobre quienes han sido los causantes de los males terribles que ha producido la contienda entre los individuos de una propia familia, ni el éxito que favoreciese a los promotores de la insurrección en el término de la lucha. Aun cuando los eleve a la clase reconocida de nación soberana, podría jamás disculpar en aquellos la criminalidad de su primer intento, ni eximirlos de la responsabilidad ante Dios, de la sangre derramada y las fortunas destruídas para conseguirlo, al paso que las autoridades que sostienen a costa de la suya las leyes de estos reinos y la integridad del territorio, no sufrirán en sus conciencias la horrenda agitación de tan cruel remordimiento. Engreído por una acción feliz, usted se avanza a proponer consejos que no sirven para el hombre de honor, queriendo intimidar a un soldado viejo, que despreció la muerte tantas veces, con la amenaza de conspiraciones contra su vida y la de los que gobiernan a nombre de su legítimo monarca. Excuse usted tan reprobado idioma y viva firmemente persuadido que el esclarecido vecindario de Lima y todos los habitantes de este virreinato son de opinión muy contraria a la que usted les supone» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 623.
(2) *Ibídem*, pág. 624.

El recibo de esta misiva no desazonó en modo alguno al ánimo del Libertador; por el contrario, ella sirvióle para evidenciar una vez más la serenidad de su juicio, y desde Santiago de Chile con fecha 10 de diciembre contestóle: «Corra usted el velo a la preocupación y su sentimiento íntimo reconocerá los sucesos del nuevo mundo, los verdaderos agentes de la desgracia que los aflige. Verá usted entonces que la América ha tomado las armas para defenderse después que sus sacrificios recibieron por premio la ingratitud de los gobiernos insurgentes que rigieron la Península desde 1818, después que cada uno de éstos disputó y sancionó el derecho de dominarla y después que sus reclamos justificados por la opinión de las naciones cultas fueron rechazados como un crimen». Y después, como gran conocedor de causas, dícele: «Desgraciadamente para la humanidad, tampoco el nuevo padre — hace alusión a Fernando —, al ocupar el trono de España en el año 1814, encontró un medio de salvar la dignidad del cetro sin el exterminio de los americanos que llamó rebeldes. Recorra usted sus reales órdenes, compárese el número de víctimas sacrificadas por los descréditos de Fernando VII con la moderación de los gobiernos de América y el diferente carácter que por ambas partes se ha dado a la guerra y decida la razón imparcial si la América debe dejar las armas de la mano hasta conseguir su independencia. Por lo que toca a los gobiernos de las Provincias Unidas y Chile, como este ejército que tengo el honor de mandar, estoy seguro no pararán su marcha hasta llegar a ese glorioso término».

«No es el engreimiento de la victoria como usted supone, le dice San Martín, que ha formado y forma este lenguaje, sino el convencimiento de que la razón y la fuerza no deben humillarse a títulos imaginarios. No puede usted haber olvidado que los contrastes de una batalla han sido siempre entre nosotros el germen de acciones históricas». Pasando luego al capítulo relativo a los prisioneros, dícele San Martín que por más que Olaberriague y Blanco su comisionado hayan desfigurado los motivos que determinaron su comisión, «ellos están fundados en principios establecidos en la ley común de estas razones». «Hasta ahora, continúa, nadie ha dado a una carta privada la validez de credencial para ningún convenio pacífico de nación a nación a menos que se pretenda que los americanos cierren los ojos a la mera insinuación de un jefe español. En cuanto al tratamiento que ha recibido Blanco, permítame usted le asegure que estos pueblos vituperan la ingratitud. El fué hospedado en casa de uno de los primeros jefes de este ejército y distinguido como no lo ha sido aún entre los españoles ninguno de los más condecorados agentes desde el principio de la revolución; su seguridad personal jamás fué atentada. Usted no ignora que los documentos que presentó infundían mejor la sospecha de una maniobra de espionaje que los que autorizaron al mayor Torres; si él es caballero, confesará a usted que se le obsequió con más comedimiento de lo que comúnmente se dispensa a un oficial de paz.

San Martín declara que su substituto el brigadier general don Antonio González Balcarce cumplió exactamente con sus órdenes en lo relativo al canje, y tomando una de esas medidas muy propias de su carácter, le dice que no pudiendo negociar en esa forma tampoco puede admitir que queden en Chile los cuatro prisioneros del ejército de las Provincias Unidas que el virrey del Perú le remitiera. «He mandado, dice textualmente San Martín a Pezuela, al capitán don José Navarro, teniente Juan Graña y subteniente don Asensio Lazcano y don Nicolás Martínez, regresen al Callao en primera oportunidad a disposición de usted, como prisioneros que son de las tropas del Rey. Los hubiera regresado en la fragata *Andrómaca* si el señor Shiret se hubiese allanado a darles pasaje. Nada de esto impide el que respectivamente apliquemos los medios de aliviar a estos desgraciados. Yo me prometo que usted, tomando cuantas precauciones sean necesarias para su seguridad, les alivie en la opresión en que han gemido, para que al menos conserven su salud respirando otro aire que el de las bóvedas de Casas Matas. Por mi parte los de igual clase del ejército de tierra y los de la fragata de guerra *Reina María Isabel* recibirán el consuelo compatible con sus circunstancias. En todo caso la conducta de usted reglará religiosamente la mía» [1].

Cuando San Martín se expresaba así, los oficiales españoles caídos prisioneros en Maipú encontrábanse en el sitio de su confinación que lo era San Luis. La ciudad de la referencia reducíase a un pequeño caserío, sin relieve alguno de arquitectura, circundada por el desierto, pero habitada por un grupo de familias que a pesar de su abolengo y pánico habían abrazado con ardor la causa de la independencia. Al frente de ella y como gobernador encontrábase el teniente coronel don Vicente Dupuy. Un historiador chileno, Vicuña Mackenna, lo presenta como hijo o nieto de franceses; pero sabemos que había nacido en Buenos Aires y que fué allí donde empezó la carrera militar. Cuando se le designó para el cargo que en ese momento desempeñaba, Dupuy era un hombre ya entrado en años y al decir de un cronista cuyano «de aspecto marcial, de genio adusto y demasiado severo en el ejercicio del mando». Pero esto en realidad de verdad no le impidió ser generoso con los prisioneros y desde el momento en que estos pisaron San Luis acordóles una amable acogida. Dupuy encargóse de alojarlos convenientemente. Pocas fueron las familias puntanas que no abrieron sus puertas a este o aquel jefe realista y el mismo Dupuy ofreció su mesa y hospedó bajo su techo al comandante don Lorenzo Morla. El cautiverio era lo menos duro posible: entre los prisioneros y las familias de San Luis habíase establecido una corriente de franca cordialidad; pero para el que lo sufría era siempre un cautiverio. Estimulados por el propio instinto u obedeciendo a sugestiones extrañas, los prisioneros pensaron en la posibilidad de una evasión, y seguros de que

[1] *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 630.

por las provincias del centro y del litoral argentino encontrarían el camino para la fuga que por el lado andino les sería difícil encontrar, entregáronse a la tarea de organizar la evasión. Las reuniones celebráronse con el mayor sigilo en casa del coronel Ordóñez. Allí se reunieron los cabecillas del complot y allí se convino que los prisioneros se dividirían en tres grupos, y armados de cuchillos y de bastones — fueron las únicas armas que estos pobres desgraciados se pudieron procurar — se distribuyeron la tarea y la responsabilidad. En 8 de febrero de 1819 y a las ocho de la mañana se encontraron todos reunidos al pie de una higuera; y después de encender el coraje con unos tragos de aguardiente, se lanzaron a la ejecución del plan convenido. Un grupo tenía por objetivo la cárcel, otro el cuartel, y otro la casa misma del gobernador. Veamos cómo se desarrollaron los sucesos según el parte que de ellos mismos pasó Dupuy al gobernador de la Provincia, coronel don Toribio Luzuriaga. «El 8 del presente, dice Dupuy, entre 8 a 9 de la mañana, se me avisó por el ordenanza de mi casa que los oficiales prisioneros pedían permiso para entrar. Ordené que pasasen adelante, pero extrañé la visita por lo intempestivo de la hora, y porque el día anterior que era domingo habían estado en casa según la costumbre que tenían. Yo me hallaba con el médico confinado don José María Gómez y mi secretario el capitán don José María Riveros. Los primeros que entraron fueron el coronel don Antonio Morgado, el teniente coronel don Lorenzo Morla y el capitán don Gregorio Carretero. Este último tomó el asiento inmediato a mi izquierda y después de las expresiones más refinadas de aspecto, arrancó un puñal del seno y me dirigió un golpe que pude evitar levantando con violencia el brazo izquierdo, que le hizo arrojar el puñal. Al descargar el golpe me dijo Carretero: *So pícaro, éstos son los momentos en que debe usted expirar; toda la América está perdida y de ésta no se escapa usted.* Yo no tuve más recurso que subir a un estrado que se hallaba a mi espalda y desde allí rechacé al coronel Morgado que arremetió contra mí después de Carretero. En el momento entraron el brigadier Ordóñez, el coronel Primo y el teniente don Juan Burguillo, los que habían quedado a la puerta para asegurar a mi ordenanza a quien traían amarrado y le hicieron tender de bruces en mi habitación. Entretanto el médico Gómez había salido ya precipitadamente a la calle dando voces y al tratar de lo mismo mi secretario Riveros fué herido gravemente en la espalda por el teniente Burguillo. Yo quedé solo en el conflicto con los seis asesinos que cargaban contra mí alternativamente hasta que caí en tierra y recibí varias contusiones. Después de una fuga de que sólo pudo salvarme el mismo terror pánico de los asesinos, éstos empezaron a temblar al oír la vocería del pueblo que rodeaba mi casa, y no pudiendo entrar por la puerta que habían cerrado los conjurados, se disponían a saltar por encima de las paredes. Entonces unos me pedían municiones y otros me rogaban que les asegurase la vida. Yo les dije que me

dejasen salir a aquietar al pueblo y que para ello me restituyesen uno de mis sables de que se había apoderado Morla, quien por haber vivido conmigo, sabía muy bien dónde tenía todas mis armas. Al fin consintieron que saliese al patio y corrí a abrir la puerta de calle. Se agolpó el pueblo y cargó lleno de furor contra los conjurados, que ni aun tuvieron tiempo para sentir los remordimientos de su conciencia a pesar de no haber consumado su crimen. El coronel Primo, en su despecho, se mató con mi propia carabina y yo vengué por mis manos los asesinatos que cometió en Chile el de la misma clase Morgado».

El informante pasa después a describir el ataque contra el cuartel y lo relata así: «El 7 por la noche pasó a cuartel el capitán don Dámaso Salvador comisionado por los jefes del complot y convidó a todos los oficiales prisioneros que se hallaban allí para que la madrugada del día 8 fuesen a casa del capitán Carretero *a matar los bichos de la huerta.* Antes de las siete de la mañana se reunieron en ella, sin demora los llevó Carretero a una era de la huerta adonde les dijo que la *matanza de los bichos de la huerta se había reducido a que antes de dos horas iban a conseguir su libertad: que tenían tomadas todas las medidas, y que a las veinticuatro horas evacuarían esta ciudad dirigiéndose a la montonera donde estaban sus hermanos Carrera y Alvear, de quienes había recibido correspondencia en que le aseguraban que los recibirían con los brazos abiertos; y que contaban en fin con los cincuenta y tres montoneros que se hallaban en la cárcel para que les sirvieran de baqueanos.* Inmediatamente nombró tres partidas con sus respectivos comandantes para que asaltasen el cuartel a las órdenes del teniente coronel graduado don Matías Arras y el capitán don Felipe Lamadrid, otra para la cárcel a las órdenes de los capitanes Butrón y Salvador, y la tercera para que se apoderasen de la persona de don Bernardo Monteagudo, a mando del teniente Juan Burguillo que infiere fué subrogado por otro, respecto de haber sido uno de los que atacaron. Hecha esta división, les presentó Carretero un número de puñales que tenía dispuestos para que se armasen todos y entre otras cosas añadió que corría por su cuenta mi persona, siendo muy de notar que el comandante Morla, que fué destinado al cuartel, pidió que se le nombrase para mi casa: éste es el oficial a quien yo había colmado de más beneficios. Como a las ocho de la mañana salieron los conjurados a ejecutar su plan. La partida destinada al cuartel se presentó con intrepidez, sorprendieron al centinela y se apoderaron del cuerpo de guardia. La tropa del piquete se puso en defensa, la voz de alarma se difundió por todo el pueblo y con una rapidez proporcionada al peligro los conspiradores se vieron atacados por el pueblo y la tropa y murieron con las armas en la mano. El intendente don Miguel Barrueta y el capitán Lamadrid se distinguieron en esta agresión; y me es en extremo sensible decir a V. S. que en ella fueron gravemente heridos el cabo Juan Sosa y los soldados Cornelio Escudero y José Benito Ferreira. Este último falleció

al día siguiente y la patria ha perdido en él un bravo. La derrota del cuartel previno la ejecución a que fueran destinadas las otras partidas que puestas en dispersión fueron sacrificadas a la cólera del pueblo» [1].

El fracaso del primero y del segundo ataque trajo el aborto del tercero. La cárcel no recibió esta visita tumultuaria; pero Dupuy viendo el peligro que corría la seguridad pública mandó que todos los allí confinados por ser enemigos de la causa «fuesen puestos en seguridad con el objeto de descubrir el origen, progreso y trascendencia de esta maquinación».

El proceso de este alzamiento fué confiado a don Bernardo Monteagudo que en ese momento se encontraba en San Luis. El terrible tribuno de la revolución puso de lado la clemencia y en pocos días «dió fin a su cometido. El 14 de febrero, Monteagudo firmaba este dictamen: «En fuerza de estos antecedentes sujetándome a las leyes en vigor y a lo dispuesto por el Reglamento provisional sancionado por el soberano congreso en la parte que se refiere a las excepciones que hace de los atentados contra el orden, es mi dictamen que sin previa consulta usted puede mandar sean pasados por las armas el subteniente don José María Riesco, convicto de cooperador principal en la conspiración; el soldado prisionero Francisco Moya, por convicto y confeso de lo mismo; los capitanes don Francisco María González, don Manuel Sierra y el graduado don Antonio Arriola; don Juan Ruiz Ordóñez, teniente y los subtenientes don Antonio Vidaurrazaga y don Juan Caballo, por convictos y confesos de sabedores de la conjuración; ejecutándose en todos la sentencia dentro del término que usted tuviere a bien señalar. El paisano José María Guardia, conocido por José Marín, que sólo se hallaba convicto y confeso de no haber descubierto al gobierno el proyecto de los conjurados Morgado, Moya y Pérez de fugarse a la montonera, podrá usted condenarle a prisión perpetua y a que presencie la ejecución de los reos. No resultando sospecha alguna contra el mariscal don Francisco Marcó, el coronel don Ramón González de Bernedo, el soldado prisionero Antonio Ormos y los confinados Nicolás Ames y Pedro Boussas, podrá usted mandar sean puestos en libertad sin perjuicio de que éstos y sin excepción alguna todos los prisioneros de guerra que existan y los confinados por enemigos de la libertad de la patria, sean españoles o americanos, asistan a la ejecución de los conjurados para que la memoria de esta terrible escena haga más efectivo el escarmiento y les recuerde siempre el atentado que han cometido sus compañeros de armas contra el honor, contra las leyes y contra los sentimientos más naturales al hombre» [2].

De acuerdo con este dictamen, Dupuy dispuso que su sentencia se tuviese por definitiva y que «se suspendiese sólo la ejecución de los reos el teniente don Juan Ruiz Ordóñez y el soldado Francisco

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 161.
(2) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 384.

Moya». Las diligencias de la intimación y la ejecución fueron confiadas al ayudante de milicias don José Antonio Becerra y al teniente Gregorio Jiménez. Esta designación tenía lugar el día 14 de febrero, y al día siguiente dichos comisionados levantaban esta acta: «En la ciudad de San Luis, a quince días del mes de febrero de 1819, en cumplimiento del auto definitivo que antecede, pasé yo el comandante de este piquete acompañado del teniente de milicias don José Gregorio Jiménez, secretario de la causa, al cuartel donde se hallaban presos los reos el subteniente don José María Riesco, don Francisco María González, don Manuel Sierra, don Antonio Arriola, don Antonio Vidaurrazaga y don Juan Caballo y habiéndoles mandado poner de rodillas, les hice leer e intimar la sentencia dictada contra ellos y en seguida les conduje con la escolta correspondiente a la cárcel de esta ciudad, donde fueron puestos en capilla y a las ocho de la mañana se les suministró el viático con todos los auxilios espirituales que pidieron. A las nueve de la mañana les mandé sacar de capilla con las seguridades correspondientes hasta el lugar del suplicio, donde se les leyó nuevamente la sentencia conforme a ordenanza y fué ejecutada en los mismos términos que se halla concebida, quedando los cadáveres de los reos expuestos en el cadalso a la vista pública».

Cuatro días más tarde, los firmantes de este documento se presentaban en el cuartel en donde se encontraba el teniente Juan Ruiz Ordóñez y el soldado Francisco Moya. Al primero se le notificó el perdón, pero su camarada de infortunio siguió la suerte de los otros oficiales. A las nueve de la mañana se cumplía la sentencia de muerte y éste como los otros cadáveres quedaba en el lugar del suplicio a la expectación del público. El 20 de febrero expuso Dupuy que se sacasen cuatro testimonios de este expediente, «remitiéndose el primero al señor gobernador de la provincia, otro al gobierno supremo y el original al Excelentísimo señor capitán general don José de San Martín. Al mismo tiempo se ordenaba de agregar a este envío la súplica interpuesta por el teniente don Juan Ruiz Ordóñez con el dictamen de Monteagudo. El teniente Juan Ruiz Ordóñez decía en su súplica: «Yo detesto, señor, con todo mi corazón la atrocidad e ingratitud de mis compañeros de armas y particularmente de mi tío que ha recibido tantos beneficios de usted y de todos los de este pueblo; y protesto que no por temor de la muerte sino por el escándalo que debe causar a cualquier hombre racional la conducta que han tenido los prisioneros españoles quisiera no haber sido jamás compañero de unos hombres que han dejado un borrón tan negro sobre el nombre español. Si por la clemencia de usted yo consigo se me indulte la pena capital, prometo renunciar a mi patria y parientes y emplearme al menos en publicar los crímenes de que he sido testigo y la misericordia que espero conseguir. Pero si de todos modos debo tener la suerte de mis compañeros, mi muerte servirá de escarmiento a los jóvenes haciéndoles ver

que por respetar a un tío inhumano he sido conducido al suplicio» (1).

No habiendo otro juez de causa que Monteagudo, la súplica esta pasó a su dictamen. Monteagudo cumplió con su cometido, y el 19 de febrero escribió de su puño y letra: «El teniente don Juan Ruiz Ordóñez ha sido clasificado por cómplice en la conjuración del 8 y por lo cual condenado a muerte. El interpone una súplica que atendida la gravedad del crimen es inadmisible; pero que su corta edad, la distancia con que le miraba su mismo tío y el no resultar en todo el proceso el suplicante hubiese tenido la menor parte activa en el complot, inclina a ejercitar con él un acto de misericordia que haga resaltar más la justicia con que han sido castigados los conspiradores». El 20 de febrero Dupuy firmaba este auto: «Me conformo con el dictamen que antecede y notifíquese al teniente don Juan Ruiz Ordóñez, quien quedará arrestado en el cuartel donde se halla, encargándose estrictamente su persona al comandante del piquete».

De este modo terminó la conspiración de los prisioneros que los azares de la guerra había puesto bajo la custodia de un mandatario argentino. Como drama que es, impresiona en lo más hondo y parece que el dictamen firmado por Monteagudo peca por su rigor. Con todo, no nos olvidemos que si en el sector español hubo estas víctimas, en el patriótico o americano también las hubo. No se trataba además de una simple fuga por parte de los prisioneros, ella tenía sus ramificaciones con la política subversiva de Carrera y de Alvear, y para conjurar a tiempo males mayores infligióse a los sobrevivientes de la conjuración y culpables de ella el terrible castigo (2).

¿Qué participación tuvieron en esa hecatombe los gobiernos del

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 386.

(2) Esta connivencia de los prisioneros españoles con Alvear y demás montoneros no carece de fundamento. El 16 de febrero y después de conocida esta sublevación don Tomás Guido le escribe a San Martín: «Convengo absolutamente con usted de que es imposible que Primo, Morgado y Ordóñez hayan emprendido dar un golpe sin contar con fuertes apoyos, y yo no creo en ningún otro que el de Artigas, a cuyos intereses por rumbos opuestos pueden haberse unido Alvear y Carrera.

«Acaba de estar a visitarnos el americano Robinson que vino de Lima, sujeto de confianza, y me dice que en una conversación privada que tuvo con Pezuela, le aseguró éste que la España haría esfuerzos para recobrar a Montevideo por medio de las armas o de una negociación y que entonces sería premiado Artigas con la banda de mariscal de campo y la cruz de Isabel que le estaba acordada. Ya hemos hablado muchas veces de esto. Los pasos de Artigas son de verdad los más peligrosos a la libertad general de la América. Las circunstancias en que actualmente nos hostiliza, el movimiento de los prisioneros de San Luis, las amenazas de Carrera y sobre todo esa constante negativa de Artigas a todo advenimiento racional, da lugar a creer una combinación misteriosa que bajo el velo del liberalismo trabaja por la causa de España. Tal vez no será difícil a usted ahora penetrar el misterio ya por la sumaria seguida contra los conspiradores o por otros datos que adquiera en su inmediación al teatro de la guerra». Y en otra oportunidad: «Ya parece indudable el proyecto de los prisioneros de San Luis con los de acá y con algunos otros gamonales. El anónimo que este director me dice remite a usted de oficio descubre evidentemente el plan. Hoy se han aprehendido a los principales godos que cita el anónimo. Veremos si a fuerza de azotes confiesan algo de provecho y lo pasaré a usted por extraordinario». — *Archivo de San Martín*, t. VI, págs. 626 y 330.

Plata y de Chile? podemos preguntarnos. ¿Incumbe responsabilidad alguna a Pueyrredón, a O'Higgins y sobre todo a San Martín? La misma respuesta que se da Vicuña Mackenna nos la damos a nosotros mismos. Ni aquellos gobiernos, ni aquellos hombres tuvieron participación alguna en la terrible sentencia. Era materialmente imposible que los gobiernos de Buenos Aires y de Santiago pudiesen intervenir en una causa que se ventiló en el corto lapso de seis días. El mismo San Martín sólo la conoció el 15 de febrero, ya consumado el terrible holocausto y en momentos en que por tercera vez repasaba la Cordillera para dirigirse a Mendoza. Si algún sentimiento se despertó en él al informarse de lo sucedido fué el de vigilancia, y acto continuo escribióle a O'Higgins: «Mi amado amigo: ahora más que nunca se necesita que usted haga un esfuerzo para auxiliar a Cuyo; yo partiré esta noche — cuando San Martín escribía esta carta estaba en Curimón — y espero sacar todo el partido posible de las circunstancias críticas en que nos hallamos. Yo temo que todos los prisioneros de Las Bruscas hayan sido incorporados en la montonera. Chile no puede mantenerse en orden y se contagia si no acudimos a tiempo. No quede en ésa un solo prisionero. Reúnalos usted todos. Eche la mano a todo hombre que por su opinión pública sea enemigo de la tranquilidad. En una palabra, es preciso emplear en este momento la energía más constante» (1).

Como se ve, la participación de San Martín en este luctuoso acontecimiento está descartada. Con Ordóñez, como con Primo de Rivera — éste precipitado en el suicidio y aquél ajusticiado sobre un patíbulo —, lo unía más bien la estima y la consideración. Cuando cayó prisionero después de Maipú, Primo de Rivera se dirige al general Antonio González Balcarce y le suplica que interponga su influjo para que su destino sea Mendoza o Córdoba y no «a esos puntos en donde por su situación se hace a los destinados a ellos doblemente desgraciados». El 24 de septiembre de 1818 lo encontramos en San Luis, y desde allí le escribe a San Martín: «Excmo. señor: Armado del reconocimiento que tan debidamente tengo a usted y por los muchos favores que le he merecido y los que tienen merecidos todos mis compañeros de armas que han corrido igual suerte que yo, no he cesado de informarme del estado de salud de V. E. por medio de las personas que han podido darme noticias tan deseadas, y aunque en varias ocasiones se me ha ocurrido el hacerlo escribiendo a V. E., me ha detenido la consideración de no llamar su atención, ocupada sin duda en asuntos de importancia. No obstante, llevado el deseo de saludar a V. E., escribo ésta suplicándole desde luego omita la incomodidad de su contestación.

«Yo sigo en este depósito tan contento como tuve el honor de manifestar a V. E. a su paso por aquí y por las mismas causas. Celebraré la continuación de la perfecta salud de V. E. igualmente

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 212.

que la de su señora doña Remedios, a cuyos pies espero tendrá usted la bondad de ponerme» (1).

Por lo que a Ordóñez se refiere, la gratitud de éste para con San Martín no fué menos espontánea y expresiva. Ese mismo día y desde el mismo sitio el jefe español le escribía al Libertador: «Señor de todo mi afecto: Uno de sus reconocidos tiene la osadía de importunarlo, y aunque lleno de experiencia de que todo lo que es frívolo molesta a las personas gobernantes, quiero no privarme por más tiempo de este placer que hace mucho más que debiera haberlo intentado. Tenga usted la bondad de no achacarlo a otra cosa sino a una moderación sin límites y de la cual me ha sacado de la vista el amable y generoso don Manolito Escalada — era éste cuñado de San Martín —, quien me dice un militar afecto del que no prescindiré en cualquier caso a que mi suerte me coduzca. Debo inmensas atenciones a mi finísimo jefe el señor don Vicente Dupuy y no dudo que en la superficie de mi pequeño mundo no puede caber más agradecimiento. Mis compañeros de armas con igual motivo así lo preconizan y todo refluye en mi satisfacción» (2).

Casi medio siglo después se oyó de nuevo una voz para testimoniar la grandeza de ánimo con que procedió San Martín en esta tragedia de San Luis. Esta voz fué la de don Juan Ruiz Ordóñez, sobrino del infortunado jefe realista, y quien gracias a la liberalidad de San Martín no aumentó el número de aquellas víctimas. El señor Ruiz Ordóñez figuraba entre los prisioneros españoles que tomaron parte en la conspiración y como los otros conspiradores fué detenido, encarcelado y amenazado de una sentencia de muerte (3).

Cuando esto sucedía llegó San Martín a San Luis, y sabiendo que el sobrino del coronel Ordóñez se encontraba preso y engrillado, lo mandó llamar a su presencia. Mandóle que se sentase y después de acariciarle — así nos dice el mismo Ruiz Ordóñez — le preguntó que le hiciese el relato de lo sucedido. Acto continuo llamó a su ordenanza, hizo venir a un herrero y en su presencia el joven infortunado fué liberado de sus grillos, lo mismo que de la cadena que arrastraba, atada ésta a su cintura. Al mismo tiempo, ordenó San Martín que se le vistiese con la decencia que convenía y que hasta nueva

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 420.

(2) *Ibídem*, pág. 387.

(3) El sobrino de Ordóñez contrajo enlace con una hermana del coronel Pringles, el héroe de Chancay, y hacia el año de 1836 se trasladó a España, instalándose al parecer en Barcelona. La unión fué consagrada por el nacimiento de una hija, y presumimos que desde Barcelona mantuvo una estrecha comunicación epistolar con la familia de San Martín y aún que recibió la ayuda protectora de éstos. Los testimonios aducidos en la presente ocasión los extractamos de una carta que dirigióle a Balcarce desde Barcelona el 25 de noviembre de 1867 y en la cual, después de expresarle a Balcarce su agradecimiento, el de su esposa y el de su hija, al mencionar el nombre de San Martín declara: «Conservo en mi corazón el reconocimiento de este señor, que hizo conmigo el librarme la vida, resultando después el aprecio y el bien de estar estimado y respetado». *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 167.

disposición quedase arrestado en el cuartel. «A las dos horas, escribe Ruiz Ordóñez, vino al cuartel el gobernador Dupuy, dándome la mano y diciéndome: Está usted perdonado de la vida por la patria y por el Excmo. señor don José de San Martín».

Al recordar estos pormenores relacionados con una hora trágica de su existencia, el sobrino de Ordóñez reconoce que San Martín, a pesar de haber sido un vencedor, nunca dejó de ser generoso. «Es una calumnia, nos dice él, y la mayor infamia, el afirmar que San Martín hubiese tenido parte alguna en las muertes de San Luis». Como testigo presencial que fué de los acontecimientos, puede él declarar lo siguiente: «Fué bastante la culpa nuestra y poca previsión de mi pobre tío el general don José Ordóñez y jefes que atentaron y ejecutaron una revolución». «Los propósitos que tenían los revolucionarios, declara él, eran los de fugarse a los indios, dirigirse luego a la provincia de Salta e incorporarse al ejército realista en el Alto Perú».

Según el testimonio de esta misma persona, las mentiras propagadas contra San Martín en lo relacionado con esta tragedia, se incubaron en el partido chileno que era el partido de los Carrera. Fueron ellos los que se empeñaron en quitarle a San Martín su prestigio, «ya que con las armas, escribe, no fueron sujetos de verificarlo».

Al mismo tiempo que apunta estas declaraciones afirma Ruiz Ordóñez que estos anarquistas no hicieron otra cosa que desacreditar al gobierno de Buenos Aires, que tuvo el acierto de nombrar al general San Martín para libertarlos. «¿Qué sería de ellos?, se pregunta. Estarían a la fecha, se responde él mismo, con el látigo suspendido del señor Bruno; ésta es la pura verdad de los hechos». «Estos anarquistas, agrega luego, haciendo alusión a los carrerinos, han querido siempre quitarle el mérito a San Martín; pero las provincias de Cuyo y demás, aun en la guerra civil siempre han respetado el nombre del general ilustre».

En este mismo documento, cuyo contenido extractamos, Ruiz Ordóñez recuerda que cuando se hallaba prisionero en San Luis, se encontraba en esos mismos calabozos, prisionero igualmente, Facundo Quiroga, a quien San Martín, desde su llegada, ordenaba que se pusiese en libertad. Años más tarde, Ruiz Ordóñez fué testigo de las andanzas belicosas de Quiroga, y al recordar aquellos momentos, nos dice que aun cuando éste era contrario a toda política, hablando del general San Martín, decía: «Al único que dejaría mandar si estuviese yo aquí, era a él, porque todos los demás han sido unos traidores y porque no han trabajado nunca como el general San Martín».

CAPITULO XV

San Martín y el comodoro Bowles

SUMARIO: La guerra de la Independencia y los archivos de los almirantazgos europeos. — Notas biográficas sobre Bowles, comodoro británico, amigo de San Martín. — Carta inédita de San Martín a Bowles, después de Chacabuco. — Su viaje a Buenos Aires y la carta que desde allí le escribe lamentando su ausencia. — A su regreso a Santiago se encuentra San Martín con una carta de Bowles y la contesta. — Oficio de Bowles al directorio argentino, explicando la actitud del gobierno británico. — Samuel Haigh recibido por Bowles en Valparaíso. — Torres, el emisario de San Martín, ante Pezuela y Bowles. — La conducta de Bowles observada por Pezuela en carta a San Martín y en oficio al marqués de Casa Flores. — Carta de Bowles a San Martín relacionada con la misión de Torres. — Bowles y la entrega de los fondos remitidos a los prisioneros patriotas en Lima. — Carta que el 16 de enero de 1818 le dirigió Bowles a San Martín desde Valparaíso. — Desde Río de Janeiro, Bowles informa a su gobierno del desastre de Cancha-Rayada y comunica otros pormenores. — En oficio del 7 de junio declara que fué remediada esta sorpresa «por la batalla decisiva de Maipú». — La sorpresa de Cancha-Rayada, obra de una traición según Bowles. — El parte de la batalla hecho por San Martín, considerado por él como «muy auténtico». — Otros pormenores de este documento. — Una especie que Bowles recoge sin malicia. — Documento igualmente inédito en que Bowles pasa revista a la revolución argentina. — Lo que nos dice en este documento sobre el sector portugués. — Refuerzos recibidos en Lima y estado del ejército real del Perú. — El plan de campaña de los españoles. — San Martín triunfador en Chacabuco. — Campaña enteramente favorable a las armas revolucionarias. — Artigas y el gobierno de Buenos Aires. — La oficialidad francesa llegada al Plata. — Carta que le dirige San Martín recomendándole a Alvarez Condarco. — Otro documento inédito en que Bowles juzga a Pueyrredón. — Una conspiración capitaneada por Manuel Sarratea. — La impopularidad del directorio. — Alvear y sus miras de engrandecimiento. — La escuadra en Chile. — Actitud asumida por Bowles al enterarse que San Martín renuncia al comando del ejército de los Andes. — En poco tiempo, le dice, después de su retirada veríamos extranjeros y aventureros apoderarse del mando. — Carta que le dirige a San Martín al alejarse de las aguas del Plata. — Bowles y San Martín en 1827. — Servicios de Bowles a la causa de la independencia americana.

La guerra de la Independencia sudamericana tuvo sus corresponsales natos y fueron éstos los almirantes y los capitanes de navío de crucero, ya en las aguas del Atlántico o ya del Pacífico. En los archivos de los almirantazgos europeos, y principalmente en los de Inglaterra y Francia, encuéntrase toda una documentación abundante sobre aquel período de la historia de América y leyéndola descúbrense relatos y pormenores de interés absoluto para conocer algunos de los aspectos de aquel drama.

Entre los jefes de aquella categoría que lograron una actuación destacada en el momento de la reconquista de Chile por las armas de San Martín, distínguese un comodoro británico conocido con el nombre de don Guillermo Bowles, quien habiendo iniciado su amistad con San Martín en España en momentos de las guerras napoleónicas, la perpetúa en América colaborando con su simpatía a la obra libertadora del ilustre criollo.

Nacido en el año de 1790 en Inglaterra, Bowles a la edad de diez y seis años entró a prestar servicios a bordo de la fragata *Theseus*, en la marina de guerra de su país. Su primer ascenso lo tuvo el 22 de enero de 1806, y el 22 de mayo de ese mismo año tomó el comando de la bombardera *Zedra*, para conducir en ella a Copenhague y en misión política a lord Gambier. En 1808 comandó la fragata *Medusa* y en 1809 la *Whaspite*, volviendo en 1810 a comandar de nuevo la *Medusa*. A bordo de este navío colaboró con las fuerzas españolas en la guerra de la Península Ibérica contra Napoleón, efectuó en ella distintos desembarcos y distinguióse en todas las circunstancias por su actividad y por su competencia militar. A fines de 1813 fué enviado a la América del Sur para proteger allí el comercio inglés del Río de la Plata, y en 1814, a bordo de la fragata *Ceres*, regresó a Inglaterra. En 1816 fué destinado para hacer una estación naval en las aguas del Plata y cruzó el Atlántico a bordo de la fragata *Amphion*, con la cual lo encontramos en momentos en que San Martín triunfa de los españoles en Chacabuco. Años más tarde, en 1820, se trasladó de nuevo a Inglaterra, y al hacer este viaje llamado por su gobierno, la colonia inglesa de Buenos Aires quiso premiar su brillante comportamiento y obsequióle con una vajilla de plata. Ya en su patria contrajo Bowles enlace con la hermana de lord Palmerston. Entró más tarde en el Parlamento como representante de la ciudad de Launceston y en 1838 dejó de existir.

Es el caso de observar aquí que guardando todas las composturas a que lo obligaba su jerarquía, Bowles trató de proteger en la manera de lo posible la causa de los independientes, y es así que sabiéndolo San Martín en las aguas del Plata, una vez que hubo triunfado de los españoles en Chacabuco se dirigió a él, y el 22 de febrero de 1817 escribióle esta carta que por vez primera sale a la publicidad: «Mi amigo muy apreciable: al fin la expedición sobre este país ha tenido los resultados más felices. Todo lo han perdido. Lo peor es que ni aun el honor han podido salvar. Estas ventajas no debe usted atribuírlas a mis conocimientos, y sí a las faltas que ha cometido el enemigo en sus movimientos y que tuve proporción de aprovecharme con ventajas.

«El orden que con la fuga del enemigo y abandono de la capital se había alterado la noche del 12, se restableció la mañana del 13 con la presencia de la vanguardia del ejército en ésta y la ejecución de algunos castigos que mandé hacer, pues el pueblo bajo se había

entregado al pillaje. En embargo, no hubo una sola muerte, lo que temía mucho.

«El país está todo por nosotros, excepto Concepción que sólo contaba con quinientos hombres disgregados: a esta fecha ya estarán disueltos. Muy necesaria sería su presencia de usted en ésta. Una entrevista entre usted y yo podría contribuir mucho al bien de estos países, y yo espero que si éste es su arbitrio lo hará. Sería muy conveniente viniesen a estos mares algunas fuerzas de guerra británicas, tanto para proteger su comercio como para las ventajas que podrían resultar por su presencia.

«Adiós, mi buen amigo, tendrá vanidad en serlo de usted siempre su afectísimo *José de San Martín*» ([1]).

Como se sabe, a raíz de Chacabuco San Martín alejóse de Santiago de Chile y trasladóse rápidamente a Buenos Aires. Le preocupaba el punto de las operaciones a seguir para afianzar la independencia de Chile como para organizar la expedición al Perú. Pensaba él que este viaje le proporcionaría la ocasión de entrevistarse con Bowles, pero al llegar a la capital argentina encontróse con que la *Amphion* había levado anclas. Esto motivó la segunda carta que como una primicia documental entregamos también a la curiosidad de los lectores. Está datada en Buenos Aires el 17 de abril, y después de llamarle «Mi amigo muy apreciable», dícele: «He tenido el gran sentimiento de que mi penoso y dilatado viaje haya sido inútil, pues mi principal objeto no era otro que el de abrazarlo y repetir nuestras antiguas conferencias en beneficio de estos países. La suerte así lo ha dispuesto y no resta otro arbitrio que conformarme con ella. Mr. Estaples informará a usted de todo y bajo estos principios haré cuanto esté a mi alcance para la terminación de una guerra desastrosa y exterminación del poder español en esta América.

«El sargento mayor don Antonio Alvarez Condarco se presentará a usted. Es un amigo íntimo mío y sujeto de la mayor virtud, valor y honradez. Pasa a Inglaterra comisionado por el director de Chile para la compra de algunas máquinas, libros para una Biblioteca pública y algunos otros efectos necesarios al Estado de Chile. Espero que me lo atienda usted en todo como el que lo recomiende a sus amigos en Londres y demás. Es y será con todas veras su amigo sincero q. b. s. m. *José de San Martín*» ([2]).

Tres meses más tarde San Martín se encuentra ya de regreso en Chile. En julio hizo un viaje de Santiago a Valparaíso y al llegar de él encontróse con una carta que Bowles le enviara precisamente de Buenos Aires. San Martín apresuróse a contestarla y lo hizo en la forma siguiente: «Mi amigo el más apreciable: Hace horas que llegué de Valparaíso y se me ha entregado la de usted del 27 del pasado, la que me ha servido de una completa satisfacción.

(1) *Public Record Office*. Admiralty 1/23
(2) *Ibídem*.

«Creo el sentimiento que usted habrá tenido en no haberme visto en ésa. Calcule usted el que habré padecido cuando el objeto principal de mi penoso viaje era el darle a usted un apretado abrazo. En fin, no pierdo las esperanzas de que comamos juntos en estos países, ya que la suerte ha dispuesto no fuese en ésa. Usted que conoce mis sentimientos en favor de estos países sabrá calcular cuál será mi satisfacción de concluir una guerra con el decoro correspondiente y poner un término a los males que nos afligen. Yo estoy seguro de que iguales sentimientos tienen todos los buenos americanos, y créame usted que sacrificaría mi existencia porque llegase este momento feliz. Por tanto ruego a usted me dé los esclarecimientos que pueda sobre este particular, lo que conservaré con la mayor reserva.

«A Mr. Estaples escribiré sobre la urgente necesidad de alguna fuerza inglesa en estos mares para hacer respetar su comercio pues de lo contrario está muy expuesto a las tropelías de los españoles; usted sabrá pensar esto mejor que yo. Veo con desconsuelo la falta de ilustración de este país, al que verdaderamente se le puede dar el título de Paraíso por su feracidad, amenidad y temperamento. Sus gentes participan del carácter apático de los españoles y aun de sus costumbres, especialmente la nobleza; pero son susceptibles de mejoras por su docilidad y luces despejadas. Sólo les falta modelos y un gobierno consolidado, lo que apetecen con ansia.

«La fragata *María* procedente de ésa llegó a Valparaíso con cuarenta y dos días de navegación. No ha encontrado buque alguno. Nuestra división de Concepción sigue con muy buen éxito. Creo que los enemigos tendrán que abandonar a Talcahuano por falta de subsistencia. Todo el sur de Bío-Bío está por nosotros y creo que a esta fecha Valdivia habrá levantado el estandarte de la independencia española. Este ejército se aumenta y espero que para noviembre estará en el pie de ocho mil hombres. Carezco de oficiales, pero con el colegio militar que he establecido podré llenar los cuerpos.

«Tenga usted la bondad de decir a Mr. Estaples que me es imposible contestar a la apreciable suya del 17, pero que lo haré el próximo correo, saludándolo en mi nombre. He sabido con gusto la llegada feliz de nuestro amigo Mr. Neile. Agradezco infinito la fineza de usted con mi amigo Alvarez. Este me escribe muy reconocido a las distinciones que usted le ha hecho. Crea usted que me vanaglorio en llamarme de usted su invariable amigo, *José de San Martín*» (1).

Casualmente cuando San Martín escribía esta carta Bowles se encontraba en Buenos Aires. La política entre los Gabinetes de Londres y Madrid había entrado en un período de complacencia, y España, que se sabía vencida en el terreno de las armas, intentaba obstaculizar el progreso de los insurrectos negociando una pacificación con la intervención de Inglaterra. Diarios como el *Times* y

(1) *Public Record Office.* Admiralty 1/23.

el *Morning Chronicle* lanzaron la voz de alarma. La prensa de los independientes por medio de la *Gaceta* de Buenos Aires se hizo eco de estas combinaciones contrarias al propósito final de la revolución y, reaccionando a tiempo, llegaron de Londres al Río de la Plata instrucciones a Bowles para que interviniese en el asunto y disipase el equívoco. Claro está que esto tuvo que hacerlo encubriéndose con los reparos de la diplomacia, y aparentando sorpresa, dió al gobierno argentino la explicación amistosa y concluyente que éste esperaba: «He visto últimamente con disgusto, decía Bowles en nota al director el 22 de julio de 1817, las diversas tentativas que se han hecho aquí para excitar sospechas injuriosas sobre las intenciones del gobierno de S. M. Británica con relación a estas provincias; pero creyendo que la experiencia de siete años consecutivos debía producir la mejor refutación de estas calumnias despreciables las he tratado hasta aquí con la indiferencia que merecen». «El director, escribe Mitre, por medio de uno de sus ministros, contestó esta comunicación en términos cordiales declinando toda responsabilidad oficial y explicó que la *Gaceta* no había hecho sino transcribir las noticias de los periódicos de Londres, retribuyendo sus protestas de buena amistad» (1).

Cuando en su viaje a fines de 1817 el inglés Samuel Haigh llegó a Valparaíso, Bowles con su fragata *Amphion* se encontraba en dicho puerto. Otro tanto sucedió cuando el general Miller pisó tierra chilena para incorporarse antes de Maipú al ejército libertador. Bowles lo recibió muy cordialmente, según el mismo Miller nos lo cuenta, y lo invitó a comer en su propia nave y en compañía del capitán Biddle que comandaba la *Ontario,* corbeta americana.

Como lo recordará el lector, San Martín después de Chacabuco intentó formalizar con Pezuela un canje de prisioneros y resolvió para esto enviar a Lima un comisionado que al mismo tiempo era portador de una suma para ser repartida entre los patriotas que se encontraban allí sufriendo su cautiverio. El designado para desempeñar esta comisión fué el sargento mayor de infantería don Domingo Torres y el viaje lo hizo a bordo de la *Amphion,* comandada por Bowles. Torres desempeñó su cometido y a los pocos días regresó a Santiago trayendo consigo preciosos documentos informativos de que supo sacar provecho a su hora San Martín. Pero es el caso que la misión desempeñada por Torres no dejó de alterar el ánimo de Pezuela y que viendo en el comodoro inglés un cómplice encubierto de las miras del Libertador de Chile, lo recriminó pero sin exagerar sus maneras, como ya se ha visto en su oficio del 11 de junio de 1817.

Meses antes, es decir el 31 de marzo, Pezuela había informado ya de lo sucedido al conde de Casa Flores y díchole textualmente al exponer este punto: «La fragata de guerra inglesa *Amphion,* proce-

(1) *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina,* t. III, pág. 76.

dente de Buenos Aires, entró en Valparaíso con correspondencia de aquellos a estos enemigos. Tomó en este segundo puerto un parlamentario de San Martín bajo la protección de su bandera y le trajo al Callao para tratar conmigo de canje de prisioneros; y como yo sé que éste es uno de los ardides de que se valen para imponerse de nuestra situación y vi al comodoro Bowles, comandante de otra fragata, haciendo demasiada personería por los enemigos, hasta pretender que el emisario hablase desde su bordo, le previne en la primer entrevista con dicho Bowles que sin desembarcar nadie y en el término de veinticuatro horas saliese del puerto: hícele cuantas reflexiones me parecieron del caso para manifestarle que su conducta no era conforme a la que debió observar un pabellón tan íntimamente unido con el nuestro, y finalmente, que si pretendía hacerse a la mar a los cinco días de su llegada al Callao con derechura a Valparaíso como me significó, se lo impediría y hallaría también las fuerzas del Rey en aquel crucero, que no le dejarían entrar sin que se expusiese a un encuentro desagradable que podía comprometer a ambas naciones». «Hecho cargo de su mal procedimiento, concluye Pezuela, dejó bajar a tierra a dicho emisario, a quien entretuve a pesar de sus instancias hasta diez días después de haber salido la expedición: sin embargo, llegó y entró en Valparaíso un día antes que lo verificasen las fuerzas del bloqueo y por él supieron los enemigos cuanto deseaban acerca de la referida expedición. De esta conducta tengo dado cuenta al Excmo. ministro de Estado» (1).

Pero si esto es lo que nos dice Pezuela, veamos lo que, a propósito de este cometido, le escribe Bowles a San Martín: «El señor Torres explicará a usted los pormenores de su negociación con el señor virrey y de la poca disposición que manifestó S. E. para aprovecharse de mis servicios con respecto al cargo. Este oficial se ha desempeñado de su comisión con la mayor prudencia y tiento y yo me hallo reconocido a la buena voluntad con que sostuvo su larga detención en Lima antes de comprometer a mi carácter de neutral, insistiendo como lo pudiera en su permanencia a bordo del *Amphion*. Explicaré también los motivos que me indujeron a dilatar tanto mi regreso desde el Callao. Mi llegada a ese puerto con ánimo de volver luego a Valparaíso al momento mismo en que se verificaba la salida de la expedición de Osorio, me dictó una conducta sumamente circunspecta para cortar los compromisos y sospechas injuriosas, que a pesar de ser falsas e injustas, pudieron perjudicar mucho a mi honor y opinión y a los cuales nuestra amistad conocida hubiera tal vez proporcionado fuerzas aumentadas. Nadie sabrá mejor que usted mismo juzgar de mi situación delicada y difícil y hasta qué punto me convenía mantener la buena fe más escrupulosa. Los mismos acaecimientos que impiden a nuestra entrevista impidieron quizá por ahora también a la prosecución de las medidas

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 188.

meditadas. Me es excusado repetir cuanto puede usted fiarse de mis mejores auxilios, hasta donde alcance la esfera de mis facultades» (1).

El día antes le había escrito otra carta la cual estaba concebida en estos términos: «Habiéndome tomado la libertad de recomendar al oficial encargado de la misión de V. E. a Lima que el dinero enviado para socorrer a los desgraciados prisioneros existentes allí debía más bien desembarcarse y distribuírse por el mismo virrey en vez de llevarse de nuevo a Valparaíso, tengo el honor de remitir inclusa la correspondencia que con este motivo se cambió y de participar a V. E. que los diez mil pesos se entregaron efectivamente a la persona nombrada en la carta del virrey que vino a bordo del *Amphion* para recibirlo.

«Espero que V. E. no desapruebe mi proceder en esta ocasión, motivado por el deseo de obtener en cuanto de mí dependiese algún alivio a los sufrimientos de aquellos desgraciados, sintiendo sólo que las circunstancias me impidieran obrar con más eficacia en su favor. Creo también de mi deber que el hallarse preso el mayor Jones confinado en Lima, le impidió entregar personalmente las sumas indicadas a los interesados, siéndole por lo tanto imposible obtener recibos individuales en la manera especificada en sus órdenes» (2).

El 17 de enero, Bowles se encuentra aún en Valparaíso. Sigue con interés la marcha de los acontecimientos y en carta confidencial le dice a San Martín: «Mil gracias por las gacetas inglesas y de Janeiro que tuvo usted la bondad de mandarme y que hoy devuelvo al señor gobernador para que marchen en la primera ocasión al cuartel general. Su contenido es muy interesante, sólo me parece que dentro de poco tendrá usted refuerzo crecido de oficiales ingleses, si son fidedignos algunos artículos que encuentro en las *Crónicas*.

«Estoy igualmente reconocido por la pólvora que llegó felizmente y que pienso emplear luego contra las perdices. Me es muy sensible el dilatar tanto mi salida; pero mientras dura esta incertidumbre sobre el destino de la expedición, no debo dejar a mis paisanos asustados sin alguna protección. A mí me parece que se dirige el señor Osorio a Talcahuano, y desde allá, si piensa internarse un poco, no hay más riesgo para la capital ni Valparaíso. Acabo de recibir una carta del capitán Shaple, quien me encarga con muchísimas expresiones de su parte para usted. Creo que ya habrá llegado el ministro nuestro a Janeiro» (3).

Meses más tarde, la *Amphion* se encuentra anclada en la bahía de Río de Janeiro. El comodoro Bowles recoge en esa Corte todas las noticias y pormenores que le llegan, tanto de Chile como de

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 204.
(2) CARLOS GUIDO Y SPANO: *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 71.
(3) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 205.

Buenos Aires, y esto le sirve de pretexto para elevar al Almirantazgo un informe, datado por él el 2 de mayo de 1818 en la capital fluminense.

Uno de los puntos principales, si no el principal, abordado por Bowles, es el relacionado con la sorpresa sufrida por el ejército libertador en Cancha-Rayada. Con tal motivo se hace eco de un rumor circulante y declara así que esa sorpresa se produjo por delación de un oficial de ingenieros —quiere aludir sin duda a Alvarez. Jonte— en el cual San Martín tenía depositada «la mayor confianza». He aquí este documento descubierto por nosotros en el Almirantazgo inglés: «Después de haber escrito las cartas que acompaño del 29 próximo pasado con carácter reservado, dice Bowles, he recibido noticias de Buenos Aires del 9, de las que se desprende que la campaña en Chile comenzó por una acción desfavorable para la causa revolucionaria.

«El general Osorio consiguió un número suficiente de caballos y los medios de transporte, realizando un rápido avance de Concepción a Talca, a cuya plaza llegó el 4 de marzo. O'Higgins se retiró cuando se acercó el general.

«El avance de los españoles tuvo lugar en Curicó el día 10 y encontrando una fuerte oposición, y como quiera que el general San Martín se acercaba con todo su ejército, volvieron a caer el 18 después de varias escaramuzas en Talca, perseguidos por las tropas revolucionarias bajo las órdenes del general Balcarce que acampó cerca de la ciudad. En la noche del 19 un oficial mayor de ingenieros que había estado empleado por espacio de varios años en Buenos Aires, en cuya persona tenía la mayor confianza el general San Martín, fué hasta el general Osorio para darle los informes necesarios que le permitieron sorprender durante la noche al general Balcarce, cuyas tropas quedaron totalmente derrotadas y dispersas, y el pánico fué tan grande, que el general San Martín tuvo que retirarse a San Fernando, en cuyo lugar, según las últimas informaciones, había reunido de cinco a seis mil hombres. El ejército español quedó en Talca el 24, no haciendo ninguna tentativa para avanzar.

«Como quiera que no se había publicado oficialmente ningún acontecimiento, las informaciones son varias y contradictorias y únicamente puedo afirmar la exactitud de los hechos principales sin aventurarme a suministrar detalles que podrían carecer de fundamento. El *Windham*, un navío bastante grande inglés con treinta y cuatro cañones y ciento diez hombres de tripulación, había llegado a Valparaíso y fué vendido inmediatamente al gobierno de Chile por la suma de ciento ochenta mil dólares. El *Lucy* con 18 cañones, ex *Hecate*, había salido de Buenos Aires con dirección al océano Pacífico, habiendo recibido instrucciones y enarbolado los colores revolucionarios antes de salir de la Plata.

«El ejército enviado de Buenos Aires a Entre-Ríos ha quedado

también derrotado en la Bajada de Santa Fe por un destacamento de Artigas. De los mil ochocientos hombres, únicamente se recogieron quinientos después de San Nicolás — en las márgenes de la derecha del Paraná —, y esta empresa puede considerarse como habiendo fracasado por completo. Los portugueses no se han movido en absoluto durante la campaña ni han hecho tentativa alguna a favor de sus aliados en Buenos Aires, dejando a Artigas en plena libertad para que dirigiera todas las fuerzas contra el último.

«Tengo intenciones de salir mañana para Río de la Plata y el *Icarus* me encontrará después de la llegada del vapor de marzo. Aprovecharé de la primera circunstancia para informar a V. E. de todos los particulares relativos a estos importantes acontecimientos» (1).

Pocos días después de haber escrito este informe, Bowles se dirigió nuevamente al Río de la Plata, y el 7 de junio de este mismo año redactó otro informe — como el anterior, hasta ahora inédito — que elevó el Almirantazgo. El informe comienza por la batalla de Maipú, y después de declarar que el parte de aquella batalla escrito por San Martín puede considerarse como «muy auténtico», se detiene en otros pormenores. He aquí el informe en cuestión: «La breve carta nº 83 que hoy he transmitido por un barco de Guernesey quizá dará a Sus Señorías la primera noticia de mi llegada aquí el 27 del pasado; pero como es probable que el navío *Hyacinth* pueda llegar a Inglaterra antes que aquél, me permito repetir en este despacho los informes que daba en mi anterior.

«Sus Señorías ya han quedado informados por los comunicados del capitán Sharpe que la derrota del general San Martín, ocurrida en Talca el día 19 de marzo, pronto fué remediada por su batalla decisiva en Maipú el día 5 de abril, habiendo aumentado su prestigio militar por la forma eficaz con que congregó sus desalentadas y dispersas fuerzas, especialmente en vista de que la mayor parte de su oficialidad demostró muy poca firmeza prestándole escaso apoyo.

«El fué la única persona que estuvo en favor del combate en Maipú contra el ejército español, y sus esfuerzos personales restablecieron la batalla cuando el ataque sobre el flanco derecho español fué rechazado y sus tropas cedieron y se dispersaron. El general Brayer abandonó el ejército en la mañana del 5 de abril so pretexto de indisposición y en general los franceses se portaron mal, al paso que algunos oficiales ingleses se distinguieron.

«Los planos que tengo el honor de adjuntar le darán una idea de las dos acciones. La pérdida de la primera parece ser debida a que los españoles tuvieron la singular fortuna de empezar su ataque nocturno precisamente en el momento en que el ejército de San Martín evolucionaba para tomar una posición en la cual hubiera quedado al abrigo de toda sorpresa, y se me asegura que en cinco

(1) *Public Record Office*, Admiralty 1/23. Nº 82 Secret.

minutos más el núcleo hubiera pasado detrás del barranco referido en el relato oficial. El ala derecha, que ya había tomado posición antes de que comenzara la acción, debiera haber evolucionado sobre el flanco español; pero cortada la comunicación, el comandante no quiso obrar sin órdenes, retirándose algunas horas después cuando observó la completa derrota de la izquierda. En mi carta del 2 de mayo atribuí este desastre a la traición de un oficial de ingenieros español al servicio de su país, cuya súbita ausencia dió lugar a sospechas. Parece no obstante que después de la derrota del 19 se fué al galope a Valparaíso pensando sólo en escapar, por lo cual desde entonces ha sido juzgado por consejo de guerra.

«Informé a Sus Señorías en mi carta de 2 de mayo que los españoles permanecieron cuatro días en Talca sin proseguir su victoria. A esta demora inexcusable se debe atribuir las desgracias que le siguieron, pues San Martín mismo confesó después que hubiera abandonado a Santiago si hubiese sido perseguido, y dudo si hubiera podido retener junta su tropa en una retirada hacia Coquimbo que era su única alternativa.

«Su relato de la batalla de Maipú puede considerarse como muy auténtico y no creo que se exagera la pérdida de los españoles. Osorio, que dejó el campo de batalla una hora antes de terminada, se vió precisado a deshacerse de todos sus adictos dirigiéndose hacia Concepción seguido tan sólo de dos guías. Fué casi el único individuo que escapó, encontrándose ahora en Talcahuano con unos seiscientos hombres. Arengó a su ejército antes de comenzar la batalla para que no diesen cuartel y en particular el regimiento de Burgos, sus morriones llevaban pintada con tiza la divisa: Ni pido ni doy, No obstante San Martín ha tratado muy bien a todos sus prisioneros y ha escrito al virrey del Perú, como Sus Señorías verán por el adjunto que se acompaña marcado «A», proponiendo un cambio parcial.

«La situación lamentable en que esta desgraciada gente se encuentra debido a la terquedad de su propio gobierno es realmente deplorable, y duránte mi estancia en Lima traté, a instancias del general San Martín, de inducir al virrey Pezuela que aceptase algún proyecto para un cambio general. Pero el orgullo español unido a la confianza de Osorio en el éxito, se opusieron a un resultado satisfactorio y hasta en aquel entonces no se dignó contestar a la carta de San Martín a pesar de que estas Provincias contaban ya con tres mil prisioneros incluyendo dos generales, al paso que él solo contaba con unos quinientos hombres prisioneros, a los cuales trataba con más dureza de lo necesario, justificándose así en mucho las represalias que se siguen aquí.

«El general San Martín se encuentra ahora en esta ciudad habiendo dejado su ejército en Chile para su reorganización y reclutamiento en anticipación a la expedición a Lima, la cual no tengo duda contempla muy seriamente. Se me antoja que su principal

objeto de dejar Chile por ahora es para frustrar aquellos planes de nuevos cambios aquí de que informé a Sus Señorías en mis anteriores despachos. No veo ninguna probabilidad de que se lleven a cabo éstos por ahora por más que entre él y el director no medie mucha cordialidad. El primero, que se encontraba en su casa de campo, sólo a tres leguas de distancia, cuando llegó San Martín a Buenos Aires no le vió hasta tarde el día siguiente, causando esto general sorpresa.

«El *Windham*, de treinta y cuatro cañones — cuya llegada a Valparaíso anuncié en mi carta del 2 de mayo —, ha sido desde entonces convertido en buque de guerra por el gobierno de Chile, habiendo tenido un encuentro con la fragata *La Esmeralda* y la corbeta *Pezuela*. Según relatos que he leído, se hicieron dueños de la cubierta de *La Esmeralda*, pero sólo abordaron treinta hombres y el capitán sin ningún otro oficial. Pero al separarse los barcos los españoles se repusieron y antes de que el *Windham* (o el *Lautaro* como ahora se llama) pudiese abordar de nuevo mataron al capitán y a muchos de sus hombres y el resto sólo pudo salvarse con dificultad.

«*La Esmeralda* entonces desplegó velas poniéndose a salvo. Se dice que el *Lautaro* se dará otra vez muy pronto a la vela con objeto de bloquear a Talcahuano, la cual quedará probablemente evacuada antes de su llegada.

«Otro barco grande inglés llamado *Cumberland*, de mil cuatrocientas toneladas, parece ser que ha sido comprado secretamente en Londres y se espera que saldrá en breve para Valparaíso. Todavía no se sabe nada del *Andromache* o el *Blossom*. Desde la derrota de la expedición contra Artigas, enviada por este gobierno a Entre-Ríos, se cree que los portugueses han tenido algunas ventajas sobre él; pero las noticias del otro lado del río son tan confusas y contradictorias que no me aventuro a asegurar nada sobre el particular. El general Le Coc me manifestó, cuando me encontraba en Montevideo, que a Artigas sólo le quedaban ochocientos hombres y que alguna de sus divisiones le persiguieron con fuerza muy superior. Entiendo que los portugueses han avanzado mucho en el Uruguay además de ocupar la Colonia sin ninguna resistencia. Las dificultades financieras del general Le Coc le inducen a fomentar el comercio tanto como le es posible, tratando de atraer a los extranjeros a Montevideo y a la Colonia con este fin. Esta circunstancia ha surtido un buen efecto aquí. Los derechos altos y exorbitantes en vigor el año pasado han sido notablemente reducidos estos últimos días, habiéndose demostrado al fin por medio de la experiencia, que ninguna precaución que tomara el gobierno podía evitar el gran contrabando a que dió lugar.

«En el Alto Perú no ha ocurrido nada de interés. El país está tan agotado que no se pueden efectuar operaciones militares sin las mayores dificultades, y las diferencias existentes entre Belgrano y Güemes impiden toda cooperación cordial entre las tropas de Salta

y las de Buenos Aires. El capitán Sharpe ya ha informado a Sus Señorías que no existe ninguna razón para creer que los delegados de América tuviesen ninguna intención secreta o que hayan causado mucha impresión aquí. No obstante, uno de ellos siguió por tierra a Santiago, tan pronto como se recibieron noticias de la batalla de Maipú.

«La oportunidad que tuve durante mi reciente permanencia en Chile de observar el estado del comercio inglés en aquel país y las dificultades a que se exponía, espero que junto con los recientes acontecimientos allí, excusarán mi sugestión por medio de Sus Señorías hacia el gobierno de S. M., de la conveniencia del nombramiento de un agente comercial en la capital de aquella provincia. La distancia desde Valparaíso —noventa millas— es tan considerable que impide a los jefes de escuadra en aquel puerto de entenderse como es debido con las autoridades existentes y en particular que no pueden hacer la representación personalmente, las cuales cuando se hacen en esta forma son siempre muy eficaces aquí. Comprendo perfectamente el argumento en contra de tal medida, pero debo poner en conocimiento de Sus Señorías que además del cónsul americano, allí existe ahora un agente comercial francés acreditado ante el gobierno y reconocido en su carácter oficial y también poca duda me cabe que un tal monsieur St-Lambert, que llegó de Francia hace dos años con el duque de Luxemburg y que desde entonces permanece en Chile sin aparente objeto determinado, va a ser empleado —si ya no lo está— en alguna función semejante. En Santiago ha habido un cónsul americano desde el mes de enero, y como quiera que el comercio directo entre Inglaterra y el Cabo está tomando gran incremento, la ausencia de un delegado para ocuparse de la parte comercial se hará sentir muy pronto y por parte de los comerciantes ingleses. Si Sus Señorías desean más amplios pormenores del estado actual de este país, el capitán Sharpe es altamente competente para suministrárselos, aprovechándome gustoso de esta oportunidad para reconocer las obligaciones a que le soy deudor por su celo, habilidad y buena voluntad que siempre ha demostrado en la ejecución de sus varios deberes, de los cuales ha sido responsable durante el período que ha prestado servicios a mis órdenes» (1).

La lectura de este documento nos merece una observación y es ella la relativa a la llegada de San Martín a Buenos Aires después de Maipú. San Martín llegó, como ya lo hemos dicho, a esta capital el 11 de mayo y Pueyrredón sólo lo cumplimentó al día siguiente de su arribo. Los exaltados o los que se creían detentores de primicias informativas hicieron correr la voz de que esto obedecía al desacuerdo existente entre el general y el director. La especie se abrió camino y, aun cuando falsa, Bowles sin malicia la recogió y la trans-

(1) *Public Record Office*, Admiralty 1/23. Nº 84 Secret.

mitió a su gobierno. La *general sorpresa* a que él alude era del todo infundada. Cuando una parte de la opinión se alarmaba como dice Bowles, Pueyrredón tomaba precisamente todas las providencias necesarias para depararle a San Martín un recibimiento cordial y ruidoso. A pesar de que éste no quería «ni bullas ni fandangos», Pueyrredón le decía en carta de 1º de mayo que «hay ciertos sacrificios que es de necesidad sufrir en favor de la sociedad en que se vive y del puesto que se ocupa» «Si usted quiere entrar a caballo, escríbele, adviértamelo y le mandaré uno mío» (1).

Pero San Martín no estaba para actitudes teatrales. Enemigo de todo lo espectacular, renunció a la cabalgadura que le proponía Pueyrredón y dejó que las cuatro ruedas de la diligencia que lo transportaba de Mendoza a Buenos Aires le permitiesen apearse silenciosamente en horas matinales y en que todo el mundo porteño dormía. Este es el secreto del retardo con que Pueyrredón le saludó y que por ignorarlo explicólo Bowles alegando un distanciamiento que no existió.

En otro documento inédito como los anteriores, que lleva fecha del 22 de junio, Bowles pasa revista general a la revolución. En pocas páginas nos dice cuál era su estado tanto en el sector portugués de la Banda Oriental, como en el Alto Perú y en Chile en que San Martín actúa como triunfador. «Los portugueses, escribe él, continúan todavía en la misma situación en Montevideo, sufriendo mucho por falta de provisiones, lo cual ha engendrado gran descontento y deserciones entre la tropa. Las últimas noticias de allá dan cuenta de las grandes diferencias que existen entre Artigas y su principal oficialidad, así como que su influencia ha decaído considerablemente. En general desean un acuerdo y unión con este gobierno; pero aquél, con terca obstinación, declara su eterno aborrecimiento a los habitantes de la ciudad que un día puso precio a su cabeza.

«Las fuertes nevadas en las cordilleras han impedido últimamente toda comunicación con Chile. Las últimas cartas de Santiago están fechadas el 18 del próximo pasado cuando las fuerzas españolas se mantenían aún en Talcahuano, pero parecen haber sido rechazadas con alguna pérdida en una salida contra las tropas revolucionarias, que desde entonces han sido reforzadas por alguna fuerza bajo el mando del general O'Higgins. Los españoles también han recibido un refuerzo de Lima de quinientos hombres, creyéndose que su grueso alcanza unos dos mil hombres. El general San Martín llegó a Santiago, de Mendoza, el 10 del mes pasado.

«El ejército real del Perú continúa en retirada. Desalojó Jujuy el día 21 del mes último, y de acuerdo con la prensa, según las gacetas que se acompañan, ha sufrido enormemente. Cartas confidenciales que he visto aseguran que perdieron dos mil hombres en

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág: 593.

su último empuje y que su caballería quedó completamente aniquilada, quedando ahora reducido su número a menos de tres mil. Como casi han concluído por ahora las razones que existían para las operaciones activas, no dejará de interesar a Sus Señorías un corto análisis de los importantes acontecimientos de la campaña que acaba de terminar.

«En la época en que comenzó mi correspondencia oficial desde ésta, la causa revolucionaria no podía ser en apariencia más desfavorable. Un grueso del ejército español, de no menos de cinco mil hombres de tropas regulares, se estaba congregando en el Potosí, con objeto de penetrar por las Altas Provincias a Tucumán, cuando el general Belgrano no contaba con más de mil quinientos hombres para hacer frente y Chile completamente sometido. El gobernador español de la provincia tenía hasta cuatro mil hombres de tropa disponible bajo sus órdenes y además de estas fuerzas, ya superiores a las del ejército revolucionario, un grueso de diez mil. Los portugueses iban avanzando por la orilla izquierda del Plata; bien que no actuaban en unión con los españoles, se dirigían abiertamente contra el jefe del partido independiente de aquel territorio. Aparte de estos enemigos externos, se debe mencionar la numerosa revuelta que en aquel entonces existía en el interior contra el gobierno de Buenos Aires. Paraguay, Santa Fe y Córdoba negaron abiertamente su autoridad, y aun cuando esta última quedó sometida, las dos primeras derrotaron a las tropas que desde aquí se mandaron y no han prestado ninguna clase de apoyo a la causa común.

«El plan de campaña de los españoles era comenzar por un avance rápido sobre Tucumán. Se esperaba que este movimiento obligaría a San Martín —que estaba a la cabeza del último cuerpo organizado en estas provincias— a abandonar a Mendoza y unirse con Belgrano con el fin de proteger esta capital, y una vez conseguido este objeto el ejército real de Chile debería cruzar las cordilleras, estableciéndose en la posición que San Martín desocupara y tomaría también la ofensiva desde aquella posición.

«Si estas proyectadas operaciones hubieran sido hábilmente ejecutadas, muchas hubieran sido las probabilidades de su éxito pero el avance desde el Potosí, del cual todo dependía, se llevó a cabo tan lenta e irresolutamente que la gente recobró ánimos y a pesar de la casi total ausencia de fuerzas regulares, opusieron a los invasores tal fuerza y denuedo que el ejército español se vió obligado a detenerse en Jujuy y tomar la defensiva.

«San Martín, que había estado observando muy atentamente su progreso, se aprovechó instantáneamente del momento favorable para atacar a Chile con el completo éxito que Sus Señorías ya han sido informados. El gobernador español, completamente despistado por sus maniobras y otras artimañas, había destinado gran proporción de sus fuerzas a puntos tan distantes, que una semana después

que San Martín cruzara las cordilleras sólo pudieron reunir, de cuatro mil hombres, mil ochocientos para hacer frente en Chacabuco.

«El ejército real en el Perú, a cuya inactividad se debe atribuir este desastre, resolvió repentinamente la ofensiva al tener la noticia de la pérdida de Chile; pero la oportunidad de operar ya había pasado y después de avanzar sin objeto aparente hasta Salta, su posición primitiva, se está ahora retirando en la peor época del año, extenuado y agobiado de fatiga. Cuando salieron las últimas noticias de Tucumán se encontraba en marcha de Jujuy al Potosí, acosado en ambos flancos por los partidos revolucionarios y todavía no seguro de que el grueso, bajo La Madrid, que sorprendió a la guarnición española en Tarija en abril, no hubiera llegado al Potosí antes, en cuyo caso, o tenía que abrirse paso combatiendo, o tenía que rendirse.

«Habiendo ya en varias ocasiones escrito ampliamente respecto a las operaciones portuguesas, creo muy necesario hacer constar aquí que aunque dos veces victoriosos en acciones generales — en el arroyo de la India Muerta en noviembre y en el potrero de Arapey en enero —, la división europea se está agotando bajo las murallas de Montevideo, muy acosada por el enemigo y sufriendo mucho por falta de víveres, y separados por completo de toda comunicación con el territorio brasileño exceptuando por la vía marítima.

«Por consiguiente, el resultado de la campaña es enteramente favorable a las armas revolucionarias, las cuales no sólo han sabido rechazar el ataque más formidable que hasta ahora han recibido, sino que mediante un desesperado esfuerzo han podido recobrar la más poblada y rica provincia de todo el virreinato.

«Es imposible prever hasta qué punto las disensiones internas, la falta de integridad y de espíritu público entre las clases elevadas puedan impedir a este gobierno el aprovecharse de sus actuales ventajas, pero no hay duda de que jamás se ha encontrado tan firmemente afianzado o en situación de contemplar con tan poca alarma la renombrada expedición de Cádiz.

«El ejército, que debido en parte a la política de partidos anteriores y en parte a la negligencia, había quedado muy reducido, ahora está tomando mucho incremento. Aquí hay en la actualidad cuatro regimientos regulares, cada uno de un término medio de seiscientas plazas, además de la milicia local que se eleva a tres mil hombres de infantería; por otra parte, toda la población del país circunvecino ha sido organizada durante un verano y además entrenada, y en un momento dado sería de suma utilidad como caballería irregular.

«Poca duda me queda de que se ha concertado una convención secreta con el general Le Coc bajo el principio del proyecto mencionado en mi carta nº 35. La principal mira de este gobierno en la

actualidad es de aniquilar a Artigas y hasta que esto no se efectúe se prestará ayuda clandestina a los portugueses, que podrían, obligados por el hombre, evacuar a Montevideo si el director no hubiera tolerado la exportación de grano violando sus propias proclamas. No se atreve a ir más lejos, aparte de hacer uso de ellos para este determinado objeto y Sus Señorías verán por la vindicación de su conducta que se vió obligado a publicar —véase la adjunta gaceta de Buenos Aires— cuán obstinadamente la opinión pública se opone a toda medida que tienda a aliviar al ejército portugués de sus dificultades actuales.

«No tengo razón para sospechar ninguna inteligencia entre los descontentos del Brasil y este gobierno, los cuales en la conversación parecen tener —y realmente tienen— cierto temor del resultado de una insurrección que muy bien puede terminar con la destrucción total de ese reino. No se ha permitido ninguna clase de exportación, y las grandes pérdidas sufridas por las fuerzas negras que han prestado servicio han sido continuamente reemplazadas por otras unidades de aquí. Me aseguran que el número de esclavos en esta localidad ha quedado reducido a una mitad en el curso de estos siete años pasados. La oficialidad francesa llegada aquí de América del Norte hace algunos meses, no ha tenido prestigio ni aliciente. Algunos de ellos han sido expulsados debido a su excesiva insolencia o a su mala conducta y el general Brayer es el único que parece salir adelante. Ahora está sirviendo en Chile con San Martín.

«Adjunto para gobierno de Sus Señorías una carta confidencial y algunas gacetas dando pormenores de las operaciones militares en el Perú. Igualmente dos *Redactores* con el sumario de las sesiones del congreso desde su principio hasta aquí. Se observará que la asamblea aprobó una resolución confiriendo alguna recompensa o distinción al general San Martín. Este no es popular ni entre los clérigos ni los abogados, los cuales componen la mayor parte del congreso, y muchos de ellos que están implicados en el proyecto de colocar esas provincias en manos de Portugal miran los éxitos en Chile del general como ruinosos a sus esperanzas y expectativas.

«Añado también otra publicación, *El Censor* del 19 de junio de 1817, que publica un artículo muy bien redactado respecto a la conducta de las potencias extranjeras hacia este país desde su revolución» (1).

Como ya lo habrá visto el lector, en una de sus cartas San Martín le habla a Bowles y le recomienda muy calurosamente su amigo Alvarez Condarco. Este debía pasar por Río en su viaje a Europa, y como se encontraba allí dicho jefe inglés, aprovechó San Martín para poner a su emisario bajo su amparo. Bowles accedió a los votos de San Martín y después de entrevistarse con el recomendado de

(1) *Public Record Office,* Admiralty 1/23. Secret Nº 42.

éste, con fecha 30 de junio dirigióse a su gobierno escribiendo este comunicado: «En mi carta nº 37 del 24 del próximo pasado, puse en conocimiento de Sus Señorías que dos agentes habían sido comisionados de aquí para los Estados Unidos con un efectivo de cien mil dólares, suplido por el gobierno de Chile, para la compra de barcos para el servicio en el sur del Pacífico, y que una persona iba a ser enviada a Inglaterra con igual cometido. Este último sale dentro de uno o dos días en el *Duchess of York,* barco de carga para Londres. Paso a dar a Sus Señorías un bosquejo de su carácter y propósitos.

«Don José Antonio Alvarez de Condarco es natural de Tucumán y es oficial mayor de artillería. Ha servido principalmente bajo las órdenes del general San Martín y ha sido comisionado por éste para el reconocimiento de los pasos de las cordilleras durante el invierno antes del ataque de Chile y además ha sido encargado del transporte de toda la correspondencia secreta en esa provincia; y fué la única persona en el ejército, aparte del general, que sabía la dirección que debían seguir en la avanzada después de la salida de Mendoza. Por consiguiente, probablemente goza de toda la confianza de su jefe y pasa a Inglaterra en parte como agente de O'Higgins, el director de Chile, para la compra de barcos para ser armados y empleados contra los españoles en los mares del Sur; también en parte, creo yo, con objeto de tratar de abrir alguna correspondencia con el Gobierno de S. M. y aprovecharse de alguna circunstancia favorable que pueda presentársele.

«No estoy seguro hasta qué punto pueda saber del ruego que transmití en mi carta nº 38, pues aunque vino aquí muy recomendado a mí por su general (como Sus Señorías comprobarán si consultan el adjunto despacho) y por consiguiente le he tratado mucho desde su llegada, ni una vez ha aludido a ese tópico en sus conversaciones conmigo, las cuales siempre se han reducido a generalidades. Por otro conducto sé que lleva consigo cien mil dólares en efectivo y un poder del director de Chile para girar sobre el tesoro de aquella provincia por cualquier suma que le sea necesaria. Sospecho que tiene autorización para enrolar oficialidad para la marina chilena y también para iniciar las negociaciones políticas que las circunstancias permitan. Dice que no tiene ni comisión ni autoridad del gobierno de Buenos Aires y sé que se le ha negado permiso de exportación de aquí de más de veinte mil dólares y que se ha visto obligado a embarcar el resto secretamente.

«De lo que he visto de él me parece un joven que aun cuando un tanto modesto y reservado hasta grado poco usual entre sus compatriotas, posee superior habilidad y juicio natural. Sus ideas sobre el estado del país son acertadas y moderadas, y reconoce muy bien las dificultades y falta de unión y de sistema que aquí se opone a todo plan de pacificación o mediación.

«Si Sus Señorías desean mayores informes sobre el aludido pue-

den dirigirse a los señores Mr. Neile y C°, de Buclersbury, que serán sus agentes en Londres» (1).

En el último documento que vamos a reproducir, Bowles se detiene a contemplar distintos aspectos relacionados con la política del directorio. Aborda, como lo verá el lector, el tema de las intrigas reinantes, y señala como agente principal de éstas al general Alvear y a sus partidarios residentes en Montevideo. Entrando en el fondo de la cuestión, puntualiza un pormenor importante y no tiene reparos en señalar la infidelidad patriótica de Alvear cuando alude a sus negociaciones con la Corte de Madrid, que en 1815 fueron la causa política de su desgracia. «Sus Señorías han quedado informados por la carta del capitán Sharpe del 7 de marzo, escribe Bowles a su gobierno el 20 de agosto de 1818, que por aquella época se estaba a punto de operar un cambio de administración aquí, pero que había quedado demorado a consecuencia del comisionado americano durante cuya permanencia se deseaba evitar todo cambio que pudiera dar una impresión desfavorable de la estabilidad del gobierno. La batalla de Maipú y el regreso del general San Martín han contribuído a retardar más aún ese acontecimiento; pero el

(1) *Public Record Office*. Adm. 1/23. Nº 43 Secret.

A propósito de Alvarez Condarco, creemos interesante publicar aquí la carta que éste dirigió desde Londres con fecha 16 de noviembre de 1818 a don Bernardino Rivadavia. No sabemos que esta carta haya sido aún publicada y cayó en nuestras manos al registrar los manuscritos de la Biblioteca Nacional, en cuya sección se encuentra registrada con el nº 5925. La carta dice así: «Mi apreciado amigo: he recibido las dos apreciadas de usted por mano de mi amigo Barry y también la caricatura de nuestro San Martín. Yo le doy a usted las gracias por esto. Tres días antes de recibirla había obtenido un excelente retrato de San Martín, hecho en Buenos Aires por un francés y traído aquí por un amigo mío: Ors; por el cual trato de hacer grabar una plancha lo menos de doce pulgadas. He visto a varios grabadores para el efecto y el que menos pide tres meses de tiempo. Yo prometo a usted algunas copias cuando esté la obra hecha.

«Vuelvo a repetir sobre el asunto de Walton y ahora con más razón, pues veo levantada una calumnia con tanta injusticia como si fuera a mí mismo o a usted. Tan cierto estoy de ello, que no tengo embarazo de ponerme al frente de cualesquiera a sostener esta verdad que asiento: es verdad que el duque de San Carlos a pocos días que usted se fué de aquí dió todos los pasos precisos para atraer a dicho Walton a una entrevista, que la consiguió, en la que trató de hacer callar al *Chronicle* diciendo que en el día se trataba de una composición en los mejores términos con la América. El resultado de la conferencia fué lo mismo que la que tuvo con usted. Me remito a las columnas de dicho papel, pues nunca han sido más fuertes. También logró dicho duque tener otra igual con Méndez, y si por esto se les ha de allanar ya que sirven a la E., usted y Méndez estarían en el número de aquéllos: son tan pocos los momentos que Walton se separa de mí que aunque quiera hacerlo sería imposible, pues yo vivo en su casa desde que Jonte se fué. En mi viaje estuvo siempre conmigo, y donde tuve la oportunidad de conocer su respetable familia en Brístol. En fin no hay argumentos contra los hechos. Yo veo todo su tiempo empleado enteramente en aquel servicio; así que ahora tiene entre manos un empréstito para Venezuela con cincuenta mil libras que le autoriza Méndez, con lo que se les mandará tres buques de guerra que tanto necesitan.

«Después de varias reuniones, los interesados del consabido buque y con personas de conocimientos en el ramo se dispuso a hacer un ensayo a ver lo que andaba a la vela y lo fuí a hacer personalmente en los días 4, 5 y 6 del presente mes. El hecho ha correspondido, tanto que se puede asegurar que no hay otro más velero en el Río Janeiro. Sin embargo las últimas determinaciones del gobierno de Chile, bajo el influjo de mi amigo Irizarri, quien se halla de secretario de gobierno y a quien

partido opuesto a las autoridades existentes ha comenzado últimamente sus operaciones, y el plan de deposición del director Pueyrredón y el de asegurar también la captura de su persona casi tuvo éxito; pero varios de los principales conspiradoras, a cuya cabeza, se dice, estaba don Manuel Sarratea, fueron prendidos, continuando aún bien guardados. No obstante, no se sabe si esta medida violenta no contribuirá más bien a acelerar la explosión que se ha tratado de evitar, porque el número de personas implicadas como sospechosas es tan considerable y tan influyente, que Pueyrredón titubea en seguir sus primeras medidas, y si demuestra temor o falta de resolución y sobre todo si por falta de suficiente prueba se ve obligado a poner en libertad a sus prisioneros, su caída y el triunfo de sus contrarios puede considerarse como inminente. No obstante, yo no creo que un cambio del personal que aquí ejerce la autoridad suprema pueda ser de vital importancia desde otro punto de vista que el que pueda dar lugar a otra línea de conducta con respecto al gobierno portugués; pero dudo que aun los más violentos contrarios a toda relación con la Corte de Río de Janeiro se aventurarían a las hostilidades contra un poder que ocupa tan formidable posición y que posee tan diversos medios perjudiciales si se le provocase o si se le diese lugar a una alianza con España. Bajo otros aspectos, aquellos entre cuyas manos caería la dirección harían uso de ella probablemente como sus antecesores han hecho

serví en ésta como estuvo a mi alcance, han paralizado algún tanto las últimas operaciones de nuestro buque. El señor Irizarri, quien se ha declarado enemigo mío sin más motivo que haberle prestado los medios para que saliese de aquí donde se hallaba pereciendo, logrando el momento en que San Martín estaba en Buenos Aires, ha demorado el cumplimiento del contrato del buque *Cumberland*, que nunca podría arribar a mejor tiempo ni ser mejor para los objetos deseados, con inventivas, ya diciendo que yo no tenía poderes para ello, ya que me habían engañado. La llegada de todo esto aquí ha roto el crédito que ya estaba entablado y como nada se puede hacer sin tenerlo, ha sido el tiro de muerte, no a mí, sino al gobierno a quien él mismo sirve. Sí, amigo, mi principal pecado es pertenecer a las Provincias de Buenos Aires, como lo expresó antes de salir de aquí.

«A los dos días después de escribir mi carta, supe la salida de las dos fragatas de Aguirre a Nueva York el 9 de septiembre y que su salud estaba como siempre mala, pues ella nunca ha sido mejor que ahora, con lo que se acabaron mis cuidados en aquella parte.

«Por el ministro de los Estados Unidos aquí, sé que han sido altamente aplaudidas las informaciones de los comisionados que dicho gobierno mandó a Buenos Aires y a Chile y nos promete grandes ventajas en el próximo congreso. Yo debo ver más a este individuo y cuidaré decir a usted lo que sepa sobre esto.

«Mis últimas cartas de San Martín son de junio, de Buenos Aires; pero él se halló el 19 de julio en Santiago. No sé más.

«Magrerón ha salido el jueves de la semana anterior. No sé su destino. Su expedición es cortísima. Sin embargo debo decir a usted que si logra formar algo en el continente de Venezuela, producirá al momento una división entre él y Bolívar, pues ya ha habido antes y me temo que sus resultados sean desagradables. Las disputas perdieron aquel país antes y las mismas nos han tenido a nosotros con los calzones abajo y las faldas levantadas varias veces.

«Adiós, mi buen amigo. Prometo no perder ocasión en cumplir con mi obligación en escribir a usted. Soy su José Antonio Alvarez.»

El texto que reproducimos caracterízase por su incorrección ortográfica y para hacerlo legible nos hemos decidido por presentarlo al lector adaptándolo a la ortografía moderna.

hasta ahora para su propio lucro y beneficio relegando a segundo término el interés público. Con frecuencia he tenido que hacer referencia a la falta de integridad o verdadero patriotismo que impera aquí y es una triste verdad que casi no se puede nombrar a un solo individuo de los que más llamados están a ocupar los cargos públicos que inmediatamente después de tomar posesión de ellos no se dedicasen a llevar a cabo aquellos proyectos mercantiles o especulaciones arriesgadas, a las cuales toda la escala social — el elemento eclesiástico, el militar y el civil — es tan sumamente adicta. La impopularidad del presente director se debe muy mucho a las grandes sospechas que de esta naturaleza se tienen de él y a los privilegios exclusivos que ha otorgado a los que se presume que están secretamente ligados con él en ciertas empresas.

«Una idea muy generalizada existe de que San Martín ataca la oposición contra Pueyrredón, y su voto (de ser cierto), echado en la balanza contraria, sería probablemente decisivo.

«También me inclino a creer que el ex director Alvear, que actualmente se encuentra residiendo con muchos de sus antiguos partidarios en Montevideo, está más o menos comprometido en las actuales intrigas, por más que no es muy probable que vuelva a tomar su antiguo poder o influencia. Ha engañado a la Corte de Río de Janeiro haciéndola creer que está dispuesto a prestar su apoyo en sus miras de engrandecimiento en este país y también sospecho que, en su interior, se inclina más hacia España donde sus padres poseen importantes bienes, los cuales no podrá heredar si no se reconcilia con su soberano y no es improbable que la violenta oposición hecha por el conde de Casa Flores a su salida de Río de Janeiro para regresar al Plata pueda haber sido fingida para encubrir su verdadero propósito. Sus Señorías recordarán que la causa principal a que se atribuía su deposición en 1815, fué su negociación con la Corte de Madrid, y que a Sarratea, durante su misión en Europa, se le suponía siempre envuelto en planes cuyo objeto era el establecimiento de una rama de la familia real en este país.

«Tengo noticias de Chile hasta el 24 del corriente. La noticia recibida entonces de la expedición de Cádiz indujo al gobierno a mayores esfuerzos y medidas navales y la escuadra que ahora se encuentra en Valparaíso consta de los siguientes barcos:

Cumberland,	60	cañones.
Lautaro,	54	»
Coquimbo,	24	»
Columbus,	18	»
Ariel,	16	»
Chileno,	16	»
Aguila,	12	»
Fortuna,	10	»
Witch,	10	»

«Actualmente tiene el mando un norteamericano llamado Higginson, antes capitán de buque mercante; pero creo que sin duda se espera dentro de poco en Valparaíso para tomar el primer mando a lord Cochrane. Parece ser que se proyecta una expedición contra Arica.

«Nada nuevo ha ocurrido ni en el Perú ni en el lado opuesto del Río desde la fecha de mis dos cartas nº 105|6 remitidas por el *Duchess of York* el 14 del corriente, al cuidado de una persona de toda mi confianza. El presente despacho lo confío a Mr. John, de lo contrario no me hubiera aventurado a escribir con tan poca reserva sobre el estado de cosas aquí.

«Una goleta ligera americana registrada en Baltimore, la *Pittsburg*, ha llegado recientemente aquí con despachos para este gobierno, regresando mañana a los Estados Unidos» (1).

La actitud que asumió Bowles cuando se enteró de que San Martín renunciaba al comando del ejército de los Andes merece ser señalada por lo honrosa y por ser ella la prueba cabal de la amistad solidaria que con él le unía. Es el 11 de enero de 1819 cuando desde Buenos Aires, Bowles le dice: «Me es sumamente sensible un rumor que ha corrido estos días de que trataba usted por segunda vez de renunciar el mando del ejército Unido. Una anarquía general será el resultado infalible de esta resolución, y me anima la amistad que nos une de suplicar a usted en los términos más expresivos de dilatar a lo menos un paso tan peligroso y que usted mismo sería el primero a quien pesaría en breves días después de verificarlo.

«En poco tiempo después de su retirada veríamos extranjeros y aventureros apoderándose del mando y precipitando estos países en desgracias hasta ahora desconocidas. Aun en el día tengo motivos bastante fundados para temerlos, y suplico a usted de mantener una vigilancia exacta sobre algunos que para la gratificación de sus resentimientos personales puedan aconsejar medidas muy opuestas al bien general».

«Es muy probable, agrega luego, que nos veamos dentro de poco. Teniendo ahora una fragata buena, pueda ser que me aprovechase de esta estación favorable a disciplinar un poco su tripulación, y para este fin nada me parece más a propósito que el viaje del Cabo» (2).

Por esa época el comodoro Bowles debía abandonar para siempre las aguas del Río de la Plata. Antes de hacerlo volvió a ponerse en comunicación con San Martín, y esto para reiterarle una vez más las consecuencias desastrosas que implicaba el supuesto rumor de su renuncia. Dando desahogo a sus sentimientos, y se puede decir, en forma de conjuro, con fecha 22 de marzo de 1819, escribióle desde

(1) *Public Record Office*, Adm. 1/23. Secret Nº 108.
(2) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 205.

Buenos Aires: «La completa incomunicación que en el día subsiste entre nosotros y ésa, me ha impedido toda correspondencia desde que contesté en principios de enero a su apreciable de 21 de diciembre. No me atrevo a hablar sobre los sucesos anteriores. Los enemigos del país lo celebrarán tanto como sus amigos lo sienten y temo mucho de que se aprovecharán algunos aventureros codiciosos de esta ocasión para conseguir sus fines interesados descuidando, como es regular, el bien general. Sería muy sensible si la conducta poco meditada de lord Cochrane y los términos en que se ha producido contra los buques de guerra de su propio soberano llegasen a desacreditar también el gobierno de Chile y hacerles perder todo el derecho a los buenos oficios de la Gran Bretaña. Para precaver, si aun era tiempo, estos males dirigí al ministro enviado, don Miguel Zañartú, el oficio de que acompaño a usted la copia. El no quiso contestarme y me era preciso participar desde luego a mi gobierno estas nuevas pretensiones. Usted juzgará la impresión que harán. De Europa no tenemos noticia ninguna. Sólo se afirmaba con bastantes probabilidades de que trataron los soberanos aliados de encargar al duque Wéllington la mediación entre España y las Provincias disidentes.

«Creo que pronto pasaré el Cabo con la escuadra. El oficial que tendrá el honor de entregar esta carta es el teniente de la fragata *Andrómaca* y sigue para Valparaíso. Si puede usted auxiliarlo en algo, quedaría muy agradecido» ([1]).

A partir de este momento, desaparecen por completo de nuestra vista las huellas de Bowles. Carecemos de los documentos necesarios para decir al lector en qué forma siguieron cultivando la amistad el libertador criollo y el comodoro inglés. Todo lo que podemos afirmar es que ambos permanecieron en el culto de una mutua estima, y que ésta se prolongó aun en el tiempo en que San Martín vivió su ostracismo. Era precisamente el 9 de abril de 1827, cuando desde Londres, Miller le dice a San Martín: «Veo a menudo al comodoro Bowles. El y su señora siempre me preguntan con mucho interés por usted y ambos me encargan que le dé mil recuerdos suyos».

San Martín no permaneció indiferente a este mensaje, y días más tarde, es decir el 19 de ese mismo mes, le contestó a Miller: «Mucho le agradezco las noticias que me da del comodoro Bowles y de su señora. Tenga usted la bondad de hacerle presente mis más sinceros respetos y amistad, lo mismo que al caballero Spencer» ([2]).

Es así como el comodoro Bowles sirvió la causa de la independencia americana, y como se vinculó con San Martín en el nuevo mundo, después de haber sido su amigo y su conmilitón en la Península.

([1]) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 207.
([2]) SAN MARTÍN: *Su Correspondencia, 1823-1850*, pág. 73.

La amistad entre el libertador criollo y el comodoro inglés no se redujo puramente a lo sentimental. Se extendió ella a un campo mayor, y si Bowles no pudo servir a los independientes en manera franca y descubierta, lo hizo según el disimulo y según los dictados de la conveniencia. En muchos casos auxilió a los patriotas, y en muchos casos — como lo prueba la misión de Torres ante Pezuela — se hizo el agente dinámico de San Martín.

CAPITULO XVI

San Martín y los generales Brayer y González Balcarce

SUMARIO: Oficiales extranjeros al servicio de la revolución. — Quién era el coronel Bellina. — Querella éste con el gobierno argentino por el título de general. — Llegada de Brayer al Plata. — Su incorporación al ejército de los Andes. — Cómo fué recibido en él y qué papel desempeñó en Talcahuano. — Brayer al frente de la caballería patriota. — Su atolondramiento y cobardía en Cancha-Rayada. — Su actitud en la junta convocada después de este suceso por el director Cruz. — «No hay razón, le contestó Guido, para que no veamos pronto nuestro ejército en estado de combatir». — Al librarse la batalla de Maipú se presenta a San Martín y le pide licencia para ir a los baños de la Colina. — «Mi último tambor, le contestó San Martín, tiene más honor que V. S.» — Orden de Balcarce para que se retire a Mendoza. — Su encono contra San Martín después de su fracaso. — Contestación de San Martín al manifiesto de Brayer. — Los oficiales del ejército Unido le desmienten. — Protesta en favor de San Martín formulada por Guido. — Contraste que forma con Brayer el general González Balcarce. — Iniciación de éste en la carrera de las armas. — Balcarce al frente de la expedición despachada al norte del virreinato. — Balcarce gobernador de Buenos Aires y jefe del Estado Mayor. — La memoria de Guido. — Contestación que a Balcarce le envía Pueyrredón desde Tucumán. — En su calidad de inspector general justifica Balcarce la creación de un regimiento de granaderos propuesta por San Martín. — Balcarce destinado para substituir interinamente a San Martín en el ejército de los Andes. — Sus primeras providencias al llegar a Chile. — Se opone a que el ejército sea informado que substituye él a San Martín. — El 28 de febrero recibe órdenes de San Martín para dirigirse con su tropa a Rancagua. — Después de Maipú, Balcarce queda al frente del ejército. — Rehusa la pensión de tres mil pesos que le acuerda el gobierno de Chile. — Balcarce y la campaña de Concepción. — San Martín y el coronel Sánchez. — Por orden de San Martín, Balcarce reanuda de nuevo la campaña. — Ataque sobre el último atrincheramiento que ocupaban los españoles. — La victoria de Bío-Bío. — Informe de González Balcarce sobre la conclusión de la guerra remitido por San Martín. — Carta que a éste le escribió estando ya en retirada. — Su llegada a Chillán y a Santiago. — Pasa la Cordillera y desde Buenos Aires le escribe a San Martín. — La última carta que a éste le escribió. — Sarratea notifica a Rivadavia la muerte de González Balcarce. — Palabras elogiosas pronunciadas en su honor en la catedral de Córdoba.

Estando en Estados Unidos en desempeño de una misión oficial confiada por el directorio, el coronel don Martín Thompson recibió instrucciones que le permitieron contratar allí algunos oficiales extranjeros para que al trasladarse al Plata se incorporasen en las filas de la revolución argentina. Estos oficiales eran don Antonio

Skupieski, barón de Bellina; los capitanes don Francisco Dagassant don Antonio de la Roche, el teniente don Jorge Beauchef, y los subtenientes don Alfonso Raverot y don Carlos Renard. Por el convenio firmado en Nueva York el 16 de julio de 1816, Thompson comprometióse a incorporar a los ejércitos de la patria a todos estos oficiales con los grados que éstos tenían en el ejército de Francia cuando militaban allí bajo las órdenes de Napoleón, y que a su arribo a Buenos Aires recibirían un auxilio competente para el equipo de sus personas y para cuanto necesitasen al entrar en servicio activo de guerra. Todos estos oficiales llegaron al Plata a fines de 1816, y el 26 de enero de 1817 dispúsose por la suprema autoridad en cumplimiento de lo pactado por el coronel del ejército don Martín Thompson y el negociante del Estado de Nueva York que había intervenido en el embarque de esta oficialidad, se le entregase al agente de aquél en Buenos Aires, o sea a su consignatario don Tomás Halsey, la suma de trescientos pesos por el transporte de cada uno de los oficiales. Pocos días más tarde — el 1º de febrero de 1817 —, se le notificó a San Martín que estos oficiales eran destinados al ejército de los Andes y se dispuso por tesorería que se les acordase un suplemento de mil doscientos setenta pesos para el viaje y que éstos fuesen entregados al teniente primero de caballería don Jorge Beauchef, a quien se le designó como habilitado. Al mismo tiempo se transmitieron las órdenes del caso a todos los maestros de posta para que les facilitasen en el tránsito todo lo que necesitasen, y el 26 de febrero los ex oficiales de Napoleón se dirigieron a Mendoza para ponerse bajo las órdenes de San Martín, incorporándose con su grado respectivo en el ejército de los Andes.

Antes de proseguir en el relato de estos pormenores, digamos que el coronel don Antonio Bellina le fué recomendado a Thompson por José Bonaparte y que residía en ese momento en Estados Unidos; que era polaco de nacimiento, al servicio del ejército de Napoleón, habiendo acompañado a éste a la isla de Elba durante la primera Restauración; vuelto a Francia en marzo de 1815, había emigrado finalmente a los Estados Unidos después de Waterloo.

Desde su llegada al Plata el personaje en cuestión querelló por el título de general con el gobierno argentino. Quería él a toda costa que se le reconociese en este grado; pero al llegar a Santiago de Chile dispuso San Martín que fuese reconocido tan sólo como coronel mayor, título equivalente a general de división y que era el mismo título que tenía San Martín. Cuando el gobierno se enteró de estas pretensiones, respondió: «que jamás pensó concederle el grado de coronel mayor ni menos el de brigadier, considerándolo únicamente como un coronel francés emigrado y como tal destinado al ejército». Pero visto que Bellina Skupieski no se conformaba con las órdenes del directorio, dispuso éste que regresase a Buenos Aires para pasar a otro reino «donde se estimará tal vez mejor sus buenas costumbres y talentos».

Lo de buenas costumbres y talentos era un sarcasmo, porque su llegada a Chile había dado qué hablar, «no sólo por su indisciplina, sino por sus hábitos de moral» (1).

En momentos en que estos oficiales se preparaban para partir de Buenos Aires, a fin de incorporarse, como queda dicho, al ejército de los Andes, llegó a las aguas del Plata la corbeta *Clifton* trayendo a su bordo a don José Miguel Carrera y con él toda una colonia de artesanos, de armeros, de oficiales de maestranza y de impresores, lo mismo que una imprenta. Los propósitos de Carrera en ese entonces eran ocuparse de la reconquista de Chile; pero llegaba precisamente en momentos en que San Martín ya la había iniciado y con tanto éxito que pocos días más tarde obtuvo su primer triunfo en Chacabuco. De hecho, pues, sus planes quedaban desmoronados, y al desmoronarse el cúmulo de sus ilusiones, quedaban sin destino los oficiales extranjeros que él había comprometido para esta empresa. Entre éstos figuraban el general de división don Miguel Brayer, el general Dauxion Lavaysse y el ingeniero francés comandante de caballería Alberto d'Albe. Brayer y d'Albe se decidieron por incorporarse al ejército de San Martín, y el directorio argentino los envió a Chile con este objeto. No conocemos los pormenores relacionados con esta partida, pero sabemos que una vez llegado San Martín a Santiago, en el mes de agosto de 1817 pasó al sur de Chile en cumplimiento de una misión. Fué entonces que O'Higgins, que se encontraba en Talcahuano, le dijo a San Martín: «Brayer está aquí. He observado que viene con lo que usted me dice. Su presencia no ha sido muy agradable a la generalidad de oficiales por su clase de extranjero; pero él sabe disimular y ello al fin se calmará» (2).

(1) Hablando de la llegada de este personaje a Santiago, he aquí lo que nos dice Barros Arana: «Ese día era la fiesta de la ciudad; se celebraba con salvas de artillería y con repiques de campanas la noticia de un pequeño triunfo que las tropas argentinas acababan de alcanzar en la provincia de Jujuy contra el ejército español del Alto Perú. El general Bellina no pudo disimular su satisfacción; y dirigiéndose inmediatamente a la casa que ocupaba San Martín, baja de su caballo y se presenta delante del Estado Mayor del ejército patriota, que se hallaba reunido en el salón principal. La alta talla del general en jefe y las otras señas que acerca de la figura de éste se le habían dado, hicieron que Bellina le reconociese entre todos los oficiales que le rodeaban; y acercándose a él resueltamente, comenzó a darle las gracias con su habitual arrogancia por el honor que se le hacía saludándolo a su arribo con salvas de artillería cuando aun no había prestado ningún servicio a la independencia de Chile.

«Aunque aquella escena era altamente grotesca y aunque algunos de los oficiales allí presentes no podían contener la risa, San Martín conservó su ordinaria gravedad y limitándose a dar la bienvenida al recién llegado, le declaró con toda franqueza el motivo de las salvas de aquel día, las cuales, le dijo, no tenían relación con el arribo de los oficiales extranjeros. En seguida dispuso que éstos fuesen hospedados en diversas casas de Santiago, en donde debían ser atendidos como miembros de las familias que los recibían». BARROS ARANA: *Revista chilena*, 1875.

(2) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 405.

A propósito de Alberto d'Albe y de Jorge Beauchef, franceses ambos, diremos que ellos merecieron siempre la estima de San Martín; que tomaron parte activa en el asalto de Talcahuano y que pelearon valerosamente en Maipú. Era el primero,

La incorporación de Brayer al ejército patriota que sitiaba a Talcahuano puede considerarse como el principio de su fracaso. Creyéndose con más genio militar que los jefes criollos que estaban a su lado, preparó un plan de asedio clasificado por un historiador de «radicalmente malo». La suerte de aquella campaña no estaba, según San Martín, en el asalto, sino en una provocación habilísima para obligar a los españoles a que abandonasen su reducto y ser así batidos lejos del apoyo que les ofrecía esa plaza. Por eso él le decía a O'Higgins: «Yo creo que si los sacamos a los llanos, el golpe debe ser decisivo, pues ellos carecen de caballería»; pero por desgracia ya estaban tirados los dados, y O'Higgins con el ejército de valientes que lo secundaba tuvo que retirarse de los muros de Talcahuano después de un combate sangriento y temerario. El plan de Brayer había evidentemente fracasado. Comentando este acontecimiento, los autores del manifiesto contra Brayer nos dicen: «El general O'Higgins, valiente y moderado, acogió a Brayer con distinción y persuadido de que poseía algunos conocimientos cedió a sus instancias y le confió el plan del ataque de Talcahuano. Brayer, a distancia de dos tiros de cañón, practicó varios reconocimientos para determinar el punto de ataque, y hallándose en el cuartel general tendióse por tierra al silbido de una bala delante de una división y de varios jefes; de aquí fué conocido que la tropa le llamaba con renombres que lo honraban poco. Sin embargo él aseguraba públicamente que era muy fácil y seguro tomar a Talcahuano y que él mandaría la columna de ataque. Estréchase el sitio, forma su plan concebido en la más refinada ignorancia, desprecia la opinión de los jefes subalternos del ejército y ordena el asalto del castillo del Morro, que era justamente el reducto más fuerte y cuya posesión nada adelantaba para la toma de la plaza. El desenlace de las operaciones fué funesto a pesar del coraje de las tropas, que confiesa Brayer, y del valor con que fueron conducidas por sus respectivos comandantes. El señor Brayer se valió del pretexto de una herida antigua para no

es decir d'Albe, un ingeniero distinguido y fué él quien levantó el plano de la batalla de Maipú remitido por San Martín junto con su parte. Después de haber militado con Napoleón, había pasado a los Estados Unidos, en donde lo encontró Carrera y en donde lo comprometió para dirigirse al Plata. Hizo toda la campaña de Chile y siguió luego a San Martín al Perú, de donde regresó en 1824 para pasar a Europa, donde murió.

Como él, Jorge Beauchef se distiguió en la guerra de la Independencia y en el asalto a Talcahuano fué gravemente herido cuando quiso posesionarse, al frente de sus soldados, del Morro.

Figura al lado de estos valerosos soldados el capitán Federico Brandzen, que luego moriría en la batala de Ituzaingó en la guerra contra el imperio del Brasil. En la batalla de Maipú tuvo éste una actitud destacada y mereció que, por intermedio de Alvarado, San Martín le hiciese llegar sus felicitaciones.

Entre la lista de oficiales franceses figuró también con honor Alex. Brux, hijo del almirante francés de este mismo nombre que estuvo a las órdenes de Napoleón. Por una rara coincidencia del destino los restos de este almirante descansan en la iglesia de San Nicolás en Boulogne-sur-Mer y fué allí donde los restos de San Martín recibieron el primer homenaje litúrgico antes de ser transportados a la cripta de Notre-Dame de Boulogne.

saltar fosos y palizadas; fué testigo, a una larga distancia, del peligro en que se hallaba el coronel Las Heras y la tropa destinada al ataque y tuvo después la bajeza de atribuir el mal resultado de la empresa al mismo jefe que elogia en su manifiesto como la esperanza de la patria» (1).

Pero como sucede con todos los obsesionados, ya por el orgullo o ya por la ignorancia, Brayer creyó que, cometido un error, tenía derecho a cometer un segundo. Como San Martín comprendía que la guerra cambiaba de aspecto, primero con la imposibilidad de tomar a Talcahuano y segundo con la llegada de los nuevos refuerzos que conducía Osorio, ordenó que se abandonase aquella plaza y que los sitiadores se replegasen hacia el centro, buscando un amparo estratégico y obligando así a que el enemigo se fatigase con sus marchas. Si Brayer no impidió que esto se ejecutase, opuso sus reparos. «Ya no existiría Chile entre los pueblos libres, escriben sus impugnadores, si hubiese prevalecido la opinión de Brayer».

A pesar de aquel error y de esta resistencia a obedecer órdenes que eran terminantes, Brayer siguió mereciendo la confianza de San Martín y éste llegó a darle el mando de la vanguardia de caballería en las nuevas operaciones a emprender contra el enemigo. Al tercer día de marcha y en momentos en que el ejército patriota descansaba sobre las márgenes derechas del río Tenu, recibió orden de San Martín para que vadease el río y colocase su caballería tras de las lomas que se interponían entre los patriotas y los realistas. Brayer no sólo no cumplió esta orden, sino que cuando el general San Martín, a las cinco de la tarde de ese día, cruzó el río, al frente de la infantería, la caballería de Brayer estaba ya formada en batalla y sobre la parte más elevada de la loma que debía ocultarla. La maniobra de San Martín por esta desobediencia quedaba descubierta al enemigo, y éste, sabiéndose con fuerzas inferiores a las que aquél poseía, se puso en salvo retrocediendo. El golpe de sorpresa que preparaba San Martín para atacar a Osorio quedó así desvirtuado y no le quedó a su caballería otro recurso que el de perseguir a los realistas a marchas forzadas. A pocas horas de marcha el coronel Freire se ponía en contacto con la vanguardia realista, y Brayer, en lugar de acudir en su ayuda como así se le tenía ordenado, abandonó a Freire y se mantuvo inactivo al norte del río Lonzué. Los jefes que fueron testigos de este acto de indisciplina y de cobardía se dirigieron entonces a San Martín y reservadamente le suplicaron que lo separase del mando de la vanguardia. San Martín no pudo menos que acceder al pedido, pero para atenuar su rigor nombrólo mayor general.

«En Cancha-Rayada, dice el documento que nos ilustra sobre estos pormenores, el señor Brayer rasgó el velo de su atolondramiento y cobardía. El fué uno de los primeros que desaparecieron y llegaron

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 98.

a Santiago en alas del miedo, caminando ochenta leguas en treinta horas. Presentóse en la capital, no tranquilizando a las autoridades, según dicen, sino desanimando a las corporaciones y al director delegado, procurando sembrar por todas partes el terror de que él estaba poseído y publicando que todo era perdido, porque aunque las tropas se reuniesen no eran capaces de sostener la presencia del enemigo; su rostro era la viva imagen del espanto que ocupaba su alma».

La veracidad de esta narración encuéntrase ratificada con la crónica que de aquellos sucesos nos hace el general don Tomás Guido, representante argentino en Santiago, crónica que en su lugar oportuno, como ya lo habrá visto el lector, hemos dado a conocer.

El colmo de estos desaciertos y cobardía lo evidenció Brayer con su conducta en momentos de ir a librarse la batalla de Maipú. Desde el 20 de marzo Brayer no se había entrevistado con San Martín; el 5 de abril, día destinado por éste para agregar un nuevo laurel a los que ya ceñían su frente, Brayer presentósele en su cuartel a eso de las 11 de la mañana cojeando y solicitando licencia para pasar a los Baños de Colina. Era ése el momento en que las columnas patrióticas marchaban contra el enemigo, y sorprendido por una tal demanda, San Martín contestóle que con la misma licencia con que se había retirado de Talca a Santiago podía hacerlo a los Baños; luego agrególe: «Ya que en el término de media hora vamos a decidir de la suerte de Chile y que dichos Baños distan trece leguas y el enemigo media, podía quedarse si sus males se lo permiten». Un valiente se hubiera hecho un honor en acceder a esta invitación, casi una consigna, pero Brayer rehusóla diciéndole que la antigua herida de su pierna no se lo permitía. «Esta respuesta, dice textualmente San Martín, me exaltó, es verdad; mi primer impulso fué el de pasarlo por las armas, pero no pude contenerme de decirle públicamente: *«Señor general: mi último tambor del ejército Unido tiene más honor que V. S.»* En seguida di vuelta al caballo y di orden al señor Balcarce para que sobre la marcha se hiciese saber al ejército que el señor general de veinte años de combates quedaba suspenso del empleo por indigno de obtenerlo. El señor Brayer en seguida se retiró tranquilo a la capital de Santiago, y mientras que estaba cargando su equipaje con escándalo público, batimos en Maipú, esa misma tarde, los enemigos de nuestra libertad» (1).

Después de este incidente, Brayer se retiró a una hacienda distante nueve leguas de Santiago, y el general Antonio González Balcarce escribióle allí para que inmediatamente se trasladase a Mendoza. El 23 de abril presentóse Brayer a Balcarce en Santiago y pidióle que se le abonasen algunos sueldos que tenía vencidos. Pidió además que se le permitiese demorar allí dos o tres días con propósito de preparar su viaje, y Balcarce accedió. El 19 de mayo el

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 89.

gobierno nacional firmaba este decreto: «En el concepto de que a esta fecha debe hallarse en la ciudad de Mendoza el coronel mayor don Miguel Brayer, según lo dispuso el capitán general don José de San Martín antes de emprender su marcha para esta capital, ha resuelto el gobierno disponga V. S. se recojan a dicho individuo los despachos que tuvo de la Superioridad y se le dé de baja en los ejércitos de la Nación, respecto a exigirlo así el buen orden del Estado» [1].

Así finalizó sus servicios en el ejército libertador este soldado de los ejércitos europeos que después de desenvainar su espada en defensa del reino como de la República francesa, desenvainóla para defender a Napoleón y luego más tarde la causa que defendían los criollos en el nuevo mundo. El fracaso de esta su última campaña era evidente, y enconado contra San Martín porque después de multiplicar sus errores y cobardía, éste se había visto obligado a darlo de baja, convirtiólo en blanco de sus inquinas, y primero en Buenos Aires como luego en Montevideo, auxiliado por Alvear y Carrera, escribió contra él sus páginas panfletarias. Semejante conducta provocó la indignación en los jefes pundonorosos que servían bajo las órdenes de San Martín, y el coronel don Manuel Escalada, apenas Brayer comenzó a lanzar sus primeros tiros, dirigióle al director de las Provincias Unidas esta protesta: «Don Manuel Escalada, coronel graduado del regimiento de Granaderos a caballo, ante V. E. con el mayor respeto digo: que sabedores como yo los oficiales que aquí se hallan del ejército de los Andes, de que circulan copias de un manifiesto que ha hecho el mayor general que fué del mismo ejército, don Miguel Brayer, demasiado degradantes de nuestro general en jefe don José de San Martín y del director de aquel Estado don Bernardo de O'Higgins; y como el propio expositor declara en él su regreso a Norteamérica, han ocurrido a mí para que haciendo presente su pundonorosa voluntad, se sirva V. E. impedirle al pronto su salida. Como en esta disposición se consulta o la justificación de los hechos que relaciona el señor Brayer, con cuyo esencial agregado tendrá mayor fe y aceptación su crédito en los países extranjeros donde pudiera publicarlo y para donde parece está hecho, o la justa vindicación del honor de nuestros jefes de que es tan interesada la patria; por esto es que, conformando mis sentimientos al de los referidos oficiales, a V. E. pido y suplico se sirva ordenar que de ningún modo salga del país don Miguel Brayer, ínterin los jefes interesados pueden tener conocimiento de esta acusación y reclamar a V. E. lo que por derecho y ordenanza se compete».

Esta retención o captura no fué posible. El que había sabido huir de Cancha-Rayada y de Maipú lo supo hacer desde Buenos Aires y, cruzando el río, se refugió en Montevideo, en donde impunemente

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 394.

trató de mancillar la reputación de San Martín. A la exposición que Brayer hiciera en Buenos Aires, contestóle San Martín el 19 de octubre de 1818: «Nada diré de los conocimientos militares que en los veinte años de combate haya adquirido el señor Brayer. Si los tiene, mi ignorancia no los habrá descubierto. He oído decir a varios oficiales de crédito que en Francia existían mariscales que sin duda alguna harían un triste papel de simples capitanes en nuestra América. Es demasiado notorio cuán admirador he sido siempre de la organización, táctica y adelantamientos hechos por esta nación en sus ejércitos, especialmente desde su Revolución de 1789; pero el señor Brayer no debe ignorar que todos los que han militado en ellos no tienen un derecho para atribuírse los conocimientos de un Federico, de un Wéllington, de un Napoleón, de un Turena, de un Eugenio». San Martín finaliza este párrafo con una nota, que por ser ella una prueba de su espiritualidad la reproducimos: «Federico el Grande decía: un burro que haya hecho veinte años de campaña no por eso será mejor táctico ni tendrá más conocimientos que el que no haya hecho ninguno».

«El señor Brayer, continúa San Martín, me ataca sobre las operaciones del ejército en la última campaña. No hay juez más parcial que el amor propio. Si alguno tengo, es el de haber dirigido bien las operaciones de esta campaña con preferencia a la batalla de Maipú. Debo hacer justicia en esta parte a los que me suministraron sus luces, como son el señor Balcarce, algunos jefes del ejército y los ingenieros d'Albe y Arcos.

«El señor Brayer creyó sin duda que los americanos éramos unos verdaderos hotentotes: tales eran en suma los ratos tan molestos que me daba con sus planes de reforma, construcción de plazas, establecimientos militares, planos de campaña, construcción de caminos, modificación de costumbres, etc., etc., facilitándolos todos con la misma prontitud que los hacía. Yo sufría con paciencia el tiempo que me quitaba este nuevo regenerador; pero como nada de esto es lo esencial del caso, volvamos a nuestro asunto.

«El señor Brayer afirma que no habiendo yo encontrado en él un servil admirador de mis ideas o a un hombre tal como yo deseaba — esta última cláusula es la veraz que dice este señor en su exposición —, lo remití a Talcahuano. Diga el público si es castigo mandar a un militar a batirse. Pero juro por mi honor que en la separación que hice del señor Brayer remitiéndolo al ejército del Sur no me acompañó otra intención que la de aliviar al Excmo. supremo director de Chile, abrumado con los negocios del Estado y del ejército. Conocía en él un carácter superficial y charlatán, pero lo juzgaba un oficial lleno de coraje, trabajador, rutinero, que era cuanto podía desear para el objeto que me proponía. A poco tiempo de su llegada a Concepción empezó a introducir la discordia entre los jefes de aquel ejército, como varios de ellos me lo afirmaron, hasta que felizmente se descubrió su manejo: éste era el más

negro que se ha inventado. Todos ellos podrán exponer este hecho. Su osadía en este punto llegó hasta el extremo de desacreditar al señor O'Higgins con los Granaderos a caballo: el comandante Escalada que lo presenciaba se le echó al cabo encima, de un modo imponente. Conforme a estos antecedentes, el caballero Brayer ataca en su manifiesto la opinión del señor O'Higgins, pero éste está bien escudado con la general que se merece».

San Martín rechaza otros pormenores del manifiesto y al llegar al punto relativo a Cancha-Rayada, dice textualmente: «Es una falsedad los avisos que dice me remitió la tarde del 19. Lo es igualmente el que con sesenta granaderos cargase a dos escuadrones de caballería enemiga y los hiciese retirar; la temperatura de este señor no es adecuada para estos arrojos; por otra parte, los oficiales de Granaderos a caballo no necesitan del modelo del señor Brayer para batirse bien.

«La mañana del 20, antes de amanecer, me encontré con el señor Brayer. Yo acompañaba al señor O'Higgins gravemente herido. Los agudos dolores que experimentaba, lo hacían marchar a un paso muy lento. Yo no podía abandonar a un amigo y a un jefe de Chile en aquella situación. El señor Brayer lo hizo vergonzosamente al poco rato de estar con nosotros». Según San Martín, Brayer «fué a refugiarse a la capital de Santiago, es decir, a ochenta leguas de distancia, abandonando igualmente el ejército. Es el ejemplo que dió».

Contestando a lo que dice Brayer en su manifiesto, de que el no haber querido batirse él en Maipú es una mentira abominable, San Martín responde: «En poder del general Balcarce existen oficialmente los comprobantes del dinero ofrecido por el señor Brayer al facultativo Grajales para que éste le diese antes de la acción de Maipú un certificado de que no podía continuar en la campaña. Este facultativo, español europeo y enemigo de nuestra causa, es honrado y tiene carácter. De consiguiente se negó a tan insultante propuesta, así por su bajeza como porque lo creía en estado de servir.

«El general Balcarce y el coronel Las Heras no necesitan de los elogios del señor Brayer para tener una opinión recomendable. Este último se distinguió en el ataque de Talcahuano y no pudo vencer los imposibles que la naturaleza y el arte opusieron a su coraje y al de las tropas que mandaba; pero para que el público juzgue la moral del señor Brayer, entre mis papeles que tengo en Chile — este manifiesto San Martín lo escribía en Mendoza — existe una carta de este mismo en que atribuye a Las Heras la desgracia del ataque de Talcahuano».

En esta altura de su manifiesto, San Martín se detiene para defender al doctor Diego Paroissien, a quien el encono de Brayer lo presenta como «un vampiro hijo de francés y nacido en Inglaterra». Paroissien, replica San Martín «es un sujeto que merece la opinión de los hombres de bien. Este sí y no él es el que ha tomado una

parte activa en la felicidad de la América. El ha rendido servicios que los americanos tendrán siempre muy presentes».

«Mi delicadeza, concluye San Martín, me había hecho guardar un profundo silencio — excepto con el señor director de las Provincias Unidas — sobre la comportación del señor Brayer. Esta conducta no era con respecto a la persona del señor teniente general, sino a la de haber militado entre valientes; pero si hubo uno o dos franceses que denigrasen el honor de este nombre, lo han sostenido con crédito otros, como son d'Albe, Viel y demás oficiales de esta nación que se han granjeado la estimación y el aprecio de sus compañeros de armas y nos ayudan heroicamente en nuestra justa lucha» (1).

Cuando San Martín escribió este manifiesto transmitiólo para su conocimiento al general don Antonio González Balcarce que en ese momento lo reemplazaba en el comando del ejército Unido, diciéndole en su oficio: «Como V. S. verá por mi contestación al manifiesto del señor Brayer, sólo me he ceñido a los incidentes que han ocurrido entre él y yo. Tanto éste como mi contestación los he mandado imprimir a la capital de Buenos Aires, para que el público se imponga ínterin el ejército Unido manifiesta su parecer».

Por su parte, los jefes del ejército de los Andes y de Chile supieron asumir la actitud defensiva que San Martín se merecía, y el 1º de diciembre de 1818, subscribieron todos ellos en el cuartel general de Santiago, la contestación a las diatribas y a las calumnias de Brayer. No es nuestro propósito el reproducir aquí este largo e interesante documento. Digamos solamente que en la primera de sus páginas establece él la diferencia que existe entre un héroe y un impostor, y que entrando en el terreno de la réplica se pasa revista a los antecedentes de Brayer y a su conducta, para juzgarlo con la más completa imparcialidad. «Desde su llegada a Chile, se dice allí, y su colocación en aquel destino, Brayer tuvo la autoridad que correspondía a su empleo: en ninguna ocasión fueron despreciadas sus órdenes, ni tratadas con altanería, ni ultrajada la dignidad de su carácter. Es muy cierto que el general San Martín no encontró en Brayer *un hombre cual lo deseaba;* mas esto debe entenderse de un modo muy diverso de aquel en que se explica Brayer: el odio a la lisonja es uno de los rasgos característicos del general San Martín».

Después de darnos a conocer los desaciertos cometidos por Brayer en el sitio de Talcahuano, sus desinteligencias con O'Higgins y otros pormenores más, apuntados por nosotros en su lugar respectivo, los firmantes de la contestación declaran: «Para cubrir tantas nulidades ha escrito Brayer su exposición. En ella trata de obscurecer el nombre de su protector y general como si los hechos no hablasen por sí solos. Al fin circuló su libelo en la capital de Buenos Aires, y temiendo nuestra censura y la austeridad de la ley, fugó

(1) *Archivo de San Martín,* t. XI, pág. 92.

del Estado a buscar asilo en un país extranjero. Desde allí ha publicado con notas indignas de ocupar la atención de los hombres sensatos. Solamente el orgullo despreciado, el espíritu infame de venganza o el frenesí de la embriaguez puede pretender contradecir el convencimiento de los pueblos sobre los sucesos que han pasado delante de sus ojos. Tales abortos quedan desvanecidos con la facilidad con que se forman y la sombra de estos fantasmas no sorprenderá sino a los que ignoran su origen».

Antes de terminar este manifiesto, sus firmantes declaran: «La gallarda comportación del general San Martín en el ataque de San Lorenzo, los resultados de su celo luego que tomó el mando del ejército auxiliar del Perú, la organización militar de la provincia de Cuyo, la combinación que precedió al heroico paso de los Andes, su arrojo personal en la batalla de Chacabuco, los sublimes objetos que le condujeron a la capital de las Provincias Unidas después de la victoria, la disciplina de su ejército, la independencia gradual y orgánica de las clases que lo componían, el orden de la marcha de las tropas a Talca y su conducta después del contraste del 19 de marzo, forman la apología de los hechos del general San Martín que hasta aquí han arrebatado nuestro respeto, el de nuestros compañeros de armas en todos los países libres de la América, la estimación universal de nuestros compatriotas y la admiración de la Europa» (1).

Por su parte, el delegado argentino en Chile don Tomás Guido quiso unir a esta protesta la suya y escribió: «La vida pública del Excmo. señor capitán general don José de San Martín en el reino

(1) Firman este manifiesto *Antonio González Balcarce*, general en jefe substituyente; *Hilarión de la Quintana*, coronel mayor; *José Zapiola*, coronel mayor y coronel de Granaderos a caballo; *Juan Gregorio de las Heras*, coronel del nº 11; *Juan de Dios Puga*, coronel; *José Ignacio Zenteno*, coronel graduado y ministro de Guerra del Estado de Chile; *Ramón Freire*, coronel de la escolta directorial; *Pedro Conde*, coronel graduado, comandante del nº 7 de los Andes; *Enrique Martínez*, del nº 8; *Rudecindo Alvarado*, del nº 1 de cazadores; *Mariano Necochea*, de Cazadores a caballo; *Juan de Dios Rivera*, del nº 1 de infantería de Chile; *Bernardo Cacerco* sargento mayor de la plaza; *Manuel Escalada*, comandante del escuadrón de Granaderos a caballo; *Manuel Medina*, coronel graduado y primer ayudante del director supremo; *Mariano Larrazábal*, coronel graduado; *Diego Paroissien*, cirujano mayor del ejército Unido; *Manuel Borgoño*, teniente coronel graduado, mayor de artillería de Chile; *Isaac Thompson* comandante del 1º de Cazadores de infantería; *Agustín López*, comandante efectivo del nº 3; *Pedro Ramón Arriagada*, comandante del nº 4; *José Santiago Pérez y García*, sargento mayor y comandante accidental del nº 2; *Fernando Márquez de la Plata*, teniente coronel; *Modesto Antonio Sánchez*, teniente coronel graduado; *Lino Ramírez de Arellano*, mayor de cazadores a caballo de los Andes; *Cirilo Correa*, mayor del nº 7 de infantería; *José Domingo Frutos*, comandante accidental de artillería; *Manuel José Astorga*, comandante de Nacionales de Chile; *Alberto d'Albe*, comandante del departamento de ingenieros; *Ramón Guerrero*, mayor del nº 11 de los Andes; *Luis José Pereira*, comandante del escuadrón de la escolta directorial de Chile; *José María Aguirre*, teniente coronel graduado y primer ayudante del Estado Mayor; *José María Cruz*, mayor de la escolta directorial; *Francisco Bermúdez*, mayor del nº 8 de los Andes; *Francisco Firmas*, mayor con grado de teniente coronel; *Manuel Acosta*, ayudante del Estado Mayor; *Nicolás Marzán*, comisario del ejército de los Andes.

de Chile no es un objeto ajeno de mi ministerio. Nada he tenido que exponer a mi gobierno sobre la conducta de este ilustre jefe en la última campaña que no sea recomendar las glorias que le debe la América y la gratitud a que le están obligados los hombres libres de todo el mundo. Ya los señores jefes del ejército Unido han presentado la justa apología de su vida militar y la relación de los hechos que la mayor parte he presenciado. El tribunal inexorable de la opinión pública decidirá si la elevada fama del general que pasó los Andes con su ejército creado por él mismo, del que libertó a Chile en la batalla de Chacabuco, del que lo salvó una segunda vez con un movimiento de su ejército al anunciarse la invasión de Osorio y del que lo cubrió de gloria en los llanos de Maipú, puede ser manchada por la maledicencia del señor Brayer que perdió el único ataque confiado a sus conocimientos, que se evadió de la jornada del 5 de abril, que no tuvo serenidad para fundar sus quejas ante la ley y que fugó del Estado para declamar contra su bienhechor desde las murallas de un pueblo extranjero» (1).

Forma contraste con la figura de Brayer la del general don Antonio González Balcarce, patriota de gran valor, hombre de virtud acrisolada y soldado en la perfecta acepción de la palabra. González Balcarce nació en Buenos Aires el 1º de abril de 1775 y entró a figurar como cadete de blandengues en 1788. Sus primeros servicios desempeñólos defendiendo las fronteras bonaerenses en la guerra contra los indios. Al producirse las invasiones inglesas tomó una parte activa en la defensa de la ciudad y concluyó por caer prisionero de los invasores cuando cumplía su deber ciudadano y militar en Montevideo. En calidad de prisionero fué transportado a Europa, y cuando recobró su libertad pasó a España, llegando a pelear en la Península por la independencia de la madre patria, como lo hizo San Martín.

La revolución argentina del 25 de Mayo de 1810 lo encontró a González Balcarce luciendo ya en sus charreteras los galones de teniente coronel. Al designarse la primera fuerza armada para hacer extensivo este movimiento en el norte del virreinato, González Balcarce, en compañía del coronel don Juan Antonio Ortiz de Ocampo se puso al frente de esta primera expedición que partió de Buenos Aires por orden de la primera junta, y que al llegar a Córdoba hizo sentir el rigor revolucionario fusilando a Liniers y sus cómplices en el monte de los Papagayos.

El 18 de agosto de dicho año González Balcarce fué ascendido a coronel. Libró un combate con los españoles en Cotagaita y obtuvo la primer victoria de la revolución venciéndolos en 7 de noviembre en Suipacha. A raíz de esta victoria se le acordaron los despachos de brigadier general, y el 20 de junio de ese mismo año el general español Goyeneche venciólo en Huaquí. El 3 de febrero, y después

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 113.

de ser absuelto de toda responsabilidad en el proceso que se le formó a raíz de este contraste, González Balcarce fué nombrado gobernador intendente de Buenos Aires, y el 16 de abril de 1816 entró a reemplazar a don Ignacio Alvarez Thomas en estas funciones ejecutivas. Más tarde fué designado jefe del Estado Mayor y en el mes de octubre de 1817 se le destinó para el ejército de los Andes. Esta designación vino a satisfacer uno de sus votos, pues comprendiendo que el destino de nuestras armas se encontraba del lado de Chile, fué siempre un partidario ardiente y decidido de la empresa que tan seriamente meditaba San Martín. En su carácter de director provisorio del Estado recibió un día la Memoria que don Tomás Guido había escrito para secundar a San Martín en su plan, y Balcarce, que la tuvo en sus manos, al remitírsela a Pueyrredón, residente en ese momento en Tucumán, le dice: «Si V. E. hubiese creído conveniente posponer la restauración del reino de Chile a la campaña del Perú, permítame recomiende a su suprema consideración las reflexiones exprimidas en la Memoria que tengo el honor de incluírle, igualmente que la copia de la última declaración del gobernador intendente de Cuyo. Estos documentos podrán ilustrar a V. E. en un asunto de tanta gravedad. Yo uniría a aquellos datos algunos motivos en apoyo de la interesante expedición a Chile, que reservo por considerar suficientes las que van expuestas en dicha Memoria; pero meditado el asunto con reflexión, concibo inseparable de la restauración de las Provincias Altas del Perú la restauración de aquel país» (1).

Pueyrredón, que militaba en ese mismo orden de ideas y que pronto se encontraría con San Martín para planear los últimos preparativos de la campaña de los Andes, contestóle desde Tucumán con fecha 24 de junio: «Con esta misma fecha prevengo al gobernador intendente de Cuyo que se dirija a V. E. para todo cuanto crea necesario para los preparativos de este intento y le aviso a V. E. para que sin necesidad de nuevas consultas franquee y delibere cuanto fuese conducente» (2).

A principios de 1817, y después de Chacabuco, San Martín solicitó la formación de un regimiento de granaderos. El general González Balcarce en su calidad de inspector general no sólo justificó su creación sino que propuso que este regimiento fuese denominado «Regimiento de dragones de Chacabuco» para honrar así la memoria de la primera batalla continental que había dado la libertad a Chile. Obligado San Martín a hacer un paréntesis a sus múltiples tareas, envió a su gobierno el 7 de julio de 1817 una nota para que se le designase un substituto. San Martín decía en su comunicado: «El beneficio de mi patria será el último deseo que me acompañe al sepulcro. Por esta razón debo prevenir a V. E. que el estado

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. I, pág. 263.
(2) *Ibídem*, pág. 279.

de mi salud me tiene expuesto a una próxima muerte y que en este caso podrían resultar males incalculables a la causa si no se previene con anticipación nombrando el que ha de substituírme o remitiendo V. E. un jefe que tenga su confianza». El gobierno no sólo no puso reparo a una demanda tan justa por parte del Libertador, sino que apresuróse a contestarle designando el jefe que lo reemplazaría al mismo tiempo que formulaba sus votos por su restablecimiento. Con carácter de reservado se le comunica por el directorio: «Sensible el gobierno a la infausta noticia que comunica V. E. en nota reservada de julio último y ansioso de la conservación de una vida tan apreciable e interesante al bien general de la nación, ha tenido a bien acordar, en consideración a las razones que V. E. indica, pase a substituírle interinamente por el tiempo de su ausencia o enfermedad, en el mando de las tropas de su cargo, el brigadier general del Estado Mayor, general don Antonio González Balcarce y me ordena le avise a V. E. para su inteligencia y fines consiguientes conjurándole a nombre de la patria que en obsequio a ella y continuación de los nobles sentimientos que le caracterizan, cuide muy especialmente del restablecimiento de su salud, en cuya subsistencia funda el Estado las esperanzas más lisonjeras de su salvación» [1].

Desde su llegada a Chile el general González Balcarce ocupóse de la tarea que le estaba encomendada. Una de sus primeras providencias, fué la relativa al pago de los haberes que aun se le adeudaban al ejército libertador. Ni la tropa ni los oficiales habían recibido pago alguno desde el mes de enero; y enterado de su demanda, el gobierno le contestó que se daban las órdenes al coronel diputado don Tomás Guido para que éste reclamase de esa Supremacía las órdenes precisas a la satisfacción oportuna de los haberes devengados y que se devengaren, a lo menos en cuanto sea posible, a los fondos de esa Tesorería».

En el mes de setiembre de 1817, San Martín se dirigió al directorio pidiendo licencia para pasar a las sierras de Córdoba o a Mendoza, a fin de recuperar la salud que había perdido. Esta licencia le fué otorgada y, al comunicárselo, se le facultó para que delegase el mando en el brigadier González Balcarce. San Martín así lo hizo, pero convencido aquel jefe de que San Martín era irreemplazable, escribióle desde Las Tablas para significarle que la dimisión de mando de general en jefe que acababa de comunicarle, si se anunciaba en aquellas circunstancias, traería como consecuencia una desmoralización en el ejército. «Si se lleva a efecto la variación de mando que me previene V. E., le dice González Balcarce a San Martín, se conocería inmediatamente que a mí no me será posible servirlo con las ventajas que aseguran aquellos antecedentes. Esto precisamente influiría en los ánimos para desalentar aún al soldado

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. I, pág. 487.

menos reflexivo, y no puede ocultarse a la penetración de V. E. cuán perjudicial sería en la actualidad que concibiesen una idea semejante. Por otra parte, son expresas las órdenes del supremo gobierno, en que se previene que mi mando de general en jefe sea precisamente provisional en los accidentes en que la salud de V. E. no lo permita absolutamente atenderlo, debiendo siempre servirlo bajo la dependencia y órdenes de V. E. En estos términos se efectuó mi venida a este ejército, con el agregado de que si llega el caso de que V. E. tuviese necesidad de separarse enteramente del mando, debía de remitirse el jefe que había de desempeñarlo. En este concepto ruego a V. E. me permita suspender la comunicación al ejército de la referida orden de esta fecha, hasta que puesta en conocimiento del Excmo. supremo director resuelva lo que estime más conveniente» (1).

Balcarce quedó al frente del ejército de los Andes hasta que San Martín asumió su comando a fin de rechazar a Osorio, que había desembarcado en Talcahuano y que tenía por miras la reconquista de Chile. El 28 de febrero de 1818 González Balcarce recibió órdenes de San Martín de ponerse en marcha hacia Rancagua y al asumir el mando de las tropas dirigió a sus soldados la siguiente proclama: «Ha llegado el momento que con tanta ansia deseábamos. Por la parte del Maule los enemigos vienen a buscarnos y nuestro ínclito capitán general nos llama para recibirlos. Es un preciso deber no perder un instante en ir a acompañarlo. Soldados, las glorias de Chacabuco deben repetirse, vosotros sois los destinados para verificarlo y llenar con ellas de opinión y honor a la patria. Yo no tengo para esto que animar vuestro valor cuando lo tenéis tan completamente acreditado. Sólo os encargo el orden, la obediencia a vuestros jefes y la constancia hasta presentaros al frente del enemigo y poner con su exterminio término a la campaña» (2).

Como jefe de la caballería patriótica, tocóle a González Balcarce ser de los sorprendidos en la noche de Cancha-Rayada. Con San Martín y otros jefes colaboró a la reorganización del ejército que sufriera tan rudo contraste, y en los llanos de Maipú se cubrió con los laureles que a los patriotas les proporcionó este desquite.

Al ausentarse San Martín para Buenos Aires después de esta victoria, González Balcarce quedó al frente del ejército de los Andes. El director O'Higgins hizo recompensarle sus servicios y resolvió que por la caja del Estado se le pasase una asignación de 3.000 pesos. Este jefe pundonoroso rehusóla y, al hacerlo, fundamentó su renuncia a estos emolumentos, en la siguiente forma: «Los cortos servicios que haya prestado desde mi ingreso a este país y los que tenga el placer de poder desempeñar sucesivamente quedarán excesivamente compensados con que merezca la suprema aprobación de

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 168.
(2) *Ibídem*, pág. 210.

V. E. A nada más aspiro ni he venido con otro designio. En este concepto, reciba V. E. mi mayor reconocimiento por la asignación que le merezco en su honorable nota del 2 del corriente haciéndome la gracia de permitirme me niegue a su admisión, pues ni he contraído mérito que sea digno de remuneración, ni el tiempo que cuento continuará mi permanencia en este Estado me puede dar lugar a que lo adquiera» (1).

Aun cuando después de Maipú no pudieron los realistas llevar a cabo ninguna ofensiva importante, los restos que se salvaron en la fuga se entregaron a una serie de guerrillas por el sur de Chile. Tuvieron allí como colaboradores a los indios de la Araucania y además una naturaleza que por sus accidentes topográficos se prestaba para ese género de operaciones. El 28 de mayo, y mientras San Martín conferenciaba con Pueyrredón en Buenos Aires, tuvo lugar un encuentro con las armas patrióticas en la villa de Parrán. Un destacamento realista compuesto de trescientos hombres y comandado por un oficial traidor a la patria, había atacado a dicha villa y continuaba impunemente sus saqueos. El coronel José Zapiola, que se hallaba en Talca al frente de las fuerzas del ejército Unido, despachó en su persecución a una partida de granaderos al mando del capitán Miguel Cajaravilla. Los realistas fueron vencidos apenas las tropas patrióticas se pusieron en contacto con ellos, y al dar parte de esta acción, el 1º de junio de 1818, González Balcarce le dice al director supremo de las Provincias Unidas: «Las fuerzas enemigas que han sido destruídas en esta ocasión son los miserables restos que quedaron del ejército derrotado en Maipú».

A esta victoria de los patriotas sobre los realistas siguió la captura de una patrulla enemiga en la villa de Quirihue el 31 de mayo. Los enemigos fueron sitiados en la propia casa en la cual se alojaban y el teniente de granaderos que comandaba a los patriotas concluyó por obtener su rendición. Pero si en todos estos encuentros los patriotas acusaban superioridad, no habían obtenido aún la pacificación completa de la provincia de Concepción. Era allí donde los realistas maniobraban a sus anchas y en donde fué necesario cargar con toda la fuerza de las armas para cambiar por completo este estado de cosas. Para llevar a cabo esta operación González Balcarce necesitaba de mayores refuerzos, y aun cuando los que tenía a su disposición eran ya una garantía de éxito (jefes como Zapiola y Freire eran designados para inspirar la mayor confianza), se dirigió a su gobierno en lo crítico de las circunstancias. «El ejército, dice González Balcarce en su oficio, no ha podido emprender después de la batalla de Maipú a asegurar la indicada provincia de Concepción, por la suma escasez de recursos de todas clases que ha experimentado, porque aquel territorio se encuentra sumamente desolado y sin habitantes adictos a la libertad de su patria, y porque

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 309.

siendo excesivamente lluvioso y rígido el temperamento, se exponía a ser destruída la fuerza que se destinase. Cuando tenga un convencimiento de que los enemigos se dirigen a repasar el Maule, sin embargo del desastroso estado de las tropas moveré cuantas estime necesarias para contenerlos» [1].

Pero en el mes de agosto las circunstancias ya habían cambiado, y González Balcarce comunicaba a su gobierno el ataque efectuado contra Chillán por las fuerzas del capitán don Miguel Cajaravilla. «Las fuerzas enemigas que ocupaban a Chillán fueron atacadas por el destacamento al mando del capitán de granaderos a caballo don Miguel Cajaravilla. Aunque tenían con fosos cortadas y atrincheradas las calles del pueblo, se vencieron estos obstáculos por la intrepidez y energía de nuestros soldados, logrando encerrar a los enemigos en el último punto de refugio que les quedaba para salvarse de ser envueltos y enteramente batidos. En estas circunstancias se desistió del ataque con motivo de entrar la noche y haberse concluído las municiones de nuestra tropa, la que verificó en seguida su retirada, como era confome a las órdenes que llevaba su comandante para después de haber dado un golpe de sorpresa, aun cuando hubiese logrado la completa destrucción de los enemigos».

El 2 de octubre Balcarce apresúrase a hacer saber a su gobierno que Osorio «con los restos de españoles que salvó de la batalla de Maipú verificó su reembarco después de haber destruído las fortificaciones, incendiado los galpones que le servían de cuarteles e inutilizado la artillería». Esta evacuación de Talcahuano por los españoles era un acontecimiento importante y al relatarlo el jefe argentino anota los pormenores siguientes: «El coronel don Francisco Sánchez ha quedado ocupando la provincia de Concepción con una fuerza de seiscientos a setecientos hombres que se compone de los naturales del país que han sido afectos al enemigo. No se sabe que mantengan ningún cuerpo organizado, ni se les ha advertido más movimiento que el de hacer correrías con partidas sueltas, con el designio de saquear y recolectar ganados. Es muy probable que como generalmente se asegura, mantenga Sánchez aquellos grupos mientras logra repasar el Bío-Bío transportando los efectos que se dice han quedado en Talcahuano y acaba de robar lo poco que en el territorio han dejado.

«El coronel mayor don José Zapiola, que manda las fuerzas nuestras situadas sobre el Monte, tuvo inmediatamente orden para avanzarlas en persecución de las enemigas, según se lo permitiese la escasez de caballada que tenía y la falta de otros auxilios que no está a mi alcance facilitar. La citada provincia queda enteramente talada y los enemigos han contado en ella con bastantes partidarios, lo que exige a que nuestras operaciones se vayan determinando con presencia de los conocimientos que posteriormente se adquie-

[1] *Archivo de la Nación Argentina, infolio,* vol. II, pág. 328.

ran. Se hallan sobre Talca todas las tropas necesarias para ocuparla con seguridad; lo que tendrá efecto con arreglo a las disposiciones del supremo gobierno de este Estado» ([1]).

En noviembre de 1819, y después que San Martín hubo regresado de Buenos Aires, éste se dirigió al caudillo español que ocupaba Concepción para que desistiese de una guerra en su concepto absurda y estéril. Con tal motivo le puntualizó su modo de pensar al respecto, y le significó que no era su ánimo el comprometerlo a un partido indecoroso, sino evitar las calamidades que devastaban a Chile. La respuesta del caudillo español fué destemplada y antipolítica, pues al mismo tiempo que le decía a San Martín que no admitiría parlamentarios en sus avanzadas, decíale que si deseaba entablar una tramitación recíprocamente ventajosa, se dirigiese al virrey del Perú de quien dependía, estando él resuelto a defender hasta el último trance las armas del Rey en la fidelísima provincia de Concepción».

Fracasada esta intentona pacificadora, San Martín dió orden para activar la campaña. González Balcarce inicióla en el verano de 1819, y el 18 de enero desde su cuartel general de los Angeles le hacía llegar a San Martín un parte detallado de sus operaciones. «Cuando anuncié a V. E. desde Chillán el movimiento que hacía el ejército de mi mando con el designio de aproximarse al caudaloso río de la Laja, guarnecido por los enemigos con más de seiscientos hombres al cargo del coronel Lantaño, había tomado cuantas providencias me fueron posibles para ocultárselos. Con esto conseguí que no tuviesen una noticia positiva de mi marcha hasta que descubrieron al ejército sobre la margen del vado del Salto. En el mismo momento abandonó Lantaño la fuerte posición con que resguardaba este interesante paso, poniéndose en preciptada retirada para este punto. A las cuatro de la tarde quedó todo el ejército acampado a esta parte del río, habiendo tomado diez prisioneros de las guardias avanzadas que no pudieron retirarse con la velocidad que lo hizo su comandante. El coronel Sánchez, comandante de todas las fuerzas enemigas, se encontraba en este pueblo con más de ochocientos hombres de sus mejores tropas y cuatro piezas de artillería, pero inmediatamente que tuvo aviso de quedar allanado por nuestra parte el paso de la Laja, se dispuso para huir con dirección al Bío-Bío, donde conservaba preparadas porción de balsas para su transporte al fuerte del Nacimiento».

«A mí no me fué posible, continúa González Balcarce, tener un pronto aviso de este movimiento del enemigo, porque los espías que había introducido para que me lo diesen, les fué imposible regresar por las medidas que se adoptaron para impedirlo. En precaución de que sucediese, y con el designio de atacarlo si esperaba, determiné que hoy al aclarar se pusiese en marcha el regimiento

([1]) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 337.

de Granaderos a caballo con la orden de su comandante de que si los enemigos se habían retirado los persiguiese hasta donde fuera posible y cuando no, los entretuviese mientras llegaba el resto del ejército que en la misma hora se puso en camino. A la llegada aquí de los granaderos supieron que los enemigos habían salido en la noche, y sin embargo de haber andado más de siete leguas con sus caballos en muy mal estado, siguieron inmediatamente adelante, venciendo las ocho que restaban hasta llegar a la margen del Bío-Bío, donde dieron alcance a una parte de los enemigos, según partes verbales que son los que he recibido por conducto de un oficial comisionado a traérmelos. Los enemigos se pusieron en defensa contra los granaderos, quienes los cargaron inmediatamente, dispersando la fuerza del cargo de Lantaño con muerte de diez y seis dragones, cazadores de los venidos últimamente de Cádiz y diez prisioneros. La infantería que se encontró en el mismo paso no pudo ser atacada por la fuerte posición que ocupaba dentro de un bosque. El batallón de cazadores de los Andes con dos piezas sale lo más pronto posible a ver si alcanza a la citada infantería antes que concluya su tránsito del río. En el alcance seguido por los granaderos han tomado una porción de equipajes de los enemigos. También han dejado éstos en el campo treinta cargas de municiones y aquí se han encontrado otras con varios repuestos de víveres, lanzas, sables y otros pertrechos de guerra. Luego que el ejército descanse algún tanto de las rápidas marchas que ha seguido, pasará a incorporarse sobre el Bío-Bío con los granaderos y cazadores de los Andes, a fin de obrar contra los restos que hayan entrado en Nacimiento» (1).

El 19 de diciembre de 1818 el coronel Freire al frente de su caballería había emprendido su marcha partiendo de la villa del Parrán. El 20 llegó a San Carlos y el 21 se le incorporó allí el coronel don Rudecindo Alvarado con el batallón de Cazadores de los Andes. Acto continuo se agregó a estas fuerzas el coronel don Manuel Escalada con sus Granaderos a caballo, y la presencia de éstos fué bastante para que se pusiera en fuga el enemigo. Al dar parte de esta operación, Manuel Escalada escribe desde Chillán el 24 de diciembre detallando todos los pormenores de este movimiento: «Pasamos el río sin oposición, y formando las columnas particulares, seguía al trote la compañía que se acercaba ya al pueblo. Poco después recibí parte que el enemigo formaba su línea de retaguardia de la población como un cuarto de legua. Dispuesto ya a batirlos, hablé a la tropa y su respuesta fué un ¡viva la patria! y un contento general en los semblantes».

El coronel Ramón Freire coincide en estos mismos detalles, y después de recordar el paso del río en las balsas que se habían armado, dice que al frente de la compañía de Cazadores de la escolta

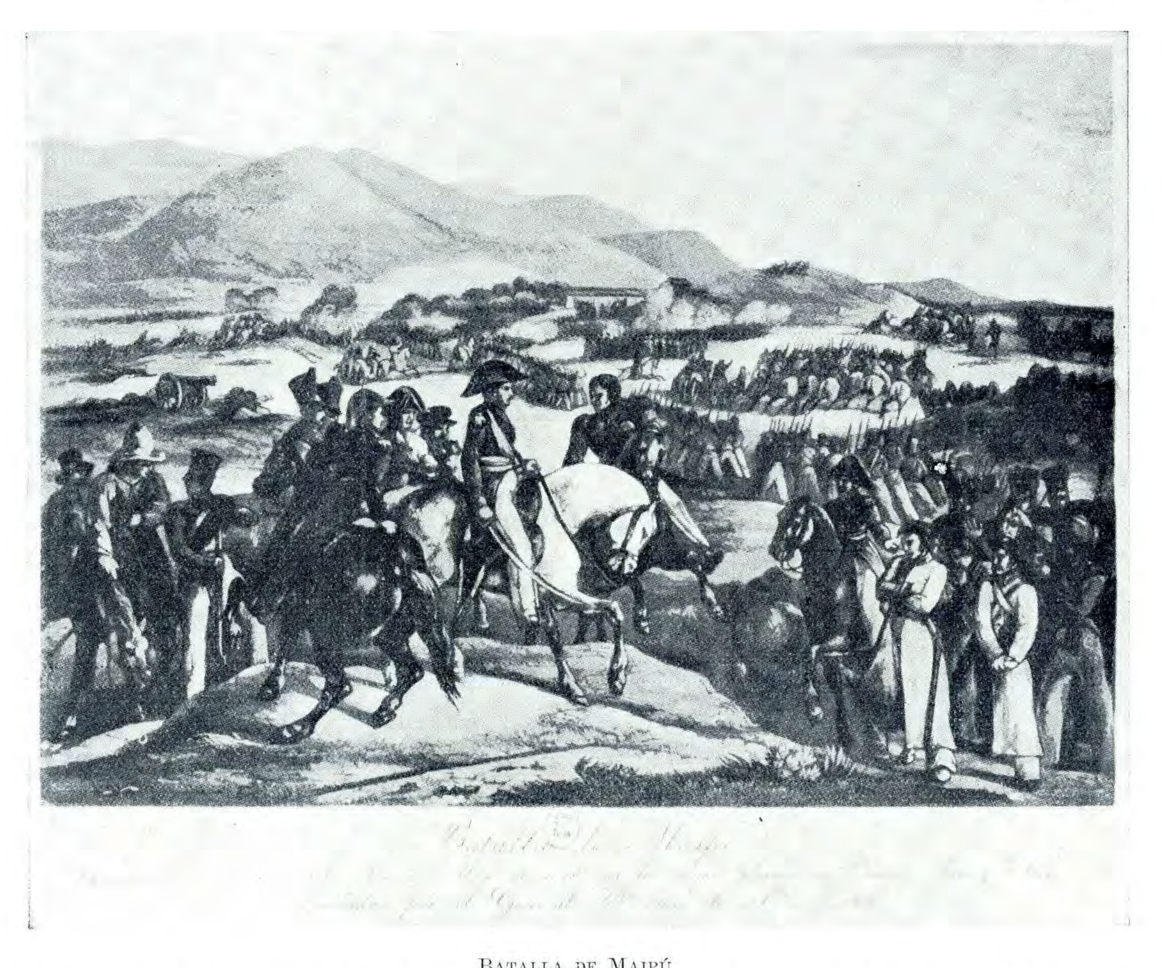
(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 348.

se dirigió a la ciudad, pero que, al llegar a ella, «los enemigos ya habían verificado su precipitada fuga» (1).

Pero como ya se sabe, San Martín quería terminar la guerra y estaba dispuesto a no omitir sacrificio para lograrlo.

Después de las operaciones apuntadas no quedaba sino la de atacar al enemigo de su último atrincheramiento, y fué designado para llevar a cabo esta operación don Rudecindo Alvarado. Este inició un ataque contra las fuerzas de Sánchez cruzando el Bío-Bío el 19 de enero a las dos y media de la tarde. Después que el regimiento de Granaderos a caballo hubo efectuado su avance por el camino de la derecha, y el de cazadores de la escolta lo hacía por el de la izquierda, los alféreces de granaderos Fonsalida y Salvadores avanzaron simultáneamente con orden de «reconocer y descubrir unas densas montañas casi impenetrables que reducían el camino a una suma estrechez». «En mi marcha, escribe Alvarado, advertí que una guerrilla se había puesto sobre mi izquierda, y temiendo que hiciese movimiento sobre mi retaguardia, donde se hallaban las municiones, equipajes y un cañón de batalla, dispuse que una compañía de infantería regresase y que puesta al abrigo de unas casas y cercos les contuviese, en caso que les ocupase el objeto propuesto. Continué en este orden mi marcha hasta ocupar una altura que dominaba sus posiciones sin proporcionarme la menor ventaja por lo quebrado del terreno enteramente montañoso. Así es que me vi precisado a hacer cargar la partida de caballería y compañía de infantería, lo que se verificó con tal intrepidez que obligaron a los enemigos a perder unas arboledas que les cubrían y correr precipitadamente sobre el paso del río y arrojarse al agua muchos, dejando en el campo una porción de muertos». «En este mismo momento, continúa Alvarado, bajó a la playa el señor coronel de granaderos don Manuel Escalada con su regimiento que concluyó completamente con los que allí corrían y aun iban entrando al agua. No lo hizo menos el batallón de cazadores sobre las balsas que tenían cubiertas con tropas, sobre las que dirigieron sus fuegos con tal acierto, que se observó que del gran número de gente que se hallaba dentro del río no llegó al otro lado uno solo, mirando con bastante dolor, el río era el sepulcro de cerca de doscientos hombres y entre ellos algunos paisanos. Aunque no he podido personalmente reconocer el número de muertos del enemigo, por las informaciones que he recibido de oficiales, que he remitido al efecto, pasan de trescientos hombres sin incluir los que deben haber quedado en las islas más distantes ni los que han muerto ahogados. Nuestra pérdida es muy corta, aunque sensible por la muerte del valiente abanderado del regimiento de granaderos N. Bruix, y una grave herida que ha recibido el teniente segundo de la primera compañía de mi batallón, don Atanasio Matus» (2).

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 349.
(2) *Ibídem*, pág. 351.



Batalla de Maipú

Grabado hecho en París por Himely, grabador suizo. El artista hase inspirado en la litografía de Géricault sobre esta batalla. *(Biblioteca Nacional de París, sección Estampas y Grabados).*

La victoria de Bío-Bío permitió que los patriotas se posesionasen en el acto de la fortaleza de Nacimiento. El 31 de enero, Balcarce entraba allí triunfador y ese mismo día le escribía a San Martín: «El ejército acaba de entrar en esta fortaleza, de donde salieron ayer los enemigos con la mayor precipitación luego que tuvieron aviso de que aquél pasaba al Bío-Bío. Este movimiento sólo me fué posible ocultárselo hasta el momento de poner las balsas en el río que había hecho construir reservadamente dentro del arroyo Guagui. Han dejado montadas y clavadas cinco piezas excelentes de artillería de batalla y sin clavar una de fierro de a doce. También ha quedado un considerable almacén de tabaco y azúcar con todos los equipajes que antes habían salvado. Se me han presentado hasta ahora dos oficiales y cinco músicos y como treinta soldados que quedaron ocultos, habiendo mandado se recojan otros muchos que me han avisado se encuentran por los cerros de esta circunferencia. La dirección que han llevado los restos del enemigo que van reunidos es para Valdivia por las montañas más fragosas que puede imaginarse. Los indios de esta inmediación les han auxiliado hasta ahora y han entorpecido notablemente mis operaciones». «No pienso dar un paso adelante en este punto, declara Balcarce, tanto por el fatal estado de la caballada como porque sería muy peligroso internarme por montañas y estrechos desfiladeros antes de poner a los indios de mi parte, para lo cual practico cuantas diligencias estén a mi alcance.

«Yo supongo que los enemigos quedarán muy pronto enteramente concluídos sin necesidad de que se les persiga. Van sumamente faltos de municiones y de víveres. La subordinación y moral del soldado se han perdido en términos que ya ninguno obedecía, y así el general Sánchez se marchó en el momento de tener la noticia de que pasábamos el Bío-Bío, dejando la tropa en la mayor confusión y desorden».

El 7 de febrero y desde Curimón, San Martín escribe al director de las Provincias Unidas: «Tengo el honor de acompañar a V. E. copia certificada del parte del general don Antonio González Balcarce en que me informa de la conclusión de la guerra en toda la extensión del Estado de Chile. Los restos débiles del enemigo los disipará la miseria de concierto con la anarquía y creo no engañarme asegurando a V. E. que ha concluído para siempre el poder español en estas partes. La inteligencia y la celeridad de las medidas militares que ha adoptado en esta campaña el señor general Balcarce redundarán en todo tiempo honor y gloria a su nombre. Yo recomiendo a V. E. estos importantes servicios, porque si la campaña no ha sido lenta, fatigosa e interminable, se debe a la prudencia del general y a la rapidez con que los jefes a sus órdenes han sabido llenar las que se les comunicaron. Así es que no porque haya dejado de ser sangrienta esta campaña, recomienda menos el valor y la energía de los bravos que la

han conducido. Todos son recomendables y acreedores a la consideración de ese gobierno» (1).

Las páginas que anteceden nos ponen en presencia de una bella jornada. La resistencia española en el sur de Chile ya estaba vencida y desaparecían para siempre los peligros de una verdadera reacción. Desde Nacimiento y con fecha 11 de febrero Balcarce podía decirle a San Martín: «Mi campaña ha concluído enteramente en términos que jamás pude prometerme» (2).

El 15 de ese mismo mes el general vencedor abandona esa fortaleza y al llegar a los Angeles le dice a San Martín: «Ya voy en retirada. Dejamos todo en tranquilidad, pues los indios que me faltaba atraer a mi amistad estuvieron en Nacimiento a mi partida y quedamos en que debíamos seguir en paz. Ahora se necesita organización y ordenar lo que corresponda al gobierno del país. Dejo aquí cuatro piezas de montaña a disposición de Freire con todo el parque y con piquete de artilleros de los Andes que es la única tropa nuestra que queda. Los batallones nº 1 y 3 de Chile han marchado a Concepción y aquí mantendrá la guarnición Thompson hasta que el gobernador determine lo que quiera. Los granaderos y cazadores de los Andes llevan la orden de situarse, los primeros en Quechereguas y los segundos en Talca, de conformidad con lo que usted me ha advertido» (3).

El 19 lo encontramos en Chillán y desde allí vuelve a escribirle a San Martín: «Voy siguiendo mi regreso con trabajos invencibles. Los caballos que han quedado a los granaderos son esqueletos andantes, y no hay absolutamente cómo remediar esta falta por el deplorable estado a que el país ha quedado reducido. Hoy he llegado aquí con el designio de ver si podría mandarles algún auxilio y nada he podido adelantar. He dispuesto que se apronten cuantas carretas sean posibles para que tengan en qué llevar las monturas de los que quedasen enteramente a pie. De cualquier modo hemos de ir adelante hasta pasar el monte» (4).

A su llegada a Santiago, San Martín estaba ausente de ahí. Había vuelto a repasar la Cordillera, y los políticos de Buenos Aires lo llamaban a él como a su salvador. Balcarce no pudo contener sus ansias de volverse a poner en contacto epistolar con su capitán, y el 1º de marzo de 1819 escribióle: «Ayer he llegado a esta capital de regreso de mi campaña y dentro de un par de días a más tardar seguiré para Curimón. La carta de usted de 18, escrita en Uspallata, la he recibido y ninguna otra comunicación me ha llegado relativa a su viaje. Por Guido estoy enterado de que me despachó por la posta un pliego de usted, el cual me desencontró a la salida de Talca

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 352.
(2) *Archivo de San Martín*, vol. VI, pág. 73.
(3) *Ibídem*.
(4) *Ibídem*.

y siguió para Concepción de donde aun no ha regresado. Los cuerpos de los Andes se hallan en esta parte del Maule, debiendo por ahora situarse en San Fernando los cazadores de Alvarado y los granaderos en Talca, porque los caballos no dan lugar a que puedan dar un paso adelante. Tenía pensado que éstos se situaran en Quechereguas para aprovechar los buenos puntos de sus potreros; pero aquella hacienda se halla ocupada con fuerzas de sus propietarios y levantarían el grito sobre los perjuicios que se les infiriesen si se les exigiera que la desalojasen. Sin embargo de esta oposición, procuraré a la brevedad mayor reconcentrar todas nuestras fuerzas cuanto me sea posible, aunque se debe estar en la inteligencia que no puede contarse con los granaderos para ningún movimiento pronto por la suma escasez de caballos. Yo he padecido hoy lo que no puede explicarse para regresar, por no tener en qué conducir la corta escolta que me acompañaba».

«La guerra, concluye Balcarce, ha quedado enteramente concluída en la provincia de Concepción, pues hasta los indios que me incomodaban quedaron todos en tranquilidad y amigos».

Y haciendo alusión a las noticias desconsoladoras que del suelo patrio le transmitía San Martín: «Veo la nueva tormenta que se ha levantado por la montonera, la que sin duda es la más tremenda que nos podía acontecer. Quiera Dios que usted tenga la suerte de disiparla para que contemos con alguna seguridad de que ya tenemos poco que temer de los españoles» (1).

Cuando estas líneas salían de su pluma, el gran soldado estaba ya herido de muerte: «Hace cuatro días que he llegado — González Balcarce ya se encontraba en Buenos Aires — con felicidad. Mi viaje ha sido largo y penoso por las copiosas lluvias que en él he experimentado. Esto ya pasó y en el día sólo trato de descansar. He visto a su señora doña Remedios que me ha parecido más repuesta que nunca, y el señor Escalada me ha indicado las recomendaciones con que usted me ha aumentado su distinción». Declara de nuevo que Pueyrredón se interesaba en que ocupase el ministerio de la Guerra, pero dice que su voluntad es la de servir en campaña. El 26 de junio vuelve a escribirle, y después de declarar «que nada se ha adelantado sobre la expedición española», le agrega: «No hay quien no esté contrariado por no haberse ejecutado la expedición al Perú. Yo he impuesto algunos de la principal causa que la entorpeció, provenida de no haberse proveído los recursos que se prometieron, sobre cuyo suceso se censura públicamente. No veo por ahora ni asomos de que le facilite cosa alguna, aunque esto se halla en tan mala situación que no me atrevo a pintar. Es preciso que eso no se desquicie y que se piense en lo que puede convenir mejor a los intereses generales del país». El 3 de agosto insiste sobre este tópico y le dice a San Martín que él cree conveniente su visita a Buenos Aires «para

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 77.

abordar con más facilidad sobre el modo de expedicionar al Perú, cuya empresa se mira con calor por el gobierno y generalmente por todos los habitantes del país». «Se desea, agrega, tenga la dirección de usted, y se precisa hacer sacrificios para ir adelante con nuestra grande obra que se halla actualmente en el mayor adormecimiento. Su venida de usted será aquí mirada con mucho aprecio, porque la opinión de los nuestros se confía en que los trabajos de usted tendrán la probabilidad y el acierto que tanto han valido al país» (1).

Esta fué posiblemente, si no la última, una de las últimas cartas escritas por este gran amigo de San Martín. El 5 del mes de agosto, es decir, dos días después de despachar esta misiva, dejó de existir y la noticia de su fallecimiento produjo en todo el país una consternación general. El 6 de octubre y desde Río de Janeiro, Mariano de Sarratea le escribía a Bernardino Rivadavia, residente en Londres: «Para mayor honra y gloria de Dios, parece que el destino ha esperado la hora más crítica para irnos privando de los hombres útiles. Don Antonio Balcarce falleció el 6 de agosto, se puede decir de repente, puesto que habiéndose retirado del Estado Mayor, molestado de una fatiga al pecho de que adolecía, se quedó en ella» (2).

La muerte de tan bravo y meritorio servidor de la patria provocó en el país un vivo sentimiento de duelo. En Buenos Aires, como en otras ciudades del territorio argentino, se celebraron oficios religiosos en su memoria, y el 1º de septiembre de 1819 de un modo inusitado lo hizo la provincia de Córdoba. En ese día y en su iglesia catedral, el padre Pantaleón García celebró en una oración fúnebre los méritos del extinto y al presentarlo a la consideración de sus conciudadanos declaró: «Balcarce fué infatigable en sostener la libertad civil sin olvidar los deberes que impone la religión y la razón. Fué sobrio, enemigo del deleite, hombre de bien hasta adquirirse en el concepto público el dictamen de hombre honrado».

La sobriedad del elogio es digna de la grandeza del héroe. Con la muerte de González Balcarce San Martín perdió uno de sus más importantes colaboradores. Chile, por su parte, vió desaparecer a una de las figuras más destacadas de su reconquista, pues lo dicho en estas páginas demuestra con elocuencia la forma con que la sirvió, antes como después de Maipú.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 91.

(2) *Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires*, nº 5308.

El 5 de abril de 1819 González Balcarce le escribía a San Martín desde Curimón diciéndole que el estado de su salud lo tenía en los más grandes apuros. «Con el martirio de algunos cáusticos he logrado disipar el dolor de los pulmones y el pecho, pero estoy en un estado de debilidad suma, con una inapetencia extraordinaria e incapaz de poderme contraer a cosa alguna. Según los facultativos me iré reponiendo muy lentamente, debiendo considerarme fuera de todo peligro». Y más tarde: «Mi salud sigue reparándose muy lentamente. Me será imposible pasar prontamente la Cordillera, si es necesario, porque estoy en un estado de debilidad extraordinaria». *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 85.

CAPITULO XVII

San Martín, la primera escuadra chilena y el plan monárquico de Pueyrredón

SUMARIO: El proyecto máximo de San Martín. — Carta al presidente Monroe. — Los hombres dirigentes del Plata y los planes de San Martín. — Cien mil pesos chilenos llegados a Buenos Aires. — Pueyrredón partidario de armar los buques en el país. — Pueyrredón y «la chusma de Lima». — Un empréstito de cincuenta mil pesos intentado por Pueyrredón que no prospera. — Fuerzas con que éste se lisonjeaba de poder dominar el Pacífico. — A la espera de los cien mil pesos ofrecidos por Chile. — La flota era para San Martín una cuestión de vida o muerte. — «Sin una marina pujante, le dice a Pueyrredón, nada se puede emprender sobre Lima». — El negociado naval sigue su curso. — Adquisición de la fragata *Withman,* propuesta por San Martín. — Incorporación de esta nave a la escuadra. — Se le bautiza con el nombre de *Lautaro* y se le pone bajo el comando de Jorge O'Brien, — Combate de la *Lautaro* con la *Esmeralda.* — Adquisición de la fragata *Cumberland* hecha por Alvarez Condarco. — Su llegada a Valparaíso notificada a San Martín. — Alvarez Condarco contrata a lord Cochrane. — Negociado de un buque a vapor que fracasó. — Cochrane se embarca para América. — Negociado naval con los armadores americanos. — Aguirre se ve obstaculizado por el cónsul español en Nueva York al negociar las fragatas *Horacio* y *Curacio.* — Protesta formulada por Aguirre contra este cónsul. — Falto de dinero para este negociado, Aguirre intenta vender esos barcos a los Estados Unidos. — Se le facilita el dinero y Aguirre firma un documento garantizando su reembolso. — Llegada de Aguirre y de las dos fragatas a Buenos Aires. — Carta que Aguirre le dirige a San Martín. — Dificultades suscitadas a la entrega de la fragata *Curacio.* — El ministro Zañartú en Buenos Aires y el bergantín *Lucy.* — Fuerzas navales de Chile a fines de 1818. — El almirante Blanco Encalada, su jefe. — Captura hecha por él de la fragata española *María Isabel.* — Cómo se produjo esta captura según el parte de Blanco Encalada. — Una exclamación de O'Higgins. — San Martín retenido en Mendoza. — El plan de su nueva campaña. — Carta con que allí lo sorprende Pueyrredón. — Un nuevo teatro abierto a la gloria del héroe. — Cuál era este teatro. — El doctor Julián Alvarez y los pliegos secretos remitidos por su intermedio para Chile. — Irizarri designado por O'Higgins para trasladarse a Europa y presentarse al congreso de Soberanos. — Política solidaria entre las Cancillerías de Santiago y de Buenos Aires. — Desde San Luis, y para que no caigan en las montoneras, devuelve Irizarri las instrucciones secretas. — El congreso de Tucumán y estas instrucciones. — Papel de San Martín en este negociado. — Tratado de alianza entre Chile y las Provincias Unidas, negociado por Irizarri. — Las actas secretas del congreso de Tucumán y este tratado. — Nuestra conclusión.

Después de Chacabuco y como resultado de la entrevista de San Martín con Pueyrredón en Buenos Aires, se embarcaron allí para el extranjero don Manuel Aguirre y Alvarez Condarco, con destino éste para Londres y para los Estados Unidos el primero.

Esta doble misión tenía por objeto el proceder a la compra de algunos barcos que permitiesen dotar a Chile de una marina de guerra y hacer posible por lo tanto el proyecto máximo de San Martín, y que era el de proceder sin dilación a la campaña libertadora del Perú.

San Martín aprovechó de la oportunidad de la partida de uno de estos emisarios, y le entregó a don Manuel Aguirre una carta para el presidente de los Estados Unidos, que era el famoso Monroe. Esta carta tenía por objeto el informarle al primer mandatario de aquella república sobre un acontecimiento tan importante cual era el de la reconquista de Chile, pero al mismo tiempo el de atraer su atención sobre el carácter que presentaba la guerra en esta parte de la América meridional y conquistarse sus simpatías sobre el apoyo y concurso naval que necesitaba. «Encargado por el supremo director de las Provincias Unidas de Sudamérica del mando del ejército de los Andes, dice San Martín en su mensaje al presidente americano, el cielo coronó mis esfuerzos con la victoria del 12 de febrero sobre los opresores del hermoso reino de Chile. Restaurados los sagrados derechos de la naturaleza en los habitantes de aquel país por la influencia de las armas nacionales y el impulso eficaz de mi gobierno, la fortuna ha franqueado un campo favorable a nuevas empresas que aseguren el poder de la libertad y la ruina de los enemigos de la América.

«Para estos objetos el director supremo de Chile ha considerado como instrumento principal el armamento naval en esos Estados de una escuadrilla con destino al mar Pacífico, que unida a las fuerzas que habrán de prepararse en el Río de la Plata, concurra a sostener las ulteriores operaciones militares del ejército de mi mando en el continente meridional. Y convencido de las ventajas que promete nuestra actual situación política, he repasado los Andes a concertar, entre otras cosas, las garantías de mi gobierno en esta capital en honor a las estipulaciones que celebre su íntimo aliado el supremo director de Chile para la ejecución del plan que se ha confiado a don Manuel Aguirre.

«V. E., que tiene el honor de presidir a un pueblo libre por los mismos principios que hacen derramar sangre a los americanos del Sur, espero se dignará prestar al comisionado aquella protección compatible con las relaciones actuales de ese Gabinete, teniendo la alta consideración de asegurar a V. E. que las armas de la patria, bajo mis órdenes, nada dejarán por hacer para dar consistencia y religiosidad a las promesas de ambos gobiernos.

«Me felicito de la ocasión agradable que se me ofrece para tributar a V. E. todo el homenaje del profundo respeto y consideración con que se honra en ser de V. E. su humilde servidor» (1).

Este mismo empeño evidencióle San Martín después de la bata-

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, t. I, pág. 45.

lla de Maipú. Por segunda vez después de haber ceñido su frente con los laureles del vencedor, pasó la Cordillera y dirigióse al Plata con el decidido intento de arbitrar los recursos que la empresa exigía. Es así como nació el empréstito libertador que ya hemos historiado, y cómo con esos y con otros fondos arbitrados por el patriotismo chileno pudo llegarse a la formación de la escuadra, complemento, en el plan continental de San Martín, de su ejército de los Andes. Afianzada, pues, con esta segunda victoria de la independencia de Chile, los hombres dirigentes de la revolución secundaron en absoluto los planes de San Martín. Mientras Aguirre en Estados Unidos y Alvarez Condarco en Londres se ocupaban de su cometido, en el Plata los hombres como Pueyrredón ponían sus esperanzas en las futuras naves, y el retardo en llegar estas naves a las aguas del nuevo mundo no dejaba de provocar a veces expresiones de desaliento. Era el 9 de septiembre de 1817 cuando Pueyrredón le decía a Guido, que ya estaba en Chile: «El pensamiento de esperar nuestra fuerza naval para bloquearlos — alude a los realistas del Perú —, es el más seguro medio de rendirlos sin costo de nuestra sangre; pero ¿cuándo vendrá esa fuerza? ¿y vendrá en efecto la bastante? El dinero que ha de producirla está aún en Chile y debe pasar a Norteamérica. Confieso que desconfío mucho de este grande intento; y ciertamente habría sido más fácil, más pronto, menos dispendioso y más seguro haber hecho aquí el armamento. En mi juicio, estaríamos aún en tiempo si hubiese en ésa cómo facilitar los fondos necesarios». Y luego: «Nuestro destino está decidido por la misma naturaleza de las cosas: seremos independientes sin duda alguna. Ocupémonos pues en ir formando la opinión para que seamos un solo Estado o para que seamos dos muy unidos y gobernados por un igual sistema Que mande ese gobierno supremo sus instrucciones y sus poderes delegables para todo caso en que fuere necesario pasarlo a nuestros enviados» (1).

Tres meses más tarde, los fondos esperados y reclamados por Pueyrredón salían de Chile para el Plata. Esto motivó una comunicación de Guido, y al redactarla, le dice textualmente a Pueyrredón: «Con el conductor don Manuel Ladrón de Guevara que parte hoy para esa capital tengo el honor de remitir a V. E. los cien mil pesos que he acabado de recibir ayer en la tesorería general de este reino, con destino a don Manuel de Aguirre, comisionado de este gobierno en los Estados Unidos de Norteamérica, a quien V. E. se dignará consignarlos por esa vía.

«La dicha cantidad va dividida en mil onzas de oro de a diez y siete pesos y ochenta y tres mil pesos en fuerte y macuquino, todo enzurronado como para carguío de mulas y con la escolta competente de tropas que he pedido al señor gober-

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 32.

nador de Cuyo disponga para seguridad de los intereses, después de haber salido de igual modo de esta capital hasta la Guardia de la Cordillera» (1).

La suma en cuestión llegó a Buenos Aires; pero como en el sentir de Pueyrredón faltaban cien mil pesos, éste se lo observó a Guido para que a su vez el representante argentino reclamase dicha cantidad del gobierno chileno. Guido cumplió con las instrucciones dadas por Pueyrredón y una vez llenado su cometido, escribióle a éste: «Luego que llegó anoche el correo de esa capital del 24 de noviembre último, en que se recibieron avisos del estado en que se hallaba el armamento naval en los Estados Unidos, de cuenta de este país; de la morosidad que traería la detención de los cien mil pesos estipulados y de la oportunidad que ofrecía para aumentar dicho armamento en ese río la reunión de buques fuertes y baratos; pasé personalmente al gobierno a manifestar la necesidad de mayores sacrificios a fin de no inutilizar un golpe preparado con tanto anhelo y cuyos resultados importaban la libertad de este Continente.

«La favorable disposición de V. E., su interés marcado por la felicidad de este reino y la eficacia con que se prestaría a coadyuvar con su autoridad al armamento de los buques, siempre que se proporcionasen auxilios pecuniarios de que carecía nuestra tesorería nacional, fué una de las garantías que presenté para inspirar una resolución decisiva.

«En el estrecho apuro en que se halla este erario puede reputarse la remisión de los cien mil pesos que se ofrecen a plazos moderados como un esfuerzo extraordinario, y contando con la religiosidad del pago, que agitaré incesantemente, me prometo que V. E. se servirá tomar a empréstito por lo pronto la cantidad de los cincuenta mil pesos ofertados, dentro de un mes, o los cien mil con el interés que fuere asequible, pues que está pronto este gobierno a satisfacerlo con tal que no se pierdan momentos en promover el armamento de dos corbetas más en ese puerto» (2).

El retardo en el recibo de estos fondos contraría grandemente a Pueyrredón. Al escribirle a San Martín con fecha 24 de diciembre, dícele: «No ha habido más noticia de Aguirre que la comunicada en el anterior correo con copia de su carta. Al fin ha de ser preciso hacer un esfuerzo para armar aquí los buques necesarios. Ya habrá usted visto que con doscientos mil pesos apenas podría poner en el mar dos fragatas de treinta y dos piezas y con el mismo dinero se habrían armado aquí lo menos cuatro de igual fuerza. Yo veo ya perdida esta campaña por habernos faltado los buques, y si no queremos perder también la venidera y que nos aniquilen la subsistencia de ese ejército, es preciso buscar arbitrio para sacar del abismo trescientos mil pesos y hacer aquí un armamento capaz de

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 54.
(2) *Ibídem*, pág. 61.

dominar esos mares. Piense usted en esto, que es todo o el mayor de nuestros intereses actuales» ([1]).

Los primeros cien mil pesos recibiólos Pueyrredón el 1º de enero de 1818, y al día siguiente le escribía a Guido: «Llegó ayer felizmente Guevara con los cien mil pesos y yo he salido de este grave cuidado. Tengo encargado que se me busquen libramientos seguros, y si no se encuentran, caminarán en cuerpo y alma en primera ocasión» ([2]).

Pero con esta suma el director argentino no resolvía el problema planteado por la adquisición de los buques y quedóse a la espera de los otros cien mil pesos que faltaban. El 7 de febrero de 1818 le escribe a San Martín: «Nada he hecho hasta ahora sobre el armamento de buques, porque espero que Guido me mande los cien mil pesos que se han ofrecido por ese gobierno; y entretanto llegan estoy haciendo reconocer los barcos y preparando la artillería. El motivo de no apresurarme es porque considero que las corbetas de Norteamérica no podrán estar aquí hasta el mes de agosto y si anticipo el armamento me comerán un costado las demoras. Supongo que ya está usted impuesto de que he dado orden a Aguirre para que las corbetas vengan directamente a este río, a fin de que unidas a las fuerzas de aquí vayan con seguridad a dar el primer golpe donde usted me lo avise oportunamente. Espero que aquí podré presentar una fragata de cuarenta cañones, una corbeta de veinte y un bergantín de diez y ocho, todos de calibre de ocho a diez y ocho, sin perjuicio de alguno que otro corsario que pueda agregarse con la esperanza de un buen interés. Creo que esta fuerza es más que suficiente para aniquilar a toda la chusma de Lima, que no son más que casquillos incapaces de hacer mal, según la relación que ha traído Torres. Dígame usted si la considera bastante y dígame también con qué fuerza de mar se puede contar en ésa» ([3]).

Dos meses más tarde este dinero complementario no había llegado aún. Pueyrredón no oculta su sorpresa y le escribe a San Martín: «Yo contaba con cien mil pesos que el gobierno de Chile me ofreció y en tal concepto tenía ya comprados dos bergantines fuertes; pero por este correo me dice Guido que no hay cómo mandarlos y quedarán paralizadas todas mis medidas. Vea usted, por Dios, de empeñar a esos amigos para que hagan un esfuerzo porque aquí no hay arbitrios. Desde que se tuvo noticias de la expedición de Lima sobre ese país hizo el comercio una cruel suspensión a su giro y la aduana no produce la mitad de lo que daba» ([4]).

Por esa época Guido le había propuesto a Pueyrredón que tomase a empréstito la suma por lo menos de cincuenta mil pesos. Este

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 587.
(2) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 70.
(3) *Ibídem*, pág. 78.
(4) *Archivo de San Martín*, vol. IV, pág. 590.

intentó seguir el consejo que le venía de Chile y ensayó la operación. Desgraciadamente los gastos que en ese momento gravitaban sobre el erario argentino eran muchos y el plan no prosperó. «No ha sido posible, le escribe Pueyrredón a Guido con fecha 9 de marzo de 1818, allanar el empréstito, aunque he hecho varias tentativas a este fin, y no se pueden ocultar a la penetración de V. E. los motivos que lo dificultan. No obstante, yo redoblo mis esfuerzos. He comprado y está casi enteramente listo de cuenta de este gobierno un famoso bergantín de 18 titulado *Eolo*, propio de construcción de guerra, y sin perjuicio de una continua mediación sobre los medios de adquirir otros de cuenta del mismo Estado. A pesar de sus apuros espero con impaciencia se me remitan por V. E. los cien mil pesos ofertados para proceder inmediatamente a la compra y aprestos de los que he hecho reconocer y están contratados. Con ellos y la fuerza que debe dar la vela de Norteamérica, me lisonjeo dominaremos el mar Pacífico y tendremos la satisfacción de recomendar a la memoria de nuestra posteridad los felices resultados de esta empresa» (1).

El 16 de marzo vuelve sobre este tópico y dícele: «Me muestra usted en su última de 22 del próximo pasado la inquietud en que estaba por no haber recibido contestación al pliego que me dirigió San Martín sobre armamento de buques. Se recibió y se contestó; pero por más que ustedes se apuren, nada se puede adelantar si no vienen los cien mil pesos ofrecidos y que ya debían estar en camino según lo prometido. Vengan pues, si es posible, por el correo y en oro, y yo aseguro lo demás». «¿Cómo quiere usted, agrega luego, que yo emprenda aquí cosa alguna sin tener esos fondos en seguridad? No, mi amigo; las obras se concluyen pronto cuando están todos los materiales a la mano. Por un buque que llegó en estos últimos días, me incluye Gómez la adjunta. A mí me dice que los cascos de las dos fragatas quedaban casi prontos; pero que la retardación de los cien mil pesos debía demorar la conclusión de la obra, o, en caso más feliz, ocasionar costos de intereses si encontraba quien adelantase fondos» (2).

Al día siguiente le dice en otra misiva: «¡Conque hay tantas dificultades para remitir los cien mil pesos! Pues, amigo mío, yo no podré hacer lo que había ofrecido y por esta falta se compromete a una desgracia el éxito de nuestras fuerzas de mar. Haga usted, por Dios, esfuerzos porque aquí no hay cómo suplirlos» (3).

Por su parte, San Martín no se desinteresaba de tan grave cuestión. La flota era para él asunto de vida o muerte, y movido por un arranque de esas energías geniales que lo dominaban, creyó que era llegado el caso de hablar con toda franqueza y dirigióse a su gobierno desde Santiago de Chile con fecha 12 de diciembre de 1817

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 88.
(2) *Ibídem*, pág. 89.
(3) *Ibídem*, pág. 90.

en esta forma: «Es por demás encarecer a V. E. la necesidad de un fuerte armamento naval para estos mares cuando está penetrado que sin ese auxilio son estériles nuestros esfuerzos con el virreinato de Lima. Ya este gobierno ha remitido la suma de los doscientos mil pesos para la compra de buques en Norteamérica, y últimamente ha ofrecido al señor diputado de ese gobierno cien mil más còn destino a comprar y armar dos o más corbetas en ese río; pero pocos sacrificios de este género podrá repetir, agobiado del peso inmenso de la guerra que sostiene.

«Por mucha que sea la preponderancia que queramos suponer en la marina que se apronta para el mar Pacífico con respecto a la de los enemigos, una confianza imprudente podría comprometer el suceso. El virrey de Lima ha presentado ya nueve buques fuertes, entre ellos dos fragatas de cuarenta a cuarenta y cuatro. No es cordura atacar esta escuadrilla con menos de igual número de embarcaciones, y si V. E. no se resuelve a armar de cuenta de ese Estado al menos dos corbetas o bergantines fuertes, puede ser aventurada la empresa. No dominando el mar es inútil pensar en avanzar una línea fuera de este territorio y por el contrario, es preciso prepararse a una guerra dilatada que debemos desviar para no acabar de mutilar a Chile.

«Las derogaciones invertidas en la organización y sostén de un ejército de cien mil hombres, de los cuales cuatro han estado siempre en campaña, han agotado los recursos del reino. El ramo de vestuarios solamente ha consumido trescientos cuarenta y dos mil pesos y la maestranza pasan de cuatrocientos mil. En una palabra, sin marina pujante no se puede emprender sobre Lima y si no se emprende, creo que el ejército de los Andes debe retirarse al otro lado de la Cordillera y variar el sistema de guerra.

«A fin de evitar este paso, empeño toda la autoridad y celo de V. E. por el armamento de dos corbetas de cuenta de las Provincias Unidas, que agregadas a los buques que arma Chile en ese puerto, Estados Unidos y en Valparaíso, aseguran un golpe que importa la independencia de la América del Sur. Los enemigos trabajan con un tesón infatigable, quieren alejar la guerra del seno de sus pueblos y sólo la eficaz operación de V. E. puede desconcertar sus planes por mar, sea cual fuere el éxito de mis campañas en la guerra que amenaza en este Continente» [1].

La página que transcribimos constituye todo un alegato y evidencia el chilenismo, por decirlo así, de San Martín. El era el que tenía la clara visión de las cosas y de ahí este lenguaje, la forma franca y sin reticencias con que se dirige a su gobierno. Ignoramos cuál fué la respuesta enviada a San Martín. Este negociado naval siguió su curso y sólo un contraste, la sorpresa de Cancha-Rayada, vino a activarlo convenientemente. Si las desgracias descorazonan,

[1] *Archivo de la Nación Argentina*, vol. II, pág. 200.

ellas estimulan a veces y retemplan los ánimos. San Martín, O'Higgins y Guido comprendieron que no era posible continuar guerreando sin poseer las fuerzas navales que la beligerancia reclamaba, y desde su cuartel general en la Aguada, San Martín escribióle a Guido: «La desgraciada jornada del 19 ha aumentado los peligros del país y para salvarlo son indispensables grandes sacrificios. El gobierno supremo de Chile está resuelto a todo por la libertad de América, y debo presumir iguales sentimientos en nuestro gobierno. Por esta razón, considerando que una fuerza marítima pueda asegurar la independencia de Chile, me avisa el gobierno supremo hallarse dispuesto a agotar sus fondos para comprar la fragata *Windham*, fuerte de cincuenta cañones; mas debiendo pagar fuera de la suma que entrega al contado cincuenta mil pesos en el término de cuatro meses, necesita para recabar el consentimiento del dueño la garantía de V. E. en nombre de nuestro gobierno, asegurando serán pagados en Buenos Aires en caso que el reino se pierda en este período. V. E. conoce la importancia de esta empresa y la seguridad que ofrece la respetabilidad del ejército combinado y no dudo preste luego la garantía pretendida en el concepto de que el buen resultado influye en la suerte de ambos países» (1).

Guido accedió a los votos del Libertador, y la adquisición de este barco llevóse a cabo. Veamos cómo Guido intervino y cómo la dicha nave incorporóse a la flota chilena.

«Resueltos como estábamos, nos cuenta Guido, a continuar la guerra a todo trance, si un nuevo contraste nos obligase a retroceder, complicaba nuestra situación el bloqueo de Valparaíso por el crucero de la fragata *Esmeralda* y el bergantín *Potrillo* destacados de la escuadra española, pudiendo impedirnos en caso de derrota transportar por agua, como estaba convenido, a las costas del norte los soldados, las armas y el material de guerra acumulado en aquel puerto. Dejar expedita la salida para continuar nuestra campaña desde las provincias de Coquimbo y Huasco en contacto con la república Argentina, era un punto demasiado importante para desatenderse, sin aventurar a un azar la posesión del territorio restaurado y la gloria obtenida por los independientes, y era forzoso prepararnos a toda contingencia.

«Mi afán en este intento se aparejaba a la velocidad de los sucesos. El director y el general daban nervio a mi cargo con el decidido influjo de su autoridad. Sin embargo no se podía emprender la organización de una fuerza marítima sin contar antes con un capital disponible. En la penuria del erario se obvió esta dificultad por el directorio, aunque no sin fatiga, atendidas las circunstancias que agitaban al país, consiguiendo reunir con el concurso del comercio de Valparaíso y de algunos fuertes capitalistas chilenos la suma, si no me equivoco, de doscientos mil pesos fuertes. Resuelto estaba a

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 98

responsabilizarme sin medida por el desempeño de la misión de guerra; mas no me acontecía otro tanto en la ocasión respecto a la custodia de caudales públicos, exponiendo mis excusas al director, quien insistía en que los condujese a Valparaíso». «El manejo de fondos nacionales, dije a aquel magistrado, despierta en ciertos casos la suspicacia de la multitud, y si bien los ciudadanos tienen incontestable derecho a una justa fiscalización, el celo exagerado suele formular deducciones absurdas que degeneran en apreciaciones vulgares, porque la pasión descompone las cifras, la ignorancia las suma y la envidia las glosa. En consecuencia pedí al gobierno me eximiese del cargo de conducción y administración del dinero destinado a la compra de buques, armamentos y aprestos navales. Defirió a mi deseo y nombró en mi defecto al ciudadano don Ramón Valero, según consta de carta del ministro de Estado don Miguel Zañartú que tengo original en mi poder.

«No bien recibí las instrucciones del director de Chile, partí a Valparaíso. Mi primer paso allí fué realizar el contrato para la compra de la fragata *Windham* de las Indias Orientales, de 800 toneladas de porte, surta a la sazón en el puerto. Gobernábala el capitán Andrews, con quien me entendí para la adquisición del buque y aparejos; pero al tomar posesión de la fragata, el vendedor, apercibido del conflicto que amenazaba a Chile, en vísperas de un combate dudoso, pretendió retractarse si la garantía del gobierno de las Provincias Unidas no respondiese por cincuenta mil pesos que restaban al pago. La notificación del acreedor no me daba tregua; y mi negativa hubiera complicado el asunto. Erame, pues, forzoso resolverlo inmediatamente en el sentido más favorable, y sin mirar atrás, afiancé bajo mi firma y sello nacional al exigente contratista la entrega de la suma adeudada.

«El corto caudal de que disponía el directorio no estaba de seguro en proporción al fin propuesto, y toda tentativa en el sentido de su ejecución se dificultaría gravemente, si en medio de la tumultuosa situación de Chile, me hubiese resistido a empeñar el crédito financiero de la República que yo representaba. Mis facultades, empero, no alcanzaban a comprometerlo en un percance aventurado. Cedí sin embargo al apremio de las circunstancias; presté la garantía reclamada; ocurriendo en seguida al valimiento del general San Martín, tan profundamente interesado en la empresa, persuadido de que su conformidad con cualquier acto oficial de la Legación a mi cargo lanzaría, como sucedió en efecto, un gran peso en la balanza del juicio de nuestro gobierno, que más tarde aprobó mi proceder. El general se sirvió atender desde luego mis indicaciones. Por lo pronto me dirigió un oficio señalándome la conveniencia de tomar sobre mí, en el carácter público que investía, la garantía mencionada» (1).

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. III, pág. 491.

Una vez hecha la adquisición de esta nave, Guido bautizóla con el nombre de *Lautaro* y después de repararla convenientemente, la puso bajo el comando de Jorge O'Brien, «gallardo joven, dice él, ex teniente de la armada británica, en donde se había distinguido» y el marino Turner, quien vino a Valparaíso en clase de piloto a bordo de la nave que ahora pasaba a ser propiedad del Estado de Chile. La tripulación fué formada con marinos ingleses y americanos que habían pertenecido a barcos anclados en aquellas aguas, y agregóse a ella una compañía de cazadores mandada por el capitán Miller. El buque fué artillado con cuarenta piezas de doce a veintidós y no tardó en entrar en acción atacando a la flota española que bloqueaba a Valparaíso. El primer combate de la marina chilena ha sido ya expuesto con lujo de detalles por el mismo Guido. O'Brien murió como un héroe a bordo de la fragata *Esmeralda*, que dejó de ser presa de los patriotas por contingencias de la lucha. Con todo, el puerto de Valparaíso quedó abierto desde el día de aquel combate a la navegación, y los patriotas pudieron utilizar la vía marítima para enviar sus aprestos bélicos a las provincias chilenas del Norte ([1]).

Pero volviendo a nuestro punto de partida, veamos cómo en Londres y en Norteamérica se desenvolvían las negociaciones. Como ya se sabe, a Alvarez Condarco se le había designado para llevar a cabo la primera de estas dos misiones. Desde su llegada a Londres y a nombre del gobierno chileno, Alvarez Condarco cerró contrato para que Eduardo Ellice comprase y equipase el *Cumberland*, navío que desplazaba mil trescientas cincuenta y cinco toneladas.

Por su parte, el agente chileno se comprometía a comprar dicho barco a razón de veinticinco libras esterlinas cada tonelada, lo que hacía un precio total de treinta y siete mil ochocientas setenta y cinco libras. Este contrato, con otros pormenores que no es del caso exponer, fué firmado en Londres el 25 de noviembre de 1817, y el 24 de mayo de 1818 la fragata *Cumberland* echaba anclas en el puerto de Valparaíso. Su llegada determinó de parte de O'Higgins este párrafo epistolar dirigido a San Martín: «Ha llegado a Valpa-

([1]) Desde Santiago y con fecha 21 de mayo de 1818 Guido le escribe a San Martín: «Cuánto deseo saber de su feliz arribo. Sólo una carta de usted he recibido de Mendoza y todavía ignoro si han llegado a sus manos los papeles que le envié por extraordinario.

«Hoy hace cinco días que regresé de Valparaíso, adonde me fué necesario ir por incitación del señor O'Higgins para arreglar de nuevo al *Lautaro*, porque al llegar al puerto me hizo Calderón un desparpajo de la tripulación que me había costado tanto adquirir; ya está todo en orden y veremos si se da un golpe más firme.

«Por poco reviento de rabia al haberse escapado la *Esmeralda* después de tenerla en nuestro poder con el pabellón arriado y dueños de su cubierta. Lea usted el parte impreso y verá si es negocio de desesperarse al ver que por el aturdimiento del segundo hemos perdido el medio de concluir la guerra en este país, como indudablemente hubiera sucedido si traemos la *Esmeralda*. Mi proyecto había salido a medida de mi deseo y una casualidad nos ha arrebatado la gloria. Con todo, el bloqueo no existe y los marinos españoles han llevado un buen susto». *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 285.

raíso el navío *Cumberland* que ha contratado Alvarez; pero nos ha llegado en el peor tiempo que podría llegar. Faltos de dinero, tenemos que hacer milagros para pagarlo y será conveniente que se insinúe usted con él para que suspenda de empeñarnos en más compras de esta clase que no podemos cumplir. Es también preciso que usted se empeñe con el gobierno de esas provincias en que nos facilite cuantos marineros ingleses y americanos se puedan remitir por mar a Valparaíso para tripular nuestros dos navíos el *Lautaro* y el *San Martín*, que éste es el nombre que hemos dado aquí al *Cumberland*. Sobre esto escribo a Zañartú y espero la coadyuvación de usted con todo su influjo» (1).

La operación de compra habíase llevado en forma habilísima para que su adquisición no fuese obstaculizada por los que se declaraban campeones de la neutralidad. Salió de Inglaterra con destino aparente para el Asia, y burlando así la vigilancia de los navíos españoles, pudo sin tropiezo alguno fondear a tiempo en las aguas chilenas. Su tripulación se componía de ciento treinta individuos, traía además en calidad de pasaje algunos oficiales extranjeros que luego se incorporaron a la escuadra chilena y como comandante a don Guillermo Wilkinton. Estaba armado con cuarenta cañones, y en homenaje al Libertador de Chile se le denominó *San Martín*.

En vísperas de su salida para Chile, Antonio Alvarez Jonte desde Londres y con fecha 13 de enero le decía a San Martín: «Dentro de doce días sale para Valparaíso el navío de 60, el *Cumberland*, contratado sin desembolso efectivo en ciento sesenta mil pesos poco más, bien equipado como para un viaje a la India y sólo con cuarenta cañones. La reducción en sus aprestos y cañones ha sido en efecto necesaria de las circunstancias porque después de haber forzado este gobierno toda medida de estricta neutralidad y toda prohibición de aprestos de guerra para la América, hubiese sido necesario perder el todo si nos hubiésemos empeñado en que fuese completo. El mismo buque debe llevar toda la maquinaria precisa para construir cohetes incendiarios y perfeccionar además la fábrica de pólvora. Basta la simple comunicación de esta noticia que ha sido.

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 430. — En otra carta del 12 de junio O'Higgins le dice: «El *Cumberland*, según me han informado, está en muy mal estado para navegar, y hoy mismo he nombrado a Blanco Cicerón con un constructor y cinco carpinteros de ribera para que lo vayan a reconocer y recibir. Es preciso que aproveche usted la primera oportunidad y que en ella escriba a Alvarez que suspenda de empeñarnos más en compras de buques que no podemos pagar, y que no envíe más oficiales de caballería e infantería que no tenemos donde emplearlos ni nos conviene». Y el 23 de junio: «En contestación a la apreciable carta de usted de 10 del próximo pasado, digo que el *Cumberland* está ya comprado aunque nos veamos negros para pagarlo. En verdad, nuestro amigo Alvarez ha hecho una compra carísima, y sólo el honor del gobierno y las circunstancias nos pueden hacer ejecutar los sacrificios necesarios para salir de esta dificultad. Hemos conseguido sin embargo que nos haga una baja el consignatario del dueño de este buque de cerca de veinte mil pesos, que no es cosa despreciable en estas circunstancias en que andamos arañando paredes para pagar los gastos mensuales». *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 434.

y es un secreto del gobierno inglés para darle toda la importancia a los cuidados que se han empleado para conseguirla y valuar la misma adquisición». «Acaso poco ganamos con las máquinas, agrega luego, si no lleváramos un hombre que las supiese manejar y pudiese suplir al ejército con este instrumento formidable desde su llegada. Pero felizmente esto también se ha conseguido. Llevo una persona a este respecto que no puede ser bien descripta y ponderada. El es un maestro completo de mixtos, del laboratorio de pólvora, de los cohetes, de construcción de buques, buen mecánico, buen químico, en fin, sus ideas son universales: poco de teoría y casi todo práctica. No es menos interesante la adquisición de lord Cochrane. Este sujeto es preciso conocerlo para saberlo apreciar. A la cabeza de la marina de ese país será *el terror de los españoles y el respeto de todos*».

Alvarez Jonte pasa después a comunicarle a San Martín la más importante de sus primicias, y lo hace expresándose en los siguientes términos: «Se está construyendo un gran buque de vapor de cuatrocientas diez toneladas y unas máquinas del poder de sesenta caballos a la vez. No es posible dar una idea de sus ventajas y de los formidables efectos que puede producir. Figúrese usted una batería en buque fuerte que no necesita de viento ni corriente para caminar de diez a ocho millas y la pronta imaginación de usted para todas las aplicaciones convenientes de un principio singularmente importante: añada a esto el que las baterías estén provistas de fuegos o cohetes incendiarios y pregunte usted si habrá escuadra, navío, fragata o puerto que resista este tremendo poder combinado» (1).

Pero por desgracia, el negociado de este buque fantasma y que tanto exaltaba la imaginación del agente de San Martín, fracasó, y los marinos de la libertad americana en el Pacífico tuvieron que fiar su suerte, no al vapor, sino al velamen hinchado por los vientos del sur.

Sin embargo, hubo otro negociado que no fracasó, y lo fué el relativo al convenio sellado con Cochrane, quien a mediados de 1818 dejó las playas del viejo mundo por las de América. Cuando este almirante se comprometió para venir a Chile, vivía en Boulogne-sur-Mer, pobre y perseguido por sus enemigos políticos en Inglaterra. Al decir de Gonzalo Bulnes, Cochrane se ocupaba en ese momento de seguir la construcción de ese buque a vapor, que debía ser el terror de los mares australes, y en esta construcción había empleado parte de su peculio. Dificultada ella, y no pudiendo esperar su terminación, Cochrane decidió embarcarse para el nuevo mundo, y dejó confiada esta tarea a su hermano Alejandro. A Alvarez Condarco, que se encontraba al frente de este negociado, le sucedió como representante de Chile en Londres don Antonio José de Irizarri. «Irizarri, escribe textualmente el señor Bulnes, encontró

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 234.

el vapor en el astillero sin concluírse, y no dando crédito al invento por razones generales que han sido refutadas por el tiempo y como no tuviese allí a Cochrane ni Alvarez Jonte que habían sido los inspiradores de la grande idea, abandonó el buque vendiendo su casco imaginario» (1).

Por lo que se refiere al negociado con los armadores americanos, podemos decir no marchó él con tanta rapidez ni ofreció las mismas ventajas que el de Londres. El designado para llevarlo a cabo era don Manuel Hermenegildo Aguirre. Desde su llegada a Wáshington éste trató de dar forma a su cometido, y en la entrevista que celebró con el ministro de ese Estado Mr. Richard Bush hizo entrega de las cartas de que era portador y entre las cuales figuraba la de San Martín para el presidente Monroe. Si en el negociado político la suerte no le fué propicia —las cartas o credenciales que presentó quedaron sin ser contestadas— en el negociado naval encontróse con serias dificultades. Fué la primera la falta de fondos. El gobierno de Chile habíase comprometido a cooperar a la empresa con doscientos mil pesos y sólo había entregado cien mil. Por otro lado el cónsul español en Nueva York, sabedor de que Aguirre había hecho construir en esa ciudad dos fragatas lanzadas al mar con el nombre de *Horacio* y de *Curacio* respectivamente, lo obstaculizó en toda forma hasta obtener que la justicia americana decretase su prisión. Este acto de malquerencia y de intrigas motivó una protesta por parte de Aguirre, quien al dirigirse al secretario de Estado, se expresó así: «Por mis comunicaciones anteriores V. E. ha sido instruído del objeto principal de la comisión que se me confirió por el gobierno del Estado de Chile y la que era reducida a la compra o construcción de buques de guerra y demás útiles necesarios para el ejército de aquel Estado. También ha sido V. E. informado de la exposición que hice al señor secretario interino Mr. Richard Bush sobre ese particular y de la contestación que tuve el honor de recibir del mismo señor; la misma que me ha servido de base para llenar los encargos de mi gobierno. En la ejecución de tales órdenes, siempre he tenido a la vista el principio que aquéllas no podrían cumplirse sin la anuencia y consentimiento del señor presidente, y persuadido que la ley de 3 de mayo del año anterior autorizaba al mismo señor presidente para excepciones en casos particulares, solicité a V. E. por un oficio especial una información o declaración que sirviera de regla a mi conducta. Es cierto que nunca tuve la satisfacción de ser contestado sobre este particular y que esta suspensión me situaba sobre un estado de duda que equivalía a una prohibición. En situa-

(1) «Tal vez estará en ésa el Lord Cochrane a esta fecha — le escribía Belgrano a Guido desde Tucumán el 26 de agosto de 1818 —, según me escribieron de París en abril, con el gran buque de vapor que debe aniquilar la fuerza marítima de Lima, unido a los que ya hay y debían llegar. Es verdad que se necesita mucho dinero; pero ningún sacrificio es bastante para objeto tan interesante y de que concibo ha de resultar nuestra tranquilidad». *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 141.

ción semejante era mi deber llenar mi comisión marchando dentro de los límites de las leyes del país, y previo el concepto de los más instruídos juristas ordené la construcción de dos fragatas de guerra en la ciudad de Nueva York con intención de despacharlas a la América del Sur como mercantes y con bandera neutral.

«Hallándose aquellos buques prontos a partir a su destino con la dotación regular a estilo de comercio, se me comunicó una orden de arresto o prisión por el juez de los Estados Unidos residente en Nueva York, comprendiéndose en la misma los respectivos capitanes de los buques y dándose por causal de tal medida haber sido quebrantadas las leyes del país y de haberse cometido delitos de alta traición; cuatro días de una custodia inquisitorial precedieron a la declaración del juez sobre la inocencia de nuestra conducta y de consiguiente quedamos descargados de tan altos crímenes. Desde entonces, los enemigos naturales de mi país han discurrido y ejecutado por viles medios de intriga el entorpecimiento de aquella expedición, una vez seduciendo y corrompiendo los individuos de la tripulación de los buques, otras induciendo y promoviendo cuestiones directa o indirectamente con el fin de causar gastos en pleitos, detenciones y demoras; y en fin, señor, calculando sobre el principio de agotar los recursos que se hallaban en mi poder, han conseguido reducirme a un estado que me es imposible proseguir sin la protección del gobierno general o de los ciudadanos de estos Estados, o decidirme por la venta de aquellos buques del modo que me sea posible, pareciéndome en este último caso que mi gobierno sufriría menos quebrantos con esta determinación.

«Es cierto que los gobiernos de Chile y de Buenos Aires, cuando confiaron esa comisión, depositaron en mí el poder de negociar entre el comercio de estos Estados letras sobre los fondos de ambos gobiernos, ofreciendo premios de bastante consideración; y en verdad, para proceder a la compra o construcción de seis corbetas de guerra conforme a sus órdenes, era necesario suponer medios proporcionados para la ejecución de tal empresa; mas ha sido tan poderosa la influencia de los enemigos comunes de mi país, que han conseguido inspirar la más desesperada desconfianza sobre el crédito y recursos de aquellos gobiernos, de modo que me he visto reducido hasta ahora a obrar únicamente en proporción de los medios efectivos que se hallaban a mi disposición, y no siendo éstos en el día capaces de sostener los gastos que origina la intriga de mis enemigos, no encontrando por otra parte protección bastante que me escude contra sus proyectos, he meditado por último la venta de aquellos buques al gobierno general. En el caso de no hallar recursos para despacharlos a su destino y para ese efecto conforme con los deseos de V. E. en la última conferencia, tendré el honor de remitir a V. E. desde la ciudad de Nueva York un cuadro circunstanciado de las dos fragatas y su valor principal, siéndome preciso partir inmediatamente a aquella ciudad para suspender los gastos de tanta

consideración que ocasiona diariamente su detención en aquel puerto» ([1]).

Felizmente la venta intentada por Aguirre no se llevó a cabo y pudo éste concluir un arreglo con un capitalista americano, quien le facilitó los fondos para el despacho de las dos corbetas. Aguirre, por su parte, firmó un documento garantizando el reembolso de este préstamo con la hipoteca misma de las embarcaciones. La *Curacio* llegó a Buenos Aires en noviembre de 1818 y a mediados de 1819 se incorporó a la escuadra chilena con el nombre de *Independencia;* la *Horacio* lo hizo poco después. Fué entonces que a raíz de este arribo, Pueyrredón le escribía a San Martín: «Don Manuel Aguirre llegó antes de anoche con la fragata *Horacio* que llegó enfrente a la ensenada esperando práctico para entrar. De un momento a otro llegará también la *Curacio* que salió de Norteamérica a un mismo tiempo. Ambas son de treinta y seis cañones y en extremo veleras; pero su artillería viene en dos buques mercantes, porque no se le permitió salir de otro modo. Me ha hecho ayer una larga exposición de las contradicciones que ha sufrido y dificultades que ha debido vencer para llegar al término de su comisión. Escribe por este mismo correo a O'Higgins y sólo espera poner aquí listos los buques para trasladarse a Chile a dar cuenta personalmente de su encargo a ese gobierno» ([2]).

Por su parte, don Manuel Aguirre se dirige a San Martín y con fecha 9 de noviembre le dice: «Tengo el honor de comunicar a V. E. la feliz llegada de la fragata *Horacio,* de la propiedad del gobierno de Chile, a este puerto de Buenos Aires. La fragata *Curacio,* de la misma pertenencia, muy probablemente estará en este río dentro de pocos días, y como no ha sido posible armar y tripular estos buques dentro de la jurisdicción de los Estados Unidos, por ser una violación de las leyes de aquel país, ha sido necesario dirigirlos a este destino, para completar su objeto, el que no dudo que en el término de un mes y medio será perfectamente concluído.

«Innumerables dificultades ha sido preciso vencer y grandes sacrificios han sido necesarios para sobreponerse a ellas; de modo que esta expedición ha sido en la práctica más complicada que la predicción de sus autores había enunciado en su principio. A este fin, y para aclarar las dudas que ocurran, yo tendré el honor de acercarme a la persona de V. E. luego que aquellos buques se hallen prontos para hacer viaje a Valparaíso» ([3]).

Pero si las cosas marcharon sin dificultad alguna para la entrega de la fragata *Horacio,* no sucedió así con la segunda, o sea con la fragata *Curacio,* cuyo comandante, que lo era Mr. Skinner, había servido a Aguirre de intermediario cuando financió su compra en

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú,* t. I, pág. 50.
(2) *Archivo de San Martín,* t. IV, pág. 601.
(3) *Ibídem,* t. VIII, pág. 209.

Estados Unidos. Sabemos por comunicaciones de Thwaites a San Martín que las letras de tesorería giradas por Aguirre a favor de Davies, que era el prestamista, estaban giradas contra las secretarías de Hacienda de los gobiernos de Buenos Aires y de Chile y endosadas por Skinner, quien de este modo se hacía responsable ante Davies. El monto de estas letras llegaba a sesenta y siete mil quinientos pesos; pero a esta suma había que agregar treinta mil pesos más, que se debían a los oficiales y tripulación. A pesar de ser esto lo convenido, al llegar a Buenos Aires Skinner pretendió una suma mayor, y como no se le pagaba, invocó el derecho de retener en su posesión la referida fragata. Todo esto determinó una serie de dificultades, y el ministro chileno en Buenos Aires, que lo era el señor Zañartú, intentó la formación de un tribunal especial para proceder contra Skinner. Mientras se llevaba a cabo este negociado, el buque siguió enarbolando el pabellón de los Estados Unidos, y un día del mes de junio, aprovechando la ausencia de naves de guerra en el puerto de Buenos Aires, Skinner resolvió fugarse y abandonando su fondeadero se hizo a la vela. «La escapada de la *Horacio*, le escribe Juan Thwaites a San Martín, es más sensible por cuanto era por mucho la mejor fragata de las dos».

El señor don Miguel Zañartú, a quien acabamos de señalar jugando un papel de interventor en este asunto, se encontraba en Buenos Aires desde mediados de 1818, y desde su llegada a la capital del Plata había colaborado empeñosamente en los propósitos navales que perseguían con simultaneidad el gobierno de Chile y el de Buenos Aires, logrando así enganchar unos quinientos marineros ingleses y americanos para la escuadra de Chile. Una parte de esta tripulación fué enviada por la ruta marítima, pero otra lo hizo por la Cordillera.

Conviene recordar aquí que por esa época, llegó al Río de la Plata un bergantín de 398 toneladas debidamente equipado y armado. Era su capitán el marino inglés don Martín Jorge Guise cuyo nombre estaba destinado a una brilante figuración en la guerra de la Independencia; pero por razones que ignoramos ocultaba su verdadera personalidad con el nombre de Juan Spry. Desde su llegada a Buenos Aires, Guise, que era el propietario de ese buque, lo ofreció en venta al gobierno argentino; pero fracasada esa venta, intervino Zañartú, quien, aunque carecía de dinero, realizó la compra firmando un pagaré de tres mil pesos, que le fué descontado a fin de hacer algún anticipo a la tripulación, la cual se componía de ciento cuarenta marinos ingleses.

«A pesar que mi gobierno me ha mandado sin un centavo, ni letra que lo valga, le escribe Zañartú a San Martín con fecha 27 de julio de 1818, yo he hecho un negocio de hombre pudiente; negocio que suena mucho, que puede valernos mucho y que no me ha costado un medio real. He jugado la política para sacar partido de la desavenencia en que se hallaba el comandante del bergantín *Lucy* con

el gobierno y sin más que una libranza de tres mil pesos contra las cajas de Chile, he conseguido remitir a Valparaíso este precioso buque a disposición de mi gobierno, a su merced, y sujeto a que le hagan allí la forzosa. Mucho me han ayudado los amigos de usted en esta obra en la que reconozco por principal autor a don Juan Thwaites, cuyo celo me ha servido mucho para alejar del conocimiento del propietario los ofrecimientos que le hacía por el buque el agente de los portugueses Barroso.

Pero todo se ha vencido con contratos a falta de dinero, y ya he recibido de los amigos infinitos parabienes por una negociación tan ventajosa. El bergantín debe zarpar ancla dentro de tres o cuatro días con bandera chilena y además de los ciento cuarenta marineros de su dotación, lleva ciento cincuenta supernumerarios a disposición de mi gobierno.

«Este servicio que hace graciosamente, importa los tres mil pesos que le he dado en letras y en calidad de avances para el caso que se realice la compra. Si ésta no se realiza, el dueño que va por tierra con Bizcarra responde» (1).

El barco en cuestión fué bautizado por Zañartú con el nombre de *Galvarino,* y antes de dirigirse a Valparaíso, adonde llegó en octubre de ese año, salió en persecución del convoy español que había partido de Cádiz en mayo de 1818 con dirección a las costas meridionales de América.

Como se ve, a fines de 1818 el Estado de Chile estaba en posesión de una poderosa fuerza naval, en la cual figuraba la fragata *Cumberland* bautizada con el nombre de *San Martín,* la *Withman* que se le bautizó con el nombre de *Lautaro,* el bergantín *Lucy* que pasó a llamarse el *Galvarino,* entrando además en esta composición de fuerzas la corbeta *Chacabuco* y los bergantines *Pueyrredón* y *Araucano* así como la corbeta *Coquimbo* y el bergantín *Aguila,* sin contar otras fuerzas menores. Sólo hacía falta designar el jefe supremo de estas fuerzas y la elección hecha por O'Higgins en armonía con San Martín recayó en un brillante oficial, joven de veintinueve años, de encumbrada alcurnia, nacido en Buenos Aires de padre español y de madre chilena, y que ya había alcanzado el grado de alférez de navío de la armada española.

El personaje al cual aquí nos referimos, era don Manuel Blanco Encalada, conocido igualmente con el nombre de Blanco Cicerón. En 1803 hizo su primer viaje a España y fué incorporado al Colegio de Nobles donde se educó San Martín. De aquí pasó a la Academia de marinos en la isla de León en 1808, y luego a la escuadra española, en donde fué ascendido a alférez de fragata y enviado al Callao como ayudante del comandante general de marina en aquella plaza. Blanco Encalada permaneció en el Perú tres años. A su término pasó nuevamente a España por orden del virrey Abascal y embar-

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú,* t. I, pág. 62.

cado luego en una goleta de guerra, fué designado para la guarnición militar de Montevideo, de donde desertó para alistarse entre los defensores de la patria. En 1813 y cuando se produjo en Chile la invasión de Pareja, Blanco Encalada se encontraba en ese reino bregando por la causa patriótica. En ella perseveró hasta que cayó la revolución chilena en Rancagua y, producido este revés, intentó fugarse a Mendoza como lo hicieron los chilenos de la emigración. Desgraciadamente, al llegar a los Andes fué detenido por los realistas y llevado a presencia de Osorio, quien le perdonó la vida, pero lo condenó a ser internado a la isla de Juan Fernández, de donde salió después que San Martín hubo triunfado en Chacabuco.

A raíz de esta victoria, Blanco Encalada se incorporó de nuevo a las legiones libertadoras y pudo tomar así una participación muy activa en Cancha-Rayada, lo mismo que en la batalla de Maipú. En aquella sorpresa, salvó doce piezas de artillería, y su conducta en la batalla de Maipú le valió por parte de San Martín los mejores elogios.

Tal era, pues, el marino señalado por el gobierno de Chile para ponerse al frente de la escuadra libertadora. Apenas se supo en este reino, como se supo en el Plata, que los nuevos Estados del Continente se encontraban amenazados con el próximo arribo de una expedición española, Blanco Encalada recibió las instrucciones del caso para hacerse a la mar y destruir esta expedición. «El viernes 23 del presente, le escribe O'Higgins a San Martín con fecha 20 de septiembre de 1818, darán la vela en este puerto el navío *General San Martín*, el *Lautaro*, la corbeta *Chacabuco* y el bergantín *Araucano*. Todo va al mando de don Manuel Blanco Encalada; la mayor parte de los marineros son del país por la escasez de extranjeros; no obstante, creo se comportarán bien y tal vez traigan a nuestros puertos mucha parte de los buques expedicionarios de Cádiz».

De acuerdo con las instrucciones recibidas, Blanco Encalada se hizo a la vela abandonando Valparaíso el 10 de octubre, y el día 26, estando en Talcahuano, despachó al bergantín *Araucano* para hacer un reconocimiento y ver si se descubrían los buques enemigos. A las siete de la tarde de ese día se puso él sobre la isla Santa María y alcanzó a divisar allí una fragata que estaba fondeada. Era ésta una fragata inglesa, y supo por su capitán que el día 22 de ese mes había pasado para Talcahuano la fragata española *Reina María Isabel*. Informado de esto, hizo venir a bordo de su buque almirante, que lo era el *San Martín*, al comandante de la fragata *Lautaro* y lo puso al corriente del plan que se proponía efectuar para posesionarse de esa fragata y de cuatro buques más que habían llegado a esas aguas. Nos dice Blanco Encalada que el día 28 de octubre a las once de la mañana, asomó por la Boca Chica la fragata *Reina María Isabel;* que le tiró un cañonazo y que enarboló la bandera encarnada

al tope mayor. La contestación de Blanco Encalada fué izar la bandera nacional de Chile y prepararse para el combate. Inmediatamente dió la orden a la *Lautaro* para romper los fuegos, y al mismo tiempo que él hacía otro tanto con el *San Martín*, la fragata *Reina María Isabel* arriaba la bandera española arrojándose al agua su tripulación.

Fué entonces que Blanco Encalada envió a su bordo a los tenientes de marina Vélez y Santiago Compton, con cincuenta marineros para apoderarse de la fragata y sacarla del fondeadero en que la había dejado el enemigo. Estos encontraron a bordo de la fragata *Reina María Isabel* setenta hombres, un teniente del regimiento de Cantabria y cinco pasajeros, por los cuales se informó Blanco Encalada que Sánchez tenía en Concepción mil hombres veteranos y cincuenta piezas de artillería. Esto le determinó a desembarcar ciento cincuenta soldados de marina con algunos artilleros, ubicándose en una situación estratégica. Al rato de encontrarse allí estas fuerzas se vieron atacadas por los realistas; pero los marinos respondieron valientemente al ataque haciendo entrar en juego al mismo tiempo la artillería de los buques de la escuadra. Los fuegos que partían de la *Lautaro* eran muy acertados y concluyeron por imponer silencio al enemigo. Logrado esto, Blanco Encalada se hizo de nuevo a la vela, dejando a la corbeta *Chacabuco* que mantuviese el crucero en aquellas aguas. «Este ha sido el ensayo de la marina de Chile, obra de V. E., escribe Blanco Encalada en el parte que le dirige a O'Higgins, director de Chile. Espero que en lo sucesivo ella sabrá merecer más y más la confianza y amor de los pueblos que prestan sus sacrificios para sostenerla».

Cuéntase que cuando el 9 de octubre vió O'Higgins desde lo alto del puerto de Valparaíso que Blanco Encalada regresaba allí con los cuatro buques que le habían servido para un combate tan glorioso, le dijo a Zenteno que lo tenía a su lado: «De esas cuatro tablas depende la suerte de América». A no dudarlo, era éste un testimonio confirmatorio de las ventajas que representaba la política naval perseguida por San Martín. Los Andes habían sido la ruta que lo llevaron a la reconquista de Chile. La del Perú sería la del mar Pacífico y la acción combinada de su genio con estos elementos, el medio estratégico para implantar la victoria en el imperio de los Incas.

Cuando la escuadra chilena comenzaba a tomar la forma orgánica que acabamos de dar a conocer, San Martín se encontraba todavía en Mendoza, retenido allí por el rigor del invierno. «Pienso pasar ocho o diez días en el campo, le escribe el 31 de julio de 1818 a Guido, y después hacer una tentativa a la Cordillera; para esto estoy esperando a mi Justo Estay, para lo que he escrito al teniente gobernador de Santa Rosa me lo remita» (1). Pocos días más tarde y

(1) *Revista de Buenos Aires*, t. IV, pág. 197.

con fecha 2 de agosto vuelve a decirle: «Para mediados de éste pasaré la Cordillera y espero en Dios que todo se hará felizmente».

Estos eran en realidad de verdad los propósitos de San Martín, pero la naturaleza no quiso cooperar a ellos y forzoso le fué quedarse al pie de los Andes hasta octubre, época en que al producirse el deshielo, sólo le fué posible trasmontarlos según sus deseos. Sin embargo, éste no fué para San Martín un período de inacción. Su actividad se multiplicó en todo sentido. De Mendoza salen cartas incesantemente, ya para Santiago o ya para Buenos Aires, y así como aborda en ellas el problema de la marina, aborda igualmente el del ejército. «Si son necesarios más marineros, le dice a Guido, avíseme usted el número que se necesita para prevenir a Buenos Aires se remitan sin pérdida». Y al mismo: «Paso a usted en copia el estado de la artillería que a esta fecha habrá ya salido de Buenos Aires en el hermoso bergantín de guerra *Maipú,* así como el de ciento cincuenta marinos excelentes para la tripulación de dos buques y todos los paños y demás aprestos para cuatro mil quinientos hombres del ejército de los Andes».

El propósito de San Martín era tener listo su ejército para la primavera, contando con que en ese momento estarían en aguas chilenas los buques contratados en Estados Unidos. Fué entonces que comenzó a trazar su plan de campaña, de acuerdo con sus recursos, con los obstáculos que podía oponerle la naturaleza, y aún los que podían surgir por parte de un enemigo envalentonado y encastillado a su vez en sus fortalezas virreinales.

Según este plan la expedición debía componerse de seis mil cien hombres sin contar la tripulación de los buques. De éstos cinco mil cuatrocientos serían infantes, cuatrocientos artilleros, doscientos de caballería, cien zapadores, y un cuadro completo de oficiales y clases para formar luego un batallón peruano. Se llevaría veinticuatro piezas de campaña y ocho lanchas cañoneras para proteger el desembarco, seis cañones de batir, dos morteros de plaza y dos obuses, teniendo en cuenta el posible sitio a los castillos del Callao, con las herramientos de zapa, sacos de tierra para trincheras, fajinas incendiarias, antorchas, escaleras de asalto, granadas de mano, y un puente de maromas para atravesar los ríos de la sierra en el Perú. Como complemento se llevarían además tres mil fusiles, a fin de organizar con ellos un nuevo ejército en el país que se proponía revolucionar, mil carabinas, mil seiscientas lanzas y quinientos sables. En este plan entraban además todos los útiles de la maestranza y, según él, la caja militar debía estar dotada de doscientos mil pesos. Este plan comprendía además una caballada importante, y para tenerla lista a su hora, con fecha 2 de agosto desde Mendoza le decía a O'Higgins: «He escrito a usted sobre seis mil caballos que deben estar prontos; si ese Estado no se halla en disposición de comprarlos, lo verificaremos de los quinientos mil pesos que deben venir de Buenos Aires, si a usted le parece, siempre que esta can-

tidad no nos haga falta para operaciones ulteriores que tenemos que emprender» (1).

Cuando San Martín tenía puesto todo su pensamiento en la expedición al Perú, fué sorprendido en Mendoza por una carta escrita en Buenos Aires el 24 de septiembre y en la cual su autor, que lo era Pueyrredón, le decía: «Muy pronto sabrá usted el nuevo teatro que se presenta a nuestros negocios públicos. Por él deben variarse, o al menos suspenderse, nuestras principales disposiciones respecto a Lima. Usted es de indispensable, de forzosa, de absoluta necesidad a este grande interés de nuestro país: él solo va a terminar la guerra y asegurar nuestra independencia de toda otra nación extranjera. Por él haremos que al momento evacuen los portugueses el territorio oriental. Por fin, son incalculables de pronto los bienes que disfruta nuestro país por un medio tan lisonjero». Y después de conjurarle para que se apresuren las operaciones sobre Talcahuano: «Muy conveniente será la presencia de usted en Chile para dar impulso a las cosas; pero debe usted quedar expedito dentro de dos o dos y medio meses para venir a completar los deseos de sus amigos y asegurar para siempre la independencia de las Provincias Unidas y nuestra quietud y descanso, que a la verdad, bien la necesitamos después de tantos afanes y de tantas perradas en nuestros primeros años» (2).

¿Cuál era el nuevo teatro a que alude Pueyrredón, y cuál el acontecimiento que lo obligaba a dirigirse a San Martín formulando tales conjuros? En realidad de verdad, el teatro aquel no era otro que el creado por la diplomacia directorial, para fijar las formas gubernativas que asumiría la revolución, y por lo que se refiere al acontecimiento apuntado tan sigilosamente por el mandatario argentino, éste no podía ser otro que la próxima o posible proclamación de la monarquía en el Plata.

Como ya se sabe, Rivadavia se encontraba en Europa tramitando este negociado, y el ministro García lo hacía a su vez en la corte de Janeiro. Estos negociados iban a recibir un nuevo impulso, y para esto se preparaba a partir rumbo a las playas del viejo mundo,

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 657.
Esta carta principiala San Martín diciendo a O'Higgins: «Ya dije a usted en mi anterior, remitida por Lavalle, las comunicaciones que tenía hechas a nuestro amigo Alvarez —alude a Alvarez Condarco— para que suspendiese toda compra, contrata, etc., etc., para el Estado de Chile, en atención a la escasez de numerario en que se hallaba y graves atenciones que recaían sobre él. Ahora lo repito nuevamente por duplicado». La carta en cuestión la cierra San Martín con esta posdata: «Vera me ha entregado la adjunta con una furia de súplicas para que se la dirija a usted intercediendo por él: yo creo que su presencia en Chile, después de abierta la Cordillera, sería de bien poco influjo, siempre que lo comprometa a que él escriba el manifiesto que pienso dar contra los Carrera en atención al infame anónimo que ha circulado contra V. E., Pueyrredón y yo. Dígame usted su parecer sobre este particular con la franqueza de su carácter; pero bien sea en pro o en contra del tal Vera, contéstele usted para que no crea no he remitido su carta».

(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 606.

y con representación especial ante la corte de Francia, el doctor Valentín Gómez, miembro conspicuo del cabildo eclesiástico metropolitano. No es del caso el repetir aquí lo que ya se conoce sobre este tópico. Sólo diremos que acudiendo a la diplomacia creían los dirigentes del Plata que la Europa vendría a nuestro auxilio; que aceptando el monarca designado por ella, la América entraría en un nuevo orden de cosas y que gracias a combinaciones dinásticas, los portugueses abandonarían sus pretensiones a la Banda Oriental y España capitularía renunciando para siempre a la guerra.

El espejismo sufrido por Pueyrredón y por los que colaboraban con él en este propósito fué de tal naturaleza, que se creyó por ellos, en un momento dado, que la expedición sobre Lima se hacía innecesaria. Se creyó en ese entonces que la diplomacia y por obra de encantamiento, pondría fin al drama libertador, y esto inspiró a Pueyrredón la carta que comentamos. Por eso insinuóle a San Martín que apresurase las operaciones militares en Chile, y quedando libre de tales tareas retornase al Plata a fin de completar aquí, como él lo dice, «los deseos de sus amigos».

Pero es el caso que además de la carta en cuestión Pueyrredón remitió a San Martín para dirigirlos sobre Chile algunos pliegos secretos relacionados con el negociado monárquico. Tanto la carta como estos pliegos, no le fueron remitidos por la posta. Fué designado para llevarlos y ejercer el oficio de agente, el doctor don Julián Alvarez, gran logista y de mucha influencia en el medio político en que actuaba Pueyrredón. Alvarez llevaba consigo además la clave para descifrar los documentos; pero aconteció que en mitad del camino se vió acosado por una partida de montoneros, y ante este peligro, y a fin de que no cayesen tales documentos en poder de los enemigos del directorio, optó por quemarlos. Alvarez llegó a Mendoza en momentos en que San Martín se preparaba para retornar a Chile, y al mismo tiempo que le entregó la carta de Pueyrredón lo puso al corriente de este percance. Fué entonces que San Martín tomó la pluma y al escribirle a O'Higgins le dijo: «El padre Bauzá ha llegado y con él marcharé a ésa: usted crea que es el último sacrificio que voy a hacer por la amistad y por Chile. Por mi oficio verá usted la comisión dada al doctor Gómez para que éste se presente al congreso de Soberanos —era el congreso reunido en Aix-la-Chapelle— y demás naciones, a fin de establecer nuestra independencia. Los pliegos que venían para usted sobre este particular se vió precisado Alvarez a quemarlos para que no cayeran en las manos de los montoneros de Santa Fe, quienes le despojaron de todo el dinero y armas que traía. La representación de ambos Estados debía ser una gran fuerza en el citado congreso de Soberanos» (1).

Pero para responder a la invitación de Pueyrredón, O'Higgins

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 661.

no esperó ni la entrevista con Alvarez ni su entrevista con San Martín, y el 21 de octubre escribióle a Pueyrredón en los siguientes términos: «Informado por comunicaciones del general San Martín de la comisión que traía de V. E. don Julián Alvarez, he resuelto nombrar por enviado de este gobierno al congreso de Soberanos de Europa que está próximo a reunirse en Aix-la-Chapelle, a mi ministro de Estado don Antonio José de Irizarri, que partirá inmediatamente a evacuar este encargo. Con esto queda satisfecho el deseo manifestado por V. E. de que concurra la representación de Chile con la de esas Provincias Unidas a negociar en aquel congreso el reconocimiento de nuestra independencia».

Esta carta u oficio fué contestada poco más tarde por Pueyrredón, y al hacerlo, el director argentino expresóse así: «Muy bien dispuesta la ida del señor Irizarri a Europa: fué fuera de este caso mi proposición al mismo efecto; porque siempre será muy interesante que se vea la identidad de opiniones e intereses de este y de ese partido».

Observemos aquí que esta política solidaria entre la Cancillería de Santiago y la de Buenos Aires, aun en lo relativo a la forma de gobierno que podrían darse ambos Estados, no tenía nada de particular ni de sorprendente. El directorio argentino había considerado como suya la causa de Chile. Iguales miras lo guiaban en lo relativo a este punto al congreso, y es así como en la sesión secreta que éste celebró el 25 de agosto de 1817 se dispuso ampliar los poderes ya otorgados al representante argentino en París y Londres, don Bernardino Rivadavia, sancionando entre otros el siguiente artículo: «Podrá contratar con la España el reconocimiento de nuestra independencia por una suma de dinero, cuidando y esforzándose en consultar el menor perjuicio posible de los pueblos, tanto en la cantidad como en la forma y tiempo en que ha de pagarse, incluyéndose todo el territorio que comprendía el virreinato de las provincias en el año 1814 y procurando también emprender igual negociación respecto del Estado de Chile, con los poderes de él y correspondientes instrucciones siempre que se las remitan, y virreinato de Lima según las circunstancias» (1).

Había pues, como se ve, un precedente que en cierto sentido justificaba la actitud de Pueyrredón, y obedeciendo a él como a sus propias convicciones políticas, O'Higgins respondió a la invitación del directorio argentino y designó como representante en Europa para este negociado monárquico a su ministro don Antonio José de Irizarri.

Irizarri partió de Santiago de Chile para Buenos Aires, munido de las instrucciones públicas y de las instrucciones secretas, pero al llegar a la provincia de San Luis, temeroso de que estas instrucciones pudiesen caer en poder de los montoneros como habían co-

(1) *Actas secretas del Congreso de Tucumán*. Reproducción facsimilar, pág. 202.

rrido riesgo de caer los pliegos secretos traídos por Alvarez, los devolvió a Chile, escribiéndole a O'Higgins el 30 de diciembre de 1818: «El camino que llevo es el de los Guardias de Fronteras. Por esto y por no comprometer los intereses del Estado a un riesgo que no está remoto, remito las instrucciones que traía con el fin de que se me dirijan a Inglaterra por duplicado» (1).

¿Qué sucedió después? ¿Se le remitieron estas instrucciones por vía de Inglaterra como él lo pedía o renuncióse por parte del gobierno de Chile a darles curso? Según nos lo dice Mitre «las instrucciones vueltas a poder del gobierno de Chile fueron revocadas y destruídas, pero se omitió comunicarlo a Irizarri que continuó trabajando en el sentido de ellas. Así cuando en 1819 don Valentín Gómez negoció en nombre de las Provincias del Río de la Plata la coronación del Príncipe de Luca, sus comunicaciones fueron conducidas a Buenos Aires por don Mariano Gutiérrez Moreno, emisario de Irizarri, quien era portador de iguales proposiciones para el gobierno de Chile, hechas por Irizarri, quien había tomado participación, aunque indirecta, en el negociado» (2).

(1) MITRE. *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, t. II, pág. 275.

(2) MITRE. *Ibídem*, pág. 275.

Nos dice Mitre que aun cuando los documentos capitales relacionados con este asunto han desaparecido, sábese que Chile entró de lleno en el plan del gobierno argentino por influencia de San Martín. Que cuando Irizarri fué designado para representar al gobierno de Chile en Europa se le expidieron las instrucciones para que guardase la más íntima relación y armonía con el diputado de las Provincias Unidas en Londres, meditando y combinando cuanto hubiese de proponerse o subscribirse por parte de Chile y, finalmente, que estas instrucciones fueron comunicadas por Guido al gobierno argentino en nota del 20 de diciembre de 1818 y escribiéndose en clave por su gravedad el artículo reconocido como secreto, o sea el artículo 10. Este artículo lo da a conocer don Gonzalo Bulnes en el tomo II, pág. 359 de su obra: *La Expedición Libertadora del Perú*. «El diputado, se dice en la cláusula 10, jugará la política en este punto con toda la circunspección y gravedad que merece, y aunque podrá aceptar proposiciones jamás convencionará en ellas sin previo aviso circunstanciado a este gobierno y sin las órdenes terminantes para ello. Las casas de Orange, de Brunswick, de Braganza presentan intereses más directos y naturales para la realización del proyecto indicado en que se guardará el más inviolable sigilo y para cuya dirección se incluye la clave nº 1.

«La identidad de causas, de sacrificios y de intereses de este Estado con el limítrofe de las Provincias Unidas exige que el diputado guarde la más íntima relación y armonía con el de aquella nación, autorizado en la corte de Londres, en la de París u otra. Meditará y combinará unánimemente cuanto haya de proponerse o subscribirse en orden a Chile, a fin de que al paso que se señale la marcha uniforme de la política de las dos naciones, se afirme la liga que nos une, se identifiquen las pretensiones, y nuestros enemigos no encuentren un camino para dividirnos. Guardará igualmente buena inteligencia con los enviados de otros Estados libres de América».

Estas instrucciones secretas estaban firmadas por los miembros que formaban el senado chileno, y cuando ellas fueron devueltas a Santiago, dícese que el senado reconsideró su acuerdo «y avergonzado de lo hecho, ordenó que uno de sus miembros quemase en presencia del director las actas y acuerdos que daban testimonio de sus debilidades monárquicas».

Don Gonzalo Bulnes declara que este incendio no fué sin embargo completo, y que habiéndose podido salvar una parte de estos documentos ha podido conocerse así «la parte substancial de las instrucciones secretas que recibió Irizarri», y que dicho historiador dió a conocer por la primera vez.

Efectivamente, diremos nosotros, el secretario de Irizarri llegó al Plata a fines de 1819 y era portador de los documentos monárquicos a que alude el historiador argentino. Abramos para esto las actas secretas del congreso de Tucumán y veamos lo que de su puño y letra consignó en ellas el diputado Jaime de Zudáñez, opositor a la política monárquica del directorio: «En la sesión del 3 de noviembre del presente año de 1819, en la que se ventiló y decidió la propuesta hecha por el ministerio francés, de admitir por rey de estas Provincias Unidas al príncipe de Luca, mi voto fué el siguiente: no estando en mis facultades contrariar la voluntad expresa de mi provincia por el gobierno republicano, manifestada en las instrucciones a sus diputados por la asamblea general constituyente, ni variar en su principio fundamental la constitución del Estado, me opongo a la propuesta hecha por el ministerio francés de admitir al duque de Luca por rey de las Provincias Unidas. Y sin embargo de estar persuadido que este proyecto degradante y perjudicial a la felicidad nacional ha de abortar en el seno mismo de las Provincias; considerando las ventajas que puede proporcionarnos su comunicación con copia de la Memoria del barón de Renneval al gobierno de la Gran Bretaña y a los Estados Unidos de Norte América, opino que sin pérdida de momentos se le instruya de él, de los motivos en que se funda, y de sus consecuencias. Que los encargados de negocios, Gómez y Rivadavia, para ganar tiempo entretengan al ministerio francés cuanto sea posible antes de desengañarlo; pero que estrechados a comunicarle el *ultimátum* del soberano congreso, pasen a Inglaterra (nación más formidable para la América que todas las del Continente europeo) a poner en movimiento los preciosos resortes que les ha presentado este negocio, y que el diputado remitido al gobierno de Chile por su enviado en París, con pliegos relativos a este mismo asunto, continúe su viaje, sin necesidad de comunicarle lo resuelto» (1).

El testimonio que acabamos de transcribir es de alta importancia, y nos sirve para entrar en lo enmarañado de este asunto. Apoyados en él y en otros antecedentes, podemos afirmar que el diputado «remitido» al gobierno de Chile por su representante en París — diputado al cual alude Zudáñez — no era otro que don Mariano Gutiérrez Moreno. Zudáñez nos lo señala en Buenos Aires y nos lo señala como portador de pliegos «relativos a este mismo asunto», es decir, al asunto monárquico contra el cual en nombre de su republicanismo protesta el congresal de 1819.

Esto aclarado, sólo nos resta determinar el papel que en ese momento desempeñó San Martín. A no dudarlo, éste no puso reparos al plan del directorio, como plan; pero ponderado como era, lo tomó con las reservas del caso, más como una providencia de circunstancias y coadyuvante al éxito de la revolución que como medio má-

(1) *Actas secretas del Congreso de Tucumán*, pág. 304.

gico para dar fin a la guerra. Ni las sugestiones de Pueyrredón en este sentido, ni causa alguna lo alejó a él de la idea de Lima. Fría y serenamente siguió obedeciendo San Martín a los dictados de su conciencia y como lo veremos, apenas hubo de nuevo trasmontado los Andes, si de algo se ocupó, fué precisamente de activar más que nunca la campaña libertadora de Lima.

Por lo que se refiere a Irizarri, es oportuno observar que al llegar a Buenos Aires se ocupó además de otro desempeño político que le había confiado el gobierno de Chile, o sea la elaboración de un tratado de alianza entre aquel Estado y el argentino. «Aceptadas sus credenciales, dice un historiador, el gobierno argentino nombró para concertar con él las estipulaciones del tratado al doctor Sáenz y al oficial mayor de la secretaría de Relaciones Exteriores don Justo Muñoz. Desde el primer día pudo ver Irizarri que era más difícil conciliar los términos de un pacto de lo que había sido el sancionarlo por la necesidad de un interés común. Los comisionados argentinos exigían que Chile se ligase con un tratado de alianza ofensiva y defensiva, a lo que se opuso justamente Irizarri alegando que un pacto de esa clase podía comprometer a Chile en una guerra contra el Imperio del Brasil, que ocupaba a Montevideo. Se le exigió también que ambos países fijasen la cuota de los auxilios que estarían obligados a prestarse en caso de una guerra; pero como esta condición estaba subordinada a la anterior, fué abandonada por el hecho de haber sido rechazada la primera. Eliminado así el terreno en que el interés argentino quería situar la alianza, los negociadores se limitaron a subscribir un tratado especial para la expedición al Perú».

Declara este historiador — lo que es exacto — que el tratado se firmó en Buenos Aires el 5 de febrero de 1819 y que por ese tratado el ejército expedicionario revestiría el carácter de auxiliar de los esfuerzos de los habitantes del Perú. Por una de sus cláusulas debía dejarse a los peruanos en absoluta libertad de elegir su gobierno, y las fuerzas auxiliares se alejarían del país tan pronto este gobierno se viese establecido. Los gastos de la expedición se harían en común y las partes contratantes se obligaban a no hacer cuestión sobre ellos hasta que se pudiese tratar ese punto con el gobierno independiente de Lima, entendiéndose que el gobierno de Lima, oportunamente, debería satisfacer a ambos países los gastos ocasionados por la expedición.

Este pacto fué firmado en Buenos Aires por Irizarri como representante del gobierno de Chile y por don Gregorio Tagle en representación del directorio argentino. Por una de sus cláusulas se estipulaba que debería ser ratificado por ambos gobiernos en el plazo de sesenta días; pero pasó ese plazo y el gobierno argentino no lo ratificó.

Las actas secretas del congreso de Tucumán hacen alusión a este tratado en dos oportunidades. En la sesión celebrada el 8 de octu-

bre de 1819 se dice por el redactor de esa sesión lo siguiente: «Terminada la sesión pública y continuada en secreta, se leyó una nota reservada del supremo director con fecha del día haciendo presente que con el objeto de apuntar las bases bajo de las cuales debía acordar este gobierno con el de Chile su concurso para poner en libertad el virreinato de Lima costeando una expedición a este fin, se habían nombrado por ambos Estados sus respectivos representantes, y concluídos por éstos, el 5 de febrero de este año, los tratados que originales acompañan y que fueron ratificados por el de Chile en 15 de marzo último; y que las dificultades que en aquellos momentos impidieron realizar la expedición habían dado lugar también a no ratificarlos por parte de este gobierno; pero que estrechado el diputado de Chile por el suyo a que lo solicite y habiéndolo verificado en representación que elevó en 7 de septiembre último que igualmente acompaña, los remitía al congreso pidiendo se aprobaran y se devolviesen para su ratificación o se resolviera lo que se considerase más conveniente. Leídos todos estos documentos, se designó la primera sesión para examinarlos y terminó al presente» (1).

De acuerdo con esta resolución, el tratado en cuestión fué motivo de nuevas deliberaciones en la sesión del miércoles 13 de octubre. Después de leído, y de leídos igualmente los documentos remitidos por el directorio, los congresales acordaron que para asegurar el éxito de su resolución, convenía se tomase conocimiento de todos los antecedentes que hubiera sobre ese particular. Con tal motivo, convínose en la formación de una comisión, cerca del poder ejecutivo, y fueron designados para esto los diputados Funes y Sáenz.

El 26 de octubre y en otra sesión secreta esta comisión dió cuenta al congreso del resultado de su cometido. «En seguida, dice el acta, habiéndose repetido la lectura de los seis artículos que contiene el tratado celebrado entre los representantes de este gobierno y el de Chile y héchose varias y muy detenidas observaciones, se acordó por votación de tercer orden se pidiesen a dicho supremo poder las comunicaciones del gobierno de Chile y del general San Martín por las que conocen las causas por que no se verificó la expedición contratada» (2).

En presencia de estos documentos podemos llegar a la conclusión de que si el tratado motivo de estas negociaciones fracasó, no fracasó la alianza que tenía por eje principal a San Martín. Su genio salvó lo que no podían salvar las cláusulas de un convenio, y logró dominar, como así lo veremos con oportunidad, en páginas inmediatas, las resistencias y obstáculos opuestos a su vez por el lado de Chile, para llevar a cabo la expedición al Perú.

(1) *Actas secretas del Congreso de Tucumán.* Edición facsimilar, pág. 251.
(2) *Ibídem,* pág. 254.

CAPITULO XVIII

San Martín y el repaso de los Andes

SUMARIO: San Martín en Mendoza. — A la espera de Estay para repasar la Cordillera. — Carta a Godoy Cruz. — O'Higgins preparado para estrecharlo entre sus brazos. — Su llegada a Santiago. — Manifiesto que desde allí dirige a los peruanos. — La revolución de América, la más santa de las revoluciones según San Martín. — Tres Estados reunidos bajo una sola espada. — Proclama que San Martín dirige desde Chile a las tropas de Pezuela. — Chile y su política de resistencia a la obra de San Martín. — «El Estado de Chile, declara San Martín, se halla en bancarrota». — Por qué no se llevan a cabo, según él, los aprestos de la expedición. — Queja formulada en su nota a Guido. — En oficio al directorio argentino da a conocer su descontento. — Licencia que solicita para pasar a Mendoza. — En su entender su vida peligra. — Contestación que le remite Irigoyen, ministro de la Guerra. — El 27 de febrero, por intermedio de éste, el directorio ordena el repaso a Mendoza de él y del ejército de los Andes. — Actitud observada por San Martín con el directorio de Chile. — «Los ojos de la América y los del mundo, dice San Martín, están pendientes sobre la decisión de la presente contienda». — El gobierno de Chile reconoce que el plan de San Martín es el único que puede consolidar la independencia. — O'Higgins y Zenteno en oficio a San Martín pasan revista a la situación interna de Chile. — Nueva queja formulada por San Martín ante el directorio argentino. — Oficio que le dirige a Rondeau aconsejándole el repaso del ejército e insinuando el modo. — Por qué el Estado de Chile cree que los brazos del ejército de los Andes no le son necesarios. — Fuerzas que San Martín acantonó en Curimón y consulta que formuló ante su gobierno. — Los documentos enviados por San Martín inspiraron al directorio argentino la orden de repasar él y su ejército la Cordillera. — En carta a O'Higgins declara San Martín que ha resuelto marchar para Cuyo para poner esa provincia a cubierto de la anarquía. — Comunicaciones que en ese momento salen de la pluma de San Martín. — Instrucciones dadas a Balcarce, a quien designa jefe interino del ejército. — Proclama de San Martín a los chilenos. — Proclama al ejército de Chile y al de los Andes. — En compañía de O'Brien el 13 de febrero San Martín se pone en viaje. — Su llegada a Uspallata y carta que desde allí le dirige a O'Higgins. — San Martín practicando una de sus más grandes maniobras políticas. — Enigma que encierra ante la opinión este repaso de los Andes por San Martín. — La verdadera causal que lo determina. — Ventajas que habría tenido el haberse podido llevar a cabo la expedición a Lima en el verano de 1818. — Plan de San Martín para expedicionar sobre las costas peruanas con tres mil hombres. — El general Balcarce señalado por él para ejecutarlo. — Ventajas que habría tenido su ejecución. — O'Higgins y la expedición española al Plata. — Las cartas de Alvarez remitidas por San Martín. — Los hermanos Prieto intitulados Protectores de los pueblos libres. — Andanzas que motivaron una consulta de San Martín. — O'Higgins no puede conformarse con saber a San Martín en inminente riesgo de ser apresado por lo anarquistas. — El gobierno de Chile decide intervenir en las disidencias de Artigas con Buenos Aires.

Como ya lo sabe el lector, después de la batalla de Maipú San Martín se dirigió a Buenos Aires, y evacuado allí su cometido regresó a Mendoza con el propósito de repasar inmediatamente la

Cordillera. Esto sucedía a fines de mayo; pero dificultado por la nieve, quedóse ahí a la espera de una oportunidad propicia para proseguir su viaje. En pleno invierno intentó hacerlo, pero la naturaleza no respondió a sus deseos y fracasado su plan, al mismo tiempo que se dedicaba a otras actividades relacionadas con la guerra, se retiró a la campaña, desde donde el 12 de octubre escribióle a su amigo don Tomás Godoy Cruz: «Mi salud ha adelantado bastante con la tranquilidad y aire del campo. Esto tal vez me proporcionará el ir a continuar mis trabajos en Chile» (1).

Por su parte O'Higgins cuando se enteró que San Martín se preparaba para trasmontar la Cordillera, sintió un vivo contento y escribióle: «Por su apreciable del 31 del pasado — la carta de O'Higgins es del 15 de septiembre — veo que ya debe usted estar en camino para acá, por cuya razón sólo escribo ésta para saludarlo: tenga usted feliz viaje y cuanto antes venga a estrecharse en los brazos de su amigo» (2).

San Martín no tardó en llenar las esperanzas del director de Chile, y el 29 de octubre, después de seis meses de ausencia, entraba nuevamente en Santiago en carácter de incógnito, pero iluminado su espíritu con su gran ilusión, que lo era Lima. Además de esta fuerza, para él reconfortante, traía en su haber una batalla ganada. Buenos Aires había lanzado el empréstito que él estimaba indispensable para lograr la victoria. Chile, además, ya tenía su flota, y esta combinación de fuerzas y de valores tanto económicos como navales, le permitía juzgar como cercana la hora de expedicionar al Perú. Fué entonces que tomó la pluma y dirigiéndose a los peruanos les expuso en un manifiesto la razón de la empresa que en ese momento absorbía todas sus energías.

«Los acontecimientos que se han agolpado en el curso de nueve años, dice San Martín, os han demostrado los solemnes títulos con que ahora los Estados independientes de Chile y de las Provincias Unidas de Sudamérica me mandan entrar en vuestro territorio para defender la causa de vuestra libertad. Ella está identificada con la suya y con la causa del género humano; y los medios que se me han confiado para salvaros son tan eficaces como conformes a objeto tan sagrado».

«Mi anuncio, agrega después, no es el de un conquistador que trata de sistemar una nueva esclavitud. La fuerza de las cosas ha preparado este gran día de vuestra emancipación política y yo no puedo ser sino un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino. Sensible a los horrores con que la guerra aflige a la humanidad, siempre he procurado llenar mis fines del modo más conciliable con los intereses y mayor bien de los peruanos».

«La unión de los tres Estados independientes, prosigue, acabará

(1) *Archivo de San Martín*, t. V. pág. 563.
(2) *Ibídem*, pág. 445.

de inspirar a la España el sentimiento de su impotencia y a los demás poderes el de la estimación y del respeto. Afianzados los primeros pasos de vuestra existencia política, un congreso central, compuesto de los representantes de los tres Estados, dará a su respectiva organización una nueva estabilidad; y la constitución de cada uno, así como su alianza y federación perpetua se establecerán en medio de las luces, de la concordia y de la esperanza universal. Los anales del mundo no recuerdan revolución más santa en su fin, más necesaria a los hombres, ni más augusta por la reunión de tantas voluntades y brazos» (1).

Como se ve, estamos en presencia de lo que podemos llamar el programa libertador de San Martín. Bajo su espada, quiere reunir él la fuerza de tres Estados, vale decir, el argentino, el chileno, ya liberados, y el peruano, que pronto lo será. Antes de terminar quiere exponer la moral de los libertadores y lo hace diciendo a los habitantes de ese virreinato, teatro de sus futuras hazañas: «El ejército victorioso de un tirano insolente difunde el terror sobre los pueblos sometidos a su triunfo; pero las legiones que tengo el honor de mandar, forzadas a hacer la guerra a los tiranos que combaten, no pueden prometer sino amistad y protección a los hermanos que la victoria ha de librar de la tiranía. Yo os empeño mi más sagrado honor en que esta promesa será cumplida infaltablemente. Os he significado mis deberes y designios. Vuestra conducta nos dirá si vosotros sabéis llenar los vuestros y merecer el ilustre nombre de verdaderos hijos de este suelo».

Al mismo tiempo que San Martín se dirigía al pueblo peruano quiso hacerlo con los cuerpos armados que allí obedecían a la férula de su virrey, y el 30 de diciembre les dijo en una proclama: «El fin de mi marcha hacia la capital del Perú es el de hacer con ella una firme reconciliación para el consuelo de todos los hombres. Nueve años de horrores han inundado de sangre y de lágrimas la América. Vosotros mismos habéis sido oprimidos y fatigados de los males de una guerra emprendida, no por el bien de la nación española, sino por las pasiones orgullosas de los agentes de aquel gobierno». Díceles luego San Martín que ellos no hacen otra cosa que prolongar sacrificios estériles; que las obligaciones militares no pueden alterar las que se desprenden del orden de la naturaleza y que los soldados de la patria no son terribles «sino para los enemigos de la libertad». «Huíd pues, les dice, la ignominia de perecer al lado de los tiranos. En las filas de vuestros hermanos patriotas encontraréis el camino del honor, de la felicidad y de la paz. Os lo asegura un general que nunca ha faltado a su palabra» (2).

Pero mientras éste era el lenguaje empleado por él en sus manifiestos y proclamas, era otro el que le servía para desahogo de

(1) *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 198.
(2) *Ibídem*, t. VI, pág. 202.

sus sentimientos en las comunicaciones reservadas, ya con el gobierno de Buenos Aires como con el de Chile. Desde su llegada a Santiago, había observado San Martín si no una política de hostilidad hacia su persona, una política de resistencia a su obra libertadora, que se incubaba, no en el directorio, sino en el congreso. La consecuencia inmediata de este estado de cosas era el retardo de la expedición, y dispuesto a cortar por lo sano, comenzó por dirigirse al gobierno argentino diciéndole en oficio del 15 de diciembre, oficio que ya conoce el lector, la penosa situación en que se encontraba el ejército de los Andes, y esto con el evidente propósito de iniciar así una hábil y oportuna maniobra.

Una idéntica representación elevó al directorio de Chile y comenzó en ella por declarar que las necesidades del ejército iban subiendo «a punto de producir males de difícil reparación», y que la existencia de la fuerza y disciplina «es incompatible con la falta de socorro al soldado». «Por ahora me ocurre, escribe San Martín, que si V. E. destina para el ejército de los Andes los derechos de la hierba por mar y tierra, el producto de la amonedación con los quintos y la tercera parte del importe de la presa del cargamento de la *Carlota*, correspondiente al Estado, no sólo se cancelaría parte de esta deuda, sino que se contaría con algún auxilio para entretener al soldado».

San Martín no se contentó con estas dos instancias, y el 31 de diciembre volvió a dirigirse al director argentino, exponiendo como el lector ha visto en su lugar respectivo, el estado de bancarrota en que se encontraba el erario de Chile. Declaró entonces que su administración no era «ni respetada ni amada» y que su sostén sólo lo era el ejército de los Andes. Por otra parte, significó que no podía esperarse en aquel gobierno ninguna mutación y esto porque no había hombres capaces de asumir las riendas del poder. Con todo, estima que si el ejército de los Andes es protegido con la cantidad con que el directorio argentino había acordado venir en su auxilio, la coyuntura que se presenta para acabar con el virrey de Lima es favorable.

El 12 de enero la pluma de San Martín decídese por formular otra queja y elige para presentarla a don Tomás Guido, quien por razón de su investidura representaba los intereses argentinos en Chile. «Creo de mi obligación y en descargo de toda responsabilidad, dice San Martín, hacer a V. E. presente que la conducta que observo en este gobierno no es nada adecuada ni al agradecimiento que debía tener al ejército Unido como al plan de operaciones para atacar a los enemigos de Lima. El 31 de julio último pedí a este gobierno los artículos que incluyo en la adjunta relación, hice ver la necesidad de aumentar el ejército hasta un número tal que pudiese quedar en seguridad el país y estar disponibles seis mil cien hombres para la expresada expedición. Nada de esto se ha hecho y no hay la más remota esperanza que se verifique. Por otra parte no contesta a las peticiones que se le hacen, no toma medidas para

dar un solo recluta. Como no se ha verificado en cuatro meses, en igual tiempo no ha sido socorrido con un solo real el ejército de los Andes por este Estado. Nada se trabaja en la maestranza, ningún pedido que hace el ejército se le concede. En fin, la conducta de este gobierno está manifiestamente clara de que su objeto es, no sólo que no se verifique la expedición proyectada, sino la de desprenderse del ejército de los Andes poniéndonos en un estado de desesperación tal que tengamos que pasar la Cordillera o comprometernos a disgustos de la mayor trascendencia».

Concluye San Martín que esta representación se la formula como representante que es él de las Provincias Unidas y le hace saber que al mismo tiempo eleva otra igual a su gobierno «para que en su vista disponga lo que sea de su superior agrado».

Consecuente con esta declaración, dos días más tarde San Martín se dirigió al director de las Provincias Unidas y dióle a conocer su descontento como lo acababa de hacer con Guido. Principia su oficio declarando que había presentado al gobierno de Chile una relación sobre los aprestos necesarios para formar una expedición de seis mil cien hombres y que después de tres meses de espera nada se había hecho de importancia, y que desde el mes de agosto hasta esa fecha, o sea hasta el 14 de enero de 1819, el ejército de los Andes no había sido auxiliado ni con un real. Pasa luego a declarar que la provincia de Concepción necesita una guarnición de mil quinientos hombres para su tranquilidad y orden, porque la mayor parte de sus habitantes son contrarios al sistema reinante; que para la seguridad de la capital, la provincia de Coquimbo y Valparaíso, como otros puntos marítimos, se necesitan dos mil quinientos hombres, y que teniendo en cuenta estos antecedentes y las bajas sufridas, sólo puede contar él con tres mil como disponibles para la expedición. «Con esta fuerza, dice San Martín, no se puede emprender ningún ataque formal sobre ningún punto de los del Alto Perú, ni menos sobre la capital de Lima; lo más que podrá hacerse será reducir sus operaciones, previa la destrucción de la escuadra enemiga, a desembarcos parciales sobre Puertos Intermedios, Arequipa, Pisco, Guayaquil, Panamá y otros varios puntos».

Al llegar a esta altura de su exposición, dice San Martín que a su antecesor — alude a Pueyrredón, reemplazado en ese puesto por Rondeau — le había hecho presente que estaba dispuesto a encargarse de la expedición sobre el Alto Perú, no obstante el mal estado de su salud, pero contando con los auxilios que se le debían facilitar. «Estos no se han verificado, escribe textualmente; los que debía proporcionar este gobierno, tanto en el número de la fuerza como en los demás artículos pedidos y que van relacionados, tampoco se han proporcionado ni pueden proporcionarse por la escasez de numerario». En esta atención, agrega luego, no creo que mi persona sea tan interesante, supuesto que el plan proyectado varía enteramente y que la tal cual opinión que he adquirido en razón de las

circunstancias favorables que la casualidad me ha proporcionado en mis campañas sólo podía ser útil para la expedición formal, pero no para la especie de hostilidades que anteriormente he propuesto y que son las únicas que pueden adoptarse. En estas circunstancias y en las de que absolutamente mi salud no puede soportar los trabajos de una campaña dilatada, suplico y pido a V. E. se sirva concederme una licencia para pasar a Mendoza, a fin de reponerme de mis males en el supuesto de que mi vida peligra si así no lo hago». Agrega San Martín que el general Balcarce podrá substituírlo en el mando y concluye diciendo: «V. E. está persuadido que el partido que tomo no es hijo del comprometimiento público en que me hallo, y aunque conozco que los ojos de la Europa y de la América están pendientes sobre mí y sin duda alguna creerán que la inacción de las fuerzas que mando no es efecto de la falta de auxilios, tanto por ese gobierno como el de Chile, no me los suministran, sabría sacrificar mi misma reputación por la felicidad del país, pero el convencimiento en que estoy, tanto por el dictamen de los facultativos que me asisten como por mí mismo, debo decir a V. E. que me es absolutamente imposible continuar con el mando del ejército sin que mi muerte sea próxima. En esta inteligencia, si V. E. no accede a la licencia que pido, le ruego con el mayor respeto y consideración se sirva concederme mi licencia absoluta, la que creo no se me podrá negar en justicia» [1].

Este oficio de San Martín llegó a conocimiento del gobierno argentino en los primeros días de febrero de 1819, y después de ser leído detenidamente, se le contestó por el ministerio de Guerra, o sea por el coronel don Matías Irigoyen, que el directorio creía oportuno dilatar su contestación hasta ver realizado un reflexivo examen de las materias que comprende. «Entretanto, se le dice, y mientras la supremacía contraída a las mismas pone todo su conato en satisfacerlas con la prontitud mayor que sus altas atenciones le permita, espera el gobierno no hará V. E. novedad alguna en el ejército Unido de su mando hasta expresarle su suprema resolución, teniendo de la misma el honor de hacerlo presente a S. E. en respuesta a su oficio arriba citado» [2].

¿Qué resolvió en ese ínterin el gobierno argentino? ¿Insistió San Martín en su licencia o renunció a ella en vista de armonizarse sus propósitos con la nueva política que iniciaba en ese momento el directorio? Acudamos para esto a los documentos y veamos lo que después de un maduro examen y teniendo en cuenta sus instancias se le comunicaba por el gobierno argentino el 27 de febrero de ese mismo año. «Teniendo a la vista el oficio reservado de V. E., de 14 de enero último, se le dice por don Matías de Irigoyen, se ha recibido el muy reservado de 27 del mismo con los tres documentos

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 390.
(2) *Ibídem*, t. V, pág. 259.

de su referencia, todo relativo a los grandes obstáculos que contradicen la proyectada expedición al Perú. En otras circunstancias habrían sido ciertamente muy sensibles a la superioridad tales escollos, mas en las actuales el acaso los hace tal vez agradables por la fuerte necesidad en que nos constituye el próximo arribo de los mercenarios españoles que se preparan ejecutivamente en número de más de diez y ocho mil a invadir nuestro territorio. Este esfuerzo peninsular es el máximo y último que pueda hacer Fernando y nosotros debemos también oponerles el máximo de nuestras fuerzas en el concepto que es forzosamente la decisiva de nuestra gloria u oprobio eterno». Después de establecer este antecedente, se le dice a San Martín que ante tal amenaza, el gobierno ha dictado todas las providencias que el caso demanda y que aun cuando los compatriotas se prestan gustosos a servir con toda clase de sacrificios, «reclaman de la supremacía la presencia del bravo ejército del mando de V. E. y que el señor director del Estado no ha podido dejar de concederles esta gracia». «En este concepto, se dice después, quiere el gobierno y me ordena diga a V. E. que desde el momento en que reciba y quede impuesto de esta suprema orden se predisponga a repasar y repase efectivamente la Cordillera con las esforzadas legiones de su mando, parque, y demás relativo a ellas, cuidando mucho de traer consigo todo el tren de artillería y municiones que sea posible, en la inteligencia de que aquí se carece de lo necesario por la mucha que ha sido preciso emplear en los ejércitos y demás, no siendo fácil ni asequible por ahora su reposición, así por falta de numerario, como por no haber donde comprarlas. V. E. cuidará muy eficazmente de engrosar y aumentar las legiones con la mayor fuerza que sea posible y con todas ellas y demás aprestos, especialmente la artillería, de los calibres más precisos, se situará en la ciudad de Mendoza, adonde se le dirigirán las órdenes convenientes» (1).

Pero no nos adelantemos a la solución lógica de los sucesos. Pronto veremos qué uso hizo de este documento San Martín, y mientras tanto volvamos a nuestro punto de partida y veamos si la actitud observada por aquél en ese entonces ante el gobierno de Chile correspondía a la que tan resueltamente observaba ante el directorio argentino. «No podría responder a la confianza que V. E. ha hecho, le dice a O'Higgins, el 16 de enero de 1819, poniendo el ejército de este Estado bajo mi mando. Yo soy responsable a V. E. y a la nación chilena de mis operaciones. Los ojos de la América, o por mejor decir, los del mundo, están pendientes sobre la decisión de la presente contienda con los españoles, con respecto a la expedición del Alto Perú. Todos aguardan sus resultados y saben que el general San Martín es quien está nombrado para decidirlo. Tengo de hablar a V. E. como un caballero, porque conozco lo es por todos títulos, así como lo hago al gobierno de las Provincias Unidas con igual

(1) *Archivo de San Martín*, t. V. pág. 261.

fecha. Ante la causa de la América está mi honor; yo no tendré patria sin él y no puedo sacrificar un don tan precioso por cuanto existe en la tierra. Hablo a V. E. con el mayor respeto, pero con la franqueza que en mi actuación estoy seguro lo haría V. E.» Hecho este preámbulo, pasa San Martín a recordarle a O'Higgins que desde Mendoza y con fecha 13 de julio le pasó una nota señalando los artículos necesarios para la expedición; que hasta ese momento eran muy escasos los auxilios recibidos y que aun cuando estaba penetrado de las escaseces que afligían al Estado y que por lo que a él correspondía, es decir a O'Higgins, hacía éste todos los esfuerzos imaginables para remediarlos», esto no salvaba su responsabilidad pública. Concluye San Martín diciéndole a O'Higgins : «Espero que V. E. tenga la bondad de decirme si este Estado se halla en disposición de aprontarme los efectos que tengo pedidos y en qué tiempo; en inteligencia que por la morosidad que veo en los trabajos de maestranza es imposible si no se le auxilia muy eficazmente sean realizables en tiempo alguno» (1).

El gobierno chileno reconoció que se trataba de una demanda de suma gravedad y se apresuró a contestarle a San Martín diciéndole que su plan era el único que podría consolidar la independencia, «terminando felizmente una guerra que en sí misma envuelve los principios de la disolución del Estado»; pero que siendo éste un asunto a toda luz incontrovertible, sólo quedaba pendiente una cuestión y era la de saber si Chile, sin más auxilio que su propio recurso, podría realizar la expedición.

Los firmantes de este documento — lo son O'Higgins y Zenteno, aquél como director y éste como secretario — pasan a analizar la situación interna del reino. Reconocen en él que San Martín necesita para la expedición un grueso de siete mil hombres; que Chile, para quedar debidamente guarnecido, necesita igualmente de otro ejército no inferior a tres mil, y que además son indispensables grandes sumas de armamento, municiones de guerra y otros recursos. «Ahora pues, se dice por ellos, hasta aquí sólo tenemos siete mil soldados, algún armamento y municiones, algunos útiles de parque, armería, maestranza y hospitales, víveres de toda especie que puede dar el país, suficientes buques de guerra, pero no los transportes necesarios. En este concepto es indispensable aumentar las tropas y proporcionalmente todos los aprestos que se estimen precisos a realizar la expedición. ¿Pero cómo entrar en una obra que pide ingentes erogaciones cuando absolutamente no tenemos dinero?» «Una ligera ojeada sobre los fondos del país, agregan a continuación los exponentes, demostrará la terrible verdad de esta aserción». Según O'Higgins y Zenteno los ingresos aduaneros de Chile se han reducido a poco más de un millón anual. Las fortunas chilenas están arruinadas. Se han aumentado las emigraciones; el nu-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 390.

merario del país ha pasado rápidamente a manos del extranjero por medio del comercio libre, y de todo esto hase derivado: una parálisis económica, el estado de quiebra y nulidad a que se ven reducidos los fondos públicos y la casi impotencia del gobierno para repararlos. «En esta actitud, concluyen, y en la necesidad absoluta de realizar la expedición al Perú, no queda ya otro medio que el de buscar fuera de Chile seiscientos mil pesos con los cuales todo será vencido y muy pronto realizado el plan. Si V. E. aun puede proporcionarse esta adquisición, nada habrá entonces que este gobierno no allanase por su parte para llevar a cabo una obra cuyo desenlace tiene en suspenso la suerte de la América, empeñando el honor del gobierno y de V. E. y hacia la cual fijan sus ojos todas las naciones» (1).

Cuando este oficio llegó a manos de San Martín se encontraba éste en su cuartel general de Curimón y tomando la pluma, con fecha 28 de enero se dirigió al gobierno argentino sintetizando sus quejas y fundamentándolas. «No hay respeto humano, declara con energía singular el héroe de los Andes, que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americana. El adjunto oficio que con el nº 1 tengo el honor de pasar a manos de V. E. le impondrá de la necesidad en que me he visto de pedir explicaciones a este gobierno. Por el nº 2 verá S. E. su contestación. Por ella podrá juzgar cuál es el punto de vista que se presenta en el día a tan decantada expedición al Perú. Está visto, Excmo. señor, que la conducta que observo en este gobierno es la de no hacer el menor esfuerzo para que se realice dicha expedición, no digo de los seis mil hombres pedidos, pero ni aun de otro plan que podía realizarse con tres mil, cual era el de incomodar las dilatadas posesiones del Pacífico que están en poder de los enemigos, imponiendo contribuciones y viviendo sobre el país que ocupa aquél, tanto la última fuerza indicada como la escuadra, pero a nada se accede. Todo el objeto es que las Provincias Unidas costeen la expedición, aunque sea la propuesta en el último caso».

San Martín no se contenta con apuntar una declaración tan grave y pasa a demostrarlo: «Los víveres pedidos por mí, dice él, en 31 de junio del año pasado, y que deben subir lo menos a diez mil quintales de galleta y siete mil de carne salada, artículos abundantes en este país, pero que se necesita un dilatado tiempo para su fabricación, éstos y los accesorios para la subsistencia del ejército expedicionario, no se ha dado un solo paso para su apronto; los buques de transportes que debían alistarse y que en la mayor parte podían suplirse con las cinco fragatas del convoy español apresadas, y otras que tiene el Estado, se han puesto carteles públicos para su venta. He reclamado sobre esta providencia oficialmente, y aunque se me ha contestado se suspenderá su venta, sé con toda evidencia

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 394.

que a todos estos buques se les ha sacado su velamen, botes y la mayor parte de sus enseres, dejándolos en un estado de absoluta inutilidad, en términos de necesitarse en el día más de cien mil pesos para reemplazar las faltas que tienen.

«De la maestranza que debía suministrar lo necesario para el objeto propuesto han sido despedidos la mayor parte de sus trabajadores; en fin, la adjunta lista del comandante de artillería que he nombrado para la expedición impondrá a V. E. de todos los artículos que hasta el día se han acopiado para ella y esto a fuerza de repetidas notas al gobierno. Coteje V. E. los aprestos hechos en seis meses con los que tengo pedidos, cuya relación tengo remitida, y calculará si podrán o no realizarse. Parta V. E. que en Chile no se hace la expedición, tal es mi sentir. Si V. E. por sus miras políticas quiere estacionar el ejército de los Andes en este Estado, es necesario lo mantenga, pues de lo contrario se disuelve: todas las cantidades que desde agosto se han tomado por cuenta de ese Estado para la expedición han sido invertidas en el preciso alimento del ejército de los Andes. Cinco meses hace que no se le da un solo cuartillo; en vano son reclamaciones; sordo este gobierno a las necesidades que nos afligen ni aun contesta a muchas de ellas. La armonía que creo tan necesaria para la felicidad de América me ha hecho guardar la mayor moderación y no recurrir a medios violentos que comprometiesen a ambos Estados.

«La resolución que tome V. E. en atención a lo expuesto, concluye San Martín, es de necesidad sea sin perder un solo momento, pues aun así será difícil puedan repasar los Andes — en caso de que V. E. se decida por este partido —, pues no quedando más Cordillera que hasta mediados de abril, es muy difícil puedan repasarla el batallón 1º de cazadores, y los Granaderos a caballo y la artillería que tenemos en la provincia de Concepción. En vista de lo expuesto, y en descargo de mi honor y de toda responsabilidad, he creído hacer a V. E. estos detalles para que en su vista resuelva lo que sea de su superior agrado» (1).

Días más tarde y dirigiéndose confidencialmente al director argentino, el general Rondeau, le dice igualmente desde el acantonamiento de Aconcagua: «Por este país, o por lo menos ínterin dure el desorden en que se halla, no hay esperanza alguna de que se realice la expedición. Todo es un desgreño y lo sensible es que la opinión pública no tiene un sujeto en quien fijarse. La situación en que nos hallamos después de tan repetidas victorias es cada vez más crítica; si el ejército se estaciona en ésta es de necesidad que el Estado lo pague, pues en éste no hay esperanzas que lo verifique. Si usted lo manda repasar los Andes, debe necesariamente padecer una considerable deserción por ser la mayor parte de él compuesto de chilenos. Si usted se decide porque marche a las Provincias Uni-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 397.

das, estoy seguro que al mes se ha introducido la anarquía en todo el reino, pues lo que los contiene son las tropas de las Provincias Unidas. En fin, en tan críticas y arduas circunstancias, usted verá lo que tiene que hacer, pero en caso de que usted se decida por la de que pasemos los Andes, es preciso se valga del pretexto de alguna expedición española que se dispone a invadir a esa capital, pues de este modo se concilia todo mejor. Lo preciso es que la decisión que se dé a este negocio, sea sin perder un solo momento, pues de lo contrario, la Cordillera se cierra y para nada da tiempo» (1).

«Este gobierno en su conducta pública, declara en otro documento San Martín al dirigirse al director de las Provincias Unidas, manifiesta una bancarrota total. Su administración es odiosa y aborrecida por todos estos habitantes; la apatía, el desgreño, la desconfianza, tanto de él como de sus habitantes con respecto al ejército de los Andes, es demasiado marcada. Desde el momento en que la escuadra de este Estado ha tomado la superioridad en el mar Pacífico, se han creído que los brazos del ejército de los Andes no les son ya necesarios, pues se encuentran y con razón libres de todo ataque, y su objeto primitivo es el de aburrirnos con las miserias con que nos bloquean» (2).

En momentos en que estas líneas salían de la pluma de San Martín, se había acantonado él con su ejército en la villa de Santa Rosa, y tenía allí bajo sus órdenes los batallones números 7, 8 y 11, así como dos escuadrones de Cazadores a caballo y un batallón de artillería. «Esta situación, dice San Martín, es más propia para esperar los resultados de la contestación de V. E., la que espero sea a la mayor brevedad».

Varios días más tarde, pero ya dispuesto él a trasmontar la Cordillera, formuló ante su gobierno la siguiente consulta: «En el caso que este Estado tratase de mudar la actual administración, dígame V. E. cuál es la conducta que debo observar, es decir, si sostener con la fuerza de los Andes a este gobierno o mantenerme neutral a las oscilaciones que puedan ocurrir. Ruego a V. E. que su contestación sea dirigida, bien a mí o al que me substituya, por una persona de la mayor confianza» (3).

Con éste, y con los documentos que preceden, el gobierno argentino tenía todos los elementos de juicio para tomar una medida de acuerdo con las circunstancias, y fué ésta la que tomó, como ya se ha visto, el 27 de febrero, ordenándole a San Martín que él y su ejército repasasen los Andes y dando como razón perentoria de semejante medida el pretexto de la expedición española al Plata, que era el insinuado por San Martín. Pero cuando esta orden salió de Buenos Aires para Santiago de Chile, San Martín había ya toma-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 384.
(2) *Ibídem*, pág. 386.
(3) *Ibídem*, pág. 399.

do las providencias para su partida y comenzó por dirigirse a O'Higgins, escribiéndole desde Curimón el 14 de febrero: «La interrupción de correos que hace más de un mes se experimenta con la capital de las Provincias Unidas, las noticias que me suministra el gobernador intendente de la provincia de Cuyo con respecto a la guerra de anarquía que se está haciendo en las referidas provincias por parte de Santa Fe, me han movido, como un ciudadano interesado en la felicidad de la América, a tomar una parte activa a fin de emplear todos los medios conciliativos que están a mis alcances para evitar una guerra que puede tener la mayor trascendencia a nuestra libertad. A ese objeto he resuelto marchar a dicha provincia de Cuyo, tanto para poner a ésta al cubierto del contagio de anarquía que la amenaza como de interponer mi corto crédito, tanto con mi gobierno como con el de Santa Fe, a fin de tranzar una contienda que no puede menos que continuada, ponga en peligro la causa que defendemos. El general Balcarce queda encargado del mando del ejército de los Andes. V. E. podrá nombrar para el de Chile el que sea de su superior agrado; tendré la mayor satisfacción de volver a ponerme a la cabeza de ambos ejércitos luego que cesen los motivos que llevo expuestos, y que los aprestos para las operaciones ulteriores que tengo propuestas y confirmadas por V. E. estén prontos».

Ese mismo día salieron de la pluma de San Martín tres comunicaciones. La una dirigida al coronel don Gregorio Las Heras, la otra al diputado don Tomás Guido y la tercera al general don Antonio González Balcarce. Al primero decíale que se encargase él del mando de las tropas acantonadas allí en Curimón mientras no llegaba el general Balcarce que debía comandarlas. A Guido decíale que por asuntos de la mayor gravedad relacionados con la causa de América, intereses que ya verbalmente se los había comunicado, tenía que ponerse en marcha para las Provincias Unidas, y en la nota a Balcarce le hacía saber que lo había elegido para que lo reemplazase como general substituto durante su ausencia. Al mismo tiempo le incluía a éste un pliego de instrucciones y decíale textualmente: «Interin llega la contestación del supremo gobierno de las Provincias Unidas, a quien tengo pedidas instrucciones, hará respetar al de este Estado manteniendo la tranquilidad, pero jamás comprometerá las armas y respetará la opinión siempre que ésta sea general, pues el ejército de los Andes no ha tenido otro objeto que el de libertar a Chile de los españoles enemigos».

Después de apuntar otras cláusulas relacionadas con la parte técnica y administrativa de su misión, le dice San Martín: «Como no sé el tiempo que durará mi ausencia, debo prevenir, como lo prevengo, tanto al general en jefe como al señor jefe que queda encargado de la fuerza de los Andes en este acantonamiento, mantenga una armonía perfecta con el gobierno de Chile y en cualquiera incidencia consultará con el señor diputado de las Provincias Uni-

das don Tomás Guido, para resolver con su parecer lo más conveniente a la causa pública y seguridad del ejército».

Concluye San Martín estas instrucciones diciéndole a González Balcarce que en caso de tener que hacer envío de fuerzas al otro lado de los Andes, estas fuerzas deberán ser compuestas de chilenos y esto «con el objeto de aumentar los brazos militares de las Provincias Unidas, por ser los más seguros en aquellos puntos», y que establezca además un depósito de charqui en la villa de Santa Rosa para tener aseguradas las subsistencias del ejército.

Con la misma pluma con que había redactado estas instrucciones, quiso San Martín despedirse de los chilenos y escribió esta proclama que pronto fué leída y comentada en Santiago. «Chilenos: Mi separación es momentánea. Su objeto no es otro que el bien de la causa general de la América: con la unión y el orden hemos vencido a nuestros enemigos; con ellos afirmaremos la independencia de Chile: conservadlo y los resultados serán palpables a la felicidad pública. Os ofrezco volver en el momento que aquellas ocupaciones me permitan emplear mis trabajos en beneficio vuestro: no soy capaz de faltar a mi palabra, y bajo esta confianza, en que debéis estar, se despide de vosotros. — *San Martín*» (1).

«El general que ha tenido el honor de mandaros, dice en otra proclama dirigida a los soldados chilenos, y de contribuir a la formación de vuestros cuerpos se despide de vosotros, reconocido a la honorable comportación que habéis observado: vuestra patria queda a vuestro cuidado, sostenida con la honradez que habéis manifestado: no son sólo los españoles los que hay que batir, los ambiciosos y díscolos no son mejores enemigos; sostened el orden: con él afianzaréis la libertad, independencia y felicidad del hermoso Chile» (2).

Y luego, dirigiéndose al ejército libertador o sea de los Andes: «Compañeros: Hoy hace dos años — era el aniversario de Chacabuco — que disteis la libertad a Chile: este día recordará eternamente vuestro coraje: sois acreedores a la gratitud de la patria y de vuestros jefes. Tengo una vanidad de nombrarme general de tales compañeros. Os saludo de todo corazón y os deseo veáis a la América libre e independiente» (3).

Antes de ponerse en viaje quiso de nuevo dirigirse a su amigo O'Higgins y le escribió informándole sobre las últimas novedades que le traía el correo. «Ahora más que nunca, le dice, se necesita el que usted me haga un esfuerzo para auxiliar a la provincia de Cuyo; yo partiré esta noche y espero sacar todo el partido posible de las circunstancias críticas en que nos hallamos. Yo temo que todos los prisioneros de Las Bruscas hayan sido incorporados en la montonera y eso nos puede hacer un mal incalculable. Chile no

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 664.
(2) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 459.
(3) *Ibídem*, pág. 458.

puede mantenerse en orden y se contagia lo mismo que los demás si no acudimos a tiempo; no quede un solo prisionero; reúnalos usted todos, eche la mano a todo hombre que por su opinión pública sea enemigo a la tranquilidad; en una palabra, es menester emplear en estos momentos la energía más constante». Pasa luego a decirle que el comandante Frutos ha ido a Santiago para recibirse de los pertrechos que deben marchar a la provincia de Cuyo; que el orden interior «es más interesante que cincuenta expediciónes», y formula un voto apremiante para que los efectos pedidos «marchen rabiando para Mendoza, pues aquella provincia se halla enteramente con los brazos cruzados». Dícele luego que Las Heras queda encargado del mando del ejército mientras no llega Balcarce; que por ahí no ocurre novedad y que todos están preparados «por lo que pueda venir», concluyendo con esta posdata: «Mi amigo, veamos claro. Si usted quiere que se mantenga el orden en este país, mande usted, por vía de precaución, a la isla de Juan Fernández todos los carreristas, con víveres y provisiones suficientes para su comodidad. Buques listos tiene usted, extranjeros, que los pueden conducir fletándolos: este paso debe darse con prontitud en mi opinión, pues cuando echan mano de los españoles europeos para sus fines, está visto que todo les importa menos la independencia de la América. Avise usted a Las Heras de los resultados y a mí por continuos extraordinarios». Y luego en otra posdata: «Habilíteme usted con caballos a Necochea para que esté pronto para cualquier incidente. Lo mismo digo para su escolta de usted, pues es imposible que Ordóñez, Primo de Rivera y demás jefes que han muerto y que todos eran de cálculo e instrucción se pudiesen meter en una conspiración sin que ésta estuviese apoyada con muchas ramificaciones en Chile y Provincias Unidas. Ojo al charqui y prevenirse con toda actividad» (1).

Así como se lo decía a O'Higgins así lo hizo, y esa misma noche del 13 de febrero San Martín se puso en viaje acompañado del capitán O'Brien, el ayudante inseparable del héroe.

Al desprenderse de Chile, San Martín lo hacía con sus ojos clavados sobre Cuyo, pero con su mente clavada al mismo tiempo en Lima, en Santiago y en Buenos Aires. Eran éstos los tres puntos geográficos de un gran triángulo, y era allí en donde debía desenvolverse su espada libertadora, según ya lo tenía resuelto en sus designios la Providencia.

Como después de Chacabuco y después de Maipú, antes de pisar los umbrales de la ciudad de Mendoza, San Martín se detuvo en Uspallata. Su primera preocupación fué para O'Higgins, y tomando la pluma escribióle desde allí con fecha 18 de febrero: «Milagrosamente y aun viniendo por las Pampas, ha podido escapar la comunicación de Buenos Aires. Los sucesos no han sido favorables, y por lo que veo y me escriben, los portugueses, Alvear y Carrera

(1) Vicuña Mackenna: *Relaciones Históricas*, pág. 667.

están metidos en este negocio: yo voy a ver si puedo tranzarlo para al mismo tiempo armar la provincia de Cuyo para caer con ella contra los anarquistas, siempre que éstos no vengan a la razón. Mándeme usted, por Dios, los auxilios pedidos por Luzuriaga, pues la provincia no tiene nada absolutamente.

«Dupuy sigue fusilando los prisioneros de la conjuración, entre ellos ha empezado por su criado que estaba metido en ella. Daré a usted avisos repetidos de cuanto ocurra. En el ínterin ruego a usted tome medidas, pues el plan de los anarquistas, está visto, es combinado con Chile» [1].

No es el caso de exponer aquí todas las consecuencias que tuvo esta medida de San Martín y de decir de qué modo influyó ella en beneficio de su pensamiento capital, que no era otro que su expedición al Perú. Muchos y muy complejos son los acontecimientos que se relacionan con esta actitud, y que en parte la justifican y explican, como la determinan. Es éste un punto que lo expondremos a su hora; pero antes de tratarlo y de seguir a San Martín en su nueva trayectoria cuyana, correspondiendo por un lado con Chile y por otro con el gobierno de las Provincias Argentinas, digamos que en ese momento practicaba él una de sus más grandes maniobras políticas, y esto para quebrar con ella la resistencia con que obstaculizaba su plan libertador un núcleo levantisco del nacionalismo chileno.

Este repaso de los Andes fué un enigma para la masa de la opinión, pero no lo fué, ni para el propio San Martín que deliberadamente lo preparó, ni para el gobierno argentino que reguló su conducta dispositiva en armonía con la pauta del héroe, ni para O'Higgins, su amigo fervoroso e íntimo y contra el cual lanzaba sus tiros el partido carrerino y los miembros del senado trabajados en el sentido de una inoportuna y comprometedora reacción.

Ni la guerra civil de los argentinos aún en germen, ni la expedición española al Plata, cosa todavía muy lejana y de dudosa ejecución, influyeron en realidad de verdad sobre el ánimo de San Martín para repasar los Andes, abandonar a Chile y establecerse de nuevo en Mendoza. Estas pudieron ser las causales en el orden aparente de las cosas. San Martín las invocó, porque para una tal medida le hacía falta un pretexto; pero lo único que lo determinó a realizar este paso fué el saberse rodeado en Chile de un partido hostil, y la necesidad de demostrarle a este partido que la expedición libertadora del Perú era de tan absolutas ventajas para Chile, como el paso de los Andes y la reconquista de este reino chileno lo había sido para las Provincias del Plata. Esta es la lección que se desprende del espíritu y del análisis de los hechos como igualmente del espíritu de los documentos que acabamos de glosar y de transcribir.

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 668.

Cuando San Martín se alejó de Mendoza para retornar a Chile en octubre de 1818, lo hizo con la absoluta convicción de que en esa primavera su ejército y sus naves libertadoras surcarían las aguas del Pacífico, buscando las costas peruanas e iniciando así la liberación de Lima. Si Chile hubiese podido responder en ese momento a sus votos, calcule el lector los desvelos, las fatigas y los trabajos empeñosos y duros que se hubiera ahorrado San Martín. Las realidades no le permitieron por desgracia realizar en ese entonces su objeto. Pero no por eso renunció a él y trató de apresurar su ejecución simulando renunciar a ella, pero trabajándola nuevamente desde Cuyo, como pronto lo veremos. Mientras, y a título informativo, volvamos nuevamente a Chile y demos a conocer aquí el proyecto de expedición al Perú que excogitó en enero de 1819, cuando por falta de numerario y otros factores vióse imposibilitado para realizar en grande escala la campaña libertadora, objeto de sus desvelos.

Al exponer ese plan, comenzaban San Martín por declarar que para atacar a Lima o para llegar hasta el corazón del Cuzco, le eran necesarios seis mil hombres de tropa; pero que careciendo del dinero necesario, tanto las arcas de Chile como las argentinas, una vez concluída la campaña de Concepción, a las fuerzas empleadas allí se les podía dar una dirección más favorable a los intereses de América. Según sus cálculos, Chile podía contar en ese momento con un sobrante de tres mil hombres. Empleados éstos debidamente, se podría hostilizar con gran ventaja al enemigo a base de una guerra de partidarios. «El parque para esta expedición, escribe San Martín, se compondrá simplemente de dos cañones de montaña y dos obuses. Cada pieza dotada con quinientos tiros, y mil quinientos fusiles de repuesto, ocho armeros, cuatro maestros de montaje, dos herreros, una pequeña maestranza para recomposición, víveres para cinco meses, cuatro facultativos con botiquines surtidos, con sus correspondientes practicantes, alguna pólvora de cañón y fusil suelta y algunas otras frioleras, que todas pueden aprontarse con muy corto numerario en el tiempo de mes y medio a más tardar».

Para hacer efectiva esta expedición contaba San Martín con una campaña previa por parte de la escuadra. Una vez destruídas las fuerzas marítimas de Lima, la expedición abandonaría las playas chilenas y se vería así libre de un combate naval y con las vías expeditas para su objeto. Con este motivo dice San Martín que es indispensable habilitar inmediatamente las cinco fragatas apresadas últimamente al enemigo, y que con esas fragatas y dos o tres más que tiene el Estado y los buques de que dispone la escuadra, le parece que existen los transportes suficientes para el traslado de la expedición.

«El objeto de esta expedición, dice San Martín, será el de hacer desembarcos en los diferentes puntos del Pacífico; llamar por medio de ellos la atención del enemigo; fatigarlos con las marchas que

deben hacer, imponer contribuciones, con particularidad a los enemigos de la causa y españoles europeos; fomentar la insurrección, suministrando al efecto algún armamento y municiones; no comprometer absolutamente acción alguna que no sea decisiva; reembarcarse en el momento de poder ser atacados, para ir a atacar otro punto indefenso».

«Este plan bien ejecutado, concluye él, pondrá en consternación al virrey de Lima, hará retirar el ejército que manda La Serna, y se le quitarán los recursos al virrey; se comprometerán los pueblos y los hombres y necesariamente sus resultados deben ser muy ventajosos» (1).

Una vez redactado este plan, San Martín lo dió a conocer al gobierno de Chile y al de Buenos Aires y le dijo a éste: «Yo creo que en las circunstancias en que nos hallamos no hay otro partido que tomar. La contestación que reciba la comunicaré inmediatamente a V. E. Estoy persuadido que en caso de aprobarse el proyecto nadie lo podrá desempeñar como el señor brigadier don Antonio Balcarce. De este modo se concilia el bien de la causa con el de la licencia que tengo a V. E. pedida para recuperar mi salud quebrantada» (2).

Pero si Chile no estaba dispuesto, o no podía estarlo para ejecutar la expedición inicial obrando en grande escala, tampoco lo estaba para emprender esta guerrilla marítima sobre el Perú. Su ejecución, a no dudarlo, hubiera tenido sus ventajas y éstas habrían sido por lo menos la de sembrar el pánico en el enemigo, encastillado todavía en su prepotencia de Lima, y en demostrarle que los libertadores de Chile no se dormían sobre sus laureles.

Volviendo al punto capital que nos ocupa, digamos que el alejamiento de Chile — alejamiento que por otra parte era calculado y estratégico — no significó olvido para San Martín y que, una vez en Mendoza, reanudó con O'Higgins su correspondencia.

Abordando el tópico de la expedición española al Plata — pretexto invocado por San Martín para justificar ante los ojos de la opinión la razón de su partida — le dice O'Higgins en carta del 31 de enero: «No hay duda que se disponía en Cádiz una expedición para el Río de la Plata; pero según he visto en una carta de Cádiz de principios de octubre, impresa en una gaceta de Norteamérica, venida en la fragata de guerra *La Macedonia* de los Estados Unidos a Valparaíso, en aquella fecha no había dinero, los soldados se esperaban del interior, las fragatas y los navíos de guerra de los diferentes departamentos, y los transportes de toda la Península. Quiere decir que todo faltaba; no obstante, es muy verosímil que España haga los últimos esfuerzos, aunque no sea más que en la apariencia, para acreditarse en la *Santa Alianza* de Aix-la-Chapelle. Pero en

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 402.
(2) *Ibídem*, pág. 403.

aquella reunión no dejará de influir en nuestro favor algo el golpe que el general Páez, según consta de los mismos papeles, ha dado a los realistas en Barinas, donde descansaban los matuchos en la confianza de una inundación causada por los ríos. Páez, haciéndose de buena caballería, montó su infantería y venció tal dificultad derrotando completamente a los que se confiaron en las aguas, que tampoco le embarazaron para seguir a Caracas donde se sentía una gran confusión por el golpe que iban a sufrir».

«Soy de opinión, concluye O'Higgins, que cuando los españoles puedan equipar alguna fuerza, sea más bien destinada a Cartagena a fin de acudir al punto más urgente. Sus circunstancias son más bien de ponerse a la defensiva en sus posiciones que obrar ofensivamente; no así nosotros, que conforme la opinión de Alvarez, no debemos perder un instante en ofender».

En esas mismas circunstancias se ocupa O'Higgins con San Martín de este personaje argentino cuyo nombre acaba de apuntar. «Qué bien ha hecho usted de mandarme, le dice, su apreciable de ayer — la carta de O'Higgins está datada en Santiago el 31 de enero — con las dos que me incluye de Alvarez que devuelvo por conducto de su ayudante de campo, la que me entregó en mano propia; pues su anterior, sin fecha, en que me incluía una lista de los sospechosos aquí de carreristas me fué dada por el ministro de Estado Echeverría, abierta bajo el pretexto de apertura casual. No es la primera vez, segunda, ni tercera, que se repiten estas casualidades, particularmente en la correspondencia de usted y la de Pueyrredón. Sirva este aviso para lo adelante». O'Higgins le declara a San Martín que ha leído las dos cartas de Alvarez y que ve por la lectura de la carta fechada el 23 de octubre el compromiso en que se ha puesto a sus amigos». «Yo voy a hacer todo empeño, agrega, para sacarlo del laberinto, pero repítale usted que no se vuelva a meter en él, que no siempre se hace lo que se quiere» ([1]).

Cuando estas líneas salían de la pluma de O'Higgins, unos cuantos facciosos se mantenían en armas contra la política del directorio, en la provincia de Talca. Eran éstos don Francisco de Paula Prieto y sus dos hermanos José y Juan Francisco, que bajo el título pomposo de *Protectores de los pueblos libres de Chile* hacían la guerra a O'Higgins con el propósito de echar abajo su dictadura. El 23 de octubre de 1818 se había jurado solemnemente por todas las corporaciones del Estado la Constitución de Chile, constitución que había sido sancionada con el carácter de provisional y que aun cuando comprendía la formación de un senado, reconocía a O'Higgins como jefe supremo del Estado, no fijaba término alguno a la duración de su mandato y lo facultaba para nombrar todos los empleados incluso los senadores y los jueces. El senado se componía de cinco senadores propietarios y de cinco suplentes, y fueron designa-

([1]) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 448.

dos para esos cargos: en calidad de propietarios, don José Ignacio Cienfuegos, don Francisco de Borja Fontecilla, don Francisco Antonio Pérez, don Juan Augustín Alcalde y don José María Rosas, y como suplentes don Martín Calvo Encalada, don Francisco Javier Errázurriz, don Agustín Eizaguirre, don Joaquín Gandarillas y don Joaquín Larraín.

En el mes de noviembre de 1818, los hermanos Prieto establecieron su campamento en las cercanías del Maule, y desde allí se dirigieron al general Antonio Balcarce y a Ramón Freire, gobernador que era de Concepción, pidiéndoles su cooperación por medio de bandos y de proclamas para derribar la administración de O'Higgins. Al mismo tiempo procedieron al reclutamiento de nuevos adherentes e incorporaron a sus filas sesenta granaderos a caballo, seducidos por su política. Con estas fuerzas emprendieron su campaña, se apoderaron de los pueblos de Curicó y Linares y luego, envalentonados por este suceso feliz, se encaminaron sobre Talca a la que intimaron rendición. Las fuerzas reales no se dejaron intimar por esto, y apenas se enteraron los atacantes que el sargento mayor don Santiago Sánchez se proponía combatirlos, se retiraron y se fueron a refugiar en los bosques.

Estas andanzas revolucionarias de los caudillos insurgentes motivaron la consulta formulada por San Martín a su gobierno, consulta que, como ya lo sabe el lector, tenía por objeto el saber si en caso de un conflicto mayor el ejército de los Andes permanecía neutral o si apoyaba con su fuerza al gobierno. Hablando de estos incidentes, O'Higgins le dice a San Martín en su carta del 31 de enero: «No hay la menor noticia del dictador y protector de los pueblos y representante de los facinerosos, pues como ellos y por su ayuda, se ha desaparecido tal vez para Valdivia, pues según se trasluce, tenía su obra enlace con Sánchez». Agregando luego: «Tres oficiales pasados del enemigo y llegados a esta capital, uno llamado Ovejero español, y los otros dos González, han dicho que en el ejército enemigo se decía que Artigas y los Carrera estaban en Mendoza, y sus amigos por Talca. Estas esperanzas sin duda entretuvieron al gallego Sánchez en los Angeles hasta que sufrió el golpe y su desengaño» [1].

[1] *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 459.

Los hermanos Prieto concluyeron por caer en manos del gobierno. El organizador de esa banda, o sea don Francisco de Paula Prieto, junto con sus cómplices fué sometido a una comisión extraordinaria que lo condenó a él y al juez de Paine a sufrir el último suplicio. «En conformidad de esta sentencia, dice un historiador, los dos recibieron la muerte en la plaza de San Paulo, el 30 de abril de 1819». Después de la intentona de ellos sobre Talca, O'Higgins le escribió a San Martín: «Los malvados pagarán al fin tanta criminalidad; ellos irán poco a poco cayendo. Hoy he sabido que a Juan Francisco Prieto lo han tomado en Linares; ya no queda más que uno de los Prieto, que si no cae a la fuerza que marcha en contra de él, no faltará arbitrio para su aprehensión». *Ibídem*, pág. 468.

«Mucho nos hemos reído con Guido, le escribe a San Martín en los primeros días de febrero, al leer el manifiesto, actas y proclamas, sin fecha ni señalamiento del lugar, del *Protector y Dictador* Prieto. Los tenientes gobernadores de Talca, Linares

El 17 de febrero O'Higgins toma en consideración la carta que San Martín le acaba de escribir desde Uspallata y le dice: «No puedo conformarme con la resolución que me manifiesta su apreciable del 15 del corriente al inminente riesgo que amenazaría a usted si por desgracia intentase persuadirse que los anarquistas o montoneros fuesen hombres de guardarle buena fe; no lo crea usted ni por un solo instante, amigo querido; separe de sí semejante ilusión, no cometa usted el irremediable mal jamás de ponerse en manos de sus enemigos y mucho menos de esos que por su conducta, sea cual fuese, no son responsables a nadie. Nos anegaría usted en llanto y desesperación, si despreciando los sanos avisos de quien tan sinceramente le ama, se confiase a manos de los bárbaros que no tardarán en privarnos del mejor americano, y la consecuencia sería una guerra vengadora que nos consumiría a todos. En manos de usted está evitar semejante catástrofe. Yo ya me persuado que la sabia razón que le dirige y su sana intención, pesando estas reflexiones, cederán a mi consejo dictado por la amistad, amor a la virtud y el bien de la América».

En estas circunstancias O'Higgins le comunica a San Martín que se están tomando todas las medidas de seguridad — medidas que San Martín había aconsejado — acerca de los prisioneros de guerra y de los anarquistas. Dícele que el comandante Frutos no ha marchado aún porque ha tomado algún tiempo en encajonar los pertrechos y que todo lo pedido por él en la nota remitida se le ha entregado al citado comandante, «a excepción de algunas pequeñeces que no se han completado por la premura del tiempo». «Hasta que no se reúnan seiscientos caballos que he pedido a los partidos no podré hacer remesa de ellos a Necochea, cuya entrega se agita con viveza».

En esa misma carta O'Higgins le previene a San Martín que Guido le ha escrito para hacerle saber que por resolución de la logia, el amigo Cruz y el regidor Cabadera han sido designados por el gobierno de Chile para que pasen a entrevistarse con Artigas, o con el jefe que comanda las fuerzas hostiles al gobierno de Buenos Aires. La misión de esos individuos es la de establecer una mediación amistosa, pedir la cesación de las hostilidades, y a nombre del Estado que representan «garantir los tratados que se estipulen entre el supremo gobierno de Buenos Aires y Artigas». Sin embargo, esta resolución está subordinada al dictamen de San Martín, y esto, como lo dice O'Higgins, «para que tenga acierto».

En el próximo capítulo veremos cómo esta comisión desempeñó su cometido y el papel que San Martín desempeñó en esas circunstancias.

y Parral, me escriben que hacen las más vivas diligencias por aprehender a este hombre loco y ridículo que no ha podido aumentar sus estados generales a más de veinte ladrones y facinerosos muy conocidos y que es probable que si a la fecha no han caído, por lo menos se habrán dispersado». *Ibídem*, pág. 452.

CAPITULO XIX

San Martín, el repaso del Ejército y su Intervención ante los caudillos federales

SUMARIO: Lo que fué para San Martín el descanso. — Carta a O'Higgins antes de salir para San Luis. — Comunicación que sobre la comisión pacificadora dirige al gobierno. — Lo que sobre este punto le escribe a Guido. — San Martín en busca de una entrevista con Belgrano. — Abandona Mendoza y se dirige a San Luis. — Ordenes transmitidas por él al jefe interino del ejército de los Andes. — El repaso de los Andes es, según San Martín, una operación muy escabrosa. — Faculta a ese jefe para que altere sus disposiciones según conveniencia. — «No hay duda, le dice a Guido, que los maturrangos visitan nuestra capital». — San Martín y los itinerarios que debe seguir en su marcha el ejército. — Oficio que el ministro Tagle le dirige a O'Higgins fundamentando las razones de este repaso. — O'Higgins se lamenta de esta decisión. — «En Chile, le dice a San Martín, ha sido general la aflicción». — Cuándo trascendió la noticia de que el ejército se retiraba. — El senado chileno y el repaso del ejército. — Guido desde Santiago da a conocer su parecer. — Lo que le escribió a Guido cuando se enteró que Chile se decidía por la expedición al Perú. — En oficio a su gobierno hace saber que ha suspendido la venida del ejército de los Andes. — A la espera de la resolución de su gobierno. — Líneas que explican la conducta de San Martín. — La expedición al Perú, plato del día. — Factores que intervinieron en Chile para llegar a esta solución. — La guerra civil argentina sólo conocióla San Martín repasada la Cordillera. — San Martín Libertador y no caudillo. — Comunicaciones de Belgrano que alarman al directorio. — El ministro Irigoyen ordena que repase el ejército en plazo perentorio con dos mil reclutas chilenos. — De Mendoza el ejército debe dirigirse sobre Tucumán. — El armisticio de San Lorenzo. — La orden de repaso es revocada, y se le comunica a San Martín. — Carta que le dirige Pueyrredón. — San Martín y su plan para obrar sobre el Perú por Intermedios. — San Martín y Balcarce en los preliminares del repaso. — El ejército de los Andes en Curimón. — Balcarce obedece a San Martín y ordena el repaso del regimiento de Cazadores de los Andes y de tres escuadrones. — Por orden de San Martín el coronel Juan del Castillo debe reemplazar a Balcarce que se retira a Buenos Aires. — La buena caballería que necesita San Martín para contener el chubasco. — Otros pormenores que contiene su carta a O'Higgins. — «Chile, dice San Martín, es la ciudadela de América». — El corazón de San Martín en Lima. — Alvarado, Escalada y Necochea se resisten a marchar a Tucumán. — Razones en que apoyan su actitud. — La división que pasó los Andes acantonada en Cuyo. — Satisfacción de San Martín al saber que Chile se interesaba en la lucha de los caudillos con el directorio. — Carta que al rechazar esta intervención le dirige Pueyrredón a San Martín. — Guido y la comisión pacificadora. — San Martín convencido de las ventajas de esta intervención. — Irigoyen, ministro de la Guerra, opuesto a ella. — Declaraciones que este proceder arrancó a San Martín. — Se dirige al general López, caudillo de Santa Fe, y le habla en nombre del patriotismo. — « Mi sable, le dice, jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas». — Oficio que en igual sentido le dirige a Artigas. — «No tengo, le dice en él, más pretensiones que la felicidad de la

patria». — Nuevo pedido que le dirige a López. — El directorio y la conducta de San Martín. — En nota del 21 de junio presenta su renuncia y pide autorización para pasar a Chile. — Respuesta del directorio. — San Martín ante la nueva amenaza de la expedición española. — Cómo cerró el primer semestre de 1819.

El descanso nunca fué para San Martín una realidad, sino un pretexto relacionado con altas miras y por lo tanto un simple expediente de circunstancias. El 23 de febrero de 1819 llegó a Mendoza y apenas se encontró en la que podemos llamar la metrópoli de su epopeya, en lugar de ocuparse de sí mismo, vale decir de esa vida que él decía en peligro, se desentendió en absoluto de ella y resolvió partir para San Luis en donde acababa de producirse el alzamiento sangriento de los prisioneros españoles allí recluídos. «No tenga usted cuidado, que tomaré todas las medidas imaginables, le dice San Martín a O'Higgins antes de ponerse en viaje, para no aventurarme a caer en manos de los anarquistas de Montevideo», contestando a las solicitaciones de aquél, pues sabía con evidencia la suerte que le esperaba. «Dios querrá que estos hombres no tengan una gran influencia sobre los de Santa Fe, como creo por las comunicaciones que ha tenido Ordóñez de Alvear y Carrera, pues entonces será más difícil sacar partido de ellos». Y después: «Me ha gustado infinito la comisión mediadora nombrada por este Estado: ésta puede sacar más partido que ninguno de nosotros. Yo la espero en San Luis para donde parto mañana por la mañana. Se han tomado las medidas para que no haya detención en su viaje, como son la de tener coche preparado y caballos en Uspallata. Comunicaré a usted con muchas repeticiones los avisos y demás ocurrencias que haya» (1).

Pero antes de ponerse en viaje creyó San Martín que era de su deber el informar al gobierno argentino sobre el arribo de esta comisión y así lo hizo, interesándolo por medio de un oficio en el cual decía: «Debo comunicar a V. E. que con fecha 18 del presente me avisa el supremo director de Chile mandar una comisión mediadora de aquel Estado, compuesta de los señores coronel don Luis de la Cruz y del primer regidor don Salvador de la Cabadera. Su objeto primitivo no es otro que una oficiosidad amistosa por parte de aquel gobierno para una transacción en la presente disensión de Santa Fe y esa capital. Yo por mi parte interpongo con V. E., llevado únicamente de los buenos deseos que me asisten en beneficio del país, mis respetuosas súplicas a fin de cortar una guerra cuyas consecuencias están más bien a la alta penetración de V. E. y máxime amenazados de una expedición española que en estas circunstancias no dudo conseguirá su objeto» (2).

Al mismo tiempo que este comunicado oficial salía de su pluma,

(1) Vicuña Mackenna: *Relaciones Históricas*, pág. 670.
(2) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 200.

reanudaba San Martín su correspodéncia con Guido y después de avisarle que al día siguiente se pondría en viaje para San Luis, le dice al tocar este punto: «Mucho me ha gustado el paso de la comisión mediadora nombrada por ese Estado: ésta puede contribuir mucho al objeto de paz que nos proponemos. Dios me dé suerte en este viaje, agrega al concluir su carta, pues si puedo contribuir a una pacificación sólida tendré más satisfacción que ganar cien batallas» (1).

Pero San Martín no salió para San Luis el día 24 de febrero como lo decía. Por razones que escapan a nuestro conocimiento se detuvo un día más en Mendoza y ese día, que era el 24 de febrero, le decía a Belgrano: «Cuarenta días sin recibir noticia alguna de la capital. Las recibidas por el conducto de este gobernador intendente, los sucesos desgraciados del ejército de observación sobre Santa Fe, la venida de V. E. a Córdoba, movimiento que, como V. E. conocerá, me ha hecho cambiar necesariamente todos los planes, me han obligado a ponerme en marcha para tener una entrevista con V. E. y combinar con su acuerdo los medios más útiles al bien y felicidad de la causa americana. Al efecto, mañana me pongo en marcha; el oficial Caparros, o las noticias que adquiera éste en el camino, me decidirán la ruta que debo seguir hasta encontrar a V. E.»

San Martín concluye esta carta a Belgrano diciéndole que por comunicación recibida de Chile sabe que ese gobierno ha nombrado una comisión mediadora que ha recaído en las personas del coronel don Luis de la Cruz y del primer regidor don Salvador de la Cabadera: «Su objeto, dice, es interponer los respetos y buenos deseos de aquel gobierno para tranzar la guerra de Santa Fe y Buenos Aires. Estos señores deberán llegar de un momento a otro con sus respectivos diplomas, lo que comunico a V. E. para su inteligencia» (2).

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos, y dejando para su momento oportuno la exposición relacionada con el desempeño de la comisión nombrada por Chile para intervenir en la guerra civil de los argentinos, digamos que, consecuente con lo dicho a Belgrano, San Martín abandonó el 25 de febrero la ciudad de Mendoza y se dirigió a San Luis. El 1º de marzo lo encontramos en la Posta del Corral, desde donde se dirige al jefe del Estado Mayor de Buenos Aires y al diputado Guido. Su entrada a San Luis efec-

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 201.

En esa misma ocasión San Martín le hace saber a Guido que su conducta la subordina a las noticias que reciba de Belgrano; que con las fuerzas de los escuadrones de don Mariano de Necochea y cincuenta artilleros que ha mandado venir de Chile podrá poner a cubierto de todo incidente a la provincia de Cuyo y que al día siguiente saldrán para San Luis varios oficiales para instruir las nuevas milicias de allí. Al hacer alusión a la sublevación de los prisioneros españoles en aquella provincia, le dice: «No ha venido el detalle sobre el suceso de San Luis, pero debo decir a usted que pasan de cuarenta los muertos que hubo en la rebujina: hasta ahora lo que sabemos es que su objeto era unirse a la montonera y que Ordóñez, Alvear y Carrera estaban en comunicación íntima».

(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 415.

tuóla el 2 de ese mes y allí permaneció hasta el día 10. No sabemos si fué en Mendoza o si fué en San Luis en donde lo alcanzó la posta con los oficios que le remitía el directorio. Lo que sabemos es que estando en San Luis y con fecha 9 de marzo se dirigió al jefe interino del ejército de los Andes, y al mismo tiempo que le transmitía la orden relativa al nuevo destino de ese ejército, de su puño y letra le decía: «Tengo el honor de incluir a V. S. la adjunta comunicación original del Excelentísimo director supremo del Estado, relativo a que todo el ejército de los Andes repase la Cordillera a la ciudad de Mendoza, a cuyo punto me dirijo en este momento para preparar los cuarteles y demás necesario a su llegada. La primera operación que deberá practicar V. S. es la de hacer entrar dentro de la Cordillera los regimientos de Granaderos a caballo, cazadores, etc., infantería, artillería y número 11, dejando a retaguardia los regimientos 7 y 8 para que contengan la deserción que pueda haber. Antes de emprender, ni que se trasluzca el movimiento del ejército, es de necesidad que los Granaderos a caballo y Cazadores de los Andes vengan a situarse a la villa de Santa Rosa tomando antes las medidas de cabalgaduras para los primeros y artillería, pero de un modo el más disimulable que sea posible. Yo pondré víveres para el ejército desde la Punta de las Vacas, en toda abundancia, igualmente que cabalgaduras en Uspallata; pero para que no se tenga noticia alguna de esta operación, es necesario me avise V. S. con alguna antelación el día que rompa su marcha, pues esparciéndose estos preparativos en Mendoza, sería indudable que serían comunicados a Chile con prontitud, lo que nos ocasionaría una deserción terrible».

«Con el pretexto de las montoneras, continúa San Martín, puede V. S. remitir, no solamente el armamento que tenemos sobrante, sino todos cuantos artículos de guerra y municiones pueda traer, mandándolos con antelación, a cuyo efecto fletará las mulas necesarias para su conducción por cuenta del ejército de los Andes, enviando de escolta de dichos artículos los artilleros chilenos que tengamos. Nada quede que pueda ser conducido: en Mendoza de todo se carece, especialmente de artículos de guerra; sobre este punto, y evitar la deserción, es menester fijarse mucho. Guárdese un sigilo eterno sobre el movimiento, es decir, hasta la llegada de los Granaderos y Cazadores del ejército de los Andes a Santa Rosa. Queden todos los equipajes para no embarazar la marcha, nombrando cada cuerpo un oficial con una partida de toda confianza; el caso es que el ejército pase la Cordillera sin experimentar deserción. Otro oficial deberá quedar encargado de recoger y conducir los vestuarios de cada cuerpo y demás enseres que queden, a cuyo efecto se les dará aquella cantidad de dinero necesario que sea preciso. El intendente del ejército nombrará un oficial de toda confianza para que conduzca los caudales que pertenezcan a dicho ejército, como se lo prevengo en esta fecha, quedándose él por algún tiempo

para beneficiar los créditos y arreglar el finiquito de las cuentas con el Estado de Chile.

«El repasar los Andes el ejército de estas provincias es operación bien escabrosa, sin experimentar deserción; pero los talentos conocidos del señor brigadier Balcarce, o en su ausencia el señor coronel Las Heras, sabrán vencerlas con aquel pulso que les es característico. Vengan avisos repetidos y por mano de oficiales de confianza, de todos los aprestos y operaciones que se hagan para repasar los Andes a fin de facilitar los recursos para la mayor cantidad y transporte del ejército. Condúzcase toda la artillería que se pueda; vénzanse todas las dificultades que se opongan para este efecto, pero con precaución, y que sea después que las tropas hayan pasado la Cordillera. Sin embargo de todo lo expuesto, si el señor general Balcarce, o en su ausencia el señor comandante general del cantón, el señor coronel Las Heras, creyese ser imposible ocultar su marcha como me lo presumo, y que se pueda sacar mejor partido manifestando claramente al soldado el honroso objeto a que se le destina, como es el libertar las provincias del ataque que se espera, lo verificaría y por este medio tendrá más proporción para hacer sus aprestos sin que se conozca ocultación. La adjunta proclama, en el caso anterior, la hará leer al ejército. Aunque digo que las mulas serán fletadas por cuenta del ejército de los Andes, debe entenderse que sólo es en el remoto caso de que el Estado de Chile no las proporcione. Si V. S. cree no resultarán perjuicios el que sin esperar a los granaderos y cazadores de los Andes puede el ejército que está en ese cantón emprender la marcha, lo verificará sin pérdida alguna».

«En conclusión, dice San Martín, V. S. puede alterar este oficio, y disponer como tenga de conveniente al mejor servicio de la patria. Cualquier duda que ocurriera sobre los particulares expresados, podrá V. S. ponerse de acuerdo con el señor diputado de las Provincias Unidas, a quien en esta fecha le digo lo mismo respecto a estos antecedentes. Vengan con el ejército todos los artesanos que llevamos, trayéndose sus respectivas herramientas, igualmente todos los caballos y mulas que el Estado haya en ésa los traerá usted, pues nos hacen notable falta» (1).

Como se lo decía al jefe del ejército de los Andes, por ese mismo correo San Martín se dirigía a Guido y lo ponía al corriente de tan grave y trascendental resolución, diciéndole que por las noticias recibidas de Buenos Aires, no tenía duda alguna de que «los maturrangos visitan nuestra capital». «Consecuente a esto, agrega, ha venido la orden para la marcha del ejército a Mendoza, la que incluyo en copia. Remito las instrucciones que doy a Balcarce. Veo que la operación es algo espinosa y que es casi imposible poderla ocultar, pues el objeto de los preparativos se lo indicarán al sol-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 420.

dado. Por lo tanto me inclino a que se haga pública, aumentando el riesgo para comprometernos a que sigan especialmente los chilenos. En fin, antes de que se trasluzca nada, sería bueno se pusiese usted de acuerdo con O'Higgins y Balcarce sobre este importante particular». Termina San Martín su carta a Guido diciéndole que ese mismo día, 9 de marzo, regresa a Mendoza para hacer los preparativos necesarios al ejército; que aun no habían aparecido ni Cruz, ni Cabadera, y que si el complemento de cinco mil hombres que pide Pueyrredón a Chile pudiera ser de reclutas, «sería más ventajoso que no cuerpos formados» (1).

San Martín no se contentó con transmitir la orden de su gobierno a Balcarce y con enviarle el oficio que le inspiró esa orden. El día 23 de marzo se dirigió a él nuevamente y le incluyó en su carta los itinerarios que debía seguir en su marcha la infantería del ejército hasta Uspallata, en donde se encontrarían con los baqueanos. «La ruta que va indicada, dícele San Martín, debe entenderse solamente para los cuerpos que marchan a pie, pues los que lo verifican a mula deberán seguir el camino por Villavicencio».

«Los puntos que van indicados en dichos itinerarios, agrega, tienen leña y agua en abundancia: la primera jornada es la penosa y es con la que es menester tomar medidas a fin de que los cuerpos caminen de noche para su mayor comodidad, pues no se encuentra agua; al mismo tiempo el terreno es arenisco, lo que fatigará al soldado infinito haciéndolo de día». Le recomienda San Martín a Balcarce que le repita los avisos con frecuencia y que lo ponga al corriente de todos aquellos conocimientos necesarios para auxiliar al ejército y a sus cabalgaduras. Concluye diciendo que en Uspallata y aún más adelante encontrará la carne fresca que necesita el ejército, así como vino y aguardiente, necesarios para alivio del soldado.

Para la exacta compresión de los acontecimientos que estamos historiando, es necesario decir al lector que a los pocos días de haber salido de Buenos Aires la orden del directorio — fué fechada ésta en esa capital el 27 de febrero de 1819 — disponiendo que el ejército de los Andes repasase la Cordillera con su parque, tren de artillería y municiones, el ministro de Gobierno, señor Tagle, dirigió un largo oficio a don Bernardo O'Higgins fundamentando la razón de esa medida. «Las noticias tan repetidas, como contestes, le dice, sobre el apresto y destino de una expedición española al Río de la Plata, aunque con alguna variedad en el número de tropas, llama muy seriamente nuestra atención al objeto de disponer nuestra defensa, tanto más, cuanto que despreciada por el Rey Fernando la mediación que él mismo había invocado en los grandes poderes y en el empeño de detener la ilustre carrera de nuestras glorias, ha de hacer sobre nosotros los más extraordinarios esfuerzos empleando simultáneamente todos los arbitrios de la política y los últimos re-

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 211.

cursos de las armas. Así es, que aunque nos hallásemos en actitud de proveer los fondos necesarios a la empresa combinada contra el virrey de Lima, el peligro que corre la libertad de ambos Estados en su propio territorio nos aconsejaría que diésemos de mano a aquel espinoso proyecta librando a otra ocasión, a otros medios, las esperanzas de realizarlo. Mas, concurriendo en la actualidad a las circunstancias de no poder emprender sobre Lima por falta absoluta de fondos, la necesidad en que íbamos a vernos de estacionar los ejércitos en el territorio de ese Estado, pasando por el rubor de confesar nuestra impotencia de ulteriores progresos, corriendo los riesgos de la inacción y los inconvenientes que arrastraría una fuerza extraña en el seno de un país alarmado con los celos por la sugestión de los genios malignos, parece que la Providencia hubiese tomado a su cargo el salvarnos de tantos conflictos inspirando al rey español el pensamiento de enviar contra esas provincias un ejército. A consecuencia de estos principios, he determinado, después del más serio y detenido acuerdo, el que el ejército de los Andes se ponga inmediatamente en marcha a estas provincias, librando las órdenes convenientes al general para que aproveche a toda costa el corto tiempo que concede la estación para el tránsito de la Cordillera» [1].

El doctor Tagle anota después la conveniencia de que Chile no se niegue a su solicitud. «Considere V. E., escribe textualmente, que libre el virrey Pezuela del peligro que le amenazaba la proyectada expedición, empleará las tropas que había reunido en la capital, para engrosar el ejército de La Serna y hacerle obrar sobre nuestras provincias, para distraer nuestra atención del ejército expedicionario de la Península; y que si por falta de fuerza dejamos mal asegurados los dos extremos por donde deberemos ser atacados, dividiendo nuestras escasas tropas, casi debe tenerse por cierta nuestra disolución, a que sería consecuente la de ese reino. Yo bien veo que a V. E. se le ofrecerán graves dificultades para decretar este auxilio — Tagle reducía este auxilio al envío inmediato de alguna tropa de línea, que unida con la de Buenos Aires llegase a cinco mil hombres — pero si V. E. y el entusiasmo de esos pueblos, no se deciden a vencerlas, después de tan grandes sacrificios nada habremos hecho sino consignarlos a nuestra ruina».

«Reflexione, concluye, que el honor de ese Estado se halla empeñado en manifestar su buena correspondencia a nuestros servicios y que la conservación de su honor vale tanto como la mitad de su fuerza. No quiera el cielo que V. E. no halle el camino de socorrerme y que la alta barrera que nos divide por la naturaleza del territorio no vaya a hacerse mayor en el camino de estos pueblos por el desconsuelo que experimenten al ver defraudadas sus esperanzas [2].

[1] *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 262.
[2] *Ibídem*, pág. 264.

¿Qué efecto produjo en el gobierno de Chile este comunicado del directorio argentino y la orden trasmitida a San Martín para que el Ejército de los Andes repasase inmediatamente la Cordillera? Como lo vamos a ver tales novedades determinaron en Chile un grito de alarma y el día 20 de marzo, O'Higgins se dirigió a San Martín lamentando no sólo la separación de su persona sino la del ejército que había llevado a ese reino la libertad. «Vamos a malograr la preciosa ocasión, le dice, que se nos presenta de ver solucionada la grande obra de la libertad americana a que tanto ha contribuído V. E. con sus nobles e interesantes trabajos»; agregando luego: «Así es que el paso del ejército de los Andes, que V. E. anuncia en oficio del 9 del corriente, que debe verificarse, consecuente a órdenes de su gobierno, me ha excitado a exponer al Excmo. supremo director de las Provincias Unidas, como lo hago en esta fecha, las razones que me parecen poderosas para no perder con la ida del ejército la oportunidad de asegurar la libertad de ambos Estados».

«La conducta observada constantemente por el ejército del mando de V. E., continúa O'Higgins, ha sido tal, que la memoria de su disciplina y buena comportación llegará a las edades venideras así como ha llegado a los climas remotos. La aflicción ha sido general en Chile desde que se trascendió la noticia que el ejército se retiraba, siendo ésta una prueba evidente de los sentimientos que animan a los ciudadanos de este Estado, sentimientos excitados sin duda por la moderación y buena conducta de la oficialidad y tropas argentinas. Los servicios prestados a Chile por V. E. son tan importantes, que faltaría yo a mi deber y a los dictados de mi corazón, si no manifestase a V. E. que son apreciados justamente y que será nuestra mayor gloria el ser conducidos de nuevo a la victoria por V. E.» (1).

En este ínterin, el oficio remitido por el directorio argentino al gobierno de Chile, fundamentando las razones en que se apoyaba para decretar el repaso del ejército de los Andes, había sido sometido por O'Higgins a la consideración del senado. La alta institución chilena comprendió la gravedad de la situación, y después de un maduro examen y en el deseo evidente de conciliar las ventajas que buscaba Chile con las que a su vez buscaba por impulso natural de los acontecimientos el gobierno argentino, el 9 de marzo redactó la contestación que en el acto partió para Buenos Aires: «El senado no duda, dicen los miembros de este alto cuerpo, que el gobierno supremo de las Provincias Unidas tendrá noticias positivas sobre el verdadero destino de la expedición y que es grave el riesgo que amenaza a la capital de Buenos Aires. Así es que está pronto a concurrir a la defensa de aquellas Provincias Unidas con cuantos auxilios estén a su alcance; pero permitirá V. E. que el senado observe que a su modo de ver se puede servir a Buenos Aires mismo y a la

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 266.

causa de una manera más eficaz si el ejército no pasa los Andes. Todos estamos persuadidos de la importancia de verificar la expedición al Perú y todos estamos dispuestos a hacer los mayores sacrificios para que se realice. La noticia del resultado del ataque de nuestra escuadra no puede tardar muchos días y es evidente que si ha sido favorable, debemos aprovechar los momentos para insurreccionar los pueblos del Perú, si acaso no logramos dar un golpe decisivo. Con este movimiento, el virrey de Lima se ve en la necesidad de mandar al general La Serna que se retire con su ejército para defender la capital; y Buenos Aires, entrando en posesión de las provincias que aquél abandona, ve aumentados sus recursos para resistir la invasión que lo amenaza. Por el contrario, si el ejército pasa la Cordillera, el virrey sabe que Chile no puede verificar el ataque al Perú; y libre de todo riesgo por esa parte, reforzará a La Serna, y bajando éste a Tucumán y Córdoba, puede obrar por Santa Fe, en unión con las fuerzas venidas de España y dejar a las Provincias de Buenos Aires aisladas y reducidas a sus propios recursos.

«Medite V. E. estas observaciones y concluirá que las Provincias Unidas reportarán mayores ventajas con la permanencia de su ejército en Chile que con su marcha. Cuando tan poderosas razones no hagan variar de opinión al supremo gobierno de las Provincias Unidas, puede al menos proponérsele que queden en este país dos mil hombres de aquellos de que se recele deserción con sus correspondientes oficiales para que unidos a otros tantos de Chile se verifique la expedición proyectada sobre Lima, concurriendo aquel Estado con los auxilios pecuniarios que se han ofrecido y que han principiado a traer en libranzas. En lugar de dos mil hombres mencionados, podrían llevarse reclutas del país, beneficiándose por este medio ambos Estados» ([1]).

Por su parte, el delegado argentino en Santiago, don Tomás Guido, creyó que era llegado el momento de dar a conocer igualmente su parecer, y se decidió por escribirle a San Martín una larga carta, opinando en contra del repaso del ejército de los Andes. En su sentir, el repaso del ejército significaba nada menos «que la ruina de la América», y para demostrarlo tomó en consideración los distintos argumentos invocados que al parecer lo justificaban, es decir, la venida de la expedición española al Plata, la imposibilidad de practicarse la expedición a Lima, la supuesta seguridad que significaba

([1]) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 226.
Cuando San Martín recibió esta carta, sacó copia de ella y la remitió a su gobierno junto con los oficios que le habían remitido el director y el senado chilenos. Según declaración del propio San Martín a Guido, el oficial que conducía todos estos documentos cayó en manos de los montoneros de Santa Fe, «los que viendo, escribe San Martín, el interés de su contexto, los remitieron a Viamonte y éste al gobierno». «Parece, agrega, que no ha gustado mucho se hayan impuesto todos de los sentimientos que nos animan y esto está manifiesto en la seca carta con que me acompañan la de usted, como lo verá».

para Chile la posesión de una escuadra, la destrucción de los enemigos exteriores y finalmente la necesidad que exigía de impedir que el ejército de los Andes acantonado en Chile sin un objeto inmediato, avivase los celos de los malcontentos. Después de pasar revista a todos estos puntos, Guido concluye: «Yo me he extendido demasiado porque mi corazón se destroza con la memoria de un porvenir tan melancólico y porque, en verdad, veo perdidas las fatigas de usted, la sangre de sus compañeros de armas y de los desvelos de sus amigos, después de los esfuerzos más generosos para la libertad de la América» [1].

Mientras esta nueva influencia se volcaba en el platillo de la balanza, proseguía San Martín su obra de insinuaciones a uno como a otro lado de la Cordillera para que sobre todo otro interés político predominase el que era más caro a su corazón, o sea el de Lima. Cuando se le enteró que los dirigentes de la política chilena aceptaban el plan de la expedición, San Martín experimentó un vivo contento, pero disimulándolo y reduciéndolo a sus justos límites, le dijo a Guido: «Veo que en su última me confirma decretada una expedición de cinco mil hombres. Esta voz decreto no quiero oírla. He visto tantos y no cumplidos que desconfío de todos ellos. Pero hablemos claro, amigo mío: ¿usted ha visto cumplir ningún acuerdo de los amigos de ésa? ¿Y de buena fe, cree usted que los hombres varíen de carácter? Usted sabe el interés que he tomado en la suerte de América; pero amigo, es doloroso que usted y yo y otros pocos son los que meten el hombro: nada de esto importaba como que nuestros trabajos diesen buenos resultados, aunque con sacrificio de nuestras vidas; pero el resultado es que también perderemos el honor y tanto más desconsolante cuanto es por culpas ajenas».

«Es imposible realizar una expedición de cinco mil hombres, le

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 213.

En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, y bajo el nº 5289, se registra este mismo documento, escrito de puño y letra del general Guido. Su cotejo con el texto que publicó su hijo don Carlos Guido y Spano, nos permite señalar entre uno y otro algunas variantes, y aun algunas ligeras omisiones, como ser la siguiente: «Veo en fin que el paso del ejército tras los Andes prepara estos conflictos y la ruina general de la América». Esta frase no se registra en el texto impreso publicado en los *Papeles del brigadier general Guido,* como no se registran tampoco en la forma que lo hace el documento manuscrito, otras expresiones de su firmante.

Recordemos aquí que el documento en cuestión motivó por parte del hijo de este prócer una rectificación a lo dicho por Mitre en su *Historia de San Martín.* Nosotros no compartimos la opinión del ilustre bardo, y creemos que al escribir don Tomás Guido esa carta a San Martín, no conocía el verdadero propósito que a éste lo guiaba en lo que, en realidad de verdad, no fué por parte de él sino un recurso, estratagema o maniobra. Nadie más que San Martín estaba convencido de que Chile necesitaba para su seguridad del ejército de los Andes; pero nadie estaba más convencido que él igualmente, que la seguridad de Chile y la suerte de las provincias argentinas exigían con imperio la partida de una expedición al Perú, en la forma y con el alcance que lo tenía proyectado. Guido habla en esa carta de su plan, pero el plan libertador lo reduce, como lo comprueba su propio documento, a una expedición de 1.500 hombres sobre Guayaquil, y esto para tomar allí «numerario».

agrega luego, con la fuerza que existe en Chile. Usted sabe que un ejército de seis mil hombres apenas formará mil seiscientos. Cuente usted con lo que debe quedar en Concepción, en la capital, en Valparaíso y demás necesario para mantener el orden, y con muchos trabajos contará usted para embarcarse con tres mil». Concluye San Martín diciéndole a Guido: «Aun no ha llegado la contestación de Buenos Aires sobre la marcha del ejército; de toda suerte es imposible que pase, tanto por la falta de auxilios que me dice Balcarce, como por lo avanzado de la estación» (1).

Cuando estas líneas salían de la pluma de San Martín, y que lo era el 13 de abril, ya por otro conducto se había dirigido a su gobierno diciéndole: «El adjunto documento que remito a V. E. en copia, mandado por el señor administrador de correos, como igualmente las comunicaciones que he recibido del diputado de V. E. en Chile y de aquel supremo director, me han hecho suspender la venida del ejército de los Andes. Si efectivamente se verifica la sublevación de Madrid que se anuncia y la muerte o fuga de su rey Fernando, creo que todos los planes deben variarse enteramente y que las Provincias Unidas están libres de todo ataque. Sin embargo de lo expuesto, doy órdenes terminantes al general en jefe del ejército para que todo él esté listo y pronto para su marcha a ésta, pues si V. E. me contesta inmediatamente hay tiempo suficiente para que repase los Andes con comodidad» (2).

Y pocos días más tarde, es decir el 19 de abril, dirigiéndose a Guido en contestación a una carta que éste le escribiera el 3 de ese mismo mes: «De un momento a otro espero la resolución de nuestro gobierno sobre el paso o no del ejército de los Andes. Yo opino que será la que se quede en ese Estado por las poderosas razones que se han indicado. Las últimas noticias que Balcarce habrá comunicado a usted me han movido a que vengan a ésta los Cazadores a caballo: con esta base tendremos en un par de meses ochocientos o mil caballos excelentes que con algún aumento de artilleros volantes podremos estar prontos para ocurrir a las atenciones que afligen a esta provincia.

«Veo lo que usted me dice sobre la deliberación de nuestros amigos acerca de la expedición. La creo sumamente necesaria; pero los aprestos deben hacerse inmediatamente en términos que no se queden en deliberaciones: si así se verifica, marcho al instante, no digo a Cordillera cerrada, pero con mil más que tuviese que pasar» (3).

Estas líneas encierran a nuestro entender una clave, y nos explican la conducta subsiguiente de San Martín. Su ausencia había comenzado por alarmar a la opinión chilena. O'Higgins no podía desenvolverse sin San Martín y el propio senado, centro a su vez

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 232.
(2) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 430.
(3) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 231.

de la influencia carrerina, había comenzado a comprender que partiendo San Martín, partía el ejército de los Andes, lo que significaba para Chile la pérdida de la fuerza militar que garantizaba su seguridad.

El único medio de poder trabajar el ánimo de San Martín y de hacerlo volver sobre sus pasos, era pensar, y pensar seriamente, en la expedición libertadora del Perú, y comprendiendo que sólo así se podía conjurar un peligro, la expedición al Perú volvió, por gravitación natural de los sucesos, a la orden del día.

¿Qué factores o qué influencias intervinieron en Chile para llegar a esa solución? A no dudarlo, los miembros de la logia, es decir, los patriotas más prominentes y esclarecidos, se reunieron en cenáculo y resolvieron el rumbo de las cosas en el sentido prefijado por San Martín. ¿No era esto para él un triunfo? No cabe duda que lo era y en grado alto. Logrado su objeto, es decir, conseguido que Chile se interesase nuevamente por la expedición a Lima, objeto de sus constantes desvelos, y de la cual con sabio juicio creía él que dependía el destino de América, inicióse en una nueva tarea que fué la de deshacer los propios nudos cerrados por él, o sea aquella malla sutil y casi imperceptible en que se había colocado obedeciendo a sus propios cálculos y dictados. Conviene recordar aquí que cuando San Martín creyó conveniente para sus planes de libertador que era de oportunidad amenazar a Chile con el alejamiento del ejército de los Andes, se dirigió a su gobierno, como ya queda dicho, y sugirióle que al proceder así invocase como causal la amenaza de una expedición española destinada a sofocar la revolución en el Plata. El gobierno argentino aceptó esta sugestión y basado en ella dictó la orden del repaso, que llegó a manos de San Martín cuando éste pisaba ya tierra cuyana. Pero, al formular aquella insinuación, San Martín no contaba con la guerra civil de los argentinos. Sus primeras alarmas llegaron a su oído cuando ya se había internado en la Cordillera y hacía su primera etapa en Uspallata. Supo allí la sublevación de los prisioneros españoles en San Luis. Supo además que las montoneras inquietaban con sus andanzas al directorio, e intuitivo como era, comprendió que a una amenaza ilusoria, cual lo era en cierto sentido la expedición realista, se venía a incorporar una amenaza tangible, provocada ésta por la rebeldía de ciertas provincias contra el directorio.

¿Qué hacer en esas circunstancias? Si San Martín, como lo veremos, estaba pronto a defender la integridad territorial de su patria si los españoles intentaban desembarcar en Buenos Aires o en otra parte de su costa, se le hacía cuesta arriba emplear su beligerancia en un conflicto interno, de orden fraternal, y cuyo desenlace dramático tenía que perjudicar no sólo a la causa argentina, sino a la causa americana, a la cual, obedeciendo precisamente a sus dictados de argentinidad, se había consagrado por entero. El era un libertador y no un caudillo; interesábale la guerra como medio de libera-

ción, pero no le interesaba la guerra como desahogo violento y reaccionario de los partidos en lucha; y fué entonces, que al ver dibujarse en el horizonte de su patria esta amenaza, cambió de táctica y comenzó a maniobrar para que el ejército se quedase en Chile y no repasase la Cordillera.

¿Cómo realizó este plan? ¿Cuál fué su desenlace definitivo y de qué modo supo San Martín servir a su patria aparentando no servirla? Son puntos que esclareceremos a su hora y que por el momento sólo insinuamos y dejamos en suspenso. Mientras, volvamos al punto de partida y digamos que a principios de abril de 1819 llegaron al directorio dos comunicaciones del general Belgrano que provocaron en el acto una viva alarma. Según esas comunicaciones las fuerzas realistas del Alto Perú estaban en marcha hacia las provincias de Salta y de Tucumán, y esto aprovechando las circunstancias de encontrarse el ejército auxiliar del Norte, que era el de Belgrano, empeñado en la guerra contra los montoneros en la provincia de Santa Fe. Esas circunstancias obligaron a que el directorio argentino pensase en San Martín y acudió a él para que el héroe de los Andes interviniese con sus fuerzas y conjurase aquel peligro. El 15 de abril, don Matías Irigoyen, ministro de la Guerra, se hizo eco de la decisión de su gobierno y escribióle a San Martín, que vista aquella amenaza, era la necesidad urgente «ocurrir al reparo precautorio de tamaños males» y diciéndole que el gobierno supremo había acordado nuevamente y le recomendaba «el breve y más pronto repaso del ejército de su mando al territorio de estas provincias, con toda su caja militar y demás, engrosados con los dos mil reclutas chilenos que aquel gobierno ofreció en reemplazo de dos mil veteranos nuestros que necesariamente deberán quedar en Chile a las órdenes y bajo el mando de un jefe, el más antiguo y digno por su conocimiento, actividad y delicadeza de la entera confianza de V. E., siendo prevención que el pago de estas tropas deberá ser necesariamente de cuenta de aquel Estado».

«Luego que el expresado ejército, se le dice, haya repasado la Cordillera y arribado a esa provincia, dispondrá V. E. que a la brevedad posible, por secciones o en la forma que estime oportuna, se transfiera sin la menor dilación al Tucumán, recomendando muy especialmente a los jefes que le conduzcan la más rigurosa disciplina y orden con arreglo al itinerario que V. E. dictará y mayor celo posible en evitar deserciones, proveyendo igualmente cuanto crea conducir a la provisión de víveres, cabalgaduras y demás, necesario a la celeridad de las marchas, en el concepto de que hoy se ordena al capitán general don Manuel Belgrano que a dicho fin diese las mismas, recomendándolas a quienes corresponda y que disponga que el mayor general del ejército de su mando, coronel mayor don Francisco Cruz, marche sin tardanza a recibirse en el Tucumán de las fuerzas del de V. E. según fuesen arribando a aquel destino, y con

quien deberá V. E. entenderse en todo lo que ocurra relativo a esta empresa puramente precautoria» ([1]).

Pero es el caso que mientras esta orden salía de Buenos Aires para Mendoza, enteróse el gobierno que San Martín había dado órdenes para que el ejército no repasase la Cordillera. ¿Por qué había procedido así San Martín? A nuestro entender, había procedido así porque las noticias que le llegaban de Chile lo imponían de una nueva mutación en los ánimos de los dirigentes de su política y además porque por comunicaciones del propio Belgrano sabía que éste acababa de firmar con las fuerzas rebeldes de Santa Fe un armisticio, que lo fué el conocido luego en la historia argentina con el nombre de armisticio de San Lorenzo.

Fué entonces cuando San Martín, enterado de lo sucedido, le escribió a Belgrano: «Este pueblo ha recibido el mayor placer con su noticia, esperanzados todos en que se corte una guerra en que sólo se vierte sangre americana». Y luego: «Con igual data — San Martín escribía esta carta a Belgrano el 16 de abril — escribo al general en jefe substituyente, suspenda la marcha del ejército de los Andes a esta parte, pues las circunstancias han variado el nuevo aspecto que presenta este agradable incidente» ([2]).

Mientras San Martín se expresaba en esta forma, el directorio había entrado en otro orden de consideraciones y concluído por convencerse de que el ejército de los Andes no debía repasar la Cordillera, y en tal sentido se le escribió a San Martín por intermedio de Irigoyen para que no se efectuase el repaso. «Cuando el gobierno supremo acordó, se le dice a San Martín en oficio del 1º de mayo de 1819, que el ejército de los Andes repasase la Cordillera

([1]) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 268.

([2]) *Ibídem*, t. IV, pág. 439.

Las conferencias entre las fuerzas montoneras y del directorio se abrieron en San Lorenzo el día 12 de abril, interviniendo en ellas, como representante de Belgrano, el coronel don Ignacio Alvarez Thomas, jefe del Estado Mayor, y por parte del general López, caudillo santafesino, don Pedro Gómez y don Agustín Urtudey. El armisticio fué firmado sobre estas bases: 1ª Que continuase el armisticio acordado bajo la garantía de la buena fe y mutua correspondencia, evacuando los ejércitos y escuadra de la nación la provincia de Santa Fe y retirándose al norte del Salado las tropas auxiliares de ésta. 2ª Que se comunicase este acuerdo a los pueblos disidentes al oriente del Paraná, a fin de que concurriesen por medio de diputados a la reapertura de las negociaciones definitivas en el término de un mes. 3ª Que las tropas que en favor de la nación se mantenían aún en armas en Entre Ríos se retirarían por agua a San Nicolás de los Arroyos. 4ª Que la comunicación del litoral con el interior, por el territorio de Santa Fe quedaría expedita, no pudiendo sin embargo exceder de 25 hombres el número de soldados que escoltase cada convoy. 5ª Que se habilitarían las postas despobladas, quedando abiertas por parte de las Provincias Unidas todas las vías fluviales y terrestres. 6ª Que en ambos territorios se perseguiría a los ladrones de caminos, prestándose las partes mutuo auxilio para el efecto. 7ª Que toda dificultad que ocurriese durante el armisticio se transaría por medios amistosos antes de recurrir a las armas.

El historiador de Belgrano nos dice que éste aprobó este convenio, persuadido de que, como él lo decía, «afianzaría las bases de amistad y confraternidad sobre las cuales se fundaría el tratado de paz y concordia tan deseado para la prosperidad de la nación».

en la fuerza y términos prevenidos a V. E. en orden superior del 9 del próximo pasado, tuve en consideración, no la disidencia de Santa Fe y sus hostilidades, sino otras varias causas que impulsaron aquella medida consecuente a las exposiciones de V. E. en el particular y sobre todo los grandes obstáculos que representaban irrealizable la expedición proyectada sobre Lima; pero como la supremacía del Estado de Chile parece que en el día calcula mejor sus intereses y se dispone a los esfuerzos y sacrificios que demanda la citada expedición, ha acordado esta superioridad, quede sin efecto la expresada orden del 9 en la parte que a V. E. pareciere oportuno; es decir, que si en aquélla se previno quedasen en Chile sólo dos mil hombres del ejército de los Andes, podrá disponer que todo éste se detenga y aún que los escuadrones de Cazadores a caballo regresen a aquel Estado, si también se creyesen necesarios para la anunciada expedición, en el concepto de que por estas nuevas incidencias no ha de verificarse el importante proyecto que se propuso este gobierno de allanar con el ejército del mando de V. E. y auxiliar el del Perú las provincias que en él ocupa y devasta el enemigo».

El gobierno al transmitir esta revocación le dice a San Martín que queda igualmente sin efecto «la providencia relativa al paso de las tropas desde esa ciudad a la de Tucumán» y que meditando con la prudencia y previsión que le caracterizan, informe a la superioridad lo que estime oportuno en la materia» (1).

Al mismo tiempo y por conducto privado, Pueyrredón le escribía a San Martín: «Contesto a la de usted de 16 próximo pasado — la carta de Pueyrredón es de 1º de mayo como el oficio precedente — en que me incluye copia de la confidencial de Guido. La orden para la venida de este ejército nunca tuvo por objeto la guerra de Santa Fe, y sí sólo la necesidad de abrirnos el Perú, reuniendo a esas fuerzas las de Belgrano; pero pues que se ha resuelto decididamente expedicionar sobre la costa, yo estoy conforme que suspenda el ejército el paso de los Andes a pesar de mi última anterior resolución oficial».

«Aseguro a usted, agrega Pueyrredón, que miro con más confianza la empresa a Intermedios que a Lima; y ella, con buen suceso, remediará inmediatamente los ahogos en que nos tiene la escasez de numerario. Cinco mil hombres con armamento para igual número son irresistibles no siendo en Lima; ésta fué mi opinión cuando nos juntamos en mi chacra. El ejército de La Serna con sólo la noticia de estar cortado será necesariamente disuelto; porque puesto en la necesidad de atender a su retaguardia en gran distancia, perderá la mayor parte de sus fuerzas que son formadas en nuestras provincias» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 270.
(2) *Ibídem*, t. VI, pág. 617.

Al mismo tiempo que se le notificaba a San Martín la orden revocatoria del repaso del ejército de los Andes, oficialmente se le pedía que diese a conocer su plan de operaciones. San Martín contestó que su plan para obrar sobre el Perú era el mismo que ya había dado a conocer estando en Curimón y al hacerlo agregó una relación de todo lo que necesitaban para expedicionar sobre los Puertos Intermedios del Perú con eficacia. Pero como lo veremos oportunamente, esta orden revocatoria llegó a sus manos cuando parte del ejército de los Andes ya había salvado la Cordillera y se encontraba en Mendoza (1).

Cuando estas comunicaciones llegaban a conocimiento de San Martín, éste se había dirigido ya al jefe interino del ejército de los Andes, general don Antonio González Balcarce, previniéndolo para que estuviese preparado en caso de posibles contingencias. Estas comunicaciones de San Martín a Balcarce llegaron al interesado cuando se encontraba todavía en las últimas operaciones de la guerra del Sur, en la provincia de Concepción, y terminada esta guerra

(1) En esta relación había declarado San Martín que necesitaba para su futura empresa tres mil hombres de infantería, doscientos de caballería y trescientos de artillería, como igualmente cien zapadores. Pedía además los transportes para el traslado de esas tropas y cuatro lanchas cañoneras para proteger el convoy, lo mismo que un tren de artillería de diez y seis piezas, de las cuales ocho debían ser de montaña, seis de batalla, dos morteros, dos obuses y el cureñaje necesario para dichas piezas.

Minucioso como era, formuló igualmente el detalle de todo lo que necesitaba en armas, en artículos de maestranza y en proyectiles de guerra, y así pidió dos mil pares de herraduras, cincuenta y nueve mil clavos para las mismas, tres mil fusiles de repuesto, 500 sables, 1.000 carabinas, 1.600 lanzas enmangadas, 8 zorras, 2 cabríos completos, 2 cabrestantes, 300 cajones de pólvora de cañón, 200 cajones de pólvora de fusil, 400 cajones de plomo, 300.000 piedras de chispa, 1.200.000 cartuchos de fusil, 200.000 cartuchos de fogueo, 600 tiros para cada pieza de batalla, 300 bombas, 200 granadas, 4.000 ó 5.000 granadas de mano, un juego de herramientas para 100 zapadores, 80.000 sacos de tierra, 600 palas enmangadas, 600 azadas, 300 zapapicos, 200 barretas, 20 hachas grandes, 100 escalas de asalto, 200 parihuelas, un puente portátil en maroma, 20 docenas de cohetes de señal, 200 fajinas incendiarias, 100 antorchas, 300 carpas, 200 pabellones de armas y finalmente, como él lo dice, «el dinero necesario para una reducida caja militar».

El mismo día en que San Martín presentaba a su gobierno esta relación — era el 25 de Mayo de 1819 — por otro conducto se dirigía al ministro del Gobierno de Chile, que lo era el señor Echeverría, sucesor en ese puesto de Irizarri, y le hacía llegar a sus manos una carta original remitida por el doctor don José Antonio Alvarez Jonte. Aprovechando esas circunstancias y recogiendo los informes contenidos en ese documento, San Martín le dice a Echeverría: «Es indudable que con dificultad puede presentarse coyuntura más favorable para desquiciar enteramente los planes del virrey de Lima y tal vez su total destrucción. Si S. E. el supremo director de ese Estado aprueba la expresada expedición, es de necesidad se completen sin perder un solo momento todos los cuerpos del ejército Unido, como igualmente el que los aprestos necesarios para la citada expedición se hagan con la misma premura de tiempo, pues creo que los cinco meses que deben mediar hasta fines de octubre desde la fecha, apenas serán suficientes para el apronte de las adyacencias y demás artículos necesarios.

«Cuatro lanchas cañoneras serían de suma utilidad en la expresada expedición, así como los buques de guerra que se hallan en Buenos Aires pertenecientes a ese Estado. Si como creo, lo expuesto es de la aprobación de V. E. y del supremo director, estoy pronto, no obstante el estado de mi salud, a concurrir con mis cortos esfuerzos al resultado de ella». *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 464.

Balcarce se puso en viaje para Santiago adonde llegó a fines de febrero, como así se lo dió a conocer a San Martín.

De Santiago, González Balcarce se dirigió a Curimón, y desde su cuartel general escribióle al jefe supremo del ejército de los Andes, observándole que en su sentir era «un delirio» el pretender llevar cuerpos de Chile, pues sólo el regimiento directorial, que era el único con que se contaba, había tenido cerca de doscientos desertores. Al mismo tiempo, le dice que va a despachar a todo trance los cuerpos que allí se encuentran, y que le avisará con oportunidad el día en que emprendan su marcha.

El 5 de abril encontramos a González Balcarce poniéndose nuevamente en comunicación con San Martín, y le previene que todo el ejército, a la espera de las resoluciones de éste, se encuentra reunido en ese valle de Curimón. Forzado por las circunstancias le hace saber que para que esos cuerpos repasen la Cordillera, se le debe mandar sin tardanza mulas de silla y carga, y le comunica además que los cuerpos del Sur han llegado «con una baja notabilísima». No deja de apuntar una circunstancia, y es la baja aún mayor que va a producirse al emprenderse el movimiento ordenado. «Alvarado, escribe, ha perdido toda su música a su tránsito por las inmediaciones de Santiago, donde se protege descaradamente a cuantos quieran quedarse».

Esto, sin embargo, no modificó en nada el ánimo de San Martín y pocos días después escribióle a González Balcarce, para que de ese ejército acantonado en Curimón se desprendiesen dos escuadrones de Cazadores a caballo, con un tren de ocho piezas volante y ocho artilleros.

Cuando San Martín tomó esta resolución, la dió a conocer en oficio del 16 de abril a su gobierno, y significó en éste que, una vez llegada a Mendoza aquella fuerza, se la podría aumentar con setecientos u ochocientos hombres de caballería, siempre que se aceptase su plan, de proceder a la creación de un tercer escuadrón de cazadores.

Por su parte, González Balcarce no hizo otra cosa que ejecutar las órdenes de San Martín, y desde su cuartel general en Curimón, escribióle: «Van los escuadrones de Granaderos a caballo, dejando sobre sesenta plazas entre enfermos y una partida que hacía tiempo mantenían a la parte del Sur y no he podido se haga regresar por más que he invitado al gobierno sobre el particular. He dicho a usted la oposición que hay a que el ejército repase la Cordillera, y por consiguiente no han de dispensar medio alguno para entorpecer el movimiento, dando tiempo a que vengan las nieves, que ya no hay día seguro para que aparezcan. Necochea va prevenido de forzar sus marchas cuanto sea posible y calcula que cuando más tardará cuatro días en ponerse en Uspallata» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 84.

En oficio del 30 de abril, San Martín se dirigió a su gobierno haciéndole saber que había repetido las órdenes para que se llevase a cabo cuanto antes el repaso de estas fuerzas, y para que una vez llegadas a Mendoza, saliesen ellas a incorporarse al ejército de Tucumán, comandado por el coronel Francisco Cruz.

Cuando San Martín se enteró, por comunicación de González Balcarce, que se encontraban ya en camino el batallón 1º de cazadores y tres escuadrones de granaderos, dispuso en el acto que saliesen para la Cordillera las mulas que debían transportarlos a Mendoza, y le escribió a González Balcarce para que las fuerzas del ejército de los Andes que quedaban en Chile, lo fuesen bajo el comando del coronel don Juan Paz Castillo, por encontrarse ausente el coronel Las Heras, a quien en rigor le correspondía esa distinción. «Prevenga V. S. en las instrucciones que deje al coronel don Juan Paz del Castillo, le dice San Martín, que no debe dar un solo paso con la división que queda a su mando, si un previo acuerdo con el diputado de las Provincias Unidas, en el entretanto llega la resolución de nuestro gobierno sobre este particular» (1).

Pero mientras San Martín se expresaba así en sus comunicaciones a Balcarce, por otro conducto se dirigía a don Bernardo O'Higgins y le demostraba con su proceder hasta qué punto se hacía el ejecutor de las órdenes del directorio. «Por el extraordinario que hice antes de ayer, le dice en carta del 9 de abril, se habrá impuesto de la necesidad en que me he visto de hacer venir a ésta a los escuadrones de Necochea: el chubasco o tormenta que amenaza por ésta es preciso contenerla con buena caballería, que es de lo que carecen Belgrano y Viamonte: con la base de los escuadrones de cazadores, podrá formarse en ésta en muy poco tiempo un cuerpo de ochocientos a mil caballos capaces de hacer variar el semblante de las cosas; si a esto se agrega un tren de artillería volante de ocho piezas, usted crea que pueden hacer cambiar de aspecto las cosas, pero para verificar este plan se carece de sables y carabinas, las que espero me remita usted, aquellas que buenamente pueda. Opino que en razón a lo avanzado de la estación será imposible, aunque venga orden del gobierno, que el ejército repase los Andes; en fin, veremos» (2).

Días más tarde, San Martín vuelve a dirigirse a O'Higgins. Le hace saber que está deseando «con la mayor ansia» la llegada de los sables que le tiene pedidos para poder armar, le dice, «la recluta para los cazadores a caballo y dos escuadrones más de milicias que deben marchar a Tucumán», y pasa luego a tratar un punto relacionado con la seguridad de Chile: «Mucho celebro, escribe, la aprehensión de Juan Francisco Prieto. Pero, amigo mío, estoy viendo que si usted no se arma de la fibra que le es natural, los empeños nos tienen de abrumar y los malvados quedarán impunes. Amo a usted como

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 485.
(2) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 677.

a un amigo querido; amo a Chile, y por estas razones le suplico se revista de la energía necesaria para castigar los delitos; de lo contrario usted y el país serán víctimas».

Después de escrita esa carta, toma San Martín nuevamente la pluma y con esa misma fecha le dice: «Ya he dicho a usted con fecha del 25 la suspensión de la marcha del ejército de los Andes sobre la cual he consultado a nuestro Pueyrredón. Nada me gusta el aspecto que presenta la provincia de Concepción. Es preciso e indispensable ocurrir a esta necesidad del modo más enérgico, de lo contrario tendremos que seguir una segunda campaña, derramamientos de sangre y, sobre todo, paralizar las operaciones ulteriores que tenemos que hacer». «Usted verá, agrega luego, no ha sido admitida la mediación de los diputados de ese gobierno, en esa consecuencia les digo pueden retirarse; en una palabra, mi amigo, estoy viendo y palpando *que sólo en Chile se puede formar la ciudadela de la América,* siempre que todos los amigos tengan la energía suficiente para verificarlo».

«Ya habrá usted sabido, concluye San Martín, el notición sobre Fernando; esto nos abre un horizonte que no podíamos esperar. La América parece que tiene un Dios tutelar que la auxilia en sus mayores apuros» (1).

Estos antecedentes demuéstrannos el hondo interés que tenían para San Martín las cosas del Plata como de Chile, pero nos demuestran igualmente el interés superior que ejercían en su ánimo las de América. San Martín estaba en Mendoza con el cuerpo, pero con el espíritu estaba en Lima, punto culminante en el orden de sus votos y de sus preferencias.

Las fuerzas enviadas por González Balcarce, obedeciendo a las instrucciones de San Martín, repasaron la Cordillera en los primeros días de mayo, y el 4 de ese mes San Martín notificó a su gobierno que se encontraba ya en territorio argentino un batallón de Cazadores, que era el que comandaba Alvarado, y tres escuadrones de Granaderos a caballo, «pero en un estado, dice él, sumamente deplorable, pues creo es la única vez haya pasado a pie mi tropa y en estación tan avanzada».

Consecuente con las instrucciones que le había transmitido el directorio, San Martín le significó a Alvarado, como a Necochea y Escalada, bajo el comando de los cuales habían pasado los granaderos, que exigía la orden de dirigir esas fuerzas sobre Tucumán para incorporarse al ejército del Alto Perú allí acantonado bajo las órdenes del coronel Francisco Cruz. En forma respetuosa, pero enérgica, los tres jefes se resistieron a la ejecución de la orden y la

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas,* pág. 679.
Al decir de un comentarista de este documento — don Benjamín Vicuña Mackenna —, el notición al cual alude San Martín en esta carta, parece ser el intento de rebelión producido en el ejército de Cádiz antes del levantamiento definitivo de Riego, que luego se efectuó el 1º de enero de 1820.

fundamentaron en razones que San Martín no pudo dejar de elevar a la consideración de la suprema autoridad.

Alvarado observóle a San Martín que las fuerzas comandadas por él habían llegado a Santiago después de la campaña del Sur, venciendo toda clase de miserias y de intemperies y que sin tomar el menor descanso habían continuado la marcha para Curimón, de donde emprendieron la travesía de los Andes. «Aun no bastarían estas consideraciones, le dice en su oficio, ni la de dos años y medio de continuas fatigas que sufre este cuerpo, para interrumpir el debido cumplimiento de la orden de V. E., si no estuviese cierto de la total destrucción de los pequeños restos de tropas que han quedado». Alvarado le hace presente a San Martín en esas circunstancias, en pro de su tesis, la escasez de oficiales de que padece el ejército residente en Chile, y la cantidad de enfermos que hay en él. Al terminar declara: «Me lisonjeo al persuadirme es constante a V. E. el respeto que me han merecido sus determinaciones y el desprecio con que he mirado mis sacrificios personales para darles el lleno de sus objetos con proporción a mis alcances; pero para el cumplimiento de ésta, dígnese atender las objeciones que propongo con la más debida subordinación; y con los mejores conocimientos que le asisten, resuelva lo que estime por más conveniente».

Por su parte, el capitán Manuel Escalada se dirige a San Martín y le dice: «La fuerza de los tres escuadrones, sólo es de doscientos hombres: una parte de ellos tiene que pasar al hospital a curar heridas y enfermedades, otra reclama sus licencias, manifestando la oferta que V. E. les hizo a todos los que voluntariamente han prestado su servicio que podrían restituírse a sus casas luego que se diese la libertad a Chile. Si esto, Excmo. señor, no es cumplido, crea V. E. con seguridad que en el momento mismo de movernos, son concluídos los escuadrones de Granaderos a caballo; estos soldados, fatigados de sus campañas, desean descanso y lo esperan de V. E.».

Mariano Necochea argumenta en el mismo orden de ideas que lo hacen Alvarado y Escalada y concluye diciendo que la compañía de ciento dos granaderos que está bajo su mando se encuentra en un estado de desnudez que aflige. «Tengo cuarenta y dos enfermos, escribe textualmente, y cuarenta reclutas que aun no saben girar, de modo que la fuerza que realmente hay disponible no es compuesta sino de ciento diez y seis hombres» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 453.
San Martín, como era su deber, dió a conocer a su gobierno la representación que pusieron en sus manos cada uno de estos jefes, y al remitirlas, declaró él que las consideraba «sumamente fundadas», diciendo al mismo tiempo que no contase el gobierno con que esa división marchase al Perú, es decir, al Alto Perú, que era en ese momento nuevo punto de obsesión para los que se habían convertido en directores de las operaciones militares de la revolución. «Con justicia, dice San Martín a Pueyrredón, deben resentirse los que se les ha prometido con la sanción de usted: para Buenos Aires o Chile, estoy seguro que marcharán gustosos y mucho más sabiendo que es para una expedición al Perú. — Bajo estos principios

Por estas y por otras razones que no es del caso exponer, la división que trasmontó los Andes no se trasladó a Tucumán, y San Martín la acantonó en la provincia de Cuyo, dejando parte de esas fuerzas en Mendoza, y enviando parte de ellas a San Luis y a San Juan. Al mismo tiempo y haciendo uso de la licencia que acababa de otorgarle el gobierno, dejó el mando y se lo pasó al coronel Alvarado. Cuando esto sucedió, tomó la pluma y escribióle a su amigo Guido diciéndole: «Aquí me tiene usted separado de todo mando — la carta esta la escribía el 12 de mayo —, pues el de la división de tropas que existe en ésta se lo he entregado a Rudecindo: yo pienso marchar en breves días por un mes y medio al campo y sólo espero la llegada de nuestro Balcarce para verificarlo». Y luego: «Todos los jefes de esta división me han representado particularmente la imposibilidad de poder marchar al Perú: veremos cómo se recibe éste en Buenos Aires; por lo que sé extrajudicialmente, todos ellos están resueltos a dejar sus empleos antes que separarse del ejército de los Andes: yo los he apaciguado cuanto ha estado a mis alcances para que no se dé una campanada que nos pueda traer consecuencias fatales.

«Las Heras marchará en breves días a encargarse del mando de esa división. Lemos — alude San Martín a don Gregorio Lemos, comisario general del ejército — lo verificará para ver si puede realizarse en dinero el crédito que ha dejado en ésa en papel» (1).

soy de opinión el que esta división al mando de Rudecindo se aumente hasta el número de dos mil hombres en esta provincia y que abierta la Cordillera, pase a expedicionar en Puertos Intermedios y demás puntos del mar Pacífico con la fuerza que hemos dejado en Chile, la que deberá aumentarse según las instrucciones que lleva Las Heras, y poner una fuerza del ejército de los Andes de cinco mil hombres útiles para obrar, bien sea en el Perú, como lo llevo dicho, manteniendo la tranquilidad de Chile que se halla amenazada de convulsiones, o bien dispondrá usted de ellas para otros objetos que sea más precisos».

«Parta usted, concluye San Martín, del principio que este ejército necesita usted mantenerlo siempre reunido, pues su moral es la que debe dar la impulsión y base a todas las operaciones que usted quiera emprender: sus jefes no harán más que lo que les mande el gobierno a quien pertenecen y con algunas monturas que usted remita, como se lo pongo de oficio, y algunas piezas de paño para revestir la recluta que se va a levantar, encontrará usted una fuerza disciplinada y capaz de sostener la causa decididamente». *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 619.

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 244.

En esos días San Martín pasaba por un estado de verdadera tribulación. Esta determinábala la interrupción que sufría su obra libertadora y cuyas causales se encontraban tanto en Chile como en Buenos Aires. Así como él tenía sus opositores en el gobierno de ultracordillera, los tenía en los que secundaban la política directiva del Plata, y entre éstos figuraba el doctor Tagle, que era ministro de Pueyrredón. Sabemos, por lo que ya se dijo, que en el mes de febrero de 1819 y estando San Martín ya en Mendoza, fué firmado en Buenos Aires el tratado de alianza entre Chile y las Provincias Argentinas, actuando como representante del directorio argentino el doctor Tagle y del directorio chileno don José de Irizarri. Esto se hizo sin tener en cuenta para nada a San Martín, y cuando éste se enteró de lo sucedido le escribió a Guido: «Es lo más célebre la copia de los tratados celebrados sobre la expedición al Perú, sin que el general en jefe haya tenido el menor conocimiento, ni usted». Al mismo tiempo le dice: «Va el adjunto en copia que acabo de recibir: el Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del ejército: Dios se lo pague por el beneficio que me hace». Y luego: «Las comu-

Como ya lo hemos visto oportunamente, San Martín experimentó una viva satisfacción cuando se informó por carta de O'Higgins que el gobierno de Chile se había decidido por intervenir en el conflicto militar y político que separaba al gobierno directorial argentino con las provincias que se habían levantado en armas invocando principios federalistas. Para esto el gobierno de Chile designó una comisión, la cual se trasladó a Mendoza dispuesta a llenar su cometido entrevistándose con los caudillos rebeldes, que lo eran Artigas, López y Ramírez. La actitud de Chile fué mirada con malos ojos por parte del gobierno argentino, y el día 11 de marzo Pueyrredón escribióle a San Martín comentando esta intervención y rechazándola: «Aplaudo y agradezco el celo con que usted corre a todos los peligros del Estado; pero siento que un concepto equivocado de riesgo haya privado a usted de la comodidad que podía disfrutar por algunos días hasta que se tocase otra nueva tarea.

«Es sin duda el mismo concepto de hallarse este pueblo en riesgo de ser destrozado por los anarquistas que movió y decidió al go-

nicaciones del gobierno tan exigentes y apuradas son fecha 15 y se refieren a las de Belgrano del 7 y 9 del mismo, siendo así que este general en la suya de oficio y confidencial del 12, como se ve, no me habla una sola palabra de la bajada del enemigo; pero aun siendo esto así, ¿habría tiempo para que las fuerzas del ejército de los Andes pasasen la Cordillera y llegasen a Tucumán? ¿Para que el nuevo jefe nombrado de encargarse de ellas pudiese contener al enemigo y organizar su ejército? Sea lo que fuere, yo no haré más que obedecer, lavar mis manos y tomar mi partido, el que ya está resuelto».

El contenido de este documento nos pone en presencia de un momento crítico en la vida de San Martín; al parecer, los propósitos que perseguía el doctor Tagle eran los de alejar a San Martín del ejército de los Andes, reemplazarlo en Chile con el general Ramón Balcarce y alejarlo de allí con el pretexto de auxiliar a Belgrano, cuando Belgrano, como lo dice San Martín, no le escribía a él en modo alguno apremiante. Esta maniobra, unida a aquella otra por la cual se firmaba un acuerdo con Chile prescindiendo de San Martín, que por muchas razones era y debía ser el primero de los interesados, le arrancó a él esta declaración, formulada en esa carta dirigida a Guido: «He dicho a usted en mi anterior que mi espíritu había padecido lo que usted no puede calcular: algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas y estoy seguro dirá usted nací para ser un verdadero cornudo; pero mi existencia misma la sacrificaría antes que echar una mancha sobre mi vida pública, que se pudiera interpretar por la ambición».

Sólo la malignidad o la ignorancia han atribuído a esta declaración de «cornudo» formulada por San Martín, un sentido doméstico o marital que no tiene. Cornudo puede ser el marido lesionado en la fidelidad conyugal, pero cornudo lo es igualmente quien debiendo saber lo que le pertenece lo ignora porque es el último en ser informado. Es esto precisamente lo que sucedió con San Martín en el caso en cuestión, y por eso, como por otras razones de orden exclusivamente político, formuló una declaración que luego se le dió un sentido torcido: vinculando la partida de la esposa de San Martín para Buenos Aires con intrigas amorosas que nunca profanaron su tálamo.

San Martín se vió en la necesidad de desprenderse de su esposa en ese momento por el estado grave de salud en que ésta se encontraba y lo hizo acompañándola de todas las solicitudes posibles para que nada sufriese en el viaje. Las relaciones de San Martín con su esposa no podían ser más íntimas ni más cordiales: desde Mendoza y con fecha 23 de febrero, San Martín le dice a O'Higgins: «Remedios me encarga mil cosas para mi señora su madre y hermana. Pienso que marche para Buenos Aires en el momento que las montoneras lo permitan, pues está visto que si continúa en este país va a ser su sepultura». Y luego más tarde: «Creo que Re-

bierno de Chile a mandar sus embajadores cerca de Artigas y usted a apoyar esta determinación de oficio y confidencialmente. Ya ha debido usted ver a esta fecha que nuestra situación es muy distinta a la que se creyó; y que lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley a los anarquistas. Pero prescindiendo de esta actitud, ¿cuáles son las ventajas que usted se ha prometido de esta misión? ¿Es acaso docilizar el genio feroz de Artigas o traer a la razón a un hombre que no conoce otra que su conservación, y que está en la razón de su misma conservación el hacernos la guerra? El sabe muy bien que una paz proporciona una libre y franca comunicación y que ésta es el arma más segura y eficaz para su destrucción, porque el ejemplo de nuestro orden destruye las bases de su imperio; esto lo empezó a sentir el año pasado y por eso me remitió todos los oficiales prisioneros y cerró los puertos orientales a nuestro comercio sin antecedente ni motivo. De aquí que él siempre dice que quiera la paz, pero sujetándola a condiciones humillantes e injuriosas a las Provincias Unidas; y de aquí es también que nunca ha podido celebrarse un ajuste permanente con esa fiera indócil. Jamás creería él que la misión de Chile había sido oficiosa de aquel gobierno, y sí que éste la había solicitado por debilidad y temor a su situación. Resultaría de aquí un nuevo engreimiento para él y un mayor aliento a sus bandidos, a quienes tendría esta ocasión más de alucinar. Por otra parte, ¡cuán humillante es para nosotros ver que la embajada se dirija a Artigas para pedirle la paz y no a este gobierno! Esto prueba que aquél es el fuerte, el poderoso y el que lleva la opinión en su favor; y que nuestro lugar político es subordinado al de aquél. Los extranjeros que vean y sepan este paso degradante para nosotros, ¿qué juicio formarán? Hay tantas razones que me es imposible vaciar en lo sucinto de una carta y que se

medios habrá llegado a Buenos Aires felizmente, pues me escribe desde la Reducción, en cuya carta me encarga mil cosas para mi señora su madre y hermana». El 30 de abril volvió a escribirle nuevamente a O'Higgins; después de otras cosas le dice: «Remedios marchó para Buenos Aires, pues el temperamento de este país no le probaba; aquí me tiene usted hecho un viudo, con sólo la compañía de Hilarión y Plaza, los que saludan a usted como igualmente Luzuriaga». VICUÑA MACKENNA: *Relaciones históricas*, pág. 282.

En sus cartas a Guido no se muestra menos solícito por su esposa que en las comunicaciones a O'Higgins. El 23 de febrero le escribe: «He encontrado a Remedios muy aliviada, pero estoy resuelto a que marche a Buenos Aires en el momento que los montoneros lo permitan, pues estoy seguro que si permanece en ésta no vivirá muchos días». Y el 23 de marzo: «Nada sé de Buenos Aires desde las últimas comunicaciones que remití a usted; pero las noticias más positivas que tenemos, son de que el camino hasta aquella capital está enteramente franco: esto me ha decidido a que Remeditos marche mañana por la mañana a unirse con su familia, pues según los facultativos, si permanece en Mendoza, su vida será bien corta». *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 227.

Cuando el general don Antonio González Balcarce llegó a Buenos Aires en los primeros días de julio de ese año, o sea de 1819, escribióle a San Martín después de su llegada: «He visto a su señora doña Remedios que me ha parecido más repuesta que nunca, y el señor Escalada me ha indicado las recomendaciones con que usted me ha aumentado sus distinciones». *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 88.

oponen a que se realice, que me he resuelto a prevenir a los diputados que suspendan todo paso en ejercicio de su comisión: también lo digo a usted en contestación a su oficio» [1].

Pero mientras este modo de pensar por parte de Pueyrredón llegaba a conocimiento de San Martín, Guido intervenía a su vez para que los representantes chilenos apresurasen su cometido, y se dirigía a aquél desde Santiago: «No varía un punto mi opinión respecto a la necesidad de una prontísima transacción con los montoneros. Convengo con usted en que cualquiera que sea el resultado de la campaña que se ha abierto contra ellos será funestísima a los intereses generales, si se decide por las armas, cuando nos veamos amagados de la expedición española. Si usted y la comisión consiguen que ambos partidos se den la mano para defender la patria, será más glorioso para usted que el triunfo de Chacabuco y de Maipú. Estos son los momentos en que es preciso sacrificarlo todo a la libertad de la tierra» [2].

San Martín estaba profundamente convencido que esta intervención no podía menos que ser beneficiosa, y consecuente con su modo de ver, le dice a Guido: «Por lo que veo esta guerra no va a concluir y sólo tengo esperanzas en que la comisión de Chile y mis buenos deseos puedan apagarla, pues de lo contrario, aunque salgamos victoriosos el resultado será perder los bravos, aniquilar todo género de recursos, aumentar mutuamente odiosidad, devastar la campaña y al fin, si viene la expedición española, ser presa de nuestras desavenencias» [3].

Pero el gobierno directorial había asumido una actitud de intransigencia y el propio ministro de la Guerra de Pueyrredón, don Matías Irigoyen, se opuso a la mediación chilena y aun a la del propio San Martín para desarmar por medios pacíficos, convencido de que ese temperamento sería contraproducente. «V. E., le dice Irigoyen a San Martín, se habrá ya desengañado y convencido de que es llegada la época de concluir con los anarquistas: que a este solo objeto se han reunido las fuerzas y no porque aquéllos en ningún caso hayan triunfado de nuestras armas, ni puedan causarnos los males que tanto se teme. Y cuando se miran casi destruídos los pequeños restos de esa turba sin orden ni concierto, ¿es posible que hayamos de empeñarnos en darles importancia llamándoles a transacción por el extraordinario arbitrio de una mediación y tan caracterizada como la que ha propuesto el gobierno de Chile?» «Yo estoy penetrado, agrega Irigoyen, de la idea que el de las Provincias Unidas no puede aceptarla sin degradar su dignidad y decoro y sin exponerlas a males más efectivos y reales de los que infundadamente se temen» [4]. Concluye el firmante de este documento

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 613.
(2) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 213.
(3) *Ibídem*, pág. 210.
(4) *Ibídem*. pág. 212.

declarando que «es necesario dejar obrar al tiempo, que con este proceder Artigas y los demás anarquistas conocerán su error y que por un orden natural, llegará el día que tanto se desea de la unión y uniformidad de ideas».

Pero a pesar de estos reparos y resistencias, que demostraban por su parte Pueyrredón y su ministro de la Guerra don Matías Irigoyen, San Martín no se dió por vencido, y en la medida de sus fuerzas trató de proseguir adelante, haciendo un llamado como él lo podía hacer, en orden a la pacificación, a los caudillos en armas.

En el mes de febrero se dirigió al general don Estanislao López, jefe de las fuerzas federalistas en la provincia de Santa Fe, y al hacerlo comenzó por declararle que los móviles que lo habían llevado a separarse del ejército a su mando, no eran otros que los de interponer sus súplicas a fin de que se cortasen a tiempo los males que gravitaban sobre los patriotas, «que teniendo las mismas ideas de libertad americana, emplean algunos medios encontrados». «El que escribe a usted, le dice, no quiere otra cosa que la emancipación absoluta del gobierno español; respeta toda opinión y sólo desea la paz y unión; sí, mi paisano, éstos son mis sentimientos. Libre la patria de los enemigos peninsulares, no me queda más que desear».

Días más tarde, o sea el 13 de marzo de ese mismo año, San Martín vuelve a ponerse en comunicación con López, y aborda el tema relacionado con la comisión chilena. «La comisión mediadora de Chile que remitirá a usted ésta, le dice, se compone de americanos honrados y virtuosos. Su objeto a nombre de su gobierno, no es otro que el de la libertad e independencia de nuestro país. Yo respondo a usted, bajo mi palabra, que éstos son mis sentimientos. Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan: divididos seremos esclavos: unidos estoy seguro que los batiremos: hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor. La sangre americana que se vierte es muy preciosa y debía emplearse contra los enemigos que quieren subyugarnos. El verdadero patriotismo, en mi opinión, consiste en hacer sacrificios: hagámoslos, y la patria, sin duda alguna, es libre, de lo contrario seremos amarrados al carro de la esclavitud.

«*Mi sable,* agrega, *jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas.* Usted es un patriota y yo espero que hará en beneficio de nuestra independencia todo género de sacrificios sin perjuicio de las pretensiones que usted tenga que reclamar y que estoy seguro accederán los diputados mediadores. No tendré el menor inconveniente, continúa, en personalizarme con usted en el punto que me indique si lo cree necesario. Tal es la confianza que tengo en su honradez y buena comportación, lo que espero me avise».

Pasa luego a recomendar los delegados chilenos don Salvador de la Cabadera y don Luis de la Cruz, y concluye: «Transemos nuestras diferencias; unámonos para batir a los maturrangos que nos amena-

zan y después nos queda tiempo para concluir de cualquier modo nuestros disgustos en los términos que hallemos por convenientes sin que haya un tercero en discordia que nos esclavice» (1).

En sus comunicaciones con Artigas, San Martín se reveló de la misma grandeza moral que con Estanislao López. «A usted sorprenderá, le dice al jefe de los orientales con fecha 13 de marzo, esta comunicación y máxime en un asunto en que no debo tener la menor intervención, pero conociendo usted su objeto estoy seguro me disculpará.

«Me hallaba en Chile acabando de destruir el resto de maturrangos que quedaban como se ha verificado e igualmente aprontando los artículos de guerra necesarios para atacar a Lima, cuando me hallo con noticias de haberse roto las hostilidades por las tropas de usted y de Santa Fe contra las de Buenos Aires. La interrupción de correos, igualmente que la venida del general Belgrano con su ejército de la provincia de Córdoba, me confirmaron este desgraciado suceso. El movimiento del ejército del Perú ha desbaratado todos los planes que debían ejecutarse, pues como dicho ejército debía cooperar en combinación con el que yo mando, ha sido preciso suspender todo procedimiento por este desagradable incidente. Calcule usted, paisano apreciable, los males que resultan, tanto mayores cuanto íbamos a ver la conclusión de una guerra finalizada con honor y debido sólo a los esfuerzos de los americanos». Pasa luego a significarle que de un momento para otro debe llegar a Buenos Aires una expedición de diez y seis mil hombres, según noticias que tiene recibidas él de Cádiz como de Inglaterra, y que poco le importaría esta amenaza siempre que todos los compatriotas estuviesen unidos. No siendo esto así, señálale la intervención de una comisión mediadora enviada por Chile para transar las diferencias existentes, y después de significarle que las intenciones de esta comisión no son otras que las del bien y felicidad de la patria, le dice: «Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo, y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieran atacar nuestra libertad. No tengo más pretensiones, continúa, que la felicidad de la patria. En el momento que ésta se vea libre renunciaré el empleo que obtenga para retirarme; mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en favor de los españoles y su dependencia» (2).

Más tarde San Martín volvió a dirigirse nuevamente al general López reiterando sus anteriores conceptos y conjurándolo a su política de pacificación. «Hablo a usted, le dice, lo que mi corazón siente. Si usted me cree un americano cuyos sentimientos no son otros que la libertad y felicidad de nuestro suelo, espero que esta

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 149.
(2) *Ibídem*, pág. 151.

intervención, que hago a usted como un simple ciudadano, será apoyada por usted en términos de hacer el bien a nuestro país».

Es así como San Martín cumplía con sus deberes de patriota y de soldado en una de las horas más angustiosas de la emancipación argentina.

Alejado de Chile por razones puramente circunstanciales, no hacía más que pensar en él y a él dirigía todas sus miras. Esto sin embargo no apagó en su ánimo los sentimientos que servían de levadura a su argentinidad y se dedicó a servirlos en la medida y con los elementos que las circunstancias le permitían.

Pero antes de proseguir en página aparte la exposición de nuevos hechos relacionados con este momento histórico de la vida de San Martín, es el caso de preguntarnos: ¿Procedió con justicia el directorio, o por el contrario, no cometió él un acto de desacierto político al oponerse a la intervención amistosa excogitada en aquella hora por el gobierno de Chile? En nuestro entender, el directorio no fué justo porque fué antipolítico. La intervención de los delegados chilenos traía aparejada la intervención de San Martín. Ninguno de los caudillos beligerantes veía en él a un rival, sino a un héroe, y no nos cabe duda que aceptada esta política intervencionista, se habrían ahorrado muchos males y conjurádose por aquel momento una crisis, fenómeno latente de la nueva nacionalidad. Ella habría estallado más tarde, pero su descartamiento inmediato habría permitido con ventajas para la patria, la ejecución del nuevo plan de campaña continental que en ese momento llenaba por entero la mente de San Martín.

Desgraciadamente no sucedió así, y la guerra civil, que el héroe de los Andes intentó conjurar con la intervención de su persona y con la de aquella comisión enviada por el directorio chileno, siguió su curso hasta hacer olvidar los compromisos contraídos ante la opinión en vista de una nueva campaña continental. Esta circunstancia, como la sorda oposición que se le hacía en el núcleo directorial contrario a esta política de pacificación, le obligaron a cambiar de conducta, y el 21 de junio de 1819, se dirigió al director de las Provincias Argentinas presentando su renuncia en esta forma: «Hallábame al servicio de la España el año 1811, con el empleo de comandante del escuadrón del regimiento de caballería de Borbón, cuando tuve las primeras noticias del movimiento general de ambas Américas y que su objeto primitivo era su emancipación del gobierno tiránico de la Península. Desde este momento me decidí a emplear mis cortos servicios en cualquiera de los puntos que se hallaban insurreccionados; preferí venirme a mi país nativo en el que me he empleado en cuanto ha estado a mis alcances; mi patria ha correspondido mis cortos servicios colmándome de honores que no merezco; gustoso seguiría manifestando mi gratitud si esto fuese compatible con mi elección y salud. Por lo tanto, ruego a V. E. se sirva permitirme pueda pasar a prestar mis servicios al Estado de

Chile en el que soy Brigadier, cuyo empleo admití con la aprobación de V. E. La causa que defiende aquel Estado está identificada con la de estas provincias, y los cortos esfuerzos que pueda hacer podrán refluir en ambos. Sírvase V. E. admitir, esto es con el mayor respeto y sumisión, la renuncia que hago de los empleos que poseo en este Estado concediéndome la gracia que con tanta justicia solicito» [1].

¿Cómo fué recibida esta renuncia y qué se le contestó a San Martín? Al parecer se le contestó en forma negativa, pues aun cuando no conocemos la respuesta, conocemos otro documento firmado por San Martín, dirigido a su gobierno en 26 de julio, que nos permite afirmar que la renuncia no fué aceptada. En este documento San Martín se expresa en esta forma: «Por muchos que fuesen los sacrificios que hubiese prestado a mi patria quedaría más que recompensado con las honrosas expresiones con que me favorece el Excmo. supremo director de Estado en la honorable nota de V. S. del 1º del presente. Tenga V. S. la bondad de asegurar a S. E. que el sacrificio de mi vida está pronto a hacerse en beneficio de la causa, así como que inmediatamente que me halle un poco más aliviado, lo que creo se verificará en seis u ocho días, me pondré en marcha a recibir sus superiores órdenes» [2].

El documento que precede demuéstranos que si el 21 de junio de 1819, renunciaba San Martín a los empleos que poseía en el Estado argentino — renuncia ésta más artificiosa que real —, un mes más tarde, vale decir el 26 de julio de ese mismo año, se creía todavía en servicio, y sin reticencias respondía jubiloso al llamado apremiante que le dirigía la patria.

Esta se encontraba amenazada nuevamente con el arribo de la famosa expedición, que como fantasma pavoroso hacía gravitar la Península sobre las Provincias del Plata, y haciendo un paréntesis a sus planes continentales, se creyó obligado a permanecer todavía en su tierra de origen y a defenderla con las armas del posible ataque con que se esperaba por parte de los españoles, el hacer peligrar su independencia.

Es así como San Martín cerró el primer semestre del año de 1819 y esto en momentos en que la opinión chilena había evolucionado y clamaba por San Martín, como clamaba por él cuando todavía no había pasado los Andes ni vencido a los realistas en Chacabuco. En páginas inmediatas vamos a decir cómo San Martín se irguió ante aquel peligro y cuál fué su plan para rechazar al supuesto invasor.

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 466.
(2) *Ibídem*, pág. 467.

CAPITULO XX

San Martín y la Expedición española al Plata

SUMARIO: La expedición española destinada al Perú. — Llegada de la fragata Trinidad a Buenos Aires. — El convoy pasa el cabo de Hornos y se dirige a Talcahuano. — Su encuentro con la escuadra chilena. — Nueva expedición organizada en Cádiz. — Su noticia sírvele a San Martín de pretexto para repasar los Andes. — Nota que el 15 de junio de 1819 le dirigió el ministro Irigoyen relacionada con esta expedición. — Informes que tenía al respecto el gobierno argentino. — San Martín en uso de su licencia. — A pesar de esta licencia el gobierno acude a San Martín para que provea según las circunstancias. — Se le reconoce «como antemural de la libertad de la patria». — Contestación de San Martín. — San Martín se dirige a O'Higgins y le propone movilizar la escuadra chilena. — Cartas que con este motivo le escribe a Guido. — Plan excogitado por San Martín en sus noches de insomnio. — «Cuando salga la escuadra, le dice a Guido, sería conveniente echar la voz de que marcha a destruir la de Lima». — El plan de defensa dado a conocer a O'Higgins. — Hipótesis formulada por San Martín con relación a la escuadra realista. — Proposiciones que en nombre de su gobierno somete a O'Higgins. — San Martín le escribe a Guido significándole que está facultado para tratar sobre este negocio. — Guido y su entrevista con O'Higgins y con Cochrane. — Según Cochrane nada se ganaría con la salida de la escuadra. — El marino inglés obsesionado con sus cohetes a la Congrève. — Iniciativa de Guido transmitida a San Martín. — O'Higgins y la movilización de la escuadra chilena. — San Martín y el ingeniero d'Albe. — Ordenes y disposiciones salidas de la pluma de San Martín. — Contestación de San Martín a un comunicado de Rondeau. — El congreso y las facultades correspondientes al ejecutivo. — «Las bayonetas y los sables, dice San Martín, son los que tienen que rechazar al enemigo». — Párrafo de ironía y de ponderación. — Cómo concluye San Martín sus declaraciones a Rondeau. — La invasión española y los congresales argentinos. — Instrucciones transmitidas al representante del directorio en Francia. — Rondeau y las noticias peninsulares. — «Lo cierto es, le dice San Martín en el mes de septiembre, que por ahora fué a tierra el proyecto de invadirnos». — Sus miras sobre la expedición al Perú y para evitar un rompimiento con Santa Fe. — El ministro Irigoyen y las nuevas alarmas. — Irigoyen se vuelve a San Martín y le ordena que baje con el ejército de los Andes a la capital. — San Martín en viaje. — Llega a San Luis y desde allí se dirige a Guido. — Carta que le escribe a O'Higgins anunciándole su partida para Buenos Aires. — Llega a la posta del Sauce y cambia de decisión. — Su retorno a Mendoza y carta que le escribe a O'Higgins. — La contestación dada por éste. — San Martín y la hora dramática que le reservaba el destino.

La reconquista del reino de Chile por las armas de San Martín tuvo la virtud, como ya queda demostrado, de provocar una viva alarma en el virreinato del Perú y de obligar a Pezuela a súplicas repetidas para que la Península mejorase su situación con nuevos auxilios. Fué así que en mayo de 1818 salió de Cádiz con rumbo

a las aguas del Pacífico una importante expedición, compuesta de once transportes, convoyados éstos por la fragata *Reina María Isabel,* buque que había pertenecido a la marina de Rusia, y que pasó a la española por largueza del Zar. Esta expedición se componía de cerca de tres mil hombres; pero informado a tiempo el gobierno argentino, se le mandaron avisos a San Martín para que la escuadra chilena se pusiese en guardia y tratase de capturar el convoy. Pocos días más tarde de transmitidas a Chile estas noticias, el propio gobierno argentino fué sorprendido con la llegada a la ensenada de Barragán del navío español *La Trinidad* que había salido de Cádiz formando parte del convoy, pero que en alta mar, obedeciendo a un complot ya organizado en la Península, se desprendió de aquél, para favorecer así la causa de los independientes. La llegada de este buque a las aguas del Plata permitió al gobierno argentino el imponerse de ciertos detalles de la expedición. Supo así cuál era su código de señales, en qué puertos de Chile debían hacer escala sus buques, antes de dirigirse al Callao, y conocidos estos y otros pormenores fueron transmitidos inmediatamente a Chile por vía cordillerana.

El convoy es cuestión logró pasar el cabo de Hornos sin verse incomodado en modo alguno; y una vez en las aguas del Pacífico, la fragata *Reina María Isabel,* convoyándolo, se dirigió a las aguas de Talcahuano, punto señalado para su recalada. En ese momento la escuadra chilena encontrábase ya en condiciones de poder cerrar el camino al enemigo. Componíase ésta del navío *San Martín,* de la fragata *Lautaro,* de la corbeta *Chacabuco* y del bergantín *Araucano,* con un total de más de mil hombres de tripulación sin contar una poderosa artillería. Esta escuadra, como se sabe, estaba al comando de Blanco Encalada, y decidido este jefe a ilustrar con un acto de arrojo los anales de la joven marina, se lanzó sobre la fragata *Reina María Isabel* apresándola, como apresó igualmente cuatro transportes de los que formaban el convoy.

La noticia de este serio contraste al llegar a la Península avivó allí el espíritu reaccionario de los absolutistas, y a fines de 1818 principióse a organizarse en Cádiz una nueva expedición destinada ésta, no al Perú, sino al Río de la Plata, considerado como el punto estratégico por excelencia en la guerra libertadora del Continente. Los trabajos se comenzaron con gran sigilo y cautela; pero como el gobierno argentino contaba con sus agentes secretos en la capital gaditana, fácil le fué el enterarse a tiempo de la expedición proyectada, de su alcance y de los distintos elementos que la componían. Se supo así que el encargado de organizarla era el general don José O'Donnell, conocido igualmente con el nombre del conde de La Bisbal; que ella se compondría de diez y seis navíos, trece fragatas, tres corbetas, diez bergantines, tres goletas, veintinueve barcas cañoneras, cuarenta transportes y veinte mil hombres de desembarco pertenecientes a las tres armas.

Cuando estas noticias llegaron al Plata, San Martín se encontraba en Chile empeñado en activar los preparativos para su expedición al Perú, pero desencantado en cierto sentido por la conducta vacilante y de reparos con que se obstaculizaba su plan libertador por parte de aquel gobierno.

Sabiendo pues que su patria se veía amenazada con el arribo de una expedición, creyó que ésta significaba para él una coyuntura providencial, y fué entonces que excogitó ese repaso de la Cordillera, convencido de que con esta estratagema obraría en modo eficaz sobre el ánimo de sus opositores, y la expedición al Perú entraría de nuevo en vías de ejecución.

Su partida de Chile para Mendoza la hizo pues San Martín bajo las amenazas de esta ofensiva realista; pero aconteció que llegado a la capital de Cuyo, supo por comunicaciones de su gobierno que el peligro ya había sido conjurado, ordenándose en consecuencia el no repaso del ejército de los Andes, que el mismo San Martín había sugerido.

Así pasaron los primeros meses de 1819. La expedición que fracasó en parte por haberse propagado en Cádiz una epidemia colérica y en parte por haberse amotinado un gran número de las tropas expedicionarias, volvió a ser objeto de nuevas solicitudes por parte del gobierno español, y deseoso de llevarla a cabo designó para dirigirla al general don Félix Calleja, titulado conde de Calderón, y que gozaba de cierto prestigio por haber figurado ya como virrey de México. Estas novedades coincidieron con el momento aquel en que San Martín, terminada su misión en las Provincias de Cuyo, se preparaba para repasar la Cordillera, entrar en Santiago y entregarse por entero a la expedición al Perú, ya aceptada y aun fomentada por la política del directorio y del senado chileno.

Además, sus viejos males habían renacido y un agudo reumatismo lo había postrado en cama. Esto sin embargo no lo separó a él del cumplimiento de su deber, y a fin de responder a los llamados que comenzaron a llegarle de Buenos Aires, retardó su partida (1).

Era el 15 de junio de 1819 cuando don Matías Irigoyen, ministro de la Guerra, le decía desde Buenos Aires: «Los continuados esfuerzos de los españoles y su tenacidad en el cruel empeño de reesclavizarnos han facilitado al fin los elementos de la formidable expe-

(1) «Quince días hace que me hallo postrado en cama, le escribe San Martín a Guido con fecha 15 de julio. En el día sigo con alivio y los facultativos me aseguran que en breves días estaré enteramente curado». Y después: «Con fecha del 29 del pasado me escribe Pueyrredón diciéndome podía pasar a Buenos Aires a fin de conferenciar y allanar lo necesario al sostén, elevación de fuerzas y mejor éxito de la división que se halla en ésta; pero usted conocerá me es imposible verificar semejante viaje en tiempo de invierno, pues el temperamento húmedo de Buenos Aires atrasa mi salud extraordinariamente. Hágame usted el gusto de dar mis afectos a los amigos y de decir a O'Higgins que no le escribo, tanto por no haber materia, como por el estado de mi salud». — *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 251.

dición con que nos amenazaban ha tiempo y se realiza en número de diez y ocho a veinte mil hombres, según el informe conteste de las noticias particulares que se han recibido últimamente, noticias impresas en los papeles públicos de España y multitud de cartas confidenciales dirigidas a los negociantes americanos e ingleses en esta capital.

«Se asegura que la anunciada expedición, para la que se han fletado buques extranjeros en Francia e Inglaterra, de cuyos puertos salieron, zarparían para estas costas el presente mes de junio y casi no queda la menor duda de que se ha verificado. En estas circunstancias, el gobierno supremo pone en acción todas las medidas que reclama imperiosamente la salvación del país, y siendo como es una de las muy especiales el aumento efectivo de las fuerzas, encarga y recomienda muy encarecidamente a la actividad y celo de V. E. el de la de ese ejército de su mando al máximum posible, en el concepto de que en crisis tan peligrosa, en la que debe desaparecer el sistema cubriéndonos de oprobio eterno o afirmándose para siempre el honor, gloria y libertad de la América del Sur, no ha de eximirse del servicio de las armas ninguno de sus hijos por más privilegiado que se considere.

«Hácese excusado, concluye Irigoyen, recomendar a V. E. la importancia de esta recomendación, y la superioridad espera que sin perjuicio de su cumplimiento, dictará cualquiera otra que estime conducente al esencial objeto que le impulsa, consultando a la supremacía las que demanden su resolución» ([1]).

Efectivamente, el gobierno argentino sabía por recientes comunicaciones llegadas a Buenos Aires que en el puerto de Cádiz se encontraban embarcados ya mil doscientos hombres en cuatro transportes; que en Burdeos se habían fletado varios navíos para incorporarlos a la expedición y que debían formar parte de ella el navío *San Telmo*, la fragata *Diana*, como el navío *Alejandro* y el *San Fernando*, ambos comprados a Rusia.

Cuando estas cosas sucedían y cuando tales alarmas llegaban al gobierno de Buenos Aires, San Martín se encontraba haciendo uso de la licencia que le había otorgado el directorio con el fin de reponer su salud. Teniendo en cuenta este antecedente y comprendiendo además que si la patria exigía un salvador éste no podía ser otro que San Martín, el ministro Irigoyen dirigióle un oficio el 10 de julio significándole que a pesar de la licencia otorgada y de haber designado él al coronel Rudecindo Alvarado para reemplazarle en el mando del ejército acantonado en Cuyo, debía considerarse como inspector inmediato del ejército de su mando ya en su totalidad como en las secciones en que se hallase dividido y en cuya virtud «proveerá según lo exijan las circunstancias y el buen servicio del Estado». «De orden superior, le dice, lo aviso a V. E., en contesta-

([1]) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 361.

ción a su nota de 21 de junio próximo pasado, agregando que V. E. reúna además en su persona los delicados encargos de capitán general y en jefe del citado ejército, ya sea reunido o fraccionado como he dicho, por haber sido y ser ésta la voluntad y resolución del supremo gobierno nacional, por cuya disposición lo aviso a V. E. con inclusión de la nota original del coronel don Rudecindo Alvarado sobre la reorganización del regimiento de Granaderos a caballo para que sobre este particular lo informe con la posible brevedad lo que estimase conveniente» (1).

En ese mismo día y en otro oficio, el mismo personaje en cuestión se dirigió a San Martín para significarle las angustias en que se encontraba el Estado, ya por falta de numerario en sus arcas como por las repetidas noticias que llegaban de la Península relativas a la expedición española, señalándose su arribo al Plata para los meses de septiembre u octubre, figurando también en estas angustias el saber enfermo al hombre en el cual la patria depositaba sus esperanzas. «No es la menor, dice Irigoyen textualmente, la falta de salud de V. E. cuyas virtudes y conocimientos militares reputa la superioridad como un antemural de la libertad de la patria. La nación está bien persuadida de que en cualquier estado que V. E. se halle al arribo de aquélla, consagrará toda su sangre en defensa del país. Mas esto no basta y es de necesidad se predisponga lo necesario para que no sean estériles e infructuosos los sacrificios y por esto es que contando el gobierno como contará siempre con el heroico noble esfuerzo de V. E., desearía y quiere que si fuese posible en el estado actual de su salud o cuando lo permita se transfiera a la brevedad posible a esta capital con sólo el único, urgente e importante fin de consultar y convenir con la supremacía y demás jefes militares de la nación en el plan de defensa y demás providencias que deban y puedan adoptarse en los altos empeños a que tales ocurrencias nos precisan».

Concluye Irigoyen diciéndole: «V. E. conoce bien la urgencia con que se le exige ese sacrificio, y el gobierno, sin dudar, ni un solo momento de que se prestará a él, si le fuere posible, me ordena lo avise, como tengo el honor de hacerlo para su conocimiento» (2).

Por medio de estos documentos y de otros que llegaron con oportunidad a conocimiento de San Martín, se enteró éste del estado de exaltación que reinaba en la capital argentina, y el 26 de julio envió al gobierno una nota cuyo contenido ignoramos, pero que a no dudarlo fué escrita para significar al directorio que estaba listo a responder a su llamada (3).

Por otra parte creyó que era de su deber el informar al gobierno

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 363.
(2) *Ibídem*, pág. 364.
(3) Contestando esta nota de San Martín, el ministro de la Guerra le hizo saber que se deseaba con ansia su arribo a la capital, recomendándole muy especialmente el cuidado del restablecimiento de su salud, «tanto más interesante, le dice, cuanto

de Chile de lo que sucedía y dirigiéndose a su amigo don Bernardo O'Higgins expresóse así en carta del 28 de julio: «El destino de la América del Sur está pendiente sólo de usted. No hay duda que viene la expedición a atacar a Buenos Aires y tampoco la hay de que si viene, como todos aseguran, fuerte de diez y ocho mil hombres, el sistema se lo lleva el diablo. El único modo de libertarnos es el que esa escuadra parta sin perder momentos a destrozar dicha expedición: la falta de la marina en Chile no asegura tanto ese Estado como la fuerza que usted tendrá disponible para su defensa. Si convencido de mis razones hace usted partir la escuadra para batir la expedición, San Martín ofrece a usted cumplir bajo su palabra de honor y como amigo, los artículos en los que oficialmente lo propongo: los buenos resultados penden en el sigilo, y por lo tanto soy de opinión que sólo usted, Cochrane y Guido deben estar en este arcano.

«Se me llama con la mayor exigencia a Buenos Aires, pero no partiré hasta no recibir la contestación de usted: le ruego por nuestra amistad no me la demore un solo momento. Es la ocasión en que usted sea libertador de la América del Sur. La expedición española no saldrá de Cádiz sino en todo agosto; de consiguiente da tiempo suficiente para que nuestra escuadra pueda batirlos. Si como es de esperar Cochrane lo verifica, terminamos la guerra de un golpe. Si usted se decide, venga el aviso para hacer salir de Buenos Aires los víveres y demás refrescos para nuestra escuadra al punto que indique Cochrane. Toda mi amistad se interesa en el buen éxito de este proyecto, pues de él resultará el bien general de la América» (1).

Al mismo tiempo San Martín le escribía a Guido diciéndole: «Parece no cabe duda la venida de los españoles a Buenos Aires. ¿Será o no en combinación con los portugueses? Se me llama con exigencia a Buenos Aires. Ya estuviera en marcha si mi salud me lo permitiera; lo haré luego que ésta se reponga un poco» (2).

En ese ínterin San Martín trató de hacer abstracción de todos los otros problemas que le preocupaban, y en sus horas de insomnio entregóse a la tarea de organizar un plan defensivo contando con las probabilidades que dentro de poco tiempo diez y ocho mil españoles se presentarían en actitud de desafío en las aguas del Plata.

son preciosos los momentos que es de necesidad aprovechar y no se esconde a la penetración de V. E.»

Al mismo tiempo, infórmale que según el comandante del buque *Océano* que acaba de anclar en Río de Janeiro y que al llegar a la isla de Cabo Verde entrevistóse allí con el comandante de una fragata de guerra española, sábese que en aquel punto se encontraban cuatro buques más españoles que habían salido de Cádiz en dirección al Pacífico. Dícele que esta noticia, confirmada además con las declaraciones de don Francisco Madero, es muy importante en esas circunstancias y que conviene por lo tanto transmitirla con gran celeridad a Chile por medio del representante argentino en aquel Estado.

(1) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 684.

(2) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 270.

«Si como todos afirman, le escribe a Guido, la expedición es de diez y ocho mil hombres, yo le encuentro muy feo semblante. Entre mis reflexiones de esta noche se me han ocurrido las reflexiones siguientes, únicas en mi concepto capaces de salvar al país. Por no perder tiempo que ahora debe ser tan precioso no se las copio, pero véalas usted en el oficio de O'Higgins. El amor a la patria me hace echar sobre mí toda responsabilidad si contribuyo a salvarla, aunque después me ahorquen. Usted, como verá por el oficio, va facultado por mí para esta negociación; en ella nada perderemos y todo se va a ganar. Los cincuenta mil pesos los tengo prontos y por el poder que le incluyo puede tomarlos de los amigos».

«No hay que perder un momento, agrega San Martín, si nuestro O'Higgins y Cochrane convienen salga la escuadra sin perder un solo momento. Si este paso no le parece a usted bien suspenda todo; de toda suerte, Chile, con las fuerzas que tiene y la división de Mendoza puede desafiar a Lima; si destruímos la expedición española la América es libre. Creo que en el sigilo pende el buen éxito de todo; O'Higgins, usted y Cochrane son los únicos que deben saber y estar en el arcano. Sólo después que haya salido la escuadra lo haré presente a Rondeau. Actividad, mi amigo, y el país es libre».

Concluye San Martín esta carta a Guido diciéndole: «Cuando salga la escuadra sería muy conveniente echar la voz de que marcha a destruir la de Lima» (1).

Pero no nos adelantemos al desenlace de estos sucesos y concretándonos a San Martín, digamos cuál era el plan que él había excogitado movilizando las fuerzas con que Chile contaba para su seguridad.

El plan en cuestión lo redactó San Martín el día 18 de julio y con igual fecha se lo comunicó a O'Higgins. Comienza en él por declarar que no queda la menor duda de que una expedición española fuerte de diez y ocho mil hombres debe salir del puerto de Cádiz para el Río de la Plata y que estas fuerzas pueden poner en peligro, no sólo a las Provincias Unidas, sino también al Estado de Chile. «Ignoramos al trazar este plan, le dice a O'Higgins, si estas fuerzas vendrán o no en combinación con las de los portugueses y en este caso la existencia política de Sudamérica peligra notablemente. Las fuerzas organizadas que este Estado puede oponer son bien débiles; ellas a más se hallan diseminadas en puertos muy distantes e imposible en el apuro de reunirlas por las indispensables atenciones que las ocupan. El Paraguay, Banda Oriental, Entre-Ríos y Santa Fe en disidencia y llamándonos la atención de las fuerzas que debíamos organizar para rechazar la invasión. Desgraciadamente, la experiencia ha demostrado que el fermento de las pasiones y desunión nunca se han manifestado en su solio como cuando

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 504.

nos hemos visto en mayores peligros; en una palabra, si los enemigos atacan a Buenos Aires no puede contarse para rechazar a los españoles que con las provincias de la capital, Córdoba y Cuyo; los auxilios que estas dos últimas provincias puedan dar son tardos por la distancia, y débiles por la falta de brazos. Nada puede esperarse de las de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, pues éstas tendrán que contender con las fuerzas que manda La Serna y que debe darles una impulsión para obrar en combinación con las de los que ataquen Buenos Aires».

«Este punto de vista, agrega San Martín, a la verdad, no presenta un aspecto muy lisonjero a la causa de la América del Sur y Chile; por un principio natural deberá sucumbir necesariamente. En estas críticas circunstancias, creo que sólo V. E. puede ser árbitro de los destinos del sud de América y me atrevo a hacer a V. E. la proposición, seguro de los buenos resultados a la causa general y la que no dudo sancionará mi gobierno, no mediante hallarme facultado por él mismo para tratar con usted en todo lo que pueda promover la felicidad de ambos Estados».

Establecidas estas declaraciones, pasa San Martín a formular una hipótesis y la hace considerando que la escuadra realista del Perú se vea reforzada con tres navíos y dos fragatas enviadas en su auxilio por la Península. Dado este antecedente, y partiendo aun de la base de que uno de estos navíos pudiese ser capturado por la escuadra de Chile, pasado el cabo de Hornos, resultaría evidente que por la incorporación de aquellas fuerzas, la escuadra de Lima vendría a quedar en condiciones de superioridad sobre la de Chile. Obtendría así la dominación del mar Pacífico y en este caso a la escuadra chilena no le quedaría otro arbitrio que el de «meterse» en uno de los puertos con la gran dificultad de poderla sostener. Además el virrey de Lima se hallaría en condiciones de libertad para expedicionar contra Chile en donde encontraría fuerzas escasas, «pues si los españoles atacan a Buenos Aires, necesariamente debían repasar los Andes las fuerzas del mando del coronel Las Heras, de lo que resultaría quedar débiles en todas partes, abriendo campos por este medio a los enemigos de la causa y díscolos, por alterar el orden de ese Estado».

«Yo no encuentro, dice San Martín, en la crítica circunstancia en que se encuentra América, más arbitrio que el que la escuadra de Chile salga sin pérdida de momento a destruir la expedición española que debe salir de Cádiz en todo agosto escoltada a lo más por dos fragatas de guerra, pues nada tiene que temer de las fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, pues las de Chile deben suponerlas ocupadas en el Pacífico». Esto dicho, San Martín en su nombre y a nombre de su gobierno pasa a hacerle a O'Higgins en su carácter de director de Chile las siguientes proposiciones:

1º El Estado de Buenos Aires pondrá a disposición del gobierno de Chile, siempre que éste convenga en prestar su escuadra para

destruir la expedición española, la cantidad de cincuenta mil pesos a la vista para el equipo de la escuadra.

2º Desde el día de la salida de la escuadra la división del coronel Las Heras será pagada y vestida por el gobierno de las Provincias Unidas.

3º Permanecerá en Mendoza una división de dos mil quinientos hombres de tropa de línea para ser empleada en la defensa de Chile y a disposición del mismo gobierno.

4º Estas provincias deberán poner en la de Chile en todo febrero próximo a más tardar la cantidad de seis mil caballos útiles para el servicio del Estado.

5º Las Provincias Unidas remitirán al punto que indique el almirante de la escuadra la cantidad de víveres y demás refrescos que necesite dicha escuadra.

«Si estas propuestas son admitidas por V. E., concluye San Martín, espero que su suprema resolución sea comunicada a los diputados de estas provincias, a quienes con esta fecha doy mi poder» (1).

Escrito este plan y remitido a Chile, San Martín se dirigió al mismo tiempo al representante argentino en Santiago, significándole que quedaba facultado «para tratar definitivamente este negocio», incluyéndole al mismo tiempo una libranza de cincuenta mil pesos para el caso que el gobierno de Chile aprobase y sancionase sus propuestas. «Toda responsabilidad, escribe San Martín, recae sobre mí; la influencia del tiempo y la imposibilidad de esperar contestación de nuestro gobierno en circunstancias de que la menor demora pondría en peligro la suerte de Sudamérica, debe convencer a V. S. de la necesidad de arrostrar todo si se consigue el objeto de salvar al país. No obstante llamárseme por nuestro gobierno con la mayor exigencia para la capital, no me pondré en marcha hasta no recibir contestación de V. S., la que espero sin perder un solo momento» (2).

Cuando estas comunicaciones de San Martín llegaron a conocimiento de Guido, éste se apresuró a entrevistarse con O'Higgins y con Cochrane; pero apenas fué conocido por el almirante el plan de San Martín, según Guido «se opuso abiertamente», obsesionado como estaba él con una campaña marítima sobre el Perú, y que la esperaba proficua. Cochrane tenía puestas sus esperanzas en los famosos cohetes conocidos con el nombre de Congrève y pretendía incendiar con ellos todos los buques españoles surtos en las aguas del Pacífico. «Sobre esto da este hombre tales seguridades, le dice Guido a San Martín, que no hay que contestarle, llegando al término de que apurado por mí en la conferencia de ayer por la mañana sobre las consecuencias de un contraste, me contestó con aca-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 501.
(2) *Ibídem*, pág. 505.

loramiento que con su escuadra y sus cohetes no temía a toda la escuadra inglesa».

Esta actitud de Cochrane colocó a Guido en una falsa situación. Este trató de rebatir los argumentos del almirante asegurándole que la expedición española venía a Buenos Aires y que estas noticias se tenían recibidas directamente de Gibraltar; pero el almirante se mantuvo en su propósito y para justificarlo escribióle a San Martín el 6 de agosto diciéndole que con la salida de la escuadra de Chile nada se ganaría «porque lo sabría el virrey de Lima en tiempo para hacer una dispersión e impedir que las tropas de Buenos Aires y Chile auxiliasen a sus hermanos del Plata».

«Creo pues, le dice luego, con toda la deferencia debida, que estando ya casi prontos todos los cohetes es necesario quemar primero la escuadra y transportes del Callao, esparcir proclamas y poner en movimiento al Perú si esto es practicable, a fin de contener los progresos del ejército del Alto Perú y entretenerlo en su territorio.

«Todo esto puede hacerse; y la escuadra de Chile, tocando en Valparaíso a su vuelta, puede estar en el Río de la Plata o en el Janeiro en tiempo para frustrar los planes de la España. Permítame V. E. le repita por cierto, que sólo con los cohetes podemos destruir una fuerza naval superior y que debe hacerse sin pérdida de tiempo además de la cantidad ordenada toda la posible para destruir la expedición que se aguarda del enemigo» (1).

Por su parte, don Tomás Guido le daba a conocer a San Martín una iniciativa, y partiendo de la base que él la creía segura, de que la expedición debía venir a Buenos Aires, proponíale a San Martín, siempre que la escuadra chilena no se movilizase, utilizar otras fuerzas secundarias existentes en Chile. «En Valparaíso, le escribe, existe la fragata *Argentina* de 36, corsario de las Provincias Unidas; la corbeta *Chacabuco* y dos lugres; esta fuerza, aunque todavía en pleito, puede marchar al Río de la Plata con el bergantín *Intrépido* en guerra. A su arribo a aquel puerto, se hallará probablemente en él una fragata de guerra de vapor que según cartas de Inglaterra a lord Cochrane, fecha 2 de abril, debía salir inmediatamente para estos mares con escala en el Río de la Plata. Contratado que fuese este buque por nuestro gobierno, y unido a un par de fragatas más que no creo difícil se armen allí, puede contarse con una escuadra fuerte que secundada de la fuerza sutil de las lanchas del Río den quehacer a los enemigos antes del desembarco y tal vez le hagan perder la tercera parte de su fuerza. Si consigo enviar el director de la fábrica de cohetes, puede hacerse una defensa horrible en el Río con la sola fragata de vapor» (2).

Don Bernardo O'Higgins a su vez no se revelaba más entusiasmado por la movilización de la escuadra chilena que lo estaba Guido

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 514.
(2) *Ibídem*, pág. 506.

o Cochrane. El plan de San Martín fué sujeto a un maduro examen en el cual tomaron parte él, en su carácter de director de Chile, Cochrane, como jefe supremo de la escuadra, y Guido, como representante del Estado argentino. Los pareceres no tardaron en uniformarse y pronto se convino en que la realización de ese plan, así lo declara O'Higigns a San Martín, «lejos de favorecer a Buenos Aires le perjudicaría, como también a Chile y a la causa general».

«Para convencerse de esta verdad, agrega O'Higgins, basta que V. E. reflexione que en el momento en que el virrey del Perú supiese la dirección de nuestra escuadra enviaría a este país seis mil o más hombres, suficientes para impedir que las tropas de Buenos Aires y las de Chile diesen el menor auxilio a aquella ciudad, invadida y abandonada a sí misma por el avance que hiciese el general La Serna. Por el contrario, saliendo nuestra escuadra para el Callao, como saldrá dentro de ocho días provista de todos los cohetes necesarios, debe destruir al enemigo, de lo cual responde lord Cochrane con su cabeza; y verificado esto, queda el virrey continuamente amenazado en la dilatada extensión de las costas del Perú, sin poderse exponer a alejar el ejército de La Serna, y nuestra escuadra estará en actitud de doblar el cabo, y la tropa de auxiliar a Buenos Aires sin riesgo de este país y con ventaja de aquél» (1).

Mientras los acontecimientos seguían su curso, San Martín oficiaba a Buenos Aires recomendando encarecidamente al ingeniero don Alberto d'Albe, y poniéndolo a disposición del directorio. «Este joven, lleno de conocimientos vastos, dice San Martín, de una actividad inimitable, de un valor a toda prueba y sobre todo de una moderación muy análoga al carácter americano, lo pueden hacer útil, si S. E. tiene algún proyecto de fortificación de esa capital. Los servicios que ha rendido en la campaña de Concepción han sido muy distinguidos, pero sobre todo los que prestó en la batalla de Maipú lo hacen acreedor a la consideración del gobierno».

Al mismo tiempo se dirige al directorio y le hace presente que el arma principal que debe defenderlos es la de caballería; que sólo tiene a su disposición tres escuadrones de granaderos, y la gran falta que tiene de jefes. «Por lo tanto, escribe, es necesario o que vengan los que son del cuerpo y se hallan en esa capital, o que V. E. remita otros en su reemplazo que reúnan las cualidades que son necesarias para la organización de dicho cuerpo».

Por otro conducto se dirige al gobernador intendente de Cuyo, y le pide que a la mayor brevedad le remita una noticia detallada de los oficiales de los cuerpos cívicos, tanto de infantería como de caballería y artillería que se encuentran en esa capital, y que pueden ser útiles, «para ser agregados a los cuerpos veteranos del ejército de los Andes por el tiempo que duren las presentes circunstancias»; diciéndole además en otro oficio: «Es de necesidad abso-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 513.

luta, para cualquiera operación que tenga que emprenderse en la próxima invasión que nos amenaza el enemigo, la reunión de dos mil caballos en esta provincia, para lo que se servirá V. S. repartirlos en su comprensión, procurando que toda ella sea útil para el servicio». San Martín dispone en esa ocasión que para mediados de octubre deben estar prontos para marchar a la primera orden dos escuadrones de milicias de caballería, con el completo de oficiales, dos de San Juan, y tres de San Luis, procurando que estos cuerpos se instruyan, armen y se pongan en el mejor estado de disciplina».

Estas órdenes y disposiciones salían de la pluma de San Martín en el mes de agosto, y en el mes de septiembre fué sorprendido por un nuevo comunicado de Rondeau en que éste le decía que ya no cabía la menor duda de que la expedición española venía al Plata. «Acabo de recibir, le dice, comunicaciones de nuestros diputados Gómez y García, el primero en París y el otro en Janeiro, que nos aseguran con encargo muy especial de que el país se ponga en estado de defensa sin perder momento, porque convienen que darán la vela a principios del entrante. Así pues, se hace más preciso e interesante la venida de usted lo más pronto que sea posible para que acordemos el plan que debamos adoptar, como que es usted el que ha de mandar en jefe el ejército que se forme. Entretanto usted llega se va adelantando lo que se pueda y permita la escasez de recursos, bien que en adelante podremos contar con algunos, pues el congreso empieza a dar facultades para proporcionarlos».

¿Qué contestó San Martín a este comunicado de Rondeau?

«A mí no me quedó ninguna duda, le dice, desde el momento que supe por Alvarez Condarco y Mr. Neile que se habían fletado en los puertos de Inglaterra un número crecido de transportes. Así es que por este principio se ha obrado en la provincia, y me lisonjeo de repetir a usted que para mediados de octubre se puede contar con cuatro mil hombres, entre ellos dos mil trescientos veteranos y un tren de diez y seis piezas corriente para marchar, pues hemos echado mano hasta de las campanas para la fundición de balas que nos faltaban. La tropa de línea mencionada se compone de seis escuadrones de caballería, a saber: tres de Granaderos y tres de Cazadores a caballo; el batallón de Cazadores de infantería, de Rudecindo Alvarado, fuerte en el día de novecientas plazas y de doscientos artilleros; el resto será de milicias de caballería, organizadas en siete escuadrones».

«Por tercera vez, agrega San Martín, tenía el coche a la puerta para marchar y por tercera vez he vuelto a recaer; pero esta última ha sido en términos de estar de bastante cuidado. En fin, desde ayer he empezado a conocer algún alivio, que si éste sigue y me repongo alguna cosa de la debilidad en que me hallo, me pondré en marcha lo más pronto que me sea posible» [1].

[1] *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 473.

«Yo no escribo al director del Estado, agrega luego; yo lo hago a un amigo, cuya honradez, desinterés y amor a su país son bien notorios. Usted me hará la justicia de creer que yo no sé adular, pero sí hablar con franqueza, primero por la confianza que usted me dispensa, y segundo por el interés general de nuestra patria».

En esta altura de su comunicado, San Martín detiene su exposición y le formula a Rondeau la siguiente pregunta, relacionada con la política un tanto obstruccionista del congreso. «¿Conque al fin el congreso empieza a dar algunas facultades al gobierno para que pueda proporcionar arbitrios? Compañero mío, no hay que cansar: si en las actuales circunstancias el poder ejecutivo no está revestido de unas facultades ilimitadas, y sin que tenga la menor traba, el país se pierde irremisiblemente. Los enemigos que nos van a atacar no se contienen con libertad de imprenta, seguridad individual, de propiedad, estatutos, reglamentos y constituciones. Las bayonetas y sables son los que tienen que rechazarlos y asegurar aquellos dones preciosos para mejor época. En el día, compañero querido, no puede haber otra ley que la que inspire al que manda el peligro en que nos hallamos: faltan vestuarios, falta fierro, faltan maderas; la imperiosa ley de la necesidad hace que se tome de donde se encuentre: sin este método y facultad a usted para hacerlo, ni hay fondos suficientes en el día para ponernos en defensa, ni la podremos hacer».

Después de este párrafo, en el que el sentido de la ironía se hermana admirablemente con el de la ponderación, San Martín le dice: «De este arbitrio me valí para la expedición a Chile; a cada ciudadano a quien se le tomaba cualquier artículo que necesitaba el Estado, se le daba su recibo formalizado por una comisión, y tengo la satisfacción de decir a usted que a la provincia nada se le debe, pues después se ha satisfecho con terrenos y otros mil arbitrios: este mismo plan es el que se ha adoptado en el día y sus resultados son felices». «Si somos libres, continúa San Martín, todo nos sobra, y de consiguiente los ciudadanos serán recompensados de sus esfuerzos. Yo estoy seguro, mi apreciado amigo, que si el pueblo de Buenos Aires y restos de provincias hacen un corto sacrificio y el gobierno no tiene trabas para exigirlos, estoy firmemente persuadido que batimos a los enemigos. No es una carta en la que se puede explanar muchas ideas y mucho menos en el estado en que se halla mi cabeza, pues creo que si ponemos diez mil hombres veteranos como podemos hacerlo en cuatro meses, no son los españoles los que nos hacen bajar la cerviz» (1).

San Martín concluye tan importantes declaraciones significándole a Rondeau la conveniencia que existe de reunir en los almacenes del Estado todas las jergas y ponchos que puedan encontrarse para vestir a la caballería; que sería conveniente completar los dragones de la Patria y los húsares de Sáenz, persiguiendo el propósito de

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 256.

poner así frente al enemigo diez y seis escuadrones de caballería de línea y un tren de treinta piezas volantes para asegurarse la victoria. Concluye pidiéndole que mande construir mil quinientas lanzas, según las dimensiones de las que se usan en Europa y de cuyas ventajas está convencido por las campañas de Chile.

Conviene observar aquí que obedeciendo a los datos pedidos por el congreso, el director Rondeau en los primeros días de agosto de 1819 dirigió a este cuerpo las comunicaciones que habían llegado de Europa a este respecto. «Ellas manifiestan, dice Rondeau en su oficio al congreso, ser efectiva la expedición e indispensable poner sin pérdida de tiempo en estado de defensa el territorio de estas provincias, al mismo tiempo que es sobremanera urgente dar al diputado García — era éste el ministro argentino en Río — las instrucciones que pide para no trepidar en los casos que se presenten y tengan tendencia a nuestra defensa. Son encarecidas las expresiones con que el diputado se produce en esta parte, y yo espero que Vuestra Soberanía, tomando de nuevo en consideración el asunto, adoptará las mejores, más prontas y más eficaces medidas para la seguridad del país y me dictará las instrucciones que deba dar al diputado sobre particulares que tanto interesan y en que quizá consiste la suerte de estas provincias» (1).

En la sesión celebrada por el congreso el día 14 de agosto las instrucciones de este cuerpo en lo relativo al punto consultado fueron aprobadas y se dispuso así que se oficiase al ministro de Relaciones Exteriores de Francia significándole que las Provincias Unidas estaban resueltas a sostener a todo trance la libertad e independencia que a costa de tantos y tan grandes sacrificios se habían procurado, y que no desistirían de este empeño por extraordinarios que fuesen los esfuerzos que hiciese el Rey católico para subyugarlas. Que a este fin y con el objeto de resistir a la nueva agresión que se preparaba por parte del Gabinete de Madrid, se ponían en movimiento todos los recursos que estas provincias tenían disponibles, entrando en esta vía de defensa aun la provincia de Santa Fe, con la cual se tenía ya celebrado un armisticio ilimitado y con la cual se esperaba concluir una transacción «que termine para siempre nuestras disensiones domésticas».

Se dispone al mismo tiempo por los congresales argentinos que el representante ante el gobierno de Francia anticipe la más vigorosa reclamación y cuantas protestas estime conveniente contra la entrega de la plaza de Montevideo a los españoles, manifestando al primer ministro, que si contra toda esperanza llegara a verificarse, resultarían inmediatamente, entre otros, dos inconvenientes gravísimos y de la más funesta trascendencia». Estos inconvenientes son, según los representantes argentinos, «el quebrantamiento por parte de S. M. F. de la neutralidad que tiene declarada y se ha propuesto

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 273.

sostener». Y segundo, una alteración notable y acaso un trastorno completo en nuestras relaciones subsistentes con el gobierno de S. M. F., «pues vendría a hacerse inevitable en aquel caso una alianza defensiva y ofensiva con el jefe de los orientales don José Artigas».

En la tercera de estas instrucciones se declara que estas provincias se creen con derecho a esperar y a exigir del Rey de Francia el que no preste auxilio de ninguna clase a la expedición española, ni le conceda refrescar en sus puertos, ni franquee paso a sus tropas por el territorio que ocupan las armas de S. M. F., ni le permitan tomar en él posiciones que les proporcione recomenzar la guerra con una ventaja que no tendrían si aquel país hubiese permanecido bajo el gobierno de los Orientales».

Al mismo tiempo los congresales de la referencia disponen que el doctor Gómez invite al gobierno de Francia a una alianza eventual, ofensiva y defensiva contra la España, sobre la base de una asistencia recíproca. En caso de que aquel gobierno se decida por esta alianza, podrá contar con la más viva cooperación del gobierno argentino. Se le recomienda finalmente al diplomático de la referencia, que utilice todas las noticias que le pueden llegar por vía de Londres o de Lisboa, y que emplee todo su celo, habilidad y destreza en adelantar ese negocio del modo que sea más conveniente, «esforzándose de convencer al ministro que llegado el caso, debe tomar su partido decidido contra las miras hostiles del gobierno español, ya por su propia dignidad comprometida, ya en obsequio de los grandes intereses de su imperio y ya en favor de sus amigos y aliados naturales los nuevos gobiernos de Sudamérica, de quienes tienen mucho más de esperar que de los principios liberales y de la política mezquina del Gabinete de Madrid» (1).

Pero mientras el congreso se entregaba a estas combinaciones diplomáticas con la candorosa ilusión de que ellas eran fuerzas suficientes para conjurar el peligro de la invasión al Plata, los acontecimientos seguían su curso y el directorio argentino regía su proceder de acuerdo con las noticias peninsulares que llegaban por distintos conductos. En el mes de septiembre Rondeau le decía a San Martín: «Pronto sabremos los progresos de O'Donnell, pero sean cuales fueren los resultados, lo cierto es que por ahora fué a tierra el proyecto de invadirnos»; agregando luego: «Con este correo dispongo marche a Tucumán el ejército situado ahora en las inmediaciones de Córdoba con el fin de que se vaya aumentando para la entrada al Perú más adelante; pero que quede la caballería en Córdoba por lo que pueda ocurrir nuevamente con los disidentes, de cuyas miras posteriores hay sus dudas». «También sería conveniente, agrega luego, viniese a San Luis el de granaderos o cazadores de su mando, el que tenga más fuerza, o el que a usted más

(1) *Actas secretas del Congreso de Tucumán*. Edición facsimilar, pág. 234.

le acomode a mantenerlo a la expectativa continuando allí sus adelantamientos. Yo protesto a usted que por mi parte, haré los esfuerzos posibles a evitar un rompimiento, y de este plan no me separará nadie; pero si nos hostilizan, ¿qué otro partido seguir sino el de la represalia? Me horroriza la idea de semejante guerra, y así quisiera que ni aun se presentase el más leve motivo para hablar de ella».

Pocos días antes, y abordando este tópico en otra carta, decíale a San Martín: «Los negocios de Santa Fe no se presentan nada favorables. La morosidad estudiosa con que los naturales de allí se manejan me da motivo a creer que están de acuerdo con Artigas, sobre el plan de no entrar en tratados de paz, si no declaramos la guerra a los portugueses; este último no quiere persuadirse que teniendo nosotros intenciones por el Perú y tan escasos recursos no podemos atender a todas partes» (1).

Pero si esto es lo que pensaba Rondeau a fines de septiembre en lo relativo a la expedición española, a principios de octubre había vuelto a ser víctima de las alarmas, y su ministro de Guerra, don Matías Irigoyen, se dirigía nuevamente a San Martín para significarle que aun cuando el plan del ejército expedicionario había abortado en Cádiz, «por la negra conducta de O'Donnell, presos los jefes principales y emigrada alguna oficialidad a Gibraltar, se activaba con el mayor empeño la próxima salida de la dicha expedición a estas costas».

El ministro del directorio creía, pues, que su realización era indudable y que era necesario por lo tanto prepararse, como él lo dice, «instantáneamente a la defensa». Dado este estado de cosas, y creyendo que el único salvador de la patria en peligro podía ser San Martín, escribióle: «En tales circunstancias ha resuelto el gobierno supremo que haciendo V. E. aproximar a San Luis toda la infantería del ejército de los Andes acantonado en esa provincia y montando de ella lo que sea posible, con esa montada y toda la caballería de la citada sección se dirija brevemente a esta capital, instruyendo de sus movimientos al general interino del ejército auxiliar del Perú, a quien se previene hoy lo conveniente, marchando con todas las precauciones posibles y propias de su previsión en el territorio de Santa Fe y sus inmediaciones, con cuyo gobierno tratará de conciliar en su paso, si le fuese dable, nuestras antiguas desavenencias, estipulando y concluyendo los pactos más conformes al interés general y particular de los pueblos, y dando cuenta desde el primer punto de esta provincia en que toque para conocimiento de la superioridad, de quien no esperará nuevas órdenes en el particular hasta después del cumplimiento de la presente resolución que se recomienda» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 258.
(2) *Ibídem*, t. IV, pág. 367.

Cuando estas líneas eran refrendadas por la pluma de Irigoyen, San Martín ya había resuelto trasladarse a Buenos Aires, y para esto, abandonando Mendoza, se había puesto en viaje para la provincia de San Luis, adonde llegó en la segunda quincena de septiembre. Estando ahí y poniéndose en comunicación con Guido, decíale con fecha 21 de septiembre: «Al fin me resolví a ponerme en marcha para Buenos Aires, pero no pude pasar de ésta en razón de lo postrado que llegué: en el día me encuentro muy aliviado y pienso ponerme en marcha dentro de cinco o seis días, permaneciendo en la capital sólo ocho o doce días a lo sumo».

«¿Qué me dice, le pregunta luego, de las noticias que le incluyo? A pesar de la probabilidad que tienen he mandado que sigan los aprestos, pues no creo prudente se exponga la suerte del país por meras noticias. Lo sensible es, como lo verá usted por la carta de Rondeau, que en Buenos Aires ya nada temen y de consiguiente que han suspendido los trabajos de aquéllos». Después agrega: «Si se confirman las noticias recibidas de España, me parece prudente que la fuerza de la expedición sea aumentada, si es posible, a más de seis mil hombres; pues como verá usted por la carta de Rondeau, éste está resuelto a que se verifique y de consiguiente algunos auxilios debe dar para ello. En la entrevista que yo tenga con él veré de sacar todo el partido que sea posible.

«Entretanto, es menester calcular los hospitales y tren para los dichos seis mil hombres, en la inteligencia de que por capítulo preliminar debe entrar el que Borgoño vaya de comandante de artillería: que en el momento sea nombrado para que pueda empezar a preparar lo que sea necesario».

«Yo estaré brevemente en Mendoza, concluye San Martín, a más tardar para el 10 de noviembre. La fuerza de la división de los Andes que se halla en esta provincia pasa en el día de dos mil trescientos hombres. Usted no puede calcular la energía que han desplegado los pueblos de ella, especialmente San Luis» (1).

Pero San Martín no se puso en marcha para Buenos Aires en el corto plazo de cinco o seis días, como él lo calculaba. Sus achaques lo retuvieron aún en la capital puntana y sólo en los primeros días de octubre intentó realizar su propósito. Era precisamente el 3 de este mes cuando desde allí le dice a O'Higgins: «Muy restablecido de mi larga y penosa enfermedad, me pongo en marcha mañana para Buenos Aires, desde donde escribiré a usted lo que ocurra. Se me avisa que el ejército de Belgrano acantonado en Córdoba marcha al Tucumán, excepto la caballería que queda en observación de los resultados de Santa Fe. Acabo de saber con evidencia que Carrera está en Entre-Ríos. En mi opinión su objeto será esperar que se abra la Cordillera para dirigirse a ésa» (2).

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 294.
(2) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Históricas*, pág. 687.

Consecuente con sus propósitos, San Martín resolvió ponerse en viaje y subiendo en la galera que le servía de transporte, abandonó la ciudad de San Luis rumbo a la capital del Plata. Al llegar a la posta del Sauce, fué sorprendido con la noticia de los últimos acontecimientos, relacionados con la guerra de los montoneros contra el directorio, y en vista de esto, creyó prudente y necesario retroceder, lo que así hizo emprendiendo la vuelta hacia Mendoza. El 17 de octubre el héroe de los Andes entraba nuevamente en la capital cuyana, y tomando la pluma, dos días después le escribía desde allí a su amigo O'Higgins: «Antes de ayer he llegado a ésta de regreso de la posta del Sauce, sin haber llegado a Buenos Aires con motivo de haberse roto las hostilidades por los de Santa Fe el 7 del corriente sin haber dado aviso ninguno como estaba pactado en el armisticio, pues una feliz casualidad me ha libertado de caer en manos de ellos. Don Marcos Balcarce que pasaba a ésa, el doctor Castro, Serrano, diputado de la asamblea, y otros varios que iban a Tucumán los han agarrado.

«Artigas ha pasado, según noticias, con tres mil quinientos hombres a Santa Fe. José Miguel Carrera los acompaña con algunas fuerzas que ha levantado en Entre-Ríos y entre ellos varios chilenos de su devoción.

«Hasta la fecha no he recibido órdenes algunas del gobierno con motivo de estos incidentes, de suerte que no sé la suerte que correrá la división que se halla en ésta. Yo por mi parte haré cuanto esté a mis alcances a fin de ver si puedo cortar estas disensiones que nos acarrean una guerra desoladora; de lo que ocurra avisaré a usted inmediatamente» (1).

Para O'Higgins la carta esta significó un grito de alarma. La desaparición de San Martín en esos momentos traía aparejado un trastorno absoluto en el plan ya convenido para expedicionar al Perú y fué entonces que, movido de un sentimiento generoso, escribióle estas líneas, llenas de patriotismo y de solicitud: «Un millón de veces y de felicidades nos será recordado el momento casual que le ha librado a caer en manos de esa turba cuya codicia le hace hoy aparecer en la Pampa. Sin duda creyeron los malvados aprovechar los momentos en que esperaban que por la expedición española emigrasen familias patriotas a las ciudades y pueblos interiores para robarlos y destruírlos, o tal vez esperar los momentos que ya debían considerar inmediatos del arribo de los españoles al Río de la Plata y cooperar con ellos para el fin de sus depravadas maquinaciones».

«Acuérdese usted, mi amigo, cuántas veces le he escrito y comunicado no se ponga inmediato a los tiros de esos desnaturalizados. Si realizan sus negras intenciones y casualmente no las evade usted, ¡en qué conflictos no nos hallaríamos en estos momentos! La sola idea nos aflige, como también los males que nos va a acarrear la

(1) Vicuña Mackenna: *Relaciones Históricas*, pág. 689.

invasión de tantos otros vandalajes. Yo no creo que Artigas quiera envilecer más su nombre y ver recaer sobre sí la execración de este Estado en general por la admisión en sus tropas del inmoral José Miguel Carrera y facinerosos que le acompañan.

«Don Marcos Balcarce tiene él mismo la culpa de haber sido presa de los disidentes. Sin ser brigadier en este Estado, ni menos aguardar contestación a su solicitud de incorporación a este ejército, que le ha sido negada, se puso en marcha para acá, que a no haberle sucedido la desgracia de prisionero, se encuentra en Mendoza con mi repulsa que le hubiera sido poco menos desagrable que lo sucedido. En mi anterior del correo pasado y dirigida a Buenos Aires decía a usted algo sobre esto. Me temo que esta correspondencia caiga en manos de los montoneros» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 480.

Efectivamente, era el 20 de octubre de 1819, cuando O'Higgins le había escrito a San Martín en el punto relacionado con Balcarce: «Don Marcos Balcarce me oficia desde Buenos Aires venirse a incorporar al ejército de Chile, del cual dice ser brigadier; me sorprende resolución tan decisiva y le contesto a Mendoza, que no habiendo constancia en el tribunal mayor de cuentas y oficinas de la Tesorería general del grado de brigadier conferido por el gobierno de Chile y sólo encontrarse un *Monitor* que hace referencia a la de brigadier de las Provincias Unidas, me remita los documentos que acrediten el empleo de que hace relación». «Hay muchos motivos, agrega luego, para no admitirlo, y creo que la O-O así lo piensa. No obstante, yo desearía saber a fondo la causa de venida tan violenta que no le ha permitido esperar siquiera contestación a su solicitud. Algo he oído acerca de sus pretensiones en esa capital, sus resentimientos con el gobierno, etc., etc., pero no me satisface; sería conveniente me apuntase usted algo si efectivamente hubiese cosas que mereciesen referirse». *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 479.

Por su parte, he aquí el comentario que a esta captura de Balcarce le consagra el general José María Paz: «Según la voz pública, escribe éste, no desmentida en aquel tiempo, el gobierno directorial disgustado de la resistencia del general San Martín a venir con su ejército, lo mandaba relevar por Balcarce para que tomase el mando de él. No faltó con este motivo quien atribuyese inteligencias a aquel digno jefe (alude a San Martín) con los aprehensores, lo que debe juzgarse enteramente falso. El doctor Serrano, que lo acompañaba, es muy probable que no se dirigiese para Chile, sino a Tucumán, donde tenía su familia y que llevase alguna comisión análoga al gran negocio que se tenía entre manos. Si la hubo, debió ser bien secreta, pues jamás se ha sabido. El carácter disimulado y cauto de este señor, lo hacían a propósito para estos misteriosos encargos. Más tarde, en 1822 ó 23, fué implicado en una intriga que sostuvo con los jefes españoles: una carta del general realista Olañeta, lo comprendió seriamente». — *Memorias póstumas*, t. I, pág. 362.

Por nuestra parte somos de opinión que la misión confiada a Balcarce no podía tener como objeto el destinar a este jefe como substituto de San Martín. Antes de haberse procedido a una tal medida, era elemental el que el directorio argentino contase con el beneplácito del directorio chileno, y bien sabemos, por lo que ya queda dicho en estas páginas, que para éste don Marcos Balcarce pasaba por persona indeseable. Acaso lo que pretendía Balcarce era un puesto subalterno en el ejército de los Andes y con miras que no está en nuestras facultades esclarecer.

Pero no siendo nuestro propósito el querer adelantarnos a la exposición de un desenlace que analizaremos a su hora, digamos aquí que desvanecido el peligro de la tan decantada expedición española al Río de la Plata, San Martín retornó a Mendoza, y con más anhelos que nunca clavó sus ojos en Chile, desde donde se le llamaba con apremio.

Un momento más y veremos cómo supo vivir y afrontar la hora dramática que le reservaba el destino, y como sin dejar de servir a su patria se desprendió de ella en ese instante caótico, para honrarla ante América y para ejecutar los compromisos que en su carácter de Libertador había firmado.

Pero no es nuestro propósito el de adelantarnos al desenlace que tuvieron estos acontecimientos. Digamos solamente que la expedición española al Río de la Plata se esfumó entre las sombras lejanas de la amenaza peninsular, y que si para algo sirvió lo fué para evidenciar una vez más el patriotismo vigilante de San Martín. El destino le reservaba una hora más dramática y esta la daremos a conocer cuando entremos a estudiarlo en ese otro momento político determinado por una guerra enconosa entre el federalismo montonero y el directorio.

CAPITULO XXI

San Martín, el Directorio y su retorno a Chile

SUMARIO: San Martín y el cabildo de San Luis. — Ordenes que fijan a San Martín nueva línea de conducta. — El ministro Irigoyen y su llamado apremiante. — Contestación dada por San Martín. — En oficio al gobierno de Córdoba solicita un remonto de caballadas y mulas. — Situación afligente en que se encuentra el gobernador de Córdoba. — Nuevo pedido que le dirige San Martín. — Dispuesto ya a marchar, cambia de resolución y suspende la marcha. — Causales que determinan esta actitud. — «Si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo», le dice a O'Higgins. — El alzamiento producido en Tucumán contra el gobernador de la Motta. — Actitud de San Martín ante ese suceso y ante la prisión de Belgrano. — Rondeau al frente de las tropas del directorio. — Se dirige a San Martín y le pide que acelere su marcha con urgencia. — Un negocio magno apuntado por Rondeau y comentado por Mitre. — Lo que en este punto hay de enigmático. — Oficio de San Martín al directorio sobre los sucesos de Tucumán, y la suspensión de su marcha. — Comunicación que en igual sentido le dirige al jefe interino del ejército del Alto Perú. — Contestación dada por Rondeau a San Martín. — Rondeau le transmite a San Martín la resolución del congreso y le pide que acelere su marcha. — Alvarado y Necochea designados para reemplazar a San Martín al frente de sus fuerzas. — Lo que Rondeau le escribe a San Martín por conducto privado. — La situación de Córdoba después de la asonada del 12 de noviembre expuesta por Cruz. — Grito de alarma lanzado igualmente por el gobernador Castro. — Rondeau y el congreso. — Sesión secreta celebrada por éste el 10 de diciembre. — El repaso del ejército de los Andes acordado por los congresales. — Dictamen del congreso transmitido al directorio. — Nueva renuncia presentada por San Martín. — La enfermedad invocada por él no era un pretexto sino una realidad. — Carta inédita de San Martín al gobernador Castro. — «La fortuna, le dice O'Higgins a San Martín, nos está convidando a poner la última mano a la libertad de América». — En una camilla y en hombros de sus soldados, San Martín repasa la Cordillera. — Encuentro con O'Higgins en Guchuragua. — La llegada de San Martín a Santiago. — El directorio no accede a su renuncia y lo reconoce en su investidura de capitán general del ejército de los Andes. — Un nudo gordiano desatado por San Martín. — Borgoño designado en Chile por la logia lautariana para entrevistarse con él en Mendoza. — San Martín en carta a O'Higgins acepta el nombramiento de brigadier general del ejército de Chile. — La entrevista de San Martín con Borgoño. — Carta de O'Higgins a San Martín que nos levanta la punta del velo en lo relativo a esta entrevista. — Al decir de O'Higgins, en Chile todos aguardan a San Martín para ejecutar la expedición. — En el sentir del ministro Echeverría, nada puede emprenderse en el Perú sin San Martín. — «Nos falta sólo su persona», le escribe desde Chile Rodríguez Peña. — Declaración formulada a este respecto por Pueyrredón en carta a San Martín. — San Martín en presencia de un desenlace y de un dilema. — Cómo sin traicionar su misión, y sin desobedecer, supo desprenderse del medio directorial y montonero. — La leyenda de la desobediencia. — San Martín sirviendo a su patria al tomar el camino de Chile. — La conducta de San Martín aprobada por el gobierno directorial. — Juicio del general Paz sobre la conducta de San Martín y Belgrano en aquella emergencia. — Nuestra conclusión.

Frustrado su viaje a Buenos Aires, San Martín retornó, como se ha visto, nuevamente a Mendoza y esto con el decidido propósito de empeñarse en cortar a tiempo las disensiones que, como él lo dice, acarrearían «una guerra desoladora».

¿Cómo cumplió con sus deseos y qué resultados obtuvo con su intervención? Los documentos que conocemos al respecto son escasos y sólo sabemos que deseoso de conjurar a tiempo la amenaza de una guerra civil que veía surgir en el horizonte, comenzó por dirigirse al cabildo de San Luis para que éste designase la persona que se entrevistase con los caudillos rebeldes. Esto sucedía el 22 de octubre, pero el día 28 del mismo mes modificaba su actitud y se dirigía a dicho cabildo diciéndole que sin embargo de haber solicitado él la designación de un diputado que marchase a la provincia de Santa Fe para intervenir en las desavenencias de ésta con la capital, por razones que se reservaba suspendía esta medida y que por lo tanto el cabildo no procediese a la elección del diputado.

¿Qué había sucedido? El carácter de los acontecimientos que vamos a historiar no nos permite establecer aún una respuesta categórica, pero presumimos que las órdenes que no había recibido aún, cuando le escribía su carta a O'Higgins a su vuelta de la posta del Sauce, llegaron en ese entonces a su poder y que éstas determinaron su nueva línea de conducta. Efectivamente, el ministro Irigoyen por oficio del 13 de octubre acababa de decirle desde Buenos Aires: «Y siendo por momentos más que urgente la presencia de V. E. en esta capital, al importantísimo objeto de la defensa del Estado en los peligros que de ultramar se aproximan, me encarga el gobierno supremo que en contestación a su nota sin fecha dada en la Guardia de la Carlota transcriba la anterior resolución, recomendando como tengo el honor de hacerlo su cumplimiento con prevención de que luego que se halle reunida toda la caballería, poniéndose V. E. a la cabeza, acelere sus marchas a esta provincia, en que se le espera por instantes para la actividad y ejecución de los planes meditados en obsequio de la libertad y salvación del país, dando cuenta de su arribo desde el Pergamino».

El ministro de Guerra del directorio no se contentó con este llamado apremiante y volvió a repetirlo el día 16 de octubre, declarando que además de aquellas razones ya apuntadas para que no retardase su marcha a la capital, había que agregar en el día de hoy, por desgracia, «la pérfida conducta del gobierno de Santa Fe, que olvidando el sagrado interés y la causa general e infringiendo escandalosamente los pactos celebrados con los diputados de esta Superioridad había verificado el rompimiento de la ominosa guerra que en vano se ha tratado de evitar aún con degradación de la autoridad suprema».

Irigoyen declara además en su comunicado a San Martín que el enemigo santafesino se predispone a una esforzada invasión mancomunado con el jefe de los Orientales, don José Artigas, y el in-

quieto don José Miguel Carrera, que dicen gozan de gran predicamento en las provincias de Entre Ríos, «en circunstancias de que no contamos con los cuerpos de caballería necesarios a nuestra defensa en esta inesperada agresión». Irigoyen le hace saber además a San Martín que el director supremo, «siempre invariable en mover hasta los últimos resortes de la prudencia» y con el propósito de evitar la efusión de sangre entre hermanos, había resuelto enviar como diputado a Santa Fe al doctor don Vicente Anastasio Chavarría, lo mismo que ante los otros aliados de ese gobierno y esto con el fin de que los instruyese en la necesidad «de evitar tan desastrosa guerra, consolidar nuestra unión y concurrir así a la defensa general de la patria».

Formuladas estas declaraciones, el ministro del directorio le recomienda a San Martín la exacta observancia de las órdenes que ya se le han transmitido «con especial encargo, se le dice, de la posible celeridad en su ejecución y de que si a ella se opusieren los enemigos del orden, opere V. E. hostil y vigorosamente sin esperar nuevas órdenes al intento, en la inteligencia de que la autoridad suprema, satisfecha del celo, austeridad y sentimientos de V. E. aprobará y aprueba desde ahora todas las providencias que adopte en tan importante objeto, sin otra calidad que la de dar cuenta en primera oportunidad».

En posesión de estos documentos, San Martín, con fecha 24 de octubre, contestó a su gobierno que en consecuencia de las órdenes recibidas se pondría en movimiento toda la caballería del ejército en el momento de recolectar las caballadas y muladas hasta la provincia de Córdoba, «a cuyo gobierno he oficiado, dice él, con igual data para que prepare los necesarios, igualmente que ganado para la subsistencia de la división, quedando prevenido dar cuenta a esa superioridad desde la Guardia del Pergamino de la marcha de la división». «La flacura y mal estado de la caballada, agrega, me imposibilitan absolutamente, igualmente que la falta de recados, el poder hacer marchar ninguna infantería» [1].

Efectivamente, San Martín se dirigió, como se lo decía al ministro de la Guerra, al gobernador de Córdoba, solicitándole un remonto de caballadas y de mulas, al mismo tiempo que lo hacía al gobierno de Cuyo en manera apremiante. Don Manuel Antonio de Castro, que era gobernador de Córdoba, había recibido pedidos similares por parte del general en jefe del ejército del Alto Perú y contestóle a San Martín no negándose a su pedido, pero sí significándole la situación angustiosa en que se encontraba para complacerlo. «Jamás me he visto, le dice con fecha 31 de octubre, en situación más afligida, sin entrada alguna en estas cajas por la interrupción del comercio, causada con la guerra de Santa Fe, sin el auxilio de un peso por la capital y ejecutado a mantener al ejército auxiliar

[1] *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 482.

con cuarenta reses diarias, a mantener la maestranza, el hospital, la guarnición de esta ciudad, un número considerable de reclutas, fuera de los gastos ordinarios, sin quedarme ya un recurso que no haya sido agotado. Difícil es, señor Excmo., de escribir en un oficio la urgencia de mis apuros momentáneos y la exasperación que ya noto en el pueblo y campaña sin embargo de haber cuidado de mezclar la eficacia con la suavidad. Sin embargo, como mi grande objeto es el bien y seguridad del país, cuando éste se atraviesa desprecio las querellas particulares. En consecuencia, libro en este momento órdenes al comandante general del Sauce, al de la villa de Concepción y al curato de Calamuchita para que se preparen todos los caballos que se puedan conseguir. Pero creo que para facilitar la marcha y conciliarla con la suma escasez de cabalgaduras, creo en primer lugar, salvo mejor parecer de V. E., que convendría hacer el tránsito desde el Sauce hasta el Pergamino en divisiones. En segundo lugar, convendría demorarlo algunos días, porque en noviembre entrante es cuando recién empiezan a tomar algunas carnes los caballos para poder servir. En tercero, que siendo a mi juicio imposible la colectación de cuatro mil caballos al mismo tiempo que hay la de proporcionarlos al ejército auxiliar del Perú en gran cantidad para su pronto movimiento sobre los anarquistas, es necesario que V. E. se sirva ordenar que vengan de San Luis cuantas cabalgaduras se puedan» (1).

Días más tarde, y en el mes de noviembre, San Martín se dirigió nuevamente a Castro haciéndole presente que el 10 de ese mes la división de su mando se pondría en marcha para esa provincia en viaje a la de Buenos Aires, según las instrucciones y órdenes recibidas de su gobierno. «Como digo a usted oficialmente, escribe San Martín, sacaré de San Luis mil quinientos caballos a pesar de la flacura en que se hallan por no haber llovido en todo lo que llevamos de verano. La división, desde ésta, marchará a mula, pero usted conoce que en el momento de aproximarnos a los enemigos, es preciso montar a caballo. Por lo tanto, es de necesidad absoluta me proporcione usted dos mil caballos, buenos, buenos, buenos, sin cuyo auxilio o no podré moverme de esa provincia para continuar mi marcha o me expondré a ser batido en ella. Conozco los apuros en que usted se hallará. Pero vamos a hacer este esfuerzo, con el cual creo se restablecerá la tranquilidad pública» (2).

Cuando San Martín se comunicaba así con Castro, ya tenía dadas las órdenes a Alvarado para que el batallón de su mando se pusiese en marcha para la capital; pero repentinamente modifica su resolución, y con fecha 23 de noviembre se dirige a éste ordenándole que suspenda la marcha y en el caso de haberla emprendido, que el batallón regrese a San Juan a espera de nuevas órdenes. «La cons-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 265.
(2) *Ibídem*, t. VI, pág. 266.

trucción de vestuarios, le dice, y demás aprestos que V. S. había comenzado en ésa, continuarán con la misma actividad hasta poner ese batallón en estado de poder marchar a primera orden. Luego que V. S. deje arreglado todo lo perteneciente a su cuerpo, y comunicadas las órdenes oportunas a su sargento mayor para el mejor arreglo de él, se pondrá en marcha para ésta por ser precisa su persona para seguir con el mando de la división» (1).

¿Qué había sucedido y por qué San Martín asumía esta actitud? Las causales son muchas; pero la primera en el orden cronológico de los acontecimientos nos la va a señalar él mismo en la carta que salió de su pluma dirigida a O'Higgins desde Mendoza el 9 de noviembre de ese mismo año o sea de 1819.

«Antes de ayer, le dice, he regresado de los baños en los términos que fuí. Entre los pliegos que he recibido del gobierno, me incluye Zañartú los dos para usted que le incluyo: él mismo me dice le envía a usted unos papeles incendiarios, nuevamente salidos del cuño de don José Miguel Carrera, que a mí no me los remite en razón de que Rondeau le aseguraba hacerlo; pero habiéndose olvidado, ruego a usted que luego que los vea me los envíe para ver lo que nuevamente produce aquella infernal pluma».

«Tengo orden de marchar a la capital, agrega, con toda la caballería e infantería que pueda montar; pero me parece imposible poderlo realizar tanto por la flacura de los animales como por la falta de numerario, pues los auxilios que me han remitido en letras han sido protestados por ese comercio, siendo así que venían de comerciantes ingleses».

San Martín se detiene aquí y después de trazar este acápite: «*Reservado para usted solo*», le agrega: «No pierda usted un solo momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder un solo momento marchar con toda la división a ésa, excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia: *se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo*». Y luego: «Dígame usted cómo está de artillería de batalla y montaña para la expedición, pues si falta, podremos llevar de lo que tenemos en ésta. Los montoneros se reunían el 14 en el Rosario y según comunicación de Buenos Aires su plan era atacar las fuerzas nuestras. Tengo reunidos en ésta dos mil caballos sobresalientes, los que marcharán a ésa con la división. Si vienen noticias favorables de la escuadra, haga usted estén prontas todas las mulas de silla y carga del valle para que transporten los cuerpos del pie de la Cordillera a esa capital» (2).

Cuando esta carta cruzaba la Cordillera, en la provincia de Tu-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 485.
(2) VICUÑA MACKENNA: *Relaciones Historicas*, pág. 692.

cumán se producía un alzamiento o motín militar encabezado por el capitán González, jefe del piquete de guardia que allí tenía la gobernación, pero en el cual actuaba a su vez como fuerza secreta y directiva el coronel de milicias don Bernabé Araoz. En virtud de este pronunciamiento fué depuesto el gobernador de esa provincia, que lo era el coronel don Feliciano de la Motta, y el autor del motín intentó además posesionarse de la persona del general Belgrano, violando para esto su domicilio y declarándolo en estado de arresto.

Este pronunciamiento efectuóse el día 11 de noviembre, y después de proclamarse comandante general de las fuerzas, González convocó al público al son de campanas y obligó al cabildo que nombrase al coronel Araoz gobernador, cosa que inmediatamente se hizo, al tiempo que la provincia de Tucumán se declaraba separada del gobierno central o sea del directorio.

La noticia de tamaño suceso con otros pormenores no tardó en llegar a San Martín, y alarmado él por este síntoma de anarquía, como por saber al mismo tiempo lo que acababa de suceder con el general Belgrano, se dirigió al gobernador de San Luis diciéndole: «Incluyo a V. S. en copia los oficios muy reservados que pasa el general en jefe del ejército del Perú, referente a la prisión del capitán general don Manuel Belgrano y del coronel don Domingo Arévalo. Este hecho es escandaloso; no puede menos que ser fomentado por los enemigos del orden y es de temer que sus ramificaciones se extiendan a otros puntos. Por lo tanto, encargo al conocido celo de V. S. ponga por su parte cuantos medios le sean imaginables para poner la jurisdicción de su mando a cubierto de toda tentativa».

«El mismo señor general en jefe interino me avisa, agrega San Martín, la justificación plena que tiene hecha contra el ayudante don Ventura Alegre en esa, como igualmente sus demás compañeros en la correspondencia incendiaria que éste remitía al capitán don Félix Garzón en Tucumán, cuyo individuo es uno de los conspiradores en aquella ciudad. Estas circunstancias me hacen recomendar a V. S. muy particularmente la vigilancia que debe tenerse con los oficiales que se hallan presos en ésa» ([1]).

En ese ínterin, y mientras el ejército auxiliar del Alto Perú obedeciendo a las órdenes del directorio se dirigía para Santa Fe, Rondeau abandonaba la capital y se acuartelaba en la villa de Luján al frente de mil quinientos hombres que formaban su ejército directorial, y tomando la pluma, con fecha 10 de noviembre le decía desde allí a San Martín: «Todos los motivos que hacían urgente la aproximación de V. E. con el ejército de su mando son un átomo respeto de los que han ocurrido en estos últimos días. Ellos son de un orden superior a todo lo que se puede imaginar y poner en el

([1]) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 486.

más grande de los conflictos, no ya a la presente administración, sino directamente la existencia de todas las provincias.

«Las comunicaciones de Europa novísimamente recibidas nos anuncian próximamente y de un modo indudable un mal mayor que el de la expedición española; pero no pudiendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso que V. E. acelere su marcha para imponerse y prepararnos extraordinariamente y con urgencia para que el Estado pueda ser salvado. En un negocio de la última importancia, es inútil decir más» (1).

Un historiador argentino, don Bartolomé Mitre, que fué el primero en dar a conocer este documento, formula esta pregunta: «¿Cuál era este negocio magno que se especificaba de conflicto, no siendo ni la expedición española ni la guerra civil como se decía y que afectando la existencia del Estado debía salvarlo?» En el concepto de este historiador ese negocio no era otro «que el establecimiento de una monarquía sigilosamente complotada entre los poderes públicos del Estado que se procuraba imponer al país por sorpresa y con el auxilio de la fuerza armada» (2).

Pero a nuestro entender, si esto entra en el cálculo de lo probable, lo que no resulta claro de ese documento es que las miras de Rondeau fuesen paralelas con las del congreso, más interesado que el directorio mismo en la monarquía. Esto explica la frase de la carta de Rondeau que dice: «Las comunicaciones de Europa novísimamente recibidas nos anuncian próximamente y de un modo indudable un mal mayor que el de la expedición española». El mal a que alude Rondeau no era, como se ve, el de la guerra civil; era el que estaba ligado con las noticias transmitidas por el delegado argentino ante la corte de Francia, el doctor Valentín Gómez, y estas noticias no eran otras que las relacionadas con la implantación de un trono en el Plata. ¿Intentaba Rondeau desbaratar ese plan? ¿Creía él que San Martín colaboraría a sus propósitos y se pondría así a salvo el Estado? Desgraciadamente carecemos de documentos complementarios que ilustren este punto y que nos hagan la luz plena, rompiendo así con lo que en él hay de enigmático.

Ignoramos por otra parte qué importancia le dió San Martín a este comunicado cuando él llegó a sus manos. De todos modos, lo que podemos afirmar es que para ese entonces San Martín ya había hecho su composición de lugar, y apoyado en las comunicaciones que acababan de llegarle de Tucumán, ofició al directorio el 7 de diciembre para significarle el desagrado que le causaba la sublevación de aquella guarnición, la deposición de un gobernador legítimo y el arresto del general Manuel Belgrano, como la reposición en el poder del ex gobernador don Bernabé Araoz. «Este desagradable incidente, declara San Martín, unido al de los avisos que he

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 371.
(2) *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, t. II, pág. 417.

recibido por vía de Córdoba, de que el movimiento del Tucumán estaba de acuerdo con el que debía ejecutarse con el de esta provincia luego que se verifique la salida del ejército, me ha hecho suspender la marcha que debía emprender el 11 por la mañana con dirección a esa capital. Pesadas todas estas circunstancias, espero se sirva V. E. comunicar las órdenes que tenga por conveniente sobre el movimiento de esta división».

«El nuevo ataque que mi salud ha padecido, concluye, me obliga por parecer de los facultativos a tomar los baños de Cauquenes. Creo que antes que llegue la contestación de V. E. podré estar de regreso en ésta, si es que me mejoro. En el ínterin queda con el mando de la división el coronel don Rudecindo Alvarado» [1].

Una comunicación en igual sentido dirigió al general en jefe del ejército Unido en el Alto Perú, diciéndole además que, por informe recibido, tanto por vía de Córdoba como de Catamarca, sabía él que en la provincia de Cuyo debía estallar un movimiento subversivo «luego que esta división saliese de su territorio», lo que le obligaba a suspender la marcha que ya estaba decidida.

¿Qué impresión produjo este comunicado en el ánimo del director? La contestación que Rondeau envióle a San Martín el 18 de diciembre de 1819 nos lo va a decir: «Por las copias que acompaño, le dice aquél en oficio transmitido desde su cuartel general en Arroyo del Medio, y otras comunicaciones que recibí por extraordinario, fuí instruído de las ocurrencias de Tucumán y consecuencias que de ellas debía temerse; no me resolví a deliberar en materia tan grave sin oír antes la voz suprema del congreso nacional, a quien consulté con los documentos de su referencia. Bajo el número 3 se incluye igualmente su contestación conforme a la que le ordené inmediatamente al general del ejército auxiliar del Perú, que dejando en Córdoba la guarnición competente a prevenir los males que indicaba, se pusiera inmediatamente con el resto de las tropas de su mando en marcha hacia esta provincia conforme al reiteradamente prevenido en el particular».

«Los riesgos que nuevamente asoman en esa provincia, continúa Rondeau, por la connivencia de ella y de la de Córdoba con la de Tucumán en aquel triste suceso, dan mérito a igual medida, y yo espero que poniéndola V. E. en práctica con las fuerzas que al efecto considere oportunas dispondrá sin pérdida de tiempo la rápida marcha de la restante disponible, en el concepto de que la salvación del país en crisis tan peligrosa urge imperiosamente la celeridad de las operaciones de la presente campaña, cuyo buen suceso debe restablecer el buen orden y unidad de opinión en las provincias seducidas, que incautamente conspiran a la ruina y disolución del Estado».

«Me es sensible, concluye, decir a V. E. que el contexto de su

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 488.

nota del 7 del que rige me hace temer que por desgracia no se halle en actitud de marchar por no permitirlo su salud quebrantada, en cuyo evento considero de necesidad y he resuelto que tratando V. E. de su restablecimiento con el interés que ella exige, disponga que para no perder instantes en asuntos de tan privilegiada importancia encargue el mando y breve movimiento de esa división expedicionaria al coronel don Rudecindo Alvarado o al de igual clase don Mariano Necochea, a quien recomendará con todo encarecimiento la mayor actividad y eficacia en el cumplimiento de esta providencia; en el concepto de que de su ejecución pende el interés general y aun particular de cada ciudadano» [1].

Al día siguiente, y no ya por vía oficial, sino por conducto privado o de amigo a amigo, Rondeau le dice a San Martín: «Conozco muy bien la situación actual de nuestro país y usted puede estar seguro de que mi opinión y la de los otros amigos que están conmigo simpatizan con la de usted, pero no así el resto, como verá en las comunicaciones del congreso que se le dirigen en copia.

«Yo escribo con esta fecha a Buenos Aires incluyendo su confidencial; veremos qué efecto produce. Las resultas las sabrá por un extraordinario, aunque me temo que aquí no se varíe. Por esto convendría vengan pronto las fuerzas pedidas, y más por cuanto nos ha perjudicado mucho la carta que con fecha 26 del pasado dirigí a usted y fué interceptada por los enemigos, de cuyo contenido transmito a usted parte en otra que con fecha de ayer recibirá usted por Cruz» [2].

Antes de entrar a considerar las medidas tomadas por el congreso en el momento en que Rondeau lo convierte en blanco de sus consultas, observemos que la asonada producida en Tucumán el 11 de noviembre provocó en el jefe provisional del ejército al Alto Perú una viva alarma, y deseoso de cortar el mal en su raíz, ofició al directorio exponiendo el estado angustioso de la situación. «Yo no debo engañar a V. E., escribe el general Cruz desde su cuartel general en el Pilar el 28 de noviembre. Esta provincia, si aun se mantiene en una aparente dependencia es por el temor de este ejército, pero no sólo tengo por evidente que en poniéndome a una distancia que ya no vean un riesgo tan inmediato, harán un movimiento estrepitoso, sino que también creo peligrará la existencia del señor gobernador y demás autoridades y personas distinguidas por su adhesión al orden y al gobierno.

«La revolución sucedida en Tucumán ha puesto a los perturbadores en la mayor animosidad. Ya cuentan con este apoyo más, y juzgo con fundamento que sería en vano alejar algunos de los principales corifeos; la enfermedad es ya muy general y cada día se extiende su contagio». «Yo veo una conspiración de todas las pro-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág 372.
(2) *Ibídem*, pág. 268.

vincias contra el gobierno que ellas mismas han constituído, continúa el general Cruz. Ninguno se acuerda que existan españoles con quienes pelear, ninguno piensa en franquear la parte más rica de nuestro territorio que ocupan éstos. Su principal atención y única es substraerse de la autoridad central y pensar cómo han de sostenerse los que ya se han elevado contra cualquiera fuerza que se destine para hacerlos entrar en su deber aun cuando para ello sea preciso que el país se desole».

El informante del directorio no se detiene ahí, y penetrando en un análisis más agudo de la situación, se pregunta: «En circunstancias tan desagradables, ¿qué remedio podría aplicarse con provecho?» «El de la suavidad y prudencia, responde él, ya está apurado y sus efectos han sido formar más insolentes; el de la fuerza, no juzgo lo haya para tanto conspirador, y aun cuando lo hubiera, todo es perder y acabar de arruinar estos desgraciados territorios. Ellos proclaman una federación que no entienden y que confunden con la anarquía». «Tal es el presente estado de los pueblos de la Unión, concluye Cruz. El sabio discernimiento de V. E. tomará las determinaciones que convinieren y que en la parte que me comprendan serán llenadas con la puntualidad que debo» (1).

Por su parte, el propio gobernador de Córdoba, el doctor don Manuel Antonio de Castro, lanzó un grito de alarma y le significó al gobierno el estado de compromiso en que quedaba su provincia, partiendo como debía partir de ahí para entrar en guerra con los montoneros el ejército que comandaba el general Cruz y que era su sola garantía de orden y sostén. «No me queda más fuerza para coadyuvar al orden y la seguridad de este país, declara en su oficio del 30 de noviembre al directorio, que el piquete de granaderos, arriesgadísimo a ser ganado con muy poco dinero, sin que sus oficiales puedan evitarlo, y que aun sin este peligro es insuficiente para frustrar un sacudimiento que necesariamente debe esperarse, porque no contando como no cuento con las milicias de campaña para nada, en el instante que una división o una partida de Santa Fe invada el territorio, como lo invadirá sin duda por alguno de los muchos puntos de una frontera tan dilatada luego que el ejército se aleje, o debo dejarlos venir hasta la ciudad o si he de oponerles la débil resistencia de los cien granaderos de piquete, esta será la precisa coyuntura que aprovecharán los anarquistas del pueblo para conmoverlos, derribando fácilmente una autoridad que no tiene el sostén de la opinión ni el de la fuerza. V. E. sabe el estado de la provincia de Salta, V. E. está impuesto del de la de Tucumán e informado ahora del de la de Córdoba, debe persuadirse que su separación se acerca tan pronto como se retire el ejército, sin que yo pueda oponer un remedio probable en el sacrificio de mi existencia que sea fructuoso al Estado».

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 374.

«Mientras los pueblos mantienen esta porfiada reacción, concluye el exponente, nada podemos contra el ejército realista. Es verdad que abandonándolos al delirio de lo que se llama montonera o anarquía, un desorden general nos hará más impotentes; pero siendo cierto que ahora combatimos contra dos clases de enemigos, pudiera en la sabiduría del congreso o en los consejos del gobierno hallarse un medio que nos preserve de la ruina total adonde esta fatalidad nos encamina» [1].

Una vez en posesión de estos documentos y de otros relacionados con los sucesos que estaban a la orden del día, Rondeau los pasó a estudio del congreso, el cual, para considerarlos debidamente, les consagró la sesión secreta del 10 de diciembre. Según el redactor de esa sesión, los documentos enviados por Rondeau comprendían, además de los referidos, cinco pliegos u oficios refrendados por el coronel don Bernabé Araoz, gobernador de Tucumán; cuatro salidos de la firma del jefe interino del ejército auxiliar del Perú, sin contar el remitido por el propio Rondeau, y uno firmado por San Martín. Con estos antecedentes, los congresales argentinos se entregaron a su cometido y resolvieron que en punto a movilización de milicias el directorio procediese según su prudencia, según las circunstancias y de acuerdo con los conocimientos militares que distinguían al director Rondeau.

En lo relativo al gobierno de Córdoba, díjose que podrían evitarse los riesgos señalados por aquella autoridad dejando una guarnición en la ciudad para hacer respetar al gobierno y garantir el orden, facultándosele además para que el gobernador civil nombrase un gobernador militar. Al tomarse en consideración las comunicaciones relativas con los sucesos de Tucumán, acordóse significarles a los miembros del cabildo que el congreso se declaraba satisfecho de los sentimientos expresados por esa corporación y que esperaba que sus miembros continuasen empleando todos los resortes de su poder en mantener el respeto debido a las autoridades. Declararon al mismo tiempo, que el suceso que había determinado la caída del gobernador Motta y la ascensión al poder del coronel Araoz era un suceso «desagradable», pero se declararon satisfechos, sabiendo por las declaraciones de Araoz que sus propósitos eran de dar nuevas pruebas de su amor al orden, de su respeto a las primeras autoridades y del interés que siempre le despertarían los progresos de la causa general.

Tratados estos puntos, pasó a ser tema de consideración el relacionado con la conducta y comunicaciones de San Martín, y por moción del diputado presidente, que lo era Pacheco de Melo, se determinó dejar ese punto en suspenso para tratarlo en la próxima sesión, pero resolviéndose al mismo tiempo que se manifestase al gobierno de Chile la necesidad que había de la parte del ejército argentino aun existente en aquel Estado, y que para el efecto

[1] *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 377.

«se libren las órdenes respectivas para que a la posible brevedad se ponga en marcha con el objeto de que sirva para llevar adelante los planes militares del gobierno y poner en absoluta libertad de todo enemigo el territorio de la Unión» (1).

Ignoramos si esta última resolución tomada por el congreso argentino fué transmitida al Estado de Chile. Lo que sabemos es que ese mismo día los congresales firmaron su dictamen en respuesta a las consultas formuladas por el directorio y que de acuerdo con este dictamen en esa misma ocasión dispúsose lo que ya queda consignado substancialmente en el acta, menos lo relacionado con el repaso del ejército de los Andes, que también fué motivo, como acaba de verse, de esas deliberaciones. En realidad, el dictamen del congreso no solucionaba la situación. Concretábase él a significar que en la provincia de Córdoba podía quedar una guarnición para garantía del orden y procederse aún a la nominación de un gobernador militar. El problema planteado por el motín del 12 de noviembre sólo le merecía una consideración, la cual consistía en un voto casi platónico para que el ejecutivo tomase las providencias convenientes en tiempo oportuno «contra los principales autores y cómplices de aquel trastorno», concretándose a decir que para contener los progresos de la anarquía se mantuviese el gobierno a la defensiva «ínterin se aproximan las tropas con que se haya de operar activamente a destruírla».

Una vez en posesión de este dictamen, Rondeau pasólo a conocimiento de San Martín, y no sabemos si al mismo tiempo dióle a conocer la última de las disposiciones tomadas por el congreso en su sesión secreta del 10 de diciembre y según la cual debía hacerse efectivo el repaso del ejército de los Andes. Conocidos estos documentos y convencido San Martín que el estado político de las cosas en lugar de entrar por una vía de arreglo presentaban el aspecto de agravarse con todos los pormenores desoladores que encierra siempre una guerra civil, tomó la pluma y el día 26 de diciembre se dirigió al directorio presentando su renuncia. «En vano han sido mis continuas reclamaciones a V. E. por el espacio de tres años para que me concediese la separación del mando del ejército con el objeto de recuperar mi salud. Ya no es necesaria nueva reclamación, pues mi postración absoluta me hace separarme de este encargo. Si V. E. no nombra otro general, el ejército está expuesto a su disolución. Pasado mañana marcho para los baños de Cauquenes, y aunque con ellos experimente alguna mejoría en mis dolores reumáticos, mi enfermedad al pecho no me permitirá por mucho tiempo dedicarme a trabajo alguno» (2).

(1) *Actas secretas del Congreso de Tucumán*. Edición facsimilar, pág. 282.

(2) Los baños de Cauquenes encuéntranse a 30 kilómetros de la ciudad de Rancagua, y desde los primeros años de la reconquista de Chile, eran ya famosos por la virtud de sus aguas. El abate Molina los hace figurar en su geografía de Chile como enclavados, en el orden administrativo, en el departamento de Caupolicán.

La forma con que San Martín presenta su renuncia nos obliga a abordar esta cuestión. ¿La razón de su enfermedad era exacta o acudía a ella como a un simple pretexto? Por muchos se ha creído así y hasta el propio historiador chileno, don Diego Barros Arana, lo afirmó al estudiar este momento histórico en la vida de San Martín. Posiblemente el ilustre historiador ignoraba los documentos que ahora conocemos y que nos permiten afirmar, en forma concluyente y categórica, que la enfermedad no era un pretexto y que al invocarla en tal ocasión San Martín no se apartaba de la verdad.

Para esto recordemos que ya a fines del año de 1818 y estando en Mendoza se vió de nuevo con su salud comprometida. Un gran desaliento se posesionó de él en ese entonces y al parecer, en un momento dado, intentó quedarse ahí y no repasar los Andes. Esto lo supo Belgrano, quien contestando la carta que le escribiera San Martín transmitiéndole sus confidencias, le dijo: «Cuánto siento que la salud de usted esté tan decaída. Vamos a perder mucho si ella o cualquiera otra razón nos priva de su presencia en Chile. Yo opino que en usted debe verificarse lo del Cid, que aun después de muerto su carcaja a caballo valía por una victoria. Desengáñese, usted hará un mal al país si se admite su solicitud del relevo del mando. Si no puede usted atender a las ocupaciones que trae consigo, allí tiene usted quien le ayude y bastará el que usted esté presente únicamente. Que se intime para que todo marche como es debido. Si mi voto vale de algo, si mi amistad merece lugar en la voluntad de usted, le conjuro a usted por ella y por la patria misma que se traslade a Chile. Allí hay buenos temperamentos donde puede usted residir y tal vez consiga usted la salud de que carece». «Qué importa, agrega luego, que no puede usted operar activamente. No está la monta en que opere usted o no, sino en que los enemigos sepan que usted se halla allí y en que aquellas gentes lo vean y oigan. Para los primeros fué un motivo de gusto el que usted bajase a Buenos Aires y con ese motivo han venido bastantes fábulas para alucinar a nuestros pueblos sojuzgados. A los segundos — alude a los chilenos —, los sacará usted de la apatía y los obligará con su sola presencia a que sigan el orden cuando no sea más y se empeñen en arrojar los enemigos de su suelo» (1).

A principios de 1819 y apenas San Martín hubo repasado la Cordillera, volvieron de nuevo a recrudecer sus dolencias reumáticas. Alvarado nos cuenta que al llegar él de Chile poco tiempo más tarde y al entrevistarse con San Martín en Mendoza, lo encontró enfermo de un reumatismo tan agudo, que según los propios términos de Alvarado, «le impedía todo movimiento». Este mal agravóse más tarde, y el 7 de julio, enterado Belgrano de la situación afligente por que pasaba San Martín, escribióle: «No sabía la clase de indis-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 17.

posición en que usted estaba. No ha sido poco escapar de la gangrena; deseo que así también se liberte usted de la fístula. La patria lo necesita a usted mucho. En esta circunstancia más que nunca; es preciso, pues, cuidarse y adoptar un método para estar capaz de vivir» ([1]).

San Martín pasó todo el año de 1819 acosado por sus recrudescencias reumatismales. Era el 22 de diciembre cuando dirigiéndose a don Manuel Antonio de Castro, gobernador de Córdoba, le dice en una carta que hoy damos por vez primera a la publicidad: «Antes de ayer regresé del campo algo más convaleciente de un ataque furioso de reumatismo, que me cargó al pecho y me tuvo en bastante riesgo; si mi mejoría continúa, pienso pasar en toda la semana entrante a tomar los baños de Cauquenes, única esperanza que —según los facultativos opinan— me queda de poder recuperar mi salud». Y luego: «Consecuente al escandaloso movimiento del Tucumán me he visto en la necesidad de suspender parte de la marcha de la división hasta esperar nuevas órdenes de nuestro gobierno a quien le tengo dado parte; sin embargo de esto, he hecho adelantar un escuadrón de Granaderos a caballo a la provincia de su mando y lo verificarán los otros dos en el momento que reciban sus vestuarios que ya han salido de ésta para San Luis.

«Tenemos noticias favorables del Perú. Bolívar se ha apoderado de la capital de la Nueva Granada. Cuándo querrá la suerte que cesen estas desavenencias y tengamos juicio: crea usted que esto me incomoda más que todos mis padecimientos» ([2]).

En el mes de octubre, y después de su retorno de San Luis a Mendoza, San Martín había hecho una cura termal en Tunuyán. La cura no produjo el efecto que se esperaba y cuando O'Higgins se enteró de las alternativas por las que pasaba la salud tan comprometida de San Martín, escribióle: «Siento en el alma no le hayan surtido mejor efecto los baños, como me lo anuncia su apreciable del 9». Y más tarde, con fecha 15 de diciembre: «Los continuos galopes y fatigas en la más dura estación del verano indudablemente le han acarreado a usted los terribles males que le afligen y nos mantienen en la más triste consternación. Su salud, por Dios, nos importa más que nada. El reumatismo que me anuncia en su apreciable del 6 del corriente ha sido muy peligroso; conviene, pues, no perder instantes en acudir a los remedios: los baños de Cauquenes han curado siempre tales enfermedades, y yo estoy cierto que la suya, si no es curada del todo, al menos recibirá su alivio el mal. Venga inmediatamente que el estado en que se halla lo permita, y tenga usted la bondad de avisármelo anticipadamente para mi consuelo y el de sus amigos.

«Madre y Rosita, contristadas por su falta de salud, se consuelan

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 25.
(2) *Biblioteca Nacional de Buenos Aires, sección de manuscritos.*

en la esperanza de coadyuvar a su venida en cuanto esté a sus alcances» (1).

Días antes, el mismo O'Higgins le había dicho a San Martín: «La fortuna nos está convidando a poner la última mano a la libertad de América. Ya usted ve, querido amigo, que la suerte se nos presenta propicia y que a usted le proporciona una ocasión y un motivo justo para resistir la orden de su gobierno. Sin la libertad del Perú usted está convencido que no podemos salvarnos; y ahora, éste es el momento de venir usted a Chile con esas tropas, seguro de que a los dos meses estamos en camino para lograr el objeto tan deseado» (2).

Cuando esta carta de O'Higgins llegaba a manos de San Martín, éste se encontraba en San Vicente, localidad cercana a Mendoza, postrado en cama y en la imposibilidad material de moverse. Fué entonces que el coronel Alvarado, sabiendo que los deseos del general eran los de trasladarse a Chile cuanto antes, llamó al jefe del parque, o sea al comandante Beltrán, y le ordenó la construcción de una camilla a fin de que utilizando este medio San Martín pudiese repasar la Cordillera.

La camilla fué construída en el acto, y pronta ella, como reunidos además sesenta hombres encargados de su conducción, Alvarado y Necochea se presentaron en el domicilio de San Martín y le significaron que todo estaba pronto para el viaje.

Esto sucedía en la segunda quincena de diciembre — el 20 de este mes aparece en el libro copiador de San Martín la última de sus órdenes — y el capitán de los Andes, recostado en la camilla y alzado en hombros de sus soldados, se alejaba de Cuyo y se internaba, horas más tarde, en las gargantas cordilleranas, llevando por acompañante al capitán Beltrán y al doctor Collisberry, que era su médico (3).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 486.

(2) *Ibídem*, pág. 485.

En esos días San Martín había recibido unos pliegos destinados por Zañartú al director de Chile, pliegos que San Martín no abrió y los transmitió sin enterarse de su contenido a su destinatario. Enterado de esto, O'Higgins le dice: «Qué mal hizo usted de no abrir los pliegos de Zañartú. Debe usted abrir cuanto a mí venga dirigido. Usted y yo somos una misma cosa y no cabe reservas entre dos que se han jurado ser amigos hasta la muerte».

Al parecer en estos pliegos se le daban a conocer a O'Higgins algunos pasquines venidos de Santa Fe y que posiblemente eran obra de la pluma de Carrera. «Qué imposturas, exclama en tal ocasión el director de Chile. Parto de hombres los más execrables que por desgracia ha abortado la América. Pero la virtud siempre triunfa y es recompensada en su memoria hasta la inmortalidad».

(3) La autenticidad de este episodio está abonada por el testimonio del propio Alvarado, como igualmente por lo que a este respecto nos dice Luzuriaga en su Memoria. En lo único en que Alvarado disiente con la realidad de las cosas, es en el papel influyente y directivo que se atribuye sobre el ánimo de San Martín en este entonces. Al decir de él, cuando se presentó ante el ilustre jefe en compañía de Necochea, San Martín no creía en el peligro de una revolución general en el país, y aun dió signos de una viva sorpresa cuando Alvarado le habló de este peligro. Por otra parte, al decir de ese mismo exponente, San Martín se resistía a ponerse

Los pormenores relacionados con esta travesía no han pasado a la historia, pero sabemos que enterado O'Higgins del próximo arribo de San Martín, resolvió salir a su encuentro, y en Guchuragua, localidad cercana a la capital, esperólo para extenderle sus brazos. Era el 21 de enero de 1820 cuando un periódico de Santiago, *El Telégrafo,* anunciaba el retorno de San Martín en esta forma: «El viernes por la noche hizo su entrada en esta capital el ilustre vencedor de Chacabuco y Maipú; y aunque él había suplicado que no se le hiciese recibimiento público, Su Excelencia el supremo director salió a recibirlo a dos leguas de la ciudad acompañado de toda la Plana Mayor del ejército Unido; igualmente salieron a su encuentro una diputación del ilustre ayuntamiento y un gran número de personas de todas clases de esta capital. Luego que S. E. San Martín llegó a su palacio, el cabildo pasó a felicitarlo y se sirvió un lucido refresco al que asistieron todas las personas visibles de este vecindario, contentas de tener otra vez en su seno al ilustre general San Martín. Esperamos que su interesante salud se restablecerá pronto y que su presencia servirá de estímulo para acelerar la ejecución de los altos designios que agitan al gobierno y que son esencialmente necesarios a nuestra felicidad».

En este ínterin, y mientras San Martín repasaba la Cordillera, la renuncia refrendada por él en Mendoza el 26 de diciembre llegaba a Buenos Aires, donde era tomada en consideración por el directorio, y esto no sólo para rechazarla sino también para declararle a San Martín que para el gobierno argentino continuaba siendo siempre el jefe y capitán general del ejército de los Andes, estuviese éste reunido o seccionado, lo que quería decir que se le reconocía jurisdicción, tanto sobre las divisiones argentinas existentes en Chile como sobre la que había pasado a Mendoza y cuyo comando San Martín, al retirarse para Chile, se lo había pasado a Alvarado.

«Si el gobierno supremo de estas provincias, se le dice a San Martín con fecha 8 de enero de 1820, no accedió a las continuas reclamaciones que V. E. indica en nota del 26 de diciembre último, dejó siempre a su arbitrio la elección del temperamento, tiempo y medios

en viaje, y si lo hizo fué por acceder «a la persuasión de sus amigos y no a sus convicciones».

Además Alvarado nos dice que fué él la persona que le señaló a San Martín a Chile como un punto seguro, lo que significaría — lo que no es exacto— que San Martín buscaba su seguridad en otra parte.

Estamos, como se ve, en presencia de un relato un tanto arbitrario, fruto, si no de la imaginación, de la ignorancia en que San Martín sabía tener a sus jefes cuando estaban de por medio los intereses secretos y trascendentales relacionados con sus altos designios. Los documentos citados y glosados en el curso de estas páginas, demuéstrannos que San Martín estaba lleno de la idea de Chile, por así decirlo, y que su permanencia en Cuyo sólo obedecía a un motivo estratégico y circunstancial. Por otra parte, nada escapaba a su conocimiento, y así como estaba enterado de lo que sucedía en la capital argentina, lo estaba igualmente de todo aquello que tenía por teatro las provincias en disidencia militar y política con el directorio.

que estimase oportunos al restablecimiento de su salud, sin hacer lugar a la división del mando del ejército de los Andes, cuya organización y triunfos son debidos a su celo, actividad, opinión y conocimientos militares. Estas mismas razones influyen hoy en la resolución de conceder a S. E. su paso a los baños de Cauquenes y cuidar exclusivamente de su convalecencia y entera reposición bajo aquella calidad y con la investidura de capitán general y en jefe del citado ejército ya reunido o seccionado, en cuyo concepto deberá proveer lo conveniente en orden a su fomento, disciplina y demás desde el punto donde se hallare, pues así lo exige el buen servicio del Estado en cuyo obsequio ha prestado conjuntamente tan relevantes servicios» [1].

De este modo y en virtud de tales antecedentes rompió San Martín el nudo gordiano que lo ataba a una situación que no había entrado en sus cálculos, cuando repasó la Cordillera, pretextando ante los chilenos la amenaza de la expedición española que gravitaba sobre su patria.

Como ya se ha visto, San Martín acudía a ese procedimiento como a una táctica; quería hacer cambiar a su favor, vale decir, al favor de América, una opinión en ese entonces reaccionaria y opuesta a la empresa de Lima. Por eso no se contentó con sólo el traslado de su persona, e insinuó a su gobierno la conveniencia de hacer repasar igualmente al ejército de los Andes, sabiendo él que a su simple noticia Chile se opondría a semejante medida. Como se ha visto además, la amenaza de la expedición en un momento dado asumió aspecto de verdad. San Martín se entregó a los preparativos de la defensa con vivo empeño; pero conjurado aquel peligro surgió pavoroso el de la guerra civil, que en la medida de sus fuerzas y de sus medios, trató igualmente de conjurar.

Dados los propósitos que lo animaban, su estada en Cuyo no le resultó infructuosa. Poniendo en juego su genio y los elementos que le proporcionaba la provincia, organizó allí una nueva división. Con ella esperaba reforzar el ejército de los Andes, y aumentar así las fuerzas expedicionarias del Perú. Repentinamente la lucha intestina entre las provincias y el directorio entró en el período de su virulencia, y ante semejante peligro, comprendiendo San Martín que volcarse con sus fuerzas en esta vorágine significaba retardar *sine die* la expedición por la cual venía trabajando con tanto empeño, optó por asumir una actitud decisiva, cual lo fué la de desprenderse de una situación que no había creado y que de seguirla lo desvirtuaba como libertador que era ante su patria, ante Chile, ante el Perú y ante toda la América.

(1) Esta contestación del directorio a San Martín no aceptando su renuncia no figura entre los documentos de su archivo, pero encontróla el general Mitre en el Archivo general de la Nación Argentina. El texto reproducido aquí corresponde al borrador original que con oportunidad dió a conocer el ilustre publicista.

Este momento histórico y culminante en la vida de San Martín será mejor comprendido si retrocediendo en el orden de los sucesos que estamos exponiendo, recordamos lo que con fecha 17 de marzo de 1819 le escribe O'Higgins: «Anoche resolvió O-O, que nuestro amigo don Manuel Borgoño salga hoy con toda diligencia a convenir con usted varios puntos de que dicho amigo instruirá a usted verbalmente. Aseguro a usted, mi querido amigo, que estoy sin tino, no sé lo que hago con el repaso de las tropas de los Andes; bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y los riesgos que le amenazan, pero este Estado queda en un eminente riesgo sin saber el resultado de lord Cochrane. Conozco, es cierto, que Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud nos obliga no solamente a conciliar esta medida, sino a pesar de la pérdida que debe esperarse de Chile, prestar las fuerzas que tengamos» (1).

No sabemos qué día el emisario de O'Higgins salió de Santiago para Mendoza. Lo que sabemos es que al mismo tiempo que traía él consigo esta carta de O'Higgins y las instancias de la logia lautarina para San Martín, traía además la carta que le escribía Guido y en la cual el representante argentino en Chile conjuraba a San Martín para que no hiciese efectiva su decisión. «Nuestro Borgoño, le escribe Guido, pasa a hablar con usted y hará otras explicaciones de que tiene más conocimiento en razón de no haber podido estar en todo en estos días por mi enfermedad» (2).

Terminado su cometido, Borgoño regresó a Chile llevando probablemente la carta que San Martín le escribió en ese entonces a O'Higgins agradeciendo el grado de brigadier general con que ese gobierno acababa de honrarlo. En ella San Martín decía: «Ya sería una ingratitud si no admitiese el despacho de brigadier con que nuevamente me condecora el Estado de Chile y V. E. me remite en su apreciable oficio del 20 del pasado. Mi protesta de no admitir otro empleo que el de coronel mayor era con relación sólo a las Provincias Unidas. Mi delicadeza me había hecho renunciar el que el 15 de junio de 1817 me remitió V. E. con igual condecoración. Esté V. E. persuadido que la admisión que hago de este empleo no es nominal y que sabré sostenerlo en beneficio de este Estado con el mismo interés y decisión que si hubiera nacido en él» (3).

Carecemos de los pormenores relacionados con esta entrevista celebrada entre San Martín y el representante de O'Higgins y de la logia lautarina de Santiago. No podemos por lo tanto decir al lector qué puntos se trataron en ella, pero poseemos felizmente un documento que nos levanta la punta del velo y leyéndolo podemos afirmar que en esa conferencia se resolvió un punto capital, ya que se resolvió nada menos que el no repaso del ejército de los Andes

(1) Bartolomé Mitre: *Comprobaciones históricas*, pág. 364.
(2) *Papeles del brigadier general don Tomás Guido*, pág. 220.
(3) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 431.

a Cuyo. Era el 3 de abril de 1819 cuando O'Higgins dirigiéndose a San Martín le dice: «Tengo la satisfacción de comunicar a usted cómo habiéndose oído en O-O al sargento mayor don Manuel Borgoño, el cual aseguró la absoluta deferencia de usted respecto de nuestras opiniones sobre el repaso de la Cordillera, mandado hacer al ejército de los Andes, y ulteriores operaciones consiguientes, se acordó: que todo el ejército permanezca en el país con el fin de realizar la expedición de armas al Perú, fuerte de cinco mil o más hombres, a más tardar dentro de dos meses y medio contados desde hoy.

«Que al efecto trabaje el gobierno — como ya está haciéndose — en los más prontos preparativos expedicionarios, tales como realizar trescientos mil pesos en dinero y frutos, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra, acopiar víveres, etc.

«Se cuenta al mismo fin con doscientos mil pesos que según exposición de Borgoño tiene usted allanados por parte de Buenos Aires. Sobre todo se aguarda a usted lo más pronto para que con autoridad plena se encargue de los preparativos de toda la parte militar: es decir, de la reorganización de la fuerza y del apresto y equipo de todos los útiles de guerra, así del pendiente, como del repuesto. Una comisión premunida igualmente de plena autoridad va a encargarse de la diligencia del dinero y los víveres.

«Usted ha de partir del principio que cualquiera que fuere el resultado de nuestra escuadra, no debe dejarse de mano la obra interesante de la expedición, debiéndose trabajar incesantemente en realizarla bajo cualquier aspecto que tomasen las cosas. Tal ha sido la decisión que ha recaído en este negocio después de serias meditaciones. Una íntima confianza en la cooperación de usted con todo su influjo y esfuerzos ha servido de base fundamental. Todos así lo aguardan y yo principalmente, que tengo el placer de saludarlo y de repetir tal protesta de amistad con que es de usted su verdadero amigo q. b. s. m.» (1).

A no dudarlo, esta comunicación de O'Higgins estaba vinculada a un acuerdo negociado por Borgoño con San Martín durante su estada en Mendoza. Terminado el motivo de su visita a la capital de Cuyo, Borgoño regresó a Chile y desde su regreso tomó una parte muy activa en las sesiones de la logia. Es así como con fecha 5 de abril le pudo escribir a San Martín: «Por fin está decidida ya la expedición al Perú; después de haber expuesto la opinión de usted y sus deseos en orden a este proyecto, se acordó por los amigos su realización, para cuyo fin están todos dispuestos a vencer y a allanar cuantas dificultades se presenten: el director ha prometido desplegar toda su energía y el ministerio toda su actividad;

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 492. — Esta carta, además de O'Higgins, la firma como secretario de la logia, don José Ignacio Zenteno.

algunas casas inglesas facilitan cantidades anticipadas para los aprestos, que exigen prontos desembolsos: los recursos para la expedición consisten en trescientos mil pesos a que asciende la contribución que va a imponer a los pueblos y los doscientos mil que tiene usted disponibles. Se acordó igualmente el nombramiento de una comisión facultada para hacer el acopio de dinero, víveres y todo lo necesario al efecto: usted queda con todo el poder a facilitar, ejecutar y mandar, conforme lo exige la celeridad del caso; en fin, creo que no falta nada más que la presencia de usted, nunca es más necesaria que ahora, tanto más cuanto el ejército está sufriendo una deserción horrorosa: los negocios recibirán una impulsión rápida y se removerán los obstáculos que puedan presentarse en la marcha de ellos; los ánimos están dispuestos y falta sólo este resorte». Concluye Borgoño diciéndole a San Martín: «Nada he omitido de cuanto usted me previno expusiese a los amigos, tanto en cuerpo como en particular; lo he verificado con toda la exactitud y claridad de que soy capaz. Mis deseos de que las cosas guíen del modo más análogo a nuestros intereses es grande. No dudo en la sinceridad de las intenciones de los demás; y todos ciframos nuestras esperanzas en los esfuerzos de usted y en sus trabajos» (1).

«Acábese usted de persuadir, le dice por su parte el ministro Echeverría, de que no debemos perder más un tiempo tan precioso. La presencia de usted es aquí absolutamente necesaria para poner en movimiento todos los recursos del país y llevar a cabo la expedición. Venga usted pues, y viva persuadido de que sin usted no se puede emprender nada; ni aun cuando se pudiera, nunca tendría tan feliz resultado. Yo no me cansaré jamás de repetir a usted que debe venir antes que se cierre la Cordillera».

Y varios días más tarde, o sea el 5 de mayo: «Tengo la honra y la satisfacción de informar a S. E. que está concluída la guerra civil en Chile con la toma de José Prieto, que hacía cabeza de los bandidos que infestaban la campaña; como también haber sido destruído Benavides en Curalí. Esta circunstancia y el estado en que sabemos se halla el Perú manifiestan hasta la evidencia que es llegado el caso en que debe emprenderse la expedición. Mi gobierno, mis conciudadanos todos desean que se verifique y sólo falta para llevarlo a efecto la presencia de V. E. en esta capital. Con ella se dará impulso a la máquina y antes de dos meses podría dar a la vela la expedición libertadora. Apresúrese V. E. a dar este gran golpe y acabará de coronarse de inmortal gloria» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 494.

(2) *Ibídem*, pág. 298. — El 3 de junio de ese mismo año Echeverría volvió a dirigirse a San Martín, y al hablarle de la captura del caudillo rebelde que había dado tanto que hacer en el sur de Chile al gobierno, le dice: «Ayer tarde se recibieron por mi gobierno las plausibles nuevas de haberse entregado en Talca Juan Francisco Prieto y dos Vargas, con lo que se ha terminado la guerra de vandalaje que tantos gastos nos ha causado y está restablecido el orden. Asimismo tenemos parte de Freire que comunica estar dueño de Arauco».

Don Nicolás Rodríguez Peña, que en esos momentos, como se verá a su hora, se encontraba empeñado en la organización de la expedición, une a éstos sus llamados y concluye su carta del 29 de julio de 1819 diciéndole a San Martín: «No nos falta ya sino la persona de usted, cuyo nombre vale más que el ejército que expediciona. Así lo aseguran también Jonte y los hombres de aquellas costas que ha traído la escuadra» (1).

En presencia de estos documentos, y convencido San Martín de que Chile aceptaba su plan de expedicionar al Perú, forzoso le fué volver sobre sus pasos y destruir lo hecho, es decir, hacer que el gobierno argentino dejase sin efecto la orden transmitida a Chile por propia insinuación suya relativa al repaso del ejército de los Andes. Fué entonces que se dirigió a Pueyrredón en este sentido, y convencido de que su solicitud sería acogida favorablemente, de su propia cuenta dispuso desde Cuyo que el ejército libertador no se moviese de Chile. Contestando su carta y explicando su actitud, el 19 de abril escribióle Pueyrredón: «La orden para la venida de este ejército nunca tuvo por objeto la guerra de Santa Fe y sí sólo la necesidad de abrirnos el Perú, reuniendo a esas fuerzas las de Belgrano; pero pues que se ha resuelto decididamente expedicionar sobre la costa, yo estoy conforme que suspenda el ejército el paso de los Andes, a pesar de mi última anterior resolución oficial».

Colocado San Martín en presencia de este desenlace — desenlace que por otra parte lo había preparado él con una de sus habilísimas maniobras de ingenio —, no le quedaba otra actitud que responder a los llamados de Chile y resolvióse a ello como era su deber y lo dictaban los intereses de su patria y de América. Si a aquélla se debía en momentos de una amenaza exterior, cual lo era la de la expedición organizada en Cádiz para caer como fuerza vengadora sobre el Plata, no se debía a la lucha contra los caudillos, que no buscaban la independencia, sino una federación de pueblos, más por instinto que por convicciones prácticas y doctrinales.

El peligro de semejante actitud en lo relativo a su plan continental, lo descubrió a tiempo, y como ya se ha dicho, trató de conjurarlo, como trató de conjurarlo Chile igualmente por medio de una comisión interventora. Si esta fracasó, no fué culpa de San Martín ni de los que con él colaboraban en una política de pacificación. Fracasó por razones de orden interno, y fracasó igualmente por los reparos que presentó el directorio, creyendo descubrir en esa intervención, y aun en la del propio San Martín, ante los caudillos insurrectos, una disminución de su prestigio y de su autoridad.

Por tales razones, San Martín vino a encontrarse así en presencia de un grave dilema, cuyos términos en el orden geográfico los constituían el Plata y el Mapocho.

En el primero de los casos, es decir, cediendo a las órdenes del

(1) *Archivo de San Martín*, t. IV, pág. 496.

directorio que lo llamaba para ser su sostén y defensa con sus bayonetas, complacía sin duda a una autoridad vacilante, pero se apartaba de su ruta y se traicionaba a sí mismo, ya que su espada, como él lo había dicho, no saldría jamás de su vaina para una guerra de hermanos.

No procediendo así, y respondiendo por el contrario a los llamados de Chile, se desprendía del medio directorial y montonero que repugnaba a su instinto, y se ponía así en condiciones de cumplir ciertamente su misión ante su conciencia y ante la historia. Es por esto que cuando se decidió a pasar el Rubicón, le dijo a O'Higgins: *«Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo».*

Sus enemigos, y no la opinión, lanzaron en ese entonces a los cuatro vientos una especie maligna, y se comenzó a hablar de la desobediencia de San Martín, confundiendo maliciosamente un acto de resistencia legítima, con un acto de rebeldía positiva a un mandato de la autoridad. Esta especie cundió, y cundió de tal manera, que se convirtió en leyenda, si no desdorosa, mortificante al menos para un héroe intachable.

Hoy que el tiempo ha serenado los ánimos, el punto en cuestión se presenta bajo una nueva faz —la faz que tiene, la faz que siempre ha debido tener— y apoyados, como así lo hacemos, en la reconstitución documental y minuciosa de aquel momento dramático, podemos decir franca y rotundamente que por parte de San Martín no hubo desobediencia, en el sentido estricto de la palabra, y que no hizo otra cosa que responder a los intereses supremos y al mandato recóndito con que le hablaba la patria.

La patria de San Martín, como la patria de todo argentino en ese momento, no la constituía ni el directorio, ni Artigas, ni López: caudillos en armas contra el poder central. Su patria la constituía una parcela geográfica que era necesario salvar de las amenazas realistas que la circundaban. El ejército de La Serna se preparaba para caer sobre ella por el norte, y en Lima mismo se confabulaba secretamente para organizar una nueva expedición que repitiese la jornada de Osorio, y cayendo de nuevo sobre Chile, concluyese aquí con los independientes, para luego concluir, si los sucesos le eran favorables, atacándola por su flanco cordillerano, con la revolución argentina.

Esto fué lo que vió San Martín y esto fué precisamente lo que quiso impedir, tomando el camino de Chile, cuando en sus documentos anunció que tomaba el de Cauquenes.

Los patriotas de verdad no fincaban la suerte definitiva de la revolución argentina en este o en aquel otro triunfo de la lucha del directorio con los montoneros. Sabían ellos que la suerte de su patria estaba ligada a la suerte de América, y que ésta dependía del destino que le cupiese al Perú en la gran contienda. Belgrano lo comprendió así, y es por esto que con fecha 13 de marzo de 1819

escribióle a San Martín: «Si usted se conmovió con mi bajada — alude a la orden de su gobierno que lo llamaba a Buenos Aires —, figúrese cuál me habrá sucedido con la noticia de que el ejército de su mando debe repasar los Andes; tanto más me admira esto cuanto que con fecha del 4 de éste tengo comunicaciones del director y nada me dice de un movimiento que va a retardar la ejecución de los mejores planes y quién sabe hasta qué punto perjudicar la causa en el interior y afirmar el yugo español; pero lo dispone quien manda y no hay más que obedecer» (1).

Finalmente, la propia autoridad directorial, que es la que podía haberse considerado disminuída en sus fueros con la conducta de San Martín, no sólo no puso reparo a su proceder, sino que lo aprobó, y aprobándolo lo reconoció documentalmente tan capitán de los Andes en su patria como fuera de ella.

Esto que es un hecho, y que lo justifican los documentos, como ya se ha visto, constituye el mejor de los desmentidos a la supuesta leyenda de la desobediencia de San Martín. Indebidamente se llama tal, lo que sólo fué un desenlace lógico de los sucesos, la sola solución posible para salvarnos a nosotros mismos y salvar a los otros y finalmente, el hecho que ya estaba previsto y combinado entre los directorios de Santiago y de Buenos Aires. Como pronto lo veremos, San Martín no se consideró de modo alguno por el hecho de retornar a Chile desligado de sus deberes patriotas, y tanto antes de emprender la expedición al Perú, como después de emprendida ésta, su pensamiento se volcó en el Plata al tiempo que lo hacía el blancc de sus más bellos consejos.

No queremos finalizar estas páginas sin recordar aquí lo escrito por el general Paz al comentar la conducta observada por el héroe de los Andes, y por el vencedor de Salta y Tucumán, es decir el general Belgrano, en aquella emergencia. «Si el general Belgrano hubiese rehusado venir con su ejército de Tucumán para empeñarlo en la contienda civil; si hubiese hecho lo que el general San Martín, y entendiéndose ambos hubieran de consuno obrado contra los españoles que ocupaban ambos Perús, es fuera de duda que las armas

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 20. En esta misma carta, y al enterarse que el gobierno de Chile se decide a intervenir para pacificar a los montoneros, le escribe: «Venga cuando guste la comisión mediadora: será bien recibida y atendida; cuando ella se vea entre unos hombres tan salvajes y que no le digan la causa de su disidencia sino que no quieren ser gobernados por porteños pícaros y además no le manifiesten cuál es el objeto de esta contienda, sino que Pueyrredón quiere entregarnos al rey del Brasil, se desengañará y afirmaremos entonces el verdadero concepto con que debemos mirar a esos viles fascinados».

Un mes más tarde, y al hacer alusión a la correspondencia de San Martín y O'Higgins interceptada por los montoneros, le declara: «Una de las cosas que me consuela y que me hace creer que éstos no trabajan por los españoles, es que la correspondencia de usted y de O'Higgins que interceptaron sobre la vuelta del ejército de los Andes, ha sido la que movió a López al parecer. No sé si ellos habrán servido de pretexto viendo la aproximación del ejército. Sea lo que Dios quiera, con tal que haya tranquilidad mientras arrojamos a los enemigos de Salta y más allá». *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 23.

argentinas hubieran coronado la obra de independencia del continente sud-Americano, sin que nuestros males en el interior hubieran sido mayores; quizá muchos se hubieran ahorrado, además de la mayor suma de gloria que nos hubiera resultado; pero estos dos hombres eminentes miraron las cosas de diverso modo, marcharon por distintos caminos y sus esfuerzos, que reunidos hubieran dado un inmenso resultado, se consumieron aisladamente».

Esta conclusión la apunta el ilustre jefe después de haber pasado revista a las distintas alternativas de la guerra emprendida por las provincias disidentes contra el directorio. «La guerra civil, escribe Paz, repugna generalmente al buen soldado y mucho más desde que tiene al frente un enemigo exterior y cuya principal misión es combatirlo... Si el general San Martín hubiese obrado como el general Belgrano, pierde también su ejército y no hubiera hecho la gloriosa campaña de Lima que ha inmortalizado su nombre» [1].

Para concluir diremos nosotros que al inmortalizar su nombre San Martín inmortalizó igualmente el de su patria. Esta lo reconoce así, y si pusieron reparos algunos de sus contemporáneos para reconocerlo, no los pone en modo alguno en el día de hoy la posteridad.

(1) *Memorias Póstumas*, vol. I, pág. 359.

CAPITULO XXII

San Martín, O'Higgins y la guerra civil de los argentinos

SUMARIO: Llegada de San Martín a Santiago. — Condiciones que exige para hacer la expedición. — El senado chileno decide que sea nombrado general de los ejércitos unidos. — Nombramiento efectuado por O'Higgins. — San Martín pasa de Santiago a Cauquenes. — El drama montonero y directorial del Plata. — La constitución argentina de 1819. — Rondeau sucede a Pueyrredón en el directorio. — Rondeau en procura de una transacción. — Motín del 11 de noviembre en Tucumán. — Consecuencias de la sublevación de Arequito. — Carrera en el campamento de Bustos. — Sublevación del batallón nº 1 de los Andes en San Juan. — Alvarado encargado de reprimir la insurrección. — En oficio a San Martín, Alvarado le informa de todos los pormenores. — Repercusión inmediata de esta insurrección en Cuyo. — Renuncia que presenta Luzuriaga y manifiesto que dirige al pueblo de Mendoza. — En oficio a su cabildo declara San Martín que la fuerza de los Andes es un antemural del orden. — San Martín deseoso de que se evite un encuentro con las tropas sublevadas de San Juan. — Dionisio Vizcarra y Domingo Torres, emisarios de San Martín. — Alianza buscada por Carrera con fines de conspiración. — Cómo el emisario Torres fué recibido en San Juan. — De regreso a Mendoza le informa él a San Martín de lo sucedido. — Maniobras empleadas por Torres para obtener de Mendizábal la entrega del batallón. — En oficio a San Martín infórmale que ha conseguido diez oficiales del batallón. — El estado de San Juan, según él, es lastimoso. — Vizcarra y su entrevista con Bustos y con Heredia. — Contestación dada por Bustos a San Martín. — Contestación dada por Heredia. — Resultado de la misión de Vizcarra. — La batalla de Cepeda y sus resultados. — El cabildo, la disolución del congreso y del directorio. — El tratado del Pilar. — Amenazas de Ramírez contra Balcarce. — Sarratea asume nuevamente el poder. — Cómo llegaron estos acontecimientos a oídos de San Martín. — Frase pintoresca con que los clasifica. — San Martín, y los partidos beligerantes. — Sarratea al asumir el poder se dirige a San Martín. — Nueva carta que le escribe el 10 de abril. — El voto con que la termina. — La actitud de Sarratea desmiente la leyenda de la desobediencia. — Carrera en el campo federal y en el campamento de Ramírez. — Estado de la situación dado a conocer a San Martín por Zañartú. — Oficio que San Martín dirige al cabildo de Buenos Aires y a Sarratea, protestando por la actitud de Carrera. — Documento similar dirigido al cabildo de Cuyo. — Tratado de alianza ofensiva y defensiva firmado entre Chile y Cuyo por inspiración de O'Higgins y de San Martín. — Mensaje de O'Higgins al gobierno de Cuyo. — Carrera y Corro en comunicación. — Plan insurreccional excogitado por aquél para apoderarse de O'Higgins y de San Martín y fusilarlos. — Estado de cosas que compromete la expedición al Perú. — Alvarado y los granaderos repasan la Cordillera.

San Martín, como se ve, repasó la Cordillera transportado por sus soldados en busca de los baños de Cauquenes; pero al llegar a Santiago, en lugar de preocuparse inmediatamente de su salud, retardó

su cura y se entregó a la organización de distintos pormenores relacionados con la futura expedición. «Sería inútil tratar de probar la necesidad de expedicionar sobre el Perú, le dice al gobierno de Chile con fecha 15 de enero de 1820, cuando todos los amantes de la causa están convencidos que de no hacerlo, la suerte de la América está expuesta, si no a sucumbir, por lo menos a que se forme en su seno la más horrenda anarquía. Cerciorado de esta verdad, me resuelvo, a pesar del estado de mi salud, a mandar la expedición que se proyecte bajo las condiciones siguientes».

¿Cuáles son estas condiciones y cómo las prefija San Martín? Según lo dice él, el ejército expedicionario deberá componerse de seis mil hombres, de los cuales, cinco mil trescientos deben ser de infantería, cuatrocientos de caballería y trescientos de artillería. La expedición comprenderá además un tren completo de veinticuatro piezas con su dotación respectiva, de un parque, de un tren hospital completo y de una caja militar con el numerario suficiente para pagar tres meses de sueldo al ejército. Al exponer estas proposiciones declara San Martín que la división del ejército de los Andes que se encuentra en Cuyo se compone de un batallón de infantería de doscientas plazas, de otro de Granaderos a caballo de seiscientas, contando además con quinientos hombres del batallón de Cazadores a caballo y ciento cuarenta del arma de artillería. «Esta división, declara él, está pronta la parte de ella que sea necesaria para que el supremo director de este Estado la emplee, tanto en la expedición como en los objetos que tenga por convenientes». «Igualmente lo está, agrega, un pequeño tren de artillería con su dotación de municiones, compuesto de diez piezas, de las cuales ocho son de campaña y dos de batalla» [1].

Cuando San Martín asumía esta actitud, tomaba cartas en el asunto relacionado con la expedición al Perú el senado chileno, y reunido en sesión extraordinaria el día 20 de enero se acordaba por él que la expedición marchase a cargo del brigadier general don José de San Martín, y se disponía al mismo tiempo que el supremo director lo titulase nuevamente general de los ejércitos unidos, a fin de que organizando estos ejércitos se encontrase San Martín en condiciones de expedicionar cuanto antes.

Como consecuencia de esta deliberación le fué pasado a O'Higgins un oficio ese mismo día en el que se decía: «Ya ha llegado a esta capital el señor brigadier de los ejércitos de Chile, don José de San Martín. Nada más se esperaba para dar el último impulso a la expedición al Perú, tan deseada por los pueblos y tan necesaria para cimentar la libertad e independencia de América. Con motivo de acordarla en el modo y forma más conveniente, se mandó a V. E. una diputación del senado, por cuyo conducto se ha informado del

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 204.

interés que tiene V. E. de que aquélla se verifique con seis mil hombres capaces de poner terror al enemigo.

«Desde luego el senado subscribe y coadyuva a esta determinación, y para llenar el número de tropas, si V. E. no tiene las suficientes, podrá reclamar del señor general don José de San Martín las que pasaron a Mendoza siempre que estén a su disposición y titularle nuevamente general de los ejércitos unidos con la misma plenitud de facultades que antes tenía, a fin de que organizando y disponiendo su ejército con la brevedad que exigen las circunstancias, se facilite la expedición bajo las órdenes de un jefe que reúne la pericia militar y opinión que nos promete el más feliz resultado» (1).

Munido, pues, de estas facultades, O'Higgins no tardó en nombrar a San Martín general en jefe del ejército expedicionario, y así se lo comunicó con fecha 28 de enero, diciéndole que se le acordaba ese nombramiento «a satisfacción del ejército y de los buenos patriotas». El nombramiento fué dado a conocer en la orden del día, y al comunicársele a San Martín se le dijo que la patria se consideraba feliz de verse dirigida en esa circunstancia por tan digno caudillo.

Como consecuencia de este acuerdo y de esta designación, el ejército libertador mudó de campamento y se estableció en Rancagua a fines de febrero, donde permaneció hasta el mes de junio, en que, como lo veremos a su hora, se trasladó a Quillota, cerca de Valparaíso. Recién entonces, San Martín pensó en sí mismo y decidióse por abandonar Santiago y dirigirse al punto de aguas ya elegido para su cura. Era el 31 de enero cuando desde la capital de Chile, San Martín le escribe a don Tomás Godoy Cruz: «En breves días voy a Cauquenes: todos los facultativos me aseguran mi total curación».

Pero forzoso nos es detenernos aquí, y obedeciendo al orden lógico de los acontecimientos, trasladarnos de nuevo a las Provincias del Plata, teatro de una guerra desoladora cuyas consecuencias constituían un obstáculo poderoso a la obra continental en que se encontraba empeñado San Martín.

Por de pronto debemos observar que en el fondo de ese drama sangriento en que se recelaban con igual encono montoneros y directoriales, existía una pasión común, que lo era la patria. La divergencia de opinión sólo la determinaban dos actitudes contrarias en punto a la organización constitucional del país, pues mientras los unos deseaban una república centralista y aristocrática por el ribete de sus instituciones, los otros, es decir los pueblos del litoral en primer término, querían que esa constitución fuese federal, respetándose las autonomías locales y la preponderancia de los caudillos.

Desatendiendo estas aspiraciones o creyendo por el contrario que una carta constitucional pondría fin a este estado de cosas, el con-

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, t. I, pág. 186.

greso argentino, después de dos años de largas y laboriosas deliberaciones sancionó el 22 de abril de 1819 la constitución unitaria, y el 25 de Mayo de ese mismo año fué jurada solemnemente por los poderes públicos en la capital y en otros sitios del Estado argentino. Acto inmediato, el director Pueyrredón presentó su renuncia y fué elegido para sucederle en el mando el general José Rondeau, quien ya revestido del poder, se dirigió a San Martín diciéndole: «No ha sido bastante mi obstinada resistencia a encargarme de este lugar penoso al que me han traído por segunda vez, válgame ser en la clase de interino (1).

«Deseo, amigo, que vuelvan a sus casas todos los paisanos confinados, esto es, aquellos a quienes no se les ha formado causa y que sufren el destierro por justa precaución y sin que hayan sido sentenciados por la ley; en este número considero a los Sarratea; pero ignorando el paraje en que se hallan y cuáles sean sus miras, quisiera que usted si las ha penetrado me dijese algo sobre el particular para llamarlos, si quisieran o desean volver a este pueblo». «Ahora sí, concluye, que me propongo hacer los mayores esfuerzos para que hagamos una paz duradera con los santafesinos y si es posible, con los orientales, a quienes me preparo a escribir; sólo espero que don Julián Alvarez me dé aviso del último de los negocios, lo que espero por momentos, y usted también debe hacer lo mismo asegurándoles de la buena fe que se procede e interesándose por una terminación amigable y que haga desaparecer para siempre la fuerza de entre nosotros, uniéndonos para hacerla a los enemigos».

Rondeau quedó a la espera del resultado de sus gestiones ante los caudillos federales, y el 26 de julio escribióle a San Martín: «Acompaño copia de la contestación que he tenido del gobernador de Santa Fe; parece que nos podremos prometer una transacción como se desea, y con más fundamento la creo desde que Hilarión me dijo había usted escrito al mismo intento y que él había remitido la nota del camino» (2).

(1) El general Paz nos recuerda que cuando se juró la constitución se encontraba él en el ejército del general Belgrano, acantonado en el rincón de las Mojarras. Por hallarse enfermo no pudo concurrir en persona al acto del juramento, pero al día siguiente lo citó Belgrano al cuartel general y allí lo hizo en presencia de éste poniendo la mano sobre el puño de su espada. «Ese día, escribe luego, después de recibirme el juramento, trabó conversación conmigo y me dijo francamente: «Esta constitución y la forma de gobierno adoptada por ella no es, en mi opinión, la que conviene al país, pero habiéndola sancionado el soberano congreso constituyente, seré el primero en obedecerla y hacerla obedecer». Volviendo a las razones de su modo de pensar, decía: «Que no teníamos ni las virtudes ni la ilustración necesarias para ser república y que era una monarquía moderada lo que nos convenía. No me gusta, añadió, ese gorro y esa lanza en nuestro escudo de armas y quisiera ver un cetro entre esas manos que son el símbolo de la unión de nuestras provincias». *Memorias póstumas*, t. I, pág. 349.

(2) Es oportuno recordar aquí lo que Pueyrredón le escribió a San Martín una vez libre de la carga que representaba el directorio: «Al fin fueron oídos mis clamores, le dice con fecha 16 de junio de 1819, y hace seis días que estoy en mi casa, libre del atroz peso que me oprimía en el palacio; ofrezco a usted, pues, mi libertad, mi satisfacción y la más constante amistad».

Pero desgraciadamente la revolución montonera estaba en marcha, y aun cuando existía de por medio un armisticio como era el negociado por Belgrano con las fuerzas de Lópėz, esto no constituyó un obstáculo para romper las hostilidades que iniciaron los santafesinos atacando un convoy que había salido de Buenos Aires rumbo a Tucumán.

No nos corresponde el historiar aquí todos los pormenores y antecedentes relacionados con estos sucesos. Sólo nos basta recordar que rotas estas hostilidades, el gobierno directorial sintió la insuficiencia de sus recursos y pidió así en su auxilio, y para que bajasen a Buenos Aires, las fuerzas armadas de Belgrano, como las de San Martín. Las primeras, como se sabe, estaban destinadas a presionar el ejército realista por el Alto Perú, y las otras ya comprometidas seriamente en la expedición libertadora de Lima. Hasta ese momento movimientos anárquicos sólo habían tenido por teatro a las provincias del litoral, en las cuales se destacaban como fuerzas dirigentes tres caudilos, o sea Artigas el oriental, Ramírez el entrerriano y López el santafesino. Pero el 11 de noviembre la provincia de Tucumán fué teatro igualmente de un triste suceso, y depuesto por medio de un motín militar su legítimo gobernador, asumió el mando el coronel de milicias don Bernabé Araoz, quien aun cuando no comulgaba con los propósitos de los montoneros, quería substraer aquella provincia a la influencia del directorio, obedeciendo en esto a dictados federalistas.

«Tucumán ha elevado ya el pabellón de la rebelión, escribía con fecha 7 de diciembre y con carácter de reservado al gobierno de Chile don Miguel Zañartú, su representante en Buenos Aires. Ha quitado al gobernador y substituído interinamente a don Bernabé Araoz, quien de acuerdo con los comandantes de la guarnición, arrestó al virtuoso Belgrano, sin reparar en el triste estado de su salud, para cometer en su persona y en la de su segundo violencias e insultos que seguramente nunca debió temer aquel digno jefe de unos oficiales que le debían la más prolija educación.

«Yo no dudo, en consecuencia de todo, que al menor contraste que suceda a nuestras tropas en la guerra que sostienen contra las montoneras haya una disolución social absoluta y que estos mismos defensores de la libertad queden, por sus desórdenes, en la impotencia de resistir las cadenas que nos prepara el fiero español, a lo que el genio tutelar de la libertad evite el precipicio a que corren estos pueblos» (1).

No diremos que Zañartú apuntaba aquí un oráculo. Lo que diremos es que la disolución social presentida no tardó en pronunciarse y esto se produjo apenas San Martín había repasado la Cordillera y cuando el ejército de Belgrano, llamado por el directorio, se encontraba acampado en la posta de Arequito. No es de nuestra incum-

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, t. I, pág. 172.



SAN MARTÍN ECUESTRE
Grabado hecho por Géricault. *(Biblioteca Nacional de París, sección Estampas y Grabados).*

bencia el exponer aquí el relato minucioso de este suceso; nos basta decir que como consecuencia de esta sublevación, el general Cruz que comandaba esas fuerzas no pudo llegar a Buenos Aires; que sus promotores facilitaron el encumbramiento de un nuevo caudillo que a partir de ese día lo fué el general Juan Bautista Bustos; y que manchando su conducta con este acto de desmoralización, dieron alas a los enemigos hasta permitir que el caudillo chileno don José Miguel Carrera se presentase en el campamento del jefe vencedor proponiéndole alianza contra San Martín. «Estábamos en la Herradura, nos dice Paz, uno de los promotores de la insurrección de Arequito, a cuarenta leguas de Córdoba, cuando se anunció la llegada de don José Miguel Carrera y de don Cosme Maciel, secretario del gobierno de Santa Fe. Fácil era colegir que su gran objeto era comprometer al ejército hasta ponerlo en sus intereses y arrastrarlo nuevamente a la guerra en el sentido contrario de su primera destinación. Nada consiguió Carrera y aun menos Maciel, hombre vulgar, aunque de un exterior meditabundo. Ese arte de ganar a los hombres, ese poder de fascinación que se atribuía al primero en grado eminente, no tuvo ni el más pequeño valor».

«Nunca, continúa el mismo Paz, dirigí a Carrera la palabra ni él me la dirigió a mí en la noche que lo ví, pero le oí hablar mucho y no sentí esa fuerza de atracción que decían irresistible; ni vi más que un hombre fuertemente preocupado de los negocios de Chile, de que hablaba sin cesar, olvidando los nuestros. Por supuesto que el general San Martín era el principal blanco de sus tiros, lo que no podía menos de desagradar a los que, como él, sólo querían ocuparse de la guerra de la independencia. De todo ello deduzco que el célebre Carrera no conoció el terreno que pisaba y que hizo su viaje inútilmente. Después de estar una noche se retiró, diciendo a sus confidentes, según después supe, que lo único que había encontrado regular en nuestro ejército era el coronel Heredia; sin duda, porque algunas expresiones altisonantes y algunas frases bombásticas que sabía emplear, le hicieron concebir más esperanzas de él que de los otros. En cuanto a lo demás, puedo asegurar que nada se acordó con él ni quedaron establecidas más relaciones que las de mera ceremonia» [1]. Fuera de estas consecuencias, la sublevación de Arequito fué seguida de un cambio de gobernador en la provincia de Córdoba. El doctor Castro, que lo era, abdicó el mando y fué elegido en su lugar el coronel don José Díaz.

Por otro movimiento sucedido con simultaneidad en Santiago del Estero subía al poder en esa provincia el comandante don Felipe Ibarra y en la provincia de San Juan se sublevaba el batallón nº 1 de los Andes que pertenecía a la división formada por San Martín en ese entonces con fines de expedicionar al Perú.

Este motín prodújose el 9 de enero, y conocido él en Mendoza, a

[1] *Memorias Póstumas*, t. I, pág. 378.

fin de conjurar a tiempo un peligro de tal naturaleza, el gobernador de esta provincia, don Toribio Luzuriaga, despachó al coronel Alvarado al frente de dos compañías de cazadores y de dos piezas de artillería. Alvarado abandonó la capital de Cuyo el día 11, y después de acampar y pernoctar en Jocolí, prosiguió para San Juan al día siguiente, en cuyos alrededores acampó en la mañana del 14. En el acto salióle al encuentro una partida del batallón insurrecto; pero Alvarado dió orden de cargar con cuarenta cazadores y esa carga bastó para batir y poner en dispersión esa partida. Dispuesto a proseguir adelante, levantó su campamento y dirigióse a la ciudad; pero antes de llegar a ella recibió la visita de una diputación del cabildo significándole que dado el estado de exaltación en que se encontraban los insurrectos, lo más prudente era no intentar ataque alguno. Alvarado tomó en consideración las razones expuestas por los cabildantes de San Juan y deseoso a su vez de evitar una efusión de sangre, no prosiguió en su intento, y a las tres de la tarde resolvió contramarchar dirigiéndose nuevamente a Jocolí, en donde se le incorporaron las fuerzas que en su auxilio le enviaba el gobernador de Mendoza. Estando allí, y con fecha 20 de enero, Alvarado se dirigió a San Martín y lo informó de todos los pormenores relacionados con su desempeño militar y al mismo tiempo significóle que a su regreso a Mendoza se encontró con que el gobernador había invitado a la municipalidad para que en la mañana del 17 celebrase un cabildo abierto «con el objeto, dice él, de hacer en manos del pueblo la dimisión del mando».

«El pueblo acordó, continúa Alvarado, que el gobierno político recayese en esta ilustre municipalidad y la comandancia militar de la provincia en el teniente coronel don José Vargas. Yo he reconocido las nuevas autoridades y desde el momento de su instalación he procurado ponerme de acuerdo con ellas influyendo en cuanto esté de mi parte a conservar la mejor armonía entre el pueblo y las tropas de mi mando.

«Con el fin de mantener la disciplina de la tropa, agrega Alvarado, y precaver su descontento, he dado orden que desde este mes inclusive reciban semanalmente en dinero veinte reales los sargentos, doce los cabos, y ocho los soldados, sin embargo que de los fondos del ejército sólo he encontrado veinte mil pesos, según la razón que me ha pasado de ellos el administrador de la aduana. He tomado por pretexto de esta medida el haberse cumplido ya el tiempo de la contrata hecha con el gobierno de Chile, sobre el pago de las dos terceras partes solamente; pero la verdadera razón que he tenido es la que he indicado a V. E. Es sensible decir que la tropa empezaba a manifestar que se resentía del contagio y en tales circunstancias yo estoy resuelto a tocar todos los medios de evitarlo: espero que V. E. aprobará esta medida.

«Por lo que hace a la oficialidad, concluye, se mantiene a las dos terceras partes como hasta aquí; y en medio del sentimiento que

me causa el lamentable suceso del batallón nº 1 y sus funestas consecuencias, tengo la satisfacción de asegurar a V. E. que los oficiales de toda la división han acreditado en estas circunstancias los sentimientos de honor que los han distinguido siempre, y que ellos son el apoyo de la esperanza que tengo de mantener el orden en el resto de ella».

Alvarado termina su informe a San Martín recordando el buen comportamiento que tuvieron en aquella emergencia motinera los oficiales del batallón en cuestión, y le dice textualmente: «En prueba de esto, no debo omitir el informar a V. E. que los jefes y oficiales del batallón insurrecto hicieron los mayores esfuerzos con peligro de su vida para contenerlo; pero todo fué inútil por la decisión de los que dirigieron la sorpresa: algunos de los oficiales fueron heridos y tengo noticias que uno de ellos lo está de mucha gravedad. Al mismo tiempo me faltan expresiones para dar idea a V. E. de la criminalidad de los tenientes primeros don Francisco Corro y don Pablo Murillo, que han sido los únicos que han olvidado sus deberes y tomando una parte activa en el motín escandaloso de la tropa: nada me es tan sensible como el no poderles escarmentar, aunque por desgracia su castigo nunca bastaría para resarcir los grandes males que han causado al país» (1).

Esta insurrección tuvo su repercusión inmediata en toda la provincia de Cuyo. Por de pronto, el gobernador de San Juan, que lo era en ese entonces don José Ignacio de la Rosa, fué destituído y colocóse en su puesto el motor principal del motín, o sea el capitán retirado don Mariano Mendizábal, trayendo como resultado igualmente la renuncia que presentó en el acto de su puesto el gobernador Luzuriaga

La renuncia presentóla Luzuriaga al cabildo el 17 de enero, pero el día antes lanzó un manifiesto para recriminar lo sucedido en San Juan y sincerar su conducta. En el sentir de Luzuriaga, la insurrección del 9 de enero en San Juan es de un carácter verdaderamente alarmante, porque según su lenguaje «ella tiene una tendencia rápida, directa a establecer la anarquía más horrorosa». «Su objeto, declara luego, no es satisfacer los resentimientos de un partido descontento que es imposible dejar de suponer en las actuales circunstancias; no es reformar la administración económica de San Juan, corrigiendo los abusos que hayan podido encontrar el celo de los buenos patriotas o la suspicacia de los díscolos. El objeto y fin que manifiesta la insurrección del día 9 es poner en igual peligro a todos los partidos; amenazar la vida y las propiedades de los ciudadanos pacíficos y de los mismos díscolos; poner la autoridad al arbitrio de una soldadesca amotinada, que una vez acostumbrada a la insubordinación, no pueden tener sobre ella sino una influencia precaria los mismos jefes que proclaman. La conducta que ha

(1) *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 288.

observado hasta aquí el batallón insurreccionado hace ver la justicia de este presentimiento. El ha nombrado sus jefes y oficiales por votación y la elección ha recaído en los sargentos y cabos del cuerpo: el capitán Mendizábal ha distribuído entre ellos una suma de dinero que quizás servirá de garantía a la subordinación mientras tenga recursos para satisfacer los vicios de una tropa desenfrenada».

Concluye Luzuriaga su manifiesto significando al pueblo de Mendoza, «que en tales circunstancias ha resuelto convocar a un cabildo abierto para que éste delibere y tome las providencias del caso, entre las cuales señala él la conveniencia de enviar a San Juan una diputación que se entreviste con el cabildo de esta ciudad y dicten las reformas convenientes para el restablecimiento del orden alterado por esta insurrección» (1).

A esta dimisión siguió más tarde la del gobernador de San Luis, el coronel don Vicente Dupuy, y de este modo la conmoción montonera que había tenido su punto de partida en Santa Fe, se generalizó en la provincia de Cuyo al tiempo que lo hacía igualmente en las provincias del interior con el propósito de echar por tierra al directorio y al congreso.

(1) El día 17 de enero le fué aceptada a Luzuriaga su dimisión y los cabildantes mendocinos le dirigieron con este motivo el siguiente oficio: «A consecuencia de la dimisión que se ha servido V. S. hacer del mando de esta provincia, reunido el cabildo pleno y vecindario de esta capital, que fué convocado previamente, se ha admitido la renuncia, como lo hallará V. S. en el testimonio del acta que tenemos el honor de acompañarle, y a virtud de la unánime voluntad de los sufragantes ha reasumido este ayuntamiento, adaptándose a las providencias generales del supremo gobierno que están en observancia. El cabildo se tendrá por feliz si acierta a imitar las ideas benéficas con que V. S. ha sabido marcar el período de su mando con la prosperidad de todos los habitantes de estos pueblos, entre quienes será siempre grata la memoria de V. S.» *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 274.

Luzuriaga, una vez dimitido el mando de la provincia de Mendoza, intentó dirigirse a Buenos Aires y con tal motivo el cabildo de San Luis, provincia por donde debía pasar, tomó las precauciones del caso. El 18 de febrero se le hizo saber que toda aquella jurisdicción de San Luis estaba conmovida y dividida con partidas sueltas que la recorrían y si se ponía en viaje corría riesgo de caer en alguna celada. Con tal motivo, se le recomienda que se retire a la Carolina como paraje seguro, pero inmediatamente después se le dice que es mejor que se dirija a San Rafael por la vía del Retamo, incluyéndosele con tal motivo el pasaporte. Un día más tarde se le dice que si le acomoda mejor el fuerte de San Carlos, el gobierno de Mendoza deja a su arbitrio la elección. Luzuriaga optó por dirigirse a San Martín y se trasladó a Chile, en donde, con fecha 19 de junio, le presentó a éste una solicitud para que lo incorporase en el ejército expedicionario. Al hacerlo, declara Luzuriaga: «Protesto que no renuncio el derecho de presentarme en juicio y confundir a los que hubiesen intentado calumniar mi conducta, luego que cesen las agitaciones políticas de las provincias del Río de la Plata y se instale un gobierno que asegure mis derechos y examine con severa equidad mi conducta oficial hasta el mes de enero de este año en que la violencia puso término a mi administración». San Martín accedió al pedido de Luzuriaga y contestóle: «Bien seguro de la importancia de un jefe de las notorias cualidades de V. S. y de su mérito distinguido, he leído con satisfacción su honorable nota de esta fecha en que me ofrece su importante persona para los destinos del servicio público en la grandiosa empresa de libertar al Perú a que se destina el ejército. En consecuencia, he aceptado su oferta y prevenido al señor jefe del Estado Mayor general, que la orden general del día dé a reconocer a V. S. como a un jefe agregado al ejército». *Archivo de San Martín*, t. X, pág. 300.

Todos estos acontecimientos llegaron a oídos de San Martín antes que hubiese partido para los baños de Cauquenes y estando todavía en Santiago. Desde allí pues y como primera providencia resolvió dirigirse al cabildo de Mendoza, detentor de la autoridad por renuncia de Luzuriaga. «Jamás, dice en su oficio al cabildo, me he engañado en las esperanzas que siempre me formé del benemérito pueblo de Mendoza y ahora más que nunca confío en que, aun en medio de la más violenta crisis que pueda preparar el interés seductor de la anarquía, los ciudadanos de ese pueblo harán ver al mundo que si han sido un modelo de patriotismo y subordinación por la fuerza de sus principios, también por los mismos serán ahora el ejemplar más honorable del orden y del verdadero celo por la salvación del país.

«Sobre la seguridad de esta convicción y no dudando que V. S. considerará a la fuerza de los Andes acantonada en esa provincia, no solamente el antemural del orden, sino que oportunamente será un instrumento muy principal de nuestros futuros triunfos en las plazas que ocupan nuestros irreconciliables enemigos, la auxiliará eficazmente facilitándole, tanto esos medios ya acopiados y destinados a completar los que nos han de conducir al dicho fin, como todos aquellos recursos necesarios y que dependen de la autoridad y pueblo de Mendoza, cuya decisión a distinguirse en los sacrificios por la gran causa de nuestra patria, me inspira la más grata confianza».

Es el caso de observar aquí, que consecuente con sus deseos de pacificación, el cabildo de Mendoza resolvió enviar a San Juan una diputación para que se entendiese con el cabildo de esta ciudad. La comisión no pudo llenar satisfactoriamente su cometido y a su retorno a Mendoza fué informado convenientemente San Martín. Esto motivó por parte del capitán de los Andes una nueva instancia, y al dirigirse con fecha 30 de enero al cabildo mendocino significóle que no consideraría como extraño un rompimiento con los amotinados si el cabildo de Mendoza, revestido del espíritu de prudencia, de moderación y de patriotismo con que siempre había marcado sus pasos, no procurase por todos los medios posibles «evitar un encuentro con las tropas de San Juan, conservando el orden interior y una defensiva rigurosa». «Entretanto, declara San Martín, como la presencia de la tropa de línea no sólo protegerá las disposiciones de V. S. para mantener el orden de la provincia, a los vecinos pacíficos y honrados de ese pueblo, sino que contendrá las pretensiones de los soldados amotinados en San Juan, ordeno en esta fecha al comandante general de la división de los Andes, coronel don Rudecindo Alvarado, suspenda la marcha ordenada para ésta y quede en esa provincia, ínterin varíen las amenazantes circunstancias del día, o que V. S., satisfecho de la seguridad del pueblo de Mendoza, crea innecesaria dicha fuerza, avisándomelo oportunamente para prevenir su regreso. El coronel don Rudecindo Alva-

rado queda igualmente prevenido de conservar con V. S. la más cordial armonía, y yo no dudo que ese ilustre ayuntamiento facilitará a la división de los Andes la asistencia y recursos que tan generosamente ha prestado siempre a los guerreros de la patria» [1].

Pero San Martín no se contentó con recomendar esta o aquella otra medida de vigilancia o de prudencia, y deseando ser más eficaz en su intento, resignóse a intervenir por medio de una delegación, eligiendo para esto como emisarios a don Dionisio Vizcarra que era su secretario particular, y al mayor don Domingo Torres, cuyo tacto para comisiones de esta naturaleza ya lo había demostrado cuando San Martín le envió a Lima para gestionar ante Pezuela el canje de prisioneros. Por los informes recibidos sabía San Martín que el motín de San Juan tenía sus ramificaciones y que en el fondo de ese movimiento anárquico y tumultuario se encontraba oculta la mano de Carrera. Este no se había trasladado personalmente a Cuyo, pero influía allí por tercera mano y en aquellas circunstancias había utilizado como agente secreto de sus maquinaciones a José Urra, «joven inquieto y turbulento», nos dice un historiador chileno, quien al ponerse en contacto con el teniente Corro, convino una alianza secreta para atacar al gobierno de Buenos Aires y trasmontando luego la Cordillera reemplazar a San Martín con Carrera. Esta alianza debía mantenerse secreta, y la consigna transmitida a Corro era de cultivar, pero esto en forma puramente aparente, las mejores relaciones con los adversarios que en Cuyo tenía San Martín.

Pero antes de entrar en los pormenores de la conspiración carrerina para desplazar a San Martín, digamos que en cumplimiento de la misión que se le había confiado para la provincia de Cuyo, el mayor Torres se dirigió de Santiago a Mendoza y de allí pasó en el acto a la ciudad de San Juan, a donde llegó en los primeros días de febrero. «Fuí recibido, le escribe a San Martín, con más precaución que en Lima y mi incomunicación guardada por tres centinelas, arrojándome fuera del pueblo. Hablé lo necesario con el cabildo; pero a pesar que éste pretendió influir en mis empeños, fué sofocado su deseo laudable por la presencia y arbitrariedad de Mendizábal. El esfuerzo de éste se redujo a que yo conociese que los granaderos evacuasen la provincia; y que entonces, el batallón nº 1 lo haría también pasando a Tucumán, la Rioja o Buenos Aires; en fin, en nada convine, por no ser arregladas las condiciones. Ellos están llenos de pavor; no saben en qué fijarse; desconfían de todo y por el crimen cometido, muy particularmente de V. E. Sin embargo, he acordado secretamente con Mendizábal aguardar yo aquí cuatro o seis días — Torres había regresado a Mendoza — para recibir propuestas que deben hacerme». El corresponsal de San Martín le informa desde ahí diciéndole que los amotinados sólo han pensado en hacer plata, que de contribuciones han sacado cua-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 202.

renta mil pesos y veintidos mil de los diezmos y que no obran bajo ningún plan que sea formal. «Los granaderos a caballo y un batallón de infantería, escribe, asegurarían la tranquilidad de esta provincia, no obstante que en esta misma capital se observa una divergencia de opiniones; pero como los más son propietarios, han reflexionado que no les conviene revolución. El coronel Alvarado puede trastornar las miras de los díscolos. Hoy se ha puesto en movimiento hacia el Portillo, cinco leguas». Concluye su comunicado, diciéndole a San Martín que sería muy oportuno que él mismo escribiese a Corro, que es el que dirige todo y que si Mendizábal no cumple con lo que le había prometido, tratará de introducir en el batallón un hombre con sus ofertas.

Días más tarde, Torres recibió en Mendoza la visita de don Francisco Domingo Oro, enviado por Mendizábal, y al escribirle a San Martín, le hace saber que al día siguiente por la mañana firmaría con él un convenio secreto, reconociendo a Mendizábal como teniente gobernador de San Juan con el grado de coronel del ejército, a Corro como mayor de cazadores y dragones y a Murillo como mayor de infantería. Por medio de esta maniobra esperaba Torres que Mendizábal le entregaría el batallón y comenzaba por exigir la entrega de los oficiales presos. «Sólo de aquel modo, le escribe a San Martín, se trastornan las miras y planes de los malvados, se afianza el orden en Cuyo y se evitan grandes males de una trascendencia capaz de trastornar el trabajo de diez años». El 14 de febrero le vuelve a escribir, y al enviarle el convenio celebrado con Mendizábal le dice: «Los objetos que me he propuesto, han sido apoderarme del batallón para conducirlo a ésa; evitar que en dicho cuerpo aumenten los medios de los díscolos y salvar a esta provincia del conflicto en que por desgracia se hallan las demás, y hacer incierto un asilo en estos pueblos a que anhelan los malvados». «Estamos en el caso, agrega, que tenemos que hacer de la necesidad virtud, pues nada perdemos, aunque él obre de mala fe. Si acaso V. E. lo tiene a bien ratificarlo, se hace preciso que se verifique lo más breve posible, a fin de no perder tiempo». Torres solícitale a San Martín un indulto para la tropa; pídele que le escriba cuatro letras a Corro especialmente, y si es posible a Mendizábal y a Murillo, que lo desea.

Las negociaciones iniciadas por Torres para atraerse a los oficiales insurrectos y al batallón capitaneado por ellos se prolongaron durante los meses de febrero y de marzo. Diversas fueron las proposiciones que le formuló Mendizábal. Decíale en una de sus cartas que el 28 de febrero los oficiales se podrían encontrar en Uspallata y que pronto estaría listo para partir igualmente el batallón, pero que era conveniente que los despachos para Corro y Murillo viniesen acompañados de una carta de San Martín en signo de garantía. Estas proposiciones fueron transmitidas por Torres a San Martín, y creyendo que la entrega de los oficiales se haría efectiva, le dijo

con fecha 23 de febrero: «En su consecuencia accedí a que de La Rosa — era éste el gobernador depuesto — quede en rehenes, porque en el convenio así lo exigen terminantemente; que el cabildo de San Juan no intervenga a fin de evitar que descubran el secreto y que los oficiales se me entreguen en Uspallata para evitar recelos». Pero ni estas ni otras gestiones dieron el resultado que Torres se proponía y se vió obligado a decirle a San Martín con carácter de reservado: «Por fin hemos conseguido diez oficiales del batallón; uno que había aquí también marcha. Ahora voy a entretener con la reclamación de los que faltan hasta tanto que recibo la comunicación de V. E. a mi comunicación fecha 24 del pasado. Este era el momento de caer sobre el batallón, pues todo él está en el mayor descuaderno, pero no tengo fuerza y sólo con promesas los estoy halagando». Y luego haciendo alusión al gobierno comunal de Mendoza: «De este gobierno no hay nada que esperar, pues todo su plan se reduce a halagar a V. E. mientras la Cordillera está abierta y contemporizan con Bustos a su vez». El 6 de marzo, que es el mismo día en que Torres dirige a San Martín aquel comunicado, por otro oficio infórmale que el día 4 de ese mes habían llegado a Uspallata los diez oficiales del batallón de cazadores de los Andes, acompañando al mismo tiempo una lista de los que han quedado, como dice él, «entre los forajidos de San Juan y otra de los que han sido asesinados por el monstruo europeo español, sargento Catalino Biendicho. Los primeros pasan juntos mañana a presentarse a V. E. en ese cuartel general. La noble conducta de ellos en medio de la muerte y de la incertidumbre los recomienda muy particularmente a la bondad y consideración de V. E.»

«El presente estado de San Juan, agrega Torres, es lastimoso. Todos sus habitantes gimen bajo el terror de una soldadesca desenfrenada que los oprime; la milicia anda fugitiva; el batallón, reducido a seiscientos soldados, se halla en el mayor desorden. Su armamento deteriorado sin municiones; Corro y Murillo peleados y hace ocho días que se batieron en el Pocito un destacamento de caballería con otro de infantería del mismo cuerpo» ([1]).

Pero al mismo tiempo que Torres cumplía así su cometido en la provincia de Cuyo, el otro emisario de San Martín, don Dionisio Vizcarra, entraba en contacto con el general Bustos convertido en

([1]) He aquí la nómina de los oficiales del batallón sublevado de San Juan que pasaron a Chile: Capitán Pedro Zorrilla; ayudante mayor Antonio Zuloaga; tenientes primeros: Borjas Moyano, y Francisco Lencinas; tenientes segundos: José Antonio Maure, Francisco Salas, y Antonio Rodríguez; subtenientes: Benito Escudero, Juan Moreno y Vicente Benavente. Los asesinados por el sargento Catalino Biendicho con el concurso de diez y siete dragones cazadores fueron: teniente coronel graduado don Severo García Zequeiro, el sargento mayor graduado don Luis Salvador, los capitanes don Camilo Benavente y don Juan Bautista Boro. Se quedaron en San Juan el capitán José María Celada, el de la misma graduación Nicolás de Vega, el teniente primero Marcos Blanco, el subteniente Joaquín Ramiro, el cadete Pedro Ugarteche y, forzados, los subtenientes Tristán Echegaray y Pedro José Correa.

jefe de la provincia de Córdoba en virtud del alzamiento de Arequito, y al mismo tiempo con el general Alejandro Heredia que ocupaba la jefatura de su Estado Mayor. Vizcarra llegó a Córdoba a fines de febrero y presentó tanto a Bustos como a Heredia las cartas que para ellos le había entregado San Martín, interesándolos no sólo en el sentido de la pacificación, sino en la conveniencia de emplear sus armas para atacar a los realistas, fuertes todavía en las provincias fronterizas al Estado argentino en el Alto Perú. ¿Qué resultado dió esta comisión? ¿Cómo por uno y otro jefe fueron recibidas las sugestiones de San Martín? «La distinguida y muy atenta carta que se ha servido usted dirigirme con la data de 16 de febrero anterior, le dice Bustos a San Martín, penetra en mis sentimientos y pone mis aspiraciones en orden a la causa de la América en un grado de desesperación. Si el secretario del ejército Unido, el señor Dionisio Vizcarra, que ha tenido usted la bondad de mandar a esta ciudad a tratar conmigo el importante asunto de mi cooperación simultánea en la próxima campaña que trata usted de emprender, no estuviese impuesto del estado ineficaz de esos pueblos y de mis vivos deseos a todo trance de que este pequeño ejército coadyuve a la salvación de la patria, habría tenido que detenerme en una difusa contestación, pues el amigo Vizcarra dirá a usted lo ocurrido hasta el día y en la actitud en que me deja; no me resta por ahora más que expresarle que según el semblante que tome la nueva conspiración promovida en Buenos Aires por Alvear y Carrera, diré a usted semanalmente mi posición con respecto al Perú para su gobierno» ([1]).

Heredia, por su parte, contestóle igualmente a San Martín, y después de acusarle recibo de la carta que le enviara por intermedio de Vizcarra, le dice: «Desde que emprendí la carrera de las armas, me fijé por punto de vista nuestra independencia política; jamás me he separado de este importante objeto en todas las vicisitudes y trastornos que ha padecido nuestro gobierno; he estado siempre dispuesto a seguir este mismo sistema, mucho más cuando me invita V. E. a obrar según el impulso de mis únicas aspiraciones. Así es que debe estar seguro que haré todos los esfuerzos que me sean posibles para influir en la simultaneidad de nuestros movimientos y que tocaré todos los resortes necesarios para que podamos operar de concierto; amo la libertad del país, conozco la necesidad de nuestra combinación para salvarlo y veo que es el único recurso que nos queda, por lo mismo cuente V. E. con mi concurso.

«No ha olvidado mi gratitud, la estima y distinción con que me trató V. E. el corto tiempo que tuve el honor de servir bajo sus órdenes. Ha llegado el tiempo de corresponder; ansío por el momento de la ejecución que será sin duda del modo que prometo a V. E.» ([2]).

([1]) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 207.
([2]) *Ibídem*, pág. 204.

Pero, a pesar de la buena voluntad y disposición manifestada por Bustos y por Heredia, la misión de Vizcarra no dió el resultado inmediato que San Martín buscaba, y su emisario retornó a Chile en medio de la conflagración que ya en ese momento envolvía a todas las Provincias Argentinas.

Aun cuando no es de nuestra incumbencia el exponer todos los acontecimientos históricos de aquella época, debemos recordar aquí que consolidada la alianza federal contra el directorio el 1º de febrero de 1820, los ejércitos beligerantes, o sea el del directorio, y el que capitaneaban los caudillos López y Ramírez, se encontraron en la cañada de Cepeda y resolvieron allí su suerte respectiva. El resultado de esta batalla fué la derrota total de las tropas directoriales comandadas en persona por el general Rondeau, salvándose solamente parte de la caballería porteña con su jefe general Ramón Balcarce. La noticia de este desastre fué conocida inmediatamente en Buenos Aires, y el director substituto, que lo era el alcalde de primer voto señor Aguirre, publicó un bando convocando al pueblo para la defensa. El espíritu de resistencia creció de punto cuando se supo que las fuerzas de Balcarce estaban en salvo. Esto sirvió de estímulo a los defensores de Buenos Aires, y como resultado del bando y de la propaganda organizada por el cabildo, formóse un ejército de tres mil hombres cuyo comando le fué confiado al general Soler, teniendo como jefe del Estado Mayor al coronel don Hilarión de la Quintana. En este ínterin los caudillos vencedores se dirigieron al cabildo de Buenos Aires y le obligaron a elegir entre la paz o la guerra al exigir por medio de un ultimátum la disolución del congreso y del directorio. Mientras esto se desarrollaba llegó a Buenos Aires el general Rondeau, a quien Aguirre traspasó el mando, resucitando así un directorio que la marcha de los acontecimientos había declarado caduco. El cabildo por su parte trató de entrar en negociaciones con los caudillos federales y designó para esto una comisión que debía apersonarse a Ramírez y acordar una transacción, pero comprendiendo éste que estaba en sus manos el obtener una nueva victoria, la rechazó en el acto. La situación de la capital argentina no hubiera sido la misma si en esas circunstancias el general Soler, colocado al frente del ejército que llamó pomposamente Ejército Exterior, se hubiese solidarizado con la autoridad comunal que le había confiado el mando. En ese momento la fuerza de Soler se encontraba en el puente de Márquez y pretextando la vecindad de las tropas enemigas y la inutilidad de una resistencia que siempre habría sido sangrienta, se insurreccionó el 10 de febrero contra el cabildo y le dirigió un ultimátum para que declarase disueltos tanto al congreso como al directorio, únicos obstáculos que según su entender se oponían a la pacificación. Al mismo tiempo ganóse el concurso de los miembros que componían el cabildo de la villa de Luján. Estos se solidarizaron con el jefe rebelde y demagógico, y el 17 de ese mismo mes en

dicha villa, Soler firmó con los caudillos López y Ramírez un armisticio.

En este ínterin el cabildo de Buenos Aires, que ya se había establecido con el carácter de cabildo gobernador, convocó una junta y en acto plebiscitario proclamóse gobernador de la provincia a don Manuel de Sarratea, quien inmediatamente resolvió pasar a la villa del Pilar, en donde se encontraba el ejército federal, para negociar la paz con los caudillos. El día 23 de febrero Sarratea y los generales y López y Ramírez firmaron el tratado de paz conocido en la historia argentina con el nombre de Pacto Federal, lo que significaba el triunfo militar y político de la revolución montonera.

Este tratado fué celebrado en Buenos Aires con demostraciones de vivo regocijo; pero pronto alteróse nuevamente la paz con la llegada de la división del general Balcarce que había podido librarse de la derrota sufrida por las otras fuerzas directoriales en Cepeda. La llegada de Balcarce a Buenos Aires coincidió con la aparición en este mismo teatro del general Alvear, que se encontraba desterrado en Montevideo y contra el cual los odios populares se mantenían todavía en efervescencia. Uno y otro jefe lograron con todo formar una especie de coalición, y elegido Balcarce gobernador — era la reacción directorial la que le servía de sostén —, notificó su nombramiento a los federales. Como era de esperarse, este nombramiento encontró en el campo enemigo viva resistencia y por toda respuesta el general Ramírez declaró que no saldría de la provincia de Buenos Aires mientras el general Soler no fuese reconocido como jefe del ejército y Sarratea como único gobernador. Balcarce, secundado por Alvear y por otros jefes, intentó mantenerse en la posición conquistada y encerrado en el Fuerte trató de librar allí su última batalla. Pronto convencióse de la inutilidad de esta resistencia y protegido por sus amigos, abandonó aquel recinto trasladándose a un barco que lo pondría a salvo, mientras Alvear hacía otro tanto refugiándose en el seno de su familia, a la espera del momento oportuno para volver a las mismas andanzas.

Como consecuencia de la derrota de Balcarce, Sarratea volvió de nuevo a asumir el poder, y deseoso de anular su influencia después de varias intrigas en las que intervinieron por igual Alvear y Carrera, como los partidarios de ambos, lo declaró en estado de arresto el día 25 de marzo, estando en su propio salón gubernativo y luego lo confinó a bordo de la goleta *Aurora*, anclada en balizas, y designando en su substitución, como jefe de las fuerzas, al general Alvear. Esta designación provocó en el acto un vivo descontento en la opinión, y el cabildo dirigióse a Sarratea para que esta designación quedase sin efecto. Alvear comprendió que su posición era insostenible, y aun cuando intentó buscar un apoyo en las fuerzas de Carrera, malogróse su intento y ambos, rechazados por la capital, fueron a buscar asilo en el cuartel general de Ramírez.

Cuando todos estos acontecimientos llegaron a oídos de San Mar-

tín, encontrábase éste todavía en los baños de Cauquenes, y al escribirle a Guido haciéndose eco de tan graves noticias, le dice: «Incluyo a usted las comunicaciones que he tenido de Mendoza; por ellas verá usted que todo el teatro está mudado y que Buenos Aires entraba en la federación. En fin, veremos lo que sale de esta tortilla» (1).

En realidad de verdad, lo que pasaba en el Plata era una verdadera «tortilla», según el decir pintoresco de San Martín. En un abrir y cerrar de ojos se habían desencadenado todos los elementos montoneros. El congreso como el directorio habían sido barridos por su empuje; directoriales y federales se mancomunaban a la vez, y a la vez se desasociaban en la sangrienta refriega, y tan pronto surgía el imperio del orden como el de la anarquía. San Martín quedó a la expectativa de los sucesos y sin alejar el pensamiento de su patria, entregóse, como pronto lo veremos, a activar la expedición libertadora del Perú, que para su patria como para el resto de América importaba su salvación.

Es oportuno observar que en medio de este caos determinado por un fenómeno orgánico propio de la savia vigorosa que acompañaba desde su cuna a la revolución argentina, ninguno de los elementos en lucha, exceptuado el binomio compuesto por Carrera y Alvear, se permitió en modo alguno convertir a San Martín en blanco de sus reproches. Muy por el contrario, el héroe ínclito siguió gozando del respeto y de la consideración de todos sus compatriotas y el mismo Sarratea entró en comunicación con San Martín apenas los acontecimientos pusieron en su mano las riendas del poder. «Esta polvareda, le escribe con fecha 4 de marzo, ha sido tal cual yo me la esperaba, pero se ha salido de ella mejor de lo que podía presu-

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 435.

Las noticias a que se refiere San Martín las había recibido por conducto de su emisario en Mendoza el mayor Torres. Este se encontraba allí con el objeto, como ya se ha visto, de salvar de la anarquía al batallón de cazadores sublevado en San Juan, y el 1º de marzo le escribió a San Martín para anunciarle los acontecimientos determinados por la guerra que en esos momentos mantenían las provincias insurreccionadas contra Buenos Aires. Torres le hace saber a San Martín que el general Ramírez se encuentra en el pueblo del Pilar con mil quinientos hombres, que el general Soler se encuentra en Morón con parte de la artillería y con tres mil hombres de tropa sin contar los cívicos de Buenos Aires. Le informa igualmente de la llegada de Balcarce a esta capital, de la deposición de don Pedro Aguirre y del nombramiento de Balcarce como comandante general de armas. El 6 de marzo le anuncia la elección de Sarratea en calidad de gobernador y de capitán general. Infórmale de que Quintana está con Soler y que con éste firmó la presentación dirigida desde Puente de Márquez al cabildo.

Estos antecedentes, como se ve, demuéstrannos que San Martín contaba con solícitos corresponsales y que con la celeridad que las circunstancias lo permitían, estando en Chile sabía lo que pasaba en el Plata. Esto desautoriza lo que afirma Alvarado declarando que los centinelas activos que tenía en torno de sí San Martín le ocultaban los acontecimientos que desde el mes de enero de 1820 se venían desarrollando en las Provincias Argentinas. San Martín, no sólo no los ignoraba, sino que los seguía con ojo vigilante, y ya conoce el lector las distintas notas y oficios que salieron de su pluma para desvirtuar esos acontecimientos y poner en salvo la suerte de la República.

mirse. De todo lo que ha sucedido de Córdoba para la Cordillera, usted debe hallarse más instruído que nosotros. Aquí estamos bastante a obscuras y hoy es el primer día que empiezan a flanquear los canales de comunicación con el interior.

«Usted observará por los papeles públicos que he andado de negociador de aquí a Luján, a la Capilla del Pilar, etc., y para remate de fiesta me han puesto encima la carga de gobernador de la provincia. A la verdad, que era preciso que el horizonte de los negocios públicos fuese tan turbio y borrascoso como lo pasa para que el puesto de honor obligue a uno a hacerse el *cordero pascual*. ¡Qué estado de rentas! ¡qué desquicio tan completo en todos los ramos de la administración y qué elementos de discordia! Entretanto aquí me tiene usted sin fuerzas físicas ni morales, porque este cuerpo es un cascajo; se está desguarneciendo por todos lados. En fin, dígame usted algo que sea de luz, de lo que pasa en esa parte del mundo, de los planes ulteriores y de las relaciones en que queda ese ejército con ese gobierno o con éste o en el que se engendre más adelante, si es posible» (1).

El 10 de abril Sarratea vuelve a ponerse en comunicación con San Martín y principia su carta con esta exclamación: «¡En qué embolismo de los demonios me han metido las circunstancias del tiempo! Ayer domingo se ha pasado sin revolución y esto es un fenómeno, porque nos hemos puesto en el pie de que haya una cada quince días. ¡Vea usted qué hermosura!»

Pasa luego a puntualizarle el estado de la situación y con tal motivo le dice: «A la de don Juan Ramón Balcarce ha sucedido otra presidida por Alvear, a quien suponíamos en la Bahía, y el 26 del pasado apareció en el cuartel de Aguerridos con toda la guarnición sublevada que lo había aclamado por su general. El general Soler y algunos oficiales superiores fueron embarcados aquella madrugada; otros llamados y detenidos en el cuartel de Aguerridos y estas operaciones se ejecutaron de orden del gobierno. Muchos de los oficiales que entraron en el complot parece que fueron sorprendidos también con el prestigio de que el gobernador estaba interesado en aquel movimiento y que él se hacía con conocimiento suyo.

«El 26 a las 9 o 10 de la mañana me dirigí al cabildo a hacer mi dimisión del cargo de gobernador, visto que no gobernaba sino que era gobernado. El cabildo, que se hallaba dispuesto a hacer lo mismo por su parte, negóse a admitir la renuncia; me propuso que ambas autoridades hiciesen causa común y corriesen una misma suerte y desde aquel momento se hizo así. El curso de las ocurrencias lo manifiestan los papeles públicos; pero la agitación de los ánimos y el choque de pasiones e intereses es difícil y se necesitarían muchas páginas para juntarlo».

«Yo no veo el momento de descargarme de un peso que me opri-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 508.

me, que es el cargo éste, y sólo me alimenta la esperanza de conseguirlo dentro de un par de semanas a más tardar que deben nombrarse las autoridades propietarias que subroguen a las actuales que han ejercido hasta ahora sus respectivos cargos interinamente».

La carta de Sarratea a San Martín termina con este voto: «Si usted lograse hacer pie firme en las costas del Perú, me animaré a tentar la fortuna de la guerra, dejando este meridiano, puesto que no puedo substraerme por más que quiera a la participación de los negocios públicos, participación a la cual, ni le tengo afición, ni mucho menos fuerzas para sobrellevar el peso de ellas» (1).

De más está decir que estas comunicaciones de Sarratea a San Martín constituyen un desmentido solemne a la supuesta leyenda de la desobediencia que ya hemos desautorizado. Sarratea, que surge como producto espontáneo de la revolución montonera y directorial a la vez, no sólo no formula quejas contra San Martín, sino que acude a él pidiéndole sus luces y subordinándose con ejemplar respeto.

Pero antes de proseguir en la exposición de los sucesos relacionados con la campaña que en esos momentos constituía para San Martín todo su anhelo, detengámonos ante la figura siniestra de Carrera y digamos cómo y por qué siendo un personaje extraño a la revolución argentina surge él al lado de los caudillos federales y dirige sus huestes contra el directorio.

Para esto observemos que después de haber residido más de dos años en Montevideo, Carrera, llevado de sus apetitos, a mediados de 1819 abandonó aquella plaza y cruzando el Uruguay se presentó en el campo federal de Ramírez, ofreciéndole sus servicios. Pero Carrera no se contentó con eso y al mismo tiempo que se incorporaba a las filas del ejército federalista, se quiso convertir en tribuno de la nueva doctrina y para esto dió a luz en la provincia de Santa Fe la *Gaceta Federal*, órgano, por así decirlo, de una revolución en marcha. Un historiador chileno, recordando este momento político y militante de la vida de Carrera, se pregunta: «¿Tenía Carrera derecho para acometer tal empresa en aquellos países extraños, valiéndose de medios que no le pertenecían y que no eran en gran parte legítimos? Derechos políticos no tenía, porque como ciudadano de otra nación no era parte en esta querella intestina. Derechos sociales no le asistían tampoco, porque como individuo de un gran todo solidario no estaba autorizado para turbar el reposo y la armonía de un pueblo en demanda de una causa propia. No podía ni aun reclamar en su defensa el derecho que dan las ideas y la acción de todos los hombres, porque su idea íntima, probada y fija, era contraria a su plan. Carrera no era federalista. En Chile llevó la centralización hasta los bordes de la dictadura. Su genio era su-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 510.

mario, reconcentrado y tirante. Lo que había visto en América del Norte no había hecho sino fortalecer su teoría» [1].

Pero es el caso observar que Carrera no se contentó con ser un brazo auxiliar de Ramírez para los fines de política interna que éste perseguía, y prevalido de su situación intentó ponerla al servicio de sus maquinaciones ocultas y comenzó a ponerse en comunicación con los sublevados de Cuyo. Es así como estando en el Paraná recibió la visita de Murillo, con quien entró en combinaciones para pasar a Chile y derrotar a San Martín. Más tarde, y creyendo encontrar en el general Bustos un apoyo en favor de su plan, se dirigió a la provincia de Córdoba; pero fracasado su intento, regresó de nuevo al cuartel general de Ramírez tomando parte en la batalla de Cepeda al lado de López. Este triunfo federal abrió al caudillo chileno las puertas de Buenos Aires, y continuando en su viejo plan, que no era otro que el de posesionarse de Chile por medio de las armas, logró formar una división de seiscientos hombres, chilenos todos ellos, y que estaban distribuídos en los distintos cuerpos del ejército federal.

Cuando esto sucedía, encontrábase en Buenos Aires ejerciendo la plenipotenciaría chilena don Miguel Zañartú, quien alarmado por la actitud del caudillo que había perdido a su patria, con fecha 18 de marzo se dirigió a su gobierno lanzando un grito de alarma. «Tengo el sentimiento de anunciar a V. E., escribe Zañartú, que el gobierno de Buenos Aires, que en otro tiempo adquirió tanto derecho a nuestra gratitud, protege en el día sin máscara alguna las pretensiones ambiciosas de Carrera. Este individuo levanta tropas en la misma ciudad para llevar a ese país los males que ha introducido en éste; y el señor gobernador Sarratea, lejos de oponerse a esta injusticia, le ha franqueado todos los soldados chilenos que existen en la comprensión de la provincia, haciendo extensivo este permiso a los prisioneros de Las Bruscas» [2].

Pocos días más tarde, Zañartú se dirigía a San Martín, y al exponerle el estado de la nueva situación por que pasaba Buenos Aires, le dice: «Sarratea lo traiciona a usted negramente. La amistad que tiene con Carrera no es de la naturaleza de aquellas que admiten interpretaciones. Su alianza es ofensiva y defensiva, y cuantos enemigos tiene Carrera otros tantos lo son de Sarratea. Sobre este particular podría contar a usted anécdotas infinitas, pero se arriesga mucho en entrar a detalles. Su consecuente amigo Juan Thwaites me ha ayudado a lamentar varias veces la inconstancia de esta casa; a la unión que había entre estos gobiernos quieren hacer suceder una maquiavélica colocándose Carrera en Chile. Por supuesto que la cabeza del *asesino, ladrón, infame* (éstos son sus dulces títulos) es la primera que debe separarse. No es esto decir que Sarratea

(1) VICUÑA MACKENNA: *El Ostracismo de los Carrera*, pág. 309.
(2) *Ibídem*, pág. 363.

tenga la imprudencia de darlos. Pero Carrera en la casa lo nombra a usted, así, por disfraz, y toda la comparsa los oye con placer» (1).

Conocidas todas estas andanzas y maniobras ocultas por San Martín, deseoso de conjurar a tiempo el peligro que significaba la nueva intervención carrerina en los asuntos de Buenos Aires, se decidió por dirigirse a Sarratea, y el 13 de abril escribióle un oficio — oficio que igualmente dirigió al cabildo de Buenos Aires — para significarle que por los papeles públicos recibidos estaba impuesto de los sucesos que habían tenido lugar en la provincia de Buenos Aires desde el 1º de febrero y cuyo resultado había sido la desaparición del congreso, reconocido como la soberanía de los pueblos, y del

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 662.

Estando San Martín en Grand-Bourg recibió en el año de 1837 una carta firmada por Sarratea en la que le recordaba estos sucesos, ya caídos al parecer en olvido por parte de San Martín. En ella, textualmente le decía: «Usted dió acogida a las sugestiones de sus amigos, de los que algunos no podían tomarse por modelos de penetración y discreción, sobre mis relaciones con Carrera, con quien suponía me había ligado».

San Martín no dejó sin contestar la carta del amigo y del compatriota, como era su deber, y sin disimulos ni eufemismos, justificó su actitud hablando de los acontecimientos en los cuales Sarratea, Carrera y Alvear habían actuado como principales protagonistas, con rara franqueza. He aquí las líneas de una carta que podemos considerar, no sólo sinceras y exactas, sino también lapidarias.

«A la distancia en que me hallaba de los sucesos, le escribe el 13 de julio de 1837, yo no podía juzgar que por las relaciones que venían de la capital; ellas eran contestes sobre la estrecha amistad que usted manifestaba a Carrera: que éste se había hospedado en su casa de usted, que el gobierno a cuyo frente se hallaba usted, había dado la orden a todos los cuerpos para entregar a Carrera todos los chilenos, a quienes se les armaba y vestía por cuenta de la administración. Estos hechos no dejaban en la opinión pública la menor duda de la cooperación de usted con Carrera por el principio que obras son amores, etc., etc., menos yo que no podía alcanzar cómo entidades tan diferentes como usted y José Miguel podían unir sus intereses con perjuicio de la independencia y honor del país; esta duda era nacida de la opinión que usted me ha merecido siempre, a saber, el que era usted un hombre con ambición de mando, a lo que le daba derecho su talento, instrucción, mundo, educación y coraje cívico, pero al mismo tiempo hombre de orden, incapaz de emplear otros medios para llenar sus miras que los que dicta el honor y un patriotismo seguro; por el contrario, el Carrera, aunque con mucho talento natural, había dado pruebas repetidas de falta de valor y sólo se le conocía el de un asesino. Hombre inmoral por educación y carácter, hacía alarde de sus vicios, dejándose dominar por sus pasiones; ambicioso por vanidad y no por objeto noble, todos sus pasos políticos no fueron más que errores: hombre sin espera, todo lo sacrificaba a la venganza». Establecidas estas declaraciones, San Martín concluye: «He aquí los motivos en que se fundaban mis dudas para dudar de las relaciones que se le atribuían a usted con José Miguel y que manifesté varias veces al general Guido, sin que ambos pudiéramos decidirnos a dar una solución capaz de satisfacer nuestra incertidumbre. Después de aquella funesta época, puedo asegurarle, no volví a pensar sobre aquellos acontecimientos, tanto por la muerte de Carrera, como por los grandes objetos que ocupaban toda mi atención. En resumen, usted debe calcular que cualquiera opinión que yo pudiese haber formado en aquel tiempo, las apariencias lo condenaban, y aunque tarde, es para mí una satisfacción el saber que un hombre de quien siempre he tenido la opinión más ventajosa no hubiese sido mi enemigo».

Y luego: «Me dice usted la parte tan activa que Alvear tuvo en todas las intrigas de aquella época: éste es un hombre que no es digno de llamar la atención de toda persona que se respete un poco. Sin el anuncio que usted hace de su situación, estoy muy persuadido de que él acabará como ha vivido, es decir, en la execración de sus conciudadanos». — *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 499.

supremo poder ejecutivo, de quien dependía el ejército de los Andes «que tenía el honor de mandar». «La enérgica disposición de los jefes y oficiales que lo componen, dice San Martín, y el convencimiento común de que la defensa y seguridad de la causa de América es el objeto primario de esta fuerza, han influído en su conservación y disciplina, preservándolo bajo mi dirección, hasta que renazca la autoridad central erigida por la voluntad de la nación, a la cual reconocerá y obedecerá sumisamente el ejército de los Andes.

«Mientras llega ese día venturoso en que se consolide la unión de las provincias sobre las bases que el amor a la independencia de la patria establezca en una forma sólida y permanente, yo me apresuro a marchar con el ejército Unido hacia las costas del Perú a impedir que un enemigo feroz y engreído con las disensiones de esas provincias y que carga sobre ellas, recogiese el fruto de la reforma y sumiese a ese Estado en los desastres de una guerra sangrienta».

«Pero al mismo tiempo que el gobierno supremo de este Estado, continúa San Martín, aprueba los sacrificios de la fortuna pública para concurrir a la ejecución de un plan considerado como el golpe decisivo al poder tiránico de los opresores del Perú, se han recibido avisos positivos de que don José Miguel Carrera levanta a la vista de V. S. y de ese heroico pueblo una división de tropas destinadas a pasar los Andes e introducir la anarquía en este Estado para desquiciar, si es posible, el poder preparado contra los enemigos de la América y saciar un espíritu de venganza. Esta ocurrencia, que a toda luz debe estimarse como un triunfo de los españoles, no ha podido menos que llamar la atención de este gobierno para inutilizar los esfuerzos de ese genio de la discordia, retardándose así los aprestos expedicionarios con perjuicio general pero inevitable en las circunstancias actuales.

«Si yo pudiera dividir mis afecciones personales de los deberes de mi destino público, yo pondría silencio a esto por más que fuese, como lo soy, el blanco de las insidias de ese funesto aventurero hasta que un suceso decidiese la suerte de ambos; pero Carrera intenta la ruina de un ejército que más de una vez ha salvado a la patria, la propagación de la guerra civil y sobre todo la disolución de los vínculos de alianza y amistad, que motivos de utilidad recíproca han consagrado entre esa provincia y los pueblos de Chile.

«Yo estoy por lo mismo, dice San Martín, en la más fuerte obligación de preservar a esta República del contagio de sus fatales designios y salvar para la salud de la masa por común americana, un ejército cuyas fatigas por la independencia de la América no merecen confundirse con la insaciable ambición de un malvado. Sobre este principio y asegurando a V. S. que me es aún muy penoso persuadirme que V. S. proteja o tolere como se asegura la organización del armamento de Carrera en el seno de esa provincia, espero se sirva V. S. manifestarme terminantemente si será o no impedido

por su autoridad dicho armamento o si se concede a Carrera la libertad de activarlo. Yo creo justo presagiar de los sentimientos de V. S. un resultado que me evite el pesar de tomar medidas inconciliables con el progreso de la guerra contra los españoles. Sería un agravio a la ilustración de ese Excelentísimo ayuntamiento, si me propusiese penetrar a V. S. de los males consiguientes a la empresa de Carrera, no tanto en este país en que estoy seguro que sería escarmentado, cuanto en esas provincias en que habiendo de organizar su fuerza, no cesaría de promover rivalidades que aumenten sus prosélitos y abran una herida incurable en el corazón de la patria.

«Tan evidente es la fatal trascendencia de las maquinaciones de Carrera como notorio es el principio destructor que los mueve, y aunque por difícil que sea la situación del señor gobernador de esa provincia, no dudo de su decisión a frustrar las miras actuales de Carrera. Reclamo de V. S. el exaltado celo por el honor y gloria de ese pueblo con que en las épocas más espinosas ha sostenido su carácter y dignidad, e interpelo a nombre de la patria su cooperación eficaz a no permitir que la provincia de Buenos Aires sea fría espectadora de un proyecto que amenaza la tranquilidad de este país, compromete sus relaciones fraternales con Chile y que corre un velo sobre los esfuerzos heroicos con que se ha distinguido para redimir con la sangre de sus hijos esta porción del territorio americano. V. S. ha tenido no muy pequeña parte en esta gloria; yo no temo el que sea deprimida, ni menos que la constancia y poder en ese Cuerpo ilustre se rinda a la audacia de un faccioso atrevido» (1).

Escrito este documento, San Martín tomó nuevamente la pluma y se dirigió al gobernador intendente de la provincia de Cuyo para ratificar en forma similar iguales ideas y propósitos. Comienza en ese documento por acusar recibo de la carta escrita por aquella autoridad y en la que se le dan a conocer las disposiciones tomadas por Carrera en Buenos Aires con el designio de propagar la anarquía y perturbar el orden en Chile, y con tal motivo declara: «Es verdad que Chile es el blanco de las aspiraciones de éste y que por todos los arbitrios que le sugiere su encono, intentará sembrar la discordia y penetrar los Andes; pero pudiendo garantir a V. S. que sus deseos serán aniquilados por esta parte, es tanto más terrible para esa provincia la aparición de un caudillo de facciosos armados sin otra moral que la que le inspire la necesidad y el conflicto».

«Me lisonjeo que V. S. y ese vecindario, dice más adelante San Martín, hayan podido conocer en el período principal de mi carrera pública, cuánto me he resistido siempre a emplear mi espada contra un americano; este sentimiento ha impuesto silencio repetidas veces a los más fuertes reclamos de mi honor; pero Carrera ha perdido

(1) *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 668.

el derecho a las prerrogativas de su origen desde que se afana en desquiciar la administración de este Estado, que sin ser indiferente a las diferencias de las provincias ultramontanas ha conseguido arrojar de su territorio al común enemigo y consigna hoy los restos de su fortuna pública para una expedición exterior que va a salvar la independencia de las provincias amenazadas próximamente de un poderoso ejército invasor. Yo sería muy responsable a la causa de la República, si antepusiese por más tiempo mis consideraciones personales a la conveniencia de extinguir la plaga desastrosa que viene sobre los intereses generales, y estoy resuelto a cooperar a los esfuerzos de V. S. y preservar la inmunidad de Cuyo en proporción con los auxilios que a este fin me facilite el supremo gobierno de Chile» [1].

Como consecuencia de ese estado de cosas y de sus propósitos, San Martín declaró al gobierno de Cuyo que se había resuelto enviar un diputado a esa provincia para combinar su defensa y que designaba para este objeto al coronel Torres, a quien nombrara igualmente para intervenir en la sublevación del batallón de San Juan. Esta actitud de San Martín fué seguida de otra idéntica por parte de O'Higgins y por éste fué nombrado como representante ante el gobierno de Cuyo el doctor don José Silvestre Lazo, abogado de mucho crédito y esclarecido patriota. El objeto de O'Higgins como el de San Martín, dado el estado anárquico en que se encontraban las Provincias Argentinas, era el de formar una alianza ofensiva y defensiva con la provincia de Cuyo, y tanto uno como otro delegado cumplieron su cometido firmando en Mendoza un pacto de defensa solidaria el día 19 de abril. Por ese pacto declaróse que el objeto principal de la convención entre Chile y la provincia de Cuyo era el de afianzar la paz, la buena armonía y el fomento necesario para la libertad de América y rechazar con la mayor energía y constancia al enemigo común, lo mismo que la agresión «de cualquier aventurero que ose invadir este territorio o el de aquella nación».

«Como el enemigo que se asoma más próximo a atacar la prosperidad y orden interior de estas provincias, declara el segundo de los artículos de esta convención, es el chileno proscrito don José Miguel Carrera, los pueblos que la componen se pondrán inmediatamente en defensa y tomarán sin pérdida de instantes todas las medidas para rechazarlo y destruir su fuerza, y no se permitirá por consideración alguna que el citado Carrera o sus agentes pisen o existan en este territorio».

Después de fijarse los elementos de guerra con que quieren prestarse mutuo auxilio Chile y la provincia de Cuyo, se declara que se publicará un manifiesto dirigido a las demás provincias federales para que cooperen en la destrucción de Carrera y que el

[1] *Archivo de San Martín*, t. III, pág. 664.

general don José de San Martín ofrece a la provincia de Cuyo con su ejército «toda especie de auxilios» (1).

Pero O'Higgins no se contentó con poner en manos de sus delegados las credenciales del caso y dirigiéndose al gobernador de Mendoza, redactó un bello mensaje destinado a conjurar por medio de la razón el peligro ya señalado por la pluma de San Martín. «El gobierno de Chile, escribe O'Higgins, después de pasar revista al estado de su patria, y a la parte norte del Continente, teatro ya de las victorias de Bolívar sobre Morillo, se felicitó por las noticias privadas, pero seguras, que tuvo de la paz entre las provincias beligerantes bajo el convenio de estableecr pronto un gobierno federativo. Fué muy pasajero su placer al instruírse de que han seguido nuevas convulsiones peligrosas al espíritu público y que aunque parecían haber cesado, por un nuevo orden de cosas se sabía que un hombre proscrito de la república chilena por sus horrendos crímenes, preparaba con anuencia del gobierno de Buenos Aires una expedición para venir a introducir en Chile la anarquía». «Sin embargo de la seguridad aparente de dichas noticias, continúa, yo debo vacilar justamente en su asenso, y tengo la mayor dificultad en concebir cómo puede ser que en los preciosos momentos de dar fin dichoso contra la contienda de la tiranía, seamos nosotros mismos los que lo paralicemos proporcionando al enemigo agonizante unos medios que no podía esperar para renovar la guerra de un modo que le sea tan ventajoso como funesto e irreparable a la América».

«Ese pueblo guerrero, agrega después, entusiasta de la libertad, émulo de Grecia y Roma, padre fecundo de genios que en los mayores conflictos supieron hallar recursos para darle nueva vida con la restauración de Chile, no es posible que la abandone cuando puede tener la gloria de concurrir a consolidar su libertad. Esto espera con seguridad la república chilena sin querer creer cosa alguna que parezca opuesta a un objeto tan grande como digno de esa nación ilustre».

«En las revoluciones, concluye O'Higgins, siempre han sido inevitables las discusiones domésticas; pero habiendo un verdadero espíritu público, ellas desaparecen al asomar el peligro. El enemigo se dispone a invadir esas provincias con un ejército respetable calculando que es llegado el tiempo de aprovechar las presentes circunstancias; burlemos pues sus esperanzas. Mientras, como me prometo, las Provincias Unidas toman las mejores medidas para destruírlos, marchará la expedición libertadora a ocupar la metrópoli del Perú, haciendo que tremole en todos los pueblos el pabellón de la libertad. Creo firmemente que no me engañará la segura esperanza en que estoy de que las Provincias Unidas adoptarán este plan haciendo que para su consecución, sin obstáculo alguno, se disuelva cualquier empresa dirigida a perturbar la tranquilidad de

(1) VICUÑA MACKENNA: *El Ostracismo de los Carrera*, pág. 519.

Chile, en el caso de haber existido o existir, teniendo a bien el darme sobre todo una contestación pronta y categórica de lo que acuerden o deliberen con el ministro plenipotenciario extraordinario de este gobierno, ciudadano don José Silvestre Lazo, que va autorizado con plenos poderes e instrucciones para tratar en el más grave negocio que se ha presentado en favor de la América Meridional» (1).

Estas medidas defensivas que constituían una verdadera alianza entre Chile y la provincia de Cuyo, respondían, como se ve, al estado anárquico de las Provincias Argentinas, y al decidido propósito de Carrera de entrar en Chile y trastornar el plan de campaña continental en momentos en que éste se iba a realizar, según el constante y valeroso propósito de San Martín. Para esto Carrera se había puesto en estrecha comunicación con Corro desde su campamento de Corona. Hacíale saber que se ponía en marcha con su división hacia Buenos Aires; que de aquí sacaría todos los recursos necesarios para su ejército y que concluiría por poner un freno «a los díscolos que pretenden reponer un gobierno que merece el odio nacional y que tanta sangre ha costado destronarlo». «El fanfarrón, falso e impotente Bustos, escribe Carrera, recibirá una lección práctica de lo que vale comprometerse en favor de un tirano — alude a San Martín —, y él y cuantos lo imiten serán escarmentados. Mucho me ha complacido la visita del coronel Murillo, no porque ella aumente mi confianza en la buena fe y sincera amistad de usted, pues estoy convencido de su relevante honor y patriotismo, sino por reconocer en un joven americano cualidades no comunes y que prometen mucho a nuestra patria. El quiere acompañarnos en nuestro paseo militar, visitar a su familia y volver a ver a V. S. con una relación exacta de nuestra situación. Su ordenanza conduce esta correspondencia». Pero Carrera no concluye ahí, y siguiendo su exposición, le dice a Corro: «Por cuanto he dicho se convencerá V. S. de lo indispensable que me es detenerme algún tiempo en estas provincias hasta que pueda marchar con todo auxilio y con la certeza de que nuestra retaguardia queda guardada por amigos muy seguros. Buenos Aires, Santa Fe y Entre-Ríos serán dirigidos por individuos muy sinceros, y Bustos dejará de mandar o renunciará de sus nuevos compromisos entregándome los chilenos que tiene en su ejército. Mientras llegan tan felices momentos, dedique V. S. todo su anhelo a mantener el orden y tranquilidad en esa provincia y a impedir que alguna intriga bien concertada pueda distraer la fidelidad de la tropa de su mando, porque las promesas del oro suelen causar efectos terribles y cualquier trastorno retardaría la libertad de Chile. Bustos sería castigado por los santafesinos si se moviese. Trátelo usted con firmeza. El enviado Lazo, aunque bestia, es muy voraz. Puede traer recursos y hacer más mal por la indulgencia con que ese pueblo se prestó a mandar diputado a Men-

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 212.

doza, diputado que sin equivocación debe decirse va a escuchar los proyectos de San Martín, dirigidos contra la libertad y contra cuantos han tenido la fortuna de penetrar, a pesar de su hipocresía, sus diabólicas miras».

Concluye Carrera esta carta dirigida a Corro diciéndole que trate de conservar con quietud y con entusiasmo esa provincia lo mismo que al ejército hasta que tenga la satisfacción de verle y de darle un abrazo, avisándole que le manda mil piedras de chispa, y que apronte veinte mil tiros de fusil para que vayan en la primera arria, subscribiéndose como «su apasionado paisano» (1).

Por lo que se refiere al plan excogitado por Carrera, éste no era otro que el de apoderarse por medio de sus conjurados de las personas de San Martín y de O'Higgins, y mientras él no se trasladaba a Chile, hacer que aquí se formase un gobierno provisional, a la espera de que él se presentase en Santiago. El jefe de la insurrección debía serlo el coronel José Antonio Luco, que estaba inactivo y que en 1811 había sido comandante de granaderos. Este movimiento debía estallar en la noche del 8 de abril y los conspiradores reuníanse en la casa de don Cipriano Ovalle. El gobierno estaba sobre aviso, y la noche misma en que debía estallar la conspiración intervino la autoridad y sin que el hecho trascendiese al público, en la propia casa de Ovalle fueron detenidos los conspiradores.

A propósito de esta conspiración, recordemos lo que desde Mendoza y con fecha 6 de marzo le escribía el mayor Torres a San Martín. «Esta mañana he tenido una entrevista secreta con don Juan José Benavente; éste tuvo algunas conversaciones privadas con don José Miguel Carrera en Santa Fe. Me ha dicho que el citado Carrera está complotado con Bustos para luego que se organice el gobierno de Buenos Aires. Recogerá todos los chilenos que se encuentran en las provincias, que se cree sean dos mil, formará una división y atacará ese reino por Coquimbo o provincia del Sur; que tiene comunicación activa con Buenos Aires, y por vía del comandante del Rosario recibió quinientas onzas de oro. Que ha introducido correspondencia en ese reino una vez por mar y otras por esta ciudad, con pasaportes falsos y de Pueyrredón. Que ya su plan sólo será de sangre. Que mina sin cesar, para asesinar a V. E., al señor de O'Higgins, Pueyrredón y Luzuriaga. Benavente me asegura que Carrera no tiene ningún hombre decente o de luces a su lado; su familia pasa a Córdoba» (2).

Descubierto este plan, el cabildo de Santiago se apresuró a hacer llegar a San Martín sus felicitaciones, felicitaciones que éste agradeció debidamente, protestando que su única ambición no era otra que la de batir al enemigo común (3).

(1) Barros Arana: *Historia General de Chile*, t. XIII, pág. 350.

(2) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 241.

(3) Además de don Cipriano Ovalle, en cuya casa se reunían los conspiradores, figuraban como tales don Manuel Araoz, don Manuel Muñoz Urzúa, el capitán

Tales son los acontecimientos que se desenvuelven en las Provincias del Plata apenas San Martín repasa la Cordillera, fijos sus ojos en el Perú como punto terminal de su trayectoria. La provincia de Cuyo, por desgracia, no pudo substraerse al fermento anárquico que contaminaba a las provincias del interior como del litoral, y la revolución montonera se hizo sentir allí, como ya queda apuntado, con una insurrección militar que substrajo a la división de Cuyo un cuerpo que San Martín había dejado acuartelado allí, en perfecto estado de disciplina y en espera de las órdenes para repasar la Cordillera.

Este estado de cosas comprometió no sólo a las instituciones argentinas; comprometió él igualmente al Estado de Chile, ya empeñado como lo estaba Buenos Aires, y con él las provincias sumisas al directorio, en una campaña continental de liberación y obligólo por lo tanto a asumir actitudes defensivas para que no se malograse esta campaña, firmando con la provincia de Cuyo el tratado de alianza ya historiado.

Lo sucedido en Cuyo apenó grandemente a San Martín, y en carta a un amigo, a don Tomás Godoy Cruz, significóle que tamaña noticia lo había llenado de desconsuelo. «¡Qué males a la causa

de la escolta directorial don Ramón Allende, el teniente de la guardia de honor don Martín Cuadra, don Ramón Vázquez de Novoa, don José Antonio Díaz Muñoz, don Juan Nicolás Carrera, don Pedro Nicolás Lastra, don Ambrosio Rodríguez, don Manuel Villar, don Vicente Rubistondo, don Pedro Aldunate, don Manuel Salas, don Manuel Barros y otros.

«Varios de estos criminales, escríbele don Joaquín Echeverría, ministro del directorio, a don Miguel Zañartú, residente en Buenos Aires, fueron sorprendidos y los demás fugaron. Se les formó la correspondiente causa y fueron convictos y confesos del delito de conspiración para trastornar la administración y envolver al país en las desgracias consiguientes a tales convulsiones. Puesta en estado de sentencia se pasó a la cámara de Justicia para que la juzgase y diese cuenta, la que en cumplimiento de la comisión la sentenció el 24 de mayo en éstos términos: «Que fuesen pasados por las armas don Manuel Vásquez y Novoa, don Martín de la Cuadra y don Ramón Allende, en el término de 24 horas; que fuesen confinados a disposición del supremo gobierno y por el tiempo que designase, según lo exigiese la seguridad pública, don Cipriano Ovalle, don Vicente Rubistondo, don José M. Vidal, el músico Salas, don Joaquín Vásquez, don Juan Antonio Díaz Muñoz y el sargento Aragón de la escolta directorial; que don Miguel Ureta sufriese la pena de confinación que le estaba señalada antes de fugar de la prisión de Valparaíso, quedando la causa abierta para continuarla cuando sean aprehendidos los demás corifeos».

Declara Echeverría que la pena capital les fué indultada a los reos Vásquez de Novoa, Allende y Cuadra por la del destierro perpetuo del territorio de la República, y que del progreso de la causa se evidencia que los conspirantes procedían de acuerdo con los anarquistas que tantos males habían causado en esos desgraciados países. En otra carta particular el mismo Echeverría le dice a Zañartú que «la mayor y principal parte de los comprendidos eran prosélitos del demagogo feroz de Carrera. Desde el momento que iniciaron sus proyectos el gobierno tenía reiterados y circunstanciados avisos de cuanto trataban en sus sesiones nocturnas y se les dejaba continuar sus planes hasta el día designado para su ejecución, que era el 8 de abril último a las ocho de la noche. La causa se ha seguido por todos sus trámites, y los más criminosos han sido confinados a la Nueva Granada. El pueblo en general estaba indignadísimo contra esta horda de locos: prueba de ello es que nadie se atrevía a realizar la menor insinuación en favor de ellos, ni aun sus deudos». BARROS ARANA: *Historia General de Chile*, t. XII, pág. 610.

general del país!, escribe. Todos los elementos para la gran expedición se hallaban en el mejor estado: aun hay tiempo de remediar los males si el orden se restablece». «En fin, agrega luego, mi partido está tomado: voy a hacer el último esfuerzo en beneficio de la América. Si éste no puede realizarse por la continuación de los desórdenes y anarquía, abandonaré el país, pues mi alma no tiene temple suficiente para presenciar su ruina» (1).

La guerra civil argentina afectó directamente, como se acaba de ver, a los propósitos de San Martín, y al mismo tiempo que trastornó sus planes políticos, trastornó igualmente sus combinaciones militares, en las cuales jugaba un papel principal la colaboración simultánea y recíproca del ejército de los Andes con el ejército del Alto Perú (2). Además introdujo ella la desmoralización en la división de Cuyo que formara San Martín con tanto empeño y desvelo, y que, descartado el peligro de la invasión española al Plata, la destinaba él para la campaña libertadora del Perú. El estallido revolucionario de San Juan retardó la marcha de esta división, y estas fuerzas, que debían pasar la Cordillera en el mes de enero siguiendo las huellas de su Capitán, sólo lo pudieron hacer, ya mermadas por la sublevación del batallón de Cazadores de los Andes, a mediados de marzo y bajo el comando de Alvarado. Este cruzó la Cordillera con sólo el regimiento de granaderos que pudo substraerse a la conjuración demagógica y se dirigió directamente a Rancagua, en donde se encontraba acuartelado el ejército. De alli pasó a los baños de Cauquenes para entrevistarse con San Martín y obtuvo de éste el permiso para pasar a Santiago y descansar allí de sus fatigas.

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 567.

(2) A propósito de esta división, recordemos aquí que el batallón insurreccionado, o sea el nº 1 de Cazadores de los Andes, se componía de cerca de mil hombres, dividida por mitad en dragones, como dice Luzuriaga. El resto de la división la componían los Cazadores a caballo acantonados en Mendoza y los Granaderos a caballo acantonados en San Luis. Esta división se remontó y se equipó con el mayor esmero siendo Luzuriaga gobernador e intendente de Cuyo y convínose su formación, nos cuenta éste, en una reunión celebrada en la iglesia de San Agustín de Mendoza, el 4 de agosto de 1819, y estando presente a ella el general San Martín. Con tal motivo Luzuriaga pronunció un discurso y siguióle después en el uso de la palabra el general San Martín, quien en ese momento era llamado por el gobierno de Buenos Aires, alarmado por la amenaza de una expedición española al Plata. Con las medidas tomadas por Luzuriaga en aquel entonces, logróse substraer al contagio de la insurrección comunera la artillería que se encontraba en Mendoza.

Por lo que se refiere a los oficiales Corro, Murillo y Mendizábal, principales agentes del batallón insurreccionado en San Juan, he aquí la suerte que les cupo a cada uno. Corro fué asesinado en Salta, después de varios movimientos subversivos en que tomó parte. Murillo, después de caer en poder de las autoridades de Cuyo, fué remitido a Chile, y luego al Perú. Al llegar al campamento libertador en Huaura, fué sometido a un consejo de guerra, y allí mismo fusilado. Mendizábal, o sea el que a raíz de aquel movimiento tumultuario se colocó al frente del gobierno provincial de San Juan, fué capturado a su vez y remitido, como Murillo, al Perú. Como éste, recayó sobre él la misma sentencia y en cumplimiento de ella fué ejecutado en la plaza principal de Lima.

CAPITULO XXIII

San Martín, el acta de Rancagua y los preparativos de la Expedición

SUMARIO: San Martín en Cauquenes. — Anuncia su partida para Rancagua. — Las Provincias Argentinas y los realistas. — O'Higgins da a conocer al gobierno de Buenos Aires los propósitos que éstos persiguen. — Circular de Guido a los cabildos. — Contestación dada por Sarratea a O'Higgins. — Guido declarado cesante en su puesto de diputado, por Sarratea. — Declaración que esta actitud arrancó al ministro Echeverría. — Guido incorpórase al ejército de los Andes. — San Martín nómbralo su primer ayudante de campo. — Llega San Martín a Santiago y redacta allí un importante documento. — Las Heras lo recibe en Rancagua y procede a abrirlo según las instrucciones de San Martín. — Contenido de este documento. — Opiniones vertidas en la junta convocada por Las Heras y acta de la misma. — Barros Arana y este acontecimiento. — Lo que al respecto opina el general Mitre. — En Rancagua, San Martín no reconoció ninguna autoridad. — Conclusiones deducidas de una falsa premisa. — Punto que San Martín quería esclarecer. — San Martín sin gobierno pero no sin patria. — Declaraciones formuladas por él ante el cabildo de Buenos Aires después de Rancagua. — Cuándo y cómo fué dada a publicidad esta acta. — El acta de Rancagua y un oficial del ejército de los Andes. — Lo que fué a nuestro entender el acta de Rancagua. — Colaboradores de San Martín en la expedición al Perú. — Contrata celebrada por él con Lynch. — Contrata firmada en Santiago entre O'Higgins y los contratistas argentinos. — Estado en que San Martín encontró el ejército acantonado en Rancagua al llegar de Cauquenes. — Oficio, a modo de ultimátum, dirigido por él al gobierno de Chile. — Contestación dada por Zenteno respondiendo a sus deseos. — De Rancagua el ejército libertador pasa a Quillota. — San Martín en período de franca mejoría. — Providencias relacionadas con la expedición que ya creía inmediata. — Homenaje que le tributa el cabildo de Santiago. — Los aprestos navales en Valparaíso según comunicación de Sarratea. — Cuartel general y Estado Mayor nombrado por San Martín. — Cuerpos y jefes que integraban el ejército expedicionario. — La auditoría, la maestranza y el parque. — San Martín renovando en Chile la proeza que antes realizara en Mendoza. — Cómo resolvió San Martín colocar la expedición bajo la bandera chilena. — Destino que le cupo a la bandera de los Andes. — Carta de San Martín a Godoy Cruz, relativa a la partida de la expedición. — Aplazamiento de ésta por la política de Cochrane.

Mientras las Provincias Argentinas deseosas de romper con la sumisión que las ataba al gobierno directorial, se alzaban en armas y se colocaban en estado de perfecta anarquía, San Martín proseguía su cura en Cauquenes, no sin sentirse amargado por tales acontecimientos y deseoso de restablecer su salud para entregarse de lleno a los trabajos preparatorios de la expedición.

Su estada en aquellas termas chilenas se prolongó desde febrero a marzo, y el 7 de este mes escribióle a Guido desde Cauquenes, diciéndole que aun cuando el brazo derecho lo tenía aún bastante incomodado, seguía regular y que según el dictamen del doctor Paroissien, que era su médico, los buenos efectos de la cura sólo los sentiría a los quince días después de haber tomado los baños. «El sábado me retiro para Rancagua, le dice luego, en donde permaneceré lo preciso para pasar una revista al ejército y en seguida pasar a ésa a ver si se puede activar los aprestos de expedición o que me desengañen cuanto antes, pues según oficio que se me pasa con fecha tres, se me avisa haberse mandado suspender los trabajos de maestranza por toda la presente semana; esto me aburre, como usted puede calcular» (1).

Pero antes de seguir a San Martín en la nueva etapa de su actitud de libertador, observemos que conocidos por los realistas los acontecimientos que convulsionaban y dividían en guerra sangrienta a las Provincias Argentinas, comprendieron ellos que se les presentaba una brillante oportunidad para organizar una ofensiva, cargando con el grueso de sus fuerzas por el norte. Esta maniobra obedecía no sólo a un propósito de reacción por parte de los absolutistas. Ella perseguía otro no menos importante y fundamental y consistía en poner al Perú a salvo del peligro que lo amenazaba, creyéndose en Lima que al menor amago de sus fuerzas por el Alto Perú, San Martín repasaría la Cordillera y desistiría por lo tanto de la expedición que para el virreinato peruano constituía ya una pesadilla. Ignorábase por las autoridades realistas del Bajo Perú, que San Martín no era ni pretoriano ni régulo; que no era más que un libertador y que, por lo tanto, si las Provincias Argentinas se despedazaban en guerra de hermanos, su espada había sabido mantenerse incólume en esta tragedia, no estando dispuesta a desenvainarse sino para atacar tan sólo a los españoles.

Estos propósitos de los realistas del Perú fueron conocidos en Chile con oportunidad, y don Bernardo O'Higgins se apresuró a transmitirlos a Buenos Aires con la noble intención de que sólo su anuncio pudiese servir de concordia a los partidos en lucha. «Además de las comunicaciones que he recibido ayer de Guayaquil y de Lima, decía él en su oficio al gobierno argentino, y de que se ha facilitado copia al diputado de estas provincias para conocimiento de V. E., ha llegado a mi poder por otros conductos no menos seguros, la noticia de que el general Ramírez, sucesor de La Serna, ha retirado hacia el cuartel general de Tupiza la mayor parte de las guarniciones de La Paz, Oruro y Cochabamba. Que se ha levantado un nuevo cuerpo de reserva en La Paz, que se trata de aumentar la fuerza del Perú hasta el número de diez mil hombres y de establecer el cuartel general en Salta o en Tucumán».

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 335.

«El riesgo que amenaza a esas provincias, dice en otro oficio del 13 de marzo, es grave; y por tanto he creído oportuno transmitir a V. E. las noticias adquiridas como también participarle para su inteligencia y satisfacción, que animado siempre este gobierno del deseo de libertar al Perú, hace los mayores esfuerzos actualmente para acelerar la salida de la expedición. Ella podrá ser útil también a esas provincias llamando hacia las costas del Pacífico la atención del enemigo» [1].

Guido por su parte se apresuró a poner al corriente de estas amenazas a los cabildos argentinos y lo hizo por medio de una circular que despachó desde Santiago el 8 de marzo. Ella terminaba con esta declaración: «Con este motivo, y no hallándose actualmente en esta capital el señor capitán general don José de San Martín — San Martín estaba todavía en Cauquenes —, he creído de mi deber comunicar a V. S. esta importante ocurrencia, lisonjeado con la íntima persuasión de que al amago de los españoles, V. S. y el último de nuestros conciudadanos concurrirán gustosos a salvar nuestra adorada patria entretanto que desde este Estado se trabaja cuanto permiten nuestros recursos para derribar al coloso de Lima, perseguir a los tiranos y dar la libertad al Perú» [2].

Las comunicaciones de O'Higgins llegaron a Buenos Aires cuando en virtud de los sucesos ya historiados, el poder había caído en manos de Sarratea. Este se apresuró a responder a tales avisos, y en oficio que le dirigió a O'Higgins con fecha 12 de abril declaró: «He leído con no poco disgusto las comunicaciones de V. E. de 8 y 13 de marzo último, dirigidas al directorio de este Estado, relativamente a noticiarle y confirmar los movimientos del enemigo común en el Perú a fin de aumentar las fuerzas de su ejército y avanzar hasta Salta o Tucumán. V. E. considere cuáles serán mis presentimientos cuando esta provincia, que ha sido siempre la fuente de los principales recursos en semejantes lances, la miro en un estado casi de nulidad, aun para su sola defensa, ya por la disipación y absoluta corrupción de la anterior administración, como por los desastres que ha sufrido en tres meses de una guerra intestina la más empeñada que ha visto. La ciudad y campaña no ofrecen más que objeto de lástima y desengaño, sin que hasta hoy pueda lograrse siquierá el restablecimiento del orden a que exclusivamente he dedicado mis desvelos». Concluye Sarratea diciendo a O'Higgins: «Una sola esperanza es capaz de colmar mi agitación, y es la de que vuelva a querer revivir el espíritu público, ya casi imperceptible por la insidiosa conducta que al efecto observó la anterior administración en más de tres años de su gobierno. No menos confianza me inspira el convencimiento que me asiste de los sentimientos de V. E. en favor de la causa de América; esperando por lo mismo no omitirá

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 339.
(2) *Ibídem*, pág. 337.

proporción para comunicarme cuantas más noticias se adelanten en el particular y las providencias que V. E. por su parte tenga a bien expedir» [1].

Cuando estas línes salían de la pluma de Sarratea, éste ya se había dirigido a Guido con fecha 21 de marzo y significádole que en virtud de los últimos sucesos políticos acaecidos, quedaba él sin representación cerca del gobierno de Chile, agregándole después: «Pero soy de sentir que puede V. S. permanecer en ese destino hasta la reunión del congreso que será muy breve, puesto que V. S. es sin duda la persona que está indicada por sus conocimientos y talento para continuar en ese destino». Guido no esperó de su gobierno una nueva comunicación, y el 26 de abril se dirigió al directorio de Chile para declararle que cesaba en el ejercicio de sus funciones. Esta circunstancia permitióle evocar en síntesis el estado de las provincias convulsionadas por la guerra civil para concluir que, según su parecer, el congreso anunciado en el tratado del Pilar «se diferiría muy más allá del término fijado en la convocatoria». «Considerando pues no muy próxima la inauguración del poder central, de quien solamente podría esperar la refrendación de mis diplomas, estoy ya en el caso de manifestar por mi parte de un modo oficial haber expirado mi representación cerca de la elevada persona de V. E. y de suplicarle por la recredencial con que he de responder oportunamente al supremo gobierno de la nación de que dependo» [2].

Esta actitud y decisión de Guido arrancó al ministro don Joaquín de Echeverría una oportuna declaración. Al dirigirse a él, y después de lamentarse de la ausencia de un poder central en Buenos Aires, le dice a Guido le quedaba «la lisonjera esperanza de que las nuevas autoridades no se apartarán de ningún modo del objeto preferente de nuestra gloriosa revolución que es la independencia; ni menos podrán desconocer los principios de buena inteligencia y armonía que constituyen la base del conjunto de operaciones que nos hemos propuesto y que son necesarias al feliz éxito de una guerra de libertad, de independencia y honor». Agregando después: «Si la tempestad política que ha descargado sobre las Provincias Unidas ha conmovido tan sensiblemente el ánimo de S. E., puede asegurarse que ha tenido una parte no pequeña en sus emociones la consecuencia del fenecimiento de las funciones de V. S. Ha sido para S. E. — se alude a O'Higgins — tanto más penosa esta cesación cuanto que ha tenido oportunidad de observar más de cerca que otro alguno la conducta seguida por V. S. en los tres años de su diputación. Digno representante del gobierno argentino, pero al mismo tiempo eminente americano, V. S. ha sabido conciliar el pleno cumplimiento de los deberes oficiales que le imponía su

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 346.
(2) *Ibídem*, pág. 347.

comisión con la promoción de los grandes objetos a que todos somos igualmente llamados» (1).

Por su parte Guido, en oficio del 6 de mayo, dióse por notificado de la resolución de su gobierno y al mismo tiempo escribióle a Sarratea que aceptando la opinión por él expresada, quedaba incorporado en su clase al ejército de los Andes, agregando: «Pero si al salir la expedición preparada para el Perú no hubiese recibido la refrendación de mis poderes, seguiré su suerte, protestando a V. E. que sean cuales fueren las órdenes que me imparta la autoridad central de esas provincias, las cumpliré puntualmente en cualquier destino en que me halle».

Días después, San Martín dispuso que el ejército libertador del Perú lo reconociese a Guido como primer ayudante de campo, y el 10 de junio refrendó este decreto: «Por cuanto, atendiendo a los méritos y servicios del coronel graduado don Tomás Guido, he venido en nombrarle coronel efectivo ínterin que se elija en las Provincias del Río de la Plata una autoridad central. Por tanto, mando le hayan y reconozcan por tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones y preeminencias que por este título le corresponden» (2).

Pero de todos los acontecimientos que surgieron en ese entonces como consecuencia del estado caótico por que pasaban las Provincias Argentinas, ninguno tuvo la importancia ni la trascendencia que el que pasamos a historiar.

San Martín terminó, como ya se dijo, su cura en Cauquenes a mediados de marzo y se dirigió de allí a la villa de Rancagua en donde se encontraba el ejército expedicionario, ya con el propósito de revistarlo, como el de tomar las providencias relacionadas con la futura expedición. Llenado este requisito, se trasladó a Santiago, y estando allí y siendo el día 26 de marzo tomó la pluma y redactó un documento que luego lo cerró en un sobre y lacrándolo debidamente, escribió sobre éste el siguiente rótulo: *«Al señor coronel don Juan Gregorio de Las Heras, jefe del Estado Mayor del ejército expedicionario. Este pliego no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los señores oficiales del ejército de los Andes y sólo a su presencia se verificará.* — San Martín» (3).

Las Heras, una vez recibido el pliego, procedió según las instrucciones anotadas por San Martín en el sobre, y el día 2 de abril reunió

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 350.

(2) *Ibídem*, 355.

(3) Como se ve, el pliego en cuestión le fué remitido a Las Heras desde Santiago, y no entregado a éste en Rancagua por el propio San Martín como lo suponen comúnmente los historiadores. El general don Jerónimo Espejo es concluyente en lo relativo a este punto. «El general Las Heras, escribe éste, que mandaba el cantón de Rancagua, el día menos pensado recibió un pliego del general San Martín que se hallaba enfermo en Santiago, en cuyo sobrescrito se prevenía no poder abrirse sino a presencia del cuerpo reunido de jefes y oficiales del ejército». *El Paso de los Andes*, pág. 605.

en su propia residencia de Rancagua a todos los oficiales del ejército de los Andes y abierto él, procedióse a la lectura del documento que contenía y en el cual se decía textualmente: «El congreso y director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del ejército de los Andes y de consiguiente, creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos y salvar por este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América. Me atrevo a afirmar que ésta se consolidará, no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos, si conserva, como no lo dudo, las virtudes que hasta aquí la han distinguido. Para conseguir este feliz efecto deberán observarse los artículos siguientes:

«1° El jefe más antiguo del ejército de los Andes reunirá al cuerpo de oficiales en un punto cómodo y el más espacioso que se encuentre, dando principio a la lectura de este manifiesto.

«2° Reunidos todos, procederá a escribir su votación para general en jefe en una papeleta, verificándolo uno a uno, la que depositarán en algún cajón o saco que se llevará al efecto.

«3° Finalizada esta votación, se pasará al escrutinio que deberán presenciar el jefe principal y el capitán más antiguo de cada cuerpo; dicho escrutinio se hará a presencia de todos.

«4° Se prohibe toda discusión que pueda preparar el ánimo en favor de algún individuo.

«5° En el momento de concluir el escrutinio se tirará un acta que acredite el nombramiento del elegido, la que firmarán todos los jefes y el oficial más antiguo por clase.

«6° En el momento de verificada la elección se dará a reconocer el nuevo nombrado por un bando solemne y por un saludo de quince cañonazos.

«Estoy bien cerciorado del honor y patriotismo que adorna a todo oficial del ejército de los Andes. Sin embargo, como jefe que he sido de él y como compañero, me tomo la libertad de recordarles que de la íntima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sur.

«A todos es bien conocido el estado deplorable de mi salud. Esta me imposibilita el entregarme con la contracción que es indispensable en los trabajos que demanda el empleo, pero no de ayudar con mis cortas luces y mi persona en cualquiera situación en que me halle a mi patria y compañeros» (1).

El documento de San Martín fué leído en la junta de oficiales convocados por Las Heras siendo las cinco y media de la tarde. y al ir a procederse a la votación, como así lo prescribía San

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 190.

Martín, uno de los asistentes, el comandante Enrique Martínez, tomó la palabra y significó la inutilidad de ese procedimiento por ser nulo el fundamento en que San Martín se basaba. Las razones aducidas por Martínez fueron corroboradas por la declaración de otros jefes, como ser Necochea, Conde y Alvarado; y después de ponerse de acuerdo todos los miembros que componían esta asamblea militar convínose que San Martín continuase al frente del ejército de los Andes, testimoniando lo resuelto con un acta: «En la ciudad de Rancagua, a 2 de abril de 1820, dice esta acta, reunidos todos los señores jefes y oficiales del ejército de los Andes en la casa del Estado Mayor, a presencia del señor coronel jefe del Estado Mayor del ejército expedicionario y comandante general del mismo, se abrió un pliego rotulado para dicho señor y dirigido por S. E. el señor general en jefe con expresión en el sobre de no romper el lema hasta no estar reunida toda la oficialidad, y procediéndose a su lectura por el señor comandante general, concluyó y se procedió a la votación, según está prevenido, para elegir nuevo jefe en virtud de no existir el gobierno que nombró al presente, y como en el mismo acto tomase la palabra el señor coronel comandante del nº 8 don Enrique Martínez y expusiere que no debía procederse a la votación por ser nulo el fundamento que para ella se daba de haber caducado la autoridad del señor general, fué preciso considerar esta objeción que al mismo tiempo reprodujeron los señores coroneles don Mariano Necochea, don Pedro Conde y don Rudecindo Alvarado y proceder después a la votación de los señores oficiales que unánimemente convinieron en lo mismo, quedando de consiguiente sentado como base y principio que la autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado ni puede caducar porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable. En esta inteligencia, si por algún accidente o circunstancia inesperada faltase por muerte o enfermedad el actual, debe seguirse en la sucesión del mando el jefe que continúe en el próximo inmediato grado del mismo ejército de los Andes, y para constancia lo firmaron un oficial más antiguo de cada clase de todos los cuerpos y todos los señores jefes».

He aquí la nómina de los que firman el acta y en el orden señalado en ella: Batallón de artillería: *Manuel Herrera*, comandante; *Francisco Díaz*, sargento mayor; *Eugenio Girout*, capitán; *José Olavarría*, teniente; *Hilarión Cabrera*, ayudante. — Granaderos a caballo: *Nicasio Ramallo*, comandante; *Benjamín Viel*, comandante de escuadrón; *Juan O'Brien*, sargento mayor; *Bernardino Escribano*, capitán; *Pedro Ramos*, teniente; *Antonio Espinosa*, alférez. — Batallón Nº 7: *Pedro Conde*, comandante; *Cirilo Correa*, sargento mayor; *Félix Villota*, capitán; *Miguel Cortés*, teniente. — Batallón nº 8: *Enrique Martínez*, comandante; *Manuel Nazar*, capitán; *Niceto Vega*, teniente; *José del Castillo*, subteniente. — Batallón n.º 11: *Román Antonio*

Deheza, capitán comandante accidental; *José Nicolás de Arriola*, capitán; *Manuel Castro*, teniente; *José Ignacio Plaza*, subteniente. — Cazadores a caballo: *Mariano Necochea*, comandante; *Rufino Guido*, sargento mayor; *Manuel José Soler*, capitán; *Pedro Ramírez*, teniente; *Manuel Lacruz*, alférez. — Estado Mayor general: *Juan Gregorio de Las Heras*, jefe de Estado Mayor; *Juan Paz Castillo*, segundo jefe; *Rudecindo Alvarado*, coronel; *Juan José de Quesada*, teniente coronel; *Luciano Cuenca*, sargento mayor; *Francisco de Sales Guillermo*, ayudante secretario; *Javier Antonio Medina*, oficial de ordenanza; *Juan Andrés Delgado*, secretario ([1]).

Comentando este acontecimiento, he aquí lo que escribe a su respecto don Diego Barros Arana, historiador chileno: «La desobediencia del general San Martín, consumada, como lo hemos visto, por su sola voluntad, quedó así sancionada por la oficialidad del ejército de los Andes que en aquella emergencia demostró una adhesión entusiasta por su jefe. De esta manera se hacía responsable de un acto de la más abierta insubordinación, pero asumía igualmente la gloria consiguiente a las grandes ventajas que aquella resolución iba a producir a la causa de la independencia hispanoamericana. De este modo se pudo trabajar franca y resueltamente en la ejecución del proyecto que desde cuatro años atrás preocupaba ardientemente a los ilustres patriotas San Martín y O'Higgins» ([2]).

Otro historiador, no chileno sino argentino, el ilustre general don Bartolomé Mitre, no disiente de la opinión emitida por Barros Arana, y partiendo de la misma base, o sea de la supuesta leyenda de la desobediencia, concluye: «El ejército con la bandera nacional no tenía gobierno a quien obedecer y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general, bien que confirmado en su mando en el concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas, y al realizar sus designios se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar y sin gobierno ante quien justificarse o que diera sanción a sus actos. Para regularizar esta situación como él lo entendía, o para habilitarse con nuevos poderes, entregó a la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios» ([3]).

Según nuestro entender, el juicio de uno y de otro historiador es erróneo y falsea por lo tanto el espíritu de los sucesos en los cuales San Martín se destaca como el más alto protagonista. Por de pronto, en Rancagua no alcanzamos a descubrir nosotros el acto «de la más abierta insubordinación» a que se refiere Barros Arana y tampoco aceptamos sus tesis de que a partir de ese momento se comenzó a trabajar «franca y resueltamente» en la ejecución del proyecto que perseguían con tanto empeño San Martín y O'Higgins.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 192.
(2) *Revista Chilena*, t. III, pág. 640.
(3) *Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, t. II, pág. 454.



RETRATO DEL BRIGADIER GENERAL DON BERNARDO O'HIGGINS
Grabado hecho en Londres por Cooper. *(Biblioteca Nacional de París, sección Estampas y Grabados)*.

En Rancagua San Martín no desconoció ninguna autoridad. Lo único que hizo fué reconocer que la guerra civil argentina había barrido con el directorio y con el congreso, y partiendo de esa base, se presentaba ante sus jefes para que éstos resolviesen si la autoridad que él ejercía como jefe del ejército de los Andes había o no caducado. Era pues, como se ve, un punto de pura doctrina, y que se resolvió como tal y esto con independencia absoluta de las medidas ya tomadas con anticipación en los conciliábulos del directorio chileno y de la logia lautarina, un año antes, para que la expedición al Perú se llevase a cabo según los proyectos presentados por San Martín.

Las conclusiones que apunta a su vez el general Mitre son consecuencia de la misma premisa, premisa que, como ya se ha demostrado, es falsa, porque San Martín no desobedeció y porque San Martín al repasar los Andes, dejando a sus espaldas a las Provincias Argentinas próximas a una inmediata conflagración, lo hacía en calidad de capitán general del ejército de los Andes, facultades que le reconoció en esas mismas circunstancias el directorio y que respetó a su vez don Manuel de Sarratea, jefe de la provincia de Buenos Aires surgido a raíz de la batalla de Cepeda, con que se puso fin a la vida política del congreso y del directorio. Indebidamente, pues, se habla de esta situación de San Martín como una situación ilegal o anómala. A nuestro entender no era ni lo uno ni lo otro, y si San Martín subordinó su posición de jefe supremo del ejército de los Andes al voto consultivo y deliberativo de los jefes de ese ejército, esto lo hizo más por escrúpulo de conciencia y de doctrina que por una conveniencia militar o política. Además, es necesario reconocer que en ese momento San Martín era el blanco de muchas intrigas por parte del partido carrerino, y que este partido se recelaba de ver confiada la suerte de Chile al genio y la espada de un general argentino. ¿Hasta dónde había llegado este recelo? He ahí el punto que San Martín ignoraba y que ciertamente lo quiso esclarecer poniendo a prueba la lealtad de sus jefes. Esto nos lo sugiere nuestra propia intuición y nos lo permite reconocer como una cosa posible el testimonio del propio coronel Las Heras, quien al escribirle a San Martín le decía: «Al asegurar a V. E. el orden que se observó en este acto por la oficialidad del ejército, debo agregar la sorpresa que causó el contenido de la citada nota y añadir que se dejó ver bien el justo sentimiento que le causaba la idea que V. E. pudiera desconfiar de su subordinación y respeto u olvidar alguna vez sus sacrificios en obsequio de la causa común del país». Y un día más tarde: «A la verdad, mi general, yo nunca hubiera creído que usted me hubiera puesto en tanto y tamaño apuro: en fin, ya está hecho y por el resultado se acabará usted de convencer qué clase de sujetos son sus amigos, y si he de hablar a usted la verdad, están tan resentidos que les he oído hablar de un modo decidido y fuerte; se creen agraviados porque

con el paso dado por usted, ellos están en la necesidad de tener que hacer otro tanto por su parte cada uno» [1].

Recordando este acontecimiento, Espejo nos dice: «El estampido de una bomba no habría producido la impresión que causó la lectura de aquel inesperado documento».

Es el caso, pues, de decir que si es verdad que San Martín por los sucesos acaecidos en la guerra civil argentina se encontraba sin gobierno, no se encontraba sin patria, como lo dice Mitre. La patria no se pierde por esta o por aquella contingencia militar o política. Ella es un valor absoluto y perenne, y San Martín se reconoció tan argentino antes de Rancagua como después de Rancagua. Es por esto que después de consumado este acto y dirigiéndose al cabildo de Buenos Aires con fecha 13 de abril declaró desde Santiago de Chile que la enérgica resolución de los jefes y oficiales que componen el ejército de los Andes y el convencimiento común de que la defensa y seguridad de la causa de América es el objeto primario de esta fuerza, «han influído en su conservación y disciplina preservándolo bajo su dirección hasta que renazca la autoridad central erigida por la voluntad de la nación, a la cual reconocerá sumisamente aquel ejército». Fué entonces que declaró igualmente, como ya se ha visto en el capítulo anterior, que mientras no llegaba el día venturoso que consolidase la unión de las Provincias Argentinas sobre las bases que el amor a la independencia de la patria estableciese en forma sólida y permanente, ese ejército se apresuraba a marchar unido hacia las costas del Perú y esto para impedir «que un enemigo feroz y engreído por las disensiones de esas provincias» cargase sobre ellas aprovechando los desastres de una guerra sangrienta.

En el mismo documento que nos sugiere las reflexiones aquí apuntadas, San Martín nos demuestra que no se creía él en ese momento en estado de orfandad patriótica, ni nada semejante. En ese documento, y después de precisar la forma en que los jefes del ejército de los Andes deben proceder a la elección de un substituto en caso de que así lo estimen conveniente, declara que si el estado de su salud lo imposibilita para entregarse a los trabajos que le manda su puesto, él no le impide el ayudar con sus luces y con su persona, y en cualquiera situación en que se halle, «a su patria y a sus compañeros».

El acta de Rancagua no fué dada a la publicidad en aquel entonces y quedó encarpetada, por así decirlo, medio siglo. El primero en darla a conocer fué el historiador chileno don Diego Barros Arana, quien estando en París y visitando a don Mariano Balcarce en su residencia de Brunoy, descubrió en 1860 este documento entre los muchos que formaban el archivo de San Martín. De su regreso a América y estando en su patria, en el año de 1875 publicó en la

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 194.

Revista Chilena un artículo intitulado *La desobediencia de San Martín* y con tal motivo, reprodujo este documento [1].

Es oportuno observar aquí que del acta de Rancagua se sacaron varias copias, pues sabemos que el general don Jerónimo Espejo poseía una en su archivo y que en 1834 una copia de esta acta fué remitida a un periódico argentino, precisamente con el marcado propósito de desautorizar la supuesta leyenda de la desobediencia de San Martín. El envío en cuestión lo hizo un personaje que ocultó su nombre bajo el anónimo, pero que había pertenecido al ejército de los Andes. No sabemos si el acta remitida por este personaje fué publicada en ese entonces, pero sabemos que en defensa de San Martín decía el remitente de este documento: «Sobre la dependencia que dice usted del gobierno general de las Provincias Unidas es preciso que usted sepa que cuando a mi general se le llamó por el gobierno que había aquí, ya no era gobierno general; había caducado, y de consiguiente tanto mi general como todos nosotros pertenecíamos a la patria, a la nación y no a un gobierno que lo llamaba con engaño para que se hiciese la guerra a los pueblos, para que se perdiese quizá la República. Y ¿qué le parece a usted que hizo este patriota y virtuoso general en jefe? Reunirnos a todos en consejo general de jefes y oficiales y depositar allí el bastón de general en jefe en razón que, unos dicen, de que su autoridad había caducado, puesto que el gobierno general se había disuelto; que nombrásemos un general y que él serviría gustoso a sus órdenes. Entonces nosotros formamos una acta cuya copia adjunto al señor editor, lo nombramos a él con la condición de que nos condujese a hacer la guerra a los españoles dondequiera que se encontrasen y que cuando hubiese un gobierno general diese cuenta. Pues esto hizo y esto es lo que debe hacer un patriota esclarecido. El no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber. Nunca quebrantó los trámites del orden, ni jamás desdeñó la soberanía de que dependía, pues no había un gobierno general cuando él dejó su puesto y nada puede objetársele a este respecto» [2].

El acta pues de Rancagua, diremos nosotros, no hizo otra cosa que afianzar a San Martín en su posición y demostrar que en el drama libertador de América constituía él un elemento indispen-

(1) El mismo día 2 de abril en que se levantó el acta de Rancagua, dispuso Las Heras que se sacase una copia de ella para que quedase archivada en las oficinas de su cargo. Este hecho desautoriza lo que dice Barros Arana, quien afirma que estos documentos «ni siquiera se depositaron en los archivos públicos» y que fueron completamente desconocidos hasta que él descubrió dicha acta en 1860.

Cuando el general Espejo publicó su libro *El Paso de los Andes*, en 1882, publicó también esta acta. Al parecer, ignoraba él que Barros Arana ya la había dado a la publicidad en Santiago de Chile en 1875, pues textualmente nos dice: «Este inestimable autógrafo, que tenemos la honra de conservar entre nuestros papeles, que juega un rol principal en la historia del ejército de los Andes y es la vez primera que sale a luz, demanda algunas explicaciones de actualidad».

(2) *El Censor Argentino*, 25 de junio de 1830.

sable y absoluto. Además determinó ella la posición que en este drama le correspondía al ejército de los Andes y demostró que a pesar de ser un organismo militar, su razón de ser la determinaba la democracia y el instinto solidario y continental de la revolución argentina que le había transmitido su impulso.

Con esta decisión desaparecieron las vacilaciones y los equívocos que podían inquietar a San Martín. Convencióse éste que su destino no era otro que el de obedecer a un supremo mandato y que este mandato subsistía a pesar de que no existían ya los organismos gubernativos carentes de eficacia para salvar en el Plata los destinos de la revolución.

A partir, pues, de ese momento, y resuelta así la dificultad moral y política que trababa en su fuero íntimo su moral y su acción, éste pudo entregarse con nuevo empeño a su obra libertadora, y así lo hizo transmitiendo toda su fuerza dinámica e impulsiva a los elementos de todo orden congregados en torno suyo. En el orden de las nuevas actividades, fueron muchas las personas que asumieron el papel de francos colaboradores; pero es nuestro deber señalar de una manera especial a los argentinos Juan José de Sarratea, don Miguel de Riglos, don Juan Rodríguez Peña, don Estanislao Lynch, como el chileno don Felipe del Solar. Todos ellos actuaron a su lado como contratistas, ya para equipar al ejército de los Andes, ya para hacer adquisiciones navales, con el fin de aumentar las naves que debían componer el convoy libertador.

San Martín celebró con Lynch una contrata relacionada con la adquisición de fusiles, de tercerolas y de sables de caballería, lo que importaba la suma de trescientos treinta y dos mil pesos. En esta suma entraban además con carácter de reserva veinticinco mil fusiles, diez mil tercerolas y diez mil sables de caballería con sus vainas respectivas, el todo destinado para equipar un nuevo ejército en el Perú. Por esta contrata, que posiblemente no se llevó a cabo con esta extensión, Lynch se comprometía a la entrega de estas armas en cualquiera de los puertos peruanos en que se encontrase triunfante el ejército libertador. Ella tenía un valor durable de doce meses y San Martín se comprometía por su parte a que el gobierno peruano que se estableciese en Lima, cumpliese religiosamente lo convenido por él.

Pero en este orden de convenios el más importante lo fué el celebrado en Santiago de Chile el 2 de septiembre de 1819 entre O'Higgins y su ministro Joaquín de Echeverría y los contratistas don Nicolás Rodríguez Peña, don Juan de Sarratea y don Felipe Santiago del Solar. Por esta contrata los firmantes se obligaban a presentar en el mes de diciembre de dicho año todos los aprestos necesarios para una expedición, cuyo número de tropa debía ser señalado por San Martín en su oficio del 25 de Mayo de ese año. Ellos debían además preparar y pagar de su cuenta los transportes necesarios para el ejército, correr con su manutención como con

la de los caballos a transportarse, tanto en la ida de la expedición como en la vuelta, acopiando para esto todos los víveres suficientes. Según el contrato, debían embarcar un rancho para el señor general y su Estado Mayor y para el mes de diciembre tener listo el vestuario correspondiente para cuatro mil hombres, vestuario que debía componerse de un capote de paño con vivos, de una gorra de paño, de un pantalón de brin, de dos camisas, de un par de zapatos y de un par de ojotas.

Por el artículo 5º de la contrata, la compañía abastecedora se obligaba a mantener el ejército mientras durase su embarco, y si para el tiempo estipulado no estaban concluídos los preparativos, pagaría ella mil quinientos pesos por cada día de demora en la salida de la expedición. Por el contrario, si esta demora obedeciese a obstáculos del gobierno, éste se obligaba a indemnizar a los empresarios de todos los perjuicios y gastos ocasionados por ella, «incluso, dice la contrata, las estadías que cargan los capitanes de buques».

El gobierno chileno obligábase a su vez a abonar a la compañía por cada soldado, sargento, cabo, tambor o músico que se embarcara en el puerto de Valparaíso, sesenta pesos y la misma suma por cada caballo. Además debía entregarle todos los buques que hubiese adquirido por concepto de presas o cualquier otro motivo, o que fuesen de su pertenencia, exceptuando los que necesitaba el vicealmirante Cochrane para su inmediata expedición. Las presas que se hiciesen en lo sucesivo, deberían entregarse igualmente a la compañía. Los empresarios obligábanse a completar el número de buques necesarios para el transporte de la expedición, contando con que el gobierno les prestaría todos los auxilios, corriendo el seguro de éste por parte del gobierno.

En esa fecha estipulóse igualmente las sumas a pagar a los contratistas y la forma de pago, y se convinieron otras cláusulas beneficiosas para la expedición como igualmente a su vez para los contratistas. En la penúltima de las cláusulas se dice textualmente: «A solicitud de la compañía se ha convenido con el gobierno en encargar al general en jefe de la expedición el que se interponga con el gobierno que por la voluntad libre de los pueblos se instale en el país donde entrasen las armas auxiliares del ejército de Chile, para que conceda a los empresarios la gracia de liberación de derechos nacionales y municipales en la introducción de quinientas toneladas por recompensa de los servicios y fatigas que prestan para la expedición» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VI, pág. 308.

Con motivo de estos acuerdos, Sarratea efectuó distintos viajes a Buenos Aires. En el mes de octubre lo encontramos en esta capital escribiéndole a San Martín distintas cartas, en una de las cuales le dice: «Omito hablar a usted de las últimas noticias que han llegado de Europa, mediante a que Riglos lo hace muy circunstanciadamente. Así sólo me contraeré a decir a usted que fuera del dinero que este gobierno dará a usted, como me lo ha asegurado el mismo señor director, es más que probable que entre varios comerciantes americanos e ingleses consiga usted alguna

Pero si esto era lo que se había convenido a fines de 1819, al finalizar San Martín su cura en Cauquenes y pasar a Santiago, encontróse con que los preparativos expedicionarios no marchaban con la celeridad que exigían las circunstancias; con que el ejército acantonado en Rancagua estaba abandonado, casi desnudo y que al mismo tiempo en sus filas había entrado ya el fermento de la indisciplina, produciéndose actos subversivos, cual lo fueron la sublevación de cincuenta y ocho granaderos de los que habían repasado la Cordillera con Alvarado, y de otros cuerpos chilenos allí reunidos.

San Martín, que era un organizador y que conprendía que ese estado de cosas obedecía en parte, ya a negligencia o ya a retardos administrativos que no debían existir, interesóse por modificar esa situación, y el 13 de abril se dirigió al gobierno de Chile declarando: «Decidido a hacer cuantos géneros de sacrificios caben en lo humano en favor de la libertad de América del Sur, me puse en marcha desde Mendoza en el estado de salud que a V. E. consta, sin más objeto que el de verificar la expedición al Perú.

«A mi arribo a ésta quedé con V. E. que en todo abril o a más tardar en mayo podría realizarse; pero bien sea por las numerosas atenciones que gravitan sobre este Estado o bien por la falta de numerario, los aprestos para dicha expedición muy poco han adelantado. La recluta pedida en 7 de febrero para el completo del ejército a razón de doscientas plazas cada batallón no llega a doscientos cincuenta hombres la que se ha recibido: en estas circunstancias, ruego a V. E. que si el numerario para los gastos de la enunciada expedición no se halla reunido para el término de quince días de la fecha, se servirá V. E. nombrar otro general que se encargue de ella, pues el estado deplorable de mi salud no me permite continuar por más tiempo, tanto en el mando que V. E. ha tenido la bondad

cantidad de dinero prestado. «Miguel y yo —alude a Riglos— trabajamos bastante para animarles y con placer hemos visto, a pesar de la escasez de dinero, tienen disposición y más que todo una alta confianza en que usted cumplirá religiosamente cualquiera cosa en que se comprometa».

Estas líneas las escribía Sarratea el 8 de octubre, y el 12 del mismo mes le decía: «Por el correo del 9 escribí a usted la buena disposición del actual director —el director lo era Rondeau— para proporcionar dinero para la expedición, pero no todo lo que usted necesitaba. Con la idea que he dado a varios amigos del verdadero estado y buenos preparativos para la expedición, Miguel Riglos y yo teníamos ya algunos que indudablemente hubieran prestado a usted dinero, pues con placer he visto el crédito que sostiene usted entre los extranjeros y americanos, pero con las ocurrencias de montoneras se paralizará todo seguramente. Hoy me mostró el señor director lo que usted le escribía de la Carlota. El doctor Echeverría sale mañana y se asegura lleva pliegos para Santa Fe. Yo de todos modos saldré para Chile el 6 del entrante». El día 19, y antes de ponerse en viaje, vuelve a dirigirse a San Martín y lo hace en estos términos: «Cuánto celebraría fuera dable pudiera usted atender a cualquier punto sin desatender el ponerse al frente de la expedición, caso de efectuarla. A pesar que veo la imposibilidad que este gobierno pueda dar dinero con las ocurrencias del día, siempre se juntaría alguno de particulares, pero sólo yendo usted al frente de ella; de lo contrario, me temo no se conseguiría un centavo». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 507.

de confiarme como en el de general en jefe del ejército de los Andes que depositará en otra persona» (1).

El gobierno chileno comprendió toda la gravedad de esta especie de ultimátum y consultando su propio interés, se apresuró a contestarle a San Martín por medio del ministro de la guerra don Ignacio Zenteno, significándole que dentro de quince días, como él lo solicitaba, el director supremo del Estado se comprometía a colectar la parte del empréstito de trescientos mil pesos exigidos para realizar la expedición. «Las providencias a este efecto, se le dice a San Martín, se agitan del modo más eficaz y ejecutivo, pero si ellas no son bastantes, S. E. ofrece por sí mismo hacer en persona la recolección. Y en la seguridad de que estas medidas satisfarán los justos deseos de V. E. y a sus altos compromisos, acerca del más pronto verificativo de la empresa, espera el gobierno que no será por nuevas demoras o entorpecimientos perjudicada la salud de V. E.». El oficio rubricado por Zenteno concluye diciéndole a San Martín que «su interesantísima persona no es posible subrogarla por otra en la dirección de este arduo y delicado empeño» (2).

Colocadas las cosas en este terreno de la actividad y de la decisión, San Martín comenzó por levantar el campamento de Rancagua y por trasladar los cuerpos a Quillota, acercándose así a Valparaíso, puerto en donde debería embarcarse la expedición. Para fortuna de la empresa, San Martín había ya entrado en un período de franca mejoría y los pronósticos formulados en este sentido por el doctor Paroissien se habían cumplido a la letra. Hablando de su salud, él le decía a Las Heras: «Me hallo tan aliviado como nunca lo he estado». Gozando pues de salud y contando con una franca colaboración por parte del gobierno chileno, San Martín comenzó a dictar sus nuevas órdenes y providencias, y el 11 de mayo dirigiéndose a Las Heras, que todavía se encontraba en Rancagua, escribióle para que el Estado Mayor bajase a la capital, mientras los cuerpos de su mando pasaban a Quillota.

El objeto de San Martín en ese intante era dar sus últimas disposiciones relacionadas con el embarco, ya que la partida de la expedición la creía inmediata. Al mismo tiempo, hacíale saber que acababa de tener una conferencia con O'Higgins relacionada con el estado en que se encontraba la provincia de Concepción. Como carecía ésta de fuerzas de caballería, había convenido con O'Higgins poner a disposición de Freire un escuadrón de granaderos, y en reemplazo de este escuadrón, O'Higgins le proporcionaba el batallón nº 5, fuerte de cuatrocientas noventa y una plazas; cien artilleros del ejército de los Andes que vendrían de Concepción y trescientos treinta reclutas originarios de ahí. «No he vacilado un solo momento

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 212.
(2) *Ibídem*, pág. 213.

en el cambio, escribe San Martín, y al efecto, va la adjunta para que la ponga a disposición de Freire, y el citado escuadrón de granaderos bien sea uno de los cuatro que tiene, o bien sacando de todos ellos la fuerza con los oficiales necesarios para formarlo sin tocar a la base del regimiento».

San Martín concluye esta comunicación a Las Heras diciéndole: «Tengo con urgencia que marchar a Valparaíso para reglar infinidad de cosas, pero no lo verificaré hasta que usted venga y el ejército haya pasado por ésta» (1).

En los momentos en que estas líneas salían de la pluma de San Martín mancomunados en un mismo esfuerzo el gobierno y el cabildo de Santiago tocaban los resortes del caso, y poniendo a prueba el patriotismo de los chilenos como igualmente el interés que en esta empresa de libertad podían tener los extranjeros, recolectaban el dinero necesario para la expedición y exigido por San Martín en forma se puede decir imperativa.

A mediados de 1820, el problema de los auxilios pecuniarios que exigía la expedición, quedó completamente resuelto y el cabildo de Santiago creyó que había llegado el momento de testimoniarle a San Martín, por medio de un acto público, la admiración y el reconocimiento que le merecía.

Para esto acordóse celebrar en el ayuntamiento de Santiago una recepción solemne y a ella se presentó San Martín vestido con su modesto uniforme de coronel de granaderos. «Salió del palacio del Obispo, dice un historiador, y atravesó por medio de una inmensa multitud que se agolpaba en la plaza de Armas, y rígido, severo, triunfante, bajo un exterior sombrío paseaba sus ojos negros sobre la concurrencia que lo vivaba de todas partes. Atravesó el reducido espacio firmemente como si marchara al ataque y se presentó al cabildo que lo esperaba de pie reunido en la sala capitular» (2).

Llenados los actos protocolares, San Martín tomó la palabra y según nos lo dice Barros Arana, manifestó en esa ocasión los sentimientos de gratitud de que se hallaba penetrado, «no sólo como funcionario público por los generosos sacrificios que había hecho la nación en favor de la causa de la libertad, sino especialmente por el afecto que los chilenos han dispensado siempre a su persona. Ofreció de nuevo sus servicios con las expresiones del más sublime patriotismo y encargó que manifestaran al pueblo estos sentimientos». De acuerdo con estos votos, el cabildo de Santiago publicó un bando y declaró en él que con la expedición que pronto iba a abandonar las aguas de Valparaíso se buscaba no sólo el afianzamiento de la independencia de Chile, sino también la del Perú.

Por la noche de ese mismo día — esto sucedía el 15 de julio —, reunióse el senado. Acompañado de O'Higgins, San Martín se pre-

(1) Gonzalo Bulnes: *La Expedición Libertadora del Perú*, pág. 159.
(2) *Ibídem*, pág. 206.

sentó en su recinto, formulando en tal ocasión los mismos votos que horas antes formulara en el seno de los cabildantes.

Por esos días don Juan José de Sarratea se encontraba ya en Valparaíso y con fecha 10 de junio le escribía a Guido informándole minuciosamente de todos los aprestos navales. «Desde que he llegado últimamente a ésta, le dice, no tengo lugar ni para comer algunos días, pues como siempre me temí, todo se había de agolpar de una vez. Y no es esto lo peor, sino que hasta lo que habían de hacer los dueños tengo que trabajarlo. El solo buque entregado según contrata es la *Emprendedora*, y éste a los seis días estaba en estado de transporte. La *Minerva* no me ha costado poco el que la desocuparan. Fué entregada dos días antes de la salida del general; para el miércoles estará con la aguada, catres, etc. La *Jerezana*, después de mil propuestas, recién fué entregada un día antes de la salida del general. La *Santa Rosa* no tiene casi entrepuente y han sido necesarios cinco días para sacarle el lastre; la *Consecuencia*, para echar la tierra que iba a Buenos Aires y poner la artillería debajo, necesita ocho días». Observa Sarratea que por los vientos y por la marejada reinante no ha podido salir un solo bote, y que los carpinteros, por tenerlos ocupados el Estado, le escasean. «Pero a pesar de lo dicho, escribe, yo creo que los buques *Gaditana*, *Perla*, *Minerva*, *Santa Rosa* y *Consecuencia*, únicos que hay entregados, estén listos para el 20. Todos nuestros pronósticos se están cumpliendo y el público nos acriminará sin razón, por lo que he aconsejado hacer un manifiesto. Todo este pueblo ve lo que se trabaja. Aseguro a usted que ninguna utilidad corresponde. Desde el cañonazo, es necesario estar sobre toneleros, carpinteros, lancheros, peones, calafates. Yo creo que el general debería esperar la entrega del *Aguila* y la *Dolores* por Cochrane. Mas usted no crea que estos buques ni para el 20 los entregue, máxime la primera.

«La *Peruana* y el *Mackenna* son dos transportes capaces de setecientos hombres, pues el segundo es buque que lleva tanta gente como la *Consecuencia* por su construcción. Estos dos buques indispensablemente están aquí en toda la semana entrante. Todos estos buques pueden estar con víveres y aguadas el 28 listos, y creo decirle que la escuadra y algunas otras cosas no lo estarán» ([1]).

Mientras en Valparaíso se ultimaban de este modo los preparativos expedicionarios, el gobierno de Chile procedía a nombrarlo a San Martín por decreto del 4 de mayo general en jefe de la expedición, y éste a su vez procedía a seleccionar los jefes que integrarían su cuartel general y su Estado Mayor. He aquí cómo el cuartel general quedó constituído: jefe de la expedición, Excmo. señor capitán general don José de San Martín; generales de división: coroneles mayores don Juan Antonio Alvarez de Arenales y don Toribio Luzuriaga; secretario de guerra y auditor, teniente coronel don Bernardo

([1]) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 353.

Monteagudo; secretario de gobierno, don Juan García del Río; secretario de Hacienda, don Dionisio Vizcarra; auditor general de Marina, don Antonio Alvarez Jonte; oficial primero de secretaría, capitán don Salvador Iglesias; edecanes de S. E., coroneles don Tomás Guido y don Diego Paroissien, capitán don José Caparros y teniente segundo don José Arenales.

Composición del Estado Mayor: jefes del Estado Mayor: coronel mayor don Juan Gregorio de Las Heras; ayudante comandante general, coronel don Juan Paz Castillo; ayudantes primeros, tenientes coroneles don Manuel Rojas, don José María Aguirre; sargentos mayores: don José Quesada, don Francisco de Sales Guillermo y don Luciano Cuenca.

Ayudantes segundos: capitán don Juan Argüero y capitán de ingenieros don Clemente Althaus.

Ayudantes terceros: ayudantes mayores don Francisco Javier Medina, don Ventura Alegre y don Eugenio Garzón; tenientes segundos don Jerónimo Espejo, don Pedro Nolasco Alvarez Condarco y don Juan Alberto Gutiérrez, y subteniente de ingenieros don Carlos Wooth.

Cuerpo médico: cirujano mayor: coronel Diego Paroissien; cirujano de primera clase, don Miguel Stapleton Crawley y fray Antonio de San Alberto.

Intendencia del ejército: intendente general don Juan Gregorio Lemos; contador don Valeriano García, oficial primero don Santos Figueroa, oficial segundo don Alejo de Junco. Comandante del parque: capitán de artillería don Luis Beltrán, y capellán mayor, el presbítero doctor don Cayetano Requena [1].

[1] El sacerdote este era peruano de nacionalidad y se había refugiado en Chile huyendo de los realistas, que por sus ideas liberales lo hacían blanco de sus persecuciones en Lima. Su llegada a Santiago coincidió con los preparativos de la expedición libertadora y con este motivo dirigió una proclama a los peruanos que apareció en la *Gaceta* de Lima el 29 de noviembre de 1819. La proclama de Requena fué refutada en el acto por otro sacerdote realista mediante una carta abierta que la intituló: *Carta de un sacerdote en el Perú a su hermano en Jesucristo don Cayetano Requena.* «Júzgote seducido, le dice a Requena su replicante, o más bien te creo deslumbrado con unas fantásticas prosperidades que te han ofrecido esos gobernadores que impotentes a convencer tu espíritu, quieren apoderarse de tu corazón con unos bienes efímeros que no pueden ni quieren concederte, sino para que representes en su farsa un papel que les es preciso para completar la ilusión teatral con la que se sostiene a la faz de un pueblo que tienen tan engañado como a ti».

Al mismo tiempo se le observa a Requena que los curas más celosos como los religiosos más ejemplares, han sido expatriados de Chile, que en Lima se encuentran los provinciales de San Francisco y de la Merced, y que San Martín convirtió en parque de artillería la casa de ejercicios que los jesuitas tenían en Santiago. «Sabemos que sufrimos, se dice textualmente en esta réplica, que Dios irritado por nuestros pecados ha dado triunfos a Chile, como en otros tiempos los dió a los filisteos contra Israel; pero también estamos penetrados de que estas ligeras amarguras son las manifestaciones del amor de un Dios que castiga a quien ama y que sabe volver el azote de su justicia contra el mismo que nos hiere con él».

El presbítero Requena no se silenció y le replicó a su contrincante con un alegato. Acudiendo a la dialéctica desvirtúa los argumentos invocados por el defensor realista; le hace ver lo que es teológico y lo que es canónico; le señala el contraste que existe entre un gobierno despótico y uno liberal y entrando en el terreno de

Por lo que se refiere al ejército expedicionario, formólo San Martín fusionando en una sola masa de combate el ejército de los Andes y el de Chile. En el primero figuraban un batallón de artillería, los batallones nº 7, nº 8 y nº 11 de infantería, un regimiento de Granaderos a caballo y un regimiento de Cazadores. Los jefes de estos cuerpos lo eran por orden respectiva el sargento mayor don Juan Pedro Luna, el coronel don Pedro Conde, el coronel don Enrique Martínez, el sargento mayor don Antonio Deheza, el coronel don Rudecindo Alvarado y el coronel don Mariano Necochea. Sumaban estas fuerzas dos mil doscientas trece plazas con ciento veinte oficiales y catorce jefes.

El ejército de Chile lo componía un batallón de artillería, los batallones nº 2, 4 y 5 de infantería, un cuadro de infantería, otro de dragones y una compañía de artesanos. Eran sus jefes igualmente, por orden respectivo, los tenientes coroneles don José Manuel Borgoño, don Santiago Aldunate y don José Santiago Sánchez; los coroneles don Francisco Antonio Pinto, don Enrique Campino y el teniente coronel don Diego Guzmán. Su número de plazas comandadas por ciento cincuenta y tres oficiales y nueve jefes era de mil ochocientas cinco.

Como se ve por estos pormenores y antecedentes, el ejército expedicionario había llegado, momentos antes de su partida, a una formación de cuatro mil trescientas catorce unidades, correspondiendo su mayoría al ejército de los Andes. Claro está que esta cifra, rigurosamente hablando no es exacta, pues según otros cálculos, debió llegar a cuatro mil setecientos noventa y nueve hombres incluso la oficialidad y su Estado Mayor.

los hechos, le argumenta: «Vuelvo a tu carta para decirte que no fué irreligión, sino necesidad urgentísima ocupar la casa de ejercicios para poner la maestranza. Aquel solitario edificio por lo espacioso y separado de la plaza principal era el más adecuado; se tomó sin sus utensilios ni rentas, con cargo de reponerlo a su antiguo estado o de labrar otro igual o mejor. Yo sé que en Lima no son tantos ni tan frecuentes los retiros. Sé también que Pezuela tomó para cuartel el convento de Guadalupe y la Recoleta dominicana sin pararse en el santuario de la Virgen del Rosario, de Chinquiquirá, que se venera en ésta. Sé que la España en su última guerra contra los franceses transformó en cuarteles todos los conventos, que los de Chillán sirvieron para lo mismo y que un claustro de los misioneros y la hermosa catedral de Concepción se convirtieron en cárceles inmundas».

Requena sale igualmente a la defensa de fray Luis Beltrán, convertido en oficial del ejército de los Andes después de dejar el claustro, y con tal motivo le dice: «Levantas doble testimonio al sacerdote Beltrán, pues todo Chile ha visto que ni tenía ni podía tener su cama en la capilla y menos en el lugar mismo donde estuvo el altar».

«¿Es acaso distinto el Dios de las Españas del de Colombia?» se pregunta luego. «¿La religión, la humanidad, el derecho natural son diferentes acá y allá?» «Cuán cierto es, contesta él mismo, que el hombre preocupado condena por costumbre. De aquí el calificarnos de irreligiosos, de asesinos, sin acordarse de las carnicerías en la conquista permitida por España, y exceptuada de pecado venial por el fraile Sepúlveda. Sin acordarse que tu paisano, el sacerdote Luque, dice una misa solemne en Panamá y dividiendo la hostia del sacrificio en tres partes, comulgan él y sus compañeros Pizarro y Almagro, jurando por el Dios vivo dar muerte a los peruanos. Cumplieron su juramento y los tiernos jaravíes que habrás oído en el Perú son ecos de las víctimas». *Archivo de San Martín*, t. XI, pág. 228.

Si San Martín se había empeñado en dar figuración en su cuartel general a lo más distinguido de su oficialidad, empeñóse con igual celo en colocar al frente de las otras reparticiones del ejército expedicionario, los hombres que podían responder a sus fines.

Constituyó así la Intendencia del ejército, y colocó a su frente a don Juan Gregorio Lemos. En esta intendencia figuraba un servicio médico completo, con botiquines, con camillas y con ambulancia. El hospital militar disponía de camas para seiscientos enfermos.

La auditoría de guerra confióla a don Bernardo Monteagudo. Al mismo tiempo que debía ejercer estas funciones relacionadas con la justicia militar, Monteagudo fué encargado de la propaganda revolucionaria y se le confió así la imprenta adquirida por San Martín para esta expedición. El famoso tribuno vino a resultar de este modo el boletinero oficial del ejército libertador del Perú. De esa imprenta salieron todas las proclamas con que San Martín anunció a Pezuela y a los peruanos que estaban bajo su férula gubernativa, su próximo arribo al antiguo imperio de los Incas.

La maestranza y el parque estaban surtidos como podían estarlo en los mejores ejércitos europeos. San Martín dividió estos organismos en dos secciones independientes. Al frente de la una, es decir, de la maestranza, colocó al capitán Luis Beltrán, y el parque de artillería confiólo al comandante Borgoño.

Además de una compañía de zapadores, la maestranza contaba con compañías especiales, encargadas de la herrería, de la armería, de la carrocería, de la talabartería y de la sastrería del ejército. Anexo a ella figuraba un laboratorio de mixtos, muy completo, y destinado a fabricar cohetes a la Congrève y fuegos artificiales. «Esta sección, escribe un historiador, era una de las más importantes y tenía a su servicio hombres aptos traídos especialmente de Europa».

Por lo que se refiere al parque de artillería, se componía éste de cuatro cañones de a veinticuatro, de un obús de ocho pulgadas, de dos cañones de batalla de a ocho, de ocho cañones de a cuatro, de diez cañones de montaña, de cinco piezas de sitio y veinticuatro de batalla. Había además un repuesto de fusiles para armar en el Perú un ejército de diez mil hombres, y otro vestuario para seis mil. «El ejército, dice don Gonzalo Bulnes, estaba equipado lujosamente, dando a la palabra su verdadero significado en relación con la época. Quizá ningún ejército americano se había presentado a la escena de la guerra de la independencia provisto de mayores recursos ni equipado en mejores condiciones. Tenía cuanto exigía un ejército de la época, tal vez en la misma Europa. Y esto que revela las sobresalientes cualidades militares del hombre que lo había creado y organizado, es un título de honor para el país que lo puso

en esa actitud disponiendo de un presupuesto tan escaso que se confunde con la miseria» (1).

Es así como después de largos años de ensayo, de expectativa y de insistencias sin número, San Martín renovó en Chile la proeza que antes realizara en Mendoza, creando de la nada, por así decirlo, un nuevo organismo de combate, no sólo para adueñarse de lo ciclópeo como en aquel entonces, sino también de lo marítimo. Su célula primaria y orgánica lo fué el ejército de los Andes. Sobre ella agrupó todos los elementos chilenos que estaban a su alcance, y cumpliendo con un deber que dictaba la conveniencia y la justicia, colocó la expedición libertadora del Perú bajo los pliegues de la bandera chilena.

Cuéntase que en vísperas de la expedición, e ignorándose la actitud que en lo relativo a este punto decidiría San Martín, comenzó a reinar una cierta preocupación entre los magnates de Santiago, máxime cuando O'Higgins, al ser interrogado sobre lo que la opinión pública deseaba conocer por anticipado, se mostraba impenetrable. No faltaba quien podía creer a San Martín capaz de herir en su amor propio al patriotismo chileno; pero pronto se despejó la incógnita, y los recelosos pudieron convencerse de que si San Martín era argentino en todo evento, era igualmente chileno y americano.

Aconteció que en una de las reuniones celebradas entre los vecinos más importantes de la capital, con presencia de San Martín y de O'Higgins, propuso éste como tema fundamental la cuestión de

(1) Al proceder a la fusión del ejército de los Andes con el de Chile, San Martín resolvió desprenderse del 4º escuadrón del regimiento de Granaderos a caballo que figuraba en el ejército de los Andes. Este lo mandaba el comandante don Benjamín Viel y quedó a las órdenes del general don Ramón Freire para proseguir la campaña en el sur de Chile. En esa ocasión se dieron de baja catorce o quince oficiales de diferentes cuerpos, que según Espejo, pidieron su separación del ejército, «unos por el mal estado de salud, que quizá no habrían podido resistir el clima insalubre de las costas del Perú, y otros por diversos motivos que el general estimó atendibles». Estas consideraciones fueron tenidas en cuenta para acordar igualmente el retiro a varios hombres de tropa y que por razones de edad o salud ya no se encontraban aptos para el servicio.

Hablando del ejército de Chile, Espejo nos dice: «También los cuerpos de este ejército tuvieron sus movimientos de alta y baja, aunque no comparable con el de los Andes por ser todos ellos de moderna creación. El batallón nº 2 de infantería había recibido en Coquimbo ciento y más reclutas que se ocupaban de instruir, y en Valparaíso se había formado una compañía de artesanos para la maestranza compuesta de cincuenta plazas. Esto fué en cuanto a las altas; mas en cuanto a las bajas, se separaron del batallón de artillería dos compañías que guarnecían los castillos del puerto de Valparaíso y otra que formaba parte de la división del Sur a las órdenes del general Freire. También se dieron de baja pasándolos a otros cuerpos los oficiales y tropa de los batallones números 4 y 5 que por hallarse en destacamentos y otras comisiones quedaban en el territorio de la República, igualmente que los enfermos que estaban en los hospitales y que por estas causas tampoco marcharon en la expedición».

«La mente de San Martín era, concluye Espejo, llevar a la nueva campaña lo estrictamente útil y que nunca obstase a la rapidez que conviniese a sus movimientos, y bajo de este concepto desechaba todo lo que él conceptuaba superfluo». *Revista de Buenos Aires*, t. XIV, pág. 251.

auxilios. Don José Gaspar Marín, que asistía a esta reunión, creyó que había llegado el momento oportuno de despejar una incógnita, y dirigiéndose a San Martín lo interrogó diciéndole: «¿Bajo qué bandera marchará esta expedición?» San Martín, aun cuando se sintió sorprendido por la pregunta, no tardó en contestarle, y con laconismo de soldado le dijo: «Con la chilena, señor Marín».

Fué así como San Martín satisfizo ampliamente el voto de los chilenos. Su bandera reemplazó a la bandera argentina al tope de las naves libertadoras; pero si ésta se ocultó en ese entonces para reaparecer más tarde en las manos de San Martín al jurar la independencia peruana en la plaza de Lima, ella tradujo su presencia, primero en el héroe que la había honrado transmontando los Andes, y luego en el ejército argentino que fusionado con el ejército chileno le había servido de sostén (1).

(1) Tiénese como punto histórico ya consagrado el que la bandera del ejército de los Andes, una vez que San Martín hubo resuelto que la expedición libertadora hiciera su partida bajo los pliegues de la bandera chilena, resolvió entregarla al gobierno de aquel Estado, para que la conservase en custodia. El hecho este lo expone así el general don Jerónimo Espejo, quien al tratar este punto nos dice además que a su retorno del Perú, y estando en Mendoza, San Martín aconsejó al gobierno de esta provincia que reclamase esa bandera al gobierno de Chile, porque ninguna otra provincia como Mendoza podía invocar título o derecho alguno para conservar tan preciosa reliquia. «El gobernador, nos dice Espejo, entabló la reclamación por un comisionado *ad-hoc* y el presidente de Chile, convencido del derecho y la justicia, entregó la bandera, la misma que desde entonces (1823), y hasta la presente, se conserva en Mendoza». *El Paso de los Andes*, pág. 607.

Pero es el caso que en el año de 1859, y con fecha 22 de febrero, el brigadier general don Enrique Martínez, presentó una reseña sobre las glorias del ejército de los Andes al gobernador de la provincia de Buenos Aires, el doctor don Valentín Alsina. En esta reseña el general Martínez aborda el tema relacionado con la bandera del ejército de los Andes, y no sólo nos dice que esa bandera hubiese quedado en depósito en Santiago, sino que por el contrario nos hace su historia, hasta el momento que se produjo en el Perú la sublevación del regimiento Río de la Plata, que custodiaba los castillos del Callao.

Según su declaración, la bandera del ejército de los Andes fué salvada en ese entonces por el sargento de la banda del batallón nº 8 — de este batallón, Martínez era su jefe — y después de la batalla de Ayacucho se la dió al coronel Estomba. Estomba a su vez se la pasó al general Guido, y éste, en 1829, se le entregó al presidente de la Nación argentina.

Nos dice Martínez que cuando en ese año fué nombrado él Inspector y comandante general de armas, empeñóse en saber el paradero de esa bandera. Al principio fueron vanos sus esfuerzos para encontrarla; pero un año después, al limpiar con unos soldados una chimenea de la oficina de inspección, encontróla entre los restos de unos vestuarios. En ese momento se encontraba al frente del gobierno de Buenos Aires el general Rosas, y receloso Martínez de ponerla en sus manos, la conservó en su poder, a la espera de un momento oportuno para que esa insignia saliese de su olvido. En 1833, Martínez se vió obligado a emigrar, y con tal motivo llevó consigo la bandera. Desaparecido el dictador Rosas, y entrado el país en su período constitucional, de regreso a Buenos Aires, decidió desprenderse de esta reliquia, y así lo hizo, haciendo su entrega oficial al gobernador Alsina el 12 de abril de 1859. En ese día, don Bartolomé Mitre, don Roberto de la Riestra y don J. Matías Zapiola refrendaban este documento: «Acúsese recibo, manifestando al brigadier Martínez la íntima complacencia con que el gobierno se ha instruído de este interesante relato que viene a constituir un documento de primera importancia, con cuya hábil redacción ha hecho sin duda un gran servicio al país y a su historia; y aceptándose la indicación con que lo termina, se resuelve sea él firmado por todos los miembros del gobierno, y pasado a la comandancia general de armas, para que invite a hacer otro tanto a todos los jefes que el 11 de septiembre último custodiaron la BANDERA

Era el 16 de junio de 1820, cuando escribiéndole a su amigo don Tomás Godoy Cruz, residente en Mendoza, le dice: «Pasado mañana salgo para Valparaíso, para embarcarme a las costas del Perú; el ejército lo verificará el 20. Esta jornada va a decidir nuestra suerte; ella me cuesta bastantes fatigas y las que me esperan en el curso de la campaña; pero serán todas bien empleadas si se consigue el objeto de todos. Si soy feliz, como espero, en la empresa, me quedará el consuelo de dejar a la patria sin enemigos exteriores y de haber hecho en su favor cuanto ha estado en mis alcances por su felicidad» ([1]).

Circunstancias diversas determinaron un nuevo aplazamiento en la partida de la expedición. Estaba escrita por la mano del destino la hora exacta de su partida, y lo que no pudo hacer en junio, San Martín lo haría en agosto, como lo veremos con oportunidad. Ambiciones diversas se encontraban en juego. El almirante Cochrane entorpecía la marcha de los acontecimientos, y fué necesario que San Martín contase con un compás de espera para concluir y poner de lado esta resistencia.

DE LOS ANDES; y fecho y devuelto depositese en la caja preparada para aquélla, y la cual será conservada en la casa de gobierno, en lugar especial y adecuado, y publíquese». *Reseña de las glorias adquiridas por el Ejército de los Andes con la bandera que deposité en manos de S. E. el señor gobernador del Estado, doctor don Valentín Alsina, Buenos Aires, 1873.*

([1]) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 567.

CAPITULO XXIV

San Martín, O'Higgins y el vicealmirante Cochrane

SUMARIO: Alvarez Condarco y la escuadra chilena. — Cochrane contratado por él para pasar a Chile y ponerse al frente de la escuadra. — Zenteno comunica al senado chileno esta decisión. — Síntesis de la iniciación de Cochrane en la marina. — Sus hazañas y su embarco para Chile. — Es nombrado vicealmirante y organiza una división destinada al Perú. — Cochrane y el bloqueo del Callao. — Carta de Alvarez Jonte a San Martín sobre esta expedición. — Cochrane en las aguas del Callao. — Dos horas de fuego entre sus barcos y los de la marina española. — Fracasado su intento, se lanza en persecución de un convoy. — Desmanes cometidos por su marinería en Paita. — Abandona el bloqueo y Blanco Encalada hace otro tanto. — El gobierno chileno en conocimiento de un plan expedicionario trazado por San Martín. — El bloqueo del Callao notificado a San Martín por Guido. — La suspensión del bloqueo contrista a O'Higgins. — Alvarez Jonte y su rompimiento con Cochrane. — Otros incidentes provocados por éste. — Durante tres meses Cochrane prepara una nueva expedición. — Proyecto de Cochrane desahuciado por el congreso y por el directorio chileno. — La segunda expedición de Cochrane. — Los cohetes incendiarios y la escuadra. — Intimación formulada por Cochrane a Pezuela y respuesta de éste. — Ataque iniciado por Cochrane en la noche del 1º de octubre y fracaso de sus cohetes. — Paliativos buscados por él a esta derrota. — Carta de O'Higgins a San Martín a raíz de este contratiempo. — «El proyecto de incendiar la escuadra del Callao, le escribe Zenteno, ha sido frustrado enteramente». — Instancia de Zenteno para que San Martín repase la Cordillera. — La expedición sólo es posible contando con su presencia. — Impresión que el fracaso de los cohetes produjo en el Plata. — La suerte del Perú pendiente no de Cochrane, sino de San Martín. — Al llegar éste a Santiago, Cochrane proyectaba una tercera expedición. — En su sentir el gobierno de Chile carece de los medios para la expedición de cuatro mil hombres que intenta San Martín. — Chile y la voz del destino. — Llamado que desde Valparaíso le dirige a San Martín el propio Cochrane. — Con su presencia en Valparaíso San Martín allana las dificultades. — Cochrane convencido por San Martín. — Nuevas querellas suscitadas por Cochrane. — Oficio que le pasan O'Higgins y Zenteno fijándole su papel en la expedición. — Amplias facultades que a San Martín se le otorgan sobre Cochrane en pliego secreto. — El marino inglés y el criollo de Yapeyú.

Debemos comenzar este capítulo recordando que después de la batalla de Chacabuco que trajo la reconquista de Chile, tanto por parte de O'Higgins como de San Martín, convínose en proceder a la formación de la escuadra chilena, y que con tal motivo fué designado, para trasladarse a Londres en calidad de emisario facultado para proceder a adquisiciones navales, el mayor don Antonio Al-

varez Condarco. Este emisario se puso en el acto en viaje y por vía de Buenos Aires se dirigió a Londres, en donde comenzó a desempeñar las funciones para las cuales había sido comisionado. Además de la adquisición de algunos barcos, el personaje en cuestión estaba facultado para contratar oficiales idóneos de que carecía la marina que se estaba creando, y con fecha 12 de enero de 1818 pudo dirigirse al gobierno de Chile avisándole que lord Cochrane estaba dispuesto a responder a la invitación que en nombre del gobierno de Chile acababa él de formularle. «Tengo la alta satisfacción de anunciar a V. E., decía Alvarez Condarco, que lord Cochrane, uno de los más acreditados y acaso el más valiente marino de la Gran Bretaña, está enteramente resuelto a pasar a Chile para dirigir nuestra marina y cooperar decididamente en la consolidación de la libertad e independencia de esta parte de la América. Este personaje es altamente recomendable, no sólo por los principios liberales con que ha sostenido siempre la causa del pueblo inglés en el Parlamento, sino que posee un carácter superior a toda pretensión ambiciosa; y lo que es más, incapaz de ser envuelto en el vértigo de las intrigas ministeriales de Europa, en donde se empieza a acechar con celos el engrandecimiento de la América del Sur. Bajo de este seguro concepto, yo no he trepidado un momento en hacer uso del pleno poder con que se me ha honrado, y en su virtud le he ofrecido el mando general y rango de almirante de toda la fuerza naval de Chile y habiéndolo aceptado, ha sido en consecuencia autorizado a elegir y nombrar aquellos oficiales de marina que con arreglo al número de nuestros buques, objeto de nuestra gran causa y circunstancias de las empresas que debe dirigir sean capaces de llenar sus destinos del modo más satisfactorio a las miras del supremo director».

Alvarez Condarco concluye este documento declarando que lord Cochrane se encuentra en ese momento ocupado en la construcción de un buque a vapor, empresa en la cual ha invertido quince mil pesos —parte de su fortuna— y se adelanta a dar al gobierno de Chile sus parabienes «por la adquisición de un hombre cuya sola reputación será el terror de España y la columna de la libertad de América» (1).

El gobierno de Chile, notificado de esta adquisición, la comunicó en el acto a los miembros del senado. Cochrane estaba dispuesto a trasladarse a Chile, no solo, sino en compañía de su familia, e impresionado por estos antecedentes don José Ignacio Zenteno en su nota al senado pudo expresarse en estos términos: «Pretende unirse a nosotros del modo más estrecho y la radicación de él y de su familia en nuestro suelo parece desvanecer todo escrúpulo acerca de su conducta. Tampoco puede ocultarse a la penetración de V. E. la importancia que tomarán nuestras fuerzas navales dirigidas por un jefe que en los países más cultos de Europa ha merecido el título

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, t. I, pág. 236.

de primer marino de ella. El virrey del Perú y todos los que trabajan por la ruina de Chile respetarán nuestras fuerzas, al ver que desde tan largas distancias vienen genios sublimes a dirigirlas».

Aun cuando no es nuestra misión la de convertirnos en biógrafo del marino inglés, debemos sin embargo sintetizar en pocas líneas la figura de tan ilustre personalidad y comenzamos así por declarar que lord Cochrane, noble de alcurnia, y que ostentaba en sus armas los blasones del condado de Dundonald, había nacido en ese condado en 1785 y que aun cuando su padre había sido marino de profesión, intentó alejar de esta carrera a su hijo Tomás y lo enroló con tal motivo en un regimiento de infantería. Cochrane se inició de este modo en la carrera de las armas; pero atraído por su vocación de marino, la abandonó contra la voluntad de su padre y se retiró al lado de un tío que era armador y bajo cuyos auspicios comenzaron a despertarse en él sus instintos aventureros.

Cuando se decidió por entrar en la carrera de la marina, lo hizo bajo las órdenes de Lord Keith, y esta circunstancia permitióle tomar una parte muy activa en la guerra que en 1797 sostuvo Inglaterra contra la coalición de las fuerzas navales de Francia y de España. Cuéntase que en el puerto de Algeciras, en 1801, arrebató con el mayor arrojo un buque inglés que estaba en poder del enemigo y que con el buque con el cual había realizado esa proeza comenzó a pasearse por los mares de Europa, despertando ya el terror entre las fuerzas coaligadas, ya llegando en trece meses de campaña a capturar cincuenta buques, ciento veinte cañones y quinientos treinta y cuatro prisioneros.

En 1809 Cochrane realizó nuevas hazañas y destruyó así cuatro navíos franceses y una fragata en Aix-Road, pequeña isla situada en la desembocadura del río Charente; pero complicado, con razón o sin ella, en un negocio en que se le presentaba como reo, cayó en desgracia ante su gobierno y además de ser expulsado de la cámara de los lores fué borrado de la lista de los miembros de la Orden del Baño.

Tal era la situación militar y política en que se encontraba el prestigioso y denodado marino inglés, cuando en 1818 entrevistólo en Boulogne-sur-Mer Alvarez Condarco. El ofrecimiento de éste para incorporarse a la marina de Chile y tomar una parte activa en la guerra por la independencia de las colonias españolas en el nuevo mundo, no dejó de significar para el almirante en desgracia una perspectiva venturosa, y aceptó el ofrecimiento que se le hacía con la segura convicción de que se le abría de este modo un nuevo campo de gloria. Cochrane se embarcó para Chile a bordo del buque mercante *La Rosa,* y el 28 de noviembre de 1818 desembarcó en el puerto de Valparaíso, recibiendo a su llegada las mejores demostraciones de estima por parte de O'Higgins y de los miembros que componían el gobierno de Santiago. El decreto nombrándole vicealmirante de la escuadra chilena no tardó en aparecer, y Blanco Encalada, que

hasta entonces figuraba al frente de las fuerzas navales de Chile, pasó a militar bajo sus órdenes con el grado de contra-almirante. El marino inglés, de acuerdo con el gobierno de Chile, procedió a la formación de dos divisiones, destinando para la primera los navíos *San Martín, O'Higgins, Lautaro* y la corbeta *Chacabuco,* y para la segunda el *Galvarino* y el *Pueyrredón.* Blanco Encalada encargóse de ésta y él asumió el comando de la primera, desplegando su insignia de vicealmirante en la *O'Higgins.* Aun cuando el gobierno de Chile no se encontraba todavía en condiciones de llevar a cabo la expedición por la cual venía bregando San Martín, resolvióse que esas fuerzas iniciasen el bloqueo del Callao, y Cochrane fué munido por Zenteno, ministro de la Marina, de las instrucciones del caso. Estas instrucciones fueron datadas el 7 de enero de 1819, y el 14 de ese mismo mes al anochecer la escuadra de Cochrane levantaba anclas y se dirigía sobre las costas del Perú. «Llegó el día de decir adiós, le escribía a San Martín don Antonio Alvarez Jonte, que figuraba al lado de Cochrane como secretario delegado del gobierno de Chile. Se ha hecho cuanto se ha podido para acelerar este momento. Considere usted que casi todo ha sido necesario buscarlo, poco menos que a arrebato; y que ha habido falta de botes, que no ha habido menos de hombres de confianza para transportar las cosas; la gente que llevamos, incluídos marineros y tropa, sube a mil doscientos hombres. Los limeños van embarcados en el *San Martín;* el capitán y los oficiales me han vuelto loco sobre el abono de la manutención de aquéllos; al fin se han aquietado prometiéndoles que por ser un asunto de secreto recibirán después y no ahora la gratificación de mesa correspondiente a dichas personas». «Es maldita cosa estar pobre, agrega luego. No he encontrado un escribiente y pásmese usted, hasta el papel ha costado un triunfo el encontrarlo para gasto de secretaría. Usted me dice que paciencia y barajar: yo tengo un repuesto de este género que creo nunca me falta» (1).

El 10 de enero las naves de Cochrane se encontraban ancladas todavía en Valparaíso, y Jonte volvía a escribirle a San Martín: «Somos 10 y aun no han llegado los útiles y municiones que pidió a ésa el comandante Borgoño; pero en medio de tanta escasez se hace todo lo posible por salir. Hoy domingo se está completando la aguada de la *Isabel,* que era la obra morosa, y espero que mañana quedaremos completos para dar a la vela el siguiente». «La copia de las instrucciones, agrega, no ha venido. Ahora acaba de recibirse la contestación y con ella espero en todo el día de mañana quedemos expeditos para salir el siguiente. Quiera la fortuna conservarle a usted el buen humor y la salud y a mí la paciencia para hacer frente al torbellino que me amenaza» (2).

Una vez que hubo llegado a las aguas del Callao, Cochrane intentó

(1) *Archivo de San Martín,* t. VIII, pág. 238.
(2) *Ibídem,* pág. 242.

penetrar en su bahía y sorprender allí a la escuadra enemiga, reforzada esta con la incorporación de la fragata *Esmeralda*. En un principio y al amparo de la niebla reinante, sus naves pudieron realizar parte de su maniobra. Esto no impidió que los realistas se pusiesen en guardia, y convencidos de que se encontraban en presencia de una flota enemiga, descargaron con gran violencia sus fuegos.

A fin de sorprender al adversario en este su ataque, Cochrane se había presentado en las aguas del Callao enarbolando en sus mástiles la bandera americana. Convencido de que su estratagema no le había dado el resultado apetecido, la arrió inmediatamente y enarboló entonces la bandera chilena. Durante dos horas se vió obligado a soportar el fuego que le hacían los barcos españoles como los castillos, y convencido finalmente del fracaso de su intento, — durante el combate el comandante Guise fué herido gravemente por un casco de metralla — se retiró de la bahía, sin presa alguna, pero no sin dejar amedrentado al enemigo. Al mismo tiempo declaró bloqueado el puerto del Callao. Es el 21 de abril de 1819 cuando O'Higgins, haciendo alusión a este acto de arrojo por parte de Cochrane, le decía: «La *Gaceta* extraordinaria instruirá a usted del ataque de Cochrane. Una niebla espesa le hizo tomar dirección al frente de las fortalezas en lugar de hacerlo al centro de la escuadra enemiga, y la misma niebla separó al navío *San Martín* y corbeta *Chacabuco*, de modo que no pudieron obrar unidos, aunque, según entiendo, la línea enemiga es respetable. El no haber lord Cochrane inmediatamente oficiado acerca de esta escaramuza, me deja ver que él intenta hacerlo de un modo que diga con su genio emprendedor y buen nombre. Yo espero cosas grandes de este hombre muy en breve» (1).

Vueltas las cosas a la normalidad, Cochrane intentó negociar con el virrey del Perú el canje de prisioneros patriotas que se encontraban en las mazmorras del Callao. La negociación terminó con un fracaso, y convencido Cochrane de la inutilidad de su presencia en aquellas aguas, abandonó el Callao y se dirigió al puerto de Huacho. Una vez aquí, se unieron a sus fuerzas las que comandaba el vicealmirante Blanco Encalada, y sabedor por noticias que le llegaban de tierra que de Lima habían sido despachados algunos caudales para ser embarcados en los puertos del norte, y que los encargados de transportarlos viajaban por el camino de la costa, decidió abandonar Huacho y lanzarse a la captura de estos caudales. De Huacho pasó a Supe y allí encargó a Roberto Foster, capitán de la *O'Higgins*, que llevase a cabo esta captura. Foster cumplió con las órdenes del vicealmirante, y antes de llegar a Huarmey logró apoderarse de veinte mil pesos que conducía el capitán de la barca americana *La Macedonia*, al tiempo que se apropiaba de otros bienes pertenecientes al español Manuel García, residente allí en su hacienda.

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 467.

Como en esos días supo igualmente Cochrane que otro convoy era portador de dos millones de pesos y que este convoy se dirigía de Guayaquil a Paita, decidió partir en su persecución, y el 13 de abril llegaba a Paita, en donde no encontró el convoy, pero sí la carga almacenada en la aduana. Dispuesto a posesionarse de ésta, Cochrane dió órdenes al comandante del *Galvarino*, que lo era Mr. Spy, para que cañonease el fuerte que defendía la entrada de la bahía y al comandante Foster, de la *O'Higgins*, para que desembarcase con un pequeño destacamento, a fin de tomar a los españoles entre dos fuegos. Foster ejecutó a la letra la orden de Cochrane, y como el fuerte no se rindiese, no consultando otro interés que el de su codicia, los marineros desembarcados se entregaron al saqueo miéntras la población huía despavorida. La marinería invasora no se contentó con el despojo de lo que habían dejado en su fuga los indefensos ciudadanos; penetró en la iglesia de la localidad y apropióse allí los vasos y los ornamentos sagrados. Cuando Cochrane se enteró de estos desmanes, procedió con sumo rigor y mandó azotar públicamente en la plaza de Paita a los marineros autores de este hecho vandálico. Luego juntó todo lo robado y respetuosamente lo devolvió al superior de la iglesia que había sido saqueada.

Esta primera campaña marítima de Cochrane no dió todo el resultado que deseaba. El por su parte abandonó el bloqueo y entregóse a andanzas y correrías más propias de un corsario que de un vicealmirante; y el mismo Blanco Encalada, que debía secundarlo en esta empresa, optó por abandonarla y por retirarse a Valparaíso, de donde se dirigió al gobierno explicando la razón de su conducta, hecho que le costó al contraalmirante de la flota chilena una orden de arresto.

Esta orden le fué notificada a Blanco Encalada por el ministro de la Marina don Ignacio Zenteno; pero Blanco Encalada supo defender su conducta, y un consejo de guerra, compuesto por Cochrane y por los jefes Mariano Larrazábal, Joaquín Prieto, Pedro Conde y Luis de la Cruz lo absolvieron por unanimidad. La llegada de Blanco Encalada a Valparaíso abandonando las aguas del Perú tuvo lugar el 25 de Mayo de 1819, y un mes más tarde anclaba igualmente en esas aguas el vicealmirante Cochrane [1].

(1) El resultado del bloqueo y la llegada inesperada de Blanco Encalada con las naves de su división a Valparaíso inspiróle a Zenteno, ministro de la Guerra y Marina, una comunicación a San Martín. «Nuestro Blanco, le dice con fecha 3 de junio, ha hecho la gran ensuciada; saliendo de las órdenes de Cochrane, mientras éste con la *O'Higgins* y el *Galvarino* se marchó para Paita, suspendió Blanco el bloqueo y se nos ha venido con el *San Martín, Lautaro, Chacabuco y Pueyrredón,* a pretexto de falta de víveres. Fué llamado ante O-O a responder de su conducta y no habiendo satisfecho a los graves cargos que se le hacían se acordó su arresto y juicio en un consejo de guerra necesarísimo cuando menos para satisfacer la vindicta pública. De aquí el resultado de la venida del gobierno a este punto con el fin de acelerar la vuelta de la escuadra a continuar el bloqueo».

«Todo se puede decir, agrega luego, que está listo, porque hay dinero y víveres que es lo esencial y no son difíciles las reparaciones que necesitan los buques, pero

Este, antes de abandonar las costas peruanas se presentó de nuevo con sus naves bloqueadoras en Supe, creyendo encontrar allí al jefe de la segunda división, pero como no lo encontró, contentóse con embarcar en sus naves el ganado que había capturado, lo mismo que las otras presas efectuadas en sus precedentes correrías.

Cuando Cochrane finalizaba así su crucero marítimo sobre el Callao, el gobierno de Chile estaba ya en conocimiento de un plan trazado por San Martín para expedicionar sobre las costas peruanas independiente del otro que constituía su gran expedición. Este plan ya lo conoce el lector y es el que presentó estando en Curimón con fecha 29 de enero, antes de repasar los Andes para trasladarse a Mendoza y en momentos en que la escuadra chilena, comandada por Cochrane, abandonaba, rumbo al Callao, las aguas de Valparaíso. En este plan, como en todos los planes excogitados por San Martín, nada es arbitrario y nada se confía a la improvisación o a la aventura. Defendía él, por así decirlo, su idea madre, y a fin de asegurarse por anticipado un éxito en su futura campaña, señalaba como conveniente ataques y desembarcos parciales en los puertos peruanos, utilizando para esta empresa las cinco fragatas que se habían apresado al enemigo y las otras embarcaciones menores que tenía el Estado. No sabemos si este plan fué aceptado y rechazado luego por Cochrane. Lo que sabemos, es que el plan excogitado por éste no dió los resultados esperados y que fracasado él y realizadas sus correrías para convertirse en captor de caudales fugitivos, regresó nuevamente a Valparaíso como regresó igualmente Blanco Encalada, dejado por él en las aguas peruanas para mantener el bloqueo.

La noticia del bloqueo del Callao, decretada por Cochrane el 1º de marzo, se le dió a conocer a San Martín el 20 de abril por carta que le escribió don Tomás Guido, y al tiempo que lo informaba sobre ese acontecimiento decíale: «Varias cartas fidedignas del Callao y de Lima aseguran el estado de confusión en que se halla aquella capital. Las proclamas del director supremo de Chile y del general San Martín amanecieron fijadas en los templos y lugares públicos de Lima y han producido en el pueblo la mayor sensación. Por este motivo, el virrey Pezuela se ha visto estrechado a publicarlas en la *Gaceta* con notas tan insignificantes, que lejos de persuadir en favor de la causa del Rey contribuirán a inspirar en el pueblo el sentimiento de la justicia sostenida por la razón».

Al firmar este comunicado, que al mismo tiempo llegó por su

hay un embarazo de gran bulto que nos tiene algo apurados, aunque con esperanza de allanarlo; tal es la nominación del jefe que ha de conducir esta división hasta reunirla a Cochrane».

Zenteno le dice a San Martín que los candidatos para este comando son Wilkinson y Guise, capitán el primero del *San Martín*, y de la *Lautaro* el segundo, pero le declara igualmente «que la opinión y los conocimientos están en favor de Guise». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 547.

intermedio a conocimiento del directorio argentino, Guido declara: «De un momento a otro esperamos avisos de haber caído en poder de la escuadra de Chile el convoy de Guayaquil, que por declaraciones de un pasajero procedente de Huarmey se anuncia haber sido tomado al entrar al Callao. Todo presenta en Lima el aspecto más favorable a la causa de la libertad: el gobierno opresor parece que zozobra entre mil escollos que no puede vencer, y es de esperar que la intrepidez y crédito de lord Cochrane aumente los conflictos de nuestros enemigos, para cuyo objeto estoy informado saldrán inmediatamente de Valparaíso municiones de boca y guerra» (1).

La manera como se desenvolvieron estos acontecimientos no dejó de contristar el ánimo de O'Higgins, quien al ponerse en comunicación con San Martín, le dice: «La suspensión del bloqueo de Lima me tiene incomodado hasta lo último; cada día siento más y más el peso de semejante resolución. El mismo lord Cochrane ha sentido tal conducta, tanto más así, cuanto dicho Cochrane me asegura que

(1) *Archivo de la Nación Argentina*, infolio, vol. II, pág. 359.

Al declararse por Cochrane, el 1º de marzo de 1819, el bloqueo en cuestión, declaró igualmente que entraban en él los puertos, las bahías y todos los fondeaderos de las costas del virreinato del Perú, extendiéndolo hasta el puerto de Guayaquil.

«Se prohibe rigurosamente, dice él, a todo buque que mantenga comunicación alguna con dicho puerto, que ningún buque perteneciente a potencia amiga o neutral que se encuentre en la bahía del Callao o en los puertos o fondeaderos comprendidos en el bloqueo, se le permita salir de ellos pasados los ocho días subsiguientes a la declaración del bloqueo».

«No se consentirá, declara Cochrane, que ningún pabellón neutral cubra o neutralice las propiedades de los españoles o de los habitantes de los países sujetos al Rey de España; que cualquier buque neutral navegue con falsos o dobles papeles, previniéndose, además, que todo buque que tuviese a bordo oficiales militares, maestros o comerciantes de los países sujetos al Rey de España, será enviado a Valparaíso para ser juzgado conforme a la ley de las naciones».

El decreto este fué refrendado por Alvarez Jonte, que representaba al gobierno de Chile, y conocido él, el comodoro Guillermo Bowles que se encontraba en Buenos Aires escribióle a San Martín: «Sería muy sensible si la conducta poco meditada de lord Cochrane y los términos en que se ha producido contra los buques de guerra de su propio soberano llegasen a desacreditar también al gobierno de Chile y a hacerle perder todo derecho a los buenos oficios del de la Gran Bretaña. Para precaver, si ya era tiempo, estos males, dirigí al ministro enviado, don Miguel Zañartú, el oficio de que acompaño a usted la copia. El no quiso contestarme y me era preciso participar desde luego a mi gobierno estas nuevas pretensiones. Usted juzgará la impresión que harán». *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 271.

Por su parte, don Ignacio Zenteno le escribe a San Martín al tratar el punto del bloqueo: «Siento no poderle remitir impresos de Lima porque ha venido sólo un ejemplar de varios números y ése no está en mis manos. En substancia, ellos contienen la proclama de usted, del director y de Cochrane rimadas de mil notas tan chocarreras como llenas de cobardía. Dirijo a usted igualmente el decreto del bloqueo. Cochrane nos ha puesto en la necesidad de expedirlo porque él lo declaró formalmente a nombre del gobierno y era preciso sostenerlo.

«El resultado puede ser más o menos bueno según el capricho del comercio inglés; pero sobre todo, el paso es grande y siempre hace honor a los agentes de la libertad americana. Lo cierto es que en el hecho, el Callao está en estricto bloqueo y no cabe duda de que Cochrane les ha de dar un buen golpe.

«Dentro de dos días salen para la escuadra en un buque neutral con quinientos y tantos quintales de víveres fuera de algunas vacas, cerdos y gallinas, también se mandan cincuenta cohetes incendiarios, aunque no de los grandes, porque éstos sólo ahora se empiezan a construir». *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 546.

toda la costa está proveída de víveres para los patriotas y él tuvo que dejar quinientas vacas que le sobraron. Blanco podía haberlo hecho y adquirido para un año; el resultado es que me hallo en grandes trabajos para encontrar numerario suficiente para el pago de nueve meses que se deben a las tripulaciones y para proveer de nuevo la escuadra con cuatro meses de víveres. Por fin, lo último ya está conseguido y lo primero podré allanarlo en dos semanas, antes de cuyo término no podrá dar la vela la escuadra, pues se necesita de igual término para trabajar cuatrocientos cohetes incendiarios más, que se necesitan para incendiar la escuadra de Lima» (1).

Esta primera càmpaña marítima de Cochrane tuvo como epílogo su rompimiento con Alvarez Jonte, colocado a su lado con el carácter de secretario por el gobierno de Chile. Por razones que no es del caso exponer, Cochrane veía con recelo a su lado una persona que fiscalizaba sus actos y que al mismo tiempo que representaba a la suprema autoridad de Chile representaba igualmente, aunque en forma indirecta, a la persona de San Martín. La oportunidad para el rompimiento proporcionóla un simple incidente de secretaría. Estando en Valparaíso, Alvarez Jonte recibió la caja de correspondencia que le dirigía el gobierno y, al abrirla, separó de ellas las cartas que Cochrane le dirigía a San Martín. En momentos en que procedía a esta operación se presentó el vicealmirante, quien indignado por las atribuciones que asumía su secretario, no sólo lo observó ásperamente, sino que le declaró en estado de arresto. Este episodio diólo a conocer en sus pormenores el propio Alvarez Jonte en carta que le escribió O'Higgins el 4 de julio. Declara en ella que Cochrane lo considera como espía de él y de San Martín, «a quien mira con celos», escribe; concluyendo luego: «Ahora pues, si usted no quiere que yo haga estrepitoso este asunto, por lo que puede padecer el servicio público, puede contestarle que usted y el secretario de la Marina me habían autorizado para abrir la caja en llegando el bergantín, y separar los papeles de que habíamos hablado por ser remitidos bajo la cubierta de San Martín, a quien lo creía entonces en Chile, y los podía pasar al gobierno, sin que de consiguiente haya habido la infracción en lo menor que se me imputa, y que habiendo ya con anticipación hecho renuncia de mi empleo de secretario, a causa de mis enfermedades y del mal que me ocasiona la vida de la mar, había usted venido en aceptarla, quedando él en la libertad de elegir quien sirva este destino» (2).

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 474.

(2) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, pág. 293.

De retorno del Callao, Alvarez Jonte se dirigió a O'Higgins y dióle a conocer sus impresiones sobre aquella campaña. «Querer dar a usted ahora idea del estado de cosas, decíale, sería desgraciar la idea misma; los momentos son urgentes y así sólo diré a usted que hemos tenido encerrados un mes entero a todos los buques del Callao con todas sus veintiocho cañoneras sin que se atreviesen a mover una línea y estando nosotros anclados a dos tiros de cañón de las baterías». «Es inconce-

Además de este incidente Cochrane provocó en esos días nuevas desazones al Estado de Chile por sus exigencias. A mediados de junio presentó un oficio reclamando el aumento de su sueldo, que ya era de seis mil pesos anuales; que se le fijase como parte de presas la que le correspondía a un almirante en su país y que a los capitanes, oficiales y soldados de su escuadra se les diese el total de los valores apresados. El gobierno de Chile concluyó por acceder a sus peticiones, pero desde ese entonces, como lo dice un historiador, «el nombre del Lord apareció envuelto en una atmósfera desfavorable que ha trascendido a la posteridad».

Aun cuando esta primera campaña naval de Cochrane no dió todo el resultado que se esperaba, no por eso se desistió del empeño de hostilizar al enemigo, y preparóse así durante un período de tres

bible, agrega, su temor y el estado apurado del virrey. Estoy en correspondencia con los principales y comprometido con ellos sobre la venida del ejército. Si éste no la verifica pronto, no sólo perderemos esta bella oportunidad, sino que ya no tendremos derecho a ser creídos en otra. No hay que temer expediciones de España; demos el golpe al Perú y deje usted que descuelgue la Europa. Aquí es donde está el centro del poder y esto está agonizante; todo lo tengo preparado y conmovido. Pero advierto a usted que el imperio del mar no será decidido si no se mandan juntamente los cohetes. Este es el único medio de concluir a quien no quiere pelear».

«Respecto de presas, concluye, hemos hecho algunas de consecuencia, principalmente una goleta americana cargada de fusiles, provisiones navales, harina, etc., pedida por Pezuela a los Estados Unidos y remitido todo con recomendación del embajador español. En plata se han tomado en la costa, pertenecientes a la compañía de Filipinas, cerca de doscientos mil pesos y ahora nos vamos sobre Paita, donde ha recalado el convoy de Guayaquil avaluado en cerca de dos millones y que ha andado huyendo de caer en nuestras manos. Yo he recibido ayer la noticia cierta por uno de mis amigos de Lima a cuyos avisos debo cosas importantes». Alvarez Jonte agrega: «Si está San Martín en ésa, dele usted esta carta y mil abrazos». *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 251.

Cuando Alvarez Jonte escribía estas líneas, su salud pasaba por un serio quebranto. «Los que me hayan visto al desembarcar, le decía a Guido desde Valparaíso con fecha 25 de junio, podrán haber dado a usted una idea de la triste situación en que he llegado. Un fuerte ataque al hígado me puso a la orilla del sepulcro a los dos días de haber dejado el Callao y puedo asegurar a usted que el haber llegado con vida ha sido para mí un suceso inesperado. Yo creo que la visita y compañía de usted y demás amigos reanimase esta máquina endeble; para entonces me reservaré de entrar en las largas historias de mi campaña marítima que aunque no ha sido ruidosamente gloriosa, ella ha tenido resultados importantísimos». — *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 179.

En esos momentos San Martín ya lo tenía designado a Alvarez Jonte para auditor de guerra del ejército libertador; pero como su estado de salud seguía siempre precario, lo reemplazó con don Bernardo de Monteagudo. Era el 7 de julio, casi víspera de la partida de la expedición, cuando San Martín dirigiéndose a Guido que se encontraba en Santiago le decía respecto de Alvarez Jonte: «Veo con sentimiento lo que usted me dice de la salud de Jonte, y yo no sería un verdadero amigo suyo si permitiese el sacrificio de su vida. Como su salud está tan delicada, no le quiero escribir directamente sobre este particular y usted lo puede verificar en una coyuntura que se le presentase favorable, haciéndole presente mis sentimientos con respecto a él. Dígame usted sobre el particular lo que haya, y si él se decide a quedarse, entréguese usted del ramo secreto que está a su cargo y véngase sin perder momentos para que podamos despachar a los individuos que se hallan en ésta, que después tendrá usted que volver aunque no sea más que por un par de días. Contésteme sobre este interesante asunto sin perder un solo momento, pues la demora de estos hombres perjudica infinito los buenos resultados de la expedición». *Papeles de Guido*, pág. 358.

meses una segunda expedición, cuyo éxito fincóse en el efecto destructor que se le atribuían a los cohetes a la Congrève. Estos preparativos coincidieron además con las noticias llegadas a Santiago, por vía de Buenos Aires, del inmediato arribo a las aguas del Pacífico de una división española compuesta de los navíos *San Telmo* y *Alejandro* y de la fragata *Prueba*. Bajo el impulso de esta alarma, el gobierno de Chile se preparó para conjurar a tiempo aquel peligro y acudió a Cochrane para que saliese al encuentro de esas naves y las apresase o destruyese. Cochrane a su vez estaba preocupado de un nuevo proyecto, el cual consistía en embarcar cuatrocientos hombres de tropa, efectuar desembarcos en las costas peruanas y provocar así la alarma en toda la extensión del virreinato en que imperaba Pezuela. Por este plan, Cochrane venía a poner su mano dominante sobre el ejército de San Martín y trastornaba, por así decirlo, el plan de éste. El proyecto de Cochrane fué examinado por el senado chileno, quien concluyó por desahuciarlo como lo desahució también el directorio, empeñado como ya lo estaba con San Martín en una empresa más vasta. Descartado éste como inconveniente o como imposible, el gobierno de Chile consagróse a preparar nuevamente la escuadra para otra campaña y se pasaron tres meses en estos preparativos, de modo que a mediados de septiembre estaba en condiciones de hacerse a la vela una división en la que figuraban la *O'Higgins*, el *San Martín*, la *Lautaro*, la *Independencia*, el *Galvarino*, el *Araucano*, la *Victoria* y la *Jerezana*, estas dos últimas destinadas a ser empleadas como brulotes en el ataque planeado por Cochrane para destruir las fuerzas españolas ancladas en el Callao.

La nueva expedición se hizo a la vela el 19 de septiembre, y el 20 O'Higgins le decía a San Martín: «Salió lord Cochrane, como ya sabrá usted; más de cuatrocientos mil pesos ha costado su habilitación, de lo cual se queda debiendo más de las dos terceras partes. El mismo Cochrane y los marinos ingleses de los buques británicos estacionados en Valparaíso, confiesan que ni en Inglaterra se equipan buques mejor que los dichos. Han sobrado marineros y llevan víveres para cuatro meses». Y luego: «En una carta particular al dar la vela, Cochrane me dice que el 24 del presente mes a las ocho de la noche y minutos se hallará ardiendo la escuadra del Callao y que el día 15 de octubre recibiré su parte. Yo vivo en la seguridad que no faltará Cochrane a lo que me ofrece; como creo que tomará los dos navíos y fragata *Prueba* si se dirigen en derechura al Callao: lleva órdenes para esperarlos allí; el plan del vicealmirante es quemar uno solo de los navíos y atacar a los demás para aprovecharlos» (1).

Tanto O'Higgins como Alvarez Jonte y todos los prohombres de Chile que en ese momento se ocupaban de las cosas de la guerra,

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 477.

no dudaban del éxito de esta operación. Los cohetes, esos famosos cohetes a los cuales el vicealmirante inglés atribuía virtudes destructoras insospechadas por sus enemigos, mantenían en viva exaltación a las esperanzas patrióticas. Eran, en cierto sentido, el punto cardinal de las nuevas operaciones, y se creía que entrando en juego, desconcertarían a los españoles como a los enemigos de Grecia el caballo de Troya. «Los cohetes incendiarios, decíale O'Higgins a San Martín, trabajados sobre un nuevo plan creo serán infalibles en la ejecución; hay trabajados cerca de ciento cincuenta que es la mitad de los que se necesitan y se hubieran completado trescientos al no haber fallado las máquinas que vinieron de Londres; antes de dos semanas se habrán trabajado ciento cincuenta cohetes más» [1].

No es del caso ni de nuestra incumbencia el exponer aquí el ataque llevado por Cochrane a la escuadra española anclada en el Callao. Sólo diremos que al llegar a sus aguas y antes de poner en juego su pericia y los supuestos elementos destructores que tenía a su alcance, Cochrane se dirigió al virrey del Perú y lo hizo blanco de su intimación: «El fuego devorador, le dice él, que ha aterrado las huestes más formidables y veteranas de la Europa, consumirá los buques fondeados en este puerto y la misma población del Callao.

«Los cohetes incendiarios han evidenciado al mundo antiguo que constituyen la parte más ofensiva de una acción cuando son manejados por inteligentes como los que tengo a mi bordo. A su furor no hay resistencia valedera y es quimera intentarla. Tengo el poder de destruir en mi mano, a V. E. le toca armarse de prudencia si quiere salvar la vida y los intereses de innumerables individuos inocentes que indudablemente perecerán y sus males clamarán venganza contra la mano delincuente que tuvo el poder para salvarlos y los sacrificó».

«Recibo a la una y media del día, contestóle Pezuela con fecha 29 de septiembre, el oficio de usted de fecha de hoy e impuesto de su contenido debo decirle que un desafío como el que me hace carece de ejemplar. Los resultados sobre la suerte de los intereses pacíficos que en él se amenazan, si por ventura llegara a verificarse, serán de la responsabilidad del autor de la criminal agresión». Como se ve, Pezuela no se dejó intimidar por la amenaza un tanto fanfarrona de Cochrane.

Por su parte éste quiso demostrar con su acción que los hechos debían estar en armonía con sus declaraciones, y en la noche del 1º de octubre resolvió proceder al ataque de la escuadra española. Para esto formó una división de vanguardia y colocó en ella a los buques *Galvarino, Pueyrredón* y *Araucano.*

La sola presencia de estos buques sirvió para despertar la alarma de un enemigo que ya estaba sobre alerta, y apenas aquéllos hicie-

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág 476.

ron su aparición, los barcos anclados en la bahía y los cañones de la fortaleza comenzaron a responder a la ofensiva enemiga con un fuego mortífero. En ese entonces Cochrane resolvió responder a él haciendo entrar en juego sus famosos cohetes. Estos cohetes formaban, por decirlo así, el cargamento explosivo de la *Jerezana* y de la *Victoria;* pero apenas éstas hubieron avanzado, la primera hizo explosión y el resultado buscado por Cochrane resultó infructuoso. Defraudado, pues, en sus esperanzas, le fué forzoso retroceder, y resolvió entonces atacar, a modo de desquite, los fuertes del Callao, operación que a su vez no tuvo resultado. He aquí lo que sobre estos cohetes nos escribe el mismo Cochrane: «Grandes eran las esperanzas que yo y mi gente habíamos concebido acerca del efecto que producirían estos destructores proyectiles, pero aquéllas estaban destinadas a ser frustradas a consecuencia de los cohetes, que eran completamente inútiles. Algunos de entre ellos, a causa de la mala soldadura que tenían se reventaron por la fuerza de expansión antes de salir de la balsa incendiando a otros, lo que causó volar a ésta — alude a la *Independencia,* nave en la cual se encontraba el comandante Charles — dejándola inutilizada, saliendo además quemados el capitán Hind y trece hombres más; otros tomaron una mala dirección por no ser las varillas de la madera que debía; en tanto que la mayor parte no se podía por ningún estilo hacerles arder a causa de lo que se descubrió cuando ya era demasiado tarde».

Sintetizando estos acontecimientos, diremos que Cochrane quiso más tarde buscar paliativos a su derrota y concluyó por declarar que la culpa de todo eso fué la emulación que se le tenía en Chile y las instrucciones dadas por Zenteno, según las cuales se le prohibía acercarse con sus buques a tiro de las baterías, atacar a la escuadra, y en caso de hacerlo, hacerlo sólo con los cohetes y los brulotes. Las instrucciones, efectivamente, limitaban un tanto sus facultades; pero ellas no le impedían triunfar ni le obstaculizaban tampoco para buscar el triunfo. Lo que quería el gobierno de Chile era que el bloqueo se hiciese efectivo, y que no se comprometiese esa campaña con ningún género de desembarco o de operaciones que pudiesen perjudicar por anticipado a los planes de San Martín, que eran a su vez los planes de Chile.

Conocido este contratiempo, O'Higgins se apresuró a escribirle a San Martín y con fecha 13 de noviembre le dijo: «Por la extraordinaria de ayer verá usted el resultado del ataque del Callao. Se me asegura por conducto fidedigno que no ha sido tanta la falta de los cohetes ni de los tubos y calas el no haberse encontrado los buques del Callao, sino es la falta de protección a los que los arrojaban. Esta no podía ser sin exponer los buques de consideración de nuestra escuadra en circunstancias de estar por momentos esperando allí los dos navíos y fragata española. Zenteno dará a usted alguna relación de los demás oficios de Cochrane que no han sido impresos». Y días más tarde: «Ya habrá llegado a usted el resultado malo de

los cohetes en el Callao, que según opinión de muchos, aunque todos hubieran estado buenos habría acontecido lo mismo. Trescientas treinta piezas de grueso calibre en tierra y los buques de guerra es más que la fuerza necesaria para no permitir buque alguno ni botes o balsas a aproximarse al tiro de cohetes, y así es que muchos de los que estaban buenos no alcanzaron a surtir el fin» (1).

Por su parte, el ministro Zenteno encargóse igualmente de informarle a San Martín del fracaso con que el almirante Cochrane se había iniciado en su segunda campaña marítima haciendo uso de un elemento que al decir del propio Cochrane era esencialmente destructor. «El proyecto de incendiar la escuadra del Callao, le escribe con fecha 13 de noviembre, ha sido frustrado enteramente. Desde el 27 de septiembre en que sobre él apareció nuestra escuadra hasta el 4 de octubre se hicieron varias tentativas demasiado formales; pero ni los cohetes, ni las bombas, ni el brulote llenaron su objeto; aquéllos porque fatalísimamente construídos, apenas en diez uno salía regular, éstas por su poco calibre y haber fallado la espolonada, y el último porque faltó el viento y detuvo inoportunamente. En fin, todo hizo convencer a Cochrane que era imposible atacar al enemigo con aquellas armas, que en efecto eran nulas, viéndose en la necesidad de abandonar el Callao, tanto por restituir la moral de su gente que debió perder en el desvanecimiento de la arma en que fundaba su superioridad, cuanto por buscar al enemigo en sitaución de batirlo en detalle» (2).

Cuando Zenteno se dirigía en estos términos a San Martín, ya lo había hecho igualmente con precedencia de varios meses instándole para que repasase la Cordillera y se lanzase a la empresa en la cual San Martín tenía clavado todo su pensamiento. «La expedición, mi general, decíale con fecha 3 de junio, es ahora el gran negocio que debe ocuparnos; ya ha visto cuánto la apetece y cómo se decide a ella; si es permitido dar mi pobre dictamen, yo le haría nacer de estos dos principios: 1º la presencia de usted en Santiago: ella restablece la disciplina, aumenta las tropas, da un ser activo a todos los aprestos y fija la opinión del pueblo por el verificativo de la expedición para que facilite con gusto y fuera de su incertidumbre los grandes subsidios con que ha de realizarse; 2º cerrar la entrada con los empresarios que se ofrecen a transportar de su cuenta el ejército expedicionario, sacando de ellos por supuesto el mejor partido posible. Combinados estos dos principios y que entretanto se preparen las fuerzas que hay en ésa, todo es hecho y no dude usted de expedicionar con cinco mil hombres con la ventajilla de llevar cohetes incendiarios, cuya arma tan potente como desconocida a nuestros enemigos nos da una superioridad inmensa». «¡Cuánto he sentido, concluye Zenteno, que usted no hubiera visto la experien-

(1) *Archivo de San Martín*, t. V, pág. 483.
(2) *Ibídem*, t. IX, pág. 549.

cia que se hizo de esta nueva máquina de muerte y destrucción! Sus efectos positivos pueden ser muy inferiores a los morales; pero de todos modos es un arma terrible: a bien que usted tiene una descripción de ella y sus aplicaciones» (1).

¿Qué contestó San Martín a las comunicaciones de O'Higgins y de Zenteno? En ninguno de los epistolarios que conocemos hemos podido encontrar vestigio alguno de la correspondencia de San Martín relacionada con este tópico. Posiblemente su espíritu no se dejó dominar por ninguna ilusión y de este modo pudo ser menos grave su desencanto cuando, meses más tarde, el propio Zenteno tuvo que ratificarle el fracaso de los famosos cohetes. Volviendo sobre este punto y con fecha 13 de noviembre, volvió a decirle: «Los cohetes que se hallan aquí son aun peores de lo que creía el almirante: efecto de la precipitación con que se hicieron y de la pérfida iniquidad de los prisioneros que los han manipulado, en lo que no hay duda, pues examinándose el interior de algunos, se han hallado anillos de tierra entre el mixto de la carga. Mas todo se repara con la nueva dirección que se ha acordado tenga esta elaboración».

Pero lo cierto es que con la llegada de San Martín a Santiago los aprestos navales entraron en otro nuevo orden de actividad y que la fabricación de los tan sonados cohetes quedó del todo abandonada.

El fracaso de este ensayo tuvo, como era de esperarse, su repercusión en el Plata, y el 14 de enero de 1820 el general Rondeau le escribió a Guido: «Mucho siento que la expedición marítima de lord Cochrane no haya producido todas las ventajas que de ella se esperaban. No obstante, aun debemos prometernos mucho y que variado el aspecto de los negocios veamos al fin el fruto de nuestros desvelos y casi continuos esfuerzos».

Por su parte, Belgrano le pudo decir: «Quedo impuesto del ningún efecto de los cohetes incendiarios que no han correspondido a los objetos expresados, como también del diario que tiene usted la bondad de incluírme con la última resolución que ha tomado lord Cochrane».

Pero es el caso y el momento de declarar que la suerte del Perú no podía ni debía resolverla Cochrane. El destino tenía reservada esta misión al que acababa de libertar al reino de Chile, y de afianzar con esta reconquista la libertad de las Provincias Argentinas. Esto formaba ya una opinión general compartida por O'Higgins y por el pueblo que obedecía sus órdenes y fué por esto que dirigiéndose aquél a San Martín, en una de sus cartas que ya conoce el lector, estampó esta frase equivalente a un conjuro: «La fortuna nos está convidando a poner la última mano a la libertad de América».

Por su parte, Zenteno convirtióse en vocero de la opinión, y mien-

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 548.

tras Cochrane cruzaba con sus naves las aguas del Pacífico, se dirigía él a San Martín y lo conjuraba igualmente, como acabamos de demostrarlo, para que repasase la Cordillera y asumiese el comando supremo de la expedición. En su sentir, su sola presencia bastaba para restablecer la disciplina, aumentar la tropa, activar todos los preparativos y, lo que es más, contentar una opinión que lo señalaba a él —y era la opinión del pueblo— para que aumentase los fastos de América con un nuevo día de gloria.

Cuando San Martín llegó a Santiago en enero de 1820, Cochrane había hecho ya la campaña del sur de Chile y arrebatado a los españoles la plaza fuerte de Valdivia. La suerte que no le acompañó en sus dos correrías sobre el Callao le acompañó en la captura de esta plaza, y obtenida ella a principios de mayo de 1820, retornó a Valparaíso con pretensiones ocultas para asumir el comando supremo de una nueva expedición. Los planes de Cochrane en ese entonces consistían en formar una división de vanguardia compuesta de cuatro buques — lo eran el *Aguila*, la *Begoña*, la *Dolores* y el *Potrillo* — y embarcando en ella dos mil hombres ponerse en marcha para Guayaquil a fin de iniciar por ahí la campaña libertadora del Perú. Esta vanguardia sería seguida del resto de la escuadra y del convoy expedicionario, lo que significaba que San Martín marcharía a su remolque. La ceguera del vicealmirante llegaba a tal punto, que encontró censurable el proyecto elaborado por San Martín y llegó a evidenciarlo, diciendo que el gobierno de Chile carecía de los medios necesarios para enviar cuatro mil hombres al Perú y que sólo podía disponer de ciento veinte pipas de las dos mil que se necesitaban «sólo para el agua de la expedición». «Estoy convencido, escribe Cochrane, que si el plan que ahora se propone fuese puesto en ejecución, el fruto de los ardientes esfuerzos de Chile sería perdido para él y que el resultado de todo será que jamás salga expedición alguna» (1).

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII.

El 1º de marzo de 1820 el gobierno de Chile acordó ascender a todos los oficiales del ejército de tierra que habían tomado parte en el asalto a las fortalezas de Valdivia y mandó acuñar una medalla de honor. Era ella de oro para los jefes y de plata para los oficiales. A los soldados y marinos se les acordó un escudo con el mismo emblema que tenía la medalla. El almirante Cochrane fué recompensado además con el título de ciudadano de Chile, y el senado, por disposición de 8 de abril, le hizo obsequio de una hacienda en la provincia de Concepción, Cochrane la aceptó, pero con fecha 4 de mayo le pidió al gobierno que esta hacienda fuese vendida y su valor aplicado al equipo de la escuadra.

El 20 de agosto acordósele en donación la hacienda de Río Claro que había pertenecido a don Pablo Hurtado, negociante español que abandonó el reino de Chile después de su reconquista por las armas de San Martín. Esta donación vino a quedar sin efecto definitivo, porque restablecida la tranquilidad de la República, nos dice un historiador, las haciendas confiscadas a los españoles volvieron a poder de sus antiguos dueños.

Nos cuenta don Gonzalo Bulnes que Cochrane hizo fundar un puerto que substituyese al de Valparaíso y que en compañía de don Guillermo Hoscasón, agente de presas, compró la hacienda de Quintero a don José Vicente Ovalle, hacienda que bautizó con el nombre de «Bernardo» en homenaje a O'Higgins. El gobierno

Pero, como pronto lo veremos, el tiempo se encargaría de dar un desmentido formal a estos falsos augurios. Cochrane pensaba como almirante, pero pensaba también como filibustero. San Martín no pensaba sino como libertador, y no dejando nada a la improvisación, todo lo había calculado para que la jornada respondiese integralmente a sus cálculos.

Chile por su parte, sabiendo que era aquélla una hora decisiva en el cumplimiento de su destino, no vaciló en la elección que debía hacer entre San Martín y Cochrane. En consecuencia, asumió la actitud que le correspondía, y rompiendo el nudo gordiano creado por los obstáculos y por las ambiciones del vicealmirante, ordenóle que pusiese en venta los transportes que la escuadra chilena había capturado. Con esto quería significarle que la elección ya estaba hecha, y que era San Martín y no él quien se pondría a la cabeza de la expedición libertadora.

Cochrane supo disimular su propia derrota, y capitulando con docilidad, si no real, al menos aparente, dirigióse a San Martín llamándolo, y esto porque en su entender su presencia era indispensable en Valparaíso. «Veo claramente, le dice con fecha 15 de abril, que muy poco se adelantará la expedición si V. E. no viene aquí para aprontar lo necesario para la embarcación de la tropa. Pipería no hay suficiente ni víveres y ningún esfuerzo se hace para comprarlos. Si los contratadores no tienen el dinero o la voluntad, es preciso que el gobierno obre de sí mismo». Y el 24 de abril: «Ignoro qué piensa hacer el gobierno, porque el plan que estaba trazado con entera aprobación suya me parece está enteramente cambiado. He preparado los transportes y los buques de guerra para dos mil de tropa y si se quieren mandar más será preciso buscar o comprar embarcaciones. Faltan muchos para una expedición de cuatro mil. Ojalá estuviese aquí para ver con sus propios ojos lo que no hay y en el Perú para ver lo que sí hay, para deducir de estos datos lo que se debe hacer y se puede, y lo que no se puede pero se debe. Nada se necesita en éste sino la presencia de V. E. con la fuerza que podrá embarcarse en los transportes que hay en éste y aún en los buques de guerra» (1).

San Martín se trasladó efectivamente a Valparaíso, pero no por llamado de Cochrane, sino porque así ya lo tenía determinado cuando resolvió que la expedición libertadora se hiciese a la vela a mediados de julio. Su sola presencia bastó para que las dificultades señaladas por Cochrane desapareciesen como por encanto y para que se convenciese el marino británico que él y sólo él asumiría el mando supremo de la expedición.

se opuso a esta adquisición tiempo después, y el fiscal solicitó que su importe fuese devuelto al vicealmirante. Esto no dejó de contrariar a Cochrane, tanto más, cuanto que, según los rumores circulantes, decíase que esa finca la había comprado para venderla luego al gobierno inglés.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VIII, pág. 274.

La historia no está en conocimiento de los pormenores relacionados con la entrevista que en ese entonces mantuvo San Martín con Cochrane. Sólo conocemos la carta que a raíz de efectuada ella le dirigió San Martín a O'Higgins y en la cual aquél escribe textualmente con fecha 24 de mayo: «Ayer por la mañana tuve la última sesión con Cochrane, y a pesar de que él inculca en que la expedición de cuatro mil hombres es embarazosa, le he hecho ver que es indispensable hacer se verifique, pues así lo requieren las circunstancias e intereses de la América: ha convenido y me parece que sobre este punto no tendremos más que hablar. Lo mismo ha sucedido con respecto a la objeción que ponía sobre pipería, víveres y falta de lanchas. En fin, le he dicho que la resolución del gobierno, senado y pueblo es que marche la expedición con el número indicado y aunque ella carezca de algunos renglones es preciso emprenderla de cualquiera manera» (1).

La intervención de San Martín, como se ve, concluyó con las pretensiones y política obstruccionista de Cochrane. Este sin embargo quiso todavía suscitar algunas dificultades, y deseoso de concluir con el partido que apoyaba los planes del directorio, partido en el cual asumía un papel directivo su opositor el ministro Zenteno, provocó querella decretando la prisión del capitán Guise, en quien suponía él un rival por saberlo candidato del gobierno de Chile para reemplazarlo en el caso que se viese obligado a abandonar su puesto.

El gobierno de Chile, como era de esperarse, se opuso tenazmente a sus pretensiones; esto sin embargo determinó un retardo en la partida de la expedición, y en lugar de hacerse ésta a la vela en el mes de julio, como así lo deseaba San Martín, sólo lo pudo hacer un mes más tarde, o sea en agosto.

A fin de que el almirante Cochrane supiese que su papel en la nueva empresa no era directivo sino subalterno, el 19 de este mes se le pasó un oficio firmado por O'Higgins y por Zenteno que precisaba su misión y sus funciones. «El objeto de la presente expedición, se le dice a Cochrane, es extraer al Perú de la odiosa servidumbre de la España, elevarlo al rango de una potencia libre y soberana y concluir por ese medio la grandiosa obra de la independencia continental de Sudamérica. El capitán general del ejército don José de San Martín es el jefe a quien el gobierno y la república han confiado la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa, a fin de que las fuerzas expedicionarias de mar y tierra para obrar combinadas y simultáneamente reciban un solo impulso comunicado por el consejo y determinación del general en jefe.

«En este concepto tengo la satisfacción de prevenir a U. S. por toda instrucción que desde el momento que zarparen de Valparaíso la escuadra y transportes expedicionarios obrará U. S. precisa y

(1) Vicuña Mackenna: *El General San Martín*, pág. 41.

necesariamente en consecuencia del plan que le suministrará el general San Martín, tanto sobre el punto de desembarco como con respecto de los movimientos y operaciones sucesivas que U. S. debe hacer con la escuadra; de suerte que no podrá U. S. por sí mismo obrar con el todo o parte de los buques de guerra de su dependencia, sino que observará absolutamente la línea de conducta que respecto de las operaciones de la escuadra le trazare y fuere trazando el general según que éste lo creyere conveniente».

«Es fuera de caso recomendar a U. S. con todo encarecimiento, se le dice al final, la más exacta observancia de esta mi resolución bajo toda especie de responsabilidad. Relevantes pruebas ha dado U. S. de que su conducta militar no sigue otro rumbo sino aquel que le indica el gobierno y me lisonjeo que U. S., consecuente siempre a sus principios, se presentará a la gratitud de la América como el héroe de la libertad».

Al mismo tiempo y el mismo día en que se le daba a conocer a Cochrane esta resolución, se le pasaba a San Martín un oficio y en forma reservada se le daban a conocer las últimas decisiones del gobierno de Chile para el caso en que el almirante Cochrane por actos arbitrarios u otros, no se mantuviese dentro de su órbita. «La conducta que repentinamente ha observado lord Cochrane, se le dice a San Martín, en varias campañas que ha hecho la escuadra de la República bajo su mando, ha calificado su insubordinación y su arbitrariedad en el cumplimiento de las instrucciones que a la vez se le han administrado. Tales antecedentes hacen temer al gobierno que, a pesar de la línea de conducta que se le ha trazado, sobre que subordine necesariamente los móviles de la escuadra a la dirección de V. E. en todo el curso de la campaña que va a emprenderse en el Perú, no cumpla el almirante; y que la descombinación de las operaciones del ejército y de la escuadra produzca el funesto desenlace de la expedición como un consiguiente necesario. En esta virtud, y en la que por la voluntad general de los pueblos de Chile, exprimida expresamente por sus autoridades, V. E. es el único jefe a quien se han confiado la dirección y ejecución de esta grande empresa, le autorizo plenamente con toda la amplitud de facultades para que en caso de que el vicealmirante lord Cochrane no cumpliese las instrucciones y órdenes de V. E., y que su falta de subordinación, siendo por otra parte irreparable, sea como es natural en detrimento del buen resultado de las operaciones, le exonere del mando de la escuadra, como desde ahora le declaro en tal caso separado de él y lo transmita al capitán de navío don Martín Jorge Guise que le subrogará invistiendo el carácter de comandante jefe de la escuadra, como así lo hará V. E. reconocer, ordenándose le ponga en posesión de este destino, a cuyo efecto podrá V. E. hacer uso de la nota que tengo el honor de adjuntar. En inteligencia de que llegado el caso antedicho queda asimismo V. E. autorizado para ejecutar los cambios y alteraciones que convinieran

entonces practicar, respecto de los comandantes y oficiales de cada buque, según que la urgencia del momento haga necesarias las medidas» (1).

De esta manera terminó, por así decirlo, la primera parte de un gran episodio en el cual el almirante Cochrane intentó jugar el papel de árbitro sin merecerlo. Por desenlace lógico de los acontecimientos las cosas entraron en su curso, y el marino inglés no tuvo más remedio que subordinar su conducta a las directivas que podía y debía prefijarle, porque así era el mandato recibido, el heroico criollo de Yapeyú.

(1) DIEGO BARROS ARANA: *Historia General de Chile*, t. XII, pág. 654.

CAPITULO XXV

San Martín al frente de la expedición libertadora

SUMARIO: San Martín en Valparaíso. — Comunicaciones con Guido. — Carta que debió escribirle a Bolívar. — Momento culminante en la vida de nuestro Libertador. — «En 1820, dice Vicuña Mackenna, San Martín más es un héroe que un general». — El senado chileno intenta fijar pautas a San Martín. — Las instrucciones redactadas por este cuerpo el 23 de junio relacionadas con la expedición. — Terna formada por el senado para que el directorio eligiese un diputado diplomático y acompañase a San Martín. — O'Higgins no da curso ni a una ni a otra iniciativa. — Facultades que por el gobierno de Chile se le otorgan a San Martín. — Consultas formuladas por éste para el caso en que deba entrar en negociación con el virrey del Perú. — Contestación dada por Zenteno. — El propio San Martín declara no haber recibido instrucciones de ninguna naturaleza. — Inteligencia entre San Martín y Belgrano para expedicionar al Perú. — La guerra de las montoneras con el directorio trastornó sus planes. — Pedidos formulados por él a las provincias de Tucumán y de Salta. — Araoz y Güemes. — La anarquía revolucionaria y la unidad argentina. — Proclama de San Martín dirigida a los habitantes de las Provincias del Río de la Plata. — Importancia moral y política de este documento. — La independencia de su país es para San Martín el estímulo primordial de sus pensamientos. — Cuándo y cómo principió el embarque en Valparaíso del ejército libertador. — El convoy expedicionario y la distribución de los transportes. — Embarco de San Martín y de su Estado Mayor. — Comunicación de San Martín al cabildo de Buenos Aires al embarcarse. — O'Higgins por su parte le anuncia igualmente tan fausto acontecimiento. — Impresión que esta noticia provocó en Buenos Aires. — Zañartú y los preparativos de la expedición. — San Martín no oyó sus consejos y salió a lo Jerjes. — Despacho de capitán general de Chile con que lo honra O'Higgins. — Contestación dada por San Martín desde alta mar. — Una expedición francamente libertadora. — Su levadura de argentinidad. — Lo hecho por San Martín para hacer posible esta expedición. — Contratiempos que la retardaron. — El *veni, vidi, vici* que San Martín pudo pronunciar. — El Perú a la espera de su libertador.

Desde el momento en que el gobierno de Chile se decidió corresponder a los propósitos de San Martín en lo relacionado con la expedición al Perú, éste redobló, por decirlo así, su actividad y aplicó su mente a los mil puntos complejos relacionados con su gran empresa. A principios de junio de 1820 dió orden, como ya se ha visto, para que el ejército acantonado en Rancagua se trasladase a Quillota; pero al mismo tiempo que tomaba esa medida, tomaba otras relacionadas con el comando del ejército, con la com-

posición de sus cuerpos y con el funcionamiento de la maestranza, una parte de la cual se encontraba en Santiago y otra en Valparaíso. Deseoso de comunicar el impulso definitivo a su obra, abandonó la capital y se trasladó a este puerto en compañía de don Bernardo O'Higgins, que lo secundaba no sólo en sus ideas, sino en todo género de actividades. Estando en Valparaíso y siendo el 1º de julio, San Martín escribióle a Guido: «La expedición se acerca y nos vamos a ver en la necesidad de hacernos unos verdaderos salteadores». Al mismo tiempo pídele que se entreviste con Lynch, que él a su vez le escribe a Lemos, para que se ponga de acuerdo con él — alude a diferentes sumas o cantidades que se deben negociar — y aconséjale finalmente que trabaje sobre ese particular, y que sin retardo se le dé a conocer el resultado, y esto, son sus palabras, «para salir de este cuidado, que es el que más me abruma».

En esa misma oportunidad, San Martín le dice a Guido que le haga saber a Las Heras que el batallón nº 7 está pronto para marchar a primera orden, y que al efecto tenga pedidas las cabalgaduras de carga y silla que se necesitan para este traslado. «Usted debe estar aquí a más tardar el 12, escribe San Martín, a cuyo efecto tomará sus medidas en la inteligencia de que para el 15 todos debemos estar listos para poner el pie a bordo».

El 4 de julio San Martín reanuda su correspondencia con Guido. En esa su carta, con estilo lacónico y perentorio aborda distintos temas, y después de declararle que Sarratea le está haciendo una falta notable, de que Lemos debe remitir todo lo que tiene del ejército para hacer el embarque sin confusión, y de que ha devuelto al cónsul americano la copia de los contratos con Lynch ya firmados, y aún de decirle así: « Sirva de gobierno que para el 26 sin falta marcho. Arregle usted sus cosas y véngase cuanto antes», concluye: «Acaban de presentárseme algunos comerciantes ingleses con proposiciones sobre los billetes. Les he contestado que dentro de seis días les daré mi resolución sobre sus propuestas. Me he tomado este tiempo para ver la resolución de Lynch».

Es de nuestro deber declarar aquí que al ponerse en comunicación con Guido, desde Valparaíso, en la primera de estas cartas que extractamos, San Martín estampa esta frase: «A nuestra vista trataremos sobre escribir a Bolívar». Ni en los archivos de San Martín ni en documento alguno de los papeles de Guido, se nos dice si se llevó a cabo su propósito, y cual fuera la razón o motivo de su comunicado al héroe de Colombia. Con todo, cabe un razonamiento de conjetura, y presumimos que la carta escrita por San Martín en aquel entonces tenía por objeto congratular a su conmilitón de causa por su entrada en el virreinato de la Nueva Granada, como por su reciente y brillante victoria en Boyacá. Acaso igualmente le dió a conocer la ulterioridad de sus propósitos y planteó en ese documento un plan de colaboración continental, dado que

sus miras se dirigían en ese entonces a la ocupación militar y política del virreinato del Perú (1).

Estamos, como se ve, en un momento decisivo y culminante de la vida de San Martín. Ese momento nos demuestra que si San Martín era paciente en el cálculo, era activísimo y ejecutivo en los medios conducentes a la realización de su idea. Si este rasgo de su psicología lo dió a conocer en forma sobresaliente estando en Mendoza, lo reveló por segunda vez y en forma magnífica en esta segunda etapa de su carrera continental, que lo es Chile.

El Perú, meta de sus desvelos, constituía en ese entonces el más vasto imperio colonial de España en América. La Península predominaba allí con el poder de su oro y con el de sus armas. Reconquistarlo para la vida de la libertad significaba el más grande de los triunfos, y deseoso de lograr ese fin, San Martín se desentendió de los obstáculos que le oponían tanto los hombres como la naturaleza y organizó, creando de la nada, por así decirlo, como creara antes el ejército de los Andes, la expedición que reconoció en él al supremo argonauta libertador. Un tercio del Continente iba a caer así bajo la órbita militar y política de San Martín.

Evocando ese momento decisivo y la grandeza épica con que se destaca el héroe de los Andes, un escritor chileno, don Benjamín Vicuña Mackenna, nos dice: «En la invasión de Chile desplegó aquel capitán, verdaderamente grande, todos los recursos de un eximio táctico; pero en su cruzada sobre el Perú, lo que brilla no es el ingenio, sino la audacia del campeón. En 1820, San Martín más es un héroe que un general. No presenta la historia del nuevo mundo, y aun en el antiguo habría sido en todas épocas objeto de maravilla, aquella denodada aventura que San Martín y Cochrane, cual los compañeros de Jasón, iban a emprender contra la tierra de los Incas. Pero si en el solo propósito resplandecía aquella sublime

(1) El primero de los políticos argentinos que se puso en comunicación oficial con Bolívar después que hubo estallado nuestra revolución, lo fué don Martín de Pueyrredón. El 19 de noviembre de 1816, escribió éste una carta para darle a conocer su elevación al directorio supremo de las Provincias Argentinas, carta que Larrazábal clasifica de «hermosa». Por razones que ignoramos, Bolívar retardó casi dos años en contestarla, y al hacerlo el 12 de junio de 1818, escribióle desde Angostura: «Nada es comparable a la bondad con que V. E. me colma de elogios inmerecidos. Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. Yo tributo a V. E. las gracias más expresivas por la honra que mi patria y yo hemos recibido de V. E. y del pueblo independiente de la América del Sur; de ese pueblo que es la gloria del hemisferio de Colón, el sepulcro de los tiranos y conquistadores y el baluarte de la independencia americana. Acepte V. E. los votos de admiración que me apresuro a tributar a las virtudes cívicas, a los talentos políticos y a los timbres militares del pueblo de Buenos Aires y su ilustre director».

Bolívar expresa en esa carta la esperanza de llegar a formar un pacto americano cuando el triunfo de las armas le permita completar la independencia de Venezuela y concluye diciendo: «Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración». VICENTE LECUNA: *Cartas del Libertador*, t. II, pág. 20.

temeridad, en su ejecución alcanzaba ésta con justicia, el título de los milagros» [1].

Pero antes de entrar en los pormenores relacionados con los últimos preparativos de la expedición, digamos que aun cuando San Martín ya estaba ampliamente facultado para organizarla y dirigirla, el senado chileno celoso de sus fueros, y más celoso aún de pagar tributo a un nacionalismo naciente, cual lo era el que San Martín había consolidado con su espada, quiso sujetar la conducta del futuro Libertador del Perú a pautas que podemos llamar disciplinarias, y redactó así un capítulo de instrucciones que O'Higgins, como pronto lo veremos, dejó archivadas y que no llegaron por lo tanto ni a manos ni a conocimiento de San Martín. Estas instrucciones se componen de veinticinco artículos y están redactadas en Santiago el 23 de junio, en vísperas de los preparativos de San Martín para desprenderse de Chile al frente de su expedición libertadora. Comienzan ellas por formular una declaración de carácter general y en armonía con las circunstancias políticas del momento, y después de formuladas estas declaraciones, se pasa a reglamentar la conducta de San Martín declarándose que en todos los pueblos adonde arribe la expedición no hará uso de la fuerza sino después de haber convidado a sus habitantes con la paz. «Los pueblos y provincias que se entregasen, se le dice textualmente, serán tratados como hermanos; se cuidará que todos los individuos del ejército observen este temperamento y que se castigue con severidad a los transgresores».

Se pasa luego a decírsele a San Martín que una vez efectuada su entrada en algún pueblo, deberá convocar las corporaciones y los vecinos principales para que éstos procedan a elegir un teniente gobernador, y concretándose a la ciudad de Lima, metrópoli del virreinato, punto terminal de esta expedición, se le dice que después de su entrada en aquella ciudad, debe proceder a la elección de un director o junta suprema con agrado de los vocales. Además, se dispone que proceda a la redacción de una constitución provisoria y que para la formación de esta constitución se tenga en cuenta las antiguas costumbres de aquel Estado, porque su extirpación «debe ser obra de prudencia y del tiempo».

Los senadores chilenos quieren al parecer pecar más por exceso de precavidos que por falta de previsión o de solicitud, y se concretan así a puntualizar una serie de cláusulas y de lugares comunes, que en modo alguno a un hombre de las condiciones de San Martín podían pasar desapercibidos. Es así como se hace alusión a la situación social y política de la Iglesia, a la fortuna de los particulares, a las distintas castas en que estaba dividido el imperio peruano y a otros pormenores y minucias que no es de nuestro caso señalar.

Al tratar el punto de la libertad, relacionado con la esclavitud,

(1) Vicuña Mackenna: *El General San Martín*, pág. 42.

los padres conscriptos de Chile concretan así su decisión: «No hará novedad alguna sobre la libertad de esclavos, pues esto debe ser privativo de las autoridades que se constituyeren y cuya resolución se debe tratar con mucha circunspección; pero sí recibirá en su ejército a todos los negros y mulatos esclavos que voluntariamente se le presentaren, sin darse por entendido de su libertad, a no ser que concurran gravísimas circunstancias que lo exijan».

Pero no contento con haber redactado estas instrucciones que en cierto sentido significaban una rémora contraproducente a la acción libertadora de San Martín, ese mismo día se resolvió por dicho senado proceder a la formación de una terna con el propósito de que el directorio eligiese uno de sus miembros y que éste en calidad de «diputado diplomático» figurase al lado de San Martín. Para este objeto fueron designados don José María Rosas, senador, don Joaquín Echeverría, ministro de Estado, y el general don Luis Cruz, gobernador militar de Valparaíso. En el sentido de los senadores chilenos, la presencia de este delegado tenía por objeto el fiscalizar la observancia de las instrucciones y al mismo tiempo el hacer que obtenida la liberación del Perú, Chile fuese resarcido en alguna parte de los grandes sacrificios que había hecho y hacía con esa expedición.

Redactado uno y otro documento, el senador don Ignacio Cienfuegos se los remitió a O'Higgins el mismo día 23 de junio; pero O'Higgins, guiado de su buen tacto, no les dió curso y paralizó así esta acción interventora, inoportuna y contraproducente.

Ignoramos si lo resuelto por el senado de Chile le fué comunicado por San Martín a O'Higgins. Lo que no ignoramos es que el director de Chile no sólo no puso traba alguna a la acción libertadora de San Martín, sino que lo revistió a éste con la plenitud de las facultades militares y políticas que convenía y hasta — como lo dice un historiador chileno, don Gonzalo Bulnes — «cortó en su obsequio los débiles lazos con que la ordenanza limita las facultades de un general en jefe». «Se le otorgó el derecho, continúa éste, de conceder empleos a los oficiales del ejército de Chile por razón de vacancia o de servicios señalados, debiendo dar cuenta de lo obrado al director».

Por su parte, San Martín solicitó del gobierno el que se le autorizase para alterar los trámites en la substanciación de los procesos con el objeto, como lo dice el mismo historiador citado, de dar rapidez a la justicia militar, substituyéndolos por consejos de guerra verbales, ya se tratase de los oficiales o ya de la tropa. El pedido de San Martín fué aceptado y convínose así la formación de un Consejo de guerra, el cual debía abocarse los delitos cometidos, ya por la tropa o ya por miembros de la oficialidad, debiendo celebrarse estos consejos en sesiones públicas al tratarse de las declaraciones y cargos, pero debiendo pronunciarse en secreto la decisión del Consejo. San Martín quedó facultado igualmente para ha-

cer ejecutivas las sentencias de los Consejos de guerra sin necesidad de acudir al gobierno de Chile para su aprobación, y de este modo vino a quedar convertido en árbitro de las fuerzas de mar y tierra que formaban la expedición en marcha a las costas del Perú.

Resuelta de este modo esta parte jurídica y penal de la expedición, San Martín quiso resolver la parte pertinente a la diplomacia, y presintiendo la posibilidad del éxito en su campaña, el 12 de junio formuló por escrito, desde su cuartel general de Santiago, la siguiente consulta: «Cuando se halla preparado todo, dice él, para la expedición libertadora del Perú que V. E. se ha dignado confiarme, y se acerca el día de su verificativo, yo creo deber consultar a V. E. sobre si fuera conveniente que para el caso de que el virrey del Perú quisiera entrar en negociaciones conmigo, se me premuniese de facultades asignándoseme por instrucciones relativas al más principal objeto a que yo debiera propender y todas las demás conveniencias que debiera tener en mira. Yo lo concibo interesantísimo porque es muy posible que llegará este caso y porque se evitarían dilaciones para concluir cualquier acomodamiento. Sobre todo, sujeto respetuosamente mi dictamen a la sabia política del gobierno supremo».

«Porque podría suceder que el virrey del Perú, contestóle Zenteno el 20 de agosto, el día mismo en que se hacía a la vela la expedición, pretendiese entrar en negociaciones con V. E., para semejante caso, sea cual fuere su naturaleza e importancia, autoriza la persona de V. E. con toda la plenitud de facultades que las circunstancias requiriesen para que en nombre del supremo director de Chile y en virtud de este pleno poder pueda V. E. conocer y entrar en toda especie de negociación y transacción política con el virrey del Perú o con quienes lo representaren, tomando siempre por base y fundamento de toda negociación el reconocimiento formal de la independencia de la República de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que deberá prestar el virrey a las autoridades con quienes negociará V. E., remitiéndome las capitulaciones o tratados que a consecuencia se celebren para su debida ratificación».

Zenteno, que escribe esta nota a San Martín en nombre del directorio chileno, concluye así: «El gobierno espera de las elevadas luces de V. E., que aprovechará siempre en actos públicos todas las ventajas que puedan producir las circunstancias en favor de la libertad general de la América y su independencia de la dominación del Rey de España» (1).

En presencia, pues, de estos antecedentes, podemos afirmar que San Martín partió de Chile para el Perú sin conocer las instrucciones redactadas por el senado chileno. Sin embargo hase creído por muchos que sucedió lo contrario, y cuando esta especie fué lanzada a la publicidad, San Martín, que se encontraba en Mendoza

(1) GONZALO BULNES: *La Expedición Libertadora del Perú*, Pág. 218.

de retorno de su campaña del Perú, tomó la pluma y en comunicación dirigida al *Correo Mercantil de Lima*, dirigió un formal desmentido. «El que subscribe, dice San Martín, protesta no haber recibido ni éstas, ni ningún otro género de instrucciones del gobierno de Chile ni del de las Provincias Unidas, a menos de no tenerse por tales las órdenes de marchar con tres mil ochocientos bravos de ambos Estados a libertar sus hermanos del Perú». «Marchar con tres mil ochocientos bravos, agrega él, a libertar a sus hermanos del Perú, es la única instrucción que se me ha dado» (1).

Pero antes de proseguir el relato que nos ocupa y de contemplar a San Martín poniendo el pie en la nave expedicionaria que debe llevarlo a las costas del Perú, digamos que entraba en sus planes la colaboración estratégica de otras fuerzas, y que éstas lo eran las que formaban el ejército argentino comandado por Belgrano y acantonado en la provincia de Tucumán. La inteligencia entre San Martín y Belgrano al respecto era completa. El directorio argentino por otra parte participaba de las mismas ideas e intenciones; pero desgraciadamente el estallido de la guerra civil, es decir el levantamiento de las masas montoneras, trastornó en absoluto estos proyectos, y las fuerzas que debían cooperar con la expedición naval del Pacífico avanzando por las mesetas del Alto Perú, no lo hicieron, y vinieron a esterilizarse, como ya queda dicho, en una guerra civil, trágica en sumo grado y enconosa.

Esto, sin embargo, no le impidió a San Martín el sobreponerse a las circunstancias, e hizo blanco de nuevas solicitudes al coronel don Bernabé Araoz, quien en virtud de los sucesos del 11 de noviembre de 1819, ya historiados, habíase convertido en árbitro de aquella provincia argentina, de donde partiera para malograrse con la montonera, el ejército de Belgrano.

La correspondencia que San Martín mantuvo en ese entonces con el referido gobernador, fué larga y sostenida. Desgraciadamente, no toda ella ha pasado a la historia; pero sabemos que en repetidas oportunidades escribióle con empeño para pedirle la cooperación inmediata y total de sus fuerzas.

Después de abandonar la ciudad de Mendoza, y de encontrarse en Santiago, San Martín, a mediados de febrero de 1820, escribióle a Araoz instándolo para que una división argentina cargase sobre el ejército de La Serna, atrincherado en las provincias del Alto Perú, y esto en momentos en que él se dirigía con sus fuerzas hacia las costas peruanas. Esta carta fué contestada por Araoz el 17 de marzo y al hacerlo, su firmante comenzó por hacerle a San Martín esta confesión: «Hoy se me presenta la ocasión que tanto deseaba para saludar a un amigo que amo de corazón, porque es un verdadero americano que no busca otra gloria que la de ver libre de tiranos la amada patria».

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 293.

Pasa luego a establecer la razón justificativa del movimiento que lo llevó a substituir en el mando al gobernador derrocado por la revolución, y deseoso de darle a conocer a San Martín su buena voluntad cooperativa y el estado en que se encontraba la provincia de su mando le dice: «En un completo esqueleto nos han dejado esta provincia, en los cuatro años que ha estado el ejército auxiliar pasado; ya balanceaban los mejores patriotas al ver tanto abandono; hoy es todo lo contrario y en medio de la miseria en que nos hallamos, nada se reserva cuando hablamos del Perú. Crea usted que no dispensaremos sacrificio, y si todas las provincias se duermen — lo que no creo —, Tucumán romperá los fuegos sobre todos los enemigos, estén donde estuvieren; luego que sepamos que usted ha puesto en movimiento su ejército y me avise que trata de embarcarse, saldrán volando quinientos hombres bien armados y municionados sin perjuicio de auxiliar del modo que podamos las tropas que mande Córdoba. Salta hará lo mismo que Tucumán y nunca se expondrán a ser batidas porque siempre haremos la guerra que nos enseñó el general San Martín. Para todo contamos con buenas caballadas y con gente que no conoce el miedo» (1).

Tres meses más tarde San Martín dirigióse a este mismo gobernador y pidióle que mil soldados del ejército auxiliar del Perú, acantonado en Córdoba, atravesasen esa provincia, llamada por él «valerosa y enérgica», y se dirigiesen al deslinde de Salta con el Alto Perú. «Sería superfluo invocar la patria, dice San Martín, y la necesidad común para mover la generosidad de los tucumanos; ellos imitarán a sus jefes en el desprendimiento y espíritu público. Además yo salgo garante del efectivo pago que se haga de todos cuantos auxilios se presten a esa división del ejército de observación, desde luego que nuestros primeros desahogos en el Perú, así como los demás que se hagan a cualquiera de las divisiones que lo acompañan».

En otro documento del 16 de junio, dícele a Araoz «que sin que sea necesario ser político ni entendido, se ofrece naturalmente perspectiva a todo hombre de un mediano sentido común que batidos que sean los cuatro mil hombres enemigos en Salta, se ha abierto por consecuencia para siempre el Perú». «Batidos en número en un territorio montuoso, continúa, en el cual los hijos del país tienen infinitas ventajas para defenderse, sin temor de ser ofendidos, es una cosa que obviamente se consigue fácil». Piensa San Martín, al escribir estas líneas, que serán muchas las ventajas que pueden proporcionarle a la patria cuatro mil hombres de línea y pidiendo para esto dos mil a Córdoba, otros dos mil a San Juan, a Tucumán y Salta, clasificando de «inmensa y valerosísima» la fuerza de caballería con que podían contribuir estas dos provincias.

El pedido de San Martín estaba garantizado, por así decirlo, por

(1) *Archivo de San Martín*, t. IX, pág. 180.

la palabra del director supremo de Chile, pues con fecha 10 de junio éste escribióle al gobernador de Tucumán: «Sólo me falta agregar que el gobierno de Chile sale garante a V. E. del modo más solemne de que serán religiosamente cumplidas todas las promesas que hubiere hecho o hiciere a V. S. el general en jefe de la mencionada expedición» (1).

Por su parte, la provincia de Salta, en la cual se destacaba la figura gallarda y valerosa del general Güemes, amigo y servidor devotísimo de San Martín, no puso reparo alguno a los llamados formulados por él en este sentido. Alistóse toda ella para prestarle su concurso militar y económico, y antes de que San Martín se hiciese a la vela en Valparaíso rumbo a los puertos peruanos, por solicitud de aquel jefe en esta provincia, vanguardia de la defensa argentina, estaban listos para entrar en acción dos mil hombres, gauchos en su mayoría y todos ellos valientes y subordinados. Según un documento que nos ilustra, esta división de dos mil hombres estaba suficientemente municionada en víveres, como en pertrechos de guerra y otros recursos. Tenía así dos mil mulas de silla, mil quinientos caballos, quinientas mulas de arreo con sus correspondientes aparejos y arrieros, mil cuatrocientos burros de carga, doscientas arrobas de galletas, dos mil cargas de grano y harina, mil quinientas cabezas de ganado vacuno y lanar, quinientos quintales de charqui y legumbres secas, mil quinientas *chiguas*, cuatro mil mazos de tabaco, cuatro mil pesos en plata, vestuarios para toda la división y otros útiles de poca monta. «Todo esto, nos dice el documento que tenemos delante, se ha aprontado sin costo alguno por parte del Estado, pues no tienen estas cajas un solo peso, en circunstancias de haber sido atacada la provincia por enemigos y destruída en cinco años que sola ella ha trabajado por la causa, en general abandonada por las demás».

Pero ni esta ni aquella actitud por patriótica que ella fuera resolvía el problema de cooperación integral y rítmica que había sido y constituía, por decirlo así, el plan primario de San Martín. La anarquía revolucionaria lo absorbía todo, y al promediar el año de 1820 la unidad argentina estaba rota, el ejército del Norte sin jefes y sin disciplina había dejado de ser el nervio militar y defensivo de nuestra independencia, y la energía beligerante de nuestras masas se traducía enconosamente en una guerra de hermanos.

A la era de concordia y de la pacificación que había dejado presentir el Tratado del Pilar, había sucedido una reacción favorable a la política directorial vencida en Cepeda. Todo esto complicóse con un cúmulo de apetitos en juego y de tal modo, que el día 20 de junio de 1820 en que moría el general Belgrano, tres entidades, es decir el cabildo, el gobernador Ramos Mejía y el general Soler, se disputaban simultáneamente el predominio gubernativo de la

(1) PAZ SOLDÁN: *Historia del Perú Independiente*, t. I, pág. 6.

primera provincia argentina. Era, como se ve, el reinado del caos, y San Martín, que supo substraerse a él y salvar de su vorágine un ejército, símbolo de la doctrina libertadora de Mayo, no pudo silenciarse ante tamaña catástrofe y antes de lanzarse a su expedición tomó la pluma, y en su carácter de argentino y de Libertador dirigió a los habitantes de las Provincias del Río de la Plata esta proclama: «Compatriotas: voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú, mas antes de mi partida quiero deciros algunas verdades que sentiría las acabaseis de conocer por experiencia. También os manifestaré las quejas que tengo; no de los hombres imparciales y bien intencionados cuya opinión me ha consolado siempre, sino de algunos que conocen poco sus propios intereses y los de su país, porque al fin, la calumnia, como todos los crímenes, no es sino obra de la ignorancia y del discernimiento pervertido.

«Vuestra situación no admite disimulo; diez años de constantes sacrificios sirven hoy de trofeo a la anarquía; la gloria de haberlos hecho es mi pesar actual cuando se considera su poco fruto. Habéis trabajado un precipicio con vuestras propias manos y acostumbrados a su vista, ninguna sensación de horror es capaz de deteneros.

«El genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación. Esta palabra está llena de muertes y no significa sino ruina y devastación. Yo apelo sobre esto a vuestra propia experiencia y os ruego que escuchéis con franqueza de ánimo la opinión de un general que os ama y que nada espera de vosotros. Yo tengo motivos para conocer vuestra situación, porque en los dos ejércitos que he mandado me ha sido preciso averiguar el estado político de las provincias que dependían de mí. Pensar en establecer el gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente a los gastos del gobierno general fuera de los que demande la lista civil de cada Estado, es un plan cuyos peligros no permiten infatuarse ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad.

«Compatriotas: yo os hablo con la franqueza de un soldado. Si dóciles a la experiencia de diez años de conflictos no dais a vuestros deseos una dirección más prudente, temo que cansados de la anarquía suspiréis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien lejos de fijar vuestros destinos, no hará más que prolongar vuestra incertidumbre. Voy ahora a manifestaros las quejas que tengo, no porque el silencio sea un prueba difícil para mis sentimientos, sino porque yo no debo dejar en perplejidad a los hombres de bien, ni puedo abandonar enteramente a la posteridad el juicio de mi conducta calumniada por hombres en que la gratitud algún día recobrará sus derechos.

«Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo

de ser americano; supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria; llegué a Buenos Aires a principios de 1812 y desde entonces me consagré a la causa de América: sus enemigos podrán decir si mis servicios han sido útiles.

«En 1814 me hallaba de gobernador de Mendoza; la pérdida de este país dejaba en peligro la provincia de mi mando, yo la puse luego en estado de defensa, hasta que llegase el tiempo de tomar la ofensiva. Mis recursos eran escasos y apenas tenía un embrión de ejército, pero conocía la buena voluntad de los cuyanos, y emprendí formarlo bajo un plan que hiciese ver hasta qué grado puede apurarse la economía para llevar a cabo las grandes empresas.

«En 1817 el ejército de los Andes estaba ya organizado. Abrí la campaña de Chile y el 12 de febrero mis soldados recibieron el premio de su constancia. Yo conocí que desde este momento excitaría celos mi fortuna y me esforcé, aunque sin fruto, a colmarlos con la moderación y el desinterés.

«Todos saben que después de la batalla de Chacabuco me hallé dueño de cuanto puede dar el entusiasmo a un vencedor; el pueblo chileno quiso acreditarme su generosidad ofreciéndome todo lo que es capaz de lisonjear al hombre; él mismo es testigo del aprecio con que recibí sus ofertas y de la firmeza con que rehusé admitirlas.

«Sin embargo de esto la calumnia trabajaba contra mí con una perfecta actividad, pero buscaba las tinieblas, porque no podía existir delante de la luz. Hasta el mes de enero próximo pasado el general San Martín merecía el concepto público en las provincias que formaban la Unión, y sólo después de haber triunfado la anarquía, ha entrado en el cálculo de mis enemigos el calumniarme sin disfraz y reunir sobre mi nombre los improperios más exagerados.

«Pero yo tengo derecho a preguntarles: ¿Qué misterio de iniquidad ha habido en esperar la época del desorden para denigrar mi opinión? ¿Cómo son conciliables las suposiciones de aquéllos, con la conducta del gobierno de Chile y la del ejército de los Andes? El primero, de acuerdo con el senado y votos del pueblo, me ha nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias; y el segundo me eligió por su general en el mes de marzo cuando trastornada en las Provincias Unidas la autoridad central, renuncié el mando que había recibido de ellas para que el ejército acantonado entonces en Rancagua nombrase el jefe a quien quisiese voluntariamente obedecer.

«Si tal ha sido la conducta de los que han observado muy de cerca mis acciones, no es posible explicar la de aquellos que me calumnian de lejos sino corriendo el velo que oculta sus sentimientos y sus miras. Protesto que me aflige el pensar en ellos, no por lo que toca a mi persona, sino por los males que amenazan a los pueblos que se hallan bajo su influencia.

«Compatriotas: yo os dejo con el profundo sentimiento que causa

la perspectiva de vuestra desgracia; vosotros me habéis acriminado aun de no haber contribuído a aumentarlas, porque éste habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: mi ejército era el único que conservaba su moral y me exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiera sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sudamérica. En fin, a nombre de vuestros propios intereses os ruego que aprendáis a distinguir los que trabajan por vuestra salud, de los que meditan vuestra ruina; no os expongáis a que los hombres de bien os abandonen al consejo de los ambiciosos; la primera de las almas virtuosas no llega hasta el extremo de sufrir que los malvados sean puestos al nivel con ellas: y ¡desgraciado el pueblo donde se forma impunemente tan escandaloso paralelo!

«¡Provincias del Río de la Plata! el día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer. Voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo menos que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país; y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos» (1).

La historia argentina, diremos nosotros, y aun la historia de América no conoce un documento de la importancia moral y política del que acabamos de transcribir y que San Martín subscribió en su cuartel general de Valparaíso el 22 de julio de 1820. Determínalo este documento la explicación de una actitud discutida por alguno de los contemporáneos y determínalo igualmente la necesidad que sentía San Martín de sincerarse ante sus compatriotas y de llamarlos al orden y al buen sentido cuando las provincias que habían sido el teatro de la revolución argentina eran juguete del genio del mal. En el sentir de San Martín, el instinto federalista era un delirio. Al menos el país no estaba en actitud de practicarlo. Geográficamente hablando, él era todavía un desierto y la pobreza de su erario no era la virtud indicada para decidirse por un sistema de gobierno gravoso por su propia naturaleza. Diríase que se sintió dominado por un sentido profético cuando declaró a sus conciudadanos que cansados de la anarquía, concluirían ellos por entregarse en manos de un aventurero. El aventurero vino a su hora y éste lo fué Rosas cuya tiranía se prolongó en el país por un cuarto de siglo.

(1) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 214.

Al entrar en el capítulo de las quejas y agravios San Martín abre su corazón lacerado y lo descubre a sus compatriotas tal cual es, bajo los dictados de su grandeza moral. Se sabe él centro u objeto de un misterio de iniquidad. El odio político de sus rivales no ha conocido fronteras, y escudados tras del panfleto, del pasquín y del anónimo, han llegado hasta poner en duda la santidad de sus costumbres. No contentos con este proceder, se ha tergiversado su intención y su manera de obrar y se ha hecho creer que negándose a la guerra civil se negaba a la patria, cuando precisamente para salvar a ésta quería substraerse a las consecuencias fatales de aquélla. Su incorporación a la guerra montonera o directorial no hubiera beneficiado a nadie y, como él lo dice, no sólo se habría renunciado a la empresa de libertar al Perú, sino que él, en el caso de haber salido vencedor, se habría visto obligado a llorar la victoria con los mismos vencidos. La diferencia que establece San Martín en esta proclama entre los ambiciosos y los que practican la virtud es sencillamente magistral, como magistral lo es igualmente ese eco de clarinada con que la cierra declarando que el día más célebre de la revolución para las Provincias del Plata está próximo a amanecer. Los propósitos anunciados entonces los cumplió a la letra, y como lo veremos con oportunidad, libertando al Perú como libertando a Chile, San Martín demostró a sus conciudadanos que la independencia de su país nativo había sido el estímulo primordial de sus pensamientos.

Volviendo ahora a reanudar la exposición interrumpida con una glosa que la reclamaba el documento en cuestión, digamos cómo se procedió para el embarque del ejército expedicionario, de su parque y de todos los artículos que constituían su maestranza.

«El día 19 de agosto al amanecer, nos dice Espejo, dió principio el embarque del ejército, pues todo lo había previsto y mandado preparar el general: planchadas a manera de muelles en la ribera del mar, grandes lanchas de las de descarga de la aduana y botes para que las remolcasen hasta el costado de los transportes, de suerte que así que un batallón llegaba formado a la plaza del resguardo, cada compañía desfilaba a una de las planchadas y simultáneamente se embarcaban con sus oficiales en sus puestos, sin confusión y sin detenerse por ningún motivo. Todos los cuerpos verificaron su embarque en este mismo orden, menos el batallón de infantería nº 2 de Chile que estaba en la provincia de Coquimbo, completando su remonte y su instrucción. El parque, toda clase de repuestos y los caballos se habían embarcado en días anteriores».

Por lo que se refiere al convoy expedicionario estaba compuesto por diferentes transportes, muchos de ellos capturados al enemigo. Guiado de su espíritu ordenador San Martín los distribuyó en tres divisiones, siendo la primera la de vanguardia, la segunda la del centro y la tercera la de retaguardia. La primera componíanla las fragatas *Minerva, Dolores, Gaditana* y *Consecuencia*, y se em-

barcaron en ellas respectivamente el batallón nº 2 de Chile, el 11 de los Andes, dos compañías del mismo, una de artillería de Chile y una parte del regimiento de Granaderos a caballo. La segunda división componíanla la fragata *Emprendedora,* la *Santa Rosa,* el *Aguila* y los bergantines *Potrillo* y *Nancy.* Se embarcaron en ella igualmente el regimiento de Cazadores a caballo, el batallón nº 8 de los Andes, dos compañías del mismo, el batallón de artillería de los Andes, el nº 4 de Chile, una compañía de artillería de Chile, el parque y los caballos. La división de retaguardia formábanla la fragata *Jerezana,* la *Perla,* la *Mackenna,* la *Peruana* y la goleta *Golondrina.* Se embarcaron en esos buques el batallón nº 7 de los Andes, una compañía de artillería de Chile, una de artesanos, el cuadro del regimiento de Dragones, el batallón nº 5 de Chile, un escuadrón de Granaderos a caballo, el hospital y los cirujanos, el cuadro del batallón nº 6 de Chile, el armamento y demás repuestos.

Además, y según los pormenores de Espejo, la fragata *Emprendedora* cargó mil doscientos ochenta cajones de cartuchos de fusil a bala y mil quinientos bultos conteniendo cajas de herramientas y útiles de la maestranza. El bergantín *Potrillo,* en que se encontraba el capitán don Luis Beltrán, cargó mil cuatrocientos cajones de municiones de infantería y caballería, mil doscientos tiros a bala, metrallas y granadas, ciento noventa lanzafuegos, estopines y espoletas para las granadas y ocho barriles de pólvora. La fragata *Mackenna* cargó novecientos sesenta cajones de armamento y correaje y ciento ochenta quintales de fierro de toda clase. El bergantín *Nancy* recibió ochenta caballos destinados para las primeras operaciones de desembarco, y la goleta *Golondrina* cien cajones de cartuchos de fusil a bala, ciento noventa fardos de vestuarios, cuatrocientos sesenta sacos de galleta y seiscientos setenta líos de charqui. El resto del cargamento, o sea de vestuarios, monturas, víveres, equipo y artículos de repuesto fueron distribuídos entre los demás transportes conforme al inventario escrito por el Estado Mayor y aceptado por San Martín.

Los transportes fueron numerados y la numeración comenzó por la *Minerva,* a la cual le correspondió el nº 8. Los números estaban pintados de color blanco y se destacaban ellos a babor como a estribor de los buques, sobre un fondo negro con que se habían pintado sus cascos. Esta numeración comenzó así porque los números anteriores al 8 correspondían a los siete buques que formaban la escuadra.

La escuadra a su vez recibió la colocación estratégica que exigía el convoy. El *Galvarino,* la *O'Higgins* y la *Lautaro* presidían a la primera línea de transportes. El *Araucano* y la goleta *Montezuma* flanqueaban la línea del centro, y el *San Martín* y la *Independencia* cerraban una línea de once lanchas cañoneras que formaban la retaguardia. Cochrane se embarcó a bordo de la *O'Higgins* y San Mar-

tín a bordo del *San Martín,* enarbolando en él las insignias de capitán general de Chile y de general en jefe de la expedición.

Recordando este momento de la partida del ejército expedicionario, los historiadores chilenos nos recuerdan que ella motivó una afluencia enorme de público, ansiosa de presenciar tamaño acontecimiento. «Los gritos patrióticos, escribe Bulnes, se confundían con los llantos de las mujeres y de los soldados que fueron dejados en tierra por orden del cuartel general. A medida que cada lancha recibía su carga, un grito unánime se escapaba de todos los corazones y brotaba de los labios, y los expedicionarios, colocados en el borde de su inmenso destino, se separaban de las playas de la patria contestando con vivas frenéticos los que les prodigaba la multitud. El embarque fué una fiesta más que una despedida, sin que dejase de arrancar lágrimas de admiración en los que presenciaban la osadía de esa primera marcha al país que era considerado como la portada y el foco de los recursos del poder español en América del Sur. El 19 en la noche quedó todo concluído. La suerte de la América estaba a bordo de las naves que se mecían en la tersa superficie de la bahía» (1).

El 20 de agosto, acompañado de su Estado Mayor procedió a su embarque el general San Martín. Lo hizo, según nos lo cuenta Barros Arana, en una vistosa falúa y antes de dirigirse a su nave capitana recorrió toda la bahía visitando los buques e igualmente algunos de los transportes. «Más de seis mil hombres, entre soldados y marineros, lo saludaban llenos de entusiasmo desde los buques con el grito de ¡Viva la Patria! a que contestaban con el mismo ardor los millares de espectadores, hombres y mujeres apiñados en la playa».

Por rara coincidencia, el día en que San Martín abandonaba las playas chilenas para dirigirse sobre las del Perú en busca de Lima.

(1) *La Expedición Libertadora del Perú,* t. I, pág. 226.

Los buques que integraban la escuadra encargada de proteger el convoy eran el navío *San Martín*, la fragata *O'Higgins*, la fragata *Lautaro*, la corbeta *Independencia,* los bergantines *Araucano* y *Galvarino,* la goleta *Montezuma* y el *Pueyrredón.*

Por su velocidad, la goleta *Montezuma* fué destinada para correo de la escuadra. Según nota de Espejo, la artillería de la escuadra alcanzaba a 321 cañones y a 1.928 el número de sus tripulantes.

Además de Cochrane figuraban como capitanes de estos buques: Guillermo Wilkinson, Tomás Grosbie, Martín Jorge Guise, Carlos Federico Foster, Guillermo Carter, Juan Spry y Juan Jowng.

En un oficio pasado por O'Higgins al gobierno de Buenos Aires con la lista de los buques expedicionarios, leemos lo siguiente: «De toda la tripulación de estos buques una tercera parte es de buenos marinos ingleses, otra de los mismos chilenos y la restante es de soldados de marina».

Jerónimo Espejo nos cuenta que San Martín había establecido por anticipado un plan de señales a base de banderas y de gallardetes de diversas figuras y colores, como para usarlos de día en tiempo claro. Además había otras señales para la noche o para casos de niebla y consistían éstas en faroles y fuegos falsos como en tiros de fusil y de cañón. «Por cierto, escribe textualmente el prestigioso cronista, que aquel sistema telegráfico de participar novedades o de recibir órdenes que por primera ocasión veíamos en práctica nos servía de entretención en la inacción y monotonía del viaje». *Revista de Buenos Aires,* t. XIV, pág. 265.

la metrópoli de los virreyes, era el onomástico de don Bernardo O'Higgins, su gran amigo, jefe supremo del Estado de Chile y piedra angular igualmente en la empresa libertadora a que se lanzaba San Martín. Este volvió de nuevo a pensar en su patria, y en vísperas de emprender la jornada heroica se dirigió al cabildo de Buenos Aires formulando lo que podemos llamar su despedida. «El día de mañana, dice San Martín en su oficio, da a la vela la expedición libertadora del Perú. Como su general, yo tengo el honor de informar a V. E., que representa el pueblo heroico, el virtuoso pueblo más digno de la historia de Sudamérica, y de la gratitud de sus hijos; protestando a V. E. que mis deseos más ardientes son por su felicidad y que desde el momento en que se erija la autoridad central de las provincias estará el ejército de los Andes subordinado a sus órdenes superiores con la más llana y respetuosa obediencia» (1).

O'Higgins por su parte encargóse de participar a ese mismo cabildo tan fastuoso acontecimiento. En el sentir del director de Chile, el ejército que partía de ahí al mando del Excelentísimo señor capitán general don José de San Martín, «va a cumplir en el Perú los votos de todos los hombres libres de América». «No basta, dice luego, ninguna expresión para figurar exactamente el tierno e interesante cuadro que formaba el entusiasmo y espíritu marcial que manifestaron los valientes guerreros que van a combatir por la libertad de sus oprimidos hermanos del Perú con las demostraciones de sentimiento y gratitud que les ofreció un inmenso pueblo reunido en el muelle al tiempo del embarque. Tan lisonjero acontecimiento puede razonablemente considerarse como un presagio favorable de la terminación de la guerra en Sudamérica al paso que tiende su poderoso influjo a las demás partes de ella que aun gimen bajo el yugo de la tiranía peninsular». O'Higgins termina su oficio diciendo: «Así es que siento una particular satisfacción al anunciar a V. E. la salida de la expedición libertadora del Perú, congratulándome del placer que experimentará al recibir esta plausible noticia, por cuanto ella fija de un modo indeleble una época célebre en la historia de la guerra de la independencia continental del Sur».

La noticia de la partida de la expedición libertadora provocó en Buenos Aires un vivo alborozo. Tanto la comunicación de San Martín como la de O'Higgins fueron dadas a la publicidad y los cabildantes de Buenos Aires lanzaron en el acto la siguiente proclama: «Gloria a los héroes, y por ella a los hombres libres. La causa de éstos está librada a aquéllos. Qué más alto honor puede tributárseles que confiárseles depósito tan sacro. ¡Valientes! correspondiendo a esa confianza, os hacéis acreedores de justicia a nuestra admiración y al más afectuoso reconocimiento. La América, el mundo, la posteridad, recordarán vuestros nombres con toda la emoción

(1) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 366.

del entusiasmo y os erigirán altares en sus pechos ofreciéndoos su gratitud sobre las aras de sus corazones. Seguid los ejemplos del Alejandro del Sur, Excmo. señor don José de San Martín, del verdadero héroe de la revolución, por más que pese a la envidia impotente de sus émulos.

«Costas del Perú: a esta hora habréis ya recibido el ósculo de paz de vuestros hermanos. Vuestras cadenas habrán caído despedazadas a su vista y el visir que os oprimía estará vacilante en todo el estremecimiento que debe causarle la presencia de la justicia y de la razón. El Omnipotente ha decretado vuestra libertad: es ya de necesidad y no pende del arbitrio corrompido de los hombres» (1).

Meses antes y desde Buenos Aires, don Miguel Zañartú, representante allí del gobierno de Chile, le había escrito a Echeverría, ministro de O'Higgins. «Echen ustedes, por Dios, el ejército fuera para que viva a costa de otro país. Si aquí, con mejores recursos no se puede pagar un batallón, ¿cómo el pobre Chile sostendrá ejército y escuadra? No hay cosa que más exaspere a los hombres que quitarles lo que tienen. Si el gobierno los desnuda se unirán en su ruina los descontentos. Sobre esto sí que digo a usted que es preciso aflojar. He visto una carta de Guido a Rondeau en que le anuncia nuevos empréstitos. No sean ustedes demasiado condescendientes, que los señores argentinos deben saber que por estos países no se usa la plata y sobre todo, la expedición no ha de llevar los aprestos del ejército de Jerjes. Si somos pobres, es preciso que todo se haga pobremente» (2).

Pero San Martín no oyó los consejos de Zañartú, y sin ser Jerjes, hizo la expedición a lo Jerjes, es decir, no pobremente como así lo insinuaba el diplomático chileno, sino lujosamente, y no tampoco con objetivo directo sobre Guayaquil, como lo planeaba aquél en esas circunstancias, sino contra todo el virreinato del Perú, eligiendo Pisco, como se verá en su lugar respectivo, para punto inicial de su desembarco (3).

(1) *Correspondencia importante del Excmo. señor general don José de San Martín y del supremo gobierno de Chile. Imprenta de Expósitos. Buenos Aires, 1820.*

(2) *Archivo de San Martín*, t. VII, pág. 207.

(3) Zañartú, como ya se sabe, ocupaba en aquel entonces la plenipotenciaría chilena ante el gobierno de Buenos Aires y por esta razón pudo ser testigo presencial de los acontecimientos que se desarrollaron en la capital argentina después de Cepeda. Asistió, pues, a la caída del directorio y a la disolución del congreso. No pudo mirar con indiferencia la aparición de los caudillos federales y sobre todo lanzó a su gobierno un grito de alarma cuando vió que al lado de éstos y patrocinado por Sarratea asumía un puesto de acción y de combate su compatriota el general don Miguel Carrera. Esto determinó distintas comunicaciones a la Cancillería de Santiago y su actitud francamente opositora a los manejos carrerinos lo indispuso con Sarratea, quien lo desconoció luego como persona grata a su gobierno.

La referencia epistolar de él que dejamos escrita en estas páginas, corresponde a una carta que escribiera Zañartú en Buenos Aires el 4 de abril de 1820. Ella está dirigida a don Joaquín Echeverría, ministro del directorio chileno, y ella tiene por objeto el exponerle la situación por que atraviesa en ese momento la provincia de Buenos Aires, contestando a la vez las consultas formuladas por aquél. «Tengo a la vista la apreciable de usted, escribe Zañartú, en que suponiendo con

O'Higgins supo tener el gesto que la oportunidad le dictaba, y antes de que San Martín diese orden de partida a ese convoy que contemplaba en él al supremo Argonauta, le extendió los despachos de capitán general del ejército de Chile y puso así sobre la casaca del Libertador los mismos galones con que el gobierno y el congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata lo habían honrado antes de abandonar Mendoza y para libertar a Chile emprender la jornada épica de los Andes. «Al remitir a V. E. el despacho de capitán general de los ejércitos de la república que he tenido a bien expedirle, le dice O'Higgins a San Martín, he cedido menos al deber agradable que me impone el carácter de primer magistrado de la nación que a los impulsos de gratitud que toda ella siente por los eminentes servicios con que aseguró V. E. la libertad de Chile en las memorables acciones de Chacabuco y Maipú. Ahora que los altos destinos a que está llamado V. E. lo separan de un pueblo libre y generoso que sabe apreciar a los héroes que

equivocación, como causa de la guerra de estas provincias, la tirantez con que Buenos Aires se sostiene en sus principios, me pregunta discreta y humildemente: ¿No prodrá aflojar algo en sus pretensiones? Ojalá no hubiese aflojado tanto, que no sería hoy el ludibrio de los demás pueblos. Yo quisiera trasladar a este punto a esas almas revolucionarias que jamás se conforman con el orden. Ellas se saciarían de desastres, trastornos de fortuna, humillaciones, aflicciones y envilecimientos». Después de hacer esta pintura, por cierto sombría, de la situación, y de apuntar el consejo que ya conoce el lector y según el cual la expedición no debe salir armada a lo Jerjes, declara Zañartú: «Yo no puedo moverme para ese país como lo deseo, porque me han hecho el corralito muy estrecho por tierra y por mar no hay buque pronto y ya viene la estación diabólica para el Cabo. Mañana me voy a la Colonia, donde espero respuesta de este propio. ¡Ojalá sea usted de mis ideas, que descubro al director! Por lo que respecta aquí, aseguro el resultado. Y por allí tampoco debe haber embarazo; antes al contrario yo creo que será un golpe de dignidad que dejará suspensos a los que aquí se ríen de las providencias que pueda tomar Chile contando con el respeto que debe infundirle el ejército de los Andes que ocupa el país».

En estas líneas se encuentra encubierta una insinuación de Zañartú para concluir con Carrera. Aquél lo sabía en andanzas con los montoneros y sabía además que la entrada de Carrera en Chile significaría la anarquía, al tiempo que al general Ramírez, acuartelado en el Alto Perú, le brindaría la oportunidad de bajar victoriosamente sobre las Provincias Argentinas.

Esta carta fué recibida oportunamente por Echeverría, quien en el acto la dió a conocer a San Martín. Al contestarla, Echeverría le dice: «De pronto le hicieron alguna impresión —alude a San Martín— las sólidas razones que usted expone; pero luego se olvidó de ellas y siguió pidiendo infinito. Los singulares sacrificios, mi amigo, que ha hecho este virtuoso pueblo y en particular su benemérita capital son indecibles. Cuanto se diga y escriba sobre el particular es nada respecto de lo que se ha hecho. Los extranjeros han quedado admirados al ver salir del puerto de Valparaíso un ejército tan entusiasta, perfectamente vestido y provisto con todo lujo y exceso. De la maestranza salieron más de doce mil cargas de pertrecho de guerra. Los papeles públicos que le remito por el presente correo le darán a usted alguna idea de esta lujosa expedición. En esta capital ha quedado de guarnición el hermoso batallón de línea de la guardia de honor, hermoso por la talla de sus soldados, disciplina y subordinación, y el regimiento de la escolta directorial de caballería y artillería correspondiente y quinientos cívicos de infantería que hay acuartelados. En el cantón del Sur han quedado tres batallones de infantería y tres escuadrones de caballería. En ambas provincias se trabaja en levantar otros cuerpos a efecto de poner a la mayor brevedad un ejército respetable. Proporcionar auxilios a Valdivia y expedicionar con mil hombres a Chiloé es el negocio que tenemos entre manos». — Barros Arana: *Historia General de Chile*, t. XII, pág. 660.

combaten por el sostén de sus imprescriptibles derechos, séame permitido el presentar a V. E. las expresiones más vivas de los ardientes votos que la nación chilena dedica a las glorias del ejército libertador que tan dignamente manda V. E. y bajo cuyos auspicios va a brillar la aurora de la libertad en los oprimidos pueblos del Perú».

San Martín no pudo contestar en el acto a tan honroso comunicado, pero lo hizo estando en alta mar, y contemplando desde lejos las costas del Perú cuyos habitantes lo esperaban ansiosamente saludándolo de antemano como a su libertador. «La honorable nota de V. E. del 20 de agosto último, le dice San Martín a O'Higgins, con que se dignó acompañarme el despacho de capitán general de los ejércitos de la república, me colma de honores tan superiores a mi mérito, que aunque conozco bien que la amistad de V. E. muy generosa para mí las ha dictado, ellas me imponen la obligación que acepto muy gustoso de procurar merecerlas con dignidad.

«Mi gratitud afectuosa a V. E. y al pueblo que preside como su primer magistrado, dará a mi alma un vigor nuevo por el estímulo de su estimación en la empresa grandiosa a que V. E. me destina, sin desconocer la insuficiencia de los medios de que puedo valerme si el instinto de libertad o el amor por ella de los pueblos no me ayuda. Mas a todo trance decidido a llenar los votos de V. E., de Chile y de toda la América, yo sigo con los más faustosos acontecimientos, y dando a V. E. las más expresivas gracias le protesto mi consecuencia y deferencia más inalterables» [1].

De este modo, diremos nosotros antes de concluir, San Martín preparó, organizó y colocó en condiciones de hacerse a la mar la primera y la única expedición francamente libertadora que conocieron en aquel entonces las aguas oceánicas del nuevo mundo. No es ella producto del acaso, ni significa tampoco un temerario intento o aventura. Lima era la idea dinámica de San Martín, y desde que se volcó por entero en la revolución argentina, la señaló como punto central y culminante de su plan estratégico y aun como factor decisivo de una alianza continental ya existente entre Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero que en su mente debía abarcar a los otros Estados de América ya insurreccionados.

Si por un raro capricho de la fatalidad en el momento de la partida no figuró al lado del directorio chileno el directorio argen-

(1) Comentando este nombramiento, don Diego Barros Arana nos dice que San Martín figuró desde entonces en el escalafón militar del ejército de Chile con el alto grado de capitán general con que le revistió O'Higgins; pero que habiéndose separado del servicio y retirádose a Europa, «dejó de percibir el sueldo correspondiente, en virtud de la ley que prohibía pagarlo a los militares que no residían en el país». A este propósito recuerda que San Martín no hizo ninguna gestión al respecto, pero que esta situación fué corregida espontáneamente por el gobierno chileno, el cual, considerando los eminentes servicios de San Martín, dispuso por ley de 6 de octubre de 1842 que gozara el sueldo de capitán general en cualquiera parte que se hallase».

tino, esto no restó a la empresa que Chile colocaba bajo los pliegues de su bandera y sobre todo bajo el genio y bajo la espada de San Martín, la levadura de argentinidad que ella contenía y que ya había sido motivo de largos y perseverantes esfuerzos.

Esa argentinidad tenía su representación, diremos nosotros, primero en San Martín, el héroe máximo de la epopeya, luego en ese ejército de los Andes que había libertado a Chile y que había servido de plantel en éste para la formación de un nuevo ejército y finalmente en esa cooperación económica sugerida por San Martín, estimulada por Pueyrredón y hecha efectiva en un empréstito que ha pasado a la historia y que en estas páginas ya queda clasificado con el nombre de empréstito libertador.

Algunos historiadores chilenos, pretextando la ausencia del gobierno argentino en los momentos en que esta expedición se hacía a la vela, se apropian como acto exclusivo de Chile tan humana como heroica iniciativa. En realidad de verdad, es esto una injusticia y tanto más grave ella, cuanto que si es verdad que el gobierno argentino no se hizo presente en ese acto porque la guerra civil en las Provincias del Plata había suprimido de hecho una autoridad central y ejecutiva, es cierto que el directorio de Pueyrredón contribuyó a esa empresa con distintas libranzas, con buques, con pertrechos de guerra y como es público y notorio en los fastos americanos, con trescientos mil pesos, producto líquido de aquel empréstito de quinientos mil pesos que pedía San Martín.

No podemos olvidar además — y es el caso de apuntarlo —, que para hacer posible esta expedición San Martín pasó y repasó la Cordillera, no una, sino muchas veces; que con tal motivo, y a fin de financiar la empresa y acumular elementos, galopó dos veces desde Santiago a Buenos Aires atravesando las pampas; que para vencer la inercia de Chile o ya la de Buenos Aires, presentó y formuló repetidas renuncias y finalmente, que como recurso máximo y cuando Chile quería desentenderse de la expedición al Perú, excogitó aquel repaso del ejército de los Andes, maniobra esta que tuvo la virtud de romper automáticamente con el marasmo ultracordillerano que la obstaculizaba, y con la política de obstrucción y reparos que por un nacionalismo extemporáneo se anidaba en el senado.

Tal es la historia y tal el proceso militar, económico y político que presidió esta expedición, concebida y apuntada ya por el genio previsor de San Martín en 1814 y cuando la revolución chilena, en la cual contaba apoyarse él para expedicionar al Perú, no había sido vencida todavía en Rancagua. Este contratiempo la retardó, como la retardó igualmente el cúmulo de sucesos subsiguientes a la reconquista de Chile, llevada a cabo por el esfuerzo y empuje de sus armas. El genio y la constancia vencieron al fin, y sólo seis años más tarde de haberla concebido, San Martín pudo hacer eje-

cutiva una empresa de cuyo éxito o de cuyo fracaso estaba pendiente la suerte de América.

Es el caso de decir de él y de este acontecimiento, lo que dijo uno de sus generales, don Toribio Luzuriaga, rememorando las campañas heroicas del insigne capitán. «No hay duda que si el general San Martín hubiera podido verificar la expedición libertadora con los elementos con que la combinara cuando deshecho el ejército enemigo en Maipú bajó al efecto por segunda vez a la capital de Buenos Aires, se habría podido repetir el *veni, vidi, vici* en todo el Perú desde Quito hasta Trujillo».

Concluyamos estas líneas y cerremos este tomo, diciendo al lector que antes de que los vientos del sur hinchasen las velas de las naves libertadoras, San Martín ya se había preparado el camino correspondiente a su jornada triunfal con una guerra de zapa. Lo que hiciera en Mendoza para reconquistar a Chile, como así lo veremos con oportunidad, lo hizo en Chile para libertar al Perú. Aquí lo esperaban ansiosamente los criollos y las masas indígenas ganadas a su causa. Las proclamas que circulaban ya por todo el virreinato, no hacían otra cosa que anunciar el despertar venturoso de un nuevo día. El Libertador de Chile se había merecido esta jornada.

APENDICE DOCUMENTAL

DOCUMENTO A.

Tres cartas de don Mariano Sarratea a don Bernardino Rivadavia, residente en París y en las cuales se hace alusión a San Martín. — *Biblioteca Nacional de Buenos Aires, sección manuscritos.* Números: 5216, 5968 y 3308.

Carta nº 1.

Río de Janeiro, 22 de agosto de 1818.

Apasionado amigo mío:

Según el silencio profundo que guarda usted, parece que ya se ha olvidado de su compañero. ¿Es posible, mi amigo, que en esto hayan venido a parar sus ofrecimientos? Yo por mi parte no he faltado al pacto tácito que contratamos de comunicarnos mutuamente, cuanto tuviese tendencia con la existencia política de nuestro país, puesto le he dado aviso de cuanto ha ocurrido adverso o favorable y me ha sido posible traslucir. Pero usted se ha contentado con escribirme una cartita datada pocos días, se puede decir, después de nuestra separación y cerró el punto a nuestra correspondencia.

Cierto es que en este negocio todas las ventajas están de su parte en ocasión que su posición lo pone en el caso de saber mucho dándole por este medio materiales de comunicación, cuando la mía aislada por carácter y por las circunstancias particulares al país que ha habido, no me permite salir de un círculo mortificante de obscuridad tenebrosa. Pero algo se ha de dar a la amistad mucho más cuando no es exigente con imprudencia. Vea usted pues de dedicar algunos momentos ociosos a entretener con sus noticias la monótona y poco menos que insoportable soledad de su amigo en una parte del mundo donde cuanto se ve rebota la sangre.

Después del glorioso y completo triunfo de Maipú de que tengo dado a usted noticias y que cuento le habrá dado días de placer y contento, nada de particular ha ocurrido en el país que merezca atención. San Martín salió el mes pasado para Mendoza con su mujer y su hijita con objeto de regresar a Chile en el momento que se abra la Cordillera. El gobierno de nuestra capital está recaudando un empréstito forzoso de 500.000 pesos para ocurrir sin duda a los planes que ha meditado y acordado con aquel general. El grande mal que reconozco en medidas de esta naturaleza es la desaparición de los capitales tan necesarios a la agricultura e industria naciente de aquel país. Al cabo de ocho años que contamos de una independencia de hecho ya era tiempo de que hubiésemos plantificado un plan general de contribuciones que llenase los gastos ordinarios del Estado y que por lo respectivo a los extraordinarios se hubiesen tentado los medios conocidos, que atacando lo menos posible los capitales, deja este fomento y sostén a aquellos dos principales ramos.

Pero desgraciadamente noto que de todo se trata excepto de mejoras reales. ¿Y qué diré a usted del comercio? Circunscrito a pocas y determinadas manos las más diestras y protegidas en el escandaloso contrabando que se devora, el Estado se halla completamente arruinado. El metálico en plata se ha aminorado en una forma que los pesos ganaban el 4 %.

Los portugueses dominan, aunque no ocupan, toda la Banda Oriental después de haber batido a Artigas y todas sus partidas en todos sentidos y direcciones. Aquel jefe se halla arrinconado con un puñado de gente, no sé en qué punto y los de Colonia, Arroyo de la China donde se hayan guarnecidos por las tropas de esta nación. Aseguran todos contestes que aquel vasto y hermoso territorio está asolado y que según la conducta que observan estos *pacificadores*, a la vuelta de poco tiempo aparecerá como sembrado de sal.

Antes de ayer recibimos correspondencia de Buenos Aires comprensiva hasta primero del que rige, pero nada anuncia comunicable. Su señora de usted me ha recomendado la inclusa y yo le suplico dé inmediata dirección a la que le agrego para Burdeos convencido de que me interesa llegue cuanto antes a mano de su título. Me dicen que mi señora su compañera doña Juanita se halla loca de contento disponiéndose a su viaje para esa Corte a consecuencia de disposición de usted al efecto. No me es posible hacer comprender a usted toda la sorpresa que me ha causado esta novedad puesto que si por una parte me hace entrever un abandono del país, por otra me asalta a primera vista la idea de que medida tan fuerte no puede ser producida sino por causas de grande consideración. En fin yo deseo se vea usted cuanto antes en los brazos de su familia en cuya satisfacción le felicito desde ahora.

....

....

Carta nº 2.

Río de Janeiro 31 de octubre de 1818.

Apasionado amigo:

Nueve meses cuento desde mi arribo a este destino sin haber recibido más carta de usted que la conducida por Mr. Pontet dada el 11 de enero, lo que me ha hecho formar la idea, nada violenta, de que me ha condenado a la región del olvido. En justa correspondencia me había decidido por no volver a tomar la pluma para escribirle, ínterin no me viese con alguna carta suya; en prueba de lo cual con fecha 27 del que rige puse en el paquete una carta para usted que mi señora su esposa C. R. B. me acompañaba en su apreciable del 18 del pasado. Posteriormente hace tres días ha llegado a mis manos otra en carta dos del pasado con el atraso que se echa de ver, con cuyo motivo y el de las noticias que en la misma ocasión hemos recibido de Buenos Aires comprensivas hasta el 4 del que rige, aunque nada lisonjeras, me ha parecido de mi deber hacer un paréntesis al silencio, a fin de poner a usted al corriente de ellas por lo que pueda convenirle.

Ya sabrá usted que San Martín se mantiene en Mendoza desde hace algún tiempo esperando, se decía, la buena estación para pasar la Cordillera. Ahora se nos asegura por cartas y relación verbal de un oficial de la fragata de Bowles que ha venido con un pliego para Chambellán que aquél ha hecho renuncia del mando del ejército en Chile, que el gobierno se la ha admitido y que en su lugar ha subnombrado su segundo Balcarce. Se añade que O'Higgins ha sido separado del gobierno y que Hilarión Quintana, Guido y su abogado que se supone Monteagudo se hallaban en Mendoza expulsados de Chile.

Si así fuese, forzoso es convenir que todo ello ha sido preparado por alguna facción que en la ausencia de San Martín, ha adquirido preponderancia y que no balancea en sacrificarlo todo a sus intereses, lo que queda comprobado en el hecho impolítico y escandaloso de destruir al que recientemente acaba de dar días de gloria a la Patria.

Lo que no admite duda es la renuncia hecha por San Martín con el motivo ostensible de que el gobierno no lo auxiliaba con las cantidades de dinero que necesitaba y le eran precisas. Por lo demás, aunque la noticia viene confirmada por distintos sujetos no puedo asegurarla, en ocasión que no conozco el mérito de ellos ni por su criterio ni por su buena fe. Así es que deseoso de orientarme a fondo he hecho conversación sobre el caso con García quien por identidad de razones a las mías y sin noticia directa alguna, me ha dicho que aunque no duda de la renuncia, suspende el juicio hasta ver más claro respecto de todo lo demás.

En las mismas cartas del 4 que rige hacen conocer la gran montonera que se había formado en Santa Fe, la que había tenido la impudencia y atrevimiento de acercarse hasta el Carcarañá, cuyo incidente obligaba al gobierno a hacer salir mil hombres en su persecución ordenando que el coronel Bustos bajase de Córdoba con cuatrocientos. Todos estos datos reunidos y la experiencia de lo pasado me hacen temer que el gobierno esté minado. Así es que no extrañaré tengamos en breve algún nuevo jefe.

¡Cuándo querrá nuestra suerte que tengamos juicio! En los momentos que más risueña y favorable se presentaba nuestra situación, amagan golpes que pueden entorpecer la marcha de nuestras negociaciones.

En Valparaíso se preparaba la salida de un navío, una fragata y dos bergantines con objeto de atacar el convoy de tropas salidas de Cádiz. De Buenos Aires salieron en agosto con destino al mar Pacífico y con el mismo objeto dos bergantines de fuerza, de propiedad del gobierno. Si se encontrasen las respectivas fuerzas creo que podríamos prometernos ventajas al menos si nuestros buques están montados con competente tripulación y oficialidad. Muy interesante hubiera sido que lord Cochrane, o al menos su segundo, se hubiesen anticipado dos o tres meses más para tener el suficiente a arreglar nuestra escuadrilla en forma y disposición de poder atacar al enemigo con probabilidades de una victoria que siendo completa, pondría, me parece, término a los esfuerzos que está haciendo el gabinete español para prolongar la guerra en América. Respecto al transporte *Trinidad* con doscientos hombres de tropa que separado del convoy entró en Buenos Aires, juzgo excusado contraerme a pormenores en ocasión que supongo a usted orientado.

Dentro de 15 ó 20 días más a más tardar, esperamos en ésta a don Valentín Gómez que debe tocar de paso en su viaje en comisión para Europa adonde escribe estar destinado con una dotación de 8.000 pesos por año o más de lo que le rinda su canonicato y un escribiente pagado separadamente con 500. No se ha podido traslucir el punto de su destino y aunque me he avanzado a tratar el particular con el encargado en ésta, nada he podido adelantar en ocasión que se me ha manifestado completamente ignorante. Pudiera ser entretanto que a usted se lo diga directamente con lo que quedaré satisfecho.

Ya sabrá usted que mi hermano y su antiguo compañero Manuel, en consorcio de don Miguel Irigoyen, don Juan Pedro Aguirre y no sé qué otros, fué atacado a mediados de agosto en su casa y conducido preso a un cuartel desde donde lo pasaron a la Cuna con todas las apariencias de grande criminal. Así es que ocupados en el acto todos sus papeles los tuvieron en rigurosa incomunicación ocho días y algunos más después de comunicados, al cabo de los cuales los pusieron en libertad dando el gobierno una proclama que hacía conocer su inocencia hasta entonces, reservándose para la conclusión de la causa que seguía a otros como jefe de una conspiración, el darles una satisfacción pública. A la verdad que me era muy extraño, lo complicasen en ninguna clase de conspiración, revolución o como quieran llamarle, contra el gobierno, cuando además de ser tan ajeno de su carácter está reducido y aislado a sí mismo, sin tratar con nadie y cuidando sólo el restablecimiento de su salud achacosa. Pero a lo que no he podido resistir y ha exaltado en extremo mi bilis, ha sido al insulto de suponerlo capaz de coaligarse para un asesinato que se dice meditado contra el jefe de aquel gobierno según declaración de un qué sé yo quien, que según aquella proclama tuvo el capricho o malignidad de denunciar a todos aquellos como coaligados para el plan en cuestión. No sé cuándo se empezarán a respetar en nuestro país los hombres y las leyes.

. . . .

. . . .

Diviértase usted mi amigo, mientras yo hago la vida más triste y desesperante. Ofrezca mis respetos y memoria a los señores Recamier y don Antonio Tartel no menos que al metafísico y marqués del Apartado, si siguiese aún en ésa y acuérdese de distraer algún tanto con sus noticias a su invariable y apasionado de corazón.

Carta nº 3.

Río de Janeiro 6 de octubre de 1819.

. . . .

. . . .

Para mayor honra y gloria de Dios parece que el destino ha esperado la hora más crítica para irnos privando de hombres útiles. Don Antonio Balcarce falleció el 6 de Agosto, se puede decir de repente, puesto que habiéndose retirado del Estado Mayor molestado de una fatiga al pecho de que adolecía, se quedó en ella. Don Manuel Belgrano hidrópico, según me han informado, y desahuciado, hasta el extremo que no ha faltado quien ha escrito había muerto a 40 leguas de Buenos Aires, viniendo de retirada para su casa; pero se ha falsificado aunque con la añadidura de que seguía muy enfermo. San Martín habrá pasado también su crujida en Mendoza, pero lo anuncian ya restablecido y esperándolo de un momento a otro en la capital.

. . . .

. . . .

DOCUMENTO B.

INFORME ELEVADO POR EL VIRREY PEZUELA AL GOBIERNO PENINSULAR EL 1º DE NOVIEMBRE *de* 1818. — *Archivo general de Indias. Papeles de Estado*. Leg: 74, doc. número 31 (1).

VIRREINATO DE LIMA

Cuando en 9 de Diciembre último salió del Callao la expedición de 3.400 hombres a las órdenes del brigadier don Mariano Osorio, para reunirse en Talcahuano con 200 que allí había y emprender la recuperación de Chile, quedó Lima con una corta guarnición que no llegaba a mil de las tropas menos aptas, por haberse escogido las mejores para aquélla; más, quedó su erario enteramente exhausto, por haber gastado más de un millón de pesos en su habilitación y pago.

En tal estado, recibió el virrey la plausible noticia de haber el ejército real de 4.400 hombres con 12 piezas de artillería sorprendido, batido y disuelto de un modo el más heroico al de los enemigos que constaba de once mil con 32 piezas, por medio de un ataque brusco que le dió en la noche del 19 de marzo en Cancha-Rayada, punto inmediato a Talca; de cuyas resultas perdieron toda su artillería, municiones, campamento y cuanto tenían hasta la correspondencia particular del caudillo San Martín, que huyó con todas sus tropas que lo pudieron ejecutar del modo más espantoso hasta la capital de aquel reino que distaba 80 leguas de Talca.

El ejército del Rey siguió siempre al enemigo. Este llegó a Santiago el 1º de Abril en una total dispersión; emigraron porción considerable de familias; se puso la capital en estado de que se gritaba por sus calles con vivas al Rey, y San Martín se disponía a huir, con considerable porción de carga, que había despachado por delante cuando un oficial (que en pago fué pasado por las armas a pocos días, por ser amigo de los Carreras) empezó a animar a la tropa; como otros le imitaron y reuniendo como unos 7.000 hombres esperaron a Osorio que llegó el cinco; y por uno de aquellos accidentes de insubordinación raros en los ejércitos españoles, en ocasión de haber arrollado batallones enteros, y tomado parte de su artillería, se perdió la batalla, y se perdió todo.

El general Osorio, que en esta sangrienta acción presentó 3.500 hombres, se retiró milagrosamente a Talcahuano con una corta partida, y sucesivamente fueron llegando dispersos hasta el número de unos 600, únicos que se salvaron; pero reunido en él con la guarnición que dejó al emprender su marcha en este y otros puntos; y hallándose con la numerosa artillería, municiones y pertrechos que había tomado el 19 de marzo a los enemigos, se propuso defenderle y sostener en lo posible toda la provincia de Concepción menos desafecta al Rey que las demás en aquel reino.

Los enemigos, aunque quedaron muy destruídos pues perdieron más de 2.000 hombres, trataron luego de disponer atacar a Concepción por tierra, y al mismo tiempo por mar, valiéndose de dos navíos de la compañía inglesa de la India, que les habían llegado a Valparaíso comprados a aquélla, y de otros buques menores, con el doble intento de apresar la fragata de guerra *Esmeralda* y los bergantines también de guerra *Pezuela* y *Potrillo*, que sostenían por mar las operaciones del general Osorio.

El virrey había enviado a socorrer a Talcahuano las fragatas mercantes armadas en guerra, *Cleopatra* y *Presidenta* con toda la clase de auxilios que pudo en la escasa situación en que se hallaba entonces; y al general la orden de que no aventurase las armas del Rey, y especialmente los buques de nuestra marina; que siendo muy inferiores en número y fuerzas a los que los enemigos aprestaban, sería ponerlos en sus manos, y ser superiores en esta mar, que era el objeto principal del general enemigo.

(1) En este documento, como lo verá el lector, se da a conocer por Pezuela la situación en que se encontraban en aquel entonces el virreinato de Lima, las provincias del Alto Perú que pertenecían al virreinato de Buenos Aires y que habían sido recuperadas por las armas del Rey, y finalmente el del reino de Chile, reconquistado por las armas de San Martín. Sea por ignorancia, o sea por malicia, el autor de este documento magnificó hasta la exageración el contraste sufrido por las armas libertadoras en Cancha-Rayada. Al hablar de la victoria de Maipú lo hace sumariamente, pero concluye recordando que fué aquél un triunfo franco y definitivo. Textualmente se expresa: «Se perdió la batalla y se perdió todo».

Por otra parte se hallaba el virrey con noticias bastante ciertas por sus espías y prófugos de Chile de que el general San Martín, noticioso de no tener Lima mil hombres de guranición, ni más buques de guerra en el Callao que la fragata *Venganza*, y corbeta *Sebastiana*, inútiles y con necesidad de una completa carena, se desponía a atacar en derechura a Lima, donde contaba con bastante partido, y se figuraba que tomando la capital del virreinato, se le someterían todas las provincias, y quedaría cortado el ejército del Rey que se hallaba en el Alto Perú; cuyo cálculo era demasiadamente racional y verosímil.

Por todas estas razones de que estaba instruído Osorio, y siendo preciso reunir las fuerzas de mar y tierra, fué evacuado parcialmente Talcahuano, arrasadas sus fortificaciones, y dejando en él, y toda la provincia de Concepción, por comandante general al muy conocido y apreciado en aquel país coronel don Francisco Sánchez, que merecía además la mejor amistad y decidida inclinación de los indios araucanos, para que hiciese la guerra abierta de partidas a los chilenos con 1.600 hombres de todas armas que le dejó Osorio; y aprovechándose de los ofrecimientos de los araucanos, se vino Osorio al Callao con 700 hombres, y toda la artillería, municiones y armas de chispa y blancas en los buques de guerra citados y los mercantes que allí había, después de dejar provisto de todo a Sánchez y socorridas las plazas de Valdivia y Chiloé.

El virrey había empezado, luego que supo la desgracia del ejército real en el Maipú, a prepararse por mar y por tierra, y acantonar tropas en la provincia de Arequipa, con que formar un cuerpo de reserva para defender sus costas, en caso que los enemigos intentasen atacarlas.

Los afectos a los enemigos que hay encubiertos en la numerosa población de Lima, animaron su esperanza con el funesto suceso de Chile, y queriendo aprovecharse de la ocasión y escasa guarnición de Lima y Callao, de algunos adictos que suponían tener entre la misma guarnición, y especialmente de la confusión de un numeroso pueblo que pierde las autoridades, determinaron una revolución asesinando al virrey y a la Audiencia; y en consecuencia intentaron sorprender el 21 de julio por la noche la plaza del Callao, al mismo tiempo que los presos de la cárcel, protegidos por los libres, se quitaron las prisiones; abrieron agujeros en los techos próximos a las viviendas del virrey; y en el acto de la ejecución fueron descubiertos así en la cárcel de Lima, como los que fueron al Callao, que llegaron hasta el puente levadizo de la plaza; por lo que se cortó el atentado y se aseguraron los autores principales todos forasteros y de gente baja.

En la provincia del Cuzco se levantaron tres pueblos, y en la de Huamanga un partido entero. En la primera asesinaron al subdelegado y parte de infantería; en la segunda no llegaron a completar el hecho. Acudieron las tropas del país a todas partes; y se sosegó con ejemplares castigos al atrevimiento contribuyendo mucho el mismo paisanaje que manifestó su disgusto; y mucho más, al ver que los comprendidos en tales disparatados proyectos eran cholos e indios de la clase de holgazanes y vagamundos.

En general Lima es fiel al Rey: y uno u otro bribón que la vigilancia no puede descubrir, no debe empañar su fidelidad.

Todas las provincias del virreinato, aunque no sean del todo afectas al Rey aborrecen la larga inquietud y guerra que padecen; a los insurgentes de Buenos Aires con quienes no están bien, y los conocen por autores de la miseria a que se ven reducidos, y sin embargo de que hay poco que fiar (porque los muchos hombres de bien se mantienen apáticos en cualquiera movimiento, y obran libremente los tumultuarios que adelantan mucho aunque sean pocos, por no tener partido de oposición donde no hay tropas, como sucede en todas las poblaciones que no son principales) con todo, el aspecto y semblante político del virreinato y provincias recuperadas del alto Perú, no está por Buenos Aires.

Lima tiene hoy 4.500 hombres de tropa en bastante buena disciplina e instrucción, especialmente una brigada de artillería hermosísima y un parque que es de lo mejor que tiene el Rey en su clase.

En el Callao se hallan 500 de infantería y caballería con 200 artilleros para el servicio de 100 piezas. La plaza está en un estado bueno en todos sentidos: pero tiene dentro cien oficiales prisioneros, 200 hombres de tropa también prisioneros, algunos detenidos por infidentes, entre los cuales hay no pocos frailes y clérigos y finalmente tiene 200 delincuentes desterrados, que ocupan mucho la atención de la guarnición.

En la capital de la provincia de Arequipa y en los puertos de Yquique, Arica y Mollendo que pertenecen a ella, hay un cuerpo de reserva de 2.500 hombres, acabado de organizar para impedir un desembarco o sus progresos y cubrir la espalda del ejército real.

En la costa del norte y sur de Lima hay partidas de caballería a las órdenes de destinados jefes, que están en combinación con los hacendados y pueblos para oponerse a cualquiera tentativa de los enemigos.

En el Cuzco, Puno, Huamanga, Huancavélica, Trujillo y Guayay hay guarniciones aunque en corto número, y todas ellas así como todo el territorio del virreinato, no ofrecen el mayor cuidado y si los enemigos intentan alguna agresión, y los pueblos no los auxilian, es probable que no vuelvan a embarcarse, o que lo hagan pocos.

Los fuerzas de mar que ha podido armar el virrey son las siguientes:

Estos forman reunidos la división de operaciones sobre el enemigo.	Fragata de guerra *Venganza* de	40,	carenada de nuevo
	Fragata de guerra *Esmeralda* de	40	en buen estado,
	Fragata de guerra *Sebastiana* de	32,	carenada de nuevo
	Bergantín *Pezuela* de	22,	en buen estado
	Fragata *Cleopatra* mercante armada con	32,	id.
Para proteger el comercio del Sur hasta Arica.	Id. Id. *Resolución* id. id. con	32,	id.
	Bergantín *Cantón* armado con un cañón giratorio de a	24,	id.
Para proteger el del norte hasta Panamá.	Fragata mercante *Veloz* armada con un cañón de a	30,	id.
	Pailebot *Aranzazú* armado con un cañón de a	24,	id.
Para defensa del puerto del Callao.	8 lanchas cañoneras		en buen estado
	3 botes de fuerza		id.
Para avisos.	Bergantín de guerra *Potrillo* de	18	id.

Los cinco buques que componen la división tienen a bordo víveres para cuatro meses; y deben salir al mar dentro de cuatro días a bloquear el puerto de Valparaíso, y batir a los enemigos si los encuentran, o deshacer cualquiera expedición que intenten desde aquel puerto. Son de excelentes propiedades, mucha vela, mandados por oficiales de la marina real, y completamente armados y tripulados.

Las fuerzas marítimas que tienen los enemigos según las últimas noticias son las siguientes:

Navío *Lautaro* comprado a la compañía inglesa de la India del porte de	60
Id. *Cumberland* id. id. de	70
Corbeta *Coquimbo* venida de los Estados Unidos de	22
4 bergantines los 3 anglo-americanos de	14 a 18
Siete corsarias los más bergantines aparejados en goletas anglo-americanas tripulados y mandados por éstos, por ingleses y franceses verdaderamente piratas	14 a 20

El *Cumberland* y *Lautaro* están mal artillados, faltos de tripulación y son pesados, especialmente el segundo, y ambos están mandados por capitanes de barcos mercantes extranjeros como lo es casi toda su tripulación, especialmente de ingleses que son los que más los han protegido.

La fragata *Veloz* y pailebot *Aranzazú*, acaban de regresar al Callao sin novedad, con el convoy de Panamá y Guayaquil: en su viaje de ida y vuelta han perseguido uno u otro corsario, que al favor de su mejor andar han escapado.

La *Resolución* y *Cantón* escoltaban a Pisco el convoy que sacaron del Callao; y el 19 de octubre último, un corsario fuerte de veinte cañones de a 18 y 9 llamado el *Maipú*, tripulado por setenta ingleses, treinta anglo-americanos y portugueses, quince irlandeses y quince chilenos, a la orden de Juan Brown irlandés que era el capitán, quien por la mañana había apresado un bergantín español, atacó a la *Resolución* y después de un combate de cinco horas, rechazados los abordajes, muertos veinte y ocho hombres, heridos treinta y desarbolado se entregó, y fué recuperado dicho bergantín español.

Ejército del Perú.

Se compone de nueve mil hombres de los cuales cuatro mil quinientos están reunidos, y forman el de operaciones que manda el mariscal de campo don José de la Serna. Tiene su cuartel general en Tupiza (cincuenta leguas más adelante de Potosí)

y su vanguardia en Mojo y Moraya: por su derecha ocupa a Talina en el despoblado y por su izquierda a Tarija. Los restantes 4.500 se hallan de guarnición en las provincias de la Paz, Cochabamba, Chuquisaca, Santa Cruz, y Potosí. En estas cinco provincias se conservan algunos despreciables caudillos que con grupos de cholos e indios hacen algunas incursiones al abrigo de los bosques, desiertos y pináculos, que con abundancia hay en ellas; huyen de toda tropa reglada que los persigue: pero es tal su obstinación, que no desisten del empeño, a pesar de que han visto morir innumerables de sus compañeros y particularmente todos los caudillos que tenían de alguna fama; pues no les ha quedado uno, y los pocos que en el día se mantienen son retoños de aquéllos.

El ejército insurgente que manda Belgrano, tiene su cuartel general en el Tucumán. La fuerza, según las últimas noticias es de 2.500 hombres reglados, y grupos de gauchos, con quienes no cuenta para salir de sus hogares, y ponerse en marcha. Su vanguardia está en Jujuy y Salta con algunas avanzadas al frente de los puntos que ocupa el ejército real. La manda un Güemes hijo de Salta tan corto militar como Belgrano, aunque no tan cobarde como aquél. Siempre está esperando y ofreciendo refuerzos, y amenazando con sus innumerables proclamas a todo el mundo, y como en el arte de engañar y seducir, es fino el tal Balgrano, conserva con sus papeles esperanzados de protección a los caudillos sueltos que tiene metidos en los pináculos de las provincias del Perú, y a los desafectos que hay encubiertos: más, consigue con sus falsos y altaneros escritos que hace imprimir en su particular imprenta, dándoles la fecha y lugar de la impresión a su antojo y maquinación, engañar a las distancias, donde no pueden saber la oficina en que se forjan tales patrañas y atribuyéndolas al gobierno insurgente de Buenos Aires. Este por su parte no se descuida en hacer lo mismo exagerando sus fuerzas; y dando unos y otros por segura su independencia del modo más valiente, les dan asenso los incautos, que no se hallan prevenidos contra tan infames ardides. Esta diabólica conducta es exactamente conforme a la que los primeros cabezas del rebelde gobierno de Buenos-Aires acordaron, sancionaron y juraron observar, como el más esencial para llegar a sus fines; corrompiendo no sólo la opinión de los habitantes pacíficos de los dominios españoles, sino la de las naciones, por medio de sus agentes escogidos y enviados al intento; como deben saberlo la corte del Brasil, y el enviado extraordinario de S. M. C. a quien estoy instruído se le entregó por un oficial de Buenos Aires prófugo el documento de este tan malvado como inaudito sistema, en el cual entre otros más atentados se resolvió también desde entonces quitar al rey de Portugal todo su territorio que posee en esta América al tiempo y por los pérfidos medios que sentaron.

REINO DE CHILE

Desde que el general Osorio evacuó parcialmente la provincia de Concepción en los términos que van expresados, sólo ha llegado uno u otro buque extranjero al Callao; y últimamente el bergantín goleta de los Estados Unidos *Macedonia* procedente de Valparaíso de donde salió el 27 de septiembre anterior. Y por este se sabe que activaban lo posible para tener corrientes sus buques de guerra, que habían suspendido el ataque dispuesto a Talcahuano por mar y tierra, por haber sabido su evacuación parcial, que habían ocurrido acusaciones al gobierno de Chile por haber perdido la oportunidad de apresar allí tres buques de guerra del Rey, que para dar vigor a sus operaciones, esperaban la vuelta de San Martín, que se hallaba de regreso de Buenos Aires en Mendoza, detenido por una contra revolución ocurrida en aquella capital contra su gobierno por ver el resultado de una marcha de Artigas que se ignoraba si la hacía sobre Belgrano, y finalmente por estar cerrada la Cordillera, para pasar a Santiago, que tenían 8.000 hombres de tropa, todos chilenos, excepto muy pocos de Buenos Aires que les habían quedado después de las acciones de Cancha Rayada y Maipú, en las que murieron en número crecido; y últimamente que estaban escasos de marineros extranjeros, pues no llegaban a 400 y los del país también en corto número valían poco; pero que no cesaban de hablar de expedición contra el virreinato de Lima, así que le llegasen dos fragatas de guerra que habían comprado en los Estados Unidos.

En tal estado ha llegado al Callao la fragata mercante *Especulación* procedente de Cádiz, de donde salió el 21 de mayo último con seis oficiales y doscientos hombres del regimiento de infantería de Cantabria, parte de 2000 que se embarcaron y salieron en aquel propio día con destino al Callao convoyados de la fragata de guerra *María Isabel*, conduciendo además crecida porción de armas y cañones. Esta expedición que de día en día se espera, afianzará más la seguridad de los dominios del

Rey en esta América del Sur y sus mares. La tropa marchará inmediatamente a reforzar el ejército del alto Perú, respecto a que Lima tiene sobrada defensa, y la *María Isabel* a aumentar las fuerzas marítimas que han de bloquear a Valparaíso. Esta disposición podrá no obstante variarse en el caso de que nuestras fuerzas marítimas logren destruir las de los rebeldes, o de que por cualquiera otra ocurrencia se estime más ventajoso destinarla con otras más a la reconquista de Chile.

DOCUMENTO C.

INFORMES DEL COMANDANTE DELASUSSE SOBRE LAS CAMPAÑAS DE SAN MARTÍN EN CHILE. — *Archivo de la Marina, París. Números BB4 1023 y BB4 470.*

Valparaíso 1º de Enero 1825.

Les débris de l'armée chilienne s'étaient retirés, comme je l'ai dit, derrière les Andes, après la bataille de Rancagua; trois ans se passèrent avant qu'ils fussent en état de rentrer sur leur territoire. Ces trois années avaient été employées à rassembler les secours que les Provinces Unies de la Plata devaient fournir au Chili et à concerter les plans du général San Martín, investi du commandement général de l'expedition. On ne s'étonnera pas d'un aussi long retard si l'on considère l'état de dénuement où se trouvaient les Provinces de la Plata en objets propres à former le matériel d'une armée, la difficulté de faire des levées et de les organiser pour une expédition lointaine, la lenteur des habitants de ces provinces qu'ils tiennent de leurs ancêtres les Espagnols, enfin le génie astucieux plutôt que guerrier du général San Martín. Cet officier, après avoir rassemblé à Mendoza l'armée expéditionnaire qui devait reconquérir pour l'indépendance, le royaume du Chili, passa près d'une année à l'exercer et à employer toutes les ruses que pouvait lui suggérer son caractère afin de donner à l'ennemi le change sur le passage qu'il devait choisir pour franchir la Cordillère. Instruit que trois royalistes de Mendoza informent exactement les Espagnols des divers mouvements de ses troupes et des projets qu'il laisse avec adresse pénétrer, il entretient leur sécurité en paraissant absolument ignorer leur façon de penser et les relations qu'ils entretiennent avec l'ennemi; il apporte en même temps auprès d'eux un homme qui jouit de leur confiance et qui l'instruit de toutes leurs démarches. Après s'être bien convaincu que le général Marcó accorde toute la sienne à ses agents de Mendoza, il fait ses dispositions de départ et dirige son avant-garde sur sa route qui conduit au passage de Planchon dans les Cordillères. Les trois royalistes sont en même temps arrêtés secrètement et jetés en prison. Là, on les force en les épouvantant, à annoncer positivement à Marcó que l'armée de San Martín doit déboucher par ce passage des Cordillères dont l'avant-garde a pris la direction. Ce faux avis parti, San Martín donne aux Espagnols le temps de faire le mouvement qu'ils doivent opposer au sien, il prend ensuite la route de Los Patos, qu'il trouve libre et qu'il traverse sans rencontrer le moindre obstacle; son avant-garde, commandée par un officier dévoué et qui connaissait seul le secret du général, vint le rejoindre au moment où il entrait sur le territoire chilien. Les manœuvres de cette avant-garde parfaitement dirigées, avaient contribué autant que le faux avis à donner le change à l'ennemi. Le général espagnol commit une grande faute en livrant le passage aux Indépendants. Les lieux par lesquels une armée peut traverser la Cordillère sont peu nombreux, il avait assez de troupes pour les garder tous, puisqu'un bataillon suffisait à chaque passage pour le défendre contre des forces centuples. Il aurait dû se rappeler qu'aux Thermopyles 300 Spartiates continrent l'armée du Grand Roi et sauvèrent la Grèce. Tous les défilés ainsi gardés, il lui restait encore assez de troupes pour former dans la plaine un corps d'observation assez fort pour combattre avec avantage l'ennemi qui en aurait forcé un, après avoir sans doute éprouvé des pertes considérables. Une confiance imprudente décida du sort du Chili.

Je suis entré dans une digression aussi étendue, pour donner une idée des ruses qu'employait un général à qui la conquête du Chili et d'une grande partie du Pérou a donné quelque célébrité.

A peine Marcó eut-il appris qu'il était la dupe de l'artifice de San Martín, qu'il

dirigea contre lui une forte colonne de son armée, dans l'espoir qu'elle arriverait à temps pour empêcher celle de son ennemi de déboucher entièrement le défilé et la combattre à temps, avant qu'elle eût pu se former. Il avait mal calculé et cette erreur le jeta dans une faute majeure; les troupes qui s'étaient trop avancées trouvèrent celles de San Martín en bataille à Chacabuco, elles ne purent refuser le combat. Attaquées par des forces supérieures, composées en grande partie de soldats qui avaient des défaites à venger, elles ne purent résister à l'impétuosité du choc qu'elles éprouvèrent, elles furent mises dans une déroute complète. Cette affaire eut lieu le 12 février 1817. Les succès qu'ils venaient de remporter enivrèrent les indépendants des espérances les plus flatteuses et doublèrent leur courage, tandis qu'ils ôtèrent à Marcó les moyens de leur disputer pour le moment la possession de la capitale. Le général espagnol opéra sa retraite vers le Sud et San Martín marcha sur cette ville où il arriva le 15 ou le 16 février.

L'entrée sur leur territoire d'une armée qu'ils appelaient libératrice, la défaite qu'elle venait de faire éprouver aux Espagnols, ranimèrent chez les Chiliens ces sentiments d'indépendance que les Gouvernements d'Osorio et de Marcó avaient plutôt entretenus qu'étouffés. De toutes parts on courut aux armes pour hâter le moment de l'expulsion totale des Espagnols; de nouveaux corps se formèrent et l'on donna une espèce d'organisation militaire aux gens de la campagne; ceux-ci, parfaitement montés et excellents cavaliers, peuvent être dans les circonstances comparés aux cosaques, par leur amour pour le butin et la facilité qu'ils ont à se soustraire par la fuite aux poursuites d'une cavalerie régulière. Les *Guasos,* c'est ainsi qu'on les nomme, sont bons pour harceler l'ennemi, couper ou intercepter des communications et enlever ses bagages.

San Martín fut reçu à Santiago comme un libérateur. Il s'occupa de suite d'organiser le Gouvernement patriote, le pouvoir fut remis au général D. Bernard O'Higgins, avec le titre de Directeur suprême. Dans ces circonstances, ce Directoire était une espèce de dictature qu'exerçait San Martín par son protégé. Ce général voulut profiter des bonnes dispositions des Chiliens, pour passer la guerre avec viguer et chasser entièrement les Espagnols. L'Indépendance devait encore éprouver des revers, son existence devait être menacée de nouveau, l'impéritie et la lenteur des généraux espagnols la sauva de ses propres désastres et l'établit sur des bases plus solides.

Avant d'entreprendre le récit de ces événements, je parlerai pour n'y plus revenir d'un homme qu'on a vu trois fois s'emparer du Gouvernement du Chili. Joseph Michel Carrera, après la défaite de Rancagua s'était retiré avec l'armée derrière les Andes; patriote ardent, il ne voyait qu'avec douleur son pays rentrer sous la domination espagnole. Il devait faire tous ses efforts pour lui procurer des secours efficaces. Il se rendit pour cela aux Etats-Unis d'Amérique, là, il trouva du crédit, il y fit des recrues et se rendit à Buenos-Aires avec une division de sept ou huit bâtiments qui portaient un millier d'hommes et une grande quantité d'armes. Lorsqu'il arriva dans ce port, San Martín avait traversé les Andes, battu les Espagnols à Chacabuco et mit le pouvoir entre les mains d'O'Higgins. Celui-ci avait interdit l'entrée du Chili à Carrera; cette espèce de proscription aurait suffi pour porter cette âme fière à la braver, quand bien même l'espoir de s'y entourer de ses nombreux partisans n'eût pas fait naître en lui celui de remplacer son rival; plein de ces téméraires espérances, il repassa les monts. Arrêté bientôt avec ses frères, ils furent mis en jugement et condamnés à mort, comme ayant tenté d'exciter la guerre civile au Chili. On n'osa pas exécuter leur sentence dans ce pays, ils furent conduits à Mendoza où on les fusilla. Ce jugement et la faiblesse que l'on montra dans son exécution excitèrent l'indignation des partisans des Carrera, et firent à O'Higgins des ennemis irréconciliables et qui n'ont pas peu contribué à lui enlever le pouvoir qu'il perdit ensuite. Il eut cependant cela de salutaire qu'il ôta tout prétexte de guerre civile au Chili.

....

Cependant les délais du général espagnol après l'affaire de Cancha-Rayada, sa marche imprudente d'abord et ses opérations timides après celles de Rancagua, avaient permis à San Martín de gagner paisiblement Santiago et de faire, sans être inquiété, une retraite de quatre-vingt-neuf lieues; il avait trouvé là les fuyards qui l'avaient devancé. L'arsenal qui contenait environ trois mille fusils anglais fournit au réarmement des soldats qui avaient tout abandonné dans la déroute. Quelques pièces d'artillerie légère remplacèrent celles qui étaient tombées au pouvoir de l'ennemi. Le moral de l'armée chilienne s'était retrempé en considérant les fautes de son vainqueur; elle conçut encore l'espoir de faire tourner à son avantage les chances de la guerre. Les *Guasos* réunis en grand nombre autour de la capitale reçurent l'ordre d'inquiéter les Espagnols dans leur mouvement, de les harceler et compléter

leur déroute s'ils étaient battus; on ne pouvait attendre d'autres services de ces troupes irrégulières et indisciplinées.

Cependant, le 1º avril, San Martín fut informé que les Espagnols avaient passé la rivière de Maipú au gué de Longuen; la position qu'occupait alors son armée sous Santiago, ne lui paraissant pas propre à recevoir la bataille, il en prit une autre le 2 avril à trois lieues environ de cette ville sur les canaux d'irrigation d'Espejo. Ce fut là qu'il eut le projet d'attendre l'ennemi sur un champ de bataille de son choix. Les 3 et 4, il y eut des engagements de tirailleurs qui furent sans aucun résultat. Le but d'Osorio avait été en cela d'engager son adversaire à quitter ses positions; voyant qu'il n'y avait pas réussi, il conçut le projet de tourner les Chiliens par leur droite et d'entrer à Santiago en refusant la bataille. Pour exécuter ce mouvement, il avait un long détour à faire; le 5 avant le jour, l'armée espagnole se mit en marche dans le plus grand silence; au jour, les reconnaissances chiliennes envoyées sur le front de l'ennemi ne le rencontrèrent pas. Le colonel du génie Macler d'Albe, attaché à l'Etat-Major du général San Martín, devina l'intention de l'ennemi et fut envoyé pour le reconnaître dans la direction qu'on supposait qu'il avait prise; il le rencontra en effet opérant sa manœuvre que sa pénétration avait dévoilée; poursuivi par un escadron de cavalerie espagnole, il fut assez heureux pour lui échaper et éclairer entièrement son général sur les intentions des Espagnols. San Martín ordonna de suite à son armée un changement de direction sur la droite pour attaquer son ennemi sur son front de bataille. Il se porta sur lui en colonnes serrées. A midi les deux armées étaient en présence; celle des Espagnols avait été obligée de s'étendre considérablement pour exécuter le mouvement qu'avait projeté le général; surpris dans sa marche, celui-ci n'eut pas le temps de rallier ses différents corps, il fut obligé d'accepter la bataille dans une position si désavantageuse. Le choc fut long et terrible, les Espagnols le soutinrent avec fermeté cinq heures; ils furent enfin obligés de plier devant un ennemi acharné, presque égal en nombre, mais bien supérieur par l'accord de ses mouvements que sa réunion en masses rendait parfait. Le signal de la retraite fut celui de la déroute, la cavalerie des Guasos, qui couronnait les hauteurs et n'avait pris aucune part au combat, se répandit comme un torrent dans la plaine, la terreur gagna les Espagnols qui se débandérent et prirent la fuite dans toutes les directions; Osorio parvint à s'échapper avec environ deux cents cavaliers. Trois mille hommes, cent quatre-vingt-dix officiers prisonniers furent les trophées de cette sanglante journée qui coûta en outre aux Espagnols deux mille morts et tout leur matériel. Les Indépendants en perdirent mille tués ou blessés. On évalue à cinq mille trois cents hommes l'effectif de l'armée espagnole et à quatre mille neuf cents celui de l'armée indépendante.

On ne peut se dissimuler que l'expédition d'Osorio aurait eu d'autres résultats, si elle eût été dirigée par des mains plus habiles; nous venons de le voir tenter deux fois des projets très hardis; le premier est couronné du plus brillant succès, il n'en profite pas; le second est déjoué par la pénétration d'un officier français, il perd entièrement celui qui l'a conçu et l'armée qui l'exécute. Ce général, qui venait de dissiper tous les fruits d'une expédition ruineuse, quitta bientôt le théâtre de ses désastres et se retira à Lima.

Les Chiliens recueillirent des avantages immenses de la bataille de Maipú, ils venaient d'anéantir les dernières ressources dont l'Espagne pouvait disposer contre eux; une nouvelle agression n'était probable qu'autant que les débris d'Osorio laissés aun Chili, se seraient ralliés au petit nombre de ses partisans, et auraient obtenu des succès assez grands pour la décider. Ils avaient, en attendant ce moment, le temps d'asseoir, d'organiser leur Gouvernement et de se former une armée plus imposante et plus capable de maintenir leur indépendance. L' enthousiasme que cette action inspira fut universel; des plus chauds patriotes, il se communique aux gens les plus modérés qui conçurent dès lors l'espoir d'appartenir à un peuple nouveau. Des récompenses pécuniaires et honorifiques furent accordées à l'armée, on frappa en la mémoire de cette bataille des médailles d'or et d'argent qui furent distribuées aux officiers et soldats, comme une marque de la reconnaissance nationale.

Le petit nombre de cavaliers qui avait accompagné Osorio dans sa fuite vers Conception, se rallia à quelques troupes espagnoles sous les ordres du colonel Sanchez qui occupa cette province, où il reçut de faibles renforts qui vinrent dans le convoi parti de Cadix sous l'escorte de la frégate l'*Isabelle*. Le général indépendant Balcarce, nommé au commandement de l'armée du Midi, le joignit à Nacimiento, le batit et le força à se retirer dans Talcahuano; cette nouvelle victoire soumit entièrement la province de Conception, les débris du corps de Sanchez gagnèrent Valdivia.

San Martín et le Gouvernement du Chile sentaient avec raison combien serait utile à l'Indépendance une marine capable de s'opposer aux débarquements que des enne-

mis pourraient tenter de nouveau, mais il n'avait pas été possible de s'en créer une avant le succès de Maipú; on put alors s'occuper d'un projet si avantageux. La nouvelle République acheta deux vaisseaux de la Compagnie anglaise des Indes, une corvette et deux bricks aux Américains du Nord; ces bâtiments quí étaient venus tout équipés, furent bientôt armés par des équipages mêlés de Chiliens, d'Anglais et d'Américains. Le commandement de cette petite escadre fut donné au capitaine de vaisseau Manco qui se rendit de suite dans la baie de Conception, où il s'empara de la frégate l'*Isabelle* et de quelques bâtiments chargés de troupes qui, abandonnant le Chili, allaient retourner à Lima. Cette affaire eut lieu sous les yeux des Espagnols qui occupaient encore Talcahuano et sous le canon de cette place.

....

Le désir de suivre sans interruption les principaux événements qui se sont succédés au Chili depuis la bataille de Maipú, m'a mis dans l'obligation d'en passer sous silence d'autres qui se rattachent aussi d'une manière principale à son histoire. Je veux parler de l'arrivée dans ce pays de Lord Cochrane et de l'expédition du Pérou. Cet officier, qui était connu dans la marine anglaise par son intrépidité et sa résolution, débarqua à Valparaiso, vers le milieu de 1818. Sa renommée l'avait précédé au Chili, il y fut reçu comme l'un des soutiens les plus fermes de l'Indépendance. Le Gouvernement avait fondé sur son génie actif et entreprenant les plus brillantes espérances, il ne tarda pas a les réaliser toutes. En effet, sa présence dans ce pays y attira une foule d'officiers et de matelots anglais et américains que l'état de paix, où se trouvait alors le monde entier, laissait sans emploi et qui avaient vu s'évanouir ces rêves de fortune que la guerre produit, ils renaissaient pour eux sous un chef qui savait tout braver. Cochrane, investi du titre d'amiral, imprima à la marine du Chili une activité inconnue jusqu'alors dans un pays où depuis des siècles les affaires les plus pressées et les plus importantes étaient soumises à une lente exécution. L'escadre se composa bientôt d'une quinzaine de bâtiments de guerre, parmi lesquels on remarquait un vaisseau, deux frégates et plusieurs corvettes et bricks. Cette force imposante, vu l'exiguité des ressources du Chili et sa réorganisation toute récente, lui donna l'empire de l'Océan Pacifique. Plusieurs divisions furent envoyées en crosières sur les côtes du Pérou. Le commerce espagnol fut détruit et les bàtiments de guerre de cette nation obligés de se renfermer dans les ports pour ne pas tomber au poivoir d'un ennemi, matériellement et moralement supérieur en forces.

Cependant les vues de San Martín s'étendaient au delà des projets qu'on vient de le voir mettre si heureusement à exécution, l'intérêt de l'Indépendance, celui du commerce du Chile demandaient l'association du Pérou au nouveau système adopté par toutes les colonies espagnoles de l'Amérique du Sud. Les idées nouvelles n'étaient pas répandues aussi généralement dans cette province que dans les autres, l'Espagne y avait encore de nombreux partisans et un corps de troupes assez respectable pour maintenir dans le devoir la petite partie de la population qui ferait des vœux pour l'Indépendance. L'entreprise qui avait pour but d'établir celle-ci au Pérou présentait bien des difficultés à vaincre et demandait de grands efforts; le Chili les fit dans l'espoir qu'ils seraient largement compensés par les avantages que leur succès lui procurerait, il pensa aussi qu'après l'établissement d'un gouvernement républicain au Pérou, celui-ci payerait les frais immenses, qu'allait coûter la guerre. Il fut formé à cet effet une armée expéditionnaire d'à peu près neuf mille hommes, elle prit le nom d'armée libératrice du Pérou; vers le 20 août elle s'embarqua, partie à Valparaiso, partie à Coquimbo sur l'escadre et un gran nombre de bâtiments de transport. Le 8 septembre, le convoi mouilla à Pisco où l'armée débarqua sans difficulté, les Espagnols ayant abandonné ce point pour se retirer dans l'interieur. Je ne suivrai pas San Martín dans cette nouvelle expédition qui n'est pas de mon sujet, je me bornerai à dire qu'elle n'eût pas tout le succès qu'on s'en était promis. Ses résultats furent l'occupation de Lima et l'insurrection du Bas-Pérou qui fut rendu indépendant par San Martín. Les Espagnols conservèrent toujours le Haut-Pérou où ils purent former l'armée qui a si vaillamment défendu les droits de l'Espagne sur ce pays, et reconquis une partie de ce que lui avait enlevé le général de Buenos-Ayres. Quant à lui, il retira de cette expédition d'immenses richesses, avec lesquelles il rentra au Chili qu'il quitta bientôt après pour les transporter en Europe, où il pourrait en jouir plus agréablement et avec plus de tranquillité. Deux hommes de caractère si opposés que Cochrane et San Martín n'avaient pu toujours vivre en bonne intelligence; l'expédition du Pérou se ressentit du peu d'accord de ces deux chefs. A son retour au Chili, San Martín suscita à l'amiral des tracasseries qui décidèrent celui-ci à quitter un pays si peu reconnaissant des services qu'il lui avait rendus. L'argent n'était pas étranger aux discussions de ces deux hommes, ce qui

contribua beaucoup à les faire peu regretter. Cependant Cochrane a emporté une réputation moins entachée que San Martín. Si comme celui-ci, il amait l'argent, c'était pour en faire des largesses à ceux qui servaient sous ses ordres et se les attacher par ce mobile si puissant des actions des hommes. San Martín avait thésaurisé et s'était même, dit-on, approprié ce qui appartenait à son armée. Comme administrateur, il passa, au Chili, pour avoir commis des exactions qu'il ne pourrait justifier; comme général on ne lui accorde que de la ruse, peu de bravoure et de moyens militaires.

Après la retraite de San Martín, la chute d'O'Higgins devenait probable. Elevé au pouvoir directorial par ce général, les ennemis que celui-ci s'était fait devinrent les siens propres, à ceux-là se joignirent ceux que lui avaient attirés les guerres civiles et la mort de Carrera. Sa perte fut décidée et l'occasion d'exécuter leurs projets ne tarda pas à se présenter aux mécontents.

DOCUMENTO D.

INFORME DEL CONTRA-ALMIRANTE JURIEN SOBRE CHILE Y LA CAMPAÑA LIBERTADORA DE SAN MARTÍN. — *Archivo de la Marina, París. Número BB4 407.*

Valparaíso, Diciembre 1825.

....

Don Bernardo O'Higgins, suprême Directeur de la République du Chili, est fils de celui qui commandait la capitainerie de la Conception lorsque M. de Lapérouse relâcha dans la baie de ce nom. Son caractère et ses grandes qualités sont connus par ses actions, autant que par le bien que les étrangers et ses concitoyens disent de lui. Son nom n'est prononcé qu'avec vénération, et les Chiliens se plaisent à rappeler les services qu'il a rendus à leur pays. On lui dut l'armement de l'escadre destinée à la conquête du Pérou, et qui rend les Chiliens maîtres de la mer du Sud; il établit l'ordre dans les affaires et dans les administrations de l'Etat, au milieu des plus fortes crises de la révolution, et il fonda, en 1819, un Institut national où sont admis cinq cents jeunes Ciliens. Cet établissement est sous la surveillance d'un conseil d'éducation, composé d'un sénateur, du protecteur civil et d'un recteur; on y enseigne les langues vivantes, les mathématiques, la physique, le droit et l'économie politique.

Le Gouvernement est régi par une constitution provisoire, donnée par le Directeur et jurée par le peuple. Trois ministres sont adjoints au Suprême Pouvoir, l'un, chargé des affaires étrangères et de l'intérieur, don Joaquín de Echeverría, l'autre chargé des douanes et des finances, don José Antonio Rodríguez, et le troisième, don José Ignacio Zenteno, est chargé de la guerre et de la marine. Toutes les décisions prises par le chef de l'Etat sont soumises à la sanction du Sénat, composé de cinq membres qui président alternativement. Je dois renvoyer pour des détails plus étendus à ce sujet, à la traduction de la Constitution provisoire du Chili, que j'adressai le 7 avril 1821, de Río-Janeiro à S. Ex. le Ministre de la Marine, auquel je fis également parvenir une traduction du Manifeste donné au peuple du Chili par le Directeur suprême. Cette pièce fait connaître les événements principaux qui ont accompagné la révolution de cette partie de l'Amérique, l'état de ses forces, de ses ressources et de ses crédits.

La tranquillité dont paraissent jouir les contrées du Chili qui, depuis quelque temps se trouvent éloignées du théâtre de la guerre, est presque inconcevable; le peuple est heureux des lois provisoires, qui, modifiées chaque jour selon les circonstances, semblent devoir assurer sa félicité; une administration juste et sévère fixe les impôts, établit le droit de chacun; c'est ainsi que le Chili tend à se placer au rang des nations.

La cause des Espagnols paraît absolument perdue sur ce point; toutes les tentations qu'ils feraient pour y rétablir leur domination seraient infructueuses, en admettant même qu'ils pussent y employer des forces suffisantes. Les actes de cruauté

commis de part et d'autre, pendant la guerre, ont tellement augmenté les haines, qu'un tel rapprochement peut être désormais considéré comme impraticable. Les succès des Chiliens leur ont inspiré trop de mépris pour leurs adversaires, et, même les Espagnols attachés à leur cause, sont souvent l'objet de leur défiance. Cependant la défection du régiment de Numancia qui faisait partie de la garnison de Lima, produisit la plus grande joie dans tout le Chili; les journaux la présentèrent comme une action héroïque, et les plus grandes récompenses furent accordées aux déserteurs.

L'armée espagnole était plus considérable et mieux commandée que celle du Chili; son chef, hamme sage, instruit et courageux, jouissait parmi ses ennemis même, d'une belle réputation, mais cette supériorité demeurait sans effet, car la division des opinions dans la capitale du Pérou détruisait toute confiance et ne permettait aux Espagnols que de rester sur la défensive. L'avantage eut, sans doute, toujours été du côté de l'Espagne, si le général La Serna avait commandé à des troupes qui eussent apporté au combat le même enthousiasme que celles des Indépendants.

Le Chili est, sans contredit, un des plus beaux pays de l'Amérique méridionale; situé sous la zone tempérée, on n'y éprouve ni la rigueur de l'hiver ni les chaleurs excessives de l'été; son sol, partout fertilisé par un grand nombre de rivières, rend, avec peu de soins, des récoltes abondantes; chacune de ces provinces se distingue encore par une infinité de productions précieuses, tant minérales que végétales. Sa population, en prenant du nord de Copiapó et du sud du fleuve Biobio, est d'un million d'habitants environ. Santiago, capitale de la République, en prend seule de cinquante à cinquante-cinq mille.

La province de la Conception est la plus méridionale, et la seule qui fût encore en proie aux guerres révolutionnaires. Elle possède d'immenses forêts susceptibles de fournir d'excellents bois de construction; elle est riche en blé, en vin, en bestiaux et en laine; on y trouve des mines d'or, d'argent, de cuivre et de charbon de terre. L'agriculture est négligée sur ce point beaucoup plus que partout ailleurs, et cela paraît tenir à l'extrême facilité que trouvent les habitants d'y vivre à peu de frais, et presque sans travail. La majeure partie des rivières qui arrosent la province sont aurifères; chaque individu peut, en lavant de l'or ou de petites perles qui se trouvent également dans le sable qu'elles entraînent, gagner une demi-piastre par jour, et cette somme étant plus que suffisante pour le nourrir, il néglige de se livrer à d'autres occupations, il ne sent pas d'autres besoins. C'est dans la saison des pluies surtout, que ces hommes indolents cherchent ainsi les moyens d'assurer leur existence pendant le reste de l'année; ils sortent de leurs coteaux, et vont creuser autour des montagnes de petits canaux qui se remplissent par l'ecoulement des eaux de la pluie, et d'où ils retirent de l'or en plus grande quantité que dans les rivières.

La province de Santiago, moins grande que celle de la Conception, est proportionnellement plus peuplée; ses productions consistent en blé, chanvre, fruits de toute espèce, en troupeaux, et en mines d'or et d'argent et de cuivre; elle possède aussi quelques mines de fer d'un bien faible rapport, elles ne peuvent suffire à la consommation du pays.

Celle de Coquimbo, située dans la partie la plus septentrionale du Chili, est plus propre à la culture des denrées coloniales, on y récolte surtout la canne à sucre, le coton; ses autres productions sont les mêmes qu'à Santiago. Les richesses principales de la province de Coquimbo, et celles qui font l'objet du travail et des spéculations de toutes les classes d'habitants, consistent dans les mines abondantes d'argent et de cuivre que l'on y exploite; son térritoire renferme encore un grand nombre de mines d'or auxquelles on n'a pas travaillé. On trouve aussi dans plusieurs parties du Chili, des pierres de jaspe et plusieurs autres pierres précieuses dont les habitants ne font aucun cas, parce qu'ils ignorent les moyens de les polir.

De telles ressources demeureront-elles encore longtemps inutiles? Le cultivateur ne sentit jamais la nécessité de vendre le superflu de ses récoltes pour satisfaire à des besoins qu'il ne connaissait pas, et cette ignorance dut nécessairement amolir le peuple chilien. Chaque homme peut, avec un travail très modéré, pourvoir à l'existence de sa famille, c'est là son unique but, il est indifférent pour tout le reste. Mais si les produits de notre industrie étaient connus dans ces contrées, si nos relations y faisaient naître de nouveaux besoins, nul doute que le Chilien devenu laborieux, s'empresserait d'offrir à nos commerçants les résultats de son travail. On peut juger des avantages qui découleraient de ce changement, par les faibles relations que les Anglais ont eues avec ce pays dont ils exportaient déjà les productions en Angleterre et en Asie.

Les arts mécaniques sont encore inconnus au Chili, les arts manuels commencent à s'y répandre; plusieurs Européens ont établi des ateliers à Santiago, où leurs travaux ont été goûtés. L'éducation des Chiliens, influencée par le système colonial adopté par quelques nations de l'Europe, fut toujours très négligée; c'est un de leurs principaux griefs contre les Espagnols, auxquels ils ne peuvent pardonner de les avoir laissé si longtemps dans l'ignorance. La connaissance et les progrès des arts modernes leur avaient toujours été cachés, leur lecture même était bornée à la *Bible* et à l'Evangile, nul autre livre ne pouvait être introduit chez eux, sans qu'ils encourussent les plus grandes peines. Ces précautions sévères n'ont pu cependant détruire les dispositions naturelles d'un peuple vif, intelligent et propre à tout genre d'éducation et de travail. Il est très appréciateur des bons ouvrages, et il n'a besoin que d'en avoir en plus grande quantité pour les rechercher davantage.

L'agriculture et l'économie rurale sont presque entièrement ignorées dans les contrées du Chili, les plus fertiles de l'Amérique. Je l'ai déjà dit, la première cause de cette ignorance git dans l'état où sont encore les Chiliens au XIXe siècle; les autres se trouvent dans l'absence des besoins que le commerce et l'industrie peuvent seuls faire naître.

. . . .

La baie de Valparaiso n'est bien abritée que des vents du Sud, elle est entièrement ouverte au Nord et dans la saison où les vents soufflent de cette partie elle doit être d'autant plus dangereuse qu'on y trouve partout un fond considérable, et qu'il faut y mouiller très près de terre, de manière à ce que l'ancre du Sud soit placée sur le rivage. Les vents de cette partie descendent quelquefois avec une telle violence des montagnes qui environnent la baie, que les bâtiments seraient exposés à être jetés au large si l'on ne prenait cette précaution. La rade est susceptible d'une très grande défense; des forts placés sur des hauteurs rendraient son approche difficile, ceux qui existent dominent le mouillage et ne peuvent être attaqués que par terre, plusieurs batteries à mi-côte étaient armées; je ne crois pas qu'elles fussent en état de résister longtemps au feu d'un bâtiment de guerre.

Je me disposai à quitter Valparaiso le 18 janvier. Je désignai au commandant de *La Galathée* plusieurs points de rendez-vous, en cas de séparation, à deux heures la brise se fit, nous mîmes sous voiles, et je dirigeai la route de manière à prendre connaissance de l'île Sangallan; le temps fut toujours beau et le vent faible. Le 29 nous passâmes à très petite distance de Pisco afin que nos bâtiments en fussent aperçus. Le 30 nous reconnûmes l'île San Lorenzo, un brick de guerre qui croisait à l'entrée de la baie de Callao nous restait dans le N. N.-O. J'ordonnai à *La Galathée* de passer en avant et de sonder; le soir nous fûmes dans la baie, et la nuit nous obligea d'y laisser tomber une ancre par seize brasses fond de vase molle, à deux lieues environ de la ville. Il était trop tard pour envoyer un officier à terre. Dans la nuit un canot s'approcha du vaisseau, deux hommes dont un nègre, parlant français montèrent à bord; ils s'annoncèrent comme appartenant à l'équipage d'un navire anglais qui se trouvait mouillé à près d'une lieue de nous, et comme envoyés d'un officier espagnol qui avait ordre de s'assurer *si nos bâtiments étaient français comme l'indiquait notre pavillon.* La crainte que les Espagnols avaient de l'escadre de Lord Cochrane leur avait fait penser qu'il avait voulu s'approcher de Callao à la faveur du pavillon français. A notre approche on avait tiré le canon d'alarme, et l'on ne parut rassuré que par le retour de l'officier chargé de nous reconnaître.

Le 31 janvier, nous mîmes sous voiles pour nous rendre au bon mouillage. Au point du jour, j'avais expédié à Lima le lieutenant de vaisseau Lalande, pour traiter du salut et complimenter le vice-roi. Il fut suivi à son débarquement par un grand nombre d'habitants, les forts et les canonnières étaient armés, et ce fut sans doute pour nous donner une haute idée de leurs moyens de défense, autant que pour profiter de la réunion de leurs forces, que les Espagnols firent exécuter dans la matinée un exercice général. M. Lalande fut accompagné jusqu'à Lima par l'officier qui l'avait reçu, le nouveau Vice-Roi qui, la veille même, avait été proclamé, interrompit la réception de tous les corps pour lui donner audience; son accueil fut obligeant, il lui témoigna plusieurs fois la satisfaction qu'il éprouvait de voir des Français au Pérou.

Le vice-roi m'adressa une invitation pour le dimanche suivant par un de ses officiers. Je me rendis à Lima le 1er. février, il me reçut avec beaucoup de distinction et me témoigna le désir de voir prolonger notre séjour sur la rade de Callao, à cause du bon effet que notre présence produisait sur l'esprit des habitants. Je répondis que la crainte de ne pas trouver les moyens de faire de l'eau sur les côtes que j'avais encore à visiter, avait seule déterminé ma relâche à Callao, et que mon

départ était irrévocablement fixé au 4 février. Le vice-roi me pria alors de me charger d'une lettre pour l'ambassadeur d'Espagne à Rio-Janeiro, et je crus ne pas devoir refuser. Je l'entretins sur les avantages que le commerce français pouvait obtenir au Pérou, et je réclamai son appui pour nos commerçants. Il me parut désirer vivement que les Français dirigeassent leurs spéculations dans ses ports, et en m'assurant que toutes les faveurs possibles leur seraient accordées par le Gouvernement, il voulut bien me confier que son intention était d'éloigner autant que possible l'Angleterre du commerce du Pérou.

Je pus juger dans cette entrevue que le vice-roi n'était pas sans inquiétude sur sa situation. Quoiqu'il exagéra beaucoup ses forces et ses resources, il ne put me dissimuler que si l'Espagne tardait à lui envoyer des secours, sa position deviendrait très critique. Je le crus d'autant plus que le nombre de mécontents était considérable dans Lima; la population composée de plusieurs castes dont les intérêts étaient en opposition, avait plusieurs fois tenté de secouer le joug des Espagnols; les nègres, les métis, les mulâtres, les indiens et les blancs indigènes avaient jusqu'alors été contenus par les Européens, mais de nouvelles tentatives étaient plus à redouter quand l'armée du Chili occupait les environs de la capitale, et qu'elle était maîtresse des mines les plus considérables.

Le territoire qui restait aux Espagnols ne s'étendait guère au delà de quatre à cinq lieues au sud, et de sept à huit lieues au nord de Lima; les denrées y étaient à un prix excessif, le pain commençait à manquer. Toute communication par mer était interceptée par les bâtiments de lord Cochrane qui croisaient dans la baie de Callao, sous le canon des forts; quelquefois même l'amiral venait y mouiller avec toute son escadre.

Le général Canterac, commandant en second l'armée espagnole, homme courageux et très résolu, parut à la tête d'une révolution militaire qui avait pour but de déposer le vice-roi, et d'élever à sa place La Serna, général en chef de l'armée. Pezuela gouvernait depuis six ans, malgré que les lois espagnoles fixassent à trois ans l'exercice de la vice-royauté; son administration avait été sage et tranquille, mais on lui reprocha trop de faiblesse, le défaut de connaissances militaires, et principalement de n'avoir pas profité du débarquement de l'armée chilienne pour l'attaquer. Quelques habitants pensaient que les intentions du vice-roi étaient mal interprétées, et qu'il ne voulut pas, dans cette circonstance, faire dépendre le sort de Lima des chances toujours incertaines d'une bataille qu'il espérait, en temporisant, recevoir des secours qui l'eussent mis à même de sauver cette riche et importante ville, qu'enfin l'ambition avait beaucoup part à ce changement; mais cela ne peut arrêter le cours de la révolution. Le 30 janvier Pezuela fut remercié, le général La Serna fut proclamé vice-roi et céda le commandement de l'armée à Canterac.

Ce choix paraissait généralement approuvé. On accordait à La Serna beaucoup de talent militaire, et c'est sur lui que paraissaient se fonder les espérances du salut de Lima. Il est âgé de cinquante ans environ, d'une figure ouverte, taille avantageuse, il parle très bien le français et parait on ne peut mieux disposé en notre faveur. Au service en Europe, lors des guerres d'Espagne, il s'évada de Nancy où il était prisonnier sur parole. L'ex vice-roi désirant passer en Europe avec sa famille et sa fortune, me fit prier de le recevoir sur mon vaisseau. Je répondis que la division devant rester encore longtemps à la mer avant de retourner en France, je ne pensais pas que cela put lui convenir. Plusieurs demandes semblables me furent adressées pendant mon séjur à Callao, et le nouveau vice-roi lui-même m'avait engagé à recevoir son prédécesseur, je lui fis la même réponse et il n'insista pas davantage.

On portait à neuf mille hommes l'armée espagnole, mais des rapports assez certains devaient faire croire qu'elle était moins forte, et peu en état de résister à celle de San Martín qui se fortifiait chaque jour par le grand nombre de recrues qui s'attachaient à sa cause. Nul doute, cependant, que si la population de Lima eût été d'accord pour repousser l'armée chilienne, elle y fût parvenue, mais les complots qui se découvraient tous les jours prouvaient assez que les Indépendants avaient des intelligences dans la ville et des partisans dans l'armée. Le jour de notre départ on annonça que les troupes devaient rentrer dans Lima pour prévenir les effets d'un nouveau soulèvement qu'on paraissait redouter beaucoup. Plusieurs officiers avaient été arrêtés comme coupables d'avoir engagé les soldats à la désertion et de leur avoir distribué de l'argent.

La Constitution adoptée par les Espagnols semblait devoir mettre un terme aux révolutions de leurs colonies, sa publication produisit un bon effet sur l'esprit des habitants de Lima; mais dans l'état où se trouvait cette ville, il eût fallu des forces

pour en tirer un véritable avantage. La position du Pérou ne fut point changée, la disette se faisait sentir dans sa capitale assiégée; une population de cent mille individus divisés entre eux par l'intérét et l'opinion, devait faire présager qu'elle ne tiendrait pas longtemps. La classe ecclésiastique avait, jusqu'alors, exercé partout son influence et son pouvoir à ramener les peuples de l'Amérique à la cause des Espagnols, et la ville de Lima renfermait, seule, un corps de sept à huit mille hommes, prêtres ou moines qui professaient les principes les plus opposés.

Tout semblait se réunir contre les intérêts de l'Espagne dans l'Amérique du Sud. Une division composée de deux vaisseaux et de deux frégates avait été expédiée d'Europe, et cette force jointe à deux frégates que les Espagnols avaient déjà, était capable d'anéantir les espérances du Chili. Un des vaisseaux fut obligé de s'en retourner en Espagne après avoir démâté dans un orage qu'il éprouva sous l'équateur; le vaisseau le *San Telmo* disparut au cap Horn; les frégates *l'Isabelle* et la *Preuve* qui étaient avec lui le virent désemparé de son gouvernail, elles s'en séparèrent dans le mauvais temps, et depuis on n'en eut plus de nouvelles. Quatre frégates pouvaient lutter encore avec avantage. *L'Isabelle* fut prise dans la baie de Conception par la frégate chilienne le *Lautaro, l'Esmeralda* fut enlevée dans le port de Callao sous le canon des fortifications les plus redoutables, et les Espagnols par une fausse combinaison s'étaient privés des deux autres qui, réunies à trois corvettes qu'ils avaient aussi, et à huit canonnières, pouvaient encore rendre difficile à lord Cochrane le blocus de Callao.

Une infinité de circonstances se réunissait enfin, pour faire croire que l'époque n'était pas bien éloignée où le Pérou devait subir le sort des autres contrées de l'Amérique méridionale. Déjà celles qui l'avoisinent avaient fait leur révolution; le Guayaquil et la ville de Trujillo déclaraient leur indépendance; le Haut-Pérou, défendu seulement par cinq mille hommes, ne paraissait pas devoir tarder à se prononcer, et si Lima n'avait point succombée, on ne le devait qu'à un reste d'influence qu'exerçaient encore les Européens. Une des causes qui pouvait également retarder sa chute, c'était la crainte du pillage de la ville qui paraissait être l'objet de l'ambition des Chiliens; le refus qu'ils venaient de faire de recevoir le paiement des frais de leur expédition, devait encore augmenter la défiance des habitants de Lima.

La ville de Lima située au milieu d'une grande plaine, à trois lieus environ de la mer, n'est fortifiée que par une enceinte, bâtie en briques ou en terre, qui ne s'élève pas à plus de douze à quinze pieds au-dessus de la campagne; la ville est gardée du côté du nord par sa rivière, quelques petits forts placés sur les hauteurs qui terminent la plaine, à grande distance, sont destinés à en défendre l'approche. Les maisons sont en général bien bâties et bien entretenues tant à l'intérieur qu'à l'extérieur; des rues bien tracées et fort droites sont arrosées par des canaux d'eau courante qui rendent cette ville propre et très saine dans les plus grandes chaleurs. On compte à Lima soixante-quinze églises ou couvents qui sont tous fort riches, mais il n'y a pas un seul autre édifice; le palais du vice-roi même n'a que peu d'apparence, une salle renfermant les portraits des vice-rois du Pérou depuis Pizarre est la seule chose qu'il y ait de remarquable. On y trouve le portrait d'un O'Higgins, père ou aïeul du Directeur de la République du Chile. La population de la capitale du Pérou est de cent dix mille âmes, dont on compte les deux tiers de femmes au moins. La route de Callao à Lima est fort belle et bien tenue, elle est battue, à toute portée, dans sa longueur par le fort St-Philippe qui défend la partie ouest de la baie.

La petite ville de Callao, bâtie sur le bord de la mer, est défendue par de bonnes fortifications, bien armées et bien entretenues. C'est de ce port que se fait tout le commerce de Lima, et il est d'autant plus important que c'est le seul où il soit facile de débarquer. Le plan que je possédais de la baie de Callao était inexact, les Espagnols y avaient indiqué des dangers qui n'existent pas, et les sondes étaient marquées de manière à faire croire qu'il était impossible à un gros bâtiment de s'approcher de la ville. Je le fis vérifier, et je reconnus de grandes différences. Rarement les vents sont forts dans la baie, la mer y est toujours belle, quoiqu'elle soit souvent ouverte aux vents du Nord, on y est toujours en sûreté; les vaisseaux de ligne peuvent mouiller jusqu'à une demi portée de canon des forts. Le port de Callao est formé par une petite anse et une jetée de pierres à droite en y entrant, qui sert de débarcadère et d'abri pour les canots. L'eau y est très bonne, quatre conduits qui viennent se jeter dans la mer en fournissent abondamment, on la reçoit le long du quai dans les embarcations sans qu'il soit nécessaire de mettre les barriques à terre. Depuis la prise de l'*Esmeralda*, tous les bâtiments étaient réunis dans le port, et on l'avait fermé par une petite estacade, défendue

par des canonnières, qui ne permettait le passage qu'à une petite embarcation à toucher la terre et sous la garde du fort St-Philippe.

La frégate anglaise l'*Andromaque* était mouillée dans le port de Callao, à très petite distance de l'*Esmeralda*, la nuit où lord Cochrane enleva cette frégate, et les Espagnols avaient soupçonné le capitaine Cherif de seconder l'amiral chilien dans cette entreprise hardie. Quelques déserteurs s'étant sauvés à terre à la nage, pendant l'action, assurèrent que l'*Andromaque* avait servi de point de réunion aux embarcations chiliennes, que les canots anglais avaient même pris part à l'affaire, et qu'enfin l'*Esmeralda* avait été louée au large avec des embarcations fournies par eux. Le peuple espagnol, indigné de ce procédé, s'en vengea cruellement sur tous les Anglais qui se trouvaient à terre, et le capitaine Cherif informé à temps du sort de ses compatriotes, s'éloigna du feu des batteries, et fit mouiller sa frégate sous l'île San Lorenzo, où nous la trouvâmes encore à notre arrivée à Callao.

La frégate américaine la *Macedonia* était aussi mouillée fort près de l'*Esmeralda*, et les Espagnols accusaient également son capitaine d'avoir contribué à l'enlèvement de leur frégate. Le lendemain même, un canot américain ayant voulu communiquer avec la terre, l'officier qui le commandait fut prévenu de ne pas accoster par la garde du fort St-Philippe; il voulut néanmoins débarquer donnant pour raison qu'il était américain, et qu'il pouvait comme tel, aller partout; mais à peine eût-il mis le pied à terre qu'il fut assailli par les habitants qui le massacrèrent dans leur fureur, ainsi que seize hommes de l'équipage de son canot, quelque efforts que firent les troupes pour les dérober à la mort. Je ne pus connaître les véritables causes d'une action aussi violente, les uns disaient que cela avait eu lieu par méprise, et que le peuple avait cru se venger sur des Anglais, d'autres assuraient qu'il ne se porta à ces excès qu'avec la conviction de l'intelligence du capitaine américain avec lord Cochrane. Quoiqu'il en soit, la *Macedonia* partit de suite pour les Etats-Unis.

Toutes ces circonstances nuisirent aux intérêts commerciaux des Anglais et des Américains; leurs relations furent dès lors interrompues, et quinze de leurs navires furent contraints de partir pour Callao sans avoir vendu leur cargaison. Le capitaine Cherif, qui ne pouvait espérer de sûreté pour sa personne, fit alors demander une escorte au vice-roi pour le conduire à Lima. Il se présenta au Conseil du Gouvernement, et réclama la liberté du commerce de sa nation, mais il fut renvoyé sans obtenir de réponse et accompagné par les huées d'un peuple d'autant plus indigné contre les Anglais qu'ils jouissaient, auparavant, de toutes les faveurs qui pussent être accordées au commerce.

Ils avaient entre autres le privilège d'exporter gratuitement l'argent en piastres qui, d'après les lois espagnoles, était passible d'un droit de 16 % avant de quitter le sol des mines. Ils recevaient donc les piastres que le commerce envoyait au dehors, moyennant une prime de 6 % très avantageuse pour eux autant que pour les commerçants qui trouvaient tout à coup leur bénéfice augmenté de 10 %. Je sus que le capitaine du navire français le *Télégraphe* avait employé ce moyen pour exporter avantageusement le produit d'une partie de sa cargaison qu'il avait vendue à Lima. Cet avantage obtenu sur le commerce français et trop sensible pour qu'il soit nécessaire de faire ressortir les conséquences fâcheuses qu'il peut avoir; il n'est pourtant que le résultat de la présence continuelle des forces navales de l'Angleterre dans la mer du Sud. La frégate anglaise l'*Imperion* était partie de Callao quelques jours avant notre arrivée, emportant selon l'usage de tous les bâtiments de guerre anglais, une somme considérable en piastres d'Espagne.

L'aversion des Péruviens pour les Anglais, paraissait, en un mot, trop grande et trop fondée pour qu'il fût permis de croire qu'un nouvel état de choses pût y rien changer. Non seulement ils ne leur pardonaient pas d'avoir pris part à l'enlèvement de l'*Esmeralda*, mais ils les accusaient de venir à Lima pour y recueillir des renseignements qu'ils transmettaient aux Indépendants; ils ne pouvaient non plus oublier que c'était l'*Andromaque* qui, dans le temps, avait transporté du Pérou au Chili, les fonds qui furent employés à l'expédition sur Lima. Enfin c'était à bord de cette frégate que résidait la femme de lord Cochrane, presque tous les capitaines de l'escadre chilienne étaient Anglais, et c'était à la vue de Callao que les embarcations indépendantes communiquaient journellement avec les Anglais. Le capitaine Cherif me visita deux fois pendant mon séjour dans ce port, et je lui fis quelques questions relatives à la position dans laquelle il se trouvait avec les Espagnols. Il me répondit qu'il était toujours resté parfaitement neutre, mais que, pour de fausses imputations, il ne voulait pas renoncer au plaisir de voir lord Cochrane avec qui il était lié d'amitié, et que, d'ailleurs, il voyait en lui un compatriote dont les hauts faits honoraient sa nation.

Dans tous les temps le Pérou, et particulièrement Lima, peut offrir de grandes ressources au commerce avec les Européens. Dans la situation présente, les Français seuls y eussent été accueillis avec joie, mais il était à craindre que l'escadre de lord Cochrane s'opposât à l'entrée de nos bâtiments de commerce dans le port de Callao.

Voilà ce qu'il y avait à dire pour des circonstances qui pouvaient à chaque instant être changées. Mais nous ne devons point perdre de vue des relations qui seraient accueillies avec le plus vif empressement par un peuple qui vient de vouer à nos concurrents la plus forte inimitié. Le moyen ne nous serait-il pas offert d'assurer pour longtemps aux Français des privilèges que n'obtiendraient pas les autres nations? A nos négociants appartiendrait le commerce presque exclusif du Pérou, et les avantages qu'ils obtiendraient sur ce point, pourraient enfin balancer ceux dont jouissent les Anglais dans toute l'Amérique.

Les marchandises françaises sont recherchées au Pérou avec la même passion que dans le Chili. Les objets d'importation sont les mêmes pour les deux pays. Les retours de Lima se font en coton, cacao, étain, laine ordinaire, laine de Vigogne, quinquina et principalement en piastres. Les droits d'entrée sur toutes les marchandises sans exception s'élèvent à 50 % sur une évaluation aux prix de la place; une fixation tellement excessive ne doit pourtant pas rebuter le commerçant; il se couvre au delà de ses déboursés par les prix auxquels il peut vendre ses marchandises. Si le commerce du Pérou était plus fréquenté qu'il ne l'a été jusqu'à ce jour, cet état de choses changerait, sans doute, mais le prix de chaque objet diminuerait dans le même rapport que l'accroissement de sa consommation, et le commerce et l'industrie ne pourraient encore qu'y gagner beaucoup.

Les Anglais que détestent les Chiliens, et plus encore les Péruviens, ont su pourtant soutenir les intérêts de leur commerce dans l'Océan Pacifique; une partie de l'or du Pérou et du Chili est passée dans les banques de Londres, et l'on ne cite pas encore aujourd'hui un de leurs bâtiments de guerre qui ait quitté ces côtes sans en emporter des sommes considérables. Mais l'avantage de leur position deviendrait bientôt peu important, si notre concurrence cessait enfin d'être illusoire. Qui peut donc encore empêcher nos armateurs de se diriger vers la mer du Sud? Le passage du cap de Horn ne présentant plus que les chances d'une navigation ordinaire, rien ne peut plus justifier leur insouciance, que la crainte de manquer des facilités et de la protection que la présence des agents et des bâtiments de guerre assure au commerce de toute nation.

Je n'ai pas vu un seul de nos navires sur toute la côte du Chili et du Pérou. Quelques persécutions éloignèrent les Français de Lima, à la suite des guerres d'Espagne et depuis ils n'y sont plus revenus. Je n'en ai connu que trois qui s'occupassent de commerce à Valparaiso qui est le point central de tout le commerce du Chili. Dans l'un et l'autre pays, et dans toutes les contrées de l'Amérique méridionale, les avantages les plus marqués attendent nos commerçants, les vœux des chefs et des peuples sont, partout, de voir s'établir des relations de commerce et d'amitié avec la nation française. Le Pérou, je l'ai dit, ouvre exclusivement ses ports à nos bâtiments. Le Chili n'attend que leur présence, pour mettre un terme aux vexations que la nécessité les force de supporter de la part des Anglais, maîtres de tout son commerce.

I N D I C E

INDICE DE LAS LAMINAS

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
BUENOS AIRES EL DÍA TREINTA Y
UNO DE OCTUBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y NUEVE
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE J.
HAYS BELL, CAMPICHUELO 553.

